

ENSAYOS  
MIGUEL DE MONTAIGNE

BIBLIOTECA FILOSOFICA

MIGUEL DE MONTAIGNE

ENSAYOS

I



AGUILAR  
BUENOS AIRES



MIGUEL DE MONTAIGNE

ENSAYOS

SEGUIDOS

DE TODAS SUS CARTAS CONOCIDAS HASTA EL DIA

I

TRADUCCION DEL FRANCES POR  
CONSTANTINO ROMAN Y SALAMERO

NUEVA EDICION REVISADA, CORREGIDA Y PROLOGADA POR  
RICARDO SAENZ HAYES



AGUILAR

MADRID • BUENOS AIRES • MEXICO



## UNIVERSALIDAD DE LOS "ENSAYOS" DE MIGUEL DE MONTAIGNE

"Yo no acierto a gustar, regocijar ni cosquillar..."  
(*Ensayos*, lib. II, cap. XVII).

### I. - EN FRANCIA

**S**I la idea de la muerte no le acongoja, es el destino de los Ensayos el que le apesadumbra. Con ser muchos los halagos que le ha deparado la popularidad de su libro, no se le oculta que en todo ello menudea la moneda falsa. Advierte que los más apasionados préndanse de lo que menos pesa y brilla en las mil páginas nutridas. Los buscadores de aforismos asentados en la experiencia, los coleccionistas de episodios exóticos o picarescos, los triviales sin hábitos de especulación trascendental, contrariamente a lo que Montaigne pensara, se regocijan desde la primera hora. Los de mediana inteligencia le hacen suyo por la profesión de fe senequista. En las postrimerías de un siglo refinado y corrompido —lo primero suele traer de la mano lo segundo— el estoicismo enmascara a los continuadores del festín de Trimalción. Parece que el ensayista no deposita desmedida confianza en los que le comprenderían de sobra. ¿Por qué? ¿La gloria del escritor no reside en que se le comprenda? ¿A qué más podía aspirar sino a eso, a que le comprendieran, y de sobra por añadidura? Desde luego, mas no siempre se admira lo que se comprende ni se comprende lo que se admira. De aquello y de esto abundan pruebas, en el espacio de tiempo que va de 1588, fecha de la última publicación en vida de Montaigne, a 1595, cuando María de Gournay y Pierre de Brach entregan a la estampa la edición póstuma con las nuevas adiciones del llamado "ejemplar de Burdeos".

Algunas de las reacciones debieron de llegar a conocimiento de Montaigne antes de su muerte. El libro tercero con su apología de la "virtud voluptuosa" y con la pintura exaltada y a ratos delirante del "yo", es la verdadera causa que determina el brusco cambio de frente en la opinión. No era eso lo que aguardaban del Séneca cristiano ni del Segundo Plutarco. El estoico Montaigne había cristalizado en la conciencia pública. Como tal le veían, le querían, le comprendían y admiraban. Si el epicúreo Montaigne reniega del Montaigne estoico en el crepúsculo de su existencia, la opinión conservadora no reniega ni admite que el personaje evolucione hacia una nueva y más humana concepción de la vida. El libro tercero conviértese en motivo de asombros, en odiosa piedra de escándalo. ¿Cuándo se ha expresado Montaigne en tales términos sobre la mujer, el amor, el arrepentimiento, la conciencia soberana, la naturaleza como guía, la razón como juez? Déjanse oír los inmortales lugares comunes, las ideas gregarias, obtusas, perezosas, cobardes, sobre la constancia intelectual. Por constancia intelectual entienden la persecución indefinida de un ideal inalterable e

impermeable, sin rectificaciones menudas, ni cambios de fondo. Concepto desprovisto de lógica porque la vida es esencialmente inconstante, movable, transformable, y su valor, todo su valor, proviene de su capacidad renovadora y experimental. El que nace una sola vez es pobre cosa. Es el único que no cambia y es también el único que no puede intuir las múltiples muertes y nacimientos, o renacimientos, de los espíritus en perpetua lucha consigo mismos.

El estupor de los amigos de Montaigne permite valorar el repentino desfavor de los Ensayos más allá de 1588. Cuando tenemos a la vista la carta que Pierre de Brach le dirige a Justo Lipsio para comunicarle la muerte de su maestro, es de presumir que los juicios adversos al libro no están exentos de ataques inmoderados contra la persona del autor, sin excluir la vida privada y la naturaleza de sus costumbres. El fidelísimo y acongojado Pierre de Brach enaltece la grandeza y pureza de l'homme si rare y espera de Lipsio "un testimonio de pública admiración: donnez en aprez sa mort".<sup>1</sup> Florimond de Raemon<sup>2</sup> únese a la defensa y no es menos expresivo. Como de Brach, ha conocido al hombre en la intimidad, acaso más que ningún otro, pues Montaigne ha tenido con él algunas confidencias que pueden parecer sabrosas y extrañas.<sup>2</sup> Raemon<sup>2</sup> dice que la muerte de Montaigne es el "eclipse" de la sabiduría en Francia, de la elocuencia, de la pericia en los negocios públicos, de la virtud, de la filosofía courageuse et presque stoïque. No sólo la Guyena ha perdido una vida ejemplar. Es Francia la que se ha privado "de ese rico tesoro de honor, de virtud y de gloria inmortal".<sup>3</sup> A la acusación de epicureísmo, tal vez de licencia, Raemon<sup>2</sup> responde con la filosofía no enteramente estoica, sino casi estoica de Montaigne, esto es, del Montaigne en su primera manera, anterior a la evolución firme hacia el hedonismo expresado en el libro tercero. Raemon<sup>2</sup> podrá insistir con el estoicismo mitigado de Montaigne. Pero los adversarios no se rinden, "comprenden de sobra" que el ensayista glorifica la vida de los sentidos a los que tiene por naturales e inteligentes. Los hugonotes no han desaparecido todavía de Francia. Defienden con embravecido celo el dogma rígido y sombrío. Para el puritanismo de sus preceptos, Epicuro es nombre infamante y el epicureísmo es doctrina de grosero libertinaje. Además, no se les disimula la aversión por la Reforma e intentan expurgar los Ensayos de las disidencias formales que Montaigne opone a Lutero. Raemon<sup>2</sup> y los suyos se acongojan. Si no quieren reconocer la filosofía casi estoica de Montaigne, tendrán que rendirle homenaje a la hombría de bien del calumniado. ¡Ingenuo Florimond! De no recabar para sí el monopolio de la virtud, el sectario no sería tal sin el yugo opresor de la secta.

Mas he aquí que en la batalla de dicterios, la defensa de Montaigne será llevada a término con masculino ardimiento, no ya por un tercer amigo de capa y espada, sino por una mujer que cambia la falda por las calzas para moverse con desenvoltura. Es Maria de Gournay le Jars la que sale entre relámpagos en 1595. Acaba de publicar la edición póstuma con un prólogo destinado a levantar todos y cada uno de los reproches. Maria no renuncia a su calidad de fille d'alliance. Como tal presentase, magnífica de orgullo, de amor y de ira. ¿Han

<sup>1</sup> Carta de Pierre de Brach a Justo Lipsio, fechada en Burdeos el 4 de febrero de 1593.

<sup>2</sup> Ver A. M. Boase: "Montaigne annoté par Florimond de Raemon<sup>2</sup>", en "Revue du seizième Siècle", t. XV, año 1928, pág. 239.

<sup>3</sup> F. de Raemon<sup>2</sup>, "Erreur populaire de la papesse Jane" (1954). — Citado por miss Grace Norton, "The influence of Montaigne" (New York, 1908).

osado poner en duda la grandeza, la probidad, las virtudes "celestes" de su padre? ¡Con ella se las tendrán que ver, suerte de arcángel que empuña flamígera espada!

El prefacio de Maria dista mucho de ser una pieza coherente y serena. El tono es de polémica, de agresión, de contraataque. Todo él es un dar y devolver golpes a diestro y siniestro sin reparar si son dioses a los que hiere en el tumulto. A los ditirambos, que despiertan más hilaridad que ojeriza, se mezclan infatuados sentimientos. Ella es el primer espíritu luminoso que en Francia descubre y comprende los Ensayos: "Obra celeste", "dictada por Apolo", "Alcorán de maestros", "aire nuevo" que sólo pueden respirar las almas gemelas de Montaigne. Fuera de ella y de cuantos a ella se asemejan, es pueblo, vulgo necio, ciego, ignaro, el que organiza la resistencia contra el libro insuperable. Fijemos los ojos en algunas páginas de la candente requisitoria. De seguida advertiremos el adolorido despecho de Maria al comprobar que los Ensayos andan entonces por escasas manos amorosas: "A falta de espíritu, el pueblo no puede conocer por sí mismo el valor de los espíritus... El que alcanza multitud de admiradores entre lo común, no puede ser grande, pues para tener muchos jueces es necesario tener muchos semejantes... El pueblo es una turba de ciegos: el que se jacta de su aprobación se jacta de ser hombre honrado ante quien no le ve... Tú adivinas, lector, que busco las causas de la fría acogida que nuestro vulgo le dispensó a los Ensayos". Y por lo largo examina las objeciones fundamentales: reparos a la pureza de la lengua, divorcio entre la moral y la religión, paganismo redomado, pedagogía atea, ausencia de fe en la inmortalidad del alma, libertinaje en materia de amor, desenfrenada egolatría. Nada olvida en su defensa, cuya firmeza y devoción no flaquean con el tiempo. Maria, que ha dado tantas pruebas de sentido autocrítico nulo, mejora con los años las asperezas y disonancias, y el panegírico ridículo de las primeras ediciones póstumas de Montaigne logra maridarse con un tono menos enfático y más moderado. Merced a su longeva existencia, puede contemplar la transitoria rehabilitación del escritor por el que luchara con denuedo no igualado. De cómo un grande amor intelectual ha salvado del olvido a Maria de Gournay. Sus obras, por sí mismas, menudas de seso y opacas de forma, no habrían tenido la virtud de hacerla sobrevivir. Las feministas francesas pueden alabarla como precursora del movimiento que busca afanoso la liberación de la mujer en el país que celosamente proclama los derechos del hombre.<sup>1</sup> Montaigne es un magnate de gloria; tan incommensurable es su caudal, que con sólo dar un poco de lo que le sobra, a un mismo tiempo hace florecer recuerdos en la tumba de los que le amaron y detractaron.

Otro nombre que sigue al de Montaigne a corta distancia es el de Pierre Charrón. Ya le vimos fugazmente con su verba inagotable y sus barbas de Moisés. ¿Cómo explicarnos el arrobamiento que la filosofía de la naturaleza sustentada en los Ensayos despierta en este hombre de iglesia? Charrón no es un místico únicamente reconcentrado en las esferas de la divinidad. Es un religioso humano para quien Dios está en el cielo tanto como en la tierra, porque el artifice es inseparable de la obra que sale de sus manos. El pecado original no es crimen irredimible, ni es causa para que se ande encorvado bajo el peso de la primera culpa. Dios le ha dado al hombre fe y razón para que le sirvan de guía desde que viene al mundo. Ambas cosas, fe y razón, son necesarias y se complementan sin confundirse en radios de acción que les

<sup>1</sup> "L'Egalité des hommes et des femmes" y "Grief des dames", en Mario Schiff, "La fille d'alliance de Montaigne: Marie de Gournay" (Paris, 1910).

son propios. El fideísmo de los paduanos a lo Pomponacio y a lo Montaigne es el que Charrón hace suyo en *Les trois vérités*, réplica un tanto tardía a *De la vérité de la religion chrétienne*, de Du Plessis Mornay. Con ser mucho lo que Charrón extrae de los Ensayos para esa obra de combate, es en *De la Sagesse* donde se revela chapucero o copista de las ideas, no de la manera original de Montaigne. María de Gournay se conmueve. No encuentra en Charrón la asimilación creadora de que hacen gala los ingenios de sagrado linaje. No embellece, iguala o supera las apropiaciones. María ha de marcarle con puntas de fuego: "copista perpetuo", "copista subalterno", estampa en el último prefacio de su mano escrito en 1635. Charrón despoja al amigo sin mencionar la fuente. Su empresa consiste en convertir los Ensayos en un manual metódico y claro; pero la procedencia de las ideas es prontamente denunciabile. Falla en lo esencial, en la originalidad expresiva, en el virtuosismo artístico que alienta en la obra descosida del maestro liberalmente saqueado. Algo consigue, sin embargo. Con su tratado de la prudencia logra difundir el ideario naturalista de Montaigne entre las clases menos cultas de la sociedad. Y al despojarle y presentarle sin brillo, exagera el alcance de tal suerte, que la virtud voluptuosa en Montaigne truecáse en breviario de libertinaje en Charrón. Así lo entienden los cultores del falso, bastardeado epicureísmo, los que han menester de licencia, no de libertad razonada, para los sentidos. La infidelidad de Charrón es rudamente castigada por el Padre Garasse, libelista grosero, "perro rabioso", en el decir de Sainte Beuve. En su Doctrina curiosa, Garasse entabla juicio contra el extraño teólogo, "deísta libertino", "patriarca de los espíritus fuertes", católico sin idealismo cristiano ni moral reguladora de los instintos naturales. Montaigne sale exento de culpa y cargo de la colérica arremetida de Garasse contra Charrón.

Con Charrón se organiza la piratería de los Ensayos en el siglo XVII. Hay botín para todas las apetencias en los tres libros del perigordano. Guillermo Bouchet en las *Sérées*, Goulard en *Le trésor d'histoires admirables*, Guyon en *Les diverses leçons*, son plagiarios de las menudas cosas, sin excluir las necedades que Montaigne relata con el evidente propósito de burlarse del lector, pese a la seriedad que pone en el discurso. Pierre de l'Estoile muéstrase honrado caballero en los pesados volúmenes que dedica a las luchas de la "Liga" y en el Diario no menos gris e indigesto. Pero l'Estoile cita de continuo a Montaigne, lo ensalza y venera, lo toma como ejemplo y lo considera su inseparable *Vademecum*.<sup>1</sup> Más calidad depara el fecundo Juan Pedro Camus, obispo de Belley, un des hommes de France qui a le plus fait de volumes.<sup>2</sup> Montaigne acompaña y cautiva a Camus desde sus años mozos y libres, antes de ceder a la tierna prédica de San Francisco de Sales, de quien llega a ser amigo predilecto. El paganismo de los Ensayos y el inmaculado misticismo de la Introducción a la vida devota, serían una suerte de humanismo devoto, si no pocos conflictos interiores despertaran en el alma del obispo grafómano. ¡Son tan admirables esos dos espíritus con imposibles junturas! ¡Con qué encanto hablan ambos de la vida y de la muerte, el uno como hombre y pecador perfectible, el otro como santo! Camus no logra escribir sin el halago de Montaigne: cette douce et contagieuse syrène, y no sabe hablar sin la divina inspiración del preceptor de Filotea. ¿No ha dicho el santo que dondequiera estamos podemos aspirar a la vida perfecta? Sí; pero es difícil estar con Montaigne, amador de la vida terrena, y con Francisco, panegirista de la vida celeste. En ese duelo entre la tierra y el cielo, triun-

<sup>1</sup> Sobre Pierre de l'Estoile cf. Pierre Villey, "Montaigne devant la posterité", cap. IX.

<sup>2</sup> Tallement, "Historiettes", IV, 148.

fa el director espiritual de Mme. de Chantal. Camus cierra los Ensayos y para no cerrar jamás, la Introducción.<sup>1</sup>

Enfin Malherbe vint... El cuarteto puesto al pie del retrato de Montaigne grabado por Tomás de Leu, le ha sido atribuido al heredero de la gloria de Ronsard:

Voici du grand Montaigne une entière figure,  
Le peintre a peint le corps, et lui son bel esprit:  
Le premier, par son art, égale la nature;  
Mais l'autre la surpasse en tout ce qu'il écrit.

Elogio posiblemente inspirado en una décima de Ben-Jonson destinada al lector que contempla la efigie de Shakespeare:

This figure, that thou here seest put,  
It was for gentle Shakespeare cut:  
Wherein the graver had a strife  
With nature, to out-do the life,  
O, could he but have drawn his wit  
As well in brass, as he hath hit  
His face; the print would then surpass  
All, that was ever writ in brass  
But, since he cannot, reader, look,  
Not on his picture, but his book.

Suena la hora de los poetas. Las musas buscan aliento en la filosofía cuando ésta inspira sus preceptos en la Naturaleza. Ved al primero que llega, joven y opulento en rimas ricas, exuberante de vida libre, sin impedimentos que lo contraigan y empequeñezcan. Es Mathurin Régnier, perezoso y lleno de gracia, elegiaco y satírico. Ha peregrinado por Italia, embriagándose con los últimos destellos renacentistas. Ha nutrido su plectro con Horacio y Juvenal, salpicándose de licencias aretinescas y de bufonadas rabelesianas. Si Montaigne no puede ordenarle la conducta, buérfana de disciplinas, tonifica el contenido moral de sus Sátiras. Las musas de Régnier se pasean por los Ensayos y trasladan al verso los más sazonados conceptos. La confusión que Montaigne deplora, Régnier la condena:

Le monde est un relan, ou tout est confondu  
Tel pense avoir gagné, qui souvent a perdu,  
Ainsi qu'en une blanche où par hasard on tire,  
Et qui voudrait choisir souvent prendrait le pire.

Montaigne cree en el acaso, en la fortuna, en el destino que nos salva o pierde. Régnier confirma:

Tout dépend du destin, qui, sans avoir égard  
Les faveurs et les biens en ce monde départ.

Montaigne fulmina la hipocresía religiosa. Régnier responde como eco:

Qui pêche avec le ciel pêche honorablement.

<sup>1</sup> Sobre Juan Pedro Camus hay dos capítulos en A. M. Boase: "The Fortunes of Montaigne", IX y X.

*Montaigne huye de la servidumbre de la Corte. Régnier defiende altanero su independencia:*

...mais pourtant je ne suis point d'avis  
De dégager mes jours pour les rendre asservis.

*Montaigne denuncia el anacronismo de las leyes y la inmoralidad de la justicia. Régnier censura:*

Où les lois, par respect sages humainement,  
Confondent le loyer aver châtement,  
Et pour un même fait, de même intelligence,  
L'un est justicié, l'autre aura récompense,  
Car selon l'intérêt, le crédit ou l'appui,  
Le crime se condamne et s'absout aujourd'hui.<sup>1</sup>

*Es en las Sátiras de Régnier donde la influencia de Montaigne respira a plenos pulmones. Basta releer el capítulo: "Cómo el sentimiento de los bienes y los males depende en gran parte de la idea que de ellos nos formamos"<sup>2</sup>, para no dudar que Régnier ha sacado de allí su cuarteto:*

Charnellement se joindre avec sa parenté  
En France c'est inceste, en Perse charité.  
Tellement qu'à tout prendre en ce monde ou nous sommes  
Et le bien et le mal dépend du goût des hommes.

*El conocerse a sí mismo, muletilla de Montaigne y base de su filosofía moral, Régnier lo hace suyo:*

Pour ceux qui n'ont l'esprit si fort ni se trempé,  
Afin de n'être point de soi-même trompé,  
Chacun se doit connaître: et par un exercice,  
Cultivant sa vertu déraciner son vice...<sup>3</sup>

*La asimilación es completa. El dictado de Montaigne sobre la Naturaleza, dulce guía, le servirá a Régnier para escribir su bello epitafio:*

J'ay vécu sans nul pensement,  
Me laissant aller doucement  
A la bonne loy naturelle.  
Et si m'étonne fort pourquoy  
La mort osa songer a moy,  
qui ne songeay jamais à elle.

*La ascendencia de Montaigne en Théophile es evidente. Este poeta, comparable a Régnier en la inspiración y en el fin prematuro, busca la felicidad en la filosofía de la Naturaleza: J'approuve qu'un chacun suive en tout la nature. Pero lo que aprueban unos es condenado por otros. Montaigne será el escritor más alabado y vilipendiado en el siglo XVII. La Luzerne se burla de un "crítico ignorante" para quien*

Montaigne est trop volage  
Trop de sujet divers y tiennent même page.

<sup>1</sup> Mathurin Régnier: "Lettre à Monsieur le Marquis de Coeuvres".

<sup>2</sup> "Ensayos", lib. I, cap. XL.

<sup>3</sup> Mathurin Régnier: "Satire", XV.

*Y Saint-Amand escribe un epigrama cuya intención parece alcanzar a Montaigne:*

Cet auteur que je viens de lire,  
Dit bien les choses qu'il veut dire  
Mais pour rebattre son crédit,  
On dit qu'il devait s'interdire  
De dire les choses qu'il dit.

*Jean Guez de Balzac<sup>1</sup> en sus Disertaciones críticas pone reparos a la pureza de expresión y al desenfado con que vierte los más arriesgados juicios. En Montaigne el venero del idioma se mantiene inagotable. Los académicos "inmortalizados" por Richelieu después de 1635 admiran la medida, el buen gusto y el orden en el discurso. Reinan por entonces los remilgos del Hotel de Rambouillet, a cuyos salones concurren Chapelain, Godeau, Voiture, Ménage, glorias oficiales. El éxito es seguro cuando uno es "precioso" o "preciosa". Montaigne ofusca a Balzac con el estilo propio de "un siglo grosero y de un país salvaje". Reconoce, sin embargo, generosidad y bravura en el alma del perigordano, y en el estilo "gracias y bellezas" muy superiores a la condición de su siglo. El crítico severo ciuidase de confesar las apropiaciones que realiza en los dominios del adversario, verbigracia, cuando intenta señalar la inconstancia de las acciones humanas:*

"tengo para mí que el hombre es un animal compuesto de piezas diferentes. El que hoy es razonable no está seguro de serlo mañana... Y tal como le veo hay tanta diferencia entre él y él mismo como entre él y un extraño".

El concepto y el giro denuncian la procedencia. La pintura minuciosa del "yo" no molesta a Balzac como al envidioso José Escaligero. "Estoy en todo por la libertad. Lo que dice de sus inclinaciones y de su vida privada, me es muy agradable... Pláceme conocer a los que estimo... Quiero verlos, si es posible, en sus más particulares y secretas acciones. Me ha procurado gran placer con su historia doméstica".<sup>2</sup>

René Descartes se alza dominador y señor en el siglo XVII. No es un escritor de frase plástica, un artista que sacrifica la idea a la unión armoniosa de los vocablos. El método que concibe para la especulación científica y experimental no rige para la ordenación de su discurso, innecesariamente complicado y cargado de relativos y conjunciones. "Huele a latín y a colegio".<sup>3</sup> Otros son los méritos de Descartes. Su obra, para emplear un lugar común, es el pórtico de la filosofía moderna. Pero como en toda empresa, por genial que sea el arquitecto, muchas son las manos industriosas que concurren a elevar el pórtico. Atribuirá a inspiración divina sus búsquedas y descubrimientos —concurso superior que en él no excluye el fecundante aporte humano—. Rara vez Descartes menciona el ajeno pensar, como no sea para sepultar al iluminado Raimundo Lulio. Mas huelga la obligación de confesar la procedencia de sus reconocibles asimilaciones. La tarea vuélvese hacedera para los modernos cultores de ese género denominado sources o fuentes, especie de registro civil de las ideas. Los sourciers o investigadores de la paternidad intelectual han formalizado ya la deuda de Descartes con sus predecesores. M. Etienne Gilson rastrea el pensamiento medieval en la formación cartesiana.<sup>4</sup> Otros, si bien con modestia de

<sup>1</sup> Guez de Balzac.

<sup>2</sup> J. G. de Balzac: "Dissertations critiques", XIX.

<sup>3</sup> G. Lanson: "Histoire de la Littérature française".

<sup>4</sup> Etienne Gilson: "La pensée médiévale dans la formation cartésienne".

lectores curiosos, como miss Grace Norton<sup>1</sup>, han establecido las huellas de Montaigne o Charrón en el Discurso del método, y, finalmente, con erudición copiosa, M. Allan M. Boase.<sup>2</sup> Sabido es que Descartes empieza su Discurso diciendo: "Le bon sens est la chose du monde la mieux partagée". El lector de Montaigne encuentra prontamente esa máxima en los Ensayos (lib. II, cap. 17): On dir communément que le plus juste partage que nature nous ait fait de sa grâce, c'est celui du sens". Las pruebas sólo pueden darse con el minucioso cotejo de los textos, intento irrealizable en los límites de un capítulo necesariamente sintético. Señalo rumbos seguros. Descartes, continuador de Montaigne, le despoja sin escrúpulo ni gratitud. La teoría de la voluntad que Descartes desarrolla en el Tratado de las pasiones y que de ordinario se atribuye al influjo del heroísmo cornelianiano, es por igual herencia de los Ensayos. Montaigne le prodiga muchedumbre de sugerencias: el desconcierto doctrinario de la filosofía, tema de la Apología de Raimundo Sabunde, mueve a Descartes —como a Bacon con antelación— a establecer el método en toda investigación. Claro está que las discrepancias abundan entre ambos pensadores. La explicación mecanicista de los fenómenos vitales desprovistos de pensamiento real o aparente, parece ser una réplica directa al panegírico que de la inteligencia animal hace Montaigne. Para Descartes, el animal no es una cosa que piensa. Como tal define una cosa que duda, entiende, concibe, afirma, niega, quiere, no quiere, y, también, imagina y siente.<sup>3</sup> La prueba de que sólo la Naturaleza guía e inspira a los animales es que éstos, por perfectos y felizmente dotados que sean, jamás atinan a ensamblar, a la manera del "hombre más estúpido y embobado", un discurso que dé a entender su proceso racional.<sup>4</sup>

Esta diferencia sustancial explicará sobradamente la ojeriza que siempre demostraron los más aprovechados cartesianos. El intento de elevar a los animales por cima del hombre, irrita a Malebranche. Montaigne, para Malebranche, es un imaginativo prodigioso, un pedante con cierta erudición, pero incapaz de asentar sobre razones sólidas sus afirmaciones, extravagantes las más veces. No es un hombre que razona. Lo único que hace es divertirse con dos versos de Horacio, con un apotegma de Cleómenes o César, con historietas y cuentos que no prueban nada. Los hechos no conmueven a Malebranche ni aportan ventajas para la prueba experimental. Los Ensayos no valen ni como catálogo de hechos humanos. Montaigne es peligroso porque deleita. El placer que nos regala su lectura "es más criminal de lo que se piensa". El mayor de los peligros consiste en que confunde el espíritu con la materia; de ahí las impertinencias que recoge sobre la naturaleza del alma, en cuya inmortalidad no cree. Tan grosero materialismo llévale a compararnos con los animales, a los que llama "nuestros amigos y compañeros". Estos compañeros, según Montaigne, nos hablan, nos entienden y se burlan de nosotros como nosotros de ellos, y llega a la insensatez de establecer que hay más diferencia entre un hombre y otro hombre que entre un hombre y una bestia. ¿No ha dicho que las arañas "deliberan, piensan e imponen conclusiones"? ¿No afirma que nos creemos superiores a los animales por mero orgullo y rudo empecinamiento en creernos los monarcas absolutos del

<sup>1</sup> Grace Norton: "The influence of Montaigne" y "The spirit of Montaigne".

<sup>2</sup> A. M. Boase: "The fortunes of Montaigne", cap. XVI: "Descartes and Montaigne".

Sin mencionar a miss Norton ni a Mr. Boase, León Brunschvicg intenta un estudio semejante en "Descartes et Pascal, lecteurs de Montaigne" (New York, 1944).

<sup>3</sup> Descartes: "Meditaciones metafísicas", meditación segunda.

<sup>4</sup> Descartes: "Discurso del Método", parte quinta.

universo?<sup>1</sup> Malebranche, que recoge destellos acepta que la divinidad pueda aguzar el ingenio. Distan vengarian a Montaigne aplicándole al descomedido:

Lui qui voit tout en Dieu n'y voit p...

Las enérgicas reacciones de los cartesianos tie... en la influencia que los Ensayos ejercen en las dos ce... por momentos se confunden: el escepticismo y el e... Mothe Le Vayer convierte los dos primeros libros de... de oráculo que nutre sus Cinco Diálogos hechos a im... Le Vayer, preceptor del duque de Anjou y del futuro L... de María de Gournay. En su relación con la "iluminada" por modo directo con el perigordano. Pero si es el Mon... primera época el que más seduce a Le Vayer, no deja por ello de... lo más sustancial de sus principios: la soberanía de la conciencia para el mejor ordenamiento de la conducta, y el fideísmo. El discípulo irá más lejos en punto a fe y razón. La naturaleza de Dios, la creación, la Providencia, la inmortalidad, deben descartarse, por inexplicables: "Querer hallar la teología en la filosofía, es como buscar a los vivos entre los muertos".

Si La Mothe Le Vayer pretende establecer un escepticismo cristiano, su amigo Pedro Gassendi está empeñado en cristianizar a Epicuro, y de esta suerte viene a emparentarse con el voluptuoso Montaigne del libro tercero. Gassendi arremete con igual vigor contra Aristóteles y Descartes. Empírico y sensualista, no concibe el mérito de las virtudes y de las acciones humanas si no se ajustan a la moral epicúrea del placer. Los gassendistas más conspicuos: Guy Patin, Gabriel Naudé, Henry Dupuy, al par que epicúreos son lectores apasionados de Montaigne.<sup>2</sup> Dupuy obsequia a Gassendi con una efigie de Epicuro en la que ha grabado una leyenda: "Contemple, amigo mío, al gran hombre cuya alma respira todavía en el rostro. Es Epicuro... Contemple esa imagen, que merece atraer todas las miradas".

Las tentativas de renovar el cristianismo ascético, saturándole de principios pirronianos y epicúreos, aseguran el triunfo de la razón sobre la fe. La suave incredulidad del siglo XVII prepara la que en el siglo XVIII apadrina la religión de la Humanidad, revolucionaria e iconoclasta. Es el fideísmo, argucia de librepensadores vergonzantes, el único autor responsable. Duns-Scotto, Pomponacio, Montaigne, son los padres intelectuales de La Mothe Le Vayer, de Gassendi y de los que fueron en llamarse "libertinos". El calificativo no significa libertinaje, sino independencia del pensamiento. Para Guy Patin, libertinos son los espíritus guéris du sot. Contra ellos organizan la resistencia los acólitos de Jansenio. Los solitarios de Port-Royal advierten que la fe cristiana navega a la deriva. En auxilio de la pobre náufraga quieren salvar almas aplicando sentencias capitales. Montaigne, según es de suponer, es de los primeros en ser ejecutados. La Lógica y los Ensayos de Moral de Nicole contienen el cuerpo de doctrina que habría de servir para la argumentación de jansenistas y católicos. No se debe mezclar a Pascal con los de Port-Royal. Si bien tiene con ellos principios evidentemente afines, el metal de su genio es de los que transforma en substancia propia cuanto asimila.<sup>3</sup> Y si es mucho lo que toma de los Ensayos

<sup>1</sup> Malebranche: "Recherche de la Vérité", I, I, págs. 248-259 (París, 1880).

<sup>2</sup> Cf. el capítulo "Gassendi and his friends", en A. M. Boase, op. cit.

<sup>3</sup> No es posible insertar aquí los textos pascalianos que reproducen casi al pie de la letra sentencias extraídas de los "Ensayos". Todas las buenas ediciones, espe-

interno un  
no  
debe  
As  
D  
de



—Montaigne es su obsesión—, todo lo amalgama y funde en su particularísima visión del cristianismo: "No es en Montaigne, sino en mí mismo donde descubro todo lo que veo". La Naturaleza es sabia y dulce guía para Montaigne. La doctrina de los Pensamientos gira en torno de la corrupción del hombre y de su regeneración por la gracia; contempla la miseria del hombre sin Dios y la grandeza del que, iluminado por Dios, logra sellar la íntima vinculación de lo humano a lo divino. Pascal cree desterrar a Montaigne de la memoria de su siglo. Pero nadie aquilata más que él la fuerza seductora de los Ensayos.

A la irradiación de Descartes y Pascal puede atribuirse el eclipse de los Ensayos después de 1670. Las ediciones copiosas que se repiten cada dos o tres años desde 1580, empiezan a enrarecer. La ofensiva contra el fideísmo, obra de los cartesianos, precipita el descrédito que culmina en el Index inexorable hacia 1676. Mas no muere todo lo que uno condena. Montaigne ha engendrado larga descendencia, si su propia vida no le bastara. Sobrevive gallardamente en los espíritus por él fecundados. En las Máximas, Sentencias y Reflexiones morales de La Rochefoucauld las hay casi literalmente transcritas de los Ensayos, en particular las que tratan de la muerte. Saint-Evremond, radicado en Inglaterra —sus cenizas reposan en la Abadía de Westminster—, es un perfecto gentil-hombre epicúreo que suaviza sus nostalgias francesas con el perigordano: Les "Essais" de Montaigne, les Poésies de Malherbe, les Tragédies de Corneille et les Œuvres de Voiture se sont établis comme un droit de me plaire toute ma vie. Corneille invoca la autoridad de Montaigne en algunos prólogos de sus tragedias. El ingenio soberano y la verba inagotable de La Fontaine denuncian la procedencia de sus frutos. Con sólo recorrer las Fábulas y los Cuentos se advierte la asimilación de los conceptos comunes a la filosofía de la Naturaleza. De preferencia en L'Astrologue, II, 13, La chatte métamorphosée en femme, II, 18, y Un animal dans la lune, VII, 18. Molière en La escuela de los maridos, desliza conocidas ideas de Montaigne sobre la educación e iguales reminiscencias adviértense en las más celebradas producciones molierescas: La Escuela de las Mujeres, Tartufo, El Amor Médico, El Misántropo, Las Mujeres Sabias. Hablando de mujeres, no es permitido olvidar la predilección que sienten por Montaigne, unas veces, damas galantes, como Ninón de Lenclos —vieja amiga de Saint-Evremond—, y otras de singular ingenio, como Mmes. de La Fayette, de Sablé y de Sevigné. "¡Ah! ¡el hombre amable! —escribe la marquesa a su hija Mme. de Grignan— ¡qué buena compañía me prodiga! ¡Es mi antiguo amigo!" En el campo, sin diversiones ni amigos, sabe ella procurarse la más encantadora de las compañías: "Tengo buenos libros y sobre todo a Montaigne. ¿Qué otra cosa se necesita quand on ne vous a point?" Pese a la amargura del tono, La Bruyère se nutre en los Ensayos. Sainte Beuve señala la procedencia.<sup>1</sup> Su adhesión no se limita a trasladar ideas y giros a Los Caracteres. Llega a la polémica para defenderle de las críticas de un Balzac y de un Malebranche:

L'un ne pensait pas assez pour goûter un auteur qui pensé beaucoup; l'autre pense trop subtilement pour s'accomoder de pensées qui sont naturelles.<sup>2</sup>

No terminaría el siglo XVII sin que se notaran los primeros síntomas de la decadencia cartesiana. Los adictos al empirismo, no por estar en la sombra,

cialmente las de Havet y Brunshvicg, señalan en comentarios marginales las más sorprendentes similitudes o apropiaciones. Para saber lo que Pascal se proponía con esa ingente copia de notas —presúmese una Apología de la Religión Cristiana— conviene leer "Discours sur les Pensées de Pascal" de Filleau de la Chaise.

<sup>1</sup> Sainte Beuve: "Portraits littéraires", I.

<sup>2</sup> La Bruyère: "Des ouvrages de l'esprit".

dejan de bregar por el imperio de la razón independiente de las restricciones dogmáticas. Pedro Bayle, desde Holanda, alienta la campaña destinada a triunfar en el siglo XVIII, pomposamente llamado el "siglo de la razón". La erudición de Bayle ostenta el sello de Montaigne, por lo cual sorprende que en su Diccionario dedique un capítulo a Charrón y omita el examen de los Ensayos.

Gloriosas emulaciones infunde Montaigne a su paisano Montesquieu. El inventario de las costumbres universales que realiza el filósofo político, ¿no es lo que Montaigne esperaba de su amigo Justo Lipsio? Montesquieu ha suscrito el máximo elogio: "En la mayor parte de los autores veo al hombre que escribe; en Montaigne, al hombre que piensa".

La tarea de rehabilitar a Montaigne es la honra de Voltaire. Sale al encuentro de los que más le han vilipendiado y entre tantos separa al más insignie: Pascal. Comprende Voltaire que Pascal ataca en Montaigne al hombre sin Dios, esto es, al más miserable de cuantos existen. La defensa de Montaigne será, en consecuencia, la defensa del hombre libre. Pascal se encarniza pintándonos a todos "malos y desdichados". Escribe contra la naturaleza humana con el ímpetu que puso contra los jesuitas. Voltaire asume airosamente la actitud de abogado del género humano. No es mía la hipérbole: "Me atrevo a tomar el partido de la Humanidad contra ese misántropo sublime. Me atrevo a sostener que no somos ni tan malos ni tan desventurados". Cuando Pascal denuncia los defectos de Montaigne, que estima grandes: deshonesto licencia verbal y horribles ideas sobre el homicidio voluntario, el patriarca de Ferney replica: "Montaigne habla como filósofo, no como cristiano: dice el pro y el contra del homicidio voluntario. Filosóficamente hablando, ¿qué mal le hace a la sociedad el hombre que la abandona cuando ya no puede servirla?" Si Pascal encuentra necio el designio que Montaigne ha tenido de pintarse a sí mismo, entonces Voltaire extrema la defensa repartiéndole golpes a diestro y siniestro:

"¡El encantador designio que Montaigne ha tenido de pintarse ingenuamente, según lo ha hecho, pues ha pintado a la humana naturaleza! Si Nicole o Malebranche hubiesen hablado de sí mismos, no habrían tenido éxito. Pero un gentilhombre campesino en tiempos de Enrique III, sabio en un siglo de ignorancia, filósofo entre fanáticos, y que como suyas, pinta nuestras debilidades y locuras, es un hombre que siempre será amado".<sup>1</sup>

Pero el progreso de las ciencias y de la filosofía especulativa, la pureza del idioma y la claridad elemental que prefieren los enciclopedistas como labor docente para regimentar multitudes de adeptos, irán relegando a Montaigne a la categoría de los escritores deleitosos, mas no indispensables. Conservará, sin embargo, su carácter de bienhechor moral, de apoyo seguro para las almas conturbadas, de amigo que dispensa el caudal de su experiencia a cuantos le buscan en horas difíciles: Mme. Roland en visperas de ser ejecutada, y Hoche durante las penosas y largas horas de encarcelamiento. Mujeres viriles, como Mme. Du Châtelet, o en extremo femeninas, como Mme. Du Deffand, recurren por igual a los Ensayos. Montaigne realiza el milagro de ser admirado aun por aquellos que no pueden amarle. La diferencia de naturalezas contrarias no siempre engendra la invencible repugnancia que señala Gracián. El ejemplo de Pascal se repite en Vauvenargues y Rousseau. Vauvenargues admira a Montaigne: "prodigio en tiempos de barbarie", dotado a la vez de imaginación inagotable y de capacidad reflexiva invencible, pero le enfada el acento libertario, el discurso vagabundo, el "yo" alucinante, la ausencia de "pasiones altaneras y vehemen-

<sup>1</sup> Voltaire: "Remarques sur les pensées de M. Pascal" (1728).

tes", "la indiferencia e indecisión que choca a las almas imperiosas y decisivas". No repara el dulce sentenciador que Montaigne también alaba las almas imperiosas y decisivas. Que él no la tuviese no era motivo para dejarlas pasar sin rendirles homenaje. En cuanto a Rousseau, es hijo ingrato de Montaigne. El Discurso sobre las ciencias y las artes y el Emilio salen de Los Caníbales y de la pedagogía antipedagógica y naturalista. Los Ensayos son el granero de Juan Jacobo. Siempre que acude a ellos cosecha como en su propia heredad. Nos devuelve luego a Montaigne sazonado a su manera, pero con su genio levantisco y candente, iluminado y visionario, con su audacia de autodidacto: il en a fait du Rousseau.<sup>1</sup>

El siglo XIX cuenta con lúcidos cultores de Montaigne. Sainte Beuve figura entre los más comprensivos. La penosa diatriba contra la incuria del señor alcalde se olvida de buen grado con el estudio que le dedica en Port-Royal.<sup>2</sup> Todo está dicho allí con amor y sagacidad. Quien como Sainte Beuve busca y encuentra sin esfuerzo las raíces del paganismo en el árbol cristiano:

Paganisme immortel, es-tu mort? On le dit,  
Mais Pan tout bas s'en moque, et la sirène en rit.

descúbrelo con regocijo en las meditaciones de Montaigne. El crítico llega más lejos: asocia el recuerdo de Espinosa y si bien no especifica las concomitancias entre el deísmo panteísta del geómetra de la Ética con el naturalismo de los Ensayos, invita a una excursión por tales regiones, a pesar de los riesgos que depara la aventura.

El principio y el fin de la moral espinosista es la conciencia de la universal necesidad. Lo que sucede es tan necesario como lo que somos. El determinismo impera sobre las acciones humanas sometidas a un mecanismo inflexible. El libre albedrío es una creación ilusoria, hija del orgullo del hombre que se balaga a sí mismo creyendo que él es el piloto y la brújula de la Historia. No es ni una ni otra cosa. El hombre es súbdito de la Naturaleza que gobierna con autoridad absoluta. Desviar los hechos del cauce natural por donde deben deslizarse, es locura. Irritarse contra los dictados naturales, es necesidad. Bueno es lo que armoniza con nuestra naturaleza (analogía profunda con Montaigne y el estoicismo), pero lo bueno y lo malo sólo dependen de la naturaleza de cada uno. El más virtuoso será el que más empeño ponga en descubrir su propia naturaleza y en vivir sin apartarse de ella, inundado de contento interior, fortalecido y a salvo de las causas exteriores. Cuando el hombre descubre su naturaleza, sólo entonces es libre, sólo entonces logra gobernar sus pasiones y atina a vivir con plenitud bajo los dictados de la razón. Hasta aquí espinosismo y montañismo se concilian y confunden como dos ríos hermanos. Lo serán todavía más cuando entren a definir el concepto de utilidad. Para Montaigne, como para Espinosa, lo útil es lo que nos procura dicha y lo perjudicial lo que nos ocasiona tristeza: "Llamamos bueno o malo lo que es causa de Gozo o de Tristeza, lo que acrecienta o disminuye, secunda o reduce nuestra potencia de obrar."<sup>3</sup> Las puertas del epicúreo ábrense de par en par para que entre por ellas el panteísta:

"... sólo una salvaje y triste superstición puede prohibir el disfrute de los placeres. ¿Qué razón hay para que no sea conveniente desechar la melancolía como apagar el hambre y la sed? Tal es mi regla y tal mi convicción..."

<sup>1</sup> G. Lanson: "Les «Essais» de Montaigne", pág. 344 (París, 1930).

<sup>2</sup> Sainte Beuve: "Port-Royal", II.

<sup>3</sup> Espinosa: "Ética", IV. Demostración de la proposición XXIX.

Es propio de un hombre sabio usar de las cosas y disfrutar de ellas en lo posible (sin llegar hasta el bastio), que no es ya gozar el placer".

Dentro de la moderación hemos de darnos alimentos y bebidas agradables, perfumes, flores, músicas, juegos que ejerciten el cuerpo, espectáculos "y otras cosas de igual especie de que todos pueden usar sin perjuicio alguno ajeno". Y ello es así porque el cuerpo humano, para Espinosa como para Montaigne, "se compone de un gran número de partes de naturaleza distinta que requieren de continuo una alimentación nueva y variada". El cuerpo no es despreciable. Cuando de ese modo se le cuida, "el alma tendrá también aptitud para comprender a la vez muchas cosas".<sup>1</sup>

No andaba errado Sainte Beuve al conciliar, dentro de lo posible, el idealismo moral de Espinosa con el estoicismo humanizado y el plano de contemplación purificadora de Montaigne. Pudo dar las pruebas, pero se abstuvo. Pudo imaginar un encuentro de ambos y hacerles platicar por lo largo sin discrepancias fundamentales sobre naturaleza, razón y conciencia; sobre el culto de la vida en oposición al de la muerte, sobre el gobierno de las pasiones y la manera de vencerlas; sobre el arrepentimiento desprovisto de virtud y razón, sobre la virtud sin más recompensa que la virtud misma, en fin, sobre el contento interior que triunfa de las causas exteriores enemigas de la felicidad. La metafísica en Montaigne es casi nula. Pero si el Dios de Espinosa es la Naturaleza, el de Montaigne es la conciencia, voz divina que nos alienta o condena en lo hondo de nuestro ser. El que escucha la voz de su conciencia escucha el verbo de Dios con el cual ajusta y fundamenta su ley moral. ¿No es lo mismo si bien se mira? Que Dios esté en la Naturaleza o en la conciencia, no deja de estar en el ser, en todo el ser, como el padre en el hijo, como el artista en su obra. Brunetière, el de la bancarrota de la ciencia<sup>2</sup>, no pudo comprender que la similitud de principios entre Montaigne y Espinosa es posible por el nexo que une al pensamiento filosófico de todas las épocas. Aun en las doctrinas que mayores discrepancias revelan en el examen superficial, es dable hallar una conexión íntima, profunda y ordenadora. De ahí esas admiraciones por pensadores sin vínculos aparentes. Prevost-Paradol rinde culto a Montaigne, a Pascal y a Kant. Flaubert frecuenta a Montaigne y Espinosa. El autor de la Bovary recomienda los Ensayos como terapéutica contra la desesperanza y acude a la Ética en momentos de angustia.

La fortuna de Montaigne<sup>3</sup> se formaliza en una pléyade de hombres que estudian su vida y su obra, algunos de los cuales, los médicos Payen y Armain-gaud, llevan el culto a extremos pintorescos. Poco falta para que la lectura sistemática de Montaigne adquiriera categoría de ciencia... —¿no se habla ya de montañología?— con idéntico fervor al que ponen los agustinianos, los tomitas, los rabelesianos... Con grandes oficiantes cuenta en el siglo XX. "La Sociedad de Amigos de Montaigne" fue presidida por Anatole France. Pero de cuantos han profundizado ese estudio, el profesor Pierre Villey es, sin duda, la expresión más autorizada. No se puede apreciar integralmente a Montaigne sin los orientadores libros de Villey.

<sup>1</sup> "Ética", IV, Proposición XLV. Escolio al Corolario II.

<sup>2</sup> Brunetière ("Histoire de la Littérature française", t. I, capítulo sobre Montaigne) dice que Sainte Beuve tenía la "manía" de encontrar similitudes entre Espinosa y Montaigne.

<sup>3</sup> Resta por hacer un estudio sobre la influencia de Montaigne en el siglo XIX francés, especialmente en Flaubert y Renan.

## 2. - EN INGLATERRA

"...una nación (Inglaterra), con la que mi familia tuvo unión íntima de parentesco; en mi casa se guardan todavía testimonios de ello".

(Ensayos, lib. II, cap. XII).

"Si los míos se nombraron antaño Eyquem, este apellido corresponde todavía a una conocida casa de Inglaterra".

(Ensayos, lib. II, cap. XVI).

SI es fácil explicar la influencia de Montaigne en Francia, la tarea tórnase complicada cuando se buscan las causas que favorecen la suerte de los Ensayos en Inglaterra desde que a Giovanni Florio<sup>1</sup> le asalta la idea peregrina de trasladarlos a un inglés opulento y extravagante. Lo mucho que se ha dicho sobre el tema, no aclara nada<sup>2</sup>. Conjeturas más o menos verosímiles, en unos casos; hipótesis francamente caprichosas, en otros. Que los ingleses cultos se deleitan con Montaigne, es asunto averiguado. ¿Por qué se deleitan? Aunque a primera faz desconcierte la afirmación, los hay que descubren atisbos de temperamento ultramancheño en el caballero escéptico. Refuerzan el aserto con los dos pasajes de Montaigne que acabo de anteponer a manera de epígrafe. Háblase allí de "testimonios" que todavía se conservan en la casa. Si a ello se suma el prolongado predominio británico en la Guyena y el apellido inglés —otros le prefieren escocés—, la conjetura sobre la ascendencia no parece desacertada. Pero, ¿y los rasgos, los toques, los matices del espíritu? ¿Qué afinidad racial une a Montaigne con sus admiradores albigenses? Tendríamos que desandar siglos y evocar la figura de Leonor de Aquitania en amores con el Plantagenet, a quien le entrega, además del corazón vencido, las tierras de su reinado... Los hijos de la isla de hierro desembarcan en Burdeos como en suelo vernáculo. Todo les alimenta el engaño de no mudar de asiento ni de clima no bien contemplan la densa neblina que amortaja y ensucia las bordelesas costas. ¿Qué ocurre? No es sólo el Plantagenet el que se marida con la soberana de Aquitania. El desposorio asume mayores proporciones. Ingleses y gascones prontamente sellan hermandad de almas gemelas. El interés común obra milagros que superan a la fraternidad consanguínea. Conquistadores y conquistados presienten armonías profundas: el humor andariego, que aviva con igual celo el imperativo de la libertad; la pasión por las empresas navegantes, que culmina en el dominio de los mercados mundiales; el culto del individuo, enterizo, independiente, que no es "cosa", ni súbdito incondicional —cuando no se le respeta—, ni pecho sin grito cuando la prepotencia del Estado lo esquilma y agobia. Pero, ¿a qué exasperar el orgullo de las nacionalidades en el afán de apropiarse de cuanto no les pertenece? Dejad que el pangermanismo recabe como privilegio racial las glorias de Miguel Angel y Leonardo. Si los ingleses,

<sup>1</sup> "The Essayes or Morall, Politike and Militaire discourses of Lord Michael de Montaigne" (By John Florio, London, 1603).

<sup>2</sup> Pierre Villey: "Montaigne en Angleterre" (Revue des Deux Mondes, 1º de septiembre de 1913).

al reconocerse en Montaigne, le quieren para ellos, que se lo guarden... si los franceses lo permiten.<sup>1</sup> Es el espíritu el que acerca o aleja. Los veneradores del libre examen gustan de Montaigne porque hace libre examen sin ser protestante. Préndanse por igual de la mente vagabunda, de los relatos exóticos que traen el eco de lejías, de la experiencia acumulada en forma de Biblia, del análisis costumbrista de los diferentes pueblos. Celebran el altanero sentimiento que eleva al hombre a la categoría de soberano de sí mismo, y la franqueza, el realismo, el soplo griego, el aliento imperialista romano y la juventud renacentista que los Ensayos compendian.

En 1597 Francis Bacon publica por primera vez un volumen de Ensayos. Poco antes de dar Florio a la estampa su traducción, en el mismo año de 1603, Cornwallis y Robert Jonson, e inmediatamente después Chapman, Daniel, Webster, se apropian del título usado por Montaigne sin otro precedente, y publican Ensayos. El género, sin fortuna en Francia, es aceptado y perfeccionado en Inglaterra con sorprendente celeridad. A la zaga de Montaigne los franceses no se atreven a escribir Ensayos sino Discursos. Para el inglés ilustrado resulta la forma más adecuada para expresar ideas con el orden y la economía de espacio y de palabras que no siempre distinguen a Montaigne. Hacen suyo el género con las modificaciones propias de la idiosincrasia sajona. El modelo de ensayo británico es el grato a Bacon, sentencioso, breve, frío, destinado a recibir ulteriores modificaciones, como las que introduce Macaulay en el siglo XIX; los de éste abarcan panoramas históricos, morales y filosóficos mucho más vastos. Pero es la versión de Florio la que abre el derrotero de la gloria de Montaigne allende la Mancha. El libro cae como semilla que prende en los ingenios más esclarecidos de la época isabelina. Bacon puede leerlo y asimilarlo en el idioma originario, no así Shakespeare. El mago de verbo deslumbrante posee escaso dominio de las lenguas forasteras.

La personalidad de Florio merece un estudio, un verdadero ensayo que contemple su vida y su obra de filósofo y de humanista. Poco se ha escrito sobre él.<sup>2</sup> La justicia póstuma suele tener olvidos incomprensibles e injustos. Merced al esfuerzo superior de este hombre, hijo de un modesto predicador italiano, amigo de Giordano Bruno, de Shakespeare, de Bacon, de Ben-Jonson, lector regio y profesor de francés y español en Oxford, tres cosas extraordinarias son posibles: 1º, el apogeo de Montaigne en la vida literaria y mundana de la Gran Bretaña; 2º, el enriquecimiento de la lengua inglesa con los vocablos que Florio tiene que forjar para traducir los Ensayos; 3º, la deuda contraída por Shakespeare con Montaigne desde 1603.

La bondad de la traducción de Florio es muy discutida. Villey señala las infidelidades que enfadan al experto conocedor de los Ensayos. Mediocre es el epíteto más crudo que emplea el erudito rastreador. Entre las deficiencias que enumera, denuncia los caprichos propios de la imaginación exuberante y meridional; el eufuismo puesto en u. y con la obra de Lilly, precursor del culturanismo español; el mal gusto que afecta y oscurece el estilo; el abuso de adjetivos, de verbos y adverbios; el empleo de metáforas y de proverbios esencialmente ingleses, y la explicación de voces comunes, ostracismo, por ejemplo, como si el libro estuviese destinado a un público desprovisto de cultura. Todo

<sup>1</sup> Théophile Malvezin pretende haber encontrado el apellido Eyquem antes de la dominación inglesa en Guyena. "Michel de Montaigne, son origine, sa famille" (París, 1875).

<sup>2</sup> Puede verse: Longworth Chambrun: "Giovanni Florio: Un apôtre de la Renaissance en Angleterre à l'époque de Shakespeare" (París, 1921).

esto es verdad. El moderno y aventajado traductor inglés, E. J. Trechmann<sup>1</sup>, anota sorprendentes descuidos, elementales errores, elementary blunders, verbigracia, poisson: poison, y graves inexactitudes al interpretar el pensamiento de Montaigne. De la misma opinión participa M. J. M. Robertson.<sup>2</sup> Pero ambos terminan perdonando a Florio con igual generosidad que a Charles Cotton, quien repitió la empresa en 1685 con más fidelidad. Los defectos de Florio son pecados comunes en la mayor parte de los poetas y escritores de la época, y muchos de los vicios que Villey condena caracterizan por igual a los poetas franceses de la Pléiade. No es Florio tan inconsciente ni desalmado como de paso pudiera parecer. No se le ocultan las dificultades, algunas de ellas invencibles, que se le presentan en el temerario designio de traducir a un escritor de la calidad expresiva de Montaigne, y no siempre coherente y claro. Adelantándose a las objeciones formales de la crítica, tiene buen cuidado de entonar un "mea culpa" que le honra. Una traducción, dice Florio al presentar la suya, si se la compara con el documento original vale tanto "como el dibujo con respecto a la Naturaleza, el retrato al modelo, la sombra a la substancia". El sentido de lo relativo campea en esta frase. Dice más: "Cada lengua tiene su alma, su género propio encerrado en una forma que le es inseparable. Sería menester la metempsicosis pitagórica para transportar esta alma viviente. ¿Cómo trasladar las cualidades esenciales de la lengua toscana, la fina vivacidad del francés, la dignidad áspera del español y el fuerte vigor del holandés?" Florio habla de lo que sabe y de lo que cuesta tamaño esfuerzo. Nunca ha auscultado almás más desemejantes que la inglesa y la francesa. ¡Y tiene que hacer entrar a la una en la otra! Algunos atenuantes abogan en favor de las infidelidades reprochadas por Villey. Valgan los admirables aciertos con los que alcanza el privilegio pitagórico. No se olvide que la lengua inglesa, no fijada aún y en pleno crecimiento, carece de léxico apropiado para interpretar el pensamiento y la verba de Montaigne. Florio vence las dificultades inventando palabras, incorporadas por él al uso familiar, verbigracia: conscientious, tarnish, comfort, facilitate, amusing, regret, effort, emotion. Por donde, merced a la traducción de los Ensayos, el pueblo inglés puede disponer de más voces para expresar sus estados de sensibilidad: el de lo confortable, tan genuinamente británico, sin el vocablo que lo concretara.

Si el recuerdo de Florio se liga al de Montaigne en Inglaterra, lo propio acontece con el de Shakespeare. Todos tres se muestran en arrogante trilogía. La amistad de Shakespeare con Florio es verosímil. Viven en los mismos días y frecuentan la casa del mecenas y linajudo Lord Southampton: the better angel is a man right fair. ¿Es el afamado efebo a quien Shakespeare dedica, según los maliciosos, aquellos sus dos enigmáticos sonetos? Prefieren otros presentarlos como enemigos. Una sátira contra Florio ve Warburton en Holofernes, el insufrible pedante de "Love's labour's lost". Amigos o no, se conocen, y la traducción de Florio es leída con provecho por Shakespeare. El tema, de suyo seductor, no es para ser estudiado en esta vertiginosa ordeñación de lecturas. Trátase de un pleito literario que pretende dilucidar cómo y hasta dónde pudo influir Montaigne en Shakespeare. Ambas partes adversarias llevan el contrapunto con relativa honradez intelectual. La que se embandera por la negativa, con no escaso amor propio nacionalista, habla de Shakespeare como de algo sagrado e intocable, suerte de Dios o de substancia que es en sí y por sí

<sup>1</sup> "The Essayes of Montaigne", translated by E. J. Trechmann with an introduction by the Rt. Hon. J. M. Robertson. "In two volumes", Oxford University Press, 1927.

<sup>2</sup> Autor de "Montaigne and Shakespeare".

se concibe; según la definición de Espinosa: lo que no necesita de otra cosa para formarse. Los rastreadores de influencias no admiten que el genio, por extraordinario que sea, pueda abastecerse de su propia substancia mental: tiene que salir de sí mismo y buscar en la vida y en los hombres motivos fecundantes. Shakespeare confirma la regla. Es un genio creador; y no deja de crear ni cuando asimila.

Ciento cincuenta años después de la muerte de Shakespeare<sup>1</sup>, el escritor Edward Capell advierte en *The Tempest* un pasaje casi literalmente copiado del capítulo sobre los Canibales. Para apreciar la veracidad del aserto no hay otro medio fuera del clásico: catar los textos. Dice Montaigne en la traducción de Florio:

"It is a nation, would I answer Plato, that hath no kinde of traffike, no knowledge of Letters, no intelligence of numbers, no name of magistrate, nor of politike superioritie; no use of service, of riches or of povertie; no contracts, no successions, no partitions, no occupation but idle; no respect of kinred, but common, no appareil but naturall, no manuring of lands, no use of wine, corne, or mettles. The very words that import lying, falsehood, treason, dissimulations, covetousnes, envie, detraction, and pardon, were never heard of amongst them. How dissonant would hee finde his imaginarie common-wealth from this perfection?"<sup>2</sup>

En *The Tempest*, Gonzalo a Sebastián:

"I' the commonwealth I would by contraries  
 "Execute all things; for no kind of traffic  
 "Would I admit; no name of magistrate;  
 "Letters should not be known; riches, poverty,  
 "And use of service, none; contract, succession,  
 "Bourn, bound of land, tillth, vineyard, none;  
 "No use of metal, corn, or wine, or oil;  
 "No occupation; all men idle, all;  
 "And women too, —but innocent and pure;  
 "No sovereignty, —  
 .....  
 "All things in common nature should produce  
 "Without sweat or endeavour: treason, felony,  
 "Sword, pike, knife, gun, or need of any engine,  
 "Would I not have; but nature should bring forth,  
 "Of it own kind, all foison, all abundance,  
 "To feed my innocent people".<sup>3</sup>

<sup>1</sup> George Coffin Taylor: "Shakespeare's debt to Montaigne". (Harvard University Press, Cambridge, 1925).

<sup>2</sup> "Essayes" (Florio. Montaigne, lib. I, cap. XXX). He aquí la traducción española aunque un tanto amplificada: "Es un pueblo, diría yo a Platón, en el cual no existe ninguna especie de tráfico, ningún conocimiento de la ciencia de los números, ningún nombre de magistrado, ni de otra suerte, que se aplique a ninguna superioridad política; tampoco hay ricos, ni pobres, ni contratos, ni sucesiones, ni particiones, ni más profesiones que las ociosas, ni más relaciones de parentesco que las comunes las gentes van desnudas, no tienen agricultura ni metales, no beben vino ni cultivan los cereales. Las palabras mismas que significan la mentira, la traición, el disimulo, la avaricia, la envidia, la detracción, el perdón, les son desconocidas. ¡Cuán distante hallaría Platón la república que imaginó de la perfección de estos pueblos!"

<sup>3</sup> "The Tempest", acto II, escena primera.

La prueba en este caso es irrecusable. El dios ha descendido del Olimpo para renovar su ambrosía en ajeno señorío. Los ingleses son lentos, pero seguros. Danse prisa lentamente, según el precepto de Boileau. Otros ciento cincuenta años tendrán que transcurrir después del hallazgo de Capell para que los críticos formalicen una duda no desprovista de lógica si Shakespeare ha incorporado a su caudal este pasaje de Montaigne, ¿no habrá reiterado el procedimiento en otras obras no expurgadas todavía? Los inquisidores realizan, con variada fortuna, pacientes y doctas investigaciones. Los hay de dos clases: los que se atreven a hablar de influencia y los que tan sólo establecen una deuda. Entiéndese por influencia la asimilación de ajena doctrina, y por deuda la apropiación circunstancial de ideas o de vocablos sin que por ello se altere fundamentalmente el sistema conceptual propio y la particular visión de la vida. La influencia de Montaigne en Shakespeare creo que debe ser desechada, no así la deuda. Hay similitudes, desde luego, reminiscencias notorias del francés en el inglés, prolijamente anotadas por miss Grace Norton<sup>1</sup>, Sidney Lee y Coffin Taylor. Pero los más de tales parecidos, cuando no son ecos de Plutarco, son lugares comunes en el siglo XVI. Coffin Taylor, de gráfica manera, reconoce que buen número de stock phrases, stock ideas, stock passages, son propiedad colectiva de los pensadores, oradores y escritores de una misma era. Pierre Villey tampoco admite influencia; ni influencia ni deuda. Después de estudiar minuciosamente los trabajos de mister Robertson<sup>2</sup>, de miss Elisabeth Robins Hooker<sup>3</sup> y de miss Norton, llega a la conclusión de que cent zéros additionnés ensemble ne font toujours que zéro.<sup>4</sup> Por grande que sea la autoridad de Villey en la materia, el pleito no ha terminado y posiblemente no terminará nunca. Coffin Taylor defiende con brío la tesis de la deuda en lo que se refiere al léxico de Shakespeare, extraordinariamente enriquecido con la lectura de la traducción de Florio. Husmeando en quince obras que van de Hamlet a Enrique VIII, Coffin Taylor anota setecientas cincuenta palabras que Shakespeare no usaba antes de conocer la versión inglesa de los Ensayos; apropiaciones perfectamente lícitas y explicables en hombre que vive con la obsesión de las palabras. Words, Words, repite Hamlet en un soliloquio que bien puede ser el mismo que apesadumbra a su creador.

La originalidad de Francis Bacon como moralista, más que como ordenador de la ciencia experimental, también sería motivo de empeñadas búsquedas. No son sus contemporáneos los perspicaces, porque el imitar y saquear a Montaigne es consejo públicamente pregonado por Ben-Jonson. Algunos investigadores alemanes, a mediados del siglo XIX, coleccionan semejanzas entre Bacon y Montaigne. Más tarde, miss Grace Norton<sup>5</sup> hace suya la misma presunción con una carta de Edward Fitz Gerald a W. A. Wright. Fitz Gerald, apasionado montañista, comunica a su amigo en 1867 que él y Robert Groome han hallado algo de Montaigne en Bacon. Groome era de opinión que Bacon se había apropiado de algunas citas de Séneca, no ya en la fuente, sino en los Ensayos del francés. Fitz Gerald, por su parte, tenía anotados unos pocos pasajes, "a few passages", de Montaigne en los Ensayos de Bacon. Es miss Norton quien lleva adelante las indagaciones. Leyendo la obra de Bacon, Historia de la vida

<sup>1</sup> "The Spirit of Montaigne" (Boston and New York, 1908).

<sup>2</sup> Robertson, *op. cit.*

<sup>3</sup> P. Villey: "Montaigne and Shakespeare" (A book of Hommage to Shakespeare, 1916).

<sup>4</sup> "The relation of Shakespeare to Montaigne, en Modern Language Association of America", t. XVII.

<sup>5</sup> Grace Norton, *op. cit.*

y de la muerte, llega a creer que los dos ensayistas se conocieron en Francia. ¿La prueba? Bacon se limita a decir que en el verano de 1577, durante su estancia en Poitiers, entabló relación con un caballero francés que luego fue célebre.<sup>1</sup> No es una prueba. Es una suspicacia digna de quien está alucinado con Montaigne. En cambio, se ha demostrado que Antony Bacon, hermano de Francis, tratóse personalmente con Pierre de Brach, amigo fiel del perigordano. En la voluminosa correspondencia del diplomático inglés fue hallada una carta de Brach cuyo texto revela que Antony mantenía relación epistolar con Montaigne.<sup>2</sup> Si se tiene presente que Antony veranea en Burdeos hacia 1585, época de la alcaldía de Montaigne, y que repite la estancia en la misma ciudad en 1590, es verosímil que frecuentara a Miguel. Estos detalles no adolecen de nimiedad. Pueden ellos presentar a Antony como introductor de los Ensayos en Inglaterra. A su hermano debería Francis la lectura de una obra cuya primera gran deuda es el título que hace suyo e incorpora a la literatura inglesa.

Fuera del título, la influencia del francés no se advierte en la primera edición de los Ensayos de Bacon. Los textos difieren en forma y substancia. Los primitivos ensayos de Bacon no pasan de diez y están escritos, según he dicho, de fría, escueta e inelegante manera. En las ediciones posteriores, en las que Bacon agrega cuarenta y siete ensayos más, el pensamiento adquiere profundidad. Ya no son meras máximas plagadas de lugares comunes y sin gracia expresiva. Aunque siempre conciso, el estilo se reviste de valores antes no conocidos. Abundan las referencias históricas, César y Tácito de preferencia, y las citas se suceden con alarde pedantesco. Los temas se asemejan a los de Montaigne: la verdad, la muerte, la adversidad, los padres y los hijos, la amistad, los viajes, los honores y las dignidades, el matrimonio y el amor, etcétera, clásicos asuntos, como el mundo añejos, y perenne leitmotiv de los moralistas. Hay notables reminiscencias, desde luego, entre Montaigne y Bacon.<sup>3</sup> Como miss Norton ha tenido buen cuidado de catalogarlas, me relevo de la tarea, larga y fatigosa. Pero en esas reminiscencias hay que distinguir las que vienen por la vía de Séneca de las que notoriamente han sido asimiladas en Montaigne. Aun en el último caso, las apropiaciones baconianas son legítimas. No copia, transforma. No imita, crea. En todo lo que le dan estampa el sello de su inconfundible personalidad. Por lo demás, la ética y la visión mundanal de ambos, difiere en grado superlativo. Montaigne busca la felicidad en el reposo mediante el conocimiento de sí mismo. Bacon columbra la felicidad en la acción. La voluntad de Montaigne se concentra en el gobierno de las propias pasiones. El ideal de Bacon tiende a escalar alturas para imponer su voluntad a los demás. Montaigne renuncia a vivir agitadoamente. Bacon menosprecia quietud y reposo. La honra de Montaigne está en su amistad con La Boétie. La deshonra de Bacon en la traición a Essex. Los Ensayos de Montaigne son el manual de los hombres que no sacrifican las buenas costumbres a ninguna prebenda. Los de Bacon son el breviario de cuantos se acomodan a las circunstancias y se someten al capricho de los poderosos. Montaigne es hijo de Séneca y Epicuro. Bacon brilla en la progenie de Maquiavelo. Si como hombres se diferencian hasta lo inconcilia-

<sup>1</sup> Grace Norton: "Early writings of Montaigne" (New York, 1904) y Pierre Villey: "Montaigne a-t-il eu quelque influence sur Francis Bacon?", en "Revue de la Renaissance" (julio-septiembre y octubre-diciembre, 1911).

<sup>2</sup> P. Villey, *op. cit.* Antes que Villey, Sidney Lee trató el tema en "The French Renaissance in England", págs. 165-179 (Oxford. At the Clarendon Press, 1910).

<sup>3</sup> En el primer ensayo de Bacon, "Of truth", hay una larga cita de Montaigne sobre la mentira. Es de reparar que para el inglés nuestro ensayista se llama "Mountaigny".

ble, en la historia de la filosofía se unen en la obra de hallar el método que resuelva el problema del conocimiento. Montaigne duda, analiza, critica, separa el trigo de la brizna, denuncia los prejuicios que hacen inasequible la verdad, lo destruye todo hasta reducirlo a polvo. Y porque no se puede construir sin destruir previamente, Montaigne prepara el terreno llano sobre el que han de edificar Bacon y Descartes.

El esplendor de Montaigne en Inglaterra también conoce repentino apagamiento. El obispo Bonner se pasma ante la magra religiosidad de su pueblo e inunda de Biblias la extensión de la isla neblinosa. Como por arte de ensalmo el inglés se trueca en el hombre de un solo libro, hombre peligroso por definición. Muda de gustos, torna sombrío el carácter, tiende a la sobriedad, morigera las costumbres y reglamenta las relaciones sexuales hasta en las aves de corral. . . Con Isabel fenece el Renacimiento. Tras ella desaparecen las joyas y el escote de las damas. Falstaff y las alegres comadres de Windsor callan de pronto y visten negro ropaje. La Biblia sacia el hambre y apaga la sed. En los castillos y las granjas se habla y escribe a la manera de los profetas hebreos. Milton amortaja a Shakespeare. . . No puede tardar el gran castigo. Y llega Oliverio, el iluminado y tétrico "protector". Ningún pueblo escapa a esta suerte de supremos regidores. Vienen a pedir cuentas de la libertad cuando degenera en licencia. Pero como vienen se van y el aliento perdido se recobra. De un mal en otro, el puritanismo inglés perece en el libertinaje de Carlos II. No todo es reprochable en esta Corte. Léese menos la Biblia, piénsase menos en Job, desde luego, pero el hombre vuelve a tener conciencia de que no es "cosa", sino ser, y que el valle de lágrimas merece la compensación de la pradera riente y feliz. Cuando los cuáqueros atraviesan el océano para asentarse en América con el Evangelio, Montaigne y su libro renacen en Inglaterra. Esta su nueva vida albionesa será más larga, sin peligro de que los profetas hebreos le expulsen con vibrantes admoniciones. A la anticuada versión de Florio sucede la de Cotton, no tan brillante como respetuosa. El hidalgo campesino francés vuelve a fascinar al lord y al squire con su devoción por el self control y el self investigation. Hoy es John Sheffield, duque de Buckingham, el que exalta la sinceridad de Montaigne, y le llama "incomparable". Mañana es el marqués de Halifax quien en Vindication to Montaigne le defiende contra las aceradas críticas de los señores de Port-Royal: "Entre nosotros, todas las clases sociales tienen en alta estima los Ensayos. . . Montaigne es el único francés que posee el sentido de la libertad". Quizá por esta salubre atmósfera de libertad que se respira en el libro, pasa Montaigne de las manos del cortesano a las del escritor o del filósofo. Addison lo celebra e incorpora a The Spectator. Swift y Bolingbroke le siguen de cerca. Pope y Sterne le imitan o plagian.

El ascendiente de Montaigne en las ideas pedagógicas de Locke<sup>1</sup> se demuestra con simples cotejos.<sup>2</sup> Cuando no lo cita, la doctrina placentera del francés asoma en el método que propone el autor del Ensayo sobre el conocimiento humano. No es posible leer el capítulo que trata de La familiaridad entre padres e hijos sin que se reconozcan los dictados de Montaigne. Sabido es que Locke fue preceptor de un joven noble, el futuro conde de Shaftesbury. Tampoco es presunción antojadiza el pensar que Locke introduce a Montaigne en las lecturas del discípulo. En algunas obras de Shaftesbury —Characteristics of men, manners, opinions, times— se perfilan no pocas ideas afines con las de Montaigne: la importancia del sentimiento inmediato, determinado por el

<sup>1</sup> John Locke: "Pensamientos acerca de la educación" (Madrid).

<sup>2</sup> P. Villey: "L'influence de Montaigne sur les idées pédagogiques de Locke et de Rousseau" (Paris, 1912).

instinto, y la ética independiente de la autoridad religiosa. La felicidad considerada como cosa interior, y no externa, es conquista del hombre que le dictarse principios de orden, de paz y de concordia. Shaftesbury, en el intencioso y generoso de armonizar las diversas fantasías que agitan y desconciertan la mente humana, busca el ideal que Montaigne alcanza para sí.

El racionalismo en materia de moral extiende sus dominios con el movimiento que los deístas ingleses inician en el siglo XVIII. Montaigne tiene afinidades con cuantos estiman que nuestro concepto de la vida y nuestras normas de conducta, por naturales y sencillas, no han menester de aprobación confesional. Para ser hombre de bien, basta el conocimiento de las leyes que la Naturaleza revela a quienes logran elevarse hasta ella guiados por las facultades del espíritu. El representante más calificado de los deístas es David Hume, el circunstancial amigo de Rousseau. Hume tampoco puede pasarse sin escribir ensayos, que si no están a la altura de su obra maestra, Treatise on Human nature, poseen las cualidades típicas del género que permite condensar ideas en apretadas síntesis. Para Hume, como para Montaigne, el pensamiento es incierto, pero el instinto es seguro, aunque se mueva en zonas penumbrosas e insondables. Ninguna sensación o idea es invariable y constante. Siempre hallamos un estado interior especial que no corresponde al anterior; diversidad y ondulación que Montaigne reconoce en sí mismo como reflejo y vibración del universo. Es en los Dialogues on natural religion donde el parentesco de Hume con Montaigne es más evidente. Hume parece encubrirse en Filón, personaje a las veces racionalista y escéptico. ¿Quién, sin injusticia, podría condenarnos, si decimos que no sabemos nada con respecto a la existencia de Dios y a la inmortalidad del alma? Precario es nuestro dominio de la experiencia, y los sistemas que se niegan los unos a los otros desconciertan y autorizan la duda. He aquí otra idea cara a Montaigne: el cielo está muy lejos de la razón del hombre. Marchamos entre conjeturas y sombras de la verdad. ¿Para qué buscar, entonces, la causa del orden y de la finalidad fuera del mundo?

El ya citado Lord Saint-John Bolingbroke concilia sin esfuerzo el deísmo con el fideísmo de Montaigne. Las religiones para Bolingbroke son creaciones de místicos o argucias de teólogos que no resisten a examen prolijo ni pueden interesar al verdadero filósofo. Admite, sin embargo, que sirven de freno para las gentes ignoras, incapaces por sí mismas de ordenar los instintos bajo la égida de la razón. Voltaire, refugiado en Inglaterra, se adhiere a esa manera de considerar las religiones, como un artificio o mal necesario para embancar y dominar al pueblo. Montaigne prefiere no abundar en la cuestión religiosa. Discurre sobre el particular es perpetuar las guerras fratricidas. Para alcanzar la paz interna y externa es más prudente no discutir los dogmas y aceptar como buena la estructura social, política y religiosa. Un conservador, en suma, que se opone a las mudanzas porque las juzga peligrosas para la tranquilidad pública y privada. Aceptemos los males que nos rodean en la seguridad de que han de ser mayores los que surjan de las innovaciones violentas que nos proponen. ¿No suena todo esto a refrán consabido? Claro que sí, y por ello temido en menos.

Sentado el principio conformista de Montaigne, sobradamente explicable es la naturalización inglesa de los Ensayos. Para el tradicionalismo británico, nuestro caballero es puntal del orden social. The Essays of Michael Lord of Montaigne lucen en las bibliotecas de los castillos como honrado manual de fair play. Son el breviario de poetas del linaje de Dryden y de Byron, cuyas vidas fecunda y dulcifica. Thackeray confiesa tenerlos siempre a mano, porque necesita del amigo fiel que aleja pesadumbres y vence insomnios. El último Eyquem no vislumbró nunca tamaña fortuna entre sus presuntos antepasados.

Hablarle en inglés a Shakespeare y ensancharle el horizonte al gallardo creador de símbolos, tampoco pudo sospecharlo al temer cándidamente que le comprendieran demasiado...

*¿Que sçais-je? Was the motto of Montaigne,  
as also of the first academicians:  
That all is dubious wick man may attain  
Was one of their most favourite positions.*

*So little do we know what we're about in  
this world, I doubt if doubt itself be doubting.<sup>1</sup>*

### 3. - EN ALEMANIA

"En lo que toca a la probidad, a un solo escritor coloco yo en la misma fila de Schopenhauer, y aun a mayor altura: es Montaigne. Porque un tal hombre ha escrito, la dicha de vivir ha aumentado considerablemente..."

(F. Nietzsche, Schopenhauer educador).

MUY precia es la posteridad de Montaigne fuera de Francia y de Inglaterra. No hemos de verle, allende el Rin, jubiloso y celebrado por grandes y medianos lectores. Si en Inglaterra se le aprecia por sus cualidades de gentleman perfecto, el alma tudesca no halla ecos de resonancia en la del meridional siempre inclinado sobre sí mismo para conocerse mejor. Se han estudiado las causas de la indiferencia germánica para con este espíritu cuya universalidad muere en las fronteras alemanas. Hay dos razones que militan juntas y se concilian. El apogeo que los Ensayos tienen apenas salidos a luz, coincide en cierto modo con la reacción luterana contra el Renacimiento. La repugnancia que el luteranismo siente por la antigüedad clásica, sólo es comparable a la que Montaigne no sabe recatar por el sombrío dogma reformista. El verbo de Lutero es el germen que su amigo Melanchton recoge para sentar una escolástica protestante tan enemiga del hombre libre como lo fuera la anterior.

Los modernos historiadores de la filosofía no discrepan en el juicio que les asigna a los alemanes de los siglos XVI y XVII la preocupación avasallante del problema religioso. Son más teólogos que filósofos y no admiten que el hombre sea capaz de salvarse con el auxilio de la moral racionalista. Un libro como el de Montaigne, que pregona la salvación del hombre por el hombre, denunciaría veblemente delectación renacentista y pagana. Esta sospecha será oportunamente confirmada cuando la Lógica de Port-Royal condene a Montaigne. La Lógica de los señores enclaustrados en el riente valle de la Chevreuse —¡ellos que nada riente vieran en la Naturaleza!— tuvo abundante circulación en Alemania. No es de extrañar, según lo observa Victor Bouillier<sup>2</sup>, que los Ensayos, estigmatizados en Francia por Pascal, Bossuet y Malebranche, perezcán en la atmósfera luterana que empaña la visión tudesca.

Pero ¿y después? ¿Qué acontece cuando a la escolástica protestante sucede

<sup>1</sup> Byron: "Don Juan", canto IX, estrofa XVII.

<sup>2</sup> Víctor Bouillier: "La renommée de Montaigne en Allemagne" (París, 1921)

el imperio de la verdadera filosofía? Cuando el espíritu alemán se liberta a las severas preocupaciones teológicas y busca la formación de la vida individual al amparo de un renovador movimiento pedagógico y estético, ¿comprende a Montaigne? El neo-humanismo clásico que apadrinan Federico Augusto Wolff, Schiller y Guillermo Humboldt, y con el cual buscan la intensificación de la vida espiritual en el culto de la belleza y en la renuncia a cuanto no sea recogimiento interior, no se diferencia sustancialmente de la actitud meditativa que Montaigne practica y encarece, al margen de la discordia y la guerra. Mas la huella del francés no se advierte en la liberación de los idealistas alemanes, único momento histórico en el que pudo cuajar la influencia de los Ensayos. Esa influencia sería igualmente negativa en el período que sigue, como ninguno propicio al desarrollo de la filosofía especulativa. Los teólogos conviértense en creadores de sistemas de los que rara vez queda excluido el problema metafísico. Montaigne, si por acaso reparan en él, muéstrase entonces como un moralista superficial, más literato que filósofo, pues que carece de sistema y de capacidad para especular en el plano de las abstracciones. Ese concepto se cristaliza y aun hoy perdura. Cojamos la historia de la filosofía más elemental y apropiada para incipientes en la materia, la de Karl Vorländer, por ejemplo, y veamos el juicio que le merece el moralista:

"Miguel Montaigne, el creador del ensayo ligero, estimado, aun hoy día, por sus compatriotas como escritor excelente, y por nosotros, al menos, como un espiritual y amable disertador".<sup>1</sup>

El disertador espiritual y amable no es recordado en el inventario que del criticismo negativo hace Wundt en su Introducción a la Filosofía. Allí admite que el escepticismo ha sido uno de los más poderosos medios para estimular el conocimiento filosófico y recuerda a los verdaderos progenitores de Montaigne, desde Pirrón a Sexto Empírico, y a los que Montaigne inspiró directa o indirectamente: Pascal, Pedro Bayle y David Hume. Puesto que no le quieren, ¿para qué insistir? Señor deleitoso que mata el ocio de las horas escribiendo fábulas e intercalando versos latinos. Como tal le tienen los más en Alemania. Y no sólo en Alemania. ¿No ha dicho Huet en Francia que los Ensayos son el breviario "de los perezosos honestos y de los ignorantes estudiosos?"

Los historiadores franceses de la literatura alemana, A. Bossert<sup>2</sup> y Arthur Chuquet<sup>3</sup>, no descubren rastros de Montaigne en la inmensidad de esta selva tupida, armoniosa y discordante. Señalan la influencia de los ingleses en los Sturm-und-Drang, en particular de Shakespeare en Goethe, y de Pope y Rousseau en Herder; pero no citan el nombre de Montaigne, como si jamás le hubiesen encontrado en millares de obras por ellos consultadas y estudiadas. Este silencio casi absoluto no disminuye el amoroso entusiasmo de Victor Bouillier, pertinaz husmeador de una gloria francesa que no existe en Alemania. A su magro trabajo —una sesentena de páginas— remito al lector. Merced a la constancia de Bouillier<sup>4</sup> para enriquecer lo que él llama la "montañología", sabemos lo que en vano se busca en Bossert y Chuquet.

El primer lector de Montaigne que enfoca la lámpara de Bouillier, es Thomas Lansius (1577-1657), profesor de Derecho en la Universidad de Tu-

<sup>1</sup> K. Vorländer: "Historia de la Filosofía", I. "La Filosofía del Renacimiento", 5.

<sup>2</sup> A. Bossert: "Histoire de la Littérature allemande" (París, 1921).

<sup>3</sup> Arthur Chuquet: "Littérature allemande" (París, 1913).

<sup>4</sup> V. Bouillier, *op. cit.*

binga. Para Lansius, Montaigne es un Galliae sapientem y le defiende contra las críticas que de los Ensayos ha formulado el erudito flamenco Baudius. Siguele un espíritu de mayor calidad: Moscherosch (1601-1669). Si no se le recuerda por la medianía de sus versos, en alguna estimación se le tiene por sus obras en prosa. Una de ellas, las Visiones singulares y verídicas de Philander de Sixteval, es un aprovechado remedo de los Sueños quevedescos. La urgencia, según Moscherosch, de escribir en alemán castizo, sin inspiraciones francesas, no le impide encarecer a sus jóvenes compatriotas la lectura de los Ensayos, por ser Montaigne el Socratis Gallici y el fruto de su ingenio "una obra tal que Francia ni los demás reinos de Europa jamás vieron otra más bella". El sentido común salva de la ceguera cuando se leen los Ensayos, y el que los ignora es "un pobre y frío amigo de las letras". El cargo de ateísmo, lanzado por los de Port-Royal, lo levantan Christian Thomasius (1655-1728), profesor de Halle, y el pastor Buddeus (1667-1729), profesor de teología en Jena. Montaigne se le presenta a este último como profano y alma poco piadosa, pero reconoce Buddeus que nadie puede negar que "su libro contiene muchas cosas justas y prudentes". El teólogo Jacobo Friederich (1668-1743) es el primer alemán que denuncia la falta de erudición de Montaigne. Esa falta de erudición servirá como atenuante para que el lector sea benévolo con los paralogismos que pueda encontrar. Con todo, el teólogo le perdona la vida: "por ciertas manchas no se puede repudiar la obra entera, ya que no se descubren manifiestas huellas de ateísmo". Para otro pastor, Jacobo Bruker (1696-1770), Montaigne tampoco debe ser considerado "como filósofo y erudito". Si su nombre tiene posteridad, debe ser leído con suma prudencia por las múltiples e "insólitas arrogancias", y "los defectos elegantes y agradables" que hacen de los Ensayos una obra en la que es difícil discernir "lo que es precioso o vil, recto u oblicuo, verdadero o falso".

Mas he aquí al primer gran filósofo, Leibniz (1646-1716). ¿Qué tiene que hacer con Montaigne el glorioso creador de la Monadología? Es Boullier quien trae a cuento un trabajo moderno de Gregor Itelson titulado Leibniz und Montaigne. Según se ve, no es una fantasía de francés arrobado con la inmortalidad de su paisano. Es Itelson el que presume hallar el sistema de Leibniz de las "percepciones oscuras" en un capítulo de Montaigne: De cómo nuestro espíritu se embaraza a sí mismo.<sup>1</sup> Después de refutar la idea según la cual nuestro espíritu solicitado por dos apetitos igualmente imperiosos no lograría optar, como el asno de Buridán, por ninguno de los dos, Montaigne concluye:

"...podría darse una mejor explicación, en razón a que ninguna cosa se representa nuestra mente en que no exista alguna diferencia, por ligera que sea, pues para la vista o para el tacto hay siempre algún motivo que nos tienta y atraiga, aun cuando no podamos advertirlo.

El último párrafo, con sus cinco únicas palabras, habría bastado, según Itelson, para que Leibniz concibiera el principio de las "percepciones imperceptibles o insensibles". Boullier encuentra ingenioso el rapprochement y con razón lo rechaza. Es un lugar común en todas las épocas. No es de Montaigne y tampoco de Espinosa, si bien el segundo está más cerca de Leibniz cuando pregunta: "¿Se dirá que hay una infinidad de cosas que no podemos percibir?"<sup>2</sup>

Abrevio. No es un Florio alemán el que traduce y publica los Ensayos en Leipzig hacia 1753. Es un joven físico y matemático, llamado Titius, que pro-

<sup>1</sup> "Ensayos", lib. II, cap. XIV.

<sup>2</sup> Espinosa: "Ética", II, Escolio a la Proposición XLIX.

fesa en el claustro universitario de aquella ciudad. Lessing le dedica palabras laudatorias: "Los Ensayos de Montaigne se cuentan entre las más antiguas y bellas obras francesas... Puede afirmarse con todo rigor: nada bueno ha leído de un francés quien no haya leído a Montaigne". Pobre cosa en verdad, como juicio. Acaso agrada más el Diario de viaje, publicado en Halle en 1777, tres años después de haber sido dado a la estampa en París por M. de Querlon. Pero ni éste ni aquél dormitan en las ricas estanterías de Federico el Grande, que supo regalarse con el picaresco Brantôme y con los enciclopedistas.

En el atribulado Jorge Cristóbal Lichtenberg (1742-1799) —los humoristas son de ordinario criaturas enfermizas—, Boullier comenta un juicio que revela paladina incompreensión. El capítulo que trata de la muerte es el que menos agrada a Lichtenberg, pues advierte que "el bravo filósofo siente mucho miedo de morir". Error común a cuantos no llegan a leer el libro tercero. Más feliz es la rectificación que hace del postulado: "El hombre lleva en sí la forma entera de la humana condición".<sup>1</sup> "En cada hombre —observa Lichtenberg— hay algo de los demás hombres". Las reticencias de Lichtenberg conviértense en ditirambos en Hamann (1730-1788). El "Mago del Norte" saluda a Montaigne como a un buen y admirado amigo al que llama "el viejo, el honrado, el prudente, el buen hombre", adjetivos que inducen a Bode a preparar en 1792 una nueva traducción de los Ensayos, la más fiel en opinión de las personas autorizadas que han podido compararla con la de Titius.

Kant cita dos veces a Montaigne. La primera en la Crítica de la Razón Práctica (lib. I, cap. 1), muy de paso, para rechazar el principio empírico como agente capaz de establecer el principio universal de la moralidad. La segunda, en la Antropología<sup>2</sup>, altera el pensamiento de Montaigne sobre la muerte:

"El temor de la muerte, natural a todos los hombres, incluso a los más desgraciados o al más sabio, no es, pues, un pavor de morir, sino, como dice Montaigne justamente, de la idea de estar muerto, que el candidato a la muerte cree que tendrá aún después de ella..." Montaigne dice lo contrario: es la imaginación, son los preparativos de la muerte los que infunden el temor. Sorprende que Kant no le cite más, pues entre ambos no hay abismos infranqueables. A su modo hace Montaigne la crítica de la "razón pura" y muestra en el siglo XVI las limitaciones que le embarazan la inquisición y el vuelo hacia el dominio del conocimiento.

Harto se presume el interés de los montañistas por conocer el juicio de Goethe, oráculo máximo en la Europa de su tiempo. Cuando Goethe alaba es un dios que dispensa vida inmortal. M. Hippolyte Loiseau<sup>3</sup>, afanoso en probar la influencia de Francia en la formación intelectual del señor de Weimar, le acuerda a Montaigne un lugar en las predilecciones de aquél. Las pruebas que M. Loiseau aporta no convencen según él lo desea. Estimar no es admirar.<sup>4</sup> Goethe frecuenta a Rabelais, Amyot, Marot y Montaigne en los tiempos de su mocedad, en Estrasburgo, cuando inicia el estudio de la lengua francesa. Atractivo que pronto abandona y olvida. Ya colmada la madurez, en 1807, retoma

<sup>1</sup> "Ensayos", lib. III, cap. II.

<sup>2</sup> Kant: "Antropología en sentido pragmático". Edición española, pág. 56. Madrid, 1935.

<sup>3</sup> H. Loiseau: "Goethe et la France" (París, 1930).

<sup>4</sup> "... así como en los años de mi adolescencia inclinábame cada vez más a la germanidad del siglo XVI, así también no tardé en cobrarles apego a los franceses de aquella época espléndida. Montaigne, Amyot, Rabelais, Marot, eran mis amigos, y por ellos sentía interés y admiración". Goethe: "Poesía y Verdad", parte III, lib. XI.



Dafnis y Cloe, y mucho más tarde, en 1822 y 1826, vuelve a leer el Diario de viaje de Montaigne y la Servidumbre voluntaria de La Boétie. Pero en su obra magna y considerable, cita de raro en raro a Montaigne, sin el calor y la emoción comunicativa que pone cuando menciona a Shakespeare o a Espinosa. Montaigne es para Goethe un católico que tiene necesidad de confesarse. De haber nacido protestante, es posible que no hubiera escrito los Ensayos. Si en 1822 recomienda el Diario de viaje, es por la simpatía que Montaigne transparenta hacia las costumbres alemanas y por el espíritu libre, justo y amistoso con que escucha a los teólogos reformistas. De los Ensayos, lo que más recuerda es la famosa canción de la culebra. El doméstico de Montaigne, que ha estado en el Brasil con Villegaignon, le recita esos versos amorosos de los indígenas, que en los oídos del francés culto suenan con acentos anacrónicos:

Couleuvre, arreste toy; arreste toy, couleuvre, afin que ma sœur tire sur le patron de ta peinture la façon et l'ouvrage d'un riche cordon que je puisse donner à m'amie: ainsi soit en tout temps ta beauté et ta disposition préférée à tous les autres serpens.<sup>1</sup>

Goethe traslada la canción a su opulento idioma, en forma muy superior, según es de suponer, a la de cuantos le precedieron en igual empresa. La canción de la culebra tiene en Alemania una fortuna que no merece a la que en Inglaterra se le concede a la gata de Montaigne...

Alejandro de Humboldt<sup>2</sup> nos presenta a Montaigne interesándose por la relación existente entre los círculos anuales con la edad de los árboles. Es el botánico francés A. de Jussieu<sup>3</sup> el que le brinda la fuente. Reconoce Jussieu que de ordinario se le atribuye al célebre anatomista Malpighi, nacido en 1628, el honor de haber hecho el primero la observación. Es Montaigne, que amaba los árboles y las plantas, quien stampa en su diario de viaje (1581) el siguiente testimonio de su curiosidad de naturalista aficionado:

"L'ouvrier, homme ingénieux et fameux à faire de beaux instruments de mathématique, m'enseigne que tous les arbres portent autant de cercles qu'ils ont duré d'années, et me le fit voir dans tous ceux qu'il avoit dans sa boutique, travaillant en bois".<sup>4</sup>

A pesar del sombrío pesimismo del alemán, inocultables afinidades unen a Schopenhauer y Montaigne. Ambos creen que gracias a la experiencia aprendemos a conocernos a nosotros mismos y a los demás y que los actos pesan únicamente sobre nuestra conciencia. La refutación schopenhaueriana del imperativo categórico kantiano como mandato anterior al acto de conciencia, conciliase armoniosamente con la jerarquía y los atributos que Montaigne acuerda a la conciencia. Cuando Montaigne dice: "yo tengo mis leyes y mi corte para juzgar de mí mismo", quiere significar que convierte a la conciencia en tri-

<sup>1</sup> "Ensayos", lib. I, cap. XXX: "Detente, culebra; detente, a fin de que mi hermana copie de tus hermosos colores el modelo de un rico cordón que yo pueda ofrecer a mi amada; que tu belleza sea siempre preferida a la de todas las demás serpientes".

<sup>2</sup> A. de Humboldt: "Cuadros de la Naturaleza". Edición de Gaspar Núñez, pág. 371. Madrid, 1876.

<sup>3</sup> Adrien de Jussieu: "Cours élémentaire d'histoire naturelle. Botanique". 9ª ed., págs. 55-6. París, 1870.

<sup>4</sup> Montaigne: "Journal".

bunal. Para Schopenhauer, la conciencia establece en nuestro fuero interno un tribunal con proceso, juez, fiscal acusador, abogado y sentencia. Y como no hay proceso sin actos delictivos realizados, la conciencia juzga y sentencia necesariamente a posteriori. De existir el imperativo categórico y la necesidad irresistible de obrar moralmente, el tribunal de la conciencia nada tendría que juzgar ni sentenciar. En este punto Montaigne y Schopenhauer se conciertan plenamente. Y vuelven a concertarse cuando afirman que la virtud es en nosotros obra maestra de la Naturaleza, no de la predicación. Todo ser obra setos la Naturaleza inmutable, según lo que es en sí, según su esencia. Tal sois, tal seréis, tales deberán ser vuestras acciones. El hombre malo puede ser menos malo por temor a la sanción, pero el hombre bueno, a instancias de su Naturaleza, será bueno sin necesidad de dogma ni acicate de imperativo categórico. Montaigne, que califica sus Ensayos de registro de su yo y de los móviles morales de sus actos, aceptaría sin esfuerzo este postulado de Schopenhauer: "Adquirimos un conocimiento de nosotros mismos cada día más vasto; el registro de nuestros actos se va llenando: ese registro es la conciencia". Y esta otra especificación de la conciencia, considerada como hecho moral:

"Si la razón es necesaria a la conciencia, es simplemente porque sin ella no puede recapitular clara y continuamente sobre nuestros actos. En la naturaleza de las cosas está que la conciencia hable después del golpe; en ese sentido se dice que es juez. Si se dice que se inicia antes, es una impropiedad, pues no puede hacerlo sino indirectamente, gracias a que, pensando en los casos análogos que recordamos, prevemos el disgusto que nos causaría una reincidencia".<sup>1</sup>

Ahora comprenderemos que Schopenhauer se detenga y medite en este interrogante de Montaigne:

"¿Será verdad que para estar dotado de singular bondad de alma no sean precisos ley que cumplir, ni razón que ilumine, ni ejemplo que imitar? ¿Admitiremos que la bondad del hombre deriva de una causa oculta?"<sup>2</sup>

Anticipación admirable del magno postulado que Schopenhauer asienta en su crítica del fundamento de la moral propuesta por Kant; es decir: que el verdadero principio de la moral bállese conforme con la naturaleza humana y fundamentado en nuestra propia esencia.<sup>3</sup>

El parentesco, nada arbitrario, de Montaigne y Schopenhauer, bastaría para cerrar esta inquisición somera sobre su posteridad en Alemania, si Zaratustra, descendiendo de la montaña, no me invitara a escuchar el verbo dionisiaco. Con ser grandes las discrepancias temperamentales, Nietzsche ama a Montaigne. ¿Por qué? En primer término, porque el escéptico es para Nietzsche "el único tipo honorable entre la gente filosófica tan ambigua". La perpetuación de los errores universales débese en buena parte a la ausencia de espíritu escéptico de recia originalidad. El criticismo negativo realiza una obra de incalculable trascendencia en la lucha por la búsqueda de la verdad. No son los que creen sin dudar los mejores amigos de la verdad. Cuando el hombre vence la ignorancia, sacude la timidez, derrota la cobardía; sólo entonces puede ver claro en la obscuridad. Es hombre el que duda, el que no acepta las cosas sin someterlas a un análisis en cierto modo espectral. Y cuando realiza esa obra intensa, verdaderamente liberadora, logra forjar la única moral razonable, la moral de su propia naturaleza. Nietzsche encuentra en Montaigne,

<sup>1</sup> A. Schopenhauer: "El Fundamento de la Moral", III, 20.

<sup>2</sup> "Ensayos", lib. II, cap. XI.

<sup>3</sup> A. Schopenhauer, *op. cit.*, I, 2.

como ha de encontrar en Schopenhauer, el espíritu que le tiende un puente por el cual pasa y se aleja hacia otro ideal de vida. Cuando le compara con los antiguos, Montaigne es para Nietzsche "un naturalista de la moral". El naturalista de la moral busca los móviles morales y los define y clasifica. Así considerado, Montaigne facilita la tarea de Nietzsche cuando éste lleva a término la transmutación de todos los valores. En mucho ha de separarse luego. Pero nunca tanto como para no recordar sin emoción a quien supo tenderle el puente liberador. ¡Bienaventurada sea la memoria de Cósima Wagner! Es ella, su muy admirada Cósima, "la voz más autorizada en materias estéticas", la que le revela el amor a la vida que vibra en Montaigne. Desde ese día el espíritu de Montaigne se aposenta en el de Nietzsche. Y nunca le olvida, ni cuando la locura estrecha el cerco de sombra: "Si hay en mi espíritu — y quién sabe si también en mi cuerpo — algo de la caprichosa fantasía de Montaigne..."<sup>1</sup>

Digan lo que quieran los cultores del pensamiento puro, del pensamiento que se piensa a sí mismo. Digan con Hegel<sup>2</sup> que Maquiavelo, Montaigne y Charrón "no pertenecen a la filosofía propiamente dicha, sino a la civilización general". Schopenhauer y Nietzsche no supieron pasar a la vera de Montaigne sin inclinarse...<sup>3</sup>

#### 4. - EN ITALIA

"...i sublimi Saggi del familiarissimo Montaigne".

(Alfieri, *Vita*, III, 8).

VIMOS a Montaigne en Italia evocando el pasado glorioso en el seno de las ciudades menos amantes de la paz. Hase dicho que el sentimiento de individualidad se acrecienta en el escenario tempestuoso de esos pequeños estados enemigos y divididos por discordias permanentes. — "Las querellas me reportan doce millones de ducados por año" — confiesa un príncipe italiano.<sup>4</sup> Las tiranías no sólo no son capaces de matar las ideas — valga una vez más el lugar común —, sino que favorecen, sin saberlo ni desearlo, la formación de la conciencia individual. Burckhardt estudia este fenómeno en su obra clásica sobre la civilización italiana en el Renacimiento. El hombre, expulsado de la acción pública, se concentra en sí mismo y al mudarse en individuo dedicase al culto de una vida mucho más intensa y subjetiva. La libertad exterior, que preferimos, determina un muy otro género de existencia. El individuo se transforma en hombre que vive para los demás, con los demás y para los problemas cuya solución reclama la cosa pública en la que todos tienen el primario derecho de intervenir. Por donde el hombre asentado en un régimen que asegura la igualdad de derechos es más objetivo que subjetivo, y

<sup>1</sup> F. Nietzsche: "Ecce-Homo", II, 3.

<sup>2</sup> Citado por V. Bouillier en *op. cit.*

<sup>3</sup> En la monografía de V. Bouillier: "La renommée de Montaigne en Allemagne", hay una lista de las traducciones alemanas de los "Ensayos". Tengo en mi poder un pequeño volumen de páginas escogidas: "Die Essais und Das Reisetagebuch. In den Hauptteilen herausgegeben und verdeutscht von Paul Sakmann" (Alfred Kröner Verlag, Leipzig, s/f.).

<sup>4</sup> Jacobo Burckhardt: "La cultura del Renacimiento en Italia". Primera parte, cap. VI.

más superficial que profundo, porque nada le obliga a refugiarse en su mundo interior. De este mundo suyo, propicio como ninguno para redescubrirse y realizar la más difícil de las revoluciones, la moral, no sale Montaigne ni cuando se arriesga por los caminos erizados de zozobras. Italia excita su sensibilidad. En ella encuentra la atmósfera que más sutiliza sus pensamientos. Y en ella quisiera bostezar, en Venecia más que en Florencia, donde tiene tantos amigos como apacibles recuerdos. A la manera de su padre, habla con fluidez el italiano, si bien lo escribe con pintoresca incorrección.<sup>1</sup> Su biblioteca atesora preciados ejemplares de poesías y comedias que adquiere al azar de los vagabundos. En su castillo le sirve un paje, gentilhomme italien, que je nourrissais soigneusement, el cual muere en su presencia dans une rencontre pendant les guerres civiles.<sup>2</sup> Esta pasión, compartida con el entrañable La Boétie, desasosiega por igual a numerosas generaciones de franceses cultos cuyo anhelo cifra en el conocimiento de las ciudades italianas desde fines del siglo XV y comienzos del XVI. Francisco I y Enrique II fomentan la penetración recíproca de las dos naciones. Catalina de Médicis florentiniza el Louvre con el acento de su plática, y caballeros toscanos, atraídos por la reina, llenan de amor y hechicería las almas y las costumbres.

Cuando Guizot observa que Montaigne "es más italiano que francés"<sup>3</sup> es excesivo, desde luego. Pudo decir con más propiedad: es un italiano a la manera de Paul Louis Courier, de Stendhal y de Chateaubriand. El fluido de Italia es poderoso en los siglos XVI y XVII. La irradiación de su cultura alcanza por igual a todas las naciones europeas que han menester de ella para limar los últimos resabios feudales. Todas propóñense dominarla, pero es ella quien a la postre las domina a todas con el señorío del espíritu. El italo-filismo de Montaigne pertenece al mismo linaje del que seduce a Garcilaso y Boscán, a Cervantes y Quevedo. Mas no es esto lo que ahora urge ventilar. Es la posteridad que el caballero romano Miguel de Montaigne tiene asegurada en la tierra de su devoción. La empresa ha sido intentada ya por dos eruditos contemporáneos. He nombrado a Fernando Neri y a Victor Bouillier. El primero ha publicado en la Rivista d'Italia<sup>4</sup> un breve estudio: Sulla fortuna degli *Essais*, y el segundo es autor de otro trabajo, un poco más extenso: La fortune de Montaigne en Italie. Con ambos tengo deuda contraída, y me complace en señalarlo.

Montaigne es escasamente conocido y recordado en Italia durante el siglo XVII, contrariamente a lo que ocurre con Molière, Corneille, Racine y Fenelón. La circunstancia de haber sido condenado por el Index en enero de 1676, no es argumento satisfactorio para explicar la falta de interés. Descartes, que corre igual suerte, deja sentir su poderosa influencia en escritores pertenecientes a órdenes religiosas. La primera traducción anotada por Neri data de 1590: *Discorsi morali, politici e militari* del molto illustre signore Michiel di Montagna; es obra de Girolamo Naselli, a quien probablemente Montaigne conoció en Ferrara, según testimonio del profesor d'Ancona. Es curioso que Naselli adoptara el título de *Discorsi* y no de *Saggi*, género que los italianos usarían ulteriormente con éxito. La traducción, publicada en Ferrara, comprende los dos primeros libros conforme al original de 1580. Es igualmente extraño que Montaigne, si enterado del trabajo de Naselli, no autorizara la publicación in-

<sup>1</sup> En el "Journal de voyage", Louis Lautrey subraya en la introducción las principales incorrecciones.

<sup>2</sup> "Ensayos", lib. II, cap. V.

<sup>3</sup> "Montaigne", obra fragmentaria y póstuma de G. Guizot. París, 1899.

<sup>4</sup> "Rivista d'Italia", febrero de 1916.

tegral de los tres libros, de acuerdo con el original de 1588. De los dos primeros, Naselli hace una publicación arbitraria al suprimir numerosos capítulos y pasajes. Y entre las libertades que se toma llega a intercalar en el texto un trabajo de su invención.

La segunda fue publicada en Venecia hacia 1633 por Girolamo Canini. Si bien toma como modelo la edición que Mlle. de Gournay y Pierre de Brach prepararon en 1595, no es más feliz por esa circunstancia. Falta el Avis au Lecteur y la extensa Apología de Raimundo Sabunde, sin la cual no hay modo de valorar la crisis pirroniana de Montaigne. Canini rectificó el imperdonable error publicando al año siguiente la Apología de Raimund di Sabunde, saggio di Michel di Montagna, con el Avis au lecteur y el prefacio de Mlle. de Gournay. La tercera, nótese la distancia, es de 1785, Florencia, sin nombre de traductor. La cuarta sale a luz en Milán, 1831. La quinta, en Pisa, 1833. La sexta, y al parecer última, en Milán, 1873-80, cuatro volúmenes traducidos por Natale Contini. Al poeta Giusti se le debe la versión de los tres capítulos que tratan de la educación.

¿Cómo explicar esa carestía de traducciones? Se ha dicho que los italianos, más familiarizados con la lengua francesa que ningún otro pueblo, gustan de leer a Montaigne en el original. Con ser honrosísimo el argumento, carece de consistencia. Montaigne es un personaje apenas visible en la galería de la literatura italiana. Su espíritu no armoniza del todo con esa alma lírica, cálida y apasionada. Pero los rastreadores no se resignan, sobre todo los que tienen la manía del rapprochement cuerdamente denunciado por Faguet. A esta categoría parece pertenecer el profesor paduano Giovanni Setti, quien ha "encontrado" en Alessandro Tassoni (1565-1635) similitudes con Montaigne. Tassoni es un poeta insípido —el adjetivo es de De Sanctis— que, además de estrofas triviales, se complace escribiendo pensamientos no menos pueriles. Fernando Neri y Víctor Bouillier llegan a conclusiones negativas. Si Tassoni ha leído a Montaigne no ha logrado asimilarlo. La difícil facilidad de Montaigne es simpleza y vulgaridad en Tassoni.

En los escasos lectores calificados de Montaigne en Italia, hay algunos que merecen ser recordados. En el siglo XVIII figura el teólogo Buonafede, no siempre digno de su apellido por las tergiversaciones que de los textos tiene costumbre de consumir. Prefiere escudarse en un seudónimo campanudo, que suena a chanza en oídos modernos: Agatopisto Cromaziano. A pesar de la disciplina escolástica, Agatopisto cultiva autores francamente heterodoxos. Descúbrese ante Bacon, Gassendi y Bayle. Déjase llevar de entusiasmo por Galileo y Newton. Lo que más sorprende en él es la inquina cartesiana. Cuando la filosofía le fatiga, se complace en los dominios de la poesía. Agatopisto es autor de unos Ritratti poetici (Venecia, 1745), en los que dedica un soneto a Montaigne. ¿Cómo se lo representa al ensayista? El apellido hace todo el gasto: es una montaña con dos caras: riente y verdegueante la una, desolada y áspera la otra:

Siede nell' Aquitania una montagna.  
Bella da un lato, fertile e frondosa,  
aspra dall'altro, sterile e petrosa  
la diletto, e qua orror della campagna.

El juicio que le merece Montaigne es desfavorable: "espíritu desordenado... sin reglas, sin principios, sin sistema, que escribe según sus caprichos... sin saberse dónde comienza, continúa y acaba...; que algunas veces sabe lo que dice, nunca lo que dirá; que olvida, confunde y destruye sus pro-

pias afirmaciones". Estos conceptos no son originales. Ya los hemos visto usados en Francia por escritores y poetas de mayor enjundia. De Sanctis no se cuida de Buonafede en su gran historia de la literatura italiana, seguramente por considerarlo fuera de ella. La fugaz resurrección incumbe al celo de Víctor Bouillier. Yo lo paso al español porque Agatopisto me tienta...

El conde Francesco Algarotti, veneciano, alaba de buen grado la Canción de la culebra, honrada con la traducción de Goethe. Le conocemos por su estrecha relación con Voltaire. En el copioso epistolario del patriarca de Fernel, esa vinculación está ampliamente documentada. Ambos suelen escribirse en italiano. Voltaire le dirige una epístola en verso y en otra oportunidad juzga una obra de Algarotti: Newtoniane pour les dames.<sup>1</sup> ¿Nada más que la culebra entusiasma a Algarotti? Nada más... Pero ha creído necesario establecer que la dichosa canción debe respetarse tanto como las de Anacreonte. Montaigne lo dijo antes que el conde:

"Esta primera copla es el estribillo de la canción y yo creo haber mantenido suficiente comercio con los poetas para juzgar de ella. No sólo nada tiene de bárbara, sino que se asemeja a las de Anacreonte. El idioma de aquellos pueblos es dulce y agradable, y las palabras terminan de un modo semejante a las de la lengua griega".<sup>2</sup>

El criminalista milanés Cesare Beccaria parece haber leído a Montaigne. Por lo menos, lo presenta, con La Fontaine, como a uno "de los grandes modelos en materia de estilo". Es Alfieri quien reclama más estudio entre los lectores italianos del gascón. Alfieri, l'uomo nuovo in veste classica, según lo define De Sanctis, lee a Montaigne desde su juventud. Se acompaña en los Ensayos en los viajes que realiza por Europa y a ellos acude en busca de lenitivo en las horas sin esperanza. Sorprende que un espíritu a la vez ardiente y áspero, encendedor de pasiones destinadas a construir una nueva Italia con el alma de la antigua, admire a quien de ordinario desaprueba las posturas violentas. El nexo de unión puede hallarse en el caudal de vida moral, de dignidad, de independencia y, sobre todo, de inmenso pasado que el lirismo de Alfieri descubre en los sublimes "Saggi" del familiarísimo Montaigne.

Otro poeta sigue de cerca a Alfieri. Es Ugo Foscolo, cuyo nombre se confunde con el de su afamado personaje Iacopo Ortis, el Werther italiano. Dopo la fede dell'Alfieri la disperazione del Foscolo. El dolor desmesurado de Foscolo, sin patria ni familia, en tierra extranjera y neblinosa, halla substancia con que mitigarse en los Ensayos. Pero si Montaigne le ayuda a gritar algunas veces: O virtù, tu non sei che un nome vano, a la larga sabe cerrarle las profundas heridas. Cuando uno no nace con el pesimismo de Leopardi, no hay desilusión que no retoñe en ilusión nueva y generosa. Los que llevan latente la idea torturadora del suicidio, son arrogantes, absolutos, celosos amadores de la vida, en lucha trágica para poseerla y embellecerla. Y cuando desesperan de poseerla, soberana y armoniosamente, se la quitan, no con la idea de morir perdiéndolo todo, sino de morir con la vida... Goethe se libera una vez escrito el Werther. No es el suicidio de un fantasma, sino el de un hombre en lucha peregrina con la vida, cuya entera posesión reclama. Y cuando cree y siente que quitándose la la domina y hace suya, renace con amor no igualado, firme, sereno, altanero. El mismo fenómeno se repite en Foscolo. El desencanto primero no es negación de la vida. Es rebeldía contra las causas exteriores

<sup>1</sup> Voltaire: "Oeuvres complètes", t. XLVII.

<sup>2</sup> "Ensayos", lib. I, cap. XXX.

que se coligan y dificultan la entera posesión. Pero el luchador de buen linaje logra vencer las causas exteriores adversas. Entonces se advierte la influencia sedante y restauradora de Montaigne en Fóscolo. El poeta, el verdadero poeta, para quien la filosofía es poesía pura, reconoce en Montaigne un parentesco de primer grado, un hermano mayor que le enseña a vivir en sí, para sí y para los demás. Y como todo el que ama o admira no sabe estarse quieto cuando es atacado el objeto de su amor, Fóscolo defiende a Montaigne contra las diatribas de Pascal, el misántropo sublime, el enemigo del hombre de carne y hueso. El que defiende a otro se engaña profundamente si cree hacerlo por mera generosidad, léase simpatía humana. El que defiende a otro se defiende a sí mismo, defiende la carne del otro que lleva en la propia.

Bien honrado estaría Montaigne en Italia si sólo tuviera la devoción de Alfieri y de Fóscolo, arco de triunfo lírico. Los poetas razonan con el sentimiento, lo único que no engaña en la apreciación de valores. Presumen algunos que Leopardi ha leído a Montaigne, pero la desesperada meditación en su vida dolorosa e ruda, y el peso abrumador de lo que llamara questo secol di fango, no le reconcilian con lo existente. Lejos de ello, el epicúreo del libro tercero, amarrado a la vida para gustarla con todos los sentidos, debe de causarle el efecto de un arlequín o de un viejo sátiro danzando en el cuarto de un moribundo que nunca acaba de morir. Más sencillo, más sano, más pueblo, Giusti canta a la sombra de Montaigne. No quiero decir que la influencia de Montaigne campea en la poesía de Giusti. Aludo al traductor en marcha hacia nuevas rutas pedagógicas.

No olvidaré a César Cantú, historiador dogmático, cuyo manual me sirvió en horas de mocedad. Acabo de libertar al pobre libro del purgatorio que en mi biblioteca tengo destinado a las obras que ya no me ayudan a vivir. Como escribe para niños, bien poca cosa dice de nuestro hombre: "Miguel Montaigne, en sus Ensayos, discurre llanamente sobre varias materias, conforme al buen sentido, con anécdotas y argucias, y deteniéndose en la duda.<sup>1</sup> No es fácil enterarse de las "varias materias", que no saca a luz, y mucho menos armonizar el buen sentido con las argucias... Es en la gran historia — grande por lo voluminosa — donde Cantú arroja la piedra. Allí Montaigne es un moralista que se adhiere al renacimiento del paganismo. No quiere ser cristiano, sino anticristiano, de ese período en que el hombre vive solo, porque los dioses se han marchado y Jesucristo no ha llegado todavía.<sup>2</sup> Montaigne confiesa sus vicios y debilidades sin desaprobarnos, y su orgullo es tan atrevido que siente el placer de no arrepentirse. Los Ensayos son el triste ejemplo de esa clase de confesiones que se complacen en analizar los propios vicios por mera ostentación: "El catecismo no aparece jamás en sus numerosas lecturas... Procede como si el cristianismo no existiese, como si nadie hubiera dicho que la Naturaleza es corrompida... Parece imposible que no sienta el Cristianismo... Cuando se ve precisado a hablar de la Cruz, la coloca lejos, en una elevada montaña, para que inspire veneración e indiferencia al mismo tiempo..."<sup>3</sup>

Esa repugnancia, explicable si bien se mira, truécase en abierta simpatía

<sup>1</sup> César Cantú: "Manual de Historia universal" (París, 1897).

<sup>2</sup> Flaubert: "Correspondance", tomo III, pág. 220 (París, 1920).

<sup>3</sup> C. Cantú: "Storia universale", vol. 15, cap. 13. Sobre este historiador, más extenso que profundo, dice De Sanctis: "Sapeva che il Cantú soleva mettersi a lavori colossali con molta facilità e leggerezza, senza quasi coscienza della grandezza e difficoltà dell'opera: di che m'era esempio la sua «Storia universale»". ("Saggi critici", vol. primo).

en espíritus más soleados y libres. Tal es el caso de Francesco De Sanctis, crítico de rara enjundia, psicólogo y esteta, pensador el más alto en el siglo XIX italiano. De Sanctis menciona tres veces a Montaigne en su Storia della Letteratura. No son citas de circunstancias destinadas a engalanar una página con un apellido ilustre. Para De Sanctis, Montaigne es inseparable de los creadores de nuevos mundos poéticos: Mondì nuovi poetici ci erano allora, ed erano i mondì che creavano Camoens, Cervantes, Montaigne, Shakespeare e Milton.<sup>1</sup> Ver y sentir a Montaigne como poeta es la más aguda penetración que puede mostrarse de los Ensayos, vasto poema humano de la razón que no se fatiga de dudar y de la duda que no renuncia a razonar sobre sí misma. Además de poeta, Montaigne se presenta a los ojos de De Sanctis como crítico, el más profundo de cuantos lleva producidos la proverbial ligereza del ingenio francés. Los juicios desfavorables que de ordinario se vierten sobre la crítica francesa provienen en buena parte de la superficialidad de Boileau y Laharpe. De Sanctis quiere rectificar esa mala impresión poco fundada:

Il critico francese ha un certo naturale buon senso e buon gusto che gli fa cogliere le bellezze piú delicate e la qualità dell' ingegno che le ha prodotte. Citeró uno de'piú antichi scrittori, il Montaigne.

Y de seguida cita a lo largo una página en la que Montaigne juzga las cualidades intrínsecas del buen estilo.<sup>2</sup> De cuantas disertaciones han salido de la pluma de Montaigne, la que De Sanctis recuerda es, sin duda, la más justa y hermosa: Questo luogo del Montaigne vale tutta la poetica del Boileau. Nel notare con suo squisito gusto le bellezze ch'egli sente in questi due luoghi di Lucrezio e Virgilio, egli stesso é esempio di stile "vigoureux et solide".<sup>3</sup>

También en asuntos de estilo Benedetto Croce le concede entrada a Montaigne en el capítulo final de su Estética. Cuando trata del ornato en el Medioevo y el Renacimiento, Croce encomia a los escritores que ajustan el pensamiento al lenguaje desprovisto de énfasis y de faramallas idiomáticas. Según es de suponer, enaltece a Juan de Valdés: "Escribo como hablo, solamente tengo cuidado de usar de vocablos que signifiquen bien lo que quiero decir, y dígolo cuanto más llanamente me es posible, porque, a mi parecer, en ninguna lengua está bien la afectación". Croce refuerza el aserto del gran español con Montaigne: Un raggio di luce rifulge nel Montaigne, il quale, innanzi alle sudate categorie ornamentistiche dei retori, osserva: "Oyez dire Metonymie, Metaphore, Allegorie, et aultres tels noms de la Grammaire; semble il pas qu'on signifie quelque forme de langage rare et pellegrin? Ce sont titres qui touchent le babil de vostre chambrière". (Ensayos, lib. I, cap. LI).

Para rematar esta reseña que no puede ser completa en la ocasión, he de hacerlo con el profesor Alessandro d'Ancona. Es éste un nombre definitivamente unido al de Montaigne. Gracias a su obra admirable<sup>4</sup> podemos seguir

<sup>1</sup> De Sanctis: "Storia della Letteratura italiana", t. II, pág. 165 (Milano, 1921).

<sup>2</sup> "Ensayos", lib. III, cap. V.

<sup>3</sup> De Sanctis: "Saggi critici", t. II. Con motivo del "Cours familier de Littérature, par M. de Lamartine" (Milano, 1921, págs. 9-12). En la pág. 23 vuelve a decir De Sanctis: "Montaigne ne aveva un ben piú alto concetto: non sapeva egli concepire il ben dire senza il ben pensare".

<sup>4</sup> "La vita italiana alla fine del secolo XVI. Il Giornale di Viaggio di Michel de Montaigne". Citá di Castello, 1889. En los últimos años se advierte subido interés por la obra de Montaigne. Con la quiebra de la libertad política, no pocos espíritus se dirigen al hombre que supo vivir libremente bajo la opresión. ¿Cómo? Montaigne lo enseña en los "Ensayos". También lo explica Diego Valeri en un trabajo breve,

a Montaigne en su viaje por Italia en las postrimerías del siglo XVI. Ancona ha realizado búsquedas tan felices como pacientes. Pormenores nimios a primera faz, contribuyen al mejor esclarecimiento de sucesos, alusiones, lugares y personas que no siempre sobresalen en el Journal de voyage. Siguen la pista de Montaigne, espiando y denunciando muchas veces los gustos y relaciones íntimas del viajero que, con ser decididor, suele callar amenísimas incidencias de su vida libre. Es el rastreador de Montaigne en Italia; y anda tras él sonriente, amoroso, bondadoso, y si no deja escapar la presa, nos la presenta feliz y confiada, sin sospechar ella misma que tan de cerca le siguen los pasos...

### 5. - EN ESPAÑA

"...en su libro, que en francés escribió, y se intitula *Essais* o *Discursos*, libro tan grande, que quien por verle dejara de leer a Séneca y a Plutarco, leerá a Plutarco y a Séneca".

(Quevedo, *Defensa de Epicuro*).

*Si vous avez lu Montaigne, vous avez lu Plutarque et Sénèque, mais si vous avez lu Plutarque et Sénèque vous n'avez pas lu Montaigne.*

(Anón, autor del siglo XVII).

ESPAÑA llena escaso lugar en los modernos libros europeos. No sé si la relegan por sistema o por ignorancia, o por ambas causas. Me admira que en la obra relativamente copiosa de M. León Brunschvicg, *Le progrès de la conscience dans la philosophie occidentale*, desde el descubrimiento de la razón práctica con Sócrates hasta la intuición bergsoniana, no asome ni por acaso el nombre de un pensador español. Cualquiera sospecharía que en España no ha habido conciencia ni filosofía o que su territorio no cuaja en el mundo occidental. Cito a M. Brunschvicg como ejemplo típico y más reciente, que me sería en extremo fácil agrupar más de una veintena de historiadores del espíritu que incurrir en idéntico y sospechoso olvido. Hase querido tanto africanizar a España —y más de un español lo ha querido—, que por esta parte del mundo han caído en la certidumbre de que Europa termina en el Pirineo. Si el hecho me sorprende no me aflige. Para existir no necesito que mi vecino me otorgue un certificado de existencia. Tampoco he menester de que me conozca, ni dejo de vivir con mayor intensidad cuando me olvida

a las veces intenso, erudito siempre, verdadera introducción al estudio del "malizioso" razonador. ("Montaigne", *Profili*, núm. 80. Formiggini, Roma, 1925). La Biblioteca "I Grandi Scrittori Stranieri", que dirige Arturo Farinelli, ha publicado una selección, "Saggi Scelti, a cura di Irene Riboni". Excelente la introducción. Torino, 1931. María Luisa Belleli, en "Modernità di Montaigne" (Formiggini, ed. Roma, 1933), lleva a término un felicísimo estudio sobre la influencia de Montaigne en la moderna literatura francesa, particularizándose con Renan, France, Barrès, Gide, Valéry y Proust. Recomendando como modelo de biografía sintética, no exenta de examen crítico, la de Vittorio Lugli, "Montaigne", R. Carabba, ed. Milano, 1935.

después de haberme conocido. España no necesita que la defiendan. Allí está, en donde siempre, aunque no quieran verla o reconocerla. El humanismo español es una realidad y su contribución a la obra del Renacimiento es otra realidad. No hay mozo en España que no lo sepa, si bien no hay profesor en Europa que se complazca en admitirlo. Menéndez y Pelayo lo dice con aquella su exuberante manera:

"Se dudó primero de la existencia y mérito de los filósofos (españoles); se negó luego su influencia en el pensamiento general de Europa; se negó, por último, el enlace y continuidad de sus esfuerzos, la existencia de una verdadera tradición científica, de un organismo que mereciera el nombre de ciencia nacional, y que presentara en el curso de las edades algún sello dominante y característico".<sup>1</sup>

Más de un precursor del moderno pensamiento europeo ha nacido en España. Honradamente no se puede hablar de Descartes sin el recuerdo de Gómez Pereira; y no menor ascendencia tiene Juan Huarte sobre Lavater, Cabanis y Gall. Menéndez y Pelayo ha demostrado la existencia de los precursores españoles de Kant, sin que por ello se haya logrado vencer la oposición levantada contra el reconocimiento de un hecho cuya documentación es tan amplia como sincera. En otro plano, el de la literatura, España es más feliz. Demasiado evidente es su penetración en el siglo XVII francés para negarla. La centuria anterior es menos afortunada. "La influencia española, antes de Gracián, en nuestra literatura moral —escribe M. André Rouveyre— no ha sido estudiada de cerca ni en conjunto, que yo sepa. Y no parece que esta influencia haya sido muy considerable. Nuestros moralistas propiamente dichos de ese período, es decir, Montaigne, La Boétie, Bodin, no deben nada a España, si bien mucho a la antigüedad y un poco a Italia".<sup>2</sup>

La afirmación peca de absoluta en lo que a Montaigne se refiere. El autor de los Ensayos debe a España mucho más de lo que M. Rouveyre supone. Si no vive en un ambiente castizamente español, lleva a España en la sangre que su madre, judía zaragozana, le transmite. El desconocimiento del idioma tampoco está probado. Puesto caso que no poseyera el castellano, presúmese que lo comprendía. "Es difícil que un gascón no entienda algo de una lengua tan vecina de los dialectos del Mediodía". El profesor Villey<sup>3</sup> llega a más. Es innegable que Montaigne ha recibido la influencia de España, desde los años de su infancia gracias a su padre. Lo que sabemos de Pedro Eyquem es por las constantes y amorosas memorias del hijo: "Hablaba poco, pero bien, y entretenera su lenguaje con algunos ornamentos sacados de libros modernos, principalmente españoles; entre éstos era muy aficionado al que llaman el Marco Aurelio".<sup>4</sup> Aunque sólo dos obras en castellano fueron halladas en la biblioteca

<sup>1</sup> M. Menéndez y Pelayo: "De los orígenes del criticismo y del escepticismo y especialmente de los precursores españoles de Kant", en "Ensayos de Crítica Filosófica", pág. 129 (Madrid, 1918).

<sup>2</sup> André Rouveyre, en "Pages Caractéristiques de Baltasar Gracián. Etude critique", pág. 27 ("Mercure de France", París, 1925). Sobre el mismo tema puede leerse: Paul Hazard: "El Montaigne de Ricardo Sáenz Hayes", en "Revue de Littérature Comparée", julio-septiembre de 1939. Reproducido por la revista "Nosotros" de Buenos Aires, diciembre de 1943.

<sup>3</sup> P. Villey: "Les Sources et l'évolution des «Essais» de Montaigne", t. I, pág. 286.

<sup>4</sup> Dionio de Guevara, obispo de Mondoñedo: "Reloj de príncipes o Vida de Marco Aurelio y de su mujer Faustina".

de Montaigne<sup>1</sup>, es verosímil, en un tal librómano, que tuviera noticias directas de las que ornamentaban el retiro de su padre: "La lengua italiana y la española le eran familiares", torna a decir.<sup>2</sup> En los Ensayos una sola vez transcribe una sentencia en nuestro idioma. Y cuando lo hace es porque se acomoda a lo que más le preocupa: los estragos de la imaginación:

"Los más dañosos y ordinarios males son aquellos que la mente nos acarrea: este decir español me place por muchos motivos: Defiéndame Dios de my".<sup>3</sup>

En el Journal de voyage emplea el vocablo criado. Si se tiene presente la influencia poderosa de España en el mundo, principalmente en el siglo XVI, harto se colige que el verbo de Castilla resonara con imperio en los oídos. A su paso, lo que más encuentra son españoles. Da con ellos en París, donde intrigan y muchas veces dominan e impulsan a los partidarios de la Liga. En dos oportunidades platica por lo largo con el insigne jesuita Juan Maldonado. Entreteniéndose otra vez con un caballero que fue secretario de don Juan de Austria. Vagabundeando por Italia puede creerse en España, tanto es el español que a su vera escucha. Le hemos visto en Roma, no ya en casa de franceses —de los que buye—, sino en la de un hispano. Allí debió de tener más de un "criado" parlero, o en Padua, donde los españoles, que apoyaban el partido gibelino, sont lá en grand nombre.<sup>4</sup> Como franceses y españoles en ninguna época se aman ni se comprenden, Montaigne conoce esas rencillas, de las que hay pintoresca huella en la Sátira Menipea: "...esos buenos católicos españoles, nuestros amigos, que desean enseñarnos a creer en Dios".

El primer contacto de Montaigne con un pensador español data de su traducción de la Teología natural. Considerable significación tiene el hecho en la vida mental del moralista francés. Montaigne no sólo traduce a Sabunde con esmeros y galas que no se encuentran en el original: "escrito en un español mezclado de terminaciones latinas".<sup>5</sup> Asimila ideas, algunas de ellas bellísimas, que de ordinario suelen atribuirse al ingenio de Montaigne. El cotejo ha sido hecho con paciencia ejemplar por miss Grace Norton<sup>6</sup> y por el abate Joseph Coppin<sup>7</sup>. No es el momento para que yo me embarace con una tarea de esa magnitud. Si el lector acude a las fuentes que le brindo, tendrá sorpresas semejantes a las mías: la famosa definición de Montaigne, conocida hasta por los que nunca han abierto los Ensayos: chaque homme porte la forme entière de l'humaine condition, es una reminiscencia fidelísima del español Sabunde: Tout homme, en tant qu'homme, porte en soy l'image de son createur. Sabunde insiste: L'homme qui est en intelligence, a une forme commune

<sup>1</sup> Una de ellas es: "Don Silves de la Selva", o doceno libro de Amadis. Encuéntrase en la Biblioteca Nacional de Madrid. Lleva la firma de Montaigne y esta inscripción de su puño y letra: "Livre Espagnol".

<sup>2</sup> "Ensayos", lib. II, cap. XII.

<sup>3</sup> "Ensayos", lib. III, cap. XIII. Sentencia escrita en español por Montaigne:  
"En el campo me metí  
a lidiar con mi deseo.  
Contra mí mismo peleo.  
Defiéndame Dios de mí".

(Cristóbal de Castillejo. Obras. Clásicos Castellanos, t. II, págs. 135-136).

<sup>4</sup> "Journal".

<sup>5</sup> "Ensayos", lib. II, cap. XII.

<sup>6</sup> Grace Norton: "Early writings of Montaigne" (Nueva York, 1904).

<sup>7</sup> J. Coppin: "Montaigne traducteur de Raymond Sabunde" (Lille, 1925).

et universelle, revenante egallement a tous hommes, et singulièrement a null. Verdad es que las más veces Montaigne transforma las ideas del maestro, las acomoda a su visión del mundo; pero aun así, desprovistas de la preocupación sobrenatural que aflige a Sabunde, reconócese el sello originario, la fuente pródiga en sugerencias. Sabunde preconiza la experiencia personal como método seguro de conocerse a sí mismo, principio kantiano según el cual la experiencia precede a todos nuestros conocimientos, si bien no a todos, porque hay algunos que no provienen de ella, que son a priori. Es la experiencia la mejor ciencia del hombre. ¿No anticipa el culto del yo? Al amado "yoísmo" de Montaigne lleva Sabunde como de la mano cuando encarece que el ser humano entre en sí, venga a sí, habite dentro de sí. Vale tanto como decir con el gascón: yo soy mi física y mi metafísica. Menéndez y Pelayo rindele justiciero homenaje a Sabunde porque trae, ante todo, "la poderosa palanca de la observación interna enfrente de las contenciones y de las disputas".<sup>1</sup>

La tentativa de mudar la nacionalidad del teólogo, presentándole como provenzal en vez de catalán, es faena pequeña, destinada, sin embargo, a negar la influencia del español en la obra del francés.<sup>2</sup> En su hora, Menéndez y Pelayo demostró la deleznable argumentación del abate Reulet.<sup>3</sup> Mas por convincente que fuera el aporte documental del insigne polígrafo, la tesis de Reulet seduce todavía al abate Coppin en 1925. ¡Tan infranqueable es la muralla del Pirineo a la corriente de ideas españolas!

De la influencia de Luis Vives tengo dicho lo esencial en el capítulo V de este libro. La idea de cultivar el género epistolar pudo venirle a Montaigne no sólo de los consejos del filósofo valentino, sino también de las Cartas familiares, de Antonio de Guevara, cuyo libro conocía perfectamente: "...según leo en las cartas de Guevara, a las cuales los que llamaron doradas hacían de ellas un juicio bien diferente del mio".<sup>4</sup> Desde luego, el estilo ampuloso de Guevara, estrellado de antitesis, no podía despertar el amor de Montaigne. Fuera de eso, Guevara no es desdeñable para el catalogador de triviales y menudos hechos.<sup>5</sup> En las cuarenta y cuatro cartas del obispo de Mondoñedo, tan variadas, las hay que debieron alimentar el humor zumbón de Miguel, verbigracia, las que tratan de los médicos, de las relaciones del marido con la mujer o del manual de viudos. Las disquisiciones de Guevara y Montaigne sobre la vejez concuerdan de modo tal que justifican las sospechas de M. Clément y de James Fitzmaurice Kelly. Este último declara en su Historia de la literatura española (edición francesa):

Montaigne, malgré le jugement qu'il a porté sur les épitres de Guevara, avait une réelle admiration pour l'auteur, dont il emprunte des passages avec un sans gêne que Brantôme n'a pas surpassé.<sup>6</sup>

<sup>1</sup> Menéndez y Pelayo: "Historia de las ideas estéticas en España", II: "La escuela luliana", pág. 219 (Madrid, 1910).

<sup>2</sup> "Un inconnu célèbre: Recherches historiques et critiques sur Raymond de Sabonde", par l'abbé D. Reulet (París, 1875).

<sup>3</sup> Menéndez y Pelayo: "La ciencia española, II: La patria de Raimundo Sabunde" (Madrid, mi edición es de 1915); pero Menéndez y Pelayo refutó al abate Reulet en 1877, según el orden cronológico de los trabajos que componen la segunda parte de "La ciencia española".

<sup>4</sup> "Ensayos", lib. I, cap. XLVIII.

<sup>5</sup> Cartas de Guevara, obispo de Mondoñedo.

<sup>6</sup> J. Fitzmaurice Kelly: "Histoire de la littérature espagnole". (Traducción D'Avray, pág. 166).

Este juicio no es del agrado del profesor Villey. Creo que a Fitzmaurice Kelly le habría sido fácil dar las pruebas. La disertación de Montaigne sobre los beneficios que obtiene de la enfermedad<sup>1</sup> me parece directamente inspirada por la epístola XXII de Guevara: En la cual se trata de las enfermedades y provechos dellas. He aquí el pasaje que más se aproxima:

"Sea lo que fuere, que para mí no hay cosa en que más conozca ser un hombre cuerdo o no, que es verle cómo se vale en la adversidad, y cómo se aprovecha de la enfermedad. No hay igual locura con emplear mal la salud, ni hay igual cordura con sacar algún fruto de la enfermedad".<sup>2</sup>

En cuanto a la deuda de Montaigne con Pedro Mejía, cronista de Carlos V y autor de la Silva de varia lección, hay más armonía entre los inquisidores franceses para admitirla. El primero en señalar la deuda es Gustavo Lanson<sup>3</sup>, y le sigue Clément muy de cerca. Mejía escribe con el propósito de adoctrinar. No se le oculta al magnífico caballero sevillano que antes que él no han cultivado en España ese género literario, con el cual muchas veces recuerda la manera peculiar de Aulo Gelio y Macrobio. Lo que Mejía llama Silva de varia lección, son ensayos breves, nerviosos, vagabundos, eruditos, en los que mezcla relatos históricos y reflexiones morales. Este libro pudo orientar a Montaigne definitivamente, sacándole de las incertidumbres que abrigaba sobre el destino de los apuntes que acumulaba según iba leyendo. Para un ingenio volandero, nada tan apropiado como el plan de Mejía, si cabe hablar de plan con quien elige el título de Silva "porque en las selvas y bosques están las plantas y árboles sin orden ni regla". Los temas que cautivan a entrambos, autorizan la presunción de que Mejía sirvió de modelo a Montaigne hasta para escribir los famosos capítulos: De l'oisiveté (I, VIII), Que philosopher c'est apprendre à mourir (I, XX), este último la más pulcra expresión de senaquismo cristiano, y el que de ordinario más se lee y recuerda. Es de señalar una disidencia formal. Mejía es para Morel-Fatio "un ensayista a la manera de Montaigne, pero sin genio". Dice verdad en esto; y agrega: "han exagerado lo que tomó Montaigne de Mejía; ello se reduce a poca cosa". A confesión de parte, relevo de prueba. La deuda, no por pequeña, deja de ser deuda.

La contribución de López de Gómara ha sido mentada en las páginas que a América dedico.<sup>4</sup> Sin el colaborador literario de Cortés, no conoceríamos, probablemente, la requisitoria de Montaigne en favor de los indios americanos. No debe verse en esa defensa, ilusión grata a los hombres del Renacimiento, sin excluir a Erasmo, el odio a lo español señalado por algunos observadores superficiales. Lo que Montaigne odia es la crueldad, la tortura, el rebajamiento del hombre por el hombre, la guerra, que estigmatiza como homicidio universal:

Quant à la guerre, qui est la plus grande et pompeuse des actions humaines, ie scauroy volontiers si nous nous en voulons servir pour argument de quelque prerrogative, où au rebours, pour tesmoignage de nostre imbecillité et imperfection; comme de vray, la science de nous entredesfaire et entretuer, de

<sup>1</sup> "Ensayos", lib. III, cap. XIII.

<sup>2</sup> Para mayor abundamiento, consúltese Louis Clément: "Antonio de Guevara, ses lectures et ses imitateurs", en "Revue d'Histoire Littéraire de la France", ts. VII y VIII.

<sup>3</sup> G. Lanson: "Revue Universitaire", febrero de 1900.

<sup>4</sup> Capítulo X: "La ilusión del mundo nuevo".

ruyner et perdre nostre propre espece, il semble qu'elle n'a beaucoup dequoy se faire desirer aux bestes qui ne l'ont pas.<sup>1</sup>

Que sean españoles, franceses o tudescos los que hacen la guerra, tanto monta. Para Montaigne la vida del hombre más obscuro, del humilde campesino que trabaja la huerta de sol a sol, vale más que la gloria de un general empeñado en trabar batallas inútiles. El indio le apasiona como ser humano víctima del hombre blanco europeo, tanto más cruel cuanto más civilizado. Se equivoca, desde luego, pero es el suyo error que peca de extremada generosidad. Montaigne da fe a lo que el español Gómara le refiere. No repara en algunos notorios embustes, puestos en evidencia por Bernal Díaz del Castillo, obra que Montaigne no pudo conocer. Las apropiaciones son numerosas, casi literales, y ocupan veinte páginas de tamaño mayor en el libro de Villey: Les livres d'histoire moderne utilisés par Montaigne. No obstante la importancia del botín, el nombre de López de Gómara no es mencionado ni por acaso en las mil páginas de los Ensayos.

Existen presunciones de que Montaigne conoció a otro español eminente del siglo XVI: he nombrado al doctor Juan Huarte de San Juan. En el muy notable esfuerzo realizado por Villey para reconstruir la biblioteca de Montaigne, le da entrada al Examen de ingenios para las ciencias, obra que tiene boga en Francia con no pocas traducciones. Es cosa averiguada que Montaigne poseía un ejemplar en italiano de la Cárcel de amor, de Diego de San Pedro. En cuanto a los Diálogos de amor, de León Hebreo, hace una referencia picante, con la que se burla del neoplatonismo del judío español:

Mon page fait l'amour et l'entend. Lisez luy Leon Hebreu et Ficin: on parle de luy, de ses pensées et de ses actions, et si il n'entend rien.<sup>2</sup>

La huella de España en la obra de Montaigne es más efectiva de lo que hasta ahora se ha querido reconocer. Sería interesante establecer la opuesta penetración espiritual, la de Montaigne en España.

¿Miguel de Cervantes leyó a Montaigne? La interrogación es de las que sorprenden a los que saben algo de ambos autores. Sin la existencia de una prueba material, declaración precisa, carta, escrito o huella que lo denuncie y demuestre a todas luces, cuesta admitir, sin beneficio de inventario, que los Ensayos hayan sido leídos y aprovechados por Cervantes. La prueba es fácil de alegar cuando Shakespeare anda en juego. Si no bastara el ejemplar de los Ensayos en el que brilla la firma de Shakespeare —firma puesta en tela de juicio por ciertos peritos, dicho sea de paso— el extenso pasaje, literalmente trasladado por el genio rapaz en The Tempest, evidenciaría sin réplicas la deuda del inglés con el caballero perigordano. Pero, aun así, pasma y atribula que un crítico de arte —y ensayista en trance de honestar ocios— estampe un libro intitulado Montaigne et ses trois premiers-nés: Shakespeare, Cervantes, Pascal.<sup>3</sup> Todo está dicho en el rótulo ambicioso con que pretende denunciar la filiación de tres genios universales, como si se tratase del normal y periódico nacimiento de tres hijos engendrados por el mismo padre... ¿A Montaigne se debe que Shakespeare, Cervantes y Pascal hayan enriquecido a la humanidad pensante con la densidad de sus obras perennes?

Según era de temer, el condicional triunfa desde la página primera por

<sup>1</sup> "Ensayos", lib. II, cap. XII.

<sup>2</sup> "Ensayos", lib. III, cap. V.

Elie Faure, París, 1926.

ser un tiempo de verbo adecuadísimo a los grandes imaginativos, de ordinario reñidos con las demostraciones lógicas y experimentales. El cargo de Groussac contra los biógrafos cervantinos que no saben escribir sin el insufrible machaqueo de los: "se dice, se cree, ha sido tradición constante..." vuélvese esta vez como flecha que hiere a uno de sus compatriotas. El espacio de dos lustros que media en la publicación de las dos partes del "Quijote", interesa a Faure. ¿Qué fue de la vida de Cervantes en el discurso de aquellos diez años? Intensificando la curiosidad habría logrado saberlo, si bien con muy pocas palabras podemos apurar la síntesis apropiada: vivió, sufrió, acrecentó la personal experiencia. Allí están las Novelas ejemplares, cual dechado de testimonio superior, y, por cima de ellas, el libro que relata la tercera salida de Alonso Quijano el Bueno.

El crítico advierte la diferencia sustancial que existe entre la primera parte y la segunda. Pero en la triple diferencia de espíritu, de tono y de forma, atribuible al lento rodar de las horas y a la lima magistral con que los años nos van suavizando las agudezas, en lugar de parecerle que ello es obra del tiempo que modela, pule y reforma con sus infortunios, se le antoja, por el contrario, que la mudanza en mejor es fruto de ajena influencia. Corriendo ahora sin tropiezos por la llanura infinita de la fantasía, el buscador de ascendientes establece que la postrera madurez y la bondad y tolerancia que se respiran en las sazonadas páginas del segundo Quijote, provienen de la lectura aplicada de Montaigne. En buena hora se adhiere a los que repudian la tendencia que insiste en ver un "ingenio lego" y nada más. Le place la idea de representárselo tal como aparece en el retrato de Jáuregui, "de rostro aguileño, frente lisa y desembarazada, alegres ojos y nariz corva", devorando, de posada en mesón, a la luz temblona de las bujías, un ejemplar de los Ensayos... ¿Y la prueba fehaciente que tenemos en el caso de Quevedo con respecto a Montaigne? Las pruebas son vehementes deseos de que los hombres y las cosas se muestren según él los imagina. Carece del gusto que mueve a los eruditos a la confrontación de textos, tarea que desdeña, pues con ella se busca la comparaison des poils ou la numération des poux dans les crinières des lions, discutible empleo del tiempo, sin gracia ni propiedad, desde luego.

Sin la obsesión de nimios pormenores, el inquisidor sigue adelante con la suprema finalidad de conocer y reunir "las causas de las grandes armonías espirituales que nos guían desde hace trescientos años". Sorprende que renuncie a la perentoria obligación de carear los textos, para saber si contienen o no las soñadas armonías. Pero basta un juicio inopinado para invalidarle la tesis y el ensayo: "confieso, sin embargo, que no estoy muy seguro de que Cervantes haya leído a Montaigne". ¿Cómo se atreve, entonces, a presentárnoslo como hijo del moralista? Intelectualmente hablando, es imposible rayar a mayor altura en alas de la imaginación. Ello no obstante, el arte de la conjetura le permite detenerse a meditar en algunos hechos que le parecen probatorios, verbigracia: si los Ensayos, en las postrimerías del siglo XVI, eran uno de los libros más difundidos en Europa y todos los letrados se honraban y deleitaban con su lectura, "Cervantes, entre los letrados españoles, tiene derecho a ser incluido". He aquí el método y la manera de argumentar y hemos de ver que no cambia el paso ni el peso en lo que sigue sustentando: "Cuando Cervantes se aposenta en Sevilla, y frecuenta la casa de Pacheco —futuro suegro de Velázquez— en compañía de Céspedes, Góngora y demás grandes ingenios de la época, probablemente comentaban los Ensayos". Mas puesto caso que nada de lo figurado haya sido verdad, el amator de imposibles echa mano de un recurso igualmente inesperado: "Como Cervantes hablaba el italiano, pudo leer la traducción de Florio publicada en 1603". Según esto, Florio habría vuelto los Ensayos al italiano en

lugar de pasarlos al inglés el año mencionado... La improvisación alcanza aquí un grado de inverosimilitud vista rara vez.

De pequeñas inexactitudes en mayúsculos errores, el sistemático suele incurrir en candorosidades de la especie que anoto: "Si estuviese seguro de que Cervantes copió diez palabras de Montaigne, moriría más dichoso". Si esto no es ingenuidad de alma devota, es satisfacción de otro linaje, orgullo de francés, exaltado con el amor al terruño. A pesar de los circunloquios que le mueven a decir que algunas veces cree y otras no en las presuntas apropiaciones de Cervantes en el predio de Montaigne, acaba dando una prueba que no le convence, tanto como "sus sospechas de orden moral". ¿Qué pensaríamos del juez que a falta de pruebas fundara sus fallos con sospechas de orden moral? En busca de la prueba অপেতিকা, el crítico entra de rondón en la Apología de Raimundo Sabunde, torre de maravillas y antología de absurdos, donde no es difícil hallar algo de lo mucho que se ha pensado y soñado antes de Montaigne. Allí se encomia la inteligencia de los animales con el deliberado propósito de restarle valor a la razón del hombre, negativa, contradictoria y engañosa. Mas ¿cómo ha de procurarnos la prueba material quien desdeña el cotejo de los textos? Con ideas que resuelve atribuirle a Montaigne, adereza un texto de su invención para enfrentarlo con un pasaje original de Cervantes. Helo aquí: "...la mayor parte de las artes —dice entre otras cosas Montaigne— nos las han enseñado las bestias: las arañas a tejer y coser; las golondrinas a edificar; el cisne y el ruiseñor la música, y varios animales más, la medicina..." Este fragmento, franciscanamente concebido y redactado, es el que luego opone al de Cervantes: "...de las bestias han recibido muchos advertimientos los hombres y aprendido muchas cosas de importancia, como son de las cigüeñas el cristal, de los perros el vómito y el agradecimiento, de las grullas la vigilancia, de las hormigas la providencia, de los elefantes la honestidad, y la lealtad del caballo".<sup>1</sup>

Para rematar la empresa de sentar conclusiones antojadizas, el autor vuelve a la ingenua confesión inicial, y declara que le ha causado mucha pena el que le advirtieran que tanto Montaigne como Cervantes debieron de consultar a Plinio de preferencia. Dicho se está que, como buen sistemático, se aferra a la idea preconcebida y rechaza la observación porque los Ensayos están, en el tiempo, mucho más cerca de Cervantes que la Historia Natural de Plinio. ¡Peregrino razonar! De aceptarlo admitiríamos que las obras de autores coetáneos nos son más familiares que las de clásica procedencia. El error consiste en creer que la originalidad de Montaigne, muy relativa en punto de doctrina, es absoluta. La historia de las ideas morales enseña cuán arriesgado es conceder paternidades. Hay cristianos antes de Cristo y prekantianos que le sacan ventaja de siglos a Kant. No se sabe de un pensador que no sea descendiente de otro.

Si por vía de mero entretenimiento nos aplicásemos a establecer la filiación de las ideas que le asignan a la inteligencia o intuición de los animales prioridad y beneficios sobre el humano saber, con nutridas referencias llenaríamos ancho espacio antes de llegar al siglo de Montaigne y Cervantes. Entre un versículo bíblico y una fábula de Esopo, ¿por cuál de los dos optaremos? Desde luego, el pobre Job se nos presenta más antiguo y abrumado de dolor y con más autoridad en el lance de aconsejar a sus amigos: "...pregunta a las bestias, que ellas te enseñarán; y a las aves del cielo, que ellas lo mostrarán".<sup>2</sup> Cuando Plinio le da entrada en su Historia, la idea de que los animales hablaban y enseñaron a los hombres, es una creencia generalizada, un lugar común

<sup>1</sup> "Quijote", segunda parte, cap. XII. Fray Luis de Granada pondera las virtudes y fuerzas extrañas de los peces. "Símbolo de la Fe", VI.

<sup>2</sup> Job, XII, 7 y 8.



que aceptan sin vacilar cuantos cultivan artes, ciencias o letras. Montaigne se provee en más de una fuente, según su costumbre: primero en Plinio, a quien frecuente en demanda de extravagancias.<sup>1</sup> En el Coloquio del conocimiento de sí mismo, Miguel Sabuco, o su hija doña Oliva, tanto monta, da crédito a los embustes de Plinio y admite, entre otras cosas, "que el delfín es muy amigo de la conversación del hombre" y que "un pavón amó a una doncella en Leucadia en tanto grado, que muerta la doncella, murió luego el pavón..."<sup>2</sup> Virgilio, por su parte, le convence de que hay en las abejas "un reflejo de la divina mente y del espíritu celestial en los hombres y en todo el linaje de las fieras".<sup>3</sup>

Los mismos libros que Montaigne lee con honra y provecho, circulan en España. ¿Quién no sabe de Virgilio, de Plinio o de Plutarco? El último pregona la superioridad de los animales que Faure atribuye a la ciencia de su afortunado paisano. Las alabanzas del instinto como aliento vital y voluntad divina, deleitan a la mayor parte de los escritores del Renacimiento. Es, pues, en extremo verosímil que Cervantes supiera de coro esas viejas historias, ya que pudo tenerlas a mano en la Silva de varia lección del caballero Pedro Mejía, especie de Macrobio o de Aulo Gelio sevillano, y en las disertaciones virtuosas del maestro Granada. Como se han mentado cercanías, merced al tiempo, mucho más próximo a Cervantes tiene que estar Francisco de Villalobos, afamado médico de Fernando el Católico y de Carlos V. En el libro intitulado Problemas de Villalobos, el industrioso galeno plantea el problema en esta octava:

¿Y por qué los animales,  
que carecen de razón,  
tienen tal estimación,  
que saben curar sus males?

Y el hombre, que Dios le hizo  
a su imagen y semblanza,  
ni sabe tener templanza  
ni curarse un panarizo.

Considerado el tema a mejor luz, será prudente desechar las suspicacias y las afirmaciones sin pruebas. Il m'est permis de reprendre mon bien ou je le trouve, dice Molière sin avergonzarse y con igual desenfado sale de apuros Corneille, ambos a dos conocedores del hispano ingenio. A la manera de ellos, es de suponer que Shakespeare, Cervantes y Pascal, siguiendo las huellas de Montaigne con griegos y latinos, sabían recoger, asimilar y hacer suyo lo que más a mano tenían.

La duda no es germen propicio en españoles surcos. Por un hombre que duda —aludo al Quevedo de El mundo por dentro— todo un pueblo se yergue altanero con las armas de la fe. Recomendadle al español que no afirme, que suspenda el juicio, que separe la razón de la fe, que fundamente la tolerancia en el más amplio eclecticismo, que no quemé a otro "por meras conjeturas". Preveo el gesto y con el gesto la respuesta... Recordadle el consejo que no por andar en labios de todos deja de ser el menos sentido y acatado: "En la duda, abstente". En España nadie duda de su fe, de su error o de su

<sup>1</sup> Plinio: "Historia Natural", lib. VII, de preferencia el VIII, donde se prodigan ejemplos desde el elefante hasta el más pequeño ser de la fauna.

<sup>2</sup> Títulos 2 y 9. En Biblioteca de Autores Españoles, t. 65. Madrid, 1873.

<sup>3</sup> "Geórgicas", t. IV, págs. 219-224.

certeza, y nadie se abstiene de nada. El español es el soberano absoluto de sí mismo y no entiende la vida sino como lucha y empresa de dominio de su sentir en el sentir de los demás. Por este camino fue lejos, ¿quién lo ignora? Por el mismo se perdió también en lejanías... Pero este español tan brioso y voluntarioso, dado a las lides de la caballería heroica, a fuerza de afirmar con soberbia no igualada, logra encarnarse en otro ser que afirma, en unos casos, su excepcional facultad para sufrir todas las desventuras humanas. Ningún dolor le quebranta el ánimo aunque con resignada humildad lo reciba. Es el místico que sublimiza el dolor porque busca senderos de perfección en lo divino. El dolor que padece y la tragedia que vive los acepta como imperativos de suprema dignidad. El santo español no se humilla como el poverello de Asís. Es un santo que organiza milicias para que lo descabecen, no para que lo encadenen. Ni se humilla el mendicante, el bueno, el verdadero, cuando se acerca a pedir, no a implorar, tu caridad. Héroe y santo, poseen ambos a dos un fondo de reciedumbre moral que los eleva por cima de la prosaica realidad. ¿Qué es eso? Es el estoicismo que anida perennemente en el alma española, alma que parece más bien herida abierta que no acaba nunca de sangrar. Cuando Ganivet define la doctrina estoica lo hace con soberbio tono: "Esto es español; y es tan español, que Séneca no tuvo que inventarlo, porque lo encontró inventado ya: sólo tuvo que recogerlo y darle forma..."<sup>1</sup>

Tampoco tuvo que inventar Quevedo su estoicismo; ni tuvo que asimilarlo en Séneca ni en Epicteto. Porque lo hallaba latente en sus entrañas y en las de su tierra, érale fácil hallarlo en todas partes, hasta en la constancia y paciencia del Santo Job. No es Quevedo el primero que hace posible el enlace del estoicismo con el cristianismo. Pero es el primero que en España lee a Montaigne. Como curiosa coincidencia señalo el nacimiento de Quevedo en 1580, año de la publicación de los Ensayos. El libro andaría su camino y el señor de la Torre de Juan Abad viviría su vida aventurera, de amores y disputas. Fortuna singular la de venir al mundo por el mismo tiempo y la de encontrarse, hombre y libro, como destinados el uno al otro. ¿Hasta dónde pueden conciliarse dos temperamentos al parecer tan dispares? El reposo y candidez del ensayista madurado en la tolerancia, ¿no exasperan al malévolo y arrogante caballero español, dado al diablo, prestado al mundo y encomendado a la carne? No siempre las diferencias engendran odios ni provocan repugnancia. El algo que nos sobra daríamoslo gustosos por el algo que nos falta. Es de notar que Montaigne y Quevedo son admiradores de Justo Lipsio. Si de Montaigne en plena madurez dice Lipsio: "es el Tales francés", de Quevedo, que no ha cifrado los veinticinco, proclama su inmortalidad: "gloria de los españoles". Esa devoción es lógica en el estoico Lipsio. Montaigne y Quevedo enseñan que el hombre se talla en el dolor y que es tanto más fuerte cuanto más reciura demuestra en el padecimiento. Lo que no advierte, o no le place a Lipsio en Montaigne —la conciliación estoica y epicúrea— colma a Quevedo, quien, a su vez, la intenta y practica.

Hallamos el nombre de Montaigne entre los juicios que sobre Marco Bruto reúne Quevedo en el comienzo de su obra dilecta. Allende el Pirineo el apellido de nuestro Miguel sonará a la española. Quevedo así lo determina, y hace bien: "El señor de Montaña, libro 2, cap. I de las Costumbres de la Isla de Cea, dice: Marco Bruto y Casio, por darse muerte sin tiempo y aceleradamente, acabaron de perder las reliquias de la libertad romana". En la Visita y Anatomía de la cabeza del Cardenal Armando de Richelieu, macabra operación, tan en el gusto del soñador de las calaveras, Quevedo tiene la ocurrencia de presentarnos a Montaigne redivivo:

<sup>1</sup> A. Ganivet: "Idearium español".

"En este punto de la relación de Vessalio, entró un portero, diciendo que Michael, señor de Montaña, estaba a la puerta, y que pedía licencia para entrar. Alegráronse sumamente con su buena venida a tal ocasión. Levantáronse a recibirle. Volvieron acompañándole. Diéronle el primer lugar (que él rehusó, aunque le era debido a sus grandes letras y calidad), ocupóle y dijo: "habiendo sabido todo lo que en esta junta había pasado, se había dispuesto a ballarse en ella por su lealtad y celo católico".

Cuando Quevedo resuelve no andar de burlas es en la Defensa de Epicuro. Aquí le vemos con su hombría tan única para salvar de la vergüenza universal al maestro griego. ¿Qué va a hacer? Desea demostrar que Epicuro ha sido infamado: "La infamia ajena más fácilmente se cree que se dice, y peor, pues siempre se añade". Como buen abogado, recordará en obsequio del inmortal calumniado los elogios de los más virtuosos pensadores. Después de citar por lo largo a Séneca, según es de suponer, se explaya de este modo:

"Dará fin a esta defensa la autoridad del señor de Montaña, en su libro, que en francés escribió, y se intitula Essais o Discursos, libro tan grande, que quien por verle dejara de leer a Séneca y a Plutarco, leerá a Plutarco y a Séneca".

Quevedo traduce dos páginas de Montaigne extraídas de los capítulos que tratan De la crueldad y De los libros. Y es de ver cómo penetra en el pensamiento de Montaigne, que es igualmente suyo en el intento de cristianizar estoicismo y epicureísmo:

"Severo el señor de Montaña, juzga que en lo verdadero, rígido y robusto no cede la doctrina de Epicuro a la estoica. No dice que la excede, no porque no es verdad, sino porque no era fácil de creerse. Dice que Plutarco era platónico, cuyas opiniones son opuestas a las estoicas y epicúreas; esto es, descubrió la causa porque tan esclarecido varón como Plutarco, vencido de la pasión de su secta, contradujo con tanta pasión la estoica".

Atisbos de Montaigne me parece que destellan en algunas páginas quevedas, lo cual no es de extrañar en hombre tan docto y extraordinariamente dispuesto a quevedizar lo que se apropia. No he de dilatarme en este punto que requiere tiempo y espacio sobrados. Sólo citaré un ejemplo de reminiscencia. En El mundo por de dentro, luego de aceptar como bueno el postulado de Sánchez: Nihil scitur: no se sabe nada, Quevedo inicia su discurso con ideas y hasta con vocablos familiares a todo asiduo lector de los Ensayos:

"Es nuestro deseo siempre peregrino en las cosas desta vida; y así, con vana solicitud anda de unas en otras, sin hallar patria ni descanso. Aliméntase de la variedad y diviértese con ella... El mundo... pónese delante mudable y vario, porque la novedad y diferencia es el afeite con que más nos atrae".

Contrariamente a mis deseos, no he tenido la fortuna de hallar la sombra de Montaigne en Gracián, el superhombre barroco del siglo XVII español. No es de creer que al deslumbrante aragonés le faltaran noticias del caballero gascón. A los ojos ávidos de un tal libromano no escaparía esa presa: "¡Oh, gran gusto el leer! No hay lisonja, no hay fullería para un ingenio como un libro

nuevo cada día". De no decirlo, igual se le creyera con sólo seguirle por la selva de la Agudeza y Arte de Ingenio o por esa maravillosa alegoría del género humano que se llama El Criticón. Azorín es de otro parecer: "Conocía Gracián los filósofos, políticos y poetas de la antigüedad clásica; rastros ostensibles hay en su Criticón —en cuanto a los autores contemporáneos suyos— de Hobbes, Descartes y Montaigne".<sup>1</sup> De Hobbes y Descartes hay reminiscencias que denuncian el origen. De Montaigne, si existen, son apenas perceptibles, como la que apunto sin mucha convicción:

"Pero ¿cuál puede ser una vida, que comienza entre los gritos de la madre que la da, y los lloros del hijo que la recibe?"<sup>2</sup>

"Al entrar en la vida lloramos y padecemos nuestra forma anterior".<sup>3</sup>

Mucho habría por decir acerca de esta reflexión de subido pesimismo. Los buscadores de influencia son todos más o menos suspicaces e incorregibles. ¿En dónde halló Gracián la sugestión primorosa, en Montaigne o en Mariana? Porque el Tito Livio español también tiene su página en De Rege relativa al llanto que sigue al nacimiento: "Empezamos esta vida miserable con el suspiro en nuestros labios y el llanto en nuestros ojos, presagio cierto de la infelicidad que nos apremia y de las desventajas que nos amenazan". Otro español, Tapia, afirma: "Los niños comienzan a llorar la vida".<sup>4</sup> Shakespeare nos habla con parecido acento: "... when we are born cry that we are come to this great stage of fools": "Lloramos cuando nacemos porque venimos a este gran teatro de locos".<sup>5</sup> ¿Leyó Shakespeare a Mariana? No hay ninguna prueba. En cambio la hay con respecto a Montaigne. ¿Y acaso Montaigne se queda corto para apropiarse de una imagen o de una idea cuando le agrada? Lector aprovechado de Lucrecio debió ver que el poeta filósofo expresa que el niño recién nacido "llena con sus lúgubres vagidos el lugar, como cumple a quien le quedan tantos males que pasar en vida".<sup>6</sup> Por último, y para acabar con este juego, Plinio el Naturalista escribe: "Ningún otro entre los animales está condenado a las lágrimas desde el primer día de su vida".<sup>7</sup>

El pensamiento de Gracián es más completo y hermoso. En el estudio de Coster<sup>8</sup>, en las fuentes que señala, no reconoce la de Montaigne. ¡Sacrificio o silencio que honra al profesor francés! Gracián no tiene reparos en confesar cuáles son las plantas donde de preferencia van a posar las abejas de su ingenio curiosísimo:

"En cada uno de los autores de buen genio he atendido a imitar lo que siempre me agradó: las alegorías de Homero, las ficciones de Esopo, lo doctrinal de Séneca, lo juicioso de Luciano, las descripciones de Apuleyo, las moralidades de Plutarco, los empeños de Eliodoro, las suspensiones del Ariosto, las crisis

<sup>1</sup> Azorín: "Lecturas españolas".

<sup>2</sup> "Criticón", I, Crisi V.

<sup>3</sup> "Ensayos", lib. II, cap. III.

<sup>4</sup> "Discursos predicables", 1604.

<sup>5</sup> King Lear, act. IV, esc. VI.

<sup>6</sup> De Rerum Natura, V, 227.

<sup>7</sup> "Historia Natural", VII.

<sup>8</sup> A. Coster: "Baltasar Gracián" (New York, París, 1913).

del Boquelino y las mordacidades de Barcalayo. Si lo habré conseguido, siquiera en sombras, tú lo has de juzgar".<sup>1</sup>

Creo que las reminiscencias provienen además del común escepticismo de Montaigne y Gracián, de la lectura de autores familiares —Plutarco, Séneca y a las veces Maquiavelo— y del género que emparenta estrechamente a todos los moralistas por igual. Menéndez y Pelayo señala ese parentesco: "Predominaban en él demasiado las facultades intelectuales y la vena del moralista, la de La Bruyère, La Rochefoucauld o Montaigne..."<sup>2</sup>

Antes de seguir adelante anotaré una semejanza entre Montaigne y Saavedra Fajardo. Arriesga el perigordano: "No hay hombre que no haya merecido ser aborrecido cinco o seis veces en su vida". El pulcro censor de las Empresas aprueba: "... porque apenas hay hombre tan justo que no haya merecido la muerte".

Victor Bouillier, en su monografía *La Fortune de Montaigne en Italie et en Espagne*, menciona la primera traducción de los Ensayos hecha en España.<sup>3</sup> Débese ella al religioso y licenciado Diego de Cisneros, con el título: *Experiencias y varios discursos de Miguel, señor de Montaña*. Bouillier ha tenido noticias de este trabajo gracias al Ensayo de una Biblioteca Española de libros raros y curiosos (t. 2, núm. 1.838), de Bartolomé Gallardo. El hispanista francés, experto valorador de Gracián, sabe que el traslado de Cisneros obtuvo aprobación civil y eclesiástica en 1637, sin que jamás llegara a publicarse, tal vez por falta de editor. En cuanto al manuscrito, ignora cuál puede haber sido su destino. Presume la pérdida con la dispersión de las colecciones de Gallardo en junio de 1823: "Comprobemos a este respecto que aun hoy no existe traducción española de los Ensayos", agrega Bouillier.

Sorprende que en 1922 no conociera todavía Bouillier la traducción de Constantino Román y Salamero<sup>4</sup>, publicada en París en 1898 y vastamente difundida por el mundo de habla castellana. El esfuerzo realizado por Salamero es considerable y apenas se le ha tributado el justiciero reconocimiento que se le debe. ¡Cuántos lectores y escritores cultos, poco familiarizados con la lengua arcaica de Montaigne, han recurrido a esa fuente! Distaba mucho de ser perfecta,

<sup>1</sup> "Crítica: A quien leyere".

<sup>2</sup> Menéndez y Pelayo: "Historia de las ideas estéticas en España", t. III, pág. 527 (Madrid, 1920).

<sup>3</sup> Diego de Cisneros, primer traductor de los "Ensayos" en España.

<sup>4</sup> "Ensayos de Montaigne seguidos de todas sus cartas conocidas hasta el día/ Traducidos por primera vez en castellano/ con la versión de todas las citas griegas y latinas/ que contiene el texto/ notas explicativas del traductor/ y entresacadas de los principales comentadores/ una introducción y un índice alfabético/ por Constantino Román y Salamero". Casa Editorial Garnier hermanos, París, 1898. Conviene tener presente que el traslado de Salamero proviene de la edición de J. V. Le Clerc. Esta, a su vez, es reproducida de la de María de Gournay, dada a la estampa en 1595 y tenida por fidelísima mientras no fue careada con el llamado ejemplar de Burdeos. María de Gournay alteró conceptos, atenuó expresiones y puso cosas de su imaginación. Salamero, involuntariamente, incurre en esas deformaciones. La edición monumental de los "Ensayos", hecha por la Municipalidad de Burdeos bajo la dirección de F. Strowski, data de 1906 y reproduce el ejemplar preparado por Montaigne para la sexta impresión, tal como fue hallado en la Biblioteca de los Bernardos de aquella ciudad. La edición de Villey, Alcan, 1922, es de suma utilidad porque separa al pie de las páginas los agregados u omisiones atribuidos a la Gournay. Hago la salvedad para que no se le carguen a Salamero las culpas de la "hija adoptiva".

desde luego, según el traductor lo confiesa con lealtad que le honra. Para mi gusto amplifica muchas veces más de lo necesario. Y si no alcanza a darnos la belleza idiomática —¿cómo trasladar los variados encantos, las expresiones de avasalladora hermosura en que abunda el discurso?—, interpreta casi siempre con fidelidad el pensamiento, labor que califico de bazonosa si recuerdo algunas oscuridades de Montaigne. Es más de lamentar esta laguna importante en el estudio de Bouillier, cuando se sabe que en la introducción compuesta por Salamero hay abundantes referencias sobre Cisneros y el destino de su trabajo. No se perdió, por fortuna, con ocasión del arribo inminente de las tropas francesas. Puede consultarse en la sala de Manuscritos de la Biblioteca Nacional de Madrid. El celo del traductor español llega a reproducir sustanciosos fragmentos del capítulo sobre la amistad, con el evidente y generoso propósito de enaltecer el esfuerzo del lejano antecesor. El pio Cisneros pretende enmendar, según cabe suponer, los pasajes "malsonantes y menos biensonantes" de Montaigne, autor "que tiene necesidad de leerse con mucha cautela". Pero aun así, "y sin borrar casi nada", el prudente licenciado ama a su Montaigne, "porque la lición de sus libros puede con excelencia excusar a cualquiera la de Plutarco, y Séneca, y Plotino, y otros de los antiguos grandes Philosophos..."

Ahora no hemos de calzar las botas de siete leguas, sino las de un siglo para vernos nuevamente con Montaigne en España. ¿Quién le tiene en las manos o le practica siquiera de pasada en el siglo XVIII? Recurrimos al padre Feijóo, a la maraña de sus obras, con lo cual declaramos vocación tediosa. En las páginas del Teatro crítico admiramos, desde luego, la curiosidad e inquietud del benedictino que hacía periodismo sin saberlo. ¡Mas es tan efímero el interés que despierta un periodista cuyo ingenio nace y muere con la actualidad de cada día! En el Discurso de la Medicina<sup>1</sup> menciona a Montaigne entre los denigradores gratuitos de la ciencia que Feijóo se ha impuesto el deber de elevar a la pública consideración:

... "¡Cuánto declamaron contra médicos y Medicina, y pasando mucho, a la verdad, la raya de lo justo: en España, Quevedo; en Italia, el Petrarca; en Francia, primero Montaña y después Molière!"

Capmany nos depara una sorpresa. Ha leído a Montaigne —lo francés es de su gusto y dominio— pero no le deleita como el gracioso Amyot:

"El estilo de los Ensayos de Montaigne, que floreció también a fines del siglo XVI, no tiene, a la verdad, ni pureza, ni corrección ni precisión, ni gran dignidad; mas por su viveza, valentía, energía y sencillez en expresar grandes ideas, se le puede disimular su desaliño, su desorden y la languidez de sus digresiones".<sup>2</sup>

Antes que Capmany, ya lo dijo Montaigne de sí mismo...

Otro salto. Décimanovena centuria. Aquí aguarda el hombre hecho cima de pensamiento y de investigación: Don Marcelino Menéndez y Pelayo. Hay que entrarse en lo espeso de sus libros, y vagar afanosos, porque el erudito español ni por descuido nos depara el bálsamo de un índice de autores —abi va esa mole y tentetieso...— Organizamos el rebusco. Don Marcelino se consagra a Montaigne sin mucho amor, con admiración limitada. En demasía se comprende el desdén relativo en espíritu de suyo sistemático. Montaigne

<sup>1</sup> Lib. I, Discurso 5.

<sup>2</sup> Antonio de Capmany: "Teatro Histórico-Crítico de la Elocuencia Española". T. 1.º. Discurso preliminar, págs. 67-68. Madrid, 1786.

se salva de la condena absoluta merced a la reverencia que Menéndez y Pelayo siente por el Renacimiento. No es de lugar reproducir todas las citas por la semejanza de ellas, algunas verdaderas refundiciones o repeticiones.

El primer comentario es de La ciencia española<sup>1</sup>: "Si Montaigne y Charrón fueron escépticos, escéptico fue Francisco Sánchez, y más radical que ninguno de ellos". Amplía el juicio en la segunda parte de la misma obra, cuando trata de la nacionalidad de Raimundo Sabunde:

"Y por si algo faltaba a la mayor difusión y renombre de la doctrina de Raimundo, un caballero gascón, antitesis viva del piadoso catedrático del siglo XV, se entretuvo en verter la Teología natural en encantadora prosa francesa, que aquel escéptico caballero hablaba y escribía como pocos o ninguno la han vuelto a escribir y hablar. No satisfecho con esto, tomó pie del libro de Sabunde para su más extenso y curioso ensayo, que con título de Apología (aunque de todo tiene menos de esto) anda desde entonces en manos de todos los aficionados a ingeniosas filosofías y a desenfados de estilo".

Paso por alto las menciones que hace en La historia de los heterodoxos españoles<sup>2</sup>, en razón de que nada nuevo agregan. Mucho más importante y digno de ser subrayado es el paralelo que establece entre el escepticismo de Montaigne y el de Sánchez en los Ensayos de historia filosófica.<sup>3</sup>

"El escepticismo mitigado de Montaigne, aquella manera de sibaritismo intelectual, más que de filósofo, de hombre de mundo, que gusta de dormir sosegadamente sobre la almohada de la duda... Montaigne es un aficionado, que filosofa a sus anchas, en lengua vulgar y sin cuidarse del método, antes bien, haciendo gala de traducir fielmente en su estilo todos los caprichosos giros de su humor libre y errabundo".

¿Qué nos reserva la España de nuestro tiempo?<sup>4</sup> ¿Qué piensan de Montaigne los filósofos coetáneos? No interesa a don José Ortega y Gasset, amante de vuelos más osados. Suele citar el ¿que sçais-je?, poca cosa, dado el lugar común, semejante al to be or not to be, o al cogito ergo sum. El señor Ortega y Gasset escribe ensayos de calidad mental con el título de Meditaciones. Tiene una Meditación del Quijote, una Meditación de Don Juan, una Meditación del Marco. En lo único que pudiera despertar el recuerdo de Montaigne es en el amor de las digresiones, esas repentinas fugas a los temas sin conexión con el propuesto, que tanto nos placen y que los ingleses distinguen con un verbo: to montagnize.

De interrogante en suspicacia —no hay interrogante que no sea suspicaz— voy a formular otro: ¿por qué Miguel de Unamuno, autor de Ensayos densos y tensos, no evoca a Montaigne, símbolo el más acabado del hombre de carne y hueso? Confieso que por aquí descarrío hasta la impertinencia. Vale tanto como inquirir: ¿por qué no ama lo contrario de lo que ama? Es verdad. Pero también es verdad que ambos Migueles tienen ínfimos puntos de contacto. Al

<sup>1</sup> Tomo I.

<sup>2</sup> Tomo II.

<sup>3</sup> Discurso de recepción leído en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas el día 15 de mayo de 1891: "De los orígenes del Criticismo", etc...

<sup>4</sup> Ramón y Cajal cita muy ligeramente a Montaigne en "Charlas de café". Atribúele una enfermedad en la laringe que nunca tuvo. En "El mundo visto a los 80 años" dice que, como Montaigne, odia la cerveza. Termina recomendando, entre los libros de mero entretenimiento, los "Ensayos" de Montaigne...

Miguel gascón apenas le preocupa el sentimiento trágico de la vida que alucina y hace gemir al Miguel vasco. Montaigne tiene horror a las lágrimas y no admite que le atormenten con el posible destino de su alma. ¿Muere el alma con el cuerpo? ¡Que sçais-je! —responde—. No, no muere, replica el otro Miguel, y si muere, yo me opongo a que muera la mía.

Nota en Unamuno, sin embargo, reminiscencias de Montaigne, y a las veces un cierto aire de familia en el yo, en el no temerle a las contradicciones y en el proclamarse multiforme y proteico. Montaigne, conforme a las circunstancias, se reconoce "vergonzoso, insolente; casto, lujurioso; hablador, taciturno; laborioso, negligente; ingenioso, torpe... liberal, avaro y pródigo". Unamuno responde como eco:

"Y es que todo hombre humano lleva dentro de sí las siete virtudes y sus siete opuestos vicios capitales: es orgulloso y humilde, glotón y sobrio, rijo y casto, envidioso y caritativo, avaro y liberal, perezoso y diligente, iracundo y sufrido".<sup>1</sup>

En la prosa dispersa de Francisco Grandmontagne —hay en ella excelentes ensayos— se advierte su amor por Montaigne. Rindele culto a la mágica y deslumbradora trilogía: Montaigne, Quevedo, Gracián. Bien andan todos tres y bien se acuerdan en lo mucho que los une. Grandmontagne siente más et senequismo del gascón, aunque no se le oculta, como a su gran don Francisco, que Epicuro y Séneca no se querellan sustancialmente en el terreno de las ideas. Y ya que voy discutiendo sobre armonías de mentes pensadoras, ved cómo este otro consumado amante de Gracián y Quevedo extiende sus dilecciones a Montaigne. Hablo de Azorín.

Cuando Azorín rememora lo pasado, las primeras imágenes de vida interior toman cuerpo en torno a la pequeña biblioteca del collado de Salinas. Allí se descubre, con pocos años y ansiedades tantas que no sabe resistir al imperativo de sentarse a emborronar cuartillas. El lo confiesa. Es medianoche. El silencio y la inmensa tranquilidad del ambiente campesino le llevan la pluma evocadora. Algo más que la noche callada y fragante le mueve a escribir. Esa habitación está poblada de espíritus animadores. Azorín lo dice: "Los volúmenes reposan en sus armarios; apenas si en la oscuridad destacan los blancos rótulos que cada estante lleva —Cervantes, Garcilaso, Gracián, Montaigne, Leopardi, Mariana, Vives, Taine, La Fontaine".<sup>2</sup> Curiosa es la ausencia de Quevedo, mas no ha de faltar en la futura biblioteca, cuando Azorín deje de ser "pequeño filósofo". ¿Es en el Collado de Salinas donde Montaigne le enseña la vastedad de su mundo interior? La facultad de mirar hacia dentro para tratar de conocer mejor la corriente tumultuosa de las ideas contradictorias y de las sensaciones en mudanza perenne hallaría alimento adecuado en la plática del lejano antecesor. Es difícil admirar lo que en nada se asemeja a nosotros o lo que en nada queremos parecernos. El egotismo de Montaigne halaga la inclinación natural de Azorín: observarse, hablar de sí, de lo que más le agrada o desplace, de lo que no desea, manera sutil de expresar lo que se desea. Y los pormenores de lo que él suele llamar pequeño o menudo, es la suprema lección de los Ensayos, y la ratificación de la vida de Azorín y de las muy humanas vidas que Montaigne nos brinda en el libro amigo.

Y porque es un amigo que si cambia de ideas no muda de amistad, Azorín

<sup>1</sup> Unamuno: "Tres novelas ejemplares y un prólogo".

<sup>2</sup> Azorín: "Confesiones de un pequeño filósofo".

se acompaña de Montaigne. Cuanto más le frecuenta más le colma su comercio. Oíd lo que dice en La Voluntad:

"Abora Azorín lee a Montaigne. Este hombre que era un solitario y un raro, como él, le encanta. Hay cosas en Montaigne que parecen escritas ayer mismo; el ensayo sobre Raimundo Sabunde es un modelo de observación y de amenidad. Y después esta continua ostentación del yo, de sus amores, de sus gustos, de su manera de beber el vino —un gran trago después de las comidas—, de sus lecturas, de su mal de piedra..."

Le habéis oído: Montaigne le encanta porque es un solitario y un raro, como él. Desconfiad de esta clase de solitarios. Son los más peligrosos. Son los que se sienten solos en la multitud y acompañados en la soledad. Según eso, cuando Montaigne quiere sentirse solo deja que le nombren alcalde de Burdeos. Azorín, quizá por la misma causa, acepta una banca en el Congreso de los Diputados. Afortunadamente, el desliz dura poco. A Montaigne le deleitan los viajes, tanto como a Azorín. Este último no sabe ir lejos sin Montaigne. Ved cómo prepara sus menesteres antes de marcharse:

"Y aquí en la maleta va colocando unas camisas de finísimo hilo, unos calzoncillos, unos calcetines, unos pañuelos —cuatro tomitos impresos por Didot, limpiamente, en el año 1802—. Azorín los pasa, los repasa, los acaricia, los abre al azar. Y en uno de ellos lee:

Il y a plusieurs années que ie n'ay que moi pour visée à mes pensées, que je ne contreroolle et n'estudie que moi; et si l'estudie oultre chose, c'est pour soubdain le coucher sur moi, ou en moi, pour mieux dire.

He dicho que Azorín tampoco puede separar a Quevedo de Montaigne. Si le dieran a elegir se quedaría con los dos. Sin embargo, en algo quisiera que su Quevedo se pareciera a su Montaigne: en la tolerancia, en la dulzura, en la candidez. La filosofía no logra humanizar a Quevedo. Cuanto más estoico, más cruel y pendenciero se vuelve. Azorín deplora la intolerancia:

"No podíamos esperar de Quevedo ni esta execración ni este odio. Todo esto es un sentimiento moderno. Pero en tiempos de nuestro poeta había también una visión más honda de las cosas. Imaginemos un momento cuál era en 1595 el ambiente de España; dominando este ambiente, surgen las llamas de los autos de fe. Ahora, trasladémonos, en un viaje mental, a una apacible casa situada cerca de Burdeos, en el verde campo francés. Aquí vive retirado un señor silencioso que ama el orden, la limpieza y los libros. Gusta este hombre de escribir sus impresiones; y he aquí una frase, una sola frase, escrita por él en este año citado de 1595: Après tout, c'est mettre ses conjectures à bien haut prix que d'en faire cuire un homme tout vif.<sup>1</sup> Nada más; pero en esa sola frase, en ese solo vocablo conjeturas, ¡cuánta hondura, cuánta independencia mental, cuánta modernidad, cuánta civilización!"<sup>2</sup>

En la página de Azorín se ha deslizado un error, explicable en quien gusta de escribir en tiempo presente. El buen Montaigne pasó a mejor vida en 1592. Mademoiselle de Gournay en 1595 publicaba la edición póstuma de

<sup>1</sup> "Ensayos", lib. III, cap. XI.

<sup>2</sup> "Al margen de los clásicos", pág. 146.

los Ensayos. Con el reparo, si necesario, en nada sufre mengua la admiración del pulcro español por el gran francés.<sup>1</sup>

Los Pirineos, esos Pirineos que preocupan a Pascal porque en pasando sobre ellos la verdad francesa se convierte en mentira española, no se oponen a ser franqueados por los Ensayos. Pero si los vemos pasar, muy de raro en raro se arriesgan, de siglo en siglo, entre dos crepúsculos...

## 6. - EN AMBAS AMERICAS

"Ha habido hombres de intuición más profunda, jamás uno con mayor abundancia de pensamientos..."

"Nuestro San Miguel de Montaigne..."

(Emerson. Representative Men).

### 1

DEJEMOS a Europa con sus errores y su vejez. Dejémosla morir de no morir a tiempo con la deseada dignidad. Empecinada, inhospitalaria, gruñona de puro caduca, nada quiere saber de vida nueva, de existencia libre, radiante y moza. Europa se confina en sí misma para mejor oprimirse y asfixiarse. Se le ha derretido la razón y no entiende de razones ajenas. Se le ha exacerbado el egoísmo, el odio, el frenesí de destrucción. Como a los ancianos, la vida le pesa, y no sabiendo qué hacer de ella, ensaya los medios para librarse con una becatombe...

<sup>1</sup> Con respecto a los lectores de Montaigne en España, recibí de Azorín una sabrosísima carta que reproduzco por su innegable valor bibliográfico: "París, 10 de diciembre de 1938. Querido Sáenz Hayes: Su libro —que será capital en su vida literaria— sabe usted que me interesa. Y me interesa, especialmente, en la parte dedicada a España. En España son muchos los autores que en el transcurso del siglo XIX han citado a Montaigne. En la prestigiosa Revista de España se publicó también, si no me es infiel la memoria, creo que no me es infiel, una semblanza de Montaigne. Montaigne no es un intruso en la patria del escéptico Sánchez. Y el mismo D. Juan Valera puede pasar por un moderno y amable Montaigne a la española. Sin contar con que Campoamor —que no confesaba sus lecturas— está impregnado del qué sé yo de Montaigne. Había reunido yo acerca de los citadores de Montaigne copiosas papeletas. Por desgracia ¡ay! se hallan en Madrid. Entre los autores a que aludo se encuentran, por ejemplo, Valera, Leopoldo Alas y D. Víctor Ordóñez, catedrático de la Universidad de Oviedo, en el prólogo de sus estudios sobre la unidad católica española. Pero la cita más peregrina es la que se hace en un diccionario del Caló. Vale la pena de que, al menos en nota, consigne usted esta curiosidad. La cubierta y la portada, que son idénticas, del libro aludido, dicen así: "Diccionario Gitano. — Primera parte. — Contiene — 1º Los gitanos y su dialecto (Noticia histórica). — 2º Epítome de gramática gitana, con la clave para la formación de las voces derivadas. — 3º Vocabulario caló-castellano con todos los significados correspondientes y muchas frases ilustradas de la acepción de las palabras dudosas. — Por — Francisco Quindalé — C'est un livre de bonne — foy, lecteur. — Montaigne. — Madrid — Oficina tipográfica del Hospicio. — 1867". "Lo que no comprendo es por qué, al proclamar el autor, con ayuda de Montaigne, el candor de la obra, se supone, implícitamente, que un diccionario gitano puede ser un libro de r. a fe. ¡Misterios de la chipén!"

Llevemos la esperanza por otros mares, hacia otras tierras.<sup>1</sup> ¿Si sentáramos nuestros reales en Canibania? ¿Por qué no? Montaigne nos amó de verdad, cuando vivíamos como Naturaleza manda, adorando el sol, desnudos sin saber nada de Adán en el Paraíso, adamas espontáneos, sin doctrina que nos revelara el no fatídico. Entonces no sabíamos decir no. Todo era sí, en el cielo como en la tierra. Montaigne nos admiraba porque le decíamos sí a la vida y sí a la muerte; porque cantábamos la dulce canción de la culebra sin sospechar que luego se convertiría en la serpiente del pecado original. Montaigne nos admiraba porque éramos ignorantes sin libros, mucho más nobles y venturosos que los ignorantes enciclopédicos. Como nada sabíamos, nos era imposible dudar. Teníamos la mente vacía, clara, serena, porque estábamos indemnes del virus de las ideas perversas y contradictorias. Éramos felices. Éramos canibales. Nos comíamos los unos a los otros y de ese modo nos asegurábamos la inmortalidad. Nuestro cuerpo jamás era pasto de gusanos. Si no se volvía sagrada llama, entraba gozoso en la sangre del piadoso enemigo con el que seguíamos triunfando y amando indefinidamente. Montaigne sufrió amargo desencanto cuando supo que los españoles nos enseñaban a leer o nos mataban sin comernos, sin inmortalizarnos como nosotros a ellos.

¿Qué ha sido de Canibania y de los canibales? Aquí están, con el nombre cambiado y más vestidos que antes. El cultor de los hombres representativos, que no es luna de Carlyle, según ha dicho Pablo Groussac, sino complemento humanizado en simpatía, comprueba que en su América del Norte el puritanismo de exportación ha ensombrecido almas y corazones. ¿Qué es lo que cabe aguardar de vidas así talladas? El puritano va par con el moralista utilitario. La moral calculada engendra el cálculo de las acciones, que resultan buenas o malas según el grado de utilidad material que reportan. De suerte que el arquetipo de hombre acabado termina siendo el que más ganancias obtiene. La vida para la ganancia excluye todo otro género de existencia. Para Emerson, esa vida conduce a la estepa moral. No sabe compartirla ni atina a concebir que los demás puedan congelarse sin el culto de los valores espirituales. El solitario, desde la humilde vivienda de Concord, lanza mensajes de idealismo que nadie escucha. ¿Qué importa si él se escucha a sí mismo y siente en lo hondo de su ser el timbre de una voz que le incita a propagar un concepto nuevo y discordante, a saber, que el hombre es más grande y más profundo cuando comprende que "sólo la cantidad de alma que posee es lo que entra en la cuenta?" Según esa cuenta, el dinero da poder, pero el poder no da grandeza moral. Para ser y sentirse verdaderamente grande hay que salir del rebaño igualitario y utilitario. Es un nuevo evangelista el que llega con Emerson. Mas no es el suyo un evangelio de renuncia, de resignada conformidad al ritmo uniforme que la sociedad impone:

"Por todas partes, la sociedad conspira contra la virilidad de cada uno de sus miembros. La sociedad viene a ser algo así como una «Compañía por acciones», cuyos individuos se conciertan —para el mayor bien de la totalidad— a fin de sacrificar la libertad y el exceso de educación de cada uno. La virtud allí más solicitada es la conformidad; mirase con aversión a los que confían en sí propios. No son las realidades, los creadores, lo que allí se estima, sino las reputaciones y las costumbres".<sup>2</sup>

Si la veneración que Emerson alienta por el no conformismo, el hombre nunca lograría superarse. El que va contra todos se eleva por encima de todos. En la galería emersoniana de no conformistas, de Platón a Goethe, figura Mon-

<sup>1</sup> Cualidades naturales que el ensayista admiraba en los canibales.

<sup>2</sup> Emerson: "Essays", Self-Reliance.

taigne. ¿Cómo nos explica la presencia del escéptico en la vecindad de espíritus afirmativos, iluminados y voluntariosos? El escepticismo de Montaigne no quebranta la voluntad: la limita, eso sí, la administra con el cálculo razonado de los riesgos. No enfria el entusiasmo, lo regula, lo madura, lo reduce a la posibilidad de los actos realizables. Fortalece la personalidad con el estudio del "yo" y de sus procesos psicológicos interiores. Somete al hombre a la única autoridad sincera e infalible: la conciencia, voz de Dios. Por eso ama Emerson a Montaigne, y le ama hasta cuando destruye las ideas recibidas, porque sabe que ésa es la condición primaria para nacer de nuevo. A su ensayo remito para que pueda apreciarse la sugestión de Montaigne en la mente de Emerson.<sup>1</sup> Refiere en esas páginas la primera lectura de los Ensayos en una descompaginada traducción de Cotton que halla, siendo niño, en la biblioteca de su padre. ¡Oh! ¡El deleite, el deslumbramiento supremo! A medida que avanza en la lectura cree ser el quien ha escrito los Ensayos en una existencia anterior:

I remember the delight and wonder in which I lived with it. It seemed to me as if I had myself written the book in some former life, so sincerely it spoke to my thought and experience.

En la apología de "nuestro San Miguel de Montaigne", Emerson trae otro recuerdo. Visitador de cementerios, en 1833 tuvo la idea de pasearse entre las tumbas del Père Lachaise. De pronto, el nombre de Montaigne saltó a los ojos. Acababa de leerlo en una inscripción así concebida:

AUGUSTE COLLIGNON

IL VECUT EN HOMME DE BIEN  
ET PUISA LA VERITE  
DANS LES "ESSAIS" DE MONTAIGNE

¡Singular destino el de Augusto Collignon! Quisiéramos saber algo de su existencia dichosa y enigmática, algo más concreto de lo poco que ha llegado hasta nosotros. Fue un modesto, sin duda. Un hombre sin ambiciones que por lo imperativas llevan a la acción múltiple y labran el imperecedero recuerdo póstumo. En el intento de individualizarlo, no logramos verle en las luchas agitados de la vida pública, orientado hacia el sensualismo del poder, fuerte ante el odio de los contrarios e inalterable ante las arremetidas de las pasiones pequeñas.

Con el acopio de observaciones sobre el buen gobierno de los hombres, Montesquieu y Rousseau, que sabían de política sin ser políticos, han tenido mucho fortuna para modelar estadistas, equilibrados el primero, funestos el segundo. Montaigne, bien que admirador de los espíritus dinámicos —recuérdense las páginas que a César le dedica—, buscaba de preferencia la superación individual, la belleza del alma al margen de los tumultos, en el recogimiento de las tareas intelectuales. Sin enseñar de expresa manera la renuncia a las luchas que la vida cotidiana depara, fluye de la doctrina por él profesada una cierta ataraxia. El buscador de dicha no ha de ballarla en los demás, sino en sí mismo. Somos un compendio del mundo y en el fondo oscuro de nuestra existencia vibra y palpita todo lo que puede apetecerse. Buscándonos nos encontraremos y al encontrarnos nos será dable convertir el fondo oscuro en

<sup>1</sup> Emerson: "Representative Men. Montaigne, the sceptic".

fuerza que reverbera a la luz solar. Es lo que enseña Montaigne: a escucharse vivir: "Escuchémonos vivir, esto es todo cuanto tenemos que hacer. Nosotros nos decimos todo lo que principalmente necesitamos; quien recuerda haberse engañado tantas y tantas veces merced a su propio juicio, ¿no es un tonto de remate al no desconfiar de él para siempre?"<sup>1</sup> Si Augusto Collignon aprendió a escucharse vivir, no será fruto de fantasía el que le veamos, imaginativamente, pasar sin prisa, con mesurados movimientos y apacible exterior, rasgos todos tres denunciadores de conciencia tranquila. Ni político, ni guerrero, ni académico, ni estéril disputador. Augusto Collignon limitó a ser algo más sagrado y útil que todo eso: un hombre libre. Los Ensayos de Montaigne procuraronle la libertad que los demás seres buscan con denuedo en ideales constituciones políticas, en inaccesibles paraísos igualitarios. Hubo de cultivar la amistad, según el maestro lo preceptúa, engrandeciendo el lento rodar de las horas con postulados socráticos y platónicos, con versos de Virgilio y Horacio, con epístolas de Séneca y pensamientos de Marco Aurelio. Y cuando el momento postrero se avecinara, una sola cosa atrevióse a encarar: el nombre del bienhechor en la lápida que cubriría sus despojos. ¡Montaigne ha salvado del olvido al dichoso Augusto Collignon!<sup>2</sup>

Miss Grace Norton sigue a Emerson en la veneración de Montaigne. Mucho se le debe a esta lectora apasionada de los Ensayos. En más de una circunstancia, a pesar de su modestia, traza rumbos precursores. En 1904 señala la influencia de Sabunde en el espíritu de su traductor francés más calificado.<sup>3</sup> Profundiza el análisis en *Studies in Montaigne*. Pasea por la época, entra en relación con los autores que más seducen a Montaigne, le sigue en sus andanzas, le averigua los gustos, los actos y amistades. En 1908, con *The Spirit of Montaigne*, procura establecer la deuda efectiva de cuantos han leído los Ensayos, desde Shakespeare y Bacon hasta nuestros días. El mismo año, con *The influence of Montaigne*, estudia las relaciones personales del moralista con sus contemporáneos y los juicios vertidos posteriormente por los más calificados representantes del pensamiento europeo. Con esa su obra fervorosa precede al profesor Villey y al erudito mister Boase. El aporte de miss Norton no es desdeñable. Sus investigaciones sirven de base a construcciones más orgánicas, sin que su material, fruto de prolongados desvelos, deje de aprovecharse. Villey no puede pasarse sin el léxico de Montaigne preparado por miss Norton.<sup>4</sup> En el prólogo al tomo quinto de la edición municipal de Burdeos, dedicado íntegramente al léxico de los Ensayos, Villey rinde tributo de gratitud a su ejemplar colaboradora:

J'ai souvent parlé de Miss Grace Norton aux amis de Montaigne. Ils connaissent ses études d'une érudition solide et sobre. Le culte de cette étrangère pour les "Essais", trois siècles après le temps pour lequel ils ont été composés, à plus de six mille kilomètres de la Gascogne, n'est-ce pas un bien frappant témoignage de l'universalité de la pensée de Montaigne? Elle les découvrit vers la cinquantaine. Dès lors aucun jour ne passait qu'elle ne lût quelques pages de son livre de chevet. Elle avait plus de soixante-dix ans lors-

<sup>1</sup> "Ensayos", lib. III, cap. XIII.

<sup>2</sup> Augusto Collignon murió el 15 de abril de 1830. Fue secretario general del Ministerio de Guerra en 1800, en tiempos del gran Carnot.

<sup>3</sup> Grace Norton: "Early writings of Montaigne".

<sup>4</sup> Tomo V de la "Edición municipal de los «Ensayos»" (Burdeos, 1933).

que le désir de pénétrer plus intimement la pensée de Montaigne l'avait conduite à entreprendre un inventaire complet de sa langue.

Miss Grace Norton acompañóse de los Ensayos hasta el ocaso de su existencia. Consagrada a Montaigne, murió a los noventa y dos años. Por donde el doctor Armaingaud, fallecido a igual edad, no andaba del todo descaminado con aquella su teoría moral destinada a prolongar la vida...

"No vacilo en atribuirle a Montaigne la capacidad de hacer no sólo más dulce y agradable la vida, sino también de prolongarla notablemente más de lo que pudo ser sin el contacto permanente de ese espíritu tan ponderado, de ese verdadero regulador de la vida moral y, como consecuencia de ello, de la vida física".<sup>1</sup>

## 2

Arriesguemos una excursión por el sur del continente americano, el que menos se conoce en Europa. Es más pobre en dineros que el norte; pero es más rico en inquietudes. No sabemos vivir en paz, es verdad. Las espadas salen prontamente de las vainas. Pero, ¿quiénes son los que viven pacíficamente en este mundo de espíritus avolcanados? No hay tierras edénicas bajo el sol. En todos los climas el hombre vive en estado de guerra con el hombre. Pesa y fatiga la paz; no es bondad, ni es civilización. Cuando los americanos del sur se fatigan de guerrear con ellos mismos, cogen un libro moderador para que les haga tolerable el ocio de las horas desarmadas. Me place el ejemplo de don Francisco de Miranda, caballero andante de la libertad, precursor de la independencia de veinte naciones hermanas y discolas, y cuyo nombre está en París en lo alto del Arco de Triunfo. Este máximo aventurero, que amó los peligros de la vida con no igualada intensidad, tenía tiempo para leer toda suerte de libros. Acabo de poner los ojos en el catálogo de su biblioteca ambulante. No era un simple devorador de páginas impresas. Miranda tenía humos de crítico literario, inocultables en el prolijo diario que de sus andanzas llevaba. Advierte hoy que en el *Gil Blas* —al que llama *Poema*, con mayúscula— "el climax está mejor observado que en el de *Don Quijote*". Juzga a Juan Jacobo: "Leiendo las Confesiones, de Rousseau, que sin ser un libro bien escrito, es original y no contribuye poco a hacernos conocer el interior del corazón humano —¿pr. qué no avría io leído antes este libro?— a Made. Warens quanto nos enseña a Conosér las mujeres!"<sup>2</sup> El gran don Francisco desvaría y piensa y escribe como un colegial venezolano. Pero lee, lee furiosamente, un curso de Física, los amores de Dafnis y Cloe, la vida de Espinosa, la Historia del arte antiguo, de Winckelman; el arte militar de los turcos, la fabricación de porcelana chinesca, los Caracteres de La Bruyère, y L'Esprit de Montaigne, esto es, una quintaesencia de los Ensayos.<sup>3</sup> No sé si para Miranda dormitaba Montaigne, como Rousseau, al escribir...

Intenso eco de simpatía provoca Montaigne en el Ecuador. Sí, en ese país pequeño, cálido, tormentoso y a la vez severo y digno del escenario cordillerano que lo circunda —la tierra resuena en el espíritu, porque ella, como

<sup>1</sup> Doctor Armaingaud: "Estudio preliminar a la edición de los «Ensayos» (Louis Conard, París, 1924). — Ricardo Sáenz Hayes: "El doctor Armaingaud o El arte de prolongar la vida" (en "La Prensa", de Buenos Aires, 2 de octubre de 1932).

<sup>2</sup> Archivo del general Miranda, t. III, págs. 276, 277 y 278.

Miranda, *op. cit.*, t. VII, pág. 175.

madre, alumbrada y nutre al vástago etéreo —, nace uno de los escritores más encumbrados de Hispano-América. Juan Montalvo se llama. Desde hora temprana el hábito de Montaigne vaguea en las páginas de El Cosmopolita. El hombre que ha vivido densa experiencia tiende la mano al que empieza a vivirla con profundas intuiciones. El libelista que redacta las inflamadas páginas de El Espectador, vierte sobre los Ensayos un juicio en sazón. Es el libro que por entonces más hermana con su naturaleza de muy variados y ricos matices. No es disciplina, ni método, ni recato, lo que Montaigne busca para expresar su emotividad, que puja y rebasa:

"En los Ensayos de Montaigne nada hay seguido; ésa es cadena de oro sin eslabones, cadena larga y resonante, de la cual están sacando joyas los beneficiadores del espíritu, sin que se gaste jamás: la filosofía, la moral, la historia, no se gastan; y la belleza es longeva que se burla de los siglos. Egotista desafiado, ese gascón sin escrúpulos pasa con admirable desparpajo de la historia romana a sus enfermedades personales, de la cumbre del Parnaso a las ocurrencias de su casa. La esencia de esos libros es, no solamente sana, sino también saludable; quiero decir que no solamente no perjudica, sino también aprovecha".<sup>1</sup>

No sólo le hace su modelo. Quisiera introducirlo en el fervor de sus contemporáneos como elemento de salud moral. En el sentir de Montalvo, hace falta el educador deleitoso, el maestro ecuaníme sin severidad, el oxigenador de las pasiones desarregladas. El optimista que cree en la acción purificadora de la cultura, lamenta que un Addison o un Montaigne no inspiren las hojas impresas en el Ecuador:

"Si en vez de estos papelones de hoy que se llaman periódicos; estas sábanas de Gargantúa llenas de manchas y costuras mal hechas, tuviésemos una hojita diaria de Addison o un ensayo de Miguel de Montaigne, menos cabezas se rompieran y menos honras se empañaran".<sup>2</sup>

Montaigne alimenta los dones de Montalvo sin desviarlos ni desnaturalizarlos; le dilata el horizonte a igual que los pulmones. Lo que más acrecienta es el venero egotista, la conciencia del yo, rotunda en el ecuatoriano:

"Este egotista desafiado no para hasta no hacernos saber cuántas veces al día echa aguas, y sus aprensiones respecto de la piedra que imagina tener en la vejiga. Y, quién lo creyera, los Ensayos de Montaigne son una de las obras más excelentes y agradables que podemos haber a las manos; de esas obras que nos hacen olvidar comida, sueño, barba, y nos instruyen tanto cuanto nos deleitan. Por eso han dicho que el que ha leído a Plutarco, Séneca y Montaigne puede hacer de cuenta que ha leído cuanto bueno hay que leer en el mundo".<sup>3</sup>

El yo soberbio de Montalvo se aleja en demasía del yo cándido, suave, limado de agresivas puntas que caracteriza al de Montaigne. He dicho que el perigordano nutre la savia de Montalvo sin desnaturalizarla, dándole el vino que puede beber, procurándole los alimentos que puede asimilar. Montalvo asimila lo mejor, el género, el ensayo errabundo que él llama "tratado", la cadena de oro sin eslabones que ha menester su pensamiento en perpetua rebelión. Montaigne no le da lo que Montalvo no puede aceptar: la duda, el reposo, el examen de los riesgos. El tratadista no duda, afirma como el hombre de acción; no percibe el aspecto cambiante de las cosas, no capta el rumor contradictorio de las ideas, no escucha el bullente dualismo de los espíritus. Es unilateral, limitado, absoluto, porque es soberbio. Para Montalvo, "el que

<sup>1</sup> J. Montalvo: "El Espectador", pág. 3 (París, s/f.).

<sup>2</sup> J. Montalvo, *op. cit.*, pág. 4.

<sup>3</sup> J. Montalvo: "Siete tratados", t. II "Del genio".

no tiene algo de Don Quijote no merece el aprecio ni el cariño de sus semejantes". Ese es Montalvo: un hidalgo de los de lanza en astillero. Montaigne es lo contrario. Hidalgo como el que más, piensa que las lanzas, un día por él usadas como soldado y gascón, en ningún lugar descansan mejor que en el discreto astillero...<sup>1</sup>

Al gran prosista de América le sigue un gran poeta: Rubén Darío. En la composición dedicada a la muerte de Rafael Núñez, el exquisito nicaragüense de alma y gustos cosmopolitas, echa mano del ¿que sais-je? (Cantos de vida y esperanza, II, 2). ¿Qué es lo que desea expresar con estos versos de corte simbolista?:

El pensador llegó a la barca negra;  
Y le vieron hundirse  
En las brumas del lago del Misterio  
Los ojos de los Cisnes.

Para un pensador, el hundirse en las brumas de ese lago ha de ser como naufragar en la duda más desconcertante. Mas si el pensador tiene la fortuna de ser poeta, la barca negra saldrá de las brumas y navegará hacia la ciudad teológica, donde vive la sempiterna Paz. Una vez en la suspirada costa, el Espíritu se inunda de suma gracia. Entonces hay que proclamar ese momento de dicha suprema:

Y ¡oh Montaigne! Núñez vio la cruz erguirse,  
Y halló al pie de la sacra Vencedora  
El helado cadáver de la Esfinge.

Parecería que Rubén interpreta el ¿que sais-je? como la invencible angustia de los que en vano formulan interrogantes sobre los misterios de ultratumba. Nada de eso significa la perplejidad en materia filosófica. Si Montaigne de algo vacila y duda es de la humana razón, siempre débil y cambiante. Pero sobre la razón confusa y múltiple de los hombres impera la razón divina, la fe que sólo se alcanza cuando la bondad de Dios se digna reparar en

<sup>1</sup> Don Juan Valera es en extremo severo con Montalvo cuando le juzga de este modo: "En mi sentir, el exquisito refinamiento de la cultura y el hondo y originalísimo espíritu de D. Juan Montalvo le perjudicaron y le extraviaron moviéndole a ir por caminos que él creía no trillados nunca. Con este prurito de singularizarse hubo de coincidir su empeño, no ya de imitar, sino de completar la obra de los dos escritores más geniales e inspirados que en los siglos XVI y XVII hubo en Francia y en España. Se diría que Montalvo se empeñó en renovar en su alma el pensamiento del señor de Montaigne y de Miguel de Cervantes, y de discurrir y escribir como ambos hubieran escrito en el siglo XIX. De aquí «Los siete tratados» y «Capítulos que se le olvidaron a Cervantes, ensayo de imitación de un libro inimitable». En verdad, yo no sé qué pensar ni qué decir sobre estas obras de Montalvo, rarísimas ambas, o sea todo lo contrario de vulgares. Dejo en suspenso mi juicio". Esto de suspender el juicio es digno de Montaigne. Pero es una manera de decir, pues a hoja vuelta, Valera concreta el juicio: "Lo único que yo por ahora me atrevo a afirmar, aunque con cierta timidez, es que Montalvo, lejos de parecerse, es todo lo contrario de Montaigne y de Cervantes". "Nada más natural ni más sencillo que los dos antiguos escritores. Corre el estilo de ellos como las ondas frescas y claras de apacible arroyo cristalino, mientras que el estilo de Montalvo parece la refinada quintaesencia de todo su saber propio y adquirido, pasando luego por alquitara". "Ecos Argentinos", t. I, págs. 347 y 348 (Madrid, 1901).



nosotros y alumbrarnos. En esto consiste el famoso fideísmo, especie de escudo con el cual la fe se resguarda de los violentos ataques de la duda. En llegando a un tal estado de serenidad interior, Montaigne deja de pensar en la muerte con la insistencia de aquellos tiempos en los que filosofar era prepararse a morir...

De cualquiera suerte, es Rubén quien busca alivio y consuelo en la sacra Vencedora para alejar y vencer el terror de los terrenos que le amengua la dicha de vivir. Muy llanamente nos lo dice: "Ciertamente, en mí existe, desde los comienzos de mi vida, la profunda preocupación del fin de la existencia, el terror a lo ignorado, el pavor de la tumba, o, más bien, del instante en que cesa el corazón su ininterrumpida tarea y la vida desaparece de nuestro cuerpo". Nada de esto tiene la menor relación con el ¿que sais-je? del perigordano. Tampoco sabemos, faltos de pruebas, si leyó con recogida atención los tres libros de los Ensayos. Una página hoy y mañana otra, sin continuidad ni método, como al propio Montaigne le placía revisar los libros, es de creerlo, pero sin ningún provecho en lo que toca a la doctrina moral que atempera y renueva. Rubén no aprende a vivir en paz consigo mismo. "En mi desolación —confiesa— me he lanzado a Dios como a un refugio, me he asido de la plegaria como de un paracaídas... Todas las filosofías me han parecido impotentes y algunas abominables y obra de locos y malhechores. En cambio, desde Marco Aurelio hasta Bergson, he saludado con gratitud a los que dan alas, tranquilidad, vuelos apacibles y enseñan a comprender de la mejor manera posible el enigma de nuestra existencia sobre la tierra".<sup>1</sup>

Dice bien. En lo que va de Marco Aurelio a Bergson, Montaigne tiene jerarquía de preceptor moral y da alas a quien se las pide y tranquilidad a quien le frecuenta y escucha con amor. Si al ensayista no le asiste la fortuna de curar la desolación del poeta atribulado, en cambio le procura armas para que defienda su obra de la incomprensión que presume en su tiempo. Es lo que vemos en las Dilucidaciones con que abre, a manera de prólogo, El canto errante: "Como excelentemente lo dice el señor de Montaigne: nous avons bien plus de poètes que de juges et interprètes de poésie; il est plus aisé de la faire que de la connaître". Y agrega: "A certaine mesure basse, on la peut juger par les préceptes et par art: mais la bonne, la suprême, la divine, est au-dessus des règles et de la raison".<sup>2</sup>

La conclusión es de rigor: como en España y en América "no es frecuentemente servida la divina, la buena, la suprema, se usa, por lo general, la mesure basse". Esta vez, como siempre, la modestia del nicaragüense "es más alta que Osa sobre Pelión".

Como América es tierra fértil en egotistas —¿qué es el más omnimodo caudillo sino el amador de su imagen?—, acaso demos con otros lectores de Montaigne. ¿Quién lee a Montaigne en mi tierra Argentina? Los próceres siguen otros rumbos ideológicos. Alucinados están con los Enciclopedistas y los pensadores de la centuria anterior. El que no prologa a Rousseau, como Moreno, lee a Jovellanos y a Bentham, como Rivadavia. La generación de 1830 es saintsimoniana y romántica. Los de la Asociación de Mayo admiran, en punto a bellas letras, a Byron y Chateaubriand; en literatura política, a Lermínier y Leroux. Alberdi cultiva con amor y provecho a Montesquieu. La emi-

<sup>1</sup> Rubén Darío: "Historia de mis libros", parte final.

<sup>2</sup> "Ensayos", lib. I, cap. XXXVII. El texto del ejemplar de Burdeos dice: "mais la bonne", "l'excessive", "la divine", etc. Con lo que se demuestra que Darío leyó la edición de Mlle. de Gournay que suaviza y enmienda el texto según los casos.

gración y el dolor rematan la experiencia y ensanchan la especulación mental de los proscritos.

No es posible olvidar a Echeverría, el incitador por excelencia y el maestro de todos. En Mefistófeles, "drama joco-serio, satírico-político", vincula a Montaigne con la melancolía: "La melancolía es sabrosa, dijo el escéptico Montaigne, y yo puedo asegurar que ella vierte a veces en el ánimo una especie de indefinible deleitación..."

Juan María Gutiérrez, el crítico por antonomasia, recurre a Montaigne como quien busca oxígeno para desintoxicarse:

"Cuando uno se encuentra «atabacado» de lecturas modernas, siente la necesidad de entrar las narices y las fauces en un ambiente fresco, y entonces no le hallamos sino en algunos de esos inspirados que se llaman Homero, Platón, Virgilio, Tácito, Montaigne, Cervantes... El pulmón moral se dilata en esa atmósfera".<sup>1</sup>

Entre las víctimas de la tiranía hay una que resalta y domina con su egotismo: Sarmiento. Este hombre extraordinario, gloria nuestra, es un producto paradójico: se parece a su tiempo y se eleva sobre él a considerable altura. Menéndez y Pelayo ha sido severo y justo a la vez con Sarmiento, cuyas obras "adolecían de todos los defectos inherentes a su educación vagabunda y desordenada, y a lo cerril e indómito de sus tendencias nativas, las cuales le arrastraban a ser una especie de gaucho de la república de las letras, intemperante, desmandado y sin freno... nada".<sup>2</sup> El gaucho civilizador se define un día así: "ignorante por principios, ignorante por convicción". Elógiase en tal caso porque la verdadera ignorancia es la que se ignora a sí misma. La prueba de que no abriga esos principios ni esa convicción nos la da el desencanto con que escucha la diatriba de cierto contrincante apasionado. Que lo diga él está bien; pero no tolera que se lo recriminen; entonces invoca ingenuamente sus bibliotecas, que "contienen cuatro grandes estantes de libros ingleses y cuatro enormes de franceses".<sup>3</sup> Tal vez en esa "enorme" estantería dormitó largo tiempo un polvoroso ejemplar de los Ensayos, en buena hora leídos o de prisa hojeados para extraer la sentencia con la cual ha de justificar el móvil que le mueve a evocar el pasado provinciano. En ese libro, el más feliz y sincero de los suyos, precisamente porque discurre sobre lo que más admira: su personalidad, estampó dos epígrafes: el primero es de Shakespeare por boca de Hamlet: "Es éste un cuento que, con aspavientos y gritos, refiere un loco, y que no significa nada". En lo último no cree. Sin la certidumbre de lo mucho que significan sus Recuerdos de provincia, no los habría escrito, de seguro. El segundo epígrafe es de Montaigne y le viene de perlas:

"Decir de sí menos de lo que hay, es necedad y no modestia; tenerse en menos de lo que uno vale, es cobardía y pusilanimidad, según Aristóteles".

No menciona el libro ni el capítulo. ¿Lo hace de memoria? Acudamos al original para apreciar las habilidades de Sarmiento como traductor:

De dire moins de soy qu'il n'y a, c'est sottise, non modestie. Se payer de moins qu'on ne vaut, c'est lascheté et pusillanimité, selon Aristote.<sup>4</sup>

En los cincuenta y un volúmenes de su obra tan desigual como selvática

<sup>1</sup> J. M. Gutiérrez: "Epistolario", p. 125, Buenos Aires, 1942. Carta a Bartolomé Mitre fechada en 1871.

<sup>2</sup> M. Menéndez y Pelayo: "Antología de poetas hispano-americanos", t. IV, pág. LXXXII.

<sup>3</sup> D. F. Sarmiento: "Obras completas", t. XLVIII.

<sup>4</sup> "Ensayos", lib. II, cap. VI.

—¡qué bien se reducen a unos pocos los que pueden leerse sin fatiga!— cita Sarmiento a Montaigne tres o cuatro veces más, si no me falla la cuenta, con los acostumbrados adjetivos: el grande o el ilustre. ¿Y para qué mencionar más si no había menester de torre para recluirse? El dinamismo desconcertante de su espíritu, su pasión y repasión, la urgencia de hacer las cosas aun a riesgo de hacerlas mal —suya es la consigna— sepultarian en los cuatro "enormes" estantes ese breviario de quien pregona la tolerancia y el hacer las cosas bien o no hacerlas.

Si Pascal amó a Montaigne y no atinó a pasarse sin él ni cuando dijo que le repugnaba, por demás comprendo que el fervoroso José Manuel Estrada participe de la misma perdurable fascinación. Creo que Estrada es el argentino que más se apasiona por el perigordano en el siglo XIX. A su pluma se le debe, en página titulada El Quijote y el quijotismo, un vibrante paralelo entre Montaigne y Cervantes:

"Casi juntamente se levantaban hace más de doscientos años divididos por los Pirineos, dos seres privilegiados, cuya aureola gloriosa aumenta cada día a vista de la posteridad, engrandecida por el mágico lente que aplican los tiempos a los caracteres y a los hechos".

En seguida dibuja el perfil de sus amados personajes. Alude a la torre de Montaigne y afirma:

"Allí fue vertiendo en páginas eternamente frescas y eternamente bellas las alegrías y todas las lágrimas de su alma, arrancadas por la virtud y por el vicio que analizaba con precisión genial. No le quedó un repliegue del corazón por desdoblar, y bien pudo al lanzar sobre la época atónita aquella concepción inesperada, decir a la faz del mundo contemporáneo: he retratado aquí el alma de la humanidad: ¡Ecce homo! El espíritu de Miguel Montaigne fue uno de esos crisoles vivos que se complace la Providencia en depararnos para aquilatar el mérito de los hombres... Sus inmortales Ensayos son y serán, mientras su lengua no desaparezca, una lectura sabrosa y sólida. Allí está el corazón de todos nosotros, porque el hombre es siempre el hombre".

Con agudeza Estrada establece la diferencia entre los dos genios. Cervantes, "moralista de distinto temple que Montaigne, guarda en sus relaciones con éste una diferencia análoga a la que cien años más tarde guardaban entre sí Le Sage y La Bruyère. Montaigne tomó el corazón del hombre en conjunto, al revés de Cervantes que se apoderó de un tipo vivo y real que encontraba en todas partes".<sup>1</sup>

Busco con empeño la huella de Montaigne en otros argentinos:

Si de todos aquí mención no hago,  
No culpen la intención sino la mano.

No han de ser muchos, sin embargo, los involuntariamente preteridos. Avellaneda, hombre tan dulce, lee de preferencia a Sainte Beuve, alma tan amarga. ¿Qué me depara Lucio Mansilla, el escritor más parlero de su generación? Este charlista con la pluma entre los dedos era un lector empedernido. Montaigne no podría faltar, siquiera fuese de pasada, en el desorden de autores que desfilan por sus páginas ligeras. En las Memorias de infancia y mocedad, especie de gacetilla social de su tiempo, se defiende de los maliciosos con este toque de atención:

"No me acusaré como Montaigne de tener todos los vicios, ni diré que

<sup>1</sup> Estrada. En el volumen titulado "La Iglesia y el Estado y otros ensayos políticos y de crítica literaria" (Buenos Aires, s/f.).

si tengo alguna virtud me ha venido a hurtadillas, ni que no hay hombre bajo las estrellas que no haya merecido cinco o seis veces la horca".<sup>1</sup>

La primera afirmación es inexacta. Si algo confiesa Montaigne es lo contrario: su naturaleza refractaria a los vicios, por lo cual estima mediocrementemente sus virtudes ingénitas. En lo que sigue, no traiciona Mansilla. Mas he aquí que en tierra argentina encuentra a un caballero que le recuerda al gascón: es el señor "don Domingo de Oro... , aquel hombre complejo, que era un escéptico a lo Montaigne, lleno de idealidades..."<sup>2</sup> En fin, sé que mi General le da entrada a los Ensayos en su cuarta biblioteca: "Recorri mi biblioteca, que he vuelto a formar por cuarta vez; ya les contaré a ustedes por qué tres veces he repudiado los libros, quedándome con sólo una docena de conocidos: Cervantes y Goethe, Shakespeare y Molière, Montaigne y Voltaire".<sup>3</sup>

La pasión de Miguel Cané es Shakespeare, de quien traduce el Enrique IV. Pero como su buen compañero Martín García Mérou, no logra desprenderse de los escritores franceses del siglo XIX. Cané cita a Montaigne de segunda mano, gracias al socorro de Emerson. Su primer trabajo literario se titula Ensayos, título ambicioso, pues que sólo se trata de artículos o meros relatos juveniles. Es en ese libro donde Cané arriesga la cita:

"Emerson dice, hablando de Montaigne, que el estilo del noble escéptico parece un trozo de carne viva de la que chorrea sangre".<sup>4</sup>

En lo mejor de los años, la memoria flaquea. Hablando del estilo de Montaigne, Emerson escribe: It is the language of conversation transferred to a book. Cut these words, and they would bleed; they are vascular and alive.<sup>5</sup>

Huelga el trozo de carne. Emerson invita a cortar las palabras para que la sangre brote, tan vasculares y vivientes son. Con igual indiferencia Cané recuerda a Montaigne en Charlas literarias y en Prosa ligera.

Demostraríase que el siglo XVI francés, quizá por el arcaísmo de la lengua, no ha interesado a los escritores de mi país. En La Educación, Carlos Octavio Bunge refiere de modo somero la educación de Gargantúa. Entre los libros con que "le atiborraban la memoria", menciona los tres que siguen: La cosmografía del Purgatorio, El deshollinador de Astrología, Los guisantes con tocino y Comentarios... Bunge confunde a Gargantúa con Pantagruel, es decir, al padre con el hijo. Las tres obras que menciona figuran en la nutrida lista que Rabelais cita en el libro II, capítulo VII: "De cómo Pantagruel vino a París y de los hermosos libros de la librería de San Víctor". Si Bunge hubiera puesto los ojos en el capítulo que sigue: "De cómo Pantagruel estando en París recibió una carta de su padre Gargantúa", habría encontrado, con el sistema pedagógico rabelésiano, las obras que el padre aconseja leer de preferencia: Plutarco, Platón, Pausanias, etc. Véase ahora lo que Bunge piensa de Montaigne pedagogo: "Montaigne tiene su rumbo fijo; es uno de los más altos representantes de la reacción, y no deja de especificarla también en ideas pedagógicas, que se hallan diseminadas en sus escritos, principalmente en los "Ensayos". La frase no deja lugar a dudas. Montaigne sería autor de otros libros o escritos, además de los Ensayos. Con lo cual denuncia Bunge que no domina ni "su" Rabelais ni "su" Montaigne.<sup>6</sup>

<sup>1</sup> L. V. Mansilla: "Memorias", pág. 78 (París, s/f.).

<sup>2</sup> L. V. Mansilla, op. cit., pág. 3 (París, s/f.).

<sup>3</sup> L. V. Mansilla: "Entre nos", t. II, pág. 251 (Buenos Aires, 1930).

<sup>4</sup> M. Cané: "Ensayos", pág. 187 (Buenos Aires, 1919).

<sup>5</sup> Emerson: "Representative men".

<sup>6</sup> C. O. Bunge: "La Educación. Tratado general de Pedagogía", t. I, pág. 102 (Buenos Aires, s/f.).

Más fortuna han tenido los Ensayos con José Ingenieros. Recuerdo el entusiasmo tan expansivo, tan meridional, tan suyo, con que me comunicó la emoción que le produjo esa lectura. Era en los días en que Ingenieros preparaba *El hombre mediocre*, la menos científica de sus obras. Y de no haberlo sabido de sus labios, el libro se habría encargado de revelármelo. Veamos cómo cita a Montaigne:

"La desigualdad humana no es un descubrimiento moderno. Plutarco escribió, ha siglos, que "los animales de una misma especie difieren menos entre sí que unos hombres de otros".<sup>1</sup> Montaigne suscribió esa opinión: "Hay más distancia entre tal y tal hombre, que entre tal hombre y tal bestia: es decir, que el más excelente animal está más próximo del hombre más inteligente, que este último de otro hombre grande y excelente". (Ensayos, lib. I, cap. XLII).<sup>2</sup>

Las tres últimas líneas sobran. Son extrañas al texto de Montaigne. Tan abundoso es el huerto por donde decide solazarse, que no resiste a la tentación de abastecerse, ora en conceptos, ora en latina erudición. Aunque se trate de un lugar común —porque Montaigne es con frecuencia el hombre de los grandes lugares comunes remozados y embellecidos—, Ingenieros extiende el brazo y coge la flor o el fruto que apetece:

"Sin conocer la histología de los centros nerviosos<sup>3</sup>, observó que la ciencia y la experiencia pueden crecer andando la vida, pero la vivacidad, la prontitud, la firmeza, y otras loables cualidades se marchitan y languidecen al sobrevenir la vejez:

Ubi jam validis quassatum est viribus aevi  
corpus, et obtusis ceciderunt viribus artus,  
claudicat ingenium, delirat linguaque mensque".<sup>4</sup>

En esta transcripción, lo único que pertenece a Ingenieros es la frase "sin conocer la histología de los centros nerviosos, Lucrecio observó que". Lo que sigue es cosecha de Montaigne y es Montaigne y no Lucrecio quien observa que "la ciencia y la experiencia pueden crecer andando la vida". Los tres versos de Lucrecio también los trae a cuento Montaigne para mejor refuerzo y ornamento de su disquisición sobre las cualidades que languidecen en la vejez.

En las reminiscencias angustiadas de lo que para él fue destierro del alma y el cuerpo, Pablo Groussac descubre confortantes lenitivos en los Ensayos. Las nostalgias se suavizan al contacto de aquella alma rica en contrastes y opulenta en substancia humana. Montaigne también conoce, aun en el terruño, la sensación de atmósfera enrarecida, de cielo bajo que oprime, de ansiedad inexplicable, pero logra poner a raya las desazones. Nada de cuanto le falta llega a sentirlo cuando se refugia en el señorío de su fantasía. Espacio ilimitado, mundo sin fronteras, antigüedad volcada en lo presente, presente abierto a lo pasado, son sus conquistas ideales. Groussac ama en Montaigne las pláticas de hombre libre y le ama y defiende contra las acritudes de Pascal, enfermo de infinito. ¿Por qué ha de ser odioso el "yo" cuando se le usa con naturalidad, "sin afectación ni disimulo?"

"Así, en todo caso, lo gustaba ese delicioso Montaigne, contra cuyo escepticismo peligroso y seductor procuraba vanamente atiesarse, con indignación

<sup>1</sup> Obras Morales, vol. 3.

<sup>2</sup> J. Ingenieros: "El hombre mediocre", págs. 46-47 (Madrid, 1913).

<sup>3</sup> J. Ingenieros, *op. cit.*, págs. 228-229.

<sup>4</sup> Lucrecio (t. III, pág. 452).

más aparente que real, su austero crítico, llamando en su auxilio al rígido jansenismo para combatir "esas razones del corazón, que la razón no alcanza a conocer".<sup>1</sup>

En la ribera opuesta del Plata están los dominios de José Enrique Rodó. Mucho le debe la juventud de América a quien supo, bajo la advocación de Ariel, abrir surcos de idealismo en el gran continente materialista. El mito de Proteo le permitió tratar por medio de parábolas, como en el Evangelio, el problema moral de todos los tiempos: reformarse es vivir, vivir es reformarse. El optimismo de Rodó, por demás extraño en hombre de suyo triste y hurao —así ordenó Proteo el destino de su apologista—, no penetra en el escepticismo reformador de Montaigne. A las veces me asalta la presunción de que no ha franqueado la verja que circunda los dominios del ensayista. Alejo la sospecha irreverente y acepto como posible que si llega hasta la vetusta escalera de la torre, no va más allá del primer peldaño. ¿Por qué? Acaso temiera toparse con otro caballero abrumado de tristeza, si bien no triste de optimismo como él. El hecho es que Rodó ve en Montaigne a un señor sepultado en vida:

"Tal vez el solo espíritu comprensivo y curioso que haya mirado con desvío el placer de viajar es Montaigne; pero en este amable escéptico la vocación sedentaria fue, sin duda, más que rasgo de su naturaleza, persuasión de la enfermedad que le movía a horror por la agitación y afán de los viajes".<sup>2</sup>

¿En qué capítulo de los Ensayos ha madurado Rodó ese concepto que riñe con las disquisiciones sobre los viajes? Montaigne aconseja los viajes como seguro aliciente educador y formativo del carácter. Según le vimos, fue cumplido e infatigable viajero por tierras de Francia, Alemania, Suiza e Italia, con grande gozo y provecho de su curiosidad. Rodó olvida las evasiones de su "enfermo", los recuerdos y andanzas que perfuman las páginas de los Ensayos y, desde luego, parece ignorar el documento máximo: el Journal de voyage. Es posible que Rodó leyera, sin pasar adelante ni volver atrás, el capítulo que trata de la soledad. Allí pregona Montaigne el estar en casa sosegado:

"Mayor mal que bien se procura al enfermo haciéndole cambiar de lugar; el mal se comprime con el movimiento, como la estaca se introduce más en la tierra cuanto más se la empuja".<sup>3</sup>

Dictóle Proteo ese día la sentencia quietista que se acaba de leer. Pero en un capítulo anterior, en el que dilucida el problema de la educación, Proteo le incita a la frecuentación del mundo y a tratar con los hombres "porque vivimos como encerrados en nosotros mismos" y "porque nuestra vida no alcanza más allá de nuestras narices".<sup>4</sup> Y siempre Proteo, símbolo de lo que somos en perpetuo devenir, le mueve a transitar, lejos de los suyos, por espacio de dieciocho meses.<sup>5</sup>

En mala hora el optimista quedóse en el primer peldaño. De haber trepado la escalerilla penumbrosa, habría encontrado en Montaigne lo que más se asemeja a Proteo: la encarnación acabada del "yo" mudable, ondeante, diverso, multicolor y multiforme en el vagar por la vida, rumbo a la muerte...

<sup>1</sup> Paul Groussac: "Los que pasaban". Prefacio (Buenos Aires, 1919).

<sup>2</sup> J. E. Rodó: "Motivos de Proteo", pág. 265 (Montevideo, 1909).

<sup>3</sup> "Ensayos", lib. I, cap. XXXVIII.

<sup>4</sup> "Ensayos", lib. I, cap. XXV.

<sup>5</sup> "Ensayos", lib. III, cap. IX.

\*  
\* \*

Nuestro vagar por la selva de los Ensayos también tiene su hora postrera. Aquí termina. Dirán... No dirán... ¿Que sais-jé? Acaso arguyan que no es de recomendar un autor de lengua arcaica y forastera. El continente americano, merced al trasiego cosmopolita, sabe de todas las hablas; envidiable destino que le predispone, con ventaja sobre los demás pueblos, a valorar sin cortedad el pensamiento universal. Y aun sin esa aptitud y sin tamaño privilegio de asir la llave simbólica de Babel, tampoco han menester las ideas de un solo idioma para fecundar la mente humana. Paséanse ellas con múltiples y vistosos arreos, y expresan la concepción originaria mudando de formas en peregrino y variado remozamiento. Siempre nuevas, con aire de recién nacidas, es lo único que no fenecer con las lenguas pretéritas ni con los moldes en que fueron alumbradas. ¿Cómo han de extinguirse si son la envoltura de estados emocionales inmutables? ¿De cuándo acá es añejo el amor, y la congoja, y el odio, y la codicia, y la traición, y el apetito de mando, y la guerra de todos contra todos? ¿Son añejos la muerte y el temor de morir? Ideas... Tanto monta decir sentimientos, porque éstos son la raigambre de aquéllas. El sentir es un pensar callado y el pensar es una manera de sentir con voces expresivas y cabales.

El pensador que saludó con alborozo el descubrimiento del Nuevo Mundo, como el amanecer de una civilización destinada a sobrepujar la del que corría a hundirse en la sombra, merece el predicamento que aún no se le dispensa en sus soñadas comarcas. De los primeros fue en amparar nuestro derecho a la existencia venturosa. Y vislumbrando el futuro de América, nos quiso superiores, en dicha y en bondad, a la miseria del hombre universal que muestra en los Ensayos en el trance de mostrarse a sí mismo. Pero, ¿hasta dónde podremos aventajar lo europeo sin salirnos de la órbita del bien y del mal y de lo humanamente perfectible? La bondad y la dicha son frutos divinos, inspiraciones inefables de la gracia de Dios, luz, columna y muralla del espíritu...

## RESEÑA BIOGRAFICA

La biografía de Miguel de Montaigne es muy breve y puede referirse en pocas páginas. Débese ello al género de su vida retirada y estudiosa. Amante de la tranquilidad en un siglo de sangre y de convulsiones internas en extremo graves —guerras de religión, noche de San Bartolomé, guerras civiles con finalidades dinásticas, asesinatos de Enrique de Guisa y de Enrique III de Valois—, busca en su torre la soledad que no es dable hallar en las ciudades y mucho menos en París. Es allí donde escribe los famosos Ensayos que lo immortalizan, y es en esa obra, cuyo tema principal es él mismo, donde halla el lector las características de su personalidad intelectual y los pormenores de la existencia de este hombre tranquilo y trabajado por escasas ambiciones.

"Nací, escribe Montaigne, entre las once y las doce del último día de febrero de 1533, tal como contamos ahora que el año comienza en enero". Refiérese al ordenamiento de Carlos IX en virtud del cual sólo desde 1565 empezó a contarse en Francia el año desde el 1º de enero, en vez de contarlo desde el 1º de marzo. El verdadero patronímico es Eyquem. Montaigne es el nombre del castillo de su nacimiento y el de las tierras situadas a unos sesenta kilómetros de Burdeos. Por el apellido Eyquem han creído algunos que el moralista francés tuvo ascendientes ingleses, y también él lo da a entender. Lo averiguado es que desciende de humilde progenie perigordana, aunque enriquecida y ennoblecida en las postrimerías del siglo xv. El bisabuelo, Ramón Eyquem, echó los cimientos de la fortuna con el comercio de vinos, de glasto y de salazones. El abuelo, Grimón, adquirió las tierras mencionadas en el cantón de Vélines, sobre los confines de los departamentos de la Dordogne y de la Gironda. El padre, Pedro, es el primer Eyquem nacido en la linajuda residencia. Todos tres usan del oscuro apellido familiar hasta que Miguel determina mudarlos por el otro, más seductor y digno de ser considerado entre los aristócratas y en la Corte.

El padre de Montaigne, de quien se habla en los *Ensayos* con tanta reverencia, decidió abandonar las tareas comerciales para dedicarse al oficio de las armas, como lo atestigua el hecho de haber servido en Italia en los ejércitos de Francisco 1º. Pronto se alejó de esa vida de aventuras y desazones y regresó a Francia, con el amor de Italia y el gusto de las letras y las artes. Poco después casó con la no menos rica Antonia Loupes o López, de origen judaico español, con la que tuvo nueve hijos. Como algunos biógrafos mal informados le han atribuido origen judaico portugués, en la extensa obra crítica de Ricardo Sáenz Hayes<sup>1</sup> pueden hallarse los verdaderos antecedentes. Los López de Villanueva eran judíos zaragozanos que huyeron de España en el siglo xv. He aquí las principales conclusiones a que se ha llegado gracias a "El Libro Verde de Aragón", preparado por Juan de Anchias, asesor de la Santa Inquisición. En este libro, entre los judíos conversos o marranos, figuran

<sup>1</sup> Ricardo Sáenz Hayes: "Miguel de Montaigne", cap. XII. "El señor Alcalde". Tercera edición. Editorial Guillermo Kraft. Buenos Aires, 1946.

los López, de Villanueva, localidad vecina de Calatayud. El antecedente coincide y se refuerza con el acta notarial hallada en Burdeos y en la que figura Zaragoza como cuna de los antepasados de Antonia López. Para el lector de lengua española estas minucias tienen su interés, pues con ellas sabrá que el más ilustre de los moralistas franceses, cuyo nombre resiste a las arremetidas del olvido, llevaba sangre hispánica en sus venas.

Montaigne fue el tercero de los hijos y heredó los derechos de primogenitura a causa del fallecimiento de sus dos hermanos mayores. Su padre le dio una educación singular, entregándole primero a gente campesina, para que le criaran sano y fuerte y para que amara a la gente humilde. Además tuvo especial cuidado de que su hijo aprendiera el latín antes que el francés, para lo cual le dio un tutor, el alemán Horstamus, médico según ciertos testimonios, que ignoraba la lengua francesa. Esa educación está hermosamente referida en el capítulo XXV, lib. 1º de los *Ensayos*, que trata de "La educación de los hijos". por lo que sería redundante hablar aquí. Una vez terminados sus estudios en el célebre colegio de Guyena, en el que tuvo profesores eminentes que recuerda con amor, dedicóse a estudiar derecho, presumiblemente en Tolosa. A los veintiún años obtuvo el cargo de consejero en el Tribunal de auxiliares de Périgord, y poco después fue trasladado con iguales funciones al Parlamento de Burdeos. Más de quince años desempeñó esas tareas, sin que lo absorbieran mucho y sin notable entusiasmo por una carrera que no armonizaba con su temperamento. En varias oportunidades hizo largas estancias en París, ciudad que, según él, "amaba hasta con sus lunares y sus manchas". En París se vinculó a la Corte, a la que siguió a Bar-le-Duc en 1561, y a Ruán en 1563, donde por primera vez vio un grupo de indios brasileños que habrían de inspirarle años más tarde el célebre capítulo sobre los "Caníbales". Por esta época, y en el Parlamento de Burdeos, conoció a Esteban de La Boétie, abogado y poeta, con quien sellaría una de las amistades más afectuosas en el mundo de las letras, sólo comparable a la de Virgilio con Horacio, a la de Garcilaso con Boscán, o a la de Goethe con Schiller, en la ternura y en la recíproca admiración. Poco después de la muerte de La Boétie, 18 de agosto de 1563, Montaigne contrajo matrimonio con Francisca de la Chassaingne, hija de otro colega en la magistratura bordelesa. Parece haber sido este casamiento lo que llaman los franceses un "mariage de raison". La fortuna de Montaigne no sólo se acrecentó con el aporte de la señorita de la Chassaingne, sino también con la que le dejó su padre, de quien hace en los *Ensayos* repetidos e impresionantes recuerdos y a quien llama el mejor de los padres. Sorprende que nada nos diga de su madre, a pesar de vivir con ella en el mismo castillo. Antonia López sobrevivió a su hijo buen número de años.

Sin el muy noble estímulo del "mejor de los padres" y del amigo al que considera el "hombre más grande de su siglo", Montaigne renuncia a la magistratura de Burdeos y resuelve, en busca de paz y sosiego, recluirse en la torre de su castillo, donde forma una librería, copiosa para su tiempo y en cuyo frontispicio hace grabar, el 28 de febrero de 1571, día aniversario de su nacimiento, la siguiente inscripción: "...hastiado de largo tiempo atrás de la esclavitud del Parlamento y de los públicos empleos, para reposarse en el regazo de las doctas vírgenes, en medio de la seguridad y la calma, y vivir así el tiempo que le resta de vida, consagrado al reposo y a la libertad en el agradable y sosegado aposento herencia de sus antepasados". Buscar sosiego casi en vísperas de la noche de San Bartolomé, parecía una quimera. Las fuerzas armadas de los hugonotes más de una vez llegaron hasta la puerta de su casa que fue respetada no se sabe cómo, tal vez porque supieran que su madre era protestante o porque le sospecharan amigo de Enrique el Navarro; pero también era amigo de Catalina de Médicis y de Enrique III, lo cual le hizo decir a él mismo que era "gibelino para los güelfos y güelfo para los gibelinos". El hecho

es que por espacio de ocho años de espantosas convulsiones, pudo escribir los dos primeros libros de los *Ensayos*, impresos en Burdeos de su propio peculio en 1580. Con ellos emprendió el viaje a París para entregarlos en manos del rey. De esa manera entendía agradecerle al monarca el "Collar de la orden de San Miguel" y el título de "Caballero de la Orden del Rey, Gentilhombre ordinario de su Cámara". Inmediatamente después, inició un largo viaje por Francia, en busca de aguas termales para curarse el mal de piedra, por Alemania e Italia. Este periplo, que duró diez y siete meses, ha sido relatado con cierta minuciosidad en su "Journal de Voyage", descubierto en el siglo XVIII.

Hallábase Montaigne tomando las aguas en los baños de la Villa, en las cercanías de Lucca (Italia), cuando los consejeros municipales de Burdeos le hicieron saber, el 7 de septiembre de 1581, que había sido electo alcalde de esa ciudad. Como no poco desagrado tuvo que aceptar el cargo, porque ello implicaba el alejamiento temporal de la torre a la que deseaba regresar para escribir el tercer libro de los *Ensayos*. Designado por dos años, su alcaldía pasó sin notables inconvenientes porque las funciones parecieron ser más honoríficas que de verdadera actividad; pero al terminar el mandato, en 1583, fue reelecto. En este segundo período empezaron las pesadumbres. La Guyena conocía toda suerte de agitaciones. Enrique de Navarra empezaba a intrigar para apoderarse de la corona de Francia, y su mujer, la escandalosa Margarita, hermana de Enrique III, separada de su marido y enemistada con su hermano, no se quedaba corta en las maquinaciones subversivas. Burdeos estaba igualmente inquieto por las actividades de los partidarios de la Liga que preparaban un golpe de mano. En ausencia del mariscal de Matignon, enérgico gobernador de la ciudad, el alcalde Montaigne tuvo que reemplazarlo y afrontar las grandes dificultades y peligros. Entretanto se produjo la espantosa epidemia que diezmó a millares de habitantes bordeleses. El mal se extendió a toda la región de Périgord y llegó hasta el castillo del filósofo. Mucho se ha discutido la conducta de Montaigne en esta emergencia. Algunos, como Sainte-Beuve, le acusan de cobardía porque se ausentó de Burdeos y prefirió quedarse al lado de su familia. No existe, sin embargo, ninguna prueba de que sus contemporáneos le reprocharan nada. Este asunto está ampliamente tratado en la obra de Ricardo Sáenz Hayes, capítulo XII. Antes de comprometer ningún juicio debe leerse también en los *Ensayos*, libro tercero, el capítulo que trata de "La voluntad". De regreso definitivamente, sin ninguna carga pública, Montaigne termina en la torre amada la obra de sus desvelos. Los tres libros fueron impresos en París por el editor Abel Langelier en 1588. Ese mismo año, después de haber estado gravemente enfermo y de haber estado recluso un día en la Bastilla, Montaigne presenció en París el espectáculo de las barricadas que se levantaron en contra de Enrique de Valois y en defensa de Enrique de Guisa. No era eso lo que podía halagar a quien elogiara la vida sencilla, pacífica y armoniosa. Regresó en lentas jornadas a Périgord y se enclaustró en su castillo. Desde allí mantuvo relación epistolar con Enrique de Navarra, de quien fue su verdadero consejero y de quien no quiso aceptar ningún empleo público. Montaigne no pudo ver realizado su gran sueño que consistía en la unidad de Francia con la mano firme y el carácter acerado de Enrique IV como rey. El autor de los *Ensayos* murió cristianamente el 13 de septiembre de 1592 a los cincuenta y nueve años de edad. Sus restos descansan en un cenotafio erigido en el vestíbulo de la Facultad de Letras de Burdeos.

En la presente edición, revisada y corregida de notables errores de forma y de fondo, hemos considerado oportuno no incluir la introducción de Constantino Román y Salamero, por estimarla anticuada y porque ella no da idea de la universalidad de los *Ensayos* de Montaigne. La bibliografía puesta al día es de las más completas que hasta hoy se han publicado en castellano.

## EL AUTOR AL LECTOR

*Este es un libro de buena fe, lector. Desde el comienzo te advertirá que con él no persigo ningún fin que no sea privado y familiar; tampoco me propongo con mi obra prestarte ningún servicio, ni con ella trabajo para mi gloria, que mis fuerzas no alcanzan al logro de tal designio. Lo consagro a la comodidad particular de mis parientes y amigos para que, cuando yo muera (lo que acontecerá pronto), puedan encontrar en él algunos rasgos de mi condición y humor, y por este medio conserven más completo y más vivo el conocimiento que de mí tuvieron. Si mi objetivo hubiera sido buscar el favor del mundo, habría echado mano de adornos prestados; pero no, quiero sólo mostrarme en mi manera de ser sencilla, natural y ordinaria, sin estudio ni artificio, porque soy yo mismo a quien pinto. Mis defectos se reflejarán a lo vivo: mis imperfecciones y mi manera de ser ingenua, en tanto que la reverencia pública lo consienta. Si hubiera yo pertenecido a esas naciones que se dice que viven todavía bajo la dulce libertad de las primitivas leyes de la naturaleza, te aseguro que me hubiese pintado bien de mi grado de cuerpo entero y completamente desnudo. Así, lector, sabe que yo mismo soy el contenido de mi libro, lo cual no es razón para que emplees tu vagar en un asunto tan frívolo y tan baladí. Adiós, pues.*

De Montaigne, a 12 días del mes de junio de 1580 años.

## ENSAYOS DE MONTAIGNE

### LIBRO PRIMERO

## CAPITULO I

### POR DIVERSOS CAMINOS SE LLEGA A SEMEJANTE FIN

EL modo más frecuente de ablandar los corazones de aquellos a quienes hemos ofendido, cuando tienen la venganza en su mano y estamos bajo su dominio, es conmooverlos por sumisión a conmiseración y piedad; a veces la bravura, resolución y firmeza, medios en todo contrarios, sirvieron para el logro del mismo fin.

Eduardo, príncipe de Gales, el que durante tanto tiempo gobernó nuestra Guinea, personaje cuya condición y fortuna tienen tantas partes de grandeza, habiendo sido duramente ofendido por los lemosines y apoderándose luego de su ciudad por medio de las armas, no le detuvieron en su empresa los gritos del pueblo, mujeres y niños, entregados a la carnicería, que le pedían favor arrojándose a sus pies, y su cólera fue implacable hasta el momento en que, penetrando más adentro en la ciudad, vio tres franceses nobles que con un valor heroico querían contrarrestar los esfuerzos de los vencedores. La consideración y respeto de virtud tan noble detuvo primeramente su cólera, y merced a los tres caballeros comenzó a mirar misericordiosamente a todos los demás moradores de la ciudad.

Scanderberg, príncipe del Epiro, que seguía a uno de sus soldados para matarlo, habiendo la víctima intentado apaciguar la cólera del soberano con toda suerte de humillaciones y de súplicas, resolvió de pronto hacerle frente con la espada en la mano; tal resolución detuvo la furia de su dueño, quien habiéndole visto tomar determinación tan digna le concedió su gracia. Este ejemplo podrá ser interpretado de distinto modo por aquellos que no tengan noticia de la prodigiosa fuerza y valentía de este príncipe.

El emperador Conrado III, que tenía cercado a Guelfo, duque de Baviera, no quiso condescender a condiciones más suaves, por más satisfacciones cobardes y viles que se le ofrecieron, que consentir solamente en que las damas nobles sitiadas que acompañaban al duque, salieran a pie con su honor salvo y con lo que pudieran llevar consigo. Estas, que tenían un corazón magnánimo, quisieron echar sobre sus hombros a sus maridos, a sus hijos y al duque mismo; el emperador experimentó placer tanto de tal valentía, que lloró de satisfacción y se amortiguó en él toda la terrible enemistad que había profesado al duque. De entonces en adelante trató con humanidad a su enemigo y a sus tropas.

Ambos medios arrastraríanme fácilmente, pues yo me inclino en extremo a la misericordia y a la mansedumbre. De tal modo, que a mi entender, mejor me dejaría llevar a la compasión que a la estimación del delito. Si bien la piedad es una pasión viciosa a los ojos de los estoicos, quieren éstos que se socorra a los afligidos, pero no que se transija con sus debilidades. Esos ejemplos me parecen más adecuados, con tanta más razón cuanto que se ven aque-

llas almas (asediadas y probadas por los dos medios) doblegarse ante el uno, permaneciendo inalterables ante el otro.

Puede decirse que el conmoverse y apiadarse es efecto de la dulzura, bondad y blandura de alma, de donde proviene que las naturalezas más débiles, como son las de las mujeres, los niños y el vulgo, estén más sujetas a aquella virtud; mas el desdeñar las lágrimas y lloros como indignos de la santa imagen de la fortaleza, es prueba de un alma valiente e implacable que tiene en estima y en honor un vigor resistente y obstinado. De todas suertes, hasta en las almas menos generosas la sorpresa y la admiración pueden dar margen a un efecto parecido; tal atestigua el pueblo de Tebas, que habiendo condeñado a muerte a sus capitanes por haber continuado su mando un tiempo más largo que el prescrito y ordenado de antemano, absolvió a duras penas de todo castigo a Pelópidas, que no protestó contra la acusación; Epaminondas, por el contrario, alabó su propia conducta, censuró al pueblo de una manera arrogante y orgullosa, y los ciudadanos no osaron siquiera tomar las bolas para votar; lejos de condenarle, la Asamblea se disolvió ensalzando grandemente las proezas de este personaje.

Dionisio el Antiguo, que después de grandes y prolongados obstáculos consiguió hacerse dueño de la ciudad de Reggio y del capitán Fitón, hombre valiente y honrado que había defendido heroicamente la plaza, quiso tomar un trágico ejemplo de venganza contra él. Díjole primeramente que el día anterior había mandado ahogar a su hijo y a toda su familia, a lo cual Fitón se limitó a responder que los suyos habían alcanzado la dicha un día antes que él. Luego le despojó de sus vestiduras, le entregó a los verdugos y le arrastró por la ciudad, flagelándole ignominiosa y cruelmente y cargándole además de injurias y denuestos. Pero Fitón mantuvo su serenidad y valor, con el rostro sereno pregonaba a voces la causa honrosa y gloriosa de su muerte, por no haber querido entregar su país en las manos de un tirano, a quien amenazaba con el castigo próximo de los dioses. Leyendo Dionisio en los ojos de la mayor parte de sus soldados que éstos, en lugar de animarse con la bravura del enemigo vencido, daban claras muestras que recaían en desprestigio del jefe y de su victoria y advirtiendo que iban ablandándose ante la vista de una virtud tan rara, y que amenazaban insurreccionarse y aun arrancar a Fitón de entre las manos de sus verdugos, el vencedor puso término al martirio, y oculatamente arrojó al mar al vencido.

Preciso es reconocer que el hombre es cosa pasmosamente vana, variable y ondeante, y que es bien difícil fundamentar sobre él juicio constante y uniforme. Pompeyo perdonó a la ciudad entera de los mamertinos, contra la cual estaba muy exasperado, en consideración a la virtud y magnanimidad del ciudadano Zenón, que echó sobre sí las faltas públicas, y no pidió otra gracia sino recibir él solo todo el castigo. El huésped de Sila, habiendo practicado virtud semejante en la ciudad de Perusa, no ganó nada con ello para sí ni para sus ciudadanos.

Por manera contraria a lo que pregonan mis primeros ejemplos, el más valeroso de los hombres y tan humano para los vencidos como Alejandro, habiéndose hecho dueño después de muchos obstáculos de la ciudad de Gaza, encontró a Betis que la defendía con un valor de que Alejandro había sentido los efectos; Betis solo, abandonado de los suyos, con las armas hechas pedazos, cubierto todo de sangre y heridas, combatía aún rodeado de macedonios que le asediaban por todas partes. Entonces Alejandro le dijo, contrariado por el gran trabajo que le había costado la victoria (pues entre otros daños había recibido dos heridas en su persona): "No alcanzarás la muerte que pretendes,

Betis; preciso es que sufras toda suerte de tormentos, todos los que puedan emplearse contra un cautivo." El héroe a quien tales palabras iban dirigidas, seguro de sí mismo y con rostro arrogante y altivo, se mantuvo sin decir palabra ante tales amenazas; entonces Alejandro, viendo su silencio altanero y obstinado, dijo: "¿Ha doblado siquiera la rodilla? ¿Se le ha oído tan sólo una voz de súplica? Yo domaré ese silencio, y si no puedo arrancarle una palabra, haré que profiera gemidos y quejas." Y convirtiendo su cólera en rabia, mandó que se le horadasen los talones, y le hizo así arrastrar vivo, desgarrarle y desmembrarle amarrado a la trasera de una carreta. ¿Aconteció que la fuerza del valor fuese en el monarca tan natural que por no admirarla la respetó menos? ¿O que la considerase sólo como patrimonio suyo, y que al rayar a tal altura no pudo con calma contemplarla en otro sin el despecho de la envidia? ¿O que en la impetuosidad natural de su cólera fuese incapaz de contenerse? Ciertamente que si esta pasión hubiera podido dominarla el monarca, es de creer que la hubiera sujetado en la toma y desolación de la ciudad de Tebas, al ver pasar a cuchillo cruelmente tantos hombres valerosos desprovistos de defensa: seis mil recibieron la muerte, en ninguno de los cuales se vio intento de huir; nadie pidió gracia ni misericordia; al contrario, todos se hicieron fuertes ante el enemigo victorioso, provocándole a que les hiciera morir de una manera honrosa. A ninguno abatieron tanto las heridas del combate, que no intentara vengarse al exhalar el último suspiro, y con la ceguedad de la desesperación consolar su muerte con la de algún enemigo. El espectáculo de aquel dolor no encontró piedad alguna, y no bastó todo el espacio de un día para saciar la sed de venganza: esta carnicería duró hasta que fue derramada la última gota de sangre, y no se detuvo sino en las personas indefensas, viejos, mujeres y niños, para hacer de todos ellos treinta mil esclavos.



## CAPITULO II

## DE LA TRISTEZA

YO soy de los más exentos de esta pasión y no siento hacia ella ninguna inclinación ni amor, aunque la sociedad haya convenido como justa remuneración honrarla con su favor especial; en el mundo se disfrazan con ella la sabiduría, la virtud, la conciencia; feo y estúpido ornamento. Los italianos, más cuerdos, la han llamado malignidad, porque es una cualidad siempre perjudicial, siempre loca y como tal siempre cobarde y baja: los estoicos prohibían la tristeza a sus discípulos.

Cuenta la historia que Psamenito, rey de Egipto, habiendo sido derrotado y hecho prisionero por Cambises, rey de Persia, y viendo junto a él a su hija, también prisionera y convertida en sirviente a quien se enviaba a buscar agua, todos los amigos del rey lloraban y se lamentaban en su derredor mientras él permanecía quedo sin decir palabra, y con los ojos fijos en la tierra; viendo en aquel momento que conducían a su hijo a la muerte, mantúvose en igual disposición, pero habiendo observado que uno de sus amigos iba entre los cautivos, empezó a golpearse la cabeza y a dejarse ganar por la desolación.

Tal suceso podría equipararse a lo acontecido no ha mucho a uno de nuestros príncipes<sup>1</sup> que, habiendo sabido en Trento, donde se encontraba, la nueva de la muerte de su hermano mayor<sup>2</sup>, en quien se cifraba el apoyo y honor de la casa, y luego igual desgracia de otro hermano menor<sup>3</sup>, la segunda esperanza, y habiendo sufrido ambas pérdidas con una resignación ejemplar, como algunos días después a uno de sus servidores le acometiese la muerte, fue muy sensible a esta nueva, y perdiendo la calma se llenó de ostensible pena de tal modo, que algunos tomaron de ello pie para suponer que no le había llegado a lo vivo más que la última desgracia; pero la verdad del caso fue, que estando lleno y saturado de tristeza, la más leve añadidura hizo que su sentimiento se desbordase. Lo mismo podría decirse del hecho anteriormente citado, y la historia lo comprueba: Cambises, informándose de por qué Psamenito no se había conmovido ante la desgracia de su hijo ni la de su hija, sufrió dolor tal al ver la de uno de sus amigos: "Es, respondió, que sólo el último dolor ha podido significarse en lágrimas; los dos primeros sobrepasaron con mucho todo medio de expresión."

Me parece que se relaciona con estos ejemplos la idea de aquel pintor de la antigüedad, que teniendo que representar en el sacrificio de Ifigenia el duelo de los asistentes, según el grado de pesar que cada uno llevaba en la

<sup>1</sup> Carlos de Guisa, cardenal de Lorena.

<sup>2</sup> El duque Francisco de Guisa.

<sup>3</sup> El abate de Cluny.

muerte de aquella joven hermosa e inocente, habiendo el artista agotado los últimos recursos de su arte, al llegar al padre de la víctima le representó con el rostro cubierto, como si ninguna actitud humana pudiera expresar amargura tan extrema. He aquí por qué los poetas simulan a la desgraciada Niobe, que perdió primero siete hijos y en seguida otras tantas hijas, agobiada de pérdidas, transformada en roca,

Diriguise malis<sup>1</sup>,

para expresar la sombría, muda y sorda estupidez que nos agobia cuando los males nos desolan, sobrepasando nuestra resistencia. Efectivamente, el sentimiento que un dolor ocasiona, para rayar en lo extremo, debe trastornar el alma toda e impedirle la libertad de sus acciones: como nos acontece cuando recibimos súbitamente una mala noticia, que nos sentimos sobrecogidos, transidos y como tullidos, e imposibilitados de todo movimiento; de modo que el alma, dando luego libre salida a las lágrimas y a los suspiros, parece des- prenderse, deshacerse, y ensancharse a su albedrío:

Et via vix tandem voci laxata dolore est<sup>2</sup>.

En la guerra que el rey Fernando hizo a la viuda de Juan de Hungría, junto a Buda, un soldado de a caballo, desconocido, se distinguió heroicamente, y su arrojo fue alabado por todos, a causa de haberse conducido valerosamente en una algarada donde encontró la muerte; pero de ninguno tanto como de Raüsciac, señor alemán, que se prendó de una tan singular virtud. Habiendo éste recogido el cadáver, tomado de la natural curiosidad, se aproximó para ver quién era, y luego que le retiró la armadura, reconoció en el muerto a su propio hijo. Esto aumentó la compasión en los asistentes: el caballero solo, sin proferir palabra, sin parpadear, permaneció de pie, contemplando fijamente el cuerpo, hasta que la vehemencia de la tristeza, habiendo postrado su espíritu, le hizo caer muerto de repente.

Chi può dir com' egli arde, e in picciol fuoco<sup>3</sup>,

Dicen los enamorados hablando de una pasión extrema:

Misero quod omnes  
Eripit sensus mihi: nam, si nul te,  
Lesbia, adspexi, nihil est super mi  
Quod loquar amens:  
Lingua sed torpet; tenius sub artus  
Flamma dimanat; sonitu suopte  
Tinniunt aures; gemina teguntur  
Lumina nocte<sup>4</sup>.

<sup>1</sup> Petrificada por el dolor. OVIDIO, *Metam.*, VI, 304. Ovidio escribe: *Diriguitque malis.*

<sup>2</sup> El dolor deja al fin paso a su voz.

VIRGILIO, *Eneida*, XI, 151.

<sup>3</sup> No es muy grande el amor que puede expresarse. PETRARCA, último verso del soneto 137.

<sup>4</sup> ¡Infeliz de mí! El amor trastorna todos mis sentidos. Ante tu vista, ¡oh, Lesbia!, veóme perdido de tal modo, que hasta las fuerzas me faltan para hablar; mi lengua se traba, una llama sutil corre por mis venas, resuenan en mis oídos mil ruidos confusos y la lobreguez de la noche envuelve mis ojos. CATULO, *Carm.*, LI, 5.  
— Estos versos son imitación de una oda de Safo, que fue traducida por Boileau.

No es, pues, en el vivo y más enérgico calor del acceso cuando lanzamos nuestras quejas y proferimos nuestras persuasiones; el alma está demasiado llena de pensamientos profundos y la materia abatida y languideciendo de amor; de lo cual nace a veces el decaimiento fortuito que sorprende a los enamorados tan a destiempo, y la frialdad que los domina por la fuerza de un ardor extremo en el momento mismo del acto amoroso. Todas las pasiones que se pueden aquilatar y gustar son mediocres:

Curæ leves loquantur, ingentes stupent<sup>1</sup>.

La sorpresa de una dicha que no esperábamos, nos sorprende de igual modo:

Ut me conspexit venientem, et Troia circum  
Arma amens vidit; magnis exterrita monstis,  
Diriguit visu in medio; calor ossa reliquit;  
Labitur, et longo vix tandem tempore fatur<sup>2</sup>.

A más de la mujer romana que murió por el goce que le ocasionó el regreso de su hijo de la derrota de Canas, Sófocles y Dionisio el Tirano fenecieron de placer; y Talva acabó sus días en Córcega, leyendo las nuevas de los honores que el senado romano le había tributado; en nuestro propio siglo al pontífice León X, habiéndosele notificado la toma de Milán, por él ardentemente deseada, le dominó tal exceso de alegría, que le produjo una fiebre mortal. Y un testimonio más notable todavía de la debilidad humana, Diodoro el dialéctico, murió instantáneamente, dominado por una pasión extrema de vergüenza a causa de no encontrar un argumento, hablando en público, con que confundir a su adversario. Yo me siento lejos de tan avasalladoras pasiones; no es grande mi recelo y procuro además solidificarlo y endurecerlo todos los días con la reflexión.

<sup>1</sup> ... Cuando ligeras se formulan, cuando extremas son mudas. SENECA, *Hipp.*, acto II, escen. 3, v. 607.

<sup>2</sup> En cuanto me ve venir, en cuanto reconoce por todos lados las armas troyanas, fuera de sí, como trastornada por una visión horrible permanece inmóvil; su sangre se hiela, cae por tierra y sólo largo tiempo después consigue recobrar su VIRGILIO, *Eneida*, III, 306.

### CAPITULO III

#### COMO LO PORVENIR NOS PREOCUPA MAS QUE LO PRESENTE

LOS que acusan a los hombres de marchar constantemente con la boca abierta en pos de las cosas venideras, y nos enseñan a circunscribirnos a los bienes presentes y a contentarnos con ellos, como si nuestro influjo sobre lo porvenir fuera menor que el que pudiéramos tener sobre lo pasado, tocan el más común de los humanos errores, si puede llamarse error aquello a que la naturaleza nos encamina para la realización de su obra, imprimiéndonos como a tantos otros, la falsa imaginación, más celosa de nuestra acción que de nuestra ciencia.

No estamos nunca concentrados en nosotros mismos, siempre permanecemos más allá: el temor, el deseo, la esperanza nos empujan hacia lo venidero y nos alejan de la consideración de los hechos actuales, para llevarnos a reflexionar sobre lo que acontecerá, a veces hasta después de nuestra vida. *Calamitosus es animus futuri anxius.*<sup>1</sup>

El siguiente precepto es muy citado por Platón: "Cumple con tu deber y concéte." Cada uno de los dos miembros de esta máxima envuelve en general todo nuestro deber, y el uno equivale al otro. El que hubiera de realizar su deber, vería que su primer cuidado es conocer lo que realmente se es y lo que mejor se acomoda a cada uno; el que se conoce no se interesa por aquello en que nada le va ni le viene; profesa la estimación de sí mismo antes que la de ninguna otra cosa, y rechaza los quehaceres superfluos y los pensamientos y propósitos baldíos. Así como la locura con nada se satisface, así el hombre prudente se acomoda a lo actual y nunca se disgusta consigo mismo. Epicuro dispensa a sus discípulos de la previsión y preocupación del porvenir.

Entre las leyes que se refieren a las defunciones, la que juzgo más fundamentada es aquella por virtud de la cual se examinan las acciones de los príncipes y soberanos después de su muerte. Ellos son los compañeros, si no los dueños de las leyes: lo que la justicia no ha podido vencer en su vida, justo es que lo pueda sobre su reputación y los bienes de sus sucesores, cosas que a veces ponemos por cima de la propia existencia. Es una costumbre que lleva consigo ventajas singulares para las naciones en que se observa, y digna de ser deseada por todos los buenos príncipes que tienen motivos de queja de que su memoria se trate como la de los malos. Debemos sumisión y obediencia igualmente a todos los reyes, pero tanto la estima como la afeción la debemos únicamente a su virtud. Concedamos al orden político el sufrirlo pacientemente, aunque sean indignos; ayudemos con nuestra recomendación sus acciones indiferentes, mientras que su autoridad ha menester de nuestro

<sup>1</sup> El espíritu a quien lo porvenir preocupa es siempre desdichado. SENECA, *Epist.* 98.

apoyo; pero una vez acabadas nuestras relaciones, no es razón el negar a la justicia y a nuestra libertad la expresión de nuestros verdaderos sentimientos, y principalmente el rechazar a los buenos súbditos la gloria de haber fiel y reverentemente servido a un dueño cuyas imperfecciones le eran bien conocidas, quitando a la posteridad tan conveniente recurso. Aquellos que por respeto de algún beneficio recibido elogian cínicamente la memoria de un príncipe indigno de tal honor, hacen justicia particular a expensas de la justicia pública. Tito Livio dice verdad cuando escribe "que el lenguaje de los que viven a expensas de los monarcas está siempre lleno de ostentaciones vanas y testimonios falsos"; cada cual ensalza a su rey a la primera línea del valer y a la grandeza soberanos. Puede reprobarse la magnanimidad de aquellos dos soldados que interrogados por Nerón, el uno por qué no le quería bien: "Te quería, le contestó, cuando eras bueno; pero desde que te has convertido en parricida, incendiario y charlatán, te odio como mereces." Preguntado el otro por qué pretendía darle muerte, respondió: "Porque no veo otro medio de evitar tus continuas malas acciones." Pero los universales y públicos testimonios que después de su muerte se dieron y se darán siempre que se trate de su tiránica y villana conducta, ¿qué sano espíritu puede reprobarlos?

Me contraría que en pueblo tan bien gobernado como el de los lacedemonios, hubiera una costumbre tan poco sincera como la de que voy a hablar. Cuando morían sus reyes, todos los confederados y vecinos, así como los iotas, hombres y mujeres indistintamente, se hacían cortaduras en la frente en señal de duelo, y proclamaban con gritos y lamentos que el monarca cuya muerte lloraban, cualquiera que su índole hubiera sido, era el mejor soberano que habían tenido; así atribuían al rango la alabanza que sólo al mérito pertenece, y sólo al de la categoría más depurada.

Aristóteles, que en sus escritos todo lo abarca y comprende, habla de la frase de Solón que dice: "Nadie antes de morir puede considerarse dichoso"; sin embargo, hasta el mismo que ha vivido y muerto a medida de sus deseos, tampoco puede considerarse como feliz si su fama se desprestigia y si su descendencia es miserable. Mientras nos agitamos sobre la tierra, por espíritu de preocupación nos trasladamos donde nos place; mas cuando la vida nos escapa no tenemos ninguna comunicación con las cosas de por acá; así que podemos reponer al dicho de Solón que jamás hombre alguno es feliz puesto que no alcanza tal dicha sino que cuando ya no existe:

Quisquam

Vix radicitus e vita se tollit, et jecit:

Sed facit esse sui quiddam super inscius ipse...

Nec remouet satis a preiucio corpore sese, et

Vindicat<sup>1</sup>.

Beltrán Duguesclín murió en el cerco del castillo de Randón, cerca de Puy, en Auvèrnia; habiendo sido vencidos los sitiados se vieron obligados a dejar las llaves de la fortaleza junto al cadáver. Bartolomé de Alviani, general del ejército veneciano, habiendo muerto en las guerras que éstos sostuvieron en el Bresciano y su cadáver trasladado a Venecia, a través de Verona, ciudad enemiga, la mayor parte de sus tropas fue de parecer que se pidiera un salvo-

<sup>1</sup> Apenas si se ve un hombre cuerdo que se sustraiga totalmente a la existencia. Inseguros del porvenir, los humanos imaginan que una parte de su ser les sobrevive, y no pueden libertarse de este cuerpo que perece y cae. LUCRECIO, III, 890 y 895.

conducto a los veroneses; pero Teodoro Trivulcio se negó a ello, y antes prefirió pasarlo a viva fuerza exponiéndose a los azares del combate, "no siendo propio, decía, que quien en vida jamás había tenido miedo a sus enemigos, una vez muerto les mostrase algún temor". En efecto, en caso análogo y por virtud de las leyes griegas, el que pedía al enemigo un cadáver para darle sepultura renunciaba por este hecho a la victoria, y no le era ya posible dejar bien puesto el pabellón. Así perdió Nicias la que ganara en buena lid sobre los corintios; y por el contrario, Agesilao aseguró el triunfo que estuvo a punto de perder sobre los beocios.

Rasgos semejantes podrían parecer extraños, si no fuera costumbre de todos los tiempos, no solamente llevar el cuidado de nuestras vidas más allá de este mundo, sino también creer que con frecuencia los favores celestiales nos acompañan al sepulcro y siguen a nuestros restos. De lo cual hay tantos ejemplos antiguos, dejando a un lado los nuestros, que no hay para qué insistir. Eduardo I, rey de Inglaterra, habiendo observado en las dilatadas guerras que sostuvo con Roberto, rey de Escocia, cuánto su presencia hacía ganar a sus empresas, dándole siempre la victoria en las expediciones que dirigía, hallándose moribundo obligó a su hijo, por juramento solemne, que cuando dejara de existir hiciera cocer su cuerpo para separar así la carne de los huesos y que enterrase aquélla; y en cuanto a los huesos, que los reservase para llevarlos consigo en las batallas siempre que hubiera de sostener guerra contra los escoceses, como si el destino hubiera fatalmente unido la victoria a sus despojos. Juan Zisca, que trastornó la Bohemia defendiendo los errores de Wiclef, quiso que le arrancaran la piel después de muerto y que con ella hicieran un tambor para tocarlo en las guerras que en adelante se sostuvieran contra sus enemigos, estimando que esto ayudaría a continuar las glorias que él había alcanzado en las lides contra aquéllos. Algunos indios de América entraban en combate contra los españoles llevando el esqueleto de uno de sus jefes, en consideración de la buena estrella que en vida había tenido; otros pueblos americanos llevaban a la guerra los cadáveres de los más bravos que habían perecido en las batallas para que la fortuna les fuera favorable y les sirviesen de estímulo. Los primeros ejemplos no atribuyen a los muertos virtud más que por reputación alcanzada, a causa de sus acciones, mas los segundos suponen la idea de la acción.

Quizás más digna de señalarse sea la acción del capitán Bayardo, quien sintiéndose herido de muerte por un arcabuzazo, y aconsejándosele que se retirase del combate, respondió que no le parecía bien; que no estaba por empezar a volver la espalda al enemigo en los últimos momentos de su vida; habiendo combatido mientras para ello le quedaron fuerzas, cuando ya se sintió sin aliento, y próximo a caer del caballo, mandó a su maestresala que le tendiera al pie de un árbol de modo que pudiese morir con el rostro frente al enemigo, como lo hizo.

Me es necesario consignar este otro ejemplo, tan digno de memoria como los precedentes. El emperador Maximiliano, bisabuelo del rey Felipe actualmente en vida, era un príncipe a quien adornaban muy brillantes dotes y entre otras una belleza física singular; pero entre sus caprichos tenía el siguiente, bien contrario al de los príncipes que, para el despacho de sus más urgentes negocios, convierten en trono la silla de servicio; jamás tuvo criado de tanta confianza que le permitiera verle cuando hacía sus menesteres; ocultábase para orinar tan cuidadosamente como una doncella, y ni ante su propio médico, ni ante ninguna otra persona, cualquiera que ésta fuese, mostraba sus desnudeces. Yo, que soy libre de palabra, propendo, sin embargo, por temperamento

al pudor; si una gran necesidad no me obliga a ello, no muestro a los ojos de nadie las partes del cuerpo que el decoro obliga a tener guardadas. A tan supersticioso extremo llevó su hábito el príncipe de que habla, que dispuso expresamente en su testamento que le atasen bien los calzoncillos cuando muriese, y que la persona que se los sujetase tuviera los ojos vendados. El mandato que Ciro hizo a sus hijos de que ni éstos ni nadie viese ni tocase su cuerpo luego que el alma se desprendiera de la materia, atribúyolo a costumbre piadosa, pues así su historiador como aquel monarca, entre otros de sus relevantes méritos, mantuvieron durante todo el transcurso de su vida un especial cuidado de reverencia a las prácticas religiosas.

Disgústome la relación que un noble me hizo de un pariente mío, distinguido así en la paz como en la guerra: acabando sus días, ya largos, en su casa señorial, atormentado por fuertes dolores de piedra, ocupó sus últimas horas con un cuidado intenso en disponer la ceremonia de su entierro, e hizo que todos los nobles que le visitaron le dieran palabra de asistir a la ceremonia; y a su mismo soberano, que le había oído disponer semejantes preparativos, suplicóle que los de su casa fueran también de la comitiva, empleando muchos ejemplos y razones para demostrar que tal honor pertenecía legítimamente a un hombre de su rango. Obtenida que fue la promesa, pareció expirar contento luego que hubo ordenado a su gusto el acompañamiento del cortejo fúnebre. Apenas he visto otro caso de vanidad tan perseverante.

Otra preocupación opuesta, de que también podría encontrar algún ejemplo en algunas familias, me parece hermanarse con la anterior, y consiste en cuidarse de un modo meticuloso, en los últimos instantes, en ordenar el entierro conforme a la más feroz economía, y en reducir todo el séquito a un criado con una farola. Tal fue el proceder de Marco Emilio Lépido, a quien se alaba por ello, el cual prohibió a sus herederos que para él se llevaran a cabo las ceremonias acostumbradas en tales casos. ¿Testimonios de frugalidad y templanza el evitar los gastos y beneficios de cuyo disfrute y conocimiento no podemos ya darnos cuenta? Es cuando más una privación sencilla y de poco coste. Si hubiera necesidad de ordenar tales aprestos, sería mi parecer que en esta como en todas las demás cosas de la vida, cada cual los dispusiera con arreglo a su estado de fortuna. El filósofo Lycón ordena cuerdamente a sus amigos que depositen su cuerpo donde mejor les parezca; y en cuanto a los funerales, les dice que no sean ni demasiado mezquinos ni suntuosos con exceso. "En punto a entierro, me acomodaré a la costumbre general y me encomendaré a la voluntad de aquellos que a la hora de mi muerte me rodeen." *Totus hic locus est contemnendus in nobis, non negligendus in nostris.*<sup>1</sup> Y muy santamente escribe un padre de la Iglesia: *Curatio funeris conditio sepulcræ, pompa exsequiarum, magis sunt vivorum solatia, quam subsidia mortuorum.*<sup>2</sup> Por eso Sócrates responde a Critón, que le pregunta en el momento de su muerte cómo quiere ser enterrado: "Como mejor te cuadre." Si el temple de mi alma alcanzara a tanto, mejor preferiría imitar a los que vivos y rozagantes arreglan y hasta disfrutan del orden y disposición de su sepulcro, y se complacen viendo su marmórea representación funeraria. ¡Dichosos los que saben hacer que sus sentidos gocen en presencia de la insensibilidad y vivir de su muerte!

Cuando viene a mi memoria la inhumana injusticia del pueblo ateniense,

<sup>1</sup> Es un cuidado que debemos desechar para nuestras personas, mas no para nuestros deudos. CICERÓN, *Tuscul. quest.*, I, 45.

<sup>2</sup> El orden de los funerales, la elección de sepultura y la solemnidad de las honras fúnebres son menos necesarios para la tranquilidad de los muertos que para el consuelo de los vivos. SAN AGUSTÍN, *de Civit. Dei*, I, 12.

que hizo morir sin remisión, sin querer siquiera oír sus defensas, a los valientes capitanes que acababan de ganar contra los lacedemonios el combate naval que se libró cerca de las islas Arginensas, poco me falta para detestar con irreconciliable odio toda dominación popular, aunque en el fondo me parezca la más justa y natural. Aquel combate fue el más reñido, el más encarnizado que los griegos libraran por mar con sus escuadras, y se sacrificó a sus caudillos porque después de la victoria siguieron la conducta que la ley de la guerra les brindara, mejor que detenerse a recoger y dar sepultura a sus muertos. Hace más odiosa todavía esta ejecución la varonil y generosa conducta de Diomedón, uno de los condenados, hombre dotado de grandes virtudes militares y políticas, el cual, adelantándose para hablar a sus jueces, luego de haber oído el decreto que le condenaba, que era la ocasión única en que le era lícito hablar, en lugar de emplear sus palabras en defensa de su causa y de hacer flagrante la evidente injusticia de un decreto tan cruel, ninguna palabra dura tuvo para los que le juzgaban; rogó sólo a los dioses que convirtieran la sentencia en beneficio de los que la dictaron. Y con el fin de que por dejar sin cumplimiento las promesas que él y sus compañeros habían hecho a las divinidades por haberles otorgado un tan señalado triunfo, la ira celeste no descargara sobre los condenadores, Diamón explicó en qué consistían aquellas. Al punto, sin proferir una palabra más, sin titubear, encaminóse al suplicio con heroico continente.

Años después la fortuna les infringió el mismo castigo: Cabrias, general de las fuerzas marítimas, habiendo tenido la mejor parte en el combate contra Pollis, almirante de Esparta en la isla de Naxos, perdió todos los beneficios de una victoria decisiva por no incurrir en igual desgracia que los anteriores; queriendo recoger algunos cadáveres que flotaban en el mar dejó salvarse un número importante de enemigos, que les hicieron pagar bien cara su importuna superstición:

Quæris quo jaceas post obitum loco?

Quo non nata jacent<sup>1</sup>.

Ennio concede el sentimiento del reposo a un cuerpo sin alma:

Neque sepulcrum quo recipiat, habeat portum corporis;

Ubi remissa humana vita, corpus requiescat a malis?<sup>2</sup>

Igualmente la naturaleza nos muestra que algunas cosas muertas guardan todavía relaciones ocultas con la vida: el vino se altera en las bodegas al tenor de los cambios que las estaciones producen las vides, y la carne montesina cambia de naturaleza y sabor en los saladeros, del propio modo que la de los animales vivos, al decir de algunos.

<sup>1</sup> ¿Quieres saber dónde irás cuando mueras? Donde están las cosas por nacer. SENECA, *Troad.*, Cor. act. II, v. 30.

<sup>2</sup> Lejos de ti para siempre la paz de los sepulcros donde el cansado cuerpo halla por fin el descanso. ENNIO, *apud Cic.*, *Tuscul.*, I, 44.

## CAPITULO IV

COMO EL ALMA DESCARGA SUS PASIONES SOBRE OBJETOS FALSOS,  
CUANDO LOS VERDADEROS LE FALTAN

UN noble francés, extremadamente propenso al mal de gota, a quien los médicos habían prohibido rigurosamente que comiera carnes saladas, acostumbraba a reponer, bromeando, al precepto facultativo: "Menester es que yo encuentre a mano alguna causa a que achacar mi mal; maldiciendo unas veces de las salchichas y otras de la lengua de vaca y del jamón, parece que me siento más aliviado."

De la propia suerte que cuando alzamos el brazo para sacudir un golpe, nos ocasiona dolor el que no encuentre materia con que tropezar, dar el golpe en vago, y así como para que la vista de un panorama sea agradable, es necesario que no esté perdido ni extraviado en la vaguedad del aire; sino que se encuentre situado en lugar conveniente:

Ventus ut amittit vires, nisi robore densæ  
Occurrant silvæ, spatio diffusus inani<sup>1</sup>.

de igual modo parece que el alma, quebrantada y conmovida, se extravía en sí misma si no se la proporciona objeto determinado; precisa en toda ocasión procurarla algún fin en el cual se ejercite. Plutarco dice, refiriéndose a los que tienen cariño a los perrillos y a las monas, que la parte afectiva que existe en todos los humanos, falta de objeto adecuado, antes que permanecer ociosa se forja cualquiera, por frívolo que sea. Vemos, pues, que nuestra alma antes se engaña a sí misma enderezándose a un objeto frívolo o fantástico, indigno de su alteza, que permanece ociosa. Así los animales llevados de su furor, se revuelven contra la piedra o el hierro que los ha herido, y se vengan a dentedallas sobre su propio cuerpo, del daño que recibieron:

Pannonis haud aliter post ictum sævior ursæ,  
Cui jaculum parva Libys amentavit habena,  
Se rotat in vulnus, telumque irata receptum  
Impetit, et secum fugientem circuit hastam<sup>2</sup>.

¿A cuántas causas no achacamos los males que nos acontecen? ¿En qué no nos fundamos, con razón o sin ella, para dar con algo con qué chocar? No son las rubias trenzas que desgarras, ni la blancura de ese pecho que des-

<sup>1</sup> Y como el viento pierde sus fuerzas si las espesas selvas no irritan su furor, disipándose en la vaguedad del aire. LUCANO, III, 462.

<sup>2</sup> Así la osa de Panonia más feroz después de herida, se repliega, y furiosa quiere morder el acero que la desgarras, persiguiéndolo y dando vueltas con él. LUCANO, VI, 220.

piadada golpeas, los que han perdido al hermano querido a quien lloras; busca en otra parte la causa de tus quejas. Hablando Tito Livio del ejército romano que peleaba en España después de la pérdida de los dos hermanos, los grandes capitanes<sup>1</sup>, dice: *flere omnes repente e offensare capita*.

El filósofo Bión habla de un rey a quien la pena hizo arrancarse los cabellos; y añade bromeando: "Pensaba, acaso, que la calvicie aligera el dolor." ¿Quién no ha visto mascar y tragar las cartas o los dados a muchos que perdieron en el juego su dinero? Jerjes azotó al mar, y escribió un cartel de desafío al monte Atos. Ciro ocupó todo un ejército durante varios días en vengarse del río Gindo, por el temor que había experimentado al cruzarlo. Calígula demolió una hermosa vivienda por el placer que su madre había en ella disfrutado.

Los campesinos decían cuando yo era mozo que el rey de una nación vecina, habiendo recibido de Dios una tunda de palos, juró vengarse de tal ofensa; para ello ordenó que durante diez años ni se rezase ni se hablase del Creador, y si a tanto alcanzaba su autoridad, que tampoco se creyese en él. Con todo lo cual quería mostrarse, no tanto la estupidez como la vanidad pertinente a la nación a que se achacaba el cuento; ambos son siempre defectos que marchan a la par, aunque tales actos tienen quizás más de fanfarronería que de estupidez. César Augusto, habiendo sido sorprendido por una tormenta en el mar, desafió al dios Neptuno, y en medio de la pompa de los juegos circenses, hizo que quitaran su imagen de la categoría que le pertenecía entre los demás dioses para vengarse de sus iras, en lo cual es menos excusable que los primeros, y menos aún cuando, habiendo perdido una batalla bajo el mando de Quintino Varo en Alemania, de desesperación y cólera golpeaba su cabeza contra la muralla, gritando: "¡Varo, devuélveme mis legiones!" Los primeros se dirigían al propio Dios o la fortuna, como si ésta tuviera oídos para escucharlos, a ejemplo de los tracios que, cuando truena o relampaguea, arrojan flechas al cielo para calmar las iras de la naturaleza. En fin, como dice este antiguo poeta en un pasaje de Plutarco:

Point ne se fault courroucer aux affaires;  
Il ne leur chault de toutes nos choleres<sup>2</sup>.

Nunca acabaríamos de escribir vituperios contra los desórdenes de nuestro espíritu.

<sup>1</sup> Publio y Cneo Escipión. Tito Livio dice, XXV, 37, que cada cual comenzó de repente a llorar y a golpearse la cabeza.

<sup>2</sup> Plutarco, en la traducción de Amyot, "Cómo reprimir la cólera".

## CAPITULO IV

COMO EL ALMA DESCARGA SUS PASIONES SOBRE OBJETOS FALSOS,  
CUANDO LOS VERDADEROS LE FALTAN

UN noble francés, extremadamente propenso al mal de gota, a quien los médicos habían prohibido rigurosamente que comiera carnes saladas, acostumbraba a reponer, bromeando, al precepto facultativo: "Menester es que yo encuentre a mano alguna causa a que achacar mi mal; maldiciendo unas veces de las salchichas y otras de la lengua de vaca y del jamón, parece que me siento más aliviado."

De la propia suerte que cuando alzamos el brazo para sacudir un golpe, nos ocasiona dolor el que no encuentre materia con que tropezar, dar el golpe en vago, y así como para que la vista de un panorama sea agradable, es necesario que no esté perdido ni extraviado en la vaguedad del aire, sino que se encuentre situado en lugar conveniente:

Ventus ut amittit vires, nisi robore densæ  
Occurrant silvæ, spatium diffusum inani<sup>1</sup>.

de igual modo parece que el alma, quebrantada y conmovida, se extravía en sí misma si no se la proporciona objeto determinado; precisa en toda ocasión procurarla algún fin en el cual se ejercite. Plutarco dice, refiriéndose a los que tienen cariño a los perrillos y a las monas, que la parte afectiva que existe en todos los humanos, falta de objeto adecuado, antes que permanecer ociosa se forja cualquiera, por frívolo que sea. Vemos, pues, que nuestra alma antes se engaña a sí misma enderezándose a un objeto frívolo o fantástico, indigno de su alteza, que permanece ociosa. Así los animales llevados de su furor, se revuelven contra la piedra o el hierro que los ha herido, y se vengan a dentelladas sobre su propio cuerpo, del daño que recibieron:

Pannonis haud aliter post ictum sævior ursæ,  
Cui jaculum parva Libys amentavit habena,  
Se rotat in vulnus, telumque irata receptum  
Impetit, et secum fugientem circuit hastam<sup>2</sup>.

¿A cuántas causas no achacamos los males que nos acontecen? ¿En qué no nos fundamos, con razón o sin ella, para dar con algo con qué chocar? No son las rubias trenzas que desgarras, ni la blancura de ese pecho que des-

<sup>1</sup> Y como el viento pierde sus fuerzas si las espesas selvas no irritan su furor, disipándose en la vaguedad del aire. LUCANO, III, 462.

<sup>2</sup> Así la osa de Panonia más feroz después de herida, se repliega, y furiosa quiere morder el acero que la desgarras, persiguiéndolo y dando vueltas con él. LUCANO, VI, 220.

piadada golpeas, los que han perdido al hermano querido a quien lloras; busca en otra parte la causa de tus quejas. Hablando Tito Livio del ejército romano que peleaba en España después de la pérdida de los dos hermanos, los grandes capitanes<sup>1</sup>, dice: *flere omnes repente e offensare capita*.

El filósofo Bión habla de un rey a quien la pena hizo arrancarse los cabellos; y añade bromeando: "Pensaba, acaso, que la calvicie aligera el dolor." ¿Quién no ha visto mascar y tragar las cartas o los dados a muchos que perdieron en el juego su dinero? Jerjes azotó al mar, y escribió un cartel de desafío al monte Atos. Ciro ocupó todo un ejército durante varios días en vengarse del río Gindo, por el temor que había experimentado al cruzarlo. Calígula demolió una hermosa vivienda por el placer que su madre había en ella disfrutado.

Los campesinos decían cuando yo era mozo que el rey de una nación vecina, habiendo recibido de Dios una tunda de palos, juró vengarse de tal ofensa; para ello ordenó que durante diez años ni se rezase ni se hablase del Creador, y si a tanto alcanzaba su autoridad, que tampoco se creyese en él. Con todo lo cual quería mostrarse, no tanto la estupidez como la vanidad pertinente a la nación a que se achacaba el cuento; ambos son siempre defectos que marchan a la par, aunque tales actos tienen quizás más de fanfarronería que de estupidez. César Augusto, habiendo sido sorprendido por una tormenta en el mar, desafió al dios Neptuno, y en medio de la pompa de los juegos circenses, hizo que quitaran su imagen de la categoría que le pertenecía entre los demás dioses para vengarse de sus iras, en lo cual es menos excusable que los primeros, y menos aún cuando, habiendo perdido una batalla bajo el mando de Quintino Varo en Alemania, de desesperación y cólera golpeaba su cabeza contra la muralla, gritando: "¡Varo, devuélveme mis legiones!" Los primeros se dirigían al propio Dios o la fortuna, como si ésta tuviera oídos para escucharlos, a ejemplo de los tracios que, cuando truena o relampaguea, arrojan flechas al cielo para calmar las iras de la naturaleza. En fin, como dice este antiguo poeta en un pasaje de Plutarco:

Point ne se fault courroucer aux affaires;  
Il ne leur chault de toutes nos choleres<sup>2</sup>.

Nunca acabaríamos de escribir vituperios contra los desórdenes de nuestro espíritu.

<sup>1</sup> Publio y Cneo Escipión. Tito Livio dice, XXV, 37, que cada cual comenzó de repente a llorar y a golpearse la cabeza.

<sup>2</sup> Plutarco, en la traducción de Amyot, "Cómo reprimir la cólera".

## CAPITULO V

SI EL JEFE DE UNA PLAZA SITIADA DEBE O NO SALIR  
A PARLAMENTAR

LUCIO Marcio, legado de los romanos en la guerra contra Perseo, rey de Macedonia, queriendo ganar el tiempo de que había menester para organizar su ejército, aparentó desear llegar a un acuerdo; el rey, distraído, le concedió algunos días de tregua, facilitando así a su enemigo recursos, oportunidad y tiempo para apercibirse mejor a la lucha, con lo cual encontró su ruina. El senado romano, guardador de las costumbres dignas de memoria, acusó tal práctica como enemiga de la antigua, que era, según los miembros de aquel cuerpo, combatir frente a frente, no valiéndose de sorpresas ni emboscadas nocturnas, ni de huidas aparentes y ataques inesperados, no dando comienzo a una guerra sin antes haberla declarado, y a veces después de haber señalado previamente la hora y el lugar de la batalla. Por virtud de aquel proceder rechazaron al médico traidor que Pirro les envió y a los faliscos el preceptor desleal. Tal era el proceder de los romanos en oposición a la sutileza griega y a la astucia púnica, según las cuales vencer por la fuerza era menos glorioso que vencer por el engaño. El que se sirve de malas artes y logra su deseo, se da por satisfecho; pero sólo se da por bien derrotado el que reconoce haberlo sido, no por el engaño ni el azar, sino por el valor, de ejército a ejército, en franca y abierta lucha. Dedúcese de aquí que esas buenas gentes no habían aceptado como justa esta hermosa sentencia:

Dolus an virtus quis in hoste requirat?<sup>1</sup>

Refiere Polibio que los aqueos detestaban en sus guerras todo propósito engañoso, no estimando victoria buena más que aquello en que los esfuerzos del enemigo fueron bien abatidos. *Eam vir sanctus et sapiens sciet veram esse victorium, quæ, salva fide et integra dignitate, parabitur*<sup>2</sup>, añade Cicerón.

Vosne velit, an me, regnare hera, quidve ferat, fors,  
Virtute experiamur<sup>3</sup>.

En el reino de Ternate, que figura entre las naciones que nos complacemos en llamar bárbaras, es costumbre no emprender guerra alguna sin haberla antes anunciado, y declarado ampliamente las fuerzas de que disponen,

<sup>1</sup> Astucia o valor, ¿qué importa entre enemigos? VIRGILIO, *Eneida*, II, 390.

<sup>2</sup> El hombre virtuoso y prudente debe saber que la sola victoria verdadera es la que pueden aprobar el honor y la buena fe. FLORO, I, 12.

<sup>3</sup> Pongamos a prueba el esfuerzo de nuestros pechos para ver si eres tú o soy yo a quien la fortuna, soberana de los acontecimientos, destina la victoria. ENNIO, *apud Cic., de Officiis*, I, 12.

número de combatientes, municiones y qué género de armas, así ofensivas como defensivas van a emplearse en la lucha; tal formalidad cumplida, si sus enemigos no llegan a un acuerdo, no tienen aquéllos inconveniente en servirse de cuantos medios están en su mano para lograr la victoria.

Los antiguos florentinos estaban tan lejos de alcanzar por sorpresa ventaja sobre sus enemigos, que advertían a éstos un mes antes de echar las tropas al campo por medio del continuo toque de la campana, que llamaban *Martinella*.

Menos escrupulosos nosotros, damos la palma sólo al que vence, y practicamos la doctrina de Lisander, el cual decía: "Donde no basta la piel del león, precisa añadir un trozo de la del zorro." Las más frecuentes ocasiones de sorpresa se sacan de esta sentencia. Es principio recibido entre todos nuestros guerreros, "que jamás el gobernador de una fortaleza sitiada salga a parlamentar". Fue esto mal visto en tiempos recientes y reprochado a los señores de Montmord y de l'Assigny, que defendían a Mouson peleando contra el duque de Nassau. Discúlpase, sin embargo, al que sale de tal suerte que la ventaja y seguridad permanecen de su parte; como hizo en la ciudad de Reggio el conde Guido de Rangan (si concedemos crédito a Bellay, pues Guicciardini asegura que fue él el autor del hecho), cuando el señor del Escut se acercó para parlamentar, porque permaneció aquél tan cerca de su fortaleza, que habiéndose producido algún desorden durante la entrevista, no sólo el señor del Escut y los suyos se vieron debilitados, sino que Alejandro Trivulcio fue muerto y el propio del Escut viose obligado, para mejor defensa, a seguir al conde y a cobijarse bajo la buena fe de éste al resguardo del peligro en la ciudad.

Eumenes, en la ciudad de Nora, obligado por Antígono que la sitiaba a salir para hablarle, alegando que era de razón que saliese a su encuentro, en atención a que el segundo era el más fuerte, después de haber dado la siguiente noble respuesta: "No estimo que otro sea más fuerte que yo, en tanto que disponga de mi espada", no consintió en abandonar su puesto hasta que Antígono le dio a su sobrino en rehenes conforme había pedido.

No les fue mal a algunos fiándose en la palabra del sitiador; testimonio de ello es el caso de Enrique de Vaux, caballero de la Champagne, quien fue cercado en el castillo de Commercy por los ingleses. Bartolomé de Bonnes, que mandaba la plaza, hizo quemar gran parte del castillo; de modo que el fuego amenazaba acabar con las vidas de los que se hallaban dentro. De Vaux fue invitado a parlamentar en su provecho por el sitiador, y así lo hizo. Como su completa ruina, en caso contrario, no se le ocultaba, se sintió singularmente reconocido al enemigo, a la merced del cual se encomendó. Apenas llegó el fuego a la mina, el castillo quedó enteramente destruido.

Tengo siempre confianza en la buena fe de los demás; pero mal de mi grado me encomendaría a ella, cuando mi determinación hiciera suponer o presumir la desesperación o la falta de valor; prefiero entregarme a la franqueza y crédito en la lealtad ajena.

guir su odio por el respeto de la muerte misma, y llevándolo hasta más allá del sepulcro. Jueces injustos que juzgan cuando carecen ya de conocimiento de causa. Yo me guardaré, si puedo, de que mi muerte diga nada que mi vida no haya sostenido y abiertamente declarado.

## CAPITULO VII

## QUE LA INTENCION JUZGA NUESTRAS ACCIONES

DICESE que la muerte nos libra de todos nuestros compromisos. Yo sé de algunos que han interpretado este principio de diverso modo. Enrique VII, rey de Inglaterra, convino con don Felipe, hijo del emperador Maximiliano, o, para designarle de una manera más honrosa, padre del emperador Carlos V, en que le hiciera entrega del duque de Suffol de la Rosa blanca, su enemigo, que había huido y buscado asilo en los Países Bajos, con la condición de que no atentaría contra la vida de dicho duque; sin embargo, a la hora de morir ordenó a su hijo en el testamento que diera muerte a Suffol en cuanto él hubiera exhalado el último suspiro. Poco ha, en esa tragedia de los condes de Horn y Hegmond que el duque de Alba nos hizo ver en Bruselas, hubo toda suerte de acontecimientos notables. El conde de Egmond, bajo cuya fe y seguridad su compañero se entregó al duque, rogó con grande insistencia que se le hiciera morir el primero a fin de pagar con su vida la del conde de Horn. La muerte no descargó al primero de la fe prometida, y el segundo pudo estar libre sin sucumbir. No podemos mantenernos más allá de nuestras fuerzas ni de nuestros medios; por esto, y porque nuestros esfuerzos y ejecuciones no residen en modo alguno en nuestro poder, no hay nada tan real en nuestro albedrío como la voluntad; en ella se fundan y establecen por necesidad todas las reglas del deber del hombre. Así, el conde de Egmond que tenía su alma y voluntad sujetas a su promesa, bien que la facultad de efectuarla no estuviera en su mano, quedaba sin duda libre de su deber, aun cuando hubiese sobrevivido al conde de Horn. Pero el rey de Inglaterra, faltando a la palabra dada por designio, no puede encontrar excusa por haber dejado para después de la muerte, la ejecución de su deslealtad; como tampoco el arquitecto de que nos habla Heródoto<sup>1</sup>, el cual guardó lealmente durante toda su vida el secreto del lugar en que se encontraban los tesoros del rey de Egipto, su señor, y al morir lo descubrió a sus hijos.

He visto algunos hombres que en vida retuvieron a sabiendas intereses ajenos, disponerse a entregarlos por su testamento, después de su muerte. Con semejante proceder nada hacen de eficaz, ni al aplazar cosa tan urgente, ni al pretender borrar falta tan grave mediante sacrificio tan escaso. Este debe ser mayor cuanto que pagan a regañadientes; su satisfacción debe ser más justa y meritoria: la penitencia exige el sacrificio. Todavía son más dignos de reprehensión los que guardan la declaración de alguna odiosa voluntad hacia el prójimo para sus últimos instantes, habiéndola ocultado toda su vida; dan éstos muestra de estimar en poco su propio honor, irritando al ofendido contra su memoria, y menos todavía su conciencia, no habiendo sabido hacer extin-

<sup>1</sup> HERODOTO, II, 121.



ocurre precisamente lo contrario. Cuando el caballo escapa solo, toma cien veces más carrera que cuando el jinete lo conduce; mi espíritu ocioso engendra tantas quimeras, tantos monstruos fantásticos, sin darse tregua ni reposo, sin orden ni concierto, que para poder contemplar a mi gusto la ineptitud y singularidad de los mismos, he comenzado a ponerlos por escrito, esperando con el tiempo que se avergüence al contemplar imaginaciones tales.

## CAPITULO VIII

## DE LA OCIOSIDAD

COMO vemos los terrenos baldíos, si son fecundos y fértiles, poblarse de mil suertes de hierbas espontáneas e inútiles, y que para que produzcan provechosamente es preciso cultivarlos y sembrarlos de determinadas semillas para nuestro servicio; y así como vemos a las mujeres producir solas montones informes de carne, y que para que resulte una generación provechosa y natural es necesario depositar en ellas otra semilla, así acontece con los espíritus; si no se los ocupa en labor determinada que los sujete y contraiga se lanzan desordenadamente en el vago campo de las fantasías,

Sicut aquæ tremulum labris ubi lumen ahenis  
Sole repercussum, aut radiantis imagine lunæ,  
Omnia pervolitat late loca; jamque sub auras  
Erigitur, summique ferit laquearia tecti<sup>1</sup>;

y no hay ensueño ni locura que el entendimiento no engendre en agitación semejante:

Velut ægri somnia, vanæ  
Finguntur species<sup>2</sup>.

El alma se pierde cuando no tiene un fin establecido, pues como suele decirse, estar en todas partes no es encontrarse en ninguna.

Quisquis ubique habitat, Maxime nusquam habitat<sup>3</sup>.

Yo, que últimamente me he recogido en mi casa decidido en cuanto de mi voluntad dependa a pasar en reposo y solo la poca vida que me queda, parecióme no poder prestar beneficio mayor a mi espíritu que dejarlo en plena libertad, abandonado a sus propias fuerzas, que se detuviese donde tuviera por conveniente, con lo cual esperaba que pudiera en lo sucesivo adquirir mayor madurez; mas yo creo que, como

Variam semper dant otia mentem<sup>4</sup>,

<sup>1</sup> Así cuando en un vaso de bronce una onda agitada refleja la imagen del sol o los pálidos rayos de la luna, la luz voltea incierta, se eleva, descende y hiere el artesonado techo con sus movibles reflejos. HORACIO, *Arte poética*, 7.

<sup>2</sup> Forjándose quimeras que semejan a los ensueños de un enfermo. *Eneida*, VIII, 22.

<sup>3</sup> Montaigne traduce este verso antes de citarlo. Marcial T., VII, epígrafe 73.

<sup>4</sup> El espíritu se extravía en la ociosidad, engendrando mil ideas diferentes. LUCANO, IV, 704.





## CAPITULO IX

### DE LOS MENTISOSOS

NO hay ningún hombre más desacertado que yo para hablar de memoria, pues es tan escasa la que tengo que no creo que haya en el mundo nadie a quien falte más que a mí esta facultad. Todas las demás son en mí viles y comunes, pero en cuanto a memoria me creo un ente singular y raro, digno de ganar reputación y nombradía. Además de la falta natural que experimento (en verdad vista su necesidad, Platón hace bien en nombrarla diosa grande y poderosa), si en mi país quieren señalar a un hombre falto de sentido, dicen de él que no tiene memoria; cuando me quejo de la falta de la mía me reprenden y no quieren creerme, como si me acusara de falta de sensatez: no establecen distinción alguna entre memoria y entendimiento, lo cual agrava mi situación, pero no me perjudica, pues por experiencia se ve que las memorias excelentes suelen acompañar a los juicios débiles. Equivócanse también no haciéndome justicia, en el respecto siguiente: quien como yo no sabe hacer bien nada, aparte de ser excelente amigo, ve que para ellos las mismas palabras que acusan mi enfermedad representan la ingratitud; forman idea de mi afición por mi memoria, y de un defecto natural hacen un defecto de conciencia: "Olvidó, dicen, esta súplica o esta promesa; no se acuerda de sus amigos; no se ha acordado de decir, hacer o callar esto o aquello por la estimación que me tiene." A la verdad, yo puedo fácilmente olvidar, pero dejar de cuidarme del encargo que un amigo me ha confiado, no lo hago nunca. Que se disimule, pues, mi defecto, sin hacerlo consistir en malicia y mucho menos en una malicia que se opone abiertamente a mi carácter.

Algo me sirve de consuelo en esta falta de memoria el convencimiento de que es un mal de que me valgo para corregir otro peor, que fácilmente hubiera germinado en mí y el cual es la ambición, pues no puede soportar la falta de memoria quien está sumido en los negocios del mundo. Como rezan varios ejemplos semejantes del progreso de la naturaleza, la ausencia de memoria ha fortificado en mí otras facultades a medida que ésa me ha faltado; de tener buena memoria fácilmente seguiría las huellas ajenas, mi espíritu languidecería por no ejercer sus propias facultades, como suele hacer casi todo el mundo, que se sirve de las extrañas opiniones por tenerlas presentes en la mente; mi discurso por la misma razón tampoco es muy extenso ni dilatado, pues sólo merced a la memoria se almacenan las especies que el juicio no procura. Si me hallara favorecido por tal facultad hubiera ensordecido a mis amigos con mi charla; los asuntos, al despertar en mí la facultad que yo poseo de manejarlos y emplearlos, alargarían en demasía mis disertaciones. Es cosa lamentable, yo lo veo por algunos de mis amigos, a medida que la memoria les representa el caso de que hablan por todas sus fases, retroceden en su na-

rración, cargándola con tan inútiles detalles, que si lo que refieren es interesante, ahogan todo el interés; y si no lo es, hay tanta razón para maldecir de su feliz memoria como de su juicio desdichado. Es cosa harto difícil cerrar una relación y cortarla una vez que se ha comenzado; nada hay que mejor pruebe la fuerza de un caballo que el que se pare neto y en redondo. Aun entre las personas dotadas de tacto veo muchas que quieren y no pueden apartarse de la carrera emprendida, mientras buscan el punto para cerrar el paso: marchan faramalleando y arrastrándose como hombres que sucumben de debilidad. Sobre todo son peligrosos los viejos en quienes permanece vivo el recuerdo de las cosas pasadas y que perdieron la memoria de sus repeticiones. He visto relaciones muy agradables convertirse en aburridas en la boca de un anciano, porque cada uno de los circunstantes las había oído cien veces por lo menos.

La segunda ventaja de la falta de memoria consiste en recordar menos las ofensas recibidas; como decía Cicerón, para ello sería menester un protocolo. Darío, para no echar en olvido la ofensa que había recibido de los atenienses, hacía que un paje le repitiera al oído tres veces, siempre que se sentaba a la mesa: "Señor, acordaos de los atenienses." Además, los lugares y libros que veo por segunda o tercera vez, se me ofrecen siempre como una novedad.

No sin razón se dice que quien no se sienta fuerte de memoria debe apartarse de la mentira. Bien sé que los retóricos establecen diferencia entre mentir y decir mentira; aseguran que decir mentira es decir cosa falsa que se tomó por verdadera; y que la definición de la palabra mentir, en latín, de donde nuestra lengua la ha tomado, vale tanto como ir contra su conciencia, y que, por consiguiente, esto no se relaciona sino con los que dicen algo contrario a lo que saben, a los cuales me refiero. Ahora bien, éstos o lo inventan todo a su guisa, o alteran y trastornan aquello que es verdadero. Cuando cambian y desfiguran una cosa, al ponerla en su lugar un interlocutor, es difícil que se desconcierten, en atención a que su idea, tal cual es, habiéndose acomodado primeramente en su memoria e impreso en ella por la vía del conocimiento y de la ciencia, es difícil que no se presente a la imaginación desalojando la falsedad, que no puede tener el pie tan seguro ni asentado, y las circunstancias del primer aprendizaje, esparciéndose de diversas suertes en el espíritu, tampoco hacen perder el recuerdo de la parte falsa o bastarda. En aquellos otros que inventan fondo y forma, como no hay ninguna impresión contraria que choque a su falsedad, tanto menos semejan equivocarse. De todos modos acontece que, como la mentira es un cuerpo vano y sin fundamento, escapa fácilmente a la memoria, si ésta no es fuerte y bien templada. De lo cual he tenido experiencia frecuente en casos graciosos ocurridos a expensas de los que forman constantemente el propósito de ser de la misma opinión de la persona a quien hablan, bien en los asuntos que negocian, bien por dar satisfacción a los grandes; pues estas circunstancias en las cuales quieren prescindir de su fe y de su conciencia, estando sujetas a cambios frecuentes, preciso es que sus palabras se diversifiquen a medida que aquéllas cambian, de donde resulta que tratándose de la misma cosa, unas veces dicen gris, otras amarillo; a una persona de un modo, a otra de manera distinta. Y si por fortuna esta clase de hombres acomodan opiniones tan contrarias, ¿en qué se convierte tan hermoso arte? ¡A más de que imprudentemente ellos mismos se desconciertan con tanta frecuencia! Porque, ¿de qué memoria no habrían menester para acordarse de tantas formas diversas como forjaron de un mismo asunto? En mi tiempo he visto envidiar a algunos esta clase de habilidad, los cuales no ven que si la reputación la acompaña, ésta carece de todo fundamento.

## CAPITULO X

## DEL HABLAR PRONTO O TARDIO

No a todos fueron concedidos todos los dones<sup>1</sup>.

NO a todos fueron concedidos todos los dones; así vemos que entre los que poseen el de la elocuencia, unos tienen la prontitud, facilidad y réplica tan oportunas, que en cualquiera ocasión están prestos a la respuesta; otros, menos vivos, nunca hablan nada que antes no hayan bien meditado y reflexionado.

Así como se recomienda a las damas los juegos y ejercicios corporales que contribuyen al acrecentamiento de su belleza, si yo tuviese que aconsejar qué género de elocuencia de las dos citadas conviene más al predicador y al abogado, entiendo que el que no sea improvisador es más apto para orador sagrado, y que, al que por el contrario lo es, conviene la abogacía. El orador sagrado dispone siempre del tiempo necesario para preparar sus oraciones, y sus discursos no son nunca interrumpidos; el abogado tiene por necesidad que improvisar y ser apto para la polémica. Sin embargo, en la entrevista del papa Clemente con el rey de Francia, ocurrió que el señor Poyet, hombre adiestrado en el foro y tenido en gran reputación como abogado, recibió la comisión de pronunciar una arenga ante el papa, y habiéndola bien premeditado de antemano (algunos dicen que ya la traía redactada de París), el mismo día que tenía que pronunciarla, el pontífice temió que el orador no estuviese todo lo prudente que era menester y que pudiera ofender a los embajadores de los demás príncipes que le rodeaban; en esta creencia el papa mandó al rey el argumento del discurso que le parecía más apropiado a las circunstancias, y que era en todo contrario al del discurso preparado por el señor Poyet; de modo que la arenga de éste fue ya inútil y le era necesario pronunciar la otra, de lo cual, sintiéndose incapaz el abogado fue preciso que el cardenal del Bellay hiciese de orador en la ceremonia. La labor del abogado es menos viable que la del predicador, sin embargo de lo cual, tal es al menos mi opinión, encontramos mejores abogados que predicadores, a lo menos en Francia. Parece que es más adecuada labor del espíritu la improvisación y el repentizar, y tarea más apta del juicio la lentitud y el reposo. Quien permanece mudo si carece de tiempo para preparar su discurso y aquel a quien el tiempo no procura ventajas de hablar mejor se encuentran en igual caso.

Cuéntase que Severo Casio hablaba mejor sin preparación alguna; que debía más a la fortuna que a la actividad y diligencia de su espíritu, y que sacaba gran partido cuando le interrumpían. Temían sus adversarios mortificarle de miedo que la cólera no duplicara la fuerza de su elocuencia. Esta

<sup>1</sup> Verso de un soneto de La Boétie.

cualidad de algunos hombres la conozco yo por experiencia propia; acompaña siempre a aquellos que no pueden sostener una meditación continuada, y en tales naturalezas lo que libremente y como jugando no se produce, tampoco se alcanza por ningún otro medio. De algunos otros decimos que denuncian el aceite y la lámpara, por cierta aridez y rudeza que la labor imprime en las partes laboriosas del ingenio. Además de esto, el deseo de trabajar con acierto y el recogimiento del espíritu, demasiado en tensión y circunscripto en su empresa, hácenle encontrar dificultades, como acontece cuando el agua pugna por salir de un depósito que rebasa y no es bastante grande el boquete de desagüe. A los que poseen aquella cualidad ocurreles a veces que no han menester estar conmovidos ni mortificados por sus pasiones para llegar a la elocuencia, como acontecía a Casio, pues tal estado sería demasiado tirante; tal género de elocuencia necesita que el orador no sea agitado, sino más bien solicitado; precisa el calor y que las facultades se despierten por las ocasiones inesperadas y fortuitas. Esta elocuencia, abandonada a sí misma se arrastra y languidece; la agitación constituye su vida y su encanto. En la natural disposición de mi espíritu no me encuentro en mi elemento; lo imprevisto tiene más fuerza que yo; la ocasión, la compañía, el tono mismo de mi voz sacan más partido de mi espíritu que el que yo encuentro cuando a solas lo sondeo y ejercito. De modo que en mí las palabras aventajan a los escritos, si es que puede haber elección ni comparación posibles en cosas de tan poca monta. Suele acontecerme también que la inspiración me favorece más que el raciocinio. En ocasiones escribiendo se me escapa alguna sutileza (bien se me alcanza: insignificante al entender de otro, puntiaguda para el mío; dejemos tales distingos, cada cual habla del ingenio, según la fuerza del suyo), y luego no sé lo que con ella quise decir; a veces cualquiera otro descubre su sentido antes que yo. Si suprimiera todas las frases en que tal me acontece, apenas si dejaría ninguna transcrita. La casualidad me hará ver luego claramente su alcance, generalmente más claro que la luz del mediodía, y contribuirá a que yo mismo me asombre de mi incertidumbre.

CAPITULO XI

DE LOS PRONOSTICOS

POR lo que toca a los oráculos, mucho tiempo antes de la venida de Jesucristo habían comenzado ya a caer en descrédito. Cicerón pretende buscar la causa de este decaimiento, y dice: *Cur isto modo jam oracula Delphis, non eduntur, non modo nostra ætate, sed jamdiu; ut nihil possit esse contemptius?*<sup>1</sup> Pero en cuanto a los demás pronósticos, que tenían por fundamento la anatomía de los animales muertos en los sacrificios, y cuya constitución interna, según Platón, dependía de los augurios que de ellos se alcanzaban, al patear de las gallinas, al vuelo de las aves (*Aves quasdam... rerum augurandarum causa natas esse putamus*),<sup>2</sup> a los rayos, al curso de los ríos (*Multa cernunt aruspices, multa augures provident, multa oraculis declarantur, multa vaticinationibus, multa somniis, multa portentis*),<sup>3</sup> y otros en que la antigüedad fundamentaba la mayor parte de las empresas que acometía, así públicas como privadas, nuestra religión los ha abolido. Quedan, sin embargo, entre nosotros todavía algunos medios de adivinación por medio de los astros, los espíritus, las figuras corporales, los sueños y otras cosas; todos los cuales acreditan la curiosidad furiosa de la humana naturaleza, que se preocupa de las cosas venideras como si no tuviera bastante con digerir las presentes:

Cur hanc tibi, rector Olympi,  
Sollicitis visum mortalibus addere curam  
Noscant venturas ut dira per omina clades?

Sit subitum, quodcumque paras; sit cæca futuri  
Mens hominum fati; liceat sperare timenti<sup>4</sup>.

*Ne utile quidem est scire quid futurum sit; miserum est enim nihil*

<sup>1</sup> ¿Por qué en nuestros días, y aun antes, no se confía ya en tales oráculos? ¿Existe algo que se desdena tanto como el trípode de Delfos? CICERON, *de Divinat.*, II, 57.

<sup>2</sup> Creemos que hay aves que nacen expresamente para servir al arte de los augures. CICERON, *de Nat. deor.*, II, 64.

<sup>3</sup> Los arúspices ven muchas cosas; los augures prevén también un número importante; muchos sucesos son anunciados por los oráculos y otros por los adivinos, por los sueños y por los prodigios. CICERON, *de Nat. deor.*, II, 65.

<sup>4</sup> ¿Por qué, soberano maestro de los dioses, añadiste a las desdichas de los humanos esta triste inquietud? ¿Por qué hacerles conocer mediante horribles presagios sus desastres futuros? ¡Haz que nuestros males nos cojan de improviso, que el porvenir sea desconocido para el hombre, y que éste pueda al menos esperar temblando! LUCANO, II, 4, 14.

*proficientem angis*<sup>1</sup>. He aquí por qué el ejemplo de Francisco, marqués de Saluzzo, me parece muy digno de consideración: mandaba éste las tropas del rey Francisco en Italia, y había sido muy favorecido por nuestra corte y por el monarca, a quien debía la merced del marquesado, que fue confiscado a su hermano. No teniendo ocasión de cambiar de bando, y careciendo además de razón para ello, la misma afección que profesaba al rey se lo impedía, se dejó influir tan fuertemente por los pronósticos que corrían por todas partes en provecho de Carlos V, y en desventaja nuestra (hasta en Italia, donde estas profecías habían encontrado tantos crédulos, que en Roma por esta creencia de nuestra ruina se perjudicaron nuestros fondos públicos), después de condolerse con frecuencia antes los suyos de los males que veía certerse sobre la corona de Francia, y también ante sus amigos, se decidió a cambiar de partido, en su daño, sin embargo, sea cual fuere la constelación que hubiera contemplado. Pero condújose cual hombre trabajado por pasiones encontradas, pues disponiendo a su arbitrio de fuerzas y ciudades, teniendo el ejército enemigo, que mandaba Antonio de Leyva, cerca de él, y las tropas francesas sin la menor sospecha de traición, no perdimos, a pesar de todo, ni un solo hombre. Sólo nos enajenaron la ciudad de Fossano, y eso después de habérsela disputado durante largo tiempo.

Prudens futuri temporis exitum  
Caliginosa nocte premit Deus;  
Ridetque, si mortalis ultra  
Fas trepidat.  
..... Ille potens sui,  
Lætusque deget, cui licet in diem  
Dixisse: VIXI; cras vel atra  
Nube polum pater occupato  
Vel sole puro<sup>2</sup>.

Lætus in præsens animus, quod ultra est  
Odesit curare<sup>3</sup>.

Se engañan los que creen en el principio siguiente de Cicerón: *ista sic reciprocantur, ut et, si divinatio sit, dii sint; et, si dii sint, sit divinatio*<sup>4</sup>. Con más razón dice Pacuvio:

Nam istis qui linguam avium intelligunt,  
Plusque ex alieno jecore sapiunt quam ex suo,  
Magis audiendum quam auscultandum censeo<sup>5</sup>.

<sup>1</sup> Nada se gana con saber lo irremisible, pues es una desdicha atormentarse en vano. CICERON, *de Nat. deor.*, III, 6.

<sup>2</sup> Los dioses dejan por prudencia en la oscuridad más tenebrosa los acontecimientos venideros, y se rien del mortal que lleva sus inquietudes más lejos de lo que debe... Sólo quien es dueño de sí mismo, es feliz; sólo es dichoso quien puede decir cada día: *he vivido*, que mañana Júpiter empañe la atmósfera con tristes nubes o nos conceda un día sereno. HORACIO, *Odas*, III, 29 y siguientes.

<sup>3</sup> Un espíritu satisfecho del presente, se guardará bien de inquietarse por el porvenir. HORACIO, *Odas*, II, 16, 25.

<sup>4</sup> He aquí su dilema: si existe la adivinación, hay dioses; si hay dioses, hay adivinación. CICERON, *de Divin.*, I, 6.

<sup>5</sup> Por lo que toca a los que comprenden el lenguaje de las aves y a los que consultan el hígado de un animal mejor que su propio raciocinio, entiendo yo que vale más oírlos que creerlos. PACUVIO, *apud CIC.*, *de Divin.*, I, 57.

El tan celebrado arte de adivinación de los toscanos nació del modo siguiente. Un labrador que araba un campo vio surgir de la tierra a Tages, semidiós de rostro infantil, pero de senil prudencia. Cada cual acudió al lugar del hallazgo, y las palabras y ciencia del ídolo, que encerraban los principios de adivinación, fueron cuidadosamente recogidas y guardadas por espacio de muchos siglos. Por lo que a mí toca, mejor preferiría gobernar mis actos por la suerte de los dados que en virtud de patrañas semejantes. En todos los Estados se ha dejado siempre a la fortuna una buena parte en la gobernación de los negocios. Platón, en su tratado de política, achaca a aquélla la solución de muchos casos importantes; quiere, entre otras cosas, que los matrimonios se hagan echando la suerte entre los buenos, y da tanta importancia a esta elección fortuita, que ordena que los hijos nacidos de matrimonios honrados sean educados en el país, y los nacidos de matrimonios malos sean conducidos fuera. Si alguno de éstos mejora de condición, puede reintegrarse al país, y si los buenos empeoran de naturaleza, puede desterrárselos.

Hay quien estudia y comenta los calendarios para explicarse el presente y adivinar el porvenir; y diciéndolo todo, no es peregrino que enuncie la verdad y la mentira: *quis est enim, qui totum diem jaculans, non aliquando collimeet*<sup>1</sup>. No los tengo por más veraces porque alguna vez acierten. Sería ir por mejor camino que hubiese una regla para equivocarse siempre, pues a nadie se le ocurre tomar nota de sus desdichas cuanto éstas son más ordinarias y frecuentes, y se decanta mucho lo que por rara casualidad se adivina, porque esta circunstancia tiene mucho de rara, increíble y prodigiosa. Diágoras, sobrenombrado el ateo, respondió del modo siguiente, estando en Samotracia, a alguien que le mostró en un templo muchas ofrendas y cuadros llevados por gentes que se habían salvado de un naufragio:

“Y qué pensáis ahora, dijéronle, vosotros que creéis que los dioses menosprecian ocuparse de las cosas humanas, ¿qué decís de tantos hombres salvados por su ayuda? — Es bien sencillo, contestó; ahí no se ven sino las ofrendas de los que se libraron; las de los que perecieron, que fueron en mayor número, no figuran para nada.”

Dice Cicerón, que sólo Jenófanes, colofonio, entre todos los filósofos que reconocieron la existencia de los dioses, intentó desarraigatoda suerte de adivinación. No es por tanto peregrino que hayamos visto algunas veces en su daño a algunos espíritus elevados, detenerse en bagatelas semejantes. Yo hubiera querido reconocer por mis propios ojos aquellas dos maravillas: el libro de Joaquín, abad, calabrés que predecía todos los papas venideros, así como sus nombres y fisonomías, y el de León, el emperador, que predecía los patriarcas y emperadores griegos. Con mis propios ojos he tenido ocasión de advertir que en los trastornos públicos, los hombres poco seguros de sus fuerzas, se lanzan, como en otra superstición cualquiera, a buscar en el cielo la causa de su mal por acciones reprochables; y son tan peregrinamente dichosos, que de la propia suerte que los espíritus agudos y ociosos, los que están dotados del arte sutil de acomodar misterios y de descifrarlos, serían capaces de encontrar en los escritos cuantas ideas apetecieran, pues facilita maravillosamente tal designio el lenguaje obscuro, ambiguo y fantástico de la jerga profética, al cual sus autores no dan ningún sentido claro a fin de que la posteridad pueda aplicarle el que mejor la acomode.

El demonio de Sócrates era acaso un cierto impulso de su voluntad que se apoderaba de él sin el dictamen de su raciocinio; en un alma tan bien go-

<sup>1</sup> Si se tira todo el día a la suerte, alguna vez se ha de acertar. CICERÓN, *de Divin.*, 2, 59.

bernada como la de este filósofo, y tan depurada por el no interrumpido ejercicio de la templanza y la virtud, verosímil es que tales inclinaciones, aunque temerarias y severas, fueran siempre importantes y dignas de llegar al fin. Cada cual siente en sí mismo algún amago de esas agitaciones a que da margen un impulso pronto, vehemente y fortuito. A tales impulsos doy yo más autoridad que a la reflexión, y los he experimentado tan débiles en razón y violentos en persuasión y disuasión, como frecuentes eran en Sócrates; por ellos me dejo llevar tan útil y felizmente que podría decirse que encierran algo de la inspiración divina.

## CAPITULO XII

## DE LA CONSTANCIA

LA ley de resolución y firmeza no nos ordena que dejemos de evitar, en tanto que de nuestras fuerzas dependa, los males y desdichas que nos amenazan ni por consiguiente que abandonemos el temor de que nos sorprendan; muy al contrario, todos los medios lícitos para librarnos de nuestros males son, no solamente permitidos, sino también laudables. La constancia consiste principalmente en soportar a pie firme las desdichas irremediables. Por manera que no hay esfuerzo alguno que no encontremos excelente si nos sirve para preservarnos del golpe que nos amenaza.

Algunos pueblos belicosos apelaban en los combates a la fuga como principal ventaja, volviendo la espalda al enemigo con más peligro para éste que haciéndole frente: los turcos tienen algo de esta costumbre. Sócrates en un diálogo de Platón se burla de Laches, quien defendía el valor diciendo "que consistía en mantenerse firme en su puesto contra el adversario". ¿Pues qué, responde el filósofo, sería acaso cobardía derrotar al enemigo dejándole un lugar? y apoya su dicho con la autoridad de Homero, que alaba en Eneas la ciencia de huir. Y como Laches, volviendo de su acuerdo, reconoce tal costumbre en los escitas y generalmente en las fuerzas de caballería, Sócrates alega a su vez el ejemplo de la infantería lacedemonia, nación hecha más que ninguna a combatir a pie firme, que en la jornada de Platea, no pudiendo conseguir abrir la falange persa, deliberó desviarse y permanecer atrás, para simular así una falsa huida y conseguir romper y disolver las fuerzas persas, persiguiéndolas, estratagemas que les valió la victoria.

Refiérese de los escitas que cuando Darío fue a subyugarlos hizo al rey de los mismos muchos reproches porque le veía retroceder ante él evitando así un encuentro. A lo cual repuso Indathyrtes, que así se llamaba el monarca, que no procedía así por temor a Darío ni a hombre viviente, sino que aquélla era simplemente la manera de marchar de su ejército, puesto que no tenía tierras cultivadas, ciudades ni casas que defender, ni de que el enemigo pudiera apoderarse; pero que si tanta era su voluntad de atacarle, que se aproximara para estar de cerca el sitio de sus antiguas sepulturas, y que allí tendría con quien entenderse a sus anchas.

Sin embargo, en los cañoneos es peligroso moverse del lugar que se ocupa por el temor del disparo, tanto más cuanto que por la violencia y rapidez lo tenemos por inevitable; y más de uno hubo que por haber alzado la mano o bajado la cabeza, hizo reír por lo menos a sus compañeros. No obstante, en la expedición a Provenza que contra nosotros emprendió el emperador Carlos V, el marqués de Guast, hallándose reconociendo la villa de Arlés y habiendo abandonado el abrigo que le proporcionara un molino de viento, a favor del cual se había aproximado, fue advertido por los señores de Bonneval y por el

senescal de Agenois, que se paseaban por las arenas, quienes le mostraron al señor de Villiers, comisario de la artillería, el cual le apuntó y disparó con tanto acierto una culebrina, que sin que el marqués viese que disparaban contra él se echó a un lado, gracias a lo cual no fue herido. Algunos años antes, Lorenzo de Médicis, duque de Urbino, padre de Catalina, en ocasión que sitiaba a Mandolfo, plaza de Italia, situada en las tierras que llaman del Vicariado, viendo poner fuego a una pieza que se hallaba frente a él, tuvo el buen acuerdo de agacharse; de no haberlo hecho así, el disparo que le pasó rozando por la cabeza, le hubiera dado en el vientre. A decir verdad, yo no creo que estos movimientos sean reflexivos; pues ¿qué materia de reflexión puede haber en la mira alta o baja en cosa tan instantánea? Mayor razón hay para creer que la fortuna favorece el espanto unas veces, pero otras con los movimientos del cuerpo más bien se recibe el disparo que se evita. Yo no puedo remediarlo: si el ruido de un arcabuzazo hiere de improviso mis oídos, me estremezco, lo cual he visto que acontece a otros que son más valientes que yo.

Los estoicos no entienden que el alma de sus discípulos pueda dejar de resistir a las primeras visiones y fantasías que la asaltan; consienten que como ante una sujeción natural, se sobrecoja por ejemplo ante la tempestad del cielo, o de un edificio que se derrumba, hasta la palidez y la contracción; y lo mismo ante las otras pasiones, siempre y cuando que el juicio permanezca salvo y entero, y que su razón permanezca intacta, sin alteración alguna, sin prestar ningún albergue al sufrimiento ni al espanto. En cuanto al que no es filósofo acontece lo mismo en la primera parte, pero diversamente en la segunda, pues la impresión que las pasiones procuran, de ningún modo es en él superficial, sino que va penetrando hasta el lugar donde la razón se encuentra, infeccionándola y corrompiéndola; juzga al tenor de las pasiones que le trabajan y sus acciones se conforman con ellas. Ved de un modo concluyente cuál es el estado del estoico:

Mens immota manet; lacrymæ voluntur inanes<sup>1</sup>.

El peripatético no se libra de las perturbaciones, pero las modera.

<sup>1</sup> Lloro, mas su espíritu permanece inalterable; ruedan en vano las lágrimas. *Eneida*, IV, 449.

### CAPITULO XIII

#### CEREMONIAS DE LA ENTREVISTA DE REYES

NO hay asunto por insignificante que sea que no merezca figurar en esta rapsodia. En nuestros usos ordinarios de la vida sería falta de cortesía, tratándose de un igual y más todavía tratándose de un superior, no encontrarse en su casa cuando aquéllos nos anunciaron de antemano visitarnos. La reina de Navarra advierte a este propósito, que es faltar a la buena usanza el que un noble abandone su casa, como suele hacerse con frecuencia, por anticiparse a quien va a visitarles por grandes títulos que éste tenga, y que es más respetuoso y urbano esperarle para acogerle, aunque no fuese más que por temor de equivocarse de camino, y que basta con acompañarle cuando acabó su visita. Yo suelo olvidarme de ambas cosas, que tengo por vanos oficios, y en mi casa hago cuantas economías me son posibles en lo tocante a fórmulas y ceremonias. Si alguien se ofende, me resigno. Mejor es que yo le ofenda una vez sola, que yo lo sea todos los días, lo cual fuera una perpetua sujeción. ¿Para qué entonces evitar la servidumbre palaciega si uno la lleva a su propio asilo? Es también una prescripción recibida en todas las juntas que a los miembros menos importantes correspondió hallarse los primeros en el lugar designado, con tanta más razón cuanto que a los de mayor categoría corresponde hacer esperar.

No obstante, en la entrevista del pontífice Clemente y del rey Francisco, en Marsella, éste ordenó todos los requisitos necesarios para el recibimiento y se alejó de la ciudad, dejando así al papa dos o tres días para que efectuase su entrada, antes de que el propio soberano se encontrara junto a él. Del propio modo, cuando el papa y el emperador celebraron una entrevista en Bolonia, el segundo dio lugar a aquél para que se hallase el primero, llegando el emperador después de él. Es costumbre generalmente aceptada en las entrevistas de tales príncipes, que el de mayores prendas se encuentre antes que los demás en el lugar señalado, aun tratándose de la propia casa del mismo en que la reunión tiene lugar, y para ello se fundan en que tal proceder testifica que es el de mayor categoría a quien los inferiores van a buscar, saliéndoles al encuentro.

No ya cada país, sino cada ciudad y cada profesión tienen usanzas y ceremonias que les son peculiares. Yo he sido en mi niñez educado con todo esmero y he vivido siempre en la buena sociedad; no desconozco, por tanto, las leyes de la cortesía francesa y hasta podría enseñarlas. Me gusta practicarlas y seguirlas, pero no tan servilmente que mi vida y costumbres padezcan por ello: hay fórmulas penosas que deben dejar de practicarse por discreción, mas nunca por ignorancia; en este caso no se es por ello menos urbano. He conocido muchos hombres descorteses por su exceso de cortesía, a quienes el ser demasiado formulistas hacía importunos por todo extremo.

Por lo demás, es un conocimiento muy útil el del trato de gentes. Como la belleza y la gracia, nos hace ganar, desde luego, las simpatías de los demás, y así nos adiestra por el ejemplo de los otros, como nos consiente producir el nuestro.

### CAPITULO XIV

#### DEL CASTIGO POR OBSTINARSE SIN FUNDAMENTO EN LA DEFENSA DE UNA PLAZA

LA valentía, como todas las demás buenas prendas, tiene sus límites; traspuestos éstos, el hombre se encuentra en mal camino, de tal suerte, que un exceso de valor conduce a la temeridad, obstinación y locura a quien no conoce los linderos del bien obrar, no fáciles, en verdad, de precisar. Nace de este principio la costumbre de castigar en nuestras guerras, a veces con la muerte, a los que se obstinan en defender una plaza que, según los principios de la ciencia militar, debe ser abandonada. Si tal costumbre no se practicara, la impunidad de la acción fuera causa de que cualquier bicoca<sup>1</sup> bastase a detener un ejército.

El condestable de Montmorency en el cerco de Pavía estuvo encargado de atravesar el Tesino para instalarse en los barrios de San Antonio; oponiéndose a la realización de la orden una torre con gente armada que había en el extremo del puente, y que se defendió obstinadamente hasta la derrota. El condestable hizo ahorcar a todos los que se hallaban dentro de la fortaleza. Después de este hecho, el propio condestable acompañando al delfín en el viaje que éste llevó a cabo del otro lado de la frontera, habiéndose apoderado por la fuerza de las armas, del castillo de Villane, todo lo que guardaba la fortaleza fue destruido por la furia de sus soldados, menos el capitán y el enseña, a quienes hizo ahorcar y estrangular por su obstinación. Igual conducta siguió el capitán Martín del Bellay, siendo gobernador de Turín, en esta misma ciudad: el capitán San Bony y todas sus gentes fueron muertos en la toma de la plaza.

Porque la idea del valor o cobardía del lugar se juzgan por la estimación y contrapeso de las fuerzas sitiadoras (pues tal haría cuerda frente a dos culebrinas que cometería la locura de no retirarse a treinta cañones), en la cual idea entra también la grandeza del príncipe conquistador, su reputación y el respeto que le rodea, se corre el riesgo de inclinar un poco la balanza de este lado, y acontece por ello que algunos tienen formada tan grande idea de sí mismos y de los medios con que cuentan, que no pareciéndoles ni verosímil que haya nada capaz de hacerles frente, pasan a cuchillo allí donde encuentran resistencia mientras les dura la buena fortuna, como se ve por las fórmulas de intimación y desafío que empleaban los príncipes de Oriente y sus sucesores actuales, fiera y altiva e inspirada por un despotismo bárbaro. En el lugar por donde los portugueses comenzaron la conquista de las Indias, encontraron algunos Estados en los cuales se practicaba la siguiente ley universal e inviolablemente: el enemigo que había sido vencido en presencia del rey o del lugarteniente de éste, no tenía ningún derecho a gracia ni rescate.

Es preciso, sobre todo, guardarse, a poder hacerlo, de caer en manos de un juez enemigo, victorioso y armado.

<sup>1</sup> Fortificación pequeña y de poca defensa. DIC. DE LA ACAD.

de Fuenterrabía por el mariscal de Chabannes, en sustitución del señor del Lude, entregó la plaza a los españoles. Por tal proceder fue condenado a la degradación, y despojado de nobleza; y así su persona como la de sus descendientes declaradas plebeyas, como tales sometidas a impuesto e inhabilitadas, para el ejercicio de las armas. La sentencia fue ejecutada en Lyon. Análogo castigo sufrieron después todos los nobles que se hallaron en Guisa, cuando entró en esta plaza el conde de Nansau, y la misma pena se aplicó a otros más tarde. De todos modos, cuando existe una falta grosera, demostrada, de ignorancia o cobardía, que sobrepase lo ordinario, hay razón para tomarla como prueba suficiente de maldad y malicia y para castigarla como tal.

## CAPITULO XV

## CASTIGO DE LA COBARDIA

A UN príncipe que era al propio tiempo valeroso capitán he oído sostener el principio de que no es lícito por cobardía condenar a muerte a un soldado, con motivo de haberle referido, en ocasión en que se hallaba en un banquete el proceso del señor de Vervins, quien fue condenado a la última pena por haber hecho entrega al enemigo de la plaza de Bolonia. Es lógico que se establezca diferencia entre las culpas que tienen su origen en nuestra debilidad y las que provienen de nuestra malicia; pues en estas últimas sujetámonos a nuestro proceder, contraviniendo los principios de la razón que la naturaleza imprimió en nosotros; y en aquéllas, como que podemos testimoniar en nuestro abono la misma naturaleza que nos hizo proceder con flojedad y desacierto. Por manera que, muchos han sido de opinión que el castigo sólo debía aplicarse a las faltas cometidas contra nuestra conciencia, y en este precepto se halla fundada en parte la opinión de los que se oponen a que se condene a muerte a los heréticos y descreídos, como también la que establece que no se hagan responsables a un juez o a un abogado de las faltas que por ignorancia cometieren.

Mas por lo que a la cobardía toca, es lo cierto que la manera más frecuente de castigarla es la vergüenza e ignominia. Créese que tal pena fue impuesta primeramente por el legislador Carondas, y que antes de éste las leyes griegas imponían la muerte a los que habían huido en una batalla. Este legislador ordenó que los cobardes fuesen por espacio de tres días expuestos en la plaza pública, vestidos de mujer, esperando por tal medio que con la vergüenza y deshonra recobrasen el valor que habían perdido. *Suffundere malis hominis sanguinem, quam effundere*<sup>1</sup>. Parece que las leyes romanas imponían también la muerte a los que incurrían en el delito de huida; pues Amiano Marcelino dice que el emperador Juliano condenó a diez de sus soldados que volvieron la espalda en un encuentro con los partos, a la pena de degradación y luego a la de muerte, según las leyes antiguas, como asegura aquel historiador. En otro pasaje, sin embargo, dice que se condenaba a los que huían solamente a que permaneciesen entre los prisioneros, detrás del ejército, bajo la enseña del bagaje. El duro castigo que aplicó el pueblo romano a los soldados que huyeron de Canas, y en la misma guerra a los que siguieron a Cneo Fulvio en su derrota, no fue la muerte; mas es de temer que la vergüenza a que se somete a los soldados, los convierta no ya en amigos débiles, sino en enemigos declarados.

En tiempos de nuestros padres, el señor de Franget, que fue lugarteniente de la compañía del mariscal de Chatillón, habiendo sido instituido gobernador

<sup>1</sup> Más vale que el delincuente se avergüence de su culpa que derramar su sangre. TERTULIANO, *Apologética*.



## CAPITULO XVI

### UN RASGO DE ALGUNOS EMBAJADORES

EN mis viajes acostumbro para aprender algo en la comunicación con los demás (que es siempre un excelente medio de instruirse) a llevar la conversación a aquellas materias que mis interlocutores conocen mejor:

Basti al nocchiero ragionar de' venti,  
Al bifolco dei tori; e le sue piaghe  
Conti 'l guerrier, conti 'l pastor gli armenti<sup>1</sup>;

pues suele acontecer que cada cual habla de mejor gana de cualquiera otra profesión que de la que ejerce, creyendo con ello adquirir reputación nueva. Buena prueba de esto es el reproche que dirigió Arquidamo a Periánder, quien abandonó la medicina para alcanzar la reputación de poeta detestable. Ved cómo César se esfuerza para darnos a conocer su competencia en la construcción de puentes y máquinas de guerra, y cuanto menos habla de las cosas propias de su arte, de su valentía y acierto en la dirección de sus ejércitos: sus empresas acreditanle de excelente capitán; mas quiere mostrarse como buen ingeniero, ciencia a que era ajeno por completo. Dionisio el Viejo era guerrero consumado como a su situación convenía, pero se esforzaba en recomendarse principalmente como poeta, arte en que casi nada entendía. Un abogado a quien enseñaron una habitación llena de libros de su profesión y de otras ciencias, no encontró ocasión alguna de hablar de ellos, pero en cambio se extendió en largas y magistrales consideraciones sobre el plano de una fortificación, colocado en la escalera de la casa, que cien capitanes y soldados veían todos los días sin reparar ni parar mientes.

Optat ephippia piger, optat arare caballus<sup>2</sup>.

De esta suerte, todo son desaciertos; de modo que cada cual debe trabajar sólo en aquello que le compete: el arquitecto, el pintor, el zapatero, todos en la profesión que han elegido y de cuyo desempeño son capaces.

Acostumbro en mis lecturas a fijarme muy detenidamente en el oficio de sus autores por el motivo dicho. Si éstos son exclusivamente literatos, me detengo antes que en otra cosa en el estilo y lenguaje; si médicos, los creo de buena fe cuando hablan de la temperatura del aire, de los temperamentos de los príncipes y de sus heridas y enfermedades; si juriscónsultos, no paro mientes

<sup>1</sup> Que el piloto se conforme con hablar de los vientos, el labrador de sus yuntas, el guerrero de sus heridas y el pastor de sus rebaños. *Trad. italiana de PROPERCIO*, II, I, 43.

<sup>2</sup> El pesado buey quisiera llevar la ligera silla; el caballo tirar del arado. *HORACIO, Epíst.*, I, 14, 43.

más que en las controversias del derecho, en las leyes, en los reglamentos urbanos y cosas análogas; si teólogos, en los asuntos eclesiásticos, censuras de la iglesia, dispensas y matrimonios; si cortesanos, en las costumbres y ceremonias; si guerreros, en lo que a este cargo incumbe, y principalmente lo que naturalmente se desprende de las empresas en que individualmente han tomado parte; si diplomáticos, en las negociaciones, prácticas y convenios políticos y en la manera cómo los condujeron.

Por esta razón diré que lo que en otro autor hubiera pasado por alto sin inconveniente, llamó por extremo mi atención en la historia del señor de Langey, hombre muy entendido en cosas diplomáticas. El caso es como sigue: luego de haber dado cuenta de las admoniciones del emperador Carlos V en el consistorio de Roma, encontrándose presentes el obispo de Macón y el señor del Velly, que eran nuestros embajadores, Langey añade que Carlos empleó muchos ultrajes contra Francia; entre otros, dijo que si sus capitanes y soldados fueran de la misma valía y competencia militar que los del rey, desde aquel momento se amarraría una cuerda al cuello para pedirle misericordia (y algo debía participar de semejante idea, pues lo repitió dos o tres veces en distintas ocasiones), desafiando también al rey a pelear en camisa, con la espada y el puñal, en un barco. Dicho señor de Langey, siguiendo la relación de su historia, añade que nuestros embajadores, al dar cuenta a su soberano de estas cosas disimularonle la mayor parte, hasta el extremo de ocultarle las palabras injuriosas que quedan escritas. Ahora bien; yo encuentro muy extraño que un embajador se permita abusar así de lo que su deber le ordena comunicar a su soberano; más aún en ocasión como aquella, viniendo de tal persona y proferidas en asamblea tan importante; pareceme que el deber del servidor es representar fielmente las cosas por entero, como han acontecido, de suerte que la libertad de ordenar, colegir y juzgar, queden en poder del soberano o amo, pues adulterarle u ocultarle la verdad por temor de que saque de ella alguna torcida consecuencia y que esto le irrogué perjuicio, y dejarle ignorante en sus negocios, entiendo que tal proceder incumbe sólo al que da la ley, no al que la recibe; al curador y maestro, no a quien debe suponerse inferior, no ya sólo en autoridad, sino también en prudencia y buen consejo. De todas suertes, yo confieso que no quisiera estar servido por emisarios semejantes en mis exiguos negocios.

Cualquier pretexto nos basta para sustraernos del mandato que se nos encomienda, pero nos gusta usurpar el de otro; todos aspiran a tener libertad y a ejercer autoridad, de suerte que al superior nada le es tan grato de parte de los que le sirven como la obediencia ingenua y sencilla. Se yerra en el ejercicio de un cargo cuando para obedecerlo se echa mano de la discreción y no de la sumisión. P. Craso, aquel a quien los romanos estimaron cinco veces feliz, cuando se encontraba en Asia, mandó a un ingeniero griego que le llevase de Atenas el más grande de dos palos mayores de navío que había visto en aquella ciudad, para construir con él cierta máquina de guerra. El ingeniero, so pretexto de competencia, tomóse la libertad de proceder en el encargo por voluntad propia, y llevó a P. Craso el más pequeño, que en su opinión era el más adecuado para el caso. Craso oyó pacientemente sus razones y castigóle luego con varios latigazos; pues opinaba que el mantenimiento de la disciplina interesaba más que la solidez de la obra que trataba de construir.

Debe considerarse además que la obediencia estricta no es pertinente sino en el caso en que las órdenes sean bien prefijadas y determinadas. Los embajadores tienen por lo común una misión más abierta, que en muchos casos depende de su albedrío; no son sólo simples ejecutores, sino que dirigen con su consejo la voluntad del soberano. He visto comisionados que han sido represen-

didos por obediencia estricta, cuando lo que procedía conforme a la marcha de los negocios no era una sujeción tan grande. Los hombres competentes censuran la costumbre, todavía usada hoy entre los reyes de Persia, de encomendar tan sin libertad sus instrucciones a sus agentes y lugartenientes, que éstos se ven precisados a pedir con frecuencia nuevas órdenes, tardías en llegar por lo dilatado de aquel imperio, lo cual ha producido frecuentes perjuicios en los negocios del Estado. Y Craso, dirigiéndose para su encargo del mástil a una persona del oficio y anunciándole el uso a que lo destinaba, ¿no parece que solicitaba una opinión sobre su acuerdo, y que invitaba a aquélla a interponer su dictamen?

## CAPITULO XVII

## DEL MIEDO

Obstupui, steteruntque comæ, et vox faucibus hæsit<sup>1</sup>.

**N**O soy buen naturalista según dicen, y desconozco por qué suerte de mecanismo el miedo obra en nosotros. Es el miedo una pasión extraña y los médicos afirman que ninguna otra hay más propicia a trastornar nuestro juicio. En efecto, he visto muchas gentes a quienes el miedo ha llevado a la insensatez, y hasta en los más seguros de cabeza, mientras tal pasión domina, engendra terribles alucinaciones.

Dejando a un lado el vulgo, a quien el miedo representa ya sus bisabuelos que salen del sepulcro envueltos en sus sudarios, ya brujos en forma de lobos, ya duendes y quimeras, hasta entre los soldados, a quienes el miedo parece que debía sorprender menos, cuántas veces les ha convertido un rebaño de ovejas en escuadrón de coraceros; rosales y cañaverales en caballeros y lanceros, amigos en enemigos, la cruz blanca en la cruz roja y viceversa. Cuando el condestable de Borbón se apoderó de Roma, un portaestandarte que estaba de centinela en el barrio de San Pedro, fue acometido de tal horror, que a la primera señal de alarma se arrojó por el hueco de una muralla, con la bandera en la mano, fuera de la ciudad, yendo a dar en derechura al sitio donde se encontraba el enemigo, pensando guarecerse dentro de la ciudad; cuando vio las tropas del condestable, que se aprestaban en orden de batalla, creyendo que eran los de la plaza que iban a salir, conoció su situación y volvió a entrar por donde se había lanzado, hasta internarse trescientos pasos dentro del campo. No fue tan afortunado el enseña del capitán Julle, cuando se apoderaron de la plaza de San Pablo el conde de Burén y el señor de Reu, pues dominado por un miedo horrible arrojóse fuera de la plaza por una cañonera y fue descuartizado por los sitiadores. En el cerco de la misma fue memorable el terror que oprimió, sobrecogió y heló el ánimo de un noble, que cayó en tierra muerto en la brecha, sin haber recibido herida alguna. Terror análogo acomete a veces a muchedumbres enteras. En uno de los encuentros de Germánico con los alemanes, dos gruesas columnas de ejército partieron, a causa del horror que de ellas se apoderó, por dos caminos opuestos; una huía de donde salía la otra. Ya nos pone alas en los talones, como aconteció a los dos primeros, ya nos deja clavados en la tierra y nos rodea de obstáculos, como se lee del emperador Teófilo, quien en una batalla que perdió contra los agarenos, quedó tan pasmado y transido que se vio imposibilitado de huir, *adeo pavor etiam auxilia*

<sup>1</sup> Estupefacto, la voz se apaga en mi garganta y se erizan mis cabellos. VIRGILIO, *Eneida*, II, 774.

*formidat*<sup>1</sup>, hasta que uno de los principales jefes de su ejército, llamado Manuel, le sacudió fuertemente cual si le despertara de un sueño profundo, y le dijo: "Si no me seguís, os mataré; pues vale más que perdáis la vida que no que caigáis prisionero y perdáis el imperio." Expresa el miedo su última fuerza cuando nos empuja hacia los actos esforzados, que antes no realizamos faltando a nuestro deber y a nuestro honor. En la primera memorable batalla que los romanos perdieron contra Aníbal, bajo el consulado de Sempronio, un ejército de diez mil infantes a quien acometió el espanto, no viendo sitio por donde escapar cobardemente, arrojóse al través del grueso de las columnas enemigas, las cuales deshizo por un esfuerzo maravilloso causando muchas bajas entre los cartagineses. Así, afrontando igual riesgo como el que tuvieran que haber desplegado para alcanzar una gloriosa victoria, huyeron vergonzosamente.

Nada me horroriza más que el miedo y a nada debe temerse tanto como al miedo; de tal modo sobrepaja en consecuencias terribles a todos los demás accidentes. ¿Qué desconsuelo puede ser más intenso ni más justo que el de los amigos de Pompeyo, quienes encontrándose en su navío fueron espectadores de tan horrorosa muerte? El pánico a las naves egipcias, que comenzaban a aproximarseles, ahogó sin embargo de tal suerte el primer movimiento de sus almas, que pudo advertirse que no hicieron más que apresurar a los marineros para huir con toda la diligencia posible, hasta que llegados a Tiro, libres ya de todo temor, convirtieron su pensamiento a la pérdida que acababan de sufrir, y dieron rienda suelta a lamentaciones y lloros, que la otra pasión, más fuerte todavía, había detenido en sus pechos.

Tum pavor sapientiam omnem mihi ex animo exspectat<sup>2</sup>.

Hasta a los que recibieron buen número de heridas en algún encuentro de guerra, ensangrentados todavía, es posible hacerlos coger las armas al día siguiente; mas los que tomaron miedo al enemigo ni siquiera osarán mirarle a la cara. Los que viven en continuo sobresalto por temor de perder sus bienes, y ser desterrados o subyugados, están siempre sumidos en angustia profunda; ni comen ni beben con el necesario reposo, en tanto que los pobres, los desterrados y los siervos, suelen vivir alegremente. El número de gentes a quienes el miedo ha hecho ahorcarse, ahogarse y cometer otros actos de desesperación, nos enseña que es más importuno e insoportable que la misma muerte.

Reconocían los griegos otra clase de miedo que no tenía por origen el error de nuestro entendimiento, y que según ellos procedía de un impulso celeste; pueblos y ejércitos enteros veíanse con frecuencia poseídos por él. Tal fue el que produjo en Cartago una desolación horrorosa: se oían voces y gritos de espanto; veíanse a los moradores de la ciudad salir de sus casas dominados por la alarma, atacarse, herirse y matarse unos a otros como si hubieran sido enemigos que trataran de apoderarse de la ciudad: todo fue desorden y furor hasta el momento en que por medio de oraciones y sacrificios aplacaron la ira de los dioses. A este miedo llamaron los antiguos *terror pánico*.

<sup>1</sup> El miedo se horroriza de todo hasta de aquello que pudiera socorrerle. QUINTO CURCIO, III, 11.

<sup>2</sup> El horror ha alejado la energía lejos de mi corazón. ENNIO, *apud* CIC., *Tuscul. quest.* Lib. IV, 8.

## CAPITULO XVIII

### QUE NO DEBE JUZGARSE DE NUESTRA DICHA HASTA DESPUES DE LA MUERTE

Scilicet ultima semper  
Expectanda dies homini est; dicique beatus  
Ante obitum nemo supremaque funera debet<sup>1</sup>.

LOS niños conocen el cuento del rey Creso a este propósito: habiendo sido hecho prisionero por Ciro y condenado a muerte, en el instante mismo de la ejecución exclamó: "¡Oh Solón! ¡Solón!" Noticioso de ello Ciro e informado de lo que significaba, hizo comprender a Creso que a expensas suyas comprendía la advertencia que Solón le había hecho en otro tiempo, o sea: "que cualquiera que sea la buena fortuna de los hombres, éstos no pueden llamarse dichosos hasta que hayan traspuesto el último día de su vida", por la variedad e incertidumbre de las cosas humanas, que merced al accidente más ligero cambian del modo más radical. Por eso Agesilao repuso a alguien que consideraba dichoso al rey de Persia por haber subido muy joven al trono: "En efecto; pero Príamo a esa edad tampoco fue desgraciado." Reyes de Macedonia, sucesores del gran Alejandro, convirtiéronse en carpinteros y secretarios de los tribunales en Roma; tiranos de Sicilia, en pedantes de Corinto; de un conquistador de medio mundo y emperador de tantos ejércitos, la desdicha hizo un suplicante miserable de los auxiliares de un rey de Egipto: a tal precio alcanzó Pompeyo que su vida se prolongara cinco o seis meses más. En tiempo de nuestros padres, Ludovico Sforza, décimo duque de Milán, bajo cuyo dominio Italia había permanecido tanto tiempo, murió prisionero en Loches, después de haber permanecido diez años encarcelado. La más hermosa de las reinas, viuda del rey más grande de toda la cristiandad, ¿no acaba de sucumbir bajo la mano de un verdugo? ¡Crueldad indigna y bárbara! Miles de ejemplos semejantes podrían citarse, pues parece que así como las tormentas y tempestades se indignan contra la altivez y orgullo de nuestras fábricas hay también allá arriba envidiosos espíritus de las grandezas de aquí abajo.

Usque adeo res humanas vis abdita quædam  
Obterit, et pulchros fasces, sævasque secures  
Proculcare, ac ludibrio sibi habere videtur<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> El hombre debe siempre esperar su fin. Nadie puede considerarse dichoso antes del último instante de su vida. OVIDIO, *Metam.*, III, 135.

<sup>2</sup> Tan cierto es que una fuerza secreta se burla de las cosas humanas, se complace como jugando en romper las crueles hachas consulares y pisotea el orgullo de nuestro esplendor. LUCRECIO, V, 1231.

Y diríase que a veces la fortuna acecha con ojo avizor el último día de nuestra vida para mostrar su poder de echar por tierra en un momento lo que había edificado en dilatados años, haciéndonos exclamar con Laberio:

Nimirum hac die

Una plus vixi mihi, quam vivendum fuit<sup>1</sup>.

Así es que debemos hacernos cargo de la advertencia de Solón, con tanta más razón, cuanto que se trata de un filósofo para cuya secta los bienes y los males de la fortuna son indistintos y casi indiferentes. Encuentro natural que Solón mirase al porvenir y dijese que aun la misma dicha humana que depende de la tranquilidad y contentamiento de un espíritu bien nacido y de la resolución y seguridad de un alma bien ordenada, no se suponga nunca en ningún hombre hasta que no se le haya visto representar el último acto de la comedia, sin duda el más difícil. Puede en todo lo demás haber apariencias y simulaciones. O bien los bellos discursos que la filosofía nos suministra no los aplicamos más que por bien parecer; o los múltiples accidentes de la humana existencia no nos llegan a lo vivo, y consienten que mantengamos nuestro rostro tranquilo; pero en el último papel que en la vida desempeñamos, cuando la hora de la muerte nos es llegada, nada hay que disimular, preciso es hablar claro, preciso es mostrar lo que hay de bueno y de concreto en el fondo de nuestra alma.

Nam veræ voces tum demum pectore ab imo  
Ejiciuntur; et eripitur persona manet res<sup>2</sup>.

He aquí por qué se deben en este último momento probar y experimentar todas las demás acciones de nuestra vida: aquél es el día magno, el día juez de todos los demás, el día, dice un antiguo escritor<sup>3</sup>, que debe juzgar todos mis pasados años. Yo remito a la muerte toda la experiencia de mis estudios: entonces veremos si mis discursos salen de la boca o del corazón. He visto muchas gentes a quienes la muerte ha dado reputación en bien o en mal a toda su vida pasada. Escipión, suegro de Pompeyo, se rehabilitó por su buena muerte de la mala opinión que por su vida había merecido. Preguntado Epaminondas si se consideraba como más feliz que Cabrias e Ificrates, respondió que para dar una contestación justa precisaba que los tres hubieran sucumbido. En efecto, mucho habría que descontar a quien juzgara sin tener presente el honor y grandeza de su fin.

Dios lo ha querido así, mas en mi tiempo han muerto tres hombres execrables, de vida abominable e infame y los tres acabaron sus días de una manera plácida y ordenada, casi perfecta. Hay muertes valerosas y afortunadas: he visto cortarse el hilo de una existencia, cuyos progresos maravillosos avanzaban sin cesar, en la flor de su crecimiento; alguien cuyos designios, según mi manera de ver, no podían ser interrumpidos; cumplíase su voluntad, en cuanto pretendía, en mayor grado todavía de lo que sus esperanzas deseaban, y sobrepasó con su muerte el poder y renombre a que por sus acciones con su vida aspirara. Al juzgar de la vida de mis semejantes miro siempre cuál ha sido su fin, y una de las cosas que más me interesan en la mía es que aquél se deslice de una manera tranquila y sosegada.

<sup>1</sup> ¡Ay! yo he vivido un día de más, que no hubiera debido vivir. MACROBIO, *Saturnales*, II, 7.

<sup>2</sup> Porque entonces la necesidad arranca palabras sinceras de nuestros pechos; entonces la máscara cae y el hombre solo aparece. LUCRECIO, III, 57.

<sup>3</sup> SENECA.

## CAPITULO XIX

### QUE FILOSOFAR ES PREPARARSE A MORIR

DICE Cicerón que filosofar no es otra cosa que disponerse a la muerte. Tan verdadero es este principio que el estudio y la contemplación parece que alejan nuestra alma de nosotros y le dan trabajo independiente de la materia, tomando en cierto modo un aprendizaje y semejanza de la muerte; o en otros términos, toda la sabiduría y razonamientos del mundo se concentran en un punto: el de enseñarnos a no tener miedo de morir. En verdad, o nuestra razón nos burla, o no debe encaminarse sino a nuestro contentamiento, y todo su trabajo tender en conclusión a guiarnos al buen vivir y a nuestra íntima satisfacción, como dice la Sagrada Escritura. Todas las opiniones del mundo convienen en ello: el placer es nuestro fin, aunque las demostraciones que lo prueban vayan por distintos caminos. Si de otra manera ocurriese, se las desdeñaría desde luego, pues ¿quién pararía mientes en el que afirmara que el designio que debemos perseguir es el dolor y la malandanza? Las disensiones entre las diversas sectas de filósofos en este punto son sólo aparentes; *transcurramus solertissimas nugæ*<sup>1</sup>; hay en ellas más tesón y falta de buena fe de las que deben existir en una profesión tan santa; mas sea cual fuere el personaje que el hombre pinte, siempre se hallarán en el retrato las huellas del pintor.

Cualesquiera que sean las ideas de los filósofos, aun en lo tocante a la virtud misma<sup>2</sup>, el último fin de nuestra vida es el deleite. Pláceme hacer resonar en sus oídos esta palabra que les es tan desagradable, y que significa el placer supremo y excesivo contentamiento, cuya causa emana más bien del auxilio de la virtud que de ninguna otra ayuda. Tal voluptuosidad por ser más vigorosa, nerviosa, robusta, viril, no deja de ser menos seriamente voluptuosa, y debemos darla el nombre de placer, que es más adecuado, dulce y natural, no el de vigor, de donde hemos sacado el nombre. La otra voluptuosidad, más baja, si mereciese aquel hermoso calificativo debiere aplicársele en concurrencia, no como privilegio: encuéntrala yo menos pura de molestias y dificultades que la virtud, y además la satisfacción que acarrea es más momentánea, fluida y caduca; la acompañan vigiliias y trabajos, el sudor y la sangre, y estas pasiones en tantos modos devastadoras, producen saciedad tan grande que equivale a la penitencia. Nos equivocamos grandemente al pensar que semejantes quebrantos aguijonean y sirven de condimento a su dulzura (como en la naturaleza, lo contrario se vivifica por su contrario); y también al asegurar cuan-

<sup>1</sup> No nos detengamos en esas fugaces bagatelas. SENECA, *Epíst.* 117.

<sup>2</sup> Montaigne emplea casi siempre la palabra virtud en la acepción latina, más amplia y comprensiva que la actual; lo mismo expresa con ella la fuerza, vigor y valor, que la integridad de ánimo y bondad de vida.

do volvemos a la virtud que parecidos actos la hacen austera e inaccesible, allí donde mucho más propiamente que a la voluptuosidad ennoblecen, aguijonean y realzan el placer divino y perfecto que nos proporciona. Es indigno de la virtud quien examina y contrapesa su coste según el fruto, y desconoce su uso y sus gracias. Los que nos instruyen diciéndonos que su adquisición es escabrosa y laboriosa y su goce placentero, ¿qué nos prueban con ello si no que es siempre desagradable?, porque, ¿qué medio humano alcanza nunca al goce absoluto? Los más perfectos se conforman bien de su grado con aproximarse a la virtud sin poseerla. Pero se equivocan en atención a que de todos los placeres que conocemos el propio intento de alcanzarlos es agradable: la empresa participa de la calidad de la cosa que se persigue, pues es una buena parte del fin y consustancial con él. La beatitud y bienandanza que resplandecen en la virtud iluminan todo cuanto a ella pertenece y rodea, desde la entrada primera hasta la más apartada barrera.

Es, pues, una de las principales ventajas que la virtud proporciona el menosprecio de la muerte, el cual provee nuestra vida de una dulce tranquilidad y nos suministra un gusto puro y amigable, sin que ninguna otra voluptuosidad sea extinta. He aquí por qué todas las máximas convienen en este respecto; y aunque nos conduzcan de un común acuerdo a desdeñar el dolor, la pobreza y las otras miserias a que la vida humana está sujeta, esto no es tan importante como el ser indiferentes a la muerte, así porque esos accidentes no pesan sobre todos (la mayor parte de los hombres pasan su vida sin experimentar la pobreza, y otros sin dolor ni enfermedad, tal Xenófilo el músico, que vivió ciento seis años en cabal salud), como porque la muerte puede ponerles fin cuando nos plazca, y cortar el hilo de todas nuestras desdichas. Mas la muerte es inevitable:

Omnes eodem cogimur; omnium  
Versatur urna, serius ocius,  
Sors exitura, et nos in æternum  
Exsitium impositura cymbæ<sup>1</sup>:

y, por consiguiente, si pone miedo en nuestro pecho, es una causa continua de tormento, que de ningún modo puede aliviarse. No hay lugar de donde no nos venga; podemos volver la cabeza aquí y allá como si nos encontráramos en un lugar sospechoso: *quæ quasi saxum Tantalò, semper impendet*.<sup>2</sup> Con frecuencia nuestros parlamentos mandan ejecutar a los criminales al lugar donde el crimen se cometió; durante el camino hacédles pasar por hermosas casas, dispensadles tantos agasajos como os plazca,

Non Siculæ dapes  
Dulcem elaborabunt saporem;  
Non avium cytharæque cantus  
Somnum reducent<sup>3</sup>.

¿Pensáis, acaso, que en ello recibirán satisfacción, y que el designio final del

<sup>1</sup> Todos estamos obligados a llegar al mismo término; la suerte de cada uno de nosotros se encuentra en la urna para salir de ella tarde o temprano y hacernos pasar de la barca fatal al destierro eterno. HORACIO, *Od.*, II, 3, 25.

<sup>2</sup> Es siempre amenazadora, como la roca de Tántalo. CICERON, *de Finibus*, I, 18.

<sup>3</sup> Ni los platos de Sicilia podrán despertar su paladar; ni los cánticos de las aves, ni los acordes de la lira podrán tampoco devolverle el sueño. HORACIO, *Od.*, III, 1, 18.

viaje, teniéndolo fijo en el pensamiento, no les haya trastornado el gusto de toda comodidad?

Audít iter, numeratque dies, spatioque viarum  
Metitur vitam; torquetur peste futura<sup>1</sup>.

La muerte es el fin de nuestra carrera; el objeto necesario de nuestras miras: si nos causa horror, ¿cómo es posible dar siquiera un paso adelante sin fiebre? El remedio del vulgo es no pensar en ella, ¿mas de qué brutal estupidez puede provenir una tan grosera ceguedad? Preciso le es hacer embriagar al asno por el rabo:

Qui capite ipse suo instituit vestigia retro<sup>2</sup>.

No es maravilla si con frecuencia tal es atrapado en la red. Sólo con nombrar la muerte se asusta a ciertas gentes, y la mayor parte se persignan cual si oyeran el nombre del diablo. Por eso nadie pone mano en su testamento hasta que el médico le desahucia; entonces Dios sabe, entre el horror y el dolor de qué lucidez de juicio disponen los que testan.

Porque esta palabra hería con extremada rudeza los oídos de los romanos, teniéndola como de mal agüero, solían ablandarla y expresarla con perífrasis: en vez de decir ha muerto, decían ha cesado de vivir, vivió; con que se pronunciara la palabra vida, aunque ésta fuera pasada, se consolaban. Hemos tomado nuestro difunto señor Juan de esa costumbre romana. Como se dice ordinariamente, la palabreja vale cualquier cosa. Yo nací entre once y doce de la mañana, el último día de febrero de mil quinientos treinta y tres, conforme al cómputo actual que hace comenzar el año en enero. Hace quince días que pasé de los treinta y nueve años, y puedo vivir todavía otro tanto. Sin embargo, dejar de pensar en cosa tan lejana sería locura. ¡Pues qué!, a jóvenes y viejos, ¿no sorprende la muerte de igual modo? A todos los atrapa como si acabaran de nacer; además no hay ningún hombre por decrepito que sea, que acordándose de Matusalén no piense tener por lo menos todavía veinte años en el cuerpo. Pero, ¡oh pobre loco!, ¿quién ha fijado el término de tu vida? ¿Acaso te fundas para creer que sea larga, en el dictamen de los médicos? Más te valiera fijarte en la experiencia diaria. A juzgar por la marcha común de las cosas, tú vives por gracia extraordinaria; has pasado ya los términos acostumbrados del vivir. Y para que te persuadas de que así es la verdad, pasa revista entre tus conocimientos, y verás cuántos han muerto antes de llegar a tu edad; muchos más de los que la han alcanzado, sin duda. Y de los que han ennoblecido su vida con el lustre de sus acciones, toma nota, y yo apuesto a que hallarás muchos más que murieron antes que después de los treinta y cinco años. Es bien razonable y piadoso tomar ejemplo de la humanidad misma de Jesucristo, que acabó su vida a los treinta y tres años. El hombre más grande, pero que fue sólo hombre, Alejandro, no alcanzó tampoco mayor edad. ¡Cuántos medios de sorprendernos tiene la muerte!

Quid quisque vitet, numquam homini satis  
Cautum est in horas<sup>3</sup>.

<sup>1</sup> Preocupase del camino, cuenta los días y mide su vida por la extensión de la ruta, vive sin cesar atormentado por la idea del suplicio que le espera. CLAUDIANO, *in Ruf.*, II, 137.

<sup>2</sup> Puesto que en su torpeza quiere avanzar echándose atrás. LUCRECIO, IV, 474.

<sup>3</sup> El hombre no puede prever nunca, por avisado que sea, el peligro que le amenaza a cada instante. HORACIO, *Od.*, II, 13, 13.

do volvemos a la virtud que parecidos actos la hacen austera e inaccesible, allí donde mucho más propiamente que a la voluptuosidad ennoblecen, aguijonean y realzan el placer divino y perfecto que nos proporciona. Es indigno de la virtud quien examina y contrapesa su coste según el fruto, y desconoce su uso y sus gracias. Los que nos instruyen diciéndonos que su adquisición es escabrosa y laboriosa y su goce placentero, ¿qué nos prueban con ello si no que es siempre desagradable?, porque, ¿qué medio humano alcanza nunca al goce absoluto? Los más perfectos se conforman bien de su grado con aproximarse a la virtud sin poseerla. Pero se equivocan en atención a que de todos los placeres que conocemos el propio intento de alcanzarlos es agradable: la empresa participa de la calidad de la cosa que se persigue, pues es una buena parte del fin y consustancial con él. La beatitud y bienandanza que resplandecen en la virtud iluminan todo cuanto a ella pertenece y rodea, desde la entrada primera hasta la más apartada barrera.

Es, pues, una de las principales ventajas que la virtud proporciona el menosprecio de la muerte, el cual provee nuestra vida de una dulce tranquilidad y nos suministra un gusto puro y amigable, sin que ninguna otra voluptuosidad sea extinta. He aquí por qué todas las máximas convienen en este respecto; y aunque nos conduzcan de un común acuerdo a desdeñar el dolor, la pobreza y las otras miserias a que la vida humana está sujeta, esto no es tan importante como el ser indiferentes a la muerte, así porque esos accidentes no pesan sobre todos (la mayor parte de los hombres pasan su vida sin experimentar la pobreza, y otros sin dolor ni enfermedad, tal Xenófilo el músico, que vivió ciento seis años en cabal salud), como porque la muerte puede ponerles fin cuando nos plazca, y cortar el hilo de todas nuestras desdichas. Mas la muerte es inevitable:

Omnes eodem cogimur; omnium  
Versatur urna, serius ocius,  
Sors exitura, et nos in aeternum  
Exsistium impositura cymbæ<sup>1</sup>:

y, por consiguiente, si pone miedo en nuestro pecho, es una causa continua de tormento, que de ningún modo puede aliviarse. No hay lugar de donde no nos venga; podemos volver la cabeza aquí y allá como si nos encontráramos en un lugar sospechoso: *quæ quasi saxum Tantalò, semper impendet*.<sup>2</sup> Con frecuencia nuestros parlamentos mandan ejecutar a los criminales al lugar donde el crimen se cometió; durante el camino hacédles pasar por hermosas casas, dispensables tantos agasajos como os plazca,

Non Siculæ dapes  
Dulcem elaborabunt saporem;  
Non avium cytharæque cantus  
Somnum reducent<sup>3</sup>.

¿Pensáis, acaso, que en ello recibirán satisfacción, y que el designio final del

<sup>1</sup> Todos estamos obligados a llegar al mismo término; la suerte de cada uno de nosotros se encuentra en la urna para salir de ella tarde o temprano y hacernos pasar de la barca fatal al destierro eterno. HORACIO, *Od.*, II, 3, 25.

<sup>2</sup> Es siempre amenazadora, como la roca de Tántalo. CICERÓN, *de Finibus*, I, 18.

<sup>3</sup> Ni los platos de Sicilia podrán despertar su paladar; ni los cánticos de las aves, ni los acordes de la lira podrán tampoco devolverle el sueño. HORACIO, *Od.*, III, 1, 18.

viaje, teniéndolo fijo en el pensamiento, no les haya trastornado el gusto de toda comodidad?

Audit iter, numeratque dies, spatiumque viarum  
Metitur vitam; torquetur peste futura<sup>1</sup>.

La muerte es el fin de nuestra carrera; el objeto necesario de nuestras miras: si nos causa horror, ¿cómo es posible dar siquiera un paso adelante sin fiebre? El remedio del vulgo es no pensar en ella, ¿mas de qué brutal estupidez puede provenir una tan grosera ceguedad? Preciso le es hacer embridar al asno por el rabo:

Qui capite ipse suo instituit vestigia retro<sup>2</sup>.

No es maravilla si con frecuencia tal es atrapado en la red. Sólo con nombrar la muerte se asusta a ciertas gentes, y la mayor parte se persignan cual si oyeran el nombre del diablo. Por eso nadie pone mano en su testamento hasta que el médico le desahucia; entonces Dios sabe, entre el horror y el dolor de qué lucidez de juicio disponen los que testan.

Porque esta palabra hería con extremada rudeza los oídos de los romanos, teniéndola como de mal agüero, solían ablandarla y expresarla con perífrasis: en vez de decir ha muerto, decían ha cesado de vivir, vivió; con que se pronunciara la palabra vida, aunque ésta fuera pasada, se consolaban. Hemos tomado nuestro difunto señor Juan de esa costumbre romana. Como se dice ordinariamente, la palabreja vale cualquier cosa. Yo nací entre once y doce de la mañana, el último día de febrero de mil quinientos treinta y tres, conforme al cómputo actual que hace comenzar el año en enero. Hace quince días que pasé de los treinta y nueve años, y puedo vivir todavía otro tanto. Sin embargo, dejar de pensar en cosa tan lejana sería locura. ¡Pues qué!, a jóvenes y viejos, ¿no sorprende la muerte de igual modo? A todos los atrapa como si acabaran de nacer; además no hay ningún hombre por decrepito que sea, que acordándose de Matusalén no piense tener por lo menos todavía veinte años en el cuerpo. Pero, ¡oh pobre loco!, ¿quién ha fijado el término de tu vida? ¿Acaso te fundas para creer que sea larga, en el dictamen de los médicos? Más te valiera fijarte en la experiencia diaria. A juzgar por la marcha común de las cosas, tú vives por gracia extraordinaria; has pasado ya los términos acostumbrados del vivir. Y para que te persuadas de que así es la verdad, pasa revista entre tus conocimientos, y verás cuántos han muerto antes de llegar a tu edad; muchos más de los que la han alcanzado, sin duda. Y de los que han ennoblecido su vida con el lustre de sus acciones, toma nota, y yo apuesto a que hallarás muchos más que murieron antes que después de los treinta y cinco años. Es bien razonable y piadoso tomar ejemplo de la humanidad misma de Jesucristo, que acabó su vida a los treinta y tres años. El hombre más grande, pero que fue sólo hombre, Alejandro, no alcanzó tampoco mayor edad. ¡Cuántos medios de sorprendernos tiene la muerte!

Quid quisque vitet, numquam homini satis  
Cautum est in horas<sup>3</sup>.

<sup>1</sup> Preocúpase del camino, cuenta los días y mide su vida por la extensión de la ruta, vive sin cesar atormentado por la idea del suplicio que le espera. CLAUDIANO, *in Ruf.*, II, 137.

<sup>2</sup> Puesto que en su torpeza quiere avanzar echándose atrás. LUCRECIO, IV, 474.

<sup>3</sup> El hombre no puede prever nunca, por avisado que sea, el peligro que le amenaza a cada instante. HORACIO, *Od.*, II, 13, 13.

Dejando a un lado las calenturas y pleuresías, ¿quién hubiese jamás pensado que todo un duque de Bretaña hubiera de ser ahogado por la multitud como lo fue éste a la entrada del papa Clemente, mi paisano, en Lyon? ¿No has visto sucumbir en un torneo a uno de nuestros reyes, en medio de fiestas y regocijos? Y uno de sus antepasados, ¿no murió de un encontrón con un cerdo? Amenazado Esquilo de que una casa se desplomaría sobre él, para nada le sirvió la precaución ni el estar alerta, pues pereció del golpe de una tortuga que en el aire se había desprendido de las garras de un águila; otro<sup>1</sup> halló la muerte por un grano de uva; un emperador con el arañazo de un peine, estando en su tocador; Emilio Lépido por haber tropezado en el umbral de la puerta de su casa; Aufidio por haber chocado al entrar contra la puerta de la cámara del Consejo; y hallándose entre los muslos de mujeres, Cornelio Galo, pretor; Tigilino, capitán del Gueto en Roma; Ludovico, hijo de Guido de Gonzaga, marqués de Mantua. Más indigno es que acabaran del mismo modo Speusipo, filósofo platónico, y uno de nuestros pontífices. El infeliz Bebis, juez, mientras concedía el plazo de ocho días en una causa, expiró repentinamente; Cayo Julio, médico, dando una untura en los ojos de un enfermo vio cerrarse los suyos, y en fin, si bien se me consiente citaré a un hermano mío, el capitán San Martín, de edad de veintitrés años, que había dado ya testimonio de su valer: jugando a la pelota recibió un golpe que le dio en la parte superior del oído derecho, y como le dejó sin apariencia alguna de contusión ni herida, no tomó precaución de ningún género, pero cinco o seis horas después murió a causa de una apoplejía que le ocasionó el accidente.

Con estos ejemplos tan ordinarios y frecuentes, que pasan a diario ante nuestros ojos, ¿cómo es posible que podamos desligarnos del pensamiento de la muerte y que a cada momento no se nos figure que nos atrapa por el pescuezo? ¿Qué importa, me diréis, que ocurra lo que quiera con tal de que no se sufra aguardándola? También yo soy de este parecer, y de cualquier suerte que uno pueda ponerse al resguardo de los males, aunque sea dentro de la piel de una vaca, yo no repararía ni retrocedería, pues me basta vivir a mis anchas y procuro darme el mayor número de satisfacciones posible, por poca gloria ni ejemplar conducta que con ella muestre:

Prætulerim... delirus inersque videri,  
Dum mea delectent mala me, vel denique fallant,  
Quam sapere, et ringi<sup>2</sup>.

Pero es locura pensar por tal medio en rehuir la idea de la muerte. Unos vienen, otros van, otros trotan, danzan otros, mas de la muerte nadie habla. Todo esto es muy hermoso, pero cuando el momento les llega, a sí propios, o a sus mujeres, hijos o amigos, les sorprende y los coge de súbito y al descubierto. ¡Y qué tormentos, qué gritos, qué rabia y qué desesperación los dominan! ¿Visteis alguna vez nada tan abatido, cambiado ni confuso? Necesario es ser previsor. Aun cuando tan estúpida despreocupación pudiese alojarse en la cabeza de un hombre de entendimiento, lo cual tengo por imposible, bien cara nos cuesta luego. Si fuera enemigo que pudiéramos evitar, yo aconsejaría tomar armas de la cobardía, pero como no se puede, puesto que nos atrapa igual al poltrón y huido que al valiente y temerario,

<sup>1</sup> ANACREONTE.

<sup>2</sup> Consiento en pasar por loco o por inerte, siempre que el error me sea grato, o que yo no lo advierta, mejor que ser avisado y padecer con mi sapiencia. HORACIO, *Epístolas*, II, 2, 126.

Nempe et fugacem persequitur virum:  
Nec parcit imbellis inventæ  
Poplitibus timidoque tergo<sup>1</sup>,

y ninguna coraza nos resguarda, sea cual fuere su temple,

Ille licet ferro cautus se condat et ære,  
Mors tamen inclusum protrahet inde caput<sup>2</sup>;

sepamos aguardarla a pie firme, sepamos combatirla, y para empezar a despojarla de su principal ventaja contra nosotros, sigamos el camino opuesto al ordinario; quitémosle la extrañeza, habituémonos, acostumbremos a ella. No pensemos en nada con más frecuencia que en la muerte; en todos los instantes tengámosla fija en la mente, y veámosla en todos los rostros; al ver tropezar un caballo, cuando se desprende una teja de lo alto, al más leve pinchazo de alfiler, digamos y redigamos constantemente, todos los instantes: "Nada me importa que sea éste el momento de mi muerte." En medio de las fiestas y alegrías tengamos presente siempre esta idea del recuerdo de nuestra condición; no dejemos que el placer nos domine ni se apodere de nosotros hasta el punto de olvidar de cuántas suertes nuestra alegría se aproxima a la muerte y de cuán diversos modos estamos amenazados por ella. ¡Si hacían los egipcios, que en medio de sus festines y en lo mejor de sus banquetes contemplaban un esqueleto para que sirviese de advertencia a los convidados:

Omnem crede diem tibi diluxisse supremum:  
Grata supervienet, quæ non sperabitur, hora<sup>3</sup>.

No sabemos dónde la muerte nos espera; aguardémosla en todas partes. La premeditación de la muerte es premeditación de libertad; quien ha aprendido a morir olvida la servidumbre; no hay mal posible en la vida para aquel que ha comprendido bien que la privación de la misma no es un mal: saber morir nos libra de toda sujeción y obligación. Paulo Emilio respondió al emisario que le envió su prisionero el rey de Macedonia para rogar que no le condujera en su triunfo: "Que se haga la súplica a sí mismo."

A la verdad en todas las cosas, si la naturaleza no viene en ayuda, es difícil que ni el arte ni el ingenio las hagan prosperar. Yo no soy melancólico, sino soñador. Nada hay de que me haya ocupado tanto en toda ocasión como de pensar en la muerte, aun en la época más licenciosa de mi edad:

Jucumdum quum ætas florida ver ageret<sup>4</sup>.

Hallándome entre las damas y en medio de diversiones y juegos, alguien creía que mi duelo era ocasionado por la pasión de los celos, o por alguna esperanza defraudada; sin embargo, en lo que pensaba yo era en alguno que habiendo sido atacado los días precedentes de unas calenturas, al salir de una fiesta parecida a la en que yo me encontraba, con la cabeza llena de ilusiones

<sup>1</sup> Persigue al que huye, y castiga sin piedad al cobarde que vuelve la espalda. HORACIO, *Od.*, III, 18, 25.

<sup>2</sup> Es inútil que os cubráis de hierro y bronce; la muerte os atajará bajo vuestra armadura. PROPERCIO, III, 18, 25.

<sup>3</sup> Imagina que cada día es el último que para ti alumbra, y agradecerás el amanecer que ya no esperabas. HORACIO, *Epíst.*, I, 4, 13.

<sup>4</sup> Cuando mi edad florida gozaba su alegre primavera. CATULO, LXVIII, 16.

y el espíritu de contento, murió rápidamente, y a mi memoria venía aquel verso de Lucrecio:

Jam fuerit, nec post unquam revocare licebit<sup>1</sup>.

Ni éste ni ningún otro pensamiento ponían el espanto en mi ánimo. Es imposible que al principio no sintamos ideas tristes; pero insistiendo sobre ellas y volviendo a insistir, se familiariza uno sin duda; de otro modo, y por lo que a mí toca, hallárame constantemente en continuo horror y frenesí, pues jamás hombre alguno estuvo tan inseguro de su vida; jamás ningún hombre tuvo menos seguridad de la duración de la suya. Ni la salud que he gozado hasta hoy, vigorosa y en pocas ocasiones alterada, prolonga mi esperanza, ni las enfermedades la acortan: figúraseme a cada momento que escapó a un gran peligro, y sin cesar me repito: "Lo que puede acontecer mañana, puede muy bien ocurrir dentro de un momento". Los peligros, riesgos y azares nos acercan poco o nada a nuestro fin, y si consideramos cuántos accidentes pueden sobrevenir, además del que parece ser el que nos amenaza con mayor insistencia, cuántos millones de otros pesan sobre nuestras cabezas, hallaremos que nos siguen lo mismo en la mar que en nuestras casas, en la batalla que en el reposo, frescos que calenturientos: cerca está de nosotros en todas partes: *Nemo altero fragilior est; nemo in crastinum sui certior*.<sup>2</sup> Lo que he de ejecutar en vida me apresuro a rematarlo; todo plazo se me antoja largo, hasta el de una hora.

Alguien hojeando el otro día mis apuntes encontró una nota de algo que yo quería que se ejecutara después de mi muerte; yo le dije, como era la verdad, que hallándome cuando la escribí a una legua de mi domicilio, sano y vigoroso, habíame apresurado a asentarla, porque no tenía la certeza de llegar hasta mi casa. Ahora en todo momento me encuentro preparado, y la llegada de la muerte no me sorprenderá, ni me enseñará nada nuevo. Es preciso estar siempre calzado y presto a partir, tanto como de nosotros dependa, y sobre todo guardar todas las fuerzas de la propia alma para el caso:

Quid brevi fortes jaculamur ævo  
Multa?<sup>3</sup>

de todas habremos menester para tal trance. Uno se queja más que de la muerte porque le interrumpe la marcha de una hermosa victoria; otro porque le es preciso largarse antes de haber casado a su hija o acabado la educación de sus hijos; otro lamenta la separación de su mujer, otro la de su hijo, como comodidades principales de su vida. Tan preparado me encuentro, a Dios gracias, para la hora final, que puedo partir cuando al Señor le plazca, sin dejar por acá sentimiento de cosa alguna. De todo procuro desligarme. Jamás hombre alguno se dispuso a abandonar la vida con mayor calma, ni se desprendió de todo lazo como yo espero hacerlo. Los muertos más muertos son los más sanos:

... Miser! o miser (aiunt)! omnia ademit  
Una dies infesta mihi tot præmia vitæ<sup>4</sup>;

<sup>1</sup> Muy pronto el tiempo presente desaparecerá y ya no podremos evocarle. LUCRECIO, III, 928.

<sup>2</sup> Ningún hombre es más frágil que los demás; ninguno tampoco está más seguro del día siguiente. SENECA, *Epíst.*, 91.

<sup>3</sup> ¿Por qué en una existencia tan corta formar tan vastos proyectos? HORACIO, *Od.*, II, 16, 17.

<sup>4</sup> ¡Ay, infeliz de mí!, exclaman; un solo día, un instante fatal me roba todas las recompensas de la vida. LUCRECIO, III, 911.

y el constructor dice:

Manent opera interrupta, minæque  
Murorum ingentes<sup>1</sup>.

Preciso es no emprender nada de larga duración, o de emprenderlo apresurarse a darle fin. Vinimos a la tierra para las obras y la labor:

Quum moriar, medium solvar et inter opus<sup>2</sup>.

Soy partidario de que se trabaje y de que se prolonguen los oficios de la vida humana tanto como se pueda, y deseo que la muerte me encuentre plantando mis coles, pero sin temerla, y menos todavía siento dejar mi huerto defectuoso. He visto morir a un hombre que en los últimos momentos se quejaba sin cesar de que su destino cortase el hilo de la historia que tenía entre manos, del quince o diez y seis de nuestros reyes:

Illud in his rebus non addunt: Nec tibi carum  
Jam desiderium rerum suber insidet una<sup>3</sup>.

Es preciso desprenderse de tales preocupaciones, que sobre vulgares son perjudiciales. Así como los cementerios han sido puestos junto a las iglesias y otros sitios los más frecuentados de la ciudad, para acostumbrar, decía Licurgo, al bajo pueblo, las mujeres y los niños, a no asustarse cuando ven a un hombre muerto, y a fin de que el continuo espectáculo de los osarios, sepulcros y convoyes funerarios sea saludable advertencia de nuestra condición:

Quin etiam exhilarare viris convivia cædo  
Mos olim, et miscere epulis spectacula dira  
Certantum ferro, sæpe et super ipsa cadentum  
Pocula, respersis non parco sanguine mensis<sup>4</sup>.

y como los egipcios, después de sus festines, mostraban a los invitados una imagen de la muerte por uno que gritaba: "Bebe, y... alégrate, pues cuando mueras serás lo mismo", así tengo yo la costumbre, así tengo yo por hábito guardar, no sólo en la mente, sino en los labios, la idea y la expresión de la muerte. Y nada hay de que me informe con tanta solicitud como de la de los hombres: "qué palabra pronunciaron, qué rostro pusieron, qué actitud presentaron", ni pasaje de los libros en que me fije con más atención; así se verá que en la elección de los ejemplos nuestro predilección grande por esta materia. Si compusiera yo un libro, haría un registro comentado de las diversas suertes de morir. Quien enseñase a los hombres a morir les enseñaría a vivir. Diccario compuso una obra de título análogo, mas de diverso y menos útil alcance.

Se me responderá, acaso, que el hecho sobrepuja de tal modo la idea,

<sup>1</sup> Partiré con el dolor de dejar sin acabar mis edificios suntuosos. VIRGILIO, *Eneida*, IV, 88.

<sup>2</sup> Quiero que la muerte me sorprenda en medio de mis trabajos. OVIDIO, *Amor.*, II, 10, 36.

<sup>3</sup> No añaden que la muerte aleja de nosotros el pesar de lo que abandonamos. LUCRECIO, III, 913.

<sup>4</sup> Antiguamente se acostumbraba a alegrar con homicidios los festines y a poner ante los ojos de los invitados combates horribles de gladiadores; a veces éstos caían en medio de las copas del banquete e inundaban las mesas con su sangre. SILIO ITALICO, XI, 51.



que no hay medio que valga a atenuar la dureza de nuestro fin. No importa. La premeditación proporciona sin duda gran ventaja; y además, ¿no es ya bastante llegar al trance con tranquilidad y sin escalofríos? Pero hay más. La propia naturaleza nos da la mano y contribuye a inculcar ánimo en nuestro espíritu; si se trata de una muerte rápida y violenta, el tiempo material nos falta para temerla; si es más larga, advierto que a medida que la enfermedad se apodera de mí voy teniendo en menos la vida. Entiendo que tales pensamientos y resoluciones deben practicarse hallándose en buena salud, y así yo me conduzco, con tanta más razón, cuanto que en mí comienza ya a flaquear el amor a las comodidades y la práctica del placer. Veo la muerte con mucho menos horror que antes, lo cual me permite esperar que cuanto más viejo sea, más me resignaré a la pérdida de la vida. En muchas circunstancias he tenido ocasión de experimentar la verdad del dicho de César, quien aseguraba que las cosas nos parecen más grandes de lejos que de cerca, y así, en perfecta salud, he tenido más miedo a las enfermedades que cuando las he sufrido. El contento que me domina, el placer y la salud, muéstranme el estado contrario tan distinto, que mi fantasía abulta por lo menos el mal, el cual creo más duro estando sano que pesando sobre mí. Espero que lo propio me acontecerá con la muerte.

Estas mutaciones y ordinarias alternativas nos muestran cómo la naturaleza nos hace apartar la vista de nuestra pérdida y empeoramiento. ¿Qué le queda a un viejo del vigor de su juventud y de su existencia pasadas?

Heu! senibus vitæ portio quanta manet!<sup>1</sup>

Un soldado de la guardia de César, que se hallaba molido y destrozado, pidió al emperador licencia para darse la muerte. César, al contemplar su decrepito aspecto, le contestó ingeniosamente: "¿Acaso crees hallarte vivo?" Mas, guiados por su mano, por una suave y como insensible pendiente, poco a poco, y como por grados, acércanos a aquella miserable situación y nos familiariza con ella de tal modo, que no advertimos ninguna transición violenta cuando nuestra juventud acaba, lo cual es en verdad una muerte más dura que el acabamiento de una vida que languidece, cual es la muerte de la vejez. El tránsito del mal vivir al no vivir, no es tan rudo como el de la edad floreciente a una situación penosa y rodeada de males. Del cuerpo encorvado se aminoraron ya las fuerzas, y lo mismo las del alma; habituémosla a resistir los ataques de la muerte. Pues como es imposible que permanezca en reposo mientras la teme, si logra ganar la calma (cosa como que sobrepuja la humana condición), de ello puede alabarse entonces, pues es harto difícil que la inquietud, el tormento y el miedo, ni siquiera la menor molestia se apoderen de ella.

Non vultus instantis tyranni  
Mente quatit solida, neque Auster  
Dux inquieti turbidus Adriæ,  
Nec fulminantis magna Jovis manus<sup>2</sup>.

Conviértese en dueña de sus concupiscencias y pasiones, dueña de la indignancia, de la vergüenza, de la pobreza y de todas las demás injurias de la

<sup>1</sup> ¡Cuán pequeña es la parte que queda a un anciano en el festín de la vida! MAXIMIANO, *vel* PSEUDO-GALLUS, I, 16.

<sup>2</sup> Ni la mirada cruel del tirano, ni el ábrego furioso que revuelve los mares, nada puede alterar su firmeza, ni siquiera la mano terrible, la mano del tonante Júpiter. HORACIO, *Od.*, III, 3, 3.

fortuna. Gane quien para ello disponga de fuerzas tal ventaja. Tal es la soberana y verdadera libertad que nos comunica la facultad de reírnos de la fuerza y la injusticia, a la vez que la de burlarnos de los grillos y de las cadenas.

In manices et

Compedibus, sævo, te sub custode tenebo.

Ipse deus, simul atque volam, me solvet Opinor,

Hoc sentit: Moriar. Mors ultima linea rerum est<sup>1</sup>.

Nuestra religión no ha tenido más seguro fundamento humano que el menosprecio de la vida. No sólo el discernimiento natural lo trae a nuestra memoria, sino que es necio que temamos la pérdida de una cosa, la cual estamos incapacitados de sentir después. Y puesto que de tan diversos modos estamos amenazados por la muerte, ¿no es mayor la pena que ocasiona el mal de temerlos todos para librarnos de uno solo? ¿No vale más que venga cuando lo tenga a bien, puesto que es inevitable? Al que anunció a Sócrates que los treinta tiranos le habían condenado a morir, el filósofo contestó que la naturaleza los había condenado a ellos. ¡Qué torpeza la de apenarnos y afligirnos cuando de todo duelo vamos a ser libertados! Como el venir a la vida nos trae al par el nacimiento de todas las cosas, así la muerte hará de todas las cosas nuestra muerte. ¿A qué cometer la locura de llorar porque de aquí a cien años no viviremos, y por qué no hacer lo propio porque hace cien años no vivíamos? La muerte es el origen de nueva vida; al entrar en la vida lloramos y padecemos nuestra forma anterior; no puede considerarse como doloroso lo que no ocurre más que una sola vez. ¿Es razonable siquiera poner tiempo tan dilatado en cosa de tan corta duración? El mucho vivir y el poco vivir son idénticos ante la muerte, pues ambas cosas no pueden aplicarse a lo que no existe. Aristóteles dice que en el río Hypanis hay animalillos cuya vida no dura más que un día; los que de ellos mueren a las ocho de la mañana acaban jóvenes su existencia, y los que mueren a las cinco de la tarde perecen de decrepitud. ¿Quién de nosotros no tomaría a broma la consideración de la desdicha o dicha de un momento de tan corta duración? La de nuestra vida, si la comparamos con la eternidad, o con la de las montañas, ríos, estrellas, árboles y hasta con la de algunos animales, ¿no es menos ridícula?

Mas la propia naturaleza nos obliga a perecer. "Salid, nos dice, de este mundo como en él habéis entrado. El mismo tránsito que hicisteis de la muerte a la vida, sin pasión y sin horror, hacedlo de nuevo de la vida a la muerte. Vuestro fin es uno de los componentes del orden del universo, es uno de los accidentes de la vida del mundo.

Inter se mortales mutua vivunt,

Et, quasi cursores, vitæ lampada tradunt<sup>2</sup>.

¿Cambiaré yo por vosotros esta hermosa contextura de las cosas? La muerte es la condición de vuestra naturaleza; es una parte de vosotros mismos; os huís a vosotros mismos. La existencia de que gozáis pertenece por mitad

<sup>1</sup> Te cargaré de cadenas en pies y manos, te entregaré a un cruel carcelero. — Algún dios me liberará en el momento que yo quiera. — Ese dios, así lo creo, es la muerte: la muerte es el término de todas las cosas. HORACIO, *Epist.*, I, 16, 76.

<sup>2</sup> Los mortales se prestan la vida por un momento; la vida es la carrera de los juegos sagrados en que la antorcha pasa de mano en mano. LUCRECIO, II, 75, 78.

a la vida y a la muerte. El día de vuestro nacimiento os encamina así al morir como al vivir.

Prima, quæ vitam dedit, hora, carpsit<sup>1</sup>.  
Nascentes morimum; finisque ab origine pendet<sup>2</sup>.

"Todo el tiempo que vivís se lo quitáis a la vida: lo vivís a expensas de ella. El continuo quehacer de vuestra existencia es levantar el edificio de la muerte. Os encontráis en la muerte mientras estáis en la vida; pues estáis después de la muerte cuando ya no tenéis vida, o en otros términos: estáis muertos después de la vida; mas durante la vida estáis muriendo, y la muerte ataca con mayor dureza al moribundo que al muerto, más vivamente y más esencialmente. Si de la vida habéis hecho vuestro provecho, tenéis ya bastante: idos satisfechos.

Cur non ut plenus vitæ conviva recedis?<sup>3</sup>

"Si no habéis sabido hacer de ella el uso conveniente, si os era inútil, ¿qué os importa haberla perdido? ¿Para qué la queréis todavía?

Cur amplius addere quæris,  
Rursum quod pereat male, et ingratum occidat omne!<sup>4</sup>

"La vida no es, considerada en sí misma, ni un bien ni un mal; es lo uno o lo otro según vuestras acciones. Si habéis vivido un día lo habéis visto todo: un día es igual a siempre. No hay otra luz ni otra oscuridad distintas. Ese sol, esa luna, esas estrellas, esa armonía de las estaciones es idéntica a la que vuestros abuelos gozaron y contemplaron, y la misma que contemplarán nuestros nietos y tataranietos.

Non alium videre patres, aliumve nepotes  
Adspicient<sup>5</sup>.

"La variedad y distribución de todos los actos de mi comedia se desarrollan en un solo año. Si habéis parado vuestra atención en el vaivén de mis cuatro estaciones, habréis visto que comprenden la infancia, adolescencia, virilidad y vejez del mundo: con ello ha hecho su partida; después comienza de nuevo, y siempre acontecerá lo mismo.

Versamur ibidem, atque insumus usque<sup>6</sup>.  
Atque in se sua per vestigia volvitur annus<sup>7</sup>.

"No reside en mí la facultad de forjaros nuevos pasatiempos:

<sup>1</sup> La hora misma en que nacimos disminuye la duración de nuestra vida. *SENECA, Hercul. fur.*, act. 3, coro, V, 874.

<sup>2</sup> Nacer es empezar a morir; el último momento de nuestra vida es la consecuencia del primero. *MANILIO, Astronomic.*, IV, 16.

<sup>3</sup> ¿Por qué no salís del festín de la vida como de un banquete cuando estáis hartos? *LUCRECIO*, III, 951.

<sup>4</sup> ¿A qué querer multiplicar los días, que dejaríais perder lo mismo que los anteriores, sin emplearlos mejor?

<sup>5</sup> Vuestros nietos no verán sino lo que vieron vuestros padres. *MANILIO*, I, 529.

<sup>6</sup> El hombre da vueltas constantemente en el círculo que le encierra. *LUCRECIO*, III, 1093.

<sup>7</sup> El año comienza sin cesar de nuevo la ruta que antes ha recorrido. *VIRGILIO, Géorgicas*, II, 402.

Nam tibi præterea quod machiner, inveniamque  
Quod placeat, nihil est: eadem sunt omnia semper<sup>1</sup>.

"Dejad a los que vengan el lugar, como los demás os lo dejaron a vosotros. La igualdad es la primera condición de la equidad. ¿Quién puede quejarse de un mal que todos sufren? Es, pues, inútil que viváis; no rebajaréis nada del espacio que os falta para la muerte: para ello todos vuestros esfuerzos son inútiles. Tanto tiempo como permanecéis en ese estado de temor, nada vale ni a nada conduce. Igual da que hubierais muerto cuando estabais en brazos de vuestra nodriza:

Licet, quod vis, vivendo vincere secla,  
Mors aeterna tamen nihilo miny illa manebit<sup>2</sup>.

"Y si a tal estado de ánimo llegarais, no experimentaríais descontento alguno;

In vera nescis nullum fore morte alium te,  
Qui possit vivus tibi te lugere peremptum,  
Stansque jacentem?<sup>3</sup>

Nec sibi enim quisquam tum se, vitanque requirit.  
.....  
Nec desiderium nostri nos afficit ullum<sup>4</sup>.

ni desearíais una vida cuya pérdida sentís tanto.

"Es la muerte menos digna de ser temida que nada, si hubiera alguna cosa más insignificante que nada.

Multo... mortem minus ad nos esse putandum,  
Si minus esse potest, quam quod nihil esse videmus<sup>5</sup>.

"Ni muertos ni vivos debe concernirnos; vivos, porque existimos; muertos, porque ya no existimos. Nadie muere hasta que su hora es llegada: el tiempo que dejáis era tan vuestro u os pertenecía tanto como el que transcurrió antes de que nacierais, y que tampoco os concierne.

Respice enim, quam nil ad nos anteacta vetustas  
Temporis æterni fuerit<sup>6</sup>.

"Allí donde vuestra vida acaba está toda comprendida. La utilidad del vivir no reside en el tiempo, sino en el uso que de la vida se ha hecho: tal vivió largos días que vivió poco. Esperadla mientras permanecéis en el mundo: de vuestra voluntad pende, no del número de años, el que hayáis vivido

<sup>1</sup> No puedo encontrar nada nuevo ni producir nada nuevo en vuestro favor; son y serán siempre los mismos placeres. *LUCRECIO*, III, 898.

<sup>2</sup> Aunque a tu gusto venzas los siglos viviendo, no por eso dejará de aguardarte la muerte eterna. *LUCRECIO*, III, 1090.

<sup>3</sup> ¿No sabéis que la muerte no dejará subsistir otro individuo idéntico a vosotros, que pueda gemir ante vuestra agonía y llorar ante vuestro cadáver? *LUCRECIO*, III, 898.

<sup>4</sup> Entonces no nos preocupemos de la vida ni de nuestra persona... entonces no nos queda ningún amargor de la existencia. *LUCRECIO*, 932, 935.

<sup>5</sup> La frase precedente es la traducción de estos dos versos de *LUCRECIO*, II, 939.

<sup>6</sup> Considerad los siglos sin número que nos han precedido; ¿no son esos siglos para nosotros como si no hubieran existido jamás? *LUCRECIO*, III, 985.

bastante. ¿Pensáis acaso no llegar al sitio donde marcháis sin cesar? No hay camino que no tenga su salida. Y por si el mal de muchos sirve a aliviaros, sabed que el mundo todo sigue la marcha que vosotros seguís.

... Omnia te, vita perfuncta, sequentur<sup>1</sup>.

Todo se estremece al par de vosotros. ¿Hay algo que no envejezca cuando vosotros envejecéis y como vosotros envejecéis? Mil hombres, mil animales y mil otras criaturas mueren en el propio instante que vosotros morís.

Nam nox nulla diem, neque noctem aurora sequuta est,  
Quæ non audierit mixtos vagitibus ægris  
Ploratus, mortis comites et funeris atrî<sup>2</sup>.

"¿A qué os sirve retroceder? Bastantes habéis visto que se han encontrado bien hallados con la muerte por haber ésta acabado con sus miserias. ¿Mas, habéis visto alguien mal hallado con ella? Gran torpeza es condenar una cosa que no habéis experimentado ni en vosotros ni en los demás. ¿Por qué tú te quejas de mí y del humano destino? Aunque tu edad no sea todavía acabada, tu vida sí lo es; un hombrecito es hombre tan completo como un hombre ya formado. No se miden por varas los hombres ni sus vidas. Chirón rechaza la inmortalidad, informado de las condiciones en que se le concede por el dios mismo del tiempo, por Saturno, su padre. Imaginad cuánto más perdurable sería la vida y cuán menos soportable al hombre, y cuanto más penosa de lo que lo es la que yo le he dado. Si la muerte no se hallare al cabo de vuestros días, me maldeciríais sin cesar por haberos privado de ella. De intento he mezclado alguna amargura, para impedirlos, en vista de la comodidad de su uso, el abrazarla con demasiada avidez, con indiscreción extremada. Para llevaros a una tal moderación, para que no huyáis de la vida ni tampoco de la muerte que exijo de vosotros, he entreverado la una y la otra de dulzores y amarguras. Enseñé a Thales, el primero de vuestros sabios, que el morir y el vivir eran cosas indiferentes, por eso al que le preguntó por qué no moría, respondióle prudentísimamente: *Porque da lo mismo*. El agua, la tierra, el aire, el fuego y otros componentes de mi edificio, así son instrumentos de tu vida como de tu muerte. ¿Por qué temes tu último día? Tu último día contribuye lo mismo a tu muerte que los anteriores que viviste. El último paso no produce la lasitud, la confirma. Todos los días van a la muerte: el último llega." Tales son los sanos advertimientos de nuestra madre naturaleza.

Con frecuencia he considerado por qué en las guerras, el semblante de la muerte, ya lo veamos en nosotros mismos, ya en los demás, nos espanta mucho menos que en nuestras casas (si así no fuera compondríanse los ejércitos de médicos y de llorones); y siendo la muerte lo mismo para todos, he considerado también que la aguardan con mayor resignación las gentes del campo y las de condición humilde que los demás. En verdad creo que todo depende del aparato de horror de que la rodeamos, el cual pone más miedo en nuestro ánimo que la muerte misma; los gritos de las madres, de las mujeres y de los niños; la visita de gentes pasmadas y transidas; la presencia numerosa de criados pálidos y llorosos; una habitación a oscuras; la luz de los blandones; la cabecera de nuestro lecho ocupada por médicos y sacerdotes: en suma, todo es

<sup>1</sup> Todas las cosas te seguirán en la muerte. LUCRECIO, III, 981.

<sup>2</sup> Jamás la sombría noche ni la risueña aurora visitaron la tierra, sin oír a la vez los gritos lastimeros de la infancia en la cuna, y los suspiros del dolor exhalados ante un féretro. LUCRECIO, V, 579.

horror y espanto en derredor nuestro: henos ya bajo la tierra. Los niños tienen miedo de sus propios camaradas cuando los ven disfrazados; a nosotros nos acontece lo propio. Preciso es retirar la máscara lo mismo de las cosas que de las personas, y una vez quitada no hallaremos bajo ella a la hora de la muerte nada que pueda horrorizarnos. Feliz el tránsito que no deja lugar a los aprestos de semejante viaje.

## CAPITULO XX

## DE LA FUERZA DE IMAGINACION

**F**ORTIS *imaginatio generat casum*<sup>1</sup>, dicen las gentes disertas. Yo soy de aquellos a quienes la imaginación avasalla: todos ante su impulso se tambalean, mas algunos dan en tierra. La impresión de mi fantasía me afecta, y pongo todo esmero y cuidado en huirla, por carecer de fuerzas para resistir su influjo. De buen grado pasaría mi vida rodeado sólo de gentes sanas y alegres, pues la vista de las angustias del prójimo angustíame materialmente, y con frecuencia usurpo las sensaciones de un tercero. El oír una tos continuada irrita mis pulmones y mi garganta; peor de mi grado visito a los enfermos cuya salud deseo, que aquellos cuyo estado no me interesa tanto: en fin: yo me apodero del mal que veo y lo guardo dentro de mí. No me parece maravilla que la sola imaginación produzca las fiebres y la muerte de los que no saben contenerla. Hallándome en una ocasión en Tolosa en casa de un viejo pulmoníaco, de abundante fortuna, el médico que le asistía, Simón Thomas, facultativo acreditado, trataba con el enfermo de los medios que podían ponerse en práctica para curarle, y le propuso darme ocasión para que yo gustase de su compañía; que fijara sus ojos en la frescura de mi semblante y su pensamiento en el vigor y alegría en que mi adolescencia rebosaba, y que llenase todos sus sentidos de tan floreciente estado; así decía el médico al enfermo que su situación podría cambiar, pero olvidábase de añadir que el mal podría comunicarse a mi persona. Galo Vibio aplicó tan bien su alma a la comprensión de la esencia y variaciones de la locura que perdió el juicio; de tal suerte que fue imposible volverle a la razón. Pudo, pues, vanagloriarse de haber llegado a la demencia por un exceso de juicio. Hay algunos condenados a muerte en quienes el horror hace inútil la tarea del verdugo; y muchos se han visto también que al descubrirles los ojos para leerles la gracia murieron en el cadalso por no poder soportar la impresión. Sudamos, temblamos, palidecemos y enrojecemos ante las sacudidas de nuestra imaginación, y tendidos sobre blanda pluma sentimos nuestro cuerpo agitado por sí mismo algunas veces hasta morir; la hirviente juventud arde con ímpetu tal, que satisface en sueños sus amorosos deseos:

Ut, quasi transactis sæpe, omnibu', rebu', profundant  
Fluminis ingentes fluctus, vestemque cruentent<sup>2</sup>.

Aunque no sea cosa desusada ver que le salen cuernos por la noche a quien al acostarse no los tenía, el sucedido de Cipo, rey de Italia, es por demás

<sup>1</sup> Una imaginación robusta produce los acontecimientos.

<sup>2</sup> El texto de Montaigne parafrasea estos dos versos de LUCRECIO (IV, 10:35) en las dos líneas que los preceden.

memorable. Había éste asistido el día anterior con interés grande, a una lucha de toros, y toda la noche soñó que tenía cuernos en la cabeza; y efectivamente, el calor de su fantasía hizo que le salieran. La pasión comunicó al hijo de Creso la palabra, de que la naturaleza le había privado. Antioco tuvo recias calenturas a causa de la belleza de Stratonice, cuya hermosura habíase sellado profundamente en su alma. Refiere Plinio haber visto cambiarse a Lucio Cosicio de hombre en mujer el mismo día de sus bodas. Pontano y otros autores, cuentan análogas metamorfosis ocurridas en Italia en los siglos últimos. Y por vehemente deseo, propio y de su madre,

Vota puer solvit, quæ femina voverat, Iphis<sup>1</sup>.

En el Vitry francés vi a un sujeto a quien el obispo de Soissons había confirmado con el nombre de Germán; todas las personas de la localidad le conocieron como mujer hasta la edad de veintidós años, y le llamaban María. Era, cuando yo le conocí, viejo, bien barbado y soltero, y contaba que, habiendo hecho un esfuerzo al saltar, aparecieron sus miembros viriles. Aun hoy hay costumbre entre las muchachas del Vitry de cantar unos versos que advierten el peligro de dar grandes brincos, que podría exponerlas a verse en la situación de María-Germán. No es maravilla encontrar con frecuencia el accidente referido, pues si la imaginación ofrece poder en cosas tales, está además tan de continuo y tan fuertemente identificada con ellas, que para no volver al mismo pensamiento y vivo deseo, procede mejor la fantasía al incorporar de una vez para siempre la parte viril en las jóvenes.

A la fuerza de imaginación atribuyen algunos las cicatrices del rey Dagoberto y las llagas de san Francisco. Otros el que los cuerpos se leven de la tierra. Refiere Celso que un sacerdote levantaba su alma en éxtasis tan grande, que su cuerpo permanecía largo espacio sin respiración ni sensibilidad. San Agustín habla de otro a quien bastaba sólo oír gritos lastimeros, para ser transportado instantáneamente tan fuera de sí, que era del todo inútil alborotarle, gritarle, achicharrarle y pincharle hasta que recobraba de nuevo los sentidos. Entonces declaraba haber oído voces, que al parecer sonaban a lo lejos, y echaba de ver sus heridas y quemaduras. Que el accidente no era fingido sino natural, probábalo el hecho de que mientras era presa de él, la víctima no tenía pulso ni alentaba.

Verosímil es que el crédito que se concede a las visiones, encantamientos y otras cosas extraordinarias provenga sólo del poder de la fantasía; la cual obra más que en las otras en las almas del vulgo, por ser más blandas e impresionables. Tan firmemente arraigan en ellas las creencias, que creen ver lo que no ven.

Casi estoy por creer que esos burlones maleficios con que algunas personas suelen verse trabadas (y no se oye hablar de otra cosa) reconocen por causa la aprensión y el miedo. Por experiencia sé que cierta persona de quien puedo dar fe como de mí mismo, en la cual no podía haber sospecha alguna de debilidad ni encantamiento, habiendo oído relatar a un amigo suyo el suceso de una extraordinaria debilidad en que el del cuento había caído cuando más necesitado se hallaba de vigor y fortaleza, el horror del caso asaltó de pronto la imaginación del oyente e hizo le atravesar situación análoga. De entonces en adelante experimentó repetidas veces tan desagradable accidente, porque el importuno recuerdo de la historia le agobiaba y tiranizaba constante-

<sup>1</sup> Ifis pagó siendo muchacho las promesas que hizo cuando doncella. OVIDIO, *Met.*, IX, 793.

mente. Pero encontró algún remedio a la ilusión de que era víctima con otra parecida, y fue que declarando de antemano la calamidad que le amarraba, ensanchóse la contención de su alma, pues considerando el mal como esperado y casi irremediable, pesábale menos la preocupación. Cuando tuvo ocasión, libremente (encontrándose su pensamiento despejado y a sus anchas, y su cuerpo en la situación normal), de comunicar y sorprender el entendimiento ajeno, quedó curado por completo. La desdicha de que hablo no debe temerse sino en los casos en que nuestra alma se encuentre extraordinariamente embargada por el deseo y el respeto, y también allí donde todo lo allanó la facilidad y la urgencia precisa. Yo sé de alguien a quien procuró medio el satisfacerse en otra parte para calmar los ardores de su furor, y que por la edad se encuentra menos impotente precisamente por ser menos potente; y de otro, a quien ha sido de utilidad grandísima el que un amigo le haya asegurado que se encuentra provisto de una contrabatería de encantamientos, seguros a preservarle. Pero mejor será que refiera el caso menudamente.

Un conde de alcurnia distinguida, de quien yo era amigo íntimo, casó con una hermosa dama que antes había sido muy solicitada y requerida por uno de los que asistían a la boda. El desposado hizo entrar en cuidado a sus amigos, principalmente a una dama de edad, parienta suya, en cuya casa tenía lugar la ceremonia, y que la presidía, mujer temerosa de estas brujerías, quien así me lo confesó. Por casualidad guardaba yo en mi cofre una pieccecita de oro delgada, que tenía grabadas algunas figuras celestes, y que era remedio eficaz contra las insolaciones y el dolor de cabeza, colocándola en la sutura del cráneo; para que la medallita pudiera llevarse sujeta a un cordón suficientemente largo que podía rodear la cara, y anudarlo junto a la garganta; ensueño es éste idéntico al de que voy hablando. Santiago Peletier<sup>1</sup>, viviendo en mi casa, me había hecho tan singular presente. Ocurrióme sacar de él algún partido, y dije al conde que también él podía correr peligro de impotencia a causa del encantamiento de algún rival, añadiendo que se acostara en seguida, que yo me encargaba de prestarle un servicio de amigo, y que ponía a su disposición un milagro, cuyo poder de realizarlo residía en mis manos, siempre y cuando que por su honor me jurase guardar el más profundo secreto, y que le recomendaba únicamente que durante la noche, cuando fuéramos a llevarles la colación al lecho, si las cosas no habían ido a medida de sus deseos, me hiciera una señal, convenida previamente. Había tenido el alma tan intranquila y los oídos le chillaron tanto por mis palabras, que sufrió los efectos de su imaginación y me hizo la señal a la hora prescrita. Yo le dije entonces, sin que nadie nos oyera, que se levantara con el pretexto de echarnos de la alcoba, y que, como jugando, se apoderase de mi bata (éramos de estatura casi idéntica) y se cubriera con ella mientras practicaba la recomendación que le hiciera, lo cual ejecutó; añadí que cuando nos marcháramos saliera a orinar, recitara tres veces ciertas oraciones y ejecutara ciertos movimientos; que cada una de esas tres veces se ciñera el cordón que yo le daba en la cintura y se aplicara la medalla que con él iba sujeta a los riñones, teniendo el cuerpo en determinada posición; y por último, que, después de haber practicado escrupulosamente todas mis instrucciones sujetara bien el cordón, a fin de que no pudiera desatarse ni moverse del lugar en que lo tenía, y que se dirigiese con tranquilidad completa a su labor, sin olvidarse de tender mi traje sobre la cama, de modo que los cubriera a los dos. Todas estas patrañas constituyen lo principal del efecto; nuestra mente no puede rechazar el que medios tan extraños no procedan de alguna ciencia abstrusa; su insignificancia misma los reviste

<sup>1</sup> Véase la nota en la pág. 507.

de autoridad, y hace que se respeten. En conclusión; es lo cierto que los signos de la medalla se mostraron más venéreos que solares, más activos que prohibitivos. Fue un capricho repentino y malicioso lo que me invitó a tal acción, alejado por lo demás de mi naturaleza. Soy enemigo de las acciones sutiles y fingidas; odio las finezas, no sólo las recreativas, sino también las provechosas. Si el acto en sí mismo no es vicioso, en cambio el procedimiento sí lo es.

Amasis, rey de Egipto, casó con Laodice, hermosísima joven griega. Mas el soberano, que se había mostrado vigoroso con las demás mujeres, no acertó a disfrutar de Laodice, y la amenazó con darla muerte, creyendo que la causa de su debilidad fuera cosa de brujería. Para remediar la desdicha recomendó la dama la práctica de actos devotos, y habiendo ofrecido a Venus ciertas promesas, encontróse divinamente fuerte la noche que siguió a las oblações y sacrificios. Hacían mal las mujeres en adoptar continente melindroso y de contrariedad; todo eso nos debilita y acalora. Decía la suegra de Pitágoras que la mujer que se acuesta con un hombre debe con su chambra dejar también la vergüenza y tomarla de nuevo con las enaguas. El alma del varón, intranquila por alarmas diversas, piérdese fácilmente; aquel a quien la imaginación hizo sufrir una vez tal percance (no acontece esto sino en los primeros ayuntamientos, por lo mismo que son más hirvientes y rudos; y también por el temor de que no salga el disparo, recelo que la vez primera es mucho más grande el sobrecogimiento). Y cuando se principia mal, el espíritu se altera y despecha del accidente, que persiste en las ocasiones sucesivas.

Los casados, como tienen por suyo todo el tiempo, no deben buscar ni apresurar el acto si no están en disposición de realizarlo. Preferible es incurrir en falta en el estreno de la cúpula nupcial, llena de agitación y fiebre, y aguardar ocasión más propicia y menos revuelta, a caer en una perpetua miseria por la desesperación que acarrea el primer fracaso. Antes de la posesión debe el paciente de cuando en cuando hacer ensayos sin acalorarse ni extremarse para asegurarse así de sus fuerzas. Y los que son en este punto de naturaleza fácil, procuren por imaginación contenerse.

Con razón se ha advertido la indócil rebeldía de este órgano, que se subleva importunamente, cuando de ello no hemos menester, y se aplaca, más importunamente todavía, cuando tenemos necesidad de lo contrario. Tan imperiosamente se opone a nuestra voluntad, que rechaza con altivez y obstinación indomables lo mismo nuestras sollicitaciones mentales que las manuales. Sin embargo de que se censura su rebelión y por ello se la condena, si estuviese yo encargado de defender su proceder, acaso, hiciera cómplices a los otros miembros, sus compañeros, de haberle motejado por pura envidia de la importancia y dulzura de sus funciones; de haber todos juntos conspirado contra él y de hacerle cargar con la responsabilidad de una culpa común. Considerad, si no, si hay siquiera una sola parte de nuestro cuerpo que no se oponga con frecuencia más que sobrada a la determinación de nuestra voluntad. Cada cual tiene sus pasiones propias que la despiertan o adormecen sin nuestro consentimiento. ¡Cuántas veces declara nuestro rostro los pensamientos que guardamos secretos y nos traiciona ante las personas que nos rodean! La causa misma que vivifica el órgano de que habla anima también, sin que nos demos cuenta de ello, el corazón, el pulmón y el pulso; la vista de un objeto grato esparce imperceptiblemente en nosotros la llama de una emoción febril. ¿Acaso son sólo los músculos y las venas los que se aplacan o ponen rígidos, sin licencia, no ya sólo de nuestra voluntad, sino tampoco de nuestro pensamiento?

No ordenamos a nuestros cabellos que se ericen, ni a nuestras carnes que tiemblen por el deseo o el temor; la mano se dirige con frecuencia donde nosotros no la ordenamos que vaya; la lengua enmudece y la voz se apaga cuando se les antoja; en ocasión en que no tenemos viandas ni agua a nuestro alcance prohibiríamos de buen grado a nuestro apetito la excitación y haríamos que nuestra sed se aplacara, pero no alcanza a tanto nuestro poder; nos ocurre lo mismo que con el otro apetito de que antes hablé; las ganas de comer nos abandonan cuando se les antoja. Los órganos que sirven a descargar el vientre se dilatan o contraen por sí mismos, e igualmente los que desocupan los riñones. Lo que san Agustín escribe para demostrar el poderío de nuestra voluntad de alguien que ordenaba a su trasero expeler tantos pedos como quería, y que Vives, glosador del santo, apoya con otro ejemplo de su época, diciendo que algunos tiene la facultad de expeler vientos musicales, que concuerdan con el tono de voz que se les impone, no supone ninguna obediencia del trasero, pues, en general, puede decirse que no hay órgano más impertinente y tumultuario. Sé de uno tan turbulento y rebelde, que lleva ya cuarenta años obligando a su dueño a peear constante e incesantemente y que le llevará así al sepulcro. Y a Dios pluguiera que hubiese tenido noticia por las historias de semejante monstruosidad. ¡Cuántas veces, por oponernos a la salida de un solo pedo, nuestro vientre nos coloca en el umbral de una muerte angustiosísima! El emperador que nos dio libertad absoluta de peear<sup>1</sup> en todas partes, no nos hubiera podido otorgar lo mismo la facultad de hacerlo cuando lo tuviéramos por conveniente. Pero nuestra voluntad, a la que acusamos de impotencia en este particular, podríamos igualmente censurarla de rebelión y sedición en otros puntos por su desorden y desobediencia. ¿Quiere en toda ocasión lo que deseáramos que quisiera? ¿No sucede muchas veces que anhela aquello que le prohibimos, precisamente lo que nos daña? ¿Acaso se deja conducir por los principios de nuestra razón? En conclusión diré, en beneficio de mi defendido<sup>2</sup>, que me place considerar que su causa está inseparable e indistintamente unida a la de un consocio; y, sin embargo, aquél sólo carga con los vidrios rotos, y por argumentos y cargos tales, vista la condición de las partes, no pueden en modo alguno pertenecer ni concernir a dicho consocio, pues el fin de éste es a veces invitar a destiempo, pero nunca oponerse, y también invitar sin esfuerzo, todo lo cual es prueba palmaria de la animosidad e ilegalidad de los acusadores. De todos modos, protestando que los abogados y jueces pierden el tiempo al emitir quejas y formular sentencias, la naturaleza seguirá la marcha que le acomode y habrá obrado acertadamente aun cuando haya dotado a este miembro de algún privilegio particular, como autora de la única obra inmortal entre los mortales. Por eso consideraba Sócrates la generación como acto divino, y el amor como deseo de inmortalidad y espíritu inmortal.

Hay quien a causa del efecto de su imaginación deja aquí las escrófulas<sup>3</sup> que su compañero llevará a España. Por eso, para tales casos acostumbraba a recomendarse que el espíritu se encontrara en buena disposición. Por idéntica razón preparan los médicos de antemano la fe de sus pacientes en los medicamentos, con tantas promesas falsas de curación, a fin de que el efecto de la fantasía supla la inutilidad de sus pócimas. Saben bien que uno de los maestros de su arte les dejó escrito que hubo personas a quienes hizo efecto sólo

<sup>1</sup> Claudio, emperador romano.

<sup>2</sup> Montaigne parodia en este pasaje la forma de una oración forense.

<sup>3</sup> Es fama que los antiguos reyes de Francia tenían el privilegio de curar.

la vista de la medicina. Hame venido lo apuntado a la memoria recordando la relación que me hizo un boticario que estaba al servicio de mi difunto padre, hombre sencillo, suizo de nación, que es un pueblo nada charlatán ni embustero. Contóme haber tratado largo tiempo en Tolosa a un comerciante enfermizo, sujeto al mal de piedra, que tenía con suma frecuencia necesidad de darse lavativas y se las hacía preparar por los médicos, según las alternativas del mal; luego que le presentaban el líquido con todos los adminículos veía si estaba demasiado caliente, y héteme aquí a nuestro enfermo tendido boca abajo, con todos los preparativos admirablemente dispuestos, pero que en fin de cuentas no tomaba lavativa alguna. Alejado el médico de la alcoba, el paciente se instalaba como si realmente se hubiese aplicado el remedio y experimentaba efecto igual al que sienten los que le practican. Y si el facultativo consideraba que no se había puesto bastantes, recomendábale dos o tres más en forma idéntica. Jura mi testigo que para economizar el gasto, pues el enfermo pagaba como si las hubiera recibido, la mujer de éste le presentó varias veces sólo agua tibia; el efecto nulo descubrió el engaño, y por haber encontrado inútiles las últimas, fue necesario volver a las preparadas por la farmacopea.

Una mujer que creía haber tragado un alfiler con el pan que comía, gritaba y se atormentaba como si sintiera en la garganta un dolor insoportable, donde, a su entender, tenía detenido; pero como no había hinchazón ni alteración en la parte exterior, una persona hábil que estaba junto a ella consideró que la cosa no era más que aprensión, que obedecía a algún pedacito de pan que la había arañado al pretender tragarlo; hizo vomitar a la mujer y puso a escondidas en lo que arrojó un alfiler torcido. La paciente, creyendo en realidad haberlo expulsado, sintióse de pronto libre de todo mal y dolor. Sé que un caballero que había dado un banquete a varias personas de la buena sociedad se vanagloriaba, por pura broma, pues la cosa no era cierta, de haber hecho comer a sus invitados un pastel de gato; una señorita de las convidadas se horrorizó tanto al saberlo que cayó enferma con calenturas, perdió el estómago y fue imposible salvarla. Los animales mismos vense como nosotros sujetos al influjo de la imaginación; acredítanlo los perros que se dejan sucumbir de dolor a causa de la muerte de sus amos; vémoslos ladrar y agitarse en sueños, y a los caballos relinchar y desasosegarse. Todo lo cual puede explicarse por la estrecha unión de la materia y el espíritu, que se comunican entre sí sus estados mutuos; por eso la imaginación actúa a veces, no ya contra el propio cuerpo, sino también contra el ajeno. De la misma suerte que un cuerpo comunica el mal a su vecino, como se ve en las epidemias, en las bubas y en los males de los ojos, que pasan de unos a otros:

Dum spectant oculi læsos, læduntur et ipsi;

Multaque corporibus transitione nocent<sup>1</sup>,

así la imaginación, vehementemente sacudida, lanza dardos que alcanzan a otro cuerpo que no es el suyo. La antigüedad creía que ciertas mujeres de Escitia, cuando tenían a alguien mala voluntad, podían matarle con la mirada. Las tortugas y los avestruces incuban sus huevos con la vista sola, prueba evidente de que poseen alguna virtud ocular. Dícese que los brujos tienen dañina la mirada:

<sup>1</sup> Mirando los ojos de una persona que los tiene malos el mal se comunica a la que los mira, y las enfermedades pasan a veces de unos cuerpos a otros. OVIDIO, de *Remedio amoris*, v. 615.

Nescio quis teneros oculus mihi fascinat agnos<sup>1</sup>;

pero yo no doy crédito a la ciencia de mágicos y adivinos. Por experiencia, vemos que las mujeres producen en el cuerpo de las criaturas que paren los signos de sus caprichos, como la que parió un moro. A Carlos, emperador y rey de Bohemia, fue presentada una muchacha cubierta de pelos erizados, cuya madre decía haber sido así concebida a causa de una imagen de san Juan Bautista que tenía colgada junto al lecho.

Lo propio acontece a los animales, como vemos por las ovejas de Jacob y por las perdices que la nieve blanquea en las montañas. Poco ha vióse en mi casa un gato que acechaba a un pájaro colocado en lo alto de un árbol; los ojos del uno estuvieron clavados en los del otro un corto espacio, y luego el pájaro se dejó caer como muerto entre las patas del gato, bien trastornado por su propia imaginación, bien atraído por alguna fuerza peculiar del felino. Los amantes de la caza de halconería conocen el cuento del halconero, que, fijando obstinadamente su mirada en la de un milano que volaba, apostaba que le hacía dar en tierra por virtud de la sola fuerza de su mirada, y ganaba la apuesta, según cuentan; pues debo advertir que las historias que traigo aquí a colación déjolas sobre la conciencia de aquellos en quienes las encontré. Más son las reflexiones, que pueden demostrarse por la razón, sin echar mano de casos particulares. Cada cual puede acomodar a la doctrina sus ejemplos, y quien no los tenga, que no sea incrédulo, en atención al número y variedad de los fenómenos de la naturaleza. Si me sirvo de ejemplos que no cuadran exactamente con los asuntos de que hablo, que otro los acomode más pertinentes. De manera que, en el estudio que aquí hago de nuestras costumbres y transportes, los testimonios fabulosos, siempre y cuando que sean verosímiles, me sirven como si fuesen auténticos. Acontecido o no, en Roma o en París, a Juan o a Pedro, siempre será la cosa un rasgo de la humana capacidad que yo utilizo. Léolo y aprovécholo igualmente en sombra que en cuerpo; en los casos diversos que las historias citan me sirvo de los que son más raros y dignos de memoria. Hay autores cuyo único fin es relatar los acontecimientos; el mío, si a él acertara a tocar, sería escribir, no lo acontecido, sino lo que puede acontecer. Lícito es en las discusiones de filosofía atestiguar con cosas verosímiles cuando no existen las reales; yo no voy tan allá, sin embargo; y sobrepaso en escrupulosidad a las historias mismas. En los ejemplos que saco de lo que he leído, oído, hecho o dicho, tengo por sistema no alterar ni modificar siquiera las más inútiles circunstancias: mi conciencia no falsifica ni una coma; de mi falta de ciencia no puedo responder lo mismo.

Creo yo que la ocupación de escribir la historia conviene bien a un teólogo o a un filósofo, y en general a los hombres prudentes, de conciencia exacta y exquisita. Sólo ellos pueden deslindar su fe de las creencias del pueblo, responder de las ideas de personas desconocidas y mostrar sus conjeturas como moneda corriente. De las acciones que pasan ante su vista y que se prestan a interpretaciones varias opondríanse a prestar juramento ante un juez, y por íntimo trato que tuvieran con un hombre rechazarían igualmente el responder con plenitud de sus intenciones. Tengo por menos aventurado escribir sobre las cosas pasadas que sobre las presentes, entre otras razones porque en las primeras el escritor no tiene que dar cuenta sino de una verdad prestada.

Me invitan algunos a relatar los sucesos de mi tiempo, considerando que los veo con los ojos menos desapacibles que los demás, y más de cerca, por la

<sup>1</sup> No sé quién fascina mis tiernos corderillos con su mirada maligna. VIRGILIO, *Eglog.*, III, 103.

proximidad en que la fortuna me ha puesto de los jefes de los distintos partidos. Pero no saben aquéllos que por alcanzar la gloria de Salustio no me procuraría ningún mal rato, como enemigo jurado que soy de toda obligación asidua y constante; ni que nada hay tan contrario a mi estilo como una narración dilatada. Falto de alientos, deténgome a cada momento. Ignoro más que una criatura los vocablos y frases que se aplican a las cosas más comunes; por eso he tomado a mi cargo el escribir sólo sobre aquellas materias que se acomodan a mis fuerzas. Si me impusiera un asunto determinado, mi medida podría faltar a la suya, y como la libertad mía es tan grande, emitiría juicios que, en mi sentir mismo y conforme a las luces de la razón, serían injustos y censurables.

Plutarco nos diría seguramente que en sus obras no es él responsable si todos sus ejemplos no son enteramente auténticos; que fueran útiles a la posteridad y estuvieran presentados de modo que nos encaminaran a la virtud, fue lo que procuró. No ocurre lo mismo que con las medicinas con los cuentos antiguos: en éstos es indiferente que la cosa pasara así, o de otro modo diferente.

## CAPITULO XXI

### EL BENEFICIO DE UNOS ES PERJUICIO DE OTROS

EL ateniense Demades condenó a un hombre de su ciudad, cuyo oficio era vender las cosas necesarias para los entierros, so pretexto de que de su comercio quería sacar demasiado provecho y de que tal beneficio no podía alcanzarlo sin la muerte de muchas gentes. Esta sentencia me parece desacertada, tanto más, cuanto que ningún provecho ni ventaja se alcanza sin el perjuicio de los demás; según aquel dictamen habría que condenar, como ilegítimas, toda suerte de ganancias. El comerciante no logra las suyas sino merced a los desórdenes de la juventud; el labrador se aprovecha de la carestía de los trigos; el arquitecto de la ruina de las construcciones; los auxiliares de la justicia, de los procesos y querellas que constantemente tienen lugar entre los hombres; el propio honor y la práctica de los ministros de la religión débese a nuestra muerte y a nuestros vicios; a ningún médico le es grata ni siquiera la salud de sus propios amigos, dice un autor cómico griego, ni a ningún soldado el sosiego de su ciudad, y así sucesivamente. Más aún puede añadirse: examínese cada uno en lo más recóndito de su espíritu, y hallará que nuestros más íntimos deseos en su mayor número, nacen y se alimentan a costa de nuestros semejantes. Todo lo cual considerado, me convence de que la naturaleza no se contradice en este punto en su marcha general, pues los naturalistas aseguran que el nacimiento, nutrición y multiplicación de cada cosa tiene su origen en la corrupción y acabamiento de otra:

Nam quodcumque suis mutatum finibus exit,  
Continuo hoc mors est illius, quod fuit ante <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Un cuerpo no puede abandonar su naturaleza sin que deje de ser lo que antes era. LUCRECIO, II, 752.

## CAPITULO XXII

### DE LA COSTUMBRE Y DE LA DIFICULTAD DE CAMBIAR LOS USOS RECIBIDOS

BIEN comprendió el imperio de la fuerza de la costumbre el que primero forjó el cuento siguiente: una aldeana estaba habituada a acariciar y a llevar en brazos un ternerillo desde el momento en que salió del vientre de la vaca, y de tal modo se hizo a ello, que cuando el animal se convirtió en buey, todavía lo conducía entre sus brazos. La costumbre es al par maestra violenta y traidora. Ella fija en nuestro espíritu, poco a poco y como si de ello no nos diéramos cabal cuenta, el peso de su autoridad, y por suave que sea la pendiente por donde descendamos ocurre un día que ha dejado bien sellada su huella en nuestra naturaleza. Vémosla de tal modo violentar siempre las leyes de ésta, que cuando menos lo pensamos nos descubre un rostro tiránico, que carecemos de fuerzas para mirar de frente: *Usus efficacissimus rerum omnium magister*<sup>1</sup>. Creo de buen grado en el antro de que Platón habla en su *República*; y en los médicos que con frecuencia abandonan a su autoridad las razones de su arte; y en aquel rey<sup>2</sup> que por hábito hizo su estómago refractario al veneno, y en la joven de que habla Alberto, la cual se alimentaba con arañas; y por fin creo que en ese mundo de las Indias Nuevas se encontraron pueblos grandes, de climas diversos, que se alimentaban y hacían provisión, manteniéndolos, de langostas, hormigas, lagartos y murciélagos: en esos países fue vendido un sapo en seis escudos, en una época de carencia de víveres, y cuecen esos animales aderezándolos con diversas salsas. Otros pueblos se vieron en que las carnes de que nosotros nos alimentamos eran para ellos venenosas y mortíferas. *Consuetudinis magna vis est: pernoctant venatores in nive; in montibus uri se patiuntur; pugiles caestibus contusi, ne ingemiscunt quidem*<sup>3</sup>.

Ejemplos tales, que parecen peregrinos, no lo son si consideramos (lo cual experimentamos ordinariamente), cuánto la costumbre embota nuestros sentidos. No nos precisa conocer lo que se nos relata de los vecinos de las cataratas del Nilo; ni lo que los filósofos juzgan de la música celeste, o sea que estos cuerpos, siendo como son sólidos y lisos, cuando se frotan y chocan unos con otros, por virtud de sus movimientos, no pueden dejar de producir una armonía maravillosa, conforme a la medida y al tono cuyas variedades les imprimen movimientos y cadencia. Pero tales armonías no las advierten los oídos de los

<sup>1</sup> La costumbre es en todo la maestra más hábil. PLINIO, *Nat. Hist.*, XXXI, 2.

<sup>2</sup> MITRIDATES.

<sup>3</sup> Nada tan poderoso como la costumbre. Pasar la noche en medio de las nieves, abrasarse en los campos con el fuego de la lumbre solar, tal es la vida de los cazadores. Esos atletas que se magullan y despedazan con sus manoplas de hierro ni siquiera exhalan un solo gemido. CICERON, *Tusc. quæst.*, II, 17.



mortales, adormecidos como los de los egipcios, a causa de la continuidad del sonido. Los herradores, molineros y armeros no podrían soportar el estruendo propio de sus respectivos oficios si como a nosotros, que no los ejercitamos, los impresionaran.

El perfume que se desprende de mi colete lo percibe mi olfato por espacio de tres días, mas el cuarto ya no lo advierten sino los circunstantes. Más singular es todavía el que a pesar de largos intervalos e intermisiones, la costumbre pueda siempre establecer y unir el efecto de su impresión sobre nuestros sentidos, como les ocurre a los que viven cerca de los campanarios. Yo ocupo en mi casa una torre en la cual al toque de diana y al anochecer una campana grande toca diariamente el *Ave María*. Tal estrépito estremece a la torre misma, y si bien parecióme insoportable los primeros días, poco después me acostumbré a él, de modo que hoy lo oigo como si tal cosa, y muchas veces hasta sin despertarme.

Platón reprendió a un muchacho que jugaba a los dados. El chico le contestó que por fútil pretexto le reprendía. La costumbre, repuso Platón, no es cosa insignificante ni fútil. Yo entiendo que nuestros mayores vicios emprenden su ruta desde nuestra más tierna infancia y que nuestra dirección principal se encuentra encomendada a nuestras nodrizas. Para las madres suele ser cosa de pasatiempo ver que un niño retuerce el cuello a un pollo, y que se divierte maltratando a un perro o a un gato; y padres hay de simplicidad tal, que consideran como excelente augurio de alma marcial el ver a sus criaturas injuriar y pegar a un campesino o a un lacayo que no se defienden; y toman a gracia el ver a sus hijos engañar a sus camaradas maliciosa y deslealmente. Tales comienzos son, sin embargo, las verdaderas semillas y raíces de la crueldad, de la tiranía y de la traición; así germinan y se educan después frondosamente, acabando su desarrollo en manos de la costumbre. Es dañoso en alto grado el excusar tan perversas inclinaciones fundándose en la tierna edad y debilidad de la criatura, pues, en primer lugar, es la naturaleza que se exterioriza, cuya voz es entonces más pura y más ingenua cuanto es más débil y más nueva; en segundo lugar, la fealdad del engaño no depende de la diferencia de valor que puede haber entre un escudo o un alfiler; depende o se fundamenta en la naturaleza misma de la falta. Hallo, pues, bien razonable la conclusión siguiente: ¿Por qué no engañará tratándose de escudos, puesto que engañó tratándose de alfileres? No vale responder que estas faltas son insignificantes y que el muchacho no pasará a mayores. Es indispensable inculcar en la naturaleza de la niñez el odio al vicio; precísales comprender la natural deformidad del mismo; es indispensable que huyan de él y no ya sólo de cometerlo, sino que la idea misma les aparezca odiosa de cualquier suerte que el vicio sea.

Estoy convencido de que por haberme acostumbrado desde niño a marchar por el buen camino y a no poner engaños ni falacias en mis juegos infantiles (menester es advertir que los de la niñez no son tales juegos, menester es juzgarlos en las criaturas como sus acciones más serias), no hay pasatiempo, por ligero que sea, al cual deje yo de aportar por natural propensión, instintivamente, una tenaz oposición al engaño. En los juegos de baraja mi lealtad es idéntica, trátese de cuartos o de doblones; lo mismo cuando me es indiferente ganar o perder, cuando juego con mi mujer y mi hija, que cuando me las he con un extraño. Mis propios ojos bastan para que me mantenga digno. No hay quien pueda vigilarme tan de cerca, ni nadie a quien yo respete más.

En mi casa acabo de ver un hombrecillo natural de Nantes, que careciendo de brazos había acostumbrado tan bien sus pies al servicio que le debían las manos, que sus extremidades inferiores habían olvidado, o medio olvidado, su

natural oficio. Los llamaba sus manos, y con ellos cortaba, cargaba y descargaba una pistola, enhebraba su aguja, cosía, escribía, se quitaba el gorro, se peinaba, jugaba a la baraja y a los dados y manejaba ambas cosas con destreza tal que maravillaba; el dinero que yo le di (pues ganaba su vida mostrándose a todo el mundo), lo cogió con su pie como nosotros lo cogemos con la mano. He visto otro hombre, siendo yo niño, que manejaba un espadón y una alabarda, con el pliegue de su cuello, sin las manos, que no tenía: arrojábalos y cogíalos con increíble destreza; lanzaba una daga y hacía chasquear un látigo como el más experto de los carreteros.

Estos efectos de la costumbre descúbrese todavía mejor en la impresión que producen en nuestra alma, donde no encuentran tanta resistencia. ¿De qué poderío no dispone sobre nuestros juicios y creencias? Hay opinión, por extraña que sea (y dejo a un lado toda la grosera impostura de las religiones, con la cual tantas naciones populosas y tantos personajes esclarecidos hanse visto dominados, pues en las religiones, estando por cima de la humana razón, es más excusable el extravío a quien por modo sobrenatural no se encuentra socorrido por el favor divino); en cosas puramente terrenales, ninguna hay, por extraordinaria y peregrina que sea, que la costumbre no haya implantado como ley allí donde bueno le ha parecido. No puede, pues, ser más justa esta antigua sentencia: *Non pudet physicum, id est, speculatorem venatoremque naturæ, ab animis consuetudine imbutis quærere testimonium veritatis*<sup>1</sup>.

Creo firmemente que no pasa por la humana imaginación ningún capricho, por estrambótico que sea, que no encuentre el ejemplo en alguna costumbre pública, y por consiguiente que nuestra razón no explique y apoye. Pueblos hay en que se vuelve la espalda a la persona que se saluda, y nunca se mira a la persona a quien trata de honrarse. Hay otros en que cuando el rey escupe, la más favorecida de las damas de su corte tiende la mano, y en otra nación los más próximos al monarca se bajan al suelo para recoger con un trapo sus basuras. Dejemos aquí lugar para relatar un cuento.

Tenía un noble francés la costumbre de sonarse las narices con la mano, cosa en verdad enemiga de nuestra usanza, y defendía tal hábito, pues era hombre pfeoto a encontrar respuestas atinadas, diciendo que qué privilegio tenía lo que expelemos por las narices para recogerlo con una buena tela ni para que lo guardáramos luego cuidadosamente; que esto era mucho más repugnante que el arrojar la materia en cuestión dondequiera que fuese, como hacemos con todas las demás basuras. Creo que hablaba de un modo razonable, o al menos que no se expresaba del todo sin razón. La costumbre me había hecho no mirar la cosa con asco, como me hubiera acontecido a oírla referir de una nación que yo no hubiera visto. Dependen los milagros de nuestra ignorancia del modo de obrar que la naturaleza tiene, no de la naturaleza misma; el hábito adormece la vista de nuestro juicio. Los habitantes de países remotos no nos parecerían raros ni peregrinos, como tampoco nosotros lo seríamos para ellos, si cada cual supiera, después de haber examinado los ejemplos que le procuran las costumbres de otros pueblos, reflexionar acertadamente sobre las peculiares del país en que vive, y comparar las unas con las otras. Es la humana razón una tintura infusa, semejante y de valor análogo a nuestras costumbres y opiniones de cualquiera suerte que éstas sean, infinita en materia y en diversidad también infinita. Pero volvamos a mi asunto.

Hay pueblos en que, salvo su esposa e hijos, nadie se comunica con el

<sup>1</sup> Vergonzoso es para un físico, que debe investigar sin descanso los secretos de la naturaleza, el presentar como testimonios de la verdad lo que no es sino costumbre y prejuicio. CICERON, de *Nat. deor.*, I, 30.



soberano sino por medio de un portavoz. En una misma nación las doncellas llevan al descubierto las partes vergonzosas, y las casadas las ocultan cuidadosamente. En otras, la castidad no tiene valor sino para los frutos del matrimonio, pues las jóvenes pueden entregarse a sus instintos, y si resultaren preñadas echan mano de cualquier abortivo adecuado, a los ojos de todos. En otras partes, cuando un comerciante se casa, todos los de su gremio que han sido convidados a la boda, se acuestan con la desposada antes que el marido, y cuantos más convidados hay más honor recibe la mujer. Lo mismo acontece cuando un militar se casa, y lo mismo cuando es un noble el que contrae matrimonio, y así sucesivamente, salvo si es un labrador el que contrae justas nupcias, o un individuo de la plebe: entonces es el señor quien se aprovecha. A pesar de todo lo antecedente, no deja de recomendarse la más estricta fidelidad durante el matrimonio. Países hay en que se ven burdeles públicos de hombres; en que las mujeres van a la guerra con sus maridos y toman parte, no sólo en el combate, sino también en el mando; en que las sortijas no sólo sirven de adorno en las narices, labios, mejillas, orejas y pies, sino que además se echa mano de pesadas varillas de oro para atravesar con ellas los pechos y el trasero; en que al comer se limpian los dedos en los muslos, en los testículos y en las plantas de los pies; en que los hijos no son los herederos de sus padres, y, sin embargo, lo son los hermanos y sobrinos de éstos; en otras partes lo son los sobrinos solamente, salvo cuando la herencia es la de un príncipe; entonces, para ordenar la comunidad de bienes en usanza, ciertos magistrados soberanos ejercen el omnímodo cargo del cultivo de las tierras y distribución de los frutos de las mismas, a tenor de la necesidad de cada uno; en que se llora la muerte de los hijos y se festeja la de los viejos; en que diez o doce personas se acuestan en el mismo lecho, acompañadas de sus mujeres respectivas; en que las mujeres que pierden sus esposos por muerte violenta pueden de nuevo contraer matrimonio, y no pueden hacerlo las demás; en que tan poco valor se concede a la mujer, que se da muerte a las hembras que nacen y se compran las del vecino para llenar con ellas las necesidades naturales; en que los maridos son dueños de repudiar sin alegar causa alguna, y a las mujeres no les asiste tal derecho; en que los maridos pueden venderlas si son estériles; en que se cuecen los cadáveres y se machacan luego hasta que forman una especie de papilla, la cual mezclan al vino que beben; en que la sepultura más envidiable es ser devorado por perros, y en otros sitios por pájaros; en que se cree que las almas dichosas viven en completa libertad en los alegres campos, provistas de toda suerte de comodidades, y que son ellas las que producen el eco que oímos cuando en despoblado resuena nuestra voz; en que se combate dentro del agua, y los hombres disparan nadando sus arcos, con golpe certero; en que, como muestra de sumisión, se levantan los hombros y se baja la cabeza; en que precisa descalzarse para entrar en la cámara real; en que los eunucos, guardadores de las religiosas, tienen los labios cortados y lo mismo la nariz, para que no puedan inspirar amor; y los sacerdotes se saltan los ojos para entrar en comunicación con los espíritus y consultar los oráculos; en que cada cual hace su dios de aquello que más le place: el cazador de un león o de un zorro; el pescador de un pez cualquiera; e ídolos de cada una de las acciones o pasiones humanas: el sol, la luna y la tierra son los dioses principales; en que el procedimiento en uso para jurar consiste en tocar la tierra mirando al sol; en que se come cruda la carne y lo mismo el pescado; en que el juramento que merece más fe es el que se ejecuta en nombre de la persona muerta que de mayor crédito gozó en el país, tocando su tumba con la mano; en que los aguinaldos que el rey envía a los príncipes, sus vasallos, anualmente, consisten en fuego; llevado

que es a su destino, apágase el antiguo, y del nuevo se provee todo el pueblo que el príncipe gobierna; cada cual toma su parte correspondiente so pena de incurrir en crimen de lesa majestad; en que cuando el rey se consagra por entero a la vida contemplativa y abandona su cargo, lo cual acontece con frecuencia, su primer sucesor está en el deber de hacer lo propio, y así pasar el reino a manos de un tercero; en que la forma de gobierno cambia a medida que los acontecimientos lo exigen; hácese que el rey dimita cuando bien a sus súbditos se les antoja; es sustituido por los ancianos en el gobierno del Estado, y, a veces, déjase la dirección de éste en manos de la comuna; en que mujeres y hombres son circuncidados lo mismo que bautizados; en que el soldado que en uno o varios combates consigue presentar a su rey siete cabezas de enemigos, es elevado a la categoría de noble; en que se cree en la mortalidad y acabamiento de las almas; en que las mujeres dan a luz sin quejas ni lamentos; en que las mismas mujeres llevan en ambas piernas armaduras de cobre, y si un piojo las muerde están obligadas, por deber de magnanimidad, a morderle ellas a su vez; en que no se determinan a casarse sin haber ofrecido a su rey su donceller; en que se saluda dirigiendo un dedo a tierra y levantándole después al cielo; en que los hombres llevan la carga en la cabeza y las mujeres en las espaldas; éstas orinan de pie, aquéllos agachados; en que los hombres envían sangre en prueba de amistad e inciensan como a dioses a las personas a quienes tratan de honrar; en que no ya sólo en el cuarto grado de parentesco, sino en ninguno más apartado el matrimonio es permitido; en que los muchachos están cuatro años encomendados a la nodriza, y a veces doce; y en estos mismos países créese peligrosamente mortal dar de mamar al niño el día que nace; en que los padres castigan a los varones y las madres a las hembras, y el castigo consiste en colgarlos por los pies, cabeza abajo a unos y otros, y en ahumarlos; en que se circuncida a las hembras; en que se come toda suerte de hierbas sin otra precaución que desechar aquellas que despiden mal olor; en que todo está abierto, y las casas, por ricas y hermosas que sean, carecen de puertas y ventanas, y no tienen arcas ni cofres cerrados; en lugares tales, los ladrones reciben doble castigo que en otros sitios; en que se matan los piojos con los dientes, como hacen los orangutanes, y encuentren odioso verlos despachurrar con las uñas; en que nadie se corta nunca el pelo ni las uñas, y otros países hay en los cuales se cortan sólo las de la mano derecha, y las de la izquierda se dejan crecer por elegancia; otros se dejan la cabellera del lado derecho tanto como crecer puede, y se cortan la del lado opuesto; otros países hay en que los padres prestan a sus hijos, y los maridos facilitan sus mujeres a sus huéspedes para que las gocen, pagando; otros en que es lícito tener hijos con su propia madre, y a los padres tener comercio deshonesto con sus hijas y con sus hijos; otros pueblos que en los festines se mezclan unos con otros sin distinción de parentesco, y los muchachos los unos con los otros; aquí se alimentan de carne humana; allí, para ejercer con ello un acto piadoso, se mata al padre cuando llega a una edad determinada; acullá, los padres, antes de que los hijos nazcan, cuando todavía están en el vientre de su madre, deciden los que han de ser criados y conservados y los que han de ser abandonados y muertos; en otros puntos los maridos viejos prestan sus esposas a la gente joven para que se sirvan de ellas; y en otras partes, las mujeres, sin incurrir por ello en falta, pertenecen a varios hombres; hay países en que las mujeres ostentan, como otros tantos tímbrs de su honor, igual número de franjas en el borde de su vestido que varones las han ayuntado. El uso y la costumbre han hecho, a veces, atribuir a las mujeres funciones que les son de ordinario extrañas y las ha hecho empuñar las armas, conducir ejércitos y dar

batallas. Y todo cuanto la filosofía es incapaz de hacer aprobar a los hombres más avisados, ¿no lo enseña la costumbre por sí sola a las almas vulgares? Sabemos de naciones en que no sólo la muerte se menospreciaba, sino que se la festejaba, y en las cuales hasta las criaturas de siete años sufrían estoicamente cuantos latigazos eran precisos para morir, sin inmutarse siquiera; en que la riqueza era de tal suerte despreciada, que el más mísero ciudadano hubiera desdeñado inclinarse para coger del suelo un bolsillo repleto de dinero. Igualmente tenemos noticia de religiones fertilísimas en toda clase de producciones animales y vegetales, donde los manjares más frecuentes y sabrosos de que se hacía uso eran el pan, los berros y el agua. La costumbre, en fin, hizo que en la isla de Cío transcurriesen setecientos años sin que mujer casada ni soltera osara faltar a su honor.

En conclusión, y a mi parecer, nada hay en el mundo que la costumbre no haga o no pueda hacer; con razón la llama Píndaro, a lo que tengo entendido, reina y emperadora del mundo. Un individuo a quien sorprendieron golpeando a su padre, respondió que tal era la costumbre de su casa; que el autor de sus días había golpeado a su vez a su abuelo, y éste a su bisabuelo; y mostrando a su hijo, añadió: éste me pegará a mí cuando llegue a la edad que tengo; y el padre a quien el hijo maltrataba en mitad de la calle, mandóle interrumpir la tarea al llegar a cierto lugar, en atención a que él no le había llevado al suyo hasta aquel punto, reponiendo que allí estaba el término de los injuriosos tratamientos hereditarios que los hijos acostumbraban infligir a sus padres en la familia. Por hábito, dice Aristóteles, tanto como por enfermedad, las mujeres se arrancan el pelo, se roen las uñas y comen tierra y carbón; y más por costumbre que por tendencia natural, los machos comercian entre sí.

La ley de la conciencia, que consideramos como compañera de la humana naturaleza, nace también y tiene su origen en la costumbre; cada cual acata y venera los hábitos e ideas recibidos y aprobados en derredor suyo, y no sabe desprenderse de ellos sin remordimiento, ni practicarlos sin aplauso. Cuando los cretenses querían en los pasados tiempos maldecir a alguno, rogaban a los dioses que le arrastraran a contraer alguna costumbre perversa. Pero el principal efecto de su poderío consiste en apoderarse de nosotros de tal suerte, que apenas si somos dueños de libertarnos de sus garras ni de razonar ni discurrir en qué consiste tal influjo. Diríase que con la leche de nuestras nodrizas penetra en nuestro ser el espectáculo del mundo, y así queda luego estereotipado para siempre; diríase que nacemos con la condición expresa de seguir la marcha general, y que los hábitos sociales que nos circundan y están en crédito se ingieren en nuestra alma con la semilla de nuestros padres, y son para nosotros los ordinarios y naturales; por donde nos acontece que todo aquello que queda fuera de los linderos de la costumbre, lo creemos fuera de los de la razón; y Dios sabe con cuánta sinrazón las más de las veces.

Si cual nosotros, que tenemos el hábito de estudiarnos, hicieran los demás, al oír cualquier justa máxima, y considerasen por qué razón tal o cual juicio les acomoda, cada cual hallaría que aquélla no tanto era una sentencia luminosa cuanto un buen latigazo a la ordinaria torpeza de su criterio; pero es lo normal el recibir las advertencias de la verdad y sus preceptos como si al pueblo fuesen siempre dirigidos, nunca individualmente; y en lugar de aplicarlas a sus hábitos particulares, todos las encomiendan estúpidamente a su memoria, con inutilidad palmaria y manifiesta. Volvamos al imperio de la costumbre.

Los pueblos que están habituados a la libertad y por sí mismos a gobernarse, estiman monstruosa toda otra forma de gobierno, y entienden que va contra la naturaleza; los que están hechos a la monarquía abrigan y practican

igual creencia, y cualquier suerte de facilidad que la fortuna les preste para cambiar de instituciones, aun habiéndose desembarazado de su amo venciendo dificultades grandes, adquieren nuevo amo venciendo también obstáculos análogos, por no poder acostumbrarse a odiar la soberanía. A la costumbre se debe el que cada cual se acomode al lugar en que la naturaleza le colocó; los salvajes de Escocia no echan de menos la Turena, ni los escitas la Tesalia. Preguntaba Darío a algunos griegos a qué precio querían adoptar la costumbre de los indios, que se comen a sus padres cuando mueren por estimar que éstos no pueden hallar sepultura mejor que en sus mismos cuerpos; respondieronle los griegos que por nada en el mundo harían tal enormidad; y habiendo intentado persuadir a los indios para que abandonasen aquella costumbre y adoptaran la de los griegos, los cuales quemaban los cadáveres de sus padres, rechazaron la idea con horror. Cada cual procede de un modo semejante, con tanta más razón cuanto que el uso aparta de nosotros el aspecto verdadero de las cosas.

Nil adeo magnum, nec tam mirabile quidquam  
Principio, quod non minuant mirarier omnes  
Paulatim<sup>1</sup>.

Antiguamente, cuando se pretendía dar valor y crédito a alguna observación, para que fuese bien recibida, no queriendo como suele hacerse apoyarla sólo con la fuerza de las leyes y de los ejemplos, buscábase siempre hasta llegar a los orígenes. Tal procedimiento me ha parecido siempre desprovisto de razón y hanse enojado por tener que confiarla en otro. Platón intenta rechazar por este medio los amores contra naturaleza, ordinarios en su tiempo, y la razón estímala soberana, en atención a que la opinión pública los condena, y a que cada cual de su lado hace lo propio, y las explica que las hijas más hermosas no exciten el amor en sus padres, ni los hermanos más distinguidos en belleza el de sus hermanas, como verán las fábulas de Thyestes, Edipo y Macareo, cuyo canto infundió ya aquella idea en los débiles cerebros de los niños. Es el pudor una virtud hermosa, cuya utilidad es sobrado conocida, mas no es tan cómodo juzgarlo ni hacerlo valer según naturaleza, como examinarlo e inculcarlo según las ventajas que con él se alcanzan, y los preceptos y leyes que lo recomiendan. Las razones primeras y universales son siempre de difícil examen, y nuestros maestros pasan por ellas como sobre ascuas; ni siquiera se atreven a tocarlas, escudándose desde luego en las costumbres, en cuyo campo triunfan con facilidad extremada. Aquellos que proceden de manera contraria y en la naturaleza buscan la razón primera, incurren en opiniones salvajes; ejemplo de ello Crisipo, que en muchos lugares de sus escritos da claras muestras de la poca importancia que para él tenían los enlaces incestuosos, de cualquiera índole que fuesen.

Quien pretenda desembarazarse de este violento prejuicio de la costumbre hallará muchas cosas que, a pesar de estar aprobadas e indubitadamente recibidas, no tienen otro fundamento que la nevada barba y faz rugosa del uso, que las ha dado su autoridad; arrancada esta careta, conduciendo las cosas a la verdad y a la razón, sentirá su juicio como trastornado y, sin embargo, llevado a situación más firme. Yo le preguntaría entonces qué puede haber de más extraño que el ver a un pueblo obligado a practicar las leyes que no comprendió jamás; obligado en todos sus asuntos domésticos: donaciones, matrimonios, tes-

<sup>1</sup> Nada hay, por grande y digno de admiración que nos parezca, que poco a poco no veamos con tranquilidad mayor. LUCRECIO, II, 1023.

tamentos, ventas y compras, al cumplimiento de reglas que no puede conocer; puesto que ni escritas ni publicadas están en su propia lengua, de las cuales sin embargo le precisa hacer interpretación y uso; mas no al tenor de la ingeniosa opinión de Isócrates, el cual aconsejaba a su rey que hiciese libres los tráficos y negociaciones de sus súbditos para que al par fuesen más francas y lucrativas, y las querellas y debates onerosos que se cargasen de gruesos estendidos.

¿Qué cosa hay más bárbara que ver una nación donde por costumbre aceptada y legitimada se venden los empleos de justicia, los juicios son pagados en dinero contante y sonante y donde se consiente que la justicia sea rechazada a quien carece de recursos para pagarla, y goce de tan grande crédito esta mercancía que los que la llevan y la traen, constituyen un cuarto estado para unirlo a los tres antiguos de la iglesia, la nobleza y el pueblo; el cual, hallándose encargado de interpretar las leyes y disponiendo de una autoridad soberana sobre vidas y haciendas, forma un grupo aparte del de la nobleza; de donde proviene el que haya leyes dobles: las que tocan al honor y las que se refieren a la justicia, que en muchas cosas son contradictorias? Caducan aquellas con tanto rigor como éstas; por la ley militar degrádase a un hombre de nobleza y honor, por haber sufrido una injuria, y por la ley civil incurre el que se venga en pena capital. Quien se dirige a las leyes para reparar una ofensa hecha a su honor se deshonra, y el que no se dirige es castigado por las mismas leyes. Estos dos procedimientos tan diversos se refieren sin embargo a un solo caso. Unos tienen en su mano la paz, otros la guerra; aquéllos la ganancia, éstos el honor; aquéllos el saber, éstos la virtud; la palabra los unos, y los otros la acción; unos la justicia y los demás el valor; otros la razón y los otros la fuerza; aquéllos la toga larga y éstos la corta en patrimonio; todo lo cual es el colmo de la monstruosidad.

Hablando de cosas de entidad menor como los vestidos que usamos, ¿quién será el que los conduzca a su verdadero fin, que no es otro que el servicio y comodidad del cuerpo de donde dependen la gracia y el decoro de los mismos? Entre los más singulares que puedan imaginarse, a mi manera de ver, coloco entre otros, nuestros gorros cuadrados; la larga y abigarrada cola de terciopelo plegada que pende de la cabeza de nuestras mujeres, y el modelo inútil de un órgano que ni siquiera en la conversación nos es lícito nombrar, del cual sin embargo hacemos público alarde. No desvían todas estas razonables consideraciones a ningún hombre de seguir la común usanza; por el contrario, diríase que todo va contra la sensatez y confina con la locura, y que el verdadero filósofo guarda su libertad en su fuero interno para juzgar libremente de las cosas, mas cuanto al exterior, sigue ciegamente las maneras y formas aceptadas. Nada o muy poco interesan a la sociedad nuestras ideas, pero en cuanto a lo demás, como nuestras acciones, nuestro trabajo, vida y fortuna, preciso es que se ajusten a su servicio y manera de ver de aquella: así el humano y grande Sócrates rechazó el salvar su vida por la desobediencia a un magistrado extremadamente injusto, pues es la regla de las reglas y general ley de las leyes, que cada cual observe las del lugar donde vive:

Νόμος ἕρσθας τοῖσιν ἐγκωρὸς κθλόν<sup>1</sup>.

Veamos ahora ejemplos de diversa naturaleza. Hay duda grande sobre si puede cambiarse una ley recibida hallando en el cambio mejora, o si el mal aumenta con la reforma, y esta duda se funda en que un gobierno es como un

<sup>1</sup> Hermoso es obedecer las leyes de su país. (Colección de sentencias griegas de CRISPINO).

edificio, que se compone de diversas partes unidas y amalgamadas de tal suerte, que es imposible sacar una de su lugar sin que las demás se resientan. El legislador de los turianos ordenó que aquel que quisiera abolir alguna de las antiguas leyes o establecer una nueva se presentara ante el pueblo con una cuerda al cuello a fin de que, si la novedad no era aprobada por todos los ciudadanos, fuese inmediatamente estrangulado. El legislador de los lacedemonios empleó su vida entera en arrancar a sus ciudadanos la promesa de que no cambiarían ninguna de sus leyes. El Eforo que cortó por modo tan rudo las dos cuerdas que Friné había unido a la cítara no se curó para nada al ejecutar su acción de si el instrumento era mejor, ni de si los acordes estaban mejor acomodados; bastóle para condenarlas simplemente el que fuese una alteración de la manera antigua. Igual alcance tenía la espada mohosa de la justicia de Marsella.

La novedad, sea cual fuere la manera como se nos muestre, me repugna, y razones múltiples me asisten para ello, pues he visto en muchas ocasiones sus efectos desastrosos. La que nos empuja de tantos años acá no ha producido aún todos sus efectos, pero puede asegurarse que ha ocasionado y engendrado las ruinas y males que después han acaecido y han pesado sobre todos. Sólo ella es la responsable:

Heu! patior telis vulnera facta meis!<sup>1</sup>

Los que alteran el orden de un Estado, caen envueltos en su ruina; el fruto que el desorden acarrea no lo alcanza casi nunca el que lo ha producido; unos baten y enturbian el agua para que otros pesquen a su sabor.

Cuando la unión y contextura de esta monarquía y este gran edificio se destruyen y disuelven y a lo viejo sustituye lo nuevo, queda tanto espacio como se quiera para que nazcan y prosperen toda suerte de trastornos; la majestad real, dice un escritor antiguo, desciende con mayor dificultad de la cumbre al medio que del medio al fondo. Mas si los innovadores ocasionan mayores males, los imitadores son más viciosos, por seguir ejemplos cuyo horror y daño sintieron y castigaron. Y si en la práctica del mal existe algún grado honorífico, éstos deben a los primeros la gloria de la invención y la iniciativa del primer impulso. Toda suerte de licencias nuevas se fundamentan con éxito en esa primera y fecunda fuente: a su imagen se hacen y por su patrón se cortan. En nuestras mismas leyes, hechas para remediar ese primer mal, se busca el aprendizaje y la excusa de toda suerte de empresas perversas, y nos ocurre lo que Tucídides escribe de las guerras civiles de su tiempo; que en beneficio de los vicios públicos se las bautiza con palabras nuevas, más dulces, para excusarlas, bastardeando y adulterando sus nombres verdaderos. Todo lo cual se ejecuta para reformar nuestra conciencia y nuestras creencias: *honestata oratio est*<sup>2</sup>. El mejor pretexto de novedad es siempre peligrosísimo: *adeo nihil motum ex antiquo, probabile est*<sup>3</sup>. Páreceme, hablando francamente, que revela una presunción y un amor de sí mismo sobrepotentes el juzgar las propias opiniones hasta tal extremo de valer, que, para llevarlas a la práctica, se consienta en trastornar la paz pública e introducir tantos males inevitables y corrupción tan horrenda en las costumbres como la que las guerras civiles acarrearán, junto con las mutaciones de estado en cosa de tal peso, e introducir las en su propio país. ¿No es locura el engendrar tantos vicios ciertos y evidentes para combatir erro-

<sup>1</sup> ¡Ay! yo mismo soy la causa de cuantas desdichas sufro. OVIDIO, *Epíst. de Phyllidis a Demophon*, v. 48.

<sup>2</sup> El pretexto es honrado. TERENCEIO, *Andr.*, act. I, v. 144.

<sup>3</sup> ¡Tan cierto es que obramos mal al cambiar las instituciones de nuestros padres! TITO LIVIO, XXXIV, 54.

res contestables y debatibles? ¿Existen vicios peores que los que chocan a la propia conciencia y al natural conocimiento? El senado romano decidió dar una contestación artificiosa para salvar la diferencia entre él y el pueblo, en un asunto relativo a la religión, *ad deos id magis, quam ad se, pertinere; ipsos visuros ne vacra sua pollutantur*<sup>1</sup>; de modo semejante a lo que respondió el oráculo de Delfos en las guerras medas porque los griegos temían la invasión de los persas: preguntado el dios sobre lo que deberían hacer con los tesoros sagrados de su templo, si esconderlos o llevárselos a otra parte, contestó que tuvieran calma, y que se cuidaran de sí mismos, que él se bastaba para atender a lo que le incumbía.

La religión cristiana guarda en todo el sello de la justicia y utilidad extremas, y recomienda eficazmente la obediencia a los magistrados y el cumplimiento de lo que las leyes preceptúan. ¡Qué ejemplo tan maravilloso el que nos dejó la divina sabiduría, la cual para establecer la salvación del género humano y libertarnos de la muerte y el pecado cumplió conforme a la voluntad de nuestro orden político, sometiendo el progreso y dirección de un efecto tan elevado y saludable a la ceguera e injusticia de nuestros usos y observancias; dejando correr la inocente sangre de tantos elegidos, sus favorecidos, y consintiendo que pasaran muchos años para que madurase su inestimable fruto! Hay diferencia grandísima entre el que sigue los hábitos y leyes de su país y el que intenta gobernarlos y cambiarlos; aquél alega como razón de su conducta, la sencillez, la obediencia y el ejemplo; sus acciones, sean cuales fueren, nunca obedecen a la malicia, son cuando más infortunadas: *quis est enim quem non moveat clarissimis monumentis testata consignataque antiquitas?*<sup>2</sup> Añádase a esto lo que sobre el particular dice Isócrates, o sea que los defectos suponen mayor moderación que el exceso. El otro es un adversario mucho más terrible: quien se impone como cargo el escoger y el cambiar atropella el derecho de juzgar, y debe ser capaz de ver la falta de lo que desdén, y el bien de lo que introduce.

Esta consideración tan sencilla mantúvome firme en mi lugar e hizo que mi misma juventud, más temeraria, naturalmente, que mi edad sesuda, se mantuviera sujeta, no grabando mis hombros con una pesada carga que me hiciera responsable de una ciencia de tanta importancia, osando con ésta lo que en sano juicio no hubiera osado en la más sencilla de las en que se me había instruido. Pareciéndome el colmo de lo injusto pretender someter las constituciones y reglas públicas e inmóviles a la inestabilidad de una apreciación particular (la razón privada no posee sino una jurisdicción privada también) y emprender con las leyes divinas lo que ningún gobierno consentiría con las humanas. Por lo que a éstas respecta, aun cuando la razón del hombre pueda tocarlas más de cerca, ellas son jueces soberanos de los jueces mismos, y la capacidad mayor sirve a explicarlas y a extender su jurisdicción, no a falsificarlas ni a innovarlas. Si alguna vez la divina providencia pasó por cima de los preceptos a que nos sujetó, necesariamente no fue para dispensarnos de ellos. Son ésas sólo manifestaciones de su mano divina que no debemos imitar sino admirar, extraordinarios ejemplos sellados con un expreso y particular asenso, del género de los milagros, que la providencia nos muestra como testimonio de su poder infinito, superiores a nuestras órdenes y a nuestras fuerzas, y que

<sup>1</sup> Que más que a ellos este negocio interesaba a los dioses, los cuales, decían, sabrían impedir que su culto se profanara. TITO LIVIO, X, 6.  
<sup>2</sup> ¿Quién será capaz de no tributar el respeto debido a las cosas antiguas que nos fueron conservadas y transmitidas por los más evidentes testimonios? CICERÓN, *de Divin.*, I, 11.

no debemos seguir, sino considerar con admiración; actos dignos de su persona, no de la nuestra. Cotta sienta con razón prudentísima: *Quum de religione agitur, Tib. Coruncanium, P. Scipionem, P. Scævolam, pontifices maximos, non Zenonem, aut Cleanthem, aut Chrysippum sequor*<sup>1</sup>. Dios bien lo sabe; en nuestra actual querrela, en que hay cien artículos que quitar y poner, grandes y profundos artículos, ¿cuántas personas hay que puedan alabarse de haber reconocido exactamente las razones y fundamentos en que se apoyan los dos bandos? Un número, si es que llega a constituir número, que no tendría medios de trastornarnos mucho. Pero toda esa multitud, ¿adónde va? ¿Bajo qué enseña se lanza al combate? Acontece con el medicamento que nos procuran lo que con otros débiles e inadecuados; los humores de que el remedio pretendía purgarnos los ha enardecido, exasperado y agriado por la lucha, y se nos han quedado dentro. Por su debilidad no acertó la medicina a purgarnos, pero en cambio nos ha debilitado de tal suerte que no podemos arrojarla tampoco, y de su operación no recibimos sino dilatadísimos e intestinos dolores.

Como el acaso se reserva siempre su autoridad por cima de nuestra razón, muéstranos a veces la necesidad urgente de que las leyes le dejen algún lugar; pero cuando se hace frente al desarrollo de una innovación que por violencia se introduce, debemos mantenernos firmes y en regla contra los libertinos, a quienes es lícito todo cuanto puede contribuir a la realización de sus deseos, y quienes no reconocen más ley ni más enseña que la ejecución de sus designios. Constituye una obligación peligrosa en la cual se lucha con armas desiguales:

*Aditum nocendi perfido præstat fides*<sup>2</sup>,

tanto más cuanto que la disciplina ordinaria de un Estado, que radica en su salud, hállase desprovista de medios para combatir contra esos accidentes extraordinarios; presupone un cuerpo que se mantiene en todas sus partes conforme a un común consentimiento de obediencia y observancia. El camino legítimo es un camino sereno, reposado y metódico, que no puede atajar la marcha licenciosa y desenfadada. Sabido es que Octavio y Catón en las guerras civiles de Sila y César fueron censurados por consentir que la patria corriera toda suerte de peligros, antes que socorrerla con las leyes y dejarlo todo tranquilo. Y en verdad que en los casos extremos, en que todo se agita en medio del mayor desorden, quizás fuera mejor bajar la cabeza y resignarse un poco al golpe, que ir más allá de lo posible, no ceder ante nada y dar pretexto a la violencia de pisotearlo todo bajo sus plantas; valdría más acomodar las leyes a lo que pueden, puesto que no pueden todo lo que quieren. Así lo hizo quien ordenó que las leyes no fueran aplicadas durante veinticuatro horas, el que cambió por una vez un día del calendario, y el que del mes de junio hizo un segundo mes de mayo. Los lacedemonios mismos, tan religiosos observadores de las leyes de su país, viéndose obligados por la que prohibía elegir almirante dos veces a una misma persona, de un lado, y exigiendo por otro los negocios públicos que Lisandro fuera reelegido, nombraron a Araco, pero aquél recibió el cargo de subintendente de la marina. Con sutileza análoga uno de sus embajadores, que había sido enviado a Atenas para alcanzar el cambio de una prescripción, obtuvo de Péricles la respuesta de que estaba prohibido quitar el cuadro en que una ley había sido puesta. El embajador repuso que lo volviera

<sup>1</sup> En materia de religión me atengo a Tiberio Coruncanio, Publio Escipión, Publio Scævola, pontífices soberanos, y no a Zenón, Cleante ni Crisipo. CICERÓN, *de Nat. deor.*, III, 2.

<sup>2</sup> Confiar en un hombre desleal es procurarle ocasión de hacer daño. SENECA, *Edipo*, acto III, v. 686.

de lado solamente, puesto que para ello no había prohibición. Por lo mismo alaba Plutarco a Filopémenes, quien habiendo nacido para el mando, sabía, no solamente gobernar ateniéndose a las leyes, sino que ordenaba también a las leyes mismas cuando las necesidades públicas lo requerían.

## CAPITULO XXIII

## DIVERSOS SUCESOS DEL MISMO ORDEN

SANTIAGO AMYOT, limosnero mayor de Francia, me contó un día la relación siguiente, que recae en honor de uno de nuestros príncipes<sup>1</sup> (y bien nuestro era, aunque su origen fuese extranjero). Durante nuestros primeros trastornos civiles, en el sitio de Ruán, habiendo sido informado el príncipe por la reina madre de que se tramaba una conspiración contra su vida, e instruido además muy circunstanciadamente por las cartas de aquella de la persona que debía llevar a cabo el hecho, que era un noble de Anjou el cual frecuentaba para lograr su intento la casa del príncipe, éste no comunicó a nadie la advertencia, pero paseándose al día siguiente por el monte de Santa Catalina, donde estaba emplazada nuestra batería contra Ruán, teniendo a su lado al gran limosnero y a otro obispo, vio al noble que atentaba contra su vida y le hizo llamar. Cuando le tuvo en su presencia, le habló así, viéndole temblar y palidecer a causa de su intranquila conciencia: "Señor, de no sé qué lugar; bien conocéis de lo que quiero hablaros, y vuestro semblante mismo lo declara. Nada tenéis que ocultarme, pues informado estoy de vuestro intento, en tan alto grado, que no haríais más que empeorar vuestra situación si tratarais de encubrir vuestro designio. Bien conocéis tal y tal cosa (que eran los medios, propósitos y todos los secretos más recónditos de la empresa); no dudéis, por vuestra vida, confesarme la verdad toda de la conspiración." Cuando el pobre hombre se encontró convicto y confeso (pues todo había sido descubierto a la reina por uno de los cómplices), juntó las manos pidiendo gracia y misericordia al príncipe, a los pies del cual quería arrojarse, pero éste impidió su propósito siguiendo de este modo: "¿Acaso os he disgustado? ¿He ofendido a alguno de los vuestros con mi odio personal? Sólo tres semanas hace que os conozco; ¿qué razón os ha podido impeler a conspirar contra mi vida?" El noble respondió a estas preguntas con voz temblorosa que ninguna razón personal tenía para desear su muerte, sino el interés general de su partido, y que algunos habíanle persuadido de que sería una acción piadosa dar muerte a tan poderoso enemigo de su religión. "Pues bien, añadió el príncipe, quiero mostraros que la religión que yo profeso es menos dura que la vuestra, la cual os ha conducido a darme la muerte sin oírme, no habiendo de mí recibido ofensa alguna; mientras que la mía me aconseja que os perdone, aun cuando estoy convencido de que habéis querido matarme sin razón. Idos, pues; retiraos, que no os vea aquí; y si queréis obrar con prudencia en vuestras empresas, tratad en lo sucesivo de aconsejaros de gentes más honradas que las que os impulsaron a vuestra acción."

Encontrándose en la Galia el emperador Augusto, tuvo noticia de una

<sup>1</sup> Francisco de Guisa.

conspiración que contra él tramaba Lucio Cinna. Augusto decidió tomar venganza, y para realizarla pidió al día siguiente consejo a sus amigos. Mas la noche de aquel día la pasó muy inquieta considerando que iba a ocasionar la muerte a un mozo de eximia familia, sobrino del gran Pompeyo, y sostuvo consigo mismo y en alta voz diversos razonamientos. "¿Sería procedente, se decía, que yo permaneciera con temor y alarma y que dejara a mi matador libre y a sus anchas? ¿Es justo que le deje tranquilo, atentando contra mi vida, que yo he librado de tantas guerras civiles, de tantas batallas sostenidas por mar y tierra, y después de haber logrado asentar la paz más cabal en el mundo? ¿Será absuelto, habiendo decidido no sólo asesinarle, sino también sacrificarle?" pues la conjura había decidido matarle cuando estuviera haciendo algún sacrificio. Después de haber así hablado permaneció mudo algunos minutos, y luego pronunció con voz más fuerte interrogándose a sí mismo el siguiente monólogo: "¿Por qué vives si tantas gentes tienen interés en que mueras? ¿Tus crueldades y venganzas no acabarán alguna vez? ¿Es tan grande el valor de tu vida que merezca que tantas gentes sean sacrificadas para conservarla?" Livia, su esposa, viéndole en situación tan angustiada, le dijo: "¿Me será permitido darte un consejo? Sigue la conducta de los médicos, los cuales cuando las recetas que emplean no producen efecto, echan mano de las contrarias. Nada has conseguido hasta ahora valiéndote de la severidad; Lépidio ha seguido a Salvidonio; Murena a Lépidio; Caepio a Murena; Egnacio a Caepio. Ensayá el resultado que te darían la dulzura y la clemencia. Cinna, es verdad, quiere darte la muerte; perdónale; ya no podrá ocasionarte nuevos perjuicios, y tus bondades para con él recaerán en provecho de tu gloria." Augusto experimentó gran placer al encontrar un abogado de su mismo parecer, y habiendo dado gracias a su mujer y congregado a sus amigos en consejo, ordenó que hicieran comparecer solo a Cinna ante su presencia, hizo que todo el mundo se retirase de su habitación, mandó sentar a Cinna, y hablóle de esta suerte: "En primer lugar, escúchame sin interrumpir mis palabras; lugar tendrás de hacerlo más tarde; tú sabes, Cinna, que te han encontrado en el campo de mis adversarios; que no sólo te hiciste mi enemigo, sino que tu condición es la de haber nacido tal, y que a pesar de todo te he salvado, he puesto en tus manos todos tus bienes, y que en fin, te he dejado en situación tan holgada y floreciente, que los vencedores mismos envidian la condición del vencido: el oficio de sacerdote que me pides te lo concedo, a pesar de habérselo rechazado a otros cuyos padres habían combatido siempre conmigo; y habiéndote dejado tan obligado te propones matarme." Cinna repuso a las palabras de Augusto que estaba bien lejos de abrigar tan perverso propósito. "No cumples, añadió Augusto, lo prometido; me habías asegurado que no me interrumpirías. Sí; has formado el propósito de matarme en tal lugar, tal día; en presencia de tal compañía y de tal manera." Augusto, viéndole transido al escuchar las últimas palabras, en silencio, que no era deliberado sino impuesto por su conciencia, añadió: "¿Por qué quieres darme la muerte?, ¿acaso para ser emperador? En verdad, los negocios públicos van mal si soy yo solo quien te impide llegar al imperio. No pudiste siquiera defender tu casa y perdiste ha poco un proceso contra un simple liberto. ¿Pues qué, no tienes otro medio que el de chocar contra César? Yo abandono de buen grado el trono si de mí depende la realización de tus esperanzas. ¿Piensas acaso que Paulo, Fabio, los Cosos y los Servilianos te soportarían, como tampoco un número crecido de nobles, que no lo son sólo de nombre, sino que por su virtud lo son también?" Después de otras consideraciones, pues Augusto habló más de dos horas enteras, concluyó: "Ahora vete; aunque traidor y parricida, guarda tu vida, de que te hago

merced hoy y de que te hice antes como enemigo; que la amistad comience hoy entre nosotros; veamos cuál de los dos procede en lo sucesivo con mayor lealtad: yo que te he dado la vida o tú que la has recibido." Pronunciando estas palabras, separóse de él. Algún tiempo después le concedió el consulado, quejándose de que Cinna no hubiera osado pedirselo. Túvolo luego como grande amigo y fue el heredero de sus bienes. Después de este accidente, que aconteció a Augusto a los cuarenta años, no hubo nunca conjuraciones ni atentados contra su vida, recibiendo así justo premio su conducta clemente. Pero no ocurrió lo mismo al duque de Guisa, pues su dulzura no le libró de caer en los lazos de una conjuración. ¡Tan frívola y tan vana es la humana prudencia! Y al través de todos nuestros proyectos, de todos nuestros cuidados y precauciones, el acaso gobierna, siempre el desenlace de los acontecimientos.

Decimos que los médicos son diestros cuando logran curar a un enfermo, como si solamente su arte, que por sí mismo no puede tener fundamento, bastara sin el concurso que el acaso le presta para llegar a un resultado dichoso. Yo creo, en punto al arte de curar, todo lo mejor o todo lo peor que quieran decirme; pues, a Dios gracias, ningún comercio existe entre la medicina y yo. En este respecto practico lo contrario que los demás; pues siempre rechazo su concurso, y cuando caigo malo, en vez de transigir con ella, más la detesto y más la temo; y digo a los que me invitan a tomar medicamentos que aguarden a que haya recuperado mis fuerzas y mi salud para contar con mejores medios de soportar el influjo de los brebajes. Dejo obrar a la naturaleza, suponiendo que se encuentra provista de dientes y garras para defenderse de los asaltos que la acosan y para mantener esta contextura por cuya conservación aquélla pugna. Temo que en lugar de socorrerla se socorra el mal que la mina y que se la recargue de nuevos males.

No sólo en la medicina, sino en otras artes más seguras, la fortuna tiene siempre una buena parte. Los arranques poéticos que arrastran al vate fuera de sí, ¿por qué no atribuirlos a su buena estrella, puesto que el artista mismo declara que sobrepasan su capacidad y sus fuerzas, y reconoce que no tienen origen en su persona y que tampoco dependen de su voluntad? Los oradores, ¿no confiesan también deber a la fortuna los movimientos y agitaciones extraordinarios que los impelen más allá de su designio? Acontece lo propio con la pintura, que a veces deja escapar de la mano del pintor rasgos que sobrepasan la ciencia y la concepción del artista, a quien admiran y sorprenden. Pero la fortuna muestra todavía, de un modo más palmario, la parte que toma en todas las obras artísticas, por las bellezas y gracias que se encuentran en ellas, no sólo sin designio, sino también sin conocimiento del que las ejecutó: un lector inteligente descubre a veces en el espíritu de otro perfecciones distintas de las que el autor puso y advirtió, y les encuentra sentido y matiz diversos.

En cuanto a las empresas militares, cualquiera puede ver cómo la casualidad tiene siempre en ellas buena parte. En nuestros acuerdos mismos, y en nuestras deliberaciones, precisa igualmente la intervención de la suerte y del acaso, pues lo más a que nuestra penetración alcanza, en realidad no es gran cosa; cuanto más vivo, cuanto más agudo es nuestro juicio, mayor debilidad reconocemos en él y tanto mayor desconfianza nos inspira.

Soy del parecer de Sila, que alejó la envidia que suscitaban sus expediciones afortunadas achacándolas a su buena estrella, y por último sobrenombrándose *Faustus*. Cuando considero con detenimiento las empresas más gloriosas de la guerra, me convenzo de que los que las dirigen no deliberan ni reflexionan sino por cubrir las apariencias; la parte principal de la empresa

encomiéndanla a la fortuna, y merced a la confianza que ésta les inspira sobrepasan los límites todos que la razón les trazara. Sobrevienen inspiraciones inesperadas, extraños furoros en medio de los planes mejor guiados, que impelen las más de las veces a los caudillos a tomar la determinación en apariencia menos fundada, pero que aumenta su valor muy por cima de la razón. Por lo cual muchos esclarecidos capitanes de la antigüedad, con objeto de justificar sus temerarias determinaciones, declararon a sus huestes que estaban iluminados por la inspiración, o por algún signo o pronóstico evidentes.

Por eso en medio de la incertidumbre y perplejidad que nos acarrea la impotencia de ver y elegir lo que nos es más ventajoso, a causa de las dificultades de los diversos accidentes y circunstancias que acompañan a cada causa que nos solicita, aun cuando otras razones no nos invitaran a ello, es a mi ver encaminarse a la solución que presuponga mayor justicia y honradez, y puesto que el verdadero camino se ignora, seguir siempre el derecho. En los dos ejemplos de que hablé antes no cabe duda que fuera más generoso y más hermoso que aquel que recibiera una ofensa la perdonara en vez de proceder de distinto modo. Si con esta prudente conducta le sobreviniere alguna desdicha no debe culpar a su buen designio, pues tampoco se sabe si, en caso de no haberlo tenido, hubiese eludido la ley del destino que le esperaba, y habría perdido la gloria de tan humanitaria conducta.

Vense en las historias muchas gentes agobiadas por ese temor. La mayor parte siguieron el camino de anticiparse a las conjuraciones que se tramaron contra ellos echando mano de suplicios y venganzas; mas en realidad se vieron muy pocos a quienes este proceder ayudara, como lo prueban los emperadores romanos. El soberano cuya vida está amenazada no debe confiar mucho en su fuerza ni en su vigilancia, pues es bien difícil librarse de un enemigo encubierto bajo el velo del amigo más oficioso, y conocer la voluntad e ideas ocultas de los que nos rodean. Inútil es que las naciones extranjeras se empleen en su guarda, inútil que se halle circuido de hombres armados. Quienquiera que menosprecia su propia vida se hará dueño siempre de la del prójimo. El sobresalto continuo que hace dudar de todo el mundo al soberano, constituye para él un tormento supremo. Advertido Dión de que Calipso esperaba los medios de darle muerte, careció de valor para informarse de cuáles fueran, diciendo que mejor prefería morir que vivir en la triste condición de tener que guardarse no ya sólo de sus enemigos, sino también de sus amigos. Situación de espíritu de que Alejandro nos da la más viva muestra cuando habiendo sido informado por una carta de Parmenión de que Filipo, su médico preferido, había sido corrompido por el oro de Darío para envenenarle, Alejandro, al propio tiempo que mostraba la carta a Filipo, tomó el brebaje que le había presentado, con lo cual mostró la firme resolución de que consentía en ello de buen grado si sus amigos querían quitarle la vida. Es Alejandro modelo soberano de las acciones arriesgadas, pero a mi entender ningún otro rasgo de su vida revela mayor entereza que éste ni es hermoso por tantos conceptos.

Los que pregonan a los príncipes una desconfianza perenne y atentísima so color de predicarles su seguridad personal, enaltecenles la ruina y la deshonra; nada noble puede sin riesgo llevarse a cabo. Yo sé de un soberano de valor marcialísimo por naturaleza y de complexión animosa, cuya buena fortuna se corrompe todos los días merced a reflexiones del tenor siguiente: "Que se guardezca entre los suyos; que no consienta jamás en reconciliarse con sus antiguos enemigos; que se mantenga aparte y no se encomiende a manos más vigorosas que las que lo gobiernan, sean cuales fueren las promesas que

le hagan y las ventajas que en el cambio vea." Conozco a otro cuya fortuna se acrecentó inesperadamente por haber seguido conducta en todo contraria.

El arrojo, cuya gloria buscan los soberanos con avidez, se prueba tan espléndidamente cuando es necesario en traje de corte como cubierto con los arreos guerreros; lo mismo en un gabinete que en un campo de batalla, así cuando el brazo está caído como cuando está levantado.

La prudencia meticulosa y circunspecta es mortal enemiga de las grandes empresas. Supo Escipión para ganar la voluntad de Sifas, separarse de su ejército, y abandonando España de cuya conquista no estaba muy seguro, pasar al Africa con dos barquichuelos endebles para entregarse en tierra enemiga al poderío de un rey bárbaro, a una fe dudosa, sin obligación ni seguridad, merced al esfuerzo único de la grandeza de su propio valor, de su buena fortuna y de lo que le prometían las esperanzas que alentaba. *Habita fides ipsam plerumque fidem obligat*.<sup>1</sup> A una vida espoleada por la ambición y la fama precisa desechar las sospechas y menospreciarlas. El temor y la desconfianza atraen las ofensas y aun las invitan. El más receloso de nuestros reyes<sup>2</sup> normalizó los negocios de su Estado por haber voluntariamente abandonado y encomendado su vida y libertad en manos de sus enemigos, mostrándoles confianza cabal a fin de inspirarla él a su vez. A sus legiones indisciplinadas y armadas contra él, César oponía solamente la autoridad de su semblante y la altivez de sus palabras; y era tal la confianza que tenía en sí mismo y en su buena estrella que no temió nunca abandonarse ni entregarse a un ejército rebelde y sedicioso:

Stetit aggere fultus  
Cespitis, intrepidus vultu; meruitque timeri,  
Nil metuens<sup>3</sup>.

Verdad que semejante presencia de ánimo no puede ser mostrada cabal ni ingenua sino por aquellos en quienes la idea de la muerte y de todas las desdichas que puedan sobrevenirles no produzca sobresalto alguno. Mostrarse temblando para buscar reconciliaciones con la altivez y la indisciplina, es de todo punto absurdo. Para ganar el corazón y la voluntad ajenos son medios excelentes el someterse y fiarse, siempre y cuando que se haga libremente, sin verse obligado por la necesidad, de manera que se albergue una confianza íntegra y pura y que el continente al menos esté descargado de toda inquietud. Siendo niño vi a un caballero, que mandaba una gran ciudad, trastornado por el pueblo en rebeldía; para hacer que las cosas no pasaran a mayores tomó el partido de abandonar el lugar segurísimo en que se hallaba para meterse entre las insubordinadas turbas, donde encontró la muerte. A mi ver el error no estuvo tanto en salir, como generalmente se dice cuando se habla del suceso, como en la sumisión y blandura de que dio muestras; en haber pretendido adormecer la revuelta siguiendo la corriente en vez de encauzarla, empleando las súplicas en lugar de las reconvenciones. Creo yo que si hubiera echado mano de una severidad templada, escudado en el mando militar que debía inspirarle confianza y seguridad plenas, conformes con su rango y la dignidad de sus funciones, hubiera tenido mejor fortuna; por lo menos su muerte habría sido más digna de un caudillo. Nada menos debe esperarse

<sup>1</sup> Muchas veces la confianza que inspiramos a los demás hace que éstos nos procuren la suya. TITO LIVIO, XXII, 22.

<sup>2</sup> Luis XVI.

<sup>3</sup> Apareció sobre un cerro rodado de césped, con el rostro intrépido; y sin que abrigara temor ninguno mereció ser temido. LUCANO, V, 316.



de ese monstruo así agitado que la humanidad y la dulzura; mejor acogerá la reverencia y el temor. Censuraría yo además el que habiendo tomado la determinación, en mi sentir más valerosa que temeraria, de lanzarse desarmado en medio de aquel tempestuoso mar de hombres iracundos, debió sostener con resolución su papel en vez de seguir la conducta que siguió, pues luego de haber reconocido el peligro de cerca se amilanó y adoptó un continente débil y sumiso, horrorizóse y trató de esconderse, con todo lo cual inflamó a las masas, y él mismo las lanzó sobre su persona.

Deliberábase un día llevar a cabo una formación de diversas tropas armadas<sup>1</sup> (generalmente la milicia es el lugar en que se organizan las venganzas secretas, en ninguna otra parte pueden realizarse con seguridad mayor), y había casi seguridad completa de que corrían malos vientos para algunos a quienes tocaba el papel de reconocer y señalar a los de la conjura. Como situación difícil y que podía acarrear consecuencias graves propusiéronse muchas opiniones para atajarla; fue la mía que se disimulara sobre todo hacer patente la duda; que aquellos que eran objeto de la conspiración se dirigieran a las filas con la cabeza erguida y el rostro sereno; y que en lugar de hacer acusaciones, a lo cual los otros se inclinaban, se ordenase únicamente a los capitanes el recomendar a los soldados que hiciesen lucidos disparos en honor de los asistentes, y que no se economizara la pólvora. Esta conducta congració con las tropas a los que de ellas sospechaban, y engendró de entonces en adelante una mutua y provechosa confianza.

El proceder de Julio César creo que es entre todos el más hermoso que pueda adoptarse. Primeramente intentaba, valiéndose de la clemencia, hacerse amar hasta de sus propios enemigos, conformándose en las conjuraciones que le eran conocidas con declarar simplemente que de ello estaba ya advertido; hecho esto tomó la nobilísima resolución de aguardar sin miedo ni inquietudes lo que de las conjuras le pudiera sobrevenir abandonándose y encomendándose a la custodia de los dioses y de la fortuna. Y efectivamente esta conducta seguía cuando fue asesinado.

Un extranjero propagó la voz de que podría instruir a Dionisio, tirano de Siracusa, de un medio seguro de conocer y descubrir con cabal certeza las tramas y maquinaciones que sus súbditos idearan contra él, si le daba una fuerte suma. Advertido Dionisio le mandó llamar a fin de instruirle en un arte tan necesario para su conservación: entonces el extranjero le dijo que no tenía otra novedad que comunicarle, sino que le entregara un talento, y se alabó luego de haber comunicado al monarca un secreto singular. No encontró Dionisio desdichada la invención e hizo donativo al farsante de seiscientos escudos. No es verosímil que hubiera hecho un obsequio tan importante a un desconocido sin que fuera recompensa de una enseñanza utilísima. Efectivamente, la argucia sirvió para contener los planes de sus enemigos y mantenerlos en un temor saludable. Por eso los príncipes, obrando cuerda-mente, hacen públicos los avisos que reciben de las conjuras que se urden contra sus vidas, para hacer ver que están bien advertidos, y que ni un paso puede darse sin que lo olfateen a escape. El duque de Atenas cometió varias torpezas al establecer su reciente tiranía en Florencia; y fue la principal de todas que habiendo sido el primero informado por Mateo de Moroso, uno de los conspiradores, de un atentado que el pueblo tramaba contra él, le hizo

<sup>1</sup> Refiérese a la revista que se realizó en Burdeos en 1585 durante la alcaldía de Montaigne.

motir para borrar la nueva, con objeto que no se supiera que nadie en la ciudad podía disgustarse de su paternal gobierno.

Recuerdo haber leído antaño la historia de un romano, sujeto de dignidad, el cual huyendo de la tiranía del triunvirato, había logrado escapar mil veces de entre las manos de sus perseguidores merced a la ingeniosidad de los recursos que adoptó. Ocurrió un día que unas gentes de a caballo encargadas de prenderle pasaron junto a unos matorrales en que se había guarecido, y estuvo a punto de ser descubierto; entonces el perseguido considerando las fatigas y trabajos que de tanto tiempo atrás venía experimentando para salvarse de las continuas y minuciosas pesquisas que para dar con él se llevaban a cabo por todas partes, el mezquino placer que podía aguardar de vida semejante y cuánto mejor era franquear el paso de una vez que permanecer constantemente sufriendo trances tan duros, él mismo llamó a los que iban en su busca, descubrió el escondrijo y se abandonó voluntariamente a su crueldad para evitarles y evitarse una pena más dilatada. Lanzar sobre sí las manos enemigas es un proceder algo extraño; de todos modos lo considero preferible a permanecer sumido en la fiebre continua de un mal que carece de remedio. Mas como las medidas que pueden adoptarse están llenas de inquietud e incertidumbre, mejor es prepararse con sereno continente a cuanto pueda sobrevenir y guardar algún consuelo, considerando que está en lo posible que la desdicha no sobrevenga.

## CAPITULO XXIV

## DEL PEDANTISMO

SIEMPRE me contrarió cuando niño el ver que en las comedias italianas el papel de pedante lo representaba un bufón, y el que entre nosotros la palabra pedante corresponda a la de *magister*. Estando yo encomendado a éstos, no podía hacer menos que mostrarme celoso de su reputación, y trataba de excusarlos y disculparlos por la natural desavenencia que existe entre el vulgo y las raras personas de saber y recto juicio, en atención a la marcha opuesta y tendencias distintas que siguen unos y otras; mas como acontece que los hombres más urbanos y galantes han sido los que con mayor desdén los han juzgado, aquí mi apoyo debilitábase y daba en tierra. Da testimonio de ello nuestro buen del Bellay:

Mais je hay par sur tout un sçavoir pedantesque<sup>1</sup>;

y esta opinión es ya antigua, pues dice Plutarco que griego y escolar eran entre los romanos palabras injuriosas y de menosprecio. Andando el tiempo, y creciendo en edad, encontré que había razón sobrada para que existieran semejantes opiniones y que *magis magnos clericos non sunt magis magnos sapientes* (Los más grandes sabios no son los más prudentes. Rabelais. *Gargantúa*, XXXIX). Mas, ¿de dónde puede nacer que las almas bien provistas de conocimientos de todas suertes no se conviertan en más vivas y más despiertas, y que un espíritu grosero y vulgar pueda poseer, sin sacar partido de ellos, los discursos y sentencias de los más exquisitos entendimientos que en el mundo hayan vivido? Cosa es ésta de que desconozco la razón. Como aquéllos reciben y acomodan en el suyo el espíritu de tantos cerebros extraños, preciso es (decíame una joven, la primera de nuestras princesas, hablando de un maestro) que el suyo se preñe, apague y contraiga para dejar lugar a los otros; así como las plantas se ahogan cuando el vigor de la savia es excesivo, y las lámparas se apagan cuando tienen demasiado aceite, así también acontece al entendimiento cuando en él se amontonan estudio y materia copiosos, pues hallándose ocupado y embarazado con diversidad heterogénea de cosas, pierde el medio de discernir, se tuerce y encoge. Mas tampoco es raro el ver ejemplos contrarios, pues nuestra alma se ensancha tanto más cuanto más se llena, y casos antiguos nos prueban que ha habido hombres peritos en el manejo de los públicos negocios, grandes capitanes y consejeros diestros en las cosas del Estado, que fueron al par hombres muy sabios.

Los filósofos, retirados de toda ocupación y comercio públicos, a veces han sido objeto de escarnio en las comedias de su tiempo; sus opiniones y conducta los han hecho ridículos. ¿Queréis convertirlos en jueces de los derechos

<sup>1</sup> Detesto sobre todas las cosas el saber pedantesco.

de un proceso, o que estimen los actos de una persona? Pues no están preparados para ello y tienen necesidad de investigar primero si hay vida, si hay movimiento, si el hombre es cosa distinta de un buey, qué cosas sean obrar y sufrir, y qué clase de animaluchos justicia y leyes. ¿Hablan del magistrado o se dirigen al magistrado? Pues lo hacen con una libertad llena de irreverencia incivil. ¿Se tributan alabanzas a su príncipe o a un rey? Pues para ellos el tal no es más que un pastor ocioso ocupado en esquilmar y esquilarse sus ovejas con mayor rudeza que un rabadán auténtico. ¿Tenéis en predicamento a alguien porque posee dos mil yugadas de tierra? Ellos no pueden menos de burlarse, acostumbrados como están a abarcar todo el universo mundo, como si de cosa propia se tratara. ¿Os alabáis de vuestra nobleza, por haber tenido en vuestra familia siete abuelos bien acomodados? Nada os estiman por ello, pues no comprendéis la universal imagen de la naturaleza, ni cuántos predecesores ha tenido cada uno de nosotros, ricos, pobres, reyes, criados, griegos, bárbaros; y aun cuando fuerais el quinquagésimo descendiente de Hércules, encontrarían baladí el que hicierais alarde de este presente de la fortuna. Así el vulgo los desdeña, como ignorantes de las cosas más esenciales y comunes, y como insolentes y presuntuosos.

Mas esta platónica pintura está bien lejos de la que conviene a la naturaleza de las gentes de que voy hablando. Envidiase a los filósofos por estar por cima de la común manera de ser, porque menosprecian los actos públicos, por haber vivido existencia singular y rara, conforme a ciertas reglas elevadas y en desuso. A los pedantes se les desdeña porque están por bajo de la común manera de ser, como incapaces del ejercicio de las funciones públicas, y por arrastrar vida y costumbres viles y groseras, más ínfimas que las del vulgo:

Odi homines ignava opera, philosopha sententia<sup>1</sup>.

Por lo que toca a los filósofos, en ellos cumplíase la doble prenda de ser superiores en la ciencia y todavía más en la acción. Refiérese de Arquímedes, geómetra de Siracusa, que habiendo sido interrumpido en sus experimentos para dedicar algo de su saber a la defensa de su país, puso en juego de improviso tales máquinas de destrucción que sobrepasaron a toda humana creencia; Arquímedes despreció, sin embargo, su obra, por creer con ella haber bastardeado la dignidad de su arte, del cual su máquina no era sino como un remedo o juguete. Si alguna vez se ha puesto a prueba para la vida práctica la capacidad de los filósofos, háseles visto volar tan alto, que el alma y corazón de los mismos parecían haberse fortificado y enriquecido por virtud de la inteligencia de las cosas. Viendo algunos los cargos del gobierno en manos de hombres incapaces, hanse alejado en todo tiempo de las cosas públicas; y el que preguntó a Crates hasta cuándo era preciso filosofar, recibió esta respuesta: "Hasta tanto que los borriqueros dejen de conducir nuestros ejércitos." Heráclito resignó el reino en manos de su hermano; y a los de Efeso, que le preguntaban cómo pasaba después su tiempo, jugando con los muchachos delante del templo, respondió: "¿No vale más hacer esto que dirigir los negocios en vuestra compañía?" Otros filósofos, cuya imaginación estaba muy por cima de las cosas terrenales, consideraron los puestos de la justicia y los tronos mismos de los reyes como cosas viles y bajas, y Empédocles rechazó la corona que los de Agrigento le ofrecían. Acusaba Thales a sus contemporáneos del

<sup>1</sup> Odio a esos hombres incapaces de obrar, cuya filosofía se desvanece en vanas sentencias. PACUVIO, citado por AULO GELIO, XIII, 8.

sumo cuidado que ponían en los negocios para enriquecerse, y respondíanle que tal era la costumbre de la zorra que no podía lograr su intento de alcanzar las uvas, entonces el filósofo, tomando la cosa como por puro pasatiempo, quiso probar su experiencia en los negocios, y habiendo para ello convertido su saber en provecho del beneficio y la ganancia, éstos fueron tan grandes, que en el solo transcurso de un año adquirió riquezas tantas como apenas en su vida todos los más experimentados en el comercio habían logrado realizar. Cuenta Aristóteles que algunos le llamaban (y también a Anaxágoras y a congéneres) sabio, mas no prudente, por no poner el cuidado necesario en las cosas útiles; aparte de que no encuentro muy fundamentada tal diferenciación, esto no puede servir de disculpa a nuestros filósofos; y en vista de la escasa y menesterosa fortuna con que se conforman, tenemos derecho a calificarlos de no sabios y faltos de prudencia.

Dejando a un lado estas distinciones, entiendo que nuestro mal pedantesco proviene de la desacertada manera como nos consagramos a la ciencia y del modo como recibimos la instrucción, según las cuales no es maravilla que ni escolares ni maestros tengan mayor habilidad, aunque se hagan más doctos. Los sacrificios y cuidados de nuestros padres no se dirigen sino a amueblarnos la cabeza de ciencia; de juicio y virtud, contadas nuevas. Decid al pueblo de uno que pasa por la calle: "¡Ved ahí un hombre sabio!" Y de otro: "¡Ved ahí un hombre bueno!" Ni uno solo dejará de mirar con respeto al primero; mas precisaría un tercero que gritase: "¡Oh, las cabezas de mampostería!" Más nos interesa informarnos de si una persona sabe latín o griego, o de si escribe en verso o en prosa, que de si la instrucción la ha hecho mejor y más avisada; esto era lo principal, y lo convertimos, sin embargo, en lo secundario. Valiera más informarse de quién es el que sabe mejor, no del que sabe más.

Trabajamos únicamente para llenar la memoria, y dejamos vacíos conciencia y entendimiento. Así como las aves van en busca del grano y lo llevan entero en su pico, sin partirlo, para que sirva de alimento a sus pequeñuelos, así nuestros pedantes van pellizcando la ciencia en los libros, colocándola sólo en los labios para desembucharla y lanzarla luego al viento. Maravilla es cómo la misma torpeza se atraviesa en mi camino; ¿lo que hacen esos maestros no es idéntico a lo que yo pongo en práctica en mi libro? Yo tomo a otros, de aquí y de allá, en los autores, aquellas sentencias que me placen, no para almacenarlas en mi memoria, pues carezco de esta facultad, sino para trasladarlas a este libro, en el cual las máximas son tan mías o me pertenecen tanto como antes de transcribirlas. No conocemos, tal yo entiendo, más que la ciencia presente, no así la pasada ni tampoco la venidera. Acontece todavía cosa peor: ni los discípulos ni los pequeñuelos se educan ni alimentan, pasa la ciencia de mano en mano con el exclusivo fin de hacer alarde, de hablar a otro, cual inútil y vana moneda que contar y arrojar. *Apud alios loqui didicerunt, non ipsi secum.*<sup>1</sup> *Non est loquendum, sed gubernandum.*<sup>2</sup> Para mostrar naturaleza que nada hay de violento en sus obras hace a veces que nazcan en las naciones menos cultivadas las producciones más artísticas. El proverbio gascón que tiene su origen en una poesía rústica acredita aquel aserto: *Bouba prou bouba, mas à remuda lous dits qu'em?* El sople no va mal, mas por lo que toca a manejar los dedos para producir sonidos en el caramillo, eso ya es harina de otro costal. Sabemos muy bien decir: "Cicerón escribe así; ved

<sup>1</sup> Enseñaron a hablar a los demás, pero ellos no aprendieron. CICERÓN, *Tusc. quest.*, v. 36.

<sup>2</sup> No se trata de charlar, sino de conducir la nave. SENECA, *Epist.*, 108.

cuáles eran las costumbres de Platón; tales son las palabras de Aristóteles"; mas nosotros, ¿qué decimos?, ¿qué juzgamos?, ¿qué hacemos? Lo mismo diría un lorito.

Recuérdame lo precedente a aquel hacendado romano que reunió en su casa, a costa de cuantiosos gastos, un número suficiente de sabios en todas ciencias, que guardaba constantemente en su derredor a fin de que cuando se le ofrecía ocasión de hablar de alguna cosa, los demás supliesen su deficiencia y estuvieran prestos a proveerle, quién de un discurso, quién de un verso de Homero, cada cual según su especialidad; con ello pensaba que el saber le pertenecía, porque se encontraba en la cabeza de sus gentes. Es también lo que saben aquellos otros cuya capacidad permanece encerrada en sus bibliotecas suntuosas. Conocía yo uno de éstos, quien, cuando yo solicitaba alguna razón de su ciencia, pedíame un libro para mostrármela: y no hubiera osado decirme ni siquiera que tenía sarna en el trasero sin haber al instante mirado en su diccionario qué cosas fuesen trasero y sarna.

Tomamos nota de las opiniones y de la ciencia de los demás, y ahí se detiene nuestro esfuerzo; precisa hacer nuestra la ciencia ajena. Aseméjamonos a aquel que tuviese necesidad de fuego y fuera a buscarlo a la casa del vecino, donde habiéndolo hallado hermoso y grande detuviérase a calentarse sin pasarle por las mientes llevarlo a su vivienda. ¿De qué nos sirve tener la barriga llena de carne si luego no la digerimos?, ¿si en nuestro organismo no se transforma, y no sirve para aumentarle y fortificarle? ¿Pensamos acaso que Luculo, a quien los libros hicieron gran capitán, sin necesidad de experiencia, los estudiaba como nosotros? Echámonos de tal suerte en brazos de los demás, que aniquilamos nuestras propias fuerzas. ¿Quiero yo, por ejemplo, buscar armas contra el temor de la muerte? Encuéntrolas a expensas de Séneca. ¿Deseo buscar consuelo para mí o para los demás? Pues lo tomo de Cicerón. En mí mismo hubiera encontrado ambas cosas si en ello se me hubiera ejercitado. No me gusta esa capacidad relativa y mendigada; aun cuando nos fuera lícito extraer de otro la sabiduría, no podemos ser sabios más que con nuestras exclusivas fuerzas y recursos. *Μισῶ σοφιστὴν ἐν ἑστίῃ οὐκ οὐτῷ σοφός.*<sup>1</sup> "Detesto al sabio que por sí mismo no lo es."

*Ex quo Ennius: Nequidquam sapere sapientem, qui ipse sibi prodesse non quiret.*<sup>2</sup>

Si cupidus, si

Vanus, et Euganea quantumvis vilior agna<sup>3</sup>.

*Non enim paranda nobis solum, sed fruenda sapientia est.*<sup>4</sup>

Burlábase Dionisio de los gramáticos que cuidan de informarse de los males de Ulises e ignoran los suyos propios; de los músicos que templan sus flautas y no hacen lo propio con sus costumbres; de los oradores que predicán la justicia y no la practican. Si nuestra alma no sigue mejor camino; si no logramos disponer de un juicio más sano, estimaría mejor que mi escolar hubiera pasado su tiempo jugando a la pelota; al menos de este modo

<sup>1</sup> Verso de Eurípides.

<sup>2</sup> Por eso dice Ennio: "Inútil es la sabiduría que no es al sabio provechosa", *apud Cic., de Offic.*, III, 15.

<sup>3</sup> Si es avaro, si es embustero, si es flojo y afeminado. JUVENAL, VIII, 14.

<sup>4</sup> Porque no basta alcanzar la sabiduría, es preciso saber usar de ella. CICERÓN, *de Finibus*, I, 1.

tendría el cuerpo más ágil. Vedle volver de sus estudios después de haber empleado en ellos quince o diez y seis años; encuéntrase incapaz e inhábil para el ejercicio de toda profesión o trabajo; lo solo, lo único que se echa de ver en él es que su latín y su griego le han vuelto más tonto y presuntuoso de lo que estaba al abandonar la casa de sus padres. Debiendo poseer el alma llena, tráela hinchada; en vez de fortificarla, se ha conformado con inflarla.

Tales maestros, como Platón llama a los sofistas, sus adláteres, son de todos los hombres los que prometen hacer mayor obra de utilidad; mas no sólo son inútiles, sino dañinos, pues tras no reparar lo que se les encomienda, lo estropean y hacen pagar sus destrozos. No proceden así el albañil ni el carpintero. Si se siguiera la ley que Protágoras proponía a sus discípulos, que consistía "en que éstos le pagasen confiando en su palabra, o jurando en el templo en cuanto estimaban el provecho, y según éste satisficieran su trabajo", mis pedagogos veríanse burlados, de estar sujetos al juramento de mi experiencia. Mi vulgar dialecto perigordiano llama con gracia suma *lettre-ferits* a estos sabihondos, que viene a ser como si dijéramos *lettre-ferus*, a los cuales las letras han sacudido un martillazo, como suele decirse. Lo común es que se hallen desprovistos hasta de sentido común; el campesino y el zapatero proceden en la vida sencilla e ingenuamente, hablando de lo que conocen; aquéllos por querer engrandecerse y prevalerse de su saber, que sobrenada en la superficie de su cerebro, van embarazándose y dando traspiés sin cesar; escápanse de sus labios hermosas palabras, mas precisan que otros las aprovechen; conocen bien a Galeno, pero en manera alguna al enfermo; os han llenado la cabeza de leyes, y, sin embargo, no comprenden la dificultad de la causa que se dilucida; conocen la teoría de todas las cosas, pero buscan otro que la aplique.

En mi casa he visto a un amigo mío, que por modo de pasatiempo hablaba con uno de estos pedantes, descomponer una especie de jerigonza o galimatías, sin pies ni cabeza, salvo la entonación de algunas palabras adecuadas a la controversia, pasar así un día entero; el maestro se debatía pensando siempre contestar con acierto a las objeciones que se le hacían; y pasaba, sin embargo, por hombre de reputación; era un preceptor que ocupaba por sus merecimientos una posición envidiable:

Vos, o patricius sanguis, quos vivere par est  
Occipiti cæco, posticæ occurrite sannæ<sup>1</sup>.

Quien a gentes tales ve de cerca, mire más allá, y como yo, encontrará que las más de las veces ni se entienden a sí mismos ni a los demás, y que la facultad de juzgar en ellos está hueca, a no ser que la naturaleza les haya provisto bien de ella, como acontecía a Adriano Turnebo, que no ejerciendo otra profesión que la de las letras, en la cual fue, a mi entender, el hombre más grande que haya existido de mil años acá, tenía sólo del pedante el hábito y algo del exterior, lo cual podía quizá no ser agradable, pero era cosa bien insignificante. Detesto a los que transigen mejor con un alma envenenada que con un traje inadecuado, y contemplan en sus reverencias el vestido y las botas para informarse del hombre con quien se las han. Nuestro Adriano fue el alma mejor educada del mundo; era para mí un placer interrogarle, aun sobre asuntos ajenos a sus ordinarias ocupaciones; veía tan claro en todas las cosas y estaba dotado de una percepción tan pronta, de un juicio tan sano,

<sup>1</sup> Nobles patricios que carecéis del don de ver lo que acontece detrás de vosotros, cuidado de que aquéllos a quienes menospreciáis no se rían a expensas vuestras. PERSIO, I, 61.

que hubiérase dicho no haber sido otra su profesión que el ejercicio de la guerra y los negocios del Estado. Tales naturalezas son privilegiadas y fuertes,

Queis arte benigna  
Et meliore luto finxit præcordia Titan<sup>1</sup>,

y conservan su vigor nativo al través de una dirección detestable. Ahora bien, no basta que la educación deje de empeorarnos, preciso es que nos haga mejores.

Hay algunos parlamentos que cuando tienen que recibir en su seno nuevos miembros, examínanlos sólo de derecho o jurisprudencia; otros juzgan además del sentido común de los candidatos, preguntando a los examinandos su dictamen sobre alguna causa. Estos tienen, a mi entender, manera más razonable de proceder, y aun cuando sea necesario el concurso de las dos circunstancias, preferible y mucho más meritorio es poseer la segunda que la primera; pues como pregona este verso griego,

Ως οὐδὲν ἢ μάθησις, ἢν μὴ νοῦς παρῆ<sup>2</sup>.

"¿Para qué sirve la ciencia a quien carece de inteligencia?" ¡Pluguiera a Dios que para bien de la justicia nuestros jueces se hallasen tan bien provistos de entendimiento y conciencia como lo están todavía de ciencia! *Non vitæ, sed scholæ discimus*.<sup>3</sup> En conclusión, no basta hilvanar el saber al alma, precisa incorporarlo, hacerlo penetrar en el espíritu; no basta regarla, es preciso impregnarla; y si no transforma y mejora nuestro imperfecto estado, vale mucho, muchísimo más, que permanezcamos tranquilos; de lo contrario es el saber arma dañosa que ofende y molesta a quien lo posee por ir a parar a inhábiles manos que de él no saben hacer uso: *ut fuerit melius non didicisse*.<sup>4</sup>

Quizás sea ésta la razón de que así nosotros como la teología no nos mostremos exigentes en lo que toca a que las mujeres sean de espíritu cultivado. Francisco I, duque de Bretaña, hijo de Juan V, que casó con Isabel, nacida en Escocia, como le dijieran antes del matrimonio que su prometida había sido educada en medio de la mayor sencillez, y que carecía de toda suerte de instrucción literaria, respondió: "Prefiero que toda la ciencia en la mujer consista en saber distinguir la camisa de los calzones de su marido."

No es, pues, maravilla el que nuestros antepasados hayan concedido escasa importancia a las letras y que aun hoy se hallen representadas como por acaso en los consejos de nuestros reyes; y si los únicos medios que hoy existen de llegar a la riqueza no fuesen la jurisprudencia, la medicina, el pedantismo y la teología, veríamos a aquéllas todavía en mayor descrédito de lo que jamás lo fueron. Y a la verdad la cosa no sería muy de lamentar, puesto que no nos enseñan ni a bien obrar ni a pensar rectamente. *Postquam docti prodierunt, boni desunt*.<sup>5</sup> El aditamento de toda otra ciencia es perjudicial a quien no posee la de la bondad.

Acaso se hallará la razón de lo inútil que nos es la ciencia en que sólo la cultivan entre nosotros aquellos que pretenden sacarle provecho, a excepción

<sup>1</sup> Que Prometeo formó de mejor barro y dotó de más felices disposiciones. JUVENAL, XVI, 34.

<sup>2</sup> Verso traducido a continuación por Montaigne.

<sup>3</sup> No se nos adoctrina para la vida, se nos instruye sólo para la escuela. SENECA, *Epist.*, II, 5.

<sup>4</sup> De modo que hubiera sido preferible no aprender nada. CICERON, *Tusc. quest.*, II, 4.

<sup>5</sup> Desde que los doctos pululan entre nosotros, los hombres honrados se eclipsaron. SENECA, *Epist.*, 95.

tos y los súbditos de Tamerlán prueban bien este aserto. Cuando los godos asolaron la Grecia, quien salvó todas las bibliotecas de ser pasto de las llamas fue uno de ellos, que predicó la conveniencia de dejar intactos estos edificios para apartar así a sus enemigos del ejercicio de las armas y que cayeran en ocupaciones ociosas y sedentarias. Nuestro rey Carlos VIII se hizo dueño del reino de Nápoles y de una parte extensa de la Toscana, apenas sin desenvainar la espada. Los señores de su comitiva atribuyeron tan inesperada facilidad a que la nobleza y príncipes italianos ocupábanse más en hacerse ingeniosos y sabios que vigorosos y guerreros.

## CAPITULO XXV

DE LA EDUCACION DE LOS HIJOS  
A LA SEÑORA DIANA DE FOIX, CONDESA DE GURSON

JAMAS vi padre, por enclenque, jorobado y lleno de achaques que su hijo fuera, que no consintiese en reconocerle como tal; y no es que no vea sus máculas, a menos que el amor le ciegue, sino porque le ha dado el ser. Así yo veo mejor que los demás que estas páginas no son sino las divagaciones de un hombre que sólo ha penetrado de las ciencias la parte más superficial, y eso en su infancia, no habiendo retenido de las mismas sino un poco de cada cosa, nada en conclusión, a la francesa. Sé, en definitiva, que existe una ciencia que se llama medicina, otra jurisprudencia, cuatro partes de matemáticas, y muy someramente el objetivo de cada una de ellas; quizás conozco el servicio que dichas ciencias prestan al uso de la vida, pero de mayores interioridades no estoy al cabo; ni mi cabeza se ha trastornado estudiando a Aristóteles, príncipe de la doctrina moderna, ni tampoco empeñádose en el estudio de ninguna enseñanza determinada, ni hay arte del cual yo pueda trazar ni siquiera los primeros rudimentos; no hay muchacho de las clases elementales que no pueda aventajarme, y a tal punto alcanza mi insuficiencia, que ni siquiera me sentiría capaz de interrogarle sobre la primera lección de su asignatura; y si se me obligara a hacerle tal o cual pregunta, mi incompetencia haría que le propusiera alguna cuestión general, por la cual podría juzgar de su natural disposición, la cual cuestión le sería tan desconocida como a mí la elemental.

Aparte de los de Séneca y Plutarco, de donde extraigo mi caudal, como las Danaides, llenándolo y vaciándolo perpetuamente, no he tenido comercio con ningunos otros libros de sólida doctrina. De esos escritores algo quedará en este libro, casi nada en mi cabeza. En materia de autores, me inclino a los de historia y poesía, pues como Cleantes opinaba, así como la voz encerrada en el estrecho tubo de una trompeta surge más agria y más fuerte, así entiendo yo que la sentencia comprimida por la poesía brota más bruscamente y me hiere con más viva sacudida. En cuanto a mis facultades naturales, de que este libro es ejercicio, siéntolas doblegar bajo su pesada carga; marchan mis conceptos y juicios a tropezones, tambaleándose, dando traspies, y cuando recorro la mayor distancia a que mis fuerzas alcanzan, ni siquiera me siento medianamente satisfecho, diviso todavía algo más allá, pero con vista alterada y nubosa, que me siento incapaz de aclarar. Haciendo propósito de hablar de todo aquello que buenamente se ofrece a mi espíritu con el solo socorro de mis ordinarias fuerzas, acontéceme a veces hallar tratados en los buenos autores los mismos asuntos sobre que discurro, como en el capítulo sobre la fuerza de imaginación, materia que trató ya Plutarco. Comparando mis razones con las de tales maestros, siéntome tan débil y tan mezquino, tan pesado y adormecido, que me compadezco, y a mí mismo me menosprecio; congratúlame, en cambio, el que

a veces quepa a mis opiniones el honor de coincidir con las de los antiguos, así los sigo al menos de lejos y reconozco lo que no todos reconocen: la extrema diferencia entre ellos y yo. Mas a pesar de todo dejo correr mis invenciones débiles y bajas como son, tales como han salido de mi pluma, sin remendar los defectos que la comparación me ha hecho descubrir.

Preciso es tener en sus propias fuerzas toda la confianza posible para marchar frente a frente de tales autores. Los indiscretos escritores de nuestro siglo, cuyas insignificantes obras están llenas de pasajes enteros de los antiguos, que para procurarse honor se apropian, practican lo contrario; y la diferencia entre lo suyo y lo que toman prestado es tan grande, que da a sus escritos un aspecto pálido, descolorido y feo, con el cual pierden más que ganan.

Dos filósofos de la antigüedad tenían bien distinta manera de pensar y proceder en sus escritos: Crisipo incluía en sus obras, no ya sólo pasajes, sino libros enteros de otros autores, y en una incluyó la *Medea*, de Eurípides: Apolodoro decía de este filósofo que, suprimiendo lo prestado, en sus obras no quedaría más que el papel en blanco. Epicuro, por el contrario, en trescientos volúmenes que compuso jamás empleó citas ni juicios ajenos.

Ocurrióme poco ha tropezar con un pasaje de éstos, para llegar al cual había tenido que arrastrarme languideciendo por medio de frases huecas, tan exangües, descarnadas y vacías de sentido, todas ellas sin meollo ni sustancia, que no eran, en suma, sino palabras amalgamadas unas a otras; al cabo de un largo y fastidioso camino me encontré con un trozo alto, rico y elevado hasta rayar en las nubes. Si hubiera encontrado la pendiente más suave y la subida algo áspera, la cosa hubiera sido natural; pero llegué a un precipicio tan derecho y tan recortado, que a las seis palabras primeras eché de ver que me hallaba en otro mundo distinto; desde él pude descubrir la hondonada de donde venía, tan baja y tan profunda que no tuve luego el valor necesario para descender de nuevo. Si yo adornara alguno de mis escritos con tan ricos despojos, haría resaltar demasiado la insignificancia de los demás. Descubrir en otro mis propias faltas me parece tan lícito como reprender, lo que suelo hacer a veces, las de otro en mí; preciso es acusarlas en todos y hacer que desaparezca todo pretexto de excusa. Bien se me alcanza cuán audazmente pongo mis ideas en parangón con las de los autores célebres, a todo propósito; mas no lo hago por temeraria esperanza de engañar a nadie con ajenos adornos, sino para demostrar mejor mis asertos y razonamientos, para mayor servicio del lector. Sin contar con que tampoco me pongo a luchar frente a frente ni cuerpo a cuerpo con campeones de tanto fuste; ejecuto sólo menudos y ligeros ataques, no me lanzo contra ellos, los tanteo, y no los acometo tanto como temo acometerlos. Si pudiera caminar a la par, obraría como hombre vigoroso y fuerte, porque sólo los acometo por sus máximas más elevadas. Practicar lo que he visto en algunos, adornarse con armas ajenas hasta el punto de dejar invisibles las propias, conducir los razonamientos como sólo es lícito que lo hagan los sabios verdaderos, parapetándose en las ideas de los antiguos, hurtándolas de aquí y de allá y querer hacerlas pasar por propias, cosa es al par que injusta, cobarde, porque los que tal hacen, no teniendo nada que les pertenezca, pretenden alcanzar méritos con lo que no es suyo. Es además suprema torpeza, pues los tales se contentan con la ignorante aprobación del vulgo y se desacreditan ante las gentes de entendimiento, que advierten la incrustación de ajenas cosas, y de las cuales sólo la alabanza tiene peso y merece estima.

Nada más lejos de mi designio que semejantes procederes; yo no cito los otros sino para expresar mi pensamiento de una manera más diestra. No va lo dicho con los centones que en tal forma se presentan al público: yo los he

visto sobrado ingeniosos, sin hablar de los antiguos, entre otros, uno bajo el nombre de Capílupo. De esta suerte muestran también sus talentos algunos eruditos, entreverándolo acá y allá, como hizo Justo Lipsio en su laborioso y docto tratado de Política.

De todas maneras, y sean cuales fueren esos desaciertos, no he podido menos de sacarlos a la superficie, igualmente que si un artista hiciera mi retrato habría de representarme cano y calvo; no pintando una cabeza perfecta, sino la que tengo. Esto que aquí escribo son mis opiniones e ideas; yo las expongo según las veo y las creo atinadas, no como cosa introvertible y que deba creerse a pies juntillas: no busco otro fin distinto al de trasladar al papel lo que dentro de mí siento, que acaso será distinto mañana, si enseñanzas nuevas modifican mi manera de ser, y declaro que ni tengo ni deseo autoridad bastante para ser creído, reconociéndome, como me reconozco, demasiado mal instruido para enseñar a los demás.

Un mi amigo que leyó en mi casa el capítulo precedente días pasados, díjome que debía haberme extendido más sobre la educación de los jóvenes; por manera, señora, que si realmente poseyera yo alguna competencia en tal materia, en modo alguno pudiera darle mejor empleo que haciendo de ella un presente al pequeñuelo que pronto verá la luz (vuestra hidalguía es grande para dejar de comenzar por un varón). Habiéndome cabido una grande parte en la conclusión de vuestro matrimonio, créome con derecho y estoy interesado en la grandeza y prosperidad de todo lo que sobrevenga, a más que de antiguo estoy obligado a vuestras mercedes, lo cual obliga doblemente mi interés hacia todo lo que con vos se relaciona directamente. Entiendo yo, señora, que la mayor y principal dificultad de la humana ciencia reside en la acertada dirección y educación de los niños, del propio modo que en la agricultura las labores que preceden a la plantación son sencillas y no tienen dificultad; mas luego que la planta ha arraigado, para que crezca hay diversidad de procedimientos, que son difíciles. Lo propio acontece con los hombres: darles vida no es difícil, mas luego que la tienen vienen los diversos cuidados y trabajos que exigen su educación y dirección. La apariencia de sus inclinaciones es tan indecisa en la primera infancia y tan inciertas y falsas las promesas que de aquéllas pueden deducirse, que no es viable fundamentar por ellas ningún juicio atinado. Cimón y Temístocles fueron bien distintos de lo que por su infancia hubiera podido adivinarse. Los pequeñuelos de los osos y los perrillos muestran desde luego su inclinación natural, mas los hombres siéntense desde los comienzos impelidos por costumbres, leyes y opiniones que los disfrazan fácilmente, pues es bien difícil forzar las tendencias o propensiones naturales. De donde resulta que por no haber elegido bien su camino, trabájase sin fruto, empleando un tiempo inútil en destinar a los niños precisamente para aquello que no han de servir. No obstante tal dificultad, precisa a mí entender encaminarlos siempre hacia las cosas mejores, de las cuales puedan sacar mayor provecho, fijándose poco en adivinaciones ni pronósticos de que sacamos consecuencias demasiado fáciles en la infancia. Platón, en su República, entiendo que les concede autoridad demasiada.

Es la ciencia, señora, ornamento de valer, al par que instrumento que presta relevantes servicios, señaladamente a las personas de vuestro rango. En verdad, entiendo que no se encuentra bien hallada en manos bajas y plebeyas, siéntese más orgullosa prestando su concurso para conducir una guerra, gobernar un pueblo, y frecuentar la amistad de un príncipe o de una nación extranjera, que para ordenar un argumento dialéctico, pronunciar una defensa o preparar una caja de píldoras. Así, señora, como estoy bien seguro de que

no olvidaréis tal principio en la educación de vuestros hijos, vos que habéis gustado tiempo ha de la dulzura de las letras y que pertenecéis a una familia literaria (aún poseemos los escritos de los antiguos condes de Foix, de quien descende el señor conde vuestro esposo y descendéis vos misma, y Francisco, señor de Candal, vuestro tío, da a luz todavía obras que extenderán el conocimiento de aquella cualidad de vuestra familia hasta los siglos venideros), quiero manifestaros la sola opinión que acerca de educación profeso, contraria al común sentir y uso. Es cuanto puedo hacer en vuestro servicio en este punto.

Al cargo del maestro que le confiráis, en la elección del cual estriba todo el fruto de su educación, acompañan otras importantes atribuciones, de las cuales me guardaré de hablar por no saber nada importante acerca de ellas; y sobre lo que más adelante diré, sólo deseo que aquél fije su atención en lo que para él sea de mayor provecho. A un niño noble que cultiva las letras, no como medio de vivir (pues éste es fin abyecto e indigno de la gracia y favor de las musas, tras de suponer además la dependencia ajena), ni tampoco para buscar en ellas cosa de adorno; que se propone antes ser hombre hábil que hombre sabio, yo desearía que se pusiera muy especial cuidado en encomendarle a un preceptor de mejor cabeza que provista de ciencia, y que maestro y discípulo se encaminaran más bien a la recta dirección del entendimiento y costumbres, que a la enseñanza por sí misma, y apetecería también que el maestro se condujera en su cargo de una manera nueva.

No cesa de alborotarse en nuestros oídos, como quien vertiera en un embudo, y nuestro deber no se hace consistir más que en repetir lo que se nos ha dicho; querría yo que el maestro se sirviera de otro procedimiento, y que desde luego, según el alcance espiritual del discípulo, comenzase a mostrar ante sus ojos el exterior de las cosas, haciéndoselas gustar, escoger y discernir por sí mismo, ya preparándole el camino, ya dejándole en libertad de buscarlo. Tampoco quiero que el maestro invente ni sea sólo el que hable; es necesario que oiga a su educando hablar a su vez. Sócrates, y más tarde Arcesilao, hacían primeramente expresarse a sus discípulos, y luego hablaban ellos. *Obest plerumque iis, qui discere volunt, auctoritas eorum, qui docent*<sup>1</sup>. Bueno es que le haga correr ante su vista para juzgar de sus bríos y ver hasta qué punto se debe rebajar para acomodarse a sus fuerzas. Si de tales requisitos prescindimos, ningún fruto alcanzaremos; saberlos escoger y conducirlos con acierto y mesura es una de las labores más arduas que conozco. Un alma superior y fuerte sabe condescender con los hábitos de la infancia, al par que guiarlos. Yo camino con mayor seguridad y planta más segura al subir que al bajar.

Aquellos que como nuestro uso tiene por hábito aplican idéntica pedagogía y procedimientos iguales a la educación de entendimientos de diversas medidas y formas, engañanse grandemente: no es de maravillar si en todo un pueblo de muchachos apenas se encuentran dos o tres que hayan podido sacar algún fruto de la educación recibida. Que el maestro no se limite a preguntar al discípulo las palabras de la lección, sino más bien el sentido y la sustancia; que se informe del provecho que ha sacado, no por la memoria del alumno, sino por su conducta. Conviene que lo aprendido por el niño lo explique éste de cien maneras diferentes y que lo acomode a otros tantos casos para que de este modo pueda verse si recibió bien la enseñanza y la hizo suya, juzgando de sus adelantos según el método pedagógico seguido por Sócrates en los diálogos de Platón. Es signo de crudeza e indigestión el arrojar la carne tal y como se ha comido; el estómago no hizo su operación si no transforma la

<sup>1</sup> La autoridad de los que enseñan perjudica a veces a los que quieren aprender. CICERÓN, *de Nat. deor.*, I, 5.

sustancia y la forma de lo que se le diera para nutrirlo. Nuestra alma no se mueve sino por extraña voluntad, y está ligada y constreñida, como la tenemos acostumbrada a las ideas ajenas; es sierva y cautiva bajo la autoridad de su lección: tanto se nos ha subyugado que se nos ha dejado sin libertad ni des-  
envoltura. *Nuncquam tutelae suce fiunt*<sup>1</sup>.

Hallándome en Pisa tuve ocasión de hablar familiarmente con una persona excelente, tan partidaria de Aristóteles, que profesaba con cabal firmeza la creencia de que el toque y la regla de toda verdad e idea sólida era su conformidad con la doctrina aristotélica, y que fuera de tal doctrina todo era quimera y vacío; que Aristóteles lo había visto todo y todo lo había dicho. Por haber sido esta proposición un tanto amplia, al par que injustamente interpretada, nuestro hombre se las hubo durante largo tiempo con la inquisición de Roma.

Debe el maestro acostumbrar al discípulo a pasar por el tamiz todas las ideas que le trasmita y hacer de modo que su cabeza no dé albergue a nada por la simple autoridad y crédito. Los principios de Aristóteles, como los de los estoicos o los de los epicúreos, no deben ser para él doctrina incontrovertible; propóngasele semejante diversidad de juicios, él escogerá si puede, y si no, permanecerá en la duda:

Che non men che saper, dubbiar m'aggrata<sup>2</sup>:

pues si abraza, después de reflexionarlas, las ideas de Jenofonte y las de Platón, estas ideas no serán ya las de esos filósofos, serán las suyas; quien sigue a otro no sigue a nadie, nada encuentra, y hasta podría decirse que nada busca: que sepa darse razón al menos de lo que sabe. Es preciso que se impregne del espíritu de los filósofos; no basta con que aprenda los preceptos de los mismos; puede olvidar si quiere cuál fue la fuente de su enseñanza, pero a condición de sabérsela apropiar. La verdad y la razón son patrimonio de todos, y ambas pertenecen por igual al que habló antes que al que habla después. Tanto monta decir según el parecer de Platón que según el mío, pues los dos vemos y entendemos del mismo modo. Las abejas extraen el jugo de diversas flores y luego elaboran la miel, que es producto suyo, y no tomillo ni mejorana: así las nociones tomadas a otro, las transformará y modificará para con ellas ejecutar una obra que le pertenezca, formando de este modo su saber y su discernimiento. Todo el estudio y todo el trabajo no deben ir encaminados a distinta mira que a su formación. Que sepa ocultar todo aquello de que se ha servido y exprese sólo lo que ha acertado a hacer. Los salteadores y los tramposos exhiben ostensiblemente sus fincas y las cosas que compran, y no el dinero que robaron o malamente adquirieron; tampoco veréis los honorarios secretos que recibe un empleado de la justicia, mostraraos sólo los honores y bienandanzas que obtuvo para sí y para sus hijos: nadie entera a los demás de lo que recibe, cada cual deja ver solamente sus adquisiciones.

El fruto de nuestro trabajo debe consistir en transformar al alumno en mejor y más prudente. Decía Epicarnes que el entendimiento que ve y escucha es el que de todo aprovecha, dispone de todo, obra, domina y reina; todo lo demás no son sino cosas ciegas, sordas y sin alma. Voluntariamente convertimos el entendimiento en cobarde y servil por no dejarle la libertad que le pertenece.

¿Quién preguntó jamás a su discípulo lo que piensa de la retórica y la gramática, ni de tal o cual sentencia de Cicerón? Son introducidas las ideas en nuestra memoria con la fuerza de una flecha penetrante, como oráculos

<sup>1</sup> Se mantienen en tutela permanente. SENECA, *Epist.*, 33.

<sup>2</sup> De la propia suerte que saber, también el dudar es meritorio. DANTE, *Inferno*, cant. XI, v. 93.

en que las letras y las sílabas constituyen la sustancia de la cosa. Saber de memoria, no es saber, es sólo retener lo que se ha dado en guarda a la memoria. De aquello que se conoce rectamente se dispone en todo momento sin mirar el patrón o modelo, sin volver la vista hacia el libro. Pobre capacidad la que se saca únicamente de los libros. Transijo con que sirva de ornamento, nunca de fundamento, y ya Platón decía que la firmeza, la fe y la sinceridad constituyen la verdadera filosofía; las ciencias cuya misión es otra, y cuyo fin es distinto, no son más que puro artificio. Quisiera yo que Paluël o Pompeyo, esos dos conocidos bailarines, nos enseñaran a hacer cabriolas con verlos danzar solamente, sin que tuviéramos necesidad de movernos de nuestros asientos; así pretenden nuestros preceptores adiestrarnos el entendimiento, sin quebrantarlo; fuera lo mismo el intentar enseñarnos el manejo del caballo, el de la pica, a tocar el laúd, o a cantar, sin ejercitarnos en estas faenas. Quieren enseñarnos a bien juzgar y a bien hablar sin acostumbrarnos a lo uno ni a lo otro. Ahora bien, para tal aprendizaje, todo lo que ante nuestra vista se muestra es libro suficiente: la malicia de un paje, la torpeza de un criado, una discusión de sobremesa, son otros tantos motivos de enseñanza.

Por esta razón es el comercio de los hombres maravillosamente adecuado al desarrollo del entendimiento, igualmente que la visita a países extranjeros, no para aprender solamente, como hace la nobleza francesa, los pasos que mide Santa Rotonda<sup>1</sup> o la riqueza de los pantalones de la señora Livia; otros nos refieren cómo la cara de Nerón, conservada en alguna vieja ruina, es más larga o más ancha que la de otra medalla de la misma época. Todas éstas son cosas bien baladíes; se debe viajar para conocer el espíritu de los países que se recorren y sus costumbres y para frotar y limar nuestro cerebro con el de los demás. Yo quisiera que los viajes empezaran desde la infancia, y en primer término, para matar así de un tiro dos pájaros, por las naciones vecinas, en donde la lengua difiera más de la nuestra. Es indispensable conocer las lenguas vivas desde muy niño, de lo contrario, los idiomas no se pliegan luego a la pronunciación.

De igual modo es opinión de todos recibida, que no es conveniente educar a los hijos en el regazo de sus padres; el amor de éstos los enternece demasiado y hace flojos hasta a los más prudentes. No son los padres capaces ni de castigar sus faltas, ni de verlos alimentarse groseramente, como conviene que se haga; tampoco podrían soportar el verlos sudorosos y polvorientos después de algún ejercicio rudo, ni que bebieran líquidos demasiado calientes o fríos, ni el verlos sobre un caballo indócil, ni frente a un tirador de florete o un boxeador, como tampoco disparar la primera arcabuzada, cosas todas necesarias e indispensables. Tales ejercicios son el único medio de formar un hombre cual debe apetecerse, y ninguno hay que descuidar durante la juventud; hay que ir a veces contra los preceptos de la medicina:

Vitamque sub dio, et trepidis agat  
In rebus<sup>2</sup>.

No basta sólo fortificar el alma, es preciso también endurecer los músculos; va el alma demasiado de prisa si muy luego no es secundada, y tiene por sí sola demasiada labor para bastar a dos oficios. Yo sé cuán penosamente trabaja la mía, unida como está a un cuerpo tan flojo y tan sensible que se encomienda constantemente a sus fuerzas, y con frecuencia advierto que en sus

<sup>1</sup> El antiguo panteón que Agripa hizo construir bajo Augusto.

<sup>2</sup> Que no tenga otro techo que el firmamento; que viva rodeado de alarmas.  
HORACIO, *Od.*, III, 2, 5.

escritos mis maestros los antiguos presentan como actos magnánimos y valerosos, ejemplos que dependen más bien del espesor de la piel y dureza de los huesos, que del vigor anímico.

He visto hombres, mujeres y niños de tal modo constituidos, que un bastonazo les es menos sensible que a mí un capirotazo en las narices; que no mueven lengua ni pestañas ante los golpes que se les propinan. Cuando los atletas imitan a los filósofos en lo pacientes, más que fortaleza de corazón, muestran vigor de nervios. Endurecerse al trabajo es endurecerse al dolor: *Labor callum obducit dolori*<sup>1</sup>. Es preciso habituar al niño a la aspereza y fatiga de los ejercicios para acostumbrarle así a la pena y al sufrimiento de la dislocación, del cólico, cauterio, prisión y tortura. Estos males pueden, según los tiempos, caer sobre los buenos como sobre los malos. Sobrados ejemplos de ello vemos en nuestros días, pues los que hoy combaten contra las leyes exponen a los suplicios y a la muerte a los hombres honrados.

La autoridad del preceptor, además, debe ser absoluta sobre el niño, y la presencia de los padres la imposibilita y aminora; a lo cual contribuye también la consideración que la familia muestra al heredero y el conocimiento que éste tiene de los medios y grandeza de su casa. Circunstancias son éstas, a mi entender, que se truecan en graves inconvenientes.

En las relaciones que mantienen los hombres entre sí, he advertido con frecuencia que, en vez de adquirir conocimiento de los demás, no hacemos sino darle amplio de nosotros mismos, y preferimos mejor soltar nuestra mercancía, que adquirirla nueva; la modestia y el silencio son cualidades útiles en la conversación. Se acostumbrará al niño a que no haga alarde de su saber cuando lo haya adquirido; a no contradecir las tonterías y patrañas que puedan decirse en su presencia, pues es descortés censurar lo que nos choca o desagrade. Conténtese con corregirse a sí mismo y no haga a los demás reproche de lo que le disgusta, ni se ponga en contradicción con las públicas costumbres: *Licet sapere sine pompa, sine invidia*<sup>2</sup>. Huya de las maneras pedantescas y de la pueril ambición de querer aparecer a los ojos de los demás como más sutil de lo que es, y cual si fuera mercancía de difícil colocación no pretenda sacar partido de tales críticas y reparos. De igual modo que sólo incumbe a los grandes poetas emplear las licencias del arte, así también corresponde sólo a las almas grandes y a los espíritus elevados ir contra la corriente general. *Si quid Socrates aut Aristippus contra morem et consuetudinem fecerint, idem sibi ne arbitretur licere: magnis enim illi et divinis bonis banc licentiam assequantur*<sup>3</sup>. Debe acostumbrarse a no entrar en discusiones ni disputas más que cuando haya de habérselas con un campeón digno de ser contradicho. Debe hacerse de modo que sea escrupuloso en la elección de argumentos, al par que amante de la concisión y la brevedad en toda discusión; debe acostumbrarse sobre todo a entregarse y a deponer las armas ante la verdad, luego que la advierta, ya nazca de las palabras de su adversario, ya surja de sus propios argumentos, por haber dado con ella de pronto; pues no estando obligado a defender ninguna cosa determinada, debe sólo interesarle aquello que apruebe, no perteneciendo al oficio en que por dinero contante se participa de una u otra opinión, o se pertenece a uno u otro bando.

Si el preceptor comparte mi manera de ver, enseñará a su discípulo a ser

<sup>1</sup> El trabajo os endurece al dolor. CICERON, *Tusc. quest.*, II, 15.

<sup>2</sup> Se puede ser sabio con modestia, sin orgullo. SENECA, *Epist.*, 103.

<sup>3</sup> Porque Aristipo o Sócrates no respetaron siempre las costumbres de su país, sería un error suponer que vosotros podéis imitarlos. Sus méritos magnos y divinos autorizaban esa libertad. CICERON, *de Off.*, I, 41.



muy leal servidor de su soberano y además afectuoso y valiente, cuidando a la vez de que su cariño al príncipe no vaya más allá de lo que prescribe el deber público. Aparte de otros obstáculos que aminoran nuestra libertad por obligaciones especiales, la opinión de un hombre asalariado, o no es cabal y está sujeta a trabas, o hay motivo para tacharla de imprudente e ingrata. El verdadero cortesano no puede tener más ley ni más voluntad que las de su amo, quien entre millares de súbditos lo escogió para mantenerlo y elevarlo. Tal merced corrompe la franqueza del súbdito y le deslumbra; así vemos de ordinario que el lenguaje de los cortesanos difiere del de las demás gentes del Estado y que gozan de escaso crédito cuando hablan de la corte.

Que la virtud y la honradez resalten en sus palabras, y que éstas vayan siempre encaminadas a la razón. Persuádasele de que la declaración del error que encuentre en sus propios razonamientos, aunque sea él solo quien lo advierta, es clara muestra de sinceridad y de buen juicio, cualidades a que debe siempre tender, pues la testarudez y el desmedido deseo de sustentar las propias aserciones son patrimonio de los espíritus bajos, mientras que el volver sobre su aviso, corregirse, apartarse del error en el calor mismo de la discusión, arguye cualidades muy principales, al par que un espíritu elevado y filosófico. Debe acostumbrarse a que cuando se encuentre en sociedad fije en todas partes su atención, pues suele ocurrir que los sitios de preferencia ocúpanlos las personas de menor mérito, y las que gozan de mayor fortuna no comulgan con la capacidad. En una ocasión he visto, sin embargo, que mientras en lo más apartado de una mesa hablábase de la hermosura de una tapicería o del sabor de la malvasía, en el otro extremo se hacía gala de ingenio de buena ley, en que los primeros no ponían la menor atención. Debe acostumbrarse a sondear el alcance de los rasgos de cada hombre en particular: el boyero, el albañil, la persona que pasa por la calle, todo debe examinarlo y apoderarse de lo característico de cada uno, pues todo es bueno para la casa; la misma torpeza y desacierto ajenos serviránle de instrucción, y en el examen de las maneras de los demás gustará de las buenas y desdeñará las malas.

Sea inspirado su entendimiento por una curiosidad legítima que le haga informarse de todas las cosas; todo aquello que haya de curioso en derredor suyo debe verlo, ya sea un edificio, una fuente, un hombre, el sitio en que se libró una antigua batalla, el paso de César o el de Carlomagno:

Quæ tellus sit lenta gelu, quæ putris ab æstu;  
Ventus in Italiam quis bene vela ferat<sup>1</sup>;

informarse a la vez de las costumbres, recursos y alianzas de éste o aquel príncipe; cosas son éstas que gusta aprender y el saberlas es muy útil.

Al hablar del trato de los hombres incluyo entre ellos y por modo principalísimo a los grandes, aquellos que no viven sino en los libros; debe frecuentar los historiadores que relataron la vida de las almas principales de los siglos más esclarecidos. Es éste para muchas gentes un estudio baladí, mas para los espíritus delicados ocupación que procura frutos inestimables y el único que según Platón los lacedemonios se reservaron para sí mismos. Pueden sacar, por ejemplo, gran provecho y enseñanza con la lectura de las vidas de Plutarco; pero que el preceptor no pierda de vista cuál es el fin de sus desvelos; que no ponga tanto interés en enseñar a su discípulo la fecha de la ruina de Cartago como las costumbres de Escipión y Aníbal; ni tanto en informarle del lugar

<sup>1</sup> Qué región está amortecida por el frío o abrasada por el sol; qué viento propicio empuja las naves a Italia. PROPERCIO, IV, 3, 39.

donde murió Marcelo como en hacerle ver que allí le encontró la muerte por no haber estado a la altura de su deber. Que no ponga tanto interés en que aprenda los sucesos como en que sepa juzgarlos; es a mi modo de ver la historia la parte en que los espíritus se aplican de manera más diversa, sacando cada cual consecuencias distintas, según sus peculiares dotes; yo he leído en Tito Livio cien cosas que otro no ha leído. Plutarco ha leído ciento más, que yo no he sabido encontrar, y acaso haya entre ellas muchas en que el autor ni pensó siquiera; es para unos la historia un simple estudio de gramática, para otros la investigación recóndita de los principios filosóficos que explican las acciones más oscuras de la humana naturaleza. Hay en Plutarco amplios discursos que son muy dignos de ser sabidos, y según mi dictamen, es maestro acabado en tales materias; mas hay otros que el historiador no ha hecho más que indicar ligeramente, señalando sólo como de pasada el camino que podemos seguir si queremos profundizarlos. Preciso es, pues, arrancarlos del lugar donde se encuentran y hacerlos nuestros, como por ejemplo, la siguiente frase: que los habitantes de Asia obedecían a uno solo por ignorar la pronunciación de una sola sílaba, la sílaba no. Acaso fue este pasaje el que dio ocasión a La Boétie para escribir *La servidumbre voluntaria*. ¡Lástima que los hombres de gran entendimiento propendan con exceso a la concisión! Sin duda con ello su reputación no disminuye ni su valer decrece; mas para nosotros, que valemos mucho menos, el exceso de laconismo perjudica nuestra enseñanza. Gusta más Plutarco de ser estimado por sus juicios que por su saber; prefiere, antes que saciarnos, que nos quedemos con apetito, y comprende que hasta leyendo cosas excelentes puede fatigarse el lector, pues sabe que Alexandridas censuró con justicia a un hombre que hablaba con acierto a los éforos, pero que diluía demasiado las ideas: "¡Oh, extranjero, díjole, si bien nos cuentas cosas agradables, las expones de un modo inconveniente!" Los que tienen el cuerpo flaco lo abultan interiormente; así aquellos cuyas ideas son insignificantes las inflan con palabras.

La frecuentación del mundo y el trato de los hombres procuran clarividencia de juicio; vivimos como encerrados en nosotros mismos; nuestra vista no alcanza más allá de nuestras narices. Preguntado Sócrates por su patria, no respondió soy de Atenas, sino soy del mundo. Como tenía la imaginación amplia y comprensiva, abrazaba el universo cual su ciudad natal, extendiendo su conocimiento, sociedad y afecciones a todo el género humano, no como nosotros que sólo extendemos la mirada a lo que cae bajo nuestro dominio. Cuando las viñas se hielan en mi lugar, asegura el cura que la causa del mal es un castigo del cielo que el Señor envía al género humano, y afirma que la sed ahoga ya hasta a los caníbales. Considerando nuestras guerras intestinas, ¿quién no juzga que el mundo se derrumba y que tenemos encima el día del juicio final? Al abrigar tal creencia no se para mientes en que mayores males han acontecido, ni tampoco que en las diez mil partes del universo las cosas no van mal en igual momento. Yo, en presencia de tantas licencias y desórdenes, y de la impunidad de los mismos, más bien encuentro que nuestras desdichas son blandas. Quien recibe el granizo sobre su cabeza cree que la tempestad reina en todo el hemisferio, y a éste propósito merece citarse el dicho del saboyano, el cual entendía que el rey de Francia había sido un tonto; pues de haber sabido conducir con acierto sus intereses, hubiera llegado a ser mayordomo de su duque; su cabeza no concebía más elevada jerarquía que la de su amo. Insensiblemente todos permanecemos en error análogo, que acarrea graves consecuencias y prejuicios. Mas quien se representa como en un cuadro esta dilatada imagen de nuestra madre naturaleza en su cabal majestad; quien lea en su aspecto su ge-

neral y constante variedad; quien se considere no ya él mismo, sino todo un reino, como un trazo casi imperceptible, sólo ése estima y juzga las cosas de un modo adecuado a su cabal magnitud.

Este mundo dilatado, que algunos multiplican todavía como las especies dentro de su género, es el espejo en que para conocernos fielmente debemos contemplar nuestra imagen. En conclusión, mi deseo es que el universo entero sea el libro de nuestro escolar. Tal diversidad de caracteres, sectas, juicios, opiniones, costumbres y leyes, enséñanos a juzgar rectamente de los nuestros peculiares, y encamina nuestro criterio al reconocimiento de su imperfección y de su natural debilidad; este aprendizaje reviste la mayor importancia; tantos cambios surgidos, así en el Estado como en la pública fortuna, nos enseñan a no admirarnos de la nuestra; tantos nombres, tantas victorias y conquistas, éstas y aquéllos enterrados en el olvido, hacen ridícula la esperanza de eternizar nuestro nombre por el mérito de habernos apoderado de diez mezquinos soldados y de un gallinero, cuya existencia salió a luz por la nueva de nuestra acción; la vanidad y el orgullo de tantas extrañas pompas, la majestad inflada de tantas cortes y grandezas, nos afirma y asegura en la consideración de la nuestra, haciendo que la juzguemos atinadamente, con ojos serenos; tantos millares de hombres que vivieron antes que nosotros fortificánnos y nos ayudan a no temer el ir a encontrar al otro mundo tan excelente compañía. Nuestra vida, decía Pitágoras, se asemeja a la grande y populosa asamblea de los juegos olímpicos; unos ejercitan su cuerpo para alcanzar renombre en los juegos; otros en el comercio para lograr ganancia, y otros hay, que no son ciertamente los más insignificantes, cuyos fines consisten sólo en investigar la razón de las cosas y en ser pacíficos espectadores de la vida de los demás hombres para ordenar y juzgar la suya propia.

A estos ejemplos podrán acompañar todas las sentencias más provechosas de la filosofía, por virtud de las cuales deben juzgarse los actos humanos. Se le enseñará:

Quid fas optare, quid asper  
Utile nummus habet; patriæ carisque propinquis  
Quantum elargiri deceat: quem te Deus esse.  
Jussit, et humana qua parte locatus es in re;  
Quid sumus, aut quidam victuri gignimur<sup>1</sup>...

qué cosa es saber y qué cosa es ignorar; cuál debe ser el fin del estudio; qué cosas sean el valor, la templanza y la justicia; la diferencia que existe entre la ambición y la avaricia, la servidumbre y la sujeción; la libertad y la licencia; cuáles son los caracteres que reviste el sólido y verdadero contentamiento; hasta qué punto son lícitos el temor de la muerte, el dolor y la deshonra;

Et quo quemque modo fugiatque feratque laborem<sup>2</sup>;

cuáles son los resortes que nos mueven y la causa de las múltiples agitaciones que residen en nuestra naturaleza, pues entiendo que los primeros discursos que deben infiltrarse en su entendimiento deben ser los que tienden al régimen de sus costumbres y sentidos; los que le enseñen a conocerse, a bien vivir y a

<sup>1</sup> Lo que puede desearse: cuáles deben ser los servicios que el dinero ha de procurar; cuáles son los deberes para con la patria y para con la familia; qué es lo que Dios ha querido que el hombre fuese sobre la tierra y qué lugar le ha asignado en el mundo, lo que somos y con qué designio nos dio el ser. PERSIO, III, 69.

<sup>2</sup> Y de qué modo debemos evitar, o soportar, las penalidades de la vida. VIRGILIO, *Eneida*, 3, 459.

bien morir. Entre las artes liberales, comencemos por las que nos hacen libres; todas, cada cual a su manera, contribuyen a la instrucción de nuestra vida y conducta, del propio modo que todas las demás cosas prestan también su concurso; mas elijamos entre ellas las de una utilidad más directa, y las que se refieren a nuestra profesión. Si sabemos restringir aquello que es pertinente a nuestro estado, si a sus naturales y justos límites lo reducimos, veremos que la mayor parte de las ciencias que se estudian son inútiles a nuestro fin particular; y que aun entre las de utilidad reconocida, hay muchas partes profundas inútiles de todo en todo, que procediendo buenamente debemos dejar a un lado. Con arreglo a los principios en que Sócrates fundamentaba la educación, debe prescindirse de todo cuanto no nos sea provechoso:

Sapere aude,

Incipe: vivendi qui recte prorogat horam,  
Rusticus expectat dum defluat amnis; at ille  
Labitur, et labetur in omne volubilis œvum<sup>1</sup>.

Es inocente el enseñar a nuestros hijos:

Quid moveant Pisces, animosaque signa Leonis,  
Lotus et Hesperia quid Capricornus aqua<sup>2</sup>;

la ciencia de los astros y el movimiento de la octava esfera antes que los suyos propios: sus inclinaciones y pasiones y los medios de gobernar unas y otras:

Τι Πλειάδεςσι κάμοι;  
Τι δ' ἄστροισιν Βούρωσιν<sup>3</sup>.

Anaxímenes escribía a Pitágoras: "¿Qué provecho puedo yo sacar del conocimiento de la marcha de los astros cuando tengo siempre presentes ante mis ojos la muerte y la servidumbre?" En aquella época los reyes persas preparaban la guerra contra los griegos. Cada cual debe hacerse la consideración siguiente: "Hallándome devorado por la ambición, la avaricia, la superstición, la temeridad, y albergando además interiormente otros tantos enemigos de la vida, ¿es lícito que me preocupe del sistema del mundo?"

Luego de haberle enseñado todo cuanto contribuye a hacerle mejor y más juicioso, se le mostrará qué cosas son la lógica, la física, la geometría, la retórica; y la ciencia que particularmente cultive, teniendo ya el juicio formado, muy luego la poseerá. Recibirá la enseñanza por medio de explicaciones unas veces, y por medio de los libros otras; ya el preceptor le suministrará la doctrina del autor que estudie, ya le ofrecerá la misma doctrina extractada y aclarada; y si el discípulo no posee fuerzas bastantes para encontrar en los libros todo lo bueno que contienen para sacar la enseñanza que persigue, deberá procurársele un maestro especial en cada materia para que adoctrine completamente al alumno. Que tal enseñanza es más útil y natural que la de Gaza, ¿quién puede dudarle? Consistía la de este gramático en preceptos oscuros e

<sup>1</sup> Determínate a ser virtuoso, empieza; diferir la mejora de la propia conducta, es imitar la simplicidad del viajero que, encontrando un río en su camino, aguarda que el agua haya pasado; el río corre y correrá eternamente. HORACIO, *Epist.*, I, II, 1, 40.

<sup>2</sup>Cuál es la influencia del signo de Piscis, del León inflamado y la de Capricornio, que se sumerge en el mar occidental. PROPERCIO, IV, 1, 89.

<sup>3</sup> ¿Qué me importan las Pléyades ni la constelación del Boyero? ANACREONTE, *Od.*, XVII, 10.

ingratos, en palabras vanas y descarnadas, en las cuales nada había que contribuir a despertar el espíritu. En el método que yo preconizo, el espíritu encuentra materia con que nutrirse; el fruto que se alcanza es sin comparación mayor, y así llegará más pronto a la madurez.

Es cosa digna de fijar la atención lo que en nuestro siglo acontece; la filosofía constituye hasta para las personas de mayor capacidad una ciencia quimérica y vana que carece de aplicación y valor, así en la teoría como en la práctica. Entiendo que la causa de tal desdén son los ergotistas que se han apostado en sus avenidas y la han disfrazado y adulterado. Es error grande presentar como inaccesibles a los niños las verdades de la filosofía, considerándolas con tiesura y ceño terribles; ¿quién ha osado disfrazármela con apariencias tan lejanas a la verdad, con tan adusto y tan odioso rostro? Nada hay, por el contrario, más alegre, divertido, jovial, y estoy por decir que hasta juguetón. No pregona la filosofía sino fiesta y tiempo apacible; una faz triste y transida proclama que de ella la filosofía está ausente. Demetrio el gramático encontró en el templo de Delfos una reunión de filósofos y les dijo: "O yo me engaño grandemente, o al veros en actitud tan reposada y alegre no sostenéis disquisición ninguna." A lo que cual uno de ellos, Heracleo de Megara, respondió: "Bueno es eso para los que enseñan si el futuro del verbo βαλλω<sup>1</sup> duplica la λ, o para los que estudian los derivados de los comparativos<sup>2</sup> χειρον y βέλτιον<sup>3</sup> y de los superlativos χειριστον<sup>4</sup> y βέλτιστον<sup>5</sup>; pues menester es que los tales arruguen su ceño a causa de su ciencia; por lo que toca a las máximas de la filosofía, alegran y regocijan a los que de ellas tratan muy lejos de ponerlos graves ni de contristarlos."

Deprendas animi tormenta latentis in œgro  
Corpore; deprendas et gaudia: sumit utrumque  
Inde habitum facies<sup>6</sup>.

El alma que alberga la filosofía debe, para la cabal salud de aquélla, hacer sana la materia; la filosofía ha de mostrar hasta exteriormente el reposo y el bienestar; debe formar a semejanza suya el porte externo y procurarle, por consiguiente, una dignidad agradable, un aspecto activo y alegre y un semblante contento y benigno. El testimonio más seguro de la sabiduría es un gozo constante interior; su estado, como el de las cosas superlunares, jamás deja de ser la serenidad y la calma; esos terminajos de *baroco* y *baralipton*<sup>7</sup>, que convierten la enseñanza de los sabios artificiales en tenebroso lodazal, no son la ciencia, y los que por tal la tienen, o los que de tal suerte la explican, no la conocen más que de oídas. ¡Cómo! la filosofía, cuya misión es serenar las tempestades del alma; enseñar a resistir las fiebres y el hambre con continente sereno, no valiéndose de principios imaginarios, sino de razones naturales y palpables, tiene la virtud por término, la cual no está, como la escuela asegura, colocada en la cúspide de un monte escarpado e inaccesible; los que la han visto de cerca, considéranla, por el contrario, situada en lo alto de una hermosa planicie,

<sup>1</sup> Yo arrojo.

<sup>2</sup> Peor, mucho peor.

<sup>3</sup> Mejor, mucho mejor.

<sup>4</sup> Lo peor, muchísimo peor.

<sup>5</sup> Lo mejor, muchísimo mejor.

<sup>6</sup> Los sufrimientos de un espíritu intranquilo surgen al exterior; de la propia suerte que la alegría, el semblante refleja esas diversas afecciones del alma. JUVENAL, IX, 18.

<sup>7</sup> Términos de la antigua escolástica.

fértil y floreciente, bajo la cual contempla todas las cosas; y quien sabe la dirección puede llegar a ella fácilmente por una suave y amena pendiente cubierta de grata sombra y tapizada de verde césped. Por no haber logrado alcanzar esta virtud suprema, hermosa, triunfante, amorosa y deliciosa, al par que valerosa, natural e irreconciliable enemiga de todo desabrimiento y sinsabor, de todo temor y violencia, que tiene por guía la naturaleza y por compañeros la fortuna y el deleite, los pedantes la han mostrado con semblante triste, querelloso, despechado, amenazador y avinagrado, y la han colocado sobre la cima de escarpada roca, en medio de abrojos, cual si fuera un fantasma para sembrar el pismo entre las gentes.

Nuestro preceptor, que conoce su deber de que el discípulo ame y reveencie la virtud, le mostrará que los poetas siguen las tendencias comunes, y le hará ver de un modo palpable que los dioses se han mostrado siempre más propicios a Venus que a Pallas. Cuando el niño llegue a la edad viril, le ofrecerá a Bradamante o a Angélica por amadas, a quienes adorna una belleza ingenua, activa, generosa; no hombruna, sino vigorosa, al lado de una belleza blanda, afectada, delicada; en conclusión, artificial: la una disfrazada de mancebo, cubierta la cabeza con un brillante casco; la otra con traje de doncella, adornada la suya con una toca cubierta de perlas. El maestro juzgará varonil su pasión si va por diverso camino que el afeminado pastor de Frigia.

Enseñará además el maestro que el valor y alteza de la virtud verdadera residen en la facilidad, utilidad y placer de su ejercicio, tan apartado de toda traba, que hasta los niños pueden practicarla del propio modo que los hombres, así los sencillos como los sutiles. El método será su instrumento, no la violencia. Sócrates se colocaba al nivel de su escolar para mayor provecho, facilidad y sencillez de su doctrina. Es la virtud la madre que alimenta los placeres humanos, y al par que los mantiene en el justo medio, contribuye a hacerlos puros; al moderarlos los mantiene en vigor y nos hace desearlos; eliminados los que no admite, nos trueca en más aptos para disfrutar de los que nos son lícitos, y nos lo son muchos; todos los que la naturaleza nos permite soportar, no sólo hasta la saciedad, sino hasta el cansancio; a menos que creamos que lo que detiene al bebedor antes de la borrachera, al glotón antes de la indigestión y al lascivo antes de la calvicie, sean enemigos de nuestros placeres. Si la fortuna le falta, la virtud hace que prescindamos de ella, que no la eche de menos, forjándose otra que le pertenezca por entero. Sabe la virtud ser rica, sabia y poderosa y reposar en perfumada pluma; ama la vida, la belleza, la gloria y la salud, pero su particular misión consiste en usar con templanza de tales bienes y en que estemos siempre apercebidos a perderlos: oficio más noble que rudo, sin el apoyo del cual toda humana existencia se desnaturaliza, altera y deforma, y puede a justo título representarse llena de escollos y arbustos espinosos, plagada de monstruos.

Si el discípulo es de tal condición que prefiere oír la relación de una fábula a la narración de un viaje interesante o a escuchar una máxima profunda; si al toque del tambor, que despierta el belicoso fuego de sus compañeros, permanece indiferente y prefiere ver las mojugangas de los titiriteros; si no encuentra más grato y dulce volver polvoriento y victorioso de un combate que del baile o del juego de pelota, con el premio que acompaña a estas diversiones, en tal caso no encuentro otro remedio sino que tempranamente el preceptor le estrangule cuando nadie le vea, o que le coloque de aprendiz en la pastelería de alguna ciudad, aunque sea el hijo de un duque, siguiendo el precepto de Platón, que dice: "Es preciso establecer a los hijos según la capacidad de su espíritu y no conforme al talento de sus padres."

Puesto que la filosofía nos instruye en la práctica de la vida y la infancia es tan apta como las otras edades para recibir sus lecciones, ¿qué razón hay para que dejemos de suministrárselas?

Udum et molle lutum est; nunc properandus, et acri  
Fingendus sine fine rota<sup>1</sup>.

Se nos enseña a vivir cuando nuestra vida ya ha pasado. Cien escolares han tenido el mal venéreo antes de haber llegado a estudiar el tratado de la Templanza, de Aristóteles. Decía Cicerón que, aun cuando viviera la existencia de dos hombres, no perdería su tiempo estudiando los poetas líricos. Considero yo a nuestros tristes ergotistas como mucho más inútiles. Nuestro discípulo tiene mucha más prisa; a la pedagogía no debe más que los quince primeros años de su vida, el resto pertenece a la acción. Empleemos aquel tiempo tan reducido sólo en las instrucciones necesarias; apartemos todas esas sutilezas espinosas de la dialéctica, de que nuestra vida no puede sacar ningún provecho; hagamos sólo mérito de los sencillos discursos de la filosofía, sepamos escogerlos y emplearlos oportunamente: son tan fáciles de comprender como un cuento de Boccaccio; están al alcance de un niño recién destetado: más a su alcance que el aprender a leer y a escribir. La filosofía encierra máximas lo mismo para el nacimiento del hombre que para su decrepitud.

Soy del parecer de Plutarco: Aristóteles no amaestró tanto a su gran discípulo en el artificio de componer silogismos ni en los principios de la geometría como le instruyó en los relativos al valor, proeza, magnanimidad, templanza y seguridad de no temer nada. Merced a provisión tan sana, pudo Alejandro, siendo casi un niño, subyugar el imperio del mundo con treinta mil infantes, cuatro mil soldados de a caballo y cuarenta y dos mil escudos solamente. Las demás ciencias y artes, dice Aristóteles que Alejandro las honraba; poseía y alababa su excelencia, mas sólo por el placer que en ellas encontraba; su afición no le llevaba hasta el extremo de quererlas ejercer.

Petite hinc, juvenesque senesque,  
Finem animo certum, miserisque viatica canis<sup>2</sup>.

Dice Epicuro al principio de su carta a Meniceo, "que ni el más joven rehusa el filosofar ni el más viejo se cansa". Por todas las razones dichas no quiero que se aprisione al niño; no quiero que se le deje a la merced del humor melancólico de un furioso maestro de escuela; no quiero que su espíritu se corrompa teniéndole aherrojado, sujeto al trabajo durante catorce o quince horas, como un mozo de cordel, ni aprobaría el que, si por disposición solitaria y melancólica el discípulo se da al estudio de un modo excesivo, se aliente en él tal hábito: éste les hace ineptos para el trato social y los aparta de más provechosas ocupaciones. ¡Cuántos hombres he visto arrocínados por avidez temeraria de ciencia! El filósofo Carneades se trastornó tanto por el estudio que jamás se cortaba el pelo ni las uñas. No quiero que se inutilicen las felices disposiciones del adolescente a causa de la incivildad y la barbarie de los preceptores. La discreción francesa ha sido de antiguo considerada como proverbial, nacía en los primeros años y su carácter era el abandono. Hoy mismo vemos que no hay nada tan simpático como los pequeñuelos en Francia; mas

<sup>1</sup> La arcilla está todavía húmeda y blanda: apresurémonos; en seguida, sin perder momento, moldeémosla en la rueda. PERSIO, III, 23.

<sup>2</sup> Jóvenes y ancianos, aprovechad de ahí la lección para ordenar vuestra conducta; aprovisionaos para cuando llegue el triste invierno de la vida. PERSIO, V, 64

ordinariamente hacen perder la esperanza que hicieran concebir, y cuando llegan a la edad de hombres, en ellos no se descubre ninguna cualidad excelente. He oído asegurar a personas inteligentes, que los colegios donde reciben la educación, de los cuales hay tantísimo número, los embrutecen y adulteran.

A nuestro discípulo, un gabinete, un jardín, la mesa y el lecho, la soledad, la compañía, la mañana y la tarde, todas las horas le serán favorables; los lugares todos serviránle de estudio, pues la filosofía, que como formadora del entendimiento y costumbres constituirá su principal enseñanza, goza del privilegio de mezclarse en todas las cosas. Hallándose en un banquete rogaron a Isócrates, el orador, que hablara de su arte, y todos convinieron en que su respuesta fue cuerda al contestar que no era aquel lugar ni ocasión oportunos para ejecutar lo que él sabía hacer, y que lo más adecuado a aquella circunstancia era precisamente de lo que él no se sentía capaz. En efecto, pronunciat discursos o proponer discusiones retóricas ante un concurso cuyo intento no es otro que la diversión y la pitanza, hubiera sido cosa fuera de propósito, e igualmente si se hubiese hablado de cualquiera otra ciencia. Mas por lo que respecta a la filosofía, en la parte que trata del hombre y de sus deberes, todos los sabios han opinado que por la amenidad no debe rechazarse de los festines ni de las diversiones, y Platón, que la llevó a su diálogo el Banquete, hace que los circunstantes hablen de un modo ameno, en armonía con el tiempo y el lugar, aunque se trataba de las máximas más elevadas y saludables de la sabiduría.

Æque pauperibus prodest, locupletibus æque;  
Et, neglecta, æque paupis senibusque nocebit<sup>1</sup>.

De suerte que nuestro discípulo vagará menos que los demás. Del propio modo que los pasos que empleamos en recorrer una galería, aunque ésta sea tres veces más larga que un camino de antemano designado, nos ocasionan menos cansancio, así nuestra enseñanza administrada como por acaso, sin obligación de tiempo ni lugar, yendo unida a todas nuestras acciones, pasará sin dejarse sentir. Los juegos mismos y los ejercicios corporales constituirán una buena parte del estudio; la carrera, la lucha, la música, la danza, la caza, el manejo del caballo y de las armas. Yo quiero que el decoro, el don de gentes y el aspecto todo de la persona sean modelados al propio tiempo que el alma. No es un alma, no es tampoco un cuerpo lo que el maestro debe tratar de formar, es un hombre; no hay que elaborar dos organismos separados, y como dice Platón, no hay que dirigir el uno sin el otro, sino conducirlos por igual, como se conduce un tronco de caballos sujetos al timón. Y si seguimos los consejos del propio filósofo a este respecto, veremos que concede más espacio y solicitud mayor a los ejercicios corporales que a los del espíritu, por entender que éste aprovecha al propio tiempo de los de aquél en vez de con ellos perjudicarse.

Debe presidir a la educación una dulzura severa, no como se practica generalmente; en lugar de invitar a los niños al estudio de las letras, se les brinda sólo con el horror y la crueldad. Que se alejen la violencia y la fuerza, nada hay a mi juicio que bastardee y trastorne tanto una naturaleza bien nacida. Si queréis que el niño tenga miedo a la deshonra y al castigo, no le acostumbredes a ellos, acostumbradle más bien a la fatiga y al frío, al viento, al sol, a los accidentes que le precisa menospreciar. Alejad de él toda blandura y

<sup>1</sup> Es igualmente útil a los pobres que a los ricos; jóvenes y viejos no la abandonarán sin arrepentimiento. HORACIO, *Epist.*, I, 1, 25.

delicadeza en el vestir y en el dormir, en el comer y en el beber; que con todo se familiarice, que no se convierta en un muchachón hermoso y afeminado, sino que sea un mozo lozano y vigoroso. Las mismas han sido mis ideas siendo niño, joven y viejo, en la materia de que voy hablando; mas entre otras cosas, los procedimientos que se emplean en la mayor parte de los colegios me han disgustado siempre: con mucha mayor cordura debiera emplearse la indulgencia. Los colegios son una verdadera prisión de la juventud cautiva, a la cual se convierte en relajada castigándola antes de que lo sea.

Visitad un colegio a la hora de las clases, y no oiréis más que gritos de niños a quienes se martiriza; y no veréis más que maestros enloquecidos por la cólera. ¡Buenos medios de avivar el deseo de saber en almas tímidas y tiernas, el guiarlas así con el rostro feroz y el látigo en la mano! Quintiliano dice que tal autoridad imperiosa junto con los castigos, acarrea, andando el tiempo, consecuencias peligrosas. ¿Cuánto mejor no sería ver la escuela sembrada de flores, que de trozos de mimbres ensangrentados? Yo colocaría en ella los retratos de la Alegría, el Regocijo, Flora y las Gracias, como los colocó en la suya el filósofo Speusipo. Así se hermanaría la instrucción con el deleite; los alimentos saludables al niño deben dulcificarse, y los dañinos amargarse. Es maravilla ver el celo que Platón muestra en sus Leyes en pro del deleite y la alegría, y cómo se detiene en hablar de sus carreras, juegos, canciones, saltos y danzas, de los cuales dice que la antigüedad concedió la dirección a los dioses mismos: Apolo, las Musas y Minerva; extiéndese en mil preceptos relativos a sus gimnasios; en la enseñanza de la gramática y la retórica se detiene muy poco, y la poesía no la ensalza ni recomienda sino por la música que la acompaña.

Toda rareza y singularidad en nuestros usos y costumbres debe desarraigarse y aniquilarse como monstruosa y enemiga de la comunicación social. ¿Quién no se maravillará de la complexión de Demofón, maestra sala de Alejandro, que sudaba a la sombra y temblaba al sol? Yo he visto alguien que huía del olor de las manzanas con más horror que del disparo de los arcabuces; otros, a quienes un ratón atemorizaba; otros, en quienes la vista de la leche provocaba náuseas; otros que no podían ver ahuecar un colchón. Germánico era incapaz de soportar la presencia y el canto de los gallos. Puede quizás a tales rarezas presidir alguna razón oculta, pero ésta se extinguirá sin duda acudiendo con el remedio a tiempo. La educación ha logrado que yo, salvo la cerveza, todo lo demás me sea indiferente para mi sustento. Bien que para llegar a tal resultado hubo que vencer algunas dificultades.

El cuerpo está todavía flexible; débese, pues, plegar a todos los hábitos y costumbres; y siempre y cuando que puedan mantenerse el apetito y la voluntad domados, debe hacerse al joven apto para vivir en todas las naciones y en todas las compañías; más todavía: que no le sean extraños el desorden y los excesos, si es preciso. Que sus costumbres sigan el uso común; que pueda poner en práctica todas las cosas y no guste realizar sino las que sean buenas. Los filósofos mismos no alababan en Callisthenes el que perdiera la gracia de Alejandro, su señor, porque no quiso beber con él a competencia. Nuestro joven reirá, loqueará con el príncipe, y tomará parte en la francachela misma, hasta sobrepujar a sus compañeros en vigor, firmeza y resistencia; no debe dejar de practicar el mal ni por falta de fuerzas ni por falta de capacidad, sino por falta de voluntad. *Multum interest utrum peccare aliquis velit aut nesciat*<sup>1</sup>. Tratando de honrarle, pregunté a un señor, enemigo de toda suerte de desórdenes cual

<sup>1</sup> Hay gran diferencia entre no querer y no saber practicar el mal. SENECA, *Epist.*, 90.

ninguno, cuántas veces se había emborrachado en Alemania, por requerirlo así los asuntos del rey de Francia: respondiome que tres, y me relató en qué circunstancias. Sé de algunos que por hallarse imposibilitados de hacer otro tanto pasaron graves apuros en aquella nación. He profesado siempre admiración grande por la maravillosa naturaleza de Alcibiades, que se acomodaba sin violencia alguna a las circunstancias más opuestas, sin que su salud sufriese ni remotamente: tan pronto sobrepujaba la pompa y suntuosidad persas, como la austeridad y frugalidad lacedemonias, como la sobriedad de Esparta, como la voluptuosidad de Jonia:

Omnis Aristippum decuit color, et status, et res<sup>1</sup>.

Así quisiera yo formar mi discípulo.

Quem duplici panno patientia velat,  
Mirabor, vitæ via si conversa decebit,  
Personamque feret non inconcinnus utramque<sup>2</sup>.

Tales son mis principios; aprovechará mejor quien los practique que quien los sepa. ¡A Dios no plegue, dice un personaje de los diálogos de Platón, que el filosofar consista en aprender diversas ciencias y la práctica de las artes! *Hanc amplissimam omnium bene vivendi disciplinam, vita magis, quam literis, persecuti sunt*<sup>3</sup>. León, príncipe de los flasiensos, preguntó a Heráclito Pónico cuál era la ciencia o arte que ejercía: "No ejerzo arte ni ciencia alguna; soy filósofo", respondió. Censurábase a Diógenes el que siendo ignorante discutiera sobre filosofía: "Mejor puedo hablar porque soy ignorante", repuso. Hegesias rogó que le leyera algo: "Bromeáis, repuso Diógenes; del propio modo que preferís las brevas auténticas y naturales a las pintadas, así debéis preferir también las enseñanzas naturales, auténticas, a las escritas."

El discípulo no recitará tanto la lección como la practicará; la repetirá en sus acciones. Se verá si preside la prudencia en sus empresas; si hay bondad y justicia en su conducta; si hay juicio y gracia en su conversación, resistencia en sus enfermedades, modestia en sus juegos, templanza en sus placeres, método en su economía e indiferencia en su paladar, ya se trate de comer carne o pescado, o de beber vino o agua. *Qui disciplinam suam non ostentationem scientiæ, sed legem vitæ putet; qui que obtemperet ipso sibi, et decretis pareat*<sup>4</sup>. El verdadero espejo de nuestro espíritu es el curso de nuestras vidas. Zeuxidamo contestó a alguien que le preguntaba por qué los lacedemonios no escribían sus preceptos sobre la proeza, y una vez escritos por qué no los daban a leer a los jóvenes, que la razón era porque preferían mejor acostumarlos a los hechos que a las palabras. Comparad nuestro discípulo así formado, a los quince o dieciséis años; comparadle con uno de esos latinajeros de colegio, que habrá empleado tanto tiempo como nuestro alumno en educarse, en aprender a hablar; solamente a hablar. El mundo no es más que pura charla, y cada hombre

<sup>1</sup> Aristipo supo acomodarse a todos los estados y a todas las fortunas. HORACIO, *Epist.*, I, 17, 23.

<sup>2</sup> Admiraré a quien no se avergüence de sus andrajos; a quien mude de fortuna sin inmutarse; a quien en la próspera lo mismo que en la adversa guarde la actitud del varón fuerte. HORACIO, *Epist.*, I, 17, 25, 26, 29.

<sup>3</sup> Antes bien por sus costumbres que por sus estudios consagraronse a la primera de todas las artes, al arte de bien vivir. CICERON, *Tusc. quest.*, IV, 3.

<sup>4</sup> Si lo que sabe le sirve no de vana ostentación, sino para el ordenamiento de sus costumbres; si a sí mismo se obedece y obra con arreglo a sus principios. CICERON, *Tusc. quest.*, II, 4.

habla más bien más que menos de lo que debe. Así la mitad del tiempo que vivimos se nos va en palabrería; se nos retiene cuatro o cinco años oyendo vocablos y enseñándonos a hilvanarlos en cláusulas; cinco más para saber desarrollar una disertación medianamente, y otros cinco para adornarla sutil y artísticamente. Dejemos todas estas vanas retóricas a los que de ellas hacen profesión expresa.

Caminando un día hacia Orleans encontré antes de llegar a Clery dos pedagogos que venían de Burdeos; cincuenta pasos separaban al uno del otro; más lejos, detrás de ellos, marchaba una tropa con su jefe a la cabeza, que era el difunto conde de la Rochefoucault. Uno de los míos se informó por uno de los profesores de quién era el gentilhombre que caminaba tras él, y el maestro, que no había visto a los soldados, y que creía que le hablaban de su compañero, respondió sonriéndose: "No es gentilhombre, es un gramático, y yo soy profesor de lógica." Ahora bien; nosotros que pretendemos formar no un gramático ni un lógico, sino un gentilhombre, dejémosles perder el tiempo; nuestro fin nada tiene que ver con el de los pedagogos. Si nuestro discípulo está bien provisto de observaciones y reflexiones, no echará de menos las palabras, las hallará demasiado, y si no quieren seguirle de grado seguiránle por fuerza. Oigo a veces a gentes que se excusan por no poderse expresar y simulan tener en la cabeza muchas cosas buenas que decir, pero que por falta de elocuencia no pueden exteriorizarlas ni formularlas; todo ello es pura filfa. ¿Sabéis, a mi dictamen, en qué consiste la razón? En que no son ideas lo que tienen en la mollera, sino sombras, que proceden de concepciones informes, que tales personas no pueden desenvolver ni aclarar en su cerebro, ni por consiguiente exteriorizar; tampoco gentes así se entienden ellas mismas: ved cómo tartamudean en el momento de producirse. Desde luego puede reconocerse que su trabajo no está maduro sino en el punto de la concepción, y que no hacen más que dar suelta a la materia imperfecta. Por mi parte creo, y Sócrates así lo dice, que quien está dotado de un espíritu alerta y de una imaginación clara, acertará a expresarse siempre, aunque sea en bergamasco<sup>1</sup>; aunque sea por gestos, si es mudo:

Verbaque prævisam rem non invita sequentur<sup>2</sup>.

Y como decía tan poética y acertadamente Séneca en prosa: *cum res animum occupavere, verba ambiunt*<sup>3</sup>, y Cicerón: *ipse res verba rapiunt*<sup>4</sup>. Ignorando lo que es ablativo, subjuntivo y sustantivo; desconociendo la gramática, tan ignorante como su lacayo o una sardinera del Puenteillo, os hablarán a vuestro sabor, si así lo deseáis, y sin embargo así faltarán a los preceptos de su habla como el mejor de los catedráticos de Francia. Desconocen la retórica, el arte de captarse de antemano la benevolencia del cándido lector, y poco les importa el no saberlas. Todo ese artificio desaparece al punto ante el brillo de una verdad ingenua y sencilla; tales adornos sólo sirven para cautivar al vulgo, incapaz de soportar los alimentos más nutritivos y resistentes, cual claramente muestra Afer en un escrito de Tácito. Los embajadores de Samos comparecieron ante Cleomenes, rey de Esparta, cada uno de ellos preparado con un hermoso y largo discurso, para moverle a que emprendiera la guerra contra el tirano Po-

<sup>1</sup> El dialecto hablado en Bérghamo era considerado en tiempo de Montaigne como el más tosco de toda Italia.

<sup>2</sup> Lo que bien se concibe se expresa claramente, y las palabras para enunciarle llegan a los labios sin dificultad. HORACIO, *Art. poet.*, v. 311.

<sup>3</sup> Cuando las ideas imprimen su huella en el espíritu, las palabras surgen copiosamente. SENECA, *Controvers.*, III, *præm.*

<sup>4</sup> Las ideas arrastran las palabras. CICERÓN, *de Finibus*, III, 5.

licrates. Luego que los hubo dejado hablar cuanto quisieron, respondióles: "En cuanto a vuestro comienzo y exordio no lo recuerdo ya, ni por consiguiente tampoco del medio; y por lo que respecta a la conclusión, nada quiero tampoco saber ni hacer." He aquí una buena respuesta, a lo que yo entiendo, y unos arengadores que se lucieron en su embajada. ¿Y qué me diréis de este otro ejemplo? Tenían los atenienses necesidad de escoger entre dos arquitectos para construir un gran edificio; el primero de ellos, más estirado, presentóse con un pomposo discurso premeditado sobre el asunto en cuestión, y procuróse con él los aplausos del pueblo; mas el segundo remató su oración en tres palabras, diciendo: "Señores atenienses: todo lo que éste ha dicho lo haré yo." Ante la elocuencia de Cicerón muchos se llenaban de psmo; Catón se reía, añadiendo: "Tenemos un gracioso cónsul." Vaya delante o detrás, una sentencia útil, un rasgo hermoso, están siempre en lugar pertinente. Aunque no cuadren bien a lo que precede ni a lo que sigue, bien están por sí mismos. Yo no soy de los que creen que la buena medida de los versos sea sólo lo esencial para el buen poema; dejad al poeta alargar una sílaba corta, no nos quejemos por ello: si la invención es agradable y si el espíritu de la obra y las ideas son como deben ser, tenemos un buen poeta, diré yo, pero un mal versificador:

Emunctæ naris, durus componere versus<sup>1</sup>.

Hágase, dice Horacio, que los versos del vate pierdan toda huella de labor:

Tempora cerca modosque, et, quod prius ordine verbum est,  
Posterius facias, præponens ultima primis...  
Invenias etiam disjecti membra poetæ<sup>2</sup>.

más grande será el artista; los fragmentos mismos serán hermosos. Tal fue la contestación de Menandro, a quien se censuraba por no haber puesto mano todavía en una comedia que debía haber terminado en cierto plazo: "La comedia está ya compuesta y presta, respondió; sólo falta ponerla en verso." Como tenía las ideas bien premeditadas y ordenadas en el espíritu, daba poca importancia a lo que le quedaba por hacer. Desde que Ronsard y Du Bellay han acreditado nuestra poesía francesa, veo por doquiera copleros que inflan las palabras y ordenan las cadencias, como ellos, sobre poco más o menos. *Plus sonat, quam valet*<sup>3</sup>. Para el vulgo jamás hubo tantos poetas como hoy; mas así como les ha sido fácil imitar los ritmos y cadencias, son impotentes para aproximarse a las hermosas descripciones del uno y a las delicadas invenciones del otro.

¿Qué hará nuestro discípulo si se le obliga a tomar parte en la sofística sutileza de algún silogismo, por ejemplo, de este tenor?: "El jamón da sed, el beber quita la sed, luego el jamón quita la sed." Debe burlarse de tales cosas; más agudeza acusa burlarse que responder. Que imite de Aristipo esta chistosa réplica: "¿Por qué razón osaré desatar el silogismo, puesto que atado me embaraza?" Alguien proponía contra Cleanto tales finezas dialécticas, al cual respondió Crisipo: "Guarda para los muchachos esos juegos de saltimbanqui y no conviertas a ellos las serias reflexiones de un anciano", *contorta et aculeata sophismata*<sup>4</sup>. Si estas estúpidas argucias le persuadieran de alguna

<sup>1</sup> Sus versos son descuidados, pero al poeta no le falta inspiración. HORACIO, *Sat.*, I, 4, 8.

<sup>2</sup> Separad de ellos el ritmo y la medida, cambiad el orden de las palabras, y todavía encontraréis al poeta en esos miembros dispersos. HORACIO, *Sat.*, I, 4, 58.

<sup>3</sup> El ruido sobrepasa a las ideas. SENECA, *Epist.*, 40.

<sup>4</sup> Esos sofismas confusos y espinosos. CICERÓN, *Acad.*, II, 24.

mentira, la cosa sería perjudicial; mas si permanecen sin efecto y no le ocasionan otro que la risa, no veo por qué haya de ponerse en guardia contra ellas. Hay hombres tan tontos que se apartan de su camino hasta un cuarto de legua para atrapar una palabra deslumbrante: *aut qui non verba aptant, sed res extrinsecus arcessunt quibus verba conveniant*<sup>1</sup>, y otros, *Sunt qui alicujus verbi decore placentis, vocentur ad id, quod non proposuerant scribere*<sup>2</sup>. Yo aprovecho de mejor grado una buena sentencia para acomodarla a mi propósito, que me aparto de él para ir a buscarla. Lejos de sacrificarse el discurso a las palabras, son éstas las que deben sacrificarse al discurso; y si el francés no basta a traducir mi pensamiento, echo mano de mi dialecto gascón. Yo quiero que las cosas predominen y que de tal manera llenen la imaginación del oyente, que éste no se fije siquiera en las palabras ni se acuerde de ellas. El hablar de que yo gusto es un hablar sencillo e ingenuo, lo mismo cuando escribo que cuando hablo; un hablar sustancioso y nervioso, corto y conciso, no tanto pulido y delicado como brusco y vehemente:

Hæc demum sapiet dictio, quæ feriet<sup>3</sup>;

más bien difícil que pesado, apartado de afectación; sin regla, desligado y arrojado; de suerte que cada fragmento represente alguna idea de por sí; un hablar que no sea pedantesco, ni frívoluno, ni jurídico, sino más bien soldadesco, como llama Suetonio al estilo de Julio César. No acierto a averiguar la razón, mas tal es el dictado que le aplicó.

He imitado de buen grado siendo joven el descuido que se ve en nuestros mozos en el modo de llevar sus ropas: la esclavina en forma de banda, la capa al hombro y una media caída, que representan la altivez desdeñosa hacia los extraños adornos, y que no se cura del arte; más adecuada, mejor empleada encuentro yo tal costumbre aplicada al hablar. Toda afectación, principalmente en el espíritu y maneras franceses huelgan en el cortesano. Sin embargo, en una monarquía todo joven noble debe ser encauzado al buen porte palaciego; por esta razón procedemos con tino al evitar la demasiada ingenuidad y familiaridad. Me disgusta el tejido que deja ver la hilaza; un cuerpo hermoso impide que puedan contarse los huesos y las venas. *Quæ veritati operam dat oratio, incomposita sit et simplex*<sup>4</sup>. *Quis accurate loquitur, nisi qui vult putide loqui*<sup>5</sup>. La elocuencia que aparta nuestra atención de las cosas las perjudica y las daña. Como en el vestir es dar prueba de pusilanidad el querer distinguirse por alguna particularidad desusada, así en el lenguaje el ir a la pista de frases nuevas y de palabras poco frecuentes emana de una ambición escolástica y pueril. ¡Pudiera yo no servirme más que de las que se emplean en los mercados de París! Aristóteles, el gramático, reprendía desafortunadamente en Epicuro la sencillez de las palabras; el arte de aquél consistía sólo en la oratoria, en la perspicacia y fineza de lenguaje. La imaginación en el hablar, como cosa fácil, luego es seguida por todo un pueblo. La imitación en el juzgar, en el inventar, no va tan de prisa. Casi todos los lectores, por haber hallado semejante vestidura, creen erróneamente encontrarse en posesión de un mérito semejante; la fuerza

<sup>1</sup> O que no eligen las palabras para expresar las ideas, sino que buscan fuera de propósito cosas a que las palabras puedan convenir. QUINTILIANO, VIII, 3.

<sup>2</sup> Que por no desperdiciar una expresión de su agrado se internan en un terreno en que no tenían el propósito de penetrar. SENECA, *Epíst.*, 59.

<sup>3</sup> Que la expresión impresione y gustará de seguro. *Epítafio de Lucano, citado en la Biblioteca latina de Fabricio*, II, 10.

<sup>4</sup> La verdad debe hablar en lenguaje sencillo y sin ornatos. SENECA, *Epíst.*, 40.

<sup>5</sup> Quien se exprese con afectación es seguro que cansará y fastidiará. SENECA, *Epíst.*, 75.

y los nervios no se reciben en préstamo, mas sí el adorno y el manto protector. Así hablan los que me frecuentan de este libro, no sé si pensarán como hablan. Los atenienses, dice Platón, recibieron como patrimonio la elegancia y abundancia en el decir; los lacedemonios, la concisión; los de Creta eran más fecundos en las ideas que en el lenguaje; estos últimos son los mejores. Zenón decía que sus discípulos eran de dos suertes: los unos, que llamaba *ψιλλόλογους*, curiosos en la asimilación de las ideas, eran sus preferidos; los otros, que designaba con el nombre de *λογοφιλοῦς*, no se fijaban más que en el lenguaje. Todo lo cual no significa que el buen decir sea cosa digna de desdén; lo que desde luego no reviste es la importancia que quiere dársele; y por lo que a mí toca, declaro que me desconsuela el que nuestra existencia se emplee toda en ello, en el decir correcto y limado. Yo quisiera, en primer lugar, conocer bien mi lengua, y después la de mis vecinos, con los que mantengo relaciones más frecuentes.

El latín y el griego son sin género de duda dos hermosos ornamentos, pero suelen pagarse demasiado caros. Hablaré aquí de un medio de conocerlos con menos sacrificios, que fue puesto en práctica en mí mismo; de él puede servirse quien lo juzgue conveniente. Mi difunto padre, que hizo cuantos esfuerzos estuvieron en su mano para informarse entre gentes sabias y competentes de cuál era la mejor educación, para dirigir la mía con mayor provecho, fue advertido desde luego del dilatado tiempo que se empleaba en el estudio de las lenguas clásicas, lo cual se consideraba como causa de que no llegásemos a alcanzar ni la grandeza de alma ni los conocimientos de los antiguos griegos y romanos. No creo yo que esta causa sea la única. Tanto es así, que el expediente de que mi padre echó mano, fue que antes de salir de la nodriza y antes de romper a hablar, me encomendó a un alemán, que más tarde murió en Francia siendo famoso médico, el cual ignoraba nuestra lengua y era muy versado en la latina. Este preceptor a quien había hecho venir expresamente y que estaba muy bien retribuido, me llevaba en brazos de continuo. Había también al mismo tiempo otras dos personas de menor saber para seguirme y aliviar la tarea del primero, las cuales no me hablaban sino en latín. En cuanto al resto de la casa, era precepto inquebrantable que ni mi padre, ni mi madre, ni criado, ni criada, hablasen delante de mí otra cosa que las pocas palabras latinas que se les habían pegado hablando conmigo. Fue maravilloso el fruto que todos sacaron; mis padres aprendieron lo suficiente para entenderlo y disponían de todo el suficiente para servirse de él en caso necesario; lo mismo acontecía a los criados que se separaban menos de mí. En suma, nos latinizamos tanto que la lengua del Lacio se extendió hasta los pueblos cercanos, donde aun hoy se sirven de palabras latinas para nombrar algunos utensilios de trabajo. Contaba yo más de seis años y así había oído hablar en francés o en el dialecto del Perigord como en el habla de los árabes. Así que sin arte alguno, sin libros, sin gramática ni preceptos, sin disciplinas, sin palmetazos y sin lágrimas, aprendí el latín con tanta pureza como mi maestro lo sabía; pues yo no podía haberlo mezclado ni alterado. Cuando me daban un tema, según es usanza en los colegios, el profesor lo escribía en mal latín y yo lo presentaba correcto; a los demás se lo daban en francés. Los preceptores domésticos de mi infancia, que fueron Nicolás Grouchy, autor de *Comitiis Romanorum*; Guillermo Guarente, comentador de Aristóteles; Jorge Bucanam, gran poeta escocés y Marco Antonio Muret, a quien Italia y Francia reconocen como el primer orador de su tiempo, me contaban que tenían hablar conmigo en latín por lo bien que yo lo poseía, teniéndolo presto y a la mano en todo momento. Buchanam,

a quien vi más tarde al servicio del difunto mariscal de Brissac, me dijo que se proponía escribir un tratado sobre la educación de los niños, y que tomaría ejemplo de la mía, pues en aquella época estaba a su cargo el conde de Brissac, a quien luego hemos visto tan bravo y valeroso.

En cuanto al griego, del cual casi nada conozco, mi padre intentó hacerme aprender por arte, mas de un modo nuevo, por un procedimiento de distracción y ejercicio. Estudiábamos las declinaciones a la manera de los que se sirven del juego de damas para aprender la aritmética y la geometría; pues entre otras cosas había aconsejado a mi padre que me hiciera gustar la ciencia y el cumplimiento del deber, por espontánea voluntad, por mi individual deseo, al par que educar mi alma con toda dulzura y libertad, sin rigor ni violencia. Y de hasta qué punto se cumplía conmigo tal precepto, puede formarse una idea considerando que, porque algunos juzgan nocivo el despertar a los niños por la mañana con sobresaltos, por ser el sueño más profundo en la primera edad que en las personas mayores, despertábanme con el sonido de algún instrumento, y siempre hubo en mi casa un hombre encargado de este quehacer.

Tal ejemplo bastará para juzgar de los cuidados que acompañaron a mi infancia, y también para recomendar la afección y prudencia de tan excelente padre, del cual no hay que quejarse si los resultados no correspondieron a una educación tan exquisita. Dos cosas fueron la causa: en primer lugar el campo estéril en que se trabajaba, pues aunque yo gozara de salud completa y resistente, y en general me hallara dotado de un natural social y apacible, era, en medio de estas cualidades, pesado, indiferente y adormecido; ni siquiera para jugar podía arrancárseme de la ociosidad. Aquello que veía, veíalo con claridad, y bajo mi complexión desprovista de viveza, alimentaba ideas atrevidas y opiniones más propias de un hombre que de un niño. Era mi espíritu lento, y sólo se animaba con el concurso de ajena influencia; tarda la comprensión, la invención débil, y por cima de todo, agobiábame una falta increíble de memoria. Con tal naturaleza, no es peregrino que mi padre no sacara de mí provecho alguno. Luego, a la manera de aquellos a quienes acomete un deseo furioso de curarse alguna enfermedad, que se dejan llevar por toda suerte de consejos, el buen hombre, temiendo equivocarse en una cosa que había tomado tan a pechos, dejóse dominar por la común opinión, que siempre sigue a los que van delante, como las grullas, y se acomodó a la general costumbre, por no tener junto a él a los que le habían dado los primeros consejos relativos a mi educación, que había aprendido en Italia, y me envió a los seis años al colegio de Guiena, en muy floreciente estado por aquella época, y el mejor de cuantos había en toda Francia. Allí fui objeto de los cuidados más exquisitos; no es posible hacer más de lo que mi padre hizo: rodeóseme de competentísimos preceptores y de todo lo demás concerniente al cuidado material, al que contribuyó con toda clase de miras; muchas de éstas apartábanse de la costumbre seguida en los colegios. Mas, de todas suertes, no dejaba de ser colegio el sitio donde me llevaron. Mi latín se bastardeó en seguida, y como luego no me serví de él, acabé pronto por olvidarlo, y no me fue útil sino para llegar de un salto a las clases primeras, pues a los trece años, época en que salí del establecimiento, había terminado lo que llamaban mi curso, como los profesores dicen, en verdad sin fruto de ningún género para lo sucesivo.

La primera inclinación que por libros tuve, vínome del placer que experimenté leyendo las fábulas de las *Metamorfosis de Ovidio*. No contaba más que siete u ocho años, y ya me privaba de todo placer por leerlas, y con tanto más gusto, cuanto que, como llevo dicho, el latín fue mi lengua maternal, y además porque el citado libro era el más fácil que yo conociera, al par que el

que mejor se acomodaba a mi tierna edad por el asunto de que trata. Los *Lanzarotes del lago*, los *Amadis*, los *Huones de Burdeos* y demás fárrago de libros con que la infancia se regocija, no los conocía ni siquiera por el título, ni hoy mismo los he leído; tan severa era mi disciplina. En cuanto a las otras enseñanzas, descuidábalas bastante. Toleré mi inclinación a la lectura un preceptor avisado que supo diestramente conllevar esta propensión y ocultar algunas otras faltas menudas; y gracias a él devoré de una sentada, primero Virgilio, luego Terencio, después Plauto y el teatro italiano, atraído por el encanto de los asuntos de dichas obras. Si mi maestro hubiera cometido la imprudencia de detener bruscamente el furor de mis lecturas, no hubiera sacado otro fruto del colegio que el odio de los libros, como acontece a casi toda nuestra nobleza. Mi preceptor se las arreglaba de modo que simulaba no ver, y así excitaba mi apetito por la lectura, al par que me mantenía en una disciplina indulgente para los estudios obligatorios, pues es de saber que la cualidad primera que mi padre buscaba en mis educadores era la benignidad y bondad de carácter; mis defectos en este particular eran la pereza y languidez. El peligro no podía residir en que yo me inclinase al mal, sino en que me dejara ganar por la inacción; nadie temía que yo fuera perverso, sino inútil; preveníase en mí la haraganería, pero no la malicia. Y en efecto así ha sucedido; aún me suenan en los oídos las reprimendas. "Es un ocioso, tibio para la amistad y para su familia; y para los empleos públicos, ensimismado y desdenoso."

En verdad me hubiera sido grato que se hubiese realizado el general deseo de verme mejorar de condición, mas procedíase injustamente, exigiendo lo que yo no debía, con un rigor que mis censores no se aplicaban a sí mismos, ni siquiera en lo relativo a sus estrictas obligaciones. Condenando mi proceder suprimían la gratitud a que hubieran sido acreedores. El bien que yo puedo de grado realizar es tanto más meritorio, cuanto que no estoy obligado a practicarlo. De mi fortuna puedo disponer con tanta más libertad, cuanto que me pertenece, y lo mismo de mi individuo. Sin embargo, si fuera yo amigo de la jactancia, fácil me sería probar que no les contrariaba tanto el que no fuera aprovechado como el que podía haberlo sido más de lo que realmente lo fui.

Mi alma no dejaba de experimentar, a pesar de todo, por sí misma, sin que nadie la impulsara, fuertes sacudidas; hallaba juicios acertados y abiertos sobre los objetos que le eran conocidos, y reteníalos sin el concurso de nadie. Entiendo, además, que hubiera sido incapaz de rendirse ante la fuerza y la violencia. ¿Incluiré entre mis merecimientos infantiles la firmeza en la mirada, la voz flexible y el adecuado gesto para la representación teatral? De edad bien temprana,

Alter ab undecimo tum me vix ceperat annus<sup>1</sup>,

he desempeñado los primeros papeles en las tragedias latinas de Buchanam, Guerente y Muret, las cuales representábamos solemnemente en nuestro colegio de Guiena. En este pasatiempo, como en las demás atribuciones de su cargo, Andrés Govea, nuestro director, no tuvo rival en toda Francia, y me consideraba como actor sin reproche. No desapruero tal ejercicio a nuestros jóvenes nobles, y hasta nuestros príncipes se han dado a él, según yo he visto, imitando en ello a los antiguos: *Aristoni tragico actori rem aperit, huic et genus et fortuna honesta erant; nec ars, quia nihil tale apud Græcos pudori est, ea deformabat*<sup>2</sup>. En Grecia era acción lícita, honrosa y laudable el que las gentes distin-

<sup>1</sup> Apenas contaba yo entonces doce años. VIRGILIO, *Eglog.*, VIII, 39.

<sup>2</sup> Expone su proyecto al actor trágico Aristón. Era éste un hombre distinguido por su cuna y sus riquezas, y el ejercicio de su arte no le privaba de la estima de



guidas adoptaran el oficio de actor. Siempre he tenido por impertinentes a los que censuran tales diversiones, y por injustos a los que impiden la entrada en nuestras ciudades a los comediantes de mérito, privando así al pueblo de legítimos placeres. Las ordenanzas acertadas cuidan de reunir a los ciudadanos, así para las serias prácticas de la devoción como para los juegos y distracciones; con ello van en aumento la amistad y comunicación generales. No podrán concederse al pueblo pasatiempos más ordenados que aquellos que se verifican ante la presencia de todos, a la vista misma del representante de la autoridad; y hasta encontraría muy puesto en razón que el soberano los gratificase a sus expensas alguna vez para este fin, liberalidad que sería considerada como paternal; parece también acertado que en las ciudades populosas haya sitios destinados y dispuestos para el espectáculo teatral; pues entiendo que éste es un remedio excelente contra la comisión de acciones culpables y ocultas.

Y volviendo a mi asunto, diré que para el escolar no hay nada que aventaje ni que sustituya a la excitación permanente del gusto y afecto hacia el estudio; de otra suerte, el discípulo será sólo un asno cargado de libros. Les dan a latigazos su alforja, repleta de ciencia, la cual, para obrar bien, no sólo es preciso acoger en casa, sino desposarse con ella.

sus conciudadanos, pues entre los griegos nada tiene de deshonoroso. TITO LIVIO, XXIV, 24.

## CAPITULO XXVI

## LOCURA DE LOS QUE PRETENDEN DISTINGUIR LO VERDADERO DE LO FALSO CON LA APLICACION DE SU EXCLUSIVA CAPACIDAD

A CASO no sin razón achacamos a ignorancia y sencillez la facilidad en el creer y dejarse llevar a la persuasión, pues entiendo haber oído que la creencia es como una impresión que se graba en nuestra alma, y conforme ésta es más blanda y ofrece menos resistencia, es más fácil el que las cosas impriman en ella su sello. *Ut necesse est, lancem in libra, ponderibus impositis, deprimi; sic animum perspicuis cedere*<sup>1</sup>. A medida que el alma está más vacía y más sin contrapeso, tanto más apta se encuentra para acomodarse a la persuasión; y he aquí por qué los niños, el vulgo, las mujeres y los enfermos, están más sujetos a dejarse llevar por patrañas y cuentos. Mas si tal principio es verídico, no deja por ello de ser una presunción torpe la de condenar como falso todo lo que no se nos antoja verosímil, que es vicio en que caen los que se figuran ser dueños de alguna capacidad que sobrepasa los límites de la generalidad. Incurría yo hace tiempo en este error, y cuando oía hablar de los espíritus que vuelven del otro mundo o del pronóstico de las cosas futuras, relatar encantamientos, brujerías o cualquiera otra cosa fantástica,

Somnia terrores magicos, miracula, sagas.  
Nocturnus lemures, portentaque Thessala<sup>2</sup>,

que yo no acertaba a explicarme, compadecía al paciente pueblo, engañado con tales locuras. Actualmente creo que yo era digno, por lo menos, de igual conmiseración, y no porque de entonces acá haya visto cosas maravillosas que me hayan encaminado a otorgar fe a lo extraordinario, lo cual no ha sido por falta de curiosidad, sino porque la razón me ha enseñado que el condenar así resueltamente una cosa como falsa e imposible, vale tanto como considerar que el hombre tiene guardados en su cabeza los límites a que puede alcanzar la voluntad divina y los del poder de la naturaleza misma; y entiendo que la mayor locura que el humano entendimiento puede albergar es el medirlas conforme a nuestra capacidad e inteligencia. Si llamamos monstruoso o milagroso a lo que nuestra razón es incapaz de concebir, equivocámonos lastimosamente. ¿Cuántas cosas de tal índole no se ofrecen constantemente a nuestra vista? Consideremos al través de cuántas opacidades, reflexionemos cuán a tientas se nos lleva al conocimiento de la mayor parte de los objetos que tenemos cons-

<sup>1</sup> Como el peso inclina necesariamente la balanza, así la evidencia arrastra nuestro espíritu. CICERON, *Acad.*, II, 12.

<sup>2</sup> Sueños, mágicas visiones, milagros, brujas, apariciones nocturnas, y otros portentos de la Tesalia. HORACIO, *Epist.*, II, 209.

tantamente en nuestro derredor, y veremos que es más la costumbre que la ciencia la que aparta de nuestro espíritu la extrañeza de los mismos:

Jam nemo, fessus satiate videndi,  
Susplicere in cœli dignatur lucida templa<sup>1</sup>,

y que si tales conocimientos nos fueran de nuevo presentados, los hallaríamos tanto o más increíbles que los otros.

Si nunc primum mortalibus adsint  
Ex improviso, cœu sint objecta repente,  
Quid magis his rebus poterat mirabile dici,  
Aut minus ante quod auferent fore credere gentes?<sup>2</sup>

Quien no había visto nunca un río, el primero que se presentó ante sus ojos creyó que fuese el océano. Las cosas más grandes que conocemos, antójanosenos las mayores que la naturaleza produzca en su género:

Scilicet et fluvius qui non est maximus, eii est  
Qui non ante aliquem majorem vidit; et ingens  
Arbor, homoque videtur; et omnia de genere omni  
Maxima quæ vidit quisque, hæc ingentia fingit<sup>3</sup>.

*Consuetudine oculorum assuescunt animi, neque admirantur, neque requirunt rationes earum rerum, quas semper vident*<sup>4</sup>. Incitanos la novedad de los objetos más que su grandeza a investigar la causa de los mismos. Preciso es juzgar reverentemente del poder infinito de la naturaleza, y necesario es también que tengamos conciencia de nuestra debilidad e ignorancia. ¡Cuántas cosas hay poco verosímiles testimoniadas por gentes dignas de crédito, las cuales, si no pueden llevarnos a la persuasión, al menos deben dejarnos en suspenso! El declararlas imposibles es hacerse fuertes por virtud de una presunción temeraria, que vale tanto como la pretensión de conocer hasta dónde llega la posibilidad. Si se comprendiera bien la diferencia que existe entre lo imposible y lo inusitado; entre lo que va contra el orden del curso de la naturaleza y contra la común idea de los hombres, no creyendo temerariamente, ni tampoco negando con igual facilidad, observárase el precepto del justo medio que ordenó el filósofo Quilón.

Cuando se lee en Froissard que el conde de Foix tuvo nuevas en el Bearne de la derrota del rey don Juan de Castilla en la batalla de Aljubarrota al día siguiente de acontecida, y se consideran los medios que el conde alega para el tan presto conocimiento de la noticia, puede uno tomarlos a broma, no sin fundamento; e igualmente lo que cuentan nuestros anales de que el papa Honorio, el mismo día que murió en Mantes Felipe Augusto, hizo que se celebraran exequias públicas y mandó que se celebrasen igualmente en toda Italia,

<sup>1</sup> Cansados y hartos de contemplar el espectáculo de los cielos, no nos dignamos ya levantar los ojos hacia esos palacios de luz. LUCRECIO, II, 1037.

<sup>2</sup> Si merced a una aparición repentina, estas maravillas impresionan nuestros ojos por vez primera, ¿a qué podríamos compararlas en la naturaleza? Antes de haberlas visto, nada semejante hubiéramos podido imaginar. LUCRECIO, II, 1032.

<sup>3</sup> Un río parece caudaloso a quien no ha visto nunca otro más grande; lo propio acontece con un árbol, con un hombre y con todas las cosas, cuando nada mayor se vio de la misma especie. LUCRECIO, VI, 674.

<sup>4</sup> Familiarizado nuestro espíritu con los objetos que a diario impresionan nuestra vista, no los admira en modo alguno, ni pretende para nada investigar sus causas. CICERON, *de Nat. deor.*, II, 38.

la autoridad de ambos testimonios carece de razones suficientes para ser creídos. ¿Pero qué diremos si Plutarco (sin contar parecidos ejemplos que de la antigüedad relata, y que asegura saber casi a cierta cierta) nos dice que en tiempo del emperador Domiciano, la nueva de la batalla perdida por Antonio en Alemania, fue publicada en Roma y esparcida por todo el mundo el mismo día que tuvo lugar, y si César afirma que con frecuencia a muchos sucesos precedió el anuncio de los mismos? ¿Habremos nosotros de concluir, en vista de los referidos testimonios, que Plutarco y César dejáronse engañar con el vulgo por carecer de la clarividencia que a nosotros nos adorna? ¿Hay nada más delicado, más preciso, ni más vivo que el criterio de Plinio, cuando le place ponerlo en juego? Nada hay más alejado de la presunción que el juicio de este escritor —y dejó a un lado la excelencia de su saber, el cual tengo en menos consideración—. ¿En cuál de esas dos calidades le sobrepasamos nosotros? Sin embargo no hay estudiantuelo que no deje de encontrarle en error y que no quiera aleccionarle, apoyándose en el progreso de las ciencias naturales.

Cuando leemos en Bouchet los milagros realizados por las reliquias de San Hilario, podemos negarlos; el crédito que merece el escritor no es suficiente para alejar de nosotros la licencia de contradecirlo; pero negar redondamente todos los hechos análogos me parece singular descaro. Testifica el gran San Agustín haber visto en Milán que un niño recobró la vista por el contacto de las reliquias de San Gervasio y San Protasio; que una mujer en Cartago fue curada de un cáncer por medio de la señal de la cruz que le hizo otra mujer recientemente bautizada; Hespertio, discípulo de San Agustín, expulsó los espíritus que infestaban su casa con una poca tierra del sepulcro de nuestro Señor; y añade que la misma tierra transportada luego a la iglesia, curó repentinamente a un paralítico; una mujer que hallándose en la procesión tocó el relicario de San Esteban con un ramo de flores, se frotó después con ellas los ojos y recobró la vista que había perdido hacía mucho tiempo; y el mismo santo relata otros varios milagros que dice haber presenciado. ¿Qué acusación le lanzaremos, como tampoco a los dos santos obispos Aurelio y Maximino, que presenta en apoyo de sus asertos? ¿Le acusaremos de ignorancia, simplicidad y facilidad en el creer? ¿o de malicia e impostura? ¿Hay algún hombre en nuestro siglo de presunción tanta, que crea resistir el parangón con aquellos varones, ni en virtud, ni en piedad, ni en saber, como tampoco en juicio ni inteligencia? *qui ut rationem nullam afferrent, ipsa auctoritate me frangerent*<sup>1</sup>.

Es la de que hablo osadía peligrosa y que acarrea consecuencias graves, a más de la absurda temeridad que supone el burlarnos de aquello que no concebimos; pues luego que con arreglo a la medida de nuestro entendimiento dejamos establecidos y sentados los límites de la verdad y el error, necesariamente tenemos que creer en cosas en las cuales hay mayor inverosimilitud que en las que hemos desechado por inciertas, y que para proceder con recto criterio debiéramos desechar también. En conclusión, lo que me parece acarrear tanto desorden en nuestras conciencias, en estos trastornos de guerras de religión, es la licencia con que los católicos interpretan los misterios de la fe. Pareceles desempeñar un papel moderador y ejercer oficio de entendidos cuando abandonan a sus adversarios algunos artículos de los que se debaten; mas sobre no ver la ventaja que acompaña al que acomete cuando el acometido se echa atrás y pierde terreno, y cómo esto le anima a seguir el combate, aquellos artículos que nuestros adversarios eligen como menos importantes, suelen a veces ser los más esenciales. Una de dos cosas precisa: o someterse en absoluto a la

<sup>1</sup> Aun cuando no los acompañara ningún viso de razón, persuadiríanme por su exclusiva autoridad. CICERON, *Tusc. quest.*, I, 21.

autoridad eclesiástica, o abandonarla por completo. No reside en nosotros la facultad de establecer en qué le debemos obediencia. Este principio puedo yo sentarlo mejor que ningún otro por haber antaño puesto en práctica cierta libertad en la elección y escogitación particular de lo que ordena nuestra iglesia y tenido por débiles ciertos principios de su observancia, que simulan tener un aspecto más pueril o extraño; pero habiendo luego comunicado aquellas miras a hombres competentes, he visto que estas cosas tienen un fundamento macizo y muy sólido, y que sólo por simpleza e ignorancia las recibimos con menor reverencia que las demás. ¡Que no recordemos la constante contradicción de nuestro juicio! ¡Cuántas cosas teníamos ayer por artículo de fe que consideramos hoy como fábulas! La curiosidad y la vanagloria son el azote de nuestra alma; la primera nos impulsa a meter las narices por todas partes, y la segunda nos impide dejar nada irresuelto e indeciso.

## CAPITULO XXVII

## DE LA AMISTAD

CONSIDERANDO el modo de trabajar de un pintor que en mi casa empleo, hanme entrado deseos de seguir sus huellas. Elige el artista el lugar más adecuado de cada pared para pintar un cuadro conforme a todas las reglas de su arte, y alrededor coloca figuras extravagantes y fantásticas, cuyo atractivo consiste sólo en la variedad y rareza. ¿Qué son estos bosquejos que yo aquí trazo, sino figuras caprichosas y cuerpos deformes compuestos de miembros diversos, sin método determinado, sin otro orden ni proporción que el acaso?

Desinit in piscem mulier formosa superne<sup>1</sup>.

En el segundo punto corro parejas con mi pintor, pero en el otro, que es el principal, reconozco que no le alcanzo, pues mi capacidad no llega, ni se atreve, a emprender un cuadro magnífico, trazado y acabado según los principios del arte. Así que, se me ha ocurrido la idea de tomar uno prestado a Esteban de La Boëtie, que honrará el resto de esta obra: es un discurso que su autor tituló *la Servidumbre voluntaria*. Los que desconocen este título le han designado después acertadamente con el nombre de *el Contra uno*. Su autor lo escribió a manera de ensayo, en su primera juventud, en honor de la libertad, contra los tiranos. Corre ya el discurso de mano en mano tiempo ha entre las personas cultas, no sin aplauso merecido, pues es agradable y contiene todo cuanto contribuye a realzar un trabajo de su naturaleza. Cierto que no puede asegurarse que es lo mejor que su autor hubiera podido componer, pues si más adelante, en el tiempo que yo le conocí, hubiera formado el designio que yo sigo de transcribir sus fantasías, hubiéramos visto singulares cosas que lindarían de cerca con las producciones de la antigüedad, pues a ciencia cierta puedo asegurar que a nadie he conocido que en talento y luces naturales pudiera comparársele. Sólo el discurso citado nos queda de La Boëtie, y eso casi de un modo casual, pues entiendo que después de escrito no volvió a hacer mérito de él, dejó también algunas memorias sobre el edicto de enero<sup>2</sup>, famoso por nuestras guerras civiles, que acaso en otro lugar de este libro encuentren sitio adecuado. Es todo cuanto he podido recobrar de sus reliquias. Con recomendación amorosa dejó dispuesto en su testamento que yo fuera el heredero de sus papeles y biblioteca. Hice que se imprimieran algunos escritos suyos, y respecto al libro de *la Servidumbre*, le tengo tanta más estimación, cuanto que fue la causa de nuestras relaciones, pues mostróseme mucho tiempo antes de que yo viese a su autor, y me dio a conocer su nombre, preparando así la amistad que hemos

<sup>1</sup> La parte superior es una mujer hermosa, y el resto el cuerpo de un pez.  
HORACIO, *Arte poética*, v. 4.

<sup>2</sup> Se refiere al edicto de tolerancia (enero de 1562).

mantenido el tiempo que Dios ha tenido a bien, tan cabal y perfecta, que no es fácil encontrarla semejante en tiempos pasados, ni entre nuestros contemporáneos se ve parecida. Tantas circunstancias precisan para fundar una amistad como la nuestra, que no es peregrino que se vea una sola cada tres siglos.

Parece que nada hay a que la naturaleza nos haya encaminado tanto como al trato social. Aristóteles asegura que los buenos legisladores han cuidado más de la amistad que de la justicia. El último extremo de la perfección en las relaciones que ligan a los humanos, reside en la amistad; por lo general, todas las simpatías que el amor, el interés y la necesidad privada o pública forjan y sostienen, son tanto menos generosas, tanto menos amistades, cuanto que a ellas se unen otros fines distintos a los de la amistad, considerada en sí misma. Ni las cuatro especies de relación que establecieron los antiguos, y que llamaron natural, social, hospitalaria y amorosa, tienen analogía o parentesco con la amistad.

Las relaciones que existen entre los hijos y los padres están fundadas en el respeto. Aliméntase la amistad por la comunicación, la cual no puede encontrarse entre hijos y padres por la disparidad que entre ellos existe, y además porque chocaría los deberes que la naturaleza impone; pues ni todos los pensamientos íntimos de los padres pueden comunicarse a los hijos, para no dar lugar a una privanza perjudicial y dañosa, ni los advertimientos y correcciones, que constituyen uno de los primeros deberes de la amistad, podrían tampoco practicarse de los hijos a los padres. Pueblos ha habido, en que, por costumbre, los hijos mataban a los padres, y otros en que los padres mataban a los hijos para salvar así las querellas que pudieran suscitarse entre los unos y los otros. Filósofos ha habido, que han desdeñado la natural afectión y unión de padres e hijos; Aristipo entre otros, el cual cuando se le hacía presente el cariño que a los suyos debía por haber salido de él, se ponía a escupir diciendo que su saliva tenía también el mismo origen, y añadía que también engendramos piojos y gusanos. Habla Plutarco de otro a quien deseaban poner en buena armonía con su hermano, que objetó: "No doy importancia mayor al accidente de haber salido del mismo agujero." El nombre de hermano es en verdad hermoso, e implica un amor tierno y puro, por esta razón nos lo aplicamos La Boétie y yo. Mas entre hermanos naturales la confusión de bienes, los repartimientos y el que la riqueza de uno ocasione la pobreza del otro desliga la soldadura fraternal; teniendo los hermanos que conducir la prosperidad de su fortuna por igual sendero y por modo idéntico, fuerza es que con frecuencia tropiecen. Más aún, la relación y correspondencia que crean las amistades verdaderas y perfectas, ¿qué razón hay para que se encuentren entre los hermanos? El padre y el hijo pueden ser de complejión enteramente opuesta, y lo mismo los hermanos. Es mi hijo, es mi padre, pero es un hombre arisco, malo o tonto. Además, como son amistades que la ley y obligación natural nos ordenan, nuestra elección no influye para nada en ellas; nuestra libertad es nula y ésta a nada se aplica más que a la afectión y a la amistad. Y no quiere decir lo escrito que yo no haya experimentado el goce de la familia en su mayor amplitud, pues mi padre fue el mejor de los padres que jamás haya existido, y el más indulgente hasta en su extrema vejez; y mi familia fue famosa de padres a hijos, y siempre ejemplar en punto a concordia fraternal:

Et ipse  
Notus in fratres animi paterni<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Conocido yo mismo por mi afectión paternal hacia mis hermanos. HORACIO, *Od.*, II, 2, 6.

La afectión hacia las mujeres, aunque nazca de nuestra elección, tampoco puede equipararse a la amistad. Su fuego, lo confieso,

Neque enim est dea nescia nostri,  
Quæ dulcem curis miscet amaritiam<sup>1</sup>,

es más activo, más fuerte y más rudo, pero es un fuego temerario, inseguro, ondulante y vario; fuego febril, sujeto a accesos e intermitencias y que no se apodera de nosotros más que por un lado. En la amistad, por el contrario, el calor es general, igualmente distribuido por todas partes, atemperado; un calor constante y tranquilo, todo dulzura y sin asperezas, que nada tiene de violento ni de punzante. Más aún, el amor no es más que el deseo furioso de algo que huye de nosotros:

Come segue la lepre il cacciatore  
Al freddo, al caldo, alla montagna, al lito;  
Nè più l'estima poi che presa vede;  
E sol dietro a chi fugge affretta il piede<sup>2</sup>;

luego que se convierte en amistad, es decir, en el acuerdo de ambas voluntades, se borra y languidece; el goce ocasiona su ruina, como que su fin es corporal y se encuentra sujeto a saciedad. La amistad, por el contrario, más se disfruta a medida que más se desea; no se alimenta ni crece sino a medida que se disfruta, como cosa espiritual que es, y el alma adquiere en ella mayor finura practicándola. He preferido antaño otras fútiles afectiones a la amistad perfecta, y también La Boétie rindió culto al amor; sus versos lo declaran demasiado. Así es que las dos pasiones han habitado en mi alma, y he tenido ocasión de conocer de cerca una y otra; jamás las he equiparado, y actualmente considero que en mi espíritu la amistad mira de un modo desdeñoso y altivo al amor y le coloca bien lejos y muchos grados por bajo.

En cuanto al matrimonio, sobre ser un mercado en el cual sólo la entrada es libre, si consideramos que su duración es obligatoria y forzada, y dependiente de circunstancias ajenas a nuestra voluntad, ordinariamente obedece a fines bastardos; acontecen en él multitud de accidentes que los esposos tienen que resolver, los cuales bastan a romper el hilo de la afectión y a alterar el curso de la misma, mientras que en la amistad no hay cosa que le ponga trabas por ser su fin ella misma. Añádase que, a decir verdad, la inteligencia ordinaria de las mujeres no alcanza a que puedan compartirse los goces de la amistad; ni el alma de ellas es bastante firme para sostener la resistencia de un nudo tan apretado y duradero. Si así no aconteciera, si pudiera fundamentarse y establecerse una asociación voluntaria y libre, de la cual no sólo las almas participaran sino también los cuerpos, en que todo nuestro ser estuviera sumergido, la amistad sería más cabal y más viva. Pero no hay ejemplo de que el sexo débil haya dado pruebas de semejante afectión, y los antiguos filósofos declaran a la mujer incapaz de profesarla.

En el amor griego, justamente condenado y aborrecido por nuestras costumbres, la diferencia de edad y oficios de los amantes tampoco se aproximaba a la perfecta unión de que vengo hablando: *Quis est enim iste amor amici.*

<sup>1</sup> No soy desconocido a la diosa que mezcla una dulce amargura con las penas del amor. CATULO, *Epigramas*, LXVIII, 17.  
<sup>2</sup> Así en medio de los fríos y los calores el cazador va en seguimiento de la liebre, al través de montañas y valles; mientras le escapa desea darla alcance, y cuando la coge ya no hace caso de ella. ARIOSTO, "Orlando furioso", canto X, estanc. 7.



*tice? Cur neque deformen adolescentem quisquam amat, neque formosum senem?*<sup>1</sup> La Academia misma no desmentirá mi aserto, si digo que el furor primero inspirado por el hijo de Venus al corazón del amante, siendo acusado por la tierna juventud, al cual eran lícitos todas las insolencias apasionadas, todos los esfuerzos que pueden producir un ardor inmoderado, estaba siempre fundamentado en la belleza exterior, imagen falsa de la generación corporal. La afección no podía fundamentarse en el espíritu, del cual estaba todavía oculta la apariencia, antes de la edad en que su germinación principia. Si el furor de que hablo se apoderaba de un alma grosera, los medios que ésta ponía en práctica para el logro de su fin eran las riquezas, los presentes, los favores, la concesión de dignidades y otras bajas mercancías, que los filósofos reprobaban. Si la pasión dominaba a un alma generosa, los medios que ésta empleaba eran generosos también; consistían entonces en discursos filosóficos, enseñanzas que tendían al respeto de la religión, a prestar obediencia a las leyes, a sacrificar la vida por el bien de su país, en una palabra, ejemplos todos de valor, prudencia y justicia. El amante procuraba imponer la gracia y belleza de su alma, acabada ya la de su cuerpo, esperando así fijar la comunicación moral, más firme y duradera. Cuando este fin llegaba a sazón, pues lo que no exigían del amante en lo relativo a que aportase discreción en su empresa, exigíanlo en el amado, porque éste necesitaba juzgar de una belleza interna de difícil conocimiento y descubrimiento abstruso, entonces nacía en el amado el deseo de una concepción espiritual por el intermedio de una belleza espiritual también. Esta era la principal; la corporal era accidental y secundaria, al contrario del amante. Por esta causa prefieren al amado, alegando como razón que los dioses le dan también la primacía, y censuran mucho al poeta Esquilo por haber en los amores de Aquiles y Patroclo, hecho el amante del primero, el cual se encontraba en el primitivo verdor de su adolescencia, el más hermoso para los griegos. Después de esta comunidad general la parte principal de la misma, que predominaba y ejercía en sus oficios, dicen que producía utilísimos frutos en privado y en público; que era la fuerza del país lo que acogía bien el uso y la principal defensa de la equidad y de la libertad, como lo prueban los saludables amores de Harmodio y Aristogitón. Por eso la llamaban sagrada y divina, y, según ellos, sólo la violencia de los tiranos y la cobardía de los pueblos tenía como enemigo. En suma, todo cuanto puede concederse en honor de la Academia, es asegurar que era el suyo un amor que acababa en amistad, idea que no se aviene mal con la definición estoica del amor: *Amorem conatum esse amicitiae faciendae ex pulchritudinis specie*.<sup>2</sup>

Y vuelvo a mi descripción de una amistad más justa y mejor compartida. *Omnino amicitiae, corroboratis jam confirmatisque ingeniis, et aetatibus, judicandae sunt*.<sup>3</sup> Lo que ordinariamente llamamos amigos y amistad no son más que uniones y familiaridades trabadas merced a algún interés, o merced al acaso por medio de los cuales nuestras almas se relacionan entre sí. En la amistad de que yo hablo, las almas se enlazan y confunden una con otra por modo tan íntimo, que se borra y no hay medio de reconocer la trama que las une. Si se me obligara a decir por qué yo quería a La Boétie, reconozco que no podría contestar más que respondiendo: porque era él y porque era yo. Existe

<sup>1</sup> ¿En qué consiste ese amor amistoso? ¿Cómo no busca su objeto en un joven sin belleza ni tampoco en un viejo guapo? CICERON, *Tusc. quest.*, IV, 33.

<sup>2</sup> El amor es el deseo de alcanzar la amistad de una persona que nos atrae por su belleza. CICERON, *Tusc. quest.*, IV, 34.

<sup>3</sup> La amistad no puede ser sólida sino en la madurez de la edad y en la del espíritu. CICERON, *de Amicit.*, c. 20.

más allá de mi raciocinio y de lo que particularmente puedo declarar, yo no sé qué fuerza inexplicable y fatal, mediadora de esta unión. Antes de que nos hubiéramos visto, nos buscábamos ya, y lo que oíamos decir el uno del otro, producía en nuestras almas mucha mayor impresión de la que se advierte en las amistades ordinarias; diríase que nuestra unión fue un decreto de la Providencia. Nos abrazábamos por nuestros nombres, y en nuestra entrevista primera, que tuvo lugar casualmente en una gran fiesta de una ciudad, nos encontramos tan prendados, tan conocidos, tan obligados el uno del otro, que nada desde entonces nos tocó tan de cerca como nuestras personas. Escribió él una excelente sátira latina, que se ha impreso, en la cual explica la precipitación de una amistad que llegó con tal rapidez a ser perfecta. Habiendo de durar tan poco tiempo su vida y habiendo comenzado tan tarde nuestras relaciones (pues ambos éramos ya hombres hechos, el me llevaba algunos años), no tenían tiempo que perder, ni necesitaban tampoco acomodarse al patrón de las amistades frías y ordinarias, en las cuales precisan tantas precauciones de dilatación y preliminar conversación. En la amistad nuestra no había otro fin extraño que le fuera ajeno, con nada se relacionaba que no fuera con ella misma; no obedeció a tal o cual consideración, ni a dos ni a tres ni a cuatro ni a mil; fue no sé qué quintaesencia de todo reunido, la cual habiendo arrollado toda mi voluntad condújola a sumergirse y a abismarse en la suya con una espontaneidad y un ardor igual en ambas. Nuestros espíritus se compenetraron uno en otro; nada nos reservamos que nos fuera peculiar, ni que fuese suyo o mío.

Cuando Lelio, en presencia de los cónsules romanos, quienes después de la condenación de Tiberio Graco persiguieron a todos los que habían pertenecido al partido de éste, preguntó a Cayo Blossio (que era el principal de sus amigos) qué hubiera sido capaz de hacer por él, Blossio respondió: "Lo hubiera hecho todo. —¿Cómo todo?, siguió Lelio; ¿pues qué, hubieras cumplido su voluntad si te hubiera mandado poner fuego a nuestros templos? —Jamás me hubiera ordenado tal cosa, repuso Blossio. —¿Pero y si lo hubiera hecho?, añadió Lelio. —Le hubiera obedecido", respondió. Si era tan perfecto amigo de Graco, como la historia cuenta, no tenía por qué asustar a los cónsules haciéndoles la última atrevida confesión, y no podía separarse de la seguridad que tenía en el designio de Tiberio Graco. Los que acusan de sediciosa esta respuesta no penetran su misterio, y no presuponen, como en realidad debía acontecer, que Blossio era soberano de la voluntad de Graco, por poder y por conocimiento: ambos eran más amigos que ciudadanos; más amigos que enemigos o amigos de su país, y que amigos en la ambición o el desorden: confiando profundamente el uno en el otro, eran dueños perfectos de sus respectivas inclinaciones, que dirigían y guiaban por la razón mutua; y como sin esto es completamente imposible que las amistades vivan, la respuesta de Blossio fue tal cual debió ser. Si los actos de ambos hubieran discrepado, no eran amigos, según mi criterio, ni el uno del otro, ni en sí mismos. Por lo demás, tal respuesta no difiere de la que yo daría a quien me preguntase: "Si vuestra voluntad os ordenara dar muerte a vuestra hija, ¿la mataríais?", y que yo contestara afirmativamente, nada prueba de mi consentimiento a realizar tal acto, porque yo no puedo dudar de mi voluntad, como tampoco de la de un amigo como La Boétie. Ni en todos los razonamientos del mundo reside el poder de desposeerme de la certeza en que estoy de las intenciones y alcance de mi juicio: ninguna de sus acciones podría mostrármeme, sea cual fuere el cariz que tuviera, de la cual yo no encontrara en seguida la causa. Tan unidas marcharon nuestras almas, con cariño tan ardiente se amaron y con afección tan intensa se descubrieron hasta lo más hondo de las entrañas, que no sólo conocía

yo su alma como la mía, sino que mejor hubiera fiado en él que en mí mismo.

Que no se incluyan en este rango esas otras amistades corrientes; yo he mantenido tantas como cualquiera otro, y de las más perfectas en su género, pero no aconsejo que se confundan, pues se padecería un error lamentable. Es preciso proceder en estas uniones con prudencia y precaución; el enlace no está anudado de manera que no haya nada que desconfiar. "Amadle, decía Quilón, como si algún día tuvierais que aborrecerle; odiadle como si algún día tuvierais que amarle." Este precepto, que es tan abominable en la amistad primera de que hablo, es saludable en las ordinarias y corrientes, a propósito de las cuales puede emplearse una frase familiar a Aristóteles: "¡Oh amigos míos, no hay ningún amigo!" En aquel noble comercio los servicios que se hacen o reciben, sostenes de las otras relaciones, no merecen siquiera ser tomados en consideración; la entera compenetración de vuestras voluntades es suficiente, pues del propio modo que la amistad que yo profeso no aumenta por los beneficios que hago en caso de necesidad, digan lo que quieran los estoicos, y como yo no considero como mérito el servicio proporcionado, la unión de tales amistades siendo verdaderamente perfecta hace que se pierda el sentimiento de semejantes deberes, al par que alejar y odiar entre ellas esas palabras de división y diferencia, acción buena, obligación, reconocimiento, ruego, agradecimiento y otras análogas. Siendo todo común entre los amigos: voluntades, pensamientos, juicios, bienes, mujeres, hijos, honor y vida; no siendo su voluntad sino una sola alma en dos distintos cuerpos, según la definición exacta de Aristóteles, nada pueden prestarse ni nada tampoco darse. He aquí la razón de que los legisladores, para honrar el matrimonio con alguna semejanza imaginaria de ese divino enlace, prohiban las donaciones entre marido y mujer, concluyendo por esta prohibición que todo pertenece a cada uno de ellos, y que nada tienen que dividir ni que repartir.

Si en la amistad de que hablo el uno pudiera dar alguna cosa al otro, el que recibiera el beneficio sería el que obligaría al compañero, pues buscando uno y otro, antes que todo, prestarse mutuos servicios, aquel que facilita la ocasión es el que practica mayor liberalidad, proporcionando a su amigo el contentamiento de realizar lo que más desea. Cuando el filósofo Diógenes tenía necesidad de dinero, decía que lo reclamaba, no que lo pedía. Y para probar cómo esto se practica en realidad, traeré a colación un singular ejemplo antiguo. Eudomidas, corintio, tenía dos amigos: Carixeno, cioniano, y Areteo, también corintio. Cuando murió, como estaba pobre y sus dos amigos eran ricos, hizo así su testamento: "Lego a Areteo el cuidado de alimentar a mi madre y de sostenerla en su vejez; a Carixeno le encomiendo el casamiento de mi hija, y además que la dote lo mejor que pueda. En el caso de que uno de los dos venga a morir, encomiendo su parte al que sobreviva." Los que vieron primero este testamento se burlaron, pero advertidos los herederos de su alcance lo aceptaron con singular contentamiento. Habiendo muerto cinco días después Carixeno, Areteo mantuvo largamente a la madre; y de su fortuna, que consistía en cinco talentos, entregó dos y medio a su hija única, y otros dos y medio a la hija de Eudomidas. Las dos bodas se efectuaron el mismo día.

Este ejemplo es bien concluyente, y sería practicado si no hubiera tantos tan por completo a su amigo, que nada le queda para distribuir a los demás; amigos en el mundo. La perfecta amistad es indivisible: cada uno se entrega al contrario, le entristece la idea de no ser doble, triple o cuádruple; de no ser dueño de varias almas y varias voluntades para confiarlas todas a una misma amistad. Las amistades comunes pueden dividirse; puede estimarse en unos

la belleza, en otros el agradable trato, en otros la liberalidad, la paternidad, la fraternidad, y así sucesivamente; mas la amistad que posee el alma y la gobierna como soberana absoluta, es imposible que sea doble. Si dos amigos pidieran ser socorridos al mismo tiempo, ¿a cuál acudiríais primero? Si solicitaran opuestos servicios, ¿qué orden emplearíais en tal apuro? Si uno confiara a vuestro silencio lo que al otro fuera conveniente saber, ¿qué partido tomaríais? La principal y única amistad rompe toda otra obligación; el secreto que juro no descubrir a otro, puedo sin incurrir en falta comunicarlo a otro, es decir, a mi amigo. Es un milagro grande el duplicarse y no lo conocen bastante los que hablan de triplicarse. Nada es tan raro como poseer su semejante; quien crea que de dos personas estimo a la una lo mismo que a la otra, o que dos hombres se quieran y me estimen tanto como yo los estimo, convierten en varias unidades la cosa más única e indivisible; una sola es la cosa más rara de encontrar en el mundo. El resto de aquella historia se acomoda bien con lo que yo decía, pues Eudomidas considera como un favor que proporciona a sus amigos el emplearlos en su servicio, dejándolos como herederos de su liberalidad, que consiste en procurarles el medio de favorecerle; y sin duda la fuerza de la amistad se muestra con mayor esplendidez en este caso que en el de Areteo. En conclusión: son éstos efectos que no puede imaginar el que no los ha experimentado, y que me hacen honrar sobremanera la respuesta que dio a Ciro un soldado joven, a quien el monarca preguntó qué precio quería por un caballo con el cual había ganado el premio de la carrera, añadiendo si lo cambiaría por un reino: "No, en verdad, señor; pero lo daría de buen grado por adquirir un amigo, si yo encontrara un hombre digno de tal alianza." No decía mal "si yo encontrara", pues se tropieza fácilmente con hombres propios para mantener una amistad superficial; pero en la otra, en que nada se reserva ni nada se exceptúa, en que se obra con abandono completo, hay necesidad de que todos los resortes sean perfectamente nítidos y seguros.

En las relaciones que nos procuran algún auxilio o servicio no hay para qué preocuparse de las imperfecciones que particularmente no se relacionan con el motivo de las mismas. Nada me importa la religión que profesen mi médico ni mi abogado; tal consideración nada tiene que ver con los oficios de la amistad que me deben; en las relaciones domésticas que sostengo con los criados que me sirven, sigo la misma conducta. Me informo poco de si mi lacayo es casto; más me interesa saber si es diligente: no temo tanto a un mulatero jugador, como a otro que sea imbécil, ni a un cocinero blasfemo, como a otro ignorante de las salsas. No me mezclo para nada en dar instrucciones al mundo de lo que es preciso hacer, otros lo hacen de sobra; sólo hablo de lo que conmigo se relaciona.

Mihi sic usus est: tibi, ut opus est facto, face<sup>1</sup>.

A la familiaridad de la mesa asocio lo agradable, no lo prudente; en el lecho antepongo la belleza a la bondad; cuando estoy en sociedad prefiero el lenguaje amable y el bien decir, al saber y aun a la probidad, y así por el estilo en todas las demás cosas. De la propia suerte que el que fue sorprendido cabalgando sobre un bastón, jugando con sus hijos, rogó a la persona que le vio que no se lo contara a nadie hasta que él fuese padre, estimando que la pasión que entonces nacería en su alma le haría juez equitativo de tal

<sup>1</sup> Tal es mi procedimiento; seguid vosotros el vuestro. TERENCIO, *Heautont*, act. I, esc. I, v. 28.

acción, así yo quisiera hablar a personas que hubiesen experimentado lo que digo; pero conociendo cuán rara cosa es y cuán apartada de lo ordinario una amistad tan sublime, no espero encontrar ningún buen juez. Los mismos discursos que la antigüedad nos dejó sobre este asunto me parecen débiles al lado del sentimiento que yo guardo; y los efectos de éste sobrepasan a los preceptos mismos de la filosofía.

Nil ego contulerim jucundo sanus amico<sup>1</sup>.

El viejo Menandro llamaba dichoso al que había podido siquiera encontrar solamente la sombra de un amigo; razón tenía para decirlo, hasta en el caso en que hubiera encontrado alguno. Si comparo todo el resto de mi vida —aunque ayudado de la gracia de Dios la haya pasado dulce, gustosa y, salvo la pérdida de tal amigo, exenta de aflicciones graves, llena de tranquilidad de espíritu, habiendo disfrutado ventajas y facilidades naturales que desde mi cuna gocé, sin buscar otras ajenas—, si comparo, digo, toda mi vida con los cuatro años que me fue dado disfrutar de la dulce compañía y sociedad de La Boëtie, el otro tiempo de mi existencia no es más que humo, y noche pesada y tenebrosa. Desde el día en que le perdí,

Quem semper acerbum,  
Semper honoratum (sic, Di, voluistis!) habebo<sup>2</sup>,

no hago más que arrastrarme lánguidamente; los placeres mismos que se me ofrecen, en lugar de consolarme, redoblan el sentimiento de su pérdida; como lo compartíamos todo, me parece que yo le robo la parte que le correspondía.

Nec fas esse ulla me voluptate hic frui  
Decrevi, tantisper dum ille abest meus particeps<sup>3</sup>.

Me encontraba yo tan hecho, tan acostumbrado a ser el segundo en todas partes, que se me figura no ser ahora más que la mitad.

Illam meæ si partem animæ tulit  
Maturior vis, quid moror altera?  
Nec carus æque, nec superstes  
Integer. Ille dies utramque  
Duxit ruinam<sup>4</sup>...

No ejecuto ninguna acción ni pasa por mi mente ninguna idea sin que le eche de menos, como hubiera hecho él si yo le hubiese precedido, pues así como me sobrepasaba infinitamente en todo saber y virtud, así me sobrepujaba también en los deberes de la amistad.

<sup>1</sup> Mientras la razón no me abandone, nada encontraré comparable a un amigo cariñoso. HORACIO, *Sat.*, I, 5, 44.

<sup>2</sup> ¡Día fatal que debo llorar, que debo honrar toda mi vida, puesto que tal ha sido, oh dioses inmortales, vuestra suprema voluntad! VIRGILIO, *Eneida*, V, 49.

<sup>3</sup> Y yo creo que ningún placer debe serme lícito ahora que ya no existe aquel con quien todo lo compartía. TERENCEIO, *Heautont*, act. I, esc. 1, v. 97.

<sup>4</sup> Puesto que un destino cruel me ha robado prematuramente esta dulce mitad de mi alma, ¿qué hacer de la otra mitad separada de la que para mí era mucho más cara? El mismo día nos hizo desgraciados a los dos. HORACIO, *Od.*, II, 17, 5.

Quis desiderio sit pudor, aut modus  
Tam cari capitis?<sup>1</sup>

O misero frater adempte mihi!  
Omnia tecum una perierunt gaudia nostra,  
Quæ tuus in vita dulcis alebat amor.  
Tu mea, tu moriens fregisti commoda, frater;  
Tecum una tota est nostra sepulta anima  
Cujus ego interitu tota de mente fugavi  
Hæc studia, atque omnes delicias animi.  
Alloquar? audiero nunquam tua verba loquentem?  
Nunquam ego te, vita frater amabilior,  
Adspiciam posthac? At certe semper amabo<sup>2</sup>.

Pero oigamos hablar un poco a este joven cuando tenía dieciséis años.

Porque veo que este libro ha sido publicado con malas miras por los que procuran trastornar y cambiar el estado de nuestro régimen político, sin cuidarse para nada de si sus reformas serán útiles, los cuales han mezclado la obra de La Boëtie a otros escritos de su propia cosecha personal, renuncio a intercalarla en este libro. Y para que la memoria del autor no sufra crítica de ningún género de parte de los que no pudieron conocer de cerca sus acciones e ideas, yo les advierto que el asunto de su libro fue desarrollado por él en su infancia y solamente a manera de ejercicio, como asunto vulgar y ya tratado en mil pasajes de muchos libros. Yo no dudo que creyera lo que escribió, pues ni en broma era capaz de mentir; me consta también que si en su mano hubiera estado elegir, mejor hubiera nacido en Venecia que en Sarlac, y con razón. Pero tenía otra máxima soberanamente impresa en su alma: la de obedecer y someterse religiosísimamente a las leyes bajo las cuales había nacido. Jamás hubo mejor ciudadano, ni que más amara el reposo de su país, ni más enemigo de agitaciones y novedades; mejor hubiera querido emplear su saber en extinguirlas que en procurar los medios de excitarlas más de lo que ya lo están: su espíritu se había moldeado conforme al patrón de otros tiempos diferentes de los actuales. En lugar de esa obra sería publicaré otra que igualmente escribió en la misma época de su vida, y que es más lozana y alegre.

<sup>1</sup> Antes me avergüence de mí mismo, que deje de verter lágrimas por un amigo tan entrañable. HORACIO, I, 24, 1.

<sup>2</sup> ¡Oh hermano mío, qué desgracia para mí la de haberte perdido! Tu muerte acabó con todos nuestros placeres. ¡Contigo se dispó toda la dicha que me procuraba tu dulce amistad; contigo toda mi alma está enterrada! ¡Desde que tú no existes he abandonado las musas y todo lo que formaba el encanto de mi vida!... ¿No podré ya hablarte ni oír el timbre de tu voz? ¡Oh, tú que para mí eras más caro que la vida misma! ¡Oh, hermano mío! ¿No podré ya verte más? ¡Al menos me quedará el consuelo de amarte siempre! CATULO, LXVIII, 20, LXV, 9.

## CAPITULO XXVIII

### VEINTINUEVE SONETOS DE ESTEBAN DE LA BOETIE

A LA SEÑORA DE GRAMMONT, CONDESA DE GUISSEN <sup>1</sup>

NADA mío os ofrezco, señora, ya porque todo lo que me pertenece es vuestro de antemano, bien porque nada encuentro en mí que sea digno de vos; pero he querido que estos versos, en cualquier lugar que se vieran, llevasen vuestro nombre al frente por el honor que recibirán al tener por guía a la gran Corisanda de Andouins. Me ha parecido que este presente os pertenecía, tanto más, cuanto que hay pocas damas en Francia que sean mejores jueces que vos en materia de poesía, y además porque nada hay que pudiera servir de mejor galardón a estas estrofas que las ricas y hermosas prendas con que en medio de otras bellezas la naturaleza os ha dotado. Estos versos merecen, señora, cariño grande de vuestra parte; pues, yo creo que mi parecer será también el vuestro, yo creo que nunca salieron de Gascuña otros que en invención ni en gentileza los aventajen, ni que den testimonio de haber sido escritos por una mano más espléndida. Y no os dé cuidado de que no os dedique más que el resto de lo que tiempo ha hice imprimir bajo el nombre del conde de Foix, vuestro buen pariente; pues éstos de ahora tienen no sé qué de más vivo e hirviente, como compuestos que fueron en su primera juventud, cuando estaba inspirado por el hermoso y noble ardor de que algún día, señora, os hablaré al oído. Los otros fueron compuestos después, cuando se encontraba en vías de casarse, en loor de su mujer, y en ellos se advierte ya cierta frialdad marital. Yo soy de los que entienden que la poesía nunca es más fresca ni agradable que cuando trata un asunto libre y juguetón.<sup>2</sup>

<sup>1</sup> Diana, vizcondesa de Louvigni, llamada *la hermosa Corisanda* de Andouins. En 1567 casó con Filiberto, conde de Grammont y de Guiche, muerto en el cerco de La Fère, en 1580.

<sup>2</sup> Los veintinueve sonetos de Esteban de la Boétie seguían a esta dedicatoria. Fueron publicados en la primera edición de los *Ensayos*, que apareció en Burdeos en 1580; en la de Juan Richer, París, 1587, y en la de Abel l'Angelier, en 4º, París, 1588.

Estos versos son a manera de elegías amorosas, en las que se ve que su autor ha querido imitar a Petrarca.

Habiéndolos hecho imprimir Montaigne en las obras de su amigo, él mismo juzgó que no debían aparecer ya en los *Ensayos*, y con su propia mano los suprimió en el ejemplar que había de servir para la nueva edición que preparaba, escribiendo al margen: *estos versos se verán en otra parte*. Coste y otros editores, sin embargo, creyeron deber conservarlos, sin que tuvieran mucha razón para ello. M. Najeon escribió de los sonetos del amigo de Montaigne: "que no merecían ser reimprimos, porque tampoco merecían ser leídos." (A. D.).

## CAPITULO XXIX

### DE LA MODERACION

CUAL si nuestro contacto fuera infeccioso, corrompemos, al manejarlas, las cosas que por sí mismas son hermosas y buenas. Podemos practicar la virtud, haciéndola viciosa, de abrazarla con un deseo en que predomine la violencia excesiva. Los que afirman que en la virtud no puede haber exceso, puesto que, dicen, ya no es virtud si hay exceso, déjanse engañar por las palabras, y toman como principio evidente una sutileza de la filosofía:

Insani sapiens nomen ferat, æquus iniqui,  
Ultra quam satis est, virtutem si petat ipsam <sup>1</sup>.

Es una sutil consideración de la filosofía. Puede amarse demasiado la virtud y trasponer los límites de la misma en la comisión de un acto justo. Tal es también el principio de la Sagrada Escritura: "No seáis más prudentes de lo necesario, mas sed prudentes con sobriedad."<sup>2</sup> Tal gran personaje he visto que perjudicó al buen nombre de su religión para mostrarse más religioso que los hombres de su clase. Gusto de las naturalezas templadas, medias y equilibradas; la falta de moderación si no me ofende, hasta cuando va encaminada al bien mismo, me extraña al menos, y me pone en duro aprieto para calificarla. Ni la madre de Pausanias, que dio las primeras instrucciones y llevó la primera piedra para la muerte de su hijo; ni el dictador Postumio, que hizo morir al suyo, a quien el ardor juvenil había empujado victoriosamente hacia los enemigos algo más allá de su puesto, me parecen casos dignos de alabanza; más bien los considero extraños que justos, y no soy partidario de aconsejar ni de seguir virtudes tan costosas y salvajes. El arquero que sobrepasa el blanco comete igual falta que el que no le alcanza; mi vista se turba cuando ve de pronto una luz esplendorosa, lo mismo que al entrar bruscamente en las sombras. Calicles, en las obras de Platón, dice que el exceso de filosofía perjudica, y aconseja sobrepasarla hasta un punto en que ya trasponga los límites de lo útil; que tomada con moderación es agradable y provechosa, y con exceso convierte al hombre en vicioso y salvaje: hace que desdeñe las leyes y religiones, que se enemiste con la sociedad, que sea adversario de los humanos placeres, incapaz de todo gobierno político, de socorrer a sus semejantes y de auxiliarse a sí mismo; propio, en suma, a ser impunemente abofeteado. Calicles dice verdad, pues en su exceso la filosofía esclaviza nuestra natural razón, y por una suti-

<sup>1</sup> El sabio no es ya sabio, y el justo no es ya justo, si el amor que a la virtud profesan es exagerado. HORACIO, *Epist.*, I, 6, 15.

<sup>2</sup> Esta sentencia de San Pablo (Romanos, XIII, 3) estaba inscripta en latín en la biblioteca de Montaigne.



lidad importuna nos desvía del camino llano y cómodo que la naturaleza nos ha trazado.

La amistad que profesamos a nuestras mujeres es bien legítima; mas no por ello la teología deja de reglamentarla ni de restringirla. Paréceme haber leído en santo Tomás, en un pasaje en que condena los matrimonios entre parientes cercanos, la siguiente razón, entre otras, en apoyo de su aserto: que hay peligro en que la amistad que se profese a la mujer en este caso sea inmoderada, pues si la afición marital es cabal y perfecta, como debe ser siempre, al sobrecargarla con la afición que existe ya entre los parientes, no cabe duda que tal aditamento llevará al marido a conducirse más allá de los límites que la razón prescribe.

Las ciencias que gobiernan las costumbres sociales, como la teología y la filosofía, de todo se hacen cargo; no hay acto por privado o secreto que sea que se desvíe de su jurisdicción y conocimiento. Son demasiado ignorantes los que rechazan sus reglas en este particular, los cuales hacen lo que las mujeres, que se avergüenzan de mostrar al médico sus desnudeces, cuando no tienen inconveniente en hacer ver sus más secretas bellezas al amante. Quiero, en pro de aquellas ciencias enseñar lo que sigue a los maridos, si es que todavía los hay extremados en el calor hacia sus mujeres: los goces mismos que experimentan al juntarse con sus esposas, son reprobables si la moderación no los preside; hay peligro de caer en licencia y desbordamiento en este punto, igualmente que en el trato ilegítimo. Los refinamientos deshonestos que el calor primero nos sugiere son no ya sólo enemigos de la decencia, sino perjudiciales a nuestras mujeres. Que al menos aprendan el impudor de otros maestros; están constantemente sobrado despiertas para nuestra necesidad. En cuanto a mí, en este punto, siempre me guió lo natural y lo sencillo.

El matrimonio es una unión religiosa y devota, y he aquí por qué el placer que con él se experimenta debe ser un placer moderado, serio, que vaya unido a alguna severidad; debe ser un goce un tanto prudente y mesurado. Y porque su misión principal es la generación, hay quien duda de si cuando estamos ciertos de no trabajar para ella, lo cual acontece cuando las mujeres son ya viejas o están encinta, nos es lícito unirnos a ellas. Al entender de Platón, tal acto es un homicidio. Ciertas naciones, la mahometana entre otras, abominan la cohabitación con las mujeres preñadas; otros pueblos la rechazan igualmente cuando las mujeres están con la regla. Zenobia no recibía a su marido más que una vez, después dejábale libre y a sus anchas mientras duraba el período de la concepción, pasado el cual, y efectuado el alumbramiento, le autorizaba a comenzar de nuevo. Digno y generoso ejemplo de matrimonio. Platón tomó sin duda la narración siguiente de algún poeta sin dinero que estaba hambriento del goce amoroso: acometió Júpiter a su mujer un día con tal vigor, que no teniendo paciencia para aguardar a que ganara el lecho, tendióla en el suelo, y a causa de la vehemencia del placer, olvidó las graves e importantes resoluciones que acababa de tomar con las otros dioses de su celestial corte; Júpiter aseguró que había encontrado tanto placer en su operación como la vez primera que deshizo la virginidad de su mujer, a escondidas de los padres de ella.

Los reyes de Persia admitían en los festines a sus mujeres; pero cuando el vino les ponía el cerebro caliente, cuando ya daban rienda suelta a la voluptuosidad, enviábanlas a sus habitaciones particulares para no hacerlas partícipes de sus inmoderados apetitos, y hacían que los acompañasen otras mujeres a las cuales no les ligaba ninguna obligación de respeto. Todos los placeres y todas las cosas agradables no convienen por igual a toda suerte de gentes.

Epaminondas puso en prisión a un mozo calavera; Pelópidas rogó que le dejara en libertad y que se lo cediese; aquél rechazó la petición, concediéndole, sin embargo, a una muchacha que intercedió por el joven. Justificó Epaminondas su proceder diciendo que era aquella una gracia que debía concederse a una amiga, no a un capitán. Ejerciendo Sófocles la pretura en compañía de Péricles y viendo pasar por la calle a un mocito agraciado: "Guapo muchacho, dijo. —Seríalo para otro que no fuera pretor, contestó Péricles, pues un pretor debe tener castas no sólo las manos, sino también los ojos." El emperador Aulio Vero respondió a su mujer en ocasión en que ésta se quejaba de que aquél gustaba de otras mujeres, que al proceder así obraba acertadamente, puesto que el matrimonio era una institución de honor y dignidad, no de concupiscencia loca y lasciva. Nuestra historia eclesiástica ha conservado con honor la memoria de aquella mujer que repudió a su marido por no querer prestarse a sus concupiscentes desbordamientos. En conclusión, no hay placer por legítimo que se considere cuyo exceso e intemperancia no nos sea reprochable.

Hablando con conocimiento de causa puede decirse que el hombre es un animal bien misérrimo. Apenas se halla en condición de gustar un placer cabal y puro, y ya se esfuerza por disminuirlo por reflexión. Sin duda no se cree suficientemente desdichado cuando aumenta sus penas por inclinación y por arte:

Fortunæ miseræ auximus arte vias<sup>1</sup>.

La ciencia humana se las ingenia bien estúpidamente, ejercitándose en disminuir el número y dulzura de los goces que nos pertenecen; mas procede de una manera razonable al emplear sus artificios en embellecernos y ocultarnos los males, aligerando el sentimiento de los mismos. Si hubiera yo sido jefe de una secta filosófica, hubiese seguido diferente rumbo, hubiera seguido un camino más natural, un camino verdadero, cómodo y santo, y acaso habría tenido la fuerza suficiente para contenerme en el justo límite. Como si nuestros médicos, así los espirituales como los corporales, hubieran formado entre ellos un concierto, no encuentran camino ni remedio a nuestros males del cuerpo ni tampoco a los del alma, sino valiéndose del tormento, el dolor y la pena. Las vigiliias, los ayunos, los cilicios, el destierro a regiones lejanas y solitarias, las prisiones a perpetuidad, los castigos y otras aflicciones han sido introducidos para agravar nuestra miseria, de tal suerte que constituyan amarguras verdaderas en las cuales predomine el dolor supremo, de manera que no acontezca lo que sucedió al senador romano Galo, el cual, habiendo sido desterrado a la isla de Lesbos, se tuvo noticia en Roma de que lo pasaba bastante bien, y que aquello mismo que se le había impuesto como penitencia habíalo trocado en comodidad. Por ello los que le condenaron dispusieron llamarle a su casa de Roma, al lado de su mujer, para acomodar así el castigo a su resentimiento. Es bien seguro que a aquel a quien el ayuno mejorase la salud y le pusiera contento, a aquel para quien el pescado fuera más apetitoso que la carne, ya no le serían recomendados como precepto saludable. Lo propio acontece en la otra medicina, en la corporal: las drogas no producen saludable efecto a quien las toma de buen grado, con placer; la amargura y la dificultad son requisitos indispensables para el buen resultado de los medicamentos. La naturaleza que aceptase el ruibarbo como cosa familiar, corrompería su uso; es

<sup>1</sup> Nosotros mismos trabajamos para aumentar la miseria de nuestra condición. PROPERCIO, III, 7, 32.

preciso que las medicinas den al traste con nuestro estómago para curarlo, y aquí no se cumple la consabida regla de que las cosas se curan con sus contrarias, porque el mal cura el mal mismo.

Tales cosas se relacionan igualmente con la tan antigua idea de pretender gratificar al cielo y a la naturaleza con los sacrificios humanos, práctica que fue universalmente abrazada por todas las religiones. Todavía en tiempo de nuestros padres, Amurat, en la toma del Istmo, sacrificó seiscientos jóvenes griegos al alma de su padre, a fin de que la sangre derramada sirviese de alivio al espíritu del difunto. En esas nuevas tierras, descubiertas en nuestros días, puras y vírgenes todavía, comparadas con las nuestras, los sacrificios humanos son generales; todos sus ídolos se abrevan con sangre humana, a lo cual acompañan ejemplos de crueldad horrible; se queman vivas a las víctimas, y cuando están ya medio asadas, se las retira del fuego para arrancarles el corazón y las entrañas; a otras, aun a las mujeres, se las desuella vivas, y con su piel ensangrentada se cubre y enmascara a las demás. Y en estos horrores no faltan la resolución ni la firmeza, pues las pobres gentes destinadas a la degollina — mujeres, viejos y niños — van algunos días antes de la inmolación pidiendo limosnas para la ofrenda de su sacrificio, y se presentan a la carnicería cantando y bailando con los concurrentes.

Explicando los embajadores del rey de Méjico la grandeza de su soberano a Hernán Cortés, después de haberle dicho que contaba treinta vasallos, de los cuales cada uno podía reunir cien mil combatientes, y que residía en la ciudad más hermosa que cobijara el cielo, añadieron que sacrificaba a los dioses cincuenta mil hombres cada año. Le dijeron que el emperador hacía la guerra a los pueblos vecinos, no sólo para ejercicio de la juventud de su país, sino más bien para proveerse de víctimas con los prisioneros para ejecutar los sacrificios. En los mismos países, y en cierto lugar pequeño, para hacer a Cortés un lucido recibimiento, sacrificaron cincuenta hombres reunidos. Añadiré, además, que algunos de estos pueblos, que fueron derrotados por el conquistador, le reconocieron y solicitaron su amistad; y los mensajeros le ofrecieron tres clases de presentes, en esta forma: "Señor, aquí tienes cinco esclavos; si eres un dios altivo, que te apacientas de carne y sangre, cómetelos, y te traeremos más; si eres un dios benévolo, he aquí plumas e incienso; si eres hombre, toma los pájaros y frutos que tienes ante tu vista."

## CAPITULO XXX

## DE LOS CANIBALES

CUANDO el rey Pirro pasó a Italia, luego que hubo reconocido la organización del ejército romano que iba a batallar contra el suyo: "No sé, dijo, qué clase de bárbaros sean éstos (sabido es que los griegos llamaban así a todos los pueblos extranjeros), pero la disposición de los soldados que veo no es bárbara en modo alguno." Otro tanto dijeron los griegos de las tropas que Flaminio introdujo en su país, y Filipo, contemplando desde un cerro el orden y disposición del campamento romano, en su reino, bajo Publio Sulpicio Galba. Esto prueba que es bueno guardarse de abrazar las opiniones comunes, y que hay que juzgar por el camino de la razón y no por la voz general.

He tenido conmigo mucho tiempo un hombre que había vivido diez o doce años en ese mundo que ha sido descubierto en nuestro siglo, en el lugar en que Villegaignon tocó tierra, al cual puso por nombre *Francia antártica*. Este descubrimiento de un inmenso país vale bien la pena de ser tomado en consideración. Ignoro si en lo venidero tendrán lugar otros, en atención a que tantos y tantos hombres que valían más que nosotros no tenían ni siquiera presunción remota de lo que en nuestro tiempo ha acontecido. Yo recelo a veces que acaso tengamos los ojos más grandes que el vientre, y más curiosidad que capacidad. Lo abarcamos todo, pero no estrechamos sino viento.

Platón nos muestra que Solón decía haberse informado de los sacerdotes de la ciudad de Saís, en Egipto, de que en tiempos remotísimos, antes del diluvio, existía una gran isla llamada *Atlántida*, a la entrada del estrecho de Gibraltar, la cual comprendía más territorio que el Asia y el Africa juntas; y que los reyes de esta región, que no sólo poseían esta isla, sino que por tierra firme extendíanse tan adentro que eran dueños de la anchura de Africa hasta Egipto, y de la longitud de Europa hasta la Toscana, quisieron llegar al Asia y subyugar todas las naciones que bordea el Mediterráneo, hasta el golfo del Mar Negro. A este fin atravesaron España, la Galia e Italia, y llegaron a Grecia, donde los atenienses los rechazaron; pero que andando el tiempo, los mismos atenienses, los habitantes de la Atlántida y la isla misma, fueron sumergidos por las aguas del diluvio. Es muy probable que los destrozos que éste produjo hayan ocasionado cambios extraños en las diferentes regiones de la tierra, y algunos dicen que del diluvio data la separación de Sicilia de Italia;

Hæc loca, vi quondam et vasta convulsa ruina,

Dissiluisse ferunt, quum protinus utraquo tellus

Una foret<sup>1</sup>...

<sup>1</sup> Dícese que en lo antiguo estas tierras eran un mismo continente; por un empuje violento las separó el mar embravecido. VIRGILIO, *Eneida*, III, 414 y sig.

la de Chipre de Siria y la de la isla de Negroponto de Beocia, y que juntó territorios que estaban antes separados, cubriendo de arena y limo los fosos intermediarios.

Sterilisque diu palus, aptaque remis,  
Vicinas urbes alit, et grave sentit aratrum<sup>1</sup>.

Mas no hay probabilidad de que esta isla sea el mundo que acabamos de descubrir, pues tocaba casi con España, y habría que suponer que la inundación había ocasionado un trastorno enorme en el globo terráqueo, apartados como se encuentran los nuevos países por más de mil doscientas leguas de nosotros. Las navegaciones modernas, además, han demostrado que no se trata de una isla, sino de un continente o tierra firme con la India oriental de un lado y las tierras que están bajo los dos polos de otro, o que, de estar separada, el estrecho es tan pequeño que no merece por ello el nombre de isla.

Parece que hay movimientos naturales y fuertes sacudidas en esos continentes y mares como en nuestro organismo. Cuando considero la acción que el río Dordoña ocasiona actualmente en la margen derecha de su curso, el cual se ha ensanchado tanto que ha llegado a minar los cimientos de algunos edificios, me formo idea de aquella agitación extraordinaria que, de seguir en aumento, la configuración del mundo se cambiaría; mas no acontece así, porque los accidentes y movimientos, ya tienen lugar en una dirección, ya en otra, ya hay ausencia de movimiento. Y no hablo de las repentinas inundaciones que nos son tan conocidas. En Medoc, a lo largo del mar, mi hermano, el señor de Arsac, ha visto una de sus fincas enterrada bajo las arenas que el mar arrojó sobre ella; todavía se ven los restos de algunas construcciones; sus dominios y rentas hanse trocado en miserables tierras de pastos. Los habitantes dicen que, de algún tiempo acá, el mar se les acerca tanto, que ya han perdido cuatro leguas de territorio. Las arenas que arroja son a manera de vanguardia. Vense grandes dunas de tierra movediza, distantes media legua del océano, que van ganando el país.

El otro antiguo testimonio que pretende relacionarse con este descubrimiento lo encontramos en Aristóteles, dado que el libro de las *Maravillas* lo haya compuesto el filósofo. En esta obrilla se cuenta que algunos cartagineses, navegando por el Océano atlántico, fuera del estrecho de Gibraltar, bogaron largo tiempo y acabaron por descubrir una isla fértil, poblada de bosques y bañada por ríos importantes, de profundo cauce; estaba la isla muy lejos de tierra firme, y añade el mismo libro que aquellos navegantes, y otros que lo siguieron, atraídos por la bondad y fertilidad de la tierra, llevaron consigo sus mujeres e hijos y se aclimataron en el nuevo país. Viendo los señores de Cartago que su territorio se despoblaba poco a poco, prohibieron, bajo pena de muerte, que nadie emigrara a la isla, y arrojaron a los habitantes de ésta, temiendo, según se cree, que andando el tiempo alcanzaran poderío, suplantasen a Cartago y ocasionaran su ruina. Este relato de Aristóteles tampoco se refiere al novísimo descubrimiento.

El hombre de que he hablado era sencillo y rudo, condición muy adecuada para ser verídico testimonio, pues los espíritus cultivados, si bien observan con mayor curiosidad y mayor número de cosas, suelen glosarlas, y a fin de poner de relieve la interpretación de que las acompañan, adulteran algo la relación; jamás muestran lo que ven al natural, siempre lo truecan y desfi-

<sup>1</sup> Una laguna, estéril mucho tiempo, que hendían los remos de la barca, conoce hoy el arado y alimenta las ciudades vecinas. HORACIO, *Arte poética*, v. 65.

guran conforme al aspecto bajo el cual lo han visto, de modo que para dar crédito a su testimonio y ser agradables, adulteran de buen grado la materia, alargándola o ampliándola. Precisa, pues, un hombre fiel, o tan sencillo, que no tenga para qué inventar o acomodar a la verosimilitud falsas relaciones, un hombre ingenuo. Así era el mío, el cual, además, me hizo conocer en varias ocasiones marineros y comerciantes que en su viaje había visto, de suerte que a sus informes me atengo sin confrontarlos con las relaciones de los cosmógrafos. Habríamos menester de geógrafos que nos relatasen circunstanciadamente los lugares que visitaran; mas las gentes que han estado en Palestina, por ejemplo, juzgan por ello poder disfrutar el privilegio de darnos noticia del resto del mundo. Yo quisiera que cada cual escribiese sobre aquello que conoce bien, no precisamente en materia de viajes, sino en toda suerte de cosas; pues tal puede hallarse que posea particular ciencia o experiencia de la naturaleza de un río o de una fuente, y que en lo demás sea lego en absoluto. Sin embargo, si le viene a las mientes escribir sobre el río o la fuente, englobará con ello toda la ciencia física. De este vicio surgen varios inconvenientes.

Volviendo a mi asunto, creo que nada hay de bárbaro ni de salvaje en esas naciones, según lo que se me ha referido; lo que ocurre es que cada cual llama *barbarie* a lo que es ajeno a sus costumbres. Como no tenemos otro punto de mira para distinguir la verdad y la razón que el ejemplo e idea de las opiniones y usos del país en que vivimos, a nuestro dictamen en él tienen su asiento la perfecta religión, el gobierno más cumplido, el más irreprochable uso de todas las cosas. Así son salvajes esos pueblos como los frutos a que aplicamos igual nombre por germinar y desarrollarse espontáneamente; en verdad creo yo que más bien debiéramos nombrar así a los que por medio de nuestro artificio hemos modificado y apartado del orden a que pertenecían; en los primeros se guardan vigorosas y vivas las propiedades y virtudes naturales, que son las verdaderas y útiles, las cuales hemos bastardeado en los segundos para acomodarlos al placer de nuestro gusto corrompido; y, sin embargo, el sabor mismo y la delicadeza se avienen con nuestro paladar, que encuentra excelentes, en comparación con los nuestros, diversos frutos de aquellas regiones, que se desarrollan sin cultivo. El arte no vence a la madre naturaleza, grande y poderosa. Tanto hemos recargado la belleza y riqueza de sus obras con nuestras invenciones, que la hemos ahogado; así es que por todas partes donde su belleza resplandece, la naturaleza deshonra nuestras invenciones frívolas y vanas.

Et veniunt hederæ sponte sua melius;  
Surgit et in solis formosior arbutus antris;

.....  
Et volucres nulla dulcius arte canunt<sup>1</sup>.

Todos nuestros esfuerzos juntos no logran siquiera edificar el nido del más insignificante pajarillo, su contextura, su belleza y la utilidad de su uso; ni siquiera acertarían a formar el tejido de una mezquina tela de araña.

Platón dice que todas las cosas son obra de la naturaleza, del acaso o del arte. Las más grandes y magníficas proceden de una de las dos primeras causas; las más insignificantes e imperfectas, de la última.

<sup>1</sup> La hiedra crece sin cultivo; el árbol no es nunca más frondoso que cuando prospera en los abismos solitarios... el canto de las aves es más dulce sin el concurso del arte. PROPERCIO, I, 2, 10 y sig.

Esas naciones me parecen, pues, solamente bárbaras, en el sentido de que en ellas ha dominado escasamente la huella del espíritu humano, y porque permanecen todavía en los confines de su ingenuidad primitiva. Las leyes naturales dirigen su existencia muy poco bastardeadas por las nuestras, de tal suerte que, a veces, lamento que no hayan tenido noticia de tales pueblos, los hombres que hubieran podido juzgarlos mejor que nosotros. Siento que Licurgo y Platón no los hayan conocido, pues se me figura que lo que por experiencia vemos en esas naciones sobrepasa no sólo las pinturas con que la poesía ha embellecido la edad de oro de la humanidad, sino que todas las invenciones que los hombres pudieran imaginar para alcanzar una vida dichosa, juntas con las condiciones mismas de la filosofía, no han logrado representarse una ingenuidad tan pura y sencilla, comparable a la que vemos en esos países, ni han podido creer tampoco que una sociedad pudiera sostenerse con artificio tan escaso, y, como si dijéramos, sin soldadura humana. Es un pueblo, diría yo a Platón, en el cual no existe ninguna especie de tráfico, ningún conocimiento de las letras, ningún conocimiento de la ciencia de los números, ningún nombre de magistrado ni de otra suerte, que se aplique a ninguna superioridad política; tampoco hay ricos, ni pobres, ni contratos, ni sucesiones, ni particiones, ni más profesiones que las ociosas, ni más relaciones de parentesco que las comunes; las gentes van desnudas, no tienen agricultura ni metales, no beben vino ni cultivan los cereales. Las palabras mismas que significan la mentira, la traición, el disimulo, la avaricia, la envidia, la detracción, el perdón, les son desconocidas. ¡Cuán distante hallaría Platón la república que imaginó de la perfección de estos pueblos! [*Viri a diis recentes.*]<sup>1</sup>

Hos natura modos primum dedit<sup>2</sup>.

Viven en un lugar del país, pintoresco y tan sano que, según atestiguan los que lo vieron, es muy raro encontrar un hombre enfermo, legañoso, desdentado o encorvado por la vejez. Están situados a lo largo del Océano, defendidos del lado de la tierra por grandes y elevadas montañas, que distan del mar unas cien leguas aproximadamente. Tienen grande abundancia de carne y pescados, que en nada se asemejan a los nuestros, y que comen cocidos, sin aliño alguno. El primer hombre que vieron montado a caballo, aunque ya había tenido con ellos relaciones en anteriores viajes, les causó tanto horror en tal postura que le mataron a flechazos antes de reconocerlo. Sus edificios son muy largos, capaces de contener dos o trescientas almas; los cubren con la corteza de grandes árboles, están fijos al suelo por un extremo y se apoyan unos sobre otros por los lados, a la manera de algunas de nuestras granjas; la parte que los guarece llega hasta el suelo y les sirve de flanco. Tienen madera tan dura que la emplean para cortar, y con ella hacen espadas, y parrillas para asar la carne. Sus lechos son de un tejido de algodón, y están suspendidos del techo como los de nuestros navíos; cada cual ocupa el suyo; las mujeres duermen separadas de sus maridos. Levántanse cuando amanece, y comen, luego de haberse levantado, para todo el día, pues hacen una sola comida; en ésta no beben; así dice Suidas que hacen algunos pueblos del Oriente; beben sí fuera de la comida varias veces al día y abundantemente; preparan el líquido con ciertas raíces, tiene el color del vino claro y no lo toman sino tibio. Este brebaje, que no se conserva más que dos o tres días, es algo picante, pero no se

<sup>1</sup> Hombres son éstos que salen de las manos de los dioses. SENECA, *Epíst.*, 90. Shakespeare trasladó este pasaje literariamente a "La Tempestad".

<sup>2</sup> Tales fueron las primitivas leyes de la naturaleza. VIRGILIO, *Geórg.*, II, 20.

sube a la cabeza; es saludable al estómago y sirve de laxante a los que no tienen costumbre de beberlo, pero a los que están habituados les es muy grato. En lugar de pan comen una sustancia blanca como el cilandro azucarado; yo la he probado, y tiene el gusto dulce y algo desabrido. Pasan todo el día bailando. Los más jóvenes van a la caza de montería armados de arcos. Una parte de las mujeres se ocupa en calentar el brebaje, que es su principal oficio. Siempre hay algún anciano que por las mañanas, antes de la comida, predica a todos los que viven en una granjería, paseándose de un extremo a otro y repitiendo muchas veces la misma exhortación hasta que acaba de recorrer el recinto, el cual tiene unos cien pasos de longitud. No les recomienda sino dos cosas el anciano: el valor contra los enemigos y la buena amistad para con sus mujeres, y a esta segunda recomendación añade siempre que ellas son las que les suministran la bebida templada y en sazón. En varios lugares pueden verse, yo tengo algunos de estos objetos en mi casa, la forma de sus lechos, cordones, espadas, brazaletes de madera con que se preservan los puños en los combates, y grandes bastones con una abertura por un extremo, con el toque de los cuales sostienen la cadencia en sus danzas. Llevan el pelo cortado al rape, y se afeitan mejor que nosotros, sin otro utensilio que una navaja de madera o piedra. Creen en la inmortalidad del alma, y que las que han merecido bien de los dioses van a reposar al lugar del cielo en que el sol nace, y las malditas al lugar en que el sol se pone.

Tienen unos sacerdotes y profetas que se presentan muy poco ante el pueblo, y que viven en las montañas. A la llegada de ellos celébrase una fiesta y asamblea solemne, en la que toman parte varias granjas; cada una de éstas, según queda descrita, forma un pueblo, y éstos se hallan situados a una legua francesa de distancia. Los sacerdotes les hablan en público, los exhortan a la virtud y al deber, y toda su ciencia moral hállase comprendida en dos artículos, que son la proeza en la guerra y la afección a sus mujeres. Los mismos sacerdotes pronosticanles las cosas del porvenir y el resultado que deben esperar en sus empresas, encaminándolos o apartándolos de la guerra. Mas si son malos adivinos, si predicen lo contrario de lo que acontece, se los corta y tritura en mil pedazos, caso de atraparlos, como falsos profetas. Por esta razón, aquel que se equivoca una vez, desaparece luego para siempre.

La adivinación es sólo don de Dios, y por eso debiera ser castigado como impostor el que de ella abusa. Entre los escitas, cuando los adivinos se equivocaban, tendíaseles, amarrados con cadenas los pies y las manos, en carros llenos de retama, tirados por bueyes, y así se los quemaba. Los que rigen la conducta de los hombres son excusables de hacer para lograr su misión lo que pueden; pero a esos otros que nos vienen engañando con las seguridades de una facultad extraordinaria, cuyo fundamento reside fuera de los límites de nuestro conocimiento, ¿por qué no castigarlos en razón a que no mantienen el efecto de sus promesas, al par que por lo temerario de sus imposturas?

Los pueblos de que voy hablando hacen la guerra contra las naciones que viven del otro lado de las montañas, más adentro de la tierra firme. En estas luchas todos van desnudos; no llevan otras armas que arcos, o espadas de madera afiladas por un extremo, parecido a la hoja de un venablo. Es cosa sorprendente el considerar estos combates, que siempre acaban con la matanza y derramamiento de sangre, pues la derrota y el pánico son desconocidos en aquellas tierras. Cada cual lleva como trofeo la cabeza del enemigo que ha matado y la coloca a la entrada de su vivienda. A los prisioneros, después de haberles dado buen trato durante algún tiempo y de haberlos favorecido con todas las comodidades que imaginan, el jefe congrega a sus amigos en una asam-

blea, sujeta con una cuerda uno de los brazos del cautivo, y por el extremo de ella le mantiene a algunos pasos, a fin de no ser herido; el otro brazo lo sostiene de igual modo el amigo mejor del jefe; en esta disposición, los dos que le sujetan le destrozan a espadazos. Hecho esto, le asan, se lo comen entre todos, y envían algunos trozos a los amigos ausentes. Y no se lo comen para alimentarse, como antiguamente hacían los escitas, sino para llevar la venganza hasta el último límite; y así es, en efecto, pues habiendo advertido que los portugueses que se unieron a sus adversarios ponían en práctica otra clase de muerte contra ellos cuando los cogían, la cual consistía en enterrarlos hasta la cintura y lanzarles luego en la parte descubierta gran número de flechas para después ahorcarlos, creyeron que estas gentes del otro mundo, lo mismo que las que habían sembrado el conocimiento de muchos vicios por los pueblos circunvecinos, que se hallaban más ejercitadas que ellos en todo género de malicia, no realizaban sin su porqué aquel género de venganza, que desde entonces fue a sus ojos más cruel que la suya; así que abandonaron su antigua práctica por la nueva de los portugueses. No dejó de reconocer la barbarie y el horror que supone el comerse al enemigo, mas sí me sorprende que comprendamos y veamos sus faltas y seamos ciegos para reconocer las nuestras. Creo que es más bárbaro comerse a un hombre vivo que comérselo muerto; desgarrar por medio de suplicios y tormentos un cuerpo todavía lleno de vida, asarlo lentamente, y echarlo luego a los perros o a los cerdos; esto, no sólo lo hemos leído, sino que lo hemos visto recientemente, y no es que se tratara de antiguos enemigos, sino de vecinos y conciudadanos, con la agravante circunstancia de que para la comisión de tal horror sirvieron de pretexto la piedad y la religión. Esto es más bárbaro que asar el cuerpo de un hombre y comérselo después de muerto.

Crisipo y Zenón, maestros de la secta estoica, opinaban que no había inconveniente alguno en servirse de nuestros despojos para cualquier cosa que nos fuera útil, ni tampoco en servirse de ellos como alimento. Sitiados nuestros antepasados por César en la ciudad de Alesia, determinaron, para no morir de hambre, alimentarse con los cuerpos de los ancianos, mujeres y demás personas inútiles para el combate.

Vascones, fama est, alimentis talibus usi  
Produxere animas<sup>1</sup>.

Los mismos médicos no tienen inconveniente en emplear los restos humanos para las operaciones que practican en los cuerpos vivos, y los aplican, ya interior ya exteriormente. Jamás se vio en aquellos países opinión tan relajada que disculpase la traición, la deslealtad, la tiranía y la crueldad, que son nuestros pecados ordinarios. Podemos, pues, llamarlos bárbaros en presencia de los preceptos que la sana razón dicta, mas no si los comparamos con nosotros, que los sobrepasamos en todo género de barbarie. Sus guerras son completamente nobles y generosas; son tan excusables y abundan en acciones tan hermosas como esta enfermedad humana puede cobijar. No luchan por la conquista de nuevos territorios, pues gozan todavía de la fertilidad natural que les procura sin trabajo ni fatigas cuanto les es preciso, y tan abundantemente que les sería inútil ensanchar sus límites. Encuéntrense en la situación dichosa de no codiciar sino aquello que sus naturales necesidades les ordenan; todo lo que a éstas sobrepasa es superfluo para ellos. Generalmente los de una misma edad

<sup>1</sup> Cuéntase que los vascones prolongaron su vida nutriéndose con carne humana. JUVENAL, *Sát.*, XV, 93.

se llaman hermanos, hijos los menores, y los ancianos se consideran como padres de todos. Estos últimos dejan a sus herederos la plena posesión de sus bienes en común, sin más títulos que el que la naturaleza da a las criaturas al echarlas al mundo. Si sus vecinos trasponen las montañas para sitiarlos y logran vencerlos, el botín del triunfo consiste únicamente en la gloria y superioridad de haberlos sobrepasado en valor y en virtud, pues de nada les servirían las riquezas de los vencidos. Regresan a sus países, donde nada de lo preciso les falta, y donde saben además acomodarse a su condición y vivir contentos con ella. Igual virtud adorna a los del bando contrario. A los prisioneros no les exigen otro rescate que la confesión y el reconocimiento de haber sido vencidos; pero no se ve ni uno solo en todo el transcurso de un siglo que no prefiera antes la muerte que mostrarse cobarde ni de palabra ni de obra; ninguno pierde un adarme de su invencible esfuerzo, ni se ve ninguno tampoco que no prefiera ser muerto y devorado antes que solicitar el no serlo. Trátalos con entera libertad a fin de que la vida les sea más grata, y les hablan generalmente de las amenazas de una muerte próxima, de los tormentos que sufrirán, de los preparativos que se disponen a este efecto, del magullamiento de sus miembros y del festín que se celebrará a sus expensas. De todo lo cual se echa mano con el propósito de arrancar de sus labios alguna palabra blanda o alguna bajeza, y también para hacerlos entrar en deseos de huir para de este modo poder vanagloriarse de haberlos metido miedo y quebrantado su firmeza, pues consideradas las cosas rectamente, en este solo punto consiste la victoria verdadera:

Victoria nulla est,  
Quam quæ confessos animo quoque subjugat hostes<sup>1</sup>.

Los húngaros, combatientes belicosísimos, no iban tampoco en la persecución de sus enemigos más allá de ese punto de reducirlos a su albedrío. Tan luego como de ellos alcanzaban semejante confesión, los dejaban libres, sin ofenderlos ni pedirles rescate; lo más a que llegaban las exigencias de los vencedores era a obtener promesas de que en lo sucesivo no se levantarían en armas contra ellos. Bastantes ventajas alcanzamos sobre nuestros enemigos, que no son comúnmente sino prestadas y no peculiares nuestras. Más propio es de un mozo de cuerda que de la fortaleza de ánimo el tener los brazos y las piernas duros y resistentes; la buena disposición para la lucha es una cualidad muerta y corporal; de la fortuna depende el que venzamos a nuestro enemigo, y el que le deslumbremos. Es cosa de habilidad y destreza, y puede estar al alcance de un cobarde o de un mentecato el ser consumado en la esgrima. La estimación y el valer de un hombre residen en el corazón y en la voluntad; en ellos yace el verdadero honor. La valentía es la firmeza, no de las piernas ni de los brazos, sino la del vigor y la del alma. No consiste en el valor de nuestro caballo ni en la solidez de nuestra armadura, sino en el temple de nuestro pecho. El que cae lleno de ánimo en el combate, *si succiderit, de genu pugnat*<sup>2</sup>; el que desafiando todos los peligros ve la muerte cercana y por ello no disminuye un punto en su fortaleza; quien al exhalar el último suspiro mira todavía a su enemigo con altivez y desdén, son derrotados no por nosotros, sino por la mala fortuna; muertos pueden ser, mas no vencidos. Los más valientes son a veces los más infortunados, así que puede decirse que hay pérdidas triunfantes que equivalen

<sup>1</sup> La sola victoria verdadera es la que fuerza al enemigo a declararse vencido. CLAUDIANO, *De sexto Consulatu Honorii*, v. 248.

<sup>2</sup> Si cae en tierra combate de rodillas. SENECA, *De Providentia*, c. 2.

a las victorias. Ni siquiera aquellas cuatro hermanas, las más hermosas que el sol haya alumbrado sobre la tierra, las de Salamina, Platea, Micala y Sicilia, podrán jamás oponer toda su gloria a la derrota del rey Leónidas y de los suyos en el desfiladero de las Termópilas. ¿Quién corrió nunca con gloria más viva ni ambiciosa a vencer en el combate que el capitán Iscolas a la pérdida del mismo? ¿Quién con curiosidad mayor se informó de su salvación que él de su ruina? Estaba encargado de defender cierto paso del Peloponeso contra los arcadios, y como se sintiera incapaz de cumplir su misión a causa de la naturaleza del lugar y de la desigualdad de fuerzas, convencido de que todo cuanto los enemigos quisieran hacer lo harían, y por otra parte, considerando indigno de su propio esfuerzo y magnanimidad, así como también del nombre lacedemonio el ser derrotado, adoptó la determinación siguiente: los más jóvenes y mejor dispuestos de su ejército reservólos para la defensa y servicio de su país, y les ordenó que partieran; con aquellos cuya muerte era de menor trascendencia decidió defender el desfiladero, y con la muerte de todos hacer pagar cara a los enemigos la entrada, como sucedió efectivamente, pues viéndose de pronto rodeado por todas partes por los arcadios, en quienes hizo una atroz carnicería, él y los suyos fueron luego pasados a cuchillo. ¿Existe algún trofeo asignado a los vencedores que no pudiera aplicarse mejor a estos vencidos? El vencer verdadero tiene por carácter no el preservar la vida, sino el batallar, y consiste el honor de la fortaleza, en el combatir, no en el derrotar.

Volviendo a los caníbales, diré que, muy lejos de rendirse los prisioneros por las amenazas que se les hacen, ocurre lo contrario; durante los dos o tres meses que permanecen en tierra enemiga están alegres, y meten prisa a sus amos para que se apresuren a darles la muerte, desafiándolos, injuriándolos, y echándoles en cara la cobardía y el número de batallas que perdieron contra los suyos. Guardo una canción compuesta por uno de aquéllos, en que se leen los rasgos siguientes: "Que vengan resueltamente todos cuanto antes, que se reúnan para comer mi carne, y comerán al mismo tiempo la de sus padres y la de sus abuelos, que antaño sirvieron de alimento a mi cuerpo; estos músculos, estas carnes y estas venas son los vuestros, pobres locos; no reconocéis que la sustancia de los miembros de vuestros antepasados reside todavía en mi cuerpo; saboreadlos bien, y encontraréis el gusto de vuestra propia carne." En nada se asemeja esta canción a las de los salvajes. Los que los pintan moribundos y los representan cuando se los sacrifica, muestran al prisionero escupiendo en el rostro a los que le matan y haciéndoles gestos. Hasta que exhalan el último suspiro no cesan de desafiarnos de palabra y por obras. Son aquellos hombres, sin mentir, completamente salvajes comparados con nosotros; preciso es que lo sean a sabiendas o que lo seamos nosotros. Hay una distancia enorme entre su manera de ser y la nuestra.

Los varones tienen allí varias mujeres, en tanto mayor número cuanto mayor es la fama que de valientes gozan. Es cosa hermosa y digna de notarse en los matrimonios, que en los celos de que nuestras mujeres echan mano para impedirnos comunicación y trato con las demás, las tuyas ponen cuanto está de su parte para que ocurra lo contrario. Abrigando mayor interés por el honor de sus maridos que por todo lo demás, emplean la mayor solicitud de que son capaces en recabar el mayor número posible de compañeras, puesto que tal circunstancia prueba la virtud de sus esposos. Las nuestras tendrán esta costumbre por absurda, mas no lo es en modo alguno, sino más bien una buena prenda matrimonial, de la cualidad más relevante. Algunas mujeres de la Biblia: Lía, Raquel, Sara y las de Jacob, entre otras, facilitaron a sus maridos sus hermosas sirvientas. Livia secundó los deseos de Augusto en perjuicio propio. Estratonicia,

esposa del rey Dejotaro, procuró a su marido no ya sólo una hermosísima camara que la servía, sino que además educó con diligencia suma los hijos que nacieron de la unión, y los ayudó a que heredaran el trono de su marido. Y para que no vaya a creerse que esta costumbre se practica por obligación servil o por autoridad ciega del hombre, sin reflexión ni juicio, o por torpeza de alma, mostraré aquí algunos ejemplos de la inteligencia de aquellas gentes. Además de la que prueba la canción guerrera antes citada, tengo noticia de otra amorosa, que principia así: "Detente, culebra; detente, a fin de que mi hermana copie de tus hermosos colores el modelo de un rico cordón que yo pueda ofrecer a mi amada; que tu belleza sea siempre preferida a la de todas las demás serpientes." Esta primera copla es el estribillo de la canción, y yo creo haber mantenido suficiente comercio con los poetas para juzgar de ella, que no sólo nada tiene de bárbara, sino que se asemeja a las de Anacreonte. El idioma de aquellos pueblos es dulce y agradable, y las palabras terminan de un modo semejante a las de la lengua griega.

Tres hombres de aquellos países, desconociendo lo costoso que sería un día a su tranquilidad y dicha el conocimiento de la corrupción del nuestro, y que su comercio con nosotros engendraría su ruina, como supongo que habrá ya acontecido, por la locura de haberse dejado engañar por el deseo de novedades, y por haber abandonado la dulzura de su cielo para ver el nuestro, vinieron a Ruán cuando el rey Carlos IX residía en esta ciudad. El soberano les habló largo tiempo; mostráronseles nuestras maneras, nuestros lujos, y cuantas cosas encierra una gran ciudad. Luego, alguien quiso saber la opinión que formarían, y deseando conocer lo que les había parecido más admirable, respondieron que tres cosas (de ellas olvidé una y estoy bien pesaroso, pero dos las recuerdo bien): dijeron que encontraban muy raro que tantos hombres barbudos, de elevada estatura, fuertes y bien armados como rodeaban al rey (acaso se referían a los suizos de su guardia) se sometieran a la obediencia de un muchachillo, y no eligieran mejor uno de entre ellos para que los mandara. En segundo lugar (según ellos la mitad de los hombres vale por lo menos la otra mitad), observaron que había entre nosotros muchas personas llenas y ahítas de toda suerte de comodidades y riquezas; que los otros mendigaban a sus puertas, descarnados de hambre y miseria, y que les parecía también singular que los segundos pudieran soportar injusticia semejante y que no estrangularan a los primeros, o no pusieran fuego a sus casas.

Yo hablé a mi vez largo tiempo con uno de ellos, pero tuve un intérprete tan torpe e inhábil para entenderme, que fue poquísimo el placer que recibí. Preguntándole qué ventajas alcanzaba de la superioridad de que se hallaba investido entre los suyos, pues era entre ellos capitán, nuestros marinos le llamaban rey, díjome que la de ir a la cabeza en la guerra. Interrogado sobre el número de hombres que le seguían, mostróme un lugar para significarme que tantos como podía contener el sitio que señalaba (cuatro o cinco mil). Habiéndole dicho si fuera de la guerra duraba aún su autoridad, contestó que gozaba del privilegio, al visitar los pueblos que dependían de su mando, de que le abriesen senderos al través de las malezas y arbustos, por donde pudiera pasar a gusto. Todo lo dicho en nada se asemeja a la insensatez ni a la barbarie. Lo que hay es que estas gentes no gastan calzones ni coletos.

## CAPITULO XXXI

## DE LA CONVENIENCIA DE JUZGAR SOBRIAMENTE DE LAS COSAS DIVINAS

EL más adecuado terreno, el que se encuentra más sujeto a error e impostura, es el discurrir sobre las cosas desconocidas; pues en primer lugar, la singularidad misma del asunto hace que les concedamos crédito, y luego, como esas cosas no forman la materia corriente de nuestra reflexión, nos quitan el medio de combatir las. Por eso dice Platón que es mucho más fácil cautivar a un auditorio cuando se le habla de la naturaleza de los dioses que cuando se trata de la naturaleza de los hombres; la ignorancia de los oyentes procura libertad grande al ocuparse de una cuestión oculta. De ahí se sigue que nada se cree con mayor firmeza que aquello que se conoce menos; ni hay hombres más seguros de lo que dicen que los que nos refieren cosas fabulosas, como los alquimistas, adivinos, quirománticos, astrólogos, médicos, *id genus omne*<sup>1</sup>, a los cuales añadiría de buen grado, si a tanto osara, una caterva de gentes, intérpretes y fiscalizadoras ordinarias de los designios de Dios, que hacen profesión de inquirir las causas de cada accidente y de ver en los arcanos de la voluntad divina los motivos inescrutables de sus obras; y aun cuando la variedad y continua discordancia de esos acontecimientos los lleva de un extremo al opuesto, de oriente a occidente, no por eso dejan de ser descifradores impertérritos, y con el mismo lapicero pintan lo blanco y lo negro.

En un pueblo de las Indias existe esta laudable costumbre: cuando pierden algún encuentro o batalla, piden públicamente perdón al sol, que es su dios, de su culpa, como si hubieran cometido una acción injusta, relacionando su dicha o desdicha a la razón divina, y sometiéndola a su juicio y sus acciones. Para un buen cristiano es suficiente creer que todas las cosas Dios nos las envía, y recibirlas además con reconocimiento de su divina e inescrutable sabiduría; así que deben tomarse siempre en buena parte, ya produzcan el mal, ya el bien. No puedo menos de censurar la conducta que ordinariamente veo seguir a muchas gentes, las cuales apoyan nuestra religión conforme a la prosperidad de sus empresas. Cuenta nuestra fe bastantes otros fundamentos, sin necesidad de autorizarla con el curso bueno o malo de los acontecimientos terrenales. Acostumbrado el pueblo a aquellos argumentos, que aplaude y encuentra muy dignos de su agrado, se le expone a que su fe vacile cuando los sucesos le sean adversos y la ventura no le acompañe. Ocurre lo propio con nuestras guerras de religión; los que ganaron la batalla de la Rochelabeille, metieron grande algazara por semejante accidente, y se sirvieron de su fortuna para probar que era justa la causa que defendían; luego tratan de explicar sus descalabros de Montcon-

<sup>1</sup> Y todas las gentes de igual categoría. HORACIO, *Sát.*, I, 2, 2.

tour<sup>1</sup> y de Jarnac<sup>2</sup> diciendo que éstos fueron castigos paternos: si no tuvieran un pueblo a su disposición completa para embaucarle, se convencería éste fácilmente de que todo eso no son más que artificios engañosos. Valdría mucho más enseñarle los sólidos fundamentos de la verdad. En estos meses pasados ganaron los españoles una batalla gloriosa contra los turcos, mandando las fuerzas cristianas don Juan de Austria. Otras derrotas hemos sufrido nosotros también por la voluntad de Dios, y eso que no somos turcos. En conclusión, es difícil acomodar las cosas divinas a nuestra balanza sin que sufran menoscabo. Quien pretenda explicarse que León y Arrio, principales sectarios de la herejía arriana, acabaron, aunque en épocas diversas, de muertes semejantes (retirados de la disputa a causa del dolor de vientre, ambos expiraron repentinamente en un común); quien quiera ver un testimonio de la venganza divina en la circunstancia de morir en un lugar tan inhumano, tendrá que añadir a aquéllas la muerte de Heliogábalo, que fue asesinado en una letrina; y sin embargo, Irene, santa mujer a quien adornaban todas las virtudes, se encuentra en el mismo caso. Queriendo Dios enseñarnos que los buenos tienen otra cosa que esperar y los malos otra cosa que temer que las bienandanzas o malandanzas terrenales, se sirve de ambas y las aplica por medios ocultos, despojándonos así de todo recurso de alcanzar torpemente nuestro provecho, con nuestra experiencia. Equivócanse de medio a medio los que quieren prevalerse de la razón humana, y jamás encuentran una explicación atinada sin que al punto les asalten dos contrarias; de lo cual saca San Agustín sólidos argumentos contra sus adversarios. Es un conflicto que solucionamos con las armas de la memoria más bien que con las de la razón. Menester es que nos conformemos con la luz que place al sol comunicarnos. Quien eleve la mirada a fin de procurarse claridad mayor, no extraña si por castigo de su osadía se queda ciego. *Quis hominum potest scire consilium Dei? aut quis poterit cogitare quid velit Dominus?*<sup>3</sup>

<sup>1</sup> Donde los protestantes fueron vencidos en octubre de 1569 por el duque de Anjou.

<sup>2</sup> En marzo de 1569.

<sup>3</sup> ¿Quién es el hombre capaz de conocer los designios de Dios, o de imaginar la voluntad del Señor? *Libro de la Sabiduría*, IX, 13.

## CAPITULO XXXII

DE COMO ALGUNOS BUSCARON LA MUERTE POR HUIR  
LOS PLACERES DE LA VIDA

LA mayor parte de los antiguos filósofos convienen en que la muerte es preferible a la vida cuando de ésta se esperan más desdichas que bienandanzas; y afirman que poner ahínco en conservar la existencia para sufrir tormentos y trabajos es ir contra los preceptos mismos de la naturaleza, como enseñan estos versos griegos:

Ἡ ζῆν ἀλύτως, ἢ θανεῖν εὐδαμονῶς,  
Καλὸν το θνήσκειν οἷς ὄρον τὸ ζῆν φέρει.  
Κρεῖσσον τὸ μὴ ζῆν ἔστιν, ἢ ζῆν ἄθ' ὡς<sup>1</sup>.

Pero llevar el desdén de la muerte al extremo de buscarla para evitar honores, riquezas, grandezas y otros favores y bienes, que conocemos con el nombre de beneficios de la fortuna, como si la razón sola no bastara a persuadirnos de la conveniencia de abandonarlos sin necesidad de echar mano de aquel remedio supremo, no lo había visto ordenar ni practicar hasta que me cayó en las manos un pasaje de Séneca, en el cual el filósofo aconseja a Lucilio, personaje influyentísimo y de gran autoridad cerca del emperador, que trueque la vida de voluptuosidad y pompa por el abandono del mundo, y se retire a la vida solitaria, apacible y filosófica. A la realización de tales consejos, Lucilio opone algunas dificultades: "Mi parecer es, le dice Séneca, que dejes esa manera de vivir o la vida misma; yo te aconsejo que sigas camino más apacible, y que mejor que romper, desates lo que tan mal has anudado; mas si no se pudiera desatar, rómpelo: no hay hombre tan cobarde que no prefiera caer de una vez a permanecer siempre tambaleándose." Hubiera encontrado este consejo natural en la rudeza estoica, pero lo extraño es que esté tomado de Epicuro, que escribe de un modo parecido a Idomeneo en una ocasión semejante. Algún rasgo análogo tengo idea de haber advertido entre nosotros, pero éste iba acompañado de la moderación cristiana.

San Hilario, obispo de Poitiers, enemigo famoso de la herejía arriana, encontrándose en Siria tuvo noticia de que su hija única, que se llamaba Abra, a quien había dejado en las Galias en compañía de su madre, era solicitada para casarse por los más importantes señores del país, como joven muy bien educada, hermosa, rica, y que se hallaba además en la flor de su edad; su padre la escribió (prueba tenemos de ello) que desechara su afición a todas esas bienandanzas y placeres con que la brindaban, porque él había encontrado en

su viaje un partido preferible, mucho más digno y grande: un marido de magnificencia y poderío bien distintos, el cual la obsequiaría con trajes y joyas de valor inestimable. Su designio no era otro que el de hacerla perder el gusto de los placeres mundanos para que ganara la gloria; pero antojándosele que para ello el camino más breve y seguro era la muerte de su hija, no cesó un momento de pedirle a Dios que la quitara del mundo y la llamase a su seno, como aconteció en efecto, pues al poco tiempo de regresar al país murió Abra, con lo cual su padre recibió singular contento. Este caso sobrepasa los anteriores, porque la muerte es solicitada por intercesión de Dios, y además porque es un padre quien la pide para su hija única; mientras que los otros se encaminan por sí mismos a la desaparición, para la cual emplean medios exclusivamente humanos. No quiero omitir el desenlace de esta historia, aunque sea extraña al asunto de que hablo. Enterada la mujer de San Hilario de que la muerte de su hija aconteció por designio y voluntad del padre, e informada además de que la joven sería mucho más dichosa que si hubiera permanecido en este mundo, tomó una afección tan viva a la beatitud eterna y celeste, que solicitó de su marido con extrema insistencia el que rogara a Dios por su fin próximo. Oyendo Dios las oraciones de los esposos, la llamó poco después a su seno, y fue una muerte aceptada con singular contentamiento de ambos cónyuges.

<sup>1</sup> O una vida tranquila o una muerte feliz. Hermoso es morir cuando la vida es un oprobio; vale más dejar de existir que vivir en la desdicha. (Versos tomados en una colección de poetas gnómicos que publicó Crispín en 1569).



## CAPITULO XXXIII

## COINCIDENCIAS DEL ACASO Y LA RAZON

LA inconstancia de los movimientos diversos de la fortuna es causa de que ésta nos muestre toda suerte de semblantes. ¿Hay algún acto de justicia más palmario que el siguiente? Habiendo resuelto el duque de Valentinois envenenar a Adriano, cardenal de Cornete, en cuya casa del Vaticano estaban invitados a comer el papa Alejandro VI su padre y aquél, mandó que llevaran al banquete antes de que él compareciera una botella de vino envenenado, y ordenó al copero que la guardase cuidadosamente; como el papa llegara antes que el de Valentinois, y pidiera de beber, le sirvieron vino de la botella por suponer que era el mejor; el duque mismo pocos momentos después, creyendo que no habrían tocado a su vino, bebió a su vez, de suerte que el padre murió de repente, y el hijo, después de haber estado largo tiempo atormentado por la enfermedad, experimentó todavía suerte peor que si de ella hubiera sucumbido.

Diríase que algunas veces la fortuna se burla bonitamente de nosotros en los momentos más críticos. El señor de Estrée, a la sazón portaestandarte del señor de Vandome, y el señor de Licques, teniente de la compañía del duque de Ascot, en ocasión en que ambos se encontraban enamorados de la hermana del señor de Fongueselles, aunque pertenecía a distintos partidos, el de Licques resultó vencedor; mas el mismo día de la boda, y lo que es aun más triste, antes de la noche nupcial, el recién casado, sintiendo deseos de romper una lanza en favor de su nueva esposa, salió a la escaramuza cerca de Saint-Omer, donde el de Estrée, desplegando superiores fuerzas, le hizo prisionero, y para sacar partido de su victoria, fue necesario además que la doncella,

Conjugis ante coacta novi dimittere collum,  
Quam veniens una atque altera rursus hyems  
Noctibus in longis avidum saturasset amorem<sup>1</sup>,

la cual cortésmente le pidió luego que le devolviera su prisionero, como así lo hizo el vencedor; que la nobleza francesa jamás rechazó a las damas ninguna petición.

Los caprichos de la fortuna parecen a veces combinados por el arte. Constantino, hijo de Elena, fundó el imperio de Constantinopla; al cabo de buen número de siglos, Constantino, hijo de Elena, lo acabó. En ocasiones se complace en sobrepasar hasta los mismos milagros a que damos fe. Sabemos que cuando Clodoveo cercó a Angulema, las murallas de la ciudad se desplomaron por gracia divina. Bouchet dice, tomándolo de otro autor, que en ocasión en que el rey Roberto sitiaba una plaza, habiéndose alejado del recinto de la misma

<sup>1</sup> Obligada a renunciar a los abrazos de su nuevo esposo antes de que las largas noches de uno o dos inviernos saciaran la avidéz de su amor. CATULO, LXVIII, 81.

para dirigirse a Orleáns a solemnizar la santa fiesta de Aignán, mientras asistía devotamente a la misa, los muros de la plaza sitiada cayeron de pronto en ruinas. La fortuna lo acomodó todo al revés en nuestras guerras de Milán, pues al capitán Ranse, de nuestro ejército, cercando a Erone, hizo poner la mina bajo una parte del muro, el cual, saltando bruscamente, cayó perpendicular, sin que por ello se vieran menos defendidos los sitiados.

Otras veces ejerce la medicina con singular acierto. Viéndose Jasón Fereo desahuciado por los médicos a causa de una apostema que tenía en el pecho, y ardiendo en deseos de limpiarse de ella aun a costa de la vida, lanzóse en un combate en medio de la turba de los enemigos. Una herida que recibió le reventó la apostema y le curó radicalmente. El acaso sobrepasó al pintor Protógonos en el conocimiento de su arte. Había el artista trasladado al lienzo la imagen de un perro rendido de fatiga, y estaba satisfecho de su obra en todos sus detalles, pero como no acertara a pintar a su gusto la espuma y la baba del animal, incomodado, cogió la esponja, y como estaba empapada con pinturas de diversos colores, al arrojarla contra el cuadro para borrarlo, la casualidad hizo que diera en el hocico del perro y realizara la obra que el arte no había podido efectuar. A veces endereza nuestras deliberaciones y las corrige. Viéndose obligada Isabel, reina de Inglaterra, a pasar de Zelanda a su país con el ejército para combatir en pro de su hijo contra su marido, le hubiera ido muy mal de llegar al puerto que deseaba, porque en él la aguardaban sus enemigos; mas contra su voluntad, el acaso arrojóla en otra parte, donde pudo desembarcar con seguridad completa. Y aquel hombre de la antigüedad que al lanzar una piedra a un perro dio a su madrastra y la mató, ¿no tuvo motivo sobrado para recitar este verso?

Ταυτόμακρον ἡμῶν καὶ ἡ βουλεύεται<sup>1</sup>.

Icetas sobornó a dos soldados para dar muerte a Timoleón, que se encontraba en Adra, en Sicilia. Puestos de acuerdo para realizar su empresa en el momento en que la víctima celebrara algún sacrificio en el templo, hallándose ya en medio de la multitud, como se hicieran una seña para lanzarse a la obra, surge de pronto un tercero que acaba instantáneamente con su espada a uno de los asesinos y escapa. El compañero del muerto, suponiéndose descubierto y perdido, se dirige al altar y pide gracia prometiendo declarar toda la verdad. Tan luego como hubo relatado los pormenores de la conjura, aparece el que había huido, a quien habían atrapado, y a quien el pueblo maltrata, pisotea y arrastra hacia el lugar que ocupa Timoleón y los personajes principales de su séquito. Allí solicita la gracia del soberano y declara haber dado justa muerte al asesino de su padre, probando en el momento mismo, con testigos que su buena estrella le había procurado inopinadamente, que efectivamente su padre había sido muerto en la ciudad de los Leontinos por la misma persona a quien él acababa de matar. Entonces fue gratificado con diez minas áticas por haber tenido la dicha de vengar la muerte del autor de sus días, al par que salvado la vida del padre común de los sicilianos. Este conjunto de casualidades sobrepasa todas las previsiones de la prudencia humana.

Y para concluir, ¿no se descubre en el hecho siguiente una demostración palmaria del favor, bondad y piedad singulares de la fortuna? Proscriptos de Roma por los triunviros Ignacio y su hijo, determinaron ambos quitarse juntos la vida, dejándola el uno en las manos del otro para frustrar así la crueldad de los tiranos. Lanzáronse el uno contra el otro con la espada empuñada, e hizo

<sup>1</sup> La fortuna es más avisada que la razón. (Verso de Menandro tomado por Montaigne en la colección de Crispín antes citada).

el acaso que padre e hijo recibieran dos golpes igualmente mortales, concediendo además en honor de una tan hermosa amistad, que tuvieran todavía la fuerza de apartar de sus pechos los brazos armados y sangrientos, para estrecharse tan fuertemente, que los verdugos cortaron juntas las dos cabezas, dejando los cuerpos unidos, y juntas también las heridas, absorbiéndose amorosamente la sangre y los restos de una y otra existencia.

## CAPITULO XXXIV

## DE UN VACIO EN NUESTROS USOS PUBLICOS

MI difunto padre (que era hombre de juicio claro para no ayudarse sino de la experiencia natural) me habló hace tiempo de su deseo de ver establecido en las ciudades un lugar al cual pudieran acudir los que tuvieran necesidad de alguna cosa, y donde un empleado puesto al efecto registrase el asunto de que se tratara; por ejemplo, tal individuo quiere vender perlas, tal otro quiere comprar; tal persona desea compañía para ir a París; tal otra busca un servidor de ésta o de aquella condición; otro busca un amo; tal necesita un obrero; en fin, quiénes unas cosas, quiénes otra, cada cual según sus necesidades. Es probable que este medio de ponernos al corriente proporcionaría alguna ventaja al bienestar público, pues en toda ocasión hay cosas que se desean, y por falta de comunicación se ven muchas gentes en la necesidad más extrema.

No puedo menos de recordar con vergüenza para nuestro siglo que a nuestra vista murieron dos excelentísimos personajes en ciencia por no tener que comer: Lilio Gregorio Giraldo, en Italia, y Sebastián Castellón, en Alemania, y creo que existen miles de personas que los hubieran acomodado en condiciones muy ventajosas, o socorrido en las ciudades mismas donde se encontraban, de haber conocido su situación. El mundo no está tan universalmente corrompido; yo conozco alguien que desearía muy vivamente que los medios que los suyos le pusieron en las manos pudieran emplearse a tenor de los intereses de que goza, mientras a la fortuna plazca conservárselos, e) poner al abrigo de la necesidad a los hombres singulares y notables en cualquier clase de saber y valer, a quienes la desdicha combate a veces hasta el último límite; esa persona les procuraría facilidades en las tenebreces de la vida, con las cuales, de ser razonables, se conformarían.

En el manejo de los asuntos de su casa, mi padre seguía un orden que yo ensalzo como merece, pero que no soy capaz de imitar. A más del registro de las cosas domésticas, donde se sientan las cuentas menudas, pagos, compras y en general todo aquello en que no precisa el concurso del notario, registro que está a cargo de un administrador, ordenaba a su secretario que tuviera un papel en el que se insertaban todos los acontecimientos dignos de alguna recordación, día por día; el cual formaba como las memorias para la historia de la casa, muy gratas de repasar cuando el tiempo comienza a borrar la huella de las cosas pasadas, y muy adecuado medio para saber en qué tiempo acontecieron. Consignábase la fecha en que tal trabajo se comenzó y la en que se acabó; quiénes fueron las personas que pasaron por su residencia, y cuánto tiempo se detuvieron; nuestros viajes, ausencias, matrimonios y defunciones; las noticias buenas y malas; el cambio de los principales servidores y otros sucesos análogos. Es ésta una costumbre antigua, que a mi entender debería refrescar cada cual en su chisconera. Yo reconozco la torpeza que cometí al dejar de practicarla.

## CAPITULO XXXV

## DE LA COSTUMBRE DE VESTIRSE

CUALQUIERA que sea el asunto de que yo trate, siempre me precisa ir en algún respecto contra los usos recibidos; en tal grado éstos han tomado todas las avenidas. Reflexionaba yo en esta fría estación del año si la costumbre de ir completamente desnudos en esas naciones últimamente descubiertas, la determina la temperatura cálida del aire, como vemos en los indios y en los moros, o si obedece a natural necesidad del hombre. Las gentes de entendimiento se han hecho con frecuencia consideraciones parecidas, puesto que todo cuanto cobija la bóveda celeste, como dice la Sagrada Escritura, está sujeto a las mismas leyes, entre las cuales se trata de distinguir las que son naturales de las que fueron falseadas, y de recurrir para buscar la razón primordial de las cosas al general gobierno del mundo, donde nada contrahecho puede haber. De suerte que, hallándose todos los seres vivos provistos de aguja e hilo para cubrir sus desnudeces, no es creíble que seamos sólo nosotros los que no podamos subsistir sin extraño auxilio. Así yo entiendo que como las plantas, los árboles, los animales y todo cuanto vive se encuentra por la naturaleza dotado de suficiente cobertura para defenderse de las injurias del tiempo,

Propterea que fere res omnes, aut corio sunt  
Aut seta, aut conchis, aut callo, aut cortice tectæ,<sup>1</sup>

de igual beneficio gozábamos nosotros, pero como aquellos que prescinden de la luz del día para servirse de la artificial, hemos ahogado nuestros medios naturales para echar mano de los ajenos.

Es bien fácil convencerse de que la costumbre es la que nos hace imposible lo que en realidad no lo es, pues entre los pueblos que desconocen toda clase de vestidos los hay que están situados bajo un cielo semejante al nuestro, y también existen otros en que la temperatura es más ruda que la de nuestros climas. Consideremos además que las partes más delicadas de nuestro cuerpo las llevamos siempre al descubierto: los ojos, la boca, las narices y las orejas; y nuestros campesinos, como nuestros abuelos, llevaban desnudos el pecho y el vientre. Si hubiéramos venido al mundo con el deber de vestir refajos y greñescos, la naturaleza nos hubiera armado de una piel más resistente en el resto del cuerpo para soportar las intemperies, como ocurre con las yemas de los dedos y las plantas de los pies. Entre mi traje y el de un labriego de mi país encuentro mayor diferencia que entre su vestido y el de un hombre que va completamente desnudo. ¡Cuántos hombres hay, en Turquía sobre todo, que van en cueros vivos por practicar un acto devoto! No recuerdo quién preguntaba a

<sup>1</sup> Y que por esta razón casi todos los seres están provistos de cuero, pelo, conchas, corteza o callosidades. LUCRECIO, IV, 936.

un mendigo, a quien veía en camisa en pleno invierno, tan alegre como cualquiera otro que se tapa hasta las orejas, cómo podía vivir con tan ligero traje. "Usted, señor, respondió el interpelado, tiene la faz descubierta; pues bien, suponga que yo soy todo faz." Cuentan los italianos del bufón del duque de Florencia, que, preguntado por su amo cómo yendo tan mal ataviado podía resistir el frío, que él apenas soportaba, respondió: "Seguid mi ejemplo; echao encima todos vuestros vestidos, como hago yo con los míos, y no tendréis frío ninguno." El rey Masinisa no pudo nunca acostumbrarse a llevar cubierta la cabeza hasta que llegó a la vejez extrema, y soportaba así el frío, las tormentas y las lluvias. Lo propio se cuenta del emperador Severo. Refiere Heródoto, que en los combates de los egipcios y los persas, entre los que morían por haber recibido heridas en el cráneo, oponían mucha mayor resistencia los primeros que los segundos, en atención a que éstos llevaban siempre sus cabezas cubiertas con gorros y turbantes. Los egipcios llevaban las suyas rapadas desde la infancia y siempre a la intemperie. El rey Agesilao vistió siempre igual traje en invierno y en verano hasta la vejez más caduca. Según Suetonio, César marchaba constantemente a la cabeza de sus tropas, generalmente a pie, sin nada en la cabeza, lo mismo cuando hacía sol que cuando llovía. Otro tanto se dice de Aníbal,

tum vertice nudo  
Excipere insanos imbres, celi que ruinam<sup>1</sup>.

Un veneciano que acaba de llegar al reino del Pegú<sup>2</sup>, donde ha permanecido largo tiempo, escribe que en aquellas regiones las gentes van descalzas hasta cuando cabalgan, y llevan cubiertas las demás partes del cuerpo. Platón aconseja expresamente, que para la conservación de la salud lo mejor de todo es llevar desnudos los pies y la cabeza. El monarca que los polacos han elegido para que los gobierne, después del nuestro, y que es en verdad uno de los príncipes más grandes de nuestro siglo, no lleva nunca guantes; así en invierno como en verano usa el mismo bonete en la calle con que se cubre la cabeza en su casa. De la propia suerte que yo no puedo tolerar el ir desabotonado ni con los vestidos sueltos, los jornaleros de mi vecindad se violentarían si lo fueran. Dice Varrón que al ordenar que permanezcamos con la cabeza descubierta en presencia de los dioses del magistrado, se atiende más a nuestra salud y a fortalecernos contra las injurias del tiempo que al respeto y reverencia. Y puesto que hablamos del frío, y como franceses estamos habituados a abigarrarnos (aunque esto no reza conmigo, pues no me visto sino de negro o de blanco, a imitación de mi padre), añadamos otro sucedido. Refiere el capitán Martín del Bellay que en su viaje al Luxemburgo vio heladas tan terribles, que el vino de la guarnición se cortaba a hachazos y se pesaba al entregarlo a los soldados, que lo llevaban en cestos. Y Ovidio:

Nudaque consistunt formam servantia testæ  
Vina, nec hausta meri, sed data frusta, bibunt<sup>3</sup>.

Las heladas son tan rudas en la embocadura del Palus Meotides<sup>4</sup>, que en el mismo lugar en que el lugarteniente de Mitridates libró a pie enjuto una batalla

<sup>1</sup> Sobre su cabeza descubierta recibía las lluvias copiosas y las tempestades más violentas. SILIO ITALICO, I, 250.  
<sup>2</sup> Ciudad de Pegú, en la provincia anglo-india de la Baja Birmania.  
<sup>3</sup> El vino retiene la forma de la vasija que lo contiene; allí no se bebe líquido, sino que se distribuye en pedazos. OVIDIO, *Trist.*, III, 10, 23.  
<sup>4</sup> Hoy Mar de Azof.

contra sus enemigos, llegado el verano ganó contra los mismos un combate naval. Los romanos experimentaron desventaja grande en el que sostuvieron contra los cartagineses cerca de Plasencia por haber entrado en la lid con la sangre congelada y los miembros ateridos por el frío; mientras que Aníbal mandó hacer hogueras para que se calentaran sus soldados, y además distribuyó aceite entre ellos a fin de que se untaran y vivificaran sus nervios, y también para que se cerrasen los poros contra el cierzo helado que reinaba.

La retirada de los griegos de Babilonia a su país es famosa por las dificultades y trabajos que tuvieron que vencer. Sorprendidos en las montañas de Armenia por una horrible tempestad de nieves, perdieron el conocimiento del lugar en que se hallaban y el de los caminos; y viéndose detenidos de pronto, permanecieron un día y una noche sin comer ni beber. La mayor parte de los animales que llevaban sucumbieron, y también muchos hombres; a otros cegó el granizo y el resplandor de la nieve; otros se quedaron cojos y muchos transidos, rígidos e inmóviles, conservando entera la lucidez de sus facultades.

Alejandro vio una nación en que se enterraban los árboles frutales durante el invierno para resguardarlos de las heladas. En nuestro país podemos también ver igual costumbre.

En punto a trajes, el rey de Méjico cambiaba cuatro veces al día sus vestiduras; nunca se servía de uno mismo dos veces, y empleaba tan gran deshecho en sus continuas liberalidades y recompensas. Tampoco usaba más que una sola vez de los jarros, platos y otros utensilios de mesa y cocina.

## CAPITULO XXXVI

## DE CATON EL JOVEN

NO soy de los que incurren en el error de juzgar a los demás según mis peculiares sentimientos. Creo de buen grado en las cosas que más difieren de mi naturaleza y de mi manera de ser. Por la circunstancia de sentirme inclinado a una costumbre no obligo a los demás a que la practiquen, como suele acontecer generalmente; creo y concibo mil maneras diferentes de vivir a la mía, y contrariamente a las ideas del vulgo, me hago cargo con mayor facilidad de la diferencia que de la semejanza, al poner otras existencias en parangón con la mía. Sé desembarazarme de mis gustos al juzgar a quien difiere de mis condiciones y principios, y considerarle simplemente, en sí mismo, sin relación alguna extraña, juzgándolo sobre su propio modelo. Porque yo no sea continente no dejo de aprobar con sinceridad cabal la honestidad de los cartujos y capuchinos, ni de acomodarme mentalmente a su regla de vida; por medio del espíritu colócome en el lugar de aquellos varones y los estimo y los honro tanto más cuanto son diferentes de mí. Yo deseo muy singularmente que a cada cual se le juzgue según es, y por lo que a mí toca, que no se me considere según los principios comunes. Mi flojedad no modifica en modo alguno la opinión que debe merecerme la fuerza y el vigor en los que poseen estas cualidades. *Sunt qui nihil laudent, nisi quod se imitari posse confidunt*<sup>1</sup>. Porque yo me arrastre por el ciego no dejo de elevar hasta las nubes la inimitable alteza de algunas almas heroicas, y encuentro en mí meritorio tener el juicio bien equilibrado aun cuando los efectos de éste no correspondan a las acciones; así mantengo al menos sana esta parte principal de mi individuo, y algo es ya tener la voluntad sana cuando las piernas faltan. El siglo en que vivimos, por lo menos en lo que a nuestros climas toca, es tan pesado de atmósfera, que no ya ejecución sino hasta la sola imaginación de la virtud es difícil, y diríase que ésta no es otra cosa que pura jerga de colegiales:

virtutem verba putant, ut

Lucem ligna<sup>2</sup>,

*quam vereri deberent, etiamsi percipere non possent*<sup>3</sup>; un chirimbolo para colgarlo en un gabinete, o un vocablo que tenemos en la punta de la lengua, y que suena en nuestro oído como cosa de adorno. Ya no se encuentra ni una

<sup>1</sup> Hay gentes que no aconsejan más que lo que creen poder imitar. CICERON, *Tusc. quest.*, I, 11.

<sup>2</sup> Creen que la virtud no es más que una palabra vana, como tampoco ven otra cosa que leña para el horno en un bosque sagrado. HORACIO, *Epist.*, I, 6, 31.

<sup>3</sup> La virtud, que debieran respetar, aun cuando no pudieran comprenderla. CICERON, *Tusc. quest.*, V, 2.

sola acción virtuosa; las que lo parecen lo son sólo en apariencia, pues el provecho, la gloria, el temor, la costumbre y otras causas análogas, nos incitan a producirlas. Los actos de justicia, el valor y la benignidad que ponemos en práctica al realizar la virtud no pueden llamarse tales en cuanto los ejercemos por consideración a otro, para que ofrezcan buen cariz ante los ojos de los demás; en el fondo, quien aquellas cosas practica, no es virtuoso: la causa ocasional es distinta, y la virtud reconoce como suyo sólo lo que por sí misma ejecuta.

En aquella gran batalla de Platea que los griegos ganaron a Mardonio y a los persas, bajo el mando de Pausanias, los vencedores, según la costumbre recibida, al repartirse la gloria de la expedición atribuyeron a la nación espartana la primacía del valor en la lucha. Los espartanos, jueces excelentes en materia de virtud, luego que hubieron decidido en qué ciudadano de su nación debía recaer el honor de haberse conducido con mayor arrojo en la jornada, acordaron que Aristomedeo había sido el más valeroso; mas a pesar del acuerdo no le concedieron ningún premio, porque su virtud había sido fruto del deseo de purgarse de la mancha en que incurriera en la batalla de las Termópilas; así es que quiso morir valientemente para librarse de su vergüenza pasada.

Nuestros juicios son malsanos y se acomodan a la depravación de las costumbres reinantes. Yo veo a la mayor parte de los espíritus de mi tiempo emplear su ingenio en oscurecer la gloria de las acciones más generosas de los antiguos, dándoles una vil interpretación, encontrando para animarlas ocasiones y causas baladíes. ¡Sutileza grande, en verdad! Presénteseme el acto más excelente y puro, y yo me encargo al momento de encontrar razones verosímiles para achacarlo a cincuenta intenciones viciadas. Más que en malicia incurrir en pesadez y grosería los hombres que a tales tareas se consagran.

Igual trabajo y licencia que algunos emplean en la difamación de aquellos grandes nombres, y libertad análoga, tomaríame yo de buen grado para realzarlos. A esos raros varones, escogidos para ejemplo del mundo por la aprobación de los sabios, no intentaré recargarlos de honor; por mucho que mi invención acertara a encontrar, fuerza es reconocer que todos los medios que nuestra imaginación pusiera en juego quedarían muy por bajo de su mérito. Es deber de las gentes honradas el pintar la virtud con sus bellos colores; de tal suerte no nos causará disgusto el que la pasión nos arrastre en pro de ejemplos tan santos. Lo que practican aquellos de que hablé antes tiene su fundamento en la maldad o en el vicio de ajustarlo todo a lo que se compagina con sus ideas personales, o también porque no tienen la mirada suficientemente fuerte ni suficientemente clara, ni habituada a concebir el espectáculo de la virtud en su pureza ingenua. Dice Plutarco que algunos escritores de su tiempo atribuyeron la causa de la muerte de Catón el joven al miedo que había tenido a César; de semejante interpretación protesta con razón sobrada el citado historiador, y puede juzgarse por este hecho cuánto más le hubiera ofendido el testimonio de los que la atribuyeron luego a la ambición. ¡Pobres gentes, no imaginan que antes hubiera realizado una acción heroica por la ignominia que por la gloria! Catón fue uno de esos hombres modelos que la naturaleza elige para mostrar hasta dónde pueden alcanzar la humana virtud y firmeza.

No me propongo extenderme ahora sobre esta magnífica acción; quiero sólo comparar los testimonios de cinco poetas latinos en alabanza de Catón, por el interés de éste, e incidentalmente también por el de los poetas. Ahora bien, el joven instruido en las cosas de la antigüedad hallará lánguidos los dos primeros en comparación con los otros, el tercero más vigoroso, pero a quien la extravagancia de su fuerza ha abatido; estimará, además, que queda todavía espacio para uno o dos grados de invención antes de llegar al cuarto; cuando

llegue a éste la admiración le hará juntar las manos, y en el último, que es el primero en ciertos respectos, juzgará que a él no alcanza ningún humano espíritu y se admirará y traspondrá de admiración.

He aquí una cosa maravillosa: contamos con mayor número de poetas que de jueces e intérpretes de la poesía; es más fácil producirla que conocerla. Juzgándola superficialmente se le aplican los preceptos del arte; mas la buena, la suprema, la divina, está muy por cima de las reglas y de la razón. Quien discierne la belleza con vista reposada, no la ve, como no se ve tampoco el esplendor de un relámpago; la poesía no sólo interesa nuestro juicio, le encanta y le trastorna. El furor que agujonea a quien la sabe penetrar, comunícase también a quien la oye recitar, a la manera del imán, que no sólo atrae la aguja, sino que también infunde a ésta la propiedad atractiva. Tal poder de la poesía se ve más palmario en los teatros; la sagrada inspiración de las musas arrastra al poeta a la cólera, al quebranto, al odio, transpórtale y le conduce donde quiere; el fuego del poeta pasa al actor y de éste a todo el pueblo; diríase el contacto de las agujas imantadas suspendidas unas en otras. La poesía me conmovió y me transportó siempre, desde la primera infancia; mas tan vivo gusto y sentimiento, que reside naturalmente en mí, ha sido producido y excitado por modos diversos y formas distintas, no tanto más altas o más bajas, pues siempre fueron las más elevadas en cada género, como de índole diversa; primeramente fui atraído por la fluidez alegre e ingeniosa; luego por la sutileza aguda y refinada; y, por último, por la fuerza madura y constante. El ejemplo lo declarará mejor: Ovidio, Lucano, Virgilio.

Mas ved aquí ya a nuestros poetas en la arena:

Sit Cato, dum vivit, sane vel Cæsare major<sup>1</sup>,

dice uno:

Et invictum, devicta morte, Catonem<sup>2</sup>,

dice otro; y el siguiente, hablando de las guerras civiles entre César y Pompeyo, escribe:

Victrix causa diis placuit, sed victa Catoni<sup>3</sup>;

el cuarto añade, a propósito de las alabanzas que todos tributaban a César:

Et cuncta terrarum subacta,  
Præter atrocem animum Catonis<sup>4</sup>;

Y el maestro del coro, luego de haber anunciado en su pintura los nombres de los más grandes romanos, concluye de este modo:

His dantem jura Catonem<sup>5</sup>.

<sup>1</sup> Que Catón sea en vida aún mayor que César. MARCIAL, VI, 32.

<sup>2</sup> Y el indomable Catón domó la muerte. MANILIO, *Astrom.*, IV, 87.

<sup>3</sup> Los dioses son favorables a César, pero Catón sigue a Pompeyo. LUCANO, I, 118.

<sup>4</sup> Todo el mundo postrado a sus pies, menos el altivo Catón. HORACIO, *Od.*, II, 1, 23.

<sup>5</sup> Y Catón, que les dicta leyes. VIRGILIO, *Eneida*, VIII, 670.

## CAPITULO XXXVII

## DE COMO REIMOS Y LLORAMOS POR LA MISMA CAUSA

CUANDO leemos en las historias que Antígono desaprobó por completo que su hijo le presentara la cabeza del rey Pirro, su enemigo, que acababa de encontrar la muerte en un combate contra aquél, y que habiéndola visto vertió abundantes lágrimas; que el duque Renato de Lorena, lloró también la muerte del duque Carlos de Borgoña, a quien acababa de vencer, y que vistió de luto en su entierro; que en la batalla d'Auray, ganada por el conde de Montfort contra Carlos de Blois, rival suyo en la posesión del ducado de Bretaña, el vencedor encontrando muerto a su enemigo experimentó duelo grande, no hay que exclamar con el poeta:

E così avven che l' animo ciascuna  
Sua passion sotto il contrario manto  
Ricopre, con la vista or' chiara, or' bruna<sup>1</sup>.

Refieren los historiadores que, al presentar a César la cabeza de Pompeyo, aquél volvió a otro lado la mirada, cual si se tratase de contemplar un espectáculo repugnante. Había existido entre ambos una tan dilatada inteligencia y sociedad en el manejo de los negocios públicos, tal comunidad de fortuna, tantos servicios y alianzas recíprocos, que no hay razón alguna para creer que la conducta de César fuese falsa y simulada, como estima Lucano:

Tutumque putavit  
Jam bonus esse socer; lacrymas non sponte cadentes  
Effudit, gemitusque expressit pectore læto<sup>2</sup>;

pues bien que la mayor parte de nuestras acciones no sean sino puro artificio, y que a las veces pueda ser cierto que

Heredis fletus sub persona risus est<sup>3</sup>,

es preciso considerar que nuestras almas se encuentran frecuentemente agitadas por pasiones diversas y encontradas. De igual suerte que los médicos afirman que en nuestros cuerpos hay un conjunto de humores diferentes, de los cuales

<sup>1</sup> Así el alma oculta sus secretos movimientos, adoptando una apariencia contraria a su estado: triste bajo un semblante alegre; alegre bajo un semblante triste. PETRARCA, fol. 23 de la edic. de Gab. Giolito.

<sup>2</sup> Desde el momento que creyó poder mostrarse sensible a las desgracias de su yerno sin correr ningún peligro, derramó unas cuantas lágrimas forzadas, y arrancó algunos gemidos de un corazón lleno de alegría. LUCANO, IX, 1037.

<sup>3</sup> Las lágrimas de un heredero no son sino risas que la máscara oculta. PUBLIO SIRIO, apud A. GELLIUM, XVIII, 14.

uno solo manda en los demás, según la naturaleza de nuestro temperamento, así acontece en nuestras almas; bien que diversas pasiones las agiten, es preciso que haya una que domine; este predominio no es completo sino en razón de la volubilidad y flexibilidad de nuestro espíritu y a veces los más débiles movimientos suelen dominar. Por esta razón vemos que no son sólo los niños los que se dejan llevar por la naturaleza, y ríen y lloran por una misma causa, sino que ninguno de nosotros puede preciarse de que, por ejemplo, al emprender algún viaje, al separarse de su familia y amigos, no haya sentido decaer su ánimo; y si las lágrimas no brotaron abiertamente de sus ojos, al menos puso el pie en el estribo con rostro melancólico y triste. Por grande que sea la llama que arde en el corazón de las jóvenes bien nacidas, precisa todavía arrancarlas del cuello de sus madres para entregarlas a sus esposos, diga Catulo lo que quiera:

Estne novis nuptis odio Venus anne parentum  
Frustrantur falsis gaudia lacrymulis,  
Ubertim thalami quas intra limina fundunt?  
Non, ita me divi, vera gemunt, juverint<sup>1</sup>.

No es, pues, de maravillar el que se llore cuando muerto a quien en modo alguno quisiera verse vivo. Cuando yo lanzo alguna fuerte reprimenda a mi criado, le regaño con todas mis fuerzas, diríjole verdaderas y no fingidas imprecaciones, pero pasado el acaloramiento, si el muchacho tuviera necesidad de mí, hallaríame de todo en todo propicio, pues cambio pronto de humor. Cuando le llamo bufón y ternero, no pretendo colgarle para siempre tales motes, ni creo contradecirme llamándole hombre honrado poco después. Ninguna cosa se apodera de nosotros completa y totalmente. Si no fuera cosa de locos el hablar a solas, apenas habría día en que yo dejara de propinarme recriminaciones a gritos, y sin embargo no siempre me recrimino ni me desprecio. Quien por verme frío o cariñoso con mi mujer estimara que uno de esos dos estados fuese fingido, se equivocaría necia, mente. Nerón al separarse de su madre, a quien mandó ahogar, experimentó sin embargo la emoción del adiós maternal y sintió el horror y la piedad juntamente. Dicen que la luz solar no es de una sola pieza, sino que el astro nos envía vivamente, sin cesar, nuevos rayos, unos sobre otros, de suerte que no podemos apreciar el intervalo ni la solución de continuidad. Así nuestra alma lanza sus dardos uno a uno, aunque imperceptiblemente.

Largus enim liquidi fons luminis, ætherius sol  
Inrigat assidue cœlum candore recenti,  
Suppeditatque novo confestim lumine lumen<sup>2</sup>.

Artabano reprendió a Jerges, su sobrino, por el repentino cambio de su continente. Considerando la desmesurada grandeza de las fuerzas guerreras que mandaba a su paso por el Helesponto, cuando se dirigía a la conquista de Grecia, sintióse primero embargado por el contento, al ver a su servicio tantos millares de hombres, y su rostro dio claras muestras de alegría; mas de pronto, casi en el mismo instante, pensando en que tantas vidas se apagarían antes de

<sup>1</sup> ¿Es acaso Venus odiosa a las recién casadas? ¿O se burlan éstas de sus padres simulando lágrimas que derraman en abundancia en el umbral de la cámara nupcial? ¿Que yo muera si tales lloros son sinceros! CATULO, LXVI, 15.

<sup>2</sup> El sol, manantial fecundo de luz, inunda el cielo con un resplandor sin cesar renaciente, reemplazando de continuo sus rayos con nuevos rayos. LUCRECIO, V, 282.

que transcurriera un siglo, su frente se ensombreció, y se entristeció hasta verter lágrimas.

Perseguimos con voluntad decidida la venganza de una injuria y experimentamos contento singular por nuestra victoria; mas a pesar de ello lloramos, no por la ofensa vengada, pues en nosotros nada ha cambiado, sino porque nuestra alma considera la cosa desde otro punto de vista y se la representa de distinto modo; cada cosa ofrece diversos aspectos y matices diferentes.

El parentesco, las relaciones y amistades antiguas se apoderan de nuestra imaginación y la apasionan según las circunstancias, según la ocasión, mas la sacudida es tan fugitiva que no podemos apreciarla ni medirla:

Nil adeo fieri celeri ratione videtur,  
Quam si mens fiet proponit, et inchoat ipsa.  
Ocius ergo animus, quam res se perciet ulla,  
Ante oculos queorum in promptu natura videtur<sup>1</sup>;

por esta razón, pretendiendo de todas estas formas pasajeras deducir una consecuencia, nos equivocamos. Cuando Timoleón llora la muerte que cometiera, después de madura y generosa deliberación, no lamenta la libertad que dio a su patria; tampoco lamenta la desaparición del tirano, sino que llora a su hermano. Una parte de su deber está desempeñada, dejémosle desempeñar la otra.

<sup>1</sup> Nada tan activo como el alma en sus concepciones o en sus actos; entonces es más movible que todo cuanto la naturaleza pone ante nuestros ojos. LUCRECIO, III, 183.

## CAPITULO XXXVIII

## DE LA SOLEDAD

DEJEMOS a un lado la acostumbrada comparación de la vida solitaria con la vida activa. Y por lo que toca a la hermosa sentencia con que se amparan la ambición y la avaricia, o sea: "que no hemos venido al mundo para nuestro particular provecho, sino para realizar el bien común", consideremos sin reparo a los que toman parte en la danza; que éstos sondeen también su conciencia y reconozcan por el contrario que los empleos, cargos y toda la demás trapacería del mundo, se codician principalmente para sacar de la fortuna pública provecho particular. Los torcidos procedimientos de que se echa mano en nuestro tiempo para alcanzar esas posiciones, muestran bien a las claras que el fin vale tanto como los medios. Digamos que la misma ambición nos hace buscar la soledad, pues aquélla es la que con mejor voluntad huye la sociedad, procurando tener los brazos libres. El bien y el mal pueden practicarse en todas partes; mas sin embargo, si damos crédito a la frase de Bias, quien asegura que "la peor parte de los humanos es la mayor", o a lo que dice el Eclesiastés, "que entre mil hombres no hay uno justo",

Rari quippe boni: numero vix sunt totidem quot  
Thebarum portæ, vel divitis ostia Nili<sup>1</sup>,

convendremos en que el contagio es inminente en la multitud. En medio de la sociedad hay que imitar el ejemplo de los malos o hay que odiarlos; ambas cosas son difíciles: asemejarse a ellos, porque son muchos, y odiarlos mucho porque las maldades de cada uno son diferentes. Los comerciantes que viajan por mar siguen una conducta prudente cuando procuran que los que van en el mismo barco no sean disolutos, blasfemos, ni malos, estimando peligrosa tal sociedad. Por esta razón Bias dijo ingeniosamente a los que sufrían con él el peligro de una fuerte tormenta y llamaban a los dioses en su auxilio: "Callaos, que no se enteren de que estáis en mi compañía." Otro ejemplo más reciente de la misma índole: Alburquerque, virrey de la India, en nombre de Manuel, rey de Portugal, hallándose en inminente peligro en el mar, echó sobre sus hombros un muchacho, con objeto de que en su compañía la inocencia del niño le sirviera de salvoconducto para procurarse el favor divino y no perecer. Sin duda el que es virtuoso puede vivir en todas partes contento; puede estar solo hasta entre la multitud de la corte; mas si reside en su mano la elección, huirá hasta la vista de aquélla; en caso de necesidad absoluta soportará la sociedad palaciega; pero si de su voluntad depende el cambio, escapará de ella. No le basta haberse desligado de los vicios si precisa después que discuta con los de

<sup>1</sup> Los hombres de bien son raros; apenas podrían contarse tantos como puertas tiene Tebas o embocaduras el Nilo. JUVENAL, XIII, 26.

los otros. Carondas consideraba como malos todos los que frecuentaban la mala compañía, y entiendo que Antístenes no satisfizo con su respuesta a quien le censuró su trato con los perversos, cuando dijo que también los médicos viven entre enfermos, pues si ayudan a la salud de éstos, deterioran la propia por el contagio, la vista continua y la frecuentación de las enfermedades.

El fin último de la soledad es, a mi entender, vivir sin cuidados y agradablemente; mas para el logro del mismo no siempre se encuentra el verdadero camino. Créese a veces dejar las ocupaciones, y no se hace sino cambiarlas por otras: no ocasiona cuidados menores el gobierno de una familia que el de todo un Estado. Dondequiera que el alma esté ocupada, toda ella es absorbida; por ser los quehaceres domésticos menos importantes, no dejan de ser menos importantes. Por habernos alejado de la corte y de los negocios, no quedamos en situación más holgada en punto a las principales rémoras que acompañan nuestra vida:

Ratio et prudentia curas,  
Non locus effusi late maris arbiter, aufert<sup>1</sup>;

la ambición, la avaricia, la irresolución, el miedo y la concupiscencia no nos abandonan por cambiar de lugar:

.....Et  
Post equitem sedet atra cura<sup>2</sup>;

a veces nos siguen hasta los sitios más recónditos y hasta las escuelas de filosofía: ni los desiertos, ni los abismos, ni los cilicios, ni los ayunos sirven a desembarazarnos:

Hæret lateri lethalis arundo<sup>3</sup>;

Como dijeron a Sócrates que un individuo no había modificado su condición después de haber hecho un viaje: "Lo creo, respondió; sus vicios le acompañaron."

Quid terras alio calentes  
Sole mumatus? Patriæ quis exul  
Se quoque fugit?<sup>4</sup>

Si el cuerpo y el alma no se desligan del peso que los oprime, el movimiento concentrará sólo la carga, como en un navío las mercancías ocupan menos espacio después del viaje. Mayor mal que bien se procura al enfermo haciéndole cambiar de lugar; el mal se comprime con el movimiento, como la estaca se introduce más en la tierra cuanto más se la empuja. No basta dejar el pueblo, no basta cambiar de sitio, es preciso apartarse de la general manera de ser que reside en nosotros, es necesario recogerse y entrar de lleno en la posesión de sí mismo.

<sup>1</sup> No son las hermosas soledades que dominan la extensión de los mares las que disipan las penas: mas sí la razón y la prudencia. HORACIO, *Epist.*, I, 2, 25.

<sup>2</sup> Las penas montan a la grupa y galopan con nosotros. HORACIO, *Od.*, III, 1, 40.

<sup>3</sup> El dardo mortal queda en el flanco. VIRGILIO, *Eneida*, IV, 73.

<sup>4</sup> ¿Por qué ir en busca de regiones alumbradas por otro sol? ¿Acaso basta para huírse a sí mismo el huír de su país? HORACIO, *Od.*, II, 16, 18.

Rupi jam vincula, dicas:

Nam luctata canis nodum arripit; attamem illi,  
Quum fugit, a collo trahitur pars longa catenæ<sup>1</sup>.

Llevamos con nosotros la causa de nuestro tormento. No poseemos libertad completa; volvemos la vista hacia lo que hemos dejado y con ello llenamos nuestra imaginación:

Nisi purgatum est pectus, quæ prælia nobis  
Atque pericula tunc ingratis insinuandum?  
Quantæ conscindunt hominem cuppedinis acres  
Sollicitum curæ quantique perinde timores?  
Quidve superbia, spurcitia, ac petulantia, quantas  
Efficiunt clades? quid luxus desidiesque?<sup>2</sup>

Radica el mal en nuestra alma, y por consiguiente de ella no puede desligarse:

In culpa est animus, qui se non effugit unquam<sup>3</sup>.

Así, pues, es inevitable que aquélla se recoja y se asile en sí misma: tal es lo que constituye la soledad verdadera, que puede gozarse en medio de las ciudades y de los palacios, pero que se disfruta, sin embargo, con mayor comodidad en el aislamiento. Y pues que tratamos de vivir solos, prescindiendo de toda compañía, hagamos que nuestro contentamiento dependa únicamente de nosotros; desprendámonos de todo lazo que nos sujete a los demás; ganemos conscientemente el arte de vivir conforme a nuestra satisfacción.

Habiendo Estilpón escapado con vida del incendio de su ciudad, en el cual perdió mujer, hijos y bienes de fortuna, Demetrio Poliorcetes, viéndole en tan terrible ruina sin manifestar ninguna pena, preguntóle si por ventura no había experimentado ninguna pérdida, a lo cual Estilpón respondió que no, que gracias a Dios nada suyo había perdido. La misma idea expresó ingeniosamente el filósofo Antísteteas, cuando dijo que el hombre debía proveerse de municiones que flotasen en el agua y que pudieran salvarse con él a nado del naufragio. Y así debe ser en efecto; el verdadero filósofo nada ha perdido si salvó su conciencia y su ciencia. Cuando la ciudad de Nola fue arrasada por los bárbaros, Paulino, su obispo, que perdió cuanto poseía y fue además encarcelado, rogaba a Dios: "Señor, líbrame de sentir esta pérdida, pues bien sabes que a nada han llegado todavía de lo que es mío." Las riquezas que le hacían rico y los bienes que le hacían bueno estaban todavía intactos. He aquí un modo acertado de escoger los tesoros que pueden librarse de la injuria, y de ocultarlos en lugar donde nadie vaya, donde nadie pueda ser traicionado más que por sí mismo. Tenga en buena hora mujeres, hijos, bienes, y sobre todo salud quien pueda, mas no se ligue a ellos de tal suerte que en su posesión radique su dicha; es necesario reservar una trastienda que nos pertenezca por entero, en la cual podamos establecer nuestra libertad verdadera, nuestro prin-

<sup>1</sup> He roto mis ligaduras, me diréis. ¿Pero acaso el perro que después de prolongados esfuerzos logra por fin escapar, no lleva casi siempre consigo buen trozo de su cadena? PERSIO, *Sát.*, V, 158.

<sup>2</sup> Si nuestra alma no está bien gobernada, ¿cuántos son los combates que tenemos que sostener y cuántos los peligros que tenemos que afrontar! ¿Qué cuidados, qué temores, qué inquietudes no desgarran al hombre víctima de sus pasiones? ¿Qué estragos no producen en su alma el orgullo, la licencia, la cólera, el lujo y la ociosidad? LUTERO, V, 44.

<sup>3</sup> Montaigne traduce este verso antes de citar lo.



cipal retiro y soledad. En ella precisa buscar nuestro ordinario mantenimiento moral, sacándolo de recursos propios, de tal suerte que ninguna comunicación ni influencia ajenas alteren nuestro propósito; discurrir y reír cual si no tuviéramos mujer, hijos, bienes ni criados, a fin de que cuando llegue el momento de perderlos no nos sorprenda su falta. Tenemos un alma que puede replegarse en sí misma; ella sola es capaz de acompañarse; ella sola puede atacar y defenderse, puede ofrecer y recibir. No temamos, pues, en esta soledad que la ociosidad fastidiosa nos apoltrone:

In solis sis tibi turba locis<sup>1</sup>.

La virtud se conforma consigo misma, sin necesidad de echar mano de disciplinas, palabras ni otros auxilios. Entre todas las acciones que practicamos, de mil no hay siquiera una sola que nos interese realmente. Ese que ves escalando las ruinas de esa fortificación, furioso y fuera de sí, expuesto a recibir el disparo de los arcabuces, y ese otro cubierto de cicatrices, transido y pálido por el hambre, decidido a morir antes que abrirle la puerta, ¿crees que tales proezas las realizan por sí mismos? Las llevan a cabo por un hombre a quien jamás vieron, el cual no se cura siquiera de que existan en el mundo; por un hombre sumido en la ociosidad y en los deleites. Ese otro que ves abandonar el estudio a medianoche, legañoso, acometido por la tos y mugriento, ¿piensas acaso que busca en los libros el medio de mejorar su condición moral, de alcanzar vida más satisfecha y prudente? Nada de eso; llegará su última hora, y reventará, o habrá enseñado a la posteridad la medida de los versos de Plauto y la recta ortografía de una palabra latina. ¿Quién no cambia gustoso la salud, el reposo y la vida por la reputación y la gloria, que es la moneda más inútil, vana y falsa que exista para nuestro provecho? Como si nuestra propia muerte no bastara a darnos miedo, preocupándonos también de la de nuestras mujeres, de la de nuestros hijos y la de todos nuestros servidores. Como si nuestros asuntos peculiares no nos ocasionaran sobrados cuidados, echamos sobre nuestros hombros los de nuestros vecinos y amigos para atormentarnos y rompernos la cabeza.

Vah! quemquamne hominem in animum instituire, aut  
Parare, quod sit carius, quam ipse est sibi?<sup>2</sup>

Paréceme más adecuada la soledad para aquellos que han consagrado al mundo su vida más activa y floreciente, conforme al ejemplo de Thales. Bastante se ha vivido para los demás; vivamos en lo sucesivo para nosotros, al menos lo que nos resta de existencia; dirijamos a nosotros y a nuestro sabor nuestras intenciones y pensamientos. No es cosa nimia la de buscar acertadamente su retiro; éste es por sí solo ocupación sobrada sin que con él mezclemos otras empresas. Puesto que Dios nos da lugar para disponer de nuestra partida del mundo, preparémonos, hagamos nuestro equipaje, despedámonos con tiempo de la sociedad, desprendámonos de todo lo ajeno a nuestra determinación y de todo lo que nos aleja de nosotros mismos.

Es indispensable desposeerse de toda obligación importante; y bien que se guste de esto o de aquello, no inquietarse más que de sí mismo; que si alguna cosa nos interese no sea en tal grado que esté como pegada a nuestra naturaleza, de tal suerte que no pueda separársela sin arrancarnos la piel y llevarse consigo alguna parte de nuestro ser. La primera de todas las cosas de este mundo es

<sup>1</sup> Sé un mundo para ti mismo en solitarios lugares. TIBULO, IV, 13, 12.

<sup>2</sup> ¿Es posible que el hombre vaya a obstinarse en amar alguna cosa más que a sí mismo? TERCENIO, *Adelfos*, act. 1, verso 38.

saber pertenecerse a sí mismo. Tiempo es ya de que nos desatemos de la sociedad, puesto que nada podemos procurarla, y quien no puede prestar, impóngase el sacrificio de no pedir prestado. Los alientos nos faltan, retirémonos y concentrémonos en nosotros. Aquel que pueda echar por tierra, sacándolas de sus propias fuerzas, las obligaciones de la amistad y de la sociedad, que lo haga. En el período del decaimiento que convierte al hombre en ser inútil, pesado e importuno a los demás, líbese a su vez de ser importuno a sí mismo, pesado e inútil. Alábase y acaríciase, y sobre todo gobiérnese, respetando y temiendo su razón y su conciencia hasta tal punto que no pueda, sin que padezca su pudor, tropezar en presencia de ellas. *Rarum est enim ut satis se quisque vereatur*<sup>1</sup>. Decía Sócrates que los jóvenes debían instruirse; los hombres ocuparse en la práctica del bien, y los viejos apartarse de toda ocupación civil y militar, viviendo libres, sin obligación ninguna determinada. Hay naturalezas que son más propicias que otras a estas condiciones del retiro. Aquellos cuya percepción es débil y floja, cuya voluntad y facultades afectivas son delicadas y no se pliegan fácilmente, a los cuales pertenezco yo por natural compleción y raciocinio, se avendrán mejor con la soledad que las almas activas y laboriosas, que todo lo abrazan y a todo se ligan, se apasionan por todas las cosas, se ofrecen y se hacen visibles en toda circunstancia. Es preciso servirse de estas cualidades accidentales, que no dependen de nosotros, en tanto que su ejercicio nos sea grato, mas sin hacer de ellas nuestra principal ocupación; la razón y la naturaleza se oponen a ello. ¿Por qué contra sus leyes hacer depender nuestra calma y tranquilidad del poder y voluntad de otro? Adelantar además los accidentes de la fortuna; privarse de las comodidades que se tienen a la mano, como algunos hicieron por religiosidad y los filósofos por principio; privarse de servidores, tener por lecho las piedras, saltarse los ojos, arrojar al agua las riquezas, buscar el dolor, los unos con el designio de alcanzar por el tormento de esta vida la dicha en la otra, los otros porque estando colocados en la condición más baja quieren asegurarse contra nueva caída, acciones son todas éstas que acusan una virtud excesiva. Las naturalezas más fuertes y mejor templadas, hasta con su alejamiento del mundo realizan un acto ejemplar y glorioso:

Tuta et parvula laudo,  
Quum res deficiunt, satis inter vilia fortis:  
Verum ubi quid melius contingit et unctius, idem  
Hos sapere, et solos aio bene vivere, quorum  
Conspicitur nitidis fundata pecunia villis<sup>2</sup>.

En cuanto a mí, me basta con mucho menos, sin ir tan lejos como esas almas fuertes. Bástame, con la ayuda de la fortuna, prepararme a su desfavor; con representarme, estando en situación grata, la desdicha venidera, tanto como la imaginación puede realizarlo, de la propia suerte que nos acostumbramos a las justas y torneos simulando la guerra en plena paz. No tengo al filósofo Arcesilao como menos ordenado en sus costumbres porque usara utensilios de oro y plata, según que sus medios se lo consentían; al contrario; con mejores méritos le creo porque empleó su fortuna moderada y liberalmente, que si de su riqueza se hubiera privado. Comprendo hasta qué límites puede llegar la nece-

<sup>1</sup> No es frecuente profesarse a sí mismo todo el respeto necesario. QUINTILIANO, X, 7.

<sup>2</sup> En cuanto a mí, aun cuando no pueda encontrarme en situación más holgada, me conformo con poco y enaltezco la apacible medianía: si mi suerte mejora, digo que nadie aventaja en dicha ni en prudencia a aquellos cuyas rentas están fundamentadas en la posesión de hermosas tierras. HORACIO, *Epíst.*, I, 15, 42.

sidad natural, y cuando veo un pobre mendigo a mi puerta, a veces más contento y más sano que yo, me coloco en su lugar e intento aplicar mi alma a la suya; y continuando del propio modo con los otros casos, aunque crea tener la muerte, la pobreza, el desdén del prójimo sobre mí, me determino fácilmente a no horrorizarme por lo que no causa horror a un hombre que vale menos que yo, el cual recibe aquellos males con paciencia; y no me resigno a creer que la bajeza de alma pueda más que el vigor o que el esfuerzo de raciocinio para soportar las desdichas. Conociendo cuán poco valen las comodidades accesorias de la vida, nunca dejo de suplicar a Dios en mis oraciones que siempre el contento en mi espíritu por los bienes que nacen de mí. Yo veo jóvenes gallardos que disfrutaban de salud excelente, los cuales se proveen anticipadamente de píldoras para tomarlas cuando el romadizo los moleste, al cual temen tanto menos cuanto que creen tener el remedio a la mano; esa conducta hay que seguir, y más aún: por si una dolencia más fuerte nos ataca, proveámonos de los medicamentos que adormecen la parte dolorida.

La ocupación que precisa elegir en la vida solitaria, no debe ser de índole penosa ni ingrata; de otro modo, ¿para qué nos serviría haber buscado el reposo? Aquella depende del gusto particular de cada uno. El mío en manera alguna se acomoda al manejo de los negocios domésticos; los que de ellos gustan, entréguese con moderación:

Conentur sibi res, non se submittere rebus<sup>1</sup>.

De lo contrario, practícense un oficio servil, consagrándose con ahínco a la economía doméstica, como la llama Salustio. Esta, sin embargo, incluye algunas cosas que no son indignas, como el cuidado de los jardines, que según Jenofonte ocupaba a Ciro, y puede encontrarse un término medio entre aquella ocupación bajuna y la profunda y extrema desidia, que lo deja caer todo en el abandono, como acontece a muchos:

Democriti pecus edit agellos  
Cultaque, dum peregre est animus sine corpore velox<sup>2</sup>.

Oigamos el precepto que Plinio el joven da a Cornelio Rufo, su amigo, para vivir en el retiro: "Te recomiendo, le dice, que en esa completa y espléndida soledad en que vives dejes a tus gentes el abyecto y bajo cuidado doméstico; conságrate al estudio de las letras para sacar de él algo que te pertenezca por entero." Plinio alude a la reputación, de la cual tenía un concepto análogo al de Cicerón, quien quería emplear su soledad y apartamiento de los negocios en procurarse por sus escritos vida inmortal.

Usque adeone  
Scire tuum nihil est, nisi te scire hoc sciat alter?<sup>3</sup>

Parece cosa razonable, puesto que se habla de alejarse del mundo, que de él se aparte la vista por completo. Los que se curan de la fama, no la desvían sino a medias; ocúpense en hacer proyectos para cuando hayan salido de él;

<sup>1</sup> Intenten mejor hacerse superiores a las cosas que ser esclavos de ellas. HORACIO, *Epist.*, I, 1, 19.

<sup>2</sup> Los ganados pastaban las mieses de Demócrito, mientras su espíritu, separado de su cuerpo, viajaba por el espacio. HORACIO, *Epist.*, I, 12, 12.

<sup>3</sup> ¿Pues qué! ¿Vuestra ciencia no significa nada, si no se conoce de antemano que estáis dotados de ella? PERSIO, *Sát.*, I, 23.

mas el provecho de su designio pretenden sacarlo todavía fuera del mundo, del cual están ausentes merced a una contradicción ridícula.

La imaginación de las personas piadosas que por devoción buscan la soledad, llenando su ánimo con la seguridad de las promesas divinas en la otra vida, está más plenamente satisfecha que la de aquéllos. Proponiéndose como norma el servicio de Dios, objeto infinito en bondad y en poder, el alma halla siempre medio de aplacar sus deseos bien de su grado; las aflicciones, los dolores, conviértense para ellas en cosas provechosas empleadas en la conquista de la salud y dicha eternas; la muerte les procura el paso a un estado tan perfecto; la rigidez de su regla de vida se atenúa al punto por la costumbre, y los apetitos carnales se ven enfriados y adormecidos por la inacción, pues nada los aumenta más que el uso y ejercicio. Este solo fin de otra vida dichosamente inmortal, merece lealmente que abandonemos las comodidades y dulzuras de este mundo; y el que puede abrasar su alma con ardor de fe tan viva y esperanza tan grande por modo real y constante, créase en la soledad una existencia llena de goces y delicias muy por cima de toda otra suerte de vivir.

Ni el fin ni los medios del consejo que daba Plinio a Rufo me satisfacen; diríase que recaemos siempre de fiebre en calentura. La ocupación del estudio es tan penosa como cualquiera otra, e igualmente que las demás enemiga de la salud, que es cosa esencialísima, razón por la cual no hay que dejarse adormecer por el placer que aquél procura. El gusto que su pasión nos comunica es semejante al que pierde a los emprendedores, a los avariciosos, a los voluptuosos y a los ambiciosos. Los filósofos nos enseñan de sobra a guardarnos de la traición de nuestros apetitos, y a distinguir los verdaderos placeres de los que van mezclados y entreverados con mayor trabajo; pues la mayor parte de nuestros goces, dicen aquéllos, nos cosquillean y nos abrazan para luego estrangularnos, como hacían los ladrones que los egipcios llamaban *filistias*. Si el dolor de cabeza se apodera de nosotros antes de la borrachera, nos guardáramos de beber demasiado; mas el deleite, a fin de engañarnos, va delante y nos oculta las consecuencias. Los libros son gratos, pero si a causa de su frecuentación perdemos la alegría y la salud, que son nuestros mejores atributos, echémoslos a un lado; yo soy de los que creen que el fruto del estudio no puede compensar aquella pérdida. Del propio modo que los hombres que de antiguo se sienten debilitados por alguna indisposición concluyen por echarse en brazos de la medicina, y hacen que se les ordene un régimen de vida para practicarlo religiosamente, así quien se retira disgustado y aburrido de la vida común debe acomodar su vivir a los preceptos de la razón, ordenarlo premeditada y discursivamente. Debe despedirse de toda suerte de trabajo, de cualquier naturaleza que sea, y huir en general las pasiones enemigas de la tranquilidad del cuerpo y del alma, "eligiendo el camino que mejor se avenga con su carácter",

Unusquisque sua noverit ire via<sup>1</sup>.

En el gobierno doméstico, en el estudio, en la caza, en cualquiera otro ejercicio, puede llegarse hasta el último límite del placer y cuidar de no tocar más adentro, allí donde la pena comienza a tomar parte. En cuanto a ocupación y trabajo, bastan sólo los suficientes para mantenernos en vigor y librarnos de las incomodidades que acompañan a los que caen en el extremo de una ociosidad cobarde y adormecida. Hay ciencias que de suyo son estériles y espinosas; la mayor parte de ellas han sido forjadas para el mundo, y deben dejarse a los que al servicio del mundo se consagran. Para mi uso no gusto más que de

<sup>1</sup> PROPERCIO, II, 25, 38.

libros agradables y poco complicados, que me regocijen, o de los que me consuelan y contribuyen a ordenar mi vida y a disponerme a una buena muerte:

Tacitum silvas inter reptare salubres  
Curantem quidquid dignum sapiente bonoque est<sup>1</sup>.

Los hombres superiores pueden forjarse un reposo espiritual, puesto que están dotados de un alma vigorosa; la mía es vulgar, y precisa por ello que yo contribuya a mi sostenimiento, ayudándome con las comodidades corporales. La edad me ha desposeído de las que eran de mi agrado, y ahora trato de afinarme para disfrutar aquellas que más convienen a mis años. Es indispensable defender con garras y dientes el uso de los placeres de la vida, que la edad nos va arrancando sucesivamente:

Carpamus dulcia; nostrum est,  
Quod vivis: cinis et manes et fabule fies<sup>2</sup>.

En cuanto a perseguir como fin la gloria, según nos proponen Cicerón y Plinio, mi designio está bien lejos de ello. La disposición de ánimo que más se aparta del retiro, es precisamente la ambición; gloria y reposo son dos cosas que no pueden cobijarse bajo el mismo techo. A mi dictamen, aquéllos no tienen sino los brazos y las piernas fuera de la sociedad, su espíritu y su alma permanecen más que nunca amarrados al mundo:

Tun', vetule, auriculis alienis colligis escas?<sup>3</sup>

Sólo se han echado atrás para tomar carrera de un modo más seguro, para proveerse de un movimiento más fuerte y abrir así mejor la brecha entre la multitud. ¿Queréis convencerlos de que no se apartaron ni un ápice de las vanidades terrenas? Pongamos en parangón el parecer de dos filósofos y de dos sectas bien opuestas. Escribiendo el uno a Idomeneo y el otro a Lucilio, sus amigos, a fin de alejarlos del manejo de los negocios y grandezas de la vida: "Habéis vivido hasta ahora, les decían Epicuro y Séneca, nadando y flotando; venid a morir al puerto; habéis consagrado a la luz todo el tiempo que vivisteis; consagrad a la sombra lo que os resta. Es imposible dejar los negocios si al mismo tiempo no se deja el fruto; deshaceos, pues, de todo lo que se llama renombre y gloria, porque es posible que el resplandor de vuestras acciones pasadas os ilumine demasiado y os acompañe hasta vuestra gruta. Dejad con los otros deleites el que produce la alabanza del mundo, y que vuestra ciencia y vuestros merecimientos no os preocupen ya, que no quedarán sin recompensa si vosotros los superáis. Acordaos de aquel a quien preguntaron por qué razón se desvelaba tanto en alcanzar competencia en un arte de que casi nadie podía tener conocimiento: "Yo me conformo con poca cosa, respondió; con una persona me basta, y con ninguna también me basta", y decía bien. Vosotros y un amigo sois suficiente teatro el uno para el otro, o cada uno distintamente para vivir consigo mismo. Es una ambición cobarde el pretender alcanzar gloria de la ociosidad y del retiro; imitemos a los animales que borran la huella que marcaron con sus pasos a la entrada de sus guaridas. Lo que precisa buscar no

<sup>1</sup> Paseándome en silencio por los bosques, y ocupándome en todo aquello que merece los cuidados de un hombre cuerdo y virtuoso. HORACIO, *Epist.*, I, 4, 40.

<sup>2</sup> Gocemos; sólo los días que consagramos al placer nos pertenecen. Muy pronto no serás más que un puñado de ceniza, una sombra, una ficción. PERSIO, *Sát.*, V, 151.

<sup>3</sup> Viejo caduco, ¿trabajas sólo para distraer la ociosidad del pueblo? PERSIO, *Sát.*, I, 19.

es que el mundo hable de vosotros, sino que vosotros habléis con vuestras almas respectivas. Recogeos en vosotros mismos, mas preparaos previamente a encontraros en disposición de recibirlos; sería insensato el fiaros en vosotros si carecéis de fuerzas para gobernarlos. Hay ocasión de incurrir en falta lo mismo en la soledad que en el mundo. Hasta que la perfección resida en vuestras almas de tal suerte que lleguéis a asemejaros a las personas ante quienes jamás osarais incurrir en falta; hasta que poseáis el pudor y respeto de vosotros mismos, *obversentur species honestæ animo*<sup>1</sup>; aparezcan siempre a vuestra mente las figuras de Catón, Foción y Aristides, en presencia de los cuales, hasta los locos ocultarían sus faltas. Sin apartar la vista de ellos examinad vuestros actos; si éstos no son rectos, la reverencia de aquellos varones os conducirá al buen camino; ellos os sostendrán en la dirección verdadera, que no consiste sino en contentaros de vosotros mismos, en no buscar nada que de vosotros no provenga, en detener y sujetar vuestra alma en el recogimiento, donde pueda encontrar su encanto. Y habiendo ya comprendido cuáles son los verdaderos bienes, aquellos que se disfrutan mejor cuanto más rectamente se aprecian, conformarse con ellos, sin acariciar el menor deseo de aumentar el renombre." He aquí lo que preceptúa y aconseja la filosofía sencilla y verdadera, que en nada se parece a la otra, amiga de la ostentación y la charla, la cual patrocinaban Cicerón y Plinio el joven.

<sup>1</sup> Llenad vuestro espíritu de nobles imágenes. CICERON, *Tusc. quæst.*, II, 22.

ser hermoso, elocuente y buen bebedor. Demóstenes reponía que elogios semejantes convenían mejor a una dama, a un abogado o a una esponja, que a un rey:

Imperet bellante prior, jacentem  
Lenis in hostem<sup>1</sup>,

la profesión del cual no consiste precisamente en ser buen cazador o impecable bailarín:

Orabunt causas alii, cœlique meatus  
Describent radio, et fulgentia sidera dicent;  
Hic regere imperio populos sciat<sup>2</sup>.

Plutarco es todavía más explícito en este punto, y dice que mostrarse tan aventajado en esos méritos menos necesarios, es declarar a voces haber empleado mal el tiempo y el estudio que debieron consagrarse a cosas más necesarias y útiles. Filipo de Macedonia, después de oír cantar a su hijo Alejandro, a gusto de los mejores músicos: "¿No te da vergüenza, le dijo, cantar tan bien?" Un músico que discutía con el mismo Filipo de cosas tocantes a su arte, dijo al príncipe: "No quiera Dios, señor, que os acontezca la desgracia de llegar a ser más competente que yo en las cosas de mi oficio." Un soberano debe hallarse en el caso de responder lo que contestó Ificrates al orador que le censuraba en su invectiva, de esta suerte: "En suma, ¿quién eres tú para echarlas tan de valiente? ¿Eres guerrero, arquero, píquero? — No soy nada de eso, pero en cambio soy quien sabe mandar a todos los que has citado." Antístenes consideró como cosa de escasa monta en Ismenias, el que le ensalzara como flautista excelente.

Yo bien sé, cuando oigo a alguien que se detiene a encomiar el lenguaje de los *Ensayos*, cuál es su intento: me gustaría mejor que se callara: su propósito no es tanto ensalzar la elocución como deprimir el sentido, con tanta mayor ambigüedad, cuanto mayor es la malicia que la alabanza emplea. O yo me equivoco grandemente, o si muchos otros escriben con mayor profundidad que yo, malo o bueno, mi libro es de tal naturaleza que apenas hay ninguno en que se hallen acumulados mayor número de sustanciosos materiales, o al menos más copiosamente amontonados. Para dejar más lugar a las ideas echo mano sólo de las principales, y si en desarrollarlas me detuviera, multiplicaría muchas veces este volumen. ¡Cuántas citas he traído a colación que nada dicen en apariencia, y que meditadas con detenimiento darían lugar a ensayos numerosos! Ni estas citas, ni mis comentarios sirven solo de ejemplo, autoridad u ornato; no las considero exclusivamente por el uso que hago de ellas: muchas veces tienen otros fines, y pudieran ser la semilla de una materia más rica y más vigorosa, lo mismo para mí, que no quiero sacar mayor partido en los pasajes donde las coloco, que para quien bien penetre el sentido de lo que escribo.

Volviendo a la virtud parlera, diré que no establezco distinción alguna entre no saber más que expresarse mal o no saber sino hablar elegantemente. *Non est ornamentum virile, concinnitas*<sup>3</sup>. Dicen los filósofos que en punto a ciencia nada hay superior a la filosofía, y por lo que a los efectos toca, nada

<sup>1</sup> Que derribe por tierra al enemigo que le hace frente; que perdone al que está ya por tierra. HORACIO, *Carm. sæcul.*, v. 51.

<sup>2</sup> Hablen otros con elocuencia; armados del compás midan otros la ruta de los astros, cuando a él le basta con saber gobernar los imperios. VIRGILIO, *Eneida*, VI, 849.

<sup>3</sup> Un ordenamiento simétrico es cosa indigna del hombre. SENECA, *Epist.*, 115.

## CAPITULO XXXIX

### CONSIDERACION SOBRE CICERON

DEDUCENSE de los escritos de Cicerón y Plinio, poco semejante el de éste, a mi entender, al carácter de su tío, testimonios numerosos de la ambiciosa manera de ser ambos, entre los cuales figura el de solicitar sin ambages que los historiadores de su tiempo no los olviden en sus anales. El acaso, como por ironía, hizo llegar hasta nosotros la vanidad de tales súplicas, pero no las historias ni los panegíricos. Mas sobrepasa toda suerte de bajeza en personas de tal rango, la circunstancia de haber querido sacar partido para su gloria de la cháchara, hasta el punto de emplear en beneficio de aquélla las cartas privadas, escritas a sus amigos; de suerte que algunas, no habiendo sido enviadas a tiempo, no por ello dejaron de publicarlas, so pretexto de que no querían perder sus vigilias y trabajo. ¿Es acaso propio de dos cónsules romanos, magistrados, soberanos de la república gobernadora del mundo el ocupar los momentos de ocio en preparar con toda la lentitud necesaria, frase por frase, una misiva de que sacar la reputación de poseer a maravilla el lenguaje de sus nodrizas respectivas? ¿Qué podría hacer peor un simple maestro de escuela que con sus palotes ganara la vida? Si las empresas de Jenofonte y César no hubieran con mucho sobrepasado la elocuencia de ambos, creo que jamás las hubieran escrito; quisieron éstos recomendar lo que hicieron, no lo que escribieron, y si la perfección en el hablar pudiera añadir algo a la gloria de un personaje importante, Escipión y Lelio no hubiesen cedido el honor de las comedias que compusieron y las delicadezas todas de la lengua latina a un siervo africano: que tales obras sean de aquéllos, su belleza y excelencia lo pregonan de sobra, y el mismo Terencio lo confiesa. Por mi parte me desagradaría encontrar razones para creer lo contrario.

Constituye una especie de burla e injuria el querer enaltecer a un hombre por las cualidades que se avienen mal con su categoría, aunque tales prendas sean consideradas estimables desde otros puntos de vista; como por ejemplo, el alabar a un monarca como buen pintor o excelente arquitecto, y ni aun como buen arcabucero o maestro en el arte de correr sortija. Estos encomios no son honrosos ni dignos, si no se presentan en conjunto, después de los que son más pertinentes a los personajes a quienes se consagran, que deben ser la justicia y la ciencia de gobernar su pueblo, así en la paz como en la guerra. De tal suerte es Ciro digno de alabanza por el conocimiento de la agricultura, y Carlomagno por su elocuencia y penetración en todo lo relativo a las bellas letras. Yo he visto tener muy en poco sus estudios, desdeñar las ciencias y afectar una ignorancia que el pueblo no puede suponer en personas que pasan por competentes, las cuales se recomendaban por otras cualidades. Los compañeros de Demóstenes en la embajada que visitó a Filipo, alababan a este príncipe por

aventaja a la virtud, que generalmente es adecuada a todos los grados y a todos los órdenes de la vida.

Algo semejante a la vanidad de Cicerón y Plinio es la de Séneca y Epicuro; estos dos filósofos prometen también una duración eterna a las cartas que escriben a sus amigos, pero de modo diverso a la de aquéllos, prestándose por cumplir un servicio en pro de la vanidad ajena, pues los informan que si el interés de ser famosos en los venideros siglos los retiene todavía en el manejo de los negocios públicos, haciéndoles temer la soledad y el retiro, adonde quieren llamarlos para que no emprendan ocupaciones nuevas, añadiendo que sus actos pasados los acreditan para con la posteridad, y que las solas cartas que escribieran servirían para hacerles tan renombrados como sus acciones públicas. Salvo esta semejanza, las cartas de Séneca y Epicuro no están vacías de sentido ni son descarnadas como esas otras que no tienen mayor mérito que el de un delicado escogitamiento de palabras, amontonadas y ordenadas según una cadencia armoniosa, llenas de falsedades y bellos discursos de sapiencia; por ellas no se acreditan de elocuentes, sino de prudentes, y nos enseñan no a biendecir, sino a bien obrar. Desdeñemos la elocuencia por sí misma, la que no nos conduce a la práctica del bien. La de Cicerón, sin embargo, dicen que es de una perfección tan elevada, que por sí sola se avalora.

Añadiré todavía una anécdota relativa al gran orador, muy pertinente a lo que hablo, la cual nos hace conocer su naturaleza: teniendo necesidad de perorar en público, y como estuviera algo falto de tiempo para prepararse a su gusto, Eros, uno de sus esclavos, le anunció que la audiencia se había aplazado para el siguiente día; Cicerón recibió de ello tanto gozo, que dio libertad a su siervo por la buena nueva.

Sobre este asunto de epístolas, diré que mis amigos afirman que no me falta acierto para escribirlas; de buen grado hubiera adoptado la forma epistolar para dar cuerpo a mis improvisaciones, si hubiese tenido una persona con quien hablar. Erame preciso, y en otro tiempo la tuve, cierta comunicación que me atrajese y que me sustentase, pues dirigirse al viento, como algunos hacen, no lo haría ni por sueños; como tampoco forjaría nombres vanos para comunicar cosas serias, pues soy enemigo jurado de toda falsificación. Hubiera así permanecido más atento y seguro habiendo tenido un corresponsal inteligente y amigo, que contemplando los diversos aspectos de un pueblo; y, o mucho me equivoco, o hubiese sido más diestro en mis escritos. Mi estilo es naturalmente familiar y festivo, pero de forma que me es peculiar; improviso para las públicas negociaciones, como mi conversación; demasiado conciso, desordenado, cortado, particular, y nadie más inhábil que yo para escribir cartas de ceremonia de esas que no tienen mayor sustancia de la que encierra un bello amalgamamiento de palabras corteses. No poseo ni la facultad ni el gusto de esas dilatadas ofertas de afección y servicios, no creo en tantas dulzuras, y me disgusta traspasar los límites de lo que creo, lo cual está bien lejos del uso presente, pues en ninguna época se emplearon con mayor profusión ni se prostituyeron en tal grado las palabras vida, alma, devoción, adoración, siervo y esclavo. Todos estos dictados corren con frecuencia tanta que, cuando con ellos se quiere expresar algo de sincero y respetuoso, no se encuentra medio de conseguirlo.

Odio a muerte oír a los cumplimenteros, los cuales son razón sobrada para que yo inmediatamente adopte un tono seco, duro y francote, que inclina a quien me desconoce a considerarme como desdeñoso. Festejo más a los que cumplimento menos, y allí donde mi alma marcha con mayor regocijo olvida el camino de lo convencional, de los miramientos; ofrézcome por entero a aquellos a quienes pertenezco, y me muestro menos obsequioso a quien sin reserva al-

guna me he dado. Paréceme que a los que tal afección profeso deben leerla en mi corazón, y que la expresión de mis palabras sea más débil que los sentimientos que abrigo. Al desear la bienvenida, al despedirme, al dar las gracias, al saludar, al ofrecer mis servicios y en otras fórmulas verbales de las leyes ceremoniosas de nuestra urbanidad, mi torpeza de lengua compite con la del más inepto; y cuando por complacer a alguien he escrito alguna carta de recomendación, la persona a quien trataba de favorecer la encontró siempre floja e ineficaz. Los italianos son muy hábiles en esto de escribir misivas; yo tengo de ellas buen número de volúmenes: las de Aníbal Caro me parecen las mejores. Si conservase todo el papel que antaño emborronaba para las damas, cuando mi mano era guiada por la pasión, quizás se hallaría entre ello alguna página digna de ser conocida por la ociosa juventud de tal furor embaucada. Yo escribo mis cartas a escape, tan precipitadamente, que aunque mi caligrafía es insoportable, prefiero servirme de mi mano a buscar la ayuda de otra, pues no hallo quien me pueda seguir, y no las transcribo nunca. Las empiezo de buen grado, sin plan; la primera frase engendra la segunda. Las cartas que ahora se redactan más se componen de adornos y prefacios que de ideas. Como prefiero mejor escribir dos que doblar y cerrar una, encomiendo siempre a otra persona esta comisión. Lo propio me acontece cuando he dicho lo que tenía que decir, comisionaría de buena gana a otro para que añadiera esas largas arengas, súplicas y ofertas que colocamos al final. Yo deseo que alguna costumbre nueva nos libere de tal uso, como también de inscribir una dilatada lista de títulos y calidades a la cabeza de las epístolas; por ello he dejado a veces de enviar ciertas cartas principalmente a gentes que ejercían destinos de justicia o hacienda: tantas innovaciones en los empleos, la difícil distribución y ordenamiento de los diversos cargos honoríficos, habiendo sido caramente pagados, no pueden ser cambiados ni olvidados sin ofensa de la persona a quienes escribe. Me desagrada igualmente ver cómo se recarga el frontispicio de los libros que ahora salen con toda suerte de títulos.

CAPITULO XL<sup>1</sup>

COMO EL SENTIMIENTO DE LOS BIENES Y LOS MALES DEPENDE EN GRAN PARTE DE LA IDEA QUE DE ELLOS NOS FORMAMOS

LOS hombres, dice una antigua sentencia griega, se atormentan por las opiniones que se forman de las cosas, no por las cosas mismas. Mucho se ganaría para alivio de nuestra miserable condición humana si pudiera demostrarse la veracidad absoluta de esta proposición, pues si los males no penetran en nosotros sino por nuestro juicio, estaría en nuestra mano desdeñarlos o convertirlos en bienes. Si las cosas se nos doblegan, ¿por qué inquietarnos y no acomodarlas a nuestro provecho? Si lo que llamamos mal y tormentos no son tales cosas por sí mismos sino en tanto que nuestro ser los considera de ese modo, es indudable que reside en nosotros el poder de modificarlos; y residiendo en nuestro albedrío esa ventaja, somos locos de remate afligiéndonos, interpretándolos por el lado desventajoso, y considerando las enfermedades, la indigencia y los otros tormentos con amargura, pudiendo tomarlos dulcemente; hacer que lo que llamamos mal no lo sea por sí mismo, o por lo menos, tal cual es. Veamos hasta qué punto puede nuestra naturaleza modificar su alcance.

Si la esencia original de las cosas que tememos tuviera fuerza suficiente para dominarnos por su propia autoridad, es indudable que produciría en todos un efecto análogo, pues los hombres son todos de naturaleza idéntica, y con escasas diferencias se encuentran dotados de parecidos órganos e instrumentos, así para concebir como para juzgar; pero la diversidad de opiniones que encontramos al tratar del bien y del mal, muestran claramente que los males y los bienes no ejercen influencia en nosotros sino transformándose; unos los reciben, como por acaso, en su propia forma; mil otros les imprimen otra nueva y contraria. Consideramos la muerte, la pobreza y el dolor como nuestros principales enemigos, y sin embargo la primera, que algunos llaman la cosa más horrible entre las horribles, ¿quién no sabe que otros la nombran el único puerto de salvación en las miserias de esta vida, el soberano bien de la naturaleza, el solo apoyo de nuestra libertad, común y pronto remedio a todos los males? Y así como unos la aguardan temblando y con horror, otros la soportan con mayor gusto que la existencia. Lucano se queja de su facilidad y liberalidad para acabar con los humanos:

Mors, utinam pavidos vitæ subdecere nolles  
Sed virtus te sola daret<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> En la edición de Burdeos este capítulo es el XIV.

<sup>2</sup> ¡Oh muerte! ¡Pluguiera a los dioses que desdeñaras visitar a los cobardes y que la virtud sola pudiera alcanzarte! LUCANO, IV, 580.

Dejemos a un lado este valor heroico. Teodoro respondió a Lisímaco, que le amenazaba con darle la muerte: "Harás una cosa notable, equiparando tu hazaña con la de una cantárida." La mayor parte de los filósofos anticiparon voluntariamente la hora de su fin. Y vemos muchas gentes del pueblo, camino de él, y no de una muerte sencilla, sino llena de deshonra y a veces acompañada de crueles tormentos, que marchan sin inmutarse, unos por preconcebido designio, otros por temperamento natural; de tal suerte que nada se advierte en ellos, ningún cambio en su manera de ser ordinaria; unos ponen orden en sus negocios domésticos, se encomiendan a sus amigos, cantan, predicán, hablan con el público y a veces mezclan algún chiste, y beben a la salud de sus conocidos. En una palabra, acaban sus días con la misma serenidad que Sócrates.

Un hombre a quien conducían al patíbulo decía que le guardasen de pasar por cierta calle, porque temía ser atrapado por un comerciante a quien debía cierta cantidad. Otro decía al verdugo que no le tocara en la garganta, porque le haría desternillar de risa a causa de ser muy sensible a las cosquillas. Otro respondió a su confesor, que le prometía que aquel mismo día cenaría con nuestro Señor: "Mejor sería que le acompañara usted, porque yo ayuno." Otro que pidió de beber, como el verdugo lo hiciera primero, dijo que ya no quería de miedo de atrapar el mal venéreo. De todos es conocido el cuento del picardo a quien, encontrándose en las gradas del patíbulo, presentaron una joven para que se desposara, libertándole así, como nuestra justicia consiente a veces: el picardo dijo al verdugo, luego de haberla contemplado ligeramente, y de haber advertido que cojeaba: "¡Ahórcame! ¡ahórcame! que se tambalea." Refiérese que en Dinamarca, un hombre que había sido condenado a muerte, estando ya en el patíbulo, como le hicieran la misma proposición que al picardo, dijo que la joven que le ofrecían tenía las mejillas caídas y la nariz demasiado puntiaguda. Un sirviente de Tolosa, acusado de herejía, dio por toda razón de su creencia que profesaba las mismas ideas de su señor, joven escolar que estaba preso en su compañía, y consintió mejor morir con él que declarar que su amo pudiera equivocarse. Muchos habitantes de la ciudad de Arrás, cuando ésta fue conquistada por Luis XI, prefirieron ser ahorcados antes que gritar ¡Viva el rey! Entre las almas de los bufones ha habido algunos que no abandonaron su cínica licencia ni aun en la hora de la muerte. Uno a quien el verdugo iba a rematar, exclamó: "¡Bogue la galera!" Tal era su expresión favorita. Otro a quien habían acostado, próximo ya a morir, en un jergón tendido a lo largo de un banco de la cocina, como el médico le preguntase dónde sentía el mal: "Entre el banco y el hogar", contestó; y al sacerdote que buscaba los pies del enfermo para darle la extremaunción (el bufón los tenía contraídos por el mal), le dijo: "Los encontrará en el extremo de mis piernas." Como le exhortaran a que se encomendase a Dios: "¿Quién va a verle?", preguntó, y como le contestaran: "Tú mismo, si al Señor le place", replicó: "¿Iré mañana por la noche? — Encomiéndate a él, porque pronto estarás en su compañía. — Entonces, concluyó, mejor será que me recomiende yo mismo en persona."

Aun en el día, en el reino de Narsinga, las mujeres de los sacerdotes son enterradas vivas con los cuerpos de sus maridos; todas las demás son quemadas en los funerales de los suyos respectivos, consintiendo en ello con firmeza y alegría. A la muerte del rey, sus esposas, concubinas y favoritas, lo mismo que sus oficiales y servidores, que entre todos forman casi un pueblo, se presentan tan alegremente ante la hoguera donde sus cuerpos van a arder, que diríase que tienen a grande honor el acompañar a su amo. Durante nuestras últimas guerras de Milán, en las que tuvieron lugar peripecias de todas suertes, el pueblo, impaciente con tan variados cambios de fortuna, llegó a considerar la

muerte con tal indiferencia, que según oí referir a mi padre, se suicidaron hasta veinticinco ricos propietarios en una semana, accidente que recuerda el de los xantianos, quienes sitiados por Bruto, se precipitaron en tropel, hombres, mujeres y niños, con un apetito tan furioso de la muerte, que nada hicieron por escaparla, de tal suerte que apenas si Bruto logró salvar a unos cuantos.

Toda opinión es suficientemente fuerte para abrazarla y defenderla aun a costa de la vida. El primer artículo del valeroso juramento que Grecia mantuvo en las guerras médicas, consistió en que cada ciudadano prefiriese la muerte a la vida, mejor que cambiar las leyes griegas por las persas. ¡Cuántos se ven en la guerra de los turcos y griegos que aceptan con placer una muerte dura antes que descircuncidarse para recibir el bautismo! Ejemplo es éste que todas las religiones imitarían.

Habiendo los reyes de Castilla arrojado a los judíos de sus dominios, el rey Juan de Portugal vendióles por ocho escudos por cabeza el derecho de recogerse en sus Estados durante cierto tiempo, con la condición de que transcurrido éste tenían que marcharse, y el propio rey les prometía facilitarles barcos para que se trasladasen al Africa. Llegado el día de la partida, pasado el cual los que se quedaran debían ser considerados como esclavos, los barcos les fueron concedidos con harta economía; los que se embarcaron recibieron perverso trato de los marineros, quienes, aparte de otras varias indignidades, los llevaron por el mar de un lado a otro, unas veces hacia adelante y otras hacia atrás, hasta que hubieron consumido sus vituallas, y se vieron obligados a comprárselas a ellos a tan elevado precio, que cuando tocaron tierra, no les quedaba más que la camisa. La nueva de esta inhumanidad, cuando fue sabida por los que no se habían embarcado, dio por resultado que la mayor parte de ellos se resignaran a la servidumbre; algunos cambiaron aparentemente de religión. Manuel, sucesor de Juan, cuando llegó al trono les concedió primero la libertad, y cambiando luego de parecer, les ordenó que abandonarían el país consignándoles tres puertos para el pasaje. Esperaba, dice el obispo Osorio, el mejor historiador latino de nuestra época, que el favor de la libertad que les había devuelto no habiéndoles convertido al cristianismo, el peligro de ser víctimas del saqueo de los marineros, junto con el de abandonar un país a que estaban habituados y en el que eran dueños de grandes riquezas, para arrojarse en regiones extranjeras y desconocidas, los retendría. Mas viéndose engañado en su designio, porque los judíos deliberaron alejarse, les suprimió dos de los puertos que les había prometido para embarcarse, a fin de que la distancia y molestias del trayecto retuviera a algunos, o para que hubiese medio de amontonar a todos en un lugar determinado para poner en práctica un proyecto que había ideado, que fue el de ordenar que arrancasen de entre los brazos de los padres y de las madres todas las criaturas que tuvieran menos de catorce años, para trasladarlas lejos de la vista y dirección de las que los habían engendrado, en lugar donde fuesen adoctrinadas en la religión católica. Cuentan que tal medida fue origen de espectáculos terribles; la natural afección de padres e hijos, junto con el celo que sujetaba a éstos a sus creencias religiosas, combatían al par tan violenta orden, y se vio a padres y madres darse la muerte y arrojar sus criaturas en los pozos. A cometer actos tan horribles movíanles la compasión y la piedad, para que así escaparan al cumplimiento de la ley. En conclusión, expirado el plazo que el rey les había fijado, como tuvieran falta de medios para marcharse, entregáronse a la servidumbre. Algunos se hicieron cristianos; mas en su fe, aun hoy, que han transcurrido cien años, pocos portugueses tienen seguridad, aun cuando la costumbre y el transcurso del tiempo sean consejeros mejores para tales cambios que cualesquiera otras causas.

En la ciudad de Castelnaudary, cincuenta herejes albigenses sufrieron a la vez con valor indomable el ser quemados vivos antes que renegar de sus creencias. *Quoties non modo ductores nostri*, dice Cicerón, *sed universi etiam exercitus ad non dubiam mortem concurrerunt*<sup>1</sup>. He visto a uno de mis más íntimos amigos correr a la muerte con verdadera rabia; con afección tan intensa y tan arraigada en su corazón por causas diversas, que me fue imposible arrancárselas; y a la primera que a su imaginación se presentó, so pretexto de ideas de honor, se dio la muerte sin que pudieran conocerse los verdaderos motivos, con hambre tremenda y deseo ardentísimo. En nuestro tiempo hemos visto muchas personas, hasta criaturas, que por temor de alguna leve incomodidad han corrido hacia la muerte. Y a propósito de hechos análogos, dice un escritor antiguo: "¿Qué será lo que temamos, si hasta nos asusta aquello que la misma cobardía elige para su retiro?"

De trasladar aquí el registro de los individuos, hombres y mujeres de todas condiciones y de sectas diversas que aun en siglos más prósperos que el nuestro han aguardado la muerte sin miedo o buscándola de intento, e ido a su encuentro, no sólo para huir los males de esta vida, sino también para escapar simplemente al cansancio de la existencia, y otros por la esperanza de encontrar una vida mejor, no acabaría nunca. El número es tan grande, tan infinito, que será mejor citar sólo algunos de los que la han temido. Un día de fuerte tormenta se encontraba Pirro el filósofo en un barco, y mostró a los que veía más dominados por el miedo un cerdo que se mantenía tranquilamente, sin temor alguno, sin inquietarse nada por la tempestad. ¿Nos atrevemos, pues, a sostener que la razón humana, que tanto enaltecemos y por la cual somos dueños y emperadores del resto de las criaturas, haya sido puesta en el hombre sólo para servirle de tormento? ¿Para qué nos sirve entonces el conocimiento de las cosas si nos hace ser más cobardes? ¿Si con el conocimiento perdemos tranquilidad y reposo, adónde iríamos a parar sin él? ¿Y si nos hace inferiores al cerdo, cuyo ejemplo mostraba Pirro a los miedosos? La inteligencia de que hemos sido dotados para nuestro mayor bien, ¿la emplearemos para nuestra ruina, yendo en oposición del designio de la naturaleza y del orden universal de las cosas, las cuales ordenan que cada uno use de sus facultades y medios para su comodidad y en ventaja propia?

Concedo, se me dirá, que estos razonamientos sirvan para no atemorizarse ante la muerte. ¿Pero cuáles oponer a la indigencia y al dolor, que Aristipo, Jerónimo y la mayor parte de los sabios consideraron como el peor de los males? Y los que niegan la existencia del mal lo manifiestan por sus acciones. Encontrándose atormentado Posidonio por una enfermedad aguda, en extremo dolorosa, recibió la visita de Pompeyo, quien se excusó de haber escogido hora tan inoportuna para oír hablar al enfermo de filosofía. "No quiera Dios, respondió Posidonio, que el dolor tenga sobre mí fuerza bastante que me impida discurrir", y comenzó a disertar sobre el menosprecio del mismo; mas, sin embargo, el sufrimiento le oprimía, haciéndole exclamar: "¡Oh dolor, por más que me pruebes, no diré que seas un mal!" Este hecho, a que los estoicos dan importancia tan grande, ¿es por ventura un argumento contra el menosprecio con que debemos experimentar el dolor? Posidonio sólo niega la palabra. Si el aguijoneo del mal físico no le daña, ¿por qué interrumpe su discurso? ¿Por qué da importancia tanta al hecho simple de no llamarle un mal? Cuando nos encontramos bajo la influencia de la tortura física los razonamientos están de

<sup>1</sup> ¡Cuántas veces corren hacia una muerte segura no ya sólo los generales, sino ejércitos enteros! CICERÓN, *Tusc. quest.*, I, 37.

más. En nuestro poder sólo reside opinar del resto. La realidad verdadera des-  
empeña aquí su papel. Nuestros propios sentidos son los jueces de él:

Qui nisi sunt veri, ratio quoque falsa sit omnis<sup>1</sup>.

¿Por ventura podemos persuadir a nuestra piel de que los latigazos le hacen  
cosquillas, ni a nuestro paladar de que el áloe sea vino generoso? El cerdo de  
Pirro puede servir aquí de ejemplo adecuado; el animal estaba impávido ante  
la muerte, pero si le hubieran sacudido, se habría quejado. ¿Acaso reside en  
nuestra mano el poder de ir contra la ley general de la naturaleza, que domina  
en todo cuanto existe bajo el firmamento, dejando de estremecernos bajo el  
peso del dolor? Hasta los árboles parece que gimen cuando se les hiere. La  
muerte no se siente más que por raciocinio, por ser un hecho que se realiza  
en un instante.

Aut fuit, aut veniet; nihil est præsentis in illa:  
Morsque minus pœnæ quam mora mortis habet<sup>2</sup>.

Mil hombres, mil animales, mueren antes que se hagan cargo de encontrarse  
amenazados por la muerte. Lo que tememos en ella es el dolor que siempre  
la precede. Sin embargo, si damos crédito a un padre de la Iglesia, *malam  
mortem non facit, nisi quod sequitur mortem*<sup>3</sup>: yo me atrevería a suponer  
que ni lo que precede a la muerte, ni lo que la sigue guarda relación con ella  
para nuestro espíritu.

Buscamos para excusarnos pretextos que no tienen fundamento alguno;  
por experiencia creo que la idea de la muerte es lo que nos hace impacientes  
al dolor, y que la sentimos doblemente cruel porque nos amenaza con su golpe.  
Mas la razón acusa nuestra cobardía, que nos hace temer cosa tan repentina,  
tan inevitable, tan insensible. Los males que no tienen gran trascendencia no  
los consideramos como tales: el dolor de muelas o la enfermedad de gota, por  
cruels que sean, como no matan, no los miramos como enfermedades.

Ahora bien; supongamos que en la muerte consideramos sólo el dolor;  
como también la pobreza nada que temer ofrece sino el mismo dolor, al cual  
nos empuja por la sed, el hambre, el frío, el calor y todos los otros males que  
forman su séquito; limitémonos, pues, a hablar del dolor. Concedo de buen  
grado que sea la desgracia mayor de nuestra vida, pues soy de los que más le  
detestan y de los más le huyen, por no haber tenido hasta el presente, gracias  
a Dios, gran comercio con él; yo creo que en nosotros reside, si no el poder de  
reducirlo a la nada, al menos el de debilitarlo por la paciencia, y el de alcan-  
zar, a pesar de los sufrimientos corporales, que el alma y la razón se mantengan  
resistentes y bien templadas. Si tal poder no estuviera en nuestra mano, ¿a qué  
serviría enaltecer el vigor, el valor, la fuerza, la magnanimidad y la resolución?  
¿Cuál sería el empleo que daríamos a esas virtudes excelsas, si no hubiera su-  
frimiento que desafiar? *Avida est periculi virtus*<sup>4</sup>: Si no hubiera duras penali-  
dades que sufrir; si no se pudiera resistir a pie firme el calor abrasador del

<sup>1</sup> Si la impresión de nuestros sentidos no es verdadera, la razón tampoco lo es. LUCRECIO, IV, 485.

<sup>2</sup> Lo ha sido o lo será; nada de presente hay en ella. (La Boétie, sátira dirigida a Montaigne). Menos cruel es estar ya muerto que hallarse esperando el fin de la vida\*.

\* OVIDIO, *Epístola de Ariadna a Teseo*, 89.

<sup>3</sup> La muerte no es un mal sino por lo que la sigue. SAN AGUSTIN, *de Civit. Dei*, I, 11.

<sup>4</sup> La virtud ansía el peligro. SENECA, *de Providentia*, c. 4.

mediodía, alimentarse de carne de burro o de caballo, verse cortar en pedazos  
y extraer una bala de los huesos, sufrir el cauterio y la sonda, ¿dónde estaría  
la superioridad que pretendemos tener sobre el vulgo? Difícil es escapar al  
influjó del dolor y al mal, por eso sientan los filósofos que entre los actos  
igualmente laudables debe preferirse la práctica del que mayor pena ocasione.  
*Non enim hilaritate, nec lascivia, nec risu, aut joco, comite levitatis, sed sæpe  
etiam tristes firmitate et constantia sunt beati*<sup>1</sup>. Por esta razón también creyeron  
nuestros padres que las conquistas realizadas a viva fuerza, por el azar de la  
guerra, eran superiores y más valederas que las que se llevan a cabo mediante  
la seguridad completa y las negociaciones diplomáticas.

Lætius est, quoties magno sibi constat honestum<sup>2</sup>.

Es una razón que recae en ayuda de nuestro consuelo el considerar que cuando  
el dolor es violento suele ser corto, y que si es de larga duración suele ser  
ligero; *si gravis brevis; si longus levis*<sup>3</sup>. Experimentándolo con vigor no se  
siente mucho tiempo, pues al fin, o acabará el mal o la persona será la que  
concluya: uno y otro vienen a ser lo mismo; cuando el dolor no se soporta, él  
se encarga de ser el vencedor. *Memineris maximos morte finire; parvos multa  
habere intervalla requietis; mediocrium nos esse dominos: ut si tolerabiles sint,  
feramus; sin minus, e vita, quum ea non placeat, tanquam e theatro, exeamus*<sup>4</sup>.  
La causa de que seamos débiles para soportar el mal reside en que no estamos  
habituados a buscar en el alma nuestro principal contento; en que en ella no  
nos fundamentamos en tanto grado como debiéramos. El alma es dueña sobe-  
rana de nuestra condición. El cuerpo no tiene, con escasa diferencia, más que  
un solo modo, un solo medio; el alma es variable en toda suerte de formas y  
dirige hacia ella y a su estado, cualesquiera que éstos sean, los accidentes e im-  
presiones del cuerpo; por tanto, precisa estudiarla y despertar en ella sus resor-  
tes, que son todopoderosos. No hay razón, prescripción ni fuerza que resistan  
a su inclinación y voluntad. De tantos y tantos medios como tiene a su dispo-  
sición, démosla uno adecuado a nuestra conservación y reposo, y con ello nos  
veremos no sólo a cubierto de todo daño, sino hasta mejorados con su concurso  
de las ofensas y de los males. Todo puede el alma convertirlo en su provecho:  
el error, los sueños, pueden servirla útilmente como materia propicia a resguar-  
darnos, y a proporcionarnos contento. Fácilmente puede reconocerse que lo que  
en nosotros aguja el dolor o hace más intensos los placeres es el aguijón de  
nuestro espíritu. Los animales, en quienes no reside tal fuerza, dejan al cuerpo  
sus sentimientos libres e ingenuos, que son, por consiguiente, iguales en cada  
especie, con escasas diferencias, como muestran por la semejante aplicación de  
sus movimientos. Si nosotros no alterásemos en nuestros órganos la función  
que les es inherente, es muy probable que estaríamos mejor, pues la naturaleza  
les ha dado un temple justo y moderado, lo mismo hacia el placer que hacia el

<sup>1</sup> No es con la alegría y los placeres, con los juegos y las carcajadas, ordinario séquito de la frivolidad, como se es dichoso; las almas austeras encuentran la felicidad en la constancia y en la firmeza. CICERON, *de Finibus*, II, 10.

<sup>2</sup> La virtud es tanto más dulce cuanto mayores esfuerzos nos cuesta. LUCA-  
NO, IX, 404.

<sup>3</sup> CICERON, *de Finibus*, II, XXIX.

<sup>4</sup> Recuerda que los grandes dolores acaban con la muerte; que los sufrimientos morales dejan intervalos tranquilos, y que somos capaces de dominar los medianos. Cuando éstos sean tolerables los soportaremos pacientemente; si se asemejan a un lugar que nos enoja, saldremos de él como se sale de un teatro. CICERON, *de Finibus*, I, XV.



dolor, el cual temple no puede menos de ser equitativo siendo uno mismo para uno y otro. Pero puesto que nos hemos emancipado de sus reglas para abandonarnos a la vagabunda libertad de nuestras fantasías, ayudémonos al menos a plegarlas del lado más agradable. Teme Platón que el dolor y el placer nos atraigan de una manera demasiado viva, lo cual se explica considerando que, según este filósofo, existe una perfecta unión entre el alma y el cuerpo; yo no participo de tal creencia. Así como el enemigo se encarniza más cuando huímos, así el dolor se enorgullece cuando nos tiene bajo su dominio. Más soportable será para quien le haga frente; es preciso que oponamos contra él toda suerte de resistencias. Si nos echamos atrás, si nos acobardamos, no hacemos más que llamarle y atraer la ruina que nos amenaza. Del propio modo que el cuerpo soporta y se hace más resistente a la fatiga sometiendo a duras pruebas, el alma adquiere también con los trabajos la fortaleza.

Pero vengamos a los ejemplos, que constituyen la materia más adecuada para las gentes que como yo no tienen grandes fuerzas, y encontraremos en ellos que con el dolor acontece lo mismo que con las piedras preciosas, las cuales muestran un brillo más o menos intenso, según el lugar donde se las coloca; así el dolor en el hombre no ocupa mayor espacio que el que se le consiente. *Tantum doluerunt, quantum doloribus se inseruerunt*<sup>1</sup>. Mayor mal nos ocasiona un lancetazo del cirujano que diez pinchazos recibidos en el calor del combate. Los dolores de parto, considerados por los médicos y por Dios mismo como de tanta gravedad, y que nosotros soportamos con mil alaridos, hay pueblos enteros que los resisten como si tal cosa. Y no hablemos de las mujeres de Lacedemonia. Entre las suizas, esposas de nuestros soldados, ¿qué alteración se encuentra cuando dan a luz? Marchando en pos de sus maridos se las ve que llevan hoy cargado en las espaldas el muchacho que ayer aun tenían en el vientre. ¿Y qué decir de esas gitanas que vemos en nuestros lugares, que por sí mismas lavan los hijuelos que acaban de nacerles, y toman sus baños en los ríos más próximos? Dejando a un lado tantas y tantas mujeres que destruyen sus criaturas en la generación lo mismo que en la concepción, ¿qué decir de aquella noble esposa de Sabino, patricio romano, que por cuidado del interés ajeno, soportó sola, sin auxilios, voces ni gemidos, el parto de dos gemelos? Un muchachuelo de Lacedemonia que había robado un zorro y ocultádolo bajo sus vestiduras, sufrió mejor que le destrozara el vientre que el ser descubierto. Hay que advertir que en Lacedemonia se temía más la vergüenza de pasar por desmañado de lo que nosotros tememos el castigo de nuestra maldad. Otro que incensaba el ara de un sacrificio, consintió en dejarse abrasar hasta los huesos por un carbón que le cayó en la bocamanga de su túnica antes que perturbar la ceremonia. Otros hubo, en gran número, que por poner a prueba su virtud, conforme a las costumbres de su país, sufrieron a la edad de siete años el ser azotados hasta la muerte, sin que por ello ni siquiera se alterase su mirada. Cuenta Cicerón que los vio atacarse en tropel con fiereza y rabia tales, haciendo uso de pies, manos y dientes para la lucha, que perdían el sentido antes que darse por vencidos. *Nunquam naturam nos vinceret; est enim ea semper invicta: sed nos umbris, deliciis, otio, languore, desidia, animum infecimus; opinionibus maloque more delinitum molivimus*<sup>2</sup>. De todos es conocida la ac-

<sup>1</sup> Quanto más el hombre se deja dominar por el dolor, más éste le atormenta. SAN AGUSTIN, *de Civit. Dei*, I, c. 10.

<sup>2</sup> Jamás la naturaleza podrá ser vencida por la costumbre, porque aquélla es invencible; mas entre nosotros se halla corrompida por la molición, los deleites, la ociosidad y la indolencia. La idea de la naturaleza ha sido falseada por opiniones erróneas y por hábitos detestables. CICERON, *Tusc. quæst.*, V, 27.

ción de Mucio Scévola, el cual habiéndose internado en el campo enemigo para matar al jefe, no pudo lograr su intento; y viéndose obligado a declarar a Por-sena, para dejar ileso el honor de su patria, no ya sólo su designio, sino además que había en el campo gran número de romanos cómplices de su empresa, todos de su mismo temple, dijo que no los descubriría; luego, para dar una muestra del vigor de su alma hizo que le llevaran un brasero en el cual puso su brazo hasta achicharrárselo, y allí lo dejó hasta que el enemigo mismo horrorizado ordenó retirar el fuego. ¿Qué decir del que sufrió la amputación de un miembro sin interrumpir la lectura de un libro que tenía en la mano? ¿Y también de otro que se obstinó en reírse y burlarse a saciedad de los tormentos que le inferían hasta el punto de que irritada la crueldad de sus verdugos le dejaron libre? Este hombre era un filósofo. Pero hasta un gladiador de César sufrió riendo los suplicios más horribles: *Quis mediocris gladiator ingemuit? quis vultum mutavit unquam? Quis non modo stetit, verum etiam decubuit turpiter? Quis quum decubisset, ferrum recipere iussus, collum contraxit?*<sup>1</sup>

Hablemos ahora de las mujeres. ¿Quién no ha oído el caso, en París, de una que se hizo arrancar la piel sólo porque su cutis adquiriera mayor frescura? Hay quien se ha hecho arrancar los dientes teniéndolos sanos, con objeto de poseer una voz más blanda y pastosa, o también para colocarlos de modo más conveniente. ¡Cuántísimos ejemplos de menospreciar el dolor podemos contar parecidos! ¿Qué nos hacen, adónde no llega el poder de las mujeres por poco que se trate de mejorar, o de hacerlas esperar prosperidad en su belleza?

Vellere quis cura est albos a stirpe capillos,  
Et faciem dempta pelle referre novam<sup>2</sup>.

He visto algunas que comían arena o ceniza con objeto de estropearse el estómago y adquirir así palidez. Para formarse un talle esbelto, ¿qué suplicios no sufren, apretándose y ciñéndose los costados con cinturones crueles hasta que les sale la carne viva, y algunas veces hasta encontrar la muerte?

Vese con frecuencia en muchos países de nuestro tiempo que algunos se infieren heridas para dar fe a su palabra. Nuestro rey cuenta ejemplos notables de los que vio en Polonia, y tuvo ocasión de examinar de cerca. Aparte de lo que había sido imitado en Francia por algunos, cuando regresé de los famosos Estados de Blois, poco antes había yo visto una muchacha en Picardía, quien, para testimoniar la sinceridad de sus promesas, al par que su constancia, se hirió con la aguja que llevaba en la cabeza, infiriéndose en el brazo cuatro o cinco hendiduras profundas que la hicieron castañetear la piel y manaban abundante sangre. Los turcos se hieren profundamente por sus damas, y con el fin de que las huellas de las cortaduras permanezcan, se aplican en ellas hierro candente, que dejan sobre las heridas un tiempo increíble para detener la sangre y que la cicatriz se forme; personas que lo han visto me lo han contado y me han jurado ser verdad: por la cantidad de diez maravedises encuéntrase todos los días entre ellos quien esté dispuesto a darse una profunda cuchillada en el brazo o en los muslos. Me congratula encontrar más a la mano testimonios que nos conciernen más; la cristiandad nos los procura en grado suficiente, y después del ejemplo de Jesucristo Nuestro Señor, hubo muchas personas que

<sup>1</sup> El último de los gladiadores, ¿gimió alguna vez o cambió de fisonomía? ¿Qué arte en su caída misma para ocultar la vergüenza a los ojos del circo! Derribado ya, a los pies de su adversario, ¿vuelve siquiera la cabeza al ordenársele recibir el golpe mortal? CICERON, *Tusc. quæst.*, II, 27.

<sup>2</sup> Hay quien tiene el valor de arrancarse los cabellos grises y de sacarse tiras de la cara para que le salga un cutis nuevo. TIBULO, I, 8, 45.

por devoción quisieron llevar la cruz a cuestras. Por testimonio muy digno de crédito sabemos que el rey San Luis no dejó los cilicios hasta que en su vejez su confesor le dispensó de ellos, y que todos los viernes se hacía flagelar las espaldas por su limosnero con cinco cadenillas de hierro que para este uso llevaba siempre consigo en una caja.

Guillermo, nuestro último duque de Guiena, padre de Leonor, que cedió el ducado a las casas reales de Francia e Inglaterra, llevó por penitencia los diez o doce últimos años de su vida una coraza bajo el hábito de religioso. Foulques, conde de Anjou, fue a Jerusalén, y cuando se encontraba en los santos lugares hizo que dos criados le azotasen, con la cuerda al cuello, ante el sepulcro de Nuestro Señor. Pero, ¿qué más? ¿No vemos hoy mismo el día de viernes santo, en diversos pueblos, un gran número de hombres y mujeres que se atormentan hasta desgarrarse la carne y dejar los huesos al descubierto? Yo lo he visto muchas veces sin placer. Y he oído asegurar que hay quien, mediante cierta cantidad, garantiza la religión de otro, desdeñando así el dolor con tal valor, que más les aguijonea la devoción que la codicia. Quinto Máximo enterró a su hijo, que era cónsul; Marco Catón al suyo, a quien habían elegido pretor, y Lucio Paulo a dos de los suyos en pocos días, todos con continente sosegado, sin que nada en ellos acusara quebranto ni duelo. Yo dije antaño, bromeando, de una persona, que había dado un chasco a la divina justicia, pues habiendo perdido de muerte violenta, el mismo día, tres hijos ya crecidos, poco faltó, sin embargo, para que quien tal prueba experimentó no la considerase como especial favor y singular gratificación del cielo. No tengo yo tanta fuerza de alma, pero he perdido, estando todavía en nodriza, dos o tres criaturas, si no sin sentirlo, al menos sin contrariedad mayor. Y, sin embargo, pocas desgracias hay que lleguen a los hombres más a lo vivo que la pérdida de los hijos. Veo en el mundo otras frecuentes ocasiones de aflicción, que apenas lamentaría si sobre mí pesaran, y aun aquellas que los hombres más lamentan. Por ello no osaría alabarme sin que sintiera rubor. La opinión de las gentes ejerce un imperio tiránico y sin medida. *Ex quo intelligitur non in natura, sed in opinione, esse aegritudinem*<sup>1</sup>. ¿Quién buscó jamás la seguridad y el reposo con el ahínco que César y Alejandro fueron en pos de la inquietud y las dificultades? Térez, padre de Sitalce, solía decir que cuando no hacía la guerra le parecía que no había diferencia alguna entre él y su palafranco. Ejerciendo Catón las funciones de cónsul, para asegurarse el dominio de algunas ciudades de España, prohibió a los habitantes de las mismas que llevaran armas consigo; esto bastó para que un gran número de españoles se dieran la muerte: *ferox gens nullam vitam rati sine armis esse*<sup>2</sup>. De muchos sabemos que abandonaron la tranquilidad de una vida dulce y sosegada entre sus amigos para marcharse a los desiertos inhabitables, donde se complacieron en hacer vida vil, baja y abyecta, y donde encontraron goces y delicias inefables. El cardenal Borromeo, que murió poco ha en Milán, prefirió a la regalada existencia a que le convidaban su nobleza, grandes riquezas, la atmósfera de Italia y su juventud, una vida de austeridad tal, que llevaba en invierno idéntica vestidura que en estío; dormía sobre unas pajas, y las horas que las ocupaciones de su cargo le dejaban libre, consagrábala al estudio continuo, arrodillado, tomando por todo alimento un poco de pan y agua que tenía al lado del libro que leía: tales eran sus banquetes y el tiempo que a ellos dedicaba.

<sup>1</sup> Por donde puede verse que la aflicción no es un efecto de la naturaleza, sino de nosotros mismos. CICERÓN, *Tusc. quest.*, III, 28.

<sup>2</sup> Pueblo feroz, no juzgaba posible la vida sin los combates, TITO LIVIO, XXXIV, 17.

Yo sé de alguien que a sabiendas ha sacado provecho y ventaja para su mejoramiento y prosperidad de que su mujer le coronara, cosa cuya sola idea horroriza a tantas gentes.

Si la vista no es el más necesario de nuestros sentidos, es por lo menos el más deleitoso; los más voluptuosos y útiles de nuestros órganos son quizás los que sirven para engendrarnos, sin embargo de lo cual, muchas gentes ha habido que les tomaron odio mortal, por la razón misma de contribuir al placer, y se los amputaron a causa de su valer. Lo mismo pensaba de los ojos el que se los saltó. La mayor parte de los hombres y la más sana tienen a dicha grande la abundancia de hijos; yo y algunos otros opinamos de opuesto modo. Preguntado Thales por qué no se casaba, respondió que no quería dejar descendientes.

Que nuestra opinión dé precio a las cosas, vese teniendo en cuenta las muchas que no nos interesan sino en cuanto tienen relación con nuestras personas; nosotros no consideramos ni los méritos ni la utilidad de aquéllas; sólo vemos el trabajo que nos cuesta el alcanzarlas, cual si esto fuera una parte de su sustancia. Llamamos valor en ellas, no precisamente a las ventajas que nos proporcionan, sino sólo a las que nosotros las concedemos. En vista de lo cual, entiendo que somos económicos en el gasto de nuestras fuerzas: tanto la cosa pesa, tanto sirve, por lo mismo que nuestra apreciación le concede valor. Queremos que el interés que tenemos por ellas las avalore: el precio da valor al diamante; la dificultad a la virtud; el dolor a la devoción, y el amargor al medicamento. Tal, por llegar a la pobreza, arrojar sus escudos en el mismo mar que tantos otros sondean por todas partes para encontrar riquezas. Epicuro dice que el ser rico no es alivio, sino simplemente cambio de cuidados. Y en verdad que no es la escasez, sino la abundancia lo que da margen a la codicia. Diré aquí lo que yo mismo he experimentado en este particular.

Después de salir de la infancia he vivido en tres condiciones de fortuna diferentes. La primera, que ha durado cerca de veinte años, la pasé sin otros medios que los fortuitos, dependiendo de las órdenes y ayuda de otro, sin rentas ni recursos seguros. Mis gastos los hacía tanto más alegremente y con norma tanto menor cuanto que el fundamento de los mismos era el azar de la fortuna. No recuerdo haber estado nunca mejor. Jamás me sucedió encontrar cerrada la bolsa de mis amigos, prometiéndome yo siempre, por cima de cualquiera otra necesidad, no dejar de pasar el plazo que me había impuesto para pagar la deuda. De suerte que la lealtad obligábame a ser económico. Experimento cierto gozo cuando pago, como si descargara mis hombros de un peso enojoso, y de una imagen de la servidumbre, de la propia suerte que me cosquillea el contento cuando realizo una acción justa o contribuyo a la alegría ajena. Y no hablo de aquellos pagos en que precisa contar y regatear, los cuales, cuando no encuentro una persona a quien encomendarlos, los aplazo vergonzosamente cuanto puedo por temor del altercado a que ni mi carácter ni mi modo de hablar se prestan en modo alguno. No hay nada que yo odie tanto como el regateo, que considero como un puro comercio de gitanería y desvergüenza; después de una hora de debate y de palabras inútiles, comerciante y comprador abandonan su palabra y juramentos por la módica suma de cinco cuartos de más o de menos. Así es que siempre pedía yo dinero prestado con desventaja, pues no osando solicitarlo en persona lo hacía por escrito, lo que me parecía menos penoso, pero en cambio hacía más fácil rechazar el servicio solicitado. El éxito de mi petición encomendábalo a los astros, con alegría y libertad mayores que andando el tiempo no he puesto en la previsión ni en el buen sentido. La mayor parte de las personas ordenadas, juzgan horrible vivir así en las incertidumbre, mas no advierten que casi todo el mundo vive

de este modo; ¡cuántos hombres honrados han dejado lo cierto por lo dudoso y siguen dejándolo todos los días por buscar el favor de los monarcas y el de la fortuna! César contrajo deudas por valor de un millón de oro, además de haber gastado su caudal personal, por llegar a ser emperador; ¡y cuántos comerciantes hay que comienzan su tráfico vendiendo su alquería, cuyo importe envían a las Indias!

Tot per impotentia freta!<sup>1</sup>

Vemos, en una época tan poco devota como la nuestra, mil y mil congregaciones que pasan gratamente su existencia esperando todos los días de la liberalidad celeste lo más indispensable para la vida. En segundo lugar, no echan de ver aquellas personas que la certidumbre en que se fundan no es menos incierta que el mismo acaso. Yo veo tan cerca la miseria más allá de los dos mil escudos de renta, como si la carencia de recursos me alcanzara; pues aparte de que la suerte puede abrir cien huecos a la pobreza, al través de nuestras riquezas no existe a las veces diferencia alguna entre la suprema y la ínfima fortuna:

Fortuna vitrea est: tum quum splendet frangitur<sup>2</sup>.

La casualidad puede deshacer de un soplo todas nuestras fortificaciones y medios de defensa; tan ordinariamente se ve la indigencia entre los que poseen bienes, como entre los que no los poseen; la indigencia no es más soportable cuando está sola, que cuando va acompañada de riquezas, las cuales más dependen del orden que de la abundancia de bienes: *faber est suæ quisque fortunæ*<sup>3</sup>. Me parece más miserable un rico disgustado, necesitado, ocupado constantemente en sus negocios, que quien es pobre solamente. *In divitiis inopes, quod genus egestatis gravissimum est*<sup>4</sup>. Los príncipes más poderosos y ricos suelen verse empujados por la pobreza y la escasez a la necesidad más extrema. ¿Hay necesidad mayor que la de convertirse en injustos y usurpadores tiranos de los bienes de sus súbditos?

Mi segunda manera de vida fue la de tener dinero, en la posesión del cual tomé empeño e hice pronto provisiones importantes, dadas mi fortuna y condición. Estimando que no podía llamarse tener sino cuando se posee mucho más de lo que se gasta de ordinario, y que no puede uno fiarse en los intereses que están por venir, aun cuando su recepción sea poco dudosa, porque, decía yo para mis adentros, todo es necesario, por si cualquier accidente imprevisto me sorprende. De acuerdo con precauciones tan vanas y absurdas iba yo economizando para proveer con la reserva superflua a todos los acontecimientos venideros, y sabía responder a quien me argumentaba contra mi conducta, que en la vida es infinito el número de dificultades que surgen imprevistas y que si el dinero no servía para hacer frente a todas, aliviaba al menos la mayor parte. Además, yo no hacía tales declaraciones sin ser forzado a ello previamente; convertía en secreto mi riqueza, y yo que gusto tanto hablar de todo cuanto conmigo se relaciona, no decía palabra de mi dinero sino para mentir, como hacen los que quieren pasar por pobres siendo ricos,

<sup>1</sup> Al través de tantos mares tempestuosos. CATULO, IV, 18.

<sup>2</sup> Y de la propia suerte que tiene el brillo del cristal con igual facilidad se quiebra. *Ex Mimis Publii Syri*.

<sup>3</sup> Cada cual es el artífice de su propia fortuna. SALUSTIO, *de Rep. ordin.*, I, 1.

<sup>4</sup> Nada hay más digno de compasión que la indigencia en el seno de las riquezas. SENECA, *Epíst.*, 74.

o viceversa, los que quieren aparentar riqueza siendo pobres, dispensando su conciencia de testimoniar sinceramente lo que poseen. ¡Prudencia ridícula y vergonzosa, en verdad! ¿Iba a emprender un viaje? Nunca me parecía llevar recursos suficientes; y cuanto más cargaba mi gaveta, más aumentaba mi tranquilidad; unas veces por la poca seguridad de los caminos, otras por no tener confianza en los que conducían mi bagaje, del cual, como acontece a otras personas que conozco, no estaba seguro sino cuando lo tenía delante de mis ojos. ¿Dejaba mi bolsa en casa? ¡Qué número de sospechas y malos pensamientos!, y, lo que es peor todavía, sin osar comunicárselos a nadie. Mi mente iba por doquiera unida a mi tesoro; jamás se apartaba de él. Todo considerado, cuesta más trabajo guardar el dinero que adquirirlo. Si mis cuidados no eran tan grandes como llevo dicho, por lo menos me era bien difícil desposeerme de ellos. Ventajas ni provechos procurábame pocos o ninguno; por haber más recursos de que echar mano, la riqueza no me pesaba menos; pues, como decía Bion, el cabelludo como el calvo se enfadan lo mismo cuando les arrancan el pelo; y luego de estar acostumbrados a tener la idea fija sobre cierto tesoro, el oro ya no está a vuestro servicio; ni siquiera osaréis tocarlo; se convierte en un edificio que se vendrá abajo con sólo llegarle con las manos. Preciso es que la necesidad os ahogue para deciroslo a empezarlo. En mi primera manera de vivir empeñaba yo mi ropa, o vendía un caballo con mucha mayor facilidad y contrariedad menor que no hubiera sacado un maravedí de aquella bolsa querida que tenía de reserva. Pero el mal estaba en la dificultad de poner un límite determinado al deseo constante del guardar (¡es tan difícil el señalar los confines de las cosas que se creen buenas!) y el detenerse en la economía razonable... Constantemente vase engruesando el montón y aumentándolo hasta el punto de privarse villanamente del disfrute de sus propios bienes, y se hace consistir todo el goce supremo en el guardar y en no gastar nada. Según esta cuenta, las gentes de mayores recursos son las que cobran los impuestos de puertas en las grandes ciudades. Todo hombre adinerado es avaricioso, a mi manera de ver. Platón coloca en el orden siguiente los bienes corporales o humanos: salud, belleza, fuerza y riqueza; y la riqueza, añade, no es ciega sino muy clarividente cuando la prudencia la ilumina. Dionisio, el hijo, tuvo un rasgo ingenioso: advertido de que uno de sus siracusanos había ocultado en la tierra un tesoro, dijo al avaro que se lo llevara, lo cual hizo éste; pero sin que Dionisio lo echara de ver, pudo reservarse una parte, con la que se fue a vivir a otra ciudad, en la cual, como hubiera perdido el hábito de atesorar, vivió liberalmente. Enterado Dionisio de su conducta, mandó que se le devolviera el resto del tesoro, alegando que, puesto que ya sabía usar de su riqueza, entregábasela de buen grado.

Llevé algunos años ese género de vida, y no sé qué buen espíritu me arrancó de ella, como al siracusano, con mucha ventaja y provecho, arrojando al viento aquella bolsa memorable. Merced al placer de cierto viaje que exigía grandes gastos, mi imaginación abandonó por completo la idea constante de atesorar, por donde entré en un tercer modo de vivir mucho más agradable en verdad y también mucho mejor ordenado, pues al presente mis gastos van, sobre poco más o menos, a la par de mis ingresos: de todas suertes, la diferencia es escasa entre los unos y los otros. Vivo al día, y me conformo con disponer de lo necesario para hacer frente a mis necesidades ordinarias; cuanto a las extraordinarias, todas las economías del mundo no bastarían a satisfacerlas. Tengo por loco al que cree que la fortuna es un arma poderosa contra todos los peligros; debemos combatir con las nuestras propias los reveses de la desdicha. El dinero nada puede contra lo extraordinario y lo imprevisto. Si

al presente pongo a un lado algún dinero, lo hago sólo para emplearlo en la adquisición de algún objeto; no precisamente para comprar tierras, que no me faltan, sino para procurarme alguna cosa de mi agrado. *Non esse cupidum pecunia est; non esse emacen vectigal est*<sup>1</sup>. Y no me aqueja el temor de que el bienestar me falte, ni deseo tampoco que sea mayor que el que disfruto: *divitiarum fructus est in copia; copiam declarat satietas*<sup>2</sup>; me congratulo singularmente de haber llegado a este estado de espíritu habiendo partido de una idea naturalmente inclinada a la avaricia; me satisface el verme desligado de esa locura tan frecuente en los viejos, y que es el más ridículo entre todos los humanos extravíos.

Feraulas, que había vivido en la escasez y en la abundancia, vio bien que el aumento de los bienes no está en relación directa con el crecimiento de los deseos en el beber, comer, dormir y gozar los placeres del amor. Sintió, además, que pesaba excesivamente sobre sus hombros la importunidad de la economía, como a mí me aconteció, y decidió hacer feliz a un joven pobre, amigo suyo, a quien la idea de ser rico enloquecía: hizole el presente de todos sus bienes superfluos y de todos los que a diario adquiriría merced a la liberalidad de Ciro, su buen señor, y también de los que la guerra le proporcionaba, con la sola condición de que en lo sucesivo Feraulas había de ser el pupilo del joven, manteniéndole y suministrándole lo necesario, como a su huésped y amigo. Así vivieron dichosamente, ambos igualmente contentos con el cambio de situación.

He ahí un ejemplo que yo imitaría de buena gana. Igualmente enaltezco la conducta de un prelado anciano a quien he visto encomendar su bolsa, los ingresos que le procuraba el ejercicio de su cargo, sus rentas y sus gastos, unas veces a un servidor preferido, otras a otro, de suerte que pasó buen número de años tan ignorante como un extraño de los negocios de su palacio. La confianza en la bondad ajena es testimonio casi irrecusable de la propia hombría de bien, por lo cual el Señor la favorece de buen grado. Y por lo que al prelado toca, jamás vi casa mejor gobernada ni más dignamente administrada que la suya. Feliz quien ordena sus necesidades conforme a determinación tan justa, y logra que sus recursos las satisfagan, sin ocasionarse desvelos ni cuidados, y sin que sus dispendios o economías interrumpan las ocupaciones de su cargo, más adecuadas, más tranquilas y más en armonía con la peculiar inclinación.

Así, pues, el bienestar o la indigencia dependen de la opinión personal. La riqueza, la gloria, la salud, tienen solamente el alcance y ocasionan sólo el placer que les presta quien las posee. La situación de cada uno es buena o mala según su parecer individual; no está precisamente satisfecho del vivir aquel a quien los demás creen feliz, sino el que se cree tal, y en este punto solamente la creencia es esencialmente cierta. La fortuna no nos procura ni el bien ni el mal, muéstranos únicamente la materia y la semilla, las cuales nuestra alma, más poderosa que ellas, transforma y elabora como le place, siendo la causa exclusiva de su condición feliz o desdichada. Los acontecimientos exteriores adquieren color y sabor merced a la interna constitución de cada uno, de igual suerte que los vestidos nos abrigan, no por su calor intrínseco, sino por el que nosotros les comunicamos, el cual guardan y alimentan; quien abrigara un cuerpo frío alcanzaría idéntico efecto por medio del frío: así se conservan la

<sup>1</sup> La riqueza consiste en no estar ávido de tesoros; constituye una renta no hallarse dominado por la pasión de comprar. CICERON, *Paradox.*, VI, 3.

<sup>2</sup> La abundancia es el fruto de las riquezas, y la prueba de la abundancia es el contentamiento con lo que se posee. CICERON, *Paradox.*, VI, II.

nieve y el hielo. En conclusión, del propio modo que el estudio atormenta a los haraganes, a los borrachos la abstinencia del vino, la continencia al lujurioso y el ejercicio al hombre muelle, delicado u ocioso, así acontece con todo lo demás. Las cosas no son difíciles ni dolorosas por sí mismas; nuestra debilidad y cobardía las hace tales. Para juzgar de las que son grandes y elevadas precisa tener un alma elevada y grande, de otro modo atribuirémosles el vicio que reside en nosotros; un remo derecho parece quebrado dentro del agua. No basta sólo ver la cosa, importa grandemente reparar de qué modo se la considera.

Ahora bien, ¿por qué entre tantos razonamientos como ejercen influencia varia sobre los hombres, en punto a ver tranquilos la muerte y soportar el dolor con calma, no encontramos alguno que nos sirva de provecho? Y de tantas suertes de convicciones como nos impelen a realizar las ideas ajenas, ¿por qué cada cual no practica las que mejor se avienen con su carácter? Si tal medicamento no puede aceptarse en toda su rudeza bienhechora a fin de desarraigar el mal, aplíquese al menos dulcificado, para aliviarlo: *Opinio est quedam effeminata ac levis, nec in dolore magis, quam eadem in voluptate: qua um liquescimus fluumusque mollitia, apis aculeum sine clamore ferre non possumus... Totum in eo est, ut tibi imperes*<sup>1</sup>. Por lo demás, no se rehuyen los dolores exagerando su dureza ni aumentando las flaquezas humanas; el buen sentido nos pone de manifiesto estos incontrovertibles argumentos: "Si es malo vivir en la necesidad, al menos de ello no hay necesidad alguna." "Nadie vive mal durante largo tiempo sino por su propia culpa." A quien carece de fuerzas para soportar la muerte y la vida; a quien no quiere ni resistir ni huir, ¿qué remedio puede recomendársele?

<sup>1</sup> Nuestras almas se debilitan lo mismo con el dolor que con el placer; nada tienen de vigoroso ni de sólido, y nos arranca gritos hasta la picadura de una avispa... El toque está en saber tener imperio sobre sí mismo. CICERON, *Tusc. quest.*, II, 22.

## CAPITULO XLI

## DE LA CODICIA DE LA GLORIA

DE todos los ensueños de este mundo ninguno hay más universalmente aceptado y extendido que la ceguedad del renombre y de la gloria, la cual nos domina con tal imperio que a ella sacrificamos las riquezas, el sosiego, la vida y la salud, que son bienes efectivos y tangibles, para ir en pos de aquella vana imagen engañadora, que es voz sin cuerpo ni figura:

La fama, che invaghisce a un dolce suono  
Gli superbi mortali, e par si bella,  
È un' eco, un sogno, anzi d' un sogno un' ombra  
Ch' ad ogni vento di dilegea e sgombra<sup>1</sup>.

De cuantos sentimientos irrazonables el hombre alimenta, diríase que hasta los mismos filósofos se libran más tarde y con mayor dificultad de esta quimera que de ninguna otra, por ser la más tenaz y persistente: *quia etiam bene proficientes animos tentare non cessat*<sup>2</sup>. Ninguna ilusión existe de que la razón acuse tan claramente la vanidad, pero ésta reside en nosotros de manera tan viva y arraigada, que ignoro si jamás hombre alguno ha sido capaz de desembarazarse de ella por completo. Después de haberlo dicho todo; después de haberlo todo imaginado para combatirla, todavía produce en nuestra alma una inclinación tan intensa y avasalladora, que deja pocas probabilidades de vencerla; pues, como Cicerón afirma, hasta los mismos que la combaten quieren que los libros que componen con tal designio lleven su nombre, y pretenden conquistarla por haberla desdeñado. Todas las demás cosas de la vida se comunican de buen grado, mas de la gloria nos encontramos avaros; prestamos nuestros bienes, sacrificamos nuestra vida a las necesidades de nuestros amigos; pero hacer jamás a otro presente del propio honor y gloria, es caso peregrino e inaudito.

En la guerra contra los cimbrios<sup>3</sup> hizo Catulo Luctacio cuantos esfuerzos estuvieron en su mano por detener a sus soldados que huían ante el enemigo, y se colocó entre ellos, simulando la cobardía y el miedo, a fin de que su ejército pareciese más bien seguirle, que escapar ante los adversarios. Por

<sup>1</sup> La fama, cuya dulce voz trastorna a los soberbios mortales y que les parece tan encantadora, no es sino un eco, un sueño; o más bien la sombra de un sueño, que se desvanece y disipa en un momento. TASSO, *Jerusalén*, canto XIV, estancia 63.

<sup>2</sup> Porque no cesa de tentar hasta a los mismos que progresaron en la virtud. SAN AGUSTIN, *de Civit. Dei*, V, 14.

<sup>3</sup> Como se ve por ejemplos que siguen, Montaigne habla en este capítulo de las excepciones a lo que deja sentado en el epígrafe anterior, es decir, de algunos personajes cuya generosidad fue tan rara que de su propia gloria hicieron presente a los demás o que la sacrificaron en beneficio ajeno.

ocultar la deshonra ajena perdía la propia reputación. Cuando Carlos V pasó a Provenza, en el año 1537, asegúrase que Antonio de Leyva, viendo al emperador decidido a emprender la expedición, que consideraba de sumo provecho para su gloria, fue de parecer, sin embargo, aparentemente que el monarca no la hiciera, y trató de disuadirle con objeto de que todo el honor y gloria del proyecto fuesen atribuidos a Carlos V, y que se encarecieran luego su perspicacia y previsión, puesto que contra la opinión de todos se oponía al viaje. Habiendo los embajadores de Tracia dado el pésame a Arquileonide, madre de Brásidas, por la muerte de su hijo, cuya memoria ensalzaron hasta asegurar que en el mundo no existía quien se le asemejara, aquélla rechazó la alabanza privada para comunicarla al pueblo, respondiendo: "No me habléis de tal suerte; bien sé que en la ciudad de Esparta hay muchos ciudadanos más grandes y más valientes que mi hijo." En la batalla de Crecy se encomendó al príncipe de Gales, joven aún, el mando de la vanguardia; la resistencia principal del encuentro tuvo lugar precisamente merced al arrojo de dichas fuerzas; hallándose en situación comprometida, los señores que le acompañaban rogaron al rey Eduardo que se acercara para socorrerle. Informado éste de la situación de su hijo, tuvo conocimiento de que aún se mantenía vivo sobre su caballo, y exclamó: "Le perjudicaría si fuese a despojarle del honor de la victoria de este combate, a que hasta ahora con solas sus fuerzas ha hecho frente; la gloria debe pertenecerle por entero." No queriendo verle ni enviar a nadie en su ayuda, y conociendo que de obrar diferentemente hubiérase dicho que habría perdido sin su concurso, y que se le atribuiría la gloria del combate. *Semper enim quod postremum adjectum est, id rem totam videtur traxisse*<sup>1</sup>. Algunos creían en Roma, y era frecuente oírlo, que las principales hazañas de Escipión eran en parte debidas a Lelio, el cual, sin embargo, proclamaba y secundaba por todas partes la grandeza y gloria de aquél, sin preocuparse para nada de las suyas. Teopompo, rey de Esparta, contestaba a los que le decían que la república se mantenía bajo su mando porque era un excelente gobernante, que no era aquélla la causa, sino que el pueblo sabía obedecer las leyes.

Como las mujeres que sucedían a los pares, no obstante su sexo, tenían el derecho de asistir y emitir su opinión en las causas pertenecientes a la jurisdicción de aquéllos, así los eclesiásticos, a pesar de su profesión, estaban obligados a prestar su concurso a los reyes en las guerras, no sólo con sus amigos y servidores, sino con sus personas mismas. Encontrándose el obispo de Beauvais con Felipe Augusto en la batalla de Bouvines, tomó una parte ardorosa en el combate, mas parecióle que no debía sacar ningún provecho de la gloria de una batalla que había sido tan sangrienta; el prelado se había hecho dueño de algunos enemigos aquel día, y entregábalos al primer caballero que encontraba para que los ahorcase o hiciese prisioneros, creyendo resignar con ello toda responsabilidad; así puso en manos a Guillermo, conde de Salsberi, del señor Juan de Nesle. Por un caso singular de sutileza de conciencia, semejante al de que antes hablé, estaba conforme con matar, pero no con herir, por lo cual combatía con una gruesa maza. Alguien en mi tiempo, a quien el rey censuró por haber puesto las manos en un eclesiástico, lo negaba en redondo con toda frescura, y alegaba que no había hecho más que echarle por tierra y pisotearle.

<sup>1</sup> Los postreros en llegar al combate semejan haber decidido solos la victoria. TITO LIVIO, XXVII, 45.

## CAPITULO XLII

### DE LA DESIGUALDAD QUE EXISTE ENTRE NOSOTROS

DICE Plutarco, en un pasaje de sus obras, que encuentra menos diferencia entre dos animales que entre un hombre y otro hombre; y para sentar este aserto habla sólo de la capacidad del alma y de sus cualidades internas. Yo, a la verdad, creo firmemente que Epaminondas, según yo lo imagino, sobrepasa en grado tan supremo a tal o cual hombre que conozco (y hablo de uno capaz de sentido común) que, a mi entender, puede amplificarse el dicho de Plutarco, diciendo que hay mayor diferencia de tal hombre a cual otro, que entre tal hombre y tal animal:

Hem! vir viro quid præstat?<sup>1</sup>

y que existen tantos grados en el espíritu humano como brazas de la tierra al cielo, y tan innumerables. Y a propósito del juicio que se hace de los hombres, es peregrino que, salvo las personas, ninguna otra cosa se considere más que por sus cualidades peculiares. Alabamos a un caballo por su vigor y destreza,

Volucrum  
Sic laudamus equum, facili cui plurima palma  
Fervet, et exultat rauco victoria circo<sup>2</sup>,

no por los arreos que le adornan; a un galgo por su rápida carrera, no por el collar que lleva; a un halcón por sus alas, y no por sus adminículos venatorios; ¿por qué no hacemos otro tanto con los hombres, estimándolos sólo por las cualidades que constituyen su naturaleza? Tal individuo lleva una vida suntuosa, es dueño de un hermoso palacio, dispone de crédito y rentas, pero todo eso está en su derredor, no dentro de él. Si tratáis de adquirir un caballo, le despojáis primero de sus arneses, le veis desnudo y al descubierto; o si tiene algo encima, como antiguamente se presentaban a nuestros príncipes cuando querían comprarlos, sólo les cubren las partes principales, cuya vista es menos necesaria para formar idea de sus cualidades, a fin de que no se repare en la hermosura del pelo o en la anchura de sus ancas, sino más principalmente en las manos, los ojos y el casco, que son los miembros que prestan al animal mayores servicios:

<sup>1</sup> ¡Cuán superior puede ser un hombre a otro! TERENCIO, *Eunuco*, act. II, esc. 3, v. 1.

<sup>2</sup> Se estima un corcel arrogante y animoso, que muestra en la carrera su vigor hirviente; a quien nunca abate la fatiga, y que sobre la pista cubrióse mil veces con el polvo que levantó su casco. JUVENAL, XIII, 57.

Regibus hic mos est: ubi equos mercantur, opertos  
Inspiciunt; ne, si facies, ut sæpe, decora  
Molli fulta pede est, emptorem inducat hiantem,  
Quod pulchræ clunes, breve quod caput, ardua cervix<sup>1</sup>

¿por qué al poner nuestra atención en un hombre le consideramos completamente envuelto y empaquetado? Así no nos muestra sino las cosas que en manera alguna le pertenecen, y nos oculta aquellas por las cuales solamente puede juzgarse de su valer. Lo que se busca es el valor de la espada, no el de la vaina que la cubre; por aquélla no se daría quizás ni un solo ochavo si se viera desnuda. Es preciso juzgar al hombre por sí mismo, no por sus adornos ni por el fausto que le rodea, y como dice ingeniosamente un antiguo filósofo: ¿"Sabéis por qué le creéis de tal altura?, porque no descontáis los tacones." El pedestal no entra para nada en la estatua, medidle sin sus zancos; que ponga a un lado sus riquezas y honores, y que se presente en camisa. ¿Tiene el cuerpo bien dispuesto a la realización de todas sus funciones? ¿Goza de buena salud, y está contento? ¿Cuál es el temple de su alma? ¿Esta es hermosa, capaz, y se halla felizmente provista de todas las prendas que constituyen un alma perfecta? ¿Es rica por sus propios dones, o por dones prestados? ¿Le es indiferente la fortuna? ¿Es capaz de aguardar los males con presencia de ánimo? ¿Posee empeño en saber si el lugar por donde la vida nos escapa es la boca o la garganta? ¿Tiene el alma tranquila, constante y serena? He aquí todo cuanto es indispensable considerar para informarse de la extrema diferencia que existe entre los hombres. Es como Horacio decía:

Sapiens, sibi que imperiosus;  
Quem neque pauperies, neque mors, neque vincula terrent;  
Responsare cupidinibus, contemnere honores  
Fortis; et in se ipso totus teres atque rotundus,  
Externi ne quid valeat per læve morari;  
In quem manca ruit semper fortuna?<sup>2</sup>

Un hombre de tales prendas está a quinientas varas por cima de reinos y ducados. El mismo constituye su propio imperio,

Sapiens... pol ipse fingit fortunam sibi<sup>3</sup>:

¿qué más puede desear?

Nonne videmus,  
Nil aliud sibi naturam latrare, nisi ut quoi

<sup>1</sup> Cuando los príncipes compran sus caballos acostumbran a examinarlos cubiertos, temiendo que si por ejemplo un animal tiene los remos defectuosos y hermoso el semblante, como acontece con frecuencia, el comprador no se deje seducir por la redondez de la grupa, la delicada cabeza o por el cuello levantado y apuesto. HORACIO, *Sát.*, I, 2, 86.

<sup>2</sup> ¿Es virtuoso y dueño de sus acciones? ¿Sería capaz de afrontar la indigencia, la esclavitud y la muerte? ¿Sabe resistir el empuje de sus pasiones y menospreciar los honores? Encerrado consigo mismo y semejante a un globo perfecto a quien ninguna aspereza impide rodar, ¿ha logrado que nada en su existencia dependa de la fortuna? HORACIO, *Sát.*, II, 7, 83.

<sup>3</sup> El hombre prudente labra su propia dicha. PLAUTO, *Trinummus*, acto II, esc. II, v. 84.

Corpore sejunctus dolor absit, mente fruatur  
Jucundo sensu, cura semotus metuque?<sup>1</sup>

Comparad con él la turba estúpida, baja, servil y voluble, que flota constantemente a merced del soplo de las múltiples pasiones que la empujan y reempujan, y que depende por entero de la voluntad ajena, y encontraréis que hay mayor distancia entre uno y otro que la que existe del cielo a la tierra. Y, sin embargo, la ceguedad de nuestro espíritu es tal que en las cosas dichas no reparamos al juzgar a los hombres, allí mismo donde si comparásemos un rey y un campesino, un noble y un villano, un magistrado y un particular, un rico y un pobre, preséntanse a nuestra consideración, por extremos diferentes, y no obstante podría decirse que no lo son más que por el vestido que llevan.

El rey de Tracia distinguíase de su pueblo por modo bien característico y altanero; profesaba una religión distinta; tenía un dios para él solo, que a sus súbditos no les era permitido adorar, Mercurio, y desdeñaba las divinidades a las que sus vasallos rendían culto: Marte, Baco y Diana. Tales distinciones no son más que formas externas, que no establecen ninguna diferencia esencial, pues a la manera de los cómicos que en escena representan ya un duque o un emperador, ya un criado o un miserable ganapán, y ésta es su condición primitiva, así el emperador cuya pompa os deslumbra en público,

Scilicet et grandes viridi cum luce smaragdi  
Auro includuntur, teriturque thalassina vestis  
Assidue, et Veneris sudorem exercita potat:<sup>2</sup>

vedle detrás del telón; no es más que un hombre como los demás, y a veces más villano que el último de sus súbditos: *ille beatus introrsum est; istius bracteata felicitas est*<sup>3</sup>; la cobardía, la irresolución, la ambición, el despecho y la envidia, le agitan como a cualquiera otro hombre:

Non enim gazæ, neque consularis  
Summovet lictor miseros tumultus  
Mentis, et curas laqueata circum  
Tecta volantes<sup>4</sup>:

y la intranquilidad y el temor le dominan aun en medio de sus ejércitos.

Re veraque metus hominum, curæque sequaces  
Nec metuunt sonitus armorum, nec fera tela;  
Audacterque inter reges, rerumque potentes  
Versantur, neque fulgorem reventur ab auro<sup>5</sup>.

<sup>1</sup> Oid la voz de la naturaleza. ¿Qué es lo que de vosotros solicita? Un cuerpo exento de dolores; un alma libre de terrores e inquietudes. LUCRECIO, II, 16.

<sup>2</sup> Porque en sus dedos brillan engastadas en el oro las esmeraldas más grandes y del verde más deslumbrador; porque va siempre ataviado con ricas vestiduras al disfrutar sus vergonzosos placeres. LUCRECIO, IV, 1123.

<sup>3</sup> La felicidad del hombre cuerdo reside en él mismo. La exterior no es más que una dicha superficial y pasajera. SENECA, *Epist.*, 114 y 115.

<sup>4</sup> Ni los amontonados tesoros, ni las cargas consulares pueden libertarle de las agitaciones de su espíritu, ni de los cuidados que revolotean bajo sus artesonados techos. HORACIO, *Od.*, II, 16, 9.

<sup>5</sup> El temor y las preocupaciones, inseparable cortejo de la vida humana, no se asustan del estrépito de las armas; muéstranse ante la corte de los reyes, y sin respetos hacia el trono se sientan a su lado. LUCRECIO, II, 47.

La calentura, el dolor de cabeza y la gota, le asaltan como a nosotros. Cuando la vejez pese sobre sus hombros, ¿podrán descargarle de ella los arqueros de su guardia? Cuando el horror de la muerte le hiele, ¿podrá tranquilizarse con la compañía de los nobles de su palacio? Cuando se halle dominado por la envidia o el mal humor, ¿le calmarán nuestros cortesés saludos? Un dosel cubierto de oro y pedrería carece por completo de virtud para aliviar los sufrimientos de un doloroso cólico.

Nec calidæ citius decedunt corpore febres,  
Textilibus si in picturis, ostroque rubenti  
Jactaris, quam si plebeia in veste cubandum est<sup>1</sup>.

Los cortesanos de Alejandro Magno le hacían creer que Júpiter era su padre. Un día que fue herido, al mirar cómo la sangre salía de sus venas: "¿Qué me decís ahora?, dijo. ¿No es esta sangre roja como la de los demás humanos? Es bien diferente de la que Homero hace brotar de las heridas de los dioses." El poeta Hermodoro compuso unos versos en honor de Antígono, en los cuales le llamaba hijo del sol; éste contestó que no había tal, y añadió: "El que limpia mi sillón de servicio, sabe muy bien que no hay nada de eso." Es un hombre como todos los demás, y si por naturaleza es un hombre mal nacido, el mismo imperio del universo mundo no podrá darle un mérito que no tiene.

Puellæ

Hunc rapiant; quicquid calcaverit hic, rosa fiat<sup>2</sup>;

¿Qué vale ni qué significa toda la grandeza si es un alma estúpida y grosera? El placer mismo y la dicha no se disfrutan careciendo de espíritu y de vigor:

Hæc perinde sunt, ut illius animus, qui ea possidet:  
Qui uti scit, ei bona; illi qui non utitur recte, mala<sup>3</sup>.

Para gozar los bienes de la fortuna tales cuales son es preciso estar dotado del sentimiento propio para disfrutarlos. El gozarlos no el poseerlos, es lo que constituye nuestra dicha.

Non domus et fundus, non æris acervus et auri,  
Ægroto domini deduxit corpore febres,  
Non animo curas. Valeat possessor oportet.  
Qui comportatis rebus bene cogitat uti:  
Qui cupit aut metuit, juvat illum sic domus, aut res,  
Ut lippum pictæ tabulæ, fomenta podagram<sup>4</sup>.

<sup>1</sup> La fiebre no os abandonará con mayor premura por estar tendidos sobre la púrpura, o sobre tapiz rico y costoso. Con la misma fuerza os dominará que si estuvierais acostados en plebeyo lecho. HORACIO, II, 34.

<sup>2</sup> Que las doncellas se lo disputen, que por doquiera nazcan las rosas bajo sus plantas. PERSIO, II, 38.

<sup>3</sup> Estas cosas son lo que su poseedor las trueca: bienes, para quien de ellas sabe hacer un uso acertado; males, para quien no. TERCENCO, *Heautont*, acto I, esc. III, v. 21.

<sup>4</sup> Esta soberbia casa, estas tierras dilatadas, estos montones de oro y plata, ¿alejan las enfermedades y los cuidados de su dueño? Para disfrutar de lo que se posee precisa encontrarse sano de cuerpo y de espíritu. Para quien se encuentra atormentado por el temor y el deseo, todas esas riquezas son como el calor para un gotoso, o como la pintura para aquel cuya vista no puede soportar la luz. HORACIO, *Epist.*, I, 2, 47.

Si una persona es tonta de remate, si su gusto está pervertido o embrutecido, no disfruta de aquéllos, del propio modo que un hombre constipado no puede gustar la dulzura del vino generoso, ni un caballo la riqueza del arnés que le cubre. Dice Platón que la salud, la belleza, la fuerza, las riquezas, y en general todo lo que llamamos bien, se convierte en mal para el injusto y en bien para el justo, y el mal al contrario. Además, cuando el alma o el cuerpo sufren, ¿de qué sirven las comodidades externas, puesto que el más leve pinchazo de alfiler, la más insignificante pasión del alma bastan a quitarnos hasta el placer que podría procurarnos el gobierno del mundo? A la primera manifestación del dolor de gota, al que la padece, de nada le sirve ser gran señor o majestad,

Totus et argento conflatus, totus et auro<sup>1</sup>,

¿no se borra en su mente el recuerdo de sus palacios y de sus grandezas? ¿Si la cólera le domina, su principalidad le preserva de enrojecer, de palidecer, de que sus dientes rechinen como los de un loco? En cambio, si se trata de un hombre de valer y bien nacido, la realeza añade poco a su dicha:

Si ventri bene, si lateri est pedibusque tuis, nil  
Divitiæ poterunt regales addere majus<sup>2</sup>;

verá que los esplendores y grandezas no son más que befa y engaño, y acaso será del parecer del rey Seleuco, el cual aseguraba que quien conociera el peso de un cetro no se dignaría siquiera recogerlo del suelo cuando lo encontrara por tierra; y era ésta la opinión de aquel príncipe por las grandes y penosas cargas que incumben a un buen soberano. No es ciertamente cosa de poca monta tener que gobernar a los demás cuando el arreglo de nuestra propia conducta nos ofrece tantas dificultades. En cuanto al mandar, que parece tan fácil y hacedero, si se considera la debilidad del juicio humano y la dificultad de elección entre las cosas nuevas o dudosas, yo creo que es mucho más cómodo y más grato el obedecer que el conducir, y que constituye un reposo grande para el espíritu el no tener que seguir más que una ruta trazada de antemano, y el no tener tampoco que responder de nadie, más que de sí mismo:

Ut satius multo jam sit parere quietum,  
Quam regere imperio res velle<sup>3</sup>.

Decía Ciro que no pertenecía el mando sino a aquel que es superior a los demás. El rey Hierón, en la historia de Jenofonte, dice más todavía en apoyo de lo antecedente: que en el goce de los placeres mismos son los reyes de condición peor que los otros hombres, porque el bienestar y la facilidad de los goces les quitan el sabor agrídulce que nosotros encontramos en los mismos.

Pinguis amor nimiumque potens, in tædia nobis  
Vertitur, et stomacho dulcis ut esca nocet<sup>4</sup>.

<sup>1</sup> Todo cubierto de plata, todo resplandeciente de oro. TIRULO, II, 1, 71.

<sup>2</sup> ¿Tienes el estómago en regla y el pecho robusto? ¿Te encuentras libre del mal de gota? Las riquezas de los reyes no podrían añadir ni un ápice a tu bienandanza. HORACIO, *Epíst.*, I, 12, 5.

<sup>3</sup> Vale más obedecer tranquilamente que echarse a cuestras la pesada carga de los negocios públicos. LUCRECIO, V, 1126.

<sup>4</sup> El amor disgusta cuando recibe buen trato. Es un alimento grato, cuyo exceso daña. OVIDIO, *Amor.*, II, 19, 25.

¿Acaso los monaguillos que cantan en el coro encuentran placer grande en la música? La saciedad la convierte para ellos en pesada y aburrida. Los festines, bailes, mascaradas y torneos divierten a los que no los presencian con frecuencia, a los que han sentido anhelo por verlos; mas a quien los contempla a diario le cansan, son para él insípidos y desagradables; tampoco las mujeres cosquillean a quien puede procurárselas a su sabor; el que no aguarde a tener sed, no experimentará placer cuando beba; las farsas de los titiriteros nos divierten, pero a los que las representan los fatigan y dan trabajo. Y la prueba de que todo esto es verdad, es que constituye una delicia para los príncipes el poder alguna vez disfrazarse, descargarse de su grandeza, para vivir provisionalmente con la sencillez de los demás hombres:

Plerumque gratæ principibus vices,  
Mundæque parvo sub lare pauperum  
Cœnæ, sine aulæis et ostro,  
Sollicitam explicuere frontem<sup>1</sup>.

Nada hay tan molesto ni que tanto empache como la abundancia. ¿Qué lujuria no se asquearía en presencia de trescientas mujeres a su disposición, como las tiene actualmente el sultán en su serrallo? ¿Qué placer podría sacar de la caza un antecesor del mismo, que jamás salía al campo sin la compañía de siete mil halconeros? Yo creo que el brillo de la grandeza procura obstáculos grandes al goce de los placeres más dulces. Los príncipes están demasiado observados, en evidencia siempre, y se exige de ellos que oculten y cubran sus debilidades, pues lo que en los demás mortales es sólo indiscreción, el pueblo lo juzga en ellos tiranía, olvido y menosprecio de las leyes. Aparte de la inclinación al vicio diríase que los soberanos juntan el placer de burlarse y pisotear las libertades públicas. Platón en su diálogo *Gorgias*, entiende por tirano aquel que tiene licencia para hacer en una ciudad todo cuanto le place; por eso en muchas ocasiones la vista y publicidad de los monarcas es más dañosa para las costumbres que el vicio mismo. Todos los mortales temen ser vigilados; los reyes lo son hasta en sus más ocultos pensamientos, hasta en sus gestos; todo el pueblo cree tener derecho e interés en juzgarlos. Además, las manchas adquieren mayores proporciones según el lugar en que están colocadas; una peca o una berruga en la frente parecen mayores que en otro lugar no lo sería una profunda cicatriz. He aquí por qué los poetas suponen los amores de Júpiter conducidos bajo otro aspecto diferente del suyo verdadero; y de tan diversas prácticas amorosas como le atribuyen, no hay más que una sola en que aparezca representado en toda su grandeza y majestad.

Pero volvamos a Hierón, el cual refiere también cuántas molestias su realeza le proporciona, por no poder ir de viaje con entera libertad, sintiéndose como prisionero dentro de su propio país, y a cada paso que da, viéndose rodeado por la multitud. En verdad, al ver a nuestros reyes sentados solos a la mesa, sitiados por tantos habladores y mirones desconocidos, he experimentado piedad más que ojeriza. Decía el rey Alfonso que los asnos eran en este punto de condición mejor que los soberanos; sus dueños los dejan pacer a sus anchas, y los reyes no pueden siquiera alcanzar tal favor de sus servidores. Nunca tuve por comodidad ventajosa, para la vida de un hombre de cabal entendimiento, el que tenga una veintena de inspeccionadores cuando se encuentra sentado en su silla de asiento; ni que los servicios de un hombre que tiene diez mil libras de

<sup>1</sup> Los grandes gustan de la variedad; bajo la humilde techumbre del pobre una comida frugal aleja los cuidados de sus pechos. HORACIO, *Od.*, III, 29, 13.



renta, o que se hizo dueño de Casal y defendió Siena, fueran mejores y más aceptables que los de un buen ayuda de cámara lleno de experiencia. Las ventajas de los príncipes son casi imaginarias; cada grado de fortuna tiene alguna imagen de principado; César llama reyezuelos a los señores de Francia, que en su tiempo tenían derecho de justicia. Salvo el nombre de Sire, que los particulares no tenemos, todos somos poderosos con nuestros reyes. Ved en las provincias apartadas de la corte, en Bretaña, por ejemplo, el lujo, los vasallos, los oficiales, las ocupaciones, el servicio y ceremoniales de un caballero retirado, que vive entre sus servidores; ved también el vuelo de su imaginación; nada hay que más de cerca toque con la realeza; oye hablar de su soberano una vez al año, como del rey de Persia, y no le reconoce sino por cierto antiguo parentesco que su secretario guarda anotado en el archivo de su castillo. En verdad nuestras leyes son sobrado liberales, y el peso de la soberanía no toca a un gentilhomme francés apenas dos veces en toda su vida. La sujeción esencial y efectiva no incumbe entre nosotros sino a los que se colocan al servicio de los monarcas, y tratan de enriquecerse cerca de ellos, pues quien quiere mantenerse oscuramente en su casa, y sabe bien gobernarla sin querellas ni procesos, es tan libre como el dux de Venecia. *Paucos servitus, plures servitutem tenent*<sup>1</sup>. Hierón insiste principalmente en la circunstancia de verse privado de toda amistad y relación social, en la cual consiste el estado más perfecto y el fruto más dulce de la vida humana. Porque, en realidad, puede decirse el monarca: "¿Qué testimonio de afecto ni de buena voluntad puedo yo alcanzar de quien me debe, reconózcalo o no, todo cuanto es y todo cuanto tiene? ¿Puedo yo tomar en serio su hablar humilde y cortés reverencia, si considero que no depende de él proceder de otro modo? El honor que nos tributan los que nos temen, no merece tal nombre; esos respetos tribútanse a la realeza, no al hombre:

Maximum hoc regni bonum est,  
Quod facta domini cogitur populus sui  
Quam ferre, tam laudare<sup>2</sup>.

¿No veo yo que esos honores y reverencias se consagran por igual al rey bueno o malo, al que se odia lo mismo que al que se ama? De iguales ceremonias estaba rodeado mi predecesor; de idénticas lo será mi sucesor. Si de mis súbditos no recibo ofensa, con ello no me testimonian afección alguna. ¿Por qué interpretar su conducta de esta suerte, si se considera que no podrían inferirme daño aun cuando en ello pusieran empeño? Ninguno me sigue, ama, ni respeta por la amistad particular que pueda existir entre él y yo, pues la amistad es imposible donde faltan la relación y correspondencia; mi altura me ha puesto fuera del comercio de los hombres; hay entre éstos y yo demasiada distancia, demasiada disparidad. Me siguen por fórmula y costumbre, o más bien que a mí a mi fortuna, para acrecentar la suya. Todo cuanto me dicen y todo cuanto hacen no es más que artificio, puesto que su libertad está coartada por doquiera, gracias al poder omnímodo que tengo sobre ellos; nada veo en derredor mío que no esté encubierto y disfrazado."

Alabando un día sus cortesanos a Juliano el emperador porque administraba una justicia equitativa, el monarca les contestó: "Enorgulleceríanme de buen grado esas alabanzas si viniesen de personas que se atrevieran a acusar o a

<sup>1</sup> Pocos hombres están sujetos a la servidumbre; muchos más son los que a ella se entregan voluntariamente. SENECA, *Epist.*, XI.

<sup>2</sup> La ventaja mayor de la realeza consiste en que los pueblos están obligados no sólo a soportarla, sino también a alabar las acciones de sus soberanos. SENECA, *Thyest.*, acto II, esc. I, v. 30.

censurar mis actos dignos de reproche." Cuantas ventajas gozan los príncipes les son comunes con las que disfrutaban los hombres de mediana fortuna (sólo en manos de los dioses reside el poder de montar en caballos alados y alimentarse de ambrosía), no gozan otro sueño ni apetito diferentes de los nuestros; su acero tampoco es de mejor temple que el de que nosotros estamos armados, su corona no les preserva de la lluvia ni del sol.

Diocleciano, que ostentó una diadema tan afortunada y reverenciada, resignóla para entregarse al placer de una vida recogida; algún tiempo después, las necesidades de los negocios públicos exigieron de nuevo su concurso, y Diocleciano contestó a los que le rogaban que tomara otra vez las riendas del gobierno: "No intentaréis persuadirme con vuestros deseos si hubierais visto el hermoso orden de los árboles que yo mismo he plantado en mis jardines y los hermosos melones que he sembrado."

En opinión de Anacarsis, el estado más feliz sería aquel en que todo lo demás siendo igual, la preeminencia y dignidades fueran para la virtud, y lo sobrante para el vicio.

Cuando Pirro intentaba invadir la Italia, Cineas, su prudente consejero, queriéndole hacer sentir la vanidad de su ambición, le dijo: "¿A qué fin, señor, emprendéis ese gran designio? — Para hacerme dueño de Italia", contestó al punto el soberano. "¿Y luego, siguió el consejero, cuando la hayáis ganado? — Conquistaré la Galia y España. — ¿Y después? — Después subyugaré a Africa; y por último, cuando haya llegado a dominar el mundo, descansaré y viviré contento y a mi gusto. — Por Dios, señor, repuso Cineas al oír esto; decidme: ¿por qué no realizáis desde ahora vuestro intento? ¿Por qué desde este momento mismo no tomáis el camino del asilo a que decís aspirar, y evitáis así el trabajo y los azares que vuestras expediciones acarrearán?"

Nimirum quia non bene norat quæ esset habendi  
Finis, et omnino quoad crescat vera voluptas<sup>1</sup>.

Cerraré este pasaje con una antigua sentencia que creo singularmente adecuada al asunto de que hablo: *Mores cuique sui fingunt fortunam*<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> No conocía los límites que deben sujetar los deseos; ignoraba adónde puede llegar el placer verdadero. LUCRECIO, V, 1431.

<sup>2</sup> Cada cual se prepara a sí mismo su destino. CORN. NEP. *Vida de Atico*, II.

## CAPITULO XLIII

## DE LAS LEYES SUNTUARIAS

EL medio de que nuestras leyes se valen para reglamentar los locos y vanos dispendios de las mesas y de los vestidos de los ricos, parece contradecir su fin. Yo creo que el procedimiento verdadero sería inculcar a los hombres el desprecio del oro y de la seda como cosas inútiles y fútiles. Aumentamos el brillo y precio de esas cosas, lo cual es contraproducente para apartar a los hombres del lujo; pues el ordenar que sólo los príncipes pueden comer salmón y gastar terciopelos y galones de oro, e impedirselo al pueblo, ¿qué es si no dignificar el fausto y acrecentar en los demás el deseo de disfrutarlo? Que los reyes realicen el acto heroico de abandonar esas muestras de grandeza, puesto que de otras muchas disfrutaban; tales excesos son más excusables en otro cualquiera que en un príncipe. Por el ejemplo que varias naciones nos dan, podemos adoptar mejores medios de distinguirnos exteriormente, y lo mismo nuestras categorías respectivas (yo creo que cada cual debe tener los honores pertinentes a su rango), sin atizar por ello la corrupción manifiesta que al excesivo lujo acompaña. Es cosa peregrina el ver cómo la costumbre en estas cosas indiferentes implanta con facilidad suma el peso de su autoridad. Apenas si vestimos durante un año en la corte de paño negro por la muerte de Enrique II; verdad es que ya, en opinión de todos, las sedas se habían desprestigiado tanto, que si alguien se veía ataviado con ellas tomábanle desde luego por un plebeyo. Usábanlas sólo los médicos y cirujanos, y aunque alguien fuese vestido de igual modo existían diferencias visibles entre la categoría de las personas. ¡Cuán de pronto nuestros ejércitos dignifican, usándolos, los corpiños mugrientos de gamuza y de lienzo, y desdeñan los trajes ricos! Que los reyes sean los primeros en abandonar esos lujos, y un mes bastará para que los imitemos todos sin necesidad de edicto ni ordenanza. La ley debiera ordenar, por el contrario, la prohibición del color carmesí y las joyas a todo el mundo, salvo a los comediantes y artesanas.

Por análogo procedimiento corrigió Zeleuco las costumbres corrompidas de los locrios. Sus ordenanzas declaraban "que la mujer de condición libre no podía llevar consigo más que una criada, salvo cuando aquélla estuviera borbata; que de noche no pudiera salir fuera de la ciudad, ni llevar joyas de oro para adornar su persona, ni traje enriquecido con brocado, si no era mujer pública o ramera; y que excepción hecha de los rufianes, a ningún otro se le permitiera llevar anillos de oro, ni traje lujoso, como son los que se hacen con las telas tejidas en la ciudad de Mileto". Así, valiéndose de esas excepciones vergonzosas, apartaba ingeniosamente a sus ciudadanos de las superfluidades y goces perniciosos; era un medio útil de atraer a los hombres por ambición y honor al deber y a la obediencia.

Todo lo pueden nuestros reyes en tales reformas externas; su voluntad sirve pronto de ley: *Quidquid principes faciunt, præcipere videntur*<sup>1</sup>: el resto de Francia toma por norma la regla de la corte. Que se despojen de esa fea vestidura que muestra al descubierto la huella de nuestros miembros ocultos; de ese pesado y abultado corpiño, que nos hace distintos de lo que realmente somos, y que es tan incómodo para encerrarlo dentro de la coraza; de esas cabelleras luengas que nos afeminan; de la costumbre de besar las manos al saludar, ceremonia que se practicaba en otro tiempo sólo con los príncipes; evítese también el que un gentilhombre se encuentre en lugar de respeto sin tener la espada al costado, al desgaire y desabotonado, como si saliera del retrete. Contra la costumbre de nuestros padres y la privativa libertad de la nobleza de nuestro reino, nos mantenemos descubiertos, aun estando bien lejos del soberano, en cualquier lugar que en éste se encuentre, de la propia suerte que ante cien otros: tan grande es el número que tenemos de tercios y cuartos de reyes; que se borren igualmente otras novedades análogas y no menos viciosas, y muy luego se verán desacreditadas y desvanecidas, sin que de ellas quede señal alguna. Son errores superficiales, mas por lo mismo de mal augurio, y sabemos por experiencia que el muro amenaza ruina cuando vemos descascarillarse el revoque de las paredes de nuestras casas.

Platón, en sus leyes, cree que no hay peste más perjudicial para su ciudad ideal, ni más dañosa, que el dejar a la juventud en libertad de cambiar los trajes, las diversiones y lo mismo los gestos, danzas, ejercicios y canciones, y el que pase de unos a otros, removiendo su juicio, ya en una dirección, ya en la contraria; corriendo en pos de novedades y honrando a los que las inventan: todo lo cual contribuye a que las costumbres se corrompan, y a que las instituciones antiguas se desdeñen y caigan en descrédito. En todas las cosas, salvo naturalmente en las dañosas, la mutación es de temer: el cambio de las estaciones, el de los vientos, el de los alimentos que nos sustentan y el de los humores que nos gobiernan. Ninguna ley es digna de tanto crédito como aquellas a que Dios ha concedido duración bastante, de suerte que nadie conozca cuándo tuvieron su origen, ni que hayan sido jamás distintas.

<sup>1</sup> Todo cuanto los príncipes hacen diríase que lo ordenan a los demás. QUINTILIANO, *Declam.*, 3, p. 48, edic. de 1665.

## CAPITULO XLIV

### DEL DORMIR

LA razón nos ordena seguir siempre el mismo camino, pero no constantemente con igual paso, y aunque el filósofo no deba consentir que las humanas pasiones se desvíen de su derecho cauce, puede muy bien, sin faltar a su deber, darlas la libertad de apresurar o retardar su marcha, y no quedarse detenido cual coloso inmóvil e impasible. Aunque la propia virtud estuviera encarnada en él, su pulso se encontraría más agitado yendo a un asalto que cuando va a sentarse a la mesa; y a veces es necesario que la misma virtud tome alientos y adquiera vigor. Por esta razón he advertido como cosa singular el ver algunas veces a los grandes personajes, en las empresas más preclaras y en los negocios más importantes, mantenerse tan firmes en su actitud, que ni siquiera dejaron de reparar sus fuerzas con el sueño. Alejandro el Grande, el día mismo asignado para librar la furiosa batalla contra Darío, durmió tan profundamente y hasta una hora tan avanzada de la mañana, que Parmenión se vio obligado a entrar en su cuarto, acercarse al lecho, y llamarle hasta dos o tres veces para despertarle, pues llegaba la hora del combate. Habiendo decidido darse la muerte el emperador Otón, durmió sosegadamente la víspera, después de haber puesto en orden sus asuntos domésticos, distribuido su caudal entre sus servidores, y afilado el corte de la espada con que se quería safrificar; y reposó tan profundamente que sus criados le oían roncar. La muerte de este emperador guarda analogía grande con la del gran Catón, hasta en la circunstancia de dormir sueño reposado, pues éste, hallándose casi a punto de suicidarse, mientras aguardaba nuevas de si los senadores a quienes había ordenado retirarse se habían alejado del puerto de Utica, se echó a dormir con tantas ganas, que los ronquidos se oían en la habitación vecina; y habiéndole despertado la persona que había enviado al puerto para decirle que la tormenta impedía partir a los senadores, mandó a otro mensajero, y se entregó de nuevo al sueño hasta que supo que aquéllos habían marchado. Guarda también analogía la muerte de Catón el Grande con la acción dicha de Alejandro Magno, en la tempestad peligrosa que le amenazaba en la época en que el tribuno Metelo quería publicar el decreto de llamamiento de Pompeyo a la ciudad con su ejército, cuando tuvo lugar la conjuración de Catilina; Catón sólo era el que se oponía a tal decreto; él y Metelo mantuvieron en el senado una discusión ruda. Al día siguiente, en la plaza pública, había de dilucidarse la cuestión. Metelo, además de contar con el favor del pueblo y el de César, que conspiraba entonces en beneficio de Pompeyo, disponía de gran número de esclavos extranjeros y de esgrimidores. A Catón sólo alentaba y fortificaba su firmeza, de suerte que su familia, sus criados y muchas buenas gentes estaban con gran cuidado, y algunos pasaron la noche juntos, sin querer dormir, beber ni comer, por el peligro a que le veían

abocado; la misma esposa de Catón y sus hermanas no hacían más que llorar y afligirse en la casa; pero aquél, por el contrario, los animaba a todos, y después de haber cenado como de costumbre, se acostó y durmió profundamente hasta la mañana; entonces uno de sus compañeros en el tribunado fue a despertarle para que se encaminara a la escaramuza. El conocimiento que tenemos de la grandeza de alma y del valor de Catón por las demás acciones de su vida, puede servir a hacernos juzgar a ciencia cierta que su firmeza emanaba de un alma tan por cima de aquel acontecimiento, como de los accidentes más insignificantes de la vida.

En el combate naval que Augusto ganó a Sexto Pompeyo en Sicilia, en el instante de dirigirse el emperador al encuentro, fue dominado por un sueño tan fuerte, que hubo necesidad de que sus amigos le despertaran para dar la señal de la batalla; esto dio margen a Marco Antonio para reprocharle luego de que no se había atrevido siquiera a mirar la disposición de su ejército, ni tampoco a presentarse ante sus soldados, hasta que Agripa le anunció la nueva de la victoria que había alcanzado contra sus enemigos. Mario el joven dio todavía muestra de mayor presencia de ánimo: el día de su último encuentro contra Sila, después de haber dispuesto el orden de su ejército y dado la palabra y signo de la batalla, se tendió al pie de un árbol, a la sombra, para descansar, y se durmió tan profundamente, que apenas si le despertaron la huida y derrota de sus huestes, y no vio ninguna de las peripecias del combate. Refiérese que se encontraba extenuado por la fatiga hasta tal extremo, y tan falto de sueño, que no pudo ya mantenerse derecho. A este propósito decidirán los médicos, de si el dormir es tan necesario, que la falta de reposo pueda poner en peligro nuestra vida. Sabemos que a Perseo, rey de Macedonia, que fue hecho prisionero en Roma, se le hizo morir no dejando que durmiera; pero Plinio habla de gentes que vivieron largo tiempo sin pegar los ojos, y Heródoto de naciones en las cuales los hombres duermen y velan por medios años; los autores de la vida del sabio Epiménides cuentan que durmió durante cincuenta y siete días consecutivos.

## CAPITULO XLV

### DE LA BATALLA DE DREUX

EN nuestra batalla de Dreux<sup>1</sup> hubo bastantes incidentes curiosos; mas aquellos que no favorecen mucho la reputación militar del duque de Guisa aseguran que éste no puede excusarse de haberse detenido y aguardado con las fuerzas que mandaba, mientras atacaba la artillería al condestable, que era el jefe del ejército. Aquéllos añaden que hubiera valido más correr el riesgo de atacar por el flanco al enemigo, que aguardar la ventaja de verlo pasar, y sufrir una pérdida tan importante. Además de lo que el desenlace testifica, quien disputa sin pasión se verá obligado a confesar, a mi entender, que el designio y último propósito, no sólo de un capitán, sino de todo soldado, debe encaminarse a la victoria en conjunto, y que ninguna circunstancia particular, sea cual fuere el interés que revista, debe apartar la mira de aquel fin. Filopómeno, en un encuentro con Macanidas, envió a la vanguardia para comenzar la escaramuza una nutrida tropa de arqueros y piqueros; el enemigo, luego de haberlos derrotado, los persiguió con encarnizamiento, y pasando después de la victoria a lo largo de la falange en que se encontraba Filopómeno, aunque sus soldados estuvieran briosos, éste no se movió de su lugar ni presentó batalla para auxiliar a sus huestes; pero habiendo consentido en verlas destrozadas ante sus ojos, emprendió la carga y atacó a la infantería cuando la vio abandonada por las gentes de a caballo. Aunque eran lacedemonios, como se las hubo con ellos en el momento en que creían tener ganar la partida, comenzaron pronto a desordenarse y pudo con facilidad vencerlos, persiguiendo luego a Macanidas. Este caso es en todo parecido al del señor duque de Guisa.

En la encarnizada batalla de Agesilao contra los beocios, en que Jenofonte se encontró, y a la cual llama la más terrible que jamás viera, Agesilao rechazó la ventaja que la fortuna le ofrecía de dejar libre el paso a las tropas beocias, y el atacarlas por la retaguardia, aunque de tal suerte tuviera por cierta la victoria, estimando que en ello había más argucia que valentía; y para mostrar su proeza, lleno de un ardor singular, prefirió embestir de frente, pero fue derrotado y herido, y se vio obligado a salir de su situación tomando el partido que había rechazado; al comienzo separó a sus gentes para dejar paso al torrente de beocios, y luego que hubieron desfilado, fijándose en que marchaban en desorden, como quien cree estar fuera de todo riesgo, los siguió y atacó por los flancos, mas no por ello pudo cortarles la retirada, porque se alejaron despacio, mostrándose siempre fieros hasta que se pusieron en salvo.

<sup>1</sup> Tuvo lugar en 1522, reinando Carlos IX, y fue ganada bajo el mando del duque de Guisa.

## CAPITULO XLVI

### DE LOS NOMBRES

CUALQUIERA que sea la diversidad de hierbas de que se componga, el conjunto se comprende siempre bajo el nombre de ensalada; así, con motivo de hablar aquí de los nombres, quiero hacer un picadillo de diversos artículos.

Cada nación tiene algunos que se toman, no sé por qué razón, en mala parte, y entre nosotros los de Juan, Guillermo<sup>1</sup> y Benito. Parece haber en la genealogía de los príncipes ciertos nombres fatalmente predestinados a determinados países, como el de Tolomeo en Egipto, el de Enrique en Inglaterra, el de Carlos en Francia y el de Balduino en Flandes. En nuestra antigua Aquitania teníamos el de Guillermo, de donde se dice que por una singular casualidad deriva el nombre de Guiena. Esta derivación parecerá extraña a primera vista, pero todavía se encuentran algunas cosas más peregrinas en las obras de Platón mismo.

Es una cosa sin importancia, mas sin embargo digna de memoria por su extrañeza, y escrita por testigo ocular, que Enrique, duque de Normandía, hijo de Enrique II, rey de Inglaterra, en ocasión en que daba un banquete en Francia, los nobles concurren a la fiesta en número tan considerable, que habiendo por pasatiempo dividiéndose en grupos por la semejanza de sus nombres, en el primero, que fue el de los Guillemos, hubo hasta ciento diez caballeros sentados a la mesa que llevaban este nombre, sin contar los criados, ni los que no eran más que simples gentilhombres.

Tan curiosa como distribuir las mesas por los nombres de los asistentes era la costumbre del emperador Geta, el cual ordenaba el servicio de los diversos platos de carnes atendiendo a la letra con que éstas empezaban; servíanse primero aquellas cuya inicial era la M, y así los demás manjares.

Dícese que es conveniente tener buen nombre, es decir, reputación y crédito; pero además es también útil tener uno sonoro y que fácilmente pueda pronunciarse y retener en la memoria, pues de tal suerte, los reyes y los grandes nos conocen con mayor facilidad, y nos olvidan menos. Entre los criados de nuestro servicio, mandamos más ordinariamente y empleamos con más frecuencia a aquellos que tienen uno cuya pronunciación es cómoda y que viene a la lengua con mayor facilidad. Yo he visto al rey Enrique II no poder mentar a derechas a un gentilhombre de esta provincia de Gascuña; y porque era muy raro el que llevaba una camarera de la reina, el mismo rey Enrique II creyó oportuno designarla con el dictado general de la casa a que pertenecía. Sócrates estimaba digno del cuidado paternal el dar a sus hijos un nombre hermoso.

<sup>1</sup> Según el Diccionario de Trévoux en lo antiguo se llamaba Guillermo en Francia a las personas de que no se hacía gran caso.

Refiérese que la fundación de Nuestra Señora la Grande, de Poitiers, debió su origen a que un joven de malas costumbres que vivía allí, habiendo llevado a su casa una doncella a quien preguntó su nombre, que era el de María, sintióse tan vivamente ganado, al oírlo, por los sentimientos piadosos y por el respeto del dictado sacrosanto de la Virgen, madre de nuestro Salvador, que no sólo la dejó marchar, sino que se enmendó de sus yerros para todo el resto de su vida. En consideración de este milagro fue edificada en la misma plaza donde estaba la casa del joven, una capilla bajo la advocación de Nuestra Señora, y luego la iglesia que hoy vemos. Esta conversión, vocal y auricular, tocó derecha en el alma del pecador. La siguiente, del mismo género, insinuóse por mediación de los sentidos corporales. Estando Pitágoras en compañía de unos jóvenes, a quienes oía fraguar una conjuración, enardecidos como se hallaban por la fiesta que celebraban, que tenía por fin asaltar una casa de mujeres honradas, ordenó que la orquesta cambiara de tono, y merced a una música grave, severa y espondáica, encantó dulcemente el ardor juvenil, y lo adormeció.

La posteridad no dirá que nuestra reforma religiosa actual no ha sido de todo punto escrupulosa, pues no sólo ha combatido vicios y errores y llenado la tierra de devoción, humildad, obediencia, paz, y toda suerte de virtudes, sino que también ha llegado hasta a combatir nuestros antiguos nombres de Carlos, Luis, Francisco, para poblar el mundo de Ezequieles, Malaquías y Matusalenes, los cuales están mucho más conformes con la verdadera fe cristiana. Un gentil-hombre, vecino mío, comparando las ventajas del tiempo viejo con el nuestro, no se olvidaba de señalar la altivez y magnificencia de los nombres que llevaba la nobleza de antaño, los Grumedan, Quedragan, Agesilan; y añadía que sólo al oírlos resonar se advertía que aquellos que los ostentaban eran gentes de otro temple que los Pedros, Guillot y Migueles.

Yo apruebo a Santiago Amyot el haber dejado los nombres en latín en un sermón francés, sin alterarlos ni cambiarlos para darles una cadencia nacional. Esto parecía algo rudo al principio, pero ya el uso, merced al crédito que alcanzó su traducción de Plutarco, ha hecho que ninguna extrañeza veamos en dejarlos sin alterar. También he deseado con frecuencia que los que escriben las historias en latín, dejen los nuestros como son en francés, pues haciendo de Vaudemont *Vallemontanus*, y metamorfoseándolos así para aderezarlos a la griega o a la romana, no sabemos dónde estamos, y perdemos el conocimiento de ellos.

Para concluir con este aserto, diré que es una costumbre detestable en nuestra Francia y de muy malas consecuencias, el designar a cada uno por el nombre de su tierra o señorío, contribuyendo además a confundir y a hacer que las familias se desconozcan. El menor de una casa rica, que recibió en herencia una tierra con el nombre de la cual ha sido conocido y honrado, no puede, procediendo bienamente, abandonarles; diez años después de su muerte la tierra cae en manos de un extraño que toma igual dictado; calcúlese, pues, cómo de tal modo vamos a conocer a los hombres. No hay necesidad de buscar otros ejemplos: podemos encontrarlos, sin salir de la casa real de Francia, pues en ella ha habido tantas reparticiones como sobrenombres, por lo cual desconocemos el dictado mismo del tronco. Hay tan grande libertad en estos cambios, que en mis tiempos no he visto a nadie elevado por la fortuna a alguna categoría extraordinaria, a quien no se haya agregado en seguida títulos genealógicos nuevos e ignorados de sus padres, y a quien no se haya hecho injertar con alguna rama ilustre; las familias más oscuras son las más susceptibles de falsificación. ¿Cuántos gentilhombres tenemos en Francia que se creen descendientes de linaje real? Mayor número, según sus cuentas, que según las cuentas de los

demás, dijo ingeniosamente uno de mis amigos. Hallábanse varios reunidos a fin de solventar la querrela de un señor contra otro; el uno tenía a la verdad cierta prerrogativa de títulos y alianzas que le colocaban por cima de la común nobleza. Sobre el propósito de tal prerrogativa, cada cual quería igualarle, quién alegando un origen, quién otro, quién la semejanza del nombre, quién la de las armas, quién un viejo pergamino de familia, y el que menos demostraba ser biznieto de algún rey ultramarino. Como la cosa aconteció estando para sentarse a la mesa, el primero, en lugar de ocupar su sitio, retrocedió deshaciéndose en profundas reverencias, suplicando a la asistencia que le excusara por haber incurrido hasta entonces en la temeridad de considerarlos como a compañeros; y pues que había sido informado de sus timbres de nobleza, comenzaba a honrarlos según sus respectivas categorías, no siéndole ya dable sentarse en medio de tantos príncipes. Después de esta broma, lanzóles mil injurias: "Contentémonos, les dijo, por Dios, con lo que nuestros padres se conformaron, y con lo que somos; somos lo suficiente, si cada cual sabe mantenerse en su papel; no renegemos de la fortuna y condición de nuestros abuelos, y desechemos esas fantasías estúpidas, que no pueden menos de poner en ridículo a quien tiene el mal gusto de alegarlas."

Ni los escudos de armas ni los sobrenombres tienen seguridad alguna de duración y permanencia. Mis atributos son el azul sembrado de tréboles de oro, y una garra de león del mismo metal, armada de gules, que lo cruza. ¿Qué privilegio tiene este escudo para pertenecer siempre a mi casa? Un yerno vendrá que lo trasladará a otra familia: algún comprador mezquino hará quizás de él sus primeras armas. No hay cosa que esté más sujeta a mutación y a confusión.

Esta consideración me lleva a tratar otro asunto diferente. Sondeemos de cerca, consideremos en qué fundamos esa gloria y reputación por la cual el mundo se desquicia. ¿Sobre qué fundamentos se sostiene ese renombre que vamos mendigando e implorando a costa de tan hercúleo trabajo? ¿Es, en conclusión, Guillermo o es Pedro quien merece la recompensa, aquel a quien corresponde el galardón? ¡Oh, engañadora esperanza que en una cosa percedera remontas en un momento al infinito, la inmensidad, la eternidad, y llenas la indigencia de tu dueño de la posesión de todas las cosas que puede imaginar y desear! La naturaleza suministró con esto un agradable juguete. Y ese Pedro y ese Guillermo, qué son en conclusión, sino una palabra, o tres o cuatro trazos de la pluma, tan fáciles de alterar, que yo preguntaría como la cosa más natural del mundo: ¿a quién corresponde el honor de tantas victorias? ¿A Guesquin<sup>1</sup> o Glesquin, o a Gueaquin? Mayor fundamento habría aquí para cuestionar que en Luciano, quien escribió la disputa de la Σ y la T; pues como Virgilio sienta:

Non levia aut ludicra petuntur

Praemia<sup>2</sup>:

el caso es importante; trátase de saber cuál de esas dos letras debe ser retribuida por el honor ganado en tantos sitios, batallas, heridas, prisiones y servicios prestados a la corona de Francia por aquel su famoso condestable.

Nicolás Denisot no ha conservado más que las letras de su nombre, que forman anagrama, y cambió toda la contextura del mismo para edificar el de *Conte de Alsinois*, al cual ha gratificado con la gloria de sus obras poéticas y pictóricas. El historiador Suetonio no guardó más que el sentido del suyo; y

<sup>1</sup> Menage, en su *Diccionario etimológico* dice que se llamó a Dugesclin de catorce maneras distintas: *du Guéclin, du Guyaquin, du Guesquin, Guesquinius, Guesclinius, Guesquinas*, etc.

<sup>2</sup> No se trata aquí de un premio de poca monta. VIRGILIO, *Eneida*, XII, 764.

desechando el Lenís, que era el sobrenombre de su padre, se quedó con el de Tranquilo, heredero de la reputación de sus escritos. ¿Quién creerá que el capitán Bayardo no tuvo más honor que el que le prestaron las acciones de Pedro del Terrail, y que Antonio Escalín se dejó robar a ojos vistas el honor de tantas expediciones y cargos como hizo y ejerció por mar y tierra, por el capitán Poulín y por el barón de la Garde?<sup>1</sup>

Consideremos además que los nombres son sólo trazos caligráficos, comunes a millares de individuos. ¿Cuántas personas existen en todas las razas con igual nombre y apellido? La historia habla de tres Sócrates, cinco Platones, ocho Aristóteles, siete Jenofontes, veinte Demetrios y veinte Teodoros. Imagínese cuántos habrán vivido de quienes aquélla no habla para nada. ¿Quién impide a mi palafrenero el llamarse Pompeyo el Grande? Mas, después de todo, ¿qué medios ni qué recursos existen para impedir que mi mismo palafrenero una vez muerto, y aquel otro hombre a quien cortaron la cabeza en Egipto, compartan la voz gloriosa de la fama, y que de ella reciban el fruto?

Id cinerem et manes credit curare sepultos?<sup>2</sup>

¿Qué conocimiento tienen los dos émulos en valor, Epaminondas, de este glorioso verso que tantos siglos ha corre de boca en boca:

Consiliis nostris laus est attrita Laconum<sup>3</sup>;

ni Escipión el Africano de estos otros:

A sole exoriente, supra Mæotis paludes,  
Nemo est qui factis me equiparare queat<sup>4</sup>.

¿Los vivos se embriagan con la dulzura de tales elogios, e instigados por ellos, sedientos de celo y deseo prestan inconsideradamente por fantasía a los muertos la pasión que a ellos les anima. Y poseídos de una engañadora esperanza se creen a su vez fuertes para experimentar aquélla, Dios lo sabe. De todos modos,

Ad hæc se  
Romanus, Graiusque, et Barbarus induperator  
Erexit; causas discriminis atque laboris  
Inde habuit: tanto maior famæ sitis est quam  
Virtutis!<sup>5</sup>

<sup>1</sup> Antonio Escalín era su nombre verdadero.

<sup>2</sup> ¿Acaso pensáis que todo eso puede interesar a las frías cenizas y a los manes que la tierra cubre? VIRGILIO, *Eneida*, IV, 34.

<sup>3</sup> Ante mi gloria Esparta abatió su orgullo. (Este verso, traducido del griego por Cicerón (*Tuscul.*, V, 17), es el primero de los cuatro que se pusieron en el pedestal de la estatua de Epaminondas).

<sup>4</sup> Desde que la aurora aparece hasta que el sol se oculta no hay un guerrero cuya frente esté cubierta de tan nobles laureles. CICERÓN, *Tusc.*, V, 17.

<sup>5</sup> ¡He aquí la esperanza que inflamó a los generosos griegos, a los romanos y a los bárbaros, y lo que les hizo sufrir mil penalidades y afrontar mil peligros: tan evidente es que el hombre está más sediento de gloria que de virtud! JUVENAL, *Sat.*, X, 137.

## CAPITULO XLVII

### DE LA INCERTIDUMBRE DE NUESTRO JUICIO

ESTE verso encierra una verdad:

Ε'κέων δέ πολὺς νομῆς ἔνθα καὶ ἐνθα<sup>1</sup>.

“Existe libertad cabal para hablar de todo en pro o en contra”. Por ejemplo:

Vince Hannibal, e non seppe usar poi  
Ben la vittoriosa sua ventura<sup>2</sup>.

Quien opinara con nuestros contemporáneos que fue un yerro el no haber perseguido a nuestros enemigos en Moncontour; o quien acusara al rey de España<sup>3</sup> por no haber sabido sacar partido de la victoria que alcanzó contra nosotros en San Quintín, podría alegar como prueba de su aserto que esta falta proviene de un alma cegada por la buena estrella, y de un ánimo que, encontrándose plenamente colmado por semejante comienzo de bienandanza, pierde el deseo de acrecentarla, por encontrarse demasiado imposibilitado de digerir la que ya posee. Sus brazos abarcaron por completo la fortuna, ya no puede extenderlos más; porque, ¿qué provecho experimenta el vencedor, si consiente a su enemigo adquirir vigor nuevo? ¿Qué esperanza puede tenerse de que comience un nuevo ataque cuando el enemigo se encuentre ya unido y re- puesto, y de nuevo armado de despecho y de venganza, quien no osó o no supo perseguirlo cuando estaba quebrantado y atemorizado?

Dum fortuna calet, dum conficit omnia terror<sup>4</sup>.

Y, en suma, ¿qué puede esperar de más ventajoso que lo que acaba de perder? Porque, en una batalla, no acontece lo mismo que en la esgrima, en la cual el número de acometidas hace ganar al adversario; mientras éste se mantiene en pie deben comenzarse de nuevo los ataques; no hay victoria posible cuando ésta no pone término a la guerra. En la escaramuza en que César corrió grave riesgo cerca de la ciudad de Oricum<sup>5</sup>, dijo a los soldados de Pompeyo, que de haber sabido éste aprovecharse de la victoria, él hubiera sido perdido.

<sup>1</sup> HOMERO, *Iliada*, XX, 249.

<sup>2</sup> Aníbal venció a los romanos, mas no acertó a sacar partido de la victoria. PETRARCA, *Soneto* 132.

<sup>3</sup> Felipe II.

<sup>4</sup> Cuando el hado lo arrastra todo, cuando todo cede ante el terror. LUCANO, VII, 734.

<sup>5</sup> Ciudad del Epiro.

César, cuando le llegó su turno de ganar, que fue pocos días después, mostró a Pompeyo que sacaba mejor provecho de las derrotas de sus enemigos.

Mas, ¿por qué no alegar la razón contraria, y asegurar en este caso que es propio de un espíritu precipitado e insaciable el no saber poner fin a su codicia; que es abusar de los favores de Dios quererlos hacer perder la medida que el Señor les ha prescrito, y que arrojarse al peligro después de la victoria es empujarla de nuevo hacia el acaso; que la mayor prudencia en el arte militar consiste en no lanzar a la desesperación al enemigo?... Mario y Sila, en la guerra social, derrotaron a los marsos, y viendo luego que todavía quedaba una tropa de reserva que, movida por la desesperación, se les acercaba cual si fueran bestias furiosas, no quisieron hacerle frente. Si el ardor del señor de Foix no le habría impelido a perseguir con rudeza extrema a los últimos supervivientes de la victoria de Ravena, no hubiera entristecido con su muerte la batalla; sin embargo, la reciente memoria de su ejemplo sirvió a preservar al señor de Enghién de semejante desdicha en el combate de Cerisole. Es peligroso acorralar a un hombre a quien se ha despojado de todo otro medio de escapar que haciendo uso de las armas, pues la necesidad es una violenta escuela: *gravissimi sunt morsus irritatæ necessitatis*<sup>1</sup>.

Vincitur haud gratis, jugulo qui provocat hostem<sup>2</sup>.

He ahí por qué Farax no permitió al rey de Lacedemonia, que acababa de ganar la batalla contra los mantineos, afrontar a mil argianos que habían logrado escapar de la derrota; los dejó huir con entera libertad por no probar el empuje del vigor, picado y despechado por la desdicha. Clodomiro, rey de Aquitania, después de la victoria, persiguió a Gondomar, rey de Borgoña, el cual, vencido y huido como se encontraba, obligó a aquél a volver la espalda. El tesón de Clodomiro le arrancó el fruto del combate, pues fue causa de que perdiera la vida.

De un modo análogo, quien hubiera de escoger entre los dos medios siguientes, o presentar sus soldados rica y suntuosamente armados, o armados sólo de lo más indispensable, se inclinará al primer partido, del cual fueron Sertorio, Filopómeno, Bruto, César y otros, alegando que es un agujón del honor y de la gloria para el soldado el verse bien ataviado, y una razón de más para dirigirse con obstinación al combate el tener que defender sus armas como sus bienes y heredades. Por esta razón, dice Jenofonte, los asiáticos llevaban consigo a la guerra a sus mujeres y concubinas, sus joyas y riquezas más estimadas. Mas, por otra parte, puede muy bien alegarse que debe más bien quitarse al soldado toda idea de conservar riquezas y que es mejor acrecentárselas, pues de aquel modo temerá doblemente el perder la vida; además, se aumenta en el enemigo el ansia de la victoria, con el fin de apoderarse de los ricos despojos de los combatientes; y se ha notado que en ocasiones, ese deseo duplicó la fuerza de los romanos en la guerra contra los samnitas. Mostrando Antíoco a Aníbal el ejército que tenía armado contra los romanos, que era pomposo y magnífico en toda suerte de aprestos, preguntóle: "¿Se conformarán mis enemigos con estas fuerzas? —¿Si se conformarán?, ya lo creo, por muy avaros que sean." Licurgo prohibía a sus soldados, no sólo la suntuosidad en el apresto, sino también que despojaran al enemigo cuando le habían vencido, queriendo, decía, que la pobreza y la frugalidad brillasen en sus tropas.

<sup>1</sup> Portio Latro. Citado por Justo Lipsio. *Política*, V, 18.

<sup>2</sup> El que desafía la muerte casi nunca la recibe sin causarla. LUCANO, IV, 275.

En los combates, o en otro lugar cualquiera en que la ocasión nos pone cerca del enemigo, concedemos de buen grado licencia de desafiarle a nuestros soldados, de menospreciarle e injuriarle con toda suerte de improprios, y no sin visos de razón; pues no es cosa de poca monta arrancarle toda esperanza de transacción y gracia, haciéndole ver que no hay lugar a esperar tregua ninguna de quien hemos recibido tan duros ultrajes, y que no hay otro remedio más que la victoria; tal costumbre, sin embargo, engañó a Vitelio, pues en su lucha con Otón, cuyos soldados, hallándose desacostumbrados a la guerra de larga fecha y dominados por la molicie de la ciudad, aquél los molestó tanto con palabras picantes, echándoles en cara su pusilanimidad y el sentimiento de las danzas y fiestas que acababan de dejar en Roma, que por tal camino hicieron de tripas corazón, poniendo en práctica lo que ninguna exhortación había logrado de ellos, y cayeron sobre Vitelio impetuosamente. En verdad, cuando las injurias tocan a lo vivo, pueden dar fácilmente ocasión a que el que se dirigía con flojedad a la lucha por la querrela de su rey, vaya en otra disposición distinta por su propia honra.

Considerando de cuánta importancia sea la conservación del jefe en un ejército, y que el fin preponderante del enemigo mire principalmente esa cabeza que sostiene todas las demás, parece que debiera aceptarse el consejo que vemos fue practicado por muchos grandes capitanes de disfrazarse en el momento de la lucha; sin embargo, el inconveniente que acarrea este medio no es menor que el que se procura huir, pues siendo el capitán desconocido de los suyos, el valor que adquieren los soldados con su presencia y ejemplo, llega a faltarles, y perdiendo la vista de sus marcas e insignias acostumbradas, le juzgan o muerto o escapado de la lucha por desesperanza de ganarla. La experiencia nos muestra que unas veces fue favorable y otras adversa esta estratagemata. El accidente de Pirro en la batalla que libró contra el cónsul Cevino en Italia, puede servir para inclinarnos a uno o a otro parecer, pues por haber querido ocultarse bajo la armadura de Megacles, y haberle dado la suya, pudo muy bien salvar su vida, pero le faltó poco para perder la victoria. Alejandro, César y Luculo gustaron de señalarse en el combate, cubriéndose de suntuosos atavíos de brillantes colores. Agis, Agesilao y el gran Gilipo, al contrario, iban a la guerra vestidos modestamente, sin insignias ni adornos imperiales.

En la batalla de Farsalia, entre otras censuras que se dirigieron a Pompeyo, se cuenta la de haber hecho detener a su ejército a pie firme para esperar al enemigo. Con semejante conducta (citaré aquí las palabras de Plutarco, que valen más que las mías), "debilitó la violencia que la carrera procura al primer ataque, y al propio tiempo hace desaparecer el empuje de los combatientes unos contra otros, el cual los llena de impetuosidad y furor, mejor que otro cualquiera procedimiento táctico; el choque, los gritos y el arranque duplican el calor de la refriega". Tal es el parecer de Plutarco. Mas si César hubiese perdido la batalla, hubiérase podido decir, por el contrario, que el orden de combate más fuerte y seguro es aquel en que un ejército se mantiene a pie firme, sin menearse siquiera; y que el que se detiene en su marcha, economizando y concentrando sus fuerzas en sí mismo, lleva gran ventaja contra el que se agita, el cual ha malgastado ya en la carrera la mitad de su ímpetu; además, siendo el ejército un cuerpo de tan diversas unidades, es imposible que se mueva en medio de la furia con movimiento tan exacto que el orden no se altere o rompa, y que el soldado mejor dispuesto a la lucha no se halle en peligro antes de que su compañero pueda socorrerle. En la vergonzosa batalla que sostuvieron los dos hermanos persas, Clearco, lacedemonio, que mandaba a los griegos del partido de Ciro, los condujo a la carga valientemente, pero sin

apresurarse; mas cuando se hallaban a cincuenta pasos del enemigo, dio orden de atacar a la carrera, esperando, merced a la escasa distancia, aprovechar mejor el ímpetu y conservar el orden, procurándoles ventaja en la acometida, así para las personas como en el empleo de las armas punzantes que disparaban. Otros resolvieron esta duda en sus ejércitos del siguiente modo: "Si el enemigo corre hacia vosotros, aguardadle a pie firme; si el enemigo os espera, corred hacia él."

En la expedición que el emperador Carlos V hizo a Provenza, el rey Francisco tuvo ocasión de elegir entre salirle al encuentro a Italia o aguardarle en sus tierras; y bien que nuestro monarca considerase cuánta ventaja sea conservar la casa pura y limpia de los trastornos de la guerra, a fin de que, guardando íntegras sus fuerzas, pueda proveer a los gastos con recursos y hombres en caso necesario; teniendo en cuenta que la necesidad del combatir obliga a todos a hacer sacrificios que no pueden realizarse sin pérdidas en nuestros propios dominios; que si el habitante del país no soporta de buen grado los destrozos del soldado enemigo, peor todavía resiste los del francés, de suerte que esta circunstancia podía encender fácilmente entre nosotros trastornos y sediciones; que la licencia de robar y saquear, la cual no puede ser consentida en su propio país, constituye un gran alivio a los males de la guerra, y quien no tiene otra esperanza de lucro si no es su sueldo, es difícil que se mantenga en el cumplimiento estricto de su deber, encontrándose cerca de su mujer y de su casa; que el que pone el mantel paga siempre los gastos del festín; que hay satisfacción más grande en sitiarse que en defender; y que la sacudida que ocasiona la pérdida de una batalla en nuestros dominios es tan violenta, que hace muy difícil el impedir el movimiento de todo el cuerpo, en atención a que ninguna pasión existe tan contagiosa como la del miedo, ni que se adquiera más sin motivos, ni que se extienda más bruscamente; que las ciudades que oyen el estallido de esta tempestad a sus puertas, que recogen sus capitanes y sus soldados temblorosos y sin aliento, hay grave riesgo de que en ese instante de pánico tomen alguna determinación extrema, y otras mil razones análogas, de todas suertes, Francisco I se determinó a llamar las fuerzas de que disponía del otro lado de los montes, y a ver acercarse al enemigo; pues bien pudo imaginar, en contra de todo lo expuesto, que encontrándose en su casa, entre sus amigos y vasallos, no podía menos de recabar ventajas grandes; los ríos y los caminos a su disposición, conduciríanle víveres y recursos con seguridad cabal y sin necesidad de escoltas; que tendría a sus súbditos tanto más a su albedrío, cuanto que ellos verían el peligro más de cerca; que disponiendo de tantas ciudades y murallas para su albergue y defensa, no estaba sino en su mano conducir el orden de combate según lo creyera más oportuno o ventajoso; y si le venía en ganas contemporizar, al abrigo y cómodamente podría ver enfriarse al enemigo y perder fuerzas por sí mismo, a causa de las dificultades que encontraría luchando en tierra extraña, en la que no tendría delante, ni tras él, ni a su lado, nada que no le fuese adverso, al par que no acariciaría la ventaja de refrescar o ensanchar su ejército si las enfermedades le atacaban, ni tampoco podría poner en salvo sus heridos; ni recursos ni otros víveres poseería que los que a punta de lanza se procurara, ni espacio para descansar y tomar aliento, ni conocimiento de los lugares ni del país, que pudiera defenderle de las sorpresas y emboscadas; y, por último, si salía perdiendo en alguna batalla, tampoco dispondría de medios para salvar los despojos. Para adoptar uno u otro partido, presentábanse razones sobradas.

Escipión optó por ir a sitiarse las tierras de su enemigo al Africa mejor que defender las suyas y combatirle en Italia, donde se encontraba, con lo cual

salió ganancioso. Aníbal, por el contrario, se arruinó en esa misma guerra por haber abandonado la conquista de un país extranjero y preferido defender el suyo. Habiendo los atenienses dejado al enemigo en sus tierras para dirigirse a Sicilia, tuvieron la fortuna contraria; pero Agátocles, rey de Siracusa, la tuvo de su parte cuando pasó al Africa y dejó sus Estados ardiendo en guerra.

Así acostumbramos a decir con razón sobrada que los acontecimientos y el desenlace de los mismos dependen en las cosas de la guerra, principalmente de la fortuna, la cual se opone a plegarse a nuestra prudencia y a nuestras reflexiones, como rezan los versos siguientes:

Et male consultis pretium est; prudentia fallax  
Nec fortuna probat causas, sequiturque merentes,  
Sed vaga per cunctos nullo discrimine fertur.  
Scilicet est aliud, quod nos cogatque regatque  
Majus, et in proprias ducat mortalia leges<sup>1</sup>.

Y bien mirado, diríase que nuestras deliberaciones y consejos dependen igualmente de la fortuna, la cual con su fuerza e incertidumbre arrastra también nuestro juicio. "Razonamos temeraria y casualmente, dice Timeo en un diálogo de Platón, porque, como nosotros, nuestros juicios participan grandemente del acaso."

<sup>1</sup> A veces la imprudencia triunfa y la mesura nos engaña; con frecuencia la fortuna no brinda con sus favores a los más dignos; diosa inconstante revolotea aquí y allá a tenor de sus caprichos. La causa de ello es que existe un poder superior que nos domina, del cual dependen todas las criaturas. MANILIO, IV, 95.



## CAPITULO XLVIII

## DE LOS CABALLOS DE COMBATE

HEME aquí convertido en gramático, yo que nunca aprendí las lenguas sino por rutina, y que ignoro a estas horas lo que sean sustantivo, adjetivo y ablativo. Paréceme haber oído decir que los romanos tenían unos caballos, a los cuales llamaban *females* o *dextrarios*, que conducían con la diestra o guardaban en lugares de relevo para servirse de ellos en caso necesario; de aquí proviene que nosotros llamemos *dextriers* a los caballos de servicio, y el que nuestros viejos autores digan ordinariamente *adestrer* por acompañar. Llamaban también los antiguos *desultorios equos* a dos caballos que estaban educados de tal suerte, que corriendo a todo galope y yendo a la par, sin brida ni silla, los caballeros romanos, aun encontrándose armados, se arrojaban y volvían a arrojar de uno en otro en medio de la carrera. Los jinetes nómadas llevaban de la mano un segundo caballo para cambiar en lo más rudo de la pelea: *quibus, desultorum in modum, binos trahentibus equos, inter acerrimam scepe pugnam, in recentem equum, ex fesso, armatis transsultare mos erat: tanta velocitas ipsis, tamque docile equorum genus!*<sup>1</sup> Hanse visto muchos corceles enseñados a socorrer a sus amos, ir derechos hacia quien les presentaba una espada desnuda y arrojarse sobre él a bocados y a coces; pero acontece con frecuencia que ocasionan mayor daño que provecho a quien tratan de defender, pues no pudiéndolos abandonar fácilmente, una vez desbocados, el jinete queda entregado a las fuerzas del animal. Tal desgracia aconteció a Artibio, general del ejército persa, en un combate contra Onesilo, rey de Salamina, en que ambos sostuvieron la lucha de hombre a hombre; montaba el primero un caballo educado en aquella escuela, que fue causa de su muerte, pues el escudero de Onesilo dio un guadañazo en las espaldas a Artibio, que le derribó por tierra, de encabritado como estaba su caballo. Y lo que los italianos cuentan de que en la batalla de Fornovo el caballo del rey Carlos le salvó la vida dando coces contra los enemigos que le asediaban, caso de ser cierto, fue un gran azar. Los mamelucos se vanaglorian de poseer los caballos de guerra más diestros del mundo, los cuales por naturaleza y por educación están hechos a conocer y distinguir al enemigo, sobre el cual es necesario que se precipiten con furia, a coces y mordiscos, según la voz o seña que se les hace, y también a coger con la boca los dardos y lanzas en medio de la pelea y ofrecérselos a sus amos cuando éstos se lo ordenan. Dicen de César y también del gran Pompeyo, que además de las otras excelentes cualidades que les adornaban, eran muy buenos

<sup>1</sup> Como aquellos de nuestros jinetes que saltan de un caballo a otro, los nómadas acostumbraban a llevar dos corceles; completamente armados, en lo más recio del combate, se lanzaban del animal cansado al de refresco. ¡Tan grandes eran su agilidad y la docilidad de sus caballos! TITO LIVIO, XXIII, 29.

jinetes; y del primero, que cuando joven, montaba de espaldas un caballo sin brida, haciéndole tomar carrera con las manos atrás. Como la naturaleza quiso hacer de César y Alejandro dos milagros en el arte militar, diríase que se esforzó también en armarlos de un modo singular, pues todos sabemos de Bucéfalo, el caballo de Alejandro, que tenía la cabeza semejante a la de un toro; que no se dejaba montar por otro que no fuera su amo, ni tampoco permitió nunca ser educado por otro; que fue honrado después de su muerte, y que se edificó una ciudad que llevó su nombre. César tenía también un corcel cuyas manos eran como los pies de una persona y el casco cortado en forma de dedos; tampoco pudo montarlo ni educarlo nadie sino César, el cual dedicó su estatua, después de su muerte, a la diosa Venus.

Cuando yo monto a caballo echo pie a tierra mal de mi grado, pues es la posición en que me siento mejor, así cuando estoy sano como encontrándome enfermo. Platón recomienda el cabalgar para la salud, y Plinio dice que es provechoso para el estómago y las articulaciones. Pero prosigamos, puesto que de ello estamos hablando.

En Jenofonte se lee una ley que prohibía viajar a pie a quien tuviera caballo. Trogo y Justino cuentan que los partos acostumbraban a hacer a caballo, no ya sólo la guerra, sino también todos sus negocios privados y públicos: comerciar, parlamentar, conversar e ir de paseo; y añádese que la distinción capital entre siervos y hombres libres consistía en que los unos cabalgaban y los otros iban a pie, costumbre que databa desde la época de Ciro.

Hay varios ejemplos en la historia romana (Suetonio los señala más concretamente que César) de capitanes que ordenaban a sus gentes de a caballo echar pie a tierra cuando se veían acometidos, para quitar así a los soldados toda ocasión de huir, y también por la ventaja que esperaban en esta clase de combate: *quo, haud dubie superat Romanus*<sup>1</sup>, dice Tito Livio. De tal suerte que la primera medida que tomaban para reprimir la rebelión de los pueblos nuevamente conquistados era despojarlos de armamentos y caballos; por eso vemos en César: *arma proferri, jumenta produci, obsides dari jubet*<sup>2</sup>. El sultán de Turquía no consiente hoy ni a cristiano ni a judío tener caballo en toda la extensión de su imperio.

Nuestros antepasados, principalmente en la época de la guerra contra los ingleses, luchaban a pie casi siempre en los combates solemnes para no confiar más que a su propia fuerza y vigor cosas tan caras como el honor y la vida. Diga lo que quiera Crisantes en Jenofonte, el jinete une su fortuna a la de su caballo; las heridas de éste y su muerte influyen en el soldado; el horror o la fogsidad del animal os hacen cobarde o temerario. Si el caballo es insensible a la brida o a la espuela, vuestro honor pagará la falta del corcel. Por esta razón no considero extraño que aquellos encuentros a pie firme fuesen más vigorosos y más furiosos que los que se verifican a caballo:

*Cædebant pariter, pariterque ruebant  
Victores victique; necque his fuga nota, neque illis*<sup>3</sup>;

el triunfo que se alcanzaba era con mayor encarnizamiento disputado, mientras que hoy no vemos más que caminatas militares *primus clamor atque impetus*

<sup>1</sup> En el cual, sin ningún género de duda, sobresalían los romanos. TITO LIVIO, IX, 22.

<sup>2</sup> Ordena que se haga entrega de las armas, caballos y rehenes. *De Bello Gallico*, VII, 11.

<sup>3</sup> Nadie pensaba en huir; vencedores y vencidos avanzaban, combatían, herían y morían juntos. VIRGILIO, *Eneida*, X, 756.

*rem decernit*<sup>1</sup>. Pues que en los combates lo encomendamos todo al acaso, debiera procurarse que el triunfo dependiera más bien de nuestro poderío y de nuestra voluntad; yo aconsejaría que se eligieran las armas más cortas y manejables. Mejor puede defenderse el combatiente con una espada que empuña que con la bala que escapa de su arcabuz; en el mecanismo de éste entran la pólvora, la piedra y la rueda; si cualquiera de estas cosas falla, peligrará la fortuna del guerrero. Mal puede asegurarse el golpe cuyo solo vehículo es el aire.

Et quo ferre velint, permittere vulnera ventis:  
Ensis habet vires; et gens quæcumque virorum est,  
Bella gerit gladiis<sup>2</sup>.

En cuanto al arma de que acabo de hablar, insistiré con mayor amplitud en el pasaje en que establezca la comparación de los pertrechos de guerra que usaron los antiguos con los que nosotros empleamos; salvo el estruendo que producen, al cual todos ya están habituados, creo que el arcabuz es de escaso efecto, y entiendo que no está lejos el día en que se abandone su uso. El arma de que los italianos se servían, que era de fuego y arrojada, producía un efecto más seguro; llamábanla falárica, y consistía en una especie de jabalina, armada por uno de sus extremos de un hierro de tres pies de largo, con el cual se podía atravesar a un hombre armado de parte a parte, y se lanzaba unas veces con la mano, otras con una máquina de guerra para defender los lugares sitiados. La madera a que el hierro estaba sujeto hallábase rodeada de estopa, embadurnada de pez y empapada en aceite, que con la carrera se inflamaba, y quedaba sujeta al cuerpo o al escudo del enemigo privándole de todo movimiento. De todos modos se me figura que la falárica ocasionaría perjuicios a los sitiadores, y que estando el campo sembrado de estos troncos encendidos, podía producir en la lucha perjuicios comunes:

Magnum stridens contorta phalarica venit,  
Fulminis acta modo<sup>3</sup>.

Contaban también los romanos con otros medios de guerrear, a los cuales la costumbre los hacía aptos, que a nosotros nos parecen increíbles por la inexperiencia que de ellos tenemos, y con los que suplían la falta de nuestra pólvora y nuestras balas. Manejaban las jabalinas con fuerza tal, que a veces enfilaban dos escudos con sus hombres armados, y los cosían el uno al otro. Los disparos de sus hondas, no eran menos certeros, aun a gran distancia: *saxis globosis... funda, mare apertum incessentes... coronas modici circuli, magno ex intervallo loci, assueti trajicere, non capita modo hostium vulnerabant, sed quem locum destinassent*<sup>4</sup>. Sus máquinas de guerra ofrecían el aspecto de las nuestras y producían el mismo estrépito: *ad ictus mœnium cum terribili sonitu*

<sup>1</sup> Los primeros gritos y la arremetida primera deciden la victoria. TITO LIVIO, XXXV, 41.

<sup>2</sup> Cuando se encomienda a los vientos el cuidado de encaminar los disparos. La espada es la fuerza del soldado; todos los pueblos guerreros combaten con ella. LUCANO, VIII, 384.

<sup>3</sup> Semejante al rayo la falárica hendía el aire produciendo un terrible silbido. VIRGILIO, *Eneida*, IX, 705.

<sup>4</sup> Acostumbrados a arrojar al mar las redondeadas piedras de sus riberas, y a lanzar proyectiles desde una gran distancia a un círculo reducido, herían a sus enemigos no sólo en la cabeza, sino en el sitio del semblante que les placía. TITO LIVIO, XXXVIII, 5.

*editos, pavor et trepidatio cepit*<sup>1</sup>. Los galos, nuestros parientes cercanos en el Asia menor, odiaban estas armas traidoras y volanderas, hechos como se encontraban a combatir mano a mano, con mayor brío. *Non tam parentibus plagis moventur... ubi latior quam altior plaga est, etiam gloriosius se pugnare putant; idem, cum aculeus sagittæ, aut glandis abditæ introrsus tenui vulnere in speciem urit... tum, in rabiem et pudorem tam parvæ perimentis pestis versi, prosternunt corpora humi*<sup>2</sup>; pintura semejante a la de un arcabuzazo. Los Diez Mil en su retirada prolongada y famosa, encontraron un pueblo que les causó daños considerables, sirviéndose de arcos grandes y resistentes, y de flechas tan largas, que aun con la mano podían arrojarse, a manera de dardos, y atravesar de parte a parte un escudo y un hombre armado. Las máquinas de guerra que Dionisio inventó en Siracusa, que servían para lanzar gruesos macizos y piedras de tamaño enorme con ímpetu formidable, representan, o eran ya semejantes a nuestros recientes inventos.

No hay que echar tampoco en olvido la graciosa postura que guardaba en su mula un señor Pedro Pol, doctor en teología, de quien cuenta Monstrelet que acostumbraba a pasearse por la ciudad de París sentado de lado, como las mujeres. En otro pasaje refiere el mismo escritor que los gascones tenían unos caballos terribles acostumbrados a dar la vuelta en redondo yendo al trote, lo cual admiraban sobremanera los franceses, picardos, flamencos y brabantinos, "porque no tenían costumbre de verlos", según rezan las palabras de Monstrelet. César dice hablando de los suecos: "En los encuentros a caballo echan con frecuencia pie a tierra para combatir mejor; habiendo acostumbrado a los caballos a no moverse del lugar en que los dejan, recurren luego a ellos en caso de necesidad; conforme a la manera de guerrear de estos pueblos, nada hay tan villano ni cobarde como el uso de sillas y armaduras para los corceles, de tal suerte desdeñan a los que las usan; con hábitos semejantes, aun siendo pocos en número, atacan al enemigo por numeroso que sea." Lo que yo he admirado en otro tiempo de ver un caballo hecho a manejarse a todas manos con una varilla, sin el auxilio de la brida, era usanza ordinaria de los masilianos, que se servían también de sus corceles sin silla:

Et gens, quæ nudo residens Massylia dorso,  
Ora levi flectit, frænorum nescia, virga<sup>3</sup>.  
Et Numidæ infræni cingunt<sup>4</sup>.

*Equi sine frœnis; deformis ipse cursus, rigida cervice, et extento capite currentium*<sup>5</sup>. El rey Alfonso XI de España, fundador de la Orden de los Caballeros de la Banda<sup>6</sup>, estableció entre otras ordenanzas la de que no se montase mula

<sup>1</sup> Al trepidar de las murallas, ante las cuales la metralla choca con atronador estruendo, el desorden y el pavor se apoderan de los sitiados. TITO LIVIO, XXXVIII, 5.

<sup>2</sup> No les asusta la amplitud de las heridas. Cuando éstas son más anchas que profundas glorifican como de una muestra de valor; pero si la punta de un dardo o una bala de plomo (lanzada con la honda) penetran en sus cuerpos dejando un agujero casi imperceptible, llenos de furia por perecer por una causa tan ligera, se arrastran por la tierra llenos de vergüenza y de rabia. TITO LIVIO, XXXVIII, 21.

<sup>3</sup> Los masilianos montan sus caballos en pelo, y los dirigen con una simple vara que hace las veces de riendas y freno. LUCANO, IV, 682.

<sup>4</sup> Y los númeridas gobiernan sus caballos sin freno. VIRGILIO, *Eneida*, IV, 41.

<sup>5</sup> Sus caballos sin freno son deformes, tienen el cuello rígido y la cabeza extendida hacia delante. TITO LIVIO, XXXV, 11.

<sup>6</sup> "Llamóse así por ser su particular divisa una banda roja o faja carmesí de cuatro dedos de ancho, que traían los caballeros de esta orden sobre el hombro de-

ni macho, bajo la pena de un marco de plata de multa, según leo en las cartas de Guevara, a las cuales los que llamaron doradas hacían de ellas un juicio bien diferente del mío. En *El Cortesano*, de Castiglione, se dice que antes de la época en que fue escrito el libro constituía una falta para un gentilhomme cabalgar sobre una mula. Los abisinios, por el contrario, a medida que por su rango se acercan más al preste Juan, su soberano, tienen a dignidad y pompa el montar una de grande alzada.

Refiere Jenofonte que los asirios tenían siempre trabados sus caballos en sus casas, a tal punto eran fogosos y salvajes de temperamento; y que era tanto el tiempo que necesitaban para desatarlos y ponerles los arneses, que para que el que empleaban en la operación no les acarrearía perjuicios caso de que el enemigo los cogiera desprevenidos, jamás ocupaban campo que no estuviera defendido y rodeado de fosos. Su rey Ciro, tan gran maestro en cosas de caballería, gobernaba los caballos de su cuadra, y no consentía que les dieran el pienso si antes no habían ejecutado un ejercicio rudo. Los escitas, dondequiera que la necesidad los empujara a la guerra, sangraban a los suyos y empleaban la sangre como alimento:

Venit et opoto Sarmata pastus equo<sup>1</sup>.

Los habitantes de Creta, sitiados por Metelo, se vieron en carencia tal de ninguna otra bebida, que tuvieron que servirse de la orina de sus caballos para aplacar su sed.

Para probar que los ejércitos turcos se mantienen y conducen mejor disciplinados que los nuestros, dícese, que, aparte de que los soldados no beben más que agua, ni comen más que arroz y carne salada reducida a polvo, de la cual cada uno lleva encima fácilmente su provisión para un mes, saben también mantenerse en caso necesario, con la carne y la sangre de sus caballos, que adoban de antemano, como los tártaros y los moscovitas.

Esos pueblos nuevos de la India creyeron, cuando los españoles llegaron allí, que así los hombres como sus caballos eran dioses o seres cuya nobleza sobrepasaba la suya; algunos, después de haber sido vencidos, solicitaban la paz y el perdón, ofrecíanles oro y viandas, y otro tanto hacían con los caballos, cuyos relinchos tomaban por lenguaje de conciliación y tregua.

En las Indias Orientales era en lo antiguo el honor más principal y regio cabalgar sobre un elefante; el segundo, ir en coche arrastrado por cuatro caballos; el tercero, montar un camello, y el último honor y categoría consistía en ser llevado en un caballo o en una carreta tirada por un solo corcel. Un escritor de nuestro tiempo dice haber visto en esos climas regiones en que se montan bueyes con albarda, estribos y bridas, y añade que no se va mal en semejante cabalgadura.

Quinto Fabio Máximo Rutiliano, en la guerra contra los samnites, viendo que sus gentes de a caballo a la tercera o cuarta carga habían casi deshecho al enemigo, tomó la determinación de que los soldados soltaran las bridas de sus corceles y cargaran a toda fuerza de espuela; de suerte que, no pudiéndolos detener ningún obstáculo al través del ejército enemigo, cuyos soldados estaban tendidos por tierra, abrieron paso a la infantería, que completó la sangrienta derrota. Igual conducta siguió Quinto Fulvio Flaco contra los celtibe-

recho, desde donde pasaba cruzando por la espalda y el pecho al lado izquierdo". *Dic. de la Acad. Esp.*, séptima edic.

<sup>1</sup> Allí viven los sármatas, que se alimentan con sangre de caballo. *MARCIAL, Spectacul. Lib.*, epigr. 3, v. 4.

ros: *Id cum majore vi equorum facietis, si effrenatos in hostes equos immittitis; quod saepe romanos equites cum laude fecisse sua, memorice proditum est... Detractisque frenis, bis ultro citroque cum magna strage hostium, infractis omnibus bastis, transcurrerunt*<sup>1</sup>.

El duque de Moscovia cumplía en lo antiguo la siguiente ceremonia con los tártaros, cuando éstos le enviaban sus embajadores: salía al encuentro a pie y les presentaba un vaso de leche de yegua, bebida que aquéllos gustaban con delicias; si al beberla caía alguna gota en las crines de los caballos, el duque tenía la obligación de pasar la lengua por ella. El ejército que el emperador Bayaceto envió a Rusia, fue destrozado por una tan furiosa nevada, que muchos soldados para ponerse a cubierto y preservarse del frío, mataron y destriparon sus caballos y se metieron dentro de los cuerpos gozando así del calor vital. Bayaceto después de tan terrible fracaso en que fue destrozado por Tamerlán, escapó a toda prisa montado en una yegua árabe, y hubiéralo conseguido de no haberse visto obligado a dejarla beber cuanto quiso a su paso por un arroyo, lo cual la hizo enflaquecer y enfriarse tanto, que fue atrapado por sus perseguidores. Dícese que los caballos se acobardan dejándoles orinar, pero a éste dejándole beber hubiera creído más bien que se refrescara y fortaleciera.

Al atravesar Creso la ciudad de Sardes, encontró un prado en que había gran cantidad de serpientes que sus caballos comieron con apetito excelente, lo cual fue de mal augurio para sus empresas, según refiere Heródoto. Llamamos caballo entero al que tiene las demás partes tan cabales como la crin y las orejas. Habiendo los lacedemonios derrotado a los atenienses en Sicilia, regresaron triunfalmente a la ciudad de Siracusa, y entre otras fanfarronadas que hicieron esquilaron los caballos de sus enemigos llevándolos así pomposamente. Alejandro guerreó contra un pueblo que se llamaba *Dabas*, en el cual dos soldados montaban un mismo corcel, pero cuando llegaba la hora de la lucha, uno de ellos echaba pie a tierra y combatían ya a pie, ya a caballo ambos soldados.

No creo que ninguna nación nos aventaje en el acertado manejo de este animal. Entre nosotros se llama buen jinete aquel que despliega menos acierto que arrojito. El más competente, el más seguro, el caballero más diestro que he conocido en el manejo del caballo fue el señor Carnavalet, que estuvo al servicio de nuestro monarca Enrique II. He visto a un hombre correr a galope sobre un caballo, puesto de pie en la silla, desmontar ésta, volverla a galope y sentarse de nuevo, llevando siempre el corcel a todo galope; saltar sobre un objeto cualquiera, disparar de espaldas su arco, recoger del suelo cuanto quería, echando un pie a tierra y sosteniéndose con el otro en el estribo, y hacer otra porción de monerías con las cuales se ganaba la vida.

En mi tiempo se han visto en Constantinopla dos hombres puestos sobre el mismo caballo, los cuales en lo más impetuoso de la carrera se arrojaban al suelo alternativamente, y luego volvían a montar; otro que con sólo los dientes enjaczaba el suyo; otro que, colocado entre dos caballos, y un pie en cada silla, sostenía a un hombre en sus brazos y picaba espuela a toda brida; el segundo, puesto luego de pie sobre el primero, hacía blancos certeros con su arco; varios que, con las piernas en lo alto, la cabeza puesta en la silla

<sup>1</sup> Para que el choque sea más impetuoso, dice, soltad la brida de vuestros corceles; es una maniobra cuyo éxito honró muchas veces a la caballería romana... Apenas la orden es oída desenfrenan sus caballos, hienden las tropas enemigas, rompen las lanzas, vuelven sobre sus pasos y llevan a cabo una terrible carnicería. *TITO LIVIO, XL, 47.*

entre las puntas de dos alfanjes sujetos al arnés, se sostenían sobre el caballo a la carrera. En mi infancia, el príncipe de Sulmona, en Nápoles, manejaba un caballo entero en toda suerte de ejercicios, teniendo entre el cuerpo del animal y sus rodillas, y lo mismo entre el estribo y los pulgares de sus pies dos piecitas de plata, cual si hubieran estado clavadas, para mostrar la firmeza con que se mantenía sobre el corcel.

## CAPITULO XLIX

## DE LAS COSTUMBRES ANTIGUAS

DE buen grado excusaría a nuestro pueblo el no tener otro patrón ni regla de perfección que sus propios usos y costumbres, pues es defecto común, no solamente del vulgo sino de casi todos los hombres, el acomodarse para siempre al género de vida en que han sido educados. No me descontenta que el pueblo se sorprenda cuando vea a Fabricio y a Lelio, ni que encuentre su continente y porte bárbaros, puesto que no están ni vestidos ni de acuerdo con nuestra moda; pero lamento la facilidad deplorable con que el mismo pueblo se deja engañar y cegar por la autoridad del uso actual; de que a diario cambie de opinión y parecer, si así place a la costumbre, y de que tan veleidoso sea por sí mismo. Cuando se usaba llevar la ballena del corpiño entre los pechos, mantenía esta costumbre con vivos argumentos, creía que estaba en lo justo; años después la ballena descende hasta los muslos, y el mismo pueblo se burla de su antigua moda, y la encuentra inútil e insoportable. La del día le ha hecho en seguida condenar la antigua con una resolución tan grande y tan general consentimiento, que no parece sino manía lo que de tal modo le trastorna el entendimiento. Nuestro cambio es tan súbito y tan presto en esto de las modas, que las invenciones de todos los sastres del mundo no bastarían a procurarnos novedades; fuerza es que las desechadas adquieran luego crédito de nuevo y las aceptadas se desdeñen poco tiempo después; y que una misma opinión adquiera en el transcurso de quince o veinte años dos o tres formas no ya sólo diversas, sino contrarias, merced a nuestra ligereza e inconstancia increíbles. Nadie hay entre nosotros, por lince que sea, que no se deje embaucar y desvanecer por tal contradicción, así los ojos del alma como los del cuerpo, insensiblemente y como sin darse cuenta.

Quiero traer aquí a cuento algunas modas antiguas que recuerdo, las unas semejantes a las nuestras, las otras diferentes, a fin de que poniendo a la vista esta continua mudanza de las cosas humanas, tengamos el juicio más despejado y menos volandero.

El combate que nosotros llamamos de capa y espada, usábase ya entre los romanos, tal por lo menos asegura César: *Sinistras sagis involvunt, gladios que dstringunt*.<sup>1</sup> y advierte también en nuestro pueblo el vicio, que existe aún hoy, de detener a los que encontramos en nuestro camino y obligarnos a que nos digan quiénes son, tomando a injuria y ocasión de querrela, el que se nieguen a respondernos.

En los baños, que los antiguos tomaban todos los días antes de la comida, y de los cuales se servían con igual frecuencia que nosotros nos lavamos

<sup>1</sup> Envuelven la mano izquierda con la tela de su túnica y desenvainan la espada. CESAR, *de Bello civili*, 75.

las manos, en los comienzos sólo se remojaban los brazos y las piernas; mas después (la costumbre ha durado varios siglos en la mayor parte de las naciones del mundo) se bañaban completamente desnudos con agua en que echaban diversas mixturas y perfumes, de tal suerte que consideraban como ejemplo de morigeración el bañarse con agua pura. Los más delicados perfumábanse todo el cuerpo tres o cuatro veces al día. Arrancábanse el pelo del cutis con pinzas, como las mujeres francesas hacen de algún tiempo acá con los de la frente,

Quod pectus, quod crura tibi, quod brachia vellis<sup>1</sup>,

aunque poseían unguentos propios para este efecto:

Psilothro nitet, aut acida latet oblita creta<sup>2</sup>.

Gustaban tenderse en el lecho, que era muy blando, y consideraban como sacrificio el acostarse en colchones. Comían en la cama adoptando una postura análoga a la de los turcos en el día:

Inde toro pater Æneas sic orsus ab alto<sup>3</sup>.

Cuéntase de Catón el joven, que después de la batalla de Farsalia, hallándose apenado por el mal estado de los negocios públicos, comió siempre sentado, adoptando un género de vida austero. Besaban las manos a los grandes para honrarlos y acatarlos. Entre amigos besábanse al saludarse como los venecianos,

Gratatusque darem cum dulcibus oscula verbis<sup>4</sup>;

y se tocaban las rodillas para reverenciar y mostrar a los grandes pleito homenaje. Pasicles el filósofo, hermano de Crates, en lugar de poner su mano en la rodilla llevóla a los órganos genitales; la persona a quien saludaba habiéndole rechazado violentamente, Pasicles repuso: ¡Cómo!, ¿esa parte no es tan vuestra como la otra? Comían como nosotros la fruta al fin de la comida. Se limpiaban el culo (dejemos para las mujeres los vanos miramientos de las palabras) con una esponja, por eso este vocablo es obsceno en latín; la esponja estaba sujeta al extremo de un palo, como atestigua la historia de un hombre a quien conducían a ser presentado a las fieras ante el pueblo, el cual pidió permiso para hacer sus menesteres, y no teniendo otro medio de quitarse la vida, se la metió junto con el palo por la garganta, y se ahogó. Secábanse el miembro con lana perfumada cuando habían hecho uso de él:

At tibi nil faciam; sed lota mentula lana<sup>5</sup>.

Había en las encrucijadas de Roma recipientes y tinas para aliviar las necesidades urgentes de los transeúntes:

<sup>1</sup> Te arrancas el vello del pecho, de las piernas y de los brazos. MARCIAL, II, 62, 1.

<sup>2</sup> Unta su cutis con unguentos depilatorios, o lo cubre con tiza reblandecida en vinagre. MARCIAL, VI, 93, 9.

<sup>3</sup> Entonces Eneas, desde lo alto del lecho en que estaba acostado, habló así. VIRGILIO, *Eneida*, II, 2.

<sup>4</sup> Te besaré al felicitarte en los términos más cordiales. OVIDIO, *de Ponto*, IV, IX, 13.

<sup>5</sup> Las palabras anteriores explican este verso. MARCIAL, XI, 58, 11.

Pusi sæpe lacum propter, se, ac dolia curta,  
Somno devincti, credunt extollere vestem<sup>1</sup>.

Tomaban algo de reparo entre las comidas. En verano había vendedores de nieve para refrescar el vino, y algunos la empleaban también en invierno, no encontrando aquella bebida suficientemente fresca. Los grandes disponían de trinchantes y escanciadores para el gobierno de la mesa y de bufones para su regocijo. En invierno se servían las carnes puestas sobre hornillos, que se colocaban en las mesas; tenían cocinas portátiles; yo he visto algunas, en las cuales podía trasladarse de lugar todo el servicio:

Has vobis epulas habete lauti:

Nos offendimur ambulante cœna<sup>2</sup>.

En verano dejaban correr el agua fresca y clara en las habitaciones de planta baja, en canales donde había gran cantidad de peces vivos, que los concurrentes escogían y tomaban con la mano para aderezarlos cada cual a su gusto. El pescado ha tenido siempre el privilegio, y lo tiene todavía, de que los grandes se vanaglorien de saber condimentarlo: su salsa es preferible a la de la carne, al menos para mi paladar. En toda suerte de magnificencia, exquisitez y voluptuosas invenciones de molicie y suntuosidad, nosotros hacemos cuanto nos es dable para igualar a los antiguos, pues nuestra voluntad está tan viciada como la suya, aunque nuestros medios no la alcancen; ni siquiera son capaces nuestras fuerzas de igualarlos en sus vicios, y mucho menos en sus virtudes, pues los unos y las otras emanan del vigor de espíritu, el cual era, sin ponderación, mucho más grande en aquellos hombres que en nosotros; y las almas, a medida que son menos fuertes, cuentan con menos medios para realizar en grande el bien y para ejecutar el mal en la misma proporción.

El lugar más honroso entre ellos era el del medio. El anterior y el posterior no tenían ni al escribir ni al hablar significación alguna de categoría, como se ve de un modo evidente por sus escritos: lo mismo decían Opio y César que César y Opio; lo mismo yo y tú que tú y yo. Por esta razón he advertido en la vida de Flaminio del Plutarco de Amyot, un pasaje en que éste, hablando del celo por la gloria que existía entre etolios y romanos, por saber a quién pertenecía la honra de una batalla que habían ganado juntos, se fije en que en las canciones griegas figurasen los etolios antes que los romanos, si es que no hay doble sentido en las palabras francesas.

Aunque las damas se encontrasen en el baño, no tenían inconveniente en hablar con los hombres, y allí mismo recibían de manos de sus criados unturas y fricciones:

Inguina succinctus nigra tibi servus aluta

Stat, quoties calidis nuda foveris aquis<sup>3</sup>.

También usaban polvos para reprimir el sudor.

Los primitivos galos, dice Sidonio Apolinario, llevaban el pelo largo por delante, y el de la nuca lo tenían cortado: igual uso que el recientemente

<sup>1</sup> Los niños dormidos creen a veces levantarse el vestido para hacer aguas en los recipientes públicos, destinados a este efecto. LUCRECIO, IV, 1024.

<sup>2</sup> Ricos voluptuosos, guardad para vosotros esos platos; soy enemigo de las cocinas ambulantes. MARCIAL, VII, 48.

<sup>3</sup> Un esclavo cuyo cuerpo ciñe un delantal de badana negra, está junto a ti y se mantiene en pie para servirte cuando desnuda tomas un baño caliente. MARCIAL, VII, 35, 2.

puesto en vigor por las costumbres afeminadas y muelles de nuestro siglo.

Pagaban los romanos el importe del pasaje a los bateleros al entrar en el barco; nosotros no los pagamos hasta llegar al punto de destino:

Dum æs exigitur, dum mula ligatur,  
Tota abit hora<sup>1</sup>.

Las mujeres se acostaban en la cama del lado de la pared, por eso se llamaba a César *spondam regis Nicomedis*<sup>2</sup>. Tomaban aliento al beber y bautizaban el vino:

Quis puer ocius  
Restinguet ardentis falerni  
Pocula prætereunte lympha?<sup>3</sup>

Los lacayos empleaban ya sus acostumbradas truhanerías.

O Jane, a tergo quem nulla ciconia pinsit,  
Nec manus aurículas imitata est mobilis albas,  
Nec linguæ, quantum sitiât canis Appula tantum<sup>4</sup>.

Las damas argianas y las romanas usaban el luto blanco, como las nuestras en lo antiguo, y como debiera hacerse hoy, si mi dictamen se siguiera. Pero hagamos aquí punto, pues hay libros enteros que no tratan de otra cosa.

<sup>1</sup> Una hora entera transcurre mientras se engancha la mula y pagan los pasajeros. HORACIO, *Sát.*, I, 5, 13.

<sup>2</sup> La callejuela del rey Nicomedes. SUTTONIO, *Vida de César*, c. 49.

<sup>3</sup> Esclavos, daos prisa de refrescar el ardor de ese vino de Falerno con el agua de esa fuente que corre cerca de nosotros. HORACIO, *Od.*, II, 11, 18.

<sup>4</sup> ¡Oh Jano! Guardáronse mucho de mostrarte por la espalda cuernos y orejas de asno; y también de enseñarte la lengua como pudiera hacerlo un perro de la Apulla cuando le acomete la sed: tenías dos semblantes. PERSIO, *Sát.*, I, 58.

## CAPITULO I

### DE DEMOCRITO Y HERACLITO

ES el juicio un instrumento necesario en el examen de toda clase de asuntos, por eso yo lo ejercito en toda ocasión en estos *Ensayos*. Si se trata de una materia que no entiendo, con mayor razón empleo en ella mi discernimiento, sondeando el vado de muy lejos; luego, si lo encuentro demasiado profundo para mi estatura, me detengo en la orilla. El convencimiento de no poder ir más allá es un signo del valor del juicio, y de los de mayor consideración. A veces imagino dar cuerpo a un asunto baladí e insignificante, buscando en qué apoyarlo y consolidarlo; otras, mis reflexiones pasan de un asunto noble y discutido en que nada nuevo puede hallarse, puesto que el camino está tan trillado, que no hay más recurso que seguir la pista que otros recorrieron. En los primeros el juicio se encuentra como a sus anchas, escoge el camino que mejor se le antoja, y entre mil senderos delibera que éste o aquél son los más convenientes. Elijo de preferencia el primer argumento; todos para mí son igualmente buenos, y nunca formo el designio de agotar los asuntos, pues ninguno se ofrece por entero a mi consideración: no declaran otro tanto los que nos prometen tratar todos los aspectos de las cosas. De cien carices que cada una ofrece, escojo uno, ya para acariciarlo solamente, ya para desflorarle, a veces para penetrar hasta la médula; reflexiono sobre las cosas, no con amplitud, sino con toda la profundidad de que soy capaz, y las más de las veces tiendo a examinarlas por el lado más inusitado que ofrecen. Aventuraríame a tratar a fondo de alguna materia si me conociera menos y tuviera una idea errónea de mi valer. Desparramando aquí una frase, allá otra, como partes separadas del conjunto, desviadas, sin designio ni plan, no estoy obligado a ser perfecto ni a concentrarme en una sola materia; varío cuando bien me place, entregándome a la duda y a la incertidumbre, y a mi manera habitual, que es la ignorancia.

Todo movimiento de nuestra alma nos denuncia; la de César, que se deja ver cuando dirige y ordena la batalla de Farsalia, muéstrase también cuando la ocupan sus recreos y sus amores. Júzgase del valer de un caballo, no sólo al verle correr sobre la pista, sino también cuando marcha al paso y hasta cuando reposa en la caballeriza.

Entre las distintas funciones del alma, las hay bajas y mezquinas; quien en el ejercicio de ellas no la considera y examina, dejará de conocerla por entero. A veces mejor se la profundiza en sus acciones simples, porque el ímpetu de las pasiones la agita y lleva a sus más elevados movimientos; únase a esto que nuestra alma se emplea por entero en cada una de nuestras acciones y que nunca la ocupa más de una sola cosa a la vez y en ella pone todo el ser de cada individuo. Consideradas las cosas en sí mismas, acaso tengan su

peso, medida y condición, pero desde el instante en que se relacionan con nosotros, el alma las acomoda a su manera de ser. La muerte, que a Cicerón estremece, Catón la desea, y es indiferente para Sócrates. La salud, la conciencia, la autoridad, la ciencia, las riquezas, la belleza y sus contrarios, se despojan, recibiendo del alma, al entrar en ella, nueva vestidura, y adoptando el matiz que le place: moreno, claro, verde, oscuro, agrio, dulce, profundo, superficial, el que más en armonía está con las distintas almas, pues éstas no pusieron de acuerdo sus estilos, reglas y formas; cada una es en su estado soberana. ¿Por qué no nos fundamentamos más en nuestros juicios, en las cualidades externas de las cosas? En nosotros estriba darnos cuenta de ellas. Nuestro bien y nuestro mal no dependen sino de nosotros. Hagámonos donación a nosotros mismos de nuestras ofrendas y deseos, en manera alguna a la fortuna; ésta es impotente contra el poderío de nuestra vida moral, pues la arrastra consigo y la moldea a su forma. ¿Por qué no he de juzgar yo de Alejandro cuando se encuentra en la mesa, conversando y bebiendo a saciedad, o cuando juega a las damas? ¿Qué cuerda de su espíritu deja de poner en actividad este juego necio y pueril? Yo le odio y le huyo porque no es tal juego, porque nos preocupa de un modo demasiado serio, y porque me avergüenzo de fijar en él la atención, que, empleada de otro modo, bastaría a hacer algo que valiera la pena. No se tomó mayor trabajo para organizar su expedición gloriosa a las Indias; ni ningún otro el que se propone resolver una cuestión de la cual depende la salvación del género humano. Ved cómo nuestra alma abulta y engrandece aquella diversión ridícula; ved cómo absorbe todas sus facultades; con cuánta amplitud proporciona a cada uno los medios de conocerse y de juzgar rectamente de sí mismo. Yo no me veo ni me examino nunca de una manera más cabal que cuando juego a las damas: ¿qué pasión no saca a la superficie ese juego?; la cólera, el despecho, el odio, la impaciencia; una ambición vehemente de salir victorioso, allí donde sería más natural salir vencido, pues la primacía singular por cima del común de las gentes no dice bien en un hombre de honor tratándose de cosas frívolas. Y lo que digo en este ejemplo puede amplificarse a todos los demás; cada ocupación en que el hombre se emplea, acusa y descubre sus cualidades por entero.

Demócrito y Heráclito eran dos filósofos, de los cuales el primero, encontrando vana y ridícula la humana naturaleza, se presentaba ante el público con rostro burlón y risueño. Heráclito, sintiendo compasión y piedad por nuestra misma naturaleza, estaba constantemente triste y tenía sus ojos bañados de lágrimas:

Alter

Ridebat, quoties a limine moverat unum  
Protuleratque pedem; flebat contrarius alter<sup>1</sup>.

Yo me inclino mejor a la actitud del primer filósofo, no porque sea más agradable reír que llorar, sino porque lo primero supone mayor menosprecio que lo segundo; y creo que dado lo poco de nuestro valer, jamás el desdén igualara lo desdeñado. La conmiseración y la queja implican alguna estimación de la cosa que se lamenta; al contrario acontece con aquello de que nos burlamos, a lo cual no concedemos valor ni importancia alguna. En el hombre hay menos maldad que vanidad; menos malicia que estupidez: no estamos tan afligidos por el mal como provistos de nulidad; no somos tan dignos de lásti-

ma como de desdén. Así Diógenes, que bromeaba consigo mismo dentro de su tonel, y que se burlaba hasta del gran Alejandro, como nos tenía en el concepto de moscas o de vejigas infladas, era juez más desabrido e implacable, y, por consiguiente, más diestro, a mi manera de ver, que Timón, el que recibió por sobrenombre el aborrecedor del género humano, pues aquello que odiamos es porque nos interesa todavía. Timón nos deseaba el mal, se apasionaba con ansia por nuestra ruina, y oía nuestra conversación como cosa dañosa, por creernos depravados y perversos. Demócrito considerábanos tan poca cosa, que jamás podríamos ni ponerle de mal humor ni modificarle con nuestro contagio; abandonaba nuestra compañía, no por temor, sino por desdén hacia nuestro trato. Ni siquiera nos creía capaces de practicar el bien ni de perpetrar el mal.

De igual parecer fue Statilio contestando a Bruto, que le invitaba a tomar parte en la conspiración contra César. Bien que creyera la empresa justa, entendía que no valía la pena molestarse por los hombres; que éstos no eran dignos de tanto, conforme a la doctrina de Hegesias, el cual decía: "El filósofo no debe hacer nada por los demás, sólo por sí mismo debe interesarse; sólo él es digno de que hagan algo por él". Aquella respuesta está también de acuerdo con la opinión de Teodoro, quien estimaba injusto que el hombre perfecto corriera ningún riesgo por el bien de su país, puesto que de correrlo se expone a perder la filosofía en beneficio de la locura. Nuestra propia y peculiar condición es tan risible como ridícula.

<sup>1</sup> En cuanto ponían los pies fuera de su casa, el uno reía y el otro lloraba. JUVENAL, *Sat.*, X, 28.

## CAPITULO LI

## DE LA VANIDAD DE LAS PALABRAS

DECIA un antiguo retórico que su oficio consistía "en abultar las cosas haciendo ver grandes las que son pequeñas"; algo así como un zapatero que acomodara unos zapatos grandes a un pie chico. En Esparta hubieran azotado al tal retórico por profesar un arte tan artificial y embustero. Arquidamo, rey de aquel Estado, oyó con extrañeza grande la respuesta de Tucídides al informarle de quién era más fuerte en la lucha, si Pericles o él: "Eso, dijo el historiador, no es fácil de saber, pues cuando yo le derribo por tierra en la pelea, convence a los que le han visto caer de que no ha habido tal cosa." Los que disfrazan y adoban a las mujeres son menos dañosos que los retóricos, porque al cabo no es cosa de gran monta dejar de verlas al natural, mientras que aquéllos tienen por oficio engañar no a nuestros ojos, sino a nuestra razón, bastardeando y estropeando la esencia de la verdad. Las repúblicas que se mantuvieron mejor gobernadas, como las de Creta y Lacedemonia, hicieron poco mérito de los oradores. Aristón define cuerdamente la retórica: "Ciencia para persuadir al pueblo." Sócrates y Platón la llamaban: "Arte de engañar y adular"; los que niegan que ésa sea su esencia, corroboránlo luego en sus preceptos. Al prescindir los mahometanos de la instrucción para sus hijos por considerarla inútil, y al reflexionar los atenienses que la influencia de la misma, que era omnímoda en su ciudad, resultaba perniciosa, ordenaron la supresión de la parte principal de la retórica, que es mover los afectos del ánimo: juntamente exordios y peroraciones. Es un instrumento inventado para agitar y manejar las turbas indómitas y los pueblos alborotados, que no se aplica más que a los Estados enfermos, como un medicamento; en aquellos en que el vulgo o los ignorantes tuvieron todo el poderío como en Atenas, Rodas y Roma; donde los negocios públicos estuvieron en perpetua tormenta, allí afluyeron los oradores. Muy pocos personajes se ven en esas otras repúblicas que gozaran de gran crédito sin el auxilio de la elocuencia. Pompeyo, César, Craso, Luculo, Lentulo y Metelo, encontraron en ella su supremo apoyo para procurarse la autoridad y grandeza que alcanzaron; más se sirvieron de la palabra que de las armas; lo contrario aconteció en tiempos más florecientes, pues hablando al pueblo L. Volumnio en favor de la elección consular de Q. Fabio y P. Decio, decía: "Ambos son hombres nacidos para la guerra, grandes para la acción; desacertados en la charla oratoria; espíritus verdaderamente consulares por todas sus cualidades; los que son sutiles, elocuentes y sabios, no son aptos sino para la ciudad, para administrar justicia en calidad de pretores." La elocuencia floreció más en Roma cuando el estado de los negocios públicos fue peor; cuando la tempestad de las guerras civiles agitaba a la nación: del propio modo un campo que no se ha roturado se cubre de más frondosos ma-

torrales. Parece desprenderse de aquí que los gobiernos que dependen de un monarca han menester menos de la elocuencia que los otros, pues la torpeza y docilidad de la generalidad, impeliéndola a ser manejada y moldeada por el oído al dulce son de aquella música, sin que pueda pesar ni conocer la verdad de las cosas por la fuerza de la razón, no se encuentra fácilmente en un solo hombre, siendo más viable librar al pueblo por el buen gobierno y el buen consejo de la impresión de aquel veneno. Macedonia y Persia no produjeron ningún orador de renombre.

Todo lo que precede me ha sido sugerido por un italiano, con quien acabo de hablar, que sirvió de maestresala al cardenal Caraffa, hasta la muerte del prelado; me ha referido aquél los deberes de su cargo, endilgándome un discurso sobre la ciencia de la bucólica con gravedad y continente magistrales, lo mismo que si me hubiese hablado de alguna grave cuestión teológica; me ha enumerado menudamente la diferencia de apetitos: el que se siente cuando se está en ayunas; el que se experimenta al segundo o tercer plato; los medios que existen para satisfacerlo ligeramente o para despertarlo y aguzarlo; la técnica de sus salsas, primero en general, luego particularizando las cualidades de cada una; los ingredientes que las forman y los efectos que producen en el paladar y en el estómago; la diferencia de verduras conforme a las estaciones del año: cuáles han de servirse calientes y cuáles deben comerse frías, y la manera de presentarlas para que sean más gratas a la vista. Después de este discurso me ha hablado del orden con que deben servirse los platos en la mesa, y sus reflexiones abundaban en puntos de vista muy importantes y elevados:

Nec minimo sane discrimine refert,  
Quo gestu lepores, et quo gallina secetur<sup>1</sup>;

todo ello inflado con palabras magníficas y ricas, las mismas que se emplean cuando se habla del gobierno de un imperio. Tratándose de elocuencia he creído oportuno traer a colación a mi hombre:

Hoc salsum est, hoc adustum est, hoc lautum est parum:  
Illud recte; iterum sic memento: sedulo  
Moneo quæ possum pro mea sapientia.  
Postremo, tamquam in speculum, in patinas, Demea,  
Inspicere jubeo, et moneo, quid facto usus sit<sup>2</sup>.

Los griegos mismos alabaron grandemente la disposición y el orden que Paulo Emilio observó en un banquete que dio en honor de aquéllos cuando volvieron de Macedonia. Pero no hablo aquí de los efectos; hablo sólo de las palabras.

Yo no sé si a los demás les sucede lo que a mí; yo no puedo precaverme, cuando oigo a nuestros arquitectos inflarse con esos majestuosos términos de pilastras, arquiteabes, cornisas, orden corintio o dórico y otros análogos de su jerga, mi imaginación va derecha al palacio de Apolidón, y luego veo que todo ello no son más que las mezquinas piezas de la puerta de mi cocina.

<sup>1</sup> No es una cosa baladí el modo de componérselas para trinchar una liebre o una gallina. JUVENAL, *Sát.*, v. 123.

<sup>2</sup> Eso está muy salado, esto quemado; eso no tiene el gusto bastante fuerte, eso sabe muy bien: acordaos de prepararlo lo mismo en otra ocasión. Les doy los mejores consejos que se me alcanzan, según mis modestas luces. En fin, Demea, los invité a mirarse en la vajilla como un espejo, y les enseñé todo cuanto de bueno tienen que hacer. TERCENIO, *Adelfos*, acto III, v. 71.



Al oír pronunciar los nombres de metonimia, metáfora, alegoría y otros semejantes de la retórica, ¿no parece que quiere significarse alguna forma de lenguaje rara y peregrina?, pues en el fondo todo ello no son más que palabras con las cuales se califica la forma del discurso que vuestra criada emplea en su sencilla charla.

Artificio análogo a éste es el distinguir los empleos de nuestro estado con nombres soberbios sacados de los romanos, aunque no tengan con los antiguos ninguna semejanza, y todavía menos autoridad y poderío. También constituye otro engaño, de que algún día se hará justo cargo a nuestro siglo, el aplicar indignamente, a quien mejor se nos antoja, los sobrenombres más gloriosos, que la antigüedad no concedió sino a uno o dos personajes en cada siglo. Platón llevó el dictado de divino por universal consentimiento, y nadie ha intentado disputárselo. Los italianos que se vanaglorian, con motivo, de tener el espíritu más despierto y la razón más sana que las demás naciones de su tiempo, acaban de gratificar al Aretino con el mismo sobrenombre que a Platón acompaña. Ese escritor, salvo una forma hinchada, en la que sin duda abundan los rasgos ingeniosos, pero que tienen mucho de artificiales y rebuscados, y alguna elocuencia, no veo que sobrepase en nada a los demás autores de su tiempo; ¡le falta tanto para alcanzar aquella divinidad antigua! El calificativo de grandes se lo colgamos a príncipes que en nada sobrepasan la grandeza popular.

## CAPITULO LII

### DE LA PARSIMONIA DE LOS ANTIGUOS

**A**TILIO Régulo, general en Africa del ejército romano, en medio de sus glorias y victorias contra los cartagineses, comunicaba a la república que un jornalero que había dejado al cuidado de su hacienda, la cual se componía en todo de siete fanegas de tierra, le había robado sus útiles de labranza; y pedía licencia para volver a su país y proveer a tan urgente necesidad, temiendo que su esposa e hijos corrieran riesgo por tal accidente. El Senado se encargó de poner otro criado en lugar del desaparecido; hizo donación a Régulo de los utensilios de labranza necesarios, y ordenó que el Estado proveería al sostenimiento de su familia.

Catón el antiguo, al regresar de España donde había ejercido el cargo de cónsul, vendió su caballo a fin de economizar el dinero que le hubiera costado llevarlo por mar a Italia. Cuando gobernaba en Cerdeña hacía sus visitas de inspección a pie, no llevando en su compañía más que un solo oficial que transportaba sus vestidos y el vaso de los sacrificios, y casi siempre conducía él mismo su bagaje de mano. Enorgulleciase de no haber usado nunca traje que costara más de diez escudos; de no haber gastado en el mercado más de diez sueldos por día, y de que entre las casas de campo que poseía ninguna tuviera la fachada blanqueada ni revocada.

Después de haber alcanzado dos victorias y desempeñado dos consulados, Escipión Emiliano ejerció el cargo de legado, y tuvo sólo siete servidores en su compañía. Dícese que Homero nunca tuvo más que uno; Platón tres y Zenón, el maestro de la secta estoica, ni uno siquiera. A Tiberio Graco no se le concedieron más que cinco sueldos y medio por día, en ocasión en que desempeñaba una comisión de la república, y siendo en aquel entonces el hombre más importante de Roma.

Nuestros deseos carecen de resolución y son inciertos, nada puede nuestro apetito conservar ni disfrutar convenientemente. Como el hombre estima que su desgracia emana de las cosas que posee, trata de llenarse y saciarse con otras que desconoce y de que no tiene la menor noticia, a las cuales aplica sus esperanzas e ilusiones, considerándolas con honor y reverencia, como César dice: *Communi fit vitio naturæ, ut invisit, latitantibus atque incognitis rebus magis confidamus, vehementiusque exterreamur*<sup>1</sup>.

## CAPITULO LIII

## DE UNA SENTENCIA DE CESAR

Si nos detuviéramos alguna vez en examinarnos, y el tiempo que empleamos en fiscalizar a los demás y en conocer las cosas exteriores lo ocupáramos en sondear nuestro interior, nos convenceríamos presto de que nuestra contextura está formada de piezas insignificantes y deleznales. ¿No constituye, en efecto, un testimonio singular de imperfección la circunstancia de que no podamos detener nuestro contento y nuestra satisfacción en cosa alguna, y que la imaginación y el deseo nos impidan elegir el camino que nos es más adecuado? De ello es buena prueba esa gran disputa que sostuvieron siempre los filósofos a fin de encontrar el soberano bien del hombre, la cual dura todavía y durará eternamente sin que jamás se llegue a una solución o acuerdo:

Dum abest quod avemus, id exsuscipere videtur  
Cætera: post aliud, quum contigit illud, avemus,  
Et sitis æqua tenet<sup>1</sup>.

Nada nos satisface de lo que disfrutamos y gozamos; marchamos siempre con la boca abierta tras las cosas desconocidas que están por venir, porque las presentes no llenan nuestros deseos; y no precisamente porque existan razones para que no nos satisfagan, sino porque las cogemos con mano débil e insegura:

Nam quum vidit hic, ad victum quæ flagitat usus,  
Omnia jam ferme mortalibus esse parata;  
Divitiis homines, et honore, et laude potentes  
Affluere, atque bona naturnm excellere fama;  
Nec minus esse domi cuiquam tamen anxia corda,  
Atque animum infestis cogi servire querelis:  
Intellexit ibi vitium vas efficere ipsum,  
Omniaque, illius vitio, corrumpier intus.  
Quæ collata foris et commoda quæque venient<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Aquello que no poseemos se nos antoja siempre el bien supremo; mas cuando llegamos a gozar del objeto ansiado suspiramos por otra cosa con ardor idéntico, y nuestra sed es siempre igualmente insaciable. LUCRECIO, III, 1095.

<sup>2</sup> Considerando Epicuro que los mortales disponen aproximadamente de cuanto necesitan, y que sin embargo de contar con riquezas, honores, glorias e hijos gallardos, no por ello se ven libres de mil interiores desdichas ni dejan de gemir como los esclavos en las cárceles, comprendió que todo el mal procede del vaso mismo, el cual, corrompido, de antemano, agría y estropea todo cuanto en él se vierte. LUCRECIO, VI, 9.

<sup>1</sup> Merced a un vicio común de la humana naturaleza acontece que tenemos mayor confianza y temor mayor en las cosas que no hemos visto, y que están ocultas y nos son desconocidas. *De Bello civili*, II, 4.

## CAPITULO LIV

## DE LAS VANAS SUTILIDADES

EXISTEN sutilezas frívolas y vanas por medio de las cuales buscan a veces los hombres el renombre, como por ejemplo, los poetas que componen obras enteras cuyos versos comienzan todos con igual letra; vemos también huevos, esferas, alas y hachas, que los griegos componían antiguamente con versos rimados, alargándolos o acortándolos de manera que representaran tal o cual figura; no en otra cosa consistía la ciencia del que se entretuvo en contar de cuántos modos podían colocarse las letras del alfabeto, el cual encontró el inverosímil número que se lee en Plutarco. Yo apruebo el proceder de aquel a quien presentaron un hombre tan diestro que, arrojando con la mano un grano de mijo, lo hacía pasar por el ojo de una aguja; habiéndole pedido algún presente como retribución de habilidad tan singular, ordenó, justa y perspicazmente a mi ver, que entregaran a semejante obrero dos o tres fanegas del mismo grano, a fin de que su arte no dejara de ejercitarse. Testimonio maravilloso es éste de la flojedad de nuestro juicio, que recomienda las cosas por su novedad y rareza, o por la dificultad de realizarlas, sin atender a la bondad o utilidad que las acompaña.

En mi casa nos entretenemos al presente en un juego que consiste en hallar el mayor número de nombres que representan los dos extremos de las cosas; por ejemplo: Sire es el título que se da a la persona más elevada de nuestro Estado, que es el rey, y se aplica igualmente al vulgo, como a los comerciantes, sin que con él se designe nunca a los hombres de clase media. A las mujeres de calidad, se las llama damas; a las de mediana, señoritas; y se aplica también el nombre de damas a las que son de la extracción más baja. Los dados que se juegan en las mesas, no son permitidos más que en las casas de los reyes y en las tabernas. Decía Demócrito, que los dioses y las bestias tenían los sentidos más aguzados que los hombres, que en este punto se mantienen a mediana altura. Los romanos vestían igual traje los días de duelo que los de fiesta. Es cosa probada que el miedo extremado y el extremo ardor y brío alteran igualmente el vientre y lo descomponen. El apodo de Temblón, con que fue designado Sancho de Navarra, testifica que lo mismo el valor que el temor engendran el estremecimiento de los miembros del cuerpo. Aquél, a quien sus gentes armaban y veían rehilar de pavor, tratando de tranquilizarse disminuyendo el peligro que se presentaba, respondió: "No me conocéis bien; si supiera mi carne el lugar donde mi arrojó la conducirá, al momento caería por tierra hecha pedazos." La debilidad que nos procura el frío y la repugnancia en el ejercicio de los placeres de Venus, es producida también por el apetito demasiado vehemente y por el ardor desarreglado. El frío y el calor extremos, cuecen y tuestan. Aristóteles dice que los lingotes de plomo se fun-

den y liquidan con el frío riguroso del invierno, lo mismo que con el calor fuerte del verano. Lo mismo el deseo que la hartura, producen el dolor en los que los experimentan. La estupidez y la sabiduría, participan de sentimientos análogos ante el sufrimiento de los males humanos. Los filósofos vencen y gobiernan el mal, los otros lo desconocen; éstos se encuentran, por decirlo así, más acá de los accidentes, los otros más allá. El filósofo, después de haber pesado con detenimiento y considerado las cosas, después de haberlas medido y juzgado tales cual son, colócase por encima de ellas merced a su fuerza vigorosa, las desdén y pisotea, como dueño que es de un alma fuerte y sólida, contra la cual nada pueden los vaivenes de la fortuna, puesto que se las han con un cuerpo en el cual nada puede causar impresión. La condición ordinaria y media de los hombres, se encuentra entre esos dos extremos: la de los que advierten los males, los sienten y por incapacidad no pueden soportarlos. La infancia y la decrepitud tienen de común idéntica debilidad cerebral; la avaricia y la generosidad, análogo deseo de adquirir y acaparar.

Puede decirse con verosimilitud que existe una ignorancia supina, que antecede a la ciencia, y otra doctoral que la sigue: ignorancia es esta última que la ciencia engendra y produce, del propio modo que deshace y destruye la primera. Los espíritus sencillos, menos curiosos y menos instruidos, se convierten en buenos cristianos; por respeto y obediencia creen con ingenuidad y se mantienen bajo la disciplina que las leyes dictan. En el mediano vigor de los espíritus y en la capacidad mediana, se engendra el error de las opiniones; éstos se dejan llevar por la apariencia de la interpretación primera, y se creen con luces bastantes para considerarnos como estúpidos y negados por el hecho de mantenernos en las antiguas creencias. Los espíritus grandes, más clarividentes y tranquilos, forman otra clase entre los buenos creyentes; ayudados por una dilatada y religiosa investigación, penetran de un modo más profundo la luz de las Escrituras y sienten el secreto misterioso y divino de nuestro régimen eclesiástico; por eso vemos algunos hombres que alcanzaron este estado guiados por la ciencia, con maravilloso fruto y confirmación, como el extremo límite de la cristiana inteligencia, y llegaron a gozar de su victoria acompañados de consolación inefable, acciones de gracias, cambio en las costumbres y modestia resignada. No incluyo en este rango a esos otros que, procurando purgarse de toda mancha de error pasado, y a fin de darnos buena opinión de sí mismos, conviértense en extremados, indiscretos e injustos hacia nuestra causa, y la manchan con infinitos reproches de violencia. Los sencillos campesinos son gentes honradas, y gentes honradas son también los filósofos, o conforme nuestro siglo los nombra, naturalezas fuertes y claras, enriquecidas con una instrucción amplia en las ciencias útiles. Los mestizos, los que no son sabios ni tampoco ignorantes, los que no quisieron permanecer a obscuras en punto a instrucción, pero que no pudieron llegar a la sabiduría, los que tienen el culo entre dos sillas (entre los cuales me cuento yo y tantos otros), son peligrosos, ineptos, importunos; éstos son los que trastornan el mundo. Por esta razón procuro yo acercarme cuanto puedo a los ignorantes, de quienes inútilmente intenté alejarme. La poesía popular y puramente natural tiene candorosidades y gracias que la equiparan con la poesía perfecta, en la que se cumplen todos los preceptos artísticos, como se ve, por ejemplo, en las canciones rústicas de Gascuña, y en los cantos que conocemos de pueblos que no tienen ciencia alguna, ni conocimiento de la escritura. La poesía mediocre, que ocupa un lugar entre ambas, se desdén y considera como cosa sin mérito ni valer.

Y puesto que luego que el paso ha sido franqueado por nuestro espíritu,

yo creo, como ordinariamente acontece, que considerábamos como ejercicio difícil y complicado lo que no lo es en modo alguno, y tan pronto como nuestra fantasía encuentra el camino de la inspiración, descubre infinito número de ejemplos como los de que en este capítulo hablo, no añadiré más que el siguiente a los ya expuestos: si estos *Ensayos* fueran dignos de ser juzgados, bien podría ocurrir, a mi parecer, que no gustasen mucho a los espíritus comunes y vulgares, ni tampoco a los singulares y excelentes; aquéllos no los entenderían suficientemente, y éstos los comprenderían de sobra. De suerte que podrían ir tirando entre las gentes de mediana inteligencia.

## CAPITULO LV

## DE LOS OLORES

CUENTASE de algunos hombres, como de Alejandro el Grande, que su traspiración esparcía un olor suave, por virtud de una complexión rara y extraordinaria. Plutarco y otros escritores buscaron la causa de semejante singularidad; mas la general constitución del cuerpo humano demuestra lo contrario, y la cualidad más ventajosa que éstos puedan poseer, es la de estar exentos de todo aroma. La dulzura misma del aliento más puro, nunca es más perfecta que cuando no tiene olor alguno que nos sorprenda, como ocurre con los niños sanos. He aquí por qué dice Plauto:

Mulier tum bene olet, ubi nihil olet;

“el olor más exquisito que puede tener una mujer, es carecer en absoluto de aroma”. En cuanto a los buenos olores, hay razón para considerar como sospechosa a la persona que los usa, y puede juzgarse que los emplea para disimular algún defecto natural. De aquí nace la opinión, en que los poetas antiguos convienen, de que es oler mal el exhalar buen olor:

Rides nos, Coracine, nil olentes:  
Malo, quam bene olere, nil olere<sup>1</sup>.

Y en otro pasaje:

Postume, non bene olet, qui bene semper olet<sup>2</sup>.

Yo gusto, sin embargo, mucho encontrarme rodeado de olores exquisitos, y por cima de todo detesto los mefíticos, que atraigo hacia mí más que ningún otro:

Namque sagacius unus odoror,  
Polypus, an gravis hirsutis cubet hircus in alis,  
Quam canis acer ubi lateat sus<sup>3</sup>.

Los más simples y naturales, me parecen los más agradables. Este cuidado toca principalmente a las damas: en medio de la barbarie más completa, las mujeres escitas, después del baño, se espolvoreaban y embadurnaban la cara y todo el cuerpo con cierta droga olorosa que había en su territorio; pero luego, cuando se acercaban a los hombres, despojábanse de tal afeite y se encontraban

<sup>1</sup> Te burlas de mí, Coracino, porque no estoy perfumado; prefiero no oler a nada mejor que oler bien. MARCIAL, VI, 55, 4.

<sup>2</sup> Póstumo, quien huele siempre bien, huele mal. MARCIAL, II, 12, 14.

<sup>3</sup> Mi olfato percibe los malos olores con sutileza mayor que un perro de nariz excelente reconoce la guarida del jabalí. HORACIO, *Epod.*, 12, 4.

pulidas y perfumadas. Sea cual fuere el aroma que me rodee, es maravilla cómo se me pega; mi cutis es de los más aptos para impregnarse. El que se quejaba de nuestra constitución orgánica porque la naturaleza no dotó al hombre de instrumento hábil para llevar los olores al olfato, incurría en error grande, pues los olores mismos se encargan de encontrar el camino; a mí, en particular, me sirve el bigote de vehículo; como lo tengo áspero, cuando aproximado a él los guantes o el pañuelo, guarda el aroma todo un día; mi bigote declara el sitio donde he estado. Los besos apretados de la juventud, sabrosos, glotonos y pegajosos, permanecían en él allá en otro tiempo, y persistían dos o tres horas después de estampados. Y, sin embargo, tan poco sujeto estoy a las enfermedades infecciosas que se propagan por la frecuentación y a que sirve de instrumento el aire, que he salido ileso de las de mi tiempo, pues las ha habido de diversas suertes en nuestros ejércitos y en nuestras ciudades. Dícese de Sócrates que habiendo permanecido en Atenas durante tantas epidemias como afligieron a su ciudad, nunca fue atacado por el mal.

Los médicos podrían alcanzar de los olores mayor partido del que sacan, pues por lo que a mí toca, he advertido con frecuencia que mi organismo se modifica según la esencia de los mismos, por lo cual apruebo el uso del incienso y otros perfumes en las iglesias, tan antiguo y tan extendido en todas las naciones y en todos los cultos. Esos aromas purifican y despiertan nuestros sentidos y nos hacen más aptos para la contemplación.

Hubiera querido gustar, para juzgar con fundamento de ella, la labor de las cocineras que saben aliñar las carnes con olores penetrantes; condimentadas así se le sirvieron al rey de Túnez, que en nuestra época desembarcó en Nápoles para parlamentar con Carlos V. Se aderezaron las aves con drogas odoríferas de suntuosidad tanta, que el coste de un pavo real y dos faisanes llegó a la suma de cien ducados, después de preparados para el paladar del soberano de Africa; y cuando se trincharon, no solamente en la sala, en todas las habitaciones del palacio y en las casas circunvecinas había un vapor suavísimo, que tardó bastante en disiparse.

Lo primero que yo procuro al establecerme en cualquier lugar, es huir de la atmósfera densa y maloliente. Esas dos hermosas ciudades de Venecia y París pierden mucho de la estimación en que las tengo a causa de las emanaciones acres que se desprenden de los canales de la primera, y de las fangosas calles de la segunda.

## CAPITULO LVI

### DE LAS ORACIONES

A SEMEJANZA de los que plantean cuestiones dudosas para que sean debatidas en las escuelas, propongo yo aquí ideas informes e indecisas, no para dejar sentada la verdad, sino para buscarla, y las someto a la consideración de aquellos a quienes corresponde el juzgarlas; y no ya sólo mis acciones y escritos, sino hasta mis pensamientos. Será por consiguiente igualmente admisible y útil para mí la aprobación como la desaprobación, y desde luego declaro absurdo e impío todo principio que por ignorancia o inadvertencia se haya escapado de mi pluma y sea contrario a las santas resoluciones y prescripciones de la Iglesia católica, apostólica y romana, en la cual he nacido y pienso morir. Encomendándome siempre a la autoridad de su censura, que todo lo puede sobre mí, me meto temerariamente a hablar de todas las cosas en estas divagaciones.

Ignoro si estoy en lo cierto, pero entiendo que habiéndosenos prescrito por una merced particular de la bondad divina una oración que salió de la boca de nuestro Señor, palabra por palabra, siempre he pensado que debíamos rezarla con más frecuencia de lo que ordinariamente acostumbramos; y si mi dictamen se aceptara, la diríamos al empezar y al acabar de comer, al acostarnos y al levantarnos; en todo momento en que nos ponemos a orar, quisiera yo que fuese el Padrenuestro la oración que los cristianos recitasen constantemente. Puede la Iglesia aumentar el número de oraciones y modificarlas según que la necesidad de nuestra instrucción lo exija, pues la idea y esencia de ellas siempre es idéntica y jamás se modifica; mas de todas suertes, el Padrenuestro debiera tener el privilegio de estar perennemente en boca del pueblo, pues sobre contener cuanto no es necesario, es plegaria muy adecuada en toda circunstancia. Es la única de que me sirvo yo siempre, y la repito en lugar de emplear otras, de donde resulta que es la que recuerdo mejor.

Algunas veces considero cuál puede ser la causa del error que perpetrarnos al recurrir a Dios en todas nuestras empresas y designios; al llamarle en nuestra ayuda, sea cual fuere el lugar en que nuestra flaqueza necesite de su auxilio, sin tener en cuenta si nuestros propósitos son justos o injustos. Dios es nuestro solo y único protector y lo puede todo para ayudarnos; a pesar de que se digna honrarnos con su paternal apoyo, es además tan justo como bueno y poderoso, y usa con más frecuencia para con nosotros de su justicia que de su poder, favoreciéndonos según aquélla, no conforme a nuestras súplicas. Platón en su libro de las Leyes, dice que hay tres clases de creencias igualmente injuriosas a los ojos de los dioses:

"Crear que no existan; que no se mezclan en las cosas de la tierra, y que nada dejan de conceder ante nuestras súplicas, ofrendas y sacrificios".

El primer error, según el filósofo, no es jamás inmutable desde el nacimiento hasta la muerte de un hombre; los otros dos pueden ser constantemente sustentados.

La justicia y el poder de Dios son inseparables, y por consiguiente imploramos en vano su socorro para que favorezca una mala causa. Preciso es tener el alma limpia de toda mancha y libre de pasiones viciosas, cuando menos en el momento en que le rogamos; de lo contrario, le procuramos el látigo para que nos aplique el castigo; en lugar de reparar nuestra culpa la duplicamos, presentando a aquel de quien solicitamos el perdón un corazón lleno de odio e irreverencia. Por eso no se dirige mi alabanza a los que ruegan a Dios más frecuente y ordinariamente, si las acciones que ejecutan antes de la devoción no muestran el testimonio de alguna enmienda y reforma,

Si, nocturnus adulter,  
Tempora santónico velas adoperta cucullo<sup>1</sup>.

Y el estado de un hombre que mezcla con la devoción los actos de una vida execrable, es desde luego más digno de censura que el de otro hombre que se mantiene constantemente sumido en toda suerte de disolución; sin embargo, nuestra Iglesia rechaza todos los días sus gracias a los que persisten en la práctica de costumbres depravadas. Rezamos por uso y costumbre, o por mejor decir, leemos o recitamos nuestras oraciones, lo cual no es en suma más que apariencia y gesto. Me disgusta el ver hacer tres veces el signo de la cruz al Benedícite, y a las Gracias otras tantas, y más desaprucho todavía, por ser un signo que reverencio, el continuo uso que de él hacemos, hasta cuando el bostezo nos acomete. Y juntamente con tantos actos devotos las restantes horas del día vémoslas ocupadas en el odio, la injusticia y la avaricia: al vicio se dedica su tiempo y a Dios el suyo, como por compensación o compensación. Es cosa milagrosa el ver la continuación de acciones tan diversas, sin interrupción ni alteración. ¿Cuál es la conciencia prodigiosa que acierte a encontrar reposo albergando en idéntico lugar al crimen y al que lo juzga? Un hombre a quien la lascivia gobierna la cabeza, y que supone este vicio odioso a los ojos de Dios, ¿qué dice al Señor cuando de él le habla? Se enmienda por el momento, mas instantáneamente cae de nuevo en el pecado. Si la justicia divina le tocara como dice, y castigase su alma, por corta que fuese la penitencia, el temor mismo alejaría con tanta presteza sus viles pensamientos, que al momento sentiríase capaz de dominar los vicios que se encuentran en él encarnados. ¿Y qué decir de los que a sabiendas consagran su vida entera al pecado mortal? ¿Cuántos oficios, profesiones y ocupaciones admitidos existen en el mundo, cuya esencia es viciosa! Y ¿qué decir de un hombre que me declaró haber practicado durante todo un período de su vida una religión condenable a juicio suyo, y contraria a las creencias de su pecho, sólo por conservar su crédito y el honor de sus cargos? ¿Cómo osó siquiera emplear razonamiento semejante? ¿Qué lenguaje emplean tales gentes en este punto ante la justicia divina? Consistiendo su arrepentimiento en una reparación visiblemente acomodaticia, esas gentes pierden ante Dios y ante los hombres el medio de alegarlo. ¿Cómo osan solicitar el perdón sin que a ellos llegue el arrepentimiento? Yo creo que con los primeros acontece lo propio que con los segundos; pero la obstinación de aquéllos no es tan fácil de conducir al buen camino. Tal contrariedad, tan repentino cambio de opinión como simu-

<sup>1</sup> Si para saciar de noche tus adúlteros deseos cubres tu cabeza con la capa gala. JUVENAL, VIII, 144.

lan, ofrecen para mí todas las apariencias de un milagro. Esos hombres nos muestran el estado permanente de una ruda agonía.

¡Qué extraña me pareció la idea de los que en estos últimos años tenían por costumbre hacer un cargo a todos aquellos en que brillaba alguna claridad de espíritu, y que profesaban la religión católica! Esas personas nos decían que fingíamos, que no éramos sinceros. Y aseguraban, además, para con ello honrarnos, que los católicos no podían menos, en su fuero interno, de abrigar sus creencias. Desagradable enfermedad la de creerse tan fuerte hasta el extremo de persuadirse de que no se pueden profesar doctrinas contrarias a las propias, y más desagradable aún la persuasión de un tal espíritu que prefiere los beneficios que le procura la práctica de una religión que en su fuero interior condena a las esperanzas y amenazas de la vida eterna. Pueden gentes tales creer lo que digo; si algo hubiera tentado mi juventud, la ambición del azar y dificultad que siguieron a esta empresa reciente hubiese tenido una buena parte.

No sin poderosa razón, a mi entender, prohíbe la Iglesia el uso promiscuo, temerario e indiscreto de los cánticos sagrados y divinos que el Espíritu Santo dictó a David. No debemos mezclar el nombre del Señor en nuestras acciones sino con atención reverente, llena de honor y respeto: esa voz es demasiado divina para no hacer de ella otro uso que el de ejercitar los pulmones y procurar que nuestros oídos gusten una música grata; la conciencia debe entonar esos cantos, no la lengua. No es razonable que un marmitón en medio de sus vanos y frívolos pensamientos se entretenga y divierta con las salmodias divinas; y es absurdo también el ver rodar por un tocador o por una cocina el libro santo de los sagrados misterios de nuestras creencias: misterios eran en otro tiempo, al presente no son más que amores y diversiones. No es yendo como de paso y tumultuariamente como se practica un estudio tan severo y venerable; debe ser un acto determinado y fijo, al cual siempre ha de acompañar esta introducción de nuestro oficio: *Sursum corda*, y hasta que nuestro mismo cuerpo permanezca puro, para testimoniar así en nosotros particular atención y reverencia. No es un estudio para todo el mundo; es la ocupación de personas consagradas a él, y al cual Dios las llama; los malos y los ignorantes empeoran consagrándose a la interpretación de los libros santos, que no son como la relación de una historia, son una historia digna de reverencia, temor y adoración. ¡Buenas gentes que creen haberla puesto al alcance del pueblo por haberla traducido en lengua vulgar! No es la culpa de las palabras el que no se comprenda todo lo que se encuentra escrito. ¿Diré yo más? Por pretender inculcar en las gentes eso poco que pretenden, las hacen marchar hacia atrás; la ignorancia pura, confiada a otro, era mucho más saludable y sabia que esa ciencia parlera y vana, engendradora de presunción y temeridad. Creo también que el otorgar a cada uno la libertad de trasladar una palabra tan elevada y religiosa en tantas lenguas diferentes, es mucho más perjudicial que útil.

Los judíos, los mahometanos y casi todas las demás sectas, han aceptado y reverencian el lenguaje en el cual originariamente fueron concebidos sus misterios, y entre ellos está prohibida la alteración y el cambio, no sin razón sobrada. ¿Estamos bien seguros de que haya en las provincias vascas y bretonas jueces capaces para apreciar una traducción en sus respectivas lenguas? La Iglesia universal no tiene juicio más arduo ni solemne que emitir. Cuando se predica o cuando se habla, la interpretación de los textos es vaga, libre, mudable y sólo de éste o del otro versículo, no de la Biblia entera, lo cual es asunto mucho más grave.

Uno de nuestros historiadores griegos censura justamente a su siglo porque los secretos de la religión cristiana corrían por las calles, en boca de los más insignificantes artesanos, y porque cada cual pudiera debatir sobre ellos y emitir su opinión; lo cual, según el propio historiador, debería avergonzarnos a nosotros, que por la gracia de Dios gozamos de los misterios puros de la piedad, dejándolos profanar en boca de personas ignorantes y vulgares, en atención a que los gentiles prohibían a Sócrates y a Platón, a los más sabios, el hablar e informarse de las cosas encomendadas a los sacerdotes de Delfos. El mismo historiador dice que los partidos políticos y los príncipes, por lo que a la teología toca, están armados, no de celo, sino de cólera; que el primero se fundamenta en la razón y divina justicia, conduciéndose ordenada y moderadamente, pero que si se cambia en odio y envidia, produce en lugar de trigo y racimos, cizaña y ortigas cuando lo conduce una pasión humana. Con igual justicia aconsejaba otro escritor al emperador Teodosio, diciéndole que las disputas teológicas no aplacaban los cismas de la iglesia, sino que los encendían y animaban las herejías; que por lo mismo era preciso huír de las argumentaciones dialécticas y acomodarse de todo en todo a las prescripciones y fórmulas de la fe establecidas por los antiguos. El emperador Andrónico encontró en su palacio a dos cortesanos trabados de palabras contra Lapodio, sobre un punto importante de la fe, y los amonestó fuertemente, llegando su amenaza hasta decirles que los lanzaría al río si continuaban discutiendo. Hoy día los niños y las mujeres reprenden a los más viejos y más experimentados en lo que toca a las leyes eclesiásticas, y, sin embargo, ¡qué contraste!, la primera orden de Platón en su Tratado prohibía a los primeros hasta el informarse del fundamento de las leyes civiles que debían sustituir a los preceptos divinos; a los ancianos sólo era permitido comunicar su parecer en este punto entre ellos y el magistrado; y el filósofo añade aun esta limitación: "siempre y cuando que no sea en presencia de jóvenes ni de personas profanas".

Un obispo escribió que en el otro extremo del mundo hay una isla, que los antiguos llamaban Dioscóride, feraz en toda suerte de árboles y frutos y de atmósfera saludable, de la cual los habitantes son cristianos y tienen templos y altares adornados sólo con cruces, sin ninguna imagen; aquellas gentes son fieles observadores del precepto del ayuno y de la santificación de las fiestas; pagan puntualmente el diezmo a los sacerdotes, y son tan castos que ninguno puede tener tratos más que con una mujer en toda su vida. Por lo demás, viven contentos con su fortuna; encontrándose en medio del mar ignoran el uso de los navíos; son tan sencillos que de la religión que tan escrupulosamente observan no comprenden ni una sola palabra, cosa que parecería increíble a quien no supiera que los paganos, idólatras tan devotos, sólo conocen de sus dioses el nombre y la imagen. El comienzo de Menalipo, tragedia de Eurípides, dice así en la traducción de Amyot:

O Jupiter, car de toy rien sinon  
Je ne cognois seulement que le nom<sup>1</sup>.

Yo he visto también no ha mucho quejarse de algunos escritos porque son puramente humanos y filosóficos sin mezcla de teología. Quien censurara lo contrario, quizás estuviera en lo cierto, pues la doctrina divina tiene su rango aparte, como reina y dominadora. Ella debe ser principal en todas partes, no sufragánea ni subsidiaria. Sáquense en buen hora los ejemplos de la gra-

<sup>1</sup> ¡Oh Júpiter! en medio de todas tus grandezas sólo tu nombre me es conocido. AMYOT, en su traducción de las *Morales* de Plutarco.

mática, de la retórica, de la lógica, los cuales son por otra parte más adecuados que no los de una tan santa doctrina; también los asuntos dramáticos, los juegos y espectáculos públicos deben apartarse de la religión; que las divinas razones se consideren, veneren y reverencien solas, en el estilo que les es propio, y no aparejadas con los razonamientos humanos; mejor es que se eche de ver la falta de que los teólogos escriban demasiado humanamente, que el que los humanistas escriban con exceso de teología. La filosofía, dice san Juan Crisóstomo, ha ya tiempo que se arrojó de la escuela santa como sierva inútil, digna de ver, solamente de pasada, desde el umbral, el sagrario de los santos tesoros de la doctrina celeste, pues el lenguaje humano tiene sus formas peculiares, las cuales son bajas, y no debe servirse de la dignidad, majestad y realeza del hablar divino. Yo consiento por lo que a mí toca, en que diga *verbis indisziplinatis*, Fortuna, Destino, Accidente, Dicha y Desgracia; en que cite a los dioses y emplee otras frases conformes a su modo. Yo propongo estas mis humanas fantasías simplemente, como tales, e independientemente consideradas; no como acordadas y ordenadas por la sabiduría celeste, ni como absolutas e incontrovertibles; sólo como materia de opinión, no como materia de fe; lo que yo discurro según mis propias ideas, no lo que creo según Dios; como los muchachos proponen sus ejercicios para ser instruidos, no para instruir; de una manera laica, no sacerdotal, pero religiosísima siempre.

¿Y no se dirá también, no sin algún viso de razón, que el derecho de entrometerse, y eso con toda reserva, a escribir sobre la religión incumbe sólo a los que de ello hacen profesión expresa; que esto no está quizás exento de alguna imagen de utilidad y justicia, y que yo debiera también callarme? Hanme dicho que hasta los mismos que no practican nuestra fe prohíben, sin embargo, entre ellos el empleo del nombre de Dios en las cosas comunes; no quieren que de tan santo nombre se sirvan ni a manera de interjección y exclamación, ni para dar testimonio de cosa alguna, ni para establecer una comparación, en lo cual entiendo que obran cuerdate. Comoquiera que invoquemos a Dios en nuestro comercio y sociedad es preciso siempre que se haga seria y religiosamente.

En un pasaje de Jenofonte se lee, si no recuerdo mal, que debemos sólo rara vez rogar a Dios, porque no es fácil que con mucha frecuencia nos sea dable hacer que nuestra alma se encuentre dispuesta para la oración, ni que esté en el camino de la enmienda, recogida en completa devoción. Si así no acontece, nuestras oraciones no solamente son vanas e inútiles, son viciosas además. "Perdónanos, decimos, como nosotros perdonamos a los que nos ofendieron"; ¿qué declaramos con estas palabras, sino que ofrecemos a Dios nuestra alma exenta de rencor y venganza? Sin embargo, invocamos a Dios y su ayuda para que sea cómplice de nuestras culpas y le invitamos a la injusticia.

Quæ, nisi seductis, nequeas committere divis<sup>1</sup>.

El avaricioso le ruega por la conservación vana y superflua de sus tesoros; el ambicioso por sus victorias y por el triunfo de su pasión; el ladrón le llama en su ayuda para franquear el azar y las dificultades que se oponen a la ejecución de sus viles empresas, o le da gracias por la facilidad con que degolló a un caminante; al pie de la casa que se dispone a escalar o asaltar hace sus oraciones, mientras su intención y su esperanza están impregnadas de crueldad, lujuria o codicia:

<sup>1</sup> Pidiendo cosas que sólo pueden comunicarse a los dioses llamándolos aparte. PERSIO, II, 4.

Hoc ipsum, quo tu Jovis aurem impellere tentas,  
Dic agedum, Staio: Pro Juppiter! o bone clamet,  
Juppiter, At sese non clamet Juppiter ipse?<sup>1</sup>

La reina Margarita de Navarra habla de un príncipe joven, que aunque no nombra su grandeza le ha hecho conocer suficientemente, el cual, para asistir a una cita amorosa y acostarse con la mujer de un abogado de París, tenía que atravesar una iglesia, por donde no pasaba nunca, ni a la ida ni a la vuelta de su gira sin hacer sus rezos y oraciones. Teniendo el alma llena de aquella acción reprobable, hay razón para preguntar en qué empleaba el favor divino. La reina, sin embargo, cita el hecho como ejemplo de singular devoción. No es la relación de este suceso solamente lo que prueba que las mujeres son casi nulas para tratar las cuestiones teológicas.

Una verdadera plegaria y una reconciliación completa de nuestra alma para con Dios no pueden asilarse en un alma impura, sometida en el momento mismo en que ora a la dominación de Satanás. El que apela a Dios en su auxilio permaneciendo en el camino del vicio, hace lo propio que el timador que llamase a la justicia en su ayuda para la comisión de su delito, o como los que pronuncian el nombre del Señor en testimonio de sus mentiras.

Tacito mala vota susurro  
Concipimus<sup>2</sup>.

Habría pocos hombres que osasen declarar los secretos ruegos que dirigen al Señor:

Haud cuivis promptum est, murmurque, humilesque susurros  
Tollere de templis, et aperto vivere voto<sup>3</sup>:

Por eso los pitagóricos querían que las oraciones de cada uno fuesen públicas, y que se pronunciaran en alta voz, a fin de que no se pidiese a Dios cosa indecorosa o injusta, como aquel que:

Clare quum dixit, Apollo!  
Labra movet, metuens audiri: "Pulchra Laverna,  
Da mihi fallere, da justum sanctumque videri;  
Noctem peccatis, et fraudibus objice nubem."<sup>4</sup>

Los dioses castigaron cruelmente los inicuos deseos de Edipo, haciendo que se realizaran, pues había rogado que sus hijos resolvieran entre ellos, por medio de las armas, la sucesión de su Estado; tan miserable fue la suerte de sus descendientes al ser oída su palabra. No hay que pedir que todas las cosas se acomoden a nuestra voluntad, sino que ésta siga el camino de la prudencia.

En verdad parece que nos servimos de nuestras oraciones como de una jerigonza, lo mismo que los que emplean las palabras santas y divinas en bru-

<sup>1</sup> Di a Stayo lo que quisieras alcanzar de Júpiter: "Gran Júpiter, exclamará Stayo, ¿por ventura pueden hacerse peticiones semejantes?" ¿Y tú crees que Júpiter mismo no hablará como Stayo? PERSIO, II, 21.

<sup>2</sup> Murmuramos en voz baja criminales oraciones. LUCANO, V, 104.

<sup>3</sup> Pocos hombres hay que no tengan necesidad de rezar en voz baja y que puedan expresar alto lo que de los dioses solicitan. PERSIO, II, 6.

<sup>4</sup> Luego de haber invocado a Apolo en alta voz, añade al punto muy bajito, moviendo apenas los labios: "Hermosa Laverna, procúrame los medios de engañar y de pasar por hombre de bien; cubre con un espeso velo, rodea de obscuridad tenebrosa mis secretas fechorías". HORACIO, *Epist.*, I, 16, 59.

jerías y efectos mágicos, y que nos echamos la cuenta de que sólo la contextura, el tono, el orden de las palabras y nuestro continente constituyen la eficacia de aquéllas, pues teniendo el alma llena de concupiscencia, desprovista de arrepentimiento y de toda reconciliación hacia Dios, le dirigimos las frases que la memoria presta a nuestra lengua y con ellas esperamos pagar la expiación de nuestras culpas. Nada tan fácil, tan dulce y tan misericordioso como la ley divina; ésta nos llama a su recinto majestuoso, por detestables y pecadores que seamos; nos tiende los brazos y nos recibe en su regazo por viles, puercos y encenagados que hayamos sido y que volvamos a ser en lo porvenir; pero, en recompensa, es preciso mirarla con deseos leales; es preciso recibir el perdón con acción de gracias, y al menos en ese instante en que nos dirigimos a ella, que el alma esté desolada de sus pecados y se sienta enemiga de las pasiones que nos empujaron a ofenderla. Ni los dioses, ni los hombres de bien, dice Platón, aceptan el presente de los malos.

Immunis aram si tetigit manus,  
Non sumptuosa blandior hostia,  
Mollivit aversos Penates  
Farre pio, et saliente mica<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Que manos inocentes toquen el ara sagrada, y calmarán las iras de los dioses Penates con un bollo de flor de harina y algunos granos de sal, con eficacia más grande que inmolándoles ricas víctimas. HORACIO, *Od.*, III, 23, 17.



## CAPITULO LVII

## DE LA EDAD

NO puedo aprobar la manera cómo entendemos el tiempo que dura nuestra vida. Yo veo que los filósofos la consideran de menor duración de lo que en general la creemos nosotros. "¡Cómo!, dice Catón el joven a los que querían impedir que se matase, ¿estoy yo en edad, a los años que tengo, de que se me pueda reprochar el abandonar la vida con anticipación?" Tenía entonces sólo cuarenta y ocho años, y estimaba que esta edad era ya madura y avanzada, considerando cuán pocos son los hombres que la alcanzan. Los que creen que el curso de la vida, que llaman natural, promete pasar de aquel tiempo, se engañan; podría asegurarse de mayor duración, si gozaran de un privilegio que los librase del número grande de accidentes a que todos fatalmente nos encontramos sujetos, y que pueden interrumpir el largo curso en que los optimistas creen. ¡Qué ilusión la de esperar morir de la falta de fuerzas, que a la vejez extrema acompaña, y la de creer que nuestros días acabarán sólo entonces! Esa es la muerte más rara de todas, la menos acostumbrada, y la llamamos natural, como si tan natural no fuera morir de una caída, ahogarse en un naufragio, sucumbir en una epidemia o de una pleuresía, y como si nuestra constitución ordinaria no nos abocara todos los días a semejantes accidentes. No confiemos en esas esperanzas; el que se realicen es cosa siempre rara; antes bien debe llamarse natural a lo que es general, común y universal.

Morir de viejo es una muerte singular y extraordinaria, mucho menos frecuente que las otras; es la última y extrema manera de morir, y cuanto más lejos estamos de la vejez, menos debemos esperar ese género de muerte. Pero es la ancianidad el límite más allá del cual no pasaremos, el que la ley natural ha prescrito para no ser traspuesto; mas es un privilegio otorgado a pocos el que la vida dure hasta una edad avanzada, excepción que la naturaleza concede como un favor particular a uno solo en el espacio de dos o tres siglos, descargándole de las luchas y dificultades que interpuso en carrera tan dilatada. Así yo considero que la edad a que por ejemplo somos llegados, alcanzánla pocas personas. Puesto que ordinariamente los hombres no la viven, prueba es de que estamos ya muy avanzados en el camino; y puesto que traspusimos ya los límites acostumbrados, que son la medida verdadera de nuestra vida, no debemos esperar ir más allá, habiendo escapado a la muerte en mil ocasiones en que otros muchos tropezaron. Debemos, por tanto, reconocer que una fortuna tan extraordinaria como la nuestra, que nos coloca aparte de la común usanza, no ha de durarnos largo tiempo.

Es también un defecto de las leyes mismas el que consideren la duración de la vida como dilatada; las leyes no consienten que un hombre sea capaz de la administración de sus bienes hasta que no haya cumplido los veinticinco años, y apenas será dueño entonces del gobierno de su existencia. Augusto su-

primió cinco de las antiguas leyes romanas para que la mayor edad fuera declarada, y acordó también que bastaban treinta para desempeñar un cargo en la judicatura. Servio Tulio eximió a los caballeros que habían pasado de los cuarenta y siete años de las fatigas de la guerra, y Augusto a los que contaban cuarenta y cinco. El enviar a los hombres al descanso antes de los cincuenta y cinco o sesenta años no me parece muy puesto en razón. Entiendo que nuestra ocupación o profesión debe prolongarse cuanto se pueda mientras podamos ser útiles al Estado; el defecto, a mi entender, reside en el lado opuesto, en no emplearnos en el trabajo antes del tiempo en que se nos emplea. Augusto fue juez universal del mundo cuando sólo contaba diecinueve años, y se exige que nosotros tengamos treinta para que demos razón del lugar en que hay una gotera.

Yo creo que nuestras almas se encuentran suficientemente desarrolladas a los veinte años; a esa edad son ya lo que deben ser en lo sucesivo y prometen cuantos frutos puedan dar en el transcurso de la vida; jamás espíritu que no haya mostrado entonces prenda evidente de su fuerza, presentará después la prueba. Los méritos y virtudes naturales hacen ver en aquel término, o no lo hacen ver nunca, lo que tienen de esforzado y hermoso:

Si l'espine non picque quand nai,  
A pene que picque jamai<sup>1</sup>.

dicen en el Delfinado. Entre todas las acciones nobles de que tengo noticia, sea cual fuere su naturaleza, puedo asegurar que son en mayor número las que fueron realizadas, así en los siglos pasados como en el nuestro, antes, que después de los treinta años, y muchas veces en la vida misma de un hombre ocurre lo propio. ¿No puedo asegurarlo así de Aníbal y de Escipión, su grande adversario? La primera hermosa mitad de sus vidas ganaron la gloria que gozaron luego; fueron después grandes hombres, sin duda, comparados con otros, pero no con ellos mismos. En cuanto a mí, tengo por probado que desde que pasé de aquella edad mi espíritu y mi cuerpo se han debilitado más que fortalecido: he retrocedido más que avanzado. Es posible que en aquellos que emplean bien su tiempo, la ciencia y la experiencia crezcan a medida que su vida avanza; pero la vivacidad, la prontitud, la firmeza y otras varias cualidades más importantes y esenciales, son más nuestras cuando jóvenes; luego se agostan y languidecen:

Ubi iam validis quassatum est viribus avi  
Corpus, et obtusis ceciderunt viribus artus,  
Claudicat ingenium, delirat linguaque, mensque<sup>2</sup>.

Ya es el cuerpo el que primero sucumbe a la vejez, ya el alma: he visto muchos hombres cuyo cerebro se debilitó antes que el estómago y las piernas, mal tan desconocido al que lo sufre como peligroso. Por todas estas consideraciones y razones encuentro desacertadas las leyes, no porque nos dejen permanecer hasta demasiado tarde en la labor, sino porque no nos ocupen antes. Parece que si se reflexionara en la fragilidad de nuestra vida y en los mil escollos ordinarios y naturales a que está expuesta no debiera repararse tanto en el año en que nacimos, ni dejarnos tanto tiempo en la inactividad, ni emplearlo tan de sobra en nuestro aprendizaje.

<sup>1</sup> Si la espina no pica cuando nace, apenas picará ya jamás.

<sup>2</sup> Cuando el esfuerzo poderoso de los años ha encorvado los cuerpos y gastado los resortes de una máquina agotada, el juicio vacila, el espíritu se oscurece y la lengua tartamudea. LUCRECIO, III, 452.

LIBRO SEGUNDO

## CAPITULO I

### DE LA INCONSTANCIA DE NUESTRAS ACCIONES

LOS que se emplean en el examen de las humanas acciones, nunca se encuentran tan embarazados como cuando pretenden armonizar y presentar bajo el mismo tono los actos de los hombres, los cuales se contradicen comúnmente de tan extraña manera, que parece imposible el que pertenezcan a un mismo cosechero. El joven Mario mostróse unas veces hijo de Marte, e hijo de Venus otras. Del pontífice Bonifacio VIII dicese que entró en el ejercicio de su cargo como un zorro, que se condujo como un león y que murió como un perro. ¿Y quién hubiera jamás creído de Nerón, imagen verdadera de la crueldad, que al presentarle para que la firmase una sentencia de muerte, respondiese: "¡Pluguiera a Dios que nunca hubiera aprendido a escribir!" Tal dolor le ocasionaba la condenación de un hombre. Ejemplos semejantes son abundantísimos; cada cual puede hallarlos en sí mismo, y yo encuentro peregrino el ver que las personas de entendimiento se obstinan en armonizar actos tan contradictorios, en vista de que la irresolución me parece el vicio más común y visible de nuestra naturaleza, como lo acredita este famoso verso de Publio, el poeta cómico:

*Malum consilium est, quod mutari non potest*<sup>1</sup>.

Puede haber asomo de razón en juzgar a un hombre por los más comunes rasgos de su vida, pero en atención a la natural inestabilidad de nuestras costumbres e ideas, entiendo que hasta los buenos autores hacen mal obstinándose en formar del hombre una contextura sólida y constante: eligen un principio general, y de acuerdo con él ordenan e interpretan las acciones, y si no logran acomodarlas a la idea preconcebida, toman el partido de disimular las que no entran en su patrón. Augusto escapa a sus apreciaciones, pues en tal hombre se reunieron una variedad de actos tan rápidos y continuos durante todo el curso de su vida, que no ha sido posible, ni siquiera a los historiadores más arriesgados, formular sobre él un juicio estable. Creo que la cualidad dominante en los hombres es la inconstancia; la cualidad contraria rara vez se ve en ellos; quien los juzgare al por menor, menudamente, se acercará más a la verdad. Es difícil encontrar en toda la antigüedad una docena de hombres que hayan dirigido su vida conforme a principios seguros, lo cual constituye el fin principal de la filosofía; comprenderla en síntesis, dice un escritor antiguo, y no acomodarla a nuestra vida, es querer y no querer constantemente una misma cosa; yo me permitiría añadir, siempre y cuando que la voluntad fuese justa, pues si no lo es, es imposible que sea constantemente una. En efecto, yo sé de antiguo que el

<sup>1</sup> No es un plan excelente el que no puede modificarse. *Ex Publilii Mimis, apud A. GELL., XVII, 14.*

vicio no es más que desarreglo y falta de medida y, por consiguiente, es imposible suponerle constancia. Atribúyese a Demóstenes la siguiente máxima: "El fundamento de toda virtud, es la consultación y deliberación; su fin la perfección y constancia." Si mediante la razón emprendiéramos determinado camino, tomaríamos el mejor, mas nadie abriga tal pensamiento:

Quod petiit, spernit; repetit quod nuper omisit;  
Æstuat, et vitæ disconvenit ordine toto<sup>1</sup>.

Nuestra ordinaria manera de vivir consiste en ir tras las inclinaciones de nuestros instintos; a derecha e izquierda, arriba y abajo, conforme las ocasiones se nos presentan. No pensamos lo que queremos, sino en el instante en que lo queremos, y experimentamos los mismos cambios que el animal que toma el color del lugar en que se le coloca. Lo que en este momento nos proponemos, olvidámoslo en seguida; luego volvemos sobre nuestros pasos, y todo se reduce a movimiento e inconstancia;

Ducimur, ut nervis alienis mobile lignum<sup>2</sup>.

Nosotros no vamos, somos llevados, como las cosas que flotan, ya dulcemente, ya con violencia, según que el agua se encuentra iracunda o en calma:

Nonne videmus,  
Quid sibi quisque velit, nescire, et querere semper;  
Commutare locum, quasi onus deponere possit?<sup>3</sup>

cada día capricho nuevo; nuestras pasiones se mueven al compás de los cambios atmosféricos:

Tales sunt hominum mentes, quali pater ipse  
Juppiter auctifero lustravit lumine terras<sup>4</sup>.

Flotamos entre pareceres diversos; nada queremos libremente, absolutamente, constantemente. Si alguien se trazara y se estableciera determinadas leyes y régimen concreto de vida, veríamos que en su conducta brillaba una armonía cabal, y en sus costumbres un orden y una correlación infalibles, lo mismo que en todos los actos de su existencia. Empédocles advirtió la siguiente contradicción en los agrigentinos, quienes se entregaban a los placeres como si hubieran de morir al otro día, y edificaban como si su vida hubiera de durar siempre. El plan de vida sería bien fácil de realizar, como puede verse por el ejemplo de Catón el joven: quien ha tocado una tecla, las ha tocado todas; es una armonía de sonidos bien acordados que no puede desmentirse. No seguimos nosotros tan prudente ejemplo; formamos tantos juicios particulares como actos realizamos. Lo más seguro, en mi opinión, sería acomodarlos a las circunstancias próximas, sin entrar en investigación más detenida, y sin deducir otra consecuencia. Durante los estragos de nuestro pobre Estado me contaron que una mu-

<sup>1</sup> Abandona lo que quería poseer; de nuevo vuelve a lo que ha dejado; siempre flotante, él mismo se contradice sin cesar. HORACIO, *Epíst.*, I, 1, 198.

<sup>2</sup> Nos dejamos llevar como el autómatas sigue a la cuerda que le conduce. HORACIO, *Sát.*, II, 7, 82.

<sup>3</sup> ¿Acaso no vemos que el hombre busca siempre algo, sin saber lo que desea, y que cambia sin cesar de lugar como si así pudiera verse libre de la carga que le abruma? LUCRECIO, III, 1070.

<sup>4</sup> Los pensamientos de los mortales, sus duelos y alegrías, cambian con los días que Júpiter les envía. *Odisea*, XVIII, 135. Verso traducido por CICERON y recordado por SAN AGUSTIN en *La Ciudad de Dios*, v. 28.

chacha nacida cerca del lugar en que yo me hallaba, se había precipitado de lo alto de una ventana para escapar a los ardores de un soldado, huésped suyo; la caída la dejó con vida, y para comenzar de nuevo su empresa quiso clavarse en la garganta un cuchillo, intento que al pronto pudo impedirse, pero luego se hirió fuertemente. Confesó la joven que el soldado no había empleado con ella más que ruegos, sollicitaciones y presentes, pero que sintió miedo de que lograra su propósito; al hablar así, sus palabras, su continente y hasta la sangre que brotaba de su cuerpo daban testimonio de su virtud, cual si fuera nueva Lucrecia. Pues bien, yo he sabido que antes y después de este suceso la muchacha había sido mujer alegre, y no tan difícil de abordar. Como dice el cuento: "Por hermoso y honrado que seas no deduzcas, al no conseguir tu propósito, que tu amada es casta e inviolable; no puede asegurarse que algún mulatero deje de encontrarla en su cuarto de hora."

Habiendo Antígono cobrado afecto a uno de sus soldados por su esfuerzo y valentía, ordenó a sus médicos que le curasen de una larga enfermedad que le venía atormentando tiempo hacía; y advirtiéndole después de la curación que cumplía flojamente con sus deberes, le preguntó quién le había cambiado y hecho cobarde: "Vos mismo, señor, respondió el soldado, al descargarme de los males que me hacían la vida indiferente." Un soldado de Luculo fue desvalijado por sus enemigos y llevó a cabo contra ellos una lucida hazaña; cuando se hubo reintegrado de la pérdida, Luculo le tuvo en buena opinión, y quiso emplearle en una expedición arriesgada valiéndose de las mejores advertencias, que se le ocurrieron para animarle

verbis, quæ tímido quoque possent addere mentem<sup>1</sup>:

"Servíos, le contestó, de algún miserable soldado saqueado",

Quantum vis, rusticus: Ibit,  
Ibit eo, quo vis, qui zonam perdidit, inquit<sup>2</sup>.

y rechazó resueltamente el ir donde se le mandaba. Cuando leemos que Mahoma ultrajó y trató con dureza excesiva a Chasán, jefe de los genizaros, porque a pesar de ver sus tropas malparadas por las de los húngaros se conducía cobardemente en el combate, y que Chasán por toda respuesta se lanzó solo, furiosamente, en el estado en que se encontraba, con las armas en la mano, en el primer cuerpo enemigo que se presentó ante sus ojos, tal acción no es en el fondo justificación, sino enajenamiento; no es proeza natural, sino nuevo despecho. Aquel a quien ayer visteis tan dado a las aventuras no extrañéis verle poltrón mañana; merced a la cólera, a la necesidad, a la compañía, al vino o al sonido de una trompeta había hecho de tripas corazón; su arrojo no tuvo por origen el sereno raciocinio, las circunstancias le impelieron, y no es maravilla que sea otro hombre movido por acontecimientos contrarios. Esta variación y contradicción tan versátiles que se ven en nosotros, han sido causa de que algunos piensen que tenemos dos almas, y otros que estamos dotados de dos fuerzas distintas, las cuales nos acompañan y agitan de modo diverso, hacia el bien la una y la otra hacia el mal, porque no concibieron que tan brusca diversidad de actos emanaran de un solo espíritu.

No sólo me afectan los accidentes exteriores, sino que además yo mismo experimento alteración y mudanza por la inestabilidad de mi posición; y quien detenidamente se examine encontrará que el mismo estado de espíritu rara vez

<sup>1</sup> En términos capaces de animar al más tímido. HORACIO, *Epíst.*, II, 2, 36.

<sup>2</sup> Grosero y todo como era, respondió: "Irá allí quien haya perdido su causal". HORACIO, *Epíst.*, II, 2, 39.

se repite de nuevo. Yo imprimo a mi alma ya un aspecto, ya otro, según el lado a que la inclino. Si de mí mismo hablo unas veces de diverso modo que otras, es porque me considero también diversamente. Todas las ideas más contradictorias se encuentran en mi alma, en algún modo, conforme a las circunstancias y a las cosas que la impresionan: vergonzoso, insolente; casto, lujurioso; hablador, taciturno; laborioso, negligente; ingenioso, torpe; malhumorado, de buen talante; mentiroso, veraz; sabio, ignorante; liberal, avaro y pródigo; todas estas cualidades las veo en mí sucesivamente, según la dirección a que me inclino. Quien se estudie atentamente encontrará en sí mismo y hasta en su juicio igual volubilidad y discordancia. Yo no puedo formular ninguno sobre mí mismo que sea concluyente, sencillo y sólido, sin confusión y sin mezcla, ni tampoco resumirlo en una palabra: *Distingo* es el término más universal de mi lógica.

Aun cuando yo me incline siempre a elogiar las buenas obras y a interpretar más bien en buena parte las acciones que muestran ser dignas de alabanza, sucede que la singularidad de nuestra condición hace que por el vicio mismo muchas veces seamos impulsados a practicar el bien (si el bien obrar no se juzgase por la sola intención que lo guía), según lo cual un hecho valeroso no presupone un hombre valiente: el que lo fuera en realidad sería siempre, en todas ocasiones. Si se tratara realmente de una virtud acostumbrada y no de un rasgo imprevisto, la acción valerosa haría al hombre igualmente resuelto para afrontar todos los accidentes que le sobrevinieran, lo mismo encontrándose solo que acompañado; así en campo cerrado como en una batalla, pues dígame lo que se quiera no hay distinto valor en la calle que en campo raso; tan valientemente soportaría una enfermedad en su cama, como una herida en un campamento, y no temería la muerte en su lecho como no la tiene miedo al encontrarse en un asalto; no veríamos al mismo hombre conducirse unas veces con bravura y atormentarse luego por la pérdida de un hijo o por la de un proceso; cuándo cobarde hasta la infamia, cuándo firme en la miseria; y otros a quienes asusta la navaja de afeitar del barbero, que permanecen firmes contra la espada de sus adversarios. La acción es digna de alabanza en todos esos casos, no el hombre que la realiza. Algunos griegos, dice Cicerón, no podían soportar la vista del enemigo, y en cambio resistían tranquilos las enfermedades. Los cimbrios y los celtíberos experimentaban lo contrario: *Nihil enim potest esse æquabile, quod non a certa ratione proficiscatur*<sup>1</sup>.

No hay valor que pueda compararse, en el orden militar, con el de Alejandro Magno, pero el esfuerzo de su ánimo, aunque de una sola especie, y en esta misma incomparable, como todo, tiene todavía sus puntos débiles, los cuales hacen que le veamos descoñecerse ante las más leves sospechas de las maquinaciones que los suyos tramaban contra su vida, y conducirse en ellas con vehemente injusticia y con un temor que oscurecía las luces de su razón. La superstición, que también le dominaba, es en algún modo prueba de pusilanimidad; y el exceso de penitencia que hizo con motivo de la muerte de Clito testifica igualmente la desigualdad de su ánimo. Nuestra conducta se compone de partes heterogéneas y desligadas, con las cuales pretendemos alcanzar un honor ilegítimo. La virtud no consiente ser practicada sino por ella misma, y si muchas veces se aparenta su aspecto para ejecutar un acto que se aparte de ella, muy luego nos arranca la máscara del semblante; es la virtud a manera de vivísimo e intenso colorido que no se separa del alma sino haciéndola añicos. He aquí por qué para juzgar a un hombre es preciso seguir sus pasos desde los

<sup>1</sup> Para seguir una conducta uniforme es necesario tomar como punto de partida un principio invariable. CICERON, *Tusc. quest.*, II, 27.

comienzos, e inquirirse de los pormenores más nimios; si la constancia no se descubre en sus acciones, *cui vivendi via considerata atque provisus est*<sup>1</sup>; si la variedad de acontecimientos modifica la dirección de sus pasos (no digo la rapidez, porque el paso puede apresurarse o acortarse), dejadle correr, ése sigue la dirección adonde el viento le lleva, como reza la divisa de nuestro Talebot.

No es maravilla, dice un escritor antiguo, que el acaso pueda tanto sobre nosotros, pues que por acaso vivimos. Quien no ha enderezado su vida hacia un determinado fin es imposible que pueda ser dueño de sus acciones particulares; es imposible que ponga en orden las piezas de que se compone un conjunto, quien no tiene de antemano en el espíritu la idea de ese mismo conjunto. ¿Para qué serviría la provisión de colores a quien no supiera lo que tenía que pintar? Ninguno hace de su vida designio determinado, ni delibera sino por parcelas. El arquero debe primeramente saber el punto donde dirige el dardo; luego acomodar la mano, el arco, la cuerda y los movimientos: nuestros consejos nos extravían porque carecen de dirección y de fin; ningún viento sopla para el que no se dirige a un puerto determinado. No soy del parecer de los jueces que encontraron que Sófocles era apto para el manejo de las cosas domésticas contra la acusación de su hijo, por haber presenciado la representación de una de sus tragedias; ni apruebo tampoco lo que los parios conjeturaron cuando fueron enviados para reformar a los milesios: al visitar aquéllos la isla se fijaron en las tierras que estaban mejor cultivadas y en las casas de labor mejor gobernadas; registraron el nombre de los dueños de unas y otras, reunieron luego a los habitantes de la ciudad y confirieron a aquéllos los cargos de gobernadores y magistrados, juzgando, que como eran cuidadosos en sus negocios privados seríanlo también en los negocios públicos. No somos más que seres fragmentarios de una contextura tan informe y diversa, que cada pieza de las que nos forman, y cada momento de nuestra vida, hacen un juego distinto, y se encuentra diferencia tan grande entre nosotros y nosotros mismos, como la que existe entre nosotros y los demás hombres: *Magnam rem puta unum hominem agere*<sup>2</sup>.

Puesto que la ambición puede enseñar a los mortales la práctica del valor, la de la templanza, la de la liberalidad y hasta la de la justicia; puesto que la codicia puede llevar bríos al pecho de un marmitón educado en la sombra y en la ociosidad, y hacer que se lance muy lejos del hogar doméstico a la merced de las ondas y de Neptuno irritado, en un frágil barco; puesto que también enseña la discreción y la prudencia, y Venus provee de resolución y arrojo a la juventud que permanece todavía bajo la disciplina y la vara, al par que subleva el tierno corazón de las doncellas, aún en el regazo de sus madres:

Hac duce, custodes furtim transgressa jacentes,

Ad juvenem tenebris sola puella venit<sup>3</sup>:

no es de ningún modo cuerdo ni sensato el juzgarnos solamente por nuestras acciones exteriores, es preciso introducir la sonda hasta lo más recóndito de nuestra alma y ver cuáles son los resortes que la ponen en movimiento. Empresa ardua, elevada y sujeta a mil conjeturas, en la que yo quisiera ver ocupados a muy pocos, por las muchas dificultades que encierra.

<sup>1</sup> De modo que siga sin desviarse jamás el camino que se ha trazado. CICERON, *Parad.*, V, I.

<sup>2</sup> Vivid persuadidos de que es bien difícil ser constantemente el mismo hombre. SENECA, *Epist.*, 120.

<sup>3</sup> Instigada por Venus la joven pasa furtivamente junto a los que la vigilan, y sola, durante la noche, se dirige en busca de su amante. TIBULO, II, 1, 75.

## CAPITULO II

### DE LA EMBRIAGUEZ

EL mundo no es más que variedad y semejanza; los vicios son todos parecidos, en cuanto todos son vicios, y de esta suerte es en ocasiones el parecer de los estoicos; pero aunque todos lo sean igualmente, no por ello son vicios iguales, y aquel que ha franqueado el límite cien pasos más allá,

Quos ultra, citraque nequit consistere rectum<sup>1</sup>,

es sin duda de peor condición que el que no traspuso más que diez; no es creíble, por ejemplo, que el sacrilegio no sea peor que el robo de una col de nuestra huerta.

Nec vincet ratio hoc, tantumdem ut peccet, idemque,  
Qui teneros caules alieni fregerit horti,  
Et qui nocturnus divum sacra legerit...<sup>2</sup>

Hay en materia de vicios tanta diversidad como en cualquiera otra acción humana. La confusión en la categoría y medida de los pecados es peligrosa: los asesinos, los traidores y los tiranos tienen interés sobrado en que esa confusión exista, pero no hay motivo para que su conciencia encuentre alivio porque otros sean ociosos, lascivos o poco asiduos en la devoción. Cada cual considera de mayor gravedad el delito de su compañero y trata de aligerar el suyo. Los educadores mismos suelen clasificar mal los pecados, a mi entender. Así como Sócrates decía que el principal oficio de la filosofía era distinguir los bienes de los males, así nosotros, en quienes hasta lo mejor es siempre vicioso, debemos decir lo mismo de la ciencia de distinguir las culpas, sin la cual los virtuosos y los malos permanecen mezclados, sin que se distingan los unos de los otros.

La embriaguez, entre todos los demás, me parece un vicio grosero y brutal. El espíritu toma una participación mayor en otros; los hay, por ejemplo, que tienen no sé qué de generosos, si es lícito hablar así; algunos existen, a que la ciencia contribuye, la diligencia, la valentía, la prudencia, la habilidad y la fineza. En la embriaguez, todo es corporal y terrenal. De suerte que, la nación menos civilizada de las que existen en el día, es solamente el lugar donde tiene crédito. Los otros desórdenes alteran el entendimiento; éste lo derriba y además embota el cuerpo:

<sup>1</sup> Así, pues, es imposible desviarse en ningún sentido sin perder el camino verdadero. HORACIO, *Sát.*, I, 1, 107.

<sup>2</sup> Nunca se probará con buenas razones que robar coles en una heredad sea un crimen tan grande como saquear un templo. HORACIO, *Sát.*, I, 3, 115.

cuum vini vis penetravit...  
Consequitur gravitas membrorum, præpediuntur  
Crura vacillanti, tardescit lingua, madet mens,  
Nant oculi; clamor, singultus, jurgia, gliscunt<sup>1</sup>.

El estado más deplorable del hombre, es aquel en que pierde el conocimiento, imposibilitándose de gobernarse a sí mismo; y dicese, entre otras cosas, a propósito de él, que como el mosto cuando hierve en una cuba eleva a la superficie todo lo que hay en el fondo de la misma, así el vino hace desbordar los secretos más íntimos a los que han bebido demasiado.

Tu sapientium  
Curas, et arcanum jocosum  
Consilium retegis Lyæo<sup>2</sup>.

Josefo refiere que hizo cantar claro a cierto embajador que sus enemigos le habían enviado, haciéndole beber copiosamente. Sin embargo, Augusto, que confió a Lucio Piso, el conquistador de Tracia, los negocios más delicados que tuvo, no encontró motivos de arrepentirse en su elección; ni Tiberio de Cosso, en quien abandonó sus secretos más recónditos, aunque sepamos que ambos eran tan aficionados al vino, que más de una vez hubo que sacarlos del senado porque estaban borrachos,

Hes terno inflatum venas, de more, Lyæo<sup>3</sup>;

con igual confianza que a Casio, bebedor de agua, encomendóse a Címber el designio de matar a Julio César, aunque Címber se emborrachaba con frecuencia; a esta comisión repuso ingeniosamente el amigo de Baco: "Yo, que no puedo vencer al vino, menos podré acabar con el tirano." Los alemanes, aun cuando estén ebrios a más no poder, van derechos a su cuartel, y recuerdan la consigna y su lugar en las filas:

Nec facilis victoria de madidis, et  
Blæsis, atque mero titubantibus<sup>4</sup>.

Nunca hubiera imaginado siquiera que pudiese existir borrachera tan tremenda y ahogadora, si no hubiese leído en las historias que Atalo convidó a cenar con intención de cometer con él una grave infamia a Pausanias, que más tarde mató a Filipo (por tratar de inferirle la mala partida de que aquí se habla), rey de Macedonia, soberano que por sus bellas prendas dio testimonio de la educación que recibiera en la casa y compañía de Epaminondas. Atalo dio de beber tanto a su huésped que pudo convertir su cuerpo, insensiblemente, en el de una prostituta cuartelera para los mulateros y muchos abyectos servidores de su casa. Otro hecho me refirió una dama a quien honro y tengo en grande estima: cerca de Burdeos, hacia Castres, donde se encuentra la casa de

<sup>1</sup> Cuando al hombre doma la fuerza del vino, sus miembros pierden la ligereza; su andar es incierto, su paso inseguro, su lengua se traba, su alma parece ahogada y sus ojos extraviados. El hombre borracho lanza impuros eructos y tartamudea injurias. LUCRECIO, III, 475.

<sup>2</sup> En medio de tus alegres transportes, ¡oh Baco!, el sabio se deja arrancar su secreto. HORACIO, *Od.*, III, 21, 14.

<sup>3</sup> Las venas todavía inflamadas a causa del vino que bebiera la víspera. VIRGILIO, *Bucólicas*, VI, 25.

<sup>4</sup> Aunque ahogados en el vino, tartamudeando y dando traspiés, es difícil vencerlos. JUVENAL, XV, 47.

mi amiga, una aldeana, viuda y de costumbres honestas, advirtió los primeros síntomas del embarazo y dijo a sus vecinas que a tener marido creería encontrarse preñada; como aumentarán de día en día las pruebas de tal sospecha y por último la cosa fuese de toda evidencia, la mujer hizo que se anunciara en la plática que se pronunciaba en su iglesia, que a quien fuera el padre de la criatura y lo confesara, le perdonaría y consentiría en casarse con él si le encontraba de su agrado y el hombre quería. Entonces uno de sus criados, muchacho joven, animado con el anuncio, declaró haberla encontrado un día de fiesta profundamente ebria, durmiendo junto al hogar y con las ropas tan arremangadas, que había podido usar de ella sin despertarla. Este matrimonio vive hoy todavía.

La antigüedad no censura gran cosa la embriaguez. Los escritos mismos de algunos filósofos hablan de ella casi contemporizando; y hasta entre los estoicos, hay quien aconseja el beber alguna vez que otra a su sabor y emborracharse para alegrar el espíritu.

Hoc quoque virtutum quondam certamine magnum  
Socratem palmam promeruisse ferunt<sup>1</sup>.

Al severo Catón, corrector y censor de los demás, se le reprochó su cualidad de buen bebedor:

Narratur et prisci Catonis  
Sæpe mero caluisse virtus<sup>2</sup>.

Ciro, rey tan renombrado, alega entre otras cosas de que se alaba para probar su superioridad sobre su hermano Artajerjes, que sabía beber mucho mejor que él. Entre las naciones mejor gobernadas estaba muy en uso el beber a competencia hasta la embriaguez. Yo he oído decir a Silvio, excelente médico de París, que para hacer que las fuerzas de nuestro estómago no se dejen ganar por la pereza, es conveniente, siquiera una vez al mes, despertarlas por este exceso de bebida, y excitarlas para evitar que se adormezcan. Hase dicho también que los persas discutían sus negocios más importantes después de beber.

Mi gusto y complexión naturales, son más enemigos de este exceso que mi razón, pues aparte de que yo acomodo fácilmente mis opiniones a la autoridad de los antiguos, si bien encuentro que la embriaguez es un vicio cobarde y estúpido, lo creo menos perverso y dañoso que los demás, los cuales van casi todos en derechura contra la sociedad pública. Y si como dicen los estoicos, no podemos procurarnos placer alguno sin que nos cueste algún sacrificio, creo que el vicio de que hablo es menos gravoso que los otros para nuestra conciencia; tampoco es difícil proveerse de la primera materia, circunstancia no indigna de tenerse en cuenta. Un hombre digno, de edad avanzada, me decía que de los tres placeres que en la vida le quedaban, era éste uno; y efectivamente, ¿dónde encontramos gustos que aventajen a los naturales? Pero esa persona se colocaba en mala disposición: es preciso huir de la delicadeza y el cuidado exquisito en la elección del vino, porque si el origen del placer reside en beberlo excelente, os veréis obligados a soportar el dolor de beberlo malo alguna vez. Es preciso tener el gusto más libre y amplio; un buen bebedor debe estar dotado de un paladar bien resistente. Los alemanes beben casi con igual placer todos los vi-

<sup>1</sup> Dícese que en esta noble justa ganó la palma el gran Sócrates. PSEUDO GALLUS, I, 47.

<sup>2</sup> Refiérese también del viejo Catón que el vino enardecía su virtud. HORACIO, *Od.*, III, 21, 11.

nos; su fin es tragarlos más bien que paladearlos. De ese modo les va mucho mejor: así el placer que experimentan es más grande y encuentran más a la mano el procurárselo. Beber a la francesa, en las dos comidas y de una manera moderada por cuidado de la salud, es restringir demasiado los favores del dios Baco; es preciso ocupar más tiempo y desplegar mayor constancia en el beber. Los antiguos pasaban bebiendo noches enteras y a veces empalmaban las noches con los días; así que nos cumple ampliar más este placer. He conocido un gran señor, persona a quien adornaban elevadas prendas y que había salido victorioso en grandes empresas, que sin esfuerzo alguno en sus comidas escanciaba hasta diez botellas de vino; luego despachaba sus negocios con todo acierto, mostrándose quizás más avisado que en situación normal. El placer que debemos reservarnos en el transcurso de nuestra vida exige que concedamos mayor tiempo a la bebida, hasta el punto de que, como los muchachos de las tiendas y las gentes que ejercen un trabajo manual, no rechacemos ninguna ocasión de empinar el codo y tengamos constantemente vivo en la imaginación el deseo de hacerlo. Diríase que a diario acortamos los placeres del paladar y que en nuestras casas el número de comidas no es tan grande como en tiempos pasados; yo he visto los desayunos, almuerzos, cenas, meriendas, pisco-labis. ¿Será la causa que en alguno de nuestros defectos hayamos tomado el camino de la enmienda? No, en verdad; lo que acaso en mi sentir ocurre es que nos hemos lanzado en la concupiscencia mucho más que nuestros padres. Este vicio y el de la bebida son dos cosas que se repelen: aquélla ha debilitado nuestro estómago, y la flojedad nos ha hecho más delicados y adamados para la práctica del amor.

Merecerían consignarse, por lo singulares, las cosas que oí referir a mi padre a propósito de la castidad de su siglo; y en verdad que sentaban bien en sus labios tales palabras, pues era hombre de galantería extrema con las damas por inclinación y reflexión. Hablaba poco, pero bien, y entreveraba su lenguaje con algunos ornamentos sacados de libros modernos, principalmente españoles; entre éstos era muy aficionado al *Marco Aurelio*,<sup>1</sup> del obispo de Mondoñedo, don Antonio de Guevara. Era su porte de una gravedad risueña, muy modesto y humilde; ponía singular cuidado en la decencia y decoro de su persona y vestidos, ya fuera a pie o a caballo; la lealtad de sus palabras era extraordinaria, y su conciencia y religiosidad le inclinaban en general más a la superstición que a razonar; era de pequeña estatura, lleno de vigor, derecho y bien proporcionado; su rostro era agradable, más bien moreno, y su destreza no reconocía competencia en ninguna suerte de ejercicios de habilidad o fuerza. He visto algunos bastones rellenos de plomo, de los cuales se servía para endurecer sus brazos; lanzaba diestramente la barra, arrojaba piedras con maestría y tiraba al florete; a veces gastaba zapatos con las suelas cubiertas de plomo para alcanzar mayor agilidad en la carrera y en el salto. En todas estas cosas ha dejado memoria de pequeños portentos; yo le he visto, cuando contaba ya sesenta años, burlarse de nuestros juegos, lanzarse sobre un caballo estando vestido con un traje forrado de pieles, girar alrededor de una mesa apoyándose sobre el dedo pulgar y subir a su cuarto saltando las escaleras de cuatro en cuatro. Volviendo a las damas, contábame mi padre que en toda una provincia apenas se encontraba una sola señora de distinción cuya reputación no fuera dudosa; relataba también casos de singulares privaciones, principalmente suyas, hallándose en compañía de mujeres honradas, limpias de toda mancha, y juraba santamente haber llegado al estado de matrimonio completamente puro, después de haber

<sup>1</sup> *Reloj de Principes, o vida de Marco Aurelio y de su mujer Faustina*. Bayle en su *Diccionario Histórico-crítico*, consagra un artículo a Guevara.

tomado parte durante largo tiempo en las guerras de tras los montes, de las cuales nos dejó un papel diario escrito por su mano, en que relata todas las vicisitudes que le acontecieron y las aventuras de que fue testigo. Contrajo matrimonio siendo ya algo entrado en años, en el de 1528, que era el treinta y tres de su nacimiento, a su regreso de Italia. Pero volvamos a nuestras botellas.

Las molestias de la vejez, que tienen necesidad de algún alivio, acaso pudieran engendrar en mí el placer de la bebida, pues es como si dijéramos el último que el curso de los años nos arrebatara. Los buenos bebedores dicen que el calor natural, en la infancia, reside principalmente en los pies; de los pies se traslada a la región media del cuerpo, donde permanece largo tiempo, y produce, según mi dictamen, los únicos placeres verdaderos de la vida corporal; los otros goces duermen, comparados con el vigor de éste; hacia el fin de la existencia, como un vapor que va subiendo y exhalándose, llega a la garganta, en la cual hace su última morada. Por lo mismo no se me alcanza cómo algunos llevan el abuso de la bebida hasta hacer uso de ella cuando no tienen sed ninguna, forjándose imaginariamente un apetito artificial y contra naturaleza; mi estómago se encuentra imposibilitado de ir tan lejos; gracias si puede admitir lo que por necesidad ha menester contener. Yo apenas bebo sino después de comer, y el último trago es siempre mayor que los precedentes. Porque al llegar la vejez solemos tener el paladar alterado por el reuma o por cualquiera otra viciosa constitución, el vino nos es más grato a medida que los poros del paladar se abren y se lavan, al menos yo a los primeros sorbos no le encuentro bien el gusto. Admirábase Anacarsis de que los griegos bebieran al fin de sus comidas en vasos mayores que al comienzo; yo creo que la razón de ello es la misma que la que preside a la costumbre de los alemanes, quienes dan principio entonces al combate bebiendo con intemperancia.

Prohíbe Platón el vino a los adolescentes antes de los dieciocho años, y emborracharse antes de los cuarenta, mas a los que pasaron esta edad los abuelve y consiente el que en sus festines Dionisio predomine ampliamente, pues es el dios que devuelve la alegría a los hombres y la juventud a los ancianos; el que dulcifica y modera las pasiones del alma, de la propia suerte que el hierro se ablanda por medio del fuego. El mismo filósofo en sus Leyes encuentra útiles las reuniones en que se bebe, siempre que en ellas haya un jefe para gobernarlas y poner orden, puesto que, a su juicio, dice, la borrachera es una buena y segura prueba de la naturaleza de cada uno, al propio tiempo que comunica a las personas de cierta edad el ánimo suficiente para regocijarse con la música y con la danza, cosas gratas de que la vejez no se atreva a disfrutar estando en completa lucidez. Dice además Platón que el vino comunica al alma la templanza y la salud al cuerpo, pero encuentra, sin embargo, en su uso las siguientes restricciones, tomadas en parte a los cartagineses: que se beba la menor cantidad posible cuando se tome parte en alguna expedición guerrera, y que los magistrados y jueces se abstengan de él cuando se encuentren en el ejercicio de sus funciones, o se hallen ocupados en el despacho de los negocios públicos; añade además que no se emplee el día en beber, pues el tiempo debe llenarse con las ocupaciones de cada uno, ni tampoco la noche que se destine a engendrar los hijos.

Cuéntase que el filósofo Stilpón agravó su vejez hasta el fin de sus días y a sabiendas por el uso del vino puro. Análoga causa, aunque no voluntaria, debilitó las fuerzas ya abatidas por la edad del filósofo Arcesilao.

Es una antigua y extraña cuestión la de saber "si el espíritu del filósofo puede ser dominado por la fuerza del vino":

Si munitæ adhibet vim sapientiæ<sup>1</sup>.

¡A cuántas miserias nos empuja la buena opinión que nos formamos de nosotros! El alma más ordenada del mundo, la más perfecta, tiene demasiada labor con esforzarse en contenerse, y con guardarse de caer en tierra impelida por su propia debilidad. Entre mil no hay ninguna que se mantenga derecha y sosegada ni un solo instante de la vida: y hasta pudiera ponerse en tela de juicio si dada la natural condición del alma pudiera tal situación ser viable; mas pretender juntar la constancia, que es la perfección más acabada, es casi absurdo. Considerad, si no, los numerosos accidentes que pueden alterarla. En vano Lucrecio, poeta eximio, filósofo y se eleva sobre las humanas miserias, pues que un filtro amoroso le convierte en loco insensato. Los efectos de una apoplejía alcanzan lo mismo a Sócrates que a cualquier mozo de cordel. Algunos olvidaron hasta su propio nombre a causa de una enfermedad terrible; una leve herida bastó a dar al traste con la razón de otros. Aunque admitamos en el hombre la mayor suma de prudencia, no por ello dejará de ser hombre, es decir, el más caduco, el más miserable y el más insignificante de los seres. No es capaz la cordura de mejorar nuestras condiciones naturales:

Sudores itaque, et pallorem exsistere toto  
Corpore, et infringi linguam, vocemque aboriri,  
Caligare oculos, sonere aures, succidere artus,  
Denique concidere, ex animi terrore, videmus<sup>2</sup>:

preciso es que cierre los ojos ante el golpe que le amenaza, que se detenga y tiemble ante el borde del precipicio como un niño; la naturaleza se reservó esos ligeros testimonios de su poderío, tan inexpugnables a nuestra razón como a la virtud estoica para enseñarle su caducidad y debilidad: de miedo palidece, enrojece de vergüenza y gime por un cólico violento, si no con ayes desesperados y lastimeros, al menos con voz ronca y quebrada:

Humani a se nihil alienum putet<sup>3</sup>.

Los poetas que imaginan cuanto les place, ni siquiera osaron pintarnos a sus héroes sin verter lágrimas:

Sic fatur lacrymans, classique immittit habenas<sup>4</sup>.

Confórmese, pues, el hombre con sujetar y moderar sus inclinaciones, pues hacerlas desaparecer no reside en su débil poderío. Plutarco, tan perfecto y excelente juez de las acciones humanas, al considerar que Bruto y Torcuato dieron muerte a sus hijos, dudó de si la virtud podía llegar a tales hechos, y si esos personajes no habían sido movidos por alguna otra pasión.

Todas las acciones que sobrepasan los límites ordinarios están sujetas a

<sup>1</sup> Si el vino puede dar al traste con la prudencia más firme. HORACIO, *Od.*, III, 28, 4.

<sup>2</sup> Así cuando el alma se aterroriza, todo el cuerpo palidece y se cubre de sudor, tartamudea la lengua, la voz se extingue, la vista se enturbia, los oídos chillan y el organismo todo se trastorna. LUCRECIO, III, 155.

<sup>3</sup> Que no se crea, pues, al abrigo de ningún accidente humano. TERCENCIO, *Heautontim.*, act. I, esc. I, v. 25. — Montaigne modifica el sentido de este verso para adaptarlo a la idea del texto.

<sup>4</sup> Así hablaba Eneas, con los ojos bañados en lágrimas, y su flota bogaba a toda vela. VIRGILIO, *En.*, VI, 1.



interpretación falsa, por la sencilla razón de que nuestra condición no alcanza lo que está por cima de ella ni lo que está por bajo.

Dejando a un lado la secta estoica que hace tan extrema profesión de fiereza, hablemos de la otra que se considera como más débil y oigamos las fanfarronadas de Metrodoro: *Occupavi te, Fortuna, atque cepi; omnesque aditus tuos interclusi, ut ad me adspirare non posses*<sup>1</sup>. Cuando Anaxarco, por orden de Nicocreon, tirano de Cipre, fue metido en una pila profunda y deshecho a martillazos, decía sin cesar: "Sacudidme y desgarradme; no es Anaxarco el que machacáis; machacáis solamente su envoltura." Cuando oímos a los mártires, rodeados por las llamas, gritar al tirano: "Esta parte ya está bastante asada; córtala, cómela, ya está cocida; asa el otro lado"; cuando vemos en Josefo la heroicidad de un muchacho que fue desgarrado con tenazas y agujereado con leznas por Antíoco, que en medio de la tortura le desafiaba con voz firme y segura, exclamando: "Pierdes tu tiempo, tirano; heme aquí lleno de placer"; ¿dónde está el dolor? ¿Dónde los tormentos con que me amenazabas? ¿No se te alcanzan otros medios? Mi bravura te causa mayor dolor del que yo siento por tu crueldad. ¡Cobarde, imbécil! Mientras tú te rindes, yo recobro vigor nuevo; ¡haz que me queje, haz que sufra, haz que me rinda si puedes! Comunica a tus satélites y a tus verdugos el valor necesario; helos ahí ya, tan faltos de ánimo, que ya no pueden más; ármalos de nuevo, haz de nuevo que se encarnicen." Menester es confesar que en tales almas hay algún desorden o algún furor, por santo que sea. Al oír estas exclamaciones estoicas: "Prefiero ser furioso mejor que voluptuoso"<sup>2</sup>, *Μακρῆτην ἢ ἡσθητην*, como decía Antistenes; cuando Sextio nos asegura que prefiere ser encadenado por el dolor antes que serlo por el placer; cuando Epicuro intenta regocijarse con el mal de gota, y voluntariamente abandona el reposo y la salud desafiando las dolencias, rechaza los dolores menos rudos y desdén combatir la enfermedad con la cual adquiere sufrimientos duraderos, intensos, dignos de él;

Spumantemque dari pecora inter inertia votis  
Optat aprum, aut fulvum descendere monte leonem<sup>3</sup>,

¿quién no juzga que tales arranques son los respiraderos de un valor desequilibrado? Nuestra alma, en su estado normal, no podría volar a tales alturas; para alcanzarlas precisa que se eleve, y que cogiendo el freno con los dientes, conduzca al hombre a una distancia tan lejana, que él mismo se pisme luego de la acción que llevó a cabo. En los combates, el calor de la refriega empuja a los soldados a realizar actos tan temerarios, que luego que la calma renace, ellos son los primeros en sobrecogerse de admiración por las heroicas hazañas que llevaron a cabo. Lo propio acontece a los poetas cuando la inspiración es ya pasada; ellos mismos admiran sus propias obras y no reconocen las huellas que les condujeron a tan florido camino; es lo que se llama en el artista ardor o fuego sagrado. Inútilmente, dice Platón, llama a las puertas de la poesía el hombre cuyo espíritu es tranquilo. Aristóteles asegura que ninguna alma privilegiada está completamente exenta de locura, y tiene razón en llamar así todo arrebatado, por laudable que sea, que sobrepasa nuestra propia razón y raciocinio,

<sup>1</sup> ¡Oh fortuna! te preví, logré domarte y fortifiqué todas las avenidas por donde pudieras llegar hasta mí. CICERON, *Tusc. quæst.*, V, 9.

<sup>2</sup> AULIO GELIO, IX, 5; DIOGENES LAERCIO, VI, 3. — Montaigne traduce estas palabras antes de citarlas.

<sup>3</sup> Desdeñando esos inofensivos animales, quisiera que se presentara ante él un jabalí con la boca cubierta de espuma, o que un león descendiera de la montaña. VIRGILIO, *En.*, IV, 158.

puesto que la cordura consiste en el acertado gobierno de las acciones de nuestra alma para conducirla con adecuada medida y justa proporción. Platón sustenta así su principio: "Siendo la facultad de profetizar superior a nuestras luces, preciso es que nos encontremos transportados cuando la practicamos: indispensable es que nuestra prudencia sea alterada por el sueño, por alguna enfermedad o arrebatada de su asiento por algún arrobamiento celeste."

## CAPITULO III

COSTUMBRE DE LA ISLA DE CEA<sup>1</sup>

SI filosofar es dudar, como generalmente se sienta, con mayor razón será dudar el bobear y fantasear, como yo hago; pues de los aprendices es propio el inquirir y cuestionar, y sólo a los maestros incumbe resolver. El mío es la autoridad de la voluntad divina, que sin contradicción nos preceptúa y gobierna, y que está por cima de estas cuestiones humanas y vanas.

Habiendo Filipo de Macedonia entrado en el Peloponeso a mano armada, advirtieron a Damindas que los lacedemonios sufrirían muchos males de no congraciarse con el invasor; Damindas calificó de cobardes a los que tal dijeron, y añadió que el que no teme la muerte tampoco se apoca ante ningún otro sufrimiento. Preguntado Agis de qué modo el hombre puede vivir libre, respondió: menospreciando la muerte. Estas proposiciones y mil semejantes, que se encuentran en situaciones análogas, sobrepasan en algún modo el esperar tranquilamente el fin de la vida cuando la hora nos llega, pues hay en la existencia humana muchos accidentes más difíciles de soportar que la muerte misma, de lo cual puede ser testimonio aquel muchacho de Lacedemonia, de quien Antioco se apoderó y que fue vendido como esclavo, el cual, obligado por su amo a ejercer un trabajo abyecto, repuso: Tú verás el siervo que has comprado; sería para mí deshonrosa la servidumbre, teniendo la libertad en mi mano; y diciendo esto se precipitó de lo alto de la casa en que lo guardaba. Amenazando duramente Antipáter a los lacedemonios para obligarlos a cumplir una orden, respondieron: Si pretendes castigarnos con algo peor que la muerte, moriremos de buen grado; el mismo pueblo repuso a Filipo, que le notificó su propósito de poner coto a todas sus empresas: ¿Acaso está en tu mano impedirnos el morir? Por eso se dice que el varón fuerte vive tanto como debe y no tanto como puede, y que el máspreciado don que de la naturaleza hemos recibido, el que nos despoja de todo derecho de quejarnos de nuestra condición, es el dejar a nuestro albedrío tomar las de Villadiego; la naturaleza estableció una sola entrada para la vida, pero en cambio nos procuró cien mil salidas. Puede faltarnos un palmo de tierra para vivir, pero no para morir, como respondió Boyocalo a los romanos. ¿Por qué te quejas de este mundo? Libre eres, ninguna sujeción te liga a él; si vives rodeado de penas, culpa de ello a tu cobardía. Para morir no precisa sino una poca voluntad:

Ubique mortis est; optime hoc cavit deus.  
Eripere vitam nemo non homini potest;  
At nemo mortem: mille ad hanc aditus patent<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Isla del mar Egeo.

<sup>2</sup> Por un decreto de la divina sabiduría, la muerte se extiende por todas partes.

La muerte no es el remedio de una sola enfermedad, es la receta contra todos los males; es un segurísimo puerto que no debe ser temido, sino más bien buscado. Lo mismo da que el hombre busque el fin de su existencia o que lo sufra; que ataje su último día o que lo espere; de dondequiera que venga es siempre el último; sea cual fuere el lugar en que el hilo se rompa, nada queda después, es el extremo del cohete. Cuanto más voluntaria, más hermosa es la muerte. La vida depende de la voluntad ajena, la muerte sólo de la nuestra. En ninguna ocasión debemos acomodarnos tanto a nuestros humores como en ésta. La reputación y el nombre son cosas enteramente ajenas a una tal empresa; es locura poner ningún miramiento. La vida es una servidumbre si la libertad de morir nos falta. Todas las enfermedades se combaten poniendo en peligro nuestra existencia; se nos corta y cauteriza; se nos quiebran nuestros miembros, se extrae de nuestro cuerpo el alimento y la sangre; un paso más, y hétenos curados para siempre. ¿Por qué nos es más difícil cortarnos las venas de la garganta que las del brazo? Los grandes males exigen grandes remedios. Padeciendo de gota en las piernas, Servio el gramático no encontró mejor remedio a su dolencia que aplicarlas veneno para paralizarlas; no le importó que fueran podágricas con tal de trocarlas en insensibles. Dios deja en nuestras manos albedrío suficiente cuando venimos a dar en un estado en que la muerte es preferible a la vida. Los estoicos dicen que el hombre cuerdo obra conforme a naturaleza abandonando la vida, aun siendo dichoso, siempre que la deje oportunamente; y que sólo es propio de la locura el aferrarse a la existencia cuando ésta es insostenible. De la propia suerte que yo no voy contra las leyes que castigan a los ladrones cuando me sirvo de lo que me pertenece o corto mi bolsa; ni contra las penas que afligen a los incendiarios cuando prendo fuego a mis leños, tampoco deben alcanzarme las leyes que castigan a los asesinos por haberme quitado la vida. Decía Hegesias que, como la condición de nuestra vida, la muerte debe también depender de nuestra elección; y Diógenes, saludado por el filósofo Speusipo, que se encontraba afligido por una hidropesía tan cruel, que tenía que hacerse conducir en una litera, contestóle: "A ti no te deseo salud ninguna, pues que te resignas a vivir en ese estado." Y efectivamente, algún tiempo después Speusipo se dio la muerte cansado de soportar una situación tan penosa.

Pero la conveniencia de tal proceder no puede afirmarse de una manera absoluta, y muchos sostienen que no somos dueños de abandonar la tierra sin voluntad expresa del que nos puso en ella; que sólo el Dios que nos envió al mundo, no por nuestro bien únicamente, sino para su gloria y servicio de nuestros semejantes, es dueño soberano de quitarnos la vida cuando bien le plazca; que no vimos la luz para vivir existencia egoísta, sino para consagrarnos al servicio del pueblo en que nacimos. Las leyes nos piden cuenta de nuestros actos por el interés de la república, y castigan el homicidio; como desertores de nuestra carga se nos castiga también en el otro mundo:

Proxima deinde tenent mæsti loca, qui sibi letum  
Insontes pepere manu, lucemque perosi  
Projecere animas<sup>1</sup>:

Todos pueden sacar al hombre de la vida, mas nadie de la muerte, mil caminos espaciosos a ella nos conducen. SENECA, *Thebaida*, acto I, esc. I, v. 151.

<sup>1</sup> Más allá se ven agobiados de tristeza los infelices que acabaron dándose la muerte, los días hasta entonces inocentes, y que detestando la luz se desprendieron de la carga de la vida. VIRGILIO, *En.*, IV, 434.

mayor vigor supone usar la cadena, con que estamos amarrados a la tierra, que hacerla pedazos; Régulo dio muestras de mayor firmeza que Catón; la indiscreción y la impaciencia apresuran nuestros pasos, mas a la virtud, cuando es eficaz, ningún azar la obliga a volver la espalda; muy al contrario, mejor busca los dolores y los males como un alimento más natural. Las amenazas de los tiranos y los suplicios de los verdugos la animan y vivifican:

Duris ut ilex tonsa bipennibus  
Nigræ feraci frondis in Algido,  
Per damna, per cædes, ab ipso  
Ducit opes, animumque ferro<sup>1</sup>.

Y como dijeron Séneca, primero, y Marcial, después:

Non est, ut putas, virtus, pater,  
Timere vitam; sed malis ingentibus  
Obstare, nec se vertere, ac retro dare<sup>2</sup>,  
Rebus in adversis facile est contemnere mortem,  
Fortius ille facit, qui miser esse potest<sup>3</sup>.

Propio es de la cobardía, mas no de la fortaleza, cobijarse bajo la pesada losa del sepulcro para evitar el infortunio; la virtud no abandona su camino por fuerte que la tempestad se cierna en el horizonte:

Si fractus illabatur orbis,  
Impavidum ferient ruinæ<sup>4</sup>.

Comúnmente la huida de los males nos aboca a otros mayores; a veces huyendo de la muerte corremos derechos hacia ella:

Hic, rogo, non furor est, ne moriari, mori?<sup>5</sup>

como aquellos que escapando del precipicio se lanzan en él:

Multos in summa pericula misit  
Venturi timor ipse mali: fortissimus ille est,  
Qui promptus metuenda pati, si cominus instent,  
Et differre potest<sup>6</sup>.

Usque adeo, mortis formidine, vitæ  
Percipit humanos odium, lucisque videndæ,

<sup>1</sup> Así el roble en las negras selvas de la Algida se fortifica bajo los redoblados golpes del hacha, y hasta alcanza nuevo vigor merced al hierro que le hiere. HORACIO, *Od.*, IV, 1, 4, 57.

<sup>2</sup> La virtud, padre mío, no consiste como creéis en temer la vida, sino en no huirla vergonzosamente; en mostrar el rostro a la adversidad. SENECA, *Thebaida*, acto I, v. 190.

<sup>3</sup> Fácil es en la desdicha despreñar la muerte; pero es más valeroso quien soporta la desgracia. MARCIAL, XI, 56, 15.

<sup>4</sup> Si el universo desquiciado se derrumba, contemplará las ruinas con entera calma, sin aterrorizarse. HORACIO, *Od.*, III, 3, 7.

<sup>5</sup> Decidme, os lo ruego, ¿morir de miedo de morir, no es la mayor de las locuras? MARCIAL, II, 80, 2.

<sup>6</sup> El temor mismo del peligro hace a veces que nos precipitemos en él. El hombre valeroso es el que desafía los males cuando es preciso, o los evita cuando está en su mano. LUCANO, VII, 104.

Ut sibi conciscant mœrenti pectore letum,  
Obliti fontem curarum hunc esse timorem<sup>1</sup>.

Platón, en las Leyes, ordena que se dé sepultura ignominiosa al que se priva de su más cercano y mayor amigo, es decir, al que se quita la vida, alejándose del curso de los acontecimientos, y no obligado para ello por sentencia pública, ni por ningún vaivén de la fortuna, triste e inevitable, ni por insoportable vergüenza, sino por la debilidad y cobardía que acusan un alma temerosa. Es ridícula la opinión del que menosprecia la vida, pues al fin es nuestro ser, es todo lo de que disponemos. Aquellas cosas cuya esencia es más noble y más rica que la nuestra, pueden acusar nuestra vida, pero es ir contra la naturaleza el despreñarse a sí mismo y el dejarse empujar hacia la debilidad. Es una enfermedad peculiar al hombre la de odiarse y menospreciarse, pues no se ve en ninguna otra criatura; de tal vanidad nos servimos para pretender ser otra cosa distinta de lo que somos, puesto que nuestro estado actual no podría gozar el bien que hubiéramos alcanzado. El que desea trocarse de hombre en ángel, nada hace en provecho suyo, porque no existiendo ya, ¿quién disfrutará y experimentará de transformación tan dichosa?

Debet enim, misere cui forte, ægreque futurum est,  
Ipse quoque esse in eo tum tempore, quum male possit  
Accidere<sup>2</sup>.

La seguridad, la indolencia, la impasibilidad y la privación de los males de este mundo, que alcanzamos por medio de la muerte, no nos proporcionan ventaja alguna; por pura bagatela evita la guerra el que no puede gozar de la paz; y por pura nimiedad rehuye los trabajos el que no puede disfrutar el reposo.

Aun entre los que creen que el suicidio es lícito hubo grandes dudas sobre qué ocasiones son suficientemente justas para determinar a un hombre a tomar ese partido. Los estoicos llaman al suicidio *ἔσλογον ἐξαγωγὴν*,<sup>3</sup> y aunque digan que a veces es preciso morir por causas poco graves, como las que nos mantienen sobre la tierra no lo son mucho, es preciso atenerse a alguna medida o norma. Existen inclinaciones caprichosas y sin fundamento que impelieron a la muerte, no va a hombres solamente, sino a pueblos enteros. En otro lugar he citado ejemplos de ello. Conocido es además el hecho de las vírgenes milesias, que por convenio tácito y furioso se ahorcaron unas tras otras, hasta que el magistrado pudo detener la hecatombe dando orden de que las que se encontraran colgadas serían arrastradas en cueros por toda la ciudad, con la misma cuerda que las ahogó. Cuando Terción conjura a Cleomenes al suicidio por el mal estado de sus negocios, no habiendo encontrado muerte más honrosa en la batalla que acababa de perder, e insiste en que acepte el suicidio para no dejar así tiempo a los que alcanzaron la victoria de hacerle sufrir vida o suplicio vergonzosos, Cleomenes, con valor lacedemonio y estoico, rechaza tal consejo como afeminado y cobarde, y dice: "Remedio es ése de que tengo siempre ocasión de echar mano y de que nadie debe servirse mientras le quede un asomo remoto de esperanza; que el vivir consiste más bien en

<sup>1</sup> El miedo de la muerte inspira con frecuencia a los hombres tal repulsión a la vida que los humanos vuelven contra sí mismos sus manos crispadas, olvidando que el temor de la muerte era el único origen de sus males. LUCRECIO, III, 79.

<sup>2</sup> Nada hay que temer de la desgracia cuando no se existe en el tiempo en que puede sobrevenir. LUCRECIO, III, 874.

<sup>3</sup> *ἔσλογον ἐξαγωγὴν*, salida razonable, que decían los estoicos.

desplegar resistencia y valentía; que quiere con su muerte misma servir a su país, y con el abandono de la vida realizar un acto de honor y de virtud." A este razonamiento nada respondió Terción, mas después se dio la muerte. Cleomenes siguió su ejemplo, pero no sin haber apurado el último esfuerzo en la lucha contra la mala fortuna. No merecen todos los males juntos que se busque la muerte para evitarlos, y, además, como en las cosas humanas hay tan repentinas mudanzas, es difícil distinguir el momento en que ya no puede quedarnos esperanza alguna:

Sperat et in sæva victus gladiator arena,  
Sic licet infesto pollice turba minax<sup>1</sup>.

Todo lo puede esperar el hombre mientras vive, dice una sentencia antigua. "En efecto, repone Séneca, mas ¿por qué he de pensar yo que la fortuna todo lo puede para el que está vivo y no que la misma diosa inconstante nada puede contra quien sabe morir?" Conocido es el caso de Josefo, quien hallándose en inminente peligro por haberse levantado contra él todo un pueblo, no podía, racionalmente pensando, tener ninguna esperanza de salvación; aconsejado por alguno de sus amigos a buscar la muerte, siguió el prudente camino de obstinarse en la esperanza hasta el último momento; contra toda previsión humana, la fortuna cambió de faz y Josefo se vio salvo sin experimentar ningún daño. Por el contrario, Casio y Bruto acabaron de perder los últimos restos de la libertad romana, de la cual eran los defensores, por la precipitación y temeridad con que se dieron muerte, sin aguardar la ocasión irremediable de hacerlo. En la batalla de Cerisole el señor de Enghien intentó dos veces degollarse desesperado por la fortuna que tuvo en el combate, que fue desastrosa en el lugar que mandaba, y por precipitación estuvo a punto de privarse del placer de una tan hermosa victoria como alcanzó después. Yo he visto cien liebres escapar de entre los dientes de los lebreles. *Aliquis carnifici suo superstes fuit*<sup>2</sup>.

Multa dies, variusque labor mutabilis ævi  
Rettulit in melius; multos alterna revisens  
Lusit, et in solido rursus fortuna locavit<sup>3</sup>.

Plinio dice que no hay más que tres clases de enfermedades que puedan instigar legítimamente al hombre al suicidio para evitar los dolores que acarrean; la más cruel de todas es, a su entender, el mal de piedra en la vejiga, cuando la orina se encuentra en ella retenida. Séneca coloca en el mismo rango las que trastornan por largo tiempo las facultades anímicas. Por evitar una mala muerte hay quien voluntariamente se la procura a su gusto. Damócrito, jefe de los etolianos, conducido prisionero a Roma, encontró medio de escapar durante la noche; mas perseguido por sus guardianes, prefirió atravesarse el cuerpo con su espada antes que dejarse coger de nuevo. Reducida por los romanos al último extremo la ciudad de Epiro, que defendían Antínoo y Teodoto, acordaron ambos caudillos matarse con todo el pueblo; pero habien-

<sup>1</sup> Tendido en la arena el vencido gladiador espera todavía, aunque por la señal acostumbrada el pueblo ordena que muera. JUSTO LIPSIO, *Saturnelium Sermonum libri*, T. III.

<sup>2</sup> Tal ha habido que sobrevivió a su verdugo. SENECA, *Epist.*, 13.

<sup>3</sup> El tiempo, los sucesos encontrados trajeron consigo cambios favorables; caprichosa en sus juegos, la fortuna hundió a veces a los hombres para levantarlos luego con mayor esplendor. VIRGILIO, *En.*, XI, 425.

do prevalecido después la idea de entregarse, se lanzaron todos en busca de la muerte, arrojándose contra el enemigo con la intención de atacar, no de resguardarse. Sitiada hace algunos años por los turcos la isla del Gozo, un siciliano, padre de dos hermosas jóvenes que estaban en víspera de contraer matrimonio, les dio muerte con su propia mano, y a la madre en seguida. Luego que hubo acabado su faena, se echó a la calle, armado de una ballesta y un arcabuz, y de dos disparos mató a los dos primeros turcos que se acercaron a su puerta; después, con la espada en la mano, se lanzó furiosamente sobre el ejército, por el cual fue envuelto y despedazado, salvándose así de la servidumbre, luego de haber libertado a los suyos. Las mujeres judías, luego que hacían circuncidar a sus hijos, se precipitaban con ellos huyendo de la crueldad de Antioco. He oído contar el suceso de un noble que se hallaba preso en nuestras cárceles y cuya familia fue advertida de que probablemente sería condenado a muerte. Para evitar deshonra semejante le enviaron sus parientes un sacerdote, el cual inculcó en el ánimo del prisionero que el soberrano remedio de su libertad estaba en encomendarse a un santo, a quien había de hacer determinadas promesas, y que además tenía que estar ocho días sin tomar ningún alimento, por debilidad y decaimiento que experimentara. Siguió al pie de la letra el consejo, y por tal medio libróse sin pensarlo, a la vez que de la vida, de la deshonra que le amenazaba. Aconsejando Escribonia a su sobrino Libo que se matara antes de que cayera sobre él la mano de la justicia, le decía que era dar gusto a otro conservar su vida para entregarla a los que habían de buscarla tres o cuatro días después, y que a la vez prestaría un servicio a sus enemigos guardando su sangre, que los mismos se encargarían de envilecer.

En la Biblia<sup>1</sup> leemos que Nicanor, perseguidor de la ley de Dios, echó mano de sus satélites para apoderarse del honrado anciano Racias, conocido con el nombre de padre de judíos por el esplendor de sus virtudes. Como el buen Racias viera toda su casa en desorden, la puerta quemada, sus enemigos prestos a cogerle, prefirió morir generosamente antes que caer en poder de los malos y dejar que se mancillase el honor de su rango; mas no habiendo logrado su propósito por la precipitación con que se asestó el golpe con su espada, corrió a precipitarse desde lo alto de una muralla por entre medio de la cuadrilla, la cual le hizo sitio y cayó al suelo de cabeza; sintiéndose aún con un resto de vida, ganó nuevos ánimos, pudo colocarse de pie todo ensangrentado y magullado, y haciéndose lugar al través de sus enemigos, acertó a llegar hasta unas rocas escarpadas, junto a un precipicio, donde no pudiendo ya sostenerse se arrancó las entrañas, desgarrándolas y pisoteándolas, y se las arrojó a sus perseguidores, invocando la cólera del cielo contra sus verdugos.

De las ofensas que se infieren a la conciencia, la que a mi entender debe evitarse más es la que se lleva a cabo contra la castidad de las mujeres, tanto más cuanto que en ella va envuelto el placer corporal; por esta razón el desafuero no puede ser completo, y necesariamente la fuerza parece ir unida a cierta voluntad de parte de la víctima. La historia eclesiástica venera la memoria de muchos santos que prefirieron la muerte a los ultrajes que los tiranos trataron de infligir a su religión y a su conciencia. Pelagia y Sofronia, ambas fueron canonizadas, se dieron muerte, la primera arrojándose en un río con su madre y sus hermanas, a fin de evitar la brutalidad de unos soldados, y la segunda para escapar a la furia del emperador Majencio.

En los siglos venideros quizás se alabe el caso de un sabio parisiense,

<sup>1</sup> Libro segundo de los Macabeos, XIV.

contemporáneo nuestro, que ha tratado de persuadir a las damas de nuestra época de no tomar una determinación tan desesperada en casos análogos. Lamento que ese doctor no conociera, para reforzar sus argumentos, las palabras que yo oí en boca de una tolosana, que había pasado por las manos de algunos soldados: "Alabado sea Dios, decía, pues al menos siquiera una vez en mi vida me satisfice hasta el hartazgo sin caer en el pecado." En verdad, aquellas determinaciones heroicas no son compatibles con la galantería francesa. De modo que, a Dios gracias, nuestros climas se ven enteramente purgados de heroínas, después de la saludable advertencia de nuestro sabio. Basta con que las doncellas digan "no", profiriendo la negación según la melindrosa regla del buen Marot.

La historia está llena de ejemplos de muchos hombres que prefirieron antes la muerte que arrastrar una existencia dolorosa. Lucio Aruncio se mató, decía, a fin de huir el porvenir y el pasado. Granio Silvanio y Estacio Próximo se dieron muerte después de haber sido perdonados por Nerón, o por no deber la vida a un hombre tan perverso, o por no vivir con la pesadilla de necesitar un segundo perdón, vista la facilidad con que se hacían sospechosas y eran víctima de acusaciones bajo su mando las gentes de bien. Espargapizes, hijo de la reina Tomyris, prisionero de guerra de Ciro, aprovechó para matarse la primera ocasión en que el monarca consintió en dejarle libre; no tuvo más fruto en la libertad que el de vengar en su persona la vergüenza de haberse dejado coger. Bogez, gobernador de Jonia, en nombre de Jerjes, sitiado por el ejército ateniense, que mandaba Cimón, rechazó el volver con toda seguridad al Asia y el entrar de nuevo en posesión de todos sus bienes, por no querer sobrevivir a la pérdida de lo que su soberano le había confiado; y después de haber defendido la ciudad hasta agotar el último recurso, no quedándole ya ni viveres, arrojó al río Strimon todo el oro y cuantas cosas de valor pudieran constituir el botín de sus enemigos. Dio luego orden de encender una gran hoguera y de degollar mujeres, niños, concubinas y servidores, arrojándolos todos al fuego y pereciendo también él en medio de las llamas.

Habiendo sospechado Ninachetuen, señor de las Indias, la deliberación del virrey portugués, que trataba de desposeerle sin causa justificada del cargo que ejercía en Malaca, para ponerlo en manos del rey de Campar, tomó la resolución siguiente: hizo levantar un tablado más largo que ancho, sostenido por columnas, regíamente tapizado y adornado con flores e impregnado de perfumes; luego se puso una túnica de tela bordada de oro, guarnecida con rica pedrería, salió a la calle y subió al tablado, en el cual ardía un fuego de maderas aromáticas; entonces expuso, con rostro valiente y semblante mal contento, los servicios que había prestado a la nación portuguesa; cuán felizmente había desempeñado los empleos que le encomendaron, y añadió que habiendo con suma frecuencia testimoniado para otro con las armas en la mano que el honor era para él muchísimo más caro que la vida, no debía de ningún modo abandonar sólo en él la custodia de la honra, y que puesto que la fortuna le quitaba todo medio de oponerse a las injurias que querían hacersele, al menos su valor le ordenaba no sobrevivir a la deshonra, ni servir de mofa al pueblo ni de víctima a las personas que valían menos que él. Así que acabó de hablar se arrojó al fuego.

Sextilia, mujer de Scoró, y Paxea, esposa de Labeo, a fin de evitar a sus maridos los males que les amenazaban, de los cuales ellas no habían de sentir otros efectos que los que acompañan a la afección conyugal, abandonaron voluntariamente la existencia para que tomaran ejemplo en situación tan aflictiva, a la vez que para acompañarlos en la otra vida. Lo que esas heroínas hicieron

por sus consortes, realizólo por su patria Coceio Nerva, si bien con menor provecho, con igual vigor de ánimo. Este gran jurisconsulto, gozando de salud cabal, de riquezas, de reputación excelente, bien visto por el emperador, encontró que era razón suficiente para quitarse la vida el miserable estado en que se hallaba la república de Roma. Nada se puede añadir en exquisitez a la muerte de la mujer de Fulvio, familiar de Augusto: el emperador descubrió que aquél había violado un secreto importante que se le confiara, y una mañana en que Fulvio le fue a ver advirtió que le puso mala cara; entonces, lleno de desesperación se dirigió a su casa, y dijo a su mujer que habiendo caído en desgracia estaba dispuesto a suicidarse; ella repuso sin titubear: "Procede razonablemente; puesto que más de una vez tuviste ocasión de sufrir los efectos de mi lengua inmoderada sin que por ello te desesperases, deja que me mate yo primero"; y sin decir más se atravesó el cuerpo con una espada. Desesperando Vibio Virio de la victoria de la ciudad que defendía contra las fuerzas romanas, y no abrigando por otra parte esperanza alguna de la misericordia de las mismas, conocida la última deliberación de los senadores de Capua, después de varias tentativas empleadas a ese fin, determinó que lo mejor de todo era escapar a la desdicha por sus propias manos; así los enemigos los considerarían como dignos, y Aníbal tendría ocasión de experimentar cuán fieles eran los amigos que había dejado en el abandono. Para poner en práctica su resolución, invitó en su casa a un suntuoso banquete a los que la habían encontrado buena; en el convite, después de comer alegremente, todos saborearían una bebida que el anfitrión había preparado, la cual, añadió Virio, librárá nuestros cuerpos del tormento, nuestras almas de la injuria, nuestros ojos y nuestros oídos de advertir tan feos males, como los vencidos sufren de los vencedores, crueles y ofendidos. Además he dado orden de que se nos eche en una hoguera, delante de la puerta de mi casa, cuando todos hayamos expirado. Muchas gentes aprobaron resolución tan digna, pero pocos la imitaron; veintisiete senadores siguieron a Virio, quienes después de haber intentado ahogar en el vino la idea de la muerte, acabaron el banquete con el breve destructor, y todos se abrazaron después de haber deplorado en común la desgracia de su país. Luego los unos se retiraron a sus casas, los otros se quedaron para ser quemados en la hoguera, pero la muerte de todos se prolongó tanto a causa de los vapores del vino, que ocupando las venas retardaron el efecto del veneno, que algunos estuvieron próximos a ver a los enemigos en Capua y a experimentar las miserias a que tan caramamente habían escapado. Volviendo el cónsul Fulvio de esta terrible carnicería en que por su causa perecieron doscientos veinticinco senadores, fue llamado con tono orgulloso por su nombre por Taurea Jubelio, otro ciudadano de Capua, y habiéndole detenido: "Ordena, le dijo, que me degüellen también, después de tantos otros, a fin de que puedas vanagloriarte de haber matado a un hombre mucho más valiente que tú." Fulvio desdeñó tales palabras tomándolas como hijas de la insensatez, y también porque acababa de recibir un aviso de Roma en que se desaprobaba la inhumanidad de sus actos, que le ligaba las manos, imposibilitándole de seguir la matanza. Jubelio continuó diciéndole: "Puesto que mi país está ya vencido, todos mis amigos muertos y bajo mi mano perecieron mi mujer y mis hijos para sustraerlos a la desolación de tanta ruina, no puedo alcanzar ya la misma muerte que mis conciudadanos; que la fortaleza me venga de esta odiosa existencia." Entonces sacó una espada que guardaba oculta, se atravesó el pecho y cayó muerto a los pies del cónsul. Sitiando Alejandro el Grande una plaza de las Indias, cuyos moradores se veían ya reducidos al extremo, resolvieron valientemente privar al conquistador del placer de la vic-

toría y todos perecieron en las llamas al propio tiempo que su ciudad, a pesar de la humanidad del vencedor. Fue aquélla una lid de nuevo género, pues los enemigos combatían por salvar a los sitiados y éstos por perderse, poniendo en práctica por asegurar su muerte cuantos medios se ponen en juego por defender la vida.

Los habitantes de Estepa<sup>1</sup>, ciudad de España, sintiéndose débiles de fortaleza y parapetos para hacer frente a los romanos, amontonaron todas sus riquezas y muebles en la plaza, colocaron encima sus mujeres e hijos, y después de rodearlo todo de leña y materias combustibles que prendieran instantáneamente, y de dejar el encargo de encenderla a cincuenta jóvenes, salieron de la ciudad, habiendo jurado previamente que en la imposibilidad de vencer se dejarían todos dar la muerte. Luego que los cincuenta degollaron a cuantos encontraron dentro de la ciudad, prendieron fuego a la hoguera y se lanzaron entre las llamas, perdiendo la generosa libertad de que un tiempo disfrutaran, en un estado de insensibilidad, antes que caer en el dolor de la deshonra, al par que mostraron a sus enemigos que, si la fortuna lo hubiera querido, también habrían tenido el valor necesario para arrancarles la victoria, cual la concedían frustrada y odiosa y hasta mortal a los que instigados por el brillo del oro que corría por en medio de las llamas, y que se habían aproximado en gran número: todos fueron ahogados y quemados, pues se vieron en la imposibilidad de retroceder por la muchedumbre que los cercaba.

Derrotados por Filipo, los abidenses, resolvieron poner en práctica acción parecida; mas advertido de ello el rey, que veía con horror la precipitación temeraria de tal intento, se apoderó de todos sus tesoros, condenados ya al fuego o a ser arrojados al agua, retiró sus soldados de la plaza y les concedió tres días para matarse, con todo el orden y tranquilidad posibles. Emplearon este espacio sembrando el exterminio y matándose los unos a los otros en medio de la más horrenda de las crueldades, y no se salvó ni una sola persona en cuya mano estuviera el poder sucumbir. Hay infinitos ejemplos de sucesos populares semejantes que nos aparecen tanto más horribles cuanto que los efectos son más destructores entre las muchedumbres. Individualmente son menos crueles, pues lo que la razón no encontraría en un hombre aislado, comunícalo en todos juntos el ardor que imposibilita el ejercicio del juicio particular de cada uno.

En tiempo de Tiberio los condenados a la última pena que aguardaban la ejecución de la sentencia perdían sus bienes y estaban además privados de sepultura. Los que la anticipaban dándose la muerte eran enterrados y podían testar.

A veces se apetece la muerte por la esperanza de un bien mayor: "Deseo, dice san Pablo, desligarme de la envoltura terrena para unirme con Jesucristo"; y también, "¿Quién me desatará estas ligaduras?" Cleombrotos Ambraciota, después de leer el *Fedón* de Platón, quedó poseído de tan ardiente deseo de llegar a la vida futura, que sin motivo ni razón mayor se arrojó al mar. De donde resulta que llamamos impropriamente desesperación a esta destrucción voluntaria a que el calor de la esperanza nos empuja en ocasiones, y otras veces una tranquila y firme inclinación del juicio. En el viaje que a los países de ultramar hizo el rey san Luis, Santiago del Chastel, obispo de Soissons, viendo al rey y a todo el ejército dispuestos a regresar a Francia, dejando sin acabar la obra en pro de la religión que a aquellas remotas tierras les llevara, tomó la resolución de trasladarse cuanto antes al paraíso, y después

<sup>1</sup> Estepa la Vieja, en la provincia de Sevilla.

de despedirse de sus amigos, se lanzó en presencia de todos contra las tropas enemigas, que le despedazaron instantáneamente. En cierta comarca de las tierras recientemente descubiertas, el día que se celebra una procesión en la cual el idolo que adoran los habitantes de aquéllas se pasea en público, colocado sobre un carro enorme, se ven algunos que se cortan pedazos de carne viva y los ofrecen a la imagen; otros, en gran número, se prosternan en los lugares por donde el carro pasa para ser aplastados bajo sus ruedas, a fin de alcanzar veneración y ser como santos adorados. La muerte de aquel prelado con las armas en la mano tiene mucho más de generosidad impulsiva que de acto reflexivo, puesto que a ella contribuyó más que todo el ardor del combate en que se hallaba sumergida su alma.

En lo antiguo hubo leyes que reglamentaron la justicia y oportunidad de las muertes voluntarias. En nuestra ciudad de Marsella se guardaba veneno preparado con cicuta, a expensas del erario, para aquellos que querían apresurar el fin de sus días. Para que el suicida pudiera realizar su propósito era indispensable que los seiscientos que formaban el Senado de la ciudad aprobaran las razones que le obligaban a quitarse la vida; sin la licencia del magistrado y sin motivos legítimos no era permitido darse la muerte. Esta ley estaba también en vigor en otras partes.

Dirigiéndose al Asia, Sexto Pompeyo pasó por la isla de Cea del Negroponto; por casualidad aconteció durante su permanencia en ella, como sabemos por uno de los que le acompañaron, que una mujer que gozaba de cuantiosos bienes, habiendo dado cuenta a sus conciudadanos de las razones que la impulsaban a acabar sus días, rogó a Pompeyo que presenciara su muerte para honrarla, a lo que aquél accedió de buen grado, no sin intentar antes por medio de su elocuencia, que era grande, disuadirla de su propósito. Todos los discursos de Pompeyo fueron inútiles. Aquella mujer había vivido por espacio de noventa años en situación dichosa, así de salud corporal como espiritual; pero en aquel entonces, tendida sobre un lecho mejor adornado que de costumbre, reclinado el rostro sobre el brazo, decía: "Que los dioses, ¡oh Sexto Pompeyo!, más bien los que abandono que los que voy a encontrar, te premien por haberte dignado ser consejero de mi vida y testigo de mi muerte. Yo que experimenté siempre los favores de la fortuna, temo hoy que el deseo de que mis días se prolonguen demasiado me haga conocer la desdicha, y con ademán tranquilo me separo de los restos de mi alma, dejando de mi paso por la tierra dos hijas y una legión de nietos." Dicho lo cual, luego de haber exhortado a los suyos a la concordia y unión, haber entre ellos distribuido sus bienes y recomendado los dioses familiares a su hija mayor, tomó con mano firme la copa que contenía el veneno, hizo sus oraciones a Mercurio para que en el otro mundo la reservara una mansión apacible, y bebió bruscamente el mortal brebaje; habló luego a los asistentes del efecto que el veneno le producía, y explicóles cómo las distintas partes de su cuerpo iban enfriándose, las unas después de las otras, hasta que dijo, en fin, que el corrosivo le llegaba ya a las entrañas y al corazón; entonces hizo que sus hijas se acercaran para suministrarle los últimos cuidados y para que cerraran sus ojos.

Plinio habla de cierta nación hiperbórea, en que, merced a la dulzura del clima y salubridad del aire, la vida de los hombres no acaba comúnmente sino porque la muerte se busca de intento. Estando ya cansados y hartos de la existencia, al llegar a una edad avanzada, después de haberse propinado una buena comida, se arrojan al mar desde lo alto de una roca destinada a tal servicio. Sólo el dolor extremo o la seguridad de una muerte peor que el suicidio me parecen los más excusables motivos para abandonar la vida.

## CAPITULO V

### DE LA CONCIENCIA

VIAJANDO un día con mi hermano, el señor de La Brousse, durante nuestros trastornos civiles, encontramos un gentilhomme de maneras distinguidas, que pertenecía al partido opuesto al nuestro. En nada conocí yo esta circunstancia, pues el personaje en cuestión disimulaba a maravilla sus opiniones. Lo peor de estas guerras es que las cartas están tan barajadas, que el enemigo no se distingue del amigo por ninguna señal exterior, como tampoco por el lenguaje, ni por el porte, educado como está bajo idénticas leyes, costumbres y clima; todo lo cual hace difícil el evitar la confusión y el desorden consiguientes. Estas consideraciones me hacían temer a mí mismo el encuentro con nuestras tropas en sitio donde yo no fuera conocido, si no declaraba mi nombre, o algo peor quizás, como lo que me aconteció una vez, pues a causa de tal equivocación perdí hombres y caballos, y me mataron miserablemente entre otros, un paje, caballero italiano que iba siempre conmigo y a quien yo prodigaba atenciones grandes, con cuya vida se extinguió una infancia hermosa y una juventud llena de esperanzas. Aquel caballero era tan miedoso y experimentaba un horror tan extremo, le veía yo tan muerto cuando encontrábamos gente armada o atravesábamos alguna ciudad que estaba por el rey, que al fin caí en que todo ello eran alarmas que su conciencia le procuraba. Parecía a aquel pobre hombre que al través de su semblante y de las cruces de su casaca irían a leerse hasta las más secretas inclinaciones de su pecho, ¡tan maravilloso es el poderío de la conciencia!, la cual nos traiciona, nos acusa y nos combate, y a falta de extraño testigo nos denuncia contra nosotros mismos.

Occultum quatiens animo tortore flagellum<sup>1</sup>.

El cuento siguiente se oye con frecuencia en boca de los muchachos: "Reprendido Bessus, peoniano, por haber encontrado placer en echar por tierra un nido de gorriones a quienes dio muerte, contestó que no los había matado sin razón, porque aquellos pajarracos, añadía, no dejaban de acusarle constante y falsamente de la muerte de su padre." Este parricida había mantenido oculto su delito hasta entonces, mas las vengadoras furias de la conciencia hicieron que se delatara el mismo que había de sufrir el castigo de su crimen. Hesiodo corrige la sentencia en que afirma Platón que la pena sigue bien de cerca al pecado, pues aquél escribe que la pena nace en el instante mismo que la culpa se comete. Quien aguarda el castigo lo sufre de antemano, y quien lo merece lo espera. La maldad elabora tormentos contra sí misma:

<sup>1</sup> Ella misma nos sirve de verdugo y nos azota sin cesar con su látigo invisible. JUVENAL, XIII, 195.

Malum consilium, consultori pessimum<sup>1</sup>,

a semejanza de la avispa, que pica y mortifica, pero se hace más daño a sí misma, pues pierde para siempre su aguijón y su fuerza:

Vitasque in vulnere ponunt<sup>2</sup>.

Las cantáridas tienen en su cuerpo una sustancia que sirve a su veneno de contraveneno; de la propia suerte acontece que al mismo tiempo que en el vicio se encuentra placer, el mismo vicio produce el hastío en la conciencia, la cual nos atormenta con imaginaciones penosas, lo mismo dormidos que despiertos:

Quippe ubi se multi, per somnia saepe loquentes,  
Aut morbo delirantes, protraxe ferantur,  
Et celata diu in medium peccata dedisse<sup>3</sup>.

Apolodoro soñaba que los escitas le desollaban, que le ponían luego a hervir dentro de una gran marmita y que mientras tanto su corazón murmuraba: "Yo, sólo yo soy la causa de todos tus males." Ninguna cueva sirve a ocultar a los delincuentes, decía Epicuro, porque ni siquiera ellos mismos pueden tener seguridad de que están ocultos; la conciencia los descubre constantemente.

Prima est hæc ultio, quod se  
Judice nemo nocens absolvitur<sup>4</sup>.

Y del mismo modo que nos llena de temor nos comunica también seguridad y confianza. De mí puedo afirmar que caminé en muchos azares con pie firme por la que tenía en mi propia voluntad y por la rectitud de mis designios:

Conscia mens ut cuique sua est, ita concipit intra  
Pectora pro facto spemque, metumque suo<sup>5</sup>.

Mil ejemplos hay de ello; bastará con traer a cuento tres relativos al mismo personaje. Un día fue acusado Escipión ante el pueblo de una falta grave, y en vez de excusarse o de adular a sus jueces, dijo a éstos: "No os sienta mal el pretender disponer de la cabeza de quien os concedió el poder de juzgar a todo el mundo." En otra ocasión, por toda respuesta a las imputaciones que le dirigía un tribuno del pueblo, en lugar de defenderse, exclamó: "Vamos allá, conciudadanos, vamos a dar gracias a los dioses por la victoria que alcancé contra los cartagineses tal día como hoy"; y colocándose al frente de la muchedumbre, camino del templo, la asamblea toda y su acusador mismo le siguieron. Y cuando Petilo, instigado por Catón, le pidió cuenta de los caudales gastados en la provincia de Antioca, compareció Escipión ante el Senado para darlas cumplidas; presentó el libro en que constaban, que tenía guardado bajo su túnica, y dijo que aquel cuaderno contenía con exactitud matemática la relación de los ingresos y la de los gastos; mas como se lo reclamaran para

<sup>1</sup> El mal recae sobre quien lo meditó. AULO GELIO, IV, 5.

<sup>2</sup> Y deja su vida en la herida que ella misma hizo. VIRGILIO, *Geórg.*, IV, 238.

<sup>3</sup> A veces los culpables se acusaron en sueños o en el delirio de la fiebre, y revelaron los crímenes que guardaban ocultos. LUCRECIO, V, 1157.

<sup>4</sup> El primer castigo del culpable consiste en que ni él mismo se absolvería juzgándose ante su propio tribunal. JUVENAL, *Sát.*, XIII, 2.

<sup>5</sup> Según el testimonio que el hombre se da a sí mismo, así a su alma acompañan la esperanza o el temor. OVIDIO, *Fast.*, I, 485.

anotarlo en el cartulario, se opuso a semejante petición, diciendo que no quería inferirse a sí mismo tal deshonra; y en presencia del Senado desgarró con sus manos el libro y lo hizo añicos. Yo no puede creer que un alma torturada por los remordimientos pueda ser capaz de simular un aplomo semejante. Escipión tenía un corazón demasiado grande, acostumbrado a las grandes hazañas, como dice Tito Livio, para defender su inocencia en caso de haber sido culpable del delito que se le imputaba.

Las torturas son una invención perniciosa y absurda, y sus efectos, a mi entender, sirven más para probar la paciencia de los acusados que para descubrir la verdad. Aquel que las puede soportar la oculta, y el que es incapaz de resistirlas tampoco la declara; porque, ¿qué razón hay para que el dolor me haga confesar la verdad o decir la mentira? Y, por el contrario, si el que no cometió los delitos de que se le acusa posee resistencia bastante para hacerse fuerte al tormento, ¿por qué no ha de poseerla igualmente el que lo cometió, y más sabiendo que en ello le va la vida? Yo creo que el fundamento de esta invención tiene su origen en la fuerza de la conciencia, pues al delincuente parece que la tortura le ayuda a exteriorizar su crimen y que el quebranto material debilita su alma, al par que la misma conciencia fortifica al inocente contra las pruebas a que se le somete. Son, en conclusión, y a decir verdad, un procedimiento lleno de incertidumbre y de consecuencias detestables; en efecto, ¿qué cosa no se dirá o no se hará con tal de librarse de tan horribles suplicios?

*Etiam innocentes cogit mentiri dolor*<sup>1</sup>:

de donde resulta que el reo a quien el juez ha sometido al tormento por no hacerle morir inocente, muere sin culpa, y además martirizado. Infinidad de hombres hubo que hicieron falsas confesiones; Filoto, entre otros, al considerar las particularidades del proceso que Alejandro entabló contra él y al experimentar lo horrible de las pruebas a que se le sometió. Con todo, dicen algunos que es lo menos malo que la humana debilidad haya podido idear; bien inhumanamente y bien inútilmente, a mi manera de ver.

Algunas naciones, menos bárbaras en esto que la griega y la romana, que aplicaron a todas las otras aquel dictado, consideraron como cruel y espantoso el descuartizar a un hombre cuyo delito no está todavía probado. ¿Es acaso el supuesto delincuente responsable de vuestra ignorancia? En verdad, sois injustos en grado sumo, pues por no matarle sin motivo justificado hacéis con él experiencias peores que la muerte. Y que es así en realidad pruébanlo las veces que el delincuente supuesto prefiere acabar injustamente a pasar por la información más penosa que el suplicio, la cual es con frecuencia más terrible por su crudeza que la misma tortura. No recuerdo el origen de este cuento, que refleja con exactitud cabal el grado de conciencia de nuestra justicia. Ante un general, gran administrador de la misma, acusó una aldeana a un soldado por haber arrebatado a sus pequeñuelos unas pocas gachas, único alimento que quedaba a la mujer, pues la tropa lo había aniquilado todo. El general, después de advertir a la mujer que mirase bien lo que decía y de añadir que la acusación recaería sobre ella en caso de no ser exacta, como aquella insistiera de nuevo, hizo abrir el vientre del soldado para asegurarse de la verdad del hecho, y, efectivamente, aconteció que la aldeana tenía razón. Condenación instructiva.

<sup>1</sup> El dolor obliga a mentir hasta a los mismos inocentes. *Sentencias de Publilio Siro*.

## CAPITULO VI

### DE LA EJERCITACION<sup>1</sup>

Es difícil que la razón y la instrucción puedan por sí solas hacernos aptos para llevar a la práctica nuestros proyectos, aunque a aquéllas apliquemos todas nuestras fuerzas mentales, si por medio de la experiencia no ejercitamos y templamos nuestra alma al género de vida que queremos llevarla; si nuestra conducta no se ajusta a tal principio, al encontrarnos frente a los hechos tropezaremos con toda suerte de obstáculos e impedimentos. Por eso los filósofos que quisieron alcanzar en su vida alguna supremacía sobre los demás mortales, no se contentaron con esperar a cubierto y en reposo los rigores de la fortuna, temiendo que esta diosa inconstante les sorprendiera en el combate inexperimentados y nuevos; tomaron el partido de salir al encuentro, y voluntariamente se sometieron a la prueba de las contrariedades más duras: los unos abandonaron las riquezas para acostumbrarse al tormento de la miseria; los otros buscaron en el trabajo y las fatigas la austeridad de una vida penosa para endurecerse a la labor y a las contrariedades; otros se privaron de las más preciosas partes de su cuerpo, como la vista y los órganos de la generación, de miedo que el auxilio gratísimo y voluptuoso que esos órganos prestan al hombre debilitaran y ablandaran la firmeza de sus almas.

Mas en el morir, que es el acto magno que todos hemos de cumplir, la experiencia nada puede ayudarnos. Puede el hombre, auxiliado por la costumbre, fortificarse contra los dolores, la deshonra, la indigencia y otros males, pero cuanto a la muerte, sólo una vez nos es dado ver cuáles son sus efectos. Todos somos aprendices cuando su hora nos alcanza. En lo antiguo se vieron algunos hombres para quienes el tiempo fue cosa tan preciosa, que procuraron medir y aquilatar en su persona los efectos de la muerte misma, y que fortificaron su espíritu para ver en qué consistía tan terrible momento, pero no volvieron luego a la tierra a darnos cuentas de sus experiencias:

*Nemo expergitus exstat,*

*Frigida quem semel est vitæ pausa sequuta*<sup>2</sup>.

Habiendo sido condenado a la última pena Canio Julio, patricio romano de virtud y firmeza de alma singulares, por el malvado Calígula, dio maravillosas pruebas de su entereza en tan duro trance, y al llegar el momento de la ejecución, un filósofo, amigo suyo, preguntóle: "¿Qué tal, Canio? ¿Cuál es en

<sup>1</sup> En este capítulo habla Montaigne de la manera más viable de prepararse a acoger la muerte, que fue la preocupación suprema de su vida, al par que una de las ideas capitales de los *Ensayos*.

<sup>2</sup> Jamás llega la hora del despertar cuando se sintió el frío reposo de la muerte. LUCRECIO, III, 942.



estos instantes el estado de tu alma? ¿En qué se ocupa? ¿Qué pensamientos la llenan? —Pensaba yo, respondió Canio, conservar la serenidad con todas mis fuerzas, con objeto de ver si en este momento de la muerte, que es tan corto y fugitivo, podía advertir cómo el alma me abandonaba, y si mi espíritu echaba de ver cómo se alejaba de la materia, para luego, de poder hacerlo, volver al mundo a contárselo a mis amigos." Canio fue filósofo, no sólo hasta la hora de la muerte, sino también en la muerte misma. ¡Qué seguridad tan grande y qué altivez de valor las de querer que su fin le sirviera de enseñanza y el poder disponer de sus facultades en el instante mismo de abandonar la vida!

Jus hoc animi morientis habebat<sup>1</sup>.

Creo, sin embargo, que no es factible disponer de algún medio de acostumbrarnos a ella y de conocer aproximadamente cuáles son sus efectos. Podemos alcanzar alguna experiencia, si no cabal y perfecta, al menos que nos sea de algún provecho y que nos fortifique y mantenga dueños de nuestras fuerzas; podemos unirnos a ella, podemos acercarnos y podemos reconocerla; y si no nos es dable llegar hasta su fuerte, al menos nos es hacedero transitar por sus avenidas. No sin razón se considera el sueño como semejante a la muerte, por la analogía que con ella guarda: ¡cuán fácilmente pasamos de la vigilia al sueño, y cuán indiferente nos es el perder la noción de la luz y de nosotros mismos! En cierto modo podría considerarse el dormir como inútil y contra naturaleza, puesto que nos priva de toda acción, así como también del ejercicio de nuestras facultades, si no fuera que por él la naturaleza nos enseña que lo mismo fuimos creados para la muerte que para la vida, y desde el nacer nos muestra el eterno estado que nos aguarda después de la existencia para que así nos habituemos, y alejemos de nosotros el temor que la idea del acabar nos ocasiona. Los que por algún accidente violento cayeron en estado de postración física y moral que les hizo perder el uso de sus facultades, están en estado de considerar cómo la muerte va ganando nuestras fuerzas; al instante mismo del sucumbir no acompañan ninguna fatiga ni dolor, porque no podemos tener sensaciones si nos falta el tiempo para experimentarlas; nuestros sufrimientos han menester de tiempo, y como éste es tan corto y tan veloz en la hora de la muerte, necesario es que ésta nos sea insensible. La proximidad es lo que hemos de temer, y ésa puede ser objeto de nuestra experiencia.

Hay muchas cosas a que nuestra imaginación da proporciones mayores de las que tienen en realidad: yo he pasado una buena parte de mi vida disfrutando de salud cabal y perfecta, y en este particular mi existencia se deslizó alegre y bulliciosa. Ese estado, lleno de verdor y contento, hacía que considerase con horror tal la perspectiva de las enfermedades que, cuando vine a caer en ellas, encontré sus mordeduras blandas en comparación del temor que ponían en mi ánimo. Al presente, cuando me encuentro a cubierto y abrigado en una habitación cómoda, mientras por fuera reinan la tempestad y la tormenta, profeso compasión y me aflijo por los que se encuentran en campo raso; y si soy yo quien aguanta los accidentes de la naturaleza, tampoco echo de menos el abrigo. La sola idea de permanecer constantemente encerrado en un cuarto me parecía insoportable, mas bien pronto me vi en la precisión de mantenerme recogido días y semanas, enfermo y débil, y cuando recobré la salud

<sup>1</sup> Tanto imperio ejercía sobre su alma hasta en la hora de la muerte. LUCANO, VIII, 636.

compadecía a los enfermos mucho más de lo que me quejo cuando yo lo estoy. Una muy grande aprensión exageraba para mí en más de la mitad la esencia y realidad de los trabajos y los males. Tengo esperanza de que me ocurrirá otro tanto con la muerte, y que ésta no vale la pena que me tomo en echar mano de tantos aprestos ni de tantas seguridades como busco y reúno para mantenerme fuerte cuando llegue mi hora. Mas cuando son grandes las aventuras que nos esperan, nunca podemos prepararnos suficientemente.

Durante nuestras terceras guerras de religión, o segundas (no recuerdo a punto fijo), habiendo salido a pasear por un lugar que dista una legua de mi casa, la cual está emplazada en el punto central que sirve de teatro a nuestros trastornos civiles, creyéndome en seguridad completa y tan próximo a mi retiro, que no tenía necesidad de mayores aprestos, cogí un caballo ágil, pero poco fuerte. A mi regreso, presentóseme ocasión de ayudarme del animal para un servicio que no era el que más le acomodaba; un individuo de entre mis gentes, recio y de gran estatura, que montaba un caballo fuerte, por hacer alarde de llevarnos a todos la delantera, soltó su cabalgadura a toda brida en la dirección del camino que yo llevaba, y cayó como un coloso sobre el hombrecillo y su caballito, a quienes derribó con toda la fuerza de su velocidad y pesantez, lanzándonos a uno y a otro los pies al aire, de tal suerte que el caballo cayó por tierra completamente atolondrado, y yo fui a dar diez o doce pasos más allá, tendido boca abajo, con el rostro destrozado y desollado; mi espada, que montado tenía en la mano, estaba también diez pasos más allá, mi cinturón hecho añicos, y yo no tenía más movimiento ni sensaciones que un cepo. Era el primer caso que hasta ahora haya experimentado. Los que me acompañaban, después de haber intentado por cuantos medios les fue dable hacerme volver en mí, dándome ya por muerto, me cogieron entre sus brazos y me llevaron con gran dificultad a mi casa, que distaba del lugar cosa de media legua francesa. En el camino, después de haberme considerado como muerto durante más de dos horas, comencé a moverme y a respirar. Tal cantidad de sangre había caído en mi pecho, que para descargarlo, la naturaleza tuvo que resucitar sus fuerzas. Entonces me pusieron de pie, y arrojé tanta cantidad de borbotones de sangre, que casi llenaron un cubo; en el resto del camino también la expelí abundante. Así comencé a volver a la vida, pero tan poquito a poco que hube menester de bastante tiempo, de tal suerte que mis primeras sensaciones estaban mucho más próximas de la muerte que de la existencia:

Perchè, dubbiosa ancor del suo ritorno,  
Non s' assicura attonita la mente<sup>1</sup>.

El recuerdo de este suceso, cuya huella tengo fuertemente grabada en mi alma, me representaba la apariencia e idea de la muerte tan cerca del natural que me concilia en algún modo con ella. Cuando empecé a divisar la luz, fue de un modo tan incierto, mis ojos estaban tan débiles y tan muertos que nada podían discernir aparte de una vaga claridad:

Come quel ch' or apre, or chiude  
Gli occhi, mezzo tra 'l sonno-e l' esser desto<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Porque abatida el alma e incierta de recobrar sus fuerzas, no puede fortalecerse. TORC. TASSO, *Gerusalemme liberata*, canto XII, estancia 74.  
<sup>2</sup> Como un hombre que, mitad dormido y mitad despierto, ya abre los ojos, ya los cierra. TORC. TASSO, *Gerusalemme liberata*, canto VIII, estancia 26.

Las funciones del alma iban renaciendo en el mismo grado que las del cuerpo. Me vi todo ensangrentado; mi corpiño estaba manchado por todas partes con la sangre que había arrojado. La primera idea que me vino al pensamiento fue la de que había recibido un disparo de arcabuz en la cabeza, pues en el momento de ocurrirme el accidente sonaban muchos en derredor nuestro. Me parecía que mi vida estaba sólo pendiente del borde de mis labios; cerraba mis ojos para ayudar, creyendo así echarla hacia fuera, y encontraba cierta dulzura en languidecer y dejar el campo libre a las sensaciones que me dominaban, las cuales nadaban en la superficie de mi alma, tan débil como el resto de mi persona, y que no sólo estaban exentas de dolor, sino que a ellas se mezclaba cierta dulzura como la que sentimos cuando empieza a dominarnos el sueño.

Creo que ése es el estado en que se encuentran las personas que vemos desfallecer de debilidad en la agonía, y creo también que sin razón las compadecemos, considerando que se encuentran agitadas por dolores crueles o que tienen el alma oprimida por una tensión penosa. Fue siempre mi opinión, contra la corriente general, incluso el parecer de Esteban La Boëtie, que los moribundos que se encuentran así abatidos y adormecidos, cuando su fin está ya próximo o se encuentran acabados por la duración del mal, por algún accidente apoplético o epiléptico,

Vi morbi sæpe coactus  
Ante oculos aliquis nostros, ut fulminis ictu;  
Concidit, et spumas agit; ingemit, et fremit artus;  
Desipit, extentat nervos, torquetur, anhelat,  
Inconstanter et in jactando membra fatigat<sup>1</sup>,

o heridos en la cabeza, de quienes oímos el estertor, que exhalan a veces suspiros agudos, aunque en ellos descubramos ciertos síntomas, que juntos con alguna agitación, denuncian un resto de conocimiento, siempre he pensado que tienen así el alma como el cuerpo, adormecidos,

Vivit, et est vitæ nescius ipse suæ<sup>2</sup>,

y me resisto a creer que en medio de una debilidad tan grande de miembros y sentidos, aquélla pueda conservar alguna fuerza interior con que poder reconocerse. Por todo lo cual, afirmo que los moribundos no son capaces de pensamiento alguno que les atormente ni que les pueda hacer juzgar ni sentir la miseria de su estado, y que por lo mismo no debemos compadecernos gran cosa.

Ninguna situación imagino más insoportable ni más horrible que la de tener el alma en estado de lucidez y dolorida, sin disponer de medio alguno para declararlo; tal es el caso en que se encuentran aquellos que van al suplicio, y a quienes se arrancó la lengua (bien que este género de muerte muda me parezca la más digna, cuando va acompañada de mirada serena y continente firme); y el de los pobres prisioneros que caen en manos de los soldados de esta época, que no son sino verdugos repugnantes, los cuales martirizan a aquéllos para obligarles a pagar un rescate excesivo e imposible, puestos mientras

<sup>1</sup> A veces un desdichado acometido de un mal súbito cae redondo a vuestros pies como herido por el rayo; su boca arroja espuma, su pecho gime, sus miembros se estremecen. Fuera de sí, la rigidez le gana, apenas respira; da vueltas y se agita en todos sentidos. LUCRECIO, III, 485.

<sup>2</sup> Vive, mas sin saber si goza de la vida. OVIDIO, *Trist.*, I, 3, 12.

tanto a buen recaudo en estado y lugar en que no tienen medio ninguno de exteriorizar sus pensamientos y miserable condición. Los poetas imaginaron algunos dioses favorables a la liberación de los que arrastraban así una muerte lánguida:

Hunc ego Diti  
Sacrum jussa fero, teque isto corpore solvo<sup>1</sup>.

Los gemidos y respuestas cortas e incoherentes que se les arranca en ocasiones en fuerza de gritarles y vociferarles en los propios oídos, o los movimientos que parecen tener alguna relación con lo que se les pregunta, no dan, sin embargo, testimonio de que viven, al menos una vida completa. Acontécenos de un modo análogo, cuando empieza a ganarnos el sueño, antes de que llegue a dominarnos por completo, que sentimos de un modo vago lo que ocurre en derredor nuestro y advertimos las palabras que se pronuncian por manera borrosa e incierta, que parece no impresionar sino las capas más superficiales de nuestra alma, y a las preguntas que se nos hacen contestamos sólo a tenor de las últimas palabras, emitiendo respuestas atinadas, más bien por azar que por reflexión.

Hoy que experimenté los efectos de la muerte, no tengo ninguna duda de que conozco bien cuáles son: primeramente, como me encontrara privado del uso de mis sentidos, forcejeaba para abrir mi corpiño con las uñas (pues no llevaba armadura), aunque nada sentía que me molestara ni me hiriera, porque efectuamos muchos movimientos instintivos que no son resultado de los actos de la voluntad:

Semianimesque micant digiti, ferrumque retractant<sup>2</sup>:

como, por ejemplo, cuando caemos al suelo que extendemos los brazos por un impulso natural, el cual hace que nuestros miembros se auxilién los unos a los otros, y obren independientemente de nuestra actividad cerebral:

Falcíferos memorant currus abscindere membra...  
Ut tremere in terra videatur ab artubus id quod  
Decidit abscissum; quum mens tamen atque hominis vis,  
Mobilitate mali, non quit sentire dolorem<sup>3</sup>.

Tenía mi pecho oprimido por la sangre coagulada; mis manos efectuaban movimientos por sí mismas, como acontece cuando el picor acomete alguna parte de nuestro cuerpo, que van derechas a él sin el dictamen de la voluntad. Vense muchos animales y hasta muchos hombres, que después de muertos mueven y contraen los músculos; por experiencia sabemos todos que algunas partes de nuestro individuo se ponen rígidas, se levantan y bajan por sí mismas. Así que estas pasiones que no nos tocan sino superficialmente no pueden en rigor llamarse nuestras; para que lo fueran precisería que todo nuestro individuo se hallara dominado por ellas; los dolores que mientras dormimos sienten el pie o la mano no pertenecen a nuestro individuo.

<sup>1</sup> Cumpro, dice Iris, la orden que recibí; arranco esta alma consagrada al dios de los infiernos y rompo sus cadenas mortales. VIRGILIO, *Eneida*, IV, 702.

<sup>2</sup> Los dedos medio muertos se agitan y recogen de nuevo la espada que les escapa. VIRGILIO, *Eneida*, X, 396.

<sup>3</sup> Cuéntase que en lo más recio del combate los carros armados de guadañas cortan los miembros con rapidez tal que se los ve palpitantes por tierra antes que el dolor de un golpe tan repentino haya podido llegar al alma. LUCRECIO, III, 642.

Como se acercara a mi casa, donde la alarma de mi caída había llegado ya, y mi familia me acogiera con los gritos acostumbrados en tales casos, no sólo contesté algunas palabras a las preguntas que se me hacían, sino que, a lo que supe después, di también orden de que procuraran un caballo a mi mujer, a quien veía en un lugar difícil de transitar, porque el camino era muy desigual y montuoso. Parece natural que este aviso emanara de un espíritu en estado de lucidez, y, sin embargo, el mío estaba muy lejos de disfrutarla: eran sólo las mías percepciones vagas y nebulosas sugeridas por los sentidos de la vista y el oído, pero no emanadas de mi alma. No sabía, por consiguiente, ni de dónde venía ni adónde iba, como tampoco podía reflexionar en las palabras que se me dirigían; mis respuestas no tenían otro origen que los efectos que producen los sentidos por hábito y costumbre; lo que el alma ponía era como en sueños, ligeramente tocada y como tenuemente movida por la débil impresión de los mismos sentidos. Sin embargo, mi situación era dulce y apacible, ninguna aflicción experimentaba por los demás ni por mí, era el en que me encontraba un estado de languidez y de debilidad extremas, sin ningún dolor. Vi mi casa sin reconocerla, y cuando me acostaron sentí una dulzura y reposo infinitos; pues había sufrido dolores horribles de manos de las pobres gentes que me condujeron en sus brazos por un camino largo y penoso, y cuatro o cinco veces se sustituyeron los unos a los otros, lo cual aumentó mi tortura. Presentáronme toda suerte de medicamentos, pero no acepté ninguno, seguro como estaba de tener una herida mortal en la cabeza. En verdad hubiera sido aquélla una muerte dichosa, pues la debilidad de mi razón imposibilitábame de juzgar y la del cuerpo de sentir; dejábame llevar tan dulce, blanda y gustosamente, que ni siquiera puedo formarme idea de un acto menos penoso de lo que aquél era. Cuando volví a la vida y recuperé mis fuerzas,

Ut tandem sensus convaluere mei<sup>1</sup>,

que fue dos o tres horas después, me sentí de pronto acometido por los dolores; tenía el cuerpo molido, y mi estado fue tal, durante las tres noches siguientes, que temí morir nuevamente, pero esta vez de una muerte más viva y dolorosa. Todavía me resiento de la sacudida. No quiero olvidar tampoco que la última cosa que pude tener presente fue el recuerdo de este accidente, de tal modo que hice que me refirieran muchas veces hasta las menores circunstancias: de dónde venía, adónde iba y la hora a que había ocurrido, antes de poder darme cuenta precisa del mismo. La causa de mi caída ocultábanmela en beneficio del que había sido culpable, forjándome mil historias. Mas cuando mi memoria se entreabrió, me representó clara y distintamente el estado en que me había encontrado en el momento en que el caballo vino sobre mí (pues yo lo había visto en mis talones y me tuve por muerto, idea que fue tan rápida, que no dejó tiempo para que el miedo me ganara); parecíame que fue un relámpago, cuya sacudida me hirió en el alma, y que yo volvía del otro mundo.

La relación de un suceso de tan escasa importancia sería casi insignificante si no tuviera por objeto la lección que me ha procurado; pues en verdad entiendo que para acostumbrarse a la muerte no hay cosa mejor que acercarse a ella; y como dice Plinio, cada cual puede procurarse a sí mismo una excelente disciplina como tenga la voluntad necesaria para estudiarse de cerca.

<sup>1</sup> Cuando por fin mis sentidos recobraron algún vigor. OVIDIO, *Trist.*, I, III, 314.

No traigo yo aquí a colación mis doctrinas, sino mi particular experiencia, y no debe censurarseme si la explano: lo que sirve para mi provecho, acaso pueda también servir para el de otros. Por lo demás, ningún perjuicio puede recibir con esta relación la experiencia ajena: expongo sólo la mía, así que, si yo hago el loco, es a mis expensas, sin perjuicio de ningún otro, pues es una locura sin consecuencias que muere en mí. No conocemos más que dos o tres filósofos antiguos que hayan hollado este camino, y como de ellos sabemos sólo los nombres, tampoco tenemos noticia de si lo hicieron de modo análogo al mío. Después nadie siguió sus huellas. Es una empresa más difícil de lo que parece el seguir una marcha tan insegura como la de nuestro espíritu, penetrar las profundidades opacas de sus repliegues internos, escoger y fijar tantos incidentes menudos y agitaciones distintas, al par que una ocupación nueva y extraordinaria que nos arranca de los quehaceres mundanos, e incontestablemente de los más graves. Hace ya algunos años que no tengo sino a mí mismo por objeto de mis reflexiones, que no examino ni estudio otra cosa que mi propia persona, y si a veces mis pensamientos y miras se dirigen a otro lugar, lo hago sólo por aplicarlo sobre mí o en mí, para provecho personal. Y no creo seguir un camino errado, si como se hace con las otras ciencias, sin ponderación menos útiles, comunico a los demás mis experiencias, aunque me encuentre muy poco satisfecho de mis progresos. Ninguna descripción comparable en dificultad ni en utilidad a la descripción de sí mismo, pues hay necesidad para ello de adornarse, metodizarse y ordenarse para comparecer ante el público; yo me adorno sin cesar, pues sin cesar me describo. La opinión general considera como vicioso el hablar de sí mismo por odio a la vanagloria que parece ir siempre unida a los propios testimonios: en vez de limpiar las narices al muchacho, esto se llama desnarizarle,

In vitium ducit culpæ fuga<sup>1</sup>.

Encuentro mayor mal que bien en este remedio. Mas aun cuando fuera cierto que necesariamente signifique presunción el hablar de sí mismo, no debo yo, siguiendo mi designio principal, rechazar la acción que acusa esa viciosa cualidad, puesto que ésta reside en mí, ni debo tampoco ocultar mi falta, en la cual no sólo incurro, sino que hago profesión de ella. Mas si he de expresar mi manera de ver, entiendo que es errónea la costumbre que condena el vino porque muchos se emborrachan; no puede abusarse sino de las cosas que son buenas, y creo que el precepto de no hablar de sí mismo a nadie debe aplicarse más que al vulgo. Son esas bridas para terneros, de las cuales no hubieron menester los santos a quienes oímos relatar menudamente las peripecias de sus almas, ni los filósofos ni los teólogos, ni yo tampoco, aun cuando no sea digno de que se me apliquen esos dictados. Y si no escriben constantemente de sí mismos no tienen inconveniente alguno en hacerlo cuando la ocasión se les ofrece. ¿De qué habla Sócrates más ampliamente que de él, ni adónde encamina la conversación de sus discípulos sino a platicar de sus respectivas personas? Y no de la lección de su libro, sino del ser y movimientos de sus almas. Los católicos abrimos la nuestra a Dios y a nuestro confesor como los protestantes a todo el mundo; pero declaramos sólo, se me repondrá, nuestros pecados. Nosotros lo exteriorizamos todo, pues hasta la misma virtud está sujeta a error y a arrepentimiento. Mi oficio y mi arte se encaminan a la vida; quien me prohíbe hablar conforme a mi sentir, experiencia y costum-

<sup>1</sup> Con frecuencia el temor de un mal nos conduce a otro peor. HORACIO, *Arte poética*, v. 31.

bres, ordene igualmente al arquitecto hablar de las construcciones, no según sus ideas, sino conforme a las del vecino; según la ciencia ajena, no conforme a la suya. Si no es más que pura vanagloria hacer público su mérito, ¿por qué no encomia Cicerón la elocuencia de Hortensio ni Hortensio la de Cicerón? Acaso quieren los que así opinan que yo testifique mis actos materialmente y no valiéndome de palabras. Yo reflejo principalmente mis pensamientos, materia informe que no puede menos de ser objeto de una labor difícil; gracias si me es dable a duras penas exteriorizarlos valiéndome de la voz, que es un cuerpo aéreo y sin consistencia. Hombres superiores a mí en virtud y en saber vivieron esquivando todo aparato exterior. Cuanto a las acciones de mi vida tienen mayor relación con la fortuna que conmigo mismo, dan testimonio del papel de aquélla y no del mío, a no ser de una manera conjetural e incierta; son muestras de una parte del individuo y no de la totalidad del mismo. Yo me presento a la manera de una pieza anatómica, en la que se ven las venas, los músculos, los tendones, cada órgano en su lugar: la tos producirá un efecto; la palidez o la palpitación del corazón otros distintos, aunque nunca de un modo afirmativo. No relato mis gestos, sino mi individuo y mi esencia.

Entiendo que es indispensable la prudencia en el juicio de sí mismo, y que se debe ser concienzudo en emitir testimonios, ya sea en elogio, ya en vituperio. Si me tuviera por bueno y por sabio, lo proclamaría a voces. Colocarse por bajo de lo que en realidad se es, téngolo por torpeza y no por modestia; empequeñecerse es cobardía y pusilanimidad, según Aristóteles; no hay virtud a que acompañe la falsedad, y la verdad jamás sirve de argumento al error. Proclamar de sí mismo más de lo que realmente se es no es siempre presunción, a veces es torpeza: complaciéndose en traspasar la medida de lo que se es, se cae en el indiscreto amor de sí mismo, el cual a mi manera de ver constituye el fundamento de ese vicio. El remedio supremo para curarlo es practicar precisamente lo contrario de lo que aquéllos ordenan, los cuales, al prohibir hablar de sí mismo, consiguientemente prohíben el pensar en sí mismo. El orgullo tiene su asiento en la mente; la lengua no puede tener de él sino una parte ligerísima.

Paréceles que en hablar de sí propio se experimenta complacencia; que observar y sondear su alma, es quererla con exceso; mas este exceso nace sólo en aquellos que se observan superficialmente, en los que se estudian después de los negocios, en los que llaman delirio y ociosidad al comunicar las propias sensaciones y al aplicarse en el perfeccionamiento, edificar castillos en el aire. Si hay alguien que con su ciencia se enorgullezca porque mira bajo su nivel, que convierta sus ojos por cima, hacia los siglos pasados, y se verá obligado a bajar humildemente la cabeza al encontrar tantos y tantos espíritus, a cuyos pies debe postrarse. Si es en valor en lo que alguien se cree grande, recuerde las vidas de Escipión y Epaminondas, las hazañas de tantos ejércitos y de tantos pueblos que de tan largo le aventajan. Ninguna circunstancia particular enorgullecerá a quien tenga siempre fijas en la memoria, además de su debilidad e imperfección, la miseria inherente a la humana naturaleza. Porque Sócrates puso en práctica seriamente el precepto de su dios familiar: "Conócete a ti mismo"; y por ese estudio llegó a menospreciarse, fue considerado como el solo digno de merecer el dictado de filósofo. Quien se conozca así puede valientemente y con arrojo pregonar su ciencia por su boca.

## CAPITULO VII

### DE LAS RECOMPENSAS DEL HONOR

LOS que escriben la vida de César Augusto cuentan que este emperador se mostró en materia de disciplina militar tan pródigo en dádivas para aquellos que las merecieron, como avaro en la concesión de recompensas puramente honoríficas. Augusto, sin embargo, había sido agraciado por su tío con todas las recompensas militares antes de que tomara parte en ninguna batalla. Es una invención, ingeniosa, y aceptada de buen grado en todos los países del mundo, la de establecer ciertos distintivos, sin valor material, para honrar y recompensar la virtud, como las coronas de laurel, de encina y de mirto; los uniformes, el privilegio de ir en coche por la ciudad o de salir por la noche alumbrado con antorchas; el sentarse en lugar preferente en las asambleas públicas; la prerrogativa que dispensan algunos títulos y sobrenombres; ciertos emblemas en los escudos de armas, y otras cosas análogas, cuyo empleo fue diversamente recibido según las costumbres de cada pueblo, y se mantiene todavía en vigencia.

Nosotros, como algunas naciones vecinas, contamos con las órdenes de caballería que para aquel fin fueron instituidas. Es una costumbre excelente, al par que provechosa, el encontrar medio de reconocer el valer de los hombres singulares en merecimientos, y contentarlos y satisfacerlos por medio de recompensas que no gravan el erario público, ni tampoco son costosas al príncipe. Es igualmente un hecho constantemente probado por la experiencia antigua, y que también en Francia hemos tenido ocasión de ver demostrado, que las personas de calidad codician mejor aquellas recompensas que las que encierran ganancia y provecho, y creo que para ello no les falta sólido fundamento. Si al premio, que debe ser simplemente honorífico, van unidas otras ventajas, como la riqueza, la promiscuidad, en lugar de aumentar la estima, la rebaja y disminuye. La orden de San Miguel, que durante tanto tiempo gozó de gran crédito entre nosotros, no tenía mayor ventaja que la de ser independiente de toda remuneración material; esto fue causa de que antes no hubiera cargo ni destino, cualesquiera que éstos fuesen, a que la nobleza aspirase con mayor ahínco que a esa orden, ni recompensa a que acompañaran respeto ni grandeza mayores, puesto que la virtud aspira y abraza de mejor grado a una recompensa puramente suya; antes busca la gloria que el provecho. Los otros dones no tienen un empleo tan digno, puesto que con ellos se retribuyen toda suerte de servicios: con las riquezas se pagan los buenos oficios de un criado, la diligencia de un mensajero, al bailarín, al acróbata, al que nos entretiene con su charla, y, en suma, los servicios más viles que se nos procuran: el vicio, la adulación, la alcahuetería, la traición. No es por tanto maravilla que la virtud acoja y desee menos la común moneda que la otra que le es propia y peculiar como más noble y generosa. Obraba con tino Augusto al escatimar los honores

y prodigar los dones, con tanta más razón cuanto que los primeros son un privilegio cuya esencia, lo mismo que la de la virtud, es la singularidad:

Cui malus est nemo, quis bonus esse potest<sup>1</sup>.

Para estimar la buena reputación de un hombre no se tiene en cuenta el que cuide de la educación de sus hijos, puesto que ese deber todos lo practican; por justa y recomendable que sea, es una acción común a todos los hombres; tampoco se hace mérito de un árbol gigantesco cuando se encuentra entre otros de las mismas proporciones. No creo que ningún espartano se vanagloriase de su valor, puesto que era común virtud en su nación, como tampoco de la fidelidad y desdén de las riquezas. Un mérito, por grande que sea, no puede ser objeto de recompensa cuando se convirtió en costumbre; y no sé qué motivos tendríamos para llamarlo grande estando al alcance de todas las fortunas.

Y pues que las recompensas del honor no tienen significación ni estima, sino porque son contadas las personas a quienes se conceden, el medio más presto de reducir las a la nada es otorgarlas con profusión. Aun cuando se encontraran mayor número de hombres que en las edades pasadas que merecieran la orden de que hablo, no habría por ello que tenerla en menor estima, pues fácilmente puede acontecer que haya muchos que la merezcan en lo porvenir, si se tiene en cuenta que ninguna otra virtud se propaga con mayor facilidad que el valor militar. Existe otra prenda más verdadera, perfecta y filosófica, de la cual no hablo (empleo la palabra virtud conforme a nuestro uso), mucho más grande que la militar y también más cabal, que es la fuerza y firmeza de alma con las cuales se desdeñan toda suerte de accidentes enemigos; igual, uniforme y constante, de la cual el valor en los combates no es más que un reflejo débil. La costumbre, el uso, las instituciones y los ejemplos lo pueden todo en lo tocante a la virtud, cuya esencia es el arrojo, y hasta pueden convertirla en vulgar, como se ve por la experiencia que nos dan de ella nuestras guerras civiles; y si en los momentos actuales fuera dable congregarnos a todos para acometer una empresa común, haríamos florecer de nuevo nuestra antigua fama militar. Bien es verdad que la recompensa de la orden no se aplicaba solamente al valor en tiempos pasados; sus miras eran más elevadas; y jamás se premió con ella al soldado valeroso, sino al capitán renombrado; la ciencia del obedecer no merece tan honrosa recompensa. Requeríase antiguamente para alcanzarla una experiencia profunda en el arte de la guerra, que abarcara todas las cualidades que deben acompañar a un combatiente experto, *neque enim eadem, militares et imperatorice, artes sunt*<sup>2</sup>, armonizadas además con la nobleza pertinente a tal dignidad. Digo, pues, que aun en el caso de que tuviéramos plétora de hombres de mérito, no por ello ha de distribuirse la orden con mayor liberalidad; hubiera sido mucho mejor no concedérsela a todos los que la merecían que desacreditarla para *in eternum*; a tal estado ha venido a parar una invención tan útil. No hay hombre de valor que intente siquiera vanagloriarse de lo que con los demás tiene de común, y hoy las gentes que fueron menos acreedoras a aquel galardón aparentan hacia él mayor desdén, para colocarse así a la altura de los que realmente lo merecieron.

El esperar con la supresión y anulamiento de ésta, establecer y acreditar

<sup>1</sup> Quien no juzgara a nadie malo tampoco creería a ninguno justo. MARCIAL, XII, 82.

<sup>2</sup> Porque los talentos del soldado y los del general son diferentes. TITO LIVIO, XXV, 19.

otra orden semejante, no es empresa adecuada para una época tan licenciosa y enfermiza como la en que al presente atravesamos; ocurrirá que la última<sup>1</sup> caerá en el descrédito que arruinó a la primera. Las reglas de la dispensación de esta nueva orden habrían de ser extremadamente rigurosas y severas para que tuviese alguna autoridad, y este tiempo tumultuoso en que vivimos es incapaz de medida y contención; por otra parte, antes de que la nueva orden llegara a alcanzar crédito sería preciso que se hubiera perdido la memoria de la otra, y del desdén con que actualmente se la considera.

No estarían aquí fuera de lugar algunas consideraciones sobre el valor guerrero, y la diferencia de ésta con las demás virtudes; mas como Plutarco habla de sobra del mismo asunto, creo inútil estampar aquí sus ideas. Es digno de notarse que nuestra nación otorga a la *valentía* el primer rango entre todos los méritos individuales, como lo indica bien su nombre, que se deriva de *valor*; y que conforme a nuestro uso, cuando decimos de un hombre que vale mucho o que es hombre de bien, al estilo de nuestra corte y de nuestra nobleza, no declaramos más sino que es un hombre valiente, de manera análoga a la costumbre de los romanos, entre los cuales *virtud* vale tanto como *fuerza*, según la etimología de la palabra. La forma propia, única y esencial de la nobleza en Francia, es la profesión militar. Verosímil es que la primera virtud que apareciera entre los hombres y que procurara ventajas a los unos sobre los otros fuese también el valor, por medio del cual los más fuertes y arrojados se hicieron dueños de los más débiles y alcanzaron reputación y rango señalados, de donde quizás la palabra haya venido a parar hasta nosotros; o también pudo ocurrir que aquellos pueblos, como eran guerreros por excelencia, concedieran el premio a la virtud que para ellos fuese más familiar y constituyera el más digno título; de la propia suerte que nuestra pasión y la solicitud febril con que apetece la castidad de las mujeres hace que una mujer buena, una mujer de bien y una mujer honrada y virtuosa, signifiquen tanto como decir una mujer casta, cual si para obligarlas a serlo concediéramos escasa importancia a todas las demás cualidades y les diéramos rienda suelta en la comisión de cualquiera otra falta, a condición de que en ellas permanezca la castidad.

<sup>1</sup> La orden del Espíritu Santo, instituida por Enrique III, en 1578.

## CAPITULO VIII

## DEL AMOR DE LOS PADRES A LOS HIJOS

A LA SEÑORA DE ESTISSAC<sup>1</sup>

SEÑORA: Si la novedad y la singularidad, que comúnmente avaloran las cosas en el mundo, no me sacan airoso de la necia empresa en que me he metido, no saldré muy honrado de mi tarea; mas como ésta es en el fondo tan estrafalaria, como se aparta tanto del uso recibido, me atrevo a esperar que aquellas circunstancias podrán acaso abrir camino a *Los Ensayos*. Una disposición de espíritu melancólica, enemiga por consiguiente de mi natural complejión, producida por las tristezas de la soledad en que voluntariamente vivo sumido hace algunos años, engendró en mi ánimo este capricho de escribir. Como quiera que me encontrase además enteramente desprovisto y vacío de toda otra materia, decidí presentarme a mí mismo como asunto y argumento de mi obra. Es el único libro de su especie que existe en el mundo en cuanto a haber sido escrito con un designio tan singular y extravagante, y en él nada hay digno de ser notado aparte de esas circunstancias anormales, pues en una cosa tan vana y sin valor, ni el obrero más hábil del universo hubiera salido de su empeño de una manera señalada. Ahora bien, señora, debiendo pintarme a lo vivo, habría olvidado un rasgo importante si no hubiera trascrito el honor que siempre concedí a vuestros méritos, y he querido consignarlo expresamente a la cabeza de este capítulo, porque entre otras hermosas cualidades de las muchas que os adornan, la del cariño que mostrasteis siempre a vuestros hijos figura en primera línea. Quien tenga noticia de la edad en que el señor de Estissac, vuestro esposo, os dejó viuda, de los grandes y honrosos partidos que os fueron ofrecidos, tantos como a la más excelsa dama de Francia de vuestra condición; de la firmeza y constancia con que habéis gobernado durante tantos años, en medio de dificultades penosas, la administración y cuidado de sus intereses, que os llevó por todos los rincones de Francia y aun hoy os tienen sujeta; del buen encaminamiento que les habéis impreso merced a vuestra sola prudencia o excelente fortuna, convendrá conmigo de buen grado en que no existe en nuestro tiempo modelo más cumplido de afectión maternal que el vuestro. Bendigo a Dios, señora, que consintió en que aquélla fuera tan preciosamente empleada, pues las buenas esperanzas que deja entrever el señor de Estissac, vuestro hijo, muestran elocuentemente que cuando sea hombre obtendréis de él reconocimiento y obediencia. Mas como a causa de su edad temprana no ha podido echar de ver los extremos e innumerables

<sup>1</sup> El hijo de esta dama acompañó a Montaigne en su viaje a Roma. "El Papa, dice nuestro autor, amonestó con cortés semblante al señor de Estissac al estudio y a la virtud." *Viajes*, t. I, p. 87, ed. de 1774.

cuidados que recibió de vuestros desvelos, quiero yo, por si estos escritos caen algún día en sus manos, cuando yo no tenga ni lengua ni palabra que lo pueda decir, que por conducto mío reciba el verídico testimonio de que ningún gentilhombre hubo en Francia que debiera más de lo que él debe a su madre, y que en lo porvenir no podrá dar prueba más relevante de su bondad ni de su virtud que reconociéndoseos como tal.

Si existe una ley verdaderamente natural, es decir, algún instinto que se vea universal y perpetuamente grabado así en los animales como en los hombres (lo cual no quiere decir que no pueda ser asunto de controversia), esa ley es a mi modo de ver la afectión que el que engendra profesa al engendrado, aparte de los cuidados que todos los animales procuran a su propia conservación, huyendo de lo que les perjudica, que va en primer lugar. La naturaleza misma parece habernos dictado aquella afectión para propagar la especie y hacer seguir su curso a esta máquina admirable, y no es peregrino si de los hijos a los padres el cariño decrece; junto además con esta otra consideración aristotélica, según la cual el que hace bien a alguien le quiere mejor que el que lo recibe; aquel a quien se debe mejor que el que debe, y todo obrero profesa mayor cariño a su obra que el que le profesaría ésta en el caso de que fuera capaz de sentimientos. Amamos la vida, el existir, y el existir consiste en movimiento y acción, por los cuales cada uno reside en algún modo en su obra. Quien ejecuta el bien ejerce una acción honrada y hermosa; quien lo recibe la ejerce sólo útil. Y como lo útil es mucho menos amable que lo honrado, puesto que lo segundo tiene un carácter de estabilidad y permanencia que procura al que lo hizo una gratitud constante, lo útil se pierde y escapa fácilmente, y su recuerdo no permanece en la memoria tan fresco ni tan dulce. Las cosas nos son más caras cuanto más nos costaron; el dar es de mayor precio que el recibir.

Puesto que al Hacedor supremo plugo dotarnos de alguna capacidad de razón a fin de que no estuviéramos como los animales, sujetos a las leyes comunes, sino que nos fue concedida la facultad de deliberar, debemos transigir algún tanto con la simple ley de la naturaleza, pero no dejarnos tiránicamente dominar por ella; la razón sola debe presidir al gobierno de nuestras inclinaciones. Las más (me refiero a las que se producen en el hombre instintivamente, sin el auxilio del juicio) están algo embotadas en lo tocante a este punto de que hablo: yo no puedo aprobar, por ejemplo, el cariño que se manifiesta a las criaturas apenas nacen, cuando no tienen ni movimiento en el alma ni forma precisa en el cuerpo, que contribuyan a hacerlas amables, ni tampoco he consentido de buen grado que se criaran junto a mí. La ordenada y verdadera afectión debería nacer e ir creciendo con el conocimiento que las criaturas por sí mismas nos mostrasen; entonces veríamos si son dignas de ella; la propensión natural acompañada de la razón haría que las amásemos con cariño paternal, y que si no lo son procediéramos en consecuencia, a pesar de la fuerza natural. Ordinariamente seguimos el camino contrario, y es muy frecuente que nos enternecemos ante los juegos y ñoñeces pueriles de nuestros hijos, y no nos interesemos en sus acciones cuando están ya formados, como si les hubiéramos profesado amor para nuestro pasatiempo y considerado como monas, no como hombres. Tal provee liberalmente de juguetes a la infancia, que escatima luego el gasto más ínfimo por útil que sea cuando los niños entran en la adolescencia. Diríase que la envidia que tenemos de verlos aparecer y gozar del mundo, cuando nosotros estamos ya a punto de abandonarlo, nos hace más económicos y avaros para con ellos; moléstanos que nos pisen los talones, como para invitarnos a salir. Si ese temor nos embarga,

puesto que el orden natural de las cosas exige que la gente nueva no puede existir ni vivir sino a expensas de nuestro ser y de nuestra vida, también deberíamos rehuir el ser padres.

Por lo que a mí toca, entiendo que es crueldad e injusticia el no hacerlos partícipes de nuestro trato y bienes de fortuna, y compañeros en el manejo de nuestros negocios domésticos cuando para ello son ya aptos, lo mismo que el no poner coto a nuestras comodidades para proveer a las suyas, puesto que a este fin los engendramos. Es injusto el ver que un padre viejo, cascado y medio muerto, disfrute solo, al calor del hogar, de los bienes que bastarían a la educación y a la vida de varios hijos, y que éstos se expongan mientras tanto, por falta de medios, a perder los mejores años sin prepararlos para el servicio del Estado ni instruirlos en el conocimiento de los hombres. Se les arroja así a la desesperación que acarrea el buscar algún camino, por extraviado que sea, con que subvenir a sus necesidades. Yo he visto algunos jóvenes de buenas casas tan dados al robo, que ninguna corrección bastaba a apartarlos de tal vicio. Uno conocía particularmente, bien emparentado, a quien por ruego de su hermano, honradísimo y valiente caballero, hablé una vez a fin de apartarle de tan abominable vicio, que me confesó y respondió redondamente que le había llevado a tal villanía el excesivo rigor y la avaricia de su padre, y que a la sazón estaba tan acostumbrado, que no podía modificarse; precisamente por aquella época acababa de sorprendérsele robando las sortijas de una dama, en cuya habitación se encontraba acompañado de muchos otros. Aquel joven me hizo recordar el cuento que había oído referir de un gentilhombre tan hecho al hermoso oficio de que hablo, desde su juventud, que llegada la época de la posesión de sus bienes, libre ya de no apoderarse de lo ajeno, no podía, sin embargo, contenerse, y cuando pasaba por una tienda donde hubiera algo que le conviniera, lo robaba, y luego restituía su valor. Otros vi tan habituados a la rapiña, que escamoteaban los objetos de sus propios compañeros con el propósito decidido de devolvérselos. Yo soy gascón, nada hay en que esté menos versado que en este vicio, que odio más por naturaleza de lo que por reflexión le acuso; jamás por deseo sería yo capaz de sustraer nada al prójimo. Mi país está en verdad algo más desacreditado en este punto que las demás comarcas de Francia; sin embargo, hemos visto en nuestro tiempo, y en distintas ocasiones, a hombres de buena familia en manos de la justicia, originarios de otras localidades, convictos y confesos de robos importantes. Sospecho que de tales costumbres deshonorosas es la causa la avaricia excesiva de los padres.

Y como justificación de la avaricia no se me diga lo que respondió en una ocasión un señor de recto juicio, el cual decía "que economizaba sus riquezas con el propósito exclusivo de hacerse honrar y querer de los suyos, pues como la edad le había quitado las demás armas, era el único remedio que le quedaba para mantener su autoridad en la familia y para evitar el venir a caer en el desdén de todo el mundo". No solamente la vejez, toda debilidad, según Aristóteles testimonia, es engendradora de avaricia. Es el remedio de una enfermedad cuya germinación debe evitarse. Miserable es el padre que retiene el cariño de sus hijos por la necesidad de ser socorridos en que éstos se encuentran, dado que tal afectación pueda llamarse cariño. Es preciso hacerse respetable por la virtud y merecimientos, amable por la bondad y dulzura en las costumbres; las mismas cenizas de un rico despojo tienen inestimable precio, y los huesos y reliquias de los grandes personajes los veneramos y reverenciamos. No hay ancianidad, por rancia y caduca que sea, para quien llegó con honor a su edad madura, más venerable todavía para sus propios hijos,

cuya alma precisa haber encaminado por la senda del deber con el auxilio de la razón, y no explotando la dura necesidad ni tampoco empleando la rudeza y la opresión:

Et errat longe, mea quidem sententia,  
Qui imperium credat esse gravius, aut stabilius,  
Vt quod fit, quam illud, quod amicitia adiungitur<sup>1</sup>.

Yo reniego de todo acto violento en la educación de un alma tierna que se destina al honor y a la libertad. Existe algo de servil en el rigor y en la violencia, y creo que lo que no se alcanza por medio de la razón, la prudencia y la habilidad, tampoco se consigue con la fuerza. "Así me educaron a mí", dicen los padres que emplean tan inhumanos procedimientos. He oído decir que durante toda mi primera edad no me azotaron mas que dos veces, y bien ligeramente. Tampoco yo he maltratado a los hijos que Dios me dio; verdad es que todos se me mueren antes de salir de los brazos de la nodriza; pero Leonor, la única que escapó a ese infortunio, cuenta ya más de seis años, y no se emplearon en su dirección, ni para el castigo de sus faltas infantiles sino palabras, y palabras dulces. La indulgencia de su madre coadyuva también a la suavidad; y aun cuando estos medios no produjeran los efectos apetecibles, existen otras causas a que poder achacar su ineficacia sin hacer reproche a mi disciplina, que creo natural y justa. Todavía más escrupulosamente hubiera seguido mi plan de haber tenido hijos varones, menos dóciles de suyo y de índole más desenvuelta; hubiérame complacido en fortificar su corazón en la ingenuidad y la franqueza. No sé que los castigos produzcan otro resultado que el de acobardar las almas y hacerlas maliciosamente testarudas.

¿Queremos ser amados por nuestros hijos? ¿Queremos que no deseen nuestra muerte (aunque la causa de tal deseo nunca pueda ser justa, ni siquiera excusable, *nullum scelus rationem habet*<sup>2</sup>)? Proveámoslos con tino de todo cuanto nosotros dispongamos. Para ello no debemos casarnos tan jóvenes que nuestra edad se confunda con la suya, pues este inconveniente acarrea muchas y grandes dificultades, en la nobleza principalmente, cuya existencia es ociosa por vivir de sus rentas, pues en los que no pertenecen a ella, en los que tienen que trabajar para vivir, la abundancia de hijos constituye un recurso para el hogar; son otros tantos útiles e instrumentos de riqueza.

Yo me casé a los treinta y tres años, y apruebo la opinión de los partidarios de los treinta y cinco, según pensaba Aristóteles. Platón recomienda que no se contraiga matrimonio antes de los treinta, pero procede cuerdamente al burlarse de los que se casan cumplidos ya los cincuenta y cinco, y condena de antemano la descendencia de los mismos al raquitismo y a la muerte. Tales señaló sus verdaderos límites, pues cuando joven respondió a su madre, que le metía prisa para que se casase: "Todavía no es tiempo", y llegado a los linderos de la vejez contestó que ya no era tiempo. Conviene rechazar la oportunidad a toda acción importuna. Los primitivos galos censuraban rudamente el que se hubiera practicado comercio con la mujer antes de los veinte años, y recomendaban, principalmente a los jóvenes que habían de consagrarse a la guerra, la conservación de su virginidad el mayor tiempo posible, porque el valor disminuye y se trueca en molicie con el ayuntamiento femenino:

<sup>1</sup> Es un error grave, a mi manera de ver, el pensar que la autoridad se fundamenta más por la fuerza que por la afección. TERENCEIO, *Adelfi*, acto I, esc. I, v. 40.

<sup>2</sup> Ningún crimen puede ser justificado por la razón. TITO LIVIO, XXVIII, 28.

Ma or congiunto a giovinetta sposa,  
E lieto omai de' figli, era invilito  
Ne gli affetti di padre e di marito <sup>1</sup>.

La historia griega nos muestra que Ico, tarentino, Criso, Astilo, Diopompo y algunos más, a fin de mantener sus cuerpos resistentes para la carrera de los juegos olímpicos y para la lucha, se privaron del acto venéreo mientras tomaron parte en aquellas fiestas. Mulacey, rey de Túnez, el que fue repuesto en su Estado por el emperador Carlos V, censuraba la memoria de su padre Mahomet por lo mucho que abusó de las mujeres, y le llamaba cobarde, afeminado y fabricante de criaturas. En cierto lugar de las Indias españolas no se consiente que los hombres se casen hasta pasados los cuarenta años, y, sin embargo, permiten a las muchachas que contraigan matrimonio a los diez. Un noble de treinta y cinco años no puede procurar un lugar en el mundo a su hijo cuando éste tiene veinte; el padre es quien se encuentra en edad de guerrear y frecuentar la corte de su príncipe; el que ha menester para sí lo que posee, y, si algo puede cederle, ha de ser de suerte que no se quede desnudo, que no se olvide de sus propios intereses para atender a los demás. Y procediendo en justicia, puede dar la respuesta que comúnmente tienen los padres en el borde de los labios: "Yo no quiero desnudarme antes de irme a acostar."

Mas un hombre agobiado por los años y los males, imposibilitado por su debilidad y falta de salud de frecuentar la sociedad, se perjudica a sí mismo y a los suyos, incubando inútilmente sus riquezas. Encuétrase ya, si es prudente, en estado de despojarse para irse a acostar; sin que para ello tenga necesidad de quitarse la camisa, puede guardar aún un traje de noche que le abrigue bien; el resto de los adornos, como ya nada puede hacer de ellos, debe ponerlos en manos de aquellos a quienes por ley natural deben pertenecer. Justo es que les deje en posesión de los bienes, pues que la misma naturaleza le priva de disfrutarlos; proceder de otro modo es obrar a impulsos de la malicia o de la envidia. La acción más hermosa que realizara el emperador Carlos V fue la de abandonar las pompas mundanales, a imitación de algunos hombres de su temple; este monarca supo reconocer que la razón nos ordena suficientemente el despojarnos, cuando nuestras vestiduras nos molestan, y entregarnos al descanso cuando nuestras piernas flaquean, y resignó en su hijo su grandeza y poderío al advertir que desfallecían sus ánimos y firmeza en el gobierno de los negocios, al sentirse incapaz de conservar la gloria que había conquistado:

Solve senescentem mature sanus equum, ne  
Peccet ad extremum ridentus, et ilia ducat <sup>2</sup>.

Este error de no reconocer a tiempo la propia flaqueza, de no sentir la impotencia y debilidad extremas que a la edad naturalmente acompañan y que afectan igualmente al cuerpo y al espíritu, acaso más al espíritu que al cuerpo, dio por tierra con la reputación de casi todos los grandes hombres del mundo. Yo he conocido y tratado íntimamente a personajes que supieron ganar autoridad y nombradía en sus buenos tiempos, y que luego en la decadencia las perdieron; por el lustre de su honor hubiera querido verlos retirados en sus casas, tranquilamente, libres de las ocupaciones públicas y guerreras que sus

<sup>1</sup> Unido a una esposa joven, gustaba la dicha de ser padre, y estos dulces sentimientos ablandaron su valor. TASSO, *Gerusal. liberata*, canto X, estancia 39.

<sup>2</sup> ¡Desdichado! Deja tranquilo tu caballo cuando su vejez sea llegada: fácilmente podría tropezar y dejarte tendido en la arena. HORACIO, *Epíst.*, I, 1, 8.

hombros no podían ya soportar. Frecuenté tiempo ha la residencia de un noble, viudo, de edad avanzada, aunque no llevaba mal el peso de los años, que tenía varias hijas casaderas y un hijo ya en edad de desempeñar su papel en el mundo. Esta circunstancia exigía gastos en la casa, al par que daba ocasión a las visitas de personas extrañas, cosas ambas que el viejo toleraba malamente, no sólo por amor a la economía, sino también porque su género de vida se apartaba del de la gente moza. Un día le dije, con algún desparpajo, como a veces he acostumbrado, que haría mucho mejor dejándonos lugar; que dejara a su hijo su casa principal, pues no tenía otra bien acondicionada, y que se retirase a una tierra vecina, donde su reposo no sería turbado por ninguna molestia, añadiendo que era el único medio de huir nuestras inevitables importunidades, a causa de la edad y calidad de sus hijos. Más tarde siguió mi consejo, y no le fue mal.

No quiere decir todo lo que precede que se les haga cesión de los bienes de una manera irrevocable y definitiva, y sin que nos quede el recurso de volver sobre nuestro acuerdo. Yo que me siento ya viejo les dejaría la posesión de mi casa y de mis bienes, pero reservándome el derecho de arrepentirme si me daban motivo para ello; dejaríales disfrutarlos, porque ya no me encontraría en el caso de hacerlo yo mismo, y del gobierno de los negocios en general reservaría la parte que mejor me acomodase. Siempre juzgué que constituye satisfacción grande para un padre ya viejo poner a sus hijos al corriente en el manejo de los quehaceres y poder en vida enmendar sus desaciertos, instruyéndolos y advirtiéndolos conforme a la experiencia que del contacto del mundo recibió al poner así él mismo el antiguo honor y orden de su casa en manos de sus sucesores, dándose cuenta con ello de las esperanzas que puede abrigar de los destinos de la misma en lo porvenir. Para lograr este fin no quisiera yo abandonar su compañía, quisiera, por el contrario, vigilarlos de cerca y disfrutar con arreglo a mi edad de sus regocijos y alegrías. Si no vivir entre ellos, cosa que no haría por no servir de estorbo a causa del mal humor de la edad y el inevitable séquito de las enfermedades, y al mismo tiempo por seguir el género de vida que conviene a la vejez, quisiera al menos vivir cerca de ellos en cualquier habitación de mi casa, y no precisamente en la más vistosa, sino en la que mayores comodidades reuniera. Pero no seguiría el ejemplo de un decano de San Hilario de Poitiers, conducido a soledad tan extrema por su humor melancólico, que cuando yo le vi en su celda, hacía veintidós años que no había dado un paso fuera de ella, a pesar de conservarse todavía ágil, salvo un reuma que tenía en el pecho; apenas si permitía que alguien le viese una vez a la semana, siempre cerraba por dentro la puerta de su cuarto, siempre permanecía solo, y únicamente un criado, que no hacía más que entrar y salir, servíale la comida una vez al día. Su ocupación consistía en dar vueltas por la jaula y en la lectura de algún libro, pues era un tanto aficionado a las letras; en tal situación quiso vivir y morir, lo que ocurrió poco tiempo después de haberlo yo conocido. Intentaría yo por medio de una conversación afectuosa alimentar en mis hijos una viva amistad y benevolencia, abierta y franca de mi parte, la cual se alcanza fácilmente de las almas bien nacidas, pues si se trata de bestias furiosas, como nuestro siglo produce copiosamente, preferible es odiarlas y huirlas como a tales.

Soy enemigo de la costumbre que prohíbe a los hijos llamar padre al que les dio el ser, para aplicarle otro nombre extraño, por considerarlo como más respetuoso, como si la naturaleza misma no coadyuvara de sobra a nuestra autoridad. Llamamos a Dios padre todopoderoso y desdenamos que nuestros hijos nos lo llamen. Yo he desechado esta costumbre en mi casa. Juzgo



también injusto e insensato privar de la familiaridad de los padres a los hijos que llegaron ya a la edad de la juventud, y el mostrar con ellos una tiesura desdeñosa y austera, esperando por ella inspirarles la obediencia y el temor. Es ésta una farsa inútilísima que hace a los padres insoportables a sus hijos y, lo que es peor todavía, ridículos. Tienen los segundos en su mano la juventud y la fuerza, y disponen, por consiguiente, del favor del mundo; burlan del semblante altivo y tiránico de un hombre que no tiene sangre en el corazón ni en las venas, convertido ya en auténtico espantapájaros. Aunque yo pudiera ser temido, preferiría mucho mejor ser amado; acompañan a la vejez defectos de tantas clases, es tan impotente, objeto tan apto para el desdén, que la mejor conquista que alcanzar pueda es el amor y el afecto de los suyos; el temor y la imperiosidad son armas inútiles en manos de los ancianos. Conocí uno, cuya juventud había sido arrogante y altiva, que al llegar a la vejez, aunque la pasaba sin dolencias, sacudía golpes, mordía y juraba como el dómine más insoportable; su vigilancia y cuidados no le dejaban vivir en calma ni un instante. Todo esto no es más que una bufonería, en la cual la familia misma colabora: del granero, de la despensa y hasta de su bolsa, otros disponen a su arbitrio, mientras él no abandona las llaves, que le son más caras que las niñas de sus ojos. Mientras él se conforma economizando las migajas de la mesa, todo es en su casa desorden y licencia, todos se burlan de su cólera y previsión vanas. Cada cual es un centinela contra él. Si por casualidad algún misero criado le trata con afecto, considéralo al punto como sospechoso, cualidad a que tan inclinada se muestra la vejez. ¡Cuántas veces le oí alabarse de la sujeción en que tenía a los suyos, de la puntual obediencia y de la reverencia en que todos le tenían! Nunca ví ceguedad semejante.

*Ille solus nescit omnia*<sup>1</sup>.

No sé de ningún otro hombre que realizara prodigios mayores, así naturales como estudiados, para conservar la soberanía en su vivienda, en la cual, a pesar de tantos esfuerzos considerábanle como a una criatura. Como el caso más ejemplar que conocí lo cito. Podría dar materia para una controversia escolástica si es conveniente proceder así o de manera distinta. Todo cede ante su presencia, déjase libre curso a su autoridad, jamás se la hace frente. Se le cree, se le teme, se le respeta a su sabor. ¿Despide a un criado? Al punto arregla éste su maleta y desaparece, pero sólo de delante de su presencia: los pasos de la vejez son tan lentos, los sentidos tan turbios, que el criado vivirá y servirá en la propia casa un año entero sin que el anciano lo advierta. Y cuando la ocasión se cree favorable simúlense cartas suplicantes, llenas de propósitos de la enmienda, por las cuales se congracia de nuevo al fámulo con el amo. ¿Hace el señor algún encargo u operación que no es del gusto de los demás? Se la desecha inventando al momento para este fin mil argumentos con que excusar la falta de ejecución o de respuesta. Como ninguna carta llega directamente a sus manos, no lee sino aquellas que los otros quieren. Si por casualidad ve alguna sin consentimiento ajeno, como acostumbra a hacerse las leer en seguida, se encuentra quien fantasee de lo lindo, y un papel injurioso se convierte con la farsa en epístola suplicatoria. En suma, de su casa todas las cosas se ofrecen a sus ojos con una imagen satisfactoria, arreglada de antemano, para no despertar su cólera y mal humor. He visto muchos ho-

<sup>1</sup> Sólo él ignora todo cuanto en su casa ocurre. TERENCIO, *Adelji*, acto IV, esc. II, vers. 9.

gares semejantes en los cuales las economías eran igualmente imaginarias que en éste.

Las mujeres propenden naturalmente a contrariar la voluntad de sus maridos y aprovechan con avidez cuantas ocasiones se les ofrecen para hacerles la guerra; la excusa más insignificante sirve de justificación a su conducta. Conocí una que robaba al suyo en gordo, so pretexto, según declaraba a su confesor, de que sus limosnas fueran más importantes. ¡Fiaos en tan religiosa excusa! Ninguna orden les parece envolver la autoridad requerible si procede de la autoridad del marido; es preciso que ellas la usurpen, con buenos o malos modos, y siempre ofensivamente, para comunicarla el debido peso. Si, como en el caso de que hablé antes, se trata de un pobre viejo con varios hijos, las mujeres empuñan el cetro y satisfacen su pasión gloriosamente, y como de una común servidumbre arman cábalas con facilidad suma contra la dominación y gobierno del anciano. Si son varones ya mozuelos sobornan fácilmente por los favores o la fuerza al mayordomo, al administrador y a toda la turba de criados. Los que no tienen mujer ni hijos no están expuestos a estas calamidades, pero en cambio caen en otras más grandes. Catón el antiguo, decía ya de las costumbres de su tiempo: "Tantos criados, tantos enemigos." Con este dicho es lícito probar dadas las ventajas que aquel siglo llevaba al nuestro en pureza de costumbres, que Catón quiso decirnos: "Mujer, hijos y criados, todos son nuestros enemigos." Propio es de la decrepitud el proveernos de los beneficios gratos de inadvertencia, ignorancia y facilidad en dejarnos llevar al engaño. ¡Qué sería de nosotros si nos quejáramos, en estos tiempos en que los jueces que habrían de decidir de nuestras querellas están casi siempre de parte de la juventud e interesados en su predominio! En caso de que yo no advierta tales arterias domésticas, al menos no se me oculta que puedo ser engañado. ¿Podrá nunca encarecerse bastante la superioridad de un amigo comparado a todas estas uniones civiles? Hasta la imagen que veo en la sociedad de los animales, tan religiosa y tan pura, me inspira mayor respeto. Si los demás me engañan, al menos no me engaño yo mismo, ni me forjo la ilusión de creerme tan fuerte que me pueda guardar de las redes que se me tiendan, ni me devano los sesos para alcanzar ese privilegio; para consolarme de tales traiciones encuentro recursos en mi propio ánimo, y lejos de inquietarme ni de atormentarme me hacen más fuerte. Cuando me refieren las desdichas domésticas de alguna persona no me detengo en hacer consideraciones sobre el caso, convierto al punto la vista a mi situación para ver cuál es el estado en que se encuentra; todo lo que acontece al prójimo tiene relación conmigo, la peripecia me sirve de advertencia y me ilumina en cuanto se relaciona particularmente con mis cosas. Todos los días y a todas horas decimos de otro lo que con mayor razón debiéramos declarar de nosotros mismos, si supiéramos replegarnos y generalizar nuestras observaciones. De esta manera son muchos los autores que perjudican el interés de su propia causa argumentando temerariamente contra los que atacan y censuran, y lanzando dardos a sus enemigos que con mayor razón debieran ellos recibir.

El difunto mariscal de Montluc, que perdió su hijo, bravo gentilhomme que dejaba entrever grandes esperanzas, en la isla de la Madera, colocaba en primer término entre sus demás pesares, así me lo confesó, el dolor inmenso que desgarraba su pecho por no haber tenido nunca familiaridad con él, y por esa falsa dignidad paternal haber perdido el placer de disfrutar de la afición filial. "Aquel pobre muchacho, decía, jamás vio en mí sino un continente frío, lleno de desdén, y ha muerto creyendo que no he sabido ni amarle ni estimarle según sus méritos. ¿Para qué oculté yo la afición singular que le guar-

daba mi alma? ¿No era él quien debía gozar enteramente de mi cariño? Me forcé y violenté para mantener el artificio, y perdí hasta el placer de su conversación y de su amistad, pues la suya para mí debió ser bien fría e indiferente, puesto que jamás vio en su padre otra cosa que rudeza y trato tiránicos." Creo que estos lamentos son justificados, pues conozco por experiencia que ningún consuelo hay más dulce en la pérdida de nuestros amigos que el recuerdo de una espontaneidad abierta y de una comunicación cabal. ¡Oh amigo mío!<sup>1</sup> ¿Valgo yo más por conservar la memoria de nuestra comunicación, o valgo menos? En verdad, valgo mucho más. Tu sentimiento me consuela y me honra, y es una grata y piadosa ocupación de mi vida enaltecerlo eternamente. ¿Hay algún placer que pueda equipararse con esta privación?

Yo soy con los míos tan abierto y franco como puedo, y les significo muy de mi grado cuál es mi voluntad y mi opinión para con todos, en general y particularmente, pues no quiero que se engañen en punto a mis sentimientos. Entre las costumbres peculiares de los antiguos galos, según Julio César, la siguiente estaba muy en boga: los hijos no se presentaban ante sus padres, ni privada ni públicamente, sino a la edad en que eran aptos para el ejercicio de las armas, como si con ello hubieran querido dar a entender que sólo aquella era la época en que el padre debía acogerlos en su familiaridad y compañía.

He tenido también ocasión de notar otro mal proceder en algunos padres, quienes, no contentos con haber privado a sus hijos durante su larga vida de la parte que legítimamente debieron haber recibido en su fortuna, dejan al morir encomendada a sus mujeres la misma autoridad sobre todos los bienes, y poder para disponer a su arbitrio. Conocí a un señor que ejerció un cargo elevado cerca de nuestros reyes, a quien aguardaba una herencia de más de cincuenta mil escudos anuales, que murió pobre y acribillado de deudas a la edad de cincuenta años; su madre, ya en los de la decrepitud, gozaba aún de todos sus bienes por expresa voluntad del padre, quien por su parte vivió cerca de ochenta años; semejante conducta me parece absolutamente irrazonable. Por lo mismo creo poco favorable para un hombre, cuyo estado de fortuna le procura lo suficiente para vivir, el buscar una mujer que le lleve una buena dote al matrimonio; no hay ninguna otra deuda que acarree más trastornos al hogar; mis predecesores practicaron acertadamente esta regla y yo también. Sin embargo, los que nos apartan de las mujeres ricas por temor de que sean altaneras y dominantes, no proceden a derechas, puesto que hacen perder una ventaja real y tangible por temor a una conjetura frívola. Una mujer caprichosa, desprovista de sensatez, procede siempre a su antojo con fortuna o sin ella; tales mujeres gustan sus propios errores y se complacen en lo que es injusto, como las buenas en el honor que sus acciones virtuosas las procuran; y las buenas prendas de éstas corren parejas con la riqueza, del mismo modo que son más castas sin traba alguna las más hermosas.

Es prudente encomendar la administración de los intereses a las madres, mientras los hijos están aún en la menor edad, según las leyes ordenan, para el buen manejo de las rentas; pero no recibieron buena educación del padre cuando éste teme que, llegados a la mayor edad, no tengan mayor prudencia y capacidad que su mujer, vista la común debilidad del sexo femenino. Sería, sin embargo, ir en contra de las leyes naturales el que las madres dependieran de la voluntad de los hijos. Debe facilitárselas cuanto necesiten para mantener su rango según la edad y la categoría de su casa, con tanta más razón cuanto que la necesidad y la indigencia sientan peor y son menos soportables a las

<sup>1</sup> Montaigne alude en este pasaje a Esteban de La Boétie.

hembras que a los varones; preferible es que las sufran los hijos mejor que la madre.

En general, la distribución más acertada de nuestros bienes al morir, es la de seguir la costumbre del país en que nacimos; las leyes son más prudentes que nosotros, y es preferible consentir en que nos engañen con sus prescripciones a engañarnos nosotros mismos con las nuestras. Los bienes que poseemos no nos pertenecen en realidad, puesto que por virtud de las leyes, sin anuencia nuestra, se destinan a los que nos suceden en la vida. Y aunque de ellos podemos disponer en algún modo, entiendo que precisa una causa poderosa e incontrovertible para que desposeamos a una persona de lo que la fortuna la había destinado, y a cuya posesión de justicia tenía derecho, como creo también que constituye un abuso y una sinrazón contra aquella libertad el serviros de nuestros caprichos y humor versátil. Mi suerte hizo que no se me presentara ocasión ninguna que me inclinara a desviar mi afición de las personas a quienes legítimamente debía aplicarla, pero veo muchas gentes a quienes es tiempo perdido profesar afición constante: una sola palabra torcidamente interpretada borra las buenas obras realizadas durante diez años consecutivos. ¡Feliz el que acude a punto de ofrecerles su voluntad en el último tránsito! La última acción es la vencedora, no las mejores ni las más asiduas; las más frescas, las más urgentes, son las que producen efecto. Son los que a este tenor proceden gentes que juegan con sus testamentos, como si se tratara de dulces o palos, con que gratificar o castigar las acciones de las personas que los rodean. Un testamento es cosa de gravedad y trascendencia para ser así modificado a cada momento, y las personas sensatas fijan su voluntad de un modo definitivo sin que las muevan otras miras que la razón y la pública observancia. Tomamos demasiado a pechos la cuestión de hacer recaer la herencia en los varones, prometiéndonos con ello dar a nuestros nombres una eternidad ridícula, y pensamos también demasiado las conjeturas vanas de porvenir que nos muestra el espíritu de la infancia. Quién sabe si mis padres hubieran procedido con injusticia notoria relegándome a mis demás hermanos por haber sido el menos despejado de todos, el más romo en mi infancia, así en los ejercicios corporales como en los intelectuales. Es una locura confiar demasiado en el testimonio que pueda deducirse de tales adivinaciones; de cien veces nos engañamos, noventa. Si alguna excepción existe en esta regla, si puede influir en las disposiciones de nuestra voluntad para con nuestros herederos, solamente es en el caso de alguna deformidad física, defecto constante, incorregible y que acarrea perjuicios graves según los apreciadores de la belleza.

El ingenioso diálogo del legislador de Platón con sus conciudadanos corroborará las ideas enunciadas. "¿Cómo, pues, dicen los testadores, al ver que nuestro fin se acerca, no hemos de disponer conforme nos plazca de lo que nos pertenece? ¡Oh dioses!, qué crueldad, el que no nos sea lícito, según que los nuestros nos hayan asistido en nuestras enfermedades, en nuestra vejez, en nuestros negocios, premiarles mejor o peor, conforme a nuestro buen entender." A esto el legislador responde de esta suerte: "Amigos míos, cuya vida va sin duda a abandonarnos, es igualmente difícil el que os conozcáis y el que conozcáis lo que os pertenece, según la doctrina de la inscripción délfica. Yo, que hago las leyes, entiendo que ni vosotros os pertenecéis, ni tampoco son vuestros los bienes que gozáis. De vuestra familia son vuestros bienes y vuestras personas, así de la pasada como de la venidera, pero más todavía al pueblo pertenecen vuestra familia y los bienes de que habéis gozado. Por eso, temiendo que algún adúlador, cuando estéis enfermos o seáis caducos, o alguna

pasión os conduzca a testar injustamente, os guardaré de ello; teniendo presente siempre el interés general de la ciudad y de vuestra casa; dictaré leyes y estableceré como principio fundamental que las ventajas particulares deben subordinarse a las públicas. Idos sin contrariedad, dulcemente, allí donde el destino común os llama. A mí, que considero las cosas imparcialmente, que cuanto me es dable me preocupo del interés de todos, corresponde el disponer de lo que dejáis."

Y volviendo a mi tema, entiendo de una manera indudable que son contadísimas las mujeres a quienes la sumisión, salvo la maternal y natural, sea legítimamente debida; sólo los temperamentos débiles, los que son incapaces de poner un dique a la fiebre amorosa, se someten por su mal voluntariamente a ellas; pero esto nada tiene que ver con las viejas, de que aquí se habla. Por esta razón se formuló, y está en vigor, la ley moderna, que priva con estricta justicia a las mujeres de la sucesión regia; la fortuna dio mayor crédito a esta ley en unas naciones que en otras. Es peligroso encomendar a su albedrío la distribución de los bienes entre los hijos que prefieran, pues la conducta obedecerá siempre al capricho y al antojo; la inclinación desordenada y gusto enfermizo que las domina en la época del embarazo, llévanlos en todo tiempo impresos en el alma. Generalmente se las ve profesar mayor cariño a los más entecos o a los más tontos, o a los que no se desprendieron todavía de sus brazos; como carecen de reflexión suficiente para distinguir y preferir los de valer mayor, se dejan llevar donde sus inclinaciones naturales las guían, como los animales, que sólo reconocen a sus hijos durante el tiempo en que los amamantan. Por lo demás, la experiencia diaria nos enseña que esa afeción natural a que damos tanta importancia, tiene las raíces bien débiles; por un provecho insignificante arrancamos los propios hijos de entre los brazos de sus madres para que críen a los nuestros, y hacemos que encomienden los suyos a alguna nodriza raquitica, en quien nosotros no quisimos confiar, o a una cabra; y las prohibimos, no sólo que amamanten a sus pequeñuelos, sea cual fuere el mal que pueda sobrevenirles, sino también el que les consagren ningún cuidado, para que se empleen con mayor esmero al servicio de los nuestros; y se ve que la mayor parte de esas mujeres adquieren muy luego, por el contacto, una afeción bastarda, más vehemente que la natural, hacia su cría; en una palabra, dedican solicitud más grande a los hijos prestados que a los suyos propios. Lo que digo de las cabras es el pan nuestro de cada día; alrededor de mi casa se ven muchas aldeanas que, cuando no pueden dar el pecho a sus hijos, llaman a las cabras en su socorro; dos lacayos me sirven ahora que sólo ocho días recibieron el pecho de sus madres. Las cabras se habitúan en seguida a dar de mamar a las criaturas, las reconocen cuando lloran, y van hacia donde se encuentran. Si se las presenta otro niño que no es el que amamantan, lo rechazan, y el niño hace lo propio cuando le cambian de animal. Días pasados vi uno a quien privaron de la suya, porque su padre la había pedido prestada a un vecino; el niño no pudo acostumbrarse a otra que le presentaron, y la pobre criaturita murió de hambre. Los animales corrompen y bastardean sus afecciones naturales con la misma facilidad que el hombre. Cuenta Heródoto, y no sé hasta qué punto pueda otorgársele crédito, que en cierta región de Libia en que los hombres y las mujeres se unen indistintamente, que los niños de corta edad van derechos al padre aunque esté en medio de la multitud, empujados por el instinto. A veces, sin embargo, creo que deben equivocarse.

Ahora bien, si consideramos esta simple circunstancia de amar a nuestros hijos por haberlos engendrado, lo cual hace que los conceptuemos como seres

idénticos a nosotros mismos, debemos reparar en que hay otras cosas que proceden también de nuestro individuo, y que no son menos dignas de ser amadas, pues lo que nuestra alma engendra, los partos de nuestro espíritu, las obras de nuestro valer y capacidad, tienen un origen más noble que el corporal y nos pertenecen más en absoluto, porque en ellas somos a la vez el padre y la madre juntos. Estos hijos nos cuestan mucho más caros y nos procuran mayor honor cuando incluyen alguna buena prenda. El valor de los otros es mucho más suyo que nuestro; la parte que en él tenemos es bien insignificante, mientras que toda la belleza, toda la gracia y todo el valer de aquéllos es enteramente nuestro; así que, nos representan y se nos asemejan más vivamente que los hijos de carne y hueso. Dice Platón que son hijos imperecederos que inmortalizan a sus padres y a veces los deifican como sucedió a Licurgo, Solón y Minos. Como las historias están llenas de ejemplos de la afeción de estos padres por sus hijos, me ha parecido oportuno traer aquí algunos a cuento. Heliodoro, obispo de Triccala, prefirió perder la dignidad, devoción y provecho de un cargo tan venerable, antes que consentir en abandonar a su hija, que vive todavía y se mantiene rozagante, aunque quizás demasiado acicalada, adornada y enamorada para descender de un sacerdote. En Roma hubo un Labieno, personaje de valer y autoridad grandes, que entre otras cualidades reunía la de ser un excelente escritor en toda suerte de literatura; era, si no recuerdo mal, hijo de aquel gran Labieno, primero de los capitanes que pelearon bajo las órdenes de César en la guerra de las Galias, y que luego pasó al partido del gran Pompeyo, en el cual se condujo valerosamente hasta que César le derrotó en España. Tuvo el Labieno de que aquí hablo muchos envidiosos de su virtud, y, como es natural, los cortesanos y favoritos de los emperadores de su tiempo fueron sus enemigos por el odio a la tiranía que de su padre había heredado, y del cual sin duda estaban impregnados sus escritos y sus libros. Persiguiéronle sus adversarios ante la magistratura de Roma y consiguieron que algunas de sus obras fueran condenadas al fuego. Con Labieno comenzaron a destruirse en Roma los engendros, libros y desvelos, de los grandes hombres; después se exterminaron muchos otros. Era, por lo visto, demasiado reducido el campo donde ejercemos nuestra crueldad, y necesitábamos llevar a él hasta las cosas que la naturaleza eximió de todo dolor y sufrimiento, como las invenciones de nuestro espíritu; teníamos necesidad de infiltrar los males corporales a la disciplina y a los monumentos de las musas. Labieno no pudo sufrir la destrucción de sus obras ni sobrevivir a la pérdida de las hijas a quienes había dado vida, y se hizo conducir y encerrar vivo en el monumento funerario de sus antepasados, donde encontró la muerte y juntamente la sepultura.

Es difícil hallar ninguna otra pasión paternal que iguale a ésta en vehemencia. Casio Severo, hombre elocuentísimo, amigo de Labieno, al ver quemados sus libros, exclamó que por igual sentencia debían condenarle a él a ser abrasado vivo, porque guardaba y conservaba en su memoria lo que sus obras contenían. Análogo accidente aconteció a Cremacio Cordo, que fue acusado de haber alabado en sus escritos a Bruto y Casio; aquel Senado perverso, servil y corrompido, digno de un monarca peor que Tiberio, condenó al fuego sus obras. Cremacio se sintió contento partiendo en compañía de ellas, y se dejó morir de hambre. El buen Lucano, condenado a muerte por el malvado Nerón, hallándose en los últimos instantes de su vida, no quedándole ya ni sangre, pues casi toda había salido por las venas de sus brazos, que se hizo abrir por su médico para morir, y viendo que la frialdad ganaba ya las extremidades de sus miembros e iba acercándose a las partes vitales, el último

recuerdo que conservó su memoria fueron algunos versos de su poema *La Farsalia*; cerró los ojos mientras sus labios recitaban sus cadenciosas estancias. Era aquélla una tierna y paternal despedida que tributaba a sus hijos, a semejanza de los adioses y oprimidos abrazos que damos a los nuestros cuando abandonamos el mundo, al par que el resultado de la natural inclinación que trae a nuestro recuerdo en la hora suprema las cosas que nos fueron más caras durante nuestra vida.

¿Pensamos acaso que Epicuro al morir atormentado por los horribles dolores de un cólico, y que, según refiere, abandonaba el mundo con el consuelo que le procuraba la hermosa doctrina que predicó, hubiera recibido igual contento en el caso de haber dejado buen número de hijos bien nacidos y educados?, ¿y que si de él hubiera dependido la elección entre dejar un hijo contrahecho y mal nacido o un libro insignificante, no habría optado por lo segundo? Y no solamente Epicuro, cualquier hombre de su valer hubiese preferido el mal segundo al primero. Acaso sea impiedad suponer que san Agustín, por ejemplo, habría preferido la pérdida de sus hijos, de haberlos tenido, a la de sus obras, de las cuales nuestra religión recibe tan gran provecho. Yo no sé si hubiera preferido mucho más engendrar uno lleno de gallardía, fruto de la unión con las musas, que otro nacido del contacto con mi mujer. A este libro, tal cual es, todo cuanto le consagro lo hago pura e irrevocablemente, cual si se tratara de una criatura de carne y hueso. El poco bien que de mí ha recibido no está a mi disposición: puede saber muchas cosas que yo he olvidado y haber acogido de mi pluma lo que yo no retengo, de tal suerte que para conocerlo tuviere que recurrir a él como cualquiera persona extraña; si yo soy más prudente que mi libro, éste es más rico que yo. Pocos hombres hubo consagrados a la poesía que no se glorificaran más de haber engendrado la *Eneida* que el joven más hermoso de Roma, y que no experimentaran menos duelo perdiendo lo segundo que lo primero, pues según Aristóteles, el poeta es entre todos los obreros el más enamorado de su obra. Difícil es suponer que Epaminondas, que se alababa de haber dejado por toda descendencia dos hijas que honrarían un día la memoria de su padre (hablaba de las dos nobles victorias que ganara a los lacedemonios), hubiera consentido en trocarlas por las más lindas doncellas de toda la Grecia; y también que Alejandro y César desearan jamás verse privados de la grandeza de sus gloriosas acciones guerreras por el deseo de tener hijos y herederos, por perfectos y cumplidos que hubieran sido. Dudo también que Fidias, u otro escultor excelente, prefirieran tanto la conservación de los suyos, como la de una genial imagen engendrada a costa de labor ruda y conforme a las reglas del arte. Y en cuanto a esas pasiones extraviadas y furiosas que alguna vez arrastraron a los padres al amor de sus hijas y a las madres al de sus hijos, vense igualmente en la paternidad intelectual. Pruébalo lo que se cuenta de Pigmalión, quien habiendo modelado una estatua de mujer de belleza singular, enamoróse tan perdidamente de su obra que fue preciso para calmar su rabia que los dioses la dieran vida:

Tentatum mollescit ebur, positoque rigore  
Subsidit digitis<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Toca el marfil, y el marfil abandonando su dureza natural se ablanda y cede bajo la presión de sus dedos. OVIDIO, *Metamorfosis*, X, 283.

## CAPITULO IX

### DE LAS ARMAS DE LOS PARTOS

CONSIDERO como una costumbre viciosa y afeminada el que la nobleza de nuestra época no se decida a tomar las armas sino cuando a ello la obliga una necesidad extrema, y el que las deponga tan pronto como el peligro dé alguna muestra de desaparecer, por ligera que sea. Nacen de aquí varios inconvenientes y desórdenes; cada cual grita y corre a buscar las armas en el momento mismo de la batalla, y mientras unos se ocupan en sujetarse la coraza, sus compañeros están ya derrotados. Nuestros padres daban a guardar sólo su celada, sus guantes y su lanza, pero no abandonaban el resto de su equipo mientras la guerra no era concluida. Hoy en nuestras tropas reinan el desorden y la desorganización por la confusión de los bagajes y por los criados, que no pueden apartarse de sus amos, de quienes cuidan las armas. Tito Livio, hablando de nuestras antiguas tropas, dice: *Intolerantissima laboris corpora vix arma humeris gerebant*<sup>1</sup>. Muchas naciones van todavía a la guerra, e iban también en lo antiguo, sin ninguna armadura, o se resguardaban sólo con defensas insignificantes.

Tegmina queis capitum, raptus de subere cortex<sup>2</sup>.

Alejandro, el capitán más arrojado que hayan visto los siglos, casi nunca usó de armaduras en los combates. Los que entre nosotros las desdennan no ponen con ello su vida en grave riesgo, pues si hay quien muere por hallarse desprovisto de arnés, no es menor el número de aquellos a quienes perdió el embarazo de las armas, al hallarse imposibilitados de movimiento bajo el peso de la coraza. En verdad, al ver el espesor de las nuestras y su peso, diríase que en ellas no buscamos sino la defensa; la opresión es mucho mayor que el resguardo que nos procuran. Sólo con soportar tal cargamento tenemos labor sobrada para el empleo de todas nuestras fuerzas, cual si el combate quedara reducido al choque de las armaduras, y como si no tuviéramos la misma obligación de defenderlas que ellas de defendernos a nosotros. Tácito pinta con tonos burlescos a los guerreros galos, quienes iban armados de tal suerte que sólo podían sostenerse, pues no había medio de que atacaran ni de que fueran atacados, ni tampoco podían levantarse cuando se les derribaba. Viendo Luculo a los soldados medas, que formaban la vanguardia del ejército de Tigranes, agobiados bajo el peso de los arneses, y careciendo por tanto de desenvoltura, encerrados como estaban en una prisión de hierro, juzgó por ello que

<sup>1</sup> Incapaces de resistir la fatiga, costábales trabajo soportar el peso de las armas. TITO LIVIO, XXVII, 28.

<sup>2</sup> Hacían sus cascos con la blanda corteza del alcornoque. VIRGILIO, *Eneida*, VII, 742.

los derrotaría sin dificultad, y, en efecto, por ellos comenzó el ataque, que fue el principio de la victoria. Al presente que los mosqueteros preponderan, me parece que se hallará a mano algún invento con que emparedarnos para librarnos de sus disparos, e iremos a la guerra embutidos en baluartes, semejantes a los que los antiguos hacían llevar a sus elefantes.

Esta manera de combatir se aparta bastante del procedimiento que practicaba Escipión el joven, el cual censura duramente a sus soldados por haber esparcido trampas bajo el agua, en el lugar del foso por donde los moradores de una ciudad que sitiaba podían salirles al encuentro; decíales que los sitiadores debía preocuparse de atacar, no de temer, y suponía razonablemente que tal precaución podía adormecer su vigilancia para resguardarse. A un soldado romano que hacía ostentación de la hermosura y solidez de su escudo, díjole: "En efecto, es hermoso, pero el soldado romano debe tener mayor confianza en la mano derecha que en la izquierda."

La costumbre de no llevar puestas las armaduras constantemente hace que no podamos soportar su peso:

L'usbergo in dosso aveano, e l'elmo in testa,  
 Due di quesli guerrier, dei quali io canto;  
 Nè notte o dì, dopo ch'entraro in questa  
 Stanza, gli aveano mai messi da canto;  
 Chè facile a portar come la vesta  
 Era lor, perchè in uso l'avean tanto <sup>1</sup>.

El emperador Caracalla marchaba a pie, armado de todas armas, al frente de sus tropas. La infantería romana llevaba no sólo el morrión, la espada y el escudo (según Cicerón, estaba tan habituada a llevar las armas, que éstas la molestaban tan poco como las piernas y los brazos), *arma enim, membra militis esse dicunt*<sup>2</sup>, sino también los víveres de que había menester para pasar quince días, y cierto número de estacas para construir las fortificaciones, hasta sesenta libras de peso. Los soldados de Mario, así cargados, iban al combate y eran capaces de recorrer cinco leguas en cinco horas, o seis cuando estaban de prisa. Su disciplina militar era mucho más ruda que la nuestra, así que los resultados eran también mejores. Escipión el joven, al reformar el ejército que operaba en España, ordenó a sus soldados que no comieran sino de pie y nada cocido. A propósito de lo aguerrido de los antiguos ejércitos merece citarse el rasgo siguiente: encontrándose en campaña, un soldado lacedemonio fue censurado por haberle visto bajo cubierto en una casa. Estaban tan hechos a la fatiga que era vergonzoso encontrarlos bajo otro techo que no fuera el del firmamento, sea cual fuese el tiempo que hiciera. Nuestros soldados serían incapaces de soportar tales pruebas.

Amiano Marcelino, hombre habituado a las guerras romanas, advierte la manera cómo se armaban los partos, con tanto mayor interés cuanto que se apartaba mucho de lo acostumbrado en aquéllas. "Llevaban, dice, unas armaduras tejidas a la manera de plumas pequeñas, que en nada impedían los movimientos del cuerpo; y, sin embargo, eran de solidez tal que repelían los

<sup>1</sup> Dos de los guerreros que aquí canto llevaban la coraza en el pecho y el casco en la cabeza; desde que entraron en el castillo no abandonaron noche ni día esa misma armadura que soportaban con la misma facilidad que sus vestidos; tan acostumbrados estaban a resistir su peso. ARIOSTO, *Orlando Furioso*, canto XII, estancia 30.

<sup>2</sup> Dicen que las armas del soldado son los miembros de su cuerpo. CICERON, *Tusc. quest.*, II, 16.

dardos cuando chocaban con ellas." (Eran los caparazones de que nuestros antepasados acostumbraban a servirse.) En otro lugar añade: "Sus caballos eran fuertes y resistentes, iban cubiertos de cuero grueso, y los jinetes estaban armados de pies a cabeza con espesas planchas de hierro, dispuestas de tal modo que les permitían entera libertad en sus movimientos. Hubiérase dicho al verlos que eran hombres de hierro, pues usaban caretas tan bien ajustadas, y que representaban tan al natural los rasgos del semblante, que no había posibilidad de herirlos sino por dos agujerillos redondos que correspondían a los ojos, por los cuales recibían una poca luz, o por las rendijas que correspondían a las ventanas de la nariz, por donde respiraban con bastante dificultad."

Flexilis inductis animatur lamina membris,  
 Horribilis visu; credas simulacra moveri  
 Ferrea, cognatoque viros spirare metallo.  
 Par vestitus equis: ferrata fronte minantur,  
 Ferratosque movent, securi vulneris, armos <sup>1</sup>.

He ahí una descripción que se asemeja mucho al equipo de un guerrero francés, cubierto y recubierto de pesado hierro. Refiere Plutarco que Demetrio mandó hacer para él y para Alcimo, el primer capitán que tenía a sus órdenes, dos armaduras que pesaban ciento veinte libras cada una. Las entre ellos generalmente usadas no pesaban más que sesenta.

<sup>1</sup> Su flexible coraza parece recibir la vida del cuerpo que encierra; la vista admirada contempla estatuas de hierro que andan; diríase que el metal se incrustó en el guerrero que lo lleva. Los corceles tienen también su armadura; el hierro cubre sus soberbias frentes, y sus flancos, bajo una defensa férrea, desafían los impotentes dardos. CLAUDIANO, *in Rufin*, II, 358.

## CAPITULO X

## DE LOS LIBROS

**B**IEN sé que con frecuencia me acontece tratar de cosas que están mejor dichas y con mayor fundamento y verdad en los maestros que escribieron de los asuntos de que hablo. Lo que yo escribo es puramente un ensayo de mis facultades naturales, y en manera alguna del de las que con el estudio se adquieren; y quien encontrase en mí ignorancia no hará descubrimiento mayor, pues ni yo mismo respondo de mis aserciones ni estoy tampoco satisfecho de mis discursos. Quien pretenda buscar aquí ciencia, no se encuentra para ello en el mejor camino, pues en manera alguna hago yo profesión científica. Contiéñense en estos ensayos mis fantasías, y con ellas no trato de explicar las cosas, sino sólo de darme a conocer a mí mismo; quizás éstas me serán algún día conocidas, o me lo fueron ya, dado que el acaso me haya llevado donde las cosas se hallan bien esclarecidas; yo de ello no me acuerdo, pues bien que sea hombre que amo la ciencia, no retengo sus enseñanzas; así es que no aseguro certeza alguna, y sólo trato de asentar el punto a que llegan mis conocimientos actuales. No hay, pues, que fijarse en las materias de que hablo, sino en la manera cómo las trato, y en aquello que tomo a los demás téngase en cuenta si he acertado a escoger algo con que realzar o socorrer mi propia invención, pues prefiero dejar hablar a los otros cuando yo no acierto a explicarme tan bien como ellos, bien por la flojedad de mi lenguaje, bien por debilidad de mis razonamientos. En las citas aténgome a la calidad y no al número; fácil me hubiera sido duplicarlas, y todas, o casi todas las que traigo a colación, son de autores famosos y antiguos, de nombradía grande, que no han menester de mi recomendación. Cuanto a las razones, comparaciones y argumentos, que trasplanto en mi jardín, y confundo con las mías, a veces he omitido de intento el nombre del autor a quien pertenecen, para poner dique a la temeridad de las sentencias apresuradas que se dictaminan sobre todo género de escritos, principalmente cuando éstos son de hombres vivos y están compuestos en lengua vulgar; todos hablan y se creen convencidos del designio del autor, igualmente vulgar; quiero que den un capirotazo sobre mis narices a Plutarco y que injurien a Séneca en mi persona, ocultando mi debilidad bajo antiguos e ilustres nombres. Quisiera que hubiese alguien que, ayudado por su claro entendimiento, señalara los autores a quienes las citas pertenecen, pues como yo adolezco de falta de memoria, no acierto a deslindarlas; bien comprendo cuáles son mis alcances, mi espíritu es incapaz de producir algunas de las vistosas flores que están esparcidas por estas páginas, y todos los frutos juntos de mi entendimiento no bastarían a pagarlas. Debo, en cambio, responder de la confusión que pueda haber en mis escritos, de la vanidad u otros defectos que yo no advierta o que sea incapaz de advertir al mostrármelos; pero la enfermedad del juicio es no echarlos de ver cuando

otro pone el dedo sobre ellos. La ciencia y la verdad pueden entrar en nuestro espíritu sin el concurso del juicio, y éste puede también subsistir sin aquéllas: en verdad, es el reconocimiento de la propia ignorancia uno de los más seguros y más hermosos testimonios que el juicio nos procura. Al transcribir mis ideas, no sigo otro camino que el del azar; a medida que mis ensueños o desvarios aparecen a mi espíritu voy amontonándolos: unas veces se me presentan apiñados, otras arrastrándose penosamente y uno a uno. Quiero exteriorizar mi estado natural y ordinario, tan desordenado como es en realidad, y me dejo llevar sin esfuerzos ni artificios; no hablo sino de cosas cuyo desconocimiento es lícito y de las cuales puede tratarse sin preparación y con libertad completa. Bien quisiera tener más cabal inteligencia de las cosas, pero no quiero comprarla por lo cara que cuesta. Mi designio consiste en pasar apacible, no laboriosamente, lo que me resta de vida; por nada del mundo quiero romperme la cabeza, ni siquiera por la ciencia, por grande que sea su valer.

En los libros sólo busco un entretenimiento agradable, y si alguna vez estudio, me aplico a la ciencia que trata del conocimiento de mí mismo, la cual me enseña el bien vivir y el bien morir:

Hac meus ad metas sudet oportet equus<sup>1</sup>.

Las dificultades con que al leer tropiezo, las dejo a un lado, no me roo las uñas resolviéndolas, cuando he insistido una o dos veces. Si me detengo, me pierdo, y malbarato el tiempo inútilmente; pues mi espíritu es de índole tal que lo que no se ve desde luego, se lo explica menos obstinándose. Soy incapaz de hacer nada mal de mi grado, ni que suponga esfuerzo; la continuación de una misma tarea, lo mismo que el recogimiento excesivo aturden mi juicio, lo entristecen y lo cansan; mi vista se trastorna y se disipa, de suerte que tengo que apartarla y volverla a fijar repetidas veces, a la manera como para advertir el brillo de la escarlata se nos recomienda pasar la mirada por encima en diversas direcciones y reiteradas veces. Cuando un libro me aburre cojo otro, y sólo me consagro a la lectura cuando el fastidio de no hacer nada empieza a dominarme. Apenas leo los nuevos, porque los antiguos me parecen más sólidos y sustanciosos; ni los escritos en lengua griega, porque mi espíritu no puede sacar partido del ínfimo conocimiento que del griego tengo.

Entre los libros de mero entretenimiento me placen entre los modernos *El Decamerón*, de Boccaccio, el de Rabelais, y el titulado *Besos*<sup>2</sup>, de Juan Segundo. Los *Amadises* y otras obras análogas, ni siquiera cuando niño me deleitaron. ¿Añadiré, además, por osado o temerario que parezca, que esta alma adormecida no se deja cosquillar por Ariosto, ni siquiera por el buen Ovidio? La espontaneidad y facundia de éste me encantaron en otro tiempo, hoy apenas si me interesan. Expongo libremente mi opinión sobre todas las cosas, hasta sobre las que sobrepasan mi capacidad y son ajenas a mi competencia; así que los juicios que emito dan la medida de mi entendimiento, en manera alguna la de las cosas mismas. Si yo digo que no me gusta el *Axioca* de Platón<sup>3</sup>, por ser una obra floja, si se tiene en cuenta la pluma que lo escribió, no tengo cabal seguridad en mi juicio, porque su temeridad no llega a oponerse al dictamen de tantos otros famosos críticos antiguos, que considera cual gobernadores y maestros, con los cuales preferiría engañarse. Mi entendi-

<sup>1</sup> Hacia este fin deben tender mis corceles. PROPERCIO, IV, 1, 70.

<sup>2</sup> Juan Segundo Everardi; poeta latino moderno, nació en La Haya en 1511 y murió en Tournai en 1536, antes de haber cumplido veinticinco años.

<sup>3</sup> Este diálogo no es de Platón, como lo reconoció ya Diógenes Laercio. (C.)

miento se condena a sí mismo, bien de detenerse en la superficie, porque no puede penetrar hasta el fondo, bien de examinar la obra bajo algún aspecto que no es el verdadero. Mi espíritu se conforma con librarse del desorden o perturbación, pero reconoce y confiesa de buen grado su debilidad. Cree interpretar acertadamente las apariencias que su concepción le muestra, las cuales son imperfectas y débiles. Casi todas las poesías de Esopo encierran sentidos varios; los que las interpretan mitológicamente eligen sin duda un terreno que cuadra bien a la fábula; mas proceder así es detenerse en la superficie; cabe otra interpretación más viva, esencial e interna, a la cual no supieron llegar los eruditos. Yo prefiero el segundo procedimiento.

Mas, siguiendo con los autores, diré que siempre coloqué en primer término en la poesía a Virgilio, Lucrecio, Catulo y Horacio; considero las *Geórgicas* como la obra más acabada que pueda engendrar la poesía; si se las compara con algunos pasajes de la *Eneida*, se verá fácilmente que su autor hubiera retocado éstos, de haber tenido tiempo para ello. El quinto libro del poema me parece el más perfecto. Lucano también es de mi agrado, y lo leo con sumo placer, no tanto por su estilo como por la verdad que encierran sus opiniones y juicios. Por lo que respecta al buen Terencio y a las gracias y coqueterías de su lengua, tan admirable me parece, por representar a lo vivo los movimientos de nuestra alma y la índole de nuestras costumbres, que en todo momento nuestra manera de vivir me recuerda sus comedias; por repetidas que sean las veces que lo lea, siempre descubro en él alguna belleza o alguna gracia nuevas. Quejábanse los contemporáneos de Virgilio de que algunos comparasen con Lucrecio al autor de la *Eneida*; también yo creo que es una comparación desigual, mas no la encuentro tan desacertada cuando me detengo en algún hermoso pasaje de Lucrecio. Si tal parangón les contrariaba, ¿qué hubieran dicho de los que hoy le comparan, torpe, estúpida y bárbara-mente con Ariosto, y qué pensaría Ariosto mismo?

O seclum insipiens et inficetum! <sup>1</sup>

Me parece que los antiguos debieron lamentarse más de los que equipararon a Plauto y Terencio (éste muestra bien su aire de nobleza), que de los que igualaron Lucrecio a Virgilio. Para juzgar del mérito de aquéllos y conceder a Terencio la primacía, constituye una razón poderosa el que el padre de la elocuencia romana profirió con frecuencia su nombre como el único en su línea, y la sentencia que el juez más competente de los poetas latinos emitió sobre Plauto. Algunas veces he considerado que los que en nuestro tiempo escriben comedias, como los italianos, que son bastante diestros en el género, ingieren tres o cuatro argumentos, como los que forman la trama de las de Terencio o de Plauto, para componer una de las suyas; en una sola amontonan cinco o seis cuentos de Boccaccio. Y lo que les mueve a cuajarlas de peripecias es la desconfianza de poder sostener el interés con sus propios recursos; es preciso que dispongan de algo sólido en que apoyarlas, y no pudiendo extraerlo de su numen, quieren que los cuentos nos diviertan. Lo contrario acontece con Terencio, cuyas perfecciones y bellezas nos hacen olvidar sus argumentos; su delicadeza y coquetería nos detienen en todas las escenas; es un actor agradable por todos conceptos,

Liquidus, puroque simillimus anni <sup>2</sup>,

<sup>1</sup> ¡Oh siglos sin gusto ni discernimiento! CATULO, XLIII, 8.

<sup>2</sup> Con tanta facilidad y pureza brota. HORACIO, *Epist.*, II, 2, 120.

y llena de tal suerte nuestra alma con sus donaires, que nos hace olvidar los de la fábula. Esta consideración me lleva de un modo natural a las siguientes: los buenos poetas antiguos evitaron la afectación y lo rebuscado, no sólo de los fantásticos ditirambos españoles y petrarquistas, sino también de los ribetes mismos que constituyen el ornato de todas las obras poéticas de los siglos sucesivos. Así que ningún censor competente encuentra defectos en aquellas obras, como tampoco deja de admirar infinitamente más entre las de Catulo la pulidez, perpetua dulzura y florida belleza de sus epigramas, comparadas con los agujijones con que Marcial aguza los suyos.

Lo propio que dije ha poco sienta también Marcial cuando escribe: *Minus illi ingenio laborandum fuit, in cujus locum materia successerat* <sup>1</sup>.

Los viejos poetas, sin conmoverse ni enfadarse, logran el efecto que buscan; sus obras son desbordantes de gracia, y para alcanzarla no necesitan violentarse. Los modernos han menester de socorros ajenos; a medida que el espíritu les falta necesitan mayor cuerpo; montan a caballo porque no son suficientemente fuertes para andar sobre sus piernas, del propio modo que en nuestros bailes los hombres de baja extracción que ejercen el magisterio de la danza, como carecen del decoro y apostura de la nobleza, pretenden recomendarse dando peligrosos saltos y efectuando movimientos extravagantes a la manera de los acróbatas; las damas representan un papel más lucido cuando las danzas son más complicadas que en otras en que se limitan a marchar con toda naturalidad representando el porte ingenuo de su gracia ordinaria; he reparado también que los payasos que ejercen su profesión diestramente sacan todo el partido posible de su arte aun estando vestidos sencillamente, con la ropa de todos los días, mientras que los aprendices, cuya competencia es mucho menor, necesitan enharinarse la cara, disfrazarse y hacer multitud de muecas y gesticulaciones salvajes para movernos a risa. Mi opinión aparecerá más clara comparando la *Eneida* con el *Orlando*: en la primera se ve que el poeta se mantiene en las alturas con sostenido vuelo y continente majestuoso, siguiendo derecho su camino; en el segundo el autor revolotea y salta de cuento en cuento, como los pajarillos van de rama en rama, porque no confían en la resistencia de sus alas sino para hender un trayecto muy corto, deteniéndose a cada paso porque temen que les falten el aliento y las fuerzas:

Excursusque breves tentat <sup>2</sup>.

He ahí, pues, los poetas que son más de mi agrado.

Cuanto a los autores en que la enseñanza va unida al deleite, en los cuales aprendo a poner orden en mis ideas y en mi vida, los que más me placen son Plutarco, desde que Amyot lo trasladó a nuestra lengua, y Séneca el filósofo. Ambos tienen para mí la incomparable ventaja, que se acomoda maravillosamente con mi modo de ser, de verter la doctrina que en ellos busco de una manera fragmentaria, y por consiguiente no exigen lecturas dilatadas, de que me siento incapaz: los opúsculos de Plutarco y las epístolas de Séneca constituyen la parte más hermosa de sus escritos al par que la más provechosa. Para emprender tal lectura no he menester de esfuerzo grande, y puedo abandonarla allí donde bien me place, pues ninguna dependencia ni enlace hay entre los capítulos de ambas obras. Estos dos autores coinciden en la mayor parte de sus apreciaciones e ideas útiles y verdaderas; la casualidad hizo que

<sup>1</sup> No había menester de grandes esfuerzos; el asunto mismo suplía a la gracia. MARCIAL. Prefacio del libro VIII.

<sup>2</sup> Sólo intenta excursiones breves. VIRGILIO, *Geórg.*, IV, 194.

vieran la luz en el mismo siglo; uno y otro fueron preceptores de dos emperadores romanos, uno y otro fueron nacidos en tierra extranjera, ambos fueron ricos y poderosos. La instrucción que procuran es la flor de la filosofía, que presentan de una manera sencilla y sabia. El estilo de Plutarco es uniforme y sostenido, el de Séneca culebrea y se diversifica; éste ejecuta todos los esfuerzos posibles para procurar armas a la virtud contra la flaqueza, el temor y las inclinaciones viciosas. Plutarco parece no tener tanta cuenta del esfuerzo, es más indulgente, y profesa las apacibles ideas platónicas acomodables a la vida. Las de Séneca son estoicas o de Epicuro, y se apartan más del uso común, pero, en cambio, a mi entender, son más ventajosas y sólidas, particularmente aplicadas. Diríase que Séneca transige algún tanto con la tiranía imperial, pues yo entiendo que sí condena la causa de los generosos matadores de César, los condena violentando su espíritu. Plutarco se muestra enteramente libre en todo. Séneca abunda en matices; Plutarco en acontecimientos, hechos y anécdotas. El primero nos emociona y conmueve, el segundo nos procura mayor agrado y provecho. Plutarco nos guía, Séneca nos empuja.

Por lo que toca a Cicerón, lo que de él prefiero son las obras que tratan particularmente la moral. Mas a confesar abiertamente la verdad, y puesto que se franqueó ya la barrera, la timidez sería inoportuna, su manera de escribir me parece pesada, lo mismo que cualquiera otra que se le asemeje: sus prefacios, definiciones, divisiones y etimologías consumen la mayor parte de su obra, y la médula, lo que hay de vivo y provechoso, queda ahogado por aprestos tan dilatados. Si le leo durante una hora, lo cual es mucho para mí, y trato luego de recordar la sustancia que he sacado, casi siempre lo encuentro vano, pues al cabo de ese tiempo no llego aún a los argumentos pertinentes al asunto de que habla, ni a las razones que concretamente se refieren a las ideas que persigo. Para mí, que no trato de aumentar mi elocuencia, ni mi saber, sino mi prudencia, tales procedimientos, lógicos y aristotélicos, son inadecuados; yo quiero que se entre desde luego en materia, sin rodeos ni circunloquios; de sobra conozco lo que son la muerte o el placer, no necesito que nadie se detenga en anatomizarlos. Lo que yo busco son razones firmes y sólidas que me enseñen desde luego a sostener mi fortaleza, no sutilezas gramaticales; la ingeniosa contextura de palabras y argumentaciones para nada me sirve. Quiero razonamientos que descarguen, desde luego, sobre lo más difícil de la duda; los de Cicerón languidecen alrededor del asunto: son útiles para la discusión, el foro o el púlpito, donde nos queda el tiempo necesario para dormir, y dar un cuarto de hora después de comenzada la oración con el hilo del discurso. Así se habla a los jueces, cuya voluntad quiere ganarse con razón o sin ella, a los niños y al vulgo, para quienes todo debe explanarse con objeto de ver lo que produce mayor efecto. No quiero yo que se gaste el tiempo en ganar mi atención, gritándome cincuenta veces: "Ahora escucha", a la manera de nuestros heraldos. En su religión los romanos decían *hoc age*, para significar lo que en la nuestra expresamos con el *sursum corda*; son para mí palabras inútiles, porque me encuentro preparado de antemano. No necesito salsa ni incentivo, puedo comer perfectamente la carne cruda, así que en lugar de despertarse mi apetito con semejantes preparativos, se me debilita y desaparece. La irrespetuosidad de nuestro tiempo consentirá acaso que declare, sacrílega y audazmente, que encuentro desanimados los diálogos de Platón; las ideas se ahogan en las palabras, y yo lamento el tiempo que desperdicia en interlocuciones dilatadas e inútiles un hombre que tenía tantas cosas mejores que decir. Mi ignorancia de su lengua me excusará si digo que no descubro ninguna belleza en su lenguaje. En general, me gustan más los libros en

que la ciencia se trata que los que la teorizan. Plutarco, Séneca, Plinio y otros escritores análogos no echan mano del *hoc age*; se las han con gentes ya adiestradas, y si se sirven de aquella advertencia es porque tiene su significado aparte. Leo también con placer las epístolas a *Atico*, no sólo porque contienen una instrucción muy amplia de la historia y de las cosas de su tiempo, sino más principalmente porque descubren sus privadas inclinaciones, pues me inspira curiosidad singular, como he dicho en otra parte, el conocimiento del espíritu y los juicios ingenuos de mis autores. Puede formarse idea del mérito de los mismos, mas no de sus costumbres ni de sus personas, por el aparato fastuoso de sus escritos, que muestran al mundo. Mil veces he lamentado la pérdida del libro que Bruto compuso sobre la virtud, porque procura placer tener conocimiento de la teoría de aquellos mismos que tan a maravilla se condujeron en la práctica. Y porque son cosas que difieren esencialmente el predicar del obrar, así gusto de Bruto en las biografías de Plutarco como en él mismo; me agradaría más saber a ciencia cierta la conversación que sostuvo en su tienda de campaña con sus amigos íntimos, la víspera de una batalla, que lo que al día siguiente de la misma decía a sus soldados; más las ocupaciones que llenaban su tiempo en su gabinete que lo que hacía en la plaza pública y en el Senado. Respecto a Cicerón, participo de la opinión general; creo que, aparte de la ciencia, no había muchas excelencias en su alma; era buen ciudadano, de naturaleza bonachona, como en general suelen serlo los hombres gordos y alegres que como él son abundantes en palabras; mas la blandura y vanidad ambiciosa entraban por mucho en su carácter. No es posible excusarle de haber considerado sus poesías dignas de ver la luz pública, pues si bien no constituye delito el escribir malos versos, lo es el no haber sabido conocer cuán indignos eran los suyos de la gloria de su nombre. En punto a su elocuencia, entiendo que no hay quien pueda comparársele, creo que nadie jamás llegará a igualarle en lo porvenir. El joven Cicerón, que sólo en el nombre se asemejó a su padre, hallándose mandando en Asia, congregó una vez en su mesa a algunos extranjeros, entre los cuales se hallaba Cestio, colocado en un extremo, como suelen deslizarse a veces los intrusos en los banquetes de los grandes. El anfitrión preguntó quién era a uno de sus criados, el cual le dijo su nombre; mas como Cicerón estuviera distraído y no parara mientes en la respuesta, insistió de nuevo en la pregunta dos o tres veces; entonces el sirviente, por no contestar siempre con palabras idénticas, y con objeto de dar a conocer a Cestio por alguna particularidad, añadió: "Es la persona de quien se os ha dicho que no hace gran caso de la elocuencia de vuestro padre comparada con la suya." Molestado súbitamente Cicerón, ordenó que cogieran al pobre Cestio, e hizo que le azotaran en su presencia. ¡Huésped descortés, en verdad! Entre los mismos que juzgaron incomparable la elocuencia del orador romano, hubo algunos que no dejaron de encontrarle también defectos. Bruto, su amigo, decía que era una elocuencia desquiciada y derrengada: *fraciam et elumbem*. Los oradores posteriores a Cicerón reprendieron en él la cadencia extremada y mesurada del final de sus períodos, e hicieron notar las palabras *esse videatur*, que con tanta frecuencia empleaba. Yo prefiero una cadencia más rápida, cortada en yambos. Alguna vez adopta un hablar más rudo, pero en sus discursos menudean más los párrafos medidos, simétricos y rítmicos. En uno de ellos recuerdo haber leído: *Ego vero me minus diu senm esse malem, quam esse senem, ante quam essem*<sup>1</sup>.

Los historiadores son mi fuerte. Son gratos y gustosos, y en ellos se en-

<sup>1</sup> Por lo que a mí toca, preferiría ser durante menos tiempo viejo que decaer antes de que la ancianidad sea llegada. CICERON, de *Senectute*, c. 10.



cuenta la pintura del hombre, cuyo conocimiento busco siempre; tal diseño es más vivo y más cabal en aquéllos que en ninguna otra clase de libros; en los historiadores se encuentra la verdad y variedad de las condiciones internas de la personalidad humana, en conjunto y en detalle; la diversidad de medios de sus uniones y los accidentes que las amenazan. Así que, entre los que escriben las vidas de personajes célebres, prefiero los que se detienen más en las consideraciones que en la relación de los sucesos, más en lo que deriva del espíritu que en lo que en el exterior acontece; por eso Plutarco es en todos los respectos mi autor favorito. Lamento que no tengamos una docena de Laercios, o al menos que el que tenemos no sea más extenso y más explícito; pues me interesa por igual la vida de los que fueron grandes preceptores del mundo, como también el conocimiento de la diversidad de sus opiniones y el de sus caprichos. En punto a obras históricas, deben hojearse todas sin distinción; deben leerse toda suerte de autores, así los antiguos como los modernos, los franceses como los que no lo son, para tener idea de los diversos asuntos de que tratan. Julio César me parece que merece singularmente ser digno de estudio, y no ya sólo en concepto de historiador, sino también como hombre; tan grandes son su excelencia y perfección, cualidades en que sobrepasa a todos los demás, aunque Salustio sea también autor de gran mérito. Yo leo a César con reverencia y respeto mayores de los que generalmente se emplean en las obras humanas; ya lo considero en sí mismo, en sus acciones y en lo milagroso de su grandeza; ya reparo en la pureza y pulidez inimitable de su lenguaje, en que sobrepasó no sólo a todos los historiadores, como Cicerón dice, sino, a trechos, a Cicerón mismo; habla de sus propios enemigos con sinceridad tal que, salvo las falsas apariencias con que pretende revestir la causa que defiende y su ambición pestilente, entiendo que puede reprochársele el que no hable más de sí mismo: tan innumerables hazañas no pudieron ser realizadas por él a no haber sido más grande de lo que realmente se nos muestra en su libro.

Entre los historiadores prefiero los que son muy sencillos o los maestros en el arte. Los primeros, que no ponen nada suyo en los sucesos que historian y emplean toda su diligencia en recoger todo lo que llegó a su noticia, registrando a la buena de Dios todo cuanto pueden, sin excogitación ni elección, dejando nuestro juicio en libertad cabal para el conocimiento de la verdad; tal, por ejemplo, el buen Froissard, el cual caminó en su empresa de manera tan franca e ingenua que, cuando incurre en un error, no tiene inconveniente en reconocerlo y corregirlo tan luego como ha sido advertido; Froissard nos muestra la multiplicidad misma de los rumores que corrían sobre un mismo suceso y las diversas relaciones que se le hacían; compuso la historia sin adornos ni formas rebuscadas, y en sus crónicas cada cual puede sacar tanto provecho como entendimiento tenga. Los maestros en el género tienen la habilidad de escoger lo que es digno de ser sabido; aciertan a elegir de dos relaciones o testigos el más verosímil; de la condición y temperamento de los príncipes, deducen máximas, atribuyéndoles palabras adecuadas, y proceden acertadamente al escribir con autoridad y acomodar nuestras ideas a las suyas, lo cual, la verdad sea dicha, está en la mano de bien pocos. Los historiadores medianos, que son los más abundantes, todo lo estropean y malbaratan; quieren servirnos los trozos mascados, permítense emitir juicios, y por consiguiente inclinar la historia a su capricho, pues tan pronto como la razón se inclina de un lado ya no hay medio hábil de enderezarla del otro; permítense además escoger los sucesos dignos de ser conocidos y nos ocultan con sobrada frecuencia tal frase o tal acción privada, que sería más interesante para nosotros;

omiten como cosas inverosímiles o increíbles todo lo que no entienden, y acaso también por no saberlo expresar en buen latín o en buen francés. Lícito es que nos muestren su elocuencia y su discurso y que juzguen a su manera, pero también lo es el que nos consientan juzgar luego que ellos lo hayan hecho, y mucho más aún el que no alteren nada ni nos dispensen de nada, por sus acortamientos y selecciones, de la materia que tratan; deben mostrárnosla pura y entera bajo todos sus aspectos.

Generalmente se elige para desempeñar esta tarea, sobre todo en nuestra época, a personas vulgares, por la exclusiva razón de que son atinadas en el bien hablar, como si en la historia buscáramos el aprendizaje de la gramática. Y siendo ésa la causa que les puso la pluma en la mano, no teniendo más armas que la charla, hacen bien en no curarse de otra cosa. Así a fuerza de frases armoniosas nos sirven una tartina preparada con los rumores que recogen en las callejuelas de las ciudades. Las únicas historias excelentes son las que fueron compuestas por los mismos que gobernaron los negocios, o que tomaron parte en la dirección de los mismos, o siquiera por los que desempeñaron cargos análogos. Tales son casi todas las griegas y romanas, pues como fueron escritas por muchos testigos oculares (la grandeza y el saber encontrábase comúnmente juntos en aquella época), si en ellos hay errores, es en las cosas muy dudosas o secundarias. ¿Qué luces pueden esperarse de un médico que habla de la guerra o de un escolar que diserta sobre los designios de un príncipe? Si queremos convencernos del celo con que los romanos buscaban la exactitud en las obras históricas, bastará citar este ejemplo: Asinio Polión encontraba algún error en las obras mismas de César, a que le había inducido la circunstancia de no haberle sido dable esparcir por igual la mirada por todos los lugares que ocupó su ejército, y el haber tomado como artículo de fe las comunicaciones que recibía de sucesos a veces no del todo demostrados, o también por no haber sido exactamente informado por sus lugartenientes de los asuntos que éstos habían dirigido en su ausencia. Puede de aquí concluirse si la investigación de la verdad es cosa delicada, puesto que la relación de un combate no se puede encomendar a la ciencia de quien lo dirigió, ni a los soldados mismos el dar cuenta de lo que cerca de ellos aconteció, si a la manera de una información judicial no se confrontan los testimonios, y si no se escuchan las objeciones cuando se trata de probar los menores detalles de cada suceso. El conocimiento que de nuestros negocios tenemos no es tan fundamental; pero todo esto ha sido ya suficientemente tratado por Bodin<sup>1</sup> y conforme a mi manera de ver.

Para remediar algún tanto la traición de mi memoria y la falta de la misma, tan grande que más de una vez me ocurrió coger un libro en mis manos que había leído años antes escrupulosamente y emborronado con mis notas y considerarlo como nuevo, acostumbro hace algún tiempo a añadir al fin de cada obra (hablo de las que no leo más que una vez) la época en que terminé su lectura y el juicio que la misma me sugirió en conjunto, a fin de representarme siquiera la idea general que formé de cada autor. Transcribiré aquí algunas de estas anotaciones.

He aquí lo que escribí hará unos diez años en mi ejemplar de *Guicciardini* (sea cual fuere la lengua que mis libros empleen, yo los hablo siempre en la mía): "Es un historiador diligente en el cual, a mi entender, puede conocerse la verdad de los negocios de su época, con tanta exactitud como en cualquiera otro, puesto que en la mayor parte de ellos desempeñó un papel y un papel

<sup>1</sup> Jurisconsulto francés del siglo XVI, autor del libro titulado *Methodus ad facilem historiarum cognitionem*, 1566.

honorífico. En él no se ve ninguna muestra de que por odio, favor o vanidad, haya disfrazado los sucesos. Acreditánlo los juicios libres que emite sobre los grandes, principalmente sobre las personas que le ayudaron a alcanzar los cargos que desempeñó, como el papa Clemente VII. Por lo que toca a la parte de su obra de que parece prevalerse más, que son sus digresiones y discursos, los hay buenos y enriquecidos con hermosos rasgos, pero en ellos se complació demasiado; pues por no haber querido dejarse nada en el tintero, como trataba un asunto tan amplio, tan rico, casi infinito, en ocasiones su estilo es descosido y denuncia la charla escolástica. He advertido también que entre tantas almas y acciones como juzga, entre tantos acontecimientos y pareceres, ni siquiera uno solo achaca a la virtud, a la religión y a la conciencia, como si estas prendas estuvieran en el mundo enteramente extintas. De todas las acciones, por hermosas que sean por sí mismas, achaca la causa a alguna viciosa coyuntura, o a algún interés bajo y puramente material. Imposible es imaginar que entre el infinito número de sucesos que juzga no haya habido alguno emanado por la moralidad y la hombría de bien. Por general que sea la corrupción de una época, alguien escapa siempre del contagio. Aquel su criterio permanente me hace temer que haya emanado sólo de la naturaleza del historiador. Acaso haya juzgado de los demás conforme a sus peculiares y genuinos sentimientos."

En mi *Felipe de Comines* se lee lo que sigue: "Encontraréis en esta obra lenguaje dulce y grato, de sencillez ingenua; la narración es pura y en ella resplandece evidentemente la buena fe del autor; exento de toda vanidad cuando habla de sí mismo y de afección y envidia cuando habla de los demás. Sus discursos y exhortaciones van acompañados más bien de celo y de verdad que de alarde de saber. En todas sus páginas la gravedad y autoridad muestran al hombre medido en buena cuna y educado en el gobierno de los negocios importantes."

En las *Memorias del señor del Bellay*<sup>1</sup> escribí: "Es siempre grato ver las cosas relatadas por aquellos que por experiencia vieron cómo es preciso manejarlas; mas es evidente que en estos dos autores se descubre una falta grande de franqueza y no toda la libertad que fuera de desear, como la que brilla en los antiguos cronistas, en Joinville, por ejemplo, amigo de san Luis; Eginard, canciller de Carlomagno, y de fecha más reciente, en Felipe de Comines. Estas memorias son más bien una requisitoria en favor del rey Francisco contra el emperador Carlos V, que una obra histórica. No quiero creer que hayan alterado nada de los hechos principales, pero sí que modelaron el juicio de los sucesos con sobrada frecuencia, y a veces sin fundamento, en ventaja nuestra, omitiendo cuanto pudiera haber de escabroso en la vida del adversario del emperador. Pruébalo el olvido en que dejaron las maquinaciones de los señores de Montmorency y de Brion, y el nombre de la señora de Etampes, que ni siquiera figura para nada en el libro. Pueden ocultarse las acciones secretas, pero callar lo que todo el mundo sabe, y sobre todo aquellos hechos que produjeron efectos de trascendencia pública, es una falta imperdonable. En conclusión; para conocer por entero al rey Francisco y los hechos acontecidos en su tiempo, búsquense otras fuentes si quiere creerse mi dictamen. El provecho que de aquí puede sacarse reside en la relación de las batallas y expediciones guerreras en que

<sup>1</sup> Estas *Memorias* son menos conocidas que las obras precedentes; contienen diez libros, de los cuales los cuatro primeros y los tres últimos fueron escritos por Martín del Bellay, y los restantes por su hermano Guillermo de Langeay; por eso Montaigne escribe en plural *señores del Bellay* después de haber hablado de un solo autor. (C.).

los de Bellay tomaron parte, en algunas frases y acciones privadas de los príncipes de la época, y en los asuntos y negociaciones despachados por el señor de Langeay, donde se encuentran muchas cosas dignas de ser sabidas y reflexiones nada vulgares."

## CAPITULO XI

## DE LA CRUELDAD

ENTIENDO yo que la virtud es cosa distinta y más elevada que las tendencias a la bondad que nacen en nosotros. Las almas que por sí mismas son ordenadas y de buena índole siguen siempre idéntico camino y sus acciones representan cariz semejante al de las que son virtuosas; mas el nombre de virtud suena en los humanos oídos como algo más grande y más vivo que el dejarse llevar por la razón, merced a una complexión dichosa, suave y apacible. Quien por facilidad y dulzura naturales desdenara las injurias recibidas, realizaría una acción hermosa y digna de alabanza; mas aquel que, molestado y ultrajado hasta lo más vivo por una ofensa, se preservara con las armas de la razón contra todo deseo de venganza, y después del conflicto lograra dominarse, ejecutaría una acción mucho más meritoria que el anterior. El primero obraría bien; el segundo ejecutaría una acción virtuosa; la conducta de aquél podría llamarse bondadosa, la de éste encierra la virtud además de la bondad, pues parece que ese nombre presupone dificultad y contrariedad y que no puede practicarse sin encontrar oposición. Por eso aplicamos al Creador el dictado de bueno, fuerte, justo y misericordioso, pero no el de virtuoso, porque ninguna de sus obras lleva el sello del esfuerzo y todas el de la facilidad. No sólo los filósofos estoicos, también los que siguieron la doctrina de Epicuro (y tomo esta apreciación del común sentir, que es el más recibido, aunque falso, diga lo que quiera la sutil respuesta de Arcesilao, al que le censuraba porque muchos pasaban de su escuela a la de Epicuro, y no al contrario: "La razón es clara, decía; de los gallos salen bastantes capones, pero entre los capones no puede salir ningún gallo." A la verdad, como firmeza y rigor de opiniones y preceptos, de ningún modo cede la secta de Epicuro a la estoica. Un estoico que discutía con mejor fe que los argumentadores de oficio, quienes para combatir a Epicuro y hacer la cosa obvia le hacen decir precisamente aquello en que jamás pensara, desnaturalizando sus palabras, argumentando con reglas gramaticales, partiendo de sentido contrario a la mente del filósofo, y de opiniones diversas a las que mantenía en su alma y practicaba en sus costumbres, dice que dejó de seguir a Epicuro entre otras razones, porque encuentra el camino que lleva a las ideas del filósofo demasiado elevado e inaccesible; *et ii, qui φιλόσοφοι vocantur, sunt εὐδαιμόνιοι et φιλοφρονῶντες, omnesque virtutes et colunt, et retinent*<sup>1</sup>): volviendo a mi interrumpido argumento, digo que entre los estoicos y los epicúreos hubo muchos que juzgaron que no basta mantener el alma en lugar acomodado, bien ordenada y bien dispuesta para la práctica

<sup>1</sup> Aquellos a quienes llamamos amigos del placer aman igualmente la honra y la justicia, y respetan y practican todas las virtudes. CICERON, *Epist. fam.*, XV, 19.

de la virtud, como tampoco el sostener nuestras resoluciones y nuestra razón por encima de todos los vaivenes de la fortuna, sino que es preciso además buscar ocasiones en que ponerla a prueba; quieren que se salga al encuentro del dolor que producen en el alma el desdén y las miserias para rechazarlos y mantener así el espíritu en perpetuo combate: *multum sibi adjicit virtus lassita*<sup>1</sup>.

Una de las razones que Epaminondas, que pertenecía a una tercera secta, alega para desechar las riquezas que la fortuna colocó en su mano por medios absolutamente legítimos, es el poder luchar contra la pobreza, y en la más extrema vivió siempre. Sócrates, a mi modo de ver, torturaba su alma todavía con mayor rudeza, pues para procurarse sufrimientos soportaba la malignidad de su mujer, lo cual equivale a aplicarse hierro candente. Entre todos los senadores romanos sólo Metelo tomó a pechos, por esfuerzo de su virtud, el hacer frente a la violencia de Saturnino, tribuna del pueblo en Roma, que quería a todo trance que se aprobara una ley injusta en favor de los plebeyos; y habiendo por su conducta incurrido en la pena capital, que Saturnino había establecido contra los intransigentes, decía, condenado ya, a los que le acompañaban a la plaza pública, "que practicar el mal es tarea facilísima y muy cobarde, y que hacer bien allí donde el peligro no amenaza, es cosa vulgar, pero que el realizarlo cuando le sigue el peligro es oficio propio del hombre virtuoso". Estas palabras de Metelo nos representan de una manera palmaria lo que yo quería probar: que la virtud no admite la facilidad por compañera, y que el fácil camino de pendiente suave por donde discurren las almas ordenadas, dotadas de una buena inclinación natural, no es el de la verdadera virtud; ésta ha menester una ruta espinosa y erizada; necesita dificultades con que combatir, como hizo Metelo, por medio de las cuales la fortuna se complace en quebrantar la rigidez de su carrera, o le procura las internas dificultades que acompañan a los apetitos desordenados y a las imperfecciones de la humana condición.

Mi disquisición llega hasta aquí sin dificultad alguna; mas al fin de este discurso ocurreseme que el alma de Sócrates, que es la más perfecta de cuantas conocí, sería, según lo expresado anteriormente, un alma poco elevada; pues en manera alguna puedo imaginar en aquel filósofo el esfuerzo más insignificante contra viciosa concupiscencia: dado el temple de su virtud altísima, no puedo suponer en él ninguna dificultad ni violencia. Conozco su razón, tan fuerte y tan serena, que jamás dio lugar a que germinara siquiera en su alma el más insignificante asomo de apetito vicioso. A una virtud tan relevante como la suya nada puede ser superior; pareceme verle caminar con ademán triunfante y pomposamente, sin ninguna suerte de impedimentos ni de trabas. Si la virtud no puede lucir sin el combate de encontrados deseos, ¿hábremos de asegurar por ello que tampoco existe cuando no tiene que rechazar el vicio y que sea necesario este requisito para que la honremos y la pongamos en crédito? ¿Qué sería en este caso el generoso placer de los discípulos de Epicuro, quienes hacen profesión expresa de acariciar blandamente y procuran contentamiento a la virtud con la deshonra, las enfermedades, la pobreza, la muerte y la tortura? Si presupongo que la perfecta virtud sabe combatir y soportar el dolor pacientemente, resistir los dolores de la gota sin alterarse en lo más mínimo; si la aplico como cosa indispensable las dificultades y los obstáculos, ¿qué será entonces la virtud que haya llegado a tal punto, que no sólo desdeña el dolor, sino que en él se complace y regocija, como practican los discípulos de Epicuro, los cuales por sus acciones nos dejaron de ello pruebas

<sup>1</sup> La virtud se acrisola con la lucha. SENECA, *Epist.*, 13.

indudables? Otros muchos hubo que sobrepasaron, a mi juicio, las reglas mismas de su disciplina, como Catón el joven. Cuando le veo morir y desgarrarse las entrañas, no puedo resignarme a creer que su alma estuviera totalmente exenta de alteración o trastorno; no puedo concebir que se mantuviera firme en la situación que las doctrinas estoicas le ordenaban, tranquilo, sin emoción, impasible; había, a mi juicio, en la virtud de aquel nombre demasiado verdor y frescura para detenerse en los preceptos estoicos, y estoy seguro de que sentía placer y gozo al realizar una acción tan noble y de que a ella se consagró con mayor voluntad que a todas las demás de su vida: *Sic abiit e vita, ut causam moriendi nactum se esse gauderet*<sup>1</sup>. Tan decidido estuvo a la muerte que experimentó, que yo dudo si habría aceptado el que se le hubiera desposeído de la ocasión de realizar acción tan hermosa; y si su bondad de alma, que le hacía preferir los intereses públicos a los suyos propios, no me contuviera, creería que dio gracias a la fortuna por haber sometido su virtud a una prueba tan hermosa, y a César que acabó con la antigua libertad de su patria. Parece leer en esa acción yo no sé qué regocijo de su alma, al par que una emoción llena de placer extraordinario y de voluptuosidad viril cuando aquélla considerase la nobleza y elevación de su empresa:

Deliberata morte ferocior<sup>2</sup>;

no asegurada por esperanza alguna de gloria, como pensaron algunos hombres vulgar y afeminadamente, la cual sería demasiado rastrera para tocar un pecho tan generoso, altivo y firme, sino por la belleza sola de la acción misma, que Catón vio con mayor claridad y en toda su perfección, de un modo que nosotros no podemos alcanzar, por haber manejado todos los resortes. Pláceme la opinión de los filósofos, que juzgan que un abandono tan hermoso de la vida no hubiera sido digno en ninguna otra existencia si no es la de Catón; sólo a él incumbió acabar sus días de la manera que los acabó; por eso ordenó con razón a su hijo y a los senadores que le acompañaban que miraran por su seguridad y se pusieran en salvo. *Catoni, cum incredibilem natura tribuisset gravitatem, eamque ipse perpetua constantia roboravisset, semperque in proposito consilio permanisset, moriendum potius, quam tyranni vultus, adspiciendus erat*<sup>3</sup>. La muerte de un individuo es siempre semejante a su vida; no nos convertimos en otros para morir. Yo juzgo de la muerte según la vida, y si se me cita alguna serena y reposada, al parecer, que siguió a una existencia débil, juzgo que fue ocasionada por una causa igualmente débil y adecuada a la persona que la experimentó. La satisfacción, la facilidad con que aquella muerte fue soportada por Catón, y a cuyo estado llegó por la sola fuerza de su alma, ¿habremos de considerar que rebajan en lo más mínimo el brillo de su virtud? ¿Quién que tenga en su cerebro algún tinte, siquiera sea ligero, de la verdadera filosofía, puede imaginar que Sócrates estuviera libre de todo temor en su prisión, encadenado y condenado? ¿Y quién no reconoce en este filósofo no ya sólo la firmeza y la constancia, que tal era su estado normal, sino también no sé qué nuevo contentamiento y una alegría regocijada en las palabras que pronunció y en los ade-

<sup>1</sup> Abandonó la vida contento de haber hallado un motivo para darse la muerte. CICERON, *Tusc. quest.*, I, 30.

<sup>2</sup> Más altiva porque había resuelto morir. HORACIO, *Od.*, I, 37, 29. Lo que el poeta dice de Cleopatra, Montaigne lo aplica al alma de Catón.

<sup>3</sup> Catón, a quien la naturaleza dotó de una severidad inflexible, fue siempre constante en sus principios y en sus deberes, y fortificó por la costumbre la firmeza de su carácter. Por eso prefirió la muerte antes que soportar la presencia de un tirano. CICERON, *de Officiis*, I, 31.

manes que adoptó en sus últimos instantes? El estremecimiento de placer que sintió al pasar la mano por su rodilla cuando le despojaron de los hierros, ¿no acusa el estado de placidez de su alma al verse desposeído de las molestias pasadas y puesto ya un pie en el camino de las cosas venideras? La memoria de Catón me sea indulgente, pero yo considero su muerte como más trágica y más severa; mas la de Sócrates es todavía, yo no sabría explicar el porqué, más hermosa. Aristipo contestó a los que se compadecían de su suerte: "Los dioses lo quieren así." Vese en las almas de Sócrates y Catón y en los que los imitaron (pues dudo mucho que haya existido quien lo haya igualado), una tan perfecta costumbre en la práctica de la virtud, que se diría que entró a formar parte de la naturaleza de ambos. No es una virtud penosa, producida por el esfuerzo, ni conforme a los preceptos que la razón dicta; la esencia misma de sus almas, su vida normal y ordinaria elevaronla a tal altura, merced al prolongado ejercicio de los consejos de la filosofía, la cual encontró en ellos una naturaleza espléndida y hermosa; así que las pasiones viciosas que en nosotros nacen y germinan, no encontraron brecha por donde penetrar en sus espíritus; la rigidez y firmeza de sus almas ahogó y extinguió las concupiscencias tan luego como éstas intentaron agitarlas.

Ahora bien; que no sea más hermoso, merced a una resolución elevada y divina oponerse al nacimiento de las tentaciones y haberse formado a la virtud de tal suerte que las semillas mismas del vicio sean desarraigadas, que el impedir a viva fuerza su progreso, y habiéndose dejado sorprender por las emociones primeras de la pasión, armarse y fortificarse para detener su curso y vencerlas, y asegurar que el segundo estado no sea aún más perfecto que el de estar simplemente dotado de una naturaleza de buena índole y verse por sí mismo libre de desórdenes y vicios, no creo que ni siquiera merezca ser puesto en duda. Si efectivamente la última manera de ser hace al hombre inocente, no le hace virtuoso; si bien le libra de ejecutar malas acciones, no le hace apto para realizar las buenas. Esta condición es además tan cercana de la imperfección y de la debilidad, que yo no acierto a distinguir los límites que las separan; por lo mismo los calificativos de bondad e inocencia empléanse a veces con significación desdeñosa. Algunas virtudes, como la castidad, la sobriedad y la templanza, podemos poseerlas merced a la debilidad corporal; la firmeza ante el peligro (si es lícito llamarla así), el menosprecio de la muerte, la resignación en los infortunios, se encuentran a veces en el hombre por no juzgar acertadamente de semejantes accidentes, por no concebirlos tales cuales son. La falta de previsión y la torpeza simulan así en ocasiones actos de virtud. Yo he visto más de una vez que algunos hombres fueron alabados por cosas que merecían censura. Un caballero italiano hablaba del siguiente modo en desventaja de su país, hallándome yo presente: "La sutileza y vivacidad de mis compatriotas, decía, es tan grande que prevén los peligros y accidentes que pueden sobrevenirles, de tan lejos, que no hay que extrañar el verlos a veces en la guerra velar por su seguridad, aun antes de haber reconocido el peligro." Añadía que nosotros y los españoles no tenemos tan buen olfato, lo cual nos hace temerarios, y que nos precisa ver el peligro y tocarlo con la mano para atemorizarnos. Cuando este caso llega, añadía, no sabemos afrontarlo. Los alemanes y los suizos, concluía, más groseros y embotados, ni siquiera se dan cuenta del peligro hasta después de abatidos por el golpe. Bien puede suceder que todos estos pareceres sean pura broma; mas de todas suertes, es cosa cierta que en la guerra los novicios se lanzan con arrojo mayor a los azares que luego que están ya escarmen-

Haud ignarus... quantum nova gloria in armis,  
Et prædulce decus, primo certamine, possit<sup>1</sup>.

Por todas estas razones, cuando se juzga de una acción señalada es necesario considerar todas las circunstancias que la motivaron y también el hombre que la realizó, antes de bautizarla.

Por escribir una palabra de mí mismo diré que a veces mis amigos llamaron en mí prudencia a lo que en realidad no era más que resultado natural de la fortuna; lo juzgaron acto de vigor y paciencia a causa de la buena opinión que yo les merecí, y me atribuyeron cualidades, ya buenas, ya malas, caprichosamente. Por lo demás, me encuentro tan lejos de aquel grado de excelencia en que la virtud se trueca en costumbre, que ni siquiera del segundo estado di nunca prueba alguna. No he necesitado desplegar esfuerzo grande para domar los deseos que me dominaron; mi virtud es sólo inocente, accidental y fortuita. Si hubiera nacido con un temperamento más desordenado, creo que mis sufrimientos hubieran sido grandes, pues casi nunca intenté oponer la firmeza de mi alma al embate de las pasiones; por poco vehementes que éstas hubiesen sido en mí, las hubiera dado rienda suelta. De suerte que no tengo gran cosa que agradecer si me encuentro completamente libre de muchos vicios.

Si vitii mediocribus et mea paucis  
Mendosa est natura, alioqui recta; velut si  
Egregio inspersos reprehendas corpore nævos<sup>2</sup>:

pues lo debo más al acaso que al discernimiento. Hízome descender la fortuna de una raza famosa en hombría de bien, de un padre buenísimo, quien yo no sé si inoculó en mí una parte de su naturaleza; o acaso los ejemplos del hogar doméstico y la buena educación de mi infancia hayan ayudado insensiblemente a mi condición moderada, o quién sabe si nací tal cual soy:

Seu Libra, seu me Scorpius adspicit  
Formidosus, pars violentior  
Natalis horæ, seu tyrannus  
Hesperia Capricornus undæ<sup>3</sup>:

sea como fuere, es lo cierto que profeso horror a la mayor parte de los vicios. La respuesta que dio Antístenes a quien le preguntó cuál era el mejor aprendizaje que había de seguirse para llegar a la virtud, que estaba formulada en dos palabras, las cuales eran: "Olvidar el mal", no parece poder aplicarse a mí, dada la naturaleza de mi carácter en este punto. Odio el vicio, como llevo dicho, por razones tan individuales, tan mías, que el instinto mismo con que nací lo he conservado sin que nada haya sido fuerza bastante para alterarlo; ni siquiera mis propias reflexiones, que por haberse apartado en algunos puntos del camino ordinario, pudieran haberme lanzado fácilmente a la ejecución de actos que mi inclinación natural me hiciera odiar. Diré algo que parecerá inexplicable y hasta monstruoso: mis costumbres son más morigeradas que mi entendimiento; mi concupiscencia menos desordenada que mi razón. Aristipo

<sup>1</sup> Sabida es la fuerza que comunica a un guerrero mozo la sed de gloria y la dulce esperanza del primer triunfo. VIRGILIO, *Eneida*, XI, 154.

<sup>2</sup> Mis defectos son insignificantes y en escaso número; podrían compararse con las pecas esparcidas en un semblante hermoso. HORACIO, *Sát.*, I, 6, 65.

<sup>3</sup> Sea que yo haya visto la luz bajo el signo de Libra o el de Escorpión, cuya mirada es tan terrible en el momento del nacimiento, o bien bajo el de Capricornio, que reina en los mares de Occidente. HORACIO, *Od.*, II, 17.

profesaba ideas tan atrevidas en pro de la riqueza y los placeres, que llegó a escandalizar a los demás filósofos; mas por lo que toca a sus costumbres fueron morigeradas. Habiéndole presentado Dionisio el tirano tres hermosas jóvenes para que entre ellas eligiera, contestó que se quedaba con las tres, y que Paris obró torpemente al escoger una entre las otras compañeras; pero a pesar de haberlas conducido a su casa, las dejó salir intactas sin haber disfrutado de ninguna. Una vez que su criado iba cargado por un camino con una cantidad grande de dinero, le ordenó que tirara todo el que le embarazaba. Epicuro, cuyas doctrinas son irreligiosas y voluptuosas, condújose en su vida muy devota y trabajosamente; participa a un amigo suyo que no vive más que de agua y pan moreno, y le ruega que le envíe un poco de queso para cuando le pase por las mientes celebrar un suntuoso banquete. ¿Será verdad que para estar dotado de singular bondad de alma no sean precisos ley que cumplir, razón que ilumine, ni ejemplo que imitar? ¿Admitiremos que la bondad del hombre deriva de una causa oculta encerrada en la contextura del que lo es? Los desórdenes que yo realicé no fueron de los más reprobables, en buena hora lo diga; yo los condené en mi fuero interno según su magnitud, pues no llegaron a infeccionar mi discernimiento, antes al contrario, acúsolos con mayor rigor en mí que en otro cualquiera. A esto se reduce todo mi vigor de alma, pues por lo demás me dejo caer con facilidad grande en el otro lado de la balanza. Yo no hago más que impedir la mezcla de unos vicios con otros, peligro a que todos estamos abocados si no cuidados de remediarlo con tiempo. Yo procuré aislar los míos, y además atenuarlos y aminorarlos:

Nec ultra

Errorum foveo<sup>1</sup>.

Cuanto a la opinión de los estoicos, que afirman que el filósofo al realizar una acción congrega todas sus virtudes, aunque una de ellas sea más visible según la naturaleza del acto, idea que concuerda en algún modo con el desarrollo de las pasiones que nos avasallan, pues la cólera, por ejemplo, no se produce en el hombre si todos los humores no concurren aunque la cólera sola predomine; si los estoicos, como dije antes, deducen de ahí que al que incurre en falta le precisa hallarse poseído de todos los vicios juntos, verran a mi entender, o yo no comprendo su doctrina en este punto, pues veo por experiencia propia que sucede precisamente todo lo contrario; son tales ideas agudezas sutiles y sin fundamento, en que la filosofía se detiene a veces. Si yo soy víctima de algunos vicios, huyo en cambio de otros como pudiera hacerlo un santo. Los peripatéticos niegan esta conexión y unión insolubles, y Aristóteles sienta que un hombre prudente y justo puede ser también incontinente y falto de templanza. Sócrates confesaba a los que reconocían en su fisonomía cierta inclinación al vicio, que así era en verdad, pero que valiéndose de una severa disciplina había conseguido aniquilarla. Los discípulos del filósofo Stilpo contaban que, habiendo nacido con tendencias al vino y a las mujeres, logró domar ambas pasiones y convertirse en hombre abstinentísimo.

Las buenas cualidades que yo poseo, débolas, por el contrario, a la buena estrella de mi nacimiento, y no las alcancé por ley, precepto ni aprendizaje; la inocencia de mi alma es bobalicona; vigor tengo poco y de arte carezco. Detesto la crueldad entre los demás vicios, tanto por temperamento como por raciocinio, y la concebí como el más horrible de todos; no puedo sin experimentar disgusto ni siquiera ver retorcer el pescuezo a una gallina; oigo con

<sup>1</sup> Aparte de eso, no soy de índole viciosa. JUVENAL, *Sát.*, VIII, 164.

dolor los gemidos de la liebre bajo los dientes de mis perros, aunque la caza sea de suyo un placer que debe incluirse entre los violentos. Los que combaten el goce voluptuoso se valen del argumento siguiente para probar que es una pasión enteramente viciosa y de las más absurdas: cuando se encuentra en su mayor grado de vigor y fuerza se apodera de nosotros de tal suerte que nos priva del uso de la razón; para probarlo alegan los efectos que todos sentimos cuando nos hallamos en contacto con las mujeres:

Cum jam præsagit gaudia corpus,  
Atque in eo est Venus, ut muliebria conserat arva<sup>1</sup>;

juzgan que el placer nos transporta tan lejos de nosotros, que la razón no podría entonces ejercer sus funciones, arrobada como se encuentra por la voluptuosidad. Yo sé que puede acontecer de diverso modo, y que también el alma puede apoderarse de distintos pensamientos en el mismo instante del gozar, mas para ello es preciso fortificarla expresamente. Yo sé por experiencia que puede contenerse el esfuerzo del placer, y no considero a Venus diosa de tanto imperio como algunos, más moderados que yo, testimonian. Tampoco atribuyo a cosa de milagro, como la reina de Navarra en uno de los cuentos de su Heptamerón (libro agradable a pesar de su contexto), ni creo que sea cosa de dificultad grande el pasar noches enteras con tranquilidad y calma cabales al lado de una mujer durante largo tiempo deseada, cumpliendo el juramento prometido con caricias, besos y tocamientos. Entiendo que el ejemplo del placer que la caza proporciona serviría mejor a probar que cuando a tal ejercicio nos consagramos no somos dueños de disponer libremente de nuestra razón; como el goce no es tan grande, las sorpresas son mayores, por lo cual nuestra atención maravillada pierde la ocasión de mantenerse apercibida a la casualidad, cuando después de una larga busca la pieza aparece bruscamente en el lugar donde menos se la esperaba; estos incidentes, y la algarabía de los gritos, nos emocionan de tal modo, que sería muy difícil, a los que gustan de este género de caza, apartar de pronto su pensamiento hacia otras ideas en el instante mismo en que el animal surge. Los poetas hicieron a Diana victoriosa de la antorcha del amor y de las flechas de Cupido:

Quis non malarum, quas amor curas habet,  
Hæc inter obliviscitur?<sup>2</sup>

Volviendo a mi interrumpido asunto, diré que me entristecen grandemente las aflicciones ajenas, y que lloraría fácilmente por simpatía si fuera capaz de llorar. Nada hay que tiene tanto mis lágrimas como el verlas en otros ojos, y no sólo las verdaderas me hacen efecto, sino también las fingidas o pintadas. No compadezco a los muertos, más bien los envidiaría; pero los moribundos inspíranme piadosos sentimientos. Los salvajes son para mí menos repulsivos al asar y comerse el cuerpo de sus víctimas, que los que atormentan y persiguen a los vivos. Las ejecuciones mismas de la justicia, por legítimas que sean, tampoco puedo verlas con serenidad. Para probar la clemencia de Julio César, decía un escritor latino: "Era tan dulce en sus venganzas que, habiendo forzado a rendirse a unos piratas que le habían hecho prisionero y exigían un rescate por su persona, se limitó a estrangularlos, aunque los amena-

<sup>1</sup> En la proximidad del placer, en el instante en que Venus fecunda su dominio. LUCRECIO, IV, 1099.

<sup>2</sup> ¿Es posible, en medio de estas diversiones, dejar de olvidar los cuidados del cruel amor? HORACIO, *Epod.*, II, 37.

zara con crucificarlos, lo cual ejecutó, pero después de estrangulados. A Filemón, su secretario, que había querido envenenarle, no lo castigó con dureza alguna, limitóse a matarle solamente." Sin decir quién era el historiador latino<sup>1</sup> que se atreve a considerar como un acto clemente el matar a los que nos ofendieron, fácil es adivinar que estaba contaminado de los repugnantes y horribles ejemplos de crueldad que los tiranos romanos habían puesto en moda.

Por lo que a mí toca, hasta en los mismos actos de justicia me parece cruel todo cuanto va más allá de la simple muerte; y más cruel todavía en nosotros, que debiéramos cuidar de que las almas abandonaran la tierra sosegadamente, lo cual es imposible cuando se las ha agitado y desesperado por medio de tormentos atroces. Un soldado que no ha muchos días se encontraba prisionero, advirtió desde lo alto de la torre que le servía de cárcel que el pueblo se reunía en la plaza y que algunos carpinteros levantaban un tinglado; creyendo que la cosa iba por él, desesperado, formó la resolución de matarse, para lo cual no encontró a mano más que un clavo viejo de carreta cubierto de moho, con que la casualidad le brindó; primeramente se hirió con el hierro dos veces junto a la garganta, pero viendo que no lograba su intento se plantó el clavo en el vientre y cayó desvanecido. Al entrar en la celda uno de sus guardianes, le halló vivo todavía, tendido en el suelo y desprovisto de fuerzas a causa de las heridas; entonces, con objeto de aprovechar el poco tiempo de vida que le quedaba, leyéronle la sentencia, y luego que hubo oído que se le condenaba solamente a cortarle la cabeza, pareció recobrar vigor nuevo, aceptó un poco de vino que antes había rechazado, dio gracias a sus jueces por la inesperada templanza de su condena, y declaró que había tomado la determinación de llamar a la muerte, por el temor de un cruel suplicio, creencia a que le movieron los aprestos que había visto prepararse en la plaza, en vista de los cuales se echó a pensar que se le aplicaría una pena terrible.

Yo aconsejaría que esos ejemplos de rigor, por medio de los cuales quiere mantenerse el respeto del pueblo, se practicaran solamente con los despojos de los criminales; el verlos privados de sepultura, el verlos hervir y el contemplarlos descuartizados, produciría tanto efecto en las gentes, como las penas que a los vivos se hacen sufrir, aunque en realidad aquél sea escaso o insignificante, pues como dice la Sagrada Escritura, *qui corpus occidunt, et postea non habent quod faciant*<sup>2</sup>. Los poetas sacaron gran partido del horror de esta pintura y la pusieron por cima de la muerte misma:

Heu! reliquias semiassi regis, denudatis ossibus,  
Per terram sanie delibutas fœde divexarier!<sup>3</sup>

Encontréme un día en Roma, en el momento en que ejecutaban a Catena, ladrón famoso; primeramente le estrangularon, sin que los asistentes manifestaran por ello emoción alguna, pero cuando empezaron a descuartizarle, el verdugo no daba un solo golpe sin que el pueblo le acompañara con voces quejumbrosas y exclamaciones unánimes, como si todo el mundo lamentase la suerte de aquellos despojos miserables. Ejérzanse tan inhumanos excesos con la envoltura, no con el cuerpo vivo. Así ablandó Artajerjes la rudeza de las antiguas leyes persas, ordenando que los señores que habían incurrido en algún delito en el

<sup>1</sup> Suetonio, *César*, c. 74.

<sup>2</sup> Matan el cuerpo y después de muerto nada más pueden hacer. S. LUC., c. XII, v. 4.

<sup>3</sup> ¡Ah! no dejéis que se arrastren por estos campos desoladores los sangrientos restos medio abrasados y descarnados hasta los huesos de un rey víctima del infortunio. ENIUS, citado por Cicerón, *Tuscul. quest.*, I, 44.

cumplimiento de sus cargos, en lugar de azotarlos, fuesen desposeídos de sus vestiduras, y éstas castigadas por ellos; y en vez de arrancarles los cabellos, se les quitaba la tiara. Los egipcios, tan amigos de cumplir escrupulosamente las prácticas de su religión, creían satisfacer a la divina justicia sacrificando cerdos simulados. Invención atrevida la de querer pagar con objetos ficticios a quien es sustancia tan esencial.

Yo vivo en una época pródiga en ejemplos increíbles de crueldad, ocasionados por la licencia de nuestras guerras intestinas; ningún horror se ve en los historiadores antiguos semejante a los que todos los días presenciarnos, a pesar de lo cual no he logrado familiarizarme con tan atroces espectáculos. Apenas podía yo persuadirme, antes de haberlo visto con mis propios ojos, de que existieran almas tan feroces que, por el solo placer de matar, cometieran muertes sin cuento, que cortaran y desmenuzaran los cuerpos, que aguzaran su espíritu para inventar tormentos inusitados y nuevos géneros de muerte, sin enemistad, sin provecho, por el solo deleite de disfrutar el grato espectáculo de las contorsiones y movimientos, dignos de compasión y lástima, de los gemidos y estremecedoras voces de un moribundo que acaba sus horas lleno de angustia.

Este es el grado último que la crueldad puede alcanzar: *Ut homo hominem, non iratus, non timens, tantum spectaturus, occidat*<sup>1</sup>. Jamás pude contemplar sin dolor la persecución y la muerte de un animal inocente e indefenso de quien ningún daño recibimos; comúnmente acontece que el ciervo, sintiéndose ya sin aliento ni fuerzas, no encontrando ningún recurso para salvarse, se rinde y tiende a los mismos pies de sus perseguidores, pidiéndoles gracia con sus lágrimas:

Questuque, cruentus,

Atque imploranti similis<sup>2</sup>:

siempre consideré dolorosamente tal espectáculo. Ningún animal cae en mis manos que no le deje inmediatamente en libertad; Pitágoras los compraba a los pescadores y pajareros para hacer con ellos otro tanto:

Primoque a cæde ferarum

Incaluisse puto maculatum sanguine ferrum<sup>3</sup>.

Los que para con los animales son sanguinarios denuncian su naturaleza propensa a la crueldad. Luego que los romanos se habituaron a los espectáculos en que las bestias recibían la muerte, vieron también gozosos fenecer a los mártires y a los gladiadores. La naturaleza misma, lo recelo al menos, engendró en el hombre cierta tendencia a la inhumanidad; nadie ve con regocijo a los irracionales en sus juegos y caricias, y todos gozan al verlos pelear y desgarrarse. Y porque nadie se burle de la simpatía que me inspiran, diré que la teología misma nos ordena que los tratemos bondadosamente. Considerando que el Creador nos puso en la tierra para su servicio, y que así el hombre como los brutos pertenecen a la familia de Dios, hizo bien la teología al recomendarnos afección y respeto hacia ellos. Pitágoras tomó de los egipcios la doctrina de la metempsicosis, que luego fue acogida por diversas naciones, principalmente por los druidas:

<sup>1</sup> Que el hombre mate a su semejante sin que a ello le impelan la cólera ni el temor, sino tan sólo por el placer de ver morir. SENECA, *Epist.*, 90.

<sup>2</sup> Y cubierto de sangre, parece solicitar gracia con sus lágrimas. VIRGILIO, *Eneida*, VII, 501.

<sup>3</sup> Yo creo que el primer acero que se forjó fue manchado con la sangre de los animales. OVIDIO, *Metam.*, XV, 106.

Morte carent animæ; semperque, priore reliota  
Sede, novis domibus vivunt, habitantque receptæ<sup>1</sup>:

la religión de los antiguos galos profesaba la creencia de que las almas eran eternas, y que jamás dejaban de cambiar de lugar, trasladándose de unos cuerpos en otros; con esa idea iba mezclada además la voluntad de la divina justicia, pues según los pecados del espíritu, cuando éste había permanecido, por ejemplo, en Alejandro, decían que Dios le ordenaba luego que habitase otro cuerpo semejante al primero en que había vivido.

Muta ferarum

Cogit vincla pater truculentos ingerit ursis,  
Prædonesque lupis; fallaces vulpibus addit.

Atque ubi per varios annos, per mille figuras  
Egit, Lethæo purgatos flumine, tandem  
Rursus ad humanæ revocat primordia formæ<sup>2</sup>.

si el alma había sido valiente, decían que se acomodaba en el cuerpo de un león; si voluptuosa, en el de un cerdo; si cobarde, en el de un ciervo o en el de una liebre; si maliciosa, en el de un zorro, y así sucesivamente, hasta que, purificada por el castigo de haber vivido en tales cuerpos, trasladábase nuevamente al humano:

Ipsæ ego, nam memini, Trojani tempore belli,  
Panthoides Euphorbus eram<sup>3</sup>.

Por lo que toca a este próximo parentesco entre el hombre y los animales, yo no le doy grande importancia, como tampoco al hecho de que algunas naciones, señaladamente las más antiguas y nobles, no sólo admitieron a los animales en su sociedad y compañía, sino que los colocaron en un rango más elevado que el de las personas, considerándolos como familiares y favoritos de sus dioses, respetándolos y reverenciándolos como a la divinidad. Pueblos hubo, que no reconocieron otra divinidad ni otro dios. *Belluæ a barbaris propter beneficium consecratæ*<sup>4</sup>:

Crocodilon adorat

Pars hæc; illa pavet saturam serpentibus ibin:  
Effigies sacri hic nitet aurea cercopitheci;  
..... hic piscem fluminis, illic  
Oppida tota canem venerantur<sup>5</sup>.

<sup>1</sup> Las almas no mueren; cuando abandonan su primera vivienda pasan a habitar residencias nuevas. OVIDIO, *Metam.*, XV, 158.

<sup>2</sup> El aprisiona las almas en el cuerpo de los animales; la que es cruel habita en las entrañas en un oso; la del ladrón, el cuerpo de un lobo; el zorro, alberga la de un bellaco... Sometidas por espacio de un prolongado ciclo de años a mil metamorfosis diversas, llegan por fin a purificarse en el río del olvido, y Dios hace que recobren su forma primitiva. CLAUDIANO, *in Rufin.*, II, 482.

<sup>3</sup> Yo mismo, todavía me acuerdo, era Euforbe, hijo de Panteo, en la época de la guerra de Troya. — Ovidio hace hablar así a Pitágoras en las *Metamorfosis*, XV, 160.

<sup>4</sup> Los bárbaros divinizaron a los animales porque de ellos recibieron beneficios. CICERON, *de Nat. deor.*, I, 36.

<sup>5</sup> Unos adoran el cocodrilo; otros contemplan con horror religioso el pájaro Ibis, que se alimenta de serpientes; aquí, en los altares resplandece la estatua de oro

La interpretación misma que Plutarco hace de este error, que es muy atinada, recae también en honor de los antiguos; pues asegura que, por ejemplo, los egipcios no adoraban individualmente al gato o al buey, sino que en ambos animales rendían culto a la personificación del poder divino: en el segundo la paciencia y el provecho, y en el primero la vivacidad o, como nuestros vecinos los borgoñones y también los alemanes, el desasosiego por verse encerrados, con lo cual representaban la libertad, que ponían por cima de toda otra facultad divina. Cuando veo en los que practican opiniones más moderadas los razonamientos con que procuran mostrarnos la cercana semejanza que existe entre nosotros y los animales, las facultades que nos son comunes y la verosimilitud con que a ellos se nos compara, quito mucho lustre a nuestra presunción y me despojo de buen grado del reinado imaginario que sobre las demás criaturas se nos confiere.

Aun cuando todo esto fuera discutible, existe sin embargo cierto respeto y un deber de humanidad que nos liga, no ya sólo a los animales, también a los árboles y a las plantas. A los hombres debemos la justicia; benignidad y gracia, a las demás criaturas que pueden ser capaces de acogerlas; existe cierto comercio entre ellas y nosotros y cierta obligación mutua. Yo no tengo inconveniente alguno en confesar la ternura de mi naturaleza, tan infantil, que no puede rechazar a mi perro las caricias intempestivas con que me brinda, ni las que me pide. Los turcos piden limosnas y tienen hospitales para el cuidado de los animales. Los romanos cuidaron con exquisito esmero de las ocas, por cuya vigilancia se salvó el Capitolio. Los atenienses ordenaron que las mulas y machos que habían prestado servicios en la construcción del templo llamado Hecatompedón no trabajaran más, y fueran libres de pastar donde los placiera, sin que nadie pudiera impedirselo. Los agrigentinos enterraban ceremoniosamente los animales a quienes habían profesado cariño, como los caballos dotados de alguna rara cualidad, los perros y las aves cantoras, y hasta los que habían servido a sus hijos de pasatiempo. La magnificencia que les era inherente en las demás cosas, resplandecía también en el número y la suntuosidad de los monumentos elevados a aquel fin, los cuales existieron hasta algunos siglos después. Los egipcios daban sepultura en tierra sagrada a los lobos, los osos, los cocodrilos, los perros y los gatos; embalsamaban los cuerpos y llevaban luto cuando morían. Cimón dio honrosa sepultura a las yeguas con que ganó tres veces consecutivas el premio de la carrera en los juegos olímpicos. Xantipo el antiguo hizo enterrar a su perro en un promontorio situado en la costa del mar que después llevó su nombre, y Plutarco consideraba como caso de conciencia el vender y enviar a la carnicería, por alcanzar un provecho insignificante, un buey que por espacio de mucho tiempo le había servido.

de un mono de larga cola; allá adoran a un pez del Nilo; pueblos enteros se prosternan ante un perro. JUVENAL, XV, 2-7.

## CAPITULO XII

APOLOGIA DE RAIMUNDO SABUNDE<sup>1</sup>

Es en verdad la ciencia cosa de suyo grande. Los que la desprecian acreditan de sobra su torpeza; mas yo no estimo por ello su valer hasta la extrema medida que algunos la atribuyen, como por ejemplo, Herilo el filósofo, que colocaba en ella el soberano bien y aseguraba que en la ciencia sólo residía el poder de hacernos prudentes y contentos, lo cual no creo cierto, así como tampoco lo que otros han dicho: que la ciencia es madre de toda virtud, y que todo vicio tiene su origen en la ignorancia. Dado que fuesen ciertas, aserciones tales siempre están sujetas a larga controversia. Mi casa ha estado desde larga fecha abierta a las personas de saber, y por ello es conocida, pues mi padre, que la ha gobernado por espacio de más de cincuenta años, animado por el nuevo ardor de que dio primeramente muestras el rey Francisco I abrazando las letras y poniéndolas en crédito, buscó con interés la compañía de hombres doctos, recibéndolos espléndida y fastuosamente como a personas santas a quienes adornara alguna particular inspiración de la divina sabiduría, recogiendo sus discursos y sentencias, cual si de oráculos emanasen, y con tanta más reverencia y religiosidad cuanto que no se hallaba en estado de juzgarlas, pues no tenía ningún conocimiento de las letras, como tampoco lo tuvieron sus predecesores. Yo amo las letras, mas no las adoro. Pedro Brunel, entre otros, hombre muy reputado, habiéndose detenido algunos días en Montaigne en compañía de mi padre y con otras personas sabias, hizole obsequio al marcharse de un libro que se titula: *Theologia naturalis, sive liber creaturarum, magistri Raimondi de Sebonde*; y como las lenguas italiana y española eran a mi padre familiares, y el libro está escrito en un español mezclado de terminaciones latinas, suponía aquél que mediante algún esfuerzo podía mi padre sacar de su lectura algún provecho, recomendándosela además como obra muy útil y adecuada a la época: era, en efecto, el tiempo en que las nuevas de Lutero principiaban a alcanzar crédito y a quebrantar nuestras antiguas creencias en muchos puntos. En ello opinaba bien Pedro Brunel, previendo que aquel comienzo de enfermedad muy luego degeneraría en ateísmo execrable, pues careciendo el vulgo de la facultad de juzgar de las cosas por sí mismas, dejándose llevar por las apariencias, luego que han dejado en su mano la libertad de despreciar y examinar las ideas que hasta entonces había tenido en extrema reverencia, como son todas aquellas de que depende su salud eterna, y que ha visto poner en tela de juicio algunos artículos de su religión, muy pronto se desprende en tal incertidumbre de todas

<sup>1</sup> Llamado también *Sebón*, *Sebeide*, *Sabonde* o *de Sebonde*; se ignora el año de su nacimiento; murió en Tolosa, en 1432, donde profesó la medicina y la teología, V. en *La Ciencia Española*, del señor Menéndez y Pelayo, el capítulo sobre "la patria de Raimundo Sabunde".



circunstancias son comunes a las otras religiones: esperanza, confianza, ceremonia, penitencia y martirios; la marca peculiar de la verdad de nuestra religión debiera ser nuestra virtud, como es también el más celeste distintivo y el más difícil y la más digna producción de la verdad. Por eso tuvo razón nuestro buen San Luis, cuando aquel rey tártaro que se convirtió al cristianismo quiso venir a León a besar los pies del papa, para reconocer la santidad de nuestras costumbres, al disuadirle al punto de su propósito, temiendo que nuestra licenciosa manera de vivir le apartara de una creencia tan santa. Lo contrario precisamente que aconteció a aquel otro que fue a Roma para fortificar su fe, y viendo de cerca la vida disoluta de los prelados y del pueblo, se arraigaron en su alma más y más las creencias de nuestra religión al considerar cuánta debe ser su fuerza y divinidad, puesto que alcanza el mantenimiento de su esplendor y dignidad en medio de tanta corrupción y entregada en manos tan viciosas. Si tuviéramos una sola gota de fe, removeríamos las montañas del lugar en que tienen su asiento, dice la Sagrada Escritura<sup>1</sup>; nuestras acciones, que estarían guiadas y acompañadas de la divinidad, no serían simplemente humanas, tendrían algo de milagroso, como nuestra creencia: *Brevis est institutio vitæ honestæ beatæque, si credas*<sup>2</sup>. Los unos hacen ver al mundo que tienen fe en lo que no creen; otros, en mayor número, se engañan a sabiendas, sin acertar a penetrar en qué consiste el creer; nos maravilla, sin embargo, que en las guerras que a la hora presente desolan nuestro Estado, el ver flotar los acontecimientos de modo diverso, de una manera común y ordinaria: la razón de ello es que la fe está ausente de nuestras luchas. La justicia, que reside en uno de los partidos, no figura sino como ornamento y cobertura; con razones se la alega, pero ni es atendida ni tomada en consideración ni reconocida tampoco; figura lo mismo que en boca del abogado, no en el corazón ni en la afección de ninguno de los beligerantes. Debe el Señor su extraordinaria misericordia a la fe y a la religión, en manera alguna a nuestras pasiones; los hombres las conducen y les dan rienda suelta so pretexto de religión, cuando debiera acontecer precisamente todo lo contrario. Poned atención, y veréis cuál acomodamos como blanda cera la religión a nuestros caprichos, haciéndola adoptar todas las formas que nos viene en ganas. Jamás abuso tal se vio en Francia como en los tiempos en que vivimos. Tómenla a tuertas o a derechas, digan negro o blanco, todos la emplean de modo parecido, todos la ponen al nivel de sus empresas ambiciosas, todos la usan para realizar el desorden y la injusticia, de tal suerte que hacen bien dudosa y difícil de creer la diversidad de opiniones que alegan como justificación de sus actos, en cosa de que depende la norma y ley de nuestra vida: ¿acaso pueden emanar de la misma escuela y disciplina costumbres más unidas ni más unas? Considerad la horrible imprudencia con que jugamos con las razones divinas y cuán irreligiosamente las adoptamos y las dejamos, a tenor que la fortuna nos cambia de lugar en estas tempestades públicas. Este solemne principio de sí es lícito al súbdito rebelarse y armarse contra el soberano para defender la religión, recordad en boca de quiénes se oyó el año anterior la respuesta afirmativa, y quiénes lo enarbolaron como estandarte; recordad también a los que propendieron por la negativa, los cuales también hicieron bandera de su respuesta, y oíd al presente el lado de donde viene la voz e instrucción de uno y otro parecer, y si las armas se entrechocan menos por esta causa o por aquélla. Quemamos a las gentes cuya opinión es que precisa hacer que la verdad sufra el yugo de nuestra necesidad, a los que entienden que aquélla debe sufrir

<sup>1</sup> Evangelio de SAN MATEO, XVII, 19.

<sup>2</sup> Cree, y conocerás muy luego el camino de la virtud y de la dicha. QUINTILIANO, XII, II.

las modificaciones que exija el interés de nuestra causa. Confesamos la verdad: ¿quién acertaría a elegir entre la multitud a los que pone en movimiento el celo solo de una afección religiosa, ni siquiera a los que sólo consideran la protección de las leyes de su país o el servicio del príncipe? Con todos juntos no podría formarse ni una compañía cabal. ¿De qué proviene el que sean tan contados los que hayan mantenido voluntad y progreso invariables en nuestros trastornos públicos y que nosotros los veamos unas veces caminar al paso, otras adoptar una carrera desenfrenada? ¿En qué se fundamenta el que hayamos visto a los mismos hombres, ya malbaratar nuestros intereses por su rudeza y violencia, ya por su frialdad, blandura y pesadez, si la causa de todo no la atribuimos a que los empujan sólo consideraciones particulares y casuales, cuya diversidad únicamente los mueve?

Veo con toda evidencia que no concedemos a la devoción sino aquellas prácticas que halagan nuestras pasiones. No hay posibilidad que aventaje a la que reconoce por causa el interés de la religión: nuestro celo en ese caso ejecuta maravillas cuando secunda nuestra inclinación hacia el odio, la crueldad, la ambición, la avaricia, la detracción, la rebelión; por el contrario, hacia la bondad, la benignidad, la templanza, si como por singularidad alguna rara compleción no guarda en sí la semilla de esas virtudes, lo demás no la encamina ni de grado ni por fuerza. Nuestra religión fue instituida para extirpar los vicios, mas sin embargo, los cubre, los engendra y los incita. De Dios nadie puede burlarse. Si creyéramos en él, no ya por el camino de la fe, sino por el de la simple creencia, o tan sólo (y lo digo para nuestra confusión y vergüenza) como en otra persona, como en uno de nuestros compañeros, le amaríamos sobre todas las cosas por la infinita bondad y belleza infinita que resplandecen de él; cuando menos, le colocaríamos en el mismo rango de afección que las riquezas, los placeres, la gloria y los amigos. El mejor de todos nosotros nada teme ultrajarle, y sin embargo se cuida muy mucho de no ofender a su vecino, a su pariente o a su amo. ¿Existe algún entendimiento, por grande que sea su simplicidad, que teniendo a un lado el objeto de alguno de nuestros viciosos placeres y de otro el destino de una gloria inmortal abrigara la menor duda en la elección del uno o de la otra? Renunciamos, sin embargo, a ella por puro menosprecio, pues ¿qué idea nos arrastra a la blasfemia si no es el deseo mismo de inferir esta ofensa? Como iniciaran al filósofo Antístenes en los misterios de Orfeo, decíale el sacerdote que los que practicaban aquella religión recibirían cuando les llegara la muerte eternos y perfectos bienes. "¿Por qué si tal es tu creencia, repuso el filósofo, no mueres tú mismo?" Diógenes, con brusquedad mayor, según su modo, y a mayor distancia de nuestro caso, contestó al sacerdote que le recomendaba que abrazase sus creencias para alcanzar la dicha eterna: "¿Tú quieres que yo me persuada de que Agesilao y Epaminondas, que son hombres grandes, serán miserables, y que tú, que no haces nada, ni eres más que un botrego incapaz de nada que valga la pena, serás bienaventurado porque eres sacerdote?" Esas grandes promesas de la eterna beatitud, si a la manera como acogemos las doctrinas filosóficas las recibiéramos, no nos horrorizaríamos ante la muerte, como nos horrorizamos:

Non jam se moriens dissolvi conquereretur;  
Sed magis ire foras, vestemque relinquere, ut anguis,  
Gauderet, prælonga senex aut cornua cervus<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> En vez de lamentar nuestra disolución dejaríamos gozosos la vida; abandonaríamos nuestra envoltura como la culebra deja la piel que la cubre, como el ciervo se deshace de su inútil cornamenta. LUCRECIO, III, 612.

"Quiero desaparecer, diríamos e irme con Nuestro Señor Jesucristo."<sup>1</sup> La elocuencia del discurso de Platón sobre la inmortalidad del alma impelió a la muerte a algunos de sus discípulos para gozar así más prontamente de las esperanzas que el filósofo les prometía.

Todo esto es signo evidéntísimo de que no recibimos nuestra religión sino a nuestro modo y con nuestras propias manos, como las otras religiones se reciben. Encontrámonos en el país en que la religión católica se practica; consideramos su antigüedad o la autoridad de los hombres que la han defendido, tememos las amenazas que acompañan a los que no creen, o seguimos sus promesas. Estas consideraciones deben emplearse en apoyo de nuestra creencia, pero solamente como cosa subsidiaria, pues no son más que lazos humanos: otra religión, distintos testigos, promesas análogas y amenazas semejantes, podrían imprimir en nosotros por el mismo camino una idea contraria. Somos cristianos de la misma suerte que perigordianos o alemanes. Lo que dice Platón, de que hay pocos hombres tan firmes en el ateísmo, que cualquier daño que les acontezca no los conduzca al reconocimiento del poder divino, papel semejante no tiene nada que ver con la idea de un verdadero cristiano; propio es sólo de las religiones mortales y humanas el ser recibidas por una terrenal conducta. ¿Qué género de fe es la que la cobardía y la debilidad de ánimo arraigan en nosotros? ¡Bonita fe la que no admite lo que cree, sin tener para ello otra razón que la falta de valor para rechazarlo! Pasiones viciosas como las de la inconstancia y la de la sorpresa, ¿pueden ocasionar en nuestra alma ni siquiera una influencia ordenada? Creen éstos, añade Platón, fundamentándose en su propio juicio, que todo cuanto se refiere del infierno y de las penas futuras es fingido, mas cuando la ocasión de experimentarlas se acerca con la vejez y las enfermedades, y con ellas la muerte, el terror los llena de una creencia nueva, por el horror de su condición en lo porvenir. Y porque tales impresiones hacen temerosos los ánimos, prohíbe el filósofo en sus leyes el conocimiento de aquellas amenazas, y procura persuadir a los hombres que de los dioses no pueden recibir mal alguno, sino es para recoger luego mayor bien, después que recibe el daño y como un medicinal efecto. Refiérese de Bion que, contaminado con el ateísmo de Teodoro, se burló largo tiempo de los hombres religiosos, pero que al sorprenderle la muerte arrastró su alma a las supersticiones más extremadas, cual si los dioses existieran o no existieran conforme a la voluntad de Bion. Platón, y también los citados ejemplos lo demuestran, sostiene que los hombres se encaminan a Dios por el amor o por la fuerza. Siendo, como es el ateísmo, un principio desnaturalizado y monstruoso, difícil también de inculcar en el espíritu humano, por insolente y desordenado que éste se suponga, hanse visto bastantes que por vanidad o rebeldía concibieron opiniones nada vulgares e ideas reformadoras para aplicarlas al mundo, y mantener su obra por tesón o dignidad; pues si son locos en grado suficiente, en cambio no son bastante fuertes para alojar en su conciencia la obra que realizaron, por eso no dejarán de elevar sus brazos al cielo si reciben en el pecho la herida de una espada. Y cuando el miedo o la enfermedad hayan abatido y enmohecido ese licencioso fervor de humor versátil, tampoco dejarán de volver sobre sí mismos, ni con toda discreción de acomodarse a las creencias y ejemplos públicos. Cosa muy distinta es un dogma seriamente digerido de esas superficiales impresiones que, emanadas del desorden de un espíritu sin atadero, van nadando en la fantasía temeraria e inciertamente. ¡Espíritus miserables y sin seso, que tratan de traspasar en maldad el límite que sus fuerzas consienten!

El error del paganismo y la ignorancia de nuestra santa verdad dejó caer

<sup>1</sup> SAN PABLO, *Epístola a los Filipenses*.

el alma grande de Platón, grande sólo humanamente, en este otro error semejante: "que los niños y los viejos son más susceptibles de religión"; como si ésta naciera y encontrara todo su crédito en nuestra debilidad. El nudo que debiera unir nuestro juicio y nuestra voluntad, el que debiera estrechar nuestra alma y elevarla a nuestro Creador, debería ser un nudo que tomara sus repliegues y su fortaleza no de nuestra consideración ni de nuestras razones y pasiones, sino de un estrechamiento divino y sobrenatural, que no tuviera más que una forma, un aspecto y una apariencia, que es la autoridad de Dios y su gracia. Ahora bien, como nuestro corazón y nuestra alma están regidos y gobernados por la fe, es prudente que ésta saque al servicio de su designio todas las demás partes que nos componen según la naturaleza de cada una. Así, no es creíble que toda esta máquina deje de tener selladas algunas de las marcas de la mano de ese gran arquitecto, y que no haya alguna imagen en las cosas de este mundo que en cierto modo se relacione con el obrero que las ha edificado y formado. Dios dejó en sus altas obras impreso el carácter de la divinidad, y sólo nuestra flaqueza de espíritu nos priva de descubrirlo. El mismo nos dice que sus acciones invisibles nos las manifiesta por medio de las visibles. Sabunde ha trabajado este digno estudio y nos muestra cómo no hay nada en el mundo que desmienta a su Creador. Estaría en oposición con la divina bondad el que el universo no consintiera en nuestra creencia: el cielo, la tierra, los elementos, nuestro cuerpo y nuestra alma, todas las cosas conspiran en apoyo de nuestra fe; el toque está en saber servirse de ellas y en encontrar para ello el camino; las cosas nos instruyen siempre y cuando que seamos capaces de entenderlas, pues este mundo es un templo santísimo, dentro del cual el hombre ha sido introducido para contemplar monumentos que no son obra de mortal artifice, sino que la divina sabiduría hizo sensibles: el sol, las estrellas, las aguas y la tierra para representarnos las cosas inteligibles. "Las invisibles y divinas, dice san Pablo<sup>1</sup>, muéstranse por la creación del mundo, considerando la eterna sabiduría del Hacedor y su divinidad mediante sus obras."

Atque adeo faciem cœli non invidet orbi  
Ipse Deus, vultusque suos, corpusque recludit  
Semper volvendo; seque ipsum inculcat, et offert:  
Ut bene cognosci possit, doceatque videndo  
Qualis eat, doceatque suas attendere leges<sup>2</sup>.

Ahora bien; nuestra razón y humanos discursos son como materia estéril y pesada: la gracia de Dios es la forma de ellos y lo que les comunica precio y apariencia. De la propia suerte que las acciones virtuosas de Sócrates y Catón fueron inútiles y vanas porque no estuvieron encaminadas a ningún fin, porque no tuvieron en cuenta el amor y obediencia del Creador verdadero de todas las cosas, y porque aquellos filósofos ignoraron a Dios, así acontece con nuestras imaginaciones y discursos, que en apariencia muestran alguna forma, pero que en realidad no son más que una masa informe, sin armonía ni luz, si la fe y la gracia del Señor no los acompañan. La fe ilustró los argumentos de Sabunde y los convirtió en firmes y sólidos, capaces de servir de ruta y

<sup>1</sup> *Epístola a los Romanos*.

<sup>2</sup> Dios no envidia a las criaturas la dicha de contemplar el firmamento; al ordenar que éste ruede sin cesar sobre nuestras cabezas, él mismo se expone ante nuestra vista al descubierto; muéstranos para ser claramente conocido, y nos enseña a contemplar su marcha y a conocer y a meditar detenidamente sus leyes. MANILIO, IV, 907.

primer guía a un primerizo para ponerle en camino de la divina ciencia; esos raciocinios le acomodan de todas armas y hacen visible la gracia de Dios, por medio de la cual se elabora luego nuestra creencia. Yo sé de un hombre de autoridad científica, versado en el estudio de las letras, que me ha confesado haber desechado los errores de la falta de creencia por el solo auxilio de los argumentos de Sabunde. Y aun cuando se los despojara del ornamento, socorro y aprobación de la fe, tomándolos por fantasías puramente humanas, para combatir a los que se precipitaron en las espantosas y horribles tinieblas de la irreligión, serían todavía tan sólidos y tan firmes como cualesquiera otros de la misma condición que pretendieran oponérseles; de suerte que podemos decir con fundamento:

Si melius quid habes, arcesse; vel imperium fer<sup>1</sup>:

sufren, pues, el empuje de nuestras pruebas o hágannos patentes las suyas. Y con esto vengo a dar, sin haberlo advertido, a la segunda objeción que se hace más comúnmente a la obra de Sabunde.

Dicen algunos que sus argumentos son débiles e insuficientes a demostrar lo que se propone, e intentan sin dificultad objetarlos. Preciso es sacudir a éstos con alguna mayor rudeza, pues son más dañinos y de peor hombría de bien que los primeros. De buen grado se acomodan las doctrinas ajenas en favor de las opiniones que profesamos y de los prejuicios que guardamos; para un ateo todos los escritos le encaminan al ateísmo; el ateo inficiona con su propio veneno la idea más inocente. Tienen éstos muy arraigada la preocupación en el juicio, y así su palabra no gusta de los razonamientos de Sabunde. Por lo demás, antójaseles que se les concede la victoria al dejarlos en libertad de combatir nuestra religión valiéndose de armas humanas, la cual no osarían atacar en su majestad llena de autoridad y mando. El medio que yo empleo para rebatir este frenesí, y que me parece el más adecuado, es el de humillar y pisotear el orgullo de la altanería humana; hacer patentes la inanidad, la vanidad y la bajeza del hombre; arrancarle de cuajo las miserables armas de su razón; hacerle bajar la cabeza y morder el polvo bajo la autoridad y reverencia de la majestad divina. Sólo a ella pertenecen la ciencia y la sabiduría; ella sola es la que puede por sí misma estimar las cosas en su esencia y de quien nosotros tomamos toda luz.

Οὐ γὰρ ἐξ ἑρνεύειν ὁ Θεὸς μέγα ἄλλον ἢ ἑαυτὸν<sup>2</sup>.

Echemos por tierra aquella creencia presuntuosa, primer fundamento de la tiranía del maligno espíritu: *Deus superbis resistit; humilibus autem dat gratia*<sup>3</sup>. La inteligencia, dice Platón, reside sólo en los dioses y muy poco o casi nada en los hombres. Así que constituye un consuelo grande para el cristiano el ver que nuestros órganos mortales y caducos estén tan bien dispuestos para la fe santa y divina, y que cuando se los emplea en los actos de su naturaleza mortal no sean tan apropiados ni tan fuertes. Veamos, pues, si el hombre tiene en su mano razones más poderosas que las de Sabunde; veamos si dispone siquiera del poder de alcanzar alguna certidumbre por razonamientos o argu-

<sup>1</sup> Si tenéis en vuestra mano algo mejor, mostrádnoslo; y si no, someteos. HORACIO, *Epist.*, I, 5, 6.

<sup>2</sup> Porque Dios no quiere que nadie se enorgullezca si no es él. Así habla Artaban a Jerjes en la historia de HERODOTO, VII, 10.

<sup>3</sup> Dios hace frente a los soberbios y perdona a los humildes. 1<sup>a</sup> *Epist.*, SAN PEDRO, c. V, v. 5.

mentos. Hablando san Agustín contra los incrédulos, halla ocasión de echarles en cara su injusticia, porque encuentran falsos los fundamentos de nuestra creencia que, según aquéllos, nuestra razón no puede llegar a establecer; y para mostrar que bastantes cosas pueden ser o haber sido, de las cuales nuestro espíritu no acertaría a fundamentar la naturaleza ni las causas, les hace ver ciertas experiencias conocidas e indudables, a las cuales el hombre confiesa ser ajeno. De ello habla san Agustín, como de todas las demás cosas, con fineza e ingenio agudo. Es preciso avanzar más y enseñarles que para que se convenzan de la debilidad de su razón no hay necesidad de ir escogiendo ejemplos singulares y peregrinos; que la razón es de suyo tan corta y tan ciega, que no hay verdad por luminosa que sea que de tal suerte le aparezca; que lo fácil y lo difícil son para ella una cosa misma; que todos los asuntos por igual, y la naturaleza en general, desapruaban su jurisdicción y entrometimiento.

¿Qué es lo que la verdad pregona cuando lo pregona? Huir la mundana filosofía<sup>1</sup>; dícenos que nuestra sabiduría no es sino locura a los ojos de Dios; que de todas las vanidades ninguna sobrepasa a la del hombre<sup>2</sup>; que el que presume de su saber, ni siquiera sabe en qué consiste el saber, y que el hombre, que no es nada, si piensa ser alguna cosa, se seduce a sí mismo y se engaña. Estas sentencias del Espíritu Santo expresan tan claramente y de un modo tan vivo los principios que yo quiero mantener, que no necesitaría echar mano de ninguna otra prueba contra gentes que se rendirían con entera sumisión y obediencia a su autoridad; mas éstos de que aquí se trata se obstinan en ser azotados a sus propias expensas y no consienten en sufrir que se combata su razón de otro modo que con la razón misma.

Consideremos, pues, por un momento al hombre solo, sin auxilio ajeno, armado solamente de sus facultades y desposeído de la gracia y conocimiento divinos, que constituyen su honor todo, su fuerza, el fundamento de su ser; veamos cuál es su situación en estado tan peregrino. Hágame primeramente comprender por el esfuerzo de su razón sobre qué cimientos ha edificado la superioridad inmensa que cree disfrutar sobre las demás criaturas. ¿Quién le ha enseñado que ese movimiento admirable de la bóveda celeste, el eterno resplandor de esas antorchas que soberbiamente se mantienen sobre su cabeza, las tremendas sacudidas de esa mar infinita, hayan sido establecidos y continúen durante siglos y siglos para su comodidad y servicio? ¿Es acaso posible imaginar nada tan ridículo como esta miserable y raquítica criatura que ni siquiera es dueña de sí misma, que se halla expuesta a recibir daños de todas partes, y que, sin embargo, se cree emperadora y soberana del universo mundo, del que ni siquiera conoce la parte más ínfima, lejos de poder gobernarlo? Y ese privilegio que el hombre se atribuye en este soberbio edificio de pretender ser único en cuanto a capacidad para reconocer la belleza de las partes que lo forman, el solo el que puede dar gracias al magistral arquitecto y hacerse cargo de la organización del mundo, ¿quién le ha otorgado semejante privilegio? Que nos haga ver las pruebas de tan grande y hermosa facultad, que ni siquiera a los más sabios fue concedida. Casi a nadie fue otorgada concesión semejante, y menos, por consiguiente, habían de participar de ella los locos y los perversos, que constituyen lo peor que hay en el mundo. *Quorum igitur causa qui dixerit effectum esse mundum? Eorum scilicet animantium, quae ratione utuntur; hi cuncti dii et homines, quibus profecto nihil est melius*<sup>3</sup>: nunca denostaríamos

<sup>1</sup> SAN PABLO, a los Colosenses.

<sup>2</sup> SAN PABLO, a los Corintios.

<sup>3</sup> El estoico Balbo, que en la obra de CICERON, *de Nat. deor.*, II, 54, habla así: *Quorum igitur*, etc. "¿Para quién diremos, pues, que el mundo fue criado? Sin duda

bastante la impudencia de pretensión tan risible. ¡Infeliz! ¿Qué calidades le acompañan para ser acreedor a tan sublime distinción? Considerando esa vida inmarcesible de los cuerpos celestes, la hermosura de ellos, su magnitud, su continuo movimiento con tanta exactitud acompañado:

Quum suspicimus magni caelestia mundi  
Templa super, stellisque micantibus aethera fixum,  
Et venit mentem lunæ solisque viarum<sup>1</sup>;

al fijarnos en la dominación y poderío de esos luminares, que no sólo ejercen influencia sobre nuestras vidas y fortuna,

Facta etenim et vitas hominum suspendit ab astris<sup>2</sup>,

sino sobre nuestras inclinaciones mismas, sobre nuestra razón, sobre nuestra voluntad, las cuales rigen, empujan y agitan a la merced de su influencia, conforme el raciocinio nos enseña y descubre:

Speculataque longe  
Deprendit tacitis dominantia legibus astra,  
Et totum alterna mundum ratione moveri,  
Factorumque vices certis discurrere signis<sup>3</sup>;

al ver que, no ya un solo hombre ni un rey, sino que las monarquías, los imperios y cuanto hormiguea en este bajo mundo se mueve u oscila a tenor del más insignificante movimiento celeste:

Quantaque quam parvi faciant discrimina motus...  
Tantum est hoc regnum, quod regibus imperat ipsis<sup>4</sup>;

si nuestra virtud, nuestros vicios, nuestra ciencia y capacidad, y la misma razón con que nos hacemos cargo de las revoluciones astronómicas y de la relación de ellas con nuestras vidas procede, como juzga aquélla, por su favor y mediación:

Furit alter amore,  
Et pontum tranare potest, et vertere Trojam:  
Alterius sors est scribendis legibus apta.  
Ecce patrem natí perimunt, natosque parentes;  
Mutuaque armati coeunt in vulnera fratres.  
Non nostrum hoc bellum est; coguntur tanta movero,

para los seres animados, dotados de razón: para los dioses y los hombres, que son las más perfectas entre todas las criaturas."

<sup>1</sup> Cuando contemplamos sobre nuestras cabezas esas inmensas bóvedas del mundo y los astros que las esmaltan; cuando reflexionamos en el ordenado curso de la luna y del sol. LUCRECIO, V, 1203.

<sup>2</sup> Porque la vida y las acciones de los hombres están sujetas a la influencia de los astros. MANILIO, III, 58.

<sup>3</sup> La razón reconoce que estos astros que tan lejos vemos de nosotros ejercen sobre el hombre un secreto imperio; que los movimientos del universo están sujetos a leyes periódicas, y que el encadenamiento de los destinos está determinado por signos ciertos. MANILIO, I, 60.

<sup>4</sup> Los cambios y trastornos mayores reconocen por origen esos movimientos insensibles, cuyo imperio supremo alcanza hasta a los mismos reyes. MANILIO, I, 55; IV, 93.

Inque suas ferri pœnas, lacerandaque membra.  
.....  
Hoc quoque fatale est, sic ipsum expendere fatum<sup>1</sup>;

si de la organización del cielo nos viene la parte discursiva de que disponemos, ¿cómo puede esta parte equipararnos a aquél? ¿Cómo someterá a nuestra ciencia sus condiciones y su esencia? Todo cuanto vemos en esos cuerpos nos admira: *Quæ molitio, quæ ferramenta, qui vectes, quæ machinæ, qui ministri tanti operis fuerunt?*<sup>2</sup> ¿Por qué, pues, los consideramos como privados de alma, vida y raciocinio? ¿Acaso hemos podido reconocer en ellos la inmovilidad y la insensibilidad, no habiendo con ellos mantenido otra relación que la de sumisión y obediencia? ¿Osaremos decir acaso que no hemos visto en ninguna criatura si no es en el hombre el empleo de un alma razonable? ¡Pues qué! ¿hemos visto algo que se asemeje al sol? ¿Deja de existir lo mismo porque no hayamos visto nada que se le asemeje, ni sus movimientos de existir porque no los haya semejantes? Si tantas cosas como no hemos tocado no existen, nuestra ciencia es de todo punto limitada. *Quæ sunt tantæ animi angustie?*<sup>3</sup> ¿Acaso son soñaciones de la humana vanidad el creer que la luna es una tierra celeste; suponer como Anaxágoras que en ella hay valles y montañas y viviendas para los seres humanos, o establecer colonias para nuestra mayor comodidad, como hacen Platón y Plutarco, y también considerar a la tierra como un astro luminoso? *Inter cætera mortalitatis incommoda, et hoc est, caligo mentium; nec tantum necessitas errandi, sed errorum amor.*<sup>4</sup> *Corruptibile corpus aggravat animam, et deprimit terrena inhabitatio sensum multa cogitantem.*<sup>5</sup> La presunción es nuestra enfermedad natural y original. La más frágil y calamitosa de todas las criaturas es el hombre, y a la vez la más orgullosa: el hombre se siente y se ve colocado aquí bajo, entre el fango y la escoria del mundo, amarrado y clavado a la peor parte del universo, en la última estancia de la vivienda, el más alejado de la bóveda celeste, en compañía de los animales de la peor condición de todas, por bajo de los que vuelan en el aire o nadan en las aguas, y sin embargo se sitúa imaginariamente por cima del círculo de la luna, suponiendo el cielo bajo sus plantas. Por la vanidad misma de tal presunción quiere igualarse a Dios y atribuirse cualidades divinas que elige él mismo; se separa de la multitud de las otras criaturas, aplica las prendas que le acomodan a los demás animales, sus compañeros, y distribuye entre ellos las fuerzas y facultades que tiene a bien. ¿Cómo puede conocer por el esfuerzo de su inteligencia los movimientos secretos e internos de los animales?

<sup>1</sup> El uno, loco de amor, desafía al mar tempestuoso para ocasionar la ruina de Troya, su patria. Otro es destinado por la suerte a dictar leyes. Aquí los hijos asesinan a sus padres; allá los padres degüellan a sus hijos, y hermanos contra hermanos luchan con mano sacrilega. No acusemos a los hombres de sus crímenes: el destino los arrastra y los fuerza a desgarrarse, a castigarse con sus propias manos... Y si yo hablo así del destino, es porque el destino mismo lo ha querido. MANILIO, IV, 79, 118.

<sup>2</sup> ¿Qué instrumentos, qué palancas, qué máquinas, qué obreros elevaron un edificio tan vasto? CICERON, *de Nat. deor.*, I, 8.

<sup>3</sup> ¡Ah! cuán reducidos son los límites de nuestro espíritu. CICERON, *de Nat. deor.*, I, 31.

<sup>4</sup> Entre otros males a que está sujeta la humana naturaleza uno de ellos es la ceguedad del alma, que obliga al hombre a errar y le hace todavía amar sus errores. SENECA, *de Ira*, II, 9.

<sup>5</sup> El cuerpo, sujeto a la corrupción entorpece el alma del hombre; y esa grosera envoltura rebaja su pensamiento y le sujeta a la tierra. Libro *de la Sabiduría*, IX, 15, citado por SAN AGUSTIN, *de Civit. Dei*, XII, 15.

¿De qué razonamiento se sirve para asegurarse de la pura y sola animalidad que les atribuye? Cuando yo me burlo de mi gata, ¿quién sabe si mi gata se burla de mí más que yo de ella? Nos distraemos con monerías recíprocas; y si yo tengo mi momento de comenzar o de dejar el juego, también ella tiene los suyos. Platón, en su pintura de la edad de oro, bajo Saturno, incluye entre los principales privilegios del hombre de aquella época la comunicación que él mismo tenía con los animales, de los cuales recibía instrucción y conocía las cualidades y diferencias de cada uno; por donde adquiriría una prudencia e inteligencia perfectas y gobernaba su vida mucho mejor que nosotros pudiéramos hacerlo; ¿precisa encontrar otra prueba de la insensatez humana al juzgar a los animales? Ese profundo autor cree que en la forma corporal de que los dotó la naturaleza, ésta sólo atendió al uso de los pronósticos que de ellos se deducían en su tiempo. Tal defecto, que impide nuestra comunicación recíproca, puede depender tanto de nosotros como de los seres que consideramos como inferiores. Está por dilucidar de quién es la culpa de que no nos entendamos, pues si nosotros no penetramos las ideas de los animales, tampoco ellos penetran las nuestras, por lo cual pueden considerarnos tan irracionales como nosotros los consideramos a ellos. Y no es maravilla el que no los comprendamos, pues nos ocurre otro tanto, por ejemplo, con los vascos y los trogloditas. Algunos, sin embargo, se vanagloriaron de comprenderlos, entre otros, Apolonio de Tyano, Melampo, Tiresias y Thales. Y puesto que según los cosmógrafos hay naciones que reciben un perro como rey, preciso es que las mismas encuentren algún sentido claro en la voz y movimientos del perro. Preciso es también advertir la correspondencia que existe entre el hombre y los animales: algo conocemos los sentidos de los mismos; sobre poco más o menos el mismo conocimiento que los animales tienen de nosotros, y así vemos que nos acarician, nos amenazan o solicitan algo de nosotros, lo mismo exactamente que nosotros de ellos. Por lo demás, advertimos con toda evidencia que entre ellos existe una comunicación entera y plena, que se comprenden, y no ya sólo los de una misma especie, sino también los de especies distintas:

Et mutæ pecudes, et denique secla ferarum  
Dissimiles suerunt voces variasque ciere,  
Cum metus aut dolor est, aut quum jam gaudia gliscunt<sup>1</sup>.

En cierto ladrido del perro conoce el caballo que el primero está dominado por la cólera, mientras que no le asustan otras modulaciones de su voz. En los animales que se hallan privados de esa facultad, por la comunicación e inteligencia que entre ellos existen, podemos juzgar fácilmente que se entienden, valiéndose para ello de movimientos, que son otras tantas como razones y discursos:

Non alia longe ratione, atque ipsa videtur  
Protrahere ad gestum pueros infantia linguæ<sup>2</sup>.

¿Y por qué no creerlo así? De la propia suerte que los mudos disputan, argumentan y refieren historias por signos; yo he visto algunos tan habituados y diestros que nada les faltaba para exteriorizar todas sus ideas. Los enamorados

<sup>1</sup> Los animales domésticos, lo mismo que las fieras, producen sonidos diversos según obran en ellos el temor, el dolor o la alegría. LUCRECIO, V, 1058.

<sup>2</sup> Así, la imposibilidad de hacerse entender por medio del balbuceo obliga a las criaturas a recurrir a los gestos. LUCRECIO, V, 1020.

regañan, se reconcilian, se dirigen ruegos, se dan las gracias y se comunican con los ojos todas las cosas:

E 'l silenzio ancor suole  
Aver prieghi e parole<sup>1</sup>.

¿Pues y con las manos, cuántas ideas no se expresan? Requerimos, prometemos, llamamos, despedimos, amenazamos, rogamos, suplicamos, negamos, rechazamos, interrogamos, admiramos, nombramos, confesamos, nos arrepentimos, tememos, nos avergonzamos, dudamos, damos instrucciones, mandamos, incitamos, animamos, juramos, testimoniamos, acusamos, condenamos, absolvemos, injuriamos, desdeñamos, desafiamos, nos despechamos, alabamos, aplaudimos, bendecimos, humillamos al prójimo, nos burlamos, nos reconciliamos, recomendamos, exaltamos, festejamos, damos muestras de contento, compartimos el dolor de otro, nos entristecemos, damos muestras de abatimiento, nos desesperamos, nos admiramos, exclamamos, nos llamamos; ¿y de qué dejamos de dar muestras con el solo auxilio de las manos, con variedad que nada tiene que envidiar a las modulaciones más delicadas de la voz? Con la cabeza invitamos, aprobamos, desaprobamos, desmentimos, damos la bienvenida a alguno, honramos, veneramos, despreciamos, solicitamos, nos lamentamos, acariciamos, hacemos reproches, nos sometemos, desafiamos, exhortamos, amenazamos, aseguramos, inquirimos. Igualmente exteriorizamos lo más recóndito de nuestro ser con las cejas y con los hombros. No hay en nosotros movimiento que no hable, ya un lenguaje inteligible y sin disciplina, ya un lenguaje público; y si atendemos a la peculiar calidad del mismo, fácil nos será considerarlo como más propio que el articulado de la humana naturaleza. Y no hablo ya de lo que la necesidad enseña inopinadamente a los que de ello han menester echar mano; de los alfabetos que se hacen con los dedos, de las gramáticas cuyos preceptos consisten en la disposición del gesto, ni de las artes que con ellos se ejercen y practican, ni de las naciones que según Plinio no conocen otro lenguaje. Un embajador de la ciudad de Abdera, después de haber hablado largo tiempo a Agis, rey de Esparta, le dijo: “¿Señor, qué respuesta quieres que lleve a mis conciudadanos? — Les dirás, contestó el soberano, que te dejé decir cuanto quisiste y tanto como quisiste, sin que yo pronunciara una sola palabra.” He aquí un callar que habla de un modo bien inteligible.

Por lo demás, ¿qué facultades reconocemos en nosotros que no veamos bien patentes en las operaciones que los animales practican? ¿Hay organización más perfecta ni más metódica, ni en que presida mayor orden en los cargos y oficios que la de las abejas? La ordenadísima disposición de los actos y labores que las abejas practican, ¿podemos admitirla ni imaginarla sin suponerlas dotadas de razón y discernimiento?

His quidam signis atque hæc exempla sequuti,  
Esse apibus partem divinæ mentis, et haustus  
Æthereos, dixere<sup>2</sup>.

Las golondrinas, que cuando vuelve la primavera vemos registrar los rincones todos de nuestras casas, ¿buscan sin discernimiento y eligen sin deliberación entre mil lugares aquel que encuentran más cómodo? ¿Y en la admirable

<sup>1</sup> El silencio mismo tiene también su lenguaje; sabe rogar y hacerse entender. *Aminta* de TASSO, acto II, coro, v. 34.

<sup>2</sup> Admirados de estas maravillas, los sabios creyeron que había en las abejas una partícula de la divina inteligencia. VIRGILIO, *Geórg.*, IV, 219.

contextura de sus construcciones, los pájaros no pueden adoptar ya la forma cuadrada, ya la redonda, bien en forma de ángulo obtuso o recto, sin conocer las condiciones y efectos de cada una de estas formas? ¿Se sirven las aves unas veces del agua y otras de la arcilla, sin saber que la dureza de los cuerpos se reblandece con la humedad? ¿Tapizan de musgo sus viviendas o de plumón, sin considerar que los tiernecillos miembros de sus pequeñuelos encontrarán así mayor blandura y comodidad? ¿Se resguardan del viento y de la lluvia y colocan sus nidos al oriente sin conocer las diferencias de aquéllos ni considerar que los unos les son más favorables que los otros? ¿Por qué la araña espesa su tela en un lugar y en otro la elabora menos fuerte, sirviéndose ya de la más recia, ya de la más débil, si sus movimientos no son reflexivos y deliberados?

De sobra reconocemos en la mayor parte de sus obras multitud de excelencias en los animales de que nosotros carecemos, y cuán débil es toda nuestra habilidad para imitarlos. En nuestras obras, que son menos delicadas, reconocemos las facultades que nos es preciso emplear, el esfuerzo de nuestra alma para la realización de las mismas; ¿por qué de los animales no pensamos lo mismo? ¿Por qué atribuimos a no sé qué inclinación natural y baja las obras que sobrepasan lo que nosotros somos incapaces de realizar, ni por naturaleza ni por arte? Con ello, sin advertirlo, les achacamos ventajas inmensas sobre nosotros, puesto que la naturaleza, por virtud de una dulzura maternal, como por la mano, los acompaña y los guía a la práctica de todos los actos y comodidades de su vida, al par que a nosotros nos abandona al azar y a la fortuna, y nos obliga a mendigar por arte todo aquello que necesitamos para nuestra conservación, y nos rechaza siempre los medios de alcanzar, ni siquiera por la más violenta contención de espíritu, a la natural habilidad de los animales, de suerte que la brutal estupidez de éstos sobrepasa en comodidades de todo género cuanto nuestra divina inteligencia alcanza; atendido lo cual, tendríamos razón llamando a la naturaleza madrastra cruel e injustísima; pero nos equivocáramos, pues nuestra manera de ser no es tan desordenada ni deforme.

La naturaleza cuida universalmente por igual de todas sus criaturas y ninguna hay a quien no haya provisto suficientemente de todos los recursos necesarios para la conservación de su ser, pues las vulgares quejas que oigo proferir a los hombres (como la licencia de sus opiniones tan pronto los eleva por cima de las nubes como los rebaja a los antípodas), de que nosotros somos el solo animal desnudo sobre la tierra desnuda; ligado, agarrotado, no teniendo nada con que armarse ni cubrirse, sino los despojos de los otros seres, y de que a todas las demás especies la naturaleza las revistió de conchas, corteza, pelo, lana, púas, cuero, borra, pluma, escamas o seda, según las necesidades de cada una, o las armó de garras, dientes y cuernos para la defensa y el ataque, al par que las instruyó en todo cuanto les es pertinente, como nadar, correr, volar y cantar, mientras que el hombre no sabe ni andar, ni hablar, ni comer sin aprendizaje previo, y por sí solo únicamente a llorar acierta:

Tum porro puer, ut sævis projectus ab undis  
Navita, nudus humit jacet, infans, indigus omni  
Vitali auxilio, quum primum in luminis oras  
Nixibus ex alvo matris naturā profudit,  
Vagituque locum lugubri complet; ut æquum est,  
Cui tantum in vita restet transire malorum?  
At variæ crescunt pecudes, armenta, feræque,  
Nec crepitacula eis opus est, nec cuiquam adhibenda est

Almæ nutricis blanda atque infracta loquela;  
Nec varias quærunt vestes pro tempore cœli;  
Denique non armis opus est, non mœnibus altis,  
Queis sua tutentur, quando omnibus omnia large  
Tellus ipsa parit, naturaque dædala rerum<sup>1</sup>:

tales lamentos son completamente falsos; hay en el ordenamiento de las cosas del mundo una equidad más grande y una relación más uniforme. Nuestra piel está provista tan suficientemente, como la suya, de resistencia contra las injurias del tiempo; pruébanlo varias naciones que no conocen todavía el uso de los vestidos. Los primitivos galos iban casi desnudos; nuestros vecinos los irlandeses, que viven bajo un cielo tan frío, apenas se resguardan de la intemperie; pero por nosotros mismos podemos juzgar mejor de esa pobilidad, pues todas las partes del cuerpo humano que nos place llevar descubiertas al viento y al aire, resisten ambos elementos, como la cara, los pies, las manos, las piernas, los hombros, la cabeza, si la costumbre a ello nos convida. Si hay en nuestro organismo una parte poco resistente y que debiera resguardarse del frío, es el estómago, donde tienen lugar las funciones de la digestión; sin embargo, nuestros padres lo llevaban descubierto, y nuestras damas, tan blandas y débiles como son, suelen a veces ir descotadas hasta el ombligo. La envoltura de las criaturas tampoco es indispensable: las madres de Lacedemonia criaban las suyas dejando en completa libertad todos los miembros, sin sujetarlos ni envolverlos. Nuestro llanto es común a la mayor parte de los animales, y no hay casi ninguno que no se queje y gimotee, aun largo tiempo después de nacer, cosa bien adecuada a la debilidad que en ellos reconocen. Cuanto al alimento, lo mismo que los otros seres lo reclamamos nosotros, y nos es tan natural e instintivo como a los animales;

Sentit enim vim quisque suam quam possit abuti<sup>2</sup>:

¿Quién pone en duda que un niño cuando llega a la edad en que ya no le basta el pecho de su madre pide que le den de comer? La tierra produce espontáneamente y ofrece al hombre lo suficiente para la satisfacción de sus necesidades, sin otro cultivo ni artificio: ved cómo en todo tiempo los animales encuentran en ella de qué nutrirse: las hormigas aprovisionan víveres para las estaciones más estériles del año. Esas naciones que acabamos de descubrir, tan copiosamente provistas de carnes y bebidas naturales, sin ningún género de industria, nos enseñan que el pan no es nuestro único alimento, y que sin el cultivo la madre naturaleza nos provee plenamente de todo cuanto nos es indispensable, verosímilmente con mayor abundancia y riqueza que al presente en que empleamos toda suerte de labores y artificios:

<sup>1</sup> Semejante al marino a quien horrorosa tempestad arrojó a la playa, el niño viene a la tierra desnudo, sin palabra, desprovisto de todo auxilio para la vida desde el instante en que la naturaleza lo arrancó violentamente del seno maternal para que viera la luz. Llena con sus quejumbrosos gritos el lugar donde nace, ¿y cómo no ha de llorar el infortunado a quien esperan tantos males? Por el contrario, las fieras y los animales domésticos crecen sin dolor; no necesitan sonajeras ni tampoco el lenguaje infantil de nodriza cariñosa; la diferencia de temperatura no las obliga a mudar de vestido; tampoco han menester de armas para defender sus bienes ni de fortaleza para guardarlos, puesto que de su seno fecundo la naturaleza les prodiga sus inagotables beneficios. LUCRECIO, V, 223.

<sup>2</sup> Porque cada animal tiene conciencia de sus fuerzas lo mismo que de sus necesidades. LUCRECIO, V, 1032.

Et tellus nitidas fruges, vinetaque læta  
Sponte sua primum mortalibus ipsa creavit;  
Ipsa dedit dulces fœtus, et patula læta;  
Quæ nunc vix nostro grandescunt aucta labore,  
Conterimusque boves, et vires agricolarum<sup>1</sup>:

el desarreglo y desbordamiento de nuestros apetitos sobrepasa las invenciones que empleamos para aplacarlos.

En cuanto a las armas o medios de defensa nosotros disponemos de muchas que nos son más naturales que a la mayor parte de los otros animales, de movimientos más ágiles de nuestros miembros, y de aquéllos y de éstos sacamos mayor partido sin necesidad de instrucción previa. Aquellos que están habituados a combatir desnudos se les ve arrojar en peligros semejantes a los nuestros, que luchamos armados. Si algunos animales nos aventajan en los medios de pelea, nosotros llevamos ventaja a muchos otros. La costumbre de fortificar el cuerpo y de resguardarlo tiénela el hombre por instinto natural. El elefante aguza y afila los dientes de que se sirve para la guerra, pues tiene algunos que guarda para la lucha, los cuales reserva y no emplea para otros servicios. Cuando los toros se lanzan al combate esparcen y arrojan el polvo en derredor suyo; los jabalíes aguzan sus colmillos; cuando el icneumon emprende la lucha con el cocodrilo, cubre todo su cuerpo de limo bien compacto y bien prensado y se provee así de una coraza: ¿por qué no decir que el hombre busca su defensa de una manera análoga en la madera y en el hierro?

En cuanto al hablar, puede decirse que si no nos es natural, tampoco es necesario. De todas suertes entiendo que un niño a quien se hubiera dejado en plena soledad, apartado de todo comercio humano, que sería un ensayo difícil de practicar, encontraría alguna manera de palabra para expresar sus concepciones: no es creíble que la naturaleza nos haya negado ese medio con que dotó a muchos otros animales; ¿pues qué otra cosa es sino hablar esa facultad que en ellos vemos de quejarse o mostrar contento, llamarse unos en ayuda de otros o invitarse al amor, todo lo cual ejecutan por medio de su voz? ¿Cómo no han de hablar entre ellos? Nos hablan a nosotros y también nosotros les hablamos; ¿de cuántos modos no conversamos con los perros y éstos nos entienden y nos contestan? De distinto lenguaje nos servimos con los pájaros, con los cerdos, con los bueyes, con los caballos, y cambiamos de idioma según la especie:

Così per entro loro schiera bruna  
S'ammusa l'una con l'altra formica,  
Forse a spiare lor via e lor fortuna<sup>2</sup>.

Entiendo que Lactancio atribuye a los animales no sólo la facultad de hablar, sino también la de reír; y la diferencia de lenguaje que se ve entre nosotros, según las localidades, encuéntrase también en los animales de la misma especie. Aristóteles alega a este propósito el canto diverso de las perdices según la región que habitan:

<sup>1</sup> Al principio la tierra produjo espontáneamente y brindó a los mortales sus verdes campiñas, sus cosechas doradas y sus viñedos risueños. Hoy apenas logramos arrancar los tesoros de su seno al cabo de prolongadas fatigas, después de agotar las fuerzas de los labradores y de los bueyes. LUCRECIO, II, 1157.

<sup>2</sup> Así, en el obscuro enjambre de un hormiguero se ven algunas que parecen abordar y hablarse quizás para espiar los designios y fortuna recíprocos. DANTE, *Purg.*, c. XXVI, v. 34.

Variæque volucres...  
Longe alias alio jaciunt in tempore voces...  
Et partim mutant cum tempestatibus una  
Raucisonos cantus<sup>1</sup>.

Sería digno de saberse qué lenguaje emplearía el niño de que hablé antes, pues lo que por conjetura se dice no ofrece asomos de verosimilitud. Si contra mi parecer se alega que los sordos de nacimiento no hablan nunca, contestaré que la razón no reside solamente en que no pudieron recibir la instrucción de la palabra por el auxilio del oído, sino más bien porque este sentido que les falta está íntimamente ligado con el de la palabra y ambos se mantienen en muy estrecha relación; de suerte que las palabras que articulamos las hacemos primero mentalmente y las hacemos extender a nuestros oídos antes de enviarlas a los extraños.

Todo lo precedente tiene por objeto mantener la semejanza que existe entre las cosas humanas y las que a los animales son peculiares. El hombre no está ni por cima ni por bajo de los otros seres. Todo cuanto bajo el firmamento existe, dice el sabio, vive sujeto a ley y fortuna parecidas:

Indupedita suis fatalibus omnia vinclis<sup>2</sup>:

hay alguna diferencia, hay órdenes y gradaciones, mas siempre bajo la apariencia de una misma naturaleza:

Res... quæque suo ritu procedit; et omnes  
Fœdere naturæ certo discrimina servant<sup>3</sup>.

Preciso es limitar al hombre y colocarle dentro de las barreras de este orden natural. El hombre, sin embargo, no encuentra inconveniente en traspasarlas, estando como está sujeto y dominado por idéntica obligación que las demás criaturas de su misma naturaleza y de su mismo orden, y siendo como es de condición mediocre, sin prerrogativa alguna ni excelencia verdadera ni esencial; la que se apropia por reflexión o capricho, carece en absoluto de fundamento. Si, en efecto, acontece que el hombre solo es entre todos los animales el único que goza de esa libertad de imaginación y de ese desorden de pensamientos que le representan a un tiempo mismo lo que es y lo que no es, lo verdadero como lo falso, superioridad es ésta que paga bien cara y de la cual tiene bien poco por qué glorificarse ni enaltecerse, pues de ella nace la fuente principal de los males que le agobian: el pecado, la enfermedad, la irresolución, el desorden, la desesperación. Digo, pues, para volver a mi propósito, que no hay razón alguna para suponer que los animales ejecutan por fuerza e inclinación natural las acciones mismas que nosotros realizamos por discernimiento e industria, y que debemos concluir que parecidos efectos suponen facultades análogas, y acciones más complicadas, más ricas facultades, y reconocer, en suma, que el mismo discernimiento e idéntico discurso de los que nos acompañan en nuestros actos, acompaña igualmente a los animales, o acaso algunas otras facultades superiores a las nuestras. ¿Por qué imaginamos en los demás seres esa obligación natural y fatal, nosotros que no experimentamos ningún efecto se-

<sup>1</sup> Los pájaros mudan de canto según el estado del tiempo... Algunos hay a quienes una estación nueva inspira nuevos acentos. LUCRECIO, V, 1077, 1080, 1082, 1083.

<sup>2</sup> Todo está encadenado por los lazos del destino. LUCRECIO, V, 874.

<sup>3</sup> Todos los seres tienen su carácter peculiar; todos guardan las diferencias que las leyes de la naturaleza establecieron entre ellos. LUCRECIO, V, 921.

mejante? Además, es mucho más digno el ser encaminado a obrar ordenadamente por natural e inevitable constitución, y acerca más a la divinidad, que el obrar ordenadamente por virtud de una libertad temeraria y fortuita, y también un medio más seguro de obrar bien encomendar a manos de la naturaleza las riendas de nuestra conducta que si nosotros las manejáramos. Hace nuestra vanidosa presunción que estimemos mejor deber a nuestras fuerzas que a la liberalidad divina nuestro valer y suficiencia; enriquecemos a los otros animales con los bienes naturales y nosotros renunciarnos a ellos para honrarnos y ennoblecernos con las facultades adquiridas; enorme simpleza, a mi entender, pues yo tendría en mucho más las gracias que me pertenecieran por entero, las ingenuas, que las que se mendigan por medio del aprendizaje; ni reside en nuestro poder tampoco alcanzar una recomendación más alta que la de ser favorecidos por Dios y por la naturaleza.

Los habitantes de Tracia, cuando tienen que marchar sobre un río congelado, se sirven como guía de un zorro que camina delante de ellos. El animal aproxima su oído al hielo hasta tocarlo para advertir si el agua corre cerca o lejos; de la observación encuentra que la masa es más o menos espesa, y así avanza o retrocede. ¿Por qué no hemos de suponer que ese zorro hace un razonamiento idéntico al que nosotros podríamos hacer en caso de ejecutar la misma experiencia: "Lo que produce ruido, se mueve; lo que se mueve, no está helado; lo que no está helado, es líquido, y lo que es líquido no sostiene nuestro cuerpo."? Atribuir la habilidad del animal solamente a la fineza extrema de su oído, sin otra reflexión ni deducción, es pura quimera y no podemos aceptarla. Igual opinión deben merecernos tantas suertes de procedimientos y astucias como los animales emplean para librarse de nuestras acometidas y persecuciones.

Y si en pro de nuestra superioridad queremos argumentar que nosotros empleamos para fines útiles la maestría de los animales, sirviéndonos de ella cuando nuestra voluntad nos lo ordena, diré que esto en nada difiere de la ventaja o superioridad que unos hombres tienen sobre otros; lo mismo dispone el hombre de sus esclavos. Las climácides en Siria eran unas mujeres que se destinaban, colocadas en igual posición que las bestias, a servir de estribo a las damas para subir al coche. La mayor parte de las personas libres abandonan a cambio de comodidades insignificantes la vida y el ser al poder de otro. Las mujeres y concubinas de los tracios se disputan el ser elegidas para ser sacrificadas en la tumba de sus maridos. ¿Han encontrado jamás los tiranos número bastante de hombres consagrados a su culto, y no los arrastraron a todos a la muerte como los dominaron en vida? Ejércitos enteros se comprometieron con sus capitanes; la fórmula del juramento en la ruda escuela de los gladiadores llevaba consigo las siguientes promesas: "Juramos dejarnos encadenar, quemar, azotar y recibir la muerte con la espada, y sufrir todo cuanto los gladiadores legítimos sufren de su amo"; y religiosamente consagran el cuerpo y el alma al servicio del mismo:

Ure meum, si vis, flamma, caput, et pete ferro  
Corpus, et intorto verbera terga seca<sup>1</sup>:

constituía el juramento una obligación sacratísima, así que algunos años entraban en ella hasta diez mil y todos perecían. Cuando los escitas enterraban a su rey, estrangulaban sobre su cuerpo la que había sido más favorecida entre todas sus concubinas, su copero, el caballero, el chambelán, el ujier y el cocinero:

<sup>1</sup> Quémame, consiento en ello; abrázame la cabeza, atraviésame el cuerpo de parte a parte con la espada y desgarrar mis espaldas a latigazos. TIBULO, I, 9, 21.

y cuando se celebraba el aniversario mataban cincuenta caballos montados por cincuenta pajes previamente empalados, desde la cintura a la garganta, y los dejaban así en formación alrededor de la tumba del monarca. Los criados que nos sirven lo hacen con dificultad menor y nos suministran menos atenciones que las que nosotros prodigamos a los pájaros, a los caballos y a los perros. ¿A qué desvelos no nos sacrificamos en aras del bienestar y comodidad de todos esos animales? Ni los servidores más abyectos hacen de buen grado por sus amos lo que los príncipes se honran en ejecutar por sus animales. Viendo Diógenes apenados a sus parientes porque carecían de medios para rescatarle de la servidumbre: "Es locura, decía, desesperarse por tal cosa: el que me cuida y me mantiene es mi criado"; aquellos a cuya guarda están encomendados los animales deben considerarse más bien como servidores que como servidos. Los animales tienen algo de más generoso que los hombres, pues jamás ningún león se puso al servicio de otro león, ni ningún caballo al servicio de otro caballo, por miseria de ánimo. Como el hombre caza a las fieras, así los tigres y los leones cazan a los hombres: los unos y los otros practican un ejercicio semejante; los perros persiguen a las liebres, los sollos a las tencas, las golondrinas a las cigarras, los milanos a los mirlos y a las alondras:

Serpente ciconia pullos  
Nutrit, et inventa per devia rura lacerta...  
Et leporem aut capream famulæ Jovis et generosæ  
In saltu venantur aves<sup>1</sup>.

Compartimos el fruto de nuestra caza con nuestros perros y nuestros pájaros, como el trabajo y la habilidad que desplegamos en el ejercicio de ella. Al norte de Anfípolis, en Tracia, cazadores y halcones salvajes distribuyen el botín en partes iguales. En la región que se extiende a lo largo del Palos Meótides, el pescador deja a los lobos una parte de su presa igual a la que se reserva; si no lo hace así, los lobos desgarran al punto sus redes. De la propia suerte que nosotros tenemos un modo de cazar en el cual la habilidad es más eficaz que la fuerza, que es la que se hace con el auxilio de lazos, y también la pesca de caña con anzuelo, véanse también ingeniosidades parecidas en los animales. Aristóteles refiere que la jibia lanza de su cuello una membrana larga, como una caña de pescar, la cual extiende o recoge a voluntad, a medida que advierte que algún pececillo se aproxima; le deja morder el extremo de la membrana, mientras el astuto animal se mantiene oculto en la arena o en el légamo, y luego, poco a poco, la retira hasta que el pez está próximo y de un salto puede atraparlo.

Cuanto a la fuerza, no hay animal en la naturaleza toda expuesto a mayores peligros que el hombre. No ya el elefante, la ballena o el cocodrilo y otros animales semejantes nos llevan inmensa ventaja, pues cualquiera de esas fieras corpulentas es capaz de destruir un gran número de hombres: los piojos bastaron para acabar con la dictadura de Sila<sup>2</sup>. El corazón y la vida de un emperador glorioso no son más que el desayuno de un gusanillo.

¿Por qué aseguramos que sólo el hombre dispone a su albedrío de conocimiento y de ciencia, que se sirve de una y otra para discernir de las cosas que le son útiles o dañosas para la conservación de su salud o para la curación de sus enfermedades, y que sólo a la especie humana es dado conocer las virtudes

<sup>1</sup> La cigüeña alimenta a su cría con las serpientes y los lagartos que encuentra lejos de los caminos transitados...; el águila, favorita de Júpiter, caza en los bosques la liebre y el cabrito. JUVENAL, XIV, 74, 81.

<sup>2</sup> Alusión a la enfermedad pedicular de que murió Sila a la edad de sesenta años.



del ruibarbo o del polipodio? Cuando vemos que las cabras de Candía, después de haber recibido alguna herida, eligen entre mil y mil hierbas el fresnillo para su curación; cuando la tortuga se come la víbora, busca al punto el orégano para purgarse; al dragón limpiarse y aclararse los ojos con el hinojo; a la cigüeña echarse lavativas con agua de la playa; a los elefantes, no sólo arrancarse las flechas de su propio cuerpo y extraerlas del de sus compañeros, sino también de sus amos, de lo cual da testimonio el rey Poro, a quien venció Alejandro. Los dardos y venablos que recibieran en el combate se los quitan con destreza tal, que nosotros no acertaríamos a hacerlo con igual suavidad. ¿Por qué, pues, no decir igualmente que tales artes son hijas también de ciencia y discernimiento? Alegar, para deprimirlas, que obedecen sólo a maestría natural, no es despojarlas de aquellos dictados; es, por el contrario, dotar a los animales de mayor suma de razón que la que nosotros tenemos, puesto que, sin aprendizaje, disponen de tan singular destreza. El filósofo Crisipo, que no favorecía mucho las cualidades de inteligencia de los animales, menos que ningún otro filósofo, considerando los movimientos del perro que ha perdido a su amo o persigue cualquier presa, y se encuentra en una encrucijada a la cual concurren tres caminos diferentes, y al ver que el animal olfatea un camino y luego otro, y después de haberse asegurado de ambos sin encontrar las huellas que busca, se lanza por el tercero sin titubear, no puede menos de confesar que ese perro raciocina del modo siguiente: "He seguido la huella de mi amo hasta esta encrucijada, necesariamente ha debido partir después por uno de estos tres caminos, y como no pasó por éste ni por el otro, preciso es que haya tomado el de más allá." Asegurándose el can, sigue diciendo el filósofo, en la conclusión a que su argumento le lleva, ya no se sirve de su olfato para examinar el tercer camino, ni para nada lo sondea, sino que se deja llevar por la fuerza de su razón. Ese rasgo, puramente dialéctico, ese uso de proposiciones divididas y conjuntas, en que no se echa de menos la enumeración suficiente de las partes, ¿no vale tanto que el perro lo conozca por sí mismo como por la doctrina de Trebizonda?<sup>1</sup>

Sin embargo, los animales tampoco son incapaces de recibir la instrucción humana; enseñamos a hablar a los mirlos, cuervos y loritos. Esta facilidad que en ellos reconocemos de suministrarnos su voz cadenciosa, testifica que esos pájaros están dotados de raciocinio, el cual les hace capaces de disciplina y voluntad para aprender a emitir sonidos articulados. A todos nos admira el ver la diversidad de monadas como los titiriteros enseñan a sus perros; las danzas en que no dejan de ejecutar ni una sola cadencia del son que escuchan, tantos movimientos y saltos como ejecutan a la voz que se les dirige. Todavía con temple yo con admiración mayor los perros que sirven de guía a los ciegos, lo mismo en los campos que en las ciudades; ved cómo se detienen en determinadas puertas donde acostumbran a dar limosna a sus amos, cómo evitan el encuentro con toda suerte de vehículos al atravesar los sitios en que a primera vista parece haber lugar suficiente para pasar. Yo he visto a un perro que acompañaba a un ciego a lo largo de un foso, abandonar un sendero cómodo y tomar otro camino peor para apartar a su amo del peligro. ¿Cómo se había hecho comprender a aquel animal que su misión era solamente la de mirar por la seguridad de su amo, haciendo caso omiso de su comodidad por servirle? ¿Por qué medio había conocido que tal ruta, suficientemente espaciosa para él, no lo sería para un ciego? ¿Puede todo esto comprenderse sin raciocinio ni discernimiento?

<sup>1</sup> Jorge de Trebizonda o Trapezuncio, erudito griego que vivió en el siglo xv. Se refugió en Italia huyendo de la invasión de los turcos.

No hay que olvidar tampoco el perro que Plutarco cuenta haber visto en Roma en el teatro de Marcelo, hallándose en compañía del emperador Vespasiano, el padre. Ese perro pertenecía a un titiritero, que era también actor, y el animal tomaba parte en las representaciones como su amo. Entre otras cosas, era preciso que hiciera el muerto durante algunos minutos, a causa de haber comido cierta droga: después de tragado el pan con que se simulaba el veneno, comenzaba a tiritar y a temblar como si estuviera aturdido; finalmente, se dejaba caer redondo, como sin vida, y consentía que le arrastrasen de un lugar a otro, conforme el argumento de la obra lo exigía; luego, cuando echaba de ver que la oportunidad era llegada, empezaba primero a moverse, cual si despertara de un sueño profundo, y levantando la cabeza miraba a todos lados de un modo que dejaba pasmados a todos los asistentes.

Los bueyes que trabajaban en los jardines reales de Susa, hacían dar vueltas a enormes ruedas para elevar el agua; a esas ruedas estaban sujetos los alcuciles (muchas máquinas semejantes se ven en el Languedoc). Habíaseles enseñado a dar cien vueltas cada día, y tan hechos estaban a que no fueran más ni menos, que no había medio humano de hacerles dar una más. Cuando llegaban a la ciento se detenían instantáneamente. El hombre necesita encontrarse en la adolescencia para saber contar hasta ciento, y las naciones recientemente descubiertas no tienen idea alguna de la numeración.

Mayor fuerza de raciocinio supone dar instrucción a otro que recibirla; de suerte que, dejando a un lado lo que Demócrito asegura y prueba de que la mayor parte de las artes las hemos recibido de los animales, como por ejemplo: el tejer y el coser, de la araña; el edificar, de la golondrina; la música, del cisne y del ruiseñor, y de la imitación de otros animales aprendimos la medicina. Aristóteles afirma que los ruiseñores enseñan el canto a sus pequeñuelos, empleando para ello tiempo y desvelos, por donde se explica que los que nosotros enjaulamos pierden mucho en la gracia de su canto, porque no aprendieron con sus padres. De aquí podemos deducir que esos pajarillos realizan su habilidad con el estudio y la disciplina, y aun entre los que vuelan en libertad no hay dos cuyo canto sea idéntico: cada uno aprovechó la lección conforme a su capacidad. Por la rivalidad del aprendizaje entran en lucha los unos con los otros, con ímpetu y arrojo tales, que a veces el vencido fenece falto de aliento, del cual se priva antes que de la voz. Los más jovencuelos rumian pensativos y se esfuerzan en imitar algún fragmento del canto; oye el discípulo la lección de su preceptor y la repite con el mayor esmero; los unos permanecen mudos mientras los otros cantan; todos atienden a la corrección de los defectos, y a veces sienten los resultados de las reprensiones del maestro. Arriano cuenta haber visto un elefante de cuyos muslos pendían dos címbalos y otro sujeto a la trompa; al son de los tres, sus compañeros danzaban en derredor del músico, agachándose o levantándose, según las cadencias que la orquesta marcaba, y cuya armonía era gratísima. En las diversiones públicas de Roma se veían ordinariamente elefantes adiestrados en el movimiento y la danza, que ejecutaban al son de la voz; veíaseles también bailar en parejas adoptando posturas caprichosas, muy difíciles de aprender. Otros había que ensayaban su lección y que se ejercitaban solos para recordarla y no ser castigados por el maestro.

La historia de la urraca, de que nos habla y da fe Plutarco, merece también particular mención. Tenía un barbero, en Roma, en su establecimiento, y el animalito hacía maravillas imitando cuantos sonidos oía. Ocurrió que, en una ocasión, se detuvieron frente a la tienda unos trompeteros que tocaron largo tiempo; después de haberlos oído, todo el día siguiente la urraca permaneció pensativa, muda y melancólica, de lo cual todo el mundo estaba maravi-

llado, pensando que el sonido de las trompetas la habría aturrido, y que, con su oído, su canto hubiera quedado extinto; pero al fin descubrieron que, en realidad, la urraca estaba sumida en profundas meditaciones, abstraída en sí misma, ejercitando su espíritu y preparando su voz para imitar la música de aquellos instrumentos; así que lo primero que hizo después de su silencio, fue remedar perfectamente el toque de las trompetas con todos sus altos y bajos, y vencido ya el nuevo aprendizaje, desdénó como insignificantes sus habilidades anteriores.

Tampoco quiero dejarme en el tintero el caso de un perro que Plutarco dice haber visto (y bien advierto que no procedo con mucho orden en mis ejemplos, pero téngase en cuenta que lo mismo hago en todo mi libro). Hallábase Plutarco en un navío y se fijó en un perro que hacía grandes esfuerzos por beber el aceite que estaba en el fondo de una vasija, donde no podía alcanzar con su lengua a causa de la angostura de la boca del cacharro; el can se procuró piedras que metió dentro de la vasija hasta que el líquido rebose, y pudo con toda comodidad tenerlo a su alcance. ¿Qué acusan esas faenas, sino un entendimiento dotado de la mayor sutileza? Dícese que los cuervos de Berbería hacen lo propio cuando el agua que quieren beber está demasiado baja. Estos casos se asemejan a lo que refería de los elefantes un rey del país donde estos animales viven: cuando por la destreza de los cazadores uno de aquéllos cae en los profundos fosos que se les preparan, que se cubren luego de broza menuda para atraparlos, los demás llevan, con diligencia suma, gran cantidad de piedras y madera, a fin de que con tal argucia pueda escapar el prisionero. Pero los actos de estos animales se relacionan por tantos otros puntos con la habilidad humana, que si fuera a detallar menudamente cuanto de ellos la experiencia nos enseña, probaría fácilmente mi aserto, esto es, que existe mayor diferencia de tal a cual hombre, que la que se encuentra entre tal hombre y tal animal. Un individuo, a cuya guarda estaba encomendado un elefante en una casa de Siria, robaba en cada comida de su pupilo la mitad del pienso que tenía orden de darle; un día quiso el propio amo servir la comida al animal, y vertió en el pesebre la medida cabal que había prescrito para su alimentación; el elefante miró con malos ojos a su desconocido servidor y separó con su trompa y puso a un lado la mitad, declarando con ello el engaño de que venía siendo víctima. Otro que estaba a cargo de un individuo que ponía piedras en el pesebre para aumentar la medida, aproximóse al puchero donde hervía la carne para su cena y lo llenó de ceniza. Ambos sucesos sólo son casos aislados, mas lo que todo el mundo ha visto y todo el mundo sabe, es que en los ejércitos que guerreaban en los países de Levante, una de las resistencias mayores la constituían los elefantes, de los cuales se obtenían resultados, sin ponderación mayores que los que se alcanzan hoy con la artillería, que, con escasa diferencia, hace sus veces en una batalla bien conducida (pueden juzgar de esto más fácilmente los que conocen la historia antigua):

Siquidem Tyrio servire solebant  
Annibali, et nostris ducibus, regique Molosso,  
Horum majores, et dorso ferre cohortes,  
Partem aliquam belli, et euntem in prælia turrim<sup>1</sup>.

Necesario era que los romanos tuvieran cabal confianza en la habilidad de aquellos animales y en sus facultades reflexivas para dejar a su albedrío la van-

<sup>1</sup> Antiguamente los elefantes combatían en los ejércitos de Aníbal, en los del rey del Epiro y al lado de los generales romanos; sobre sus lomos llevaban cohortes y torres, que se veían avanzar en medio de los combatientes. JUVENAL, XII, 107.

guardia de un ejército, precisamente el lugar en que la menor parada que hubieran hecho, el más insignificante incidente que les hubiera obligado a volver la cabeza hacia sus gentes, habría bastado para desquiciarlo todo, a causa del enorme tamaño y del peso de sus cuerpos. Menos ejemplos se vieron de que los elefantes se lanzasen sobre las tropas a quienes habían de ayudar, que ocasiones hemos visto de pelear y matarse entre sí los soldados de un mismo bando. Encomendábaseles la ejecución, no sólo de movimientos sencillos, sino también de operaciones complicadas. Análogos servicios prestaban los perros a los españoles en la conquista de las Indias, y les pagaban sueldo y les daban participación en el botín. Estos animales mostraban tanta destreza y juicio en la persecución y vencimiento de sus enemigos y en el logro de la victoria, en avanzar o retroceder, según los casos, en distinguir los amigos de los enemigos, como de ardor y valentía.

El hombre admira y se fija más en las cosas peregrinas y singulares que en las ordinarias. Por esta razón me he detenido en enumerar tantas que son prodigiosas. A mi ver, quien examinara de cerca cuanto vemos entre los animales que viven entre nosotros, encontraría sucesos tan admirables como los que se nos dice que acontecieron en países y siglos remotos. Idéntica es la naturaleza, e inalterable es su curso: el que hubiera concienzudamente penetrado el estado actual de la misma, podría con seguridad conocer las leyes que se cumplieron en el pasado y seguirán en lo porvenir cumpliéndose. Yo he visto algunos hombres entre nosotros, que vinieron por mar de lejanas tierras, y como no entendíamos nada de su lenguaje, y porque sus maneras, su continente, sus vestidos, no guardaban ninguna analogía con los nuestros, todos los considerábamos como brutos y salvajes; todos achacábamos a estupidez y animalidad el verlos mudos, ignorantes de la lengua francesa, ignorantes de nuestros besamanos y de nuestras reverencias rastreras, de nuestro porte y modales, en los cuales, según nuestro modo de ver, debe tomar su patrón la naturaleza humana. Quanto se nos antoja extraño lo condenamos sin remisión, y hacemos lo mismo con todo lo que no entendemos, como sucede con las ideas que de los animales nos formamos. Tienen éstos muchas cualidades que se asemejan a las nuestras, que se relacionan con nuestro modo de ser, y sólo de ellas por comparación podemos formarnos una idea más o menos conjetural; mas de las que les son peculiares y características, ¿qué conocimiento tenemos? Los caballos, los perros, los bueyes, las ovejas, los pájaros y la mayor parte de los animales que viven con el hombre, reconocen nuestra voz y la obedecen; todavía hacía más la murena de Craso, que se acercaba a su mano cuando la llamaba, y lo propio hacen las anguilas de la fuente de Aretusa. Yo he visto muchos estanques en que los peces acuden para comer a la voz de los que los cuidan:

Nomen habent, et ad magistri  
Vocem quisque sui venit citatus<sup>1</sup>;

de lo cual podemos deducir la admirable inteligencia de esos animales, como también puede con verosimilitud suponerse que los elefantes ejercen algunas prácticas religiosas, pues se les ve, después de lavarse y purificarse, levantar la trompa como si fueran sus brazos, fijar la mirada hacia el sol levante y permanecer durante largo tiempo en actitud meditativa y contempladora a determinadas horas del día; y ejecutan esta ceremonia por inclinación propia, sin enseñanza ni precepto. Mas aunque en los animales no viéramos ningún asomo de

<sup>1</sup> Tienen un nombre, y cada uno de ellos acude a la voz del amo cuando los llama. MARCIAL, IV, 29, 6.

culto, no por ello nos es dable asentar que no tengan religión ni tampoco sacar consecuencias de lo que de ellos nos es desconocido. Algo podemos derivar de sus acciones cuando se asemejan a las nuestras, como la que advirtió el filósofo Cleanto, el cual refiere que vio salir un hormiguero de su nido conduciendo el cuerpo de una hormiga muerta a otro hormiguero, del cual varias le salieron al encuentro como para parlamentar con las primeras, y luego de haber permanecido juntas algunos minutos, volvieron a su casa los del segundo para dar cuenta de la entrevista a sus conciudadanas, e hicieron así dos o tres viajes, sin duda por la dificultad de la capitulación, hasta que por fin las últimas trajeron a las primeras un gusano de su guarida en calidad de rescate por el muerto; las primeras cargaron con el gusano y lo llevaron a su casa, dejando a las otras el cuerpo de la difunta. Tal es la interpretación que dio Cleanto a ese espectáculo, testimoniando con ello que los animales que carecen de voz, no dejan, sin embargo, de mantener práctica y mutua comunicación; si nosotros no los comprendemos, nuestra es la torpeza y consiguientemente la de meternos neciamente a hablar de lo que no entendemos. De suerte que los animales ejecutan acciones que sobrepasan con mucho nuestra capacidad, a las cuales nos es imposible llegar por la imitación y que ni siquiera por imaginación podemos concebir. Aseguran algunos que en aquel gran combate naval que Antonio perdió contra Augusto, la galera de éste fue detenida en medio de su camino por el pececillo que los latinos llaman *remora* a causa de la propiedad que tiene de detener los navíos a que se sujeta. El emperador Calígula, bogando con una gran flota por las costas de la Romanía, sufrió el mismo percance; sólo su galera fue detenida de pronto por aquel pececillo, al cual mandó coger, pegado como estaba en la base de su barco, malhumorado de que un animalillo tan insignificante pudiera hacer frente al mar, a los vientos y a la violencia de los remos con permanecer sólo sujeto por la boca a los navíos. Calígula se admiró, no sin razón, de que al verlo de cerca dentro del barco no tuviera ya la misma fuerza que cuando estaba en el agua. Un ciudadano de Cizique alcanzó en lo antiguo reputación de entendido meteorólogo por haber observado las costumbres del erizo, el cual tiene su madriguera abierta por distintos lugares en la dirección de los diversos vientos; y como posee la facultad de prever el que reinará, tapa el agujero del mismo lado que ha de soplar; visto esto por aquel individuo, hizo saber a su ciudad el viento que reinaría. El camaleón toma el color del lugar en que permanece; el pulpo adopta el color que le place, según los casos, ya para guardarse del peligro que teme, ya para atrapar la presa que busca; la modificación en el primero significa cambio de pasión y en el segundo cambio de acción. El hombre experimenta algunas mutaciones impulsado por el horror, la cólera, la vergüenza y otras causas que alteran el aspecto de su fisonomía; todas las cuales son efectos del sufrimiento, como le ocurre al camaleón; si la ictericia nos pone amarillos, en esta amarillez no toma parte alguna nuestra voluntad. Esos actos que vemos realizar a los demás animales, y que prueban en ellos mayor habilidad y destreza de las que nosotros somos capaces, acreditan en ellos la existencia de alguna facultad superior que no conocemos, como tampoco muchas otras de sus cualidades y fuerzas, de las cuales no alcanzamos rastro alguno.

De todos los medios de predicciones empleados en los tiempos pasados, las más antiguas y seguras eran las que se deducían del vuelo de las aves; nada tenemos nosotros tan admirable que a ello se asemeje. El concierto y el orden en el movimiento de sus alas, por virtud del cual se alcanza la noción de las cosas venideras, menester es que sea encaminado por algún medio excelente a una tan elevada conclusión: atribuir resultado tan peregrino a natural instinto

sin el concurso de la inteligencia ni del raciocinio, es tomar las cosas demasiado al pie de la letra sin detenerse a interpretarlas; es formarse una idea absolutamente falsa. Prueba concluyentemente mi aserto, entre otros animales, la torpilla, que no sólo posee la facultad de adormecer los miembros que se ponen en contacto con ella, sino que aun al través de los hilos y de la red transmite una adormecida pesadez a las manos de los que la mueven o manejan, y hasta dicese que vertiendo agua sobre ella siéntese llegar el adormecimiento hasta la mano, de abajo arriba, al través del agua. Tan maravillosa propiedad no es inútil al animal, quien la advierte y emplea para apoderarse de la presa que busca, ocultándose bajo el cieno a fin de que los otros peces, al deslizarse por encima, se adormezcan con la frialdad que les comunica y caigan en su poder. Las golondrinas, las grullas y otras aves viajeras, cambian de residencia según las estaciones del año, mostrando suficientemente con tal costumbre, que ejercen a voluntad, la facultad adivinadora que poseen y de que se sirven. Aseguran los cazadores que para escoger entre varios perrillos el que deben reservarse como superior a los otros, basta con colocar a la madre en condiciones de poder elegirlo ella misma; separando los animalitos de la perrera, el primero que ella coja será siempre el mejor; o bien simulando poner fuego por todas partes al lecho de los perrillos, aquel que primero sea auxiliado aventajará a los demás. Infiriérese de aquí que los animales son hábiles para adivinar y que nosotros carecemos de tal facultad, o bien que son dueños de alguna virtud singularísima para juzgar a sus pequeñuelos, diferente de la nuestra y mucho más penetrante.

La manera de nacer, engendrar, amamantar, obrar, vivir y morir de los animales es análoga a la humana; cuantas ventajas atribuimos a nuestra condición en menoscabo de la suya son gratuitas; la razón del hombre es incapaz de advertir esa superioridad. Para la conservación de nuestra salud, los médicos nos proponen como ejemplo el vivir a la manera de las bestias; la siguiente receta se oye en boca del pueblo constantemente: "Mantened calientes los pies y la cabeza; en todo lo demás vivid como los irracionales."

El acto principal entre todos los naturales es la generación; el hombre y la mujer tienen para ella los órganos mejor dispuestos que los animales, a pesar de lo cual los médicos preceptúan que nos las arreglamos animalmente en este punto:

More ferarum,  
Quadrupedumque magis ritu, plerumque putantur  
Concipere uxores: quia sic loca sumere possunt,  
Pectoribus positis, sublati semina lumbis<sup>1</sup>;

desechando como perjudiciales esos movimientos indiscretos e insolentes que las mujeres ponen en práctica, y encaminándolas a imitar el ejemplo y uso de los irracionales de su sexo, más tranquilo y moderado:

Nam mulier prohibet se concipere atque repugnat,  
Clunibus ipsa vini Venerem si læta retractet,  
Atque exossato ciet omni pectore fluctus.  
Eicit enim sulci recta regione viaque  
Vomerem, atque locis avertit seminis ictum<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Comúnmente se cree que para que sea fecunda la unión de los esposos debe practicarse en la actitud de los cuadrúpedos; pues de este modo la situación horizontal del pecho y la elevación de los riñones favorecen la dirección del líquido generador. LUCRECIO, IV, 1, 261.

<sup>2</sup> Los movimientos lascivos con que la mujer excita el amor del hombre son un

Si procediendo conforme a justicia debe otorgarse a cada uno lo que se le debe, diremos que los animales sirven, aman y defienden a sus bienhechores; persiguen y ultrajan a los extraños y a los que les ofenden, por donde practican una justicia semejante a la nuestra, y vemos también que proceden con igualdad equitativa en el cuidado de sus pequeñuelos. Cuanto a la amistad, los animales la practican sin ningún género de duda más constante y más viva que los hombres. Hircano, el perro del rey Lisímaco, no quiso abandonar el lecho de su amo cuando éste murió, ni tampoco comer ni beber, y el día que quemaron el cuerpo se arrojó al fuego y se abrasó. Parecida acción ejecutó también el perro de un individuo llamado Pirro, que no quiso moverse del lecho de su dueño desde el instante en que murió, y cuando se llevaron el cadáver se dejó conducir con él, lanzándose también en la hoguera donde el cuerpo de su amo fue quemado. Nacen a veces en el hombre ciertas inclinaciones al afecto sin que la reflexión intervenga, las cuales derivan de una causa fortuita y algunos llaman simpatías; los animales son tan capaces como nosotros de tenerlas: vémoslos tomarse cariño recíproco, ya por el color del pelo o por el aspecto del semblante, y dondequiera que se encuentren unirse al punto con ademán contento y muestras de buena acogida, al par que rechazan la compañía de otros y a veces los odian. Como nosotros, los animales tienen sus preferencias en sus amores y efectúan una selección entre las hembras; tampoco están exentos de nuestros celos y envidias irreconciliables y extremos.

Los apetitos son o naturales y necesarios, como el beber y el comer, o naturales e innecesarios como el comercio con las hembras, y también los hay que no son naturales ni necesarios; entre éstos figuran casi todos los de los hombres, como superfluos y artificiales. Es maravilla lo poco que ha menester la naturaleza para su contentamiento y cuán poco nos deja que desear. Los aprendices de nuestras cocinas son ajenos a los preceptos naturales; dicen los estoicos que el hombre podría sustentarse con una aceituna al día; la delicadeza de nuestros vinos tampoco incumbe a su regla, ni los atractivos que añadimos a los placeres del amor:

Neque illa

Magno prognatum deposcit consule connum<sup>1</sup>.

Estos apetitos extraños que la ignorancia del bien y las ideas falsas han incrustado en nosotros son tan numerosos, que alejan por completo de nuestra vida los exclusivamente naturales, ni más ni menos que si en una ciudad hubiera tan gran número de extranjeros que bastaran a expulsar a los que nacieron en ella, o acabaran con la autoridad y poderío antiguos, usufructuándolos y haciéndose señores de ella. Los animales son mucho más ordenados que nosotros y saben contenerse con mayor moderación dentro de los límites que la naturaleza nos ha prescripto; pero no con tanta escrupulosidad que deje de quedarles alguna analogía con nuestra vida licenciosa, y así como se vieron deseos furiosos que empujaron a los hombres al amor de las bestias, hubo también animales a quienes ganó el amor humano, y que experimentaron afecciones monstruosas de una especie a otra. El elefante rival de Aristófanes, el gramático, se enamoró de una joven vendedora de flores en la ciudad de Alejandría, a quien aquél amaba, y desempeñaba su papel como el más apasionado de los galanes:

obstáculo para la fecundación, porque apartan el arado del surco y desvían los gérmenes del lugar donde deben dirigirse. LUCRECIO, IV, 1266.

<sup>1</sup> La voluptuosidad no le parece más viva en los brazos de la hija de un cónsul. HORACIO, *Sát.*, I, 2, 69.

paseábase por el mercado de frutas, cogía algunas con su trompa y se las llevaba a su amada; procuraba no perderla de vista e introducía su trompa en su seno por bajo del corpiño y le tentaba los pechos. Hablan también algunos de un dragón enamorado de una joven, y de una oca enamorada de un niño en la ciudad de Asopa, y de un carnero que idolatraba a la artista Glauca. Todos los días vemos monos furiosamente prendados de amor por las mujeres. Vense igualmente ciertos animales que se dan al amor siendo ambos del mismo sexo. Opiano y otros autores refieren algunos ejemplos en testimonio del respeto que las bestias en sus matrimonios profesan a la parentela; mas en este punto la experiencia nos muestra lo contrario con frecuencia sobrada:

Nec habetur turpe juvencæ

Ferre patrem tergo; fit equo sua filia conjux;

Quasque creavit, mit pecudes caper; ipsaque cujus

Semine concepta est, ex illo concipit ales<sup>1</sup>.

¿Puede encontrarse un caso más peregrino de maliciosa sutileza que el de la mula del filósofo Thales? Iba la caballería cargada de sal y tuvo que atravesar un río, y habiendo tropezado, los sacos se mojaron de tal modo que la sal se deshizo y la carga se aligeró; advertida esta circunstancia por la mula, se metía en los arroyos que encontraba al paso cuando llevaba el mismo cargamento, hasta que su amo, echando de ver su astucia, la cargó de lana; entonces no produciéndola el baño el efecto apetecido dejó ya de meterse en el agua. Algunos animales representan al desnudo el aspecto de nuestra avaricia, pues se les ve con ansia extrema apoderarse de cuanto pueden y esconderlo cuidadosamente aunque ningún empleo hayan de hacer de ello. En punto a los quehaceres domésticos nos sobrepasan con ventaja, no sólo por la previsión que ponen en amontonar y guardar para el porvenir, sino que poseen para ello los conocimientos necesarios: las hormigasorean sus granos y semillas a fin de que se mantengan frescos y secos cuando notan que principian a enmohecerse y a volverse rancias, evitando así que se corrompan y se pudran. La previsión y precaución que emplean para morder los granos de trigo sobrepasa a cuanto pueda imaginar la prudencia humana: como el trigo no permanece siempre seco ni bien conservado, sino que se ablanda y deshace convirtiéndose en una pasta lechosa cuando la germinación se produce, pierde entonces para las hormigas sus propiedades nutritivas; por eso muerden el extremo del grano por donde la germinación empieza.

Por lo que respecta a la guerra, que es la más aparatosa de todas las acciones humanas, quisiera yo saber si con nuestra preponderancia en ella aspiramos a ganar alguna prerrogativa, o, si por el contrario, pretendemos testimoniar nuestra debilidad e imperfección, pues que la ciencia que tiene por misión el destruirnos y acabarnos, arruinar y aniquilar nuestra propia especie, no tiene por qué ser deseada de los animales, quienes la desconocen:

Quando leoni

Fortior eripuit vitam leo? quo nemore unquam

Exspiravit aper majoris dentibus apri?<sup>2</sup>

<sup>1</sup> La ternera se entrega sin escrupulo a su padre; la yegua sacia los deseos del caballo que la engendró; el macho cabrío se une a las cabras que de él nacieron; el pájaro fecunda al ave a quien dio el ser. OVIDIO, *Metam.*, X, 325.

<sup>2</sup> ¿Viose alguna vez que un león desgarrara a otro menos fuerte? ¿En qué selva feneció un jabalí bajo el diente de otro más vigoroso? JUVENAL, XV, 160.

Sin embargo, las luchas no les son completamente ajenas, como lo prueban las furiosas acometidas de las abejas y las empresas de los príncipes de los dos ejércitos enemigos:

Sæpe duobus  
Regibus incessit magno discordia motu;  
Continuoque animos vulgi et trepidantia bello  
Corda licet longe præsciscere<sup>1</sup>.

Jamás leo esta divina descripción sin ver en ella estereotipada la absurda vanidad del hombre, pues esos movimientos guerreros que nos embargan a causa de su horror y espanto; esa tempestad de gritos y alaridos;

Fulgur ibí ad cælum se tollit, totaque circum  
Ære renidescit tellus, subterque virum vi  
Excitur pedibus sonitus, clamoreque montes  
Icti rejectant voces ad sidera mundi<sup>2</sup>;

ese espantoso concierto de tantos millares de gentes armadas de tanto furor, tanto ardor, tanto valor reunidos, son casi siempre movidos o detenidos por causas vanas e insignificantes:

Paridis propter narratum amorem  
Græcia Barbariæ dire collisa duello<sup>3</sup>:

toda el Asia se perdió y consumió en guerra a causa de la mujeriega chismografía de Paris: la voluntad de un solo hombre, el despecho, el placer, los celos domésticos, razones, en fin, que ni siquiera debieran impulsar a arañarse a dos vendedoras de sardinas, son la causa primordial de alteraciones enormes y trastornos colosales. Los mismos promovedores y actores de las guerras nos lo declaran: oigamos al emperador más grande, al más poderoso, al más victorioso que jamás haya existido, y veremos cómo se burla y toma a risa, ingeniosísima y graciosamente, muchos combates de mar y tierra en los que expusieron o perdieron la vida quinientos mil hombres, que siguieron la fortuna del emperador y agotaron la riqueza de dos mundos por coadyuvar a sus empresas:

Quot futuit Glaphyran Antonius, hanc mihi pœnam  
Fulvia constituit, se quoque uti futuam.  
Fulviam ego ut futuam! quid, si me Manius oret  
Pædicem, faciam? non puto, si sapiam.  
Aut futue, aut pugnemus, ait. Quid, si mihi vita  
Carior est ipsa mentula? signa canant<sup>4</sup>.

<sup>1</sup> Muchas veces la discordia surge violenta entre dos reyes, y entonces se puede comprender que los bandos se hallan agitados por el deseo de guerrear. VIRGILIO, *Geórg.*, IV, 67.

<sup>2</sup> Hasta el cielo llega el brillo del acero bajo el cual, como bajo una inmensa coraza, la tierra retiembla oprimida por el peso de las falanges guerreras puestas en marcha; y los montes elevan hasta los astros sus clamores de guerra. LUCRECIO, II, 325.

<sup>3</sup> Cuéntase que el amor de Paris impulsó a Grecia a entrar en guerra contra los bárbaros. HORACIO, *Epíst.*, I, 2, 6.

<sup>4</sup> Porque Antonio se prendó de Glafira, Fulvia se empeña ahora en que yo la he de amar. ¡Que yo ame a Fulvia! ¿Cómo? Si Manio me pide que cometa una necedad, ¿he de acceder al punto a sus deseos?, no creo que supiera. Me brindan con amor o guerra, ¿qué es esto? Mejor será pensar en algo más agradable. Que suenen las trompetas, que siga la fiesta. (Epigrama de Augusto conservado por Marcial.) XI, 21, 3.

(Empleo mi latín con harta libertad, aprovechando el consentimiento que me habéis otorgado<sup>1</sup>); de suerte que ese monstruo de aspectos y movimientos tan vistosos, que parece amenazar el cielo y la tierra:

Quam multi libyco voluntur marmore fluctus,  
Sævus ubi Orion hibernis conditur undis,  
Vel quam sole novo densæ torrentur aristæ,  
Aut Hermi campo, aut Lyciæ flaventibus arvis;  
Scuta sonant, pulsuque pedum tremite excita tellus<sup>2</sup>.

esa hidra de tantos brazos y cabezas no es, en conclusión, sino el hombre siempre débil, calamitoso y miserable: un hormiguero revolucionado,

It nigrum campis agmen<sup>3</sup>:

un soplo de viento contrario, el cruce de una banda de cuervos, el tropiezo de un caballo, el paso casual de un águila, una soñación cualquiera, una voz, una señal, la bruma de la mañana, bastan para dar con él por tierra. Lanzadle un rayo de sol a los ojos y al punto le veréis aturrido; arrojadle un puñado de polvo a la vista, como a las abejas de que habla el poeta, y al instante todas nuestras banderas, todas nuestras legiones perderán la brújula, sin exceptuar siquiera la del gran Pompeyo, pues si la memoria me es fiel, Sertorio le venció en España ayudado de tan débiles armas, que también emplearon Eumeno contra Antígono y Surena contra Craso:

Hi motus animorum, atque hæc certamina tanta,  
Pulveris exigui jactu compressa quiescent<sup>4</sup>.

Láncese contra él una turba de abejas y estos animalillos acabarán con su fuerza y con su arrojo. Sitiando poco ha los portugueses la ciudad de Tamly, en el territorio de Xiatime, los moradores de aquélla condujeron a la muralla gran número de colmenas, que en el país abundan, y por medio de fuego las arrojaron tan diestramente contra sus enemigos, que éstos se vieron obligados a abandonar su empresa, no pudiendo soportar los asaltos y picaduras. Con tan ingenioso medio defendieron su ciudad y ganaron la libertad, y la buena fortuna hizo que concluido el combate no faltara ni una sola abeja en su panal. Las almas de los emperadores y las de los zapateros de viejo provienen del mismo molde; al considerar la trascendencia de las acciones de los príncipes, el peso e influjo de las mismas, pensamos acaso que son el resultado de alguna fuerza igualmente trascendental, pero nos equivocamos de medio a medio; los monarcas son guiados en sus actos por idénticos resortes que nosotros en los nuestros; la misma razón que nos indisponen con el vecino ocasiona entre dos príncipes una guerra; si el motivo que nos impulsa a castigar a un lacayo lo experimenta un soberano, arruina al punto una provincia; su voluntad

<sup>1</sup> Créese que este largo capítulo lo dedicó Montaigne a la reina Margarita de Francia, esposa del rey de Navarra (más tarde Enrique IV), conocida por sus poesías y sus Memorias.

<sup>2</sup> Como el mar de Libia agitado por las tempestades cuando el implacable Orión se sumerge en él a la llegada del invierno; o bien como los campos fecundos del Hermo o de Licía, cubiertos de espigas tostadas por el sol estival, así resuenan las armas y la tierra retiembla bajo el peso de los ejércitos. VIRGILIO, *Eneida*, VII, 718.

<sup>3</sup> El oscuro enjambre marcha por la llanura. VIRGILIO, *Eneida*, IV, 404.

<sup>4</sup> Todas estas agitaciones, todas estas luchas cesarían arrojando sobre los combatientes un puñado de polvo. VIRGILIO, *Geórg.*, IV, 86.

es tan ligera como la nuestra, pero su poderío mayor. Análogos son los apetitos que mueven a un insecto microscópico, que los que agitan a un elefante.

En punto a fidelidad todos los animales aventajan al hombre. Ninguno hay que le supere en malas artes. Nuestros cronistas hablan del encarnizamiento con que algunos perros vengaron la muerte de sus amos. El rey Pirro encontró un perro que custodiaba el cadáver de un hombre, y habiéndole dicho que el animal llevaba tres días sin moverse de aquel lugar, mandó que dieran sepultura al muerto y se llevó el perro consigo. Un día que el monarca asistía a las maniobras de su ejército, el animal vio a los matadores de su amo, corrió tras ellos en medio de grandes ladridos, lleno de rabia, y por este primer indicio preparó la venganza de la muerte, que la justicia se encargó de castigar. Otro tanto hizo el perro del poeta Hesíodo, denunciando a los hijos de Ganystor de la muerte que habían cometido en la persona de su amo. Otro perro que guardaba un templo de Atenas vio a un sacrilego ladrón que se llevaba las joyas más valiosas; ladró al malhechor, pero como los guardianes no se despertaron siguió tras él, y cuando amaneció se apartó un poco sin dejar de perderle de vista ni un momento: cuando el ladrón le daba de comer nada quería recibir de su mano, pero a los demás que encontraba en su camino los acariciaba moviendo la cola y aceptaba cuanto le ofrecían; si el ladrón se detenía para dormir, el perro se paraba en el lugar mismo; y por fin, como los guardianes tuvieran noticia del animal, se informaron de sus señas, siguieron sus huellas, y dieron con él en la ciudad de Cromyón y con el ladrón también, a quien condujeron a la ciudad de Atenas, donde fue castigado. En reconocimiento de los buenos oficios del can, los jueces ordenaron que fuese en adelante mantenido a expensas del erario, y que los sacerdotes cuidaran de él. Plutarco refiere este hecho como verídico y dice que ocurrió en su siglo.

Cuanto a la gratitud bastará citar el caso que refiere Apión como testigo ocular. Un día que se celebraba en Roma para divertimento del pueblo un combate de fieras, principalmente de leones de gran altura, se vio uno entre los demás que por su furiosa actitud, fuerza y grosor de sus miembros y rugido soberbio y espantoso, atraía la atención general. Entre los esclavos que comparecieron ante el pueblo en esta lucha de fieras hubo uno de Dacia, llamado Androclo, que pertenecía a un cónsul romano. Tan luego como el león lo vio, se detuvo de pronto, cual si hubiera sido ganado por una sorpresa repentina, y luego se le acercó muy despacio, blanda y apaciblemente, como para reconocerle con mayor seguridad; luego que se hubo bien asegurado de quién era, empezó a mover la cola, como hacen los perros que acarician a sus amos, y a besar y lamer las manos y los muslos del pobre esclavo, transido de espanto y loco de miedo. Androclo recobró la calma por la benignidad del león, y la tranquilidad por haberle reconocido; entonces se acatizaron e hicieron fiestas de tal suerte que era el verlos un contento singular. El pueblo daba gritos de alegría; el emperador mandó llamar al esclavo para que le explicase la causa de un acontecimiento tan portentoso, y entonces Androclo relató la admirable historia siguiente:

"Cuando mi amo era procónsul en Africa me vi obligado a abandonarle por la crueldad y malos tratos que conmigo empleaba; todos los días daba orden de que me azotaran, así es que me vi precisado a escapar de la presencia de un personaje que tanta autoridad tenía en la provincia, y el medio más fácil que encontré a mano fue trasladarme a las soledades y parajes arenosos e inhabitables de aquel país, resuelto, si los medios de subsistir me faltaban, a darme la muerte. Como el sol es abrasador a la hora del mediodía y el calor

insufrible, encontré una caverna oculta e inaccesible e hice de ella mi guarida; no tardé mucho en recibir la visita de un león con una garra ensangrentada y herida, que se quejaba y gemía de los dolores que sufría. Cuando le vi entrar tuve mucho miedo, pero el animal viéndome oculto y atemorizado en un rincón de su vivienda, se me acercó con dulzura extrema, presentándose su garra herida y mostrándomela cual si me pidiera que se la curase; entonces le extraje una gruesa astilla que tenía incrustada, y como me hubiera familiarizado con él un poco, le oprimí la herida, la lavé y la sequé del modo que mejor me fue dable. El león, sintiéndose mejor de su mal y aliviado del dolor, se durmió con la pata entre mis manos. De entonces en adelante vivimos juntos en la caverna por espacio de tres años, alimentándonos con la misma carne, pues de los animales que mataba en sus cacerías me dejaba los mejores pedazos, que yo guisaba con el calor del sol, a falta de lumbre, y que me servían de sustento. Como andando el tiempo me cansara de una vida tan animal y salvaje, un día que como todos los demás había salido a sus cacerías, me alejé de la caverna, y cuando habían trascurrido tres, fui sorprendido por los soldados, que me condujeron del Africa a esta ciudad y me pusieron en manos de mi señor, quien me condenó a perecer entre las garras de las fieras. En conclusión; a lo que yo veo, el león fue cazado poco tiempo después y hoy ha querido recompensarme de la cura que le hice y de los auxilios que le presté."

Tal fue el sucedido que Androclo refirió al emperador y luego al pueblo, siendo puesto en libertad a petición de todos y absuelto de su condena: por voluntad general se le hizo presente del león. Viose luego, dice Apión, al esclavo conduciendo su león con una cuerda pequeña, como se lleva a un perrillo, paseándole por las tabernas de Roma, en las que le daban dinero: el león se dejaba cubrir con las flores que le arrojaban, y todos exclamaban al verlos: "¡He aquí el león huésped del hombre; he aquí el hombre que curó al león!"

Lloramos frecuentemente la pérdida de los animales a quienes profesábamos cariño; otro tanto hacen ellos cuando nosotros fallecemos:

Post, bellator equus, positus insignibus, Æthon  
Il lacrymans, guttisque humectat grandibus ora<sup>1</sup>.

Hay pueblos en que las mujeres pertenecen a varios hombres, y otros en que cada individuo tiene la suya; lo propio se ve en los animales y la fidelidad marital mejor guardada que en el género humano. En punto a la confederación y unión que mantienen entre sí para socorrerse y auxiliarse, vense bueyes, cerdos y otras especies que al grito del ofendido toda la cuadrilla acude en su ayuda y se une para defenderle; cuando el escarro traga el anzuelo del pescador, sus compañeros se reúnen en gran número alrededor de él, y roen y parten la caña; si ocurre que alguna cae en la red, los otros le presentan la cola por fuera, el prisionero la estrecha cuanto puede y así le arrastran hacia fuera a dentelladas hasta que consiguen librarle. Los barbos, cuando uno de sus compañeros es atrapado, se colocan los demás la caña contra el espinazo, y sacan un pincho armado de dientes como una sierra, con la ayuda del cual la cortan. Cuanto a los particulares servicios que nos prestamos en la vida, lo propio puede verse entre los animales en muchas especies. Cuentan que la ballena nunca va sola, sino que la precede un pececillo semejante al gobio de mar,

<sup>1</sup> Detrás marcha soberbiamente enjaezado su corcel de guerra Æthón dando relinchos lastimeros, con la cara bañada en lágrimas. VIRGILIO, *Eneida*, XI, 39.

que por eso se llama *guia*; la ballena le sigue dejándose guiar en línea recta o en redondo, con la misma facilidad que el timón hace girar al navío. En recompensa de tal servicio, el cetáceo no hace daño alguno al pececillo, que duerme en su boca con seguridad completa; sabido es que todo cuanto entra en las fauces de este monstruo, lo mismo un animal que un buque, es al punto deglutido. Mientras el animalillo permanece dormido la ballena no se mueve, y tan pronto como sale al agua, el cetáceo le sigue sin detenerse; si acontece que le pierda de vista, el animal va errando por todas partes y a veces choca contra las rocas como un barco sin timón. Plutarco da testimonio de haber visto esto en la isla de Anticyre. Parecida unión existe entre el pajarillo llamado reyezuelo y el cocodrilo; el primero sirve al segundo de centinela, y cuando su enemigo el icneumon se acerca para combatirle, el pajarillo, temiendo que le sorprenda dormido, le despierta con su canto y con el pico para advertirle del peligro; vive de los restos de las comidas del cocodrilo, que le da asilo familiarmente en su boca, y le permite picotear en sus mandíbulas y en sus dientes para que recoja los pedacitos de carne que le quedaron; cuando el cocodrilo quiere cerrar la boca, el pajarillo lo advierte, porque la va cerrando poco a poco para no causarle daño. La concha que llaman nácar vive de modo análogo con el pinotero, que es un animalillo semejante a él y le sirve como de hujier y portero, colocado en la abertura de las valvas, que mantiene siempre entreabiertas hasta que ve entrar algún pececillo propio a su nutrición; entonces él se interna, va picando la carne viva y la obliga a cerrar las valvas; luego los dos juntos comen la presa así encerrada. En la manera de vivir de los atunes se advierte una ciencia singular de las tres partes de la matemática, y en punto a astrología estos animales la enseñan al hombre, pues se detienen en el lugar en que el solsticio de invierno los sorprende, y no se mueven hasta que llega el equinoccio siguiente; por esta razón Aristóteles mismo los supone competentes en astronomía. En cuanto a la geometría y aritmética, estos animales construyen siempre sus cuadrillas en forma cúbica, cuadrada por todas partes, de suerte que forman un cuerpo de batallón sólido, cerrado alrededor, con seis caras iguales; nadan luego en esta disposición cuadrada, tan ancha atrás como delante, de suerte que quien ve una y cuenta un rango puede fácilmente contar los demás, porque la profundidad es igual a la anchura y ésta a la longitud.

En punto a magnanimidad es difícil probarla mejor que citando el ejemplo de un perro enorme que fue enviado de las Indias al emperador Alejandro; presentáronle primeramente un ciervo para que luchara con él, luego un jabalí, después un oso, y no hizo ningún caso de ellos, ni siquiera se dignó moverse del lugar en que se encontraba; pero apenas hubo visto un león se levantó al punto, dando con ello a entender claramente que sólo al último consideraba digno de sostener la lucha. En lo tocante al arrepentimiento y reconocimiento de las faltas cometidas, refiérese que un elefante, habiendo dado muerte al que le cuidaba, empujado por la cólera, sintióse acometido de una tristeza tan intensa que se resistió a comer, dejándose morir de hambre. En punto a la clemencia refiérese de un tigre, el más inhumano de todos los animales, a quien dieron un cabrito para que lo devorase, que pasó dos días sin comer antes de decidirse a tocarlo, y al tercero rompió la jaula en que estaba encerrado para buscar otras provisiones por no querer devorar el animal que le presentaban, que era su amigo y huésped. Y por lo que se refiere a la amistad que se engendra por el trato entre los animales, ordinariamente nos acontece ver reunidos gatos, perros y liebres.

Pero lo que la experiencia enseña a los que viajan por mar —princi-

palmente por el mar de Sicilia—, sobre la condición de los alciones sobrepasa cuanto el humano entendimiento pueda idear; ¿de qué otra especie animal honró jamás la naturaleza los partos, el nacimiento y la manera de criarse? Cuentan los poetas que una sola isla, la de Delos, que flotaba sobre las aguas, se afirmó para coadyuvar a la procreación de Latona; pero el Creador de todas las cosas hizo que el mar todo se detuviera, afirmara y aplanara, sin olas, vientos ni lluvias, mientras el alción engendra a sus pequeñuelos, precisamente cerca del solsticio, el día más corto del año; y por virtud de tan privilegiado animal tenemos siete días y siete noches en lo más crudo del invierno en que nos es dable navegar sin peligro alguno. Las hembras no reciben otro macho que el suyo propio, y le asisten toda la vida sin abandonarle jamás; y si cae enfermo o se inutiliza, cargan con él, le llevan por todas partes y le auxilian hasta la hora de la muerte. Mas nadie ha podido conocer todavía la naturaleza de la maravillosa construcción con que el alción fabrica el nido de sus pequeñuelos ni adivinar los materiales de que se compone. Plutarco<sup>1</sup>, que vio y tocó algunos nidos, cree que es con las espinas de algún pez cómo el alción une, liga y entrelaza, colocando unas a lo largo, las otras de través, proveyéndolo de curvas y redondeces, de tal suerte que forma un barco redondo presto a navegar. Tan luego como la construcción termina, el alción lo somete a la prueba de las olas, en el punto donde el mar, sacudiéndolo sin violencia, le hace ver las partes que no fueron sólidamente ligadas, y fortifica la en que advierte que su estructura flojea y se deshace por el choque de las ondas. Por el contrario, los puntos que están bien unidos se fortifican y constriñen merced al sacudimiento del agua, de tal suerte que no pueden romperse ni deshacerse o deteriorarse a pedradas ni con el hierro, si no es con mucho trabajo. Más digna de admirarse todavía es la disposición y figura de la concavidad, pues está formada y dispuesta de manera que no puede recibir ni contener otra cosa que el ave que la edificó; a todo lo demás es impenetrable, cerrado y firme, de tal modo que nada puede meterse dentro, ni siquiera el agua del mar. He aquí una descripción clara, sacada de una obra que merece crédito, pero que no acaba de hacernos ver claramente las dificultades de tal arquitectura, así que podemos concluir que es inexplicable el sentimiento vano que nos hace considerar como inferior e interpretar desdeñosamente lo que no somos capaces de imitar ni de comprender.

Para llevar todavía un poco más lejos la correspondencia y semejanza que existe entre nuestras acciones y las de los animales, diré que como el hombre, poseen el privilegio, de que nuestra alma se glorifica, de acomodar a su condición cuanto concibe, despojando de cualidades mortales y corpóreas cuanto a ella llega; el de ordenar las cosas que estima dignas de unirse al espíritu, desligándolas de sus cualidades corruptibles y dejarlas aparte como cosa superflua y material, tales como espesor, longitud, profundidad, peso, color, olor, dureza, suavidad, blandura y todos los accidentes sensibles, para acomodarlos a su condición espiritual e inmortal. Así, por ejemplo, las ciudades de Roma y París, que mi alma se representa tales cuales son, puede concebirlas sin magnitud ni lugar, sin piedras, yeso ni madera: de idéntica facultad parece que los animales gozan, pues un caballo acostumbrado al sonido de las trompetas, a oír el disparo de los arcabuces y el choque de las armas en los combates, a quien vemos agitarse y temblar estando dormido, extendido sobre su lecho,

<sup>1</sup> PLUTARCO, *Qué animales son los más avisados* (c. XXXIV); al mismo libro pertenecen igualmente muchas de las relaciones que Montaigne trae a cuento en estas páginas en alabanza de la inteligencia y virtudes de los irracionales. — Véase también PLINIO, *Historia de los animales*, IX, 16.

cual si estuviera en medio de la pelea, es seguro que concibe un sonido de tambor sin oírlo y un ejército sin que vea armas ni soldados:

Quippe videbis equos fortes, quum membra jacebun  
In somnis, sudare tamen, spirareque sæpe,  
Et quasi de palma summas contendere vires<sup>1</sup>:

la liebre, que un galgo imagina en sueños, tras la cual le vemos jadeante, levantar la cola, sacudir las patas y representar a maravilla los movimientos de la carrera, es una liebre inmaterial, sin huesos y sin piel:

Venantumque canes in molli sæpe quiete  
Jactant crura tamen subito, vocesque repente  
Mittunt, et cerebras reducunt naribus auras,  
Ut vestigia si teneant inventa ferarum:  
Expergefactique sequuntur inania sæpe  
Cervorum simulacra, fugæ quasi dedita cernant;  
Donec discussis redeant erroribus ad se<sup>2</sup>:

los perros guardianes que vemos gruñir cuando sueñan, y después ladrar y despertarse sobresaltados, como si advirtieran la llegada de algún extraño; este desconocido, que su alma divisa, es un hombre espiritual e imperceptible, sin dimensiones, color ni ser:

Consueta domi catulorum blanda propago  
Degere, sæpe levem ex oculis volucremque soporem  
Discutere, et corpus de terra corripere instant,  
Proinde quasi ignotas facies atque ora tuantur<sup>3</sup>.

Por lo que a la belleza corporal respecta, antes de considerarla, sería preciso saber si estamos de acuerdo en cuál es su naturaleza. Probable es que no sepamos en qué consista la belleza, así la de la naturaleza como en general, puesto que a la del hombre y a la de cada uno en particular damos tan gran diversidad de formas. Si algún precepto nos inclinara a ella, todos la reconoceríamos como reconocemos lo tangible y lo palpable; el calor del fuego, por ejemplo. Cada cual la acomoda a su inclinación:

Turpis Romano Belgicus ore color<sup>4</sup>:

para los indios es atezada y negra, con los labios gruesos e hinchados y la nariz achatada; cuelgan éstos gruesos anillos de oro en el cartílago para que caiga sobre la boca, e igualmente acostumbran a llevar gruesos círculos incrustados de piedras finas pendientes del labio inferior para que se acerque a la barba; la

<sup>1</sup> Así suele observarse que los caballos corredores se cubren de sudor y dan fuertes resoplidos durante el sueño, cual si creyeran hallarse luchando con todas sus fuerzas por obtener la victoria. LUCRECIO, IV, 988.

<sup>2</sup> También los perros cazadores se agitan muchas veces durante el sueño y de repente se ponen a escarbar, a ladrar o a olfatear inquietos, como si hubiesen encontrado rastros de caza, y aun llegan, movidos por la ilusión, a perseguir ciervos imaginarios que creen ver huir delante de ellos, hasta que desvanecido el fantasma comprenden que todo fue engaño y vuelven en sí. LUCRECIO, IV, 992.

<sup>3</sup> A veces el guardián fiel y cariñoso que vive bajo nuestro techo disipa de pronto el sueño ligero que cubría sus párpados y se pone en guardia creyendo ver una cara extraña cuyos rasgos desconoce. LUCRECIO, IV, 999.

<sup>4</sup> El tinte de Bélgica desluce el rostro romano. PROPERCIO, II, 18, 26.

gracia más exquisita entre esos pueblos consiste en mostrar desmesuradamente la dentadura. En el Perú las orejas de mayor tamaño son las más bellas, y valiéndose de procedimientos diversos alárganlas cuanto pueden; una persona viva y sana cuenta que vio en una nación oriental el cuidado de agrandar las orejas tan acreditado, lo mismo que el cargarlas de pesadas joyas, que podía con toda facilidad meter el brazo con manga y todo por el agujero de una oreja. Otras naciones ennegrecen los dientes con superior esmero y desdennan el verlos blancos; en otras los tiñen de color rojo. No es solamente en los países vascos donde las mujeres se creen más hermosas rapándose el pelo de la cabeza; lo propio ocurre en otras partes, y, lo que es más peregrino, en ciertas regiones polares, según Plinio atestigua. Los mejicanos incluyen entre las cualidades estéticas la pequeñez de la frente, y así como se cortan el pelo de las otras partes del cuerpo hacen que en la frente crezca aplicando remedios para ello; el tamaño de los pechos debe ser desmesurado y las mujeres se esfuerzan por poder ofrecérselo a sus hijos por encima del hombro. Tal cosa para nosotros sería horrible. Para los italianos la belleza corporal ha de ser gorda y maciza, para los españoles delgada y esbelta; éstos la prefieren blanda y delicada, aquéllos fuerte y vigorosa; quién exige melindres y dulzuras, quién majestad y fiereza. Así como Platón encuentra la belleza en la forma esférica, los partidarios de Epicuro la ven en la piramidal más bien, o en la cuadrada, y no pueden transigir con un dio; en forma de bola. Mas de todas suertes, en esto, como en todo lo demás, tampoco la naturaleza nos concedió ningún privilegio sobre los otros seres; y si nos consideramos bien hallaremos que si hay algunos animales menos favorecidos que el hombre en punto a belleza, hay otros y en gran número que nos aventajan, a multis animalibus decore vincimur<sup>1</sup>, hasta entre los que como nosotros se muevan en la tierra; pues por lo que toca a los marinos, dejando a un lado la figura, que no puede compararse por lo distinta con la nuestra, tanto se aparta en color, limpieza, pulidez, disposición, en lo demás nos ganan, como asimismo nos son muy superiores todas las aves. La prerrogativa que los poetas encuentran en el hombre por su recta estatura, que mira al cielo, ¿de dónde procede?

Pronaque quum spectent animalia cetera terram,  
Os homini sublime dedit, cælumque tueri  
Jussit, et erectos ad sidera tollere vultus<sup>2</sup>;

no puede menos de convenirse en que es más poética que verdadera, pues hay muchos animales cuya mirada se dirige exclusivamente al firmamento, y la de rechura de los camellos y de los avestruces, creo que es más gallarda que la nuestra. ¿Qué clase de animales es la que no tiene la faz elevada ni mira frente a frente como nosotros, ni descubre en su posición natural así el cielo como la tierra, como le ocurre al hombre? ¿Ni qué cualidades corporales de las que nosotros tenemos y que Platón y Cicerón describen no pueden aplicarse a mil categorías de irracionales? Los que más se nos acercan son precisamente los más feos y repugnantes de toda la escala, pues así por la apariencia exterior como por el aspecto del semblante, son los monos:

<sup>1</sup> Son muchos los animales que nos aventajan en hermosura. SENECA, *Epist.*, 124.

<sup>2</sup> En tanto que los demás animales se ven forzados a mirar hacia la tierra, el hombre fue dotado por Dios de una frente elevada para que pudiera contemplar el firmamento y alzar hacia las estrellas su rostro sereno. OVIDIO, *Metam.*, I, 84.



Simia quam similis, turpissima bestia, nobis!<sup>1</sup>

interiormente y cuanto a los órganos vitales, es el cerdo. Cuando yo considero al hombre enteramente desnudo, sobre todo al sexo que parece estar adornado de cualidades más bellas, y reparo en sus tachas e imperfecciones, me convenzo de que más que ningún otro animal, hemos obrado prudentemente al cubrir nuestras fealdades. Debe perdonárenos el que nos hayamos cubierto con los despojos de aquellos a quienes la naturaleza favoreció más que al hombre, para adornarnos con su belleza, y esconderlos bajo la lana, la pluma, el pelo o la seda. Observemos, además, que el hombre es el único animal cuyos defectos ofendan a sus semejantes y el único también que se guarda de los demás cuando practica sus actos naturales. Es también una circunstancia digna de tenerse en cuenta el que los entendidos en la materia aconsejen como un remedio eficaz en las pasiones del amor la vista al descubierto del cuerpo de la amada, y que para verter el jarro de agua fría sobre el amor baste con ver al descubierto la persona amada:

Ille, quod obscenas in aperto corpore partes  
Viderat, in cursu qui fuit, hæsit amor<sup>2</sup>:

y aunque tal remedio pueda proceder a veces de una condición algo delicada y fría, es una cosa que prueba nuestra debilidad el que por medio de la frecuentación y el trato lleguemos a hastiarnos los unos de los otros. No es tanto pudor, como artificio y medida prudente, lo que hace que nuestras damas sean tan circunspectas en rechazarnos la entrada en sus tocadores antes de que se hayan pintado y acicalado para mostrarse en público:

Nec Veneres nostras hoc fallit; quo magis ipsæ  
Omnia summopere hos vitæ postcena celant,  
Quos retinere volunt, adstrictoque esse in amore<sup>3</sup>.

Nada hay en muchos animales de que no gustemos y que no plazca a nuestros sentidos; de tal suerte, que hasta de sus mismos excrementos y secreciones obtenemos no sólo manjares exquisitos, sino nuestros más ricos perfumes y nuestros ornamentos más preciados. Claro está que todo lo dicho no va sino con el común de los hombres y mujeres: sería un verdadero sacrilegio incluir a esas divinas criaturas, sobrenaturales y extraordinarias bellezas, que a veces resplandecen entre nosotros como astros, bajo una envoltura corporal y terrestre.

Por lo demás, la parte que en los animales reconocemos de los beneficios que la naturaleza les otorgó, les es más ventajosa que la nuestra: atribuímonos bienes imaginarios y sobrenaturales, bienes futuros y lejanos, de los cuales la humana capacidad no puede darse cuenta, o beneficios que nos aplicamos falsamente, merced a la licencia de nuestro juicio, como la razón, la ciencia, el honor; a los otros seres dejamos en cambio los que sólo son materiales y palpables: la paz, el reposo, la seguridad, la inocencia y la salud, que es el más hermoso y rico presente que de la naturaleza podemos recibir; de tal suerte,

<sup>1</sup> A pesar de todas sus deformidades el mono se nos asemeja. ENNIO, *apud CIC.*, *de Nat. deor.*, I, 35.

<sup>2</sup> ¡Cuántas veces el que descubrió los secretos velados por el pudor de la mujer amada sintió desvanecerse el amor junto con el misterio! OVIDIO, *de Remed. amor.*, v. 429.

<sup>3</sup> No corre en esto peligro nuestra pasión, puesto que la mujer sabe ocultar los secretos de su vida que pudieran destruir la ilusión del hombre, particularmente a aquellos a quienes desea sujetar y retener fieles a su amor. LUCRECIO, IX, 1182.

que hasta la filosofía estoica declara que si Heráclito y Ferecides hubieran podido cambiar su sabiduría por la salud, y librarse con tal trueque el uno de la hidropesía y el otro de la enfermedad cutánea que le atormentaba, lo hubieran hecho de buen grado. Por donde conceden todavía mayor valor a la sabiduría, comparándola y contrapesándola con la salud, que en esta otra proposición perteneciente también a la secta estoica: si Circe hubiera presentado a Ulises dos brebajes diferentes, uno para convertir un loco en cuerdo y el otro para trocar el cuerdo en loco, Ulises hubiera aceptado el de la locura, mejor que consentido en que Circe cambiara su forma humana en la de un animal, y añaden que la propia sabiduría le hubiera hablado de esta manera: "Abandóname, déjame como estoy antes que acomodarme bajo la figura y cuerpo de un asno." ¿Cómo? ¿Esa portentosa y divina sapiencia la dejan los filósofos por esta forma corporal y terrestre? No son pues la razón, la reflexión ni el alma lo que nos hace superiores a los animales; es sí nuestra belleza, nuestra hermosa tez y nuestra bella disposición orgánica, por la cual nos precisa echar a un lado nuestra inteligencia, nuestra prudencia y todas las demás cualidades. Yo acepto de buen grado esa confesión ingenua y franca; en verdad conocieron que aquellas prendas de que tanto nos gloriamos, no son más que fantasía vana. Aun cuando los animales tuvieran en su mano la virtud toda, la ciencia, la sabiduría y la firmeza de alma de los estoicos, no dejarían por eso de ser animales y no podrían por lo mismo ponerse en parangón con un hombre miserable, insensato y malo. En fin de cuentas, lo que a nosotros no se asemeja nada vale; Dios mismo, para alcanzar valer, es preciso que se nos asemeje, como más adelante veremos; de todo lo cual se deduce que no es por razones sólidas, sino por la testarudez vana y loca por lo que nos tenemos por superiores a los otros seres y nos alejamos de su sociedad y condición.

Pero volviendo a mi propósito diré que, por nuestra parte, somos víctimas de la inconstancia, irresolución, incertidumbre, duelo, superstición, ansia por las cosas venideras, a veces aun después de nuestra vida; de la ambición, avaricia, los celos, la envidia, los apetitos desordenados, furiosos e indomables; de la guerra, mentira, deslealtad, detracción y curiosidad. En verdad hemos pagado cara la tan decantada razón de que nos gloriamos y la capacidad de juzgar y conocer, si la hemos alcanzado a cambio del infinito número de pasiones de que incesantemente somos presa, dado caso que no queramos también ensalzarnos, como hace Sócrates, de la noble prerrogativa sobre los demás animales a quienes la naturaleza prescribió cierto límite y época en el placer venéreo, mientras que al hombre le dejó amplio campo a todas horas y en todas ocasiones. *Ut vinum cægotis, quia prodest raro, nocet sæpissime, melius est non adbibere omnino, quam, spe dubiæ salutis, in opertam perniciem incurrere; sic haud scio, an melius fuerit, humano generi motum istum celerem cogitationis, acumen, solertiam, quam rationem vocamus, quoniam pestifera sint multis, admodum paucis salutaria, non dari omnino, quam tam munifice et tam large dari*<sup>1</sup>.

¿Qué provecho fue el que alcanzaron Varrón y Aristóteles por el entendimiento peregrino que les adornaba? ¿Acaso los libró de las molestias humanas? ¿Eximióles siquiera de los accidentes a que está sujeto cualquier ganapán? La lógica, ¿procuróles algún consuelo contra la gota? Porque supieran que ese humor tiene su asiento en las junturas, ¿se vieron menos libres de él? ¿Aviniéronse con la muerte por saber que algunos pueblos encuentran en ella contentamiento? ¿Resignáronse con la infidelidad matrimonial por tener noticia de

<sup>1</sup> Del mismo modo que es preferible no dar vino a los enfermos porque, siéndoles ordinariamente nocivo, rara vez provechoso, se corre el riesgo de dañarles a cambio de la esperanza demasiado problemática de devolverles la salud, así creo también

que en algunos países las mujeres pertenecen a varios hombres? Muy por el contrario; habiendo ocupado el primer lugar como sabios, el primero entre los romanos, el segundo entre los griegos, en la época más floreciente de las ciencias romana y griega, ningún indicio tenemos de que disfrutaran de ninguna particular ventaja en el transcurso de sus vidas, antes bien, el griego tuvo que emplearse en lavar algunas manchas de la suya. ¿Hase demostrado que la salud y los placeres sean más gustosos para los que conocen la astrología y la gramática?

Illitterati num minus nervi rigent?<sup>1</sup>

¿y la vergüenza y la pobreza menos importunas?

Scilicet et morbis, et debilitate carebis,  
Et luctum et curam effugies, et tempora vitæ  
Longa tibi post hæc fato meliore dabuntur<sup>2</sup>.

Cien artesanos he conocido, y cien labradores, que fueron más prudentes y dichosos que los rectores de universidad; a los primeros quisiera yo asemejar. A mi juicio, la doctrina debe incluirse entre las cosas necesarias para la vida, como la gloria, la nobleza, la dignidad, o cuando más, en la misma escala que la riqueza, la belleza y otros méritos que son de verdadera utilidad: nosotros les damos precio, no a su cualidad intrínseca. Para la vida social apenas si necesitamos otras leyes ni otros preceptos que los que precisan las grullas o las hormigas en la suya, quienes, sin erudición ni ciencia, se conducen de un modo ordenadísimo. Si el hombre fuera sensato, miraría las cosas según la mayor o menor utilidad que procurasen a su individuo. A considerar cada hombre por las acciones y desórdenes que realiza, encontraríanse más excelentes y en mayor número entre los ignorantes que entre los sabios en toda suerte de virtudes. Valía más la antigua Roma, así en la paz como en la guerra, que la Roma sabia, causa de su propia ruina; y aun suponiendo que en todo lo demás fuera idéntica, la hombría de bien y la inocencia pertenecieron a la antigua, pues ambas cualidades sólo se avienen con la sencillez. Mas dejando a un lado este punto, que me llevaría más lejos de lo que pretendo, añadiré únicamente que sólo la humildad y la sumisión engendran los hombres de bien. No es posible dejar al albedrío de cada individuo el conocimiento de su deber; es preciso prescribírselo, no dejarlo a la elección de cada cual. De otro modo, considerando la variedad infinita de opiniones y razones, nos forjaríamos deberes que nos llevarían a devorarnos los unos a los otros, como dice Epicuro. La primera ley que Dios impuso al hombre fue la de una mera obediencia; una orden sencilla y sin complicaciones en que el individuo nada tuviera que conocer ni que cuestionar, pues el obedecer es oficio propio del alma razonable que reconoce un ser celeste, infinitamente superior y bienhechor. De la obediencia y la sumisión nacen todas las demás virtudes, como de la rebeldía emanan todos los

que sería preferible que no se hubiera otorgado al hombre la facultad de pensar, la comprensión, la perspicacia, en suma, lo que llamamos razón, la cual a todos nos fue liberalmente concedida y aprovecha a muy pocos, siendo en cambio altamente nociva para los más. CICERON, *de Nat. deor.*, III, 27.

<sup>1</sup> ¿Resiste el ignorante con menos ímpetu las embestidas del amor? HORACIO, *Epođ.*, 8, v. 17.

<sup>2</sup> Así estarás exento de enfermedades y flaquezas; así te librarás de preocupaciones y de sufrimientos, y el destino bienhechor te concederá una vida más dilatada y feliz. JUVENAL, XIV, 156.

pecados. La primera tentación que experimentó la humana naturaleza por mediación del demonio, el primer veneno, nos fue inoculado por la promesa de ciencia y conocimiento: *Eritis sicut dii, scientes bonum et malum*<sup>1</sup>; las sirenas, para engañar a Ulises y llevarle a sus peligrosos lagos, según Homero refiere, ofrecieronle también el don de la ciencia. El tormento humano es la sed de saber; he aquí por qué la religión católica recomienda tanto la ignorancia, como el único camino de obedecer y creer: *Cavete ne quis vos decipiat per philosophiam et inanes seductiones, secundum elementa mundi*<sup>2</sup>. Los filósofos de todas las sectas convienen en que el soberano bien reside en la tranquilidad del alma y del cuerpo, ¿pero dónde encontrarla?

Ad summum, sapiens uno minor est Jove, dives,  
Liber, honoratus, pulcher, rex denique regum;  
Præcipue sanus, nisi quum pituita molesta est<sup>3</sup>.

Diríase que la naturaleza, para consuelo de nuestra condición miserable y caduca, sólo nos dio como patrimonio la presunción; así lo afirma Epicteto: "Nada hay en el hombre que le pertenezca de una manera cabal sino el uso de su raciocinio": humo y viento sólo constituyen nuestro patrimonio. Dice la filosofía que los dioses participan de la salud en esencia y de la enfermedad en inteligencia; el hombre, inversamente, posee los bienes imaginativamente, y los males esencial y materialmente. Por eso hicimos bien en avalorar las fuerzas de nuestra fantasía, pues todos nuestros bienes no son más que sueños. Ved una muestra del orgullo de este calamitoso animal: "Nada hay, dice Cicerón, tan dulce como la ocupación de las letras, por virtud de la cual, la infinidad de las cosas, la inmensa magnitud de la naturaleza, los cielos, la tierra y los mares nos son descubiertos; ellas son las que nos enseñaron la religión, la moderación, la grandeza de ánimo; las que arrancaron nuestra alma de las tinieblas, para mostrarle todas las cosas altas, bajas, primeras, últimas y medias; las letras nos procuran los recursos de vivir dichosamente y hacen que transcurra nuestra vida sin dolores ni pecados." Creeríase que es del dios vivo y todopoderoso de quien así se habla. Y si consideramos los efectos, mil mujercillas de aldea vivieron una existencia más sosegada, dulce y tranquila que la suya:

Deus ille fuit, deus, inclute Memmi,  
Qui princeps vitæ rationem invenit eam, quæ  
Nunc appellatur Sapiëntia; quique per artem  
Fluctibus e tantis vitam, tantisque tenebris,  
In tam tranquilla et tam clara luce locavit<sup>4</sup>:

<sup>1</sup> Os asemejaréis a los dioses, que conocen la ciencia del bien y el mal. *Génes.*, III, 5.

<sup>2</sup> Cuidad de que nadie os seduzca con las argucias de la filosofía, ni con sutilezas vanas y engañosas según las mundanales doctrinas. SAN PABLO, *ad Coloss.*, II, 8.

<sup>3</sup> Superior a los demás mortales el sabio se considera poco menos que un Júpiter; es rico, libre y hermoso, y todos le rinden homenaje; es rey de los reyes, y para colmo de dicha goza de excelente salud, a no ser que la pituitaria le moleste con una secreción demasiado abundante. HORACIO, *Epíst.*, I, 1, 106.

<sup>4</sup> Sin duda fue un dios, ¡oh noble Memnio!, quien habló el primero de esa comprensión admirable de la vida que nosotros llamamos sabiduría; quien con arte prodigioso sacó la vida de los mares agitados y de las impenetrables tinieblas la luz serena y clara. LUCRECIO, V, 8.

palabras hermosas y llenas de magnificencia; mas, sin embargo, un accidente bien ligero puso el entendimiento del que las trazó en estado más lamentable que el de un pastor, a pesar de ese dios tan decantado y de su divina sapiencia. De la misma descarada presunción es lo que promete Demócrito cuando dice: "Voy a hablar de todas las cosas", y el ridículo título que Aristóteles aplica a los hombres cuando los llama "dioses mortales", y la opinión de Crisipo sobre Dion, de quien decía que igualaba a Dios en virtud; Séneca dice que, si bien debe a Dios la vida, de su individualidad exclusiva depende el bien vivir. Idea orgullosa, análoga a ésta: *In virtute vere gloriamur; quod non contingeret, si id donum a deo, non a nobis haberemus*<sup>1</sup>. Séneca asegura también que la fortaleza del sabio es la misma que la de Dios, sólo que trasplantada en la humana debilidad, por donde el Hacedor nos supera. Tan temerarios principios abundan de un modo estupendo. A ningún hombre ofende tanto el verse comparado con Dios como contemplarse deprimido en el mismo rango que los demás animales, prueba evidente de que guardamos mayor celo por el propio interés que por el de nuestro Creador.

Es preciso pisotear esta vanidad estúpida, y sacudir de una manera viva y arrojada los ridículos fundamentos en que se basan tan falsas opiniones. En tanto que el hombre crea poder disponer de alguna fuerza, jamás reconocerá lo que a su dueño debe; sus ilusiones no tendrán límites, menester será presentarle al desnudo. Veamos primeramente algún ejemplo de su filosofía: Dominado Posidonio bajo el peso de una enfermedad tan dolorosa que le hacía retorcerse los brazos y castañetear los dientes, creía burlarse del sufrimiento, exclamando contra aquélla: "Es inútil que así me tortures, pues no diré que seas un mal." Lo mismo experimentaba los efectos que mi lacayo; pero desafiábalos para poner de acuerdo al menos la lengua con los principios de su secta: *re succumbere non oportebat, verbis gloriantem*<sup>2</sup>. Encontrándose Arcesilao enfermo de gota, Carneades, que le fue a ver, quiso alejarse embargado por el sentimiento; pero el paciente le llamó, y mostrándole los pies y el pecho, dijo: "Nada pasó de los primeros al segundo; mi pecho se mantiene a maravilla, puesto que se da cuenta de experimentar el mal y quisiera desembarazarse de él; mas no por ello el corazón se aflige ni se abate." Serenidad más afectada que verídica a mi entender. Afligido Dionisio Heracleotes por una vehemente irritación de los ojos, viose obligado a prescindir de sus resoluciones estoicas. Mas aun cuando la presencia de ánimo produjera los efectos que esos filósofos declaran, rebajando la fuerza de los infortunios que nos circundan, ¿qué hace la ciencia que la ignorancia no realice con mayor pureza y evidencia? El filósofo Pirro, que corría en el mar los azares de una tormenta impetuosa, exhortaba a los que le acompañaban para que no entrasen en cuidados, a que imitasen el ejemplo de un cerdo que miraba la tempestad tranquilo. La filosofía, en último recurso, presenta a nuestra consideración, para que los imitemos, los ejemplos de un atleta o de un mulatero, quienes ordinariamente ni temen la muerte ni ningún tormento, y son capaces de firmeza mayor de la que la ciencia proveyó jamás a ningún hombre que por inclinación natural no estuviera naturalmente predispuerto a la fortaleza. ¿Cuál es la causa de que se puedan cortar los tiernos miembros de un niño, o los de un caballo, con mayor facilidad que los nuestros, sino la ignorancia? ¡A cuántas personas puso enfermas la sola fuerza de imaginación!

<sup>1</sup> Con razón nos enorgullecemos de nuestra virtud, lo que no sucedería si la hubiéramos recibido de un dios y no de nosotros mismos. CICERON, *de Nat. deor.*, III, 36.

<sup>2</sup> Haciendo el bravucón con palabras altivas, no debía sufrir de hecho. CICERON, *Tusc. quest.*, II, 13.

Frecuente es ver gentes que se hacen purgar, sangrar y medicinar para curar males que no existen sino en su imaginación. Cuando los males irremediables nos faltan, la ciencia nos procura los suyos: tal color de la tez presagia una fluxión catarral; las estaciones cálidas os acarrearán la fiebre; esa cortadura de la línea vital de la mano izquierda os advierte que presto seréis víctima de alguna seria indisposición; la ciencia, en fin, va derechamente contra la salud misma. La alegría y el vigor de la juventud no pueden caminar unidos; es preciso extraer la sangre, aminorar la fuerza, por temor de que el exceso de vida no os perjudique a vosotros mismos. Comparad la existencia de un hombre víctima de imaginaciones tales, con la de un labrador que se deja llevar conforme a sus naturales apetitos, que mide las cosas con arreglo al estado actual en que se encuentra, sin pronósticos ni ciencia, que no está enfermo sino cuando realmente tiene el mal encima; mientras el otro tiene la piedra en el alma antes de tenerla en los riñones. Como si no tuviera ya tiempo para sufrir la enfermedad cuando realmente ésta sea llegada, hay quien la anticipa y le toma la delantera.

Innumerables son los espíritus a quienes arruinan la propia flexibilidad y fuerza. Ved la mutación que ha experimentado por su propia agitación uno de los ingenios más juiciosos y mejor moldeados en la pura poesía antigua, superior en esto a todos los demás poetas italianos que jamás hayan existido. ¿No tiene que estar reconocido a la vivacidad que le mató? ¿A la claridad que le cegó? ¿Al acertado y constante ejercicio de sus facultades que le dejaron sin razón? ¿A la curiosa y laboriosa investigación científica que le condujo a la estupidez? ¿A la rara aptitud para los ejercicios del alma que le dejaron sin alma ni ejercicio? Experimenté más despecho que compasión al verle en Ferrara<sup>1</sup> en tan lastimoso estado, sobreviviéndose a sí mismo, desconociéndose y desconociendo sus obras, las cuales vieron la luz sin que él las revisara, aunque las tuviera delante de sus ojos. Aparecieron sin corregir e informes.

¿Queréis que el hombre viva sano, que se gobierne ordenadamente y se mantenga en postura segura y firme? Envolvedle en las tinieblas, en la ociosidad, e inoculadle la pesantez de espíritu; precisa que nos estupidicemos para penetrar en los dominios de la prudencia, y que nos dejemos deslumbrar para ser guiados. Y si se me repone que la ventaja de ser poco sensibles a los dolores y a los males, lleva consigo el inconveniente de hacernos menos delicados para el disfrute de los bienes y los goces, diré que así es en efecto; mas la miseria de nuestra condición es causa de que tengamos más ocasiones de huir los males, que de gozar los bienes, y el placer mayor no nos produce tanto efecto como el dolor más ligero, *segnius homines bona quam mala sentium*<sup>2</sup>: no nos damos cuenta del bienestar que acompaña a la cabal salud, pero en cambio nos tortura la enfermedad más insignificante:

Pungit

In cute vix summa violatum plagula corpus;  
Quando valere nihil quemquam movet. Hoc juvat unum,  
Quod me non torquet latus, aut pes: cetera quisquam  
Vix queat aut sanum sese, aut sentire valentem<sup>3</sup>:

<sup>1</sup> Montaigne vio en esta ciudad, en noviembre de 1580, a Torcuato Tasso, autor de la *Jerusalén libertada*, que fue encerrado en el manicomio de Santa Ana en marzo de 1579, y no salió hasta el mes de julio de 1586.

<sup>2</sup> Los hombres son menos sensibles al placer que al dolor. TITO LIVIO, XXX, 21.

<sup>3</sup> Nos impresiona un ligero arañazo que apenas se marca en la epidermis; somos insensibles a los goces de la buena salud; hay quien se alegra de que no le atormente la pleuresía o la gota, mas de ordinario vivimos indiferentes al placer de estar sanos, de sentirnos fuertes y vigorosos. *Seeptiani Botetiani poemata*.

nuestro mayor bien es la privación del mal, por eso la secta filosófica que colocó el placer en primer término, hízolo consistir en la ausencia de dolor. La ausencia del mal es la mayor suma de bien que el hombre pueda esperar, como decía Enio:

Nimum boni est, cui nihil est mali<sup>1</sup>;

El mismo cosquilleo y aguzamiento que se encuentra en ciertos placeres, y que parece trasportarnos a un estado superior a la salud y a la ausencia de dolor, ese goce activo, que se mueve, que nos inflama y nos muerde, tampoco alcanza más allá que a la ausencia del dolor mismo. El apetito que nos empuja hacia las mujeres, obedece sólo a la necesidad de expulsar el malestar que nos produce el deseo ardiente y furioso, y no busca otra cosa más que saciarlo y ganar la calma, quedándose libre de la fiebre. Lo propio acontece con los otros placeres. Así que, si la simplicidad nos encamina a preservarnos del mal, nos conduce a un estado dichoso, dada nuestra naturaleza. Mas no hay que suponerla tan aplomada que sea absolutamente incapaz de sentimientos, pues Crantor tenía razón al combatir la insensibilidad de Epicuro de ser tan profunda que la acometida misma y el nacimiento de los males no hicieran en él la menor huella. "Yo no alabo esa insensibilidad que no es posible ni deseable; me conformo con estar bien, pero si caigo enfermo, quiero saber que lo estoy; y si se me aplica el cauterio o se me opera con el bisturí quiero sentir sus efectos."<sup>2</sup> Quien desarraigara la noción del dolor, extirparía igualmente la del placer, y en conclusión aniquilaría al hombre: *Istud nihil dolore non sine magna mercede contingit immanitatis in animo, stuporis in corpore*<sup>3</sup>. El hombre participa del bien y del mal: ni el dolor debe siempre huírse, ni marchar constantemente en seguimiento de los placeres.

Constituye un argumento poderoso en pro de la ignorancia el que la ciencia misma nos arroje entre sus brazos cuando no encuentra a mano el medio de hacernos superiores al peso de los males; la ciencia se ve obligada a transigir con nuestra libertad, encomendándonos a la ignorancia y cobijándonos bajo su protección para ponernos al abrigo de los golpes y de las injurias de la fortuna. "¿Qué otra cosa significa el precepto de apartar nuestra mente de los males que nos agobian para convertirla al recuerdo del placer perdido; ni el servirnos para consuelo de los males presentes del recuerdo del placer que en otro tiempo disfrutamos; ni el llamar en nuestro auxilio la alegría desvanecida para oponerla a la que nos tortura?" *Levationes cęgritudinum in avocatione a cogitanda molestia, et revocatione ad contemplandas voluptates, ponit*<sup>4</sup>. Así, pues, donde la fuerza le falta pretende emplear el artificio, y hacer ejercicios gimnásticos allí donde le faltan el vigor del cuerpo y la fuerza de los brazos, pues no ya al filósofo, al más simple mortal que siente los efectos de la fiebre, ¿qué alivio le procurará el recuerdo de la dulzura del vino griego? Entendió que esto servirá más bien a empeorar la situación:

Che ricordarsi il ben doppia la noia<sup>5</sup>.

<sup>1</sup> ENNIUS ap. CIC., *de Finib.*, II, 13.

<sup>2</sup> CIC., *Tusc. quęst.*, III, 7.

<sup>3</sup> Esta calma producida por el abuso de los placeres no puede alcanzarse sino a costa de grandes estragos: del embrutecimiento del espíritu y del abatimiento del cuerpo. CICERON, *Tuc. quęst.*, III, 6.

<sup>4</sup> Para levantar el ánimo de los enfermos hay que hacerles desechar los pensamientos tristes y distraerlos con ideas placenteras. CICERON, *Tusc.*, III, 15.

<sup>5</sup> El recuerdo de la dicha pasada duplica la desdicha presente.

De igual naturaleza es este otro consejo que la filosofía recomienda: guárdese sólo en la memoria el recuerdo de la dicha extinta y bórrense las penas que sufrimos; como si de nuestro albedrío dependiera la ciencia del olvido: otra prueba de nuestra insignificancia:

Suavis laborum est præteritorum memoria<sup>1</sup>.

¡Cómo! ¿y la filosofía, que debe hacerme fuerte para combatir los azares de la fortuna; que debe templar mi ánimo para pisotear todas las humanas adversidades, cae también en la flojedad de hacerme esquivar las desventuras por medio de esos rodeos ridículos y cobardes? Porque la memoria nos representa, no precisamente lo que queremos, sino lo que buenamente le place; y nada se imprime de un modo tan vivo en nuestra mente como aquello que deseamos olvidar: es un excelente remedio para guardar y grabar en nuestra alma algún hecho, el pretender olvidarlo. Es falso este principio de Cicerón: *Est situm in nobis, ut et adversa, quasi perpetua oblivione obruamus, et secunda jucunde et suaviter meminerimus*<sup>2</sup>; pero este otro es verdadero: *Memini etiam quę nolo; oblivisci non possum quę volo*<sup>3</sup>. ¿De quién es este principio? De aquel *qui se unus sapientem profiteri sit ausus*<sup>4</sup>.

Qui genus humanum ingenio superavit, et omnes  
Præstinxit, stellas exortus uti ætherius sol<sup>5</sup>.

Aminorar y desalojar la memoria, ¿no es seguir el verdadero camino de la ignorancia?

Iners malorum remedium ignorantia est<sup>6</sup>.

Igualmente vemos otros preceptos análogos, por virtud de los cuales se nos consiente tomar prestadas del vulgo ciertas apariencias frívolas, siempre y cuando que nos sirvan de consolación y contentamiento; donde no pueden curar la herida se conforman con adormecerla y paliarla. Yo creo que si en la mano de esos filósofos estuviera disponer de algún medio con que socorrer el orden y la firmeza en una vida que se mantuviera tranquila y plácida, merced a alguna débil enfermedad del juicio, la aceptarían de buen grado:

Potare, et spargere flores  
Incipiam, patiarque vel inconsultus haberi<sup>7</sup>.

Encontraríanse muchos filósofos del parecer de Lycas, quien a pesar de vivir una existencia ordenada, dulce y apacible, rodeado de los suyos, no faltando a

<sup>1</sup> Dulce es traer a la memoria el recuerdo de los males pasados. EURIPID., *apud Cic.*, *de Finibus*, II, 32.

<sup>2</sup> De nosotros depende dar al olvido las ideas cuyo recuerdo nos aflige y recordar las que nos regocijan. CICERON, *de Finibus*, I, 17.

<sup>3</sup> Recuerdo muchas cosas que quisiera olvidar y no olvido otras muchas que quisiera no recordar. CICERON, *de Finibus*, II, 32.

<sup>4</sup> El único que entre todos se atrevió a llamarse a sí mismo sabio (Epicuro). CICERON, *de Finibus*, II, 3.

<sup>5</sup> Superior a todos los demás hombres, a todos los eclipsó con la luz de su genio, radiante como el sol, que oculta a nuestra vista los demás astros. LUCRECIO, III, 1056.

<sup>6</sup> La ignorancia no es para nuestros males sino un débil remedio. SENECA, *Edipo*, acto III, v. 17.

<sup>7</sup> Quiero beber, quiero esparcir flores a mi alrededor aunque me acusen de haber perdido la cabeza. HORACIO, *Epist.*, I, 5, 14.

ninguno de sus deberes ni para con su familia ni para con los extraños, preservándose a maravilla de las cosas que podían serle perjudiciales, había tomado la manía, por algún ligero trastorno de sus sentidos, de creer que se encontraba en todo momento en los espectáculos y en los teatros, y que presenciaba la representación de las mejores comedias. Luego que fue curado por los médicos de aquella ilusión, faltó poco para que les armase un proceso con objeto de que le restablecieran en la dulzura de sus pasadas imaginaciones:

Pol! me occidistis, amici,  
Non servastis, aít; cui sic extorta voluptas,  
Et demptus per vim mentis gratissimus error<sup>1</sup>;

situación análoga a la de Thrasilao, hijo de Pythodoro que creía que todos los navíos que salían del puerto de Pireo y todos los que llegaban, hacían los viajes exclusivamente para su provecho; alegrábase cuando no ocurrían averías a los barcos y acogía con júbilo la llegada de cada uno. Su hermano Crito hízole recobrar la sensatez, pero Thrasilao echó de menos el estado en que había vivido anteriormente, el cual contribuía a su felicidad. Es lo que dice este verso griego antiguo, "que es mucho más ventajoso no ser tan avisado":

Ἐν τῷ προεῖν γὰρ μῆδὲν ἤδιος βίος

Y el Eclesiastés añade "que al exceso de sabiduría acompaña el exceso de pena; quien adquiere la ciencia, adquiere también trabajos y tormentos".

El hecho mismo en que la filosofía conviene en general, el último remedio que recomienda a toda suerte de desdichas, que consiste en poner fin a la vida, cuando no podemos soportarla: *Placet? pare. Non placet? quacumque vis, exi. . . Pungit dolor? Ve fodiat sane. Si nudus es, da jugulum; sin tectus armis Vulcaniis, id est fortitudine, resiste*<sup>2</sup>; y esta orden de los griegos a los que invitaban a sus festines. *Aut bibat, aut abeat*<sup>3</sup>, que suena más propiamente en la boca de un gascón que en la del orador romano, porque el primero cambia fácilmente la V en B:

Vivere si recte nescis, decede peritis.  
Lusisti statis, edisti satis, atque bibisti;  
Tempus abire tibi est, ne potum largius æquo  
Rideat, et pulset lasciva descentius atas<sup>4</sup>;

¿qué viene a significar sino la confesión de su impotencia y la recomendación no sólo de la ignorancia para ponerse a cubierto, sino de la estupidez misma, de la insensibilidad y del no ser?

<sup>1</sup> ¡Oh amigos!, exclamó, por favorecerme me habéis dado la muerte; me habéis arrebatado la dicha, apartando de mi mente y contra mi deseo el error dulcísimo en que yo vivía. HORACIO, *Epist.*, II, 2, 138.

<sup>2</sup> Si la existencia te es grata todavía, sopórtala; si de ella estás cansado, sal por donde quieras. El dolor te molesta, te desgarrará acaso, sucumbe ante él si te encuentras indefenso; mas si te hallas cubierto con las armas de Vulcano, es decir, provisto de fuerza y animoso, resiste. Las primeras palabras, modificadas, son de un pasaje de Séneca (*Epist.* 70). Las restantes son de Cicerón (*Tusc. quæst.*, II, 14). (C.)

<sup>3</sup> Que beba o que se vaya. CICERÓN, *Tusc. quæst.*, V, 4.

<sup>4</sup> Si no sabes conducirte como es debido cede el puesto a los que saben; ya comiste, ya bebiste, ya te divertiste bastante; más vale que te retires a tiempo antes de que tus flaquezas te lleven a ser la irrisión de la gente moza en quien es más natural la vida alegre. HORACIO, *Epist.*, II, 2, 213.

Democritum postquam matura vetustas  
Admonuit memorem, motus languescere mentis;  
Sponte sua letho caput obcius obtulit ipse<sup>1</sup>.

Tal era el parecer de Antístenes, "que creía en la necesidad de aprovisionar juicio para obrar con cordura o cuerda para ahorcarse"; y el de Crisipo, que aseguraba, a propósito de un verso de Tirteo que era preciso

De la vertu, ou de mort approcher<sup>2</sup>:

acercarse a la virtud o a la muerte. Crates decía que los males del amor se curaban con el hambre o con el tiempo; y a quien ambos medios desplazaban, recomendábale la cuerda. Sexto, de quien Plutarco y Séneca hablan con gran encomio, lo abandonó todo para consagrarse exclusivamente al estudio de la filosofía, y decidió arrojarse al mar viendo que sus progresos eran demasiado lentos y tardío el fruto: como la ciencia le faltaba, se lanzó a la muerte. He aquí cuáles eran los términos de la ley estoica en este punto: "Si por acaso aconteciese a alguno una desgracia irremediable, el puerto está cercano y el alma puede salvarse a nado fuera del cuerpo, como apartada de un esquife que se va a pique, pues el temor de la muerte, no el deseo de vivir, es lo que al loco retiene amarrado al cuerpo."

Del propio modo que la sencillez de alma hace la vida más grata, truecase también en más inocente y mejor, como dije antes: los ignorantes y los pobres de espíritu, dice san Pablo, se elevan hasta el cielo y lo disfrutan; nosotros, en cambio, con todo nuestro saber nos sumimos en los abismos del infierno. Y no hablo de Valiente, enemigo jurado de la ciencia y de las letras, ni de Licenio, ambos emperadores romanos, que llamaban a aquéllas peste y veneno de toda nación bien gobernada; ni de Mahoma, que según he leído prohibió a sus sectarios el estudio de las ciencias. El ejemplo del gran Licurgo y su autoridad por todos reconocida, merecen ser tenidos en cuenta: en aquella maravillosa organización lacedemonia, tan admirable y durante tanto tiempo floreciente, estado feliz y virtuoso, si los hubo, fue desconocido el ejercicio de las letras. Los que vuelven del nuevo mundo, descubierto por los españoles en tiempo de nuestros padres, nos testimonian cómo esas naciones, sin leyes ni magistrados, viven mejor reglamentadas que las nuestras, donde se cuentan más funcionarios y leyes que hombres desprovistos de cargos, y que

Di citatorie piene e di libelli,  
D' esame, e di carte di procure  
Hanno le mani e il seno, e gran fastelli  
Di chióse, di consigli, e di letture:  
Per cui le faculta de' poverelli  
Non sono mai nelle città sicure.  
Hanno dietro e dinanzi, e d' ambi i lati.  
Notai, procuratori, ed avvocati<sup>3</sup>.

<sup>1</sup> Cuando la vejez anunció a Demócrito que comenzaban a languidecer las fuerzas de su mente, él mismo, por movimiento espontáneo, entregó su cabeza a la muerte. LUCRECIO, III, 1052.

<sup>2</sup> PLUTARCO, *Obras morales*. Traducción de Amyot. De los conceptos comunes contra los estoicos. Cap. XIV.

<sup>3</sup> Tienen el seno y las manos llenos de emplazamientos, peticiones, informaciones y cartas de procuración; marchan cargados de sacos llenos de glosas, consultaciones y procesos. Gracias a ellos el desdichado pueblo nunca está tranquilo en sus

Decía un senador de los últimos siglos de Roma, que el aliento de sus predecesores apestaba a ajos, pero que el estómago guardaba el perfume de las conciencias honradas; y que, al contrario, sus conciudadanos oían bien exteriormente, pero por dentro hedían en fermento toda suerte de vicios, lo cual vale tanto a lo que se me alcanza como si se dijera que los adornaban saber y competencia grandes, pero que la hombría de bien brillaba por su ausencia. La rusticidad, la ignorancia, la sencillez, la rudeza, marchan de buen grado con la inocencia; la curiosidad, la sutileza, el saber, arrastran consigo la malicia. La humildad, el temor, la obediencia, el agrado, que constituyen las piedras fundamentales para el sostenimiento de la sociedad humana, exigen un alma vacía, dócil y poco prevalida de sí misma. Los cristianos saben a maravilla que la curiosidad es un mal inherente al hombre, y el primero que causó su ruina; el deseo de aumentar la ciencia y la sabiduría fue la causa de la perdición del género humano, fue el camino por donde se lanzó a la perdición eterna; el orgullo nos pierde y nos corrompe, el orgullo es el que arroja al hombre del camino ordinario, lo que le hace adoptar las novedades, y pretender mejor ser jefe de un rebaño errante y desviado por el sendero de la perdición, ser preceptor de errores y mentiras, que simple discípulo en la escuela de la verdad, dejándose guiar y conducir por mano ajena al camino derecho y hollado. Es lo que declara esta antigua sentencia griega: ἡ ζεισιδαμονία καθόπερ πατρί τῷ τῷ ὀπιθεταί, "la superstición sigue al orgullo y le obedece como a su padre". ¡Oh presunción eterna, cuánto, cuántísimo nos imposibilitas!

Luego que Sócrates fue advertido de que el dios de la sabiduría le había aplicado el dictado de sabio, quedó maravillado, y buscando e investigando la causa, como no encontrara ningún fundamento a tan divina sentencia, puesto que tenía noticia de otros a quienes adornaban la justicia, la templanza, el valor y la sabiduría como a él, y que a la vez eran más elocuentes, más hermosos y más útiles a su país, dedujo que la razón de que se le distinguiera de los demás y se le proclamara sabio, residía en que él no se tenía por tal y que su dios consideraba como estupidez singular la del hombre lleno de ciencia y sabiduría; que su mejor doctrina era la de la ignorancia, y la sencillez la mejor ciencia. La divina palabra declara miserable al hombre que se enorgullece: "Lodo y ceniza, le dice, ¿quién eres tú para glorificarte?" Y en otro pasaje: "Dios hizo al hombre semejante a la sombra", de la cual, ¿quién juzgará, cuando por el alejamiento de la luz, aquélla sea desvanecida? No somos más que la nada.

Estamos tan lejos de que nuestras fuerzas puedan llegar a concebir la grandeza divina, que entre las obras de nuestro Creador, aquéllas llevan mejor el sello de la magnificencia y son más dignas del Ser supremo las que menos están a nuestro alcance. Constituye un motivo de creencia para los cristianos el encontrar una cosa increíble; más está de parte de la razón cuanto más se aleja de la humana razón; pues si fuera conforme a ésta, ya no sería milagro; y si fuera análoga a otra, no llevaría ya el sello de la singularidad. *Melius scitur Deus, nesciendo*<sup>1</sup>, dice san Agustín; y Tácito: *Sanctius est ac reverentius de actis deorum credere, quam scire*<sup>2</sup>, y Platón entiende que hay alguna levadura de impiedad en el inquirirse con curiosidad extremada de Dios, del mundo

hogares, viéndose circundado por una turba de notarios, abogados y procuradores. *Orlando furioso*, canto 14, estancia 84.

<sup>1</sup> Ignorando es como mejor se llega a conocer a Dios. SAN AGUSTIN, *de Ordine*, II, 16.

<sup>2</sup> Por lo que hace a las cosas que vienen de la divinidad, es más noble y más reverente creer que saber. TACITO, *de Mor. German.* c. 34.

y de las causas primeras de las cosas. *Atque illum quidem parentem hujus universitatis invenire, difficile; et quum jam inveneris, indicare in vulgus, nefas*<sup>1</sup>, dice Cicerón. Nuestros labios profieren las palabras Poder, Verdad, Justicia, que encierran la significación de algo grande, pero esa grandeza de ningún modo la vemos ni la concebimos. Decimos que Dios teme, que Dios monta en cólera, que Dios ama,

Immortalia mortali sermone notantes<sup>2</sup>

son esos atributos que no pueden residir en Dios conforme los suponen nuestras mezquinas facultades; ni podemos tampoco imaginarlas a la altura de la grandeza en que Dios las reúne. Sólo él puede conocerse y ser intérprete de sus obras; si se nos muestra, es para rebajarse, descendiendo en nosotros que nos arrastramos sobre la tierra. "Siendo la prudencia la elección entre el bien y el mal, ¿cómo puede convenir a Dios, a quien ningún mal amenaza?, ¿cómo la inteligencia y la razón, de que nos servimos para llegar de lo incierto a lo evidente, puesto que para Dios nada hay desconocido? La justicia, que recompensa a cada uno según sus merecimientos, la que fue engendrada por la sociedad de los humanos, ¿cómo puede residir en Dios? Ni la templanza que es la moderación de los apetitos del cuerpo, los cuales nada tienen que ver con la divinidad; la fortaleza en el soportar el dolor, el trabajo, los peligros, no le pertenecen tampoco, que ninguna comunicación ni acceso tienen para con él. Por eso Aristóteles le considera exento por igual de virtudes y de vicios: *Neque gratia, neque ira teneri potest; quae talia essent, imbecilla essent omnia*<sup>3</sup>.

La participación grande o pequeña que en el conocimiento de la verdad tenemos, no la adquirimos con nuestras propias fuerzas; Dios nos lo probó sobradamente escogiendo a personas humildes, sencillas e ignorantes, para instruirnos en sus admirables designios. Tampoco alcanzamos la fe por virtud de nuestro esfuerzo, porque la fe es un presente purísimo de la liberalidad ajena. No por la reflexión ni con la ayuda del entendimiento acogemos la religión, sino merced a la autoridad y mandamientos ajenos. La debilidad de nuestro juicio nos ayuda más que la fuerza, y nuestra ceguera más que nuestra clarividencia. Con el auxilio de nuestra ignorancia, más que con el de la ciencia, logramos tener idea de la divina sabiduría. No es maravilla que a nuestros medios naturales y terrenales sea imposible lograr el conocimiento sobrenatural y celeste: pongamos sólo de nuestra parte obediencia y sumisión, pues como nos dice la divina palabra: "Acabaré con la sapiencia de los sabios y echaré por tierra la prudencia de los prudentes; ¿dónde está el controversista del siglo, el sabio, el censor? ¿No redujo Dios a la nada la ciencia mundana? Y puesto que el mundo no llegó al conocimiento divino por sapiencia, plugo a Dios que por la ignorancia y la sencillez de la predicación fueran salvados los creyentes."<sup>4</sup>

Y, si en fin, pretendiéramos persuadirnos de si reside en el poder del hombre encontrar la solución de lo que investiga y busca, y si la tarea en que viene empleándose de tan dilatados siglos a hoy le enriqueció con alguna

<sup>1</sup> Es difícil que un hombre descubra quién es el creador del universo, mas aun que lo descubriese no podría darlo a conocer a los demás hombres. CICERON, trad. del *Timeo* de Platón, c. 2.

<sup>2</sup> Expresando cosas divinas con palabras humanas. LUCRECIO, V, 122.

<sup>3</sup> El está libre de movimientos de debilidad y de violencia, porque estas cosas son propias de naturalezas frágiles. CICERON, *de Nat. deor.*, I, 17.

<sup>4</sup> SAN PABLO, *Epístola a los Corintios*, I, 1, 19.

verdad fundamental y le proveyó de algún principio sólido, yo creo que, hablando en conciencia, se me confesará que toda la adquisición que alcanzó al cabo de tan largo estudio, es la de haber aprendido a reconocer su propia flaqueza. La ignorancia que naturalmente residía en nosotros ha sido después de tantos desvelos corroborada y confirmada. Ha ocurrido a los hombres verdaderamente sabios lo que acontece a las espigas, las cuales van elevándose y levantan la cabeza derecha y altiva mientras están vacías, pero cuando están llenas y repletas de granos en su madurez, comienzan a humillarse y a bajar los humos. Análogamente, los hombres, que lo experimentaron todo y lo sondearon todo, como no encontraron en ese montón de ciencia ni en la provisión de tantas cosas heterogéneas, nada fundamental ni firme, sino sólo vanidad, renunciaron a su presunción y concluyeron por reconocer su condición natural. Es lo que Veleyo reprocha a Cotta y a Cicerón, diciéndoles "que la filosofía les enseñó a convencerse de su ignorancia". Ferecides, uno de los siete sabios, escribió a Thales, momentos antes de expirar, diciéndole "que había ordenado a los suyos, luego que le hubieran enterrado, que le llevaran sus manuscritos para que si satisfacían a aquél y a los otros sabios, los publicaran, o para que los destruyeran, de encontrarlos insignificantes. Mis escritos, añadía, no contienen ningún principio cierto que me satisfaga; así que no tengo la pretensión de haber conocido la verdad ni la de haberla alcanzado; hago entrever las cosas más que las descubro". El hombre más sabio que haya jamás existido, cuando le preguntaron qué era lo que sabía, respondió que sólo tenía noticia de que no sabía nada. Con lo cual corroboraba el dicho de que la mayor parte de las cosas que conocemos es la menor de la que ignoramos, es decir, que aquello mismo que creemos saber es una parte pequeñísima de nuestra ignorancia. Conocemos las cosas en sueños, dice Platón, pero las ignoramos en realidad. *Omnes pene veteres, nihil cognosci, nihil percipi, nihil sciri posse dixerunt; angustus sensus, imbecilles animos, brevia curricula vitæ*<sup>1</sup>. Del propio Cicerón, que debió al saber toda su fortuna, dice Valerio que, cuando llegó a viejo, amaba ya menos las letras; y que mientras las cultivó, hizolo sin inclinarse a ninguna solución, siguiendo la que le parecía probable, propendiendo ya a una doctrina, ya a otra y manteniéndose constantemente en la duda de la Academia: *Dicendum est, sed ita, ut nihil affirmem, quæram omnia, dubitans plerumque, et mihi diffidens*<sup>2</sup>.

Sería muy ventajoso para mi propósito considerar al hombre en su común manera de ser, en conjunto, puesto que el vulgo juzga la verdad, no por la calidad de las razones, sino por el mayor número de hombres que de igual modo opinan. Pero dejemos tranquilo al pueblo,

Qui vigilans stertit,

Mortua cui vita est prope jam, vivo atque videnti<sup>3</sup>;

que ni juzga ni siente según su propia experiencia, que no emplea sus facultades y las deja ociosas; quiero considerar al hombre superior. Considerémosle, pues, en el reducido número de personajes escogidos que, habiendo sido naturalmente dotados de facultades excelentes, las perfeccionaron y aguzaron por es-

<sup>1</sup> Casi todos los antiguos dijeron que no podía conocerse nada, comprenderse nada, ni saberse nada; que nuestros sentidos eran limitados, nuestra inteligencia débil y nuestra existencia efímera. CICERÓN, *Acad.*, I, 12.

<sup>2</sup> Yo no daré como seguro nada de lo que he de decir, investigaré cuanto pueda, mas dudando siempre y desconfiando de mí mismo. CICERÓN, *de Divinat.*, II, 3.

<sup>3</sup> Que duerme aunque parece despierto; que está a dos pasos de la muerte, aunque parece vivir y ver. LUCRECIO, III, 1061, 1059.

tudio y por arte, y llevaron su entendimiento a la región más alta que pueda alcanzarse. Tales hombres guiaron su alma en todos sentidos y la dirigieron a todos los lugares, la auxiliaron y favorecieron con todos los recursos extraños que le fueron favorables, la enriquecieron y adornaron con todo lo que pudieron hallar para su perfeccionamiento en el mundo exterior e interior; en ellos, pues, se encierra la perfección suprema de la humana naturaleza; ellos proveyeron el mundo de reglamentos y leyes, e instruyeron a los demás hombres por medio de las artes y las ciencias y les dieron ejemplo con sus admirables costumbres. Me limitaré sólo a esos hombres, a su testimonio y experiencia, y veremos hasta dónde llegaron y los progresos que hicieron: los defectos y enfermedades que nos muestre esa selección, debe el mundo todo considerarlos como propios.

El que se consagra a la investigación de la verdad llega a las conclusiones siguientes: unas veces la encuentra, otras declara que no puede descubrirla por ser superior a nuestras facultades, y otras que permanece buscándola. Toda la filosofía se halla comprendida en estas tres categorías: buscar la verdad, la ciencia y la certeza. Los peripatéticos, los discípulos de Epicuro, los estoicos y otras sectas creyeron haberla encontrado y echaron los fundamentos de las ciencias que poseemos, que consideraron como incontrovertibles. Clitomaco, Carneades y los académicos desesperaron de encontrar la verdad y juzgaron que nuestras facultades eran incapaces para ello; éstos dejaron sentado el principio de la humana debilidad, y fueron los que contaron mayor número de adeptos, superiores también en calidad. Pirro y otros escépticos o epiquistas, que según testimonian algunos antiguos sacaron sus doctrinas de Homero, de los siete sabios, de Arquíloco y de Eurípides, y entre aquéllos incluyen también a Zenón, Demócrito y Jenófanes, declaran que se encuentran en el camino de la investigación de la verdad, y juzgan que los que creen haberla encontrado, son víctimas de un error grande, considerando además que hay una vanidad demasiado temeraria en los que aseguran que las fuerzas humanas no son capaces de alcanzarla, pues el fijar la medida de nuestros alcances en conocer y juzgar la dificultad de las cosas, suponen una ciencia extremada, de que dudan que el hombre sea capaz:

Nil sciri si quis putat, id quoque nescit

An sciri possit quò se nil scire fatetur<sup>1</sup>.

La ignorancia que se conoce, que se juzga y que se condena no es una ignorancia completa; para serlo, sería necesario que se ignorara a sí misma, de suerte que la tarea de los pirronianos consiste en dudar de las cosas e inquirirse de las mismas, no asegurándose ni dando fe de nada. De las tres acciones que el alma realiza: la imaginativa, la apetitiva y la consentiva, aceptan sólo las dos primeras, la última mantienela en situación ambigua, sin inclinación ni aprobación hacia la más ligera idea. Zenón representaba gráficamente las tres facultades del alma del siguiente modo: con la mano extendida y abierta, la apariencia; con la mano entreabierta, y los dedos un poco doblados, la facultad consentiva, y con la mano cerrada significaba la comprensión; y si con la mano izquierda oprimía el puño más estrechamente, representaba la ciencia. Ese estado de su juicio, recto e inflexible, que considera todos los objetos sin aplicación ni consentimiento, los encamina a la ataraxia, que es un estado de alma apacible y tranquilo, exento de las sacudidas que recibimos por la impresión

<sup>1</sup> Si alguien cree que nada se sabe, no sabe si puede saberse algo por donde se pueda afirmar que nada se sabe. LUCRECIO, IV, 470.

de la opinión y ciencia que creemos tener de las cosas, de la cual emanan el temor, la avaricia, la envidia, los deseos inmoderados, la ambición, el orgullo, la superstición, el amor a lo nuevo, la rebelión, la desobediencia, la testarudez y casi todos los males corporales; y hasta se libran los pirronianos del celo de su disciplina, merced a sus procedimientos de doctrina, porque nada toman a pechos y nada les importa ser vencidos en las disputas. Cuando dicen que los cuerpos buscan su centro de gravedad, entristeceríales el ser creídos, y prefieren que se les contradiga para engendrar así la duda y aplazamiento del juicio, que es el fin que persiguen. No establecen sus proposiciones sino para combatir los reparos que les hagamos. Cuando se aceptan las suyas, combátenlas del mismo modo: todo les es igual, a nada se inclinan. Si sentáis que la nieve es negra, argumentarán que es blanca; si aseguraréis que no es ni blanca ni negra, ellos mantendrán que es lo uno y lo otro; si sostenéis que no sabéis nada, ellos asegurarán que no estáis en lo cierto, y si afirmativamente aseguraréis encontraros en estado de duda, tratarán de convenceros de que no dudáis, o de que no podéis asegurar a ciencia cierta que dudéis.

Merced a esta duda llevada al último límite, se separan y dividen de muchas opiniones, hasta de aquellas que mantuvieron la duda y la ignorancia. ¿Por qué no ha de ser lícito a los dogmáticos, de los cuales unos dicen verde y otros amarillo, profesar la duda como nosotros? ¿Hay algo que pueda someterse a vuestra consideración para aprobarlo o rechazarlo que no sea fácil acoger como ambiguo? Puesto que los demás son arrastrados por las ideas de su país, o por las que recibieron de su familia, o por el azar, sin excogitación ni discernimiento, a veces antes de hallarse en la edad de la reflexión, a tal o cual opinión, hacia la secta estoica o la de Epicuro, a las cuales se encuentran amarrados y sujetos como a una presa de que no pueden libertarse ni desligarse, *ad quamcumque disciplinam, velut tempestate, delati, ad eam, tanquam ad saxum, adhaerescunt*<sup>1</sup>; ¿por qué no ha de serles dado mantener su libertad y considerar las cosas libremente, sin ningún género de servidumbre?; *hoc liberiores et solutiores, quod integra illis est iudicandi potestas*<sup>2</sup>. ¿No es mucho más conveniente el verse desligado de la necesidad que sujeta a los demás? ¿No es mil veces preferible permanecer en suspenso a embrollarse en tantísimos errores como forjó la humana fantasía? ¿No vale más suspender el juicio, que sumergirse en mil sediciosas querellas? ¿A qué partido me inclinaré? "Inclinaos al que os plazca, siempre y cuando que adoptéis alguno." Respuesta necia a que, sin embargo, todo dogmatismo nos conduce, puesto que con él no nos es permitido ignorar lo que en realidad ignoramos. Adoptad la doctrina más acreditada, jamás será tan incontrovertible que no os sea indispensable, para sustentarla, atacar y combatir mil y mil doctrinas opuestas; así que, mejor es apartarse de la lucha. Si es lícito a cualquiera abrazar tan firmemente como el honor y la vida las ideas de Aristóteles sobre la eternidad del alma y rechazar las de Platón sobre el mismo punto, ¿por qué ha de impedirse que los escépticos las pongan en tela de juicio? Si Panecio se abstiene de emitir su opinión sobre los arúspices, sueños, oráculos, vaticinios y otros medios adivinatorios en que los estoicos creen, ¿por qué el sabio no ha de osar poner en duda lo terreno y lo extraterreno, como Panecio los oráculos, por haberlo aprendido de sus maestros, conforme a la doctrina de su escuela, de la cual aquél es sectario y también jefe? Si el que formula un juicio

<sup>1</sup> Se adhieren a cualquier escuela (secta, doctrina o sistema), como los náufra-  
gos se agarran a la primera roca que les depara el azar. CICERON, *Academ.*, II, 3.

<sup>2</sup> Tanto más libres e independientes cuanto que tienen plén poder de juzgar.  
CICERON, *Academ.*, II, 3.

es un niño, desconoce los fundamentos del mismo; si es un sabio, es víctima de alguna preocupación. Los pirronianos se reservaron una ventaja inmensa en el combate, desechando todo medio de defensa; nada les importa que se les ataque, con tal de que ellos ataquen también. Todo les sirve de argumento. Si vencen, vuestra proposición cojea; si sois vosotros los vencedores, la suya; si flojean, acreditan su ignorancia; si vosotros incurris en esa falta, acreditáis la vuestra; si aciertan a probar que nada puede ser conocido, todo marcha a maravilla; si no logran demostrarlo, todo va bien igualmente: *Ut quum in eadem re paria contrariis in partibus momenta inveniuntur, facilius ab utraque parte assertio sustineatur*<sup>1</sup>: más bien se complacen en demostrar que una cosa es falsa, que en hacer ver que es verdadera, y en patentizar lo que no es que lo que es realmente, e igualmente lo que no creen que lo creen. Las palabras que profieren son: "Yo no siento ningún principio; no es así, ni tampoco de otro modo, la verdad no se me alcanza, las apariencias son semejantes en todas las cosas; el derecho de hablar en pro y en contra es perfectamente lícito; nada me parece verdadero que no pueda parecerme falso." Su frase sacramental es ἐπέε , es decir, "sostengo, pero no me decido". Estos son sus estribillos y otros de parecido alcance. El fin de los mismos es la pura, cabal y perfectísima suspensión del juicio; sírvense del raciocinio para inquirir y debatir, mas no para escoger ni fijar. Imagínese una perpetua confesión de la ignorancia, y un juicio que jamás se inclina a ningún principio, sean cuales fueren las ideas, y se comprenderá la doctrina pirroniana; la cual explico lo mejor que me es dable, porque muchos encuentran difícil el penetrar bien sus principios. Los autores mismos que de ella trataron, muéstranla un tanto oscura, y no todos coinciden en la determinación de sus miras.

En las acciones de la vida los pirronianos proceden como todo el mundo, déjanse llevar por las naturales inclinaciones, lo mismo que por el impulso y tiranía de las pasiones, acomodándose a las leyes y a las costumbres, y siguen la tradición de las artes: *Non enim nos Deus ista scire, sed tantummodo uti, voluit*<sup>2</sup>. Déjanse guiar por lo que a los demás conduce, sin interponer observación ni juicio, por lo cual no me parece muy verosímil lo que de Pirro se cuenta. Diógenes Laercio nos lo presenta como estúpido e inmóvil, viviendo una existencia selvática e insociable, aguardando con toda tranquilidad el choque de los carros en las calles, colocándose ante los precipicios, y rechazando el sujetarse a las leyes. Todo lo cual va más allá de su disciplina: no pretendió Pirro convertirse en piedra ni en cepo, sino que quiso ser hombre vivo para discutir y razonar, gozar de todos los placeres y comodidades naturales, y hacer uso de todos sus órganos corporales y espirituales, ordenada y normalmente. Los privilegios fantásticos, imaginarios y falsos que el hombre usurpó al pretender gobernar, dictar órdenes, establecer principios y afirmar la verdad, desechólos, renunciando a ellos. Ninguna secta filosófica existe que no se vea obligada a practicar y seguir infinidad de cosas que no comprende ni advierte, si quiere vivir en el mundo; cuando se va por el mar ignórase si tal designio será útil o inútil; el viajero tiene que suponer que el barco que le lleva es excelente; experimentado el piloto y la estación favorable; circunstancias todas solamente verosímiles, a pesar de lo cual vese obligado a acep-

<sup>1</sup> Para que al presentarse en una cuestión argumentos contradictorios de igual fuerza sea más fácil que cada una de las partes contendientes se quede con su parte de razón. CICERON, *Acad.*, I, 3.

<sup>2</sup> Porque Dios no nos concedió el conocimiento de estas cosas, y sí el disfrute de las mismas. CICERON, *de Divinat.*, I, 18.



tarlas y a dejarse guiar por las apariencias, siempre y cuando que éstas no aparezcan al descubierto. Tiene un cuerpo y un alma, los sentidos le empujan, el espíritu le agita. Aun cuando el hombre encuentre en su mente la manera de juzgar de los pirronianos, y advierta que no debe formular ninguna opinión determinada por hallarse sujeta a error, no por eso deja de ejecutar todos los actos que le impone la vida. ¡Cuántas artes existen cuyo fundamento es más bien conjetural que científico, que no deciden de la verdad ni del error y que caminan a tientas! Reconocen los pirronianos la existencia de la una y del otro, e igualmente la posesión de los medios para investigarlos, pero no para separarlos. Vale infinitamente más el hombre dejándose guiar por el orden natural del mundo, sin meterse a inquirir causas y efectos; un alma limpia de prejuicios dispone naturalmente de ventajas grandes para gozar la tranquilidad; las gentes que inquietan y rectifican sus juicios, son incapaces de sumisión completa.

Así en los preceptos relativos a la religión como en las leyes políticas, los espíritus sencillos son más dóciles y fáciles de gobernar que los avisados y adoctrinados en las causas divinas y terrenales. Nada surgió del humano entendimiento que tenga mayores muestras de verosimilitud, ni sea de utilidad más grande que la filosofía pirroniana, que presenta al hombre desposeído de todas armas, reconociendo su debilidad natural, propio para recibir de lo alto cualquiera fuerza extraña, tan desprovisto de ciencia mundanal como apto para que penetre en él la divina, aniquilando su juicio para dejar a la fe mayor espacio, ni descreyente ni amigo de fijar ningún dogma contra las opiniones recibidas; humilde, obediente, disciplinado, estudioso, enemigo jurado de la herejía, y eximiéndose, por consiguiente, de las irreligiosas y vanas ideas introducidas por las falsas sectas: carta blanca, en fin, dispuesta a recibir de la mano de Dios los signos que al Altísimo plazca señalar. Cuanto más nos encomendamos y sometemos a Dios y renunciamos a nosotros mismos, mayor valer alcanzamos. "Accepta en buen hora y cada día, dice el Eclesiastés, las cosas según el aspecto con que a tus ojos se ofrezcan; todo lo demás sobrepasa los límites de tu conocimiento." *Dominus scit cogitationes hominum, quoniam vanae sunt*<sup>1</sup>.

He aquí cómo de las tres sectas generales de filosofía, dos hacen profesión expresa de duda e ignorancia; en la de los dogmáticos, que es la tercera, fácil es echar de ver que la mayor parte de los filósofos si adoptaron la certeza fue más bien por presunción; no pensaron tanto en establecer principios incontrovertibles, como en mostrarnos el punto a donde habían llegado en el requerimiento de la verdad. *Quam docti fingunt magis, quam norunt*<sup>2</sup>. Declarando Timeo a Sócrates cuanto sabía del mundo, de los hombres y los dioses, empieza por decir que le hablará como de hombre a hombre, y que bastará con que sus razones sean probables como las de cualquiera otro, porque las exactas no están en su mano ni tampoco en la de ningún mortal. Lo cual imitó así uno de sus discípulos: *Ut potero, explicabo: nec tamen, ut Pythius Apollo, certa ut sint et fixa, quae dixerō; sed, ut homunculus, probabilia conjectura sequens*<sup>3</sup>; y en lo que sigue sobre el discurso del menosprecio de la muerte, Cicerón interpretó así las ideas de Platón: *Si forte, de deorum natura*

<sup>1</sup> Dios conoce el fondo del pensamiento humano, que es pura vanidad. *Salmo XCIII, v. II.*

<sup>2</sup> Mejor o más bien que conocer la verdad, lo que los sabios hacen es imaginársela.

<sup>3</sup> Me explicaré como mejor pueda, mas no creáis que lo que yo diga es cierto o inmutable como si lo pensara Apolo Pitheo; yo no soy más que un pobre mortal que se deja conducir por conjeturas probables. *CICERON. Tuscul., I, 9.*

*ortuque mundi disserentes, minus id, quod habemus in animo, consequimur, haud erit mirum: cequum est enim meminisse, et me, qui disseram, hominem esse, et vos, qui iudicetis; ut, si probabilia dicentur, nihil ultra requiratis*<sup>1</sup>. Aristóteles amontona ordinariamente gran número de opiniones y creencias contradictorias para compararlas con sus ideas, y hacernos ver que toca de cerca la verosimilitud, pues la verdad no se demuestra con el apoyo de la autoridad y testimonio ajenos; por eso Epicuro evitó religiosamente alegar en sus escritos los pareceres de los demás. Aristóteles es el príncipe de los dogmáticos y nos enseña que el mucho saber engendra el dudar; en sus obras se ve una oscuridad buscada y tan inextricable, que no es posible conocer a ciencia cierta lo que dice; sus doctrinas son el pirronismo bajo una forma resolutiva. Oíd la protesta de Cicerón, que nos explica lo que acontece en la mente de los demás, fundándose en sus propias ideas: *Qui requirunt, quid de quaque re ipsi sentiamus, curiosius id faciunt, quam necesse est... Hoc in philosophia ratio contra omnia disserendi, nullamque rem aperte indicandi, profecta a Socrate, repetita ab Arcesila, confirmata a Carneade, usque ad nostram viget aetatem... Hi sumus, qui omnibus veris falsa quaedam adjuncta esse dicamus, tanta similitudine, ut in iis nulla insit certe iudicandi et assentiendi nota*<sup>2</sup>. ¿Por qué no sólo Aristóteles, sino la mayor parte de los filósofos simuláron dificultades sin cuento y entretuvieron la curiosidad de nuestro espíritu dándole materia para que royera ese hueso vacío y descarnado? Clitómaco afirmaba que jamás había podido comprender la opinión de Carneades después de haber leído y releído sus escritos. ¿Por qué rehuyó Epicuro la sencillez en los suyos y a Heráclito se le llamó el tenebroso? La dificultad es una moneda de que los sabios se sirven, como los jugadores del pasa-pasa, para que quede oculta la insignificancia de su arte. La estupidez humana con ella se cree pagada:

Clarus, ob obscuram linguam, magis inter inanes...

Omnia enim stolidi magis admirantur, amantque,

Inversis quæ sub verbis latitantia cernunt<sup>3</sup>.

Cicerón reprende a algunos de sus amigos porque emplearon en la astrología, el derecho, la dialéctica y la geometría más tiempo del que esas artes merecían, lo cual les apartaba de los deberes de la vida, que son ocupación más provechosa y honrada. Los filósofos cirenaicos desdeñaban igualmente la física y la dialéctica; Zenón, en el preliminar de sus libros *de la República*, declara inútiles todas las artes liberales; Crisipo decía que todo lo que Platón y Aris-

<sup>1</sup> Si por acaso al disertar sobre la naturaleza de los dioses y el origen del mundo el resultado fuera inferior a nuestro deseo, no hay razón para que nos maravillásemos, pues justo es tener presente que yo, que ahora hablo, soy hombre, y vosotros que me juzgáis hombres también; de suerte que si yo expongo suposiciones probables, no debéis exigirme más. *CICERON, trad. del Timeo, de Platón, c. 3.*

<sup>2</sup> Los que desean conocer nuestra opinión sobre todas y cada una de las cosas, llevan su curiosidad demasiado lejos... El sistema que en filosofía viene rigiendo hasta nuestra época es el fundado por Sócrates, renovado por Arcesilao, confirmado por Carneades; discutirlo todo y no afirmar nada de una manera terminante, he aquí el principio fundamental de estos sistemas... Nosotros decimos que hay siempre algunos errores interpuestos entre las verdades, y que la semejanza entre unos y otras es tal que no hay criterio seguro para reconocer ni para afirmar dónde está la verdad con absoluta certeza. *CICERON, de Nat. deor., I, 5.*

<sup>3</sup> Heráclito adquirió fama entre la gente necia a causa de la oscuridad de su lenguaje, pues los ignorantes admiran más las ideas cuando las ven ocultas entre palabras incomprensibles. *LUCRECIO, I, 640.*

tóteles habían escrito sobre la lógica era cosa de divertimento y ejercicio, y no podía resignarse a creer que hubieran hablado formalmente de una materia tan fútil; Plutarco dice otro tanto de la metafísica; Epicuro hubiéralo dicho también de la retórica, de la gramática, de la poesía, de las matemáticas y de todas las ciencias, excepto la física. Sócrates consideraba todas las ciencias como inútiles, menos la que tiene por fin el estudio de las costumbres y el de la vida. Sea cual fuere la cuestión que se le propusiera, hacía siempre que el cuestionador le diera cuenta de la situación de su vida presente y pasada, la cual consideraba y juzgaba, estimando inferior, y subordinado a aquél todo aprendizaje diferente: *parum mihi placeant eae litterae quae ad virtutem doctoribus nihil profuerunt*<sup>1</sup>; así que, la mayor parte de las artes fueron desdenadas por el saber mismo; pero los sabios no creyeron desacertado ejercitar en ellas su espíritu, aun sabiendo de antemano que no podían esperar ningún resultado provechoso.

Por lo demás, unos consideran a Platón como dogmático, otros como escéptico, quiénes en ciertos puntos lo primero, quiénes en otros lo segundo; Sócrates, ordenador de sus diálogos, anima constantemente la disputa, pero jamás la resuelve, ni le satisface ninguna conclusión, y declara que su ciencia no es otra que la de argumentar. Homero consideraba que todas las sectas filosóficas tenían igual fundamento; con tal principio mostraba que debe sernos indiferente seguir cualquiera de ellas. Dícese que de Platón nacieron diez escuelas diferentes, no es de extrañar por tanto que ninguna otra doctrina sea tan inclinada a la duda y a no aseverar nada, como la suya.

Decía Sócrates que las parteras, al adoptar la profesión cuyo fin es sacar al mundo felizmente lo que engendran los demás, abandonaban el oficio de engendrar; y que él, merced al dictado de sabio que los dioses le habían concedido, dejaba de procrear hijos espirituales, conformándose con ayudar y favorecer con su concurso a los demás, revelándoles su naturaleza y engrasando sus conductos para facilitar el paso de su fruto, juzgarlo, bautizarlo, alimentarlo, fortificarlo, fajarlo y circuncindarlo, ejerciendo su entendimiento en provecho ajeno.

La mayor parte de los filósofos dogmáticos, como los antiguos advirtieron en los escritos de Anaxágoras, Parménides, Jenófanes y otros, escribieron de una manera dudosa y ambigua, inquiriendo más que instruyendo, aunque a veces entremezclaran su estilo con algunos toques doctrinales. Lo propio se nota en Séneca y Plutarco, quienes sientan principios antitéticos, lo cual se echa de ver leyéndolos con detenimiento. Los que ponen de acuerdo la doctrina de los jurisconsultos, debieran en primer término armonizar las ideas contradictorias de un mismo autor. Platón gustaba filosofar por diálogos para poner en boca de distintos personajes la diversidad y variación de sus propias fantasías. Examinar las ideas desde distintos puntos de vista, vale tanto o más que considerarlas desde uno solo; la utilidad es mayor. Tomemos un ejemplo en nosotros mismos: las resoluciones son el fin del hablar dogmático y resolutivo; así nuestros parlamentos las presentan al pueblo como más ejemplares, propias a mantener en él la reverencia que debe a las asambleas, principalmente por la competencia de las personas que las forman; emanan no tanto de las conclusiones cotidianas, comunes a todo juez, como del examen y consideración de raciocinios opuestos y diferentes, a que los principios se prestan. El más amplio campo para las discusiones de unos filósofos con otros, reside en las contradicciones y diversidad de miras en que cada uno de ellos

<sup>1</sup> En poco estimo yo ese saber que no hace más virtuosos a los sabios. SALUSTIO, Discurso de Mario, *Bell. Jug.*, c. 85.

se encuentra embarazado como en un callejón sin salida, unas veces de intento para mostrar la vacilación del espíritu humano en todas las cosas, otras obligado a ello por la volubilidad e incomprensibilidad de las mismas, lo cual pone de manifiesto la evidencia de aquella máxima que dice "que en un lugar resbaladizo y sin resistencia debemos suspender nuestro crédito"; pues, como asegura Eurípides, "las obras de Dios nos proporcionan obstáculos por diverso modo"<sup>1</sup>; principio semejante al que Empédocles sentaba en sus libros, como agitado de un furor divino por el requerimiento de la verdad: "No, no, decía, nada experimentamos, nada vemos, todas las cosas nos están ocultas, ninguna existe que podamos reconocer." En lo cual coincidía con estas palabras de la Sagrada Escritura: *Cogitationes mortalium timidae, et incertae adinventiones nostrae, et providentiae*<sup>2</sup>. No hay que extrañar que los mismos filósofos que desesperaron de encontrar la verdad, la buscaran con tanto ahínco y placer; el estudio es una ocupación grata, tan grata que los estoicos incluyen entre los demás placeres el que proviene del ejercicio del espíritu, recomiendan la moderación y encuentran intemperancia en el saber excesivo.

Estando Demócrito comiendo le sirvieron unos higos que sabían a miel, y al instante se echó a buscar en su espíritu la causa de tan inusitado gusto; para ponerse en camino de averiguarla, iba a levantarse de la mesa, con objeto de ver el sitio de donde los higos se habían sacado, cuando su criada, que se hizo cargo de la extrañeza del amo, le dijo, riendo, que no se rompiera la cabeza con investigaciones, pues el sabor a miel dependía de que guardó la fruta en una vasija que la había contenido. Disgustóse el filósofo con la mujer por haberle quitado la ocasión de inquirir, y robado el objeto de su curiosidad: "Me has dado un mal rato, le dijo, pero no por ello dejaré de buscar la causa como si fuera natural"; y no hubiera dejado, gustosísimo, de encontrar un fundamento verosímil, a lo que en realidad era falso y artificial. Esta anécdota, de un filósofo grande y famoso, nos demuestra claramente la pasión hacia el estudio que nos empuja a la persecución de las causas mismas de cuya solución desesperamos. Plutarco refiere un caso análogo de un hombre que se oponía a que se le sacara del error por no perder el placer de buscarlo; de otro se habla que no quería que su médico le curase la sed de la fiebre por no perder el gozo de calmarla bebiendo. *Satius est supervacua discere, quam nihil*<sup>3</sup>. Acontece que en algunos alimentos que tomamos existe solamente el placer, sin que sean nutritivos o sanos; así lo que nuestro espíritu obtiene de la ciencia no deja de ser grato, aunque no sea ni alimenticio ni saludable; análogamente, lo que nuestro espíritu alcanza de la ciencia tampoco deja de procurarnos goces que no son saludables ni provechosos. La reflexión de las cosas de la naturaleza, dicen los filósofos, es alimento propio a nuestro espíritu, porque eleva nuestra alma y hace que desdenemos las cosas bajas y terrenales por la comparación con las superiores y celestes; la investigación misma de lo oculto y grande es gratisima hasta para quien no logra alcanzar sino el respeto y temor de juzgarlas. La imagen vana de esta curiosidad enfermiza vese más palmaria todavía en este otro ejemplo que se oye con frecuencia en sus labios. Eudoxio deseaba, y para lograrlo rogaba ardentemente a los dioses, que le permitieran una vez siquiera ver el sol de cerca, penetrarse de su forma, grandeza y hermosura, aunque el fuego del astro le abrasara. Quería a costa de su vida alcanzar una ciencia de cuya posesión no

<sup>1</sup> PLUTARCO, *Obras morales*. Traducción de Amyot. De los Oráculos, XXV.

<sup>2</sup> Los pensamientos del hombre son tímidos, e inciertas nuestras invenciones y nuestras previsiones. *Lib. de la Sabiduría*, IX, 14.

<sup>3</sup> Mejor es aprender cosas superfluas que no aprender nada. SENECA, *Epist.* 88.

podía sacar ningún provecho, y por un pasajero conocimiento perder cuantos había adquirido y cuantos adquirir pudiera en lo sucesivo.

Dudo mucho que Epicuro, Platón y Pitágoras dieran como moneda corriente y sonante sus doctrinas sobre los átomos, las ideas y los números; eran sobrado cuerdos para sentar como artículos de fe cosas tan inciertas y debatibles. Lo que en realidad puede asegurarse es que, dada la oscuridad de las cosas del mundo, cada uno de aquellos grandes hombres procuró encontrar tal cual imagen luminosa: sus almas dieron con invenciones que tuvieran al menos una verosimilitud aparente que, aunque no fuera la verdad, pudiera sostenerse contra los argumentos contrarios: *Unicuique ista pro ingenio finguntur, non ex scientiæ vi*<sup>1</sup>. Un hombre de la antigüedad, a quien se vituperaba por profesar la filosofía, en la cual, sin embargo, no hacía gran caso, respondió: "que en eso consistía la esencia del filosofar". Han querido los sabios pesarlo todo, examinarlo todo, y han hallado tal labor adecuada a la natural curiosidad que forma parte integrante de nuestra naturaleza. Algunos principios sentáronse como evidentes para beneficio y provecho de la paz pública, como las religiones; por eso las doctrinas, que constituyen el sostén de los pueblos, no las ahondaron tan a lo vivo, a fin de no engendrar rebeldía en la obediencia de las leyes ni en el acatamiento de las costumbres. Platón, sobre todo, presenta al descubierto esa tendencia; pues cuando escribe según sus ideas, nada sienta como evidente; pero cuando ejerce de legislador, adopta un estilo autoritario y doctrinal, en el cual ingiere sus invenciones más peregrinas, tan útiles para llevar la persuasión al vulgo como ridículas para la propia convicción individual, convencido de lo blandos que somos para recibir toda suerte de impresiones, sobre todo las más osadas y singulares. Por eso en sus leyes cuida mucho de que en público se canten exclusivamente poesías cuyos argumentos tiendan a algún fin útil; siendo tan fácil imprimir toda clase de fantasmas en el humano espíritu, es injusto el no apacientarlo con mentiras provechosas, en vez de suministrarle otras que sean inútiles o dañosas. En su *República*, dice de una manera terminante "que para provecho de los hombres hay con frecuencia necesidad de engañarlos". Fácil es echar de ver que algunas sectas persiguieron con más ahínco la verdad, y que otras, en cambio, enderezaron sus miras a lo útil, por donde ganaron mayor crédito. La miseria de nuestra condición hace que aquello que como más verídico se presenta a nuestro espíritu, deje de aparecernos como más provechoso para la vida. Hasta las sectas más avanzadas, la de Epicuro, la pirrónica y la llamada nueva académica, vense obligadas, en última instancia, a plegarse a las necesidades de la vida y de las leyes civiles.

Exceptuando las religiones y las leyes, los filósofos tamizaron todas las ideas, ya en un sentido, ya en otro; cada cual se esforzó por interpretarlas a tuertas o a derechas; pues no habiendo encontrado nada, por oculto que estuviera, de que no hayan querido hablar, necesario les fue forjar locas conjeturas; y no es que las consideraran como fundamentales ni irrevocables para la demostración de la verdad; sirviéronse de ellas como de simple ejercicio para sus estudios. *Non tam id sensitse quod dicerent, quam exercere ingenia materiæ difficultate videntur voluisse*<sup>2</sup>. Y si así no fuera, ¿cómo explicarnos la inconstancia, variedad y vanidad de opiniones formuladas por tantos talentos admirables y singulares? Y, en efecto, ¿qué cosa hay más vana que

<sup>1</sup> Los sistemas filosóficos no son sino invenciones del genio de cada filósofo. M. SENECA, *Suasor.*, 4.

<sup>2</sup> Se diría que al escribir no les movía tanto el sentimiento de la verdad como el deseo de ejercitar sus facultades con un tema difícil.

pretender que adivinemos la divina Providencia por medio de las analogías y conjeturas que hemos ideado?, ¿someterle y someter al mundo a nuestra capacidad y a nuestras leyes?, ¿servirnos a expensas de la Divinidad de la escasa inteligencia que el Señor se dignó concedernos, y no siéndonos dable más que elevar la mirada a su trono glorioso, haberle rebajado trasladándole a la tierra en medio de nuestra corrupción y de nuestras miserias?

Entre todas las ideas de la antigüedad relativas a la religión, me parece la más verosímil y aceptable la que reconoce a Dios como un poder incomprendible, origen y conservador de todas las cosas; todo bondad, todo perfección, aceptando de buen grado la reverencia y honor que los humanos le tributaban, sean cuales fueren las formas del culto:

Jupiter omnipotens, rerum, regumque, deumque  
Progenitor, genitrixque<sup>1</sup>.

Este celo universal por la adoración de la Divinidad fue visto en el cielo con buenos ojos. Todos los pueblos alcanzaron fruto de las prácticas devotas. Los hombres perversos y las acciones impías alcanzaron siempre el castigo que merecieron. Las historias paganas encuentran dignos y justos los oráculos y prodigios empleados en provecho del pueblo y dedicados a sus divinidades fabulosas. El Hacedor, por su misericordia infinita, se dignó, a veces, fomentar con sus beneficios temporales los tiernos principios que, con la ayuda de la razón, nos formamos de él al través de las imágenes falsas de nuestras soñaciones. Y no sólo falsas, sino también impías e injuriosas son las que el hombre se forjó de Dios. De todos los cultos que san Pablo encontró en Atenas, el que le pareció más excusable fue el consagrado a una divinidad oculta y desconocida.

Pitágoras se acercó más a la verdad al juzgar que el conocimiento de esta Causa primera y Ser de los seres, debía ser indefinido, sin prescripción, imposible de formular; que no era otra cosa que el supremo esfuerzo de nuestro espíritu hacia el perfeccionamiento, cada cual amplificándolo conforme a la fuerza de sus facultades. Numa quiso acomodar a esta creencia la devoción de su pueblo, hacer que profesara una religión puramente mental, sin objeto determinado ni aditamento material; idea vana e impracticable, pues el humano espíritu es incapaz de mantenerse vagando en esa infinidad de pensamientos informes; precísale concretarlos en cierta imagen a su semejanza. La majestad divina consintió en dejarse circunscribir en algún modo dentro de los límites naturales: sus sacramentos sobrenaturales y celestiales muestran signos de nuestra terrenal condición; su adoración se exterioriza por medio de oficios y palabras sensibles, pues el hombre es quien cree y ora. Dejando aparte otros argumentos pertinentes a este punto, digo que no me resigno a creer que la vista de nuestros crucifijos y las pinturas del suplicio de nuestro Redentor, los ornamentos y ceremonias de nuestros templos, los cánticos entonados al unísono de nuestra mente y la impresión de los sentidos no llenen el alma de los pueblos de una eficazísima unción religiosa.

Entre las divinidades a que se dio forma corporal, conforme la necesidad lo requirió a causa de la universal ceguera, creo que yo me hubiera afiliado de mejor grado a los adoradores del sol<sup>2</sup>, así por su grandeza y hermo-

<sup>1</sup> Júpiter todopoderoso, padre y madre del mundo, de los dioses y de los reyes. VALERIO SORANO, *ap. SAN AGUSTIN, de Civit. Dei*, VII, 9 y 11.

<sup>2</sup> El universal resplandor, la antorcha del mundo. Si del Hacedor Supremo el semblante majestuoso tiene ojos, sus ojos son los rayos del sol radiantes que comunican la vida a todo lo existente, que nos guardan y sustentan, y contemplan todos

sura como por ser la parte de esta máquina del universo que está más apartada de nosotros, y, por lo mismo, tan poco conocida, que los que le tributaron culto son excusables de haberla admirado y reverenciado.

Thales, el primer filósofo que trató de investigar la naturaleza divina, consideraba a Dios como un espíritu que con el agua hizo todas las cosas. Anaximánder opinaba que los dioses morían y nacían en diversas épocas, y que eran otros tantos mundos, infinitos en número. Anaxímenes decía que el aire era dios, causa generadora de todas las cosas creadas y en perpetuo movimiento. Anaxágoras fue el primero que creyó que todas las cosas eran conducidas por la fuerza y dirección de un espíritu infinito. Alcmeón consideraba como divinos el sol, la luna, todos los cuerpos celestes y además el alma. Pitágoras hizo de Dios un espíritu esparcido entre la naturaleza de todas las cosas, del cual nuestras almas se emanaron. Parménides, un círculo que rodea el cielo y alimenta el mundo con el ardor de su resplandor. Empédocles decía que los dioses eran los cuatro elementos de que todas las demás cosas surgieron. Protágoras se abstuvo de emitir opinión alguna. Demócrito, ya que las imágenes y sus movimientos circulares, ya que la misma naturaleza de donde esas imágenes surgen, y también nuestra ciencia e inteligencia. Platón emite opiniones de diversa índole; en el diálogo titulado *Timeo* dice que el padre del mundo no puede nombrarse; en las *Leyes*, que es necesario abstenerse de investigar su ser, y en otros pasajes de esos mismos tratados hace otros tantos dioses del mundo, el cielo, los astros, la tierra y nuestras almas, y admite además los que como dioses fueron reconocidos por las antiguas leyes en cada república. Jenofonte emite sobre la divinidad ideas tan encontradas como Sócrates, su maestro; tan pronto dice que no hay que informarse de cuál sea la forma de Dios; tan pronto que el sol es dios, o que el alma es dios, como que no hay más que uno o que hay varios. Speusipo, sobrino de Platón, hace de Dios cierta fuerza vital que gobierna todas las cosas, y la considera como fuerza animal; Aristóteles ya afirma que Dios es el espíritu, ya que el mundo; otras veces dice que la tierra tuvo un origen distinto de la divinidad, y otras que Dios es la lumbré solar. Jenócrates cree en la existencia de ocho dioses; cinco, que son otros tantos planetas; el sexto, compuesto de todas las estrellas fijas; el séptimo y el octavo, el sol y la luna. Heráclites Póntico oscila entre las anteriores opiniones, y por fin se inclina a creer que Dios carece de sensaciones, haciendo de él la tierra y el cielo. Teofrasto divaga de un modo semejante entre todas las ideas anteriores, atribuyendo el orden del mundo unas veces al entendimiento, otras al firmamento y otras a las estrellas. Estrato afirma que la divinidad es la propia naturaleza dotada de la facultad de engendrar, aumentar o disminuir, fatalmente. Zenón, la ley natural, ordenando el bien y prohibiendo el mal; considera aquélla como un ser animado y no admite como dioses a Júpiter, Juno y Vesta. Diógenes Apoloniates se inclina a creer que es el aire; Jenófanes afirma que la divinidad es de forma redonda, que ve, oye y no respira, y no tiene ninguna de las cualidades de la naturaleza humana. Aristón cree que la forma de Dios es incomprensible; la considera desprovista de sentidos, e ignora si es animada o inanimada. Cleanto

nuestros actos. Ese sol hermoso e inmenso que engendra nuestras estaciones según entra o sale de sus doce viviendas; que llena el universo con sus virtudes; que son un rayo de sus ojos disipa las nubes; espíritu y alma del mundo, que brilla y resplandece, que en el espacio de un día recorre el círculo del firmamento, lleno de inmensa grandeza, redondo, vagabundo y firme; el que tiene bajo su esfera la tierra toda por término; que está en reposo y en movimiento, ocioso y sin fija residencia; primogénito de la naturaleza, padre del día. RONSARD, *Remontrance au peuple de France*.

ya cree que es la razón, ya el universo, ya el alma de la naturaleza, ya el calor que envuelve y lo rodea todo. Perseo, oyente de Zenón, sostuvo que se distinguió con el nombre de dioses a todos los seres que procuraron alguna utilidad a la vida humana, y a las cosas mismas provechosas. Crisipo hizo una amalgama confusa de todas las ideas precedentes, e incluyó entre mil formas de la divinidad los hombres que se inmortalizaron. Diágoras y Teodoro negaban en redondo que hubiera dioses. Epicuro hace a los dioses luminosos, transparentes y aéreos; asegura que están colocados entre dos fuertes, entre dos mundos, a cubierto de todo accidente; revisten la fortuna humana, y disponen de nuestros miembros, de los cuales no hacen uso alguno:

Ego deum genus esse semper dixi, et dicam cœlitum;  
Sed eos non curare opinor, quid agat humanum genus<sup>1</sup>.

¡Confíad ahora en vuestra filosofía; alabaos de haber encontrado la verdad en medio de semejante baraúnda de cerebros filosóficos! La confusión de las humanas ideas ha hecho que las multiplicadas costumbres y creencias que se oponen a las mías me instruyan más que me contrarían; no me enorgullecen tanto, cuanto me humillan al confrontarlas, y han sido causa, además, de que todo aquello que expresamente no viene de la mano de Dios, lo considere como sin fundamento ni prerrogativa. Las costumbres de los hombres no son menos contrarias en este punto que las escuelas filosóficas, de donde podemos inferir que la misma fortuna no es tan diversa ni variable como nuestra razón, ni tan ciega e inconsiderada. Las cosas más ignoradas son las más propias a la deificación; por eso el convertir a los hombres en dioses, como hizo la antigüedad, sobrepasa la extrema debilidad de la razón. Mejor hubiera yo seguido a los que adoraron la serpiente, el perro o el buey, porque la naturaleza y el ser de esos animales nos son menos conocidos; así que, tenemos fundamento mayor para suponer de ellos todo cuanto nos place, al par que para atribuirles facultades extraordinarias y singulares. Pero haber trocado en dioses los seres de nuestra condición, de la cual debemos conocer toda la pobreza, haberles atribuido el deseo, la cólera, la venganza, los matrimonios, las generaciones y parentelas, el amor y los celos, nuestros miembros y nuestros huesos, las enfermedades y placeres, nuestra muerte y nuestra sepultura, constituye el límite del extravío del entendimiento humano:

Quæ procul usque adeo divino ab numine distant,  
Inque deum numero quæ sint indigna videri<sup>2</sup>;

*Formæ, cetates, vestitus, ornatus noti sunt; genera, conjugia, cognationes, omniaque traducta ad similitudinem imbecillitatis humanæ: nam et perturbatis animis inducuntur; accipimus enim deorum cupidates, œgritudines, iracundias<sup>3</sup>; haber atribuido a la divinidad, no ya la fe, la virtud, el honor, la concordia, la libertad, las victorias, la piedad, sino también los placeres, el fraude,*

<sup>1</sup> Dije siempre y diré que los dioses son de naturaleza supraterránea, pero creo también que estos dioses no se preocupan de la suerte del linaje humano. ENIO, *apud. Cic., de Divinat.*, II, 50.

<sup>2</sup> Las cosas que por su naturaleza están apartadas de la mente divina, y que a las claras se ve que son indignas de la divinidad. LUCRECIO, V, 123.

<sup>3</sup> Conocidos son estos dioses con sus figuras, edad, trajes, adornos; ascendencia, matrimonios, parentesco; todo ideado a imagen de la mísera especie humana, atribuyéndoles las mismas pasiones, deseos, enfermedades y odios. CICERON, *de Nat. deor.*, II, 28.

la muerte, la envidia, la vejez, la miseria, el miedo, las enfermedades, la desgracia y otras miserias de nuestra vida débil y caduca;

Quid juvat hoc, templis nostros inducere mores?  
O curvæ in terris animæ et cælestium inanes!<sup>1</sup>

Los egipcios, con una prudencia cínica, prohibían, bajo la pena de la horca, que nadie dijera que Serapis e Isis, sus divinidades, hubieran sido un tiempo hombres, y, sin embargo, nadie entre ellos ignoraba que en realidad lo habían sido; sus efigies, representadas con un dedo puesto en los labios, significaban a los sacerdotes, según Varrón, aquella orden misteriosa de callar su origen mortal por razón necesaria, suponiendo que el declararla apartaría a las gentes del culto que a Serapis e Isis se tributaba. Puesto que era tan vivo en el hombre el deseo de igualarse a Dios, hubiera procedido con mayor acierto, dice Cicerón, apropiándose las cualidades divinas y haciéndolas descender a la tierra, que enviando al cielo su corrupción y su miseria; mas considerando bien las cosas, los humanos hicieron lo uno y lo otro, impelidos de semejante vanidad.

Cuando los filósofos especifican la jerarquía de sus dioses y se apresuran a señalar sus parentescos, funciones y poderío, no puedo resignarme a creer que hablen con fundamento. Cuando Platón nos descifra el jardín de Plutón y los goces o tormentos materiales que nos aguardan después de la ruina y aniquilamiento de nuestro cuerpo, acomodándolos a las sensaciones que en la vida experimentamos:

Secreti celant calles, et myrtea circum  
Silva tegit; curæ non ipsa in morte relinquunt<sup>2</sup>;

y cuando Mahoma promete a sus fieles un paraíso tapizado, adornado de oro y pedrería, poblado de doncellas de belleza peregrina, lleno de manjares y vinos exquisitos, bien se me alcanza que todo ello es cosa de burla de que ambos echaron mano para llevarnos a sus opiniones y hacernos participar de sus esperanzas, bien acomodadas con nuestros terrenales deseos. Así algunos de los nuestros cayeron en parecido error, prometiéndose después de la resurrección una vida mundanal acompañada de toda suerte de placeres y dichas terrenales. ¿Cómo creer que Platón, que engendró concepciones tan celestes y que se aproximó tan de cerca a la divinidad, que se le llama divino, haya estimado que el hombre, esta misérrima criatura, tuviera ninguna analogía con el incomprendible poder divino? ¿Cómo es verosímil que creyera que nuestros lánguidos órganos, ni la fuerza de nuestros sentidos, fueran capaces de participar de la beatitud o de las penas eternas? Menester es reponerle valientes donos de la humana razón por el tenor siguiente: si los placeres que nos prometes en la otra vida son como los que en la tierra experimenté, nada tienen de común con lo infinito; aun cuando mis cinco sentidos se vieran colmados de gozo y mi alma poseída de todo el contento que puede desear y esperar, bien sabemos todo el que puede soportar; todo reunido nada significa. Si subsiste algo humano, no hay nada divino; si aquello no difiere de cuanto puede pertenecer a nuestra situación terrenal, no cuenta para nada; mortal es todo contentamiento de los mortales. Si el reconocimiento de nues-

<sup>1</sup> ¿Para qué santificar en los templos nuestros vicios? ¡Oh almas esclavizadas por la materia, incapaces de levantar los ojos al cielo! PERSIO, *Sát.*, II, 61 y 62.

<sup>2</sup> Se ocultan en apartados parajes a cuyo alrededor crecen bosques de mirtos; la muerte misma no pudo librarles de cuidados. VIRGILIO, *Eneida*, VI, 443.

tros padres, de nuestros hijos, de nuestros amigos, podemos disfrutarlo en el otro mundo; si allí perseguiamos todavía tal o cual placer, estamos dentro de las comodidades terrenales y finitas. No podemos dignamente concebir la grandeza de las encumbradas y divinas promesas si en algún modo nos es dable concebirlas; para imaginarlas dignamente es necesario considerarlas como inimaginables, indecibles, incomprensibles y absolutamente distintas de las habituales a nuestra experiencia miserable. El corazón y la vista del hombre, dice san Pablo, son incapaces de considerar la dicha que Dios tiene preparada a quien le sigue. Y si para hacernos capaces de ello se transforma y cambia nuestro ser por medio de las purificaciones, como Platón afirma, la metamorfosis tiene que ser tan completa que, según la doctrina física, ya no seremos nosotros:

Hector erat tunc quum bello certabat; at ille  
Tractus ab Æmonio, non erat Hector, equo<sup>1</sup>;

será otro ser diferente el que reciba las recompensas:

Quod mutatur... dissolvitur; interit ergo:  
Trajiciuntur enim partes, atque ordine migrant<sup>2</sup>.

¿Creemos, por ejemplo, que según la metempsicosis de Pitágoras, en la vivienda que imagina para las almas, el león en que se traslade el alma de César tenga las mismas pasiones ni que sea el mismo Julio César? Si tal cosa fuera cierta, tendrían razón los que sostienen esa idea contra las doctrinas de Platón, reponiéndole que el hijo podría cabalgar sobre su madre convertida en mula, y objetando con otros absurdos semejantes. ¿Pensamos acaso que en las mutaciones que tienen lugar de unos animales en otros de la misma especie, los recién venidos no son distintos de los que les precedieron? De las cenizas del fénix dicen que se engendra un gusano y luego otro fénix; ¿quién puede imaginar que el segundo no sea distinto del primero? A los gusanos de seda se les ve como muertos y secos; el mismo cuerpo produce una mariposa, de la cual surge otro gusano que sería ridículo suponer que fuera todavía el primero. Lo que una vez dejó de existir no existe ya jamás:

Nec, si materiam nostram collegerit ætas  
Post obitum, rursumque redegerit, ut sita nunc est,  
Atque iterum nobis fuerint data lumina vitæ,  
Pertineat quidquam tamen ad nos id quoque factum,  
Interrupta semel quum sit repentia nostra<sup>3</sup>.

Y cuando Platón dice que sólo la parte espiritual del hombre será la que goce de las recompensas de la otra vida, hace una afirmación desprovista de fundamento:

<sup>1</sup> Héctor era el que luchaba en combate singular, pero el que fue arrastrado por el caballo de Emonio (o de Aquiles) no era Héctor. OVIDIO, *Tristes*, III, II, 27.

<sup>2</sup> Lo que cambia se disuelve, y la disolución es la destrucción; pues las partes se disgregan y desaparece su organización. LUCRECIO, III, 756.

<sup>3</sup> Si después de nuestra muerte toda la materia que ahora constituye nuestro cuerpo se reuniera y volviera a recobrar con el tiempo la misma organización que antes tuvo, y de nuevo se iluminara con la luz de la vida, esta segunda organización no sería nada para nosotros, una vez que nuestra existencia fue interrumpida. LUCRECIO, III, 159.

Scilicet, avolsus radicibus, ut nequit ullam  
Displicere ipse oculus rem, seorsum corpore toto<sup>1</sup>;

pues en ese caso no será ya el hombre, ni por consiguiente nosotros, los que participemos de aquel goce, estando como estamos formados de dos partes principales y esenciales, cuya separación es la muerte y ruina de nuestro ser.

Inter enim jecta est vita<sup>2</sup> pausa, vageque  
Deerrarunt passim motus ad sensibus omnes<sup>2</sup>;

no decimos que el hombre sufre cuando los gusanos roen sus miembros que desempeñaron las funciones vitales, ni cuando la tierra los consume:

Et nihil hoc ad nos, qui coitu conjugioque  
Corporis atque animæ consistimus uniter apti<sup>3</sup>.

Con mayor razón, ¿en qué principio de su justicia pueden fundarse los dioses para recompensar las acciones buenas y virtuosas del hombre después de su muerte, puesto que las divinidades mismas les encaminaron a ejecutarlas? ¿Por qué los dioses se ofenden y vengan en el hombre las acciones viciosas, puesto que ellos engendraron en las criaturas la condición que las movió a incurrir en falta, de la cual podrían apartarlas con la más ligera moción de su voluntad? Epicuro podría reponer lo antecedente a Platón con fundamento sobrado, si sus labios no profirieran frecuentemente esta sentencia, "que la naturaleza mortal no puede establecer nada sólido ni cierto sobre la inmortal". El humano entendimiento es víctima de constantes extravíos en todo, pero más especialmente cuando trata de formarse idea de las cosas que atañen a la divinidad. ¿Quién mejor que nosotros puede estar convencido de ello? Aunque le hayamos auxiliado con principios seguros e infalibles, aunque hayamos iluminado sus pasos con la santa luz de la verdad que plugo a Dios comunicarnos, vémonos a diario, por poco que nuestra mente se aparte del ordinario sendero, por poco que se desvíe de la ruta trazada y seguida por la iglesia, que al instante se pierde, embaraza y cae en mil obstáculos, flotando y dando vueltas en el vasto mar revuelto y sin freno de las opiniones humanas, sin sujeción ni objetivo. En el momento que pierde nuestra razón aquel seguro y tradicional camino, se divide y disipa en mil rutas diferentes.

No puede el hombre salirse de su esfera ni imaginar nada que de sus alcances se aparte. Mayor presunción supone, dice Plutarco, el que los hombres hablen y discurran de los dioses y de los semidioses, que el que una persona desconocedora de la música pretenda juzgar a un cantor, o que un hombre que jamás pisó un campo de batalla quiera cuestionar sobre las cosas de la guerra, presumiendo conocer por ligeras conjeturas un arte que le es ajeno. A mí entender, la antigüedad creyó glorificar a la divinidad colocándola al mismo nivel que el hombre, revistiéndola con facultades humanas, adornándola con nuestros caprichos y proveyéndola de todas las necesidades que atestiguan nuestra flaqueza. Así le ofrecieron manjares para que los comiese, bailes y danzas para regocijarla, vestidos para que se cubriese y casas

<sup>1</sup> De igual suerte que un ojo arrancado de raíz y separado del cuerpo no puede ver ningún objeto. LUCRECIO, III, 562.

<sup>2</sup> Pues al interrumpirse la vida, el movimiento abandona todos los sentidos y se extingue por completo. LUCRECIO, III, 872.

<sup>3</sup> Esto en nada nos afecta ya, porque nuestro ser existe sólo en tanto que se mantiene uno por el íntimo enlace del alma con el cuerpo. LUCRECIO, III, 875.

para que viviera; la regalaron con el incienso y la música, con flores y ramos, y para mejor acomodarla a nuestras viles pasiones, adularon su justicia inmolando víctimas humanas, regocijándola con la disipación y ruina de los seres por los dioses creados y conservados. Tiberio Sempronio hizo quemar en holocausto de Vulcano las armas y ricos despojos que ganara contra sus enemigos en Cerdeña; Paulo Emilio, los que adquirió en Macedonia en loor de Marte y Minerva; tan luego como Alejandro hubo llegado al Océano Indico, arrojó al mar para ganar el favor de Thetis muchos vasos de oro, convirtiendo además sus altares en espantosa carnicería, no sólo de inocentes animales, sino también de seres humanos. Muchas naciones, la nuestra entre otras, sacrificaron a los hombres, y creo que no exista ninguna que haya estado exenta de tal costumbre:

Sulmone creatos  
Quator hic juvenes, totidem, quos educat Ufens,  
Viventes rapit, inferias quos immolet umbris<sup>1</sup>.

Los getas se consideran como inmortales y su muerte tiénela por el encaminamiento hacia su dios Zamolsis. Cada cinco años le envían un emisario para proveerle de las cosas que ha menester; el delegado se elige a la suerte, y la manera de despacharlo es como sigue: primeramente le informan verbalmente de su misión, y después tres de los que le asisten sostienen derechos otros tantos dardos, sobre los cuales lanzan al emisario. Si éste resulta herido y muere de repente, es signo indudable de favor divino; si escapa a la muerte, le consideran como perverso y execrable, y proceden a una nueva prueba de igual modo. Amestris, madre de Jerjes<sup>2</sup>, siendo ya de edad avanzada, hizo enterrar vivos a catorce jóvenes de las principales casas de Persia para rendir gracias a algún dios subterráneo, conforme a la religión de su país. Hoy todavía se alimentan con sangre de criaturas de corta edad los ídolos de Themititan, y no gustan de otro sacrificio que no sea el de esas almas infantiles y puras. ¡Justicia hambrienta de sangre inocente!

Tantum religio potuit suadere malorum!<sup>3</sup>

Los cartagineses inmolaban a Saturno sus propios hijos —el que no los tenía los compraba—, y el padre y la madre tenían obligación de asistir a la muerte de las tiernas víctimas, adoptando un continente de alegría y satisfacción.

Capricho singular el de querer pagar a la bondad divina con nuestra aflicción, como los lacedemonios, que tributaban culto a Diana con los alardos de los muchachos a quienes azotaban en holocausto de la diosa, a veces hasta darles muerte. Proceder salvaje el de querer gratificar al arquitecto con el derrumbamiento de su edificio, y el de pretender librar de la pena que merecen los culpables con el castigo de los inocentes; la desgraciada Ifigenia con su muerte en el puerto de Aulide, descargó ante Dios al ejército griego de los delitos que éste había cometido:

<sup>1</sup> Arrebató Eneas cuatro guerreros hijos de Sulmona, y otros cuatro criados en las orillas del Ufens para inmolarlos vivos en honor de Palas. VIRGILIO, *Eneida*, X, 517.

<sup>2</sup> Mujer, y no madre de Jerjes.

<sup>3</sup> ¡Cuántos horrores inspirados por la religión! LUCRECIO, I, 102.

Et casta inceste, nubendi tempore in ipso,  
Hostia concideret mactatu mæsta parentis<sup>1</sup>:

las hermosas y generosas almas de los dos Decios, el padre y el hijo, lanzáronse al través de las tropas enemigas para procurar el favor de los dioses a los negocios públicos de Roma. *Quæ fuit tanta deorum iniquitas, ut placari populo romano non possent, nisi tales viri occidissent?*<sup>2</sup> Añádase a lo dicho, que no es al delincuente a quien incumbe el hacerse castigar a su albedrío y cuando le viene en ganas; el juez es quien debe ordenar la pena y no puede considerar como castigo lo que mejor acomoda al que lo sufre; la venganza divina presupone nuestro absoluto disentiendo, así por su justicia como por el quebranto que merecemos. Ridículo fue el capricho de Polícrates, tirano de Samos, quien para interrumpir el curso de su continua dicha, al par que para compensarla, lanzó al mar la joya más preciada que poseía, juzgando que con este mal voluntario podía hacer frente a las vicisitudes de la fortuna; la cual, para burlarse de su insensatez, hizo que la misma alhaja volviera a sus manos, pues se encontró en el vientre de un pescado. ¿A qué vienen los desgarramientos y desmembramientos de los coribantes y de los ménades, y en nuestra época los de los mahometanos, que se acuchillan la cara, el vientre y los miembros para congraciarse con su profeta, puesto que la ofensa que le infirieron reconoce por causa la voluntad, y no el pecho, los ojos, los órganos genitales, la apostura, los hombros ni la garganta? *Tantus est perturbatæ mentis, et sedibus suis pulsæ furor ut sic dii placentur, quemadmodum ne homines quidem scævium*<sup>3</sup>. Nuestra natural contextura, no sólo debemos conservarla para nuestro servicio, sino también para el de Dios y el de los demás hombres; es una acción injusta el ofenderla voluntariamente, como igualmente el quitarnos la vida, sea cual fuere la causa. Tengo también por traición y cobardía grandes el mutilar y corromper las funciones de nuestro cuerpo, las cuales son puramente materiales y se hallan sometidas por naturaleza a la dirección del alma, por evitar a ésta el cuidado de sujetarlas a la razón; *ubi iratos deos timent, qui sic propitios habere merentur? ... In regio libidinis voluptatem castrati sunt quidam; sed nemo sibi, ne vir esset, jubente domino, manus intulit*<sup>4</sup>. De tal suerte mancharon su religión con perversas prácticas:

Sæpius olim  
Religio peperit scelerosa atque impia facta<sup>5</sup>.

Ahora bien: ninguna de nuestras cualidades puede parangonarse ni relacionarse en modo alguno con la naturaleza divina; todas la manchan y marcan

<sup>1</sup> Y la infortunada doncella, cercano el momento de sus desposorios, muere en las manos despiadadas de su propio padre. LUCRECIO, I, 99.

<sup>2</sup> ¿Cómo los dioses estaban tan irritados contra el pueblo romano que no podían verse satisfechos sino con el derramamiento de una sangre tan generosa? CICERÓN, *de Nat. deor.*, III, 6.

<sup>3</sup> A tal extremo llega la perturbación de su inteligencia y la exaltación de sus pasiones que para ser gratos a los dioses cometen crueldades que nuestra mente apenas puede concebir. SAN AGUSTÍN, *de Civit. Dei*, VI, 10.

<sup>4</sup> ¿Qué idea tienen de la cólera divina los que así pretenden aplacarla? ... Hay hombres convertidos en eunuco por el capricho y por la liviandad de un rey; ¿pero quién accedió a mutilarse a sí mismo por obedecer al mandato de su señor? SAN AGUSTÍN, *Civit. de Dei*, VI, 10.

<sup>5</sup> En lo antiguo la religión inspira con frecuencia actos impíos y criminales. LUCRECIO, I, 83.

con otras tantas imperfecciones. La belleza, poder y bondad infinitos, ¿cómo han de poder asemejarse ni tener correspondencia alguna con una cosa tan abyecta como nosotros, sin el extremo perjuicio y decaimiento de la divina grandeza? *Infirmum Dei fortius est hominibus: et stultum Dei sapientius est hominibus*<sup>1</sup>. Preguntado Stilpón el filósofo si los dioses recibían placer de nuestras honras y sacrificios: "Sois indiscretos, contestó; retirémonos aparte para hablar de este asunto." Y, sin embargo, nosotros le prescribimos límites; nuestra razón mide su poderío (llamo razón a nuestras visiones imaginarias; como tales las reconoce la filosofía, la cual declara "que el loco y el perverso están extraviados por razón, que en ellos reviste una forma particular"); queremos subyugar a Dios a las vanas y débiles apariencias de nuestro entendimiento; a él, que nos creó y creó asimismo nuestra facultad de conocer. Porque nada se hace de la nada, Dios no pudo formar el mundo sin servirse de materia. ¿Acaso el Hacedor Supremo ha puesto en nuestras manos las llaves de los últimos resortes de su poder? ¿Comprometiése por ventura a no sobrepasar los límites de nuestra ciencia? Supón, ¡oh criatura!, que hayas podido advertir en la tierra alguna huella de la divinidad; ¿piensas por ello que el Señor haya empleado cuantos medios residen en su poder, ni que haya puesto todo su saber en la composición del universo? Tú contemplas solamente el orden y concierto de esta cuevecilla donde habitas; la divinidad tiene una jurisdicción infinita más allá; esta parte que aquí ves no es nada en comparación del todo:

Omnia cum cælo, terraque, marique,  
Nil sunt ad summam summam totius omnem<sup>2</sup>.

Lo que a ti se te alcanza es una ley restringida; tú ignoras que es universal. Sujétate a aquello de que dependes, mas no agregues a Dios, que no es tu compañero, ni tu conciudadano, ni tu camarada. Si en algún modo se te mostró, no fue para rebajarse a tu pequeñez, ni para otorgarte el cargo de veedor de su poder: el cuerpo humano no puede volar a las nubes; para ti hizo el Creador todo su bien. El sol recorre sin cesar su carrera. Los límites de la tierra y de los mares no pueden confundirse; el agua no tiene forma ni resistencia; un muro sin demolerse no deja paso a un cuerpo sólido; el hombre no puede conservar su vida en medio de las llamas; no puede estar en el cielo y en la tierra ni en cien lugares a la vez, corporalmente; para ti instituyó Dios estos preceptos, y a tu individuo incumben. El Creador testificó a los cristianos que los libertó cuando le plugo. ¿Por qué siendo como es todopoderoso había de sujetar sus fuerzas a cierto límite? ¿En favor de quién había de renunciar a su privilegio? En nada alcanza tu razón mayor verosimilitud ni fundamento mayor que cuando te convence de la pluralidad de los mundos;

Terramque, et solem, lunam, mare, cetera quæ sunt,  
Non esse unica, sed numero magis innumerali<sup>3</sup>:

<sup>1</sup> La debilidad de Dios es más fuerte que la fuerza de los hombres; la locura de Dios más cuerda que la prudencia de los hombres. SAN PABLO, *Corint.*, I, I, 25.

<sup>2</sup> Todo cuanto existe, el cielo, la tierra y los mares, no es nada comparado con la inmensidad de la creación. LUCRECIO, VI, 679.

<sup>3</sup> La tierra, el sol, la luna, el mar y las demás cosas que existen no son únicas sino que son en número infinito. LUCRECIO, II, 1085.

los hombres más famosos de los pasados siglos, así lo creyeron y también algunos del nuestro; llevólos a tal convencimiento la humana razón, puesto que en este universo que contemplamos nada existe aislado ni idéntico,

Quum in summa res nulla sit una,  
Unica quæ gignatur, et unica solaque crescat<sup>1</sup>;

todas las especies hanse multiplicado en diverso número, por lo cual parece inverosímil que Dios haya hecho este solo monumento sin compañero, y que la materia de esta forma haya sido agotada en este exclusivo individuo;

Quare etiam atque etiam tales fateare necesse est,  
Esse alios alibi congressus materiai,  
Qualis hic est, avido complexu quem tenet æther<sup>2</sup>:

señaladamente si es un ser animado como sus movimientos parecen dar a entender y Platón afirma; muchos de entre nosotros lo confirman igualmente, o al menos no lo niegan, como también lo acredita la antigua opinión de que el cielo, las estrellas y otras partes del planeta son criaturas compuestas de cuerpo y alma, mortales en orden a su composición, pero inmortales por voluntad del Creador. Así que, si existen otros mundos como creyeron Epicuro, Demócrito y casi todos los filósofos, no sabemos si los principios y leyes de la tierra son comunes a los demás. Acaso su organización sea distinta; Epicuro los supone análogos o desemejantes. En este mundo vemos una variedad infinita en las regiones apartadas; en ese nuevo rincón del universo que nuestros padres descubrieron no se ve trigo, ni vino, ni ninguno de los animales de nuestros climas; todo es diferente. En los pasados siglos, considerad en cuántos lugares desconocieron la existencia de Baco y Ceres. Según Plinio y Heródoto, hay hombres en ciertos países que se asemejan muy poco a nuestra especie, y existen seres mestizos y ambiguos entre la humana naturaleza y la esencialmente animal; hay localidades en que los hombres nacen sin cabeza, tienen los ojos y la boca en el pecho, o son andróginos; en otras andan a gatas; en otras no tienen más que un ojo en la frente, y la cabeza más parecida a la de un perro que a la nuestra; en algunas, la mitad inferior del cuerpo es la de un pez, y viven en el agua; lugares hay en que las mujeres paren a los cinco años, y no viven más que ocho; otros en que los hombres tienen la cabeza y la piel de la frente tan duras, que son impenetrables al hierro, que rebota cuando con ellas choca; en ciertos sitios los hombres no tienen barba; hay pueblos que no conocen el fuego; otros en que la esperma es de color negro; ¿qué decir de los países en que los hombres se convierten en lobos o jumentos, y después otra vez en hombres? Y si es verdad, como Plutarco afirma, que en una localidad de las Indias haya hombres sin boca, que se alimentan con la percepción de ciertos olores, ¡cuán limitadas y falsas además son nuestras ideas! Nada puede imaginarse tan ridículo ni tan incapaz de razón y sociedad como todos esos seres. El concierto y la causa interna de nuestro mundo, serían casi siempre cosa peregrina y singular para todos ellos.

Mayormente, ¿cuántas cosas conocemos que se hallan en contradicción con las reglas que a la naturaleza hemos prescrito? ¡Y, sin embargo, preten-

<sup>1</sup> No hay en la naturaleza un ser que sea único en su género, que exista y se desenvuelva solo y aislado de los demás. LUCRECIO, II, 1077.

<sup>2</sup> Por fuerza hay que reconocer asimismo que en otros puntos del espacio existen cuerpos análogos a éstos que pueblan la inmensa extensión del éter. LUCRECIO, II, 1064.

demo juzgar los límites del poder de Dios mismo! ¿Cuántas cosas son para nosotros milagrosas y contra el orden natural? Cada hombre y cada pueblo lo juzga todo conforme a la medida de su ignorancia. ¡Cuántas propiedades ocultas y raras encontramos en las cosas! Para nosotros seguir la marcha de la naturaleza no es más que seguir las huellas de nuestra inteligencia, en tanto que puede seguir las, y lo más que nuestra vista alcanza. Todo lo que está más allá considerámoslo como monstruoso e irregular. Según lo cual, aquellos que sean más hábiles y avisados, hallaránlo todo disparatado, pues a éstos persuadió la humana razón de que no existe fundamento alguno para afirmar nada, ni siquiera que la nieve es blanca: Anaxágoras decía que era negra; de si existe algo en el universo o no existe nada; si hay ciencias o sólo ignorancia; todo lo cual Metrodoro Chío negaba que el hombre pudiera afirmarlo. Eurípides dudaba que viviéramos, "si la vida que vivimos es vida, o si lo que llamamos muerte es realmente la vida":

Τίς δ' οἶδεν εἰ ζῆν τοῦθ', ὃ κέκληται θανεῖν  
Τὸ ζῆν δὲ, θνησκεῖν ἔστι<sup>1</sup>

y no sin razón, porque llamamos existir a este instante que no es más que un relámpago dentro del curso infinito de una noche eterna, y una interrupción brevísima de nuestra natural y perpetua condición, puesto que la muerte llena todo lo que antecede, y sigue a aquel momento, y todavía una buena parte del mismo. Otros afirman que no hay movimiento, que nada se agita; tal opinaban los discípulos de Meliso, en atención a que si no hay más que Uno, ni este movimiento esférico puede incumbirle, ni tampoco el de un lugar a otro, como Platón sostiene, asegurando que en la naturaleza no hay generación ni corrupción. Protágoras dice que nada hay en aquélla si no es la duda; que acerca de todo puede cuestionarse y hasta de este mismo principio, es decir, si realmente puede cuestionarse de todas las cosas. Nausífanos entiende que los objetos aparentes son inciertos, y que nada hay más seguro que la duda y la incertidumbre. Parménides cree que de lo aparente en general no hay nada que tenga fundamento, que no hay más que Uno; Zenón que ni siquiera ese Uno existe, y que no existe nada, porque si el Uno fuera, tendría que estar en otro o en sí mismo; si está en otro, ya son dos y si está en sí mismo son también dos, el continente y el contenido. Según estos dogmas la naturaleza de las cosas es sólo una sombra falsa y vana.

Siempre consideré que esta manera de hablar es indiscreta e irreverente en boca de un cristiano: "Dios no puede morir; Dios no puede contradecirse; Dios no puede hacer esto o aquello." Me parece reprochable el encerrar así los límites del poder divino bajo las leyes de nuestra palabra; las ideas que para nuestra mente representan tales proposiciones, debieran por lo menos representarse de un modo más reverente y religioso.

Nuestro hablar adolece de debilidades y defectos, como todo lo que constituye la naturaleza humana. La mayor parte de los desórdenes del mundo son puramente gramaticales; nuestros procesos no nacen sino de los debates que acarrea la interpretación de las leyes; y la mayor parte de las guerras, de que somos incapaces de formular claramente los convenios y tratados de los príncipes. ¡Cuántas contiendas y querellas sanguinarias produjo el no conocer a ciencia cierta el sentido de la sílaba *Hoc*<sup>2</sup>! Tomemos la cláusula que la

<sup>1</sup> Stobeo. Sermo. CXIX. Montaigne ha traducido este verso antes de citarlo.

<sup>2</sup> Montaigne alude aquí a las controversias sobre la transustanciación mantenidas entre católicos y protestantes cuyo objeto era la interpretación de la palabra de Cristo: "Hoc est corpus meum."



lógica presenta como la más clara; si afirmamos que "hace buen tiempo" y decimos verdad, será que haga sin duda buen tiempo. ¿No es una manera clara de expresarse? Pues, sin embargo, nos inducirá a error, como puede verse por el ejemplo siguiente: si decís "Yo miento" y sois verídicos, mentís realmente. El arte, la razón y la conclusión de la segunda proposición son semejantes a los de la primera, y, sin embargo, las dos nos presentan obstáculos. Los filósofos pirronianos no pueden explicar sus concepciones con ningún lenguaje; para ello habrían menester de uno nuevo, pues el nuestro se compone de proposiciones afirmativas, las cuales van contra la esencia misma de sus doctrinas; de tal suerte, que cuando dicen "Yo dudo", incurren ya en contradicción, pues afirman que saben que dudan. Así que tuvieron necesidad de guarecerse en la siguiente comparación con la medicina, sin la cual la tendencia de la secta de que hablo sería inexplicable. Cuando dicen "Yo ignoro", o "Yo dudo", añaden que ambas proposiciones desaparecen por sí mismas, junto con todo lo demás, a la manera que el ruibarbo empuja hacia fuera los malos humores, y él mismo sale al propio tiempo. Tal estado de espíritu enúnciase interrogativamente de una manera más segura, diciendo: ¿QUE SE YO?, que es mi acostumbrada divisa.

Ved cuál los hombres se prevalen hablando de Dios irreverentemente. En las controversias actuales que tienen por asunto nuestra religión, por poco que cerquéis a vuestro adversario os dirá sin ambages algunos "que no reside en poder de Dios el hacer que su cuerpo esté en la tierra, y en el paraíso y en varios lugares a la vez". Plinio, expresándose también irreverentemente, decía que al menos constituye un consuelo grande para la pequeñez del hombre el considerar que Dios no lo puede todo; pues no es dueño, decía, de quitarse la vida aunque lo quisiera, lo cual constituye la mayor ventaja que en nuestra condición reside; no puede convertir a los mortales en inmortales, ni resucitar a los muertos, ni que el que vivió no haya vivido, ni hacer que el que disfrutó de honores no los haya disfrutado; no teniendo otro poder si no es el olvido sobre las cosas que fueron. Y para sentar hasta ejemplos risibles en las relaciones del hombre con su Creador, concluye diciendo que Dios no puede impedir que dos veces diez no sean veinte. Los labios de un cristiano no deben proferir jamás semejantes términos. Y parece que los hombres se sirven de lenguaje tan altivo y loco para igualarse al Hacedor Supremo:

Cras vel atra  
Nube polum Pater occupato,  
Vel sole puro; non tamen irritum,  
Quodcumque retro est, efficiet, neque  
Diffinget, infectumque reddet,  
Quod fugiens semel hora vexit 1.

Quando declaramos que la infinidad de los siglos pasados y los que están por venir no son para Dios sino un instante; que su bondad, sapiencia y poderío son idénticos a la esencia divina, nuestras palabras lo dicen, mas nuestro entendimiento no comprende ni alcanza lo que expresan nuestras palabras. Y, sin embargo, la temeraria presunción del hombre quiere hacer pasar a Dios por el tamiz de su entendimiento, por donde se engendran todas las soñaciones y todos los errores de que el mundo se ve lleno, por querer aquilatar en

1 Dios podrá cubrir el cielo con oscuras nubes o iluminarlo con un sol radiante; mas no podrá destruir ni alterar lo pasado, ni devolvemos lo que el tiempo fugaz nos arrebató. HORACIO, *Od.*, III, 29, 43.

su balanza cosa tan distante de la pequeñez terrenal<sup>1</sup> *Mirum, quo procedat improbitas cordis humani parvulo aliquo invitata successu*<sup>2</sup>. ¡Con cuánto desdén reprenden los estoicos a Epicuro, el cual juzgaba que la esencia de la dicha pertenecía sólo a Dios, y que el sabio no participa de aquélla sino como de una sombra remotísima! ¡Y cuán temerariamente unieron el destino de Dios al de los hombres! Yo creo que algunos que se llaman cristianos incurren todavía en la misma imprudencia. Thales, Platón y Pitágoras lo rebajaron a la necesidad. Esta altivez de pretender descubrir a Dios con nuestros ojos mortales, fue causa de que un hombre insigne diera a la divinidad forma corporal, y lo es también de que a diario atribuyamos a Dios los acontecimientos importantes de nuestra vida. Como a nosotros nos producen mella, creemos que han de producirla también a Dios, quien, a nuestro modo de ver, considera con mirada más atenta que los sucesos insignificantes de nuestra existencia ordinaria los que nos son trascendentales: *magna dii curant, parva negligunt*<sup>3</sup>; oíd su ejemplo, él os iluminará con las luces de su razón: *nec in regnis quidem reges omnia minima curant*<sup>4</sup>. ¡Como si para el Creador no fuera lo mismo conmover los cimientos de un imperio que estremecer la hoja de un árbol! ¡Como si su providencia no se ejerciera lo mismo en el desenlace de una batalla que en el salto de una pulga! La mano del Hacedor gobierna todas las cosas de igual modo, con la misma fuerza, con idéntico orden; nuestros interés para nada influye en sus designios, las medidas que tomamos no le importan ni para nada influyen en sus actos: *Deus ita artifex magnus in magnis, ut minor, non sit in parvis*<sup>5</sup>. Nuestro orgullo hace que nos equiparemos a Dios, lo cual es la mayor de las blasfemias. Porque nuestras ocupaciones son para nosotros pesada carga, Estrabón dispensó a los dioses de todo deber, como hacen sus sacerdotes; hace producir y conservar a la naturaleza todas las cosas, se explica así la formación del mundo y descarga al hombre del temor de los juicios divinos; *quod beatum ceterumque sit, id nec habere negotii quidquam, nec exhibere alteri*<sup>6</sup>. Quiere la naturaleza que entre las cosas análogas exista relación semejante; así, pues, del número infinito de mortales infiere que hay igual número de inmortales. Las cosas infinitas que perjudican y matan, presuponen igual número que aprovechan y conservan. Como las almas de los dioses, sin lengua, ojos ni oídos, se entienden entre sí y juzgan de nuestros pensamientos, así las almas de los hombres, cuando se encuentran libres, desprendidas del cuerpo por el sueño o por algún encantamiento, adivinan, pronostican y ven las cosas que serían incapaces de ver unidas al cuerpo. Los hombres, dice san Pablo, convirtiéronse en locos, en fuerza de querer ser cuerdos, y cambiaron la incorruptible gloria de Dios en la imagen corruptible del hombre. Considerar, siquiera sea ligeramente, las extravagantes y aparatosas deificaciones de los antiguos: luego de celebrar con soberbia pompa la ceremonia de los funerales, cuando el fuego prendía en lo alto de la pirámide y llegaba al lecho del difunto, deja-

1 Montaigne contradice en este pasaje al autor a quien interpreta y defiende.

2 Admira ver hasta dónde llega la arrogancia del corazón humano en cuanto se siente estimulada por el más pequeño éxito. PLINIO, *Nat. Hist.*, II, 23.

3 Los dioses se cuidan de las cosas grandes y desdénan las pequeñas. CICERON, *de Nat. deor.*, II, 66.

4 Los reyes mismos tampoco reparan en los detalles nimios de la administración. CICERON, *ibid.*, III, 35.

5 Dios, que es magno artífice en las grandes cosas, no lo es menos en las pequeñas. SAN AGUSTIN, *de Civit. Dei*, XI, 22.

6 Un ser dichoso y eterno carece de pesares y tampoco a nadie se los procura. CICERON, *de Nat. deor.*, I, 17.

ban escapar un águila, la cual, volando a las nubes, significaba que el alma del muerto se encaminaba al paraíso. Pueden verse mil medallas, señaladamente la que representa a la honrada Faustina<sup>1</sup>, que muestran al águila llevando a cuestas hacia el cielo a las almas deificadas. Es lastimoso que nos engañemos así con nuestras propias imitaciones e invenciones;

Quod finxere, timent<sup>2</sup>:

como los muchachos, que se asustan de la misma cara que tiznaron y ennegrecieron a sus compañeros<sup>3</sup>: *quasi quidquam infelicis sit homine, cui sua figmenta dominantur*<sup>4</sup>.

Hay diferencia grande entre honrar al que nos ha criado y rendir culto al que nosotros hemos hecho. Augusto tuvo más templos que Júpiter en los cuales se le veneró, y se creyó en sus milagros lo mismo que en los de Júpiter. En recompensa de los beneficios que de Agesilao recibieran, anunciáronle los tasanos que le habían canonizado. "¿Vuestra nación, contestó aquél, tiene el poder de convertir en dios a quien le viene en ganas? Santificad primero, para ver cómo le va a uno de entre vosotros, y luego, cuando yo haya visto los efectos, agradeceré en el alma el don con que me brindáis." La insensatez del hombre no reconoce límites, puesto que siendo incapaz de forjar el animal más microscópico fabrica dioses a docenas. Oíd encarecer a Trismegisto el humano poderío: "Entre las cosas admirables, dice, sobrepasa a todas las demás el que el hombre haya llegado a conocer y a crear la naturaleza divina." He aquí algunos argumentos de la escuela misma de la filosofía:

Nosse cui divos et cæli numina soli  
Aut soli nescire, datum<sup>5</sup>:

"Si Dios existe es un ser animado; si es animado tiene sentidos, y si tiene sentidos está sujeto a accidentes. Si carece de cuerpo, tampoco tiene alma, y, por consiguiente, es incapaz de acción; si tiene cuerpo es perecedero." Y con esto héteme al hombre victorioso y triunfante. "Nosotros somos incapaces de haber hecho el mundo; por consiguiente, existe alguna fuerza superior que en él ha puesto la mano. Sería una estúpida arrogancia el que nos considerásemos como los seres más perfectos de este universo; hay, pues, algo mejor que es Dios. Cuando contempláis una residencia pomposa y rica, aunque no sepáis a quién pertenece, no suponéis que haya sido expresamente construida para albergue de ratones; así, pues, ese divino monumento colocado sobre nuestras cabezas, ese celestial palacio debemos considerarlo como la vivienda de algún morador, cuya grandeza es mucho mayor que la nuestra. ¿Lo más alto, no es siempre lo más digno? Por eso nosotros estamos colocados aquí abajo. Nada sin alma ni razón puede crear un ser animado capaz de esa facultad: el mundo nos produce, luego hay en él alma y razón. Cada una de las partes de nosotros mismos es menor que nuestro ser cabal; nosotros formamos parte del mundo, de donde se desprende que éste se halla dotado de sabiduría y razón en mayor dosis de lo que nosotros lo estamos. Es cosa

<sup>1</sup> Honrada, por antífrasis.

<sup>2</sup> Temen sus propias invenciones. LUCANO, I, 486.

<sup>3</sup> Pascal transcribió estas palabras en sus *Pensamientos*.

<sup>4</sup> ¿Hay algún ser más desdichado que el hombre, que se deja esclavizar por sus propias ficciones?

<sup>5</sup> Sólo al hombre es dado conocer a los dioses y númenes celestiales o saber al menos que son incognoscibles. LUCANO, I, 452.

hermosa tener un gobierno de extensión dilatada, por eso el del mundo pertenece a alguna naturaleza privilegiada. Los astros no nos dañan; son, por consiguiente, seres llenos de bondad. El hombre, lo mismo que los dioses, tiene necesidad de alimento, los segundos se nutren con los vapores de aquí abajo. Los bienes terrenales no pertenecen a Dios, ni a nosotros tampoco. Recibir ofensas e infligirlas muestran imperfección análoga; es, por consiguiente, insensato temer a Dios. Dios es bueno por naturaleza; el hombre, por industria, lo cual es más meritorio. La sabiduría divina y la humana se diferencian sólo en que aquélla es eterna; y como la duración ninguna cualidad añade a la sabiduría, hétenos compañeros. Tenemos vida, razón y libertad, y noción de la bondad, de la caridad y de la justicia, atributos todos que le son propios." En conclusión, el deísmo y el ateísmo, todos estos argumentos en pro y en contra de la divinidad, los forja el hombre ayudado por la idea que de sí mismo se forma. ¡Qué patrón y qué modelo! Ampliemos, elevemos y abultemos cuanto nos plazca las cualidades humanas; ínflate, pobre criatura, una, dos y mil veces:

Non, si te ruperis, inquit<sup>1</sup>.

*Profecto non Deum, quem cogitare non possunt, sed semetipsos, pro illo cogitantes, non ulum, sed se ipsos, non illi, sed sibi comparant*<sup>2</sup>.

Puesto que en los fenómenos naturales los efectos no dejan ver las causas sino a medias, ¿con cuánta más razón en este punto serán vagas y oscuras? Esta sobrepasa el orden de la naturaleza; su condición es demasiado elevada, demasiado alejada y demasiado soberana para consentir que nuestras conclusiones puedan sujetarla y contraerla. Somos incapaces de llegar a ella con el concurso de nuestras exiguas fuerzas; nuestro camino es demasiado rastrero; lo mismo está el hombre cerca del cielo en lo alto del monte Cenís que en lo más hondo del mar. Consultad con vuestro astrolabio si de ello queréis convencerlos. Los filósofos paganos hacen figurar a Dios hasta en el contacto carnal de las mujeres, cuántas veces y en cuántas generaciones: Paulina, mujer de Saturnino, rica matrona romana, creyendo pernoctar con el dios Serapis se encontró entre los brazos de un amante por el alcahuetismo de los sacerdotes de aquel templo. Varrón, el autor latino más sutil y sabio, escribe en sus libros de teología que el sacristán del templo de Hércules jugó con este dios una cena y una muchacha; en caso de que ganara, se descontarían los gastos de las ofrendas del templo, y si perdía sufragaría las costas; el sacristán perdió y pagó su cena y a la muchacha. Esta se llamaba Laurentina, y vio por la noche el dios entre sus brazos, el cual le dijo que el primero con quien al día siguiente tropezara le pagaría espléndidamente su salario; y en efecto encontróse con Tarancio, joven rico, que la llevó a su casa y andando el tiempo la hizo heredera. La muchacha, a su vez, creyendo ser grata a Hércules, dejó todos los bienes al pueblo romano, por lo cual tributáronsele honores divinos. Como si no bastara que por el lado paternal y por el maternal Platón fuera originalmente descendiente de los dioses, ni tampoco el tener a Neptuno por fundador de su raza, considerábase en Atenas como cosa cierta que Avistón, habiendo querido gozar de la hermosa Perictione y no acertando a realizar sus deseos, fue advertido en sueños por Apolo de que la dejara intacta hasta que hubiera dado a luz. Teníase por asegurado que los padres

<sup>1</sup> No podrás aproximarte aunque revientes. HORACIO, *Sat.*, II, III, 318.

<sup>2</sup> Como los hombres no son capaces de conocer a Dios, al pretender adivinarle piensan realmente en sí mismos creyendo pensar en él, y se lo imaginan no como él es, sino como ellos son. SAN AGUSTIN, *de Civit. Dei*, XII, 17.

de Platón fueron Apolo y Pericione. En las historias se encuentran numerosos ejemplos de cornamentos análogos, procurados por los dioses a los pobres humanos, y de maridos desacreditados en favor del rango de sus hijos. En la religión de Mahoma vense por la creencia de los pueblos fieles al profeta gran número de Merlines<sup>1</sup>, o lo que ellos mismos, hijos sin padre, absolutamente espirituales, engendrados con el auxilio de la divinidad en el vientre de las doncellas, los cuales llevan un nombre que tiene en la lengua árabe esa significación.

Precisa notar que en cada cosa nada hay más elevado ni más estimable que el propio ser de la misma; el león, el águila, el delfín, nada conciben que aventaje a su especie; todos ponen en parangón sus propias cualidades con las demás cosas existentes; las cuales podemos estrechar o ensanchar, y es todo cuanto pende de nuestra mano, pues fuera de aquella relación y de este principio, nuestra imaginación no puede llegar; nada puede adivinar, le es imposible de todo punto ir más allá. Nacen de aquí estos antiguos principios: "De todas las formas de la naturaleza es el hombre la más hermosa; por consiguiente, Dios está incluido en ella. Nadie sin virtud puede ser dichoso; tampoco la virtud puede existir independientemente de la razón, ni ésta puede residir en otro ser que no sea el hombre." Dios, por consiguiente, reviste figura humana: *Ita est in formatum et anticipatumque mentibus nostris, ubi homini, quum de Deo cogitet, forma occurrat humana*<sup>2</sup>. Por eso, decía con gracia Jenófanes, que si como es verosímil, los animales se forjan sus dioses correspondientes, idearánlos parecidos a ellos y se glorificarán como nosotros; ¿qué razón hay para que un ansarón no sostenga el razonamiento siguiente: "Todas las partes del universo tienen relación con mi individuo; la tierra me sirve de apoyo, el sol me alumbrá, las estrellas ejercen influencia sobre mi ser; los vientos y los mares me procuran bienestar y comodidades; ningún otro animal se ve más favorecido que yo bajo la bóveda celeste, yo soy el niño mimado de la naturaleza? ¿No es el hombre quien me acaricia, me sirve y procura vivienda? En beneficio mío siembra y recolecta; si le sirvo de alimento, también devora el hombre a sus semejantes, y también yo me nutro de los gusanos que le matan y le roen." Así hablará la grulla, y todavía con más altivez que el hombre, por la libertad que su vuelo le procura, merced al cual goza del privilegio de cernerse en las regiones más altas: *Tam blanda conciliatrix, et tam sui est lena ipsa natura*<sup>3</sup>. Así, pues, colocándose el hombre en esa textura concluye que para él son los destinos, para él solo el universo mundo; el sol alumbrá y la tormenta estalla para nosotros; el Creador y las criaturas, todos es para nosotros: es la conclusión y fin a donde se dirige la universalidad de las cosas. Considerad lo que la filosofía registró hace ya más de dos mil años sobre las cosas celestiales: según aquélla, los dioses no obraron ni hablaron sino en beneficio del hombre, ni les atribuye distinto oficio ni misión. Vedlos aquí que contra nosotros vienen a las manos:

Domitosque Herculea manu  
Telluris juvenes, unde periculum

<sup>1</sup> Del encantador Merlín, cuyo padre, según la leyenda, fue un espíritu.

<sup>2</sup> La inteligencia del hombre está conformada de tal suerte, sujeta a tales prejuicios, que, fatalmente, tiene que representarse a Dios en forma humana. CICERÓN, *de Nat. deor.*, I, 27.

<sup>3</sup> ¡De tal suerte es la naturaleza, hábil, conciliadora y amante de la paz entre los hombres! CICERÓN, *de Nat. deor.*, I, 27.

Fulgens contremuit domus  
Saturni veteris<sup>1</sup>.

Consideradlos participando en nuestros desórdenes, correspondiendo así a las muchas veces que nosotros hemos tomado parte en los suyos:

Neptunus muros, magnoque emota tridenti  
Fundamenta quatit, totamque a sedibus urbem  
Eruit: hic Juno Scæas sævissima portas  
Primat tenet<sup>2</sup>.

Por el celo que los caunianos ponen en la dominación de sus dioses peculiares échanse el arma a la espalda el día que los festejan y sacuden el aire con sus espadas, arrojando y expulsando así de su territorio a los dioses extraños. El poder de los mismos lo acomodamos a nuestras necesidades: curan unos los caballos; otros los hombres; quién las epidemias, la tiña, la tos; quién una clase de sarna, quién otra: *adeo minimis etiam rebus prava religio inserit deos*<sup>3</sup> quién es causa de que prosperen las vides, quién los ojos; los unos tienen a su cargo el gobierno de la lujuria, los otros el comercio; cada clase de trabajadores tiene su dios correspondiente; los unos poseen sus partidarios en oriente, los otros en occidente:

Hic illius arma,  
Hic currus fuit<sup>4</sup>.  
O sancte Apollo, qui umbilicum certum terrarum obtines<sup>5</sup>.  
Pallada Cecropidæ, Minoia Creta Dianam,  
Vulcanum tellus Hypsipylea colit,  
Junonem Sparte, Pelopœiadesque Mycenæ;  
Pinigerum Fauni Mænalis ora caput;  
Mars Latio venerandus erat<sup>6</sup>.

hay quien no posee más que un lugar pequeño o una familia; otro vive solo, otro acompañado voluntaria o inevitablemente,

Junctaque sunt magno templa nepotis avo<sup>7</sup>;

los hay tan raquíticos e insignificantes, pues el número de ellos asciende a treinta y seis mil<sup>8</sup>, que precisa reunir cinco o seis para producir una espiga de trigo; cada uno lleva su nombre del lugar donde se encuentra; tres en una

<sup>1</sup> El palacio del viejo Saturno retembló con gran estrépito y los hijos de la tierra fueron dominados por el poderoso brazo de Hércules. HORACIO, *Od.*, II, 12, 6.

<sup>2</sup> Neptuno, armado de su tridente formidable, echa abajo los muros de Troya y arrasa la ciudad hasta los cimientos; en tanto la implacable Juno se apodera de las puertas Scæas. VIRGILIO, *Eneida*, II, 610.

<sup>3</sup> Hasta tal punto se complace la superstición en mezclar la divinidad en las cosas más insignificantes. TITO LIVIO, XXVII, 23.

<sup>4</sup> Allí se veían las armas y el carro de Juno. VIRGILIO, *Eneida*, I, 16.

<sup>5</sup> Venerable Apolo, que habitas el centro del mundo. CICERÓN, *de Divin.*, II, 56.

<sup>6</sup> Atenas, la ciudad de Cecrops, venera a Palas; a Diana, la isla de Minos; a Vulcano, el país de Lemnos; Esparta y Micenas de Pelops, a Juno; Menala a Pan, y el Lacio a Marte. OVIDIO, *Fastos*, III, 81.

<sup>7</sup> Unidos están el templo del nieto y el de su ilustre abuelo. OVIDIO, *Ibid.*, I, 194.

<sup>8</sup> HESÍODO, *Opera et Dies*; pero este autor no cuenta sino treinta mil, por lo cual Máximo de Tyro observa que aminoró el número de los dioses, en atención a que existe una multitud innumerable.

puerta: el del frente, el de los goznes y el del dintel; cuatro a una criatura, protectores de sus envolturas, de lo que come, de lo que bebe y de lo que mama. Algunos gozan de una existencia real; la de otros es incierta y dudosa; otros hay que todavía no pudieron entrar en el paraíso:

Quos, quoniam cœli nondum dignamur honore,  
Quas dedimus certe terras habitare sinamus<sup>1</sup>:

ejercen algunos profesiones diversas: físicas, poéticas o civiles; otros hay que participan de la divinidad y de la humana naturaleza, mediadores entre Dios y las criaturas, que reciben una adoración de segundo orden; son infinitos en oficios y títulos; los unos buenos, malos los otros, los hay viejos y derrengados, y hasta mortales, pues, según Crisipo, cuando el día sea llegado de la última conflagración del mundo, todos los dioses perecerán a excepción de Júpiter. Forma el hombre mil comunicaciones ridículas entre el Creador y él, y no es peregrino que así acontezca teniéndose como se tiene por compañero suyo:

Jovis incunabula Creten<sup>2</sup>.

He aquí la razón que nos dan en este punto Scévola, pontífice máximo, y Varrón, teólogo eminente, en sus respectivas épocas: "Es necesario, dicen, que el pueblo ignore muchas cosas verdaderas y crea muchas otras que son erróneas": *Quum veritatem, qua liberetur, inquirat credatur ei expedit, quod fallitur*<sup>3</sup>. La vista humana no puede advertir las cosas sino bajo las formas que nos son habituales. ¿No os acordáis del salto que dio el pobre Faetón por haber pretendido manejar las riendas de los caballos de su padre con sus mortales manos? Nuestro espíritu experimenta por su temeridad suerte idéntica. Si preguntáis a la filosofía la materia de que están formados el cielo y el sol, ¿qué os responderá si no dice que de hierro, o con Anaxágoras de piedra, o de otra sustancia que nos sea familiar? ¿Se pregunta a Zenón qué cosa es naturaleza? "Un fuego, dice, que merced a cierto artificio engendra metódicamente." Arquímedes, maestro en la ciencia que se atribuye la prioridad sobre todas las demás en verdad y certeza, contestará: "El sol es un dios de hierro inflamado," ¡Gallarda idea fruto de la belleza e inevitable necesidad de las geométricas demostraciones! No tan útiles, sin embargo, ni tan evidentes, puesto que Sócrates entendía que bastaba en punto a conocimientos geométricos con saber medir la tierra que hollamos bajo nuestras plantas; y que Polieno, que fue en esa ciencia doctor famoso e ilustre, no la desdeñara al fin, como falsa y de apariencia vana, luego que hubo gustado los dulces frutos de los sosegados jardines de Epicuro. Sócrates en Jenofonte, a propósito de Anaxágoras, a quien la antigüedad tuvo por más competente que ningún otro filósofo en las cosas celestes y divinas, dice que vio su cerebro perturbado, como acontece a todos los hombres que persiguen de una manera inmoderada los conocimientos que no están a sus alcances. Decía que el sol era una piedra candente, sin reparar en que la piedra no brilla cuando está en el fuego, ni fijarse en que dentro de él se consume, como tampoco

<sup>1</sup> Puesto que no los juzgamos dignos de habitar en nuestra celestial morada, permitámosles al menos vivir en las tierras que les concedimos. OVIDIO, *Metam.*, I, 194.

<sup>2</sup> La isla de Creta, cuna de Júpiter. OVIDIO, *Metam.*, VIII, 99.

<sup>3</sup> Puesto que el hombre busca la verdad con el exclusivo fin de sacudir el yugo, preferible es que no salga del error. SAN AGUSTIN, *de Civit. Dei*, IV, 31.

en que el fuego no ennegrece a los que están frente a él, ni en que nos es posible mirarle fijamente, ni en que el fuego mata las hierbas y las plantas. Al entender de Sócrates, y también al mío, el mejor juicio en punto a las cosas ultraterrenas es abstenerse en absoluto de formar ninguno. Platón, hablando de los demonios en su diálogo *Timeo*, exprésase en los siguientes términos: "Empresa es ésta que sobrepasa nuestras luces naturales; preciso es en este punto creer a los antiguos que se dijeron por ellos engendrados; es ir contra la razón el negar la fe a los hijos de los dioses, aunque lo que digan no esté probado por razones ineludibles ni verosímiles, puesto que están seguros de hablarnos de cosas que les son familiares y habituales."

Veamos ahora si conocemos con alguna mayor claridad las cosas humanas y naturales. ¿No es empresa ridícula que para explicar aquellas a que por confesión propia no podemos llegar andemos forjando concepciones falsas, hijas de nuestra invención, como sucede cuando tratamos de explicarnos el movimiento de los planetas que, como no podemos comprender, porque nuestro espíritu no es siquiera capaz de penetrar la naturaleza de sus funciones, le apliquemos toda suerte de resortes materiales, pesados y puramente terrenales?

Temo aureus, aurea summæ

Curvatura rotæ, radiorum argenteus ordo<sup>1</sup>:

supondréis acaso, como Platón, que fueron cocheros, carpinteros y pintores los que instalaron allá arriba máquinas de movimientos diversos, dispusieron los engranajes y el concierto de los cuerpos celestes, de colores múltiples, alrededor del huso de la necesidad:

Mundus domus est maxima rerum,  
Quam quinque altitonæ fragmine zonæ  
Cingunt, per quam limbus pictus bis sex signis  
Stellimicantibus, altus in obliquo æthere, lunæ  
Bigas acceptat<sup>2</sup>:

todas esas ideas son sueños y fanáticas locuras. ¿Por qué la naturaleza no ha de abrirnos un día su seno para que viéramos al descubierto su mecanismo preparando para ello nuestros ojos? ¡Oh gran Dios!, ¡cuántos abusos, cuántos errores hallaríamos en nuestra ciencia raquítica! Mucho me engaño si guarda ni siquiera una sola cosa al tenor de nuestras ideas; yo dejaré este mundo más desconocedor de mi ignorancia, que de todo los demás que en él se encuentra.

¿Es en Platón donde he visto esta divina frase, "que la naturaleza es una poesía enigmática?", como quien dice una pintura velada, rodeada de tinieblas, entreluciente de una variedad infinita de claridades aparentes, en vista de las cuales nuestras conjeturas se fundamentan: *Latent ista omnia crassis occultata et circumfusa tenebris; ut nulla acies humani ingenii tanta sit, quæ penetrare in cœlum, terram intrare possit*<sup>3</sup>. Y, en verdad, la filosofía no es

<sup>1</sup> El timón de oro, el anillo de las ruedas de oro también, y los radios de plata. *Metam.*, II, 107.

<sup>2</sup> El mundo es una mansión inmensa ceñida de cinco zonas y cruzada oblicuamente por una franja guarnecida de doce radiantes constelaciones, en la que figura también el carro de la luna y sus dos corceles. Versos de VARRON, citados por Valerio Probo en sus notas a la Sexta Egloga de Virgilio.

<sup>3</sup> Todas estas cosas están ocultas, rodeadas de tinieblas densas; para que la

otra cosa que una poesía sofisticada. ¿De dónde sacan los escritores antiguos sino de los poetas todos los principios que sientan? Los primeros filósofos fueron poetas y como tales trataron su ciencia. Platón no es más que un poeta descosido; Timón le llama, para injuriale, gran forjador de milagros. Todas las ciencias supraterráneas se revisten de estilo poético. De la propia suerte que las mujeres echan mano de dientes de marfil cuando los naturales les faltan, y en lugar del color natural ostentan otro valiéndose de cualquier sustancia adecuada; como se procuran muslos artificiales con trapos y filtros, y pechos con algodón, y a los ojos de todos se embellecen de una manera falsa y prestada, así hace la ciencia (y en nuestras leyes mismas hay, al decir de algunos ficciones necesarias en las cuales se fundamenta la legitimidad de la justicia); aquélla nos procura en pago y en presuposición las ideas que nos muestra haber sido inventadas, pues esos epiciclos excéntricos y concéntricos de que la astronomía se ayuda para explicarnos el movimiento de las estrellas, suministráranos como lo mejor que haya podido encontrar en aquel punto. Igualmente la filosofía nos muestra no lo que realmente es, no la realidad pura, o lo que tal ciencia cree que sea la verdad, sino lo que forjar puede más verosímil y grato. Hablando Platón de las funciones de nuestro cuerpo y de las que son peculiares al de los animales, concluye así: "Que todo cuanto dejamos dicho sea la verdad, no podemos asegurarlo; certificaríamoslo si pudiéramos disponer de la confirmación de algún oráculo; sostenemos solamente que es lo más verosímil que hayamos acertado a decir."

No sólo para explicar los fenómenos celestes echa mano la ciencia de sus cuerdas, sus máquinas y sus ruedas; consideremos ahora aunque sea ligeramente lo que dice de nosotros mismos y de nuestra textura. No hay retrogradación, trepidación, acesión, retroceso, en los astros y cuerpos celestes que la filosofía no haya forjado también en este humano cuerpecillo, por lo cual no anduvieron desacertados los filósofos en llamar al hombre mundo pequeño; de mecanismo tan complicado le supusieron. Para explicar los diversos movimientos que ven en el hombre, las distintas funciones y facultades que sentimos en nosotros, ¿en cuántas partes no dividieron nuestra alma? ¿En cuántos lugares no la colocaron? ¿En cuántos órdenes y categorías no dividieron la pobre criatura humana llevándola siempre más allá de los que son naturales y perceptibles? ¿Cuántos oficios no le atribuyen? Convierten al hombre en una república imaginaria; es para ellos un asunto del que se apoderan y manejan a su antojo, y se les deja en libertad absoluta de descomponerlo, arreglarlo, unirlo y ataviarlo, cada cual conforme a su albedrío, mas a pesar de todo jamás acaban de comprenderlo. Y no ya sólo cuando ejercitamos nuestras facultades y sentidos, ni aun en sueños son capaces los filósofos por medio de sus sistemas de explicar al hombre sin que haya alguna cadencia o algún sonido que no les escape, por complicados que aquéllos sean, estando formados como lo están de mil piezas imaginarias y falsas. Lo cual, razonablemente procediendo, no puede excusárseles, pues a los pintores, cuando nos representan el cielo, la tierra, los mares, las montañas, las islas lejanas, perdonámosles que nos muestren sólo alguna ligera huella, y como de cosas ignoradas contentámonos con tal cual aire o semejanza; mas cuando retratan al natural un asunto que nos es conocido y familiar, exigimos de ellos la exacta y perfecta representación de las líneas y colores y los desdeñamos cuando a ello no alcanzan. Me complace la idea de la joven milesiana

penetración del hombre, por muy profunda que sea, no alcance a descubrir los misterios del cielo ni los de la tierra. CICERON, *Acad.*, II, 39.

que viendo constantemente al filósofo Thales con los ojos clavados en el firmamento colocó a su paso un objeto para hacerle tropezar y recordarle que tendría lugar de contemplar las estrellas cuando hubiera previsto las cosas que estaban a sus pies. Aconsejábale con ello la muchacha que se examinara a sí mismo antes de inspeccionar el cielo, pues como por boca de Cicerón dice Demócrito:

Quod est ante pedes, nemo spectat: cœli scrutantur plagas<sup>1</sup>.

Mas a nuestra condición es inherente que las cosas que tenemos entre manos se muestren tan lejanas de nosotros, tan por encima de las nubes como los mismos astros, como declara Sócrates en Platón. Aquél afirma que quien en la filosofía se ocupa incurre en el error mismo que la doncella censuraba a Thales, esto es, que nada ve de lo que está ante sus ojos, pues todo filósofo ignora lo que hace su vecino y lo que él mismo ejecuta, y desconoce igualmente lo que son uno y otro, si hombres o animales.

Los filósofos que encuentran poco sólidas las razones de Sabunde, que nada ignoran, que todo se lo explican, que todo lo saben,

Quæ mare compescant causæ; quid temperet annum;  
Stellæ sponte sua, jussæve, vagentur et errent;  
Quid premat obscurum lunæ, quid proferat orbem;  
Quid velit et possit rerum concordia discors<sup>2</sup>.

¿no sondearon alguna vez entre sus libros las dificultades que se presentan para conocer el propio ser de cada uno? Claramente vemos que los dedos se mueven, y los pies, y que algunas partes se agitan por sí mismas sin nuestro consentimiento y otras con él; vemos igualmente que ciertas emociones nos hacen enrojecer, y que otras nos hacen palidecer; que tal idea obra solamente sobre el bazo y que tal otra llega al cerebro; una nos mueve a risa, otra al llanto; tal otra avasalla y conmueve todos nuestros sentidos y detiene el movimiento de nuestros miembros; ante tal objeto el estómago se revuelve; ante tal otro algo, que está más abajo; pero de qué suerte una impresión espiritual se insinúa en un objeto corporal y sólido<sup>3</sup>, y la naturaleza de la unión y juntura de tan admirables resortes, jamás hombre alguno lo ha sabido; *Omnia incerta ratione, et in nature majestate abdita*<sup>4</sup>, dice Plinio, y san Agustín, *Modus, quo corporibus adherent spiritus...*, *omnino mirus est, nec comprehendendi ab homine potest; et hoc ipse homo est*<sup>5</sup>; y, sin embargo, nadie pone en duda la unión del alma y del cuerpo,

<sup>1</sup> Por observar las cosas del cielo hay quien no ve las que tiene delante de los pies. CICERON, *de Divinatione*, II, XIII.

<sup>2</sup> ¿Cuáles son las causas de que el mar no rebase sus límites? ¿Cuáles las de la sucesión de las estaciones? ¿Cambian de posición las estrellas por movimientos espontáneos, u obedeciendo a una fuerza superior? ¿Cómo se explica que la luna pierda su luz y que luego se vuelva a iluminar su disco? ¿Cómo la discordia busca y establece la armonía del universo? HORACIO, *Epist.*, I, 12, 16.

<sup>3</sup> ¿Quién dejaría de creer, al vernos componer todas las cosas de espíritu y cuerpo, que esta unión no nos fuera cabalmente comprensible? Sin embargo, es la cosa que se comprende menos. El hombre es para sí mismo el objeto más prodigioso de la naturaleza, pues no puede concebir lo que sea espíritu, y menos que ninguna cosa cómo un cuerpo puede estar unido con un espíritu. PASCAL.

<sup>4</sup> Todo esto es oscuro para nuestra razón, todo permanece envuelto en la majestad de la naturaleza. PLINIO, II, 37.

<sup>5</sup> El modo como el espíritu se enlaza con el cuerpo es profundamente admirable e incomprensible para el hombre; y ese enlace es el hombre mismo. SAN AGUSTÍN, *de Civit. Dei*, XXI, 10.

pues las opiniones de los hombres son aceptadas en virtud de antiguas creencias, merced a la autoridad y de una manera gratuita, cual si de religión o leyes se tratara. Recíbese de buen grado lo que comúnmente se cree, y la verdad antedicha acompañada de todo el aparato de argumentos y pruebas, como un sistema de doctrina firme y sólido ya incapaz de alteración, sobre el cual no se vuelve a insistir. Cada cual, rivalizando, va solidificando y fortaleciendo la creencia recibida con todo aquello que su razón alcanza, la cual es un instrumento flexible, maleable y acomodaticio a toda forma; así el mundo se llena de mentiras e insulseces.

La causa de que dudemos de pocas cosas es que jamás se sometan a prueba las impresiones comunes; jamás se pone la mano allí donde residen la debilidad y el error; andamos siempre por las ramas; no se pregunta si un principio es cierto, sino si se ha dicho de este o del otro modo; no se pregunta si Galeno dijo algo que valiera la pena, sino si dijo así o de otro modo. No es, por consiguiente, peregrino que tal sujeción en la libertad de nuestros juicios, y tiranía semejante de nuestras creencias haya llegado a las escuelas y a las artes. El dios de la ciencia escolástica es Aristóteles; discutir sus principios es cosa sagrada, como lo era el controvertir sobre los de Licurgo en Esparta; la doctrina de aquél, que nos sirve de ley y nos gobierna, acaso sea tal falsa y tan desprovista de fundamento como cualquiera otra. Yo no sé por qué razón no habían de aceptarse lo mismo las ideas de Platón, o el sistema de los átomos de Epicuro, o el lleno y el vacío de Leucipo y Demócrito, o el agua de Thales, o la infinidad de naturaleza de Anaximánder, o el aire de Diógenes, o los números y la simetría de Pitágoras, o el infinito de Parménides, o el uno de Museo, o el agua y el fuego de Apolodoro, o las partes similares de Anaxágoras, la unión y discordia de Empédocles, el fuego de Heráclito o cualquiera otra opinión entre esa confusión infinita de pareceres y sentencias que engendra esta hermosa razón humana, gracias a su certeza y clarividencia en todo cuanto se entremete. En este punto del principio de las cosas naturales no sé por qué, lo mismo que las de Aristóteles, no habría yo de acoger cualesquiera de las que practicaron los filósofos citados; los principios del nuestro son de tres especies, que llamó materia, forma y privación. ¿Hay algo más vano que hacer de la nada misma causa de la producción de todas las cosas? ¿La privación, no es idea negativa? ¿En qué se fundamentó, por tanto, para hacer de ella principio y origen de todas las cosas existentes? Sin embargo, las verdades de Aristóteles nadie osará tocarlas si no es como asunto de ejercicio lógico; nadie las discutirá ni las pondrá en tela de juicio, sólo se controvertirán para ponerlas a cubierto de objeciones extrañas; la autoridad de las mismas es el fin; una vez franqueado éste, ya no es lícito investigar nada.

Es cosa sencillísima edificar cuanto se quiere sobre una base convenida, pues según la ley y disposición de los principios, el resto del edificio se levanta fácilmente sin incurrir en contradicción alguna. Por tal camino hallamos en nuestra razón fundamentos sobrados y discurrimos sin meternos en honduras, pues el maestro gana de antemano tanto lugar en nuestro crédito como lo precisa para probar lo que quiere, como los geómetras con sus hipótesis admitidas; el consentimiento y aprobación que le prestamos, le sirve para llevar nuestra convicción adonde se le antoja, lo mismo a uno que a otro lado, y para hacernos piruetear a medida de su capricho. Quien es creído en aquello que presupone, es nuestro amo y nuestro dios; preparará el plan conforme a los fundamentos que sienta con amplitud y facilidad tales, que auxiliado por ellos podrá elevarnos hasta las nubes si se le ocurre. En esta

manera de comunicar la ciencia hemos tomado como moneda corriente la frase de Pitágoras, de que cada maestro debe ser creído en la ciencia o el arte que profesa; el dialéctico se remite al gramático para demostrar lo que las palabras significan; el retórico toma del dialéctico los motivos de sus argumentos; el poeta se sirve de las cadencias del músico; el geómetra, de las proporciones del aritmético; los metafísicos emplean como fundamento de sus principios las conjeturas de la física, porque cada ciencia tiene sus principios presupuestos, con lo cual la razón humana está embriagada por los cuatro costados. Y si se llega a chocar contra la barrera en que yace el error principal, al momento tienen en la boca esta sentencia: "No se debe discutir con los que niegan los primeros principios." Mas como los hombres no pueden tenerlos si la divinidad no se los ha revelado, todo lo demás, el principio, medio y fin no es más que sueño y humo. A los que combaten por presuposición les es necesario presuponer el mismo axioma de que se debate, pues todo principio humano, todo enunciado tiene tanta autoridad como el que se trata de echar por tierra, si la razón no establece la diferencia entre ambos; así que, es indispensable colocarlos todos en la balanza, y en primer término los generales, los que nos sujetan y tiranizan. La persuasión de la certeza es testimonio de locura e incertidumbre extremas; no hay gentes más desquiciadas ni menos filosóficas que los filodoxos<sup>1</sup> de Platón: según éstos es necesario saber si el fuego es caliente, si la nieve es blanca; si hay algo de sólido o de blando en nuestro conocimiento.

En cuanto a las respuestas que forman el asunto de antiguas anécdotas, como la que se dio al que ponía en duda la existencia del calor, a quien se respondió que se arrojara al fuego; y al que negaba la frialdad del hielo, que se metiera un pedazo en el pecho, ambas son indignas de los oficios de la filosofía. Si los filósofos nos hubieran dejado en el estado de naturaleza, de manera que acogiéramos los fenómenos exteriores según influyen en nosotros por la mediación de nuestros sentidos, de suerte que los actos del hombre obedecieran a deseos sencillos y ordenados con arreglo a la condición primera de nuestro nacimiento, tendrían razón en dar aquellas contestaciones; mas de ellos aprendimos a convertirnos en jueces del mundo; ellos fueron quienes nos inculcaron la idea de que "la razón humana debe juzgar todo cuanto existe dentro y fuera de la bóveda celeste; la que todo lo abarca y lo puede todo, por el intermedio de la cual todo se sabe y conoce". Aquellas respuestas estarían muy en su lugar entre los caníbales, quienes gozan la dicha de una larga vida sosegada y tranquila sin el auxilio de los preceptos de Aristóteles; que ni siquiera conocen el nombre de la física; sería mejor aplicada y tendría fundamento mayor que cuantas les sugirió su razón e invención; de experimentarla serían capaces al par que nosotros todos los animales, todos los seres que obran todavía a impulso de la pura y simple ley natural, a la cual renunció la filosofía. No basta que ésta me diga: "Tal cosa es verdadera o cierta porque así la experimentas y así la ves"; es necesario que me prueben si lo que yo creo sentir síntolo en realidad, y por qué y cómo lo siento; que me demuestren el nombre, origen, fundamentos y fines del calor y del frío; las cualidades del agente y del paciente, o que me despojen de sus tan decantadas doctrinas, que consisten en no admitir ni aprobar nada sin el

<sup>1</sup> Gentes que almacenan en su espíritu opiniones cuyo fundamento desconocen; que se obstinan en las palabras y no gustan ni ven sino las apariencias de las cosas. Así los define Platón, que los ha caracterizado muy detenidamente al fin del libro IV de la República.

concurso de la razón, que es la piedra de toque en sus disquisiciones todas, llena evidentemente de falsedad y error, de debilidad y flaqueza.

¿Por qué medio podremos aquilatarla mejor que por ella misma? Si no tenemos motivos suficientes para crearla cuando de sí misma habla, apenas si será adecuada para juzgar de las cosas que le son ajenas; si algo existe en cuyo conocimiento sea fuerte, será al menos su propio ser y el lugar donde reside, que es el alma, de la que es efecto o parte constitutiva; pues la razón verdadera y esencial, que bautizamos con falsos nombres, tiene su asiento en el seno de Dios; allí están su vivienda y su retiro; de allí emana cuando a Dios le place mostrarnos algunos de sus rayos, como Palas surgió de la cabeza de su padre para hacerse visible al mundo.

Veamos, pues, lo que la razón humana nos ha enseñado de sí misma y del alma; no del alma en general, de la cual casi toda la filosofía hace derivar los cuerpos celestes y los primeros cuerpos participantes; ni de aquella que Thales atribuye a las cosas mismas que se consideran como inanimadas, movido por la contemplación del imán, sino de la que nos pertenece, y, por consiguiente, debemos conocer mejor:

Ignoratur enim, que sit natura animam:  
Nata sit; an, contra, nascentibus insinuetur;  
Et simul intereat nobiscum morte dirempta;  
An tenebras Orci visat, vastasque lacunas,  
An pecudes alias divinitus insinuet se<sup>1</sup>.

Crates y Dicearco afirmaban que no existía, y que los movimientos y los actos corporales obedecían a un movimiento natural; Platón aseguraba que era una sustancia dotada de movimiento propio; Thales, una naturaleza sin reposo; Asclepiades, la ejercitación de los sentidos; Hesíodo y Anaximánder, una sustancia compuesta de tierra y agua; Parménides, de tierra y fuego; Empédocles, de sangre:

Sanguineam vomit ille animam<sup>2</sup>.

Para Cleanto, Posidonio y Galeno era el alma un calor, o una sustancia de complexión calurosa:

Igneus est ollis vigor, et celestis origo<sup>3</sup>;

para Hipócrates, un espíritu extendido por todo el cuerpo; para Varrón, un aire que se recibe por la boca, se calienta en el pulmón, se templó en el corazón y se distribuye por todo el cuerpo; para Zenón, la quintaesencia de los cuatro elementos; según Heráclito Póntico, el alma era la luz; según Jenócrates y los egipcios, un número movable; según los caldeos, una virtud sin forma determinada:

<sup>1</sup> Ignoramos qué cosa sea nuestra alma; si nace por sí misma, o si por el contrario, comienza a existir en el momento en que nosotros nacemos; si se disuelve y perece cuando morimos; si penetra en las vastas lagunas del Orco tenebroso, o si es destinada por los dioses a tomar cuerpo en otros animales. LUCRECIO, I, 113.

<sup>2</sup> El vomitó su alma sanguínea. VIRGILIO, *Eneida*, IX, 349.

<sup>3</sup> Su energía es como la del fuego, y su origen celestial. VIRGILIO, *Eneida*, VI, 30.

Habitu quemdam vitalem corporis esse,  
Harmoniam Græci quam dicunt<sup>1</sup>:

pero no olvidemos la opinión de Aristóteles, para quien lo que pone en movimiento al cuerpo, a lo cual llama *entelequia*, es cosa tan oscura e indeterminada como cualquiera de las ideas de los filósofos precedentes; pues no habla ni de la esencia, ni del origen, ni de la naturaleza del alma, limitándose a señalar sus efectos. Lactancio, Séneca y la mayor parte de los filósofos dogmáticos confesaron que era cosa que no entendían; y Cicerón declara, al ver semejante diversidad de opiniones: *Harum sententiarum quæ vera sit, deus aliquis viderit*<sup>2</sup>.

Por experiencia propia conozco, dice san Bernardo, hasta qué grado la esencia de Dios es incomprendible, puesto que la de mi propio ser soy incapaz de penetrar. Heráclito, que consideraba todos los seres llenos de almas y de espíritus, aseguraba, sin embargo, que no podía avanzarse tanto en el conocimiento de aquella que pudiera llegarse a él. Por tan imposible tenía profundizar la esencia del espíritu.

No hay menos división ni se debate menos el lugar en que el alma reside. Hipócrates y Herófilo la colocan en el cerebro; Demócrito y Aristóteles, esparcida por todo el cuerpo:

Ut bona sæpe valetudo quum dicitur esse  
Corporis, et non est tamen hæc pars ulla valentis<sup>3</sup>;

Epicuro, en el estómago:

Hic exsultat enim pavor ac metus; hæc loca circum  
Lætitiæ mulcent<sup>4</sup>;

los estoicos, rodeando el corazón y dentro del mismo; Erasítrato, unida a la membrana del epicráneo; Empédocles, en la sangre, y también Moisés, por lo cual prohibió a su pueblo que se sirviera como alimento de la sangre de los animales, a la cual el alma va unida; Galeno opinó que cada parte de nuestro cuerpo tiene su alma correspondiente; Strato la sitúa entre ceja y ceja. *Qua facie quidem sit animus, aut ubi habitet, ne querendum quidem est*<sup>5</sup>, dice Cicerón, cuyas propias palabras transcribo aquí de buen grado sin alteración alguna, pues sería insensato que yo pretendiese alterar el lenguaje de la elocuencia. Es, además, difícil desfigurar sus argumentos que son poco frecuentes, poco sólidos y nada ignorados. La razón por qué Crisipo y los demás filósofos de su secta colocan el alma alrededor del corazón merece consignarse, y es la siguiente: cuando queremos dar fe cabal de alguna cosa, dice, ponemos nuestra mano en el pecho, y cuando pronunciamos la palabra Έγώ, que significa yo, la mandíbula inferior se inclina hacia el mismo. Estos detalles no

<sup>1</sup> Cierta forma habitual de la vida corpórea, o sea lo que los griegos llaman armonía. LUCRECIO, III, 100.

<sup>2</sup> Cuál de estas opiniones sea la verdadera, sólo un dios podría decirlo. CICERON, *Tusc.*, I, 11.

<sup>3</sup> Así se dice que la buena salud está en el cuerpo, y sin embargo no es una parte del hombre que de ella dispone. LUCRECIO, III, 103.

<sup>4</sup> En él se nota la depresión producida por el miedo y el terror; en torno de él se advierte el deleite suave y engendrado por las plácidas sensaciones. LUCRECIO, III, 152.

<sup>5</sup> Cuál sea la figura del alma y en qué parte del cuerpo reside, cuestiones son éstas que es inútil investigar. CICERON, *Tusc.*, I, 28.

deben dejarse pasar sin consignar al propio tiempo la vanidad de un personaje tan principalísimo como Crisipo, pues aparte de que tales ideas carecen en absoluto de fundamento, la última no prueba sino a los griegos que tengan el alma en aquel lugar. Ningún juicio humano por despierto que sea deja de caer a veces en singulares soñaciones. Más todavía: ved a los estoicos, padres de la humana prudencia, que consideran que el alma de un hombre que acaba sus días de violenta muerte se arrastra y sufre largo tiempo antes de separarse del cuerpo, no pudiendo desasirse de la carga del mismo, como un ratón que cae en la ratonera. Afirman algunos que el mundo fue creado para que en él encontraran cuerpo, como castigo de sus culpas, los espíritus caídos que perdieron la prístina pureza en que fueron creados, pues la primera creación fue incorpórea. Según que éstos se alejaron más o menos de su espiritualidad, así se los incorpora ligera o pesadamente; de aquí la variedad de cantidad tan grande de materia. Mas el espíritu que a causa de la magnitud de sus culpas fuese investido del cuerpo del sol debía tener una cantidad de pecados bien rara y particular.

El término de nuestras disquisiciones es constantemente la confusión y el embrollo; como Plutarco dice del comienzo de las historias, que a la manera de los mapas la extremidad de las tierras conocidas se compone de lagunas, intrincadas selvas, desiertos y lugares inhabitables; he aquí por qué los más groseros y triviales desatinos se encuentran con mayor frecuencia en los que tratan de cosas elevadas y profundas, abismándose en su curiosidad y presunción. El fin y el comienzo de la ciencia fundaméntanse en análoga insensatez; ved cómo vuela el espíritu de Platón, cómo se cierne en nubes poéticas, ved cómo en sus diálogos se expresan los dioses en lengua enigmática. Pero, ¿dónde tenía la cabeza cuando dijo que el hombre era un animal sin pluma, con dos pies? Con tal definición dio margen a que los que querían burlarse de él encontraran ocasión de hacerlo; pues habiendo desplumado un capón vivo, todos le nombraban "el Hombre de Platón".

¿Y qué decir de los discípulos de Epicuro? ¿Cuál fue la simpleza que les movió a imaginar que sus átomos, que consideraban como cuerpos dotados de cierta pesantez y un movimiento natural hacia abajo, hubieran edificado el mundo, hasta que gracias a sus adversarios advirtieron que según aquellas propiedades era imposible que los átomos se unieran los unos a los otros, puesto que su caída era recta y perpendicular, y por eso dichos cuerpos describían solamente líneas paralelas en todas direcciones? Por lo cual se vieron obligados a admitir un movimiento de lado, fortuito, y a suponer además en los átomos colas curvas, en forma de gancho, con que hacerlos capaces de unirse de manera compacta. Y con todo, todavía les ponían en duro aprieto los que les presentaban este reparo: "Si vuestros átomos formaron sin más causa ni razón que el acaso tantos géneros de formas y figuras, ¿por qué no acertaron jamás a hacer una casa o un zapato?, ¿por qué no creer con igual fundamento que una cantidad infinita de letras griegas arrojadas en medio de la calle fueran capaces por sí mismas de formar la contextura de la *Iliada*?"

Todo aquello que es capaz de razón, dice Zenón, aventaja a lo que no es susceptible de ella; no existe nada superior al mundo; por consiguiente, éste es susceptible de razón. Cotta, valiéndose de este mismo argumento, hace al mundo matemático; y valiéndose de otras razones del filósofo precitado, le convierte en músico y organista: el todo es mayor que una de sus partes; nosotros somos capaces de filosofía y formamos parte del mundo, por consiguiente, el mundo es sabio. Pudieran citarse infinidad de ejemplos análogos, y no sólo de argumentos falsos, sino también sin fuerza, que no pueden to-

marse en serio, y que acusan a sus autores no tanto de ignorancia como de imprudencia, de las censuras que los filósofos se hacen los unos a los otros en las disensiones sobre sus pareceres y sus distintas sectas.

Quien juntara convenientemente un montón de asnerías hijas de la humana sapiencia diría cosas maravillosas. Yo reúno algunas para que al efecto sirvan de muestra, no menos útiles de considerar que las que son sanas y moderadas. Juzguemos por ellas el mérito que debemos hacer del hombre, de sus sentidos y de su razón, al ver que todos esos grandes filósofos que a tan elevadas regiones levantaron la humana suficiencia, incurrieron en errores tan evidentes y tan descomunales.

Yo prefiero creer que la filosofía trató la ciencia de una manera casual, como cosa de juego de manos, y que los filósofos se sirvieron de la razón como de un instrumento vano y frívolo, sentando como ciertos toda suerte de fantasías y caprichos, unas veces fuerte y otras débilmente. El mismo Platón, que define al hombre como si fuera una gallina, escribe en un pasaje de sus obras lo que Sócrates ya había dicho, esto es: "Que en verdad ignora qué cosa sea el hombre; y que lo que puede afirmar es que lo tiene por una de las cosas del mundo más difíciles de conocer." Por esta variedad e inestabilidad de opiniones nos llevan como por la mano, tácitamente, a la resolución de su irresolución. Procuran adrede no mostrar siempre con entera claridad sus opiniones, oscureciéndolas ya bajo las sombras fabulosas de la poesía, ya bajo algún otro disfraz, pues nuestra imperfección hace que la carne cruda no sea siempre la más adecuada para nuestro débil estómago; es preciso condimentarla, alterarla y corromperla; así hacen los filósofos, rodean con frecuencia de tinieblas sus sencillas opiniones y sus juicios, y los falsean para acomodarlos al uso público. No quieren hacer profesión expresa de ignorancia, no se resignan a confesar la debilidad de la razón humana, para no meter miedo a los muchachos, pero descubren suficientemente ambas cosas con su ciencia inconstante y turbia.

Encontrándome en Italia aconsejé a una persona a quien costaba mucho trabajo expresarse en la lengua del país que, con tal de que no pretendiera sino hacerse entender, sin que ni siquiera le pasara por las mientes el emplear filigranas, que echara mano sólo de las primeras palabras que le vinieran a la boca, ya fueran latinas, francesas, españolas o gasconas, y que les añadiera la terminación italiana; de tal suerte no dejaría de hallar algún habla italiana: toscana, romana, veneciana, piamontesa o napolitana, con la cual coincidiría la suya. Lo propio siento de la filosofía; ofrece ésta tal variedad y aspectos tan diversos; ha sentado tantos principios, que todos nuestros ensueños y delirios se encuentran encerrados en ella; la mente humana no es capaz de concebir ninguna idea, buena o mala, que ya la filosofía no haya formulado: *nihil tam absurde dici potest, quod non dicatur ab aliquo philosophurum*<sup>1</sup>. Yo doy rienda suelta a mis caprichos ante el público; bien que germinaron en mí sin ningún modelo, estoy seguro de que tendrán alguna relación con algún sistema antiguo, y no faltará alguien que diga: "Ved de dónde tomé sus ideas."

Mis costumbres son puramente hijas de la naturaleza; para dar con ellas no apelé al auxilio de ajena disciplina; tan sencillas como son, cuando a las mientes me vino la idea de que salieran al público con algún decoro creí conveniente entreverlas con ejemplos y reflexiones, y yo mismo me maravillo al encontrarlas, por caso peregrino, de acuerdo con mil diversos filósofos.

<sup>1</sup> No es posible decir nada, por absurdo que sea, que no se encuentre ya dicho por algún filósofo. CICERON, de *Divinat.*, II, 58.



El régimen de mi vida no lo aprendí sino a expensas de mi propia experiencia, luego que hube empleado aquella, que es un caso nuevo de filosofía casual e impremeditada.

Volviendo a nuestra alma; eso de que Platón pusiera la razón en el cerebro, la ira en el corazón, la codicia en el hígado, quizás obedezca a que tal doctrina sea más bien una interpretación de los movimientos de nuestro espíritu que la separación y división de un todo compuesto de diversos miembros. La más verosímil de las opiniones filosóficas es que siempre es un alma sola la que con el auxilio de sus facultades raciocina, recuerda, comprende, juzga, desea y ejecuta todas las demás operaciones con el concurso de los instrumentos corporales, como el que gobierna su barca conforme la experiencia le enseñó, ya sujetando una cuerda, ya levantando una antena o moviendo el remo; empleando solamente una sola facultad dirige la nave toda. Que el lugar en que el alma reside es el cerebro, pruébalo el que las heridas u otros accidentes que le tocan, afectan al punto las facultades de aquella; del cerebro pasa a las demás partes del cuerpo,

Medium non deserit unquam  
Cæli Phæbus iter; radiis tamen omnia lustrat<sup>1</sup>;

a la manera que el sol esparce su claridad desde el cielo, con la cual inunda el mundo:

Cætera pars animæ, per totum dissita corpus,  
Paret, et ad numen mentis momenque movetur<sup>2</sup>.

Algunos dijeron que había un alma general como un gran cuerpo, del cual todas las almas particulares surgían; y que luego volvían a él uniéndose de nuevo a esa sustancia universal:

Deum namque ire per omnes  
Terrasque, tractusque maris, cælumque profundum;  
Hinc pecudes, armenta, viros, genus omne ferarum,  
Quemque sibi tenues nascentem accessere vitas:  
Scilicet huc reddi deinde, ac resoluta refertur  
Omnia; nec morti esse locum<sup>3</sup>;

otros que no hacían más que juntarse y unirse; otros que emanaban de la esencia divina; otros, por intermedio de los ángeles, de fuego y aire; algunos, que nacieron en tiempos remotísimos; otros en el mismo instante que el cuerpo; algunos las hacen descender del círculo de la luna y volver a él; la mayor parte de los filósofos antiguos creían que las almas se engendran de padres a hijos, de modo análogo a las demás cosas naturales, fundándose para ello en el parecido de los hijos con los padres:

<sup>1</sup> Febo no abandona jamás su camino marcado en medio del cielo, y sin embargo todo lo alumbraba con sus rayos. CLAUDIANO, *de Sexto consul. Honorii*, V, 411.

<sup>2</sup> La otra parte del alma, extendida por todo el cuerpo, está sometida a la inteligencia y se mueve a tenor de esta potencia suprema. LUCRECIO, III, 144.

<sup>3</sup> Pues que Dios se halla en toda la tierra, en el amplio mar y en el inmenso cielo, e infunde el soplo de la vida a todo ser que nace; así al hombre como a todas las especies animales. Estos seres sufren después transformaciones hasta que vuelven al punto de origen: la muerte no existe. VIRGILIO, *Georg.*, IV, 221.

Instillata patris virtus tibi<sup>1</sup>;  
Fortes creantur fortibus, et bonis<sup>2</sup>;

y porque pasan de padres a hijos, no sólo las huellas corporales, sino también el carácter, la complexión e inclinaciones del alma:

Denique cur acris violentia triste leonum  
Siminium sequitur? dolu' vulpibus, et fuga cervis  
A patribus datur, et patrius pavor incitat artus?  
.....  
Si non certa suo quia semine, seminioque  
Vis animit pariter crescit cum corpore toto?<sup>3</sup>

dedujeron que tal principio sirve de fundamento a la justicia divina, que castiga en los hijos los delitos de los padres; puesto que la huella de los vicios paternos viene a sellarse en algún modo en el alma de los hijos, y el desorden de la voluntad de aquéllos pasa a éstos. Con mayor razón si las almas tuvieran procedencia distinta a la continuación natural, y si hubieran desemeñado algún oficio cuando se encontraban fuera del cuerpo, recordarían cuál fue su ser primero en razón a las facultades que les son peculiares de discurrir, razonar y recordar:

Si in corpus nascentibus insinuat,  
Cur super antectam ætatem meminisse nequimus,  
Nec vestigia gestarum rerum ulla tenemus?<sup>4</sup>

pues para hacer valer la condición de ellas como pretendemos, es preciso presuponerlas sabias cuando se encuentran en el estado de simplicidad y pureza naturales; así hubieran permanecido hallándose libres de la prisión corporal, lo mismo que antes de entrar en ella, y lo mismo que serán cuando hayan salido; si nos halláramos convencidos de esto sería preciso que lo recordasen todavía estando en el cuerpo, conforme Platón sentaba, al afirmar que todo lo que aprendemos no es más que el recuerdo de lo que sabíamos antes, cosa que todos pueden considerar como falsa reparando en su propia experiencia; en primer lugar, porque no recordamos más que lo que hemos aprendido previamente, y si la memoria cumpliera exclusivamente con su misión nos sugeriría al menos algún rasgo ajeno al aprendizaje; en segundo lugar, lo que el alma conoce en su estado de pureza, constituiría una verdadera ciencia; conocería las cosas como realmente son, auxiliada por su divina inteligencia; en el mundo acoge el vicio y la mentira si en ambas cosas se la instruye, y para las cuales no puede servirse de su reminiscencia, pues que ninguna de las dos cosas penetraron jamás en ella. Decir que la prisión corporal ahoga hasta extinguirlas sus facultades nativas es desde luego contrario a los que reconocen ser tan grandes las fuerzas del alma, y lo mismo sus operaciones

<sup>1</sup> La virtud de tu padre se ha transmitido a ti.

<sup>2</sup> Un hombre esforzado nace de otro hombre esforzado. HORACIO, *Od.*, IV, 4, 29.

<sup>3</sup> ¿Por qué, en fin, trasmite el león su ferocidad a sus cachorros, la zorra su astucia y el ciervo su timidez y su ligereza? Proviene esto sin duda de que justamente con el cuerpo el alma desarrolla las cualidades y energías que recibidas por herencia permanecen en ella en germen. LUCRECIO, III, 741, 746.

<sup>4</sup> Si el alma se une con el cuerpo cuando éste nace, ¿por qué no recordamos esta vida precorpórea ni conservamos ningún vestigio de los hechos que en ella tuvieron lugar? LUCRECIO, III, 671.

que los hombres reconocieronlas tan admirables en esta vida, que de ellas dedujeron su divinidad y eternidad pasadas y la inmortalidad en lo porvenir:

Nam si tantopere est animi mutata potestas,  
Omnis ut actarum exciderit retinentia rerum,  
Non, ut opinor, ea ab letho jam longior errat<sup>1</sup>;

además, sólo en nosotros mismos y no en otra parte deben considerarse las fuerzas y efectos del alma; el resto de sus perfecciones es para ella vano e inútil; por el estado presente debe reconocerse su inmortalidad toda, y a sus relaciones con la existencia humana debemos sujetarnos. Sería el colmo de las injusticias acortar sus medios y potencias, desarmarla, a causa del tiempo que duró su prisión y cautividad, de su debilidad y enfermedad contraídas durante el espacio en que estuvo ligada y sujeta; juzgarla digna de perpetua condenación; detenerse en la consideración de un tiempo tan reducido, que a veces suele ser una o dos horas, y cuando más un siglo, que comparados con la eternidad no son más que un instante, para dictaminar de un modo definitivo de todo su ser, no es equitativo en modo alguno, como tampoco lo sería la recompensa eterna como premio a una tan corta vida. Platón, para salvar esta desproporción, quiere que el castigo o la pena futuros se limiten a cien años, período que guarda cierta armonía con el tiempo que vivimos en la tierra: otros filósofos supusieron también límites temporales, a la sentencia última, con lo cual juzgaron que la generación del alma seguía la marcha común de las cosas humanas, como igualmente la vida de las mismas, según las opiniones de Epicuro y Demócrito, que han sido las más recibidas, fundándose en que se veía al alma nacer al par que el cuerpo y crecer en fuerzas, lo mismo que las materiales; reconocíase en ella la debilidad de su infancia; con el tiempo, el vigor y la madurez, luego su declinación y vejez, y por último su decrepitud:

Gigni pariter cum corpore, et una  
Crescere sentimus, pariterque senescere mentem<sup>2</sup>.

Considerábanla como capaz de pasiones diversas, agitada por diferentes movimientos penosos por donde venía a caer en cansancio y dolor; capaz igualmente de alteración y cambio, de ligereza, sopor y languidez; sujeta, en fin, a enfermedades y peligros como el estómago o los pies:

Mentem sanari, corpus ut ægrum,  
Cernimus, et flecti medicina posse videmus<sup>3</sup>;

deslumbrada y trastornada por la fuerza del vino, fuera de su natural asiento por los efectos de la fiebre, adormecida por la aplicación de ciertos medicamentos y despejada por el concurso de otros:

<sup>1</sup> Puesto que si las facultades del alma se transforman hasta el punto de perder en absoluto el recuerdo de su anterior existencia, esta transformación difiere muy poco de la muerte. LUCRECIO, III, 674.

<sup>2</sup> Percibimos que nuestro espíritu nace simultáneamente con nuestro cuerpo, que se desarrolla juntamente con él y que decae al mismo tiempo que él. LUCRECIO, III, 446.

<sup>3</sup> Vemos que el espíritu puede curarse, como un cuerpo enfermo, con el socorro de la medicina. LUCRECIO, III, 505.

Corpoream naturam animi esse necesse est,  
Corporeis quoniam telis ictuque laborat<sup>1</sup>.

veíanse todas sus facultades embotadas y por los suelos, por la sola mordedura de un perro enfermo, y carecer en absoluto de toda firmeza de raciocinio, al par que de suficiencia, virtud y resolución filosóficas; no ser dueña de sus fuerzas para poderse librar del efecto de semejantes accidentes; la baba de un miserable mastín inoculada en la mano de Sócrates dar al traste con toda su filosofía, con todas sus elevadas y ordenadas ideas; aniquilarlas de modo que no quedara ninguna huella de su conocimiento primero:

Vis... animai  
Conturbatur, et... divisa seorsum  
Disjectatur, eodem illo distracta veneno<sup>2</sup>;

y ese veneno no encontrar mayor resistencia en aquella alma que en la de una criatura de cuatro años; capaz de convertir toda la filosofía, de estar encarnada, en insensata y furiosa; de suerte que Catón, que permanecía indiferente ante la muerte y ante la fortuna, no pudiera fijar la mirada sobre un espejo ni en el agua, transido de horror y espanto, de caer por la mordedura de un perro rabioso en la enfermedad que los médicos llaman hidrofobia:

... Vis morbi distracta per artus  
Turbat agens animam, spumantes æquore salso  
Ventorum ut validis ferbescum viribus undæ<sup>3</sup>.

La filosofía armó bien al hombre para el sufrimiento de todos los demás accidentes, unas veces con la paciencia, y cuando le cuesta demasiado encontrarla con el decaimiento, que aparta la idea de toda sensación; pero éstos son medios de que sólo puede servirse un alma dueña de sí misma y de sus fuerzas, capaz de raciocinio y deliberación; mas no el accidente por virtud del cual el alma de un filósofo se trueca en la de un loco, alterada, perdida y fuera de su asiento, a lo cual pueden dar margen muchas causas, como una agitación vehementemente producida por una fuerte pasión del alma, una herida en determinada región del cuerpo u otra causa cualquiera, nos llevan al atolondramiento y al deslumbramiento cerebral:

Morbis in corporis avius errat  
Sæpe animus; dementit enim, deliraque fatur.  
Interdumque gravi lethargo fertur in altum  
Æternumque soporem, oculis nutuque cadenti<sup>4</sup>.

<sup>1</sup> El alma es sin duda alguna de naturaleza corpórea, puesto que es sensible a la impresión de los objetos corporales. LUCRECIO, III, 176.

<sup>2</sup> Todas las energías del alma se debilitan y disgregan bajo la acción de aquella ponzoña. LUCRECIO, III, 498.

<sup>3</sup> Aquel virus, al extenderse por todo el cuerpo, agita y conturba el alma, como las olas espumosas revueltas por los huracanes hierven en el mar tempestuoso. LUCRECIO, III, 494.

<sup>4</sup> Con frecuencia durante una enfermedad el alma está perturbada, presa del delirio o de los accesos de la locura; muchas veces la invade un letargo intenso; los ojos se cierran, la cabeza se hunde, y sobreviene el profundo y eterno sueño. LUCRECIO, III, 464.

A mi entender, los filósofos no han tocado apenas este punto, como tampoco otro de importancia análoga; para aliviar nuestra mortal condición tienen constantemente en los labios este dilema: "El alma es mortal o inmortal; si lo primero, no recibirá ningún castigo; si lo segundo, irá sucesivamente camino de la enmienda." No hablan tampoco de si en lugar de mejorar empeora, y dejan producir a los poetas las amenazas de penas venideras, con lo cual no se mantienen mal sus sistemas. Ambas omisiones se ofrecieron muchas veces a mi consideración al ver sus discursos. Vengamos a la primera.

El alma pierde la posesión del soberano bien estoico de tanta constancia y firmeza; precisa que nuestra aparatosa prudencia se dé por vencida en este punto y rinda armas. Por lo demás, consideraban también los filósofos, empujados por la vanidad de la razón humana, que la unión y compañía de dos cosas tan diversas como son lo mortal y lo inmortal, no puede ni siquiera concebirse:

Quippe etenim mortale æterno jungere, et una  
Consentire putare, et fungi mutua posse,  
Desipere est. Quid enim diversius esse putandum est,  
Aut magis inter se disjunctum discrepansque,  
Quam, mortale quod est, immortalis atque perenni  
Junctum, in concilio sævas tolerare procellas?<sup>1</sup>

y con mayor convicción sentaban que a la hora de la muerte acaban el cuerpo y el alma:

... Simul ævo fessa fatiscit<sup>2</sup>;

de lo cual, al entender de Zenón, vemos una imagen en el sueño, que, en opinión de este filósofo, "es un debilitamiento y caída del alma lo mismo que del cuerpo", *contrahi animum, et quasi labi putat atque decidere*<sup>3</sup>; y aunque en algunos hombres la fuerza y el vigor se mantienen en el fin de la vida, explicábanlo aquéllos por la diversidad de enfermedades, puesto que a muchos se ve en el último trance conservar, en estado de lucimiento, ya un sentido, ya otro, unos el oído, otros el olfato, y no hay debilidad tan general que no quede algo cabal y vigoroso:

Non alio pacto, quam si, pes quum dolet ægri,  
In nullo caput interea sit forte dolore<sup>4</sup>.

Nuestro juicio llega deslumbrándose a la posesión de la verdad como la vista del mochuelo ante el esplendor del sol, como dice Aristóteles. ¿Y por qué caminos le llevaríamos al convencimiento si no es por tan toscos cegamientos ante una tan evidente luz? La opinión contraria a la anterior, la que sostiene la inmortalidad del alma, que según Cicerón fue primera-

<sup>1</sup> Insensato es creer que lo mortal esté unido a lo eterno, formando un todo acorde, funcionando armónicamente. Porque, ¿puede darse algo más diverso, o si se quiere más opuesto y discorde entre sí que lo que es mortal y lo que es inmortal y perenne, para que ambas cosas se avengan a estar juntas y expuestas a los combates crueles de la vida? LUCRECIO, III, 801.

<sup>2</sup> Sucumbe con él agobiada bajo el peso de los años. LUCRECIO, III, 459.

<sup>3</sup> Cíc., *de Divinat.*, II, 58. Montaigne explica las palabras de Cicerón antes de citarlas.

<sup>4</sup> Así, como prueba de esta falta de enlace, nótese que a veces se padece una enfermedad dolorosa en los pies sin que la cabeza sufra la más leve alteración. LUCRECIO, III, 111.

mente profesada, al menos según los libros testifican, por Ferécides Sirio en tiempo del rey Tulo, y cuya invención atribuyen otros a Thales, es la parte de la humana ciencia que ha sido tratada con más reservas y dudas. Hasta los dogmáticos más firmes se ven obligados, en este punto principalmente, a colocarse bajo el amparo de las sombras de la Academia. Nadie sabe lo que Aristóteles creyó en este particular, como tampoco lo que tuvieron por cosa asegurada en general todos los filósofos antiguos, cuyas ideas son vacilantes: *rem gratissima promittentium magis, quam probantium*<sup>1</sup>. Aristóteles se oculta bajo una nube de palabras y conceptos difíciles e ininteligibles, y ha dejado a sus discípulos tantas cuestiones por aclarar en sus ideas como en el asunto sobre que versan.

Dos cosas les hacían esta doctrina aceptable: la primera, que sin la inmortalidad de las almas no habría sobre qué fundamentar la esperanza vana de la gloria, que es una mercancia que goza de gran crédito en el mundo; la segunda, que es cosa saludable, como Platón afirma, el que aun cuando los vicios se aparten de la vista y conocimiento de la humana justicia, están siempre al descubierto para la divinidad, que los castigará hasta después de la muerte de los culpables. El hombre tiene una preocupación extrema de prolongar su ser, y como puede la satisface; para guardar el cuerpo están las sepulturas; para la conservación del nombre, la gloria. Todo su esfuerzo empleó en reedificarse, inquieto por su destino, y en sostenerse con el auxilio de sus maquinaciones. No pudiendo el alma mantenerse por sí misma, a causa de su alteración y debilidad, por todas partes va mendigando consuelos, esperanzas, fundamentos y circunstancias extrañas en que asirse y plantarse; por débiles y sin realidad que su invención se las sugiera, descansa en ellas con seguridad mayor que en sí misma y con mejor gana. Pero aun aquellos que más firmemente profesan la idea justa y clara de la inmortalidad de nuestro espíritu, es maravilla que se vieran tan cortos e impotentes para probar su creencia valiéndose de las humanas fuerzas. *Somnia sunt non docentis, sed optantis*<sup>2</sup>, decía un escritor antiguo. El hombre puede reconocer por este testimonio, que sólo a la casualidad debe la verdad que por sí mismo descubre, puesto que aun en el momento que la tiene en su mano carece de medios de cogerla ni guardarla, y su razón carece igualmente de fuerzas para prevalecerse de ella. Las ideas todas que nuestra inteligencia y nuestro valer engendran, así las verdaderas como las falsas, están sujetas a incertidumbre y se prestan a controversia. Para castigo de nuestro orgullo e instrucción de nuestra incapacidad y miseria envió Dios el desorden y confusión de la torre de Babel; cuanto emprendemos sin su asistencia, cuanto vemos sin la luz de su divina gracia no es más que vanidad y locura. La esencia misma de la verdad, que es uniforme y constante, cuando por casualidad la encontramos, corrompémosla y bastardeámosla con nuestra debilidad. Cualquier camino que el hombre siga por sí mismo, Dios consiente que llegue de un modo inevitable a la confusión misma cuya imagen nos representó con sin igual viveza en el justo castigo que infirió a la osadía de Nemrod, aniquilando la vana empresa de la construcción de su pirámide: *Perdam sapientiam sapientium, et prudentiam prudentium reprobado*<sup>3</sup>. La diversidad de lenguas con que trastornó aquella

<sup>1</sup> Nos halagan con promesas agradables, cuya verdad no nos prueban. SENECA, *Epist.*, 102.

<sup>2</sup> No son verdades probadas, son ficciones de nuestro deseo. CICERÓN, *Academ.*, II, 38.

<sup>3</sup> Confondré la sapientia de los sabios, y reprobaré la prudencia de los prudentes. SAN PABLO, a los *Corint.*, I, 1, 19.

obra, ¿qué otra cosa significa sino los perpetuos altercados y discordancia de opiniones y razones que acompañan y embrollan útilmente la contextura vana de la humana ciencia? ¿Quién soportaría nuestro orgullo si fuéramos siquiera capaces de un adarme de conocimiento? Congratúlame lo que dice aquel santo: *Ipsa veritatis occultatio aut humilitatis exercitatio est, aut elationis attritio*<sup>1</sup>. ¿Hasta qué extremo de insolencia y presunción no llevamos nuestra ceguera y torpeza?

Mas volviendo a la inmortalidad del alma, diré que sería justo y razonable en grado eminente que nos atuviéramos a Dios sólo y al beneficio de su gracia para afirmarnos en la verdad de una tan noble creencia, pues que de la sola liberalidad del Altísimo recibimos el fruto que hace nuestro espíritu imperecedero y capaz de gozar de la beatitud eterna. Confesemos ingenuamente que sólo de Dios nos vino esa creencia y esa fe, porque no es lección que pueda encontrarse con el auxilio de las luces de nuestro entendimiento. Quien sondee su ser y sus fuerzas por dentro y por fuera sin amparrarse en el privilegio divino; quien contemple al hombre sin adularle, no verá en él eficacia ni facultad que huelga a cosa distinta que la tierra y la muerte. Cuanto más nos damos, brindamos y rendimos a Dios, nuestro proceder, es más cristiano. Lo que Séneca dice conocer por aprobación casual de la voz pública, ¿no valiera mejor que lo supiera por mediación de Dios? *Quum de animorum ceteritate disserimus, non leve momentum apud nos habet consensus hominum aut timentium inferos, aut colentium. Utor hac publica persuasione*<sup>2</sup>.

La debilidad de los humanos argumentos en este punto pruébase singularmente por las fabulosas circunstancias que los filósofos idearon para dar cuerpo a la idea de nuestra inmortalidad y para hallar la índole de que pueda ser la misma. Dejemos a un lado a los estoicos (*usuram nobis largiuntur tanquam cornicibus: diu mansuros aiunt animos; semper negant*<sup>3</sup>), que conceden a las almas otra vida a más de la presente, pero finita. La idea más extendida y recibida, y que hoy día se profesa aún en diversos lugares, es la atribuida a Pitágoras, no porque fuera el inventor de ella, sino en razón al peso y autoridad que con su aprobación recibió, es la siguiente: "Que las almas al alejarse de nosotros no hacen más que rodar de un cuerpo en otro, de un león a un caballo y de un caballo a un rey, paseándose así sin cesar de casa en casa." Pitágoras decía que se acordaba de haber sido primero Etárides, después Euforbo, luego Hermitimo y por último Pirro, de cuyo ser pasó a transformarse en Pitágoras; añadía que guardaba memoria de los sucesos de su vida anterior hasta doscientos seis años atrás. Sostienen algunos que las almas a veces suben al cielo y luego bajan a la tierra:

O pater, anne aliquas ad cælum hinc ire putandum est  
Sublimes animas, iterumque ad tarda reverti  
Corpora? Quæ lucis miseris tam dira cupido?<sup>4</sup>

<sup>1</sup> El misterio en que se oculta la verdad es útil para despertar en nosotros el sentimiento de nuestra pequeñez y para corregir nuestra presunción. SAN AGUSTIN, *de Civit. Dei*, XI, 22.

<sup>2</sup> Al discutir acerca de la inmortalidad del alma, hallamos un punto de apoyo nada frágil en el consentimiento universal de los hombres, para temer o venerar a los dioses infernales. Yo pienso aprovecharme de este común asentimiento. SENECA, *Epist.*, 117.

<sup>3</sup> Nos conceden una vida como la de las cornejas; dicen que el alma existe largo tiempo, pero no eternamente. CICERON, *Tusc.*, I, 31.

<sup>4</sup> Dime, ¡oh padre!, ¿es cierto que algunas almas, dejando la mansión celestia,

Orígenes las hace ir y venir eternamente del estado de pureza al de impureza. Varrón afirma que al cabo de cuatrocientos cuarenta años de mudanzas vuelven al primer cuerpo de donde salieron. Crisipo dice que efectivamente acontece lo que Varrón sostiene, pero en un espacio de tiempo desconocido e ilimitado. Platón, que declara conocer por Píndaro y los antiguos poetas la creencia de las infinitas vicisitudes y mutaciones a que el alma está sujeta, dice que las penas o recompensas en el otro mundo para ella son sólo temporales, como su vida lo fue en la tierra, y concluye que nuestro espíritu posee un conocimiento singular de las cosas del cielo, del infierno y de la tierra por la cual pasó, volvió a pasar y permaneció en distintos viajes, de que conserva recuerdo. He aquí los progresos de nuestra alma, según aquel filósofo: "La que vivió bien se unirá al astro que se la destine; la que llevó mala vida pasará al cuerpo de una mujer; y si con esto no se corrige tampoco, trasladaráse al cuerpo de un animal de naturaleza semejante a sus costumbres viciosas y torpes." No quiero olvidarme de consignar la objeción que los discípulos de Epicuro presentan a esta transmigración de las almas de un cuerpo en otro y que bien puede mover a risa. Dicen así: "¿Qué acontecería si el número de muertos superase al de nacidos? Porque en este caso las almas que se quedaran sin vivienda tropezarían unas con otras al querer procurarse nuevo estuche." Pregúntanse también: "¿Cómo pasarían el tiempo mientras aguardaran lugar donde meterse? Por el contrario, de nacer mayor número de animales que los que mueren, siguen los mismos discípulos de Epicuro, los cuerpos se verían embarazados aguardando la infusión de sus almas respectivas, y ocurriría que algunos de ellos morirían antes de haber vivido."

Denique connubia ad veneris, partusque ferarum  
Esse animas præsto, deridiculum esse videtur;  
Et spectare immortales mortalia membra.  
Innumero numero, certareque præproperanter  
Inter se, quæ prima potissimaque insinuetur<sup>1</sup>.

Otros hubo que detuvieron el alma en el cuerpo de los muertos para animar con ella las serpientes, los gusanos y otros animales que suponen engendrados por la corrupción de nuestros miembros y hasta por nuestras cenizas; otros la dividen en dos partes, mortal la una e inmortal la otra; algunos tiénela por sustancia corporal e inmortal; sin embargo, otros la consideran como inmortal, pero desprovista de ciencia y conocimiento. Hubo también quien creyó que los diablos tenían por origen las almas de los condenados; y algunos filósofos nuestros lo entendieron así, como Plutarco entiende que los dioses salen de las que se salvaron; y adviértase que este autor pocas son las cosas que sienta con mayor firmeza que ésta, pues en las otras partes de sus escritos reinan la duda y la ambigüedad: "Menester es, dice, reconocer y creer firmemente que las almas de los hombres virtuosos, conforme a los principios de la naturaleza y de la justicia divina, se convierten de hombres en santos y de santos en semidioses, tan luego como su estado es perfecto; en seguida que fueron purgadas y purificadas, cuando están ya completamente libres de toda partícula mortal, transfórmanse en dioses cabales y perfectos,

descienden otra vez a la tierra y vuelven a tomar forma corpórea? ¿Por qué este violento deseo de salir a la luz miserable de la vida? VIRGILIO, *Eneida*, VI, 719.

<sup>1</sup> Ridícula parece la suposición de que en el momento que los animales se unen para procrear, o bien en el del parto, haya multitud de almas que se precipiten alrededor de los gérmenes corpóreos y que combatan tenazmente entre sí para ver cuál es más fuerte y logra penetrar la primera. LUCRECIO, III, 777.

recibiendo con ello feliz y glorioso fin; y el cambio no se efectúa por precepto ni ley ordinarias, sino, en realidad, conforme a la verosimilitud que la razón dicta." Quien quiera ver a Plutarco discurrir sobre este punto extrañará que un filósofo que siempre se muestra como el más prudente y moderado de todos los de su escuela, se bata con arrojo tal al referirnos sus milagros en este particular, en su Discurso de la luna y del demonio de Sócrates, donde tan palmariamente como en cualquiera otro lugar, puede evidenciarse que los misterios de la filosofía guardan con los de la poesía relaciones grandes; el humano entendimiento busca su perdición cuando quiere sondear y examinar todas las cosas hasta el fin, de la propia suerte que cansados y trabajados por el dilatado curso de nuestra vida, volvemos de nuevo a la niñez. ¡He aquí las hermosas y verídicas instrucciones que de la ciencia humana alcanzamos en lo tocante al conocimiento de la esencia del alma!

No hay temeridad menor en lo que la filosofía nos enseña de la parte corporal. Elijamos solamente uno o dos ejemplos, pues de otro modo nos perderíamos en el tormentoso y vasto mar de los errores medicinales. Sepamos siquiera si en este punto las opiniones concuerdan. ¿De qué materia se engendran los hombres los unos a los otros? — Y no hablemos del origen del primero, pues no es maravilla que en cosa tan alta y remota el entendimiento humano se trastorne y extravíe. — Arquelaos el físico, de quien Sócrates fue discípulo mimado, decía según testifica Aristoxeno, que los hombres y los animales habían sido formados de un cieno lechoso expelido por el calor de la tierra; Pitágoras asegura que nuestra semilla es la espuma de nuestra mejor sangre; Platón dice que se desprende de la médula espinal, lo cual pretende probar sentando que esa parte de nuestro organismo es la primera que se resiente cuando el ejercicio del placer fatiga; Alcmeón dice que es una parte de la sustancia del cerebro, y en apoyo de su aserto añade que la vista se enturbia de los que trabajan con exceso en el mismo ejercicio; Demócrito entiende que es una sustancia extraída de la masa corporal; Epicuro la hace derivar del alma y del cuerpo; Aristóteles opina que es un resto del alimento de la sangre, el último que circula por nuestros miembros; otros quieren que sea la misma sangre después de transformada por el calor de los órganos genitales, lo cual infieren de que en los esfuerzos extremos se arrojan gotas de sangre pura. En este último parecer quizás haya alguna verosimilitud, caso de que sea posible que exista alguna en medio de una confusión semejante. Ahora bien, para explicar la germinación de la semilla, ¿cuantísimas ideas contradictorias no se emiten? Aristóteles y Demócrito dicen que las mujeres no tienen jugo espermático, y que sólo hay en ellas una agüilla que el calor del placer y del movimiento hacen salir al exterior, pero que en nada contribuye a la generación; Galeno y los que le siguen afirman, por el contrario, que sin el contacto de la semilla del macho y la de la hembra la generación no podría tener lugar. También los médicos, filósofos, jurisconsultos y teólogos están en completo desacuerdo sobre el tiempo que las mujeres llevan el fruto en el vientre; por ejemplo propio puedo ir en ayuda de los partidarios del parto de once meses. No hay mujer por simple que sea de entendederas que no pueda darnos su opinión concreta sobre todas estas cuestiones, y en cambio nosotros, gentes cultivadas, somos incapaces de ponernos de acuerdo sobre ellas.

Y me parece que con lo dicho basta y sobra para demostrar que el hombre no está más instruido en el conocimiento de la parte material que en el de la espiritual de su individuo. Propusimosle primero a sí mismo para que nos diera nuevas, y después su razón a su razón misma para ver lo que nos

declaraba. Creo haber mostrado suficientemente cuán poco nuestra reflexión alcanza en lo tocante a la razón misma; quien no acierta a comprender su propia naturaleza, ¿qué es lo que puede dar a conocer? *Quasi vero mensuram illius rei possit agere, qui sui nesciat*<sup>1</sup>. En verdad, Protágoras nos las contaba buenas cuando hacía del hombre la medida de todas las cosas; del ser que jamás pudo conocer su naturaleza; si no él, su dignidad no consentirá que ninguna otra criatura goce del privilegio de conocer la suya; y como aquélla es tan contraria, y un juicio destruye el otro constantemente, el decantado principio de Protágoras debe movernos a risa, y fundándonos en él podemos dejar sentada la insignificancia de la medida y del medidor. Cuando Thales asegura que el conocimiento del hombre es muy difícil para el hombre mismo, enseñanos que la ciencia de todas las demás cosas nos es imposible.

Vos<sup>2</sup>, para quien me tomé el trabajo de ampliar, contra mi costumbre, un tan largo discurso, no dejaréis de mantener las doctrinas de Sabunde según la forma ordinaria de argumentar en que diariamente sois instruida, y ejercitaréis en ellas vuestro entendimiento y estudio, pues de la última estratagema no hay que echar mano sino como remedio supremo. Es un recurso desesperado ante el cual debéis abandonar las armas para que vuestro adversario pierda las suyas; un procedimiento secreto del cual hay que servirse rara vez y cautelosamente. Temeridad grande sería el perderos por perder a otro; para vengarse no hay que buscar la muerte, como hizo Gobrias, quien hallándose luchando encarnizadamente con un señor persa, sobrevino de pronto Darío con la espada en la mano, el cual temió descargar un golpe por no atravesar a Gobrias, quien gritó que hiriese sin reparo, aun cuando a los dos los atravesase. Yo he visto desechar como injustas ciertas armas y condiciones en combates singulares, en los cuales el que las proponía abocábase, al par que a su adversario, a un fin inevitable. Los portugueses se apoderaron de catorce turcos en el mar de las Indias, quienes, impacientes de su cautividad, resolvieron y lograron convertirse en cenizas, al par que a sus amos y el navío que los guardaba, frotando clavos unos contra otros hasta que una chispa cayó en los barriles de pólvora de cañón que la nave conducía. Tocamos aquí los límites y confines últimos de las ciencias, cuya tremedad es viciosa, como acontece con la virtud. Manteneos en el camino trillado; no es nada provechoso ser tan sutil ni tan fino: recordad lo que dice el proverbio toscano:

Chi troppo s'assottiglia, si scavezza<sup>3</sup>.

Yo os recomiendo, así en vuestras palabras e ideas como en vuestras costumbres y en todo otro respecto, la moderación y la templanza; huíd de lo singular y de lo nuevo; todos los caminos desusados me son ingratos. Vos, que por la autoridad que vuestra grandeza os procura, y más aún que la grandeza otras cualidades inherentes a vuestra persona, podéis con un abrir y cerrar de ojos mandar y ordenar a quien os plazca, debéis encomendar el mantenimiento de aquel argumento definitivo a alguien de profesión literaria que haya enriquecido vuestro espíritu. Sin embargo, creo que con lo dicho basta para todo cuanto en este punto habéis menester.

Epicuro decía de las leyes que aun las peores nos eran tan necesarias que sin ellas los hombres se devorarían los unos a los otros; y Platón demuestra

<sup>1</sup> PLINIO, *Nat. Hist.*, II, 1.

<sup>2</sup> Créese que Montaigne dedicó la *Apología de Sabunde* a la reina Margarita de Francia, mujer del rey de Navarra.

<sup>3</sup> El mucho sutilizar ocasiona extravíos. PETRARCA, *Cancionero*, XXII, 48.

que sin leyes viviríamos como los animales. Nuestro espíritu es un instrumento vagabundo, peligroso y temerario, difícil de sujetar a orden ni medida. Yo he conocido algunos hombres cuya inteligencia estaba por encima del nivel ordinario, cuyas opiniones y costumbres desbordáronse paulatinamente; es peregrino que entre los que aventajan a los demás en alguna cualidad extraordinaria o singular haya quien mantenga su vida en sosiego, sociable, ordenada y tranquilamente. Es justo poner al espíritu humano las barreras y trabas más estrechas; así en el estudio como en todos los demás órdenes de esta vida terrenal precisa contar y ordenar sus pasos, precisa que el arte señale los límites de sus correrías. Se le sujeta y agarrota con religiones, costumbres, leyes, ciencias, preceptos, penas y recompensas mortales e inmortales, y a pesar de todo, a causa de su esencia voluble y disoluta, escapa a todos esos frenos: es un cuerpo vano que no tiene por donde ser atrapado, diverso e informe, al cual no puede imprimirse huella sin apresarle. En verdad, hay pocas almas tan ordenadas, sólidas y bien nacidas que puedan dejarse en libertad completa, a quienes sea factible moderadamente y sin incurrir en actos temerarios vagar en sus juicios más allá de las comunes opiniones; lo mejor que puede hacerse es someterlas a perpetua tutela. El espíritu es un arma peligrosa para su propio dueño cuando éste no sabe emplearla de modo conveniente y ordenado; ningún animal tan necesitado como el hombre de anteojeras para que su vista esté sujeta, y para que vea bien el suelo que pisa; para impedirle que se extravíe acá y allá fuera del que él huella y las leyes le señalan; vale más que entréis dentro del orden establecido, sea cual fuere, que lanzar vuestro vuelo hacia la licencia desenfrenada en que cae el que pretende investigarlo todo; y si alguno de esos nuevos doctores<sup>1</sup> intenta lucir su ingenio en vuestra presencia, a expensas de su salvación y de la vuestra, para libraros de epidemia tan peligrosa que a diario se propaga en vuestra corte, aquel argumento en última instancia impedirá que recibáis daño del peligroso contagio, y asimismo las personas que os rodeen.

Así vemos que la libertad y licencia de los antiguos filósofos engendró en las ciencias humanas muchas sectas que profesaron opiniones diversas; cada cual procuró juzgar y elegir para tomar partido. Mas al presente que los hombres siguen una tendencia uniforme, *qui certis quibusdam destinatisque sententiis addicti et consecrati sunt, ut etiam, quae non probant, cogantur defendere*<sup>2</sup>, y que acogemos las artes en virtud de orden y autoridad ajenas, de tal suerte que las escuelas no tienen más que un jefe y están sujetas a disciplina circunscripta, no se mira ya lo que las monedas pesan ni lo que valen; cada cual las admite según el precio que la aprobación y curso común les asigna; no se ocupa nadie de la ley de las mismas, sino de lo que valen en el mercado. Así que se aprueban igualmente todas las cosas, así la medicina como la geometría, los juegos de manos y encantamientos, el mal de ojo, las apariciones de los espíritus de los muertos, los pronósticos y los horóscopos, y hasta la ridícula investigación de la piedra filosofal; todo se acepta sin contradicción. Basta con saber que el lugar de Marte se encuentra en el medio del triángulo de la mano; el de Venus en el dedo pulgar; el de Mercurio en el meñique, y que cuando la línea transversal corta la protuberancia de la base del índice, es indicio de crueldad; cuando falta bajo el dedo corazón, y la media natural forma un ángulo con la vital en el mismo lugar, es signo de muerte desgraciada; si en la mano de una mujer la línea natural está abierta y no cierra el ángulo con

<sup>1</sup> Los protestantes.

<sup>2</sup> Que por haber admitido y proclamado ciertos principios fundamentales se ven luego forzados a defender conclusiones que ellos mismos no aprueban. CICERÓN, *Tusc.*, II, 2.

la vital, cosa es que denota impureza. Apelo a vuestro testimonio para que me declaréis si en posesión de tanta ciencia un hombre no puede figurar como bien reputado y mejor acogido en cualesquiera sociedad y compañía.

Decía Teofrasto que el humano conocimiento encaminado por los sentidos podía juzgar de la razón de las cosas hasta un punto determinado, pero que al llegar a las causas extremas y primeras era preciso que se detuviera o retrocediera a causa de su propia debilidad o de la dificultad de las cosas mismas. Es una opinión que se encuentra en el término medio, que es el más aceptable y reposado, la de creer que nuestra capacidad puede llevarnos al conocimiento de algunas cosas, y que es impotente para explicarse otras en la investigación de las cuales es temerario emplearla. Pero es difícil poner trabas al espíritu, cuya índole es ávida y curiosa, y como no se detiene antes de los mil pasos, tampoco se para a los cincuenta; ha conocido por experiencia que lo que uno no pudo descubrir, otro lo encontró o lo resolvió, y que lo que era desconocido en un siglo, el siguiente lo aclaró; que las ciencias y las artes no alcanzan desarrollo completo de un solo golpe, sino que se desenvuelven poco a poco, merced al repetido cultivo y pulimento, a la manera como los osos dan forma a sus pequeñuelos lamiéndolos a su sabor; lo que mis fuerzas no pueden descubrir, no dejo de sondearlo ni de experimentarlo, e insistiendo una y otra vez, removiéndolo y manejándolo en todos sentidos, procuro al que venga después de mí alguna facilidad para trabajar con mayor provecho y para que su labor sea menos espinosa encontrando la materia más flexible y manejable:

Ut Hymettia sole

Cera remollescit, tractataque pollice multas

Vertitur in facies, ipsoque fit utilis usu<sup>1</sup>;

otro tanto hará el segundo con el tercero, en consideración de lo cual la dificultad no debe desesperarme, ni mi impotencia tampoco, porque no es más que la mía.

El hombre es tan capaz de conocer todas las cosas como de conocer algunas; y si confiesa, como Teofrasto dice, la ignorancia de las causas y principios primeros, que abandone resueltamente todo el resto de su ciencia; si el fundamento le falta, su razonamiento cae por tierra; la investigación y controversia no tienen otro fin ni deben detenerse más que ante las causas fundamentales; si tal fin no sujeta su carrera, va a parar indefectiblemente en la irresolución sin límites. *Non potest aliud alio magis minusve comprehendendi, quoniam omnium rerum una est definitio comprehendendi*<sup>2</sup>. Verosímil es que si el alma supiera alguna cosa, conoceríase primeramente a sí misma; y de saber algo, aparte que no fuera el alma misma, ese algo sería su cuerpo y envoltura; sin embargo, hasta el día, los apóstoles de la medicina discuten sin llegar a ningún fin práctico, cuál sea la anatomía de nuestro organismo.

Mulciber in Trojam, pro Troja stabat Apollo<sup>3</sup>,

<sup>1</sup> Como la cera del Himeto se ablanda con el sol y bajo la presión de los dedos va tomando formas diferentes y haciéndose más dúctil a medida que se la usa más. OVIDIO, *Metam.*, X, 284.

<sup>2</sup> No es posible comprender una cosa más o menos que otra, puesto que el medio de comprensión de todas las cosas es uno solo. CICERÓN, *Acad.*, II, 41.

<sup>3</sup> El dios de las herrerías luchaba en contra, Apolo en pro de Troya. OVIDIO, *Trist.*, I, 2, 5.

¿cuándo esperamos que se pongan de acuerdo? Más cerca estamos de nosotros mismos que de la blancura de la nieve o de la pesantez de la piedra. Si el hombre no se conoce, ¿cómo ha de conocer sus funciones y sus fuerzas? Y no es que seamos incapaces en absoluto de poseer alguna que otra verdad; lo que hay es que cuando la alcanzamos es por casualidad, en atención a que por idéntico camino, de la misma suerte, acoge nuestra alma los errores; no tiene medio de separar ni distinguir la verdad de la mentira.

Los filósofos de la Academia admitían alguna modificación a esta idea, y creían que era en extremo exagerado decir, por ejemplo, "que no nos era más verosímil sostener que la nieve fuese blanca que negra, y que no estamos más seguros del movimiento de una piedra que nuestro brazo lanza que de la rotación de la octava esfera." Para evitar principios tales que nuestra mente no puede admitir sino con violencia, aunque sientan que en modo alguno somos capaces de conocimiento y que la verdad yace encerrada en profundos abismos donde la vista humana no puede penetrar, confiesan que algunas cosas son más probables que otras, y admiten en el juicio humano la facultad de poder inclinarse a unos pareceres más que a otros; en esto sólo consentían sin permitirse llegar a solución ni resolución de ningún género. La opinión de los pirronianos es más atrevida y más verosímil también, pues la inclinación de los académicos, su propensión a admitir una idea antes que otra, ¿qué es sino el reconocimiento de alguna probabilidad mayor en un objeto que en otro? Si nuestro entendimiento es capaz de penetrar la forma, los contornos, el porte y cariz de la verdad, podría alcanzarla completa, lo mismo que a medias, naciente e incompleta. Aumentad esa apariencia de verosimilitud que los hace dirigirse antes al lado izquierdo que al derecho; esa onza de probabilidad que inclina la balanza, multiplicadla por ciento, por mil, y sucederá al cabo que el platillo caerá completamente y hará la elección de la verdad completa. ¿Pero cómo se dejan llevar por la verosimilitud si desconocen la verdad? ¿Cómo saben los caracteres de aquello cuya esencia ignoran? Si nuestras facultades intelectuales y nuestros sentidos carecen de fundamento y de base, si no hacen más que flotar a merced del viento que sopla, sin fundamento ni razón dejamos que nuestro juicio se incline a ningún punto concreto en la apreciación de los cosas, cualquiera que sea la verosimilitud que éstas puedan presentarnos; y el más seguro asiento de nuestro entendimiento, al par que el más dichoso, sería aquel en que se mantuviera en calma, derecho e inflexible, sin agitaciones ni conmociones: *Inter visa vera, aut falsa, ad animi assensum, nihil interest*<sup>1</sup>. Que las cosas no penetran en nosotros en su forma y esencia, ni por su fuerza propia y autoridad, vémoslo sobradamente, porque si lo contrario aconteciera recibiríamos las todos de igual modo: el vino tendría idéntico sabor en la boca del enfermo que en la del que goza de buena salud; el que padece de grietas en los dedos o los tiene yertos de frío hallaría una resistencia parecida en la madera o el hierro que maneja a la que encuentra el que los tiene sanos y en la temperatura normal.

Vemos, pues, que los fenómenos exteriores se rinden a nuestra discreción, acomodándose como nos place en nuestro organismo. Ahora bien, si alguna cosa recibiéramos sin alteración, si las fuerzas humanas fueran suficientemente capaces y firmes para apoderarse de la verdad por sus propios medios, siendo éstos comunes a todos los hombres, la verdad pasaría de mano en mano de unos a otros, y cuando menos habría algo en el mundo, de tanto como en él existe, que se creyera por general y universal consentimiento; pero el hecho de que no

<sup>1</sup> Ninguna diferencia hay entre las apariencias verdaderas o falsas que solicitan el asentimiento de nuestro espíritu. CICERON, *Acad.*, II, 28.

haya ninguna idea que deje de ser debatida y controvertida por nosotros, o que no pueda serlo, muestra bien a las claras que nuestro juicio natural no penetra con claridad lo que percibe, pues mi entendimiento no puede hacer que otro admita mis juicios, lo cual significa que yo los adquirí por virtud de un medio distinto al natural poder que permanezca en mí y en todos los hombres.

Dejemos a un lado esta confusión sin límites que se ve entre los mismos filósofos, y ese perpetuo y universal debate del conocimiento de las cosas; pues está fuera de duda que los hombres en nada están de acuerdo, y no me olvido de incluir a los más sabios ni a los más capaces, ni siquiera en que el cielo esté sobre nuestras cabezas; los que de todo dudan ponen también esto en tela de juicio, y los que niegan que seamos aptos para comprender cosa alguna, dicen que no hemos adivinado siquiera que el cielo está sobre nosotros. Las dos opiniones examinadas son evidentemente las más importantes.

Además de esta diversidad y división infinitas, fácil es convencerse de que nuestro juicio es voluble e inseguro por el desorden e incertidumbre que cada cual en sí mismo experimenta. ¿De cuántas maneras distintas no opinamos de las cosas? ¿Cuántas veces no cambiamos de manera de ver? Aquello que yo aseguro hoy, aquello en que creo, asegúrolo y créolo con todas mis fuerzas; todos mis instrumentos y mis resortes todos se apoderan de tal opinión y respóndenme de ella cuanto pueden y les es dable; yo no podría alcanzar ninguna verdad ni tampoco guardarla con seguridad mayor; ella posee todo mi ser por modo real y verdadero; mas, a pesar de todo, ¿no me ha sucedido, y no ya una vez, sino ciento y mil, todos los días, abrazar otra idea con la ayuda de idénticos instrumentos y de la misma suerte, que luego he considerado como falsa? Lleguemos siquiera a la prudencia a nuestras propias expensas. Si me engañaron muchas veces mis sentimientos; si mis conclusiones son ordinariamente falsas e infiel la balanza de que dispongo, ¿qué seguridad mayor que las otras puede inspirarme la última idea? ¿No es estúpido dejarse engañar tantas veces por el mismo guía? Y, sin embargo, que el azar nos cambie quinientas veces de lugar, que llene y desaloje como en un vaso, en nuestro juicio, las ideas más contradictorias y antitéticas; siempre la presente, la última, es la cierta y la infalible: por ella debemos abandonarlo todo, bienes, honor, salvación y vida.

Posterior... res illa reperta

Perdit et immutat sensus ad pristina quæque<sup>1</sup>.

Predíquenos lo que se quiera, sea cual fuere lo que aprendamos, sería preciso acordarse siempre de que es el hombre el que enseña y el hombre mismo el que acepta la doctrina; mortal es la mano que nos lo presenta y mortal la que lo recibe. Únicamente las cosas que nos vienen del cielo tienen autoridad y derecho de persuasión; ellas sólo llevan impresa la huella de la verdad, la cual tampoco vemos con nuestros ojos, ni acogemos con nuestros naturales medios, pues tan grande y tan santa imagen no podría encerrarse en tan raquítico domicilio, si Dios para ello no le preparara, si Dios no le reformara y fortificara por virtud de su gracia y favor particular y sobrenatural. Al menos debiera nuestra condición, siempre sujeta a error, hacer que nos condujéramos con moderación y recato mayores en nuestros cambios; cualesquiera que sean las especies que nuestro entendimiento acoja, debiéramos

<sup>1</sup> La última cosa que impresiona nuestro espíritu le aparta de las primeras. LUCRECIO, V, 1413.

recordar que recibimos con frecuencia las falsas y que con los mismos instrumentos defendemos la verdad y combatimos el error.

No es por tanto extraordinario que los hombres se contradigan, siendo tan propensos a inclinarse y a torcerse por las causas más nimias. Es evidente que nuestra concepción, nuestro juicio y todas las facultades de nuestra alma en general, se modifican según los movimientos y alteraciones del cuerpo, las cuales no cesan ni un momento. ¿No tenemos el espíritu más despierto, la memoria más pronta, la comprensión más viva en estado de salud que cuando estamos enfermos? El contento y la alegría, ¿no nos hacen ver los objetos que se presentan a nuestra alma opuestamente a como nos los muestran la tristeza y la melancolía? ¿Pensáis, acaso, que los versos de Catulo o de Safo sonríen a un viejo avaro e impotente como a un joven vigoroso y ardiente? Cleómenes, hijo de Anaxáandridas, hallándose enfermo, fue reprendido por sus amigos de caprichos nuevos y en él no acostumbrados. "Ya lo creo, repuso aquél; como que no soy el mismo que cuando gozaba de salud cabal; puesto que cambió mi naturaleza, cambiaron también mis gustos e inclinaciones." En los embrollos de nuestros tribunales óyese esta frase: *Gaudeat de bona fortuna*, que se aplica a los delincuentes cuyos jueces están de buen temple o son dulces y benignos, pues es indudable que las sentencias son unas veces más severas, espinosas y duras, otras más suaves y propensas a la disculpa; tal que salió de su casa con el dolor de gota, la pasión de los celos o incomodado por el latrocinio de su criado, como lleva el alma tinta y saturada de cólera, no hay que dudar que su dictamen deje de propender hacia esa pasión. Aquel venerable senado areopagita juzgaba durante la noche temiendo que la vista de los acusados corrompiera su justicia. La atmósfera misma y la serenidad del cielo imprimen en nosotros mutaciones y cambios, como declara un verso griego que Cicerón interpretó así:

Tales sunt hominum mentes, quali pater ipse  
Juppiter auctifera lustravit lampade terras<sup>1</sup>.

No son sólo las fiebres, los brebajes y los desórdenes del organismo lo que da en tierra con nuestro juicio; las cosas más insignificantes le trastornan, y no hay que poner en duda, aunque nosotros no lo advirtamos, que si la continua calentura puede aniquilar nuestra alma, la terciana también la altera proporcionalmente. Si la apoplejía adormece y extingue por completo la vista de la inteligencia, no hay que dudar que el resfriado no la oscurezca también. Por todo lo cual apenas si puede encontrarse durante todo el curso de nuestra vida una sola hora en que nuestro juicio se encuentre en su debido asiento; nuestro cuerpo está sujeto a tan continuos cambios, constituido por tantas clases de resortes, que yo creo lo mismo que los médicos que no haya siempre alguno que se salga de su lugar.

Además los males no se descubren fácilmente; para ello precisa que sean extremos e irremediables, tanto más cuanto que la razón camina siempre torcida, cojeando, lo mismo con la mentira que con la verdad, de suerte que es bien arduo descubrir sus daños y desarreglos. Llamo yo razón a la probabilidad discursiva que cada uno se forja; de ellas puede haber cien contrarias sobre un mismo objeto, pues es un instrumento de plomo y cera, alargable, plegable y acomodable a todas las medidas y coyunturas, según la capacidad

<sup>1</sup> Los pensamientos de los hombres cambian con los rayos fecundantes del sol que Júpiter les envía con más o menos intensidad. Cicerón tradujo estos versos de la *Odisea*, XVIII, 135.

del que lo maneja. Por honrados que sean los propósitos de un juez, si no se escucha de cerca, en lo cual pocas gentes se entretienen, la simpatía hacia la amistad, el parentesco, la belleza o la inclinación a la venganza, y no ya cosas de tanta monta; tan sólo el instinto fortuito que nos mueve a favorecer una cosa más que otra, y que nos facilita, sin el concurso de la razón, aquel a que nos inclinamos entre dos análogos dictámenes, o alguna otra bagatela semejante, pueden insinuar insensiblemente el juicio hacia la benevolencia o malevolencia en una causa, y hacer que la balanza se tuerza.

Yo, que me espío más de cerca, que tengo incesantemente los ojos tendidos sobre mí, como quien no tiene gran cosa que hacer en otra parte,

Quis sub Arcto  
Rex gelidæ metuatur ora,  
Quid Tiridatem terreat, unice  
Securus<sup>1</sup>,

apenas si me atrevo a confesar la debilidad e insignificancia que encuentro en mí mismo; mi fundamento es tan inestable y está tan mal sentado, tan propenso a caer y tan presto a influenciarse por el menor movimiento, y mi vista tan desordenada, que en ayunas me reconozco otro que después de la comida; si la salud y la claridad de un hermoso día me sonríen, héteme hombre urbano a carta cabal; si me duele un callo y me prensa el dedo gordo, héteme hombre desagradable e intratable; el mismo paso del caballo me parece unas veces molesto, otras agradable; el mismo camino unas veces más corto y otras más largo; y un mismo objeto unas veces más y otras menos simpático; momentos hay en que estoy dispuesto a hacerlo todo, otros en que no me siento capaz de hacer nada; lo que ahora me es grato, otra vez me apenará. Cúmplense en mi persona mil agitaciones casuales e indiscretas; ya el humor melancólico me domina, ya el colérico, y por su privado poderío ciertos momentos predomina en mí la alegría, ciertos otros la tristeza. A veces cuando cojo un libro, advierto en tal o cual pasaje gracias sin cuento que emocionan mi alma dulcemente; luego las busco de nuevo en el mismo libro e inútilmente le doy vueltas, desaparecieron, se borraron ya para mí. En mis escritos mismos no siempre encuentro el aire de mi primera imaginación; no sé lo que quise decir, y me esfuerzo a veces por corregir y poner un nuevo sentido por haber perdido el hilo del primero, que valía más. Todo en mí se convierte en idas y venidas; mi raciocinio no camina siempre hacia adelante, antes bien se mantiene flotante y vago,

Velut minuta magno  
Deprensa navis in mari, vesaniente vento<sup>2</sup>.

Muchas veces, y en ocasiones lo hago adrede, tomando como cosa de ejercicio y distracción el mantenimiento de una idea contraria a la mía, aplicándose a ello mi espíritu con ahínco e inclinándose de ese lado, me sujeto de tal modo que no encuentro ya las huellas de la opinión contraria y me alejo de ella. Déjome llevar adonde me inclino, de cualquier modo que sea, y me deslizo por mi propio impulso.

Cada cual, sobre poco más o menos, diría otro tanto de sí mismo si

<sup>1</sup> Le tiene sin cuidado saber qué rey es objeto de temor bajo la Osa helada, o qué es lo que a Tiridate amedrenta. HORACIO, *Od.*, I, 26, 3.

<sup>2</sup> Como barquilla retenida en alta mar por un viento contrario. CATULO, *Epig.*, XXV, 12.



como yo se mirara y considerara. Los predicadores saben que la emoción que les gana cuando hablan los acalora más en las creencias; todos, cuando la cólera nos domina, defendemos con más brío nuestras ideas, las imprimimos en nosotros y las abrazamos con mayor vehemencia y aprobación, que encontrándonos pacíficos y en completa calma. Referís sencillamente una causa a vuestro abogado, el cual os responde vacilante y dudoso, y echáis de ver al punto que le es del todo indiferente sostener un partido o el opuesto; pero si le habéis pagado bien para que aguce el diente y la tome a pechos, entonces toma la cosa en serio y su voluntad empieza a exaltarse, al par de su razón y su ciencia; una verdad clara e indubitable se presenta a su entendimiento; descubre en él nueva luz, cree aquélla a ciencia cierta, su persuasión es completa. Y en ocasiones, yo no sé si es el ardor que nace del despecho y la obstinación frente a la violencia del magistrado para combatir el daño general o el interés de la propia reputación, lo que hizo a ciertos hombres sostener hasta abrasarse el alma, una opinión que entre sus amigos y en situación tranquila de espíritu no les hubiera calentado ni siquiera la yema de los dedos. Los movimientos y sacudidas que nuestra alma recibe por las pasiones corporales ejercen sobre ella una gran influencia, pero tienen aún mayor poderío las suyas propias, a las cuales está fuertemente ligada de tal modo, que quizás pueda sostenerse que no tiene otro movimiento que el que producen sobre ella los vientos que la agitan y que sin el influjo de los mismos permanecería quieta como un navío en alta mar, al cual los vientos abandonaron. Quien mantuviera este principio conforme a la opinión de los peripatéticos no nos engañaría mucho, puesto que está probado que las acciones más hermosas del alma proceden y han menester del impulso de las pasiones. El valor, dicen aquéllos, no se puede alcanzar sin la asistencia de la cólera; *semper Ajax fortis, fortissimus tamen in furore*<sup>1</sup>; ni se persigue a los malos ni a los enemigos con vigor bastante si la cólera no nos domina. El abogado debe inspirar la ira a los jueces para alcanzar de ellos justicia.

La sed de riquezas movió a Temístocles, a Demóstenes y lanzó a algunos filósofos a soportar trabajos y vigilias y a emprender viajes dilatados; la misma pasión nos lleva al honor, a profesar determinada doctrina y a desear la salud, que son fines útiles. La cobardía del alma para soportar las desdichas y las tristezas, engendra en la conciencia la penitencia y el arrepentimiento, y nos hace sentir el azote de Dios para nuestro castigo y las miserias de la corrección de nuestros semejantes; la compasión aguijonea la clemencia; la prudencia que sirve para conservarnos y gobernarnos se aviva por nuestro temor; ¿cuántas acciones hermosas no reconocen por móvil la ambición, cuántas la presunción? Ninguna virtud potente y suprema deja de reconocer por causa la pasión. ¿Y no será ésta una de las razones que movió a los epicúreos a descargar a Dios de todo cuidado y solicitud en las cosas de nuestra vida, puesto que ni los efectos mismos de su bondad pueden tocarnos sin agitar nuestro reposo por medio de las pasiones, que son como el incentivo y la sollicitación que encaminan al alma a las acciones virtuosas, o bien pensaron de otro modo y creyeron que son como movimientos tempestuosos que arrancan violentamente al alma de su tranquilo asiento? *Ut maris tranquillitas intelligitur, nulla, ne minima quidem, aura fluctus commovente: sic animi quietus et placatus status cernitur, quum perturbatio nulla est, qua moveri queat*<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Ajax siempre valiente, pero valentísimo cuando el furor le mueve. CICERON, *Tusc.*, IV, 23.

<sup>2</sup> Así como concebimos la calma del mar cuando ni el más leve soplo mueve

¿A qué diferencia de apreciaciones, y a cuántas opiniones encontradas no nos lleva la diversidad de las pasiones que batallan dentro de nosotros? ¿Cuál es, por consiguiente, la seguridad que puede inspirarnos cosa tan instable y movable, sujeta por natural condición al trastorno y al desorden, y que jamás camina sino con forzado y ajeno paso? ¿Si nuestro juicio mismo es víctima de enfermedad y perturbación; si por ello se ve forzado a considerar las cosas loca y temerariamente, cuál es la seguridad que podemos esperar de él? Atrevimiento grande es el de los filósofos al considerar que los hombres realizan acciones y se asemejan más a la divinidad cuando se encuentran fuera de sí, en estado de furia e insensatez; vamos camino de la enmienda merced a la privación y amodorramiento de nuestra razón; las dos sendas naturales para entrar en el palacio de los dioses y prever el destino son el furor y el sueño. Todo lo cual es peregrino: por el trastorno con que las pasiones alteran nuestra razón, hétenos convertidos a la virtud, y por la extinción de la misma, a que el furor o el sueño nos llevan, nos trocamos en profetas y adivinos. Jamás hubiera podido yo encontrarme en más cabal acuerdo. Lo que a la filosofía por mediación de la verdad sacrosanta inspiró contra sus generales proposiciones, o sea que el estado tranquilo de nuestra alma, el más sosegado, el más sano que los filósofos puedan imaginar, no es la mejor situación de nuestro espíritu, porque nuestra vigilia está más dormida que nuestro sueño; nuestra prudencia es menos moderada que la locura; nuestros ensueños aventajan a la razón, y el peor lugar donde podamos colocarnos reside en nosotros mismos. ¿Pero suponen los filósofos poder suficiente en las criaturas para advertir que cuando del hombre se desprendió el espíritu, tan clarividente, grande y perfecto, y mientras el mismo espíritu permanece en él tan ignorante, terrestre y ciego, es una voz que parte del espíritu la que se alberga en el hombre ignorante y oscuro, y por consiguiente increíble?

Yo no tengo experiencia grande de esas agitaciones vehementes, porque mi temperamento es débil y mi complexión reposada; la mayor parte de ellas sorprenden de súbito nuestra alma sin darla tiempo para reconocerse, pero esa pasión que según el común sentir la ociosidad engendra en el corazón de la juventud, aunque se desarrolle lentamente, representa sin duda, para los que intentaron oponerse a su desarrollo, la fuerza de aquellos grandes trastornos que nuestro juicio experimenta. En otra época me propuse mantenerme firme para combatirla y rechazarla, pues tan lejos estoy de ser de aquellos que buscan los vicios, que ni siquiera los sigo cuando no me arrastran; sentíala nacer, crecer y aumentar a despecho de mi resistencia, y por fin agarrarme y poseerme, de tal suerte que, cual si estuviera desvanecido, la imagen de las cosas comenzaba a parecerme distinta que de costumbre; indudablemente veía abultarse y crecer los méritos del objeto que yo deseaba, y advertía que se engrandecían e inflaban merced al viento de mi imaginación; las dificultades de mi empresa facilitarse y allanarse, mi razón y mi conciencia perder la brújula. Mas luego que se evaporó este ardor, al momento, como iluminada por la claridad de un relámpago, mi alma adquirió luz nueva, diferente estado, juicio distinto; las dificultades de alejarme me parecían grandes e invencibles, e idénticos objetos mostráronseme con cariz bien diferente a como el calor del deseo me los había presentado. ¿Cuál de los dos aspectos era el verdadero? Los pirronianos nada saben sobre este punto. Jamás estamos libres de dolencias; las calenturas tienen sus grados de calor y de frío; de los efectos de una pasión ardorosa caemos en

sus ondas, así también juzgamos que el alma está serena y tranquila cuando no hay en ella ninguna pasión que pueda agitarla. CICERON, *Tusc.*, V, 6.

otra helada: cuanto me había lanzado adelante, otro tanto fue mi retroceso:

Qualis ubi alterno procurrens gurgite pontus,  
Nunc ruit ad ferras, scopulosque superjacit undam  
Spumeus, extremamque sinu pefundit arenam;  
Nunc rapidus retro, atque æstu revoluta resorbens  
Saxa, fugit, littusque vado labente relinquit<sup>1</sup>.

El conocimiento de mi propia volubilidad engendró en mí cierta constancia de opiniones; así que, apenas si he modificado las naturales y primeras que recibí; sea cual fuere la verosimilitud que en lo nuevo pueda haber, yo no me inclino a ello fácilmente, porque temo perder en el cambio, y como no me siento capaz de escoger, déjome guiar por otro y me mantengo en el lugar en que Dios me colocó: si así no obrara, rodaría incesantemente. Así, merced a la bondad divina pude sostenerme íntegro, sin agitación ni trastornos en la conciencia, en las antiguas creencias de nuestra religión, al través de tantas sectas y opiniones como nuestro siglo ha producido.

Los escritos de los antiguos, hablo de los más notables, sólidos y vigorosos, ejercen sobre mí grande influencia y me llevan donde quieren; el autor que leo me parece siempre el más fundamental, creo que todos tienen razón, cada cual cuando le toca el turno, aunque prediquen opiniones contrarias. Esta facilidad que gozan los buenos escritores de convertir en verdadero o verosímil todo lo que quieren, y el que nada haya por peregrino que sea con que no puedan engañar una sencillez parecida a la mía, es una demostración evidente de la debilidad de sus pruebas. El cielo y las estrellas se movieron durante tres mil años, todo el mundo lo creyó así hasta que Cleanto el samiano, o según Teofrasto, Nicetas de Siracusa sentaron la opinión de que era la tierra la que se movía, por el círculo oblicuo del zodiaco, dando vueltas alrededor de su eje; y en nuestra época, Copérnico ha demostrado tan bien esta doctrina, que la ha puesto en armonía con la marcha de todos los cuerpos celestes: ¿qué deducir de aquí sino que debe importárenos poco cuál sea el cuerpo que realmente se mueva? ¡Quién sabe si de aquí a mil años una tercera opinión echará por tierra los dos pareceres precedentes!

Sic volvenda ætas commutat tempora rerum:  
Quod fuit in pretio, fit nullo denique honore;  
Porro aliud succedit, et e contemptibus exit,  
Inque dies magis appetitur, floretque repertum  
Laudibus, at miro est mortales inter honore<sup>2</sup>.

Así que, cuando se nos muestra alguna doctrina nueva, tenemos motivos sobrados para desconfiar y para suponer que, antes de presentarse la misma en el mundo, la contraria gozaba de crédito y estaba en boga; y como la moderna acabó con la antigua, podrá suceder que se le ocurra a alguien en lo porvenir un tercer descubrimiento que destruirá del mismo modo el segundo. Antes de

<sup>1</sup> Como el mar impulsado por alternativas fuerzas, primero avanza tierra adentro, cubre de espuma las rocas y se extiende por extensos arenales, y luego retrocede rápido arrastrando consigo las piedras que antes trajera y deja la playa descubierta. VIRGILIO, *Eneida*, XI, 624.

<sup>2</sup> Conforme el tiempo transcurre va cambiando el valor de las cosas; lo que era antes apreciado no merece ahora ninguna estimación; ha venido a ocupar su puesto algo distinto que antes era menospreciado a su vez, y ahora cada día con vehemencia mayor es de todos apetecido, y goza de gran predicamento e inagotables alabanzas. LUCRECIO, V, 1275.

que las doctrinas de Aristóteles gozaran de universal aprobación, otros principios contentaban la razón humana, como aquéllas la gobiernan actualmente. ¿Qué privilegio tienen éstas para que la marcha de nuestra invención se detenga en ellas ni para que a las mismas en lo venidero permanezca sujeta nuestra creencia? En manera alguna están exentas de ser abandonadas, como no lo estuvieron las que reinaron antes. Cuando con algún argumento sólido se me invita a convencerme de algo nuevo, creo de buen grado que si yo no puedo rebatirlo, otro lo derribará por mí, pues dar crédito a todo cuanto no podemos negar, sería simplicidad grande, y ocurriría además, siguiendo tal inclinación, que las creencias del vulgo, y todos lo somos, darían tantas vueltas como una veleta; pues el alma del mismo, como es débil y sin resistencia, veríase forzada a admitir constantemente distintas ideas; la última borraría todas las precedentes. Quien se reconozca sin fuerzas bastantes para argumentar debe responder, según costumbre, que reflexionará sobre el particular, o remitirse a los más avisados de quienes ha recibido la instrucción. ¿Cuánto tiempo hace que la medicina existe? Dícese que un médico moderno, nombrado Paracelso<sup>1</sup>, cambia y desmenuza toda la doctrina antigua, y sostiene que hasta el presente aquella ciencia no había servido sino para matar a los hombres. Yo creo de buen grado que probará bien su aserto, mas poner mi vida a prueba de sus nuevas experiencias creo que no sería muy prudente. No hay que creer lo que dice todo el mundo, reza el proverbio, porque entre todos lo dicen todo. Un hombre amigo de novedades y cambios en las ideas que sobre las cosas de la naturaleza profesamos decíame, no ha mucho, que la antigüedad había albergado evidentemente ideas erróneas en lo relativo al viento y a sus movimientos, y prometió demostrármelo si tenía la paciencia de escucharle. Luego que hube puesto alguna atención para oír sus argumentos, que eran de todo en todo verosímiles, díjele: "¿Cómo, pues, los que navegaban con arreglo a los principios de Teofrasto iban a parar al Occidente cuando bogaban hacia Levante? ¿Marchaban extraviados o reculando? — El azar los llevaba a buen camino, me repuso, pero realmente se engañaban." Yo le repliqué que prefería proceder según los resultados que según la razón; verdad que con frecuencia se contradicen. Se me ha demostrado que en la geometría, que se considera como la más cierta entre todas las ciencias, hay demostraciones evidentes, contrarias a lo que la experiencia nos enseña. Santiago Peletier<sup>2</sup> me dijo un día estando en mi casa que había ideado dos líneas, las cuales encaminándose la una hacia la otra no llegaban a tocarse hasta el infinito, y así lo probaba. Los pirronianos emplean todos sus argumentos y razones para destruir lo que la experiencia nos dicta; maravilla el considerar hasta qué punto les acompañó en tal designio la flexibilidad de la razón humana para combatir la evidencia de las cosas, pues llegan hasta demostrar que no nos movemos, que tampoco hablamos, que no hay cuerpos pesados y que el calor no existe, con igual fuerza de argumentos como se prueban las cosas más verosímiles. Tolomeo, que fue un hombre eminentísimo, fijó en su época los límites del universo; todos los antiguos filósofos creyeron saber hasta dónde llegaba, salvo algunas excepciones: las islas apartadas que podían escapar a su conocimiento. Hace mil años se habría considerado como pirroniano a quien hubiera puesto en duda la ciencia cosmográfica y las opiniones recibidas por todos en este punto; habría sido una herejía creer en la existencia de los antípodas; mas he aquí que en nuestro siglo se ha descubierto

<sup>1</sup> Porque Paracelso trató de echar por tierra las obras de Galeno y Avicena e intentó sustituir con la filosofía hermética las tradiciones de la ciencia antigua.

<sup>2</sup> Santiago Peletier, matemático, poeta y gramático; nació en el Mans, en 1517 y murió en París en 1582.

una dilatadísima extensión de tierra firme, y no ya una isla, no una región particular, sino una superficie casi igual en magnitud a la que antes nos era conocida. Nuestros geógrafos no dejan de asegurar que ahora ya todo está visto y todo está hallado:

Nam quod adest præsto, placet, et pollere videtur<sup>1</sup>.

Falta saber, puesto que a Tolomeo le engañaron sus cálculos y razonamientos en lo antiguo, si no será una simpleza fiarme en lo que los modernos me dicen, y si no es lo seguro que este gran cuerpo que llamamos mundo sea cosa bien diferente de lo que juzgamos.

Platón dice que el universo muda de aspecto constantemente; que el sol, las estrellas y el cielo, cambian a veces el movimiento que vemos de Oriente en Occidente en sentido contrario. Los sacerdotes egipcios contaron a Heródoto que desde la época del primer rey que tuvieron, hacía once mil años (y de todos los soberanos le enseñaron las efigies en estatuas que habían sido tomadas del natural), el sol había cambiado cuatro veces su curso; que el mar y la tierra se truecan alternativamente el uno en la otra y que la época en que el mundo nació no puede determinarse. Aristóteles y Cicerón creen lo mismo, y un filósofo moderno asegura que existió siempre, que muere y renace; y para probar su aserto cita los nombres de Salomón e Isaías, a fin de evitar las contradicciones de que Dios ha sido a veces criador sin criatura, que ha estado ocioso, que se desdijo de su ociosidad poniendo su mano en esta obra del mundo, y que, por consiguiente, está sujeto a variación. La más famosa escuela filosófica griega considera al universo como un dios, creado por otro dios más grande, compuesto de un cuerpo y un alma que se halla en el centro del mundo primero y se extiende armónicamente a toda la circunferencia. Este mundo es felicísimo, muy grande, muy sabio, eterno, e incluye otros dioses; la tierra, el mar, los astros, que se relacionan entre sí en agitación armoniosa y perpetua, como si dijéramos en una danza divina, apartándose unas veces, acercándose otras, ocultándose y mostrándose los unos a los otros, cambiando de lugar ya hacia adelante, ya hacia atrás. Heráclito decía que el mundo estaba compuesto de fuego, y conforme a las leyes del destino debía un día inflamarse y convertirse en fuego para renacer nuevamente. De los hombres aseguró Apuleyo, *sigillatim mortales, cunctim perpetui*<sup>2</sup>. Alexandro notificó a su madre la relación de un sacerdote egipcio, sacada de los monumentos de este pueblo, que probaba la antigüedad remotísima del mismo, y en el que se hablaba además verídicamente del origen y progresos de otros países. Cicerón y Diodoro dijeron que la cronología caldaica comprendía hasta cuatrocientos mil años. Aristóteles, Plinio y otros aseguraron que Zoroastro había vivido seis mil años antes que Platón; éste afirma que los habitantes de la ciudad de Sais guardaban por escrito memorias de ocho mil años y que Atenas fue edificada mil años que la dicha ciudad. Epicuro cree que los fenómenos que en este mundo presenciamos y tales como los vemos, se verifican en idéntico modo en otros mundos, lo cual hubiera sostenido con seguridad mayor si hubiese tenido noticia de la semejanza de los países recientemente descubiertos con el nuestro, así en el presente como en el pasado.

En verdad, considerando lo que hemos podido conocer del gobierno del

<sup>1</sup> Pues lo que tenemos presente nos agrada y nos parece más estimable que todo lo demás. LUCRECIO, V, 1411.

<sup>2</sup> Separadamente son mortales; la especie es la eterna. APULEYO, *de Deo Socratis*.

mundo físico, hame maravillado a veces el ver a una distancia grandísima de lugares y tiempos las analogías en un número considerable de ideas populares, disparatadas y de creencias salvajes, las cuales por ningún concepto parecen derivar de nuestra natural condición. ¡Hacedor grande de milagros es el espíritu humano! Pero esa semejanza tiene todavía algo más de extraordinario, pues se descubre hasta en los nombres y en mil otras cosas, y hay pueblos que jamás tuvieron, que se sepa, ninguna nueva de nosotros en que se practicaba la circuncisión; otros en que había Estados grandes gobernados por mujeres, sin el concurso de hombres; otros en que había algo equivalente a nuestra cuaresma y ayunos, junto con la privación de los placeres amorosos; en algunos lugares la cruz era venerada, ya colocándola en las sepulturas, ya en otros sitios; la de San Andrés empleábanla para librarse de las visiones nocturnas, y se servían de ella para preservar de encantamientos a los recién nacidos; en otra parte encontraron una de madera, de gran elevación, que adoraban como dios de la lluvia, la cual estaba plantada lejos del mar, bien adentro en la tierra firme; vióse en algunas regiones una visible representación de nuestras penitencias; el uso de mitras; el celibato eclesiástico; el arte de adivinar por medio de las entrañas de los animales sacrificados; la abstinencia de toda clase de carnes y pescados para alimentarse; la costumbre de emplear los sacerdotes un habla particular y no la corriente en el culto divino; la creencia de que el primer dios había sido vencido por el segundo, que nació después; la idea de que los hombres fueron criados en medio de delicias, que luego perdieron por el pecado en que incurrieron; la creencia de que fue cambiado su territorio y empeorada su condición natural; la de que en lo antiguo fueron sumergidos por la inundación de las aguas celestes, y que se salvaron sólo unas cuantas familias guareciéndose en los huecos más altos de las montañas, los cuales taparon de manera que el agua no penetrase, encerrando dentro algunas especies de animales; y que cuando advirtieron que la lluvia cesó hicieron salir algunos perros que, como volvieron mojados, juzgaron que el agua apenas había bajado todavía; luego hicieron salir otros que volvieron llenos de lodo, y entonces salieron a repoblar el mundo, que encontraron lleno de serpientes. Sábese que en algunos países creyeron en el juicio final, de tal suerte que se sublevaron contra los españoles porque extendían los huesos de los muertos al registrar las riquezas de sus sepulturas, alegando que estos huesos extraviados no podrían luego fácilmente juntarse. Vióse también ejercer el comercio por medio del cambio, sin otro procedimiento diferente, y establecidos ferias y mercados a este fin; enanos y criaturas deformes para ornamento de las mesas; empleo de los halcones para la caza; subsidios tiránicos; jardines regalados y vistosos; danzas y saltos complicados; música instrumental; escudos nobiliarios, juego de pelota, de dados y otros de azar, en los cuales se exaltaban a veces hasta jugarse ellos mismos y su libertad; practicábase en algunos lugares la medicina por encantamientos y sortilegios; encontróse en otros la escritura jeroglífica, la creencia en un primer hombre, padre del género humano; la adoración de un dios que había vivido como hombre en estado de virginidad perfecta, que practicó el ayuno y la penitencia, que predicó la ley natural y las ceremonias de la religión, y que desapareció de la tierra milagrosamente; la creencia en los gigantes; la costumbre de emborracharse con ciertos brebajes y el hábito de beber a competencia; viéronse igualmente ornamentos religiosos en que había pintadas osamentas y cabezas de muertos, vestiduras sacerdotales, agua bendita e hisopos; mujeres y criados que se hacían quemar y enterrar con el marido o con el amo cuando éstos morían; establecida la ley de que los primogénitos heredaran todos los bienes, no dejando a los segundos parte alguna, y sí sólo la obligación de obe-

decer; costumbre en la institución de algunos empleos de grande autoridad de que el que los recibía adoptara un nombre nuevo y dejara el que hasta entonces había usado; costumbre de poner cal en la rodilla del niño recién nacido, diciéndole al propio tiempo: "De la tierra viniste y en tierra te convertirás"; y el arte de los augurios. Estos vagos asomos de nuestra religión, que se muestran palmarios en algunos de los ejemplos citados, dan testimonio de la dignidad divina, y prueban que no solamente se insinuó en todas las naciones infieles del mundo antiguo por algunas huellas, sino también en las del nuevo, merced a una común y sobrenatural inspiración, pues tuvieron éstas igualmente la creencia en el purgatorio, con la sola diferencia de que para ellas en lugar de fuego habría en él un frío polar, y suponían que las almas habían de ser castigadas y purgadas merced a los rigores de una frialdad extrema. Y este ejemplo me recuerda otra graciosa diversidad de costumbres: así como se encontraron pueblos que gustaban aligerar el extremo del miembro, cortando el pellejo a la mahometana y a la judía, hubo otros que hicieron tan grave caso de conciencia de no aligerarlo, que se servían de cordoncitos para mantener la piel cuidadosamente estirada y sujeta por encima, de modo que la punta no viesse el aire. De la propia suerte que nosotros honramos a nuestros monarcas y las fiestas a que asistimos adornándonos con los mejores vestidos que tenemos, en algunas regiones, para mostrar disparidad y sumisión a su rey, los súbditos se presentaban a él con sus trajes más harapientos; al entrar en el palacio se ponían uno viejo y desgarrado sobre el bueno, a fin de que todo el brillo y ornamento pertenecieran al amo. Pero sigamos con nuestros argumentos.

Si la naturaleza comprende dentro de los límites de su progreso ordinario como todas las demás cosas las creencias, juicios y opiniones de los hombres; si todos estos atributos tienen también sus revoluciones, sus épocas, nacimiento y muerte, como las coles; si el firmamento influye sobre ellos y los hace rodar con él, ¿qué autoridad magistral ni fundamental podemos atribuirles? Si por experiencia tocamos y palpamos que la constitución de nuestro ser depende del aire, del clima y del terreno en que nacemos, y no ya sólo el tinte, la estatura, la complexión e inclinaciones, sino también las facultades del alma; *et plaga caeli non solum ad robur corporum, sed etiam animorum facit*<sup>1</sup>, dice Vegecio; si la diosa fundadora de la ciudad de Atenas eligió para situarla la región en que reinara un ambiente que hiciera a los hombres prudentes, conforme los sacerdotes egipcios dijeron a Solón, *Athenis tenue caelum; ex quo etiam acutiores putantur Attici; crassum Thebis; itaque pingues Thebani, et valentes*<sup>2</sup>; de suerte que como los vegetales y los animales difieren según los climas, acontece lo propio con los hombres, quienes por idéntica causa son más o menos belicosos, justos, moderados o dóciles; aquí sujetos al vino, allá al robo y a la lujuria; en unos sitios inclinados a la superstición, en otros a la incredulidad; aquí propenden a la libertad, allí a la servidumbre; en unos lugares son aptos para el cultivo de las ciencias o las artes, en otros son groseros y en otros ingeniosos; ya obedientes, ya rebeldes, buenos o malos, según la naturaleza del clima en que viven, y adquieren complexión diferente de la que antes tuvieron, como las plantas; por eso Ciro no consintió que los persas abandonaran su país, cubierto de fragosidades y montañas, para trasladarse a otra región más llana, considerando que las tierras feraces y de dulce clima hacen a los hombres flo-

<sup>1</sup> La naturaleza del clima influye en el desarrollo corporal, así como en la conformación del espíritu. VEGECIO, I, 2.

<sup>2</sup> El ambiente de Atenas es tenue, sutil, por lo cual los atenienses se distinguen por su perspicacia; el de Tebas, denso, de donde viene que los tebanos sean rudos y vigorosos. CICERON, *de Fato*, IV.

jos, y las fértiles convierten en estériles los espíritus; si vemos ya florecer un arte, ya otro, ya una creencia, ya otra diferente, merced a la influencia atmosférica; que tal siglo cría ciertas naturalezas e inclina al género humano a esta o a la otra tendencia, y el espíritu de los hombres ya vigoroso, ya raquítico como nuestros campos, ¿adónde van a parar todas las hermosas prerrogativas de que nos vanagloriamos? Puesto que un hombre sabio puede engañarse, y cien pueblos enteros, y hasta la naturaleza humana yerra durante siglos en unas cosas o en otras, ¿qué fijeza podemos tener en que a veces deje de engañarse ni de que en el siglo en que vivimos deje de incurrir en error?

Paréceme que entre otros testimonios de nuestra debilidad, el siguiente no debe echarse en olvido: ni siquiera por deseo vehemente acierta el hombre a encontrar lo que precisa: no ya sólo experimentalmente, ni siquiera en imaginación ni deseo podemos acomodarnos con aquello de que habríamos menester para nuestro contentamiento. Dejemos a nuestra mente tejer y destejer a su sabor, tampoco será capaz de desear lo que le es propio para satisfacerse:

Quid enim ratione timemus,  
Aut cupimus? quid tam dextro pede concipis, ut te  
Conatus non pœniteat, votique peracti?<sup>1</sup>

Por eso Sócrates no pedía que los dioses le concedieran sino aquello que conforme al juicio de los mismos pudiera serle saludable; y los rezos de los lacedemonios, así los públicos como los particulares, iban simplemente encaminados a que les fueran otorgadas las cosas buenas y hermosas, dejando a la discreción del supremo poder la elección y excogitamiento de las mismas:

Conjugium petimus, partumque uxoris; at illis  
Notum, qui pueri, qualisque futura sit uxor?<sup>2</sup>

y los cristianos ruegan a Dios "que su voluntad se cumpla", para no ir a dar en la desdicha en que la mitología nos dice que cayó el rey Midas, quien suplicó a la divinidad que todo cuanto tocara se convirtiese en oro; su ruego fue escuchado, y el vino que bebía trocóse en oro, lo mismo que el pan que comía, el lecho en que reposaba, su camisa y sus vestiduras; de suerte que se vio agobiado bajo el goce que le procuró la realización de sus deseos, y sumido en una dicha insoportable, siéndole necesario rogar de nuevo para quitársela de encima:

Attonitus novitati mali, divesque, miserque  
Effugere optat opes, et, quæ modo voverat, odit<sup>3</sup>.

De mí mismo diré que habiendo solicitado de la fortuna, cuando joven, como el mayor de sus favores, la orden de San Miguel, que era entonces el mayor y más singular honor de la nobleza francesa, me fue dado disfrutar de tal distinción, ¡pero de qué modo! En vez de realzarme y elevarme del lugar que antes ocupaba, merced a tan honorífica posesión, aquélla me trató de suerte

<sup>1</sup> ¿Cuál es la razón de nuestros temores o de nuestros deseos? ¿Tuviste acaso la fortuna de concebir algo de que más tarde no te arrepientas, aun siéndote el éxito favorable? JUVENAL, *Sát.*, X, 4.

<sup>2</sup> Pedimos mujer y deseamos descendencia, mas sólo los dioses saben quién será nuestra esposa, quiénes nuestros hijos. JUVENAL, *Sát.*, X, 4.

<sup>3</sup> Atormentado por tan extraño suplicio, desea librarse de estas riquezas que le reducen a la indigencia más extremada y odia lo que antes apeteciera. OVIDIO, *Metam.*, XI, 128.

diferente, pues la humilló hasta el nivel de mis hombros y aun más bajo todavía. Cleobis y Bitón, Trofonio y Agamedes rogaron, los primeros a su diosa y los últimos a su dios, que les concediera una recompensa digna de la piedad que albergaban en sus pechos, y el presente que recibieron fue la muerte: ¡de tal modo los juicios celestes difieren de los nuestros en punto al conocimiento de nuestras necesidades! Podría Dios otorgarnos las riquezas, los honores, la vida y la salud misma, en ocasiones en perjuicio nuestro; pues no nos es salvable todo lo que nos es grato. Si en lugar de la curación nos envía la muerte o el empeoramiento de nuestros males, *virga tua, et baculus tuus, ipsa me consolata sunt*<sup>1</sup>, hácelo por razones de su providencia, la cual considera con mirada infalible lo que nos conviene, y nosotros carecemos de capacidad para saberlo. Aceptémoslo buenamente como todo lo que emana de una mano sapientísima y amiga:

Si consilium vis:

Permites ipsis expendere numinibus, quid  
Conveniat nobis, rebusque sit utile nostris...  
Carior est illis homo quam sibi<sup>2</sup>:

pues solicitar de los dioses honores y cargos, es pedir que nos lancen en un combate, en medio de los azares, o de cualquiera otra complicación, cuya salida es incierta y dudoso el fruto.

Ninguna lucha tan empeñada ni ruda como la que sostienen los filósofos sobre la cuestión de conocer cuál sea el soberano bien del hombre. Varrón calcula que de tal pendencia nacieron doscientas ochenta y cinco sectas. *Qui autem de summo bono dissentit, de tota philosophice ratione disputat*<sup>3</sup>:

Tres mihi convivæ prope dissentire videntur,  
Poscentes vario multum diversa palato:  
Quid dem? quid nom dem? Renuis tu, quod jubet alter;  
Quod petis, id sane est invisum acidumque duobus<sup>4</sup>:

Así debía responder la naturaleza a tantas cuestiones y debates. Los unos dicen que nuestro bien reside en la virtud; los otros en el placer; algunos en no contrariar ni violentar las propias inclinaciones; quién asegura que en la ciencia; quién que en la carencia de dolor; quién en no dejarse llevar por las apariencias. A esta opinión se asemeja la sentencia de Pitágoras:

Nil admirari, prope res est una, Numici,  
Solaque, quæ possit fecere et servare beatum<sup>5</sup>,

que es el ideal de la secta pirroniana. Atribuye Aristóteles a magnanimidad el no admirar nada, y Arquesilas decía que el fundamento de la rectitud e infle-

<sup>1</sup> Tu vara y tu báculo han sido mi consuelo. *Salmo XXII*, 4.

<sup>2</sup> He aquí mi consejo: deja que los dioses nos den lo que nos convenga, lo que ellos saben que es para nosotros provechoso... Los dioses aman al hombre más que él se ama a sí mismo. *JUVENAL, Sát.*, X, 346.

<sup>3</sup> Disintiendo acerca de lo que sea el sumo bien del hombre se cae en forzoso desacuerdo sobre la totalidad de la doctrina filosófica. *CICERON, de Finibus*, V, 5.

<sup>4</sup> Tengo a mi mesa tres convidados, cada cual con gusto diferente, cada cual deseoso de comer cosas distintas. ¿Qué les daré? ¿Qué no les daré? Tú rechazas lo que otro apetece; lo que tú deseas es desagradable para los otros dos. *HORACIO, Epíst.*, II, 2, 61.

<sup>5</sup> No admirarnos de nada, amigo Numicio, es acaso el medio único y solo que puede darnos y conservarnos la felicidad. *HORACIO, Epíst.*, I, 6, 1.

xibilidad del juicio eran los vicios y los males. Verdad es que en lo que sentaba como axioma apartábase de los pirronianos, los cuales cuando dicen que el bien supremo reside en la ataraxia, que es la quietud absoluta del juicio, no pretenden dignificarle de una manera afirmativa; pero el movimiento mismo del alma que les hace huir los precipicios y ponerse a cubierto del sereno, muéstrales tal idea y les hace rechazar otra.

Cuán vivamente desearía yo, mientras me encuentro en esta vida, que algún sabio, Justo Lipsio<sup>1</sup>, por ejemplo, que es el hombre más docto que nos queda, y cuyo espíritu culto y mesurado guarda analogía tan grande con el de Turnebo, tuviera voluntad, salud y reposo suficientes para ordenar en un registro, según sus divisiones y sus clases, con curiosidad y buena fe, las opiniones todas de la antigua filosofía sobre nuestro ser y nuestras costumbres y controversias; el crédito de que gozaron todas estas ideas; si los filósofos practicaron las máximas que enseñaron, y, en fin, todo lo memorable y ejemplar, digno siempre de ser consignado. No cabe duda que tal libro sería útil y hermoso. En suma, si con las luces de nuestro propio espíritu pretendemos reglamentar nuestras costumbres, ¿a cuántas confusiones no nos lanzamos? Lo que nuestra razón nos aconseja de más cuerdo es que cada cual obedezca las leyes de su país, como recomiendan los preceptos de Sócrates, inspirados, dice, por la sabiduría divina, con lo cual manifiesta que nuestros deberes no tienen otra pauta que la fortuita. La verdad debe tener un carácter idéntico y universal. Si el hombre conociese la verdadera esencia de la rectitud y la justicia, no las supondría inherentes a las costumbres de esta o aquella región, ni supondría tampoco que residen en las costumbres de los persas o en las de los indios. Nada como las leyes está sujeto a más continua mutación; desde que yo vine al mundo he visto cambiar hasta tres o cuatro veces las de los ingleses, nuestros vecinos, y no ya sólo las políticas, lo cual sería menos peregrino, sino las que tocan a lo más importante que pueda existir sobre la tierra, a la religión, cosa que me avergüenza y desconsuela por tratarse de una nación con la que mi familia tuvo unión íntima de parentesco; en mi casa se guardan todavía testimonios de ello. En nuestro propio país he visto tal causa que nos exponía a la pena capital convertirse en legítima; nosotros, que mantenemos otras, estamos abocados, según la incertidumbre de la fortuna guerrera, a ser un día criminales de lesa majestad humana y divina, si nuestra justicia cae en manos de la injusticia, y en el espacio de pocos años las cosas mudan por completo. ¿Cómo podía aquel dios de la antigüedad<sup>2</sup> acusar en la mente humana la ignorancia del ser divino y enseñar a los hombres que la religión no era sino invención terrena, propia a unir los unos a los otros, declarando a los que consultaban sus luces que el verdadero culto de cada uno era el que veía observado por la costumbre en el lugar en que había nacido? ¡Oh Dios! ¡Qué reconocimiento tan grande es el que debemos a la benignidad de nuestro Creador soberano por haber libertado nuestras creencias de esas devociones vagabundas y arbitrarias; por haberlas llevado al eterno fundamento de la palabra santa! ¿Qué nos responderá a esto la filosofía? "Que sigamos las leyes de nuestro país", es decir, ese flotante mar de las opiniones de un pueblo o de un príncipe, que me pintarán la justicia con colores tan diversos y la modificarán de tantos modos como cambios haya en sus pasiones respectivas. Mi juicio no puede ser tan flexible ni acomodaticio.

<sup>1</sup> Justo Lipsio, que sostuvo con Montaigne relaciones de correspondencia, ha cumplido, a lo menos en parte, este deseo en su obra sobre el estoicismo, titulada *Manuductio ad stoicam philosophiam*. Este trabajo no vio la luz hasta 1604, doce años después de muerto Montaigne.

<sup>2</sup> Apolo.

¿Qué clase de bondad es la que ayer gozaba de predicamento y mañana se desacredita, ni la que el curso de un río convierte en crimen? ¿Qué verdad la que esas montañas limitan y que se trueca en mentira para los que viven más allá?<sup>1</sup>

No dejan de ser graciosos cuando para imprimir a las leyes alguna certidumbre aseguran que las hay firmes, perpetuas e inmutables, y que éstas se llaman naturales por estar selladas en el género humano, por la condición peculiar de la propia esencia de éste; de éstas quién fija el número en tres, quién en cuatro, unos más y otros menos, prueba evidente de que en ello hay igual incertidumbre como en todo lo demás. En verdad son infortunados los que así se expresan, pues no puedo escribir otro nombre al considerar que de un número tan infinito de leyes no se encuentre ni una siquiera que el azar o la casualidad hayan hecho aceptar universalmente por general aquiescencia de todas las naciones. Así que, la única prueba verosímil por la cual puedan imponer algunas naturales es la universalidad de su aprobación, pues aquello que la naturaleza nos hubiera recomendado practicaríamoslo por general consentimiento, y no sólo cada pueblo en general, sino también cada individuo en particular, advertirían la violencia y la fuerza que les produciría quien pretendiera desviarlos de esa ley. Muéstrenme para que la vea una sola en que se cumplan esas condiciones. Protágoras y Aristón no suponían otro fundamento en la justicia de las leyes que el parecer y autoridad del legislador, y consideraban que si se prescindía de esta circunstancia, hasta la bondad y la honradez perdían sus méritos respectivos, quedando reducidas a nombres huecos y a cosas indiferentes. Trasímaco en Platón entiende que no hay más derecho que la ventaja del superior. No hay cosa sobre la tierra en que mayor variedad se encuentre que en las costumbres y en las leyes; lo que aquí es abominable considérase allá como digno de encomio; como por ejemplo en Lacedemonia la sutileza en el robar. Los matrimonios entre parientes se prohíben rigurosamente entre nosotros; en otras partes se honran tales uniones:

Gentes esse feruntur,  
In quibus et nato genitrix, et nata parenti  
Jungitur, et pietas geminato crescit amore<sup>2</sup>;

los parricidios, la cesión de las mujeres, los tráfico, robos y licencias; toda suerte de voluptuosidades, toda clase de extravíos, nada hay, en suma, por loco, insensato u horrible que no se encuentre recibido por el uso de alguna nación.

Creíble es que existan leyes naturales como se ve entre las demás criaturas, pero entre nosotros se perdieron. Esta hermosa razón humana, ingiriéndose

<sup>1</sup> En verdad si el hombre la conociera (la justicia), no habría sentido esta máxima, la más general de todas las existentes entre los mortales, de que cada cual siga las costumbres de su país; el resplandor de la verdadera equidad habría sujetado a todos los pueblos, y los legisladores no hubieran tomado por modelo en lugar de esta justicia constante, las fantasías y caprichos de los persas y de los alemanes. Veríamosla asentada en todos los Estados del mundo y en todos los tiempos, mientras no vemos casi nada justo o injusto que no cambie de calidad al mudar de clima. Tres grados de elevación sobre el polo echan por tierra toda la jurisprudencia. Un meridiano decide de la verdad; en contados años de vigor las leyes fundamentales cambian; el derecho tiene sus épocas. La entrada de Saturno en el signo del león nos señala el origen de tal crimen. ¡Singular justicia la que el curso de un río limita! Verdad aquende los Pirineos, error allende. (Es éste uno de los numerosos pensamientos de Pascal inspirados por Montaigne y a veces casi literalmente transcritos.)

<sup>2</sup> Pueblos hay en que las madres se unen con sus hijos y las hijas con sus padres; en ellos el amor familiar se acrecienta con estos nuevos vínculos. OVIDIO, *Metam.*, X, 331.

en todo como señora y soberana, enturbió y confundió el aspecto de las cosas conforme a su vanidad e inconstancia: *nihil itaque amplius nostrum est; quod nostrum dico, artis est*<sup>1</sup>. Todas las cosas ofrecen matices diversos y se prestan a consideraciones varias, lo cual engendra la diversidad de opiniones: una nación las examina por un lado, detiénese en él, y otras por otro.

Nada tan horrible de imaginar como el comerse a su propio padre. Los pueblos que antiguamente practicaron esta costumbre tomáronla, sin embargo, como testimonio de piedad y afección intensas, buscando con ella conceder a sus progenitores la más digna y honrosa sepultura, alojando en sí mismos y como en su misma médula el cuerpo y las reliquias de sus padres, vivificándolos en algún modo y regenerándolos por la trasmutación en su carne viva por medio de la digestión y la nutrición. Fácil es considerar lo abominable y cruel que hubiera sido a los ojos de estos hombres, acostumbrados y empapados en superstición semejante, el arrojar en la tierra los despojos de los que los engendraran para que se corrompieran y fueran devorados por los gusanos.

Licurgo no ve en el robo más que la vivacidad, diligencia, arrojo y destreza que supone el apoderarse de algo que pertenezca al prójimo, y la utilidad pública que se sigue de que cada cual mire con interés mayor aquello que le pertenece, estimando que de ambas cosas (ataque y defensa) se alcanzaba gran provecho para la disciplina militar, que era la principal virtud y la ciencia primordial a que quería encaminar y habitar a su nación; méritos que a su entender aventajaban al desorden e injusticia de prevalecerse de los ajenos bienes.

Dionisio el tirano ofreció a Platón una túnica a la moda persa, larga, adamsada y perfumada; Platón la rechazó diciendo que como había nacido hombre, por nada del mundo se vestiría de mujer; pero Aristipo la aceptó fundamentándose en esta otra razón: "Que ningún atavío podía corromper un valor sano y vigoroso." Censuraban sus amigos su cobardía por haber tolerado que el tirano le escupiera en el rostro, y el filósofo respondió: "También los pescadores sufren de buen grado que las ondas del mar bañen su cuerpo de los pies a la cabeza por atrapar un miserable pececillo." Diógenes estaba lavando sus berzas, y viendo pasar a Aristipo, le dijo: "Si supieras vivir con coles no serías el cortesano de un tirano"; a lo cual Aristipo repuso: "Y si tú supieras vivir entre los hombres no estarías ahí lavando coles." He aquí cómo la razón procura argumentos para probarlo todo: es un jarro con dos asas que puede cogerse del lado derecho lo mismo que del izquierdo:

Bellum, o terra hospita, portas:  
Bello armantur equi; bellum hæc armenta minantur.  
Sed tamen idem olim curru succedere sueti  
Quadrupes, et frena jugo concordia ferre,  
Spes est pacis<sup>2</sup>.

Recomendábase a Solón que no vertiera lágrimas impotentes e inútiles por la muerte de su hijo: "Por eso precisamente las derramo, contestó, porque son impotentes e inútiles." La mujer de Sócrates agravaba su pesar porque los jueces le hacían morir injustamente, a lo cual su marido repuso: "Pues qué, ¿desearías más bien que me hicieran morir justamente?" Nosotros llevamos las

<sup>1</sup> Nada es nuestro de un modo absoluto; lo que yo digo que es nuestro es una pertenencia del arte. CICERON, *de Finibus*, V, 21.

<sup>2</sup> ¡Oh tierra hospitalaria! ¿Acaso te preparas para la guerra? Equipados están tus corceles, y estos fogosos animales son como el presagio de próximos combates. Mas a veces los caballos que uncidos a un carro lo arrastran obedientes al blando yugo son esperanza de paz. VIRGILIO, *Eneida*, III, 539.

orejas agujereadas; los griegos consideraban esta costumbre como testimonio de esclavitud y servidumbre; nos ocultamos para gozar de las mujeres: los indios las disfrutaban públicamente. Los escitas inmolaban a los extranjeros en sus templos: en otras partes los templos eran lugar seguro de franquicia:

Inde furor vulgi, quod numina vicinorum  
Odit quisque locus, quum solos credat habendos  
Esse deos, quos ipse colit<sup>1</sup>.

He oído hablar de un juez, que, cuando encontraba algún conflicto difícil de resolver entre Bartolo y Baldo<sup>2</sup>, escribía en la margen de su libro: "Cuestión para el amigo"; con lo cual quería significar que la verdad estaba tan embrollada y debatida en el pasaje, que si se terciaba una causa análoga podría favorecer a quien mejor se le antojara. Sólo por falta de destreza podía dejar de adoptar en todo igual criterio. Los abogados y jueces de nuestra época encuentran en todas las causas razones de sobra para resolverlas conforme a su capricho. En una ciencia tan complicada, que depende de la autoridad de tantas opiniones, y de un asunto tan arbitrario, no puede acontecer que no nazca una peregrina confusión de juicios. De suerte que por claro que aparezca un proceso los pareceres sobre el mismo se diversifican; lo que uno entiende de un modo, otro lo entiende de otro, y a veces uno mismo de distintos modos en distintas ocasiones. De lo cual vemos ejemplos a diario merced a licencia semejante, que mancha la ceremoniosa autoridad y brillo de nuestra justicia, al no fijar concretamente el sentido de las leyes y al correr de unos a otros jueces para decidir de una misma causa.

Cuanto a la libertad de las opiniones filosóficas en punto a la virtud y al vicio, entre ellas se encuentran muchas mejor para calladas que para escritas, a fin de evitar el contagio de los espíritus flojos. Arcesilao decía que en la lujuria no había que considerar por qué lugar se pecaba: *Et obscænas voluptates, si natura requirit, non genere, aut loco, aut ordine, sed forma, ætate, figura, metiendas Epicurus putat. . . Ne amores quidem sanctos a sapiente alienos esse arbitrantur. . . Quæramus, ad quam usque ætatem juvenes amandi sint*<sup>3</sup>. Estos dos últimos lugares estoicos sobre el amor de los jóvenes y la censura de Diacaerco a Platón mismo, prueban que la filosofía más sana cae en las licencias del uso común.

Las leyes adquieren autoridad con el uso y el arraigo. Es peligroso referirlas al punto de donde emanaron. Ennoblescense rodando, como los ríos; seguid el curso de éstos en dirección contraria a la corriente, hasta llegar al lugar donde nacen, y no veréis más que una fuentecilla apenas perceptible, que al envejecer se enorgullece y fortifica. Ved las antiguas razones que imprimieron el primer impulso a ese famoso torrente, lleno de dignidad, que al par inspira

<sup>1</sup> De aquí el furor con que las gentes de cada país odian las divinidades de los países vecinos, creyendo sin duda que no debe haber más dioses que los que ellos solos veneran. JUVENAL, XV, 37.

<sup>2</sup> Bartolo, uno de los más célebres jurisconsultos de los tiempos modernos; nació en Sasso-Ferrato, ciudad de la Umbría, hacia el año 1313 y murió en Perusa en 1356. — Baldo (Bernardino), abad de Guastala, nació en Urbino en 1553, murió en 1617 y fue uno de los hombres más sabios de su tiempo.

<sup>3</sup> En cuanto a los placeres obscenos, supuesto que nuestra naturaleza los reclama, cree Epicuro que no se debe atender al nacimiento, a la posición o al rango social, sino a la forma, a la edad o a la figura. CICERON, *Tusc. quæst.*, V, 33. — Los estoicos opinan que no debe privarse al sabio de los placeres honestos del amor. CICERON, *de Finibus bonorum et malorum*, III, 20. — Investiguemos, dicen los estoicos, hasta qué edad es lícito amar a las jóvenes. SENECA, *Epist.*, 123.

reverencia y horror, y las encontraréis tan ligeras, tan deleznable, que las gentes que lo aquilatan todo, y todo lo examinan con las luces de la razón, y que nada admiten por autoridad ni a crédito, no es maravilla que juzguen a veces de un modo que se aleja de los pareceres comunes. Son éstas gentes que toman por patrón la imagen primordial de la naturaleza, y no es por tanto extraordinario que en la mayor parte de sus ideas se extravíen del camino trillado. Pocos de entre ellos hubieran aprobado las formalidades impuestas a nuestros matrimonios; la mayor parte prefirieron tener mujeres comunes a varios, sin obligación para con ellas, y rechazaron toda suerte de ceremonias análogas a las nuestras. Decía Crisipo que un filósofo puede dar una docena de volteretas, hasta cuando va sin calzones, por unas cuantas aceitunas. Este filósofo no hubiera aprobado la conducta de Clístenes, que se negó a conceder la mano de su hija Agarista a Hipodólides, por haberle visto hacer equilibrios infantiles sobre una mesa. Metroclo dejó escapar un pedo un tanto indiscretamente en una disputa, hallándose delante de sus discípulos; luego, de vergüenza, se metió en su casa sin querer salir, hasta que Crates le fue a ver, y añadiendo a sus consolaciones y razones el ejemplo de su cinismo se puso a expeler ventosidades en competencia con él, y le purgó de escrúpulos; además llevóle a su secta estoica, que era más franca, haciéndole abandonar la peripatética, mucho más urbana, y que hasta entonces había seguido. Lo que nosotros llamamos decoro, lo que nos impide hacer al descubierto aquello que debe practicarse privadamente, los estoicos lo llamaban tontería; y añadían que es alardear de melindroso el no reconocer lo que la naturaleza, la costumbre y nuestras propias inclinaciones pregonan y proclaman. Estimábanlo vicio, juzgando que era denigrar el valor de los misterios de Venus el apartarlos del santuario de su templo para exponerlos a la vista del pueblo. Creían que descorder el velo que ocultaba estos juegos era envilecerlos; que la vergüenza, el recelo, la circunspección y la reserva en el goce de los placeres del amor, constituyen una parte de la estima en que los tenemos; y que la voluptuosidad se ocultaba muy ingeniosamente bajo la máscara de la virtud para no ser prostituida en medio de las encrucijadas, pisoteada y menospreciada a los ojos del pueblo, echando de menos el decoro y ventajadas de sus acostumbrados recintos. Por eso algunos aseguran que acabar con los burdeles públicos es no solamente extender por todas partes la lujuria que se cobija en esos lugares, sino además aguijonear en los hombres el mismo vicio a causa de la dificultad de satisfacerlo:

Mæchus es Aufidiæ, qui vir, Scævine, fuisti:  
Rivalis fuerat qui tuus, ille vir est.  
Cur aliena placet tibi, quæ tua non placet uxor?  
Numquid securus non potes arrigere?<sup>1</sup>

Experiencia semejante se comprueba con mil ejemplos análogos:

Nullus in urbe fuit tota, qui tangere vellet  
Uxorem gratis, Cæciliane, tuam,  
Dum licuit: sed nunc, positis custodibus, ingens  
Turba fututorum est. Ingeniosus homo est<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Tú que fuiste esposo de Aufidia, Scævino, eres ahora su cortejo; el que antes fue tu rival es ahora su esposo. ¿Por qué te agrada como mujer de otro la misma que no te agradaba cuando era tu propia mujer? ¿Es que al estar seguro de su posesión no te inspiraba ningún deseo? MARCIAL, III, 70.

<sup>2</sup> Cuando todo el mundo podía acercarse libremente a tu mujer, Ceciliano, en

Preguntaron lo que hacía a un filósofo a quien sorprendieron en el momento mismo en que se hallaba practicando el acto amoroso, y respondió sin inmutarse: "Estoy plantando un hombre"; ni más ni menos que si se le hubiera visto plantar ajos, ni se avergonzó siquiera.

Sin duda a causa del respeto un padre de la Iglesia<sup>1</sup> considera que ese acto debe necesariamente ocultarse, y efectuarse pudorosamente, puesto que en la licencia de las uniones cónicas no podía suponer que la faena tuviera fin, sino que se complacían en los movimientos lascivos para mantener el descaro de que la secta hacía gala, y que para lanzar al exterior todo cuanto la vergüenza guardaba reprimido y oculto tenían luego necesidad de buscar la sombra. No penetró el santo suficientemente toda la magnitud de la licencia, pues Diógenes, ejerciendo en público su masturbación, formulaba en presencia de las gentes que le veían el deseo "de poder saciar su vientre restregándolo". Preguntado por qué no buscaba otro lugar más conveniente para comer que las calles y las plazas, respondió que también sentía el hambre en plena calle. Las mujeres que se agregaban a la secta de los cínicos uníanse también a sus personas en cualquier lugar y sin miramiento alguno. Hiparquia fue recibida en la sociedad de Crates con la condición de seguir en todas las cosas los preceptos de la regla de éste. Estos filósofos concedían a la virtud elevado precio y rechazaban todas las demás disciplinas de la moral, de suerte que en todas sus acciones reconocían la autoridad soberana en su conciencia colocándola por cima de las leyes, no imponiendo otra barrera a la satisfacción de los deseos que la moderación propia y el respeto de la libertad ajena.

Heráclito y Protágoras, por aquello de que las personas enfermas encuentran el vino amargo y las que están sanas agradable; porque el remo parece torcido cuando está dentro del agua y derecho cuando está fuera, y otros fenómenos análogos que los objetos muestran, argumentaron que todas las cosas llevan en sí mismas las causas de las particularidades que presentan; que en el vino hay algo de amargo que se asimila el paladar del enfermo; en el remo cierta condición de curvatura que ve el que lo mira en el agua, y así de lo demás. Todo lo cual viene a significar que todo está en todas las cosas y por consiguiente nada en ninguna, porque nada hay donde todo se encuentra.

Este principio trae a mi memoria la experiencia que todos tenemos, o sea que no hay sentido ni interpretación, derecho o torcido, amarga o dulce, que el espíritu humano deje de hallar en los escritos que registra. De la palabra más terminante, pura y perfecta, ¿cuánta falsedad e impostura no se hace nacer? ¿Qué herejía dejó de hallar testimonios y fundamentos sobrados para encontrar crédito? Por eso los que pregonan el error jamás prescinden del auxilio que presta la interpretación de las palabras. Queriendo probarme un hombre digno de respeto por medio de testimonios verídicos la investigación de la piedra filosofal, en cuyo inquirimiento está sumergido, mostróme poco ha cinco o seis pasajes de la Biblia en los cuales me decía que se fundamentaba para descargo de su conciencia, pues la persona a que aludo es un eclesiástico. Y a decir verdad, la razón que encontró acomodábase no mal a la defensa de aquella hermosa ciencia.

Por semejantes medios ganan crédito los adivinos. No hay pronosticador, con tal de que posea autoridad bastante para que se examine lo que dice, y se busquen con interés todos los escondrijos y matices de sus palabras, a quien

toda la ciudad no se hallaba un hombre que la quisiera ni gratis; pero ahora que has llenado tu casa de guardianes acuden los pretendientes en tropel. MARCIAL, I, 74.

<sup>1</sup> SAN AGUSTIN, *de Civit. Dei*, XIV, 20.

no se haga decir con verosimilitud todo cuanto se quiera, como a las Sibilas. Hay tantísimos medios de interpretación que es bien difícil que un espíritu ingenioso no encuentre, a tuertas o a derechas, en todas las cosas, lo que se proponga hallar. Por eso vemos un estilo nebuloso y ambiguo en algunos escritos con tanta frecuencia, el cual tan de antiguo gozó de predicamento. Que un autor cualquiera acierte a interesar y a dar quehacer a la posteridad, cosa que a veces se consigue más por la casualidad que por el talento; que por fineza de espíritu o por torpeza se muestre algo oscuro o contradictorio, y no haya cuidado, los comentadores le achacarán lo que dijo y lo que no dijo. Esto es lo que dio crédito a muchos engendros insignificantes y a muchos escritos, y lo que recargó de consideraciones diversas una misma idea y un mismo sistema.

¿Es posible que Homero haya querido decir todo cuanto se le ha hecho decir, y que se haya prestado a tan opuestas interpretaciones que los teólogos, los legisladores, los capitanes, los filósofos y toda suerte de gentes, cuya misión es tratar de las ciencias, por diversa y contrariamente que las traten, se apoyen en él, y por él quieran demostrarnos sus asertos? Maestro competente en todas las artes, en todas las obras y en todos los oficios, y general consejero en todas las empresas, quienquiera que haya tenido necesidad de oráculos y predicciones los encontró siempre en el poeta. Un amigo mío, hombre doctísimo, ha acertado a ver en Homero admirables cosas en pro de nuestra religión; y no hay quien le saque de su idea: Homero quiso decir cabalísimamente cuanto él encuentra. El autor de la *Iliada* le es tan familiar como al que más; pero lo que mi amigo encuentra en favor de nuestras creencias muchos antiguos lo vieron en beneficio de las suyas. Ved cómo se comenta a Platón: todos se enaltecen aplicándose sus doctrinas a sí mismos, y las llevan del lado que se les antoja; se le pasea y se le mezcla en todas las nuevas opiniones que el mundo recibe; se le pone en oposición con él mismo, conforme al diferente curso de las cosas; se le hace que desaprobe las costumbres lícitas de su siglo cuanto que son ilícitas en el nuestro. Y todo con viveza y energía, según que posee ambas cualidades el espíritu del intérprete. Sobre el principio de Heráclito de que todas las cosas encierran en sí mismas las apariencias que muestran, Demócrito sacaba una conclusión enteramente contraria, a saber: que los objetos no tenían ninguno de los aspectos que nosotros encontramos en ellos; y del hecho que la miel sea dulce al paladar de los unos y amarga para el de los otros, deducía que no era ni dulce ni amarga. Los pirronianos dirían que no saben si es dulce o si es amarga, o ni lo uno ni lo otro, o las dos cosas a la vez, pues siempre van a dar al punto más elevado de la duda. Los cirenaicos creían que nada había perceptible exteriormente, y que sólo somos capaces de advertir las cosas interiores, como el dolor y el placer, no reconociendo ni el color ni el tono de los mismos, sino solamente ciertas afecciones que se nos presentan; y aseguraban que el hombre no podía ejercitar su juicio en otra parte. Protágoras opinaba que para cada cual es verdadero lo que tal cree. Los epicúreos colocan en los sentidos el fundamento de todo juicio, en el conocimiento de las cosas y en la voluptuosidad. Platón quiere que el conocimiento de la verdad y la verdad misma, alejados de las opiniones y de los sentidos, pertenezcan exclusivamente al espíritu y a la cogitación.

Este principio me lleva a hablar de nuestros sentidos, en los cuales yace el principal fundamento y la más palmaria prueba de nuestra ignorancia. Todo cuanto se conoce llega sin duda a nosotros por la facultad de conocer, pues como el juicio proviene de la operación del que juzga, natural es que esta operación la lleve a cabo por los medios y voluntad de que dispone, y no por impulso ajeno, como acontecería si llegáramos al conocimiento de las cosas por



la fuerza y conforme a la ley de su esencia misma. Así, pues, toda noción llega a nosotros por conducto de los sentidos, que son nuestros dueños soberanos:

Via qua munita fidei  
Proxima fert humanum in pectus, templaque mentis<sup>1</sup>.

Por ellos comienza la ciencia y en ellos se resuelve. Después de todo no sabríamos más que una piedra si no tuviéramos noticia de que existen el sonido, el olor, la luz, el sabor, la medida, el peso, la blandura, la dureza, la aspereza, el color, la suavidad, la anchura, la profundidad; ellos forman el plan y los principios de todo el edificio de nuestra ciencia, y según algunos el término ciencia equivale al de sentimiento. Quien me llevara a negar el poder de los sentidos me dejaría indefenso; no podría hacerme objeción más capital: son el principio y el fin del humano conocimiento:

Invenies primis ab sensibus esse creatam  
Notitiam veri; neque sensus posse refelli...  
Quid majore fide porro, quam sensus, haberi  
Debet?<sup>2</sup>

Aminórese cuanto se quiera su poderío, siempre habrá de concederse que por su mediación se alcanza toda la instrucción que poseemos. Dice Cicerón que Crisipo, habiendo intentado echar por tierra la virtud y fortaleza de los sentidos, llegó a imaginar argumentos acomodados a su tesis, pero que no pudo llegar a explicarla. Carneades, que sostenía la opinión contraria, repúsole: "¡Ah desdichado, tu propia fuerza te ha perdido!" A nuestro entender, no hay absurdos mayores que los de sostener que el fuego no calienta y que la luz no alumbra; que en el hierro no hay pesantez ni resistencia; y que todas esas son nociones que los sentidos nos comunican; ni creencia o ciencia humanas, que puedan compararse en certidumbre a las citadas.

La primera consideración que viene a mi mente en punto a nuestros órganos es la de poner en duda que el hombre se encuentre provisto de todos los naturales. Yo veo muchos animales que viven existencia cabal y perfecta, los unos sin vista, los otros sin oído. ¿Quién sabe si a nosotros nos faltan también uno, dos, tres o varios sentidos? Caso que de alguno estemos desposeídos, nuestra razón no es capaz de advertir la falta. Privilegio es de nuestros órganos el ser el último límite de las cosas que percibimos. Nada hay más allá de ellos que nos pueda servir a descubrirlo, y a veces ni siquiera uno de nuestros sentidos puede llegar a descubrir el otro:

An poterunt oculos aures reprehendere? an aures  
Tactus? an hunc porro tactum sapor arguet oris?  
An confutabunt nares, oculive revinent?<sup>3</sup>

Todos ellos son el límite extremo de nuestra facultad.

<sup>1</sup> Son los caminos por los que la luz del conocimiento penetra en el alma del hombre, en el santuario de su inteligencia. LUCRECIO, V, 103.

<sup>2</sup> El conocimiento de la verdad nos es suministrado en primer término por los sentidos a los cuales no es posible negar eficacia. ¿Hay algo que sea más digno que ellos de inspirarnos confianza absoluta? LUCRECIO, IV, 479, 483.

<sup>3</sup> ¿Podrá el oído corregir las sensaciones de la vista, o el tacto las del oído? ¿El gusto, preservar de las ilusiones del tacto, o ser éste contradicho por el olfato o por la vista? LUCRECIO, IV, 487.

Seorsum cuique potestas  
Divisa est, sua vis cuique est<sup>1</sup>.

Es imposible convencer a un ciego de nacimiento de que no ve, e igualmente imposible hacerle desear la vista ni que lamente la falta de tal órgano; por eso no debemos servirnos del fundamento de que nuestra alma esté contenta y satisfecha con los que tenemos, en atención a que en este punto es incapaz de echar de ver su enfermedad e imperfección, en el caso de que ambas cosas fueran un hecho. Imposible es también decir nada al ciego de que hablo que pueda hacer llegar a su imaginación las ideas de luz, color y vista. Nada es capaz de llevar sus sentidos a la evidencia. Los ciegos de nacimiento, a quienes vemos desear la vista, realmente ignoran lo que piden: nos oyeron decir que les falta algo de lo que nosotros tenemos, lo cual nombran acertadamente, lo mismo que sus efectos y consecuencias, pero, sin embargo, no saben lo que es, ni siquiera de una manera aproximada.

He conocido a un caballero, de buena casa, nacido ciego, o que quedó sin vista de edad tan tierna que ignora qué cosa sea ver. Está tan poco noticioso de lo que le falta, que usa y emplea como nosotros las palabras que designan el fenómeno de la visión, y las aplica de un modo que por entero le pertenece. Presentándole un niño de quien era padrino, cogióle en sus brazos y exclamó: "¡Hermosa criatura!, ¡da gusto verla!, ¡qué ojos tan alegres!" Como cualquiera de nosotros, dirá: "Esta sala es agradable; hoy está sereno; hace un sol espléndido." Más todavía: como sabe que nuestros ejercicios acostumbrados son la caza, el juego de pelota y el tiro al blanco, por haberlo oído decir, tomó cariño a tales distracciones y cree ejercer en ellas idéntica parte que los demás; ánimo y complácese, sin que la vista a ello le ayude, con el grito de "¡Ahí va una liebre!", cuando se encuentra en alguna gran explanada en que puede cazarse; luego se le dice que la liebre fue atrapada, y hétemele tan orgulloso de su presa como oye decir que los demás están. Coge la pelota con la mano izquierda y la lanza con la pala con todas sus fuerzas; dispara el arcabuz y se da por satisfecho cuando los que le acompañan le dicen que apuntó alto, o que tocó cerca del blanco.

¿Quién sabe si el género humano comete una torpeza análoga a falta de algún sentido, y si merced a esta circunstancia lo principal del aspecto de las cosas permanece oculto para nosotros? ¿Quién sabe si las oscuridades que encontramos en muchas obras de la naturaleza provienen también de igual causa, y si muchos fenómenos que vemos en los animales, que superan nuestras facultades, proceden también de igual origen, y si algunos de entre ellos gozan vida más plena que la nuestra? Cuando cogemos una manzana nos servimos casi de todos nuestros sentidos; advertimos en ella el color rojo, la pulidez, el olor y la dulzura; a más de estas propiedades dicho fruto puede tener otras que nosotros no echamos de ver por carecer de sentidos que las adviertan. En las propiedades que llamamos ocultas en muchas cosas, como la del imán de atraer al acero, ¿no es verosímil que en la naturaleza haya facultades sensitivas propias para juzgarlas y advertirlas y que la carencia de las mismas nos acarree la ignorancia de la esencia verdadera de tales causas? Acaso es cierto sentido particular lo que descubre a los gallos la hora de la mañana y la de la medianoche, y los mueve a cantar; lo que enseña a las gallinas antes de que nadie se lo diga a temer al gavián, y no al pato ni al pavo, que son de mayor tamaño; lo que advierte a los pollos de la naturaleza hostil del gato contra ellos, y a no

<sup>1</sup> Cada sentido tiene su poder peculiar, su propia esfera de acción, *Ibid.*, IV, 490.



Cuando con el dedo índice se toca un balín de arcabuz, estando el del corazón entrelazado por la parte superior de aquél, precisa hacerse violencia para reconocer que no hay más que uno; de tal modo los sentidos nos representan dos. Que éstos sean muchas veces dueños del raciocinio y le obliguen a recibir impresiones que conoce y juzga falsas, vese a cada momento. Dejando a un lado el del tacto, cuyas funciones son más cercanas, vivas y sustanciales, el cual tantas veces da en tierra, por los efectos dolorosos que comunica a nuestro cuerpo, con las más estoicas resoluciones, y obliga a exhalar alaridos a quien implantó heroicamente en su alma; "que el cólico como cualesquiera otra enfermedad y dolor es cosa indiferente que carece de fuerzas para aminorar en nada la dicha soberana y la bienandanza en que el filósofo se coloca por virtud del vigor de su espíritu", no hay ánimo por flojo que sea, a quien el redoblar de los tambores y el sonido de las trompetas deje de alentar, ni tan duro que no se sienta despertado y acariciado por los dulces acordes de la música. Ninguna alma hay tan ruda que no se sienta movida a reverencia al considerar el vasto recinto de nuestras iglesias, rodeado de misterio; la diversidad de los ornamentos y el orden de las ceremonias; al oír la santa armonía de los órganos, y el timbre religioso y tranquilo de las voces del coro; hasta los que trasponen con indiferencia los umbrales de nuestros templos experimentan como un temblor en sus pechos, algún temor que los hace desconfiar de la eficacia de sus ideas. Por lo que a mí toca, en modo alguno me siento suficientemente fuerte para escuchar con frialdad los versos de Horacio o de Catulo cantados por una garganta armoniosa y una boca joven y linda; Zenón decía bien cuando sentaba que la voz constituye la esencia de la belleza. Han querido hacerme creer que un hombre a quien todos los franceses conocemos me obligó a aceptar como buenos, recitándomelos, unos versos que había compuesto; que no eran lo mismo en el papel que en el aire, y que mis ojos juzgaran de diverso modo que mis oídos; de tal suerte la pronunciación realza y avalora las obras que de ella dependen. Por lo cual Filoxeno no montó en cólera al oír entonar malamente una de sus composiciones, sino que pateó e hizo añicos unos ladrillos que pertenecían al recitador, diciéndole: "Rompo lo que es tuyo, como tú corrompes lo que es mío." ¿Por qué hasta los mismos que recibieron la muerte con ánimo varonil apartaron la faz para no ver el golpe que soportaban? Los que para el cuidado de su salud desean y solicitan que se les ampute o cauterice, ¿por qué son incapaces de resistir la vista de los aprestos, utensilios y la operación del cirujano, puesto que los ojos no tienen participación ninguna en el dolor? ¿No son estos ejemplos plena prueba del predominio que los sentidos ejercen sobre la razón? Inútil es que sepamos que esas trenzas recibieron prestadas de la cabeza de un paje o de un lacayo, que ese carmín vino de España, y esa blancura y pulidez del mar Océano; la vista nos fuerza a encontrar a la dama más linda y apetitosa, contra todo viso de razón, pues todos esos atractivos son pegados:

Auferimur cultu; gemmis, auroque teguntur  
Crimina: pars minima est ipsa puella sui.

prominencias aproximándose y confundiéndose formasen una gran isla. Asimismo, al navegar con velas desplegadas, sin apartarnos de la costa, nos parece que las llanuras y los valles corren en dirección opuesta... Si nuestro caballo se detiene en medio de un río, se nos figura que una fuerza extraña se apodera de su cuerpo y le hace marchar contra la corriente. LUCRECIO, IV, 398, 399, 421.

Sæpe, ubi sit quod ames, inter tam multa requiras;  
Decipit hac oculos ægide dives amor<sup>1</sup>.

¡Cuánto conceden al empuje de los sentidos los poetas que representan a Narciso perdido de amor por su sombra,

Cunctaque miratur, quibus est mirabilis ipse;  
Se cupit imprudens; et, qui probat, ipse probatur;  
Dumque petit, petitur; pariterque accendit, et ardet<sup>2</sup>;

y el cerebro de Pigmalión, tan trastornado se vio por la impresión de la vista de su estatua de marfil, que le inspiró deseos, suponiéndola animada por el soplo de la vida!

Oscula dat, reddique putat: sequiturque, tenetque,  
Et credit tactis digitos insidere membris;  
Et metuit, pressos veniat ne livor in artus<sup>3</sup>.

Colóquese a un filósofo en una jaula de alambres delgados, y puestos a distancia, suspendida en lo alto de las torres de Nuestra Señora de París: nuestro hombre verá evidentemente que la caída es imposible; mas sin embargo no podrá evitar (caso de no estar habituado al oficio de pizarrero) que la contemplación de altura tan extraordinaria no le espante y atemorice; de resistencia sobrada damos muestras con mantenernos seguros en las galerías de los campanarios, cuando éstos tienen aberturas y antepechos; personas hay que no resisten ni siquiera que les pase por la cabeza la idea de encontrarse a una altura tan considerable. Colóquese una viga entre dos torres del mismo templo<sup>4</sup> de un grosor y anchura suficientes a que podamos andar sobre ella; no hay prudencia filosófica, por firme que sea, que nos aliente a recorrerla como la recorreríamos si estuviera en el suelo. Con frecuencia he experimentado hallándome en las alturas de las montañas que están más allá de mi país (soy, sin embargo, de los que se espantan poco de tales cosas), que no podía resistir la vista de la profundidad infinita que divisaba sin horror y temblor de corvas y muslos, y eso que no me aproximé demasiado, ni tampoco la caída hubiera sido posible a no haberme arrojado voluntariamente. He advertido también que cualquiera que sea la elevación del precipicio ante el cual estemos colocados, siempre y cuando que en la pendiente haya un árbol o una roca para detener algún tanto nuestra vista y compartir su atención, semejante circunstancia nos alivia y tranquiliza, cual si fuera cosa de que en la caída pudiésemos

<sup>1</sup> Nos seduce la apariencia; los defectos se ocultan con el oro y las piedras preciosas; lo que menos importa en una doncella es la doncella misma. Con frecuencia ocurre preguntar viendo tan extraordinario artificio dónde está el objeto amado; el amor nos deslumbra vistiéndose con galas espléndidas. OVIDIO, *de Remed. amor.*, I, 343.

<sup>2</sup> Se embelesa en la contemplación de su bella figura y su insensatez le lleva hasta apasionarse de sí mismo, a echarse requiebros y a solicitar sus propios favores, a abrazarse en las llamas que él mismo se inspira. OVIDIO, *Metam.*, III, 424.

<sup>3</sup> La besa y cree que la estatua le devuelve los besos; se acerca más, y la abraza, y se imagina que sus dedos se hunden cual si tocaran un cuerpo vivo, y no se atreve a estrecharla por temor de ahogarla entre sus brazos. OVIDIO, *Metam.*, X, 256.

<sup>4</sup> Colocad al filósofo mayor del mundo sobre una tabla más ancha y resistente de lo que haya menester para que le soporte, y si tiene bajo sus plantas un precipicio, aun cuando su razón le convenza de que está seguro, la imaginación prevalecerá. Muchos no podrían pensar en tal situación sin trasudar y palidecer. PASCAL.

recibir socorro; pero los abismos cortados, sin prominencias, ni siquiera podemos mirarlos sin que el vértigo nos gane instantáneamente, lo cual es una evidente impostura de la vista: *ut despici sine vertigine simul oculorum animique non possit*<sup>1</sup>. Por eso el gran Demócrito se saltó los ojos para descargar su alma de los desórdenes que con ellos recibía, y poder así filosofar con libertad mayor. Mas siguiendo iguales miras debió también ponerse estopa en los oídos, los cuales al decir de Teofrasto constituyen el instrumento más peligroso de que disponemos para recibir impresiones violentas, que nos trastornan y modifican; y debió privarse de todos los demás sentidos, o lo que es lo mismo, de su ser y de su vida, pues en todos ellos reside el poderío de avasallar nuestra razón y nuestra alma. *Fit etiam scæpe specie quadam, scæpe vocum gravitate et cantibus, ut pellantur animi vehementius; scæpe etiam cura et timore*<sup>2</sup>. Aseguran los médicos que ciertos temperamentos se agitan hasta el furor oyendo determinados sonidos musicales. He visto alguien que no podía sentir que royeran un hueso bajo su mesa sin perder al punto la paciencia, y apenas hay hombre que no se estremezca ante el ruido áspero e intenso que produce la lima al aplicarla contra el hierro; al oír mascar de cerca o al escuchar a alguien que tenga en la garganta o en la nariz algún obstáculo, muchos se incomodan hasta la cólera o el odio. El flautista templador de Graco, que ablandaba, vigorizaba y acomodaba el diapasón requerido por la voz de su amo cuando éste arengaba en Roma, ¿qué servicio prestaba si el movimiento e índole del sonido no era capaz de conmover ni alterar el juicio de los oyentes? ¡En verdad hay razón para enorgullecerse de la seguridad de nuestros lindos órganos, que se modifican y cambian merced a un viento tan sutil y ligero!

Idéntica ilusión que los sentidos llevan al entendimiento, recíbenla ellos a su vez; frecuentemente nuestra alma se desquita de igual modo. Diríase que los unos y la otra se engañan a competencia. Lo que vemos y oímos cuando estamos agitados por la cólera no lo vemos ni lo oímos tal y conforme es en realidad:

Et solem geminum, et duplices se ostendere Thebas<sup>3</sup>;

aquello que amamos nos parece más hermoso de lo que en el fondo es:

Multimodis igitur pravæ turpesque videmus  
Esse in deliciis, summoque in honore vigere<sup>4</sup>;

y más feo lo que nos disgusta; para un hombre desesperado y afligido la claridad del día es oscura y tenebrosa. Nuestros sentidos no sólo se ven trastornados, sino también entorpecidos por completo a causa de las pasiones del alma; ¿cuántas cosas ven nuestros ojos que nuestro espíritu no admite cuando otras cosas le preocupan?

<sup>1</sup> No es posible asomarse a ellos sin que el vértigo se apodere de todo nuestro ser. TITO LIVIO, XLIV, 6.

<sup>2</sup> Sucede también que el espíritu es impresionado con más viveza unas veces por ciertos espectáculos, otras por la vibración de una voz extraña o por la melodía de ciertas canciones; otras, en fin, por la inquietud o por el temor. CICERÓN, *de Divinat.*, I, 37.

<sup>3</sup> Entonces se ven (como aconteció a Penteo) dos soles y dos Tebas. VIRGILIO, *Eneida*, IV, 470.

<sup>4</sup> No es raro ver la maldad y la bajeza atraerse todas las voluntades y reinar con imperio absoluto en los corazones. LUCRECIO, IV, 1152.

In rebus quoque apertis noscere possis,  
Si non advortas animum, proinde esse, quasi omni  
Tempore semotæ fuerint, longeque remotæ<sup>1</sup>:

Diríase que el alma, recogida interiormente, encuéntrase preocupada por las representaciones de los sentidos. De todo esto podemos concluir que el hombre, así interior como exteriormente, hállase repleto de debilidad y mentira.

Los que compararon nuestra existencia a un sueño quizás tuvieron más razón de lo que pensaron. Cuando soñamos, nuestra alma vive, obra y ejercita todas sus facultades, ni más ni menos que cuando velamos; y si bien lo hace de una manera más blanda y borrosa, no es hasta el extremo que la diferencia sea como la que va de la noche a una claridad viva, sino más bien como la que existe entre la noche y la sombra. Cuando soñamos, el alma duerme; cuando estamos despiertos, dormita; más o menos intensas, en las tinieblas se encuentra siempre, en las tinieblas cimerianas. Velamos dormidos, y velando dormimos. Yo no veo con tanta claridad en el sueño; mas por lo que toca al velar, jamás lo contemplo puro y sin nubes. El sueño en su profundidad adormece a veces los sueños mismos, pero nuestro velar no es nunca tan despierto que disipe y purgue los ensueños, que son los sueños de los que velan, o peor aún. Reconociendo nuestra razón y nuestra alma las quimeras e ideas que engendramos en el sueño, aceptándolas lo mismo que los actos que realizamos cuando despiertos, ¿por qué no ponemos en duda si nuestro pensar y nuestro obrar son otro sueño, y nuestro velar alguna manera de dormir?

Si los sentidos son nuestros primeros jueces, no son sin embargo los que exclusivamente debemos llamar a consejo, pues en tal facultad los animales tienen tanto o más derecho que nosotros. Es evidente que algunos tienen el oído más agudo que el hombre, otros la vista, otros la sensibilidad, y otros el tacto o el gusto. Decía Demócrito que los dioses y las bestias estaban dotados de facultades sensitivas mucho más perfectas que el hombre. Ahora bien, entre los efectos de los sentidos de aquéllas y los nuestros la diferencia es extrema; nuestra saliva limpia y seca nuestras llagas, pero mata a la serpiente:

Tantaque in his rebus distantia, differitasque est,  
Ut quod aliis cibus est, aliis fuit acre venenum,  
Sæpe etenim serpens, hominis contacta saliva,  
Disperit, ac sese mandendo conficit ipsa<sup>2</sup>:

¿cuál será, pues, la cualidad que aplicaremos a la saliva? ¿Según las propiedades que en nosotros produce, o conforme al resultado en la serpiente? ¿Por cuál de los dos casos fijaremos la verdadera esencia que buscamos? Plinio afirma que en las Indias hay ciertas liebres marinas cuya carne es para el hombre venenosa, y el hombre es a su vez veneno para ellas, pues con el solo contacto las mata; ¿quién será en este caso el verdadero veneno, el hombre o el pez? ¿A quién habremos de dar crédito de eficacia destructora, al pez, que es veneno para hombre, o al hombre, que es veneno para pez? Ciertos miasmas que dañan al hombre no perjudican al buey; otros dañan al buey y dejan libre

<sup>1</sup> Aun las cosas que tienes delante de los ojos, si no fijas en ellas la atención, serán para ti tan desconocidas como aquellas otras que siempre estuvieron ocultas y colocadas a inmensa distancia. LUCRECIO, IV, 809.

<sup>2</sup> La diversidad y aun la oposición en este punto es tal, que a veces lo que para unos sirve de alimento obra en los otros como activa ponzoña; la serpiente, por ejemplo, al contacto de la saliva del hombre muere destrozándose ella misma. LUCRECIO, IV, 638.

al hombre; ¿cuál de los dos miasmas será de naturaleza pestilente? Los que padecen de ictericia ven todas las cosas amarillentas y más pálidas que los que no sufren esta enfermedad:

Lurida præterea fiunt, quæcumque tuentur  
Arquati<sup>1</sup>.

Los que tienen el mal que los médicos llaman *hyposphagma*, que consiste en el esparcimiento de la sangre bajo la piel, ven todas las cosas rojas y sangrientas. Estos humores que así cambian las propiedades de nuestra vista, ¿qué sabemos si predominan en los animales y les son normales? Porque, en efecto, vemos unos que tienen los ojos amarillos, como nuestros enfermos de ictericia; otros que los tienen encarnados y sangrientos. Es verosímil que para ambos el color de los objetos difiera de como nosotros los vemos; ¿cuál será, por tanto, el verdadero? Porque no está palmariamente demostrado que la esencia de las cosas se manifieste exclusivamente al hombre: la dureza, blancura, profundidad, agrior y demás cualidades de las mismas tocan al servicio y conocimiento de los animales, de la propia suerte que a los nuestros; dióles la naturaleza la facultad de advertirlas como a nosotros. Cuando estiramos hacia abajo el párpado inferior, los objetos que se muestran a nuestra vista los vemos alargados y extendidos; algunos animales tienen los ojos así conformados. ¡Quién sabe si este alargamiento es la verdadera forma de los cuerpos y no la ordinaria con que ante nuestra vista se muestran! Si levantamos el mismo párpado inferior, los objetos nos aparecen dobles:

Bina lucernarum flagrantia lumina flammis...  
Et duplices hominum facies, et corpora bina<sup>2</sup>.

Si tenemos alguna dificultad en los oídos u obstruido el conducto de ellos, advertimos los sonidos de manera distinta a la ordinaria; por lo mismo los animales que tienen las orejas peludas, o cuyo conducto auditivo es muy pequeño, no oyen como nosotros y acogen el sonido de distinto modo. En las fiestas y en los teatros vemos que colocando ante la luz de las antorchas un cristal de un color cualquiera, todo cuanto recibe la luz del mismo nos aparece verde, amarillo o violeta:

Et volgo faciunt in lutea russaque vela,  
Et ferrugina, quum, magnis intenta theatris,  
Per malos volgata trabesque, trementia pendent:  
Namque ibi consessum caveai subter, et omnem  
Scenai speciem, patrum, matrumque, deorumque  
Inficiunt, coguntque suo fluitare colore<sup>3</sup>.

Verosímil es que los ojos de los animales, que reconocemos ser de color diferente a los nuestros, les hagan ver los cuerpos del propio color que aquéllos.

Para darnos cuenta exacta de la operación que nuestros sentidos ejecutan

<sup>1</sup> Los enfermos de ictericia todo lo ven pajizo. LUCRECIO, IV, 330.

<sup>2</sup> Nos parece ver en una lámpara dos focos de luz y en un hombre dos rostros y dos cuerpos. LUCRECIO, IV, 451.

<sup>3</sup> Este mismo efecto producen los toldos amarillos, rojos y grises que para cubrir los grandes circos es costumbre colocar entre travesaños de madera, formando como un techo flotante: nótese que cuanto queda debajo, las figuras que aparecen en escena, hombres, mujeres y dioses, todo cambia de aspecto y parece teñido del color mismo de la tela. LUCRECIO, IV, 73.

sería, pues, menester primeramente que estuviéramos de acuerdo con los animales y luego con nosotros mismos, lo cual está muy lejos de acontecer, pues debatimos constantemente lo que otro dice, ve o gusta; e igualmente que sobre todo lo demás, de la diversidad de imágenes que por medio de los sentidos formamos. Por virtud de la regla ordinaria de la naturaleza, oye y ve y gusta de distinto modo un niño que un hombre de treinta años; y éste diversamente que un sexagenario: son los sentidos más oscuros y opacos para los unos, y más abiertos y agudos para los otros. Recibimos las cosas distintas según nuestro estado y lo que las mismas se nos antojan; así que, siendo nuestra apreciación tan incierta y controvertible, no es raro que se nos diga que podemos reconocer que la nieve nos aparece blanca, pero que el sentar que por esencia sea así en realidad sobrepasa nuestros alcances; de suerte que, permaneciendo sin dilucidar este principio, toda la frágil ciencia humana se la lleva el viento necesariamente. ¿En qué no dejan de contradecirse unos sentidos a otros? Una pintura parece de relieve a la vista, y al tacto sin ninguna prominencia; ¿podremos decir del almizcle que es agradable, o ingrato, puesto que satisface al olfato y disgusta al paladar? Existen hierbas y ungüentos adecuados para una parte del cuerpo que aplicados a otra la hieren; la miel es grata al paladar y desagradable a la vista; en esas sortijas que están escopleadas en forma de plumas, a que llaman *Pennes sans fin*, no hay ojo por avizor que sea que pueda discernir la anchura verdadera, ni que acierte a librarse de la ilusión que nos las muestra ensanchándose de un lado y adelgazándose y estrechándose del otro, hasta cuando se las hace dar vueltas alrededor del dedo. Sin embargo, al tacto se nos presentan iguales en anchura por todos lados. Las personas que por aumentar su deleite se servían en lo antiguo de espejos propios para abultar y agrandar el objeto que ante ellos presentaban, a fin de que los órganos de que se iban a servir las placieran mejor merced a ese abultamiento ocular, ¿a cuál de los dos sentidos complacían, a la vista, que les representaba los órganos gruesos y grandes cuanto querían, o al tacto, que se los mostraba pequeños e insignificantes? El pan que comemos, es simplemente pan, pero nuestro organismo lo transforma en huesos, sangre, carne, pelos y uñas:

Ut cibus in membra atque artus quum deditur omnes,  
Disperit, atque aliam naturam sufficit ex se<sup>1</sup>;

la sustancia que chupa la raíz de un árbol se cambia en tronco, hojas y fruto; y el aire, siendo idéntico, truécase por la aplicación a una trompeta, diverso en mil suertes de sonidos; así que yo me pregunto: ¿son nuestros sentidos los que modifican de igual modo las cualidades diversas de los objetos? ¿O son éstos los que así las tienen? Mayormente, puesto que los accidentes de las enfermedades, de las quimeras o del sueño, nos hacen ver las cosas diferentes de como se muestran a los sanos, a los cuerdos y a los que velan, ¿no es verosímil que nuestra postura y nuestro temperamento naturales tengan también el poder de desfigurar las cosas acomodándolas a su condición, de igual suerte que las naturalezas trastornadas? ¿Por qué no ha de comunicar la templanza a los objetos alguna forma peculiar suya y lo propio la cualidad contraria? El paladar del inapetente aumenta la insipidez del vino, el del sano el sabor, el del sediento la exquisitez. Por consiguiente, acomodando nuestro estado las cosas a sí mismo y transformándolas al mismo tenor, desconocemos cómo son en esencia, pues todo llega a nosotros alterado y falsificado por los sentidos.

<sup>1</sup> Como el alimento que se distribuye por todas las partes de nuestro cuerpo desaparece transformándose en una nueva sustancia. LUCRECIO, III, 703.

Donde el compás, la escuadra y la regla no son exactos, todas las proporciones que de ellos se deduzcan, todos los edificios que se erijan según la medida de los mismos, serán también necesariamente imperfectos y defectuosos. La incertidumbre de nuestros sentidos trueca en dudoso todo cuanto nos reflejan:

Denique ut in fabrica, si prava est regula prima,  
Normaque si fallax rectis regionibus exit,  
Et libella aliqua si ex parti claudicat hilum;  
Omnia mendose fieri, atque obstipa neccsum est,  
Prava, cubentia, prona, supina, atque absona tecta:  
Jam ruere ut quædam videantur velle, ruantque  
Prodita judiciis fallacibus omnia primis:  
Sic igitur ratio tibi rerum prava necesse est,  
Falsaque sit, falsis quæcunque ab sensibus orta est<sup>1</sup>.

Y esto demostrado, ¿quién será apto para aquilatar este error? De la propia suerte que al contravertir sobre cosas de religión hemos menester de un hombre que no esté ligado al uno ni al otro bando, que esté libre de toda afección e inclinación, lo cual no acontece entre los cristianos, lo mismo sucede aquí, pues si el juez es viejo, no puede hacerse cargo de la vejez, siendo él mismo parte interesada en el debate; si es joven, acontece de igual modo; y lo mismo si es sano o enfermo, si duerme o vela. Precisaríamos uno exento de todas esas condiciones, a fin de que, libre de prejuicios, juzgara de las cosas como siéndole indiferentes. Un juez cuya existencia es imposible.

Para aquilatar las apariencias fenomenales de las cosas precisaríamos un instrumento que las midiera; para comprobar las operaciones de este instrumento hemos menester una demostración, y para convencernos de si ésta es exacta tendríamos que echar mano de otro instrumento, con lo cual hétenos ya en el límite a que nuestras invenciones pueden llegar. Puesto que nuestros sentidos no son capaces de detener nuestra disputa, encontrándose como se encuentran llenos de incertidumbre, menester es que la detenga la razón; ninguna podrá sentarse sin el concurso de otra, y hétenos de nuevo metidos en un círculo vicioso, que llegaría al infinito. Nuestra fantasía no obra sobre las cosas que le son ajenas, sino que recibe el concurso de los sentidos; éstos tampoco alcanzan las cosas que les son extrañas, sino solamente sus pasiones peculiares; de modo que la fantasía es sólo apariencia sin ser objeto y sólo contiene la pasión de los sentidos; aquella facultad y los objetos son cosa distinta, por lo cual, quien se deja llevar por las apariencias, juzga en presencia de cosa distinta. Decir que las pasiones de los sentidos llevan al alma las cualidades de los objetos extraños por semejanza, no es posible, porque ni el alma ni el entendimiento pueden certificarse de tal semejanza, careciendo como carecen de todo comercio con los objetos extraños. De igual modo que quien no conoce a Sócrates no puede decir al ver su retrato si se le asemeja. Así que, quien a pesar de todo quisiera juzgar por las apariencias, si quiere hacerse cargo de todas es imposible, pues se presentan en oposición las unas a las otras por

<sup>1</sup> Si al construir un edificio nos ajustamos a un plano mal trazado y nos servimos de una escuadra irregular que no marca la dirección perpendicular que deben seguir los muros; y de un nivel que tampoco señala la línea horizontal, toda la construcción será viciosa y por necesidad insegura; todo estará inclinado, torcido y en desorden, desde los cimientos hasta el tejado; algunas partes del edificio parecerá que se están cayendo y otras se derrumbarán a causa de su mala construcción; así el conocimiento de las cosas es necesariamente falso, si son falsas las sensaciones que le sirven de fundamento. LUCRECIO, IV, 514.

sus contrariedades y discrepancias, como la experiencia nos lo acredita; ¿tendremos motivos para conjeturar que por virtud de algunas podremos colocar otras en su verdadero lugar? Para ello habría que comprobar la elección con otra elección; la segunda por la tercera, y así nunca acabaríamos. Finalmente, ninguna hay que sea constante en nuestro ser ni en los objetos; nosotros, nuestro juicio y todas las cosas mortales van rodando y corriendo sin cesar, de suerte que nada cierto puede sentarse de lo primero ni de las otras, estando el juez y la cosa juzgada en continuos mutación y movimiento<sup>1</sup>.

Comunicación con el ser no tenemos ninguna, porque toda humana naturaleza está constantemente en el punto medio, entre el nacer y el morir; y no da de sí misma sino una apariencia oscura y sombría, y una idea débil e incierta; y si por acaso fijáis vuestro pensamiento en querer que conozca su ser, haréis lo propio que si pretendierais coger un puñado de agua: a medida que la mano vaya apretando y oprimiendo lo que por naturaleza se escapa por todas partes, más irá perdiendo lo que quiere retener y asir. Así que, en vista de que todas las cosas están sujetas a pasar de un estado a otro, la razón, que en ellas busca una esencia real, se ve chasqueada constantemente, no pudiendo alcanzar nada de subsistente, porque todo o comienza a recibir forma o principia a morir antes que sea nacido. Platón decía que los cuerpos jamás tenían existencia, y sí nacimiento, considerando que Homero hizo al Océano padre de los dioses, y a Thetis la madre, por estar en fluxión, transformación y variación perpetuos. Esta idea fue común a todos los filósofos anteriores a aquél, a excepción de Parménides, que consideraba las cosas como privadas de movimiento, a la fuerza del cual da suma importancia. Pitágoras sentaba que toda materia está sujeta a modificación y es caduca; los estoicos, que el tiempo presente no existe, y que lo que llamamos presente no es sino la juntura de lo venidero y lo pasado; Heráclito creía que nunca un hombre había entrado dos veces en el mismo río; Epicarmes, que quien pidió dinero prestado no lo debe ya después; y que quien la víspera fue invitado a almorzar, al día siguiente ya no está convidado, en atención a que no son las mismas personas; cambiaron ya<sup>2</sup>, "y que una sustancia mortal no podía hallarse dos veces en estado idéntico, pues a causa de la rapidez y ligereza del cambio, ya se disipa, ya se une, viene o va; de manera que lo que comienza a nacer no alcanza nunca la perfección del ser, en atención a que ese mismo nacer nunca acaba y nunca se detiene como habiendo llegado al fin, sino que a partir de la semilla va constantemente cambiándose y mudándose de un estado a otro; como de la semilla humana se hace primero en el vientre de la madre un fruto informe, luego un niño ya formado, luego, fuera del seno, un niño que se cría mamando, después un muchacho, luego un joven, después un hombre cumplido, más tarde un viejo y al fin un anciano decrepito; de suerte que la edad y generación subsiguientes van constantemente deshaciendo y estropeando la que precedió:

<sup>1</sup> Bogamos en un vasto elemento, siempre inciertos y flotantes, empujados de un extremo al opuesto. Cualquiera que sea el término donde pensemos asirnos y afirmarnos, al punto se tambalea y nos abandona; y si le seguimos, escapa a nuestras acometidas, se nos desliza y huye eternamente. Nada se detiene para nosotros. Este es nuestro estado natural, y sin embargo el más contrario a nuestra inclinación: ardemos en deseos por encontrar una postura firme y una última base constante, para sobre ella edificar una torre que se eleve al infinito; pero todo nuestro fundamento cruje, y la tierra se abre hasta los abismos. PASCAL.

<sup>2</sup> Todo este pasaje, a excepción de los versos de Lucrecio, lo transcribe Montaigne al pie de la letra de la traducción de Plutarco, de Amyot. (*Sobre la palabra El*, c. 12.)

Mutat enim mundi naturam totius ætas,  
Ex alioque alius status excipere omnia debet;  
Nec manet ulla sui similis res: omnia migrant,  
Omnia commutat natura, et vertere cogit<sup>1</sup>.

Neciamente tememos una sola especie de muerte, puesto que hemos pasado y estamos pasando por tantas otras; pues no solamente, como Heráclito decía, la muerte del fuego engendra el aire y la del aire engendra el agua, sino que con evidencia mayor podemos ver cosa idéntica en nosotros mismos; la flor de la edad muere y pasa cuando la vejez sobreviene, y la juventud acaba en lo mejor de la edad del hombre hecho; la infancia en la juventud, y la primera edad muere en la infancia, y el día de ayer en el de hoy y el de hoy morirá en el de mañana, y nada hay que permanezca ni que sea siempre uno. Que así acontezca, en efecto, pruébalo el que si nos mantuviéramos los mismos y unos no nos regocijaríamos ahora con una cosa y luego con otra. ¿De dónde proviene que estimemos cosas contrarias o las odiamos, que las alabemos o las censuremos? ¿Cómo sentimos afecciones diversas y jamás pensamos de igual modo? Porque no es verosímil que sin mudanza adoptemos pasiones diferentes; y aquello que experimenta cambio no permanece uno mismo, y no siendo uno mismo cambia nuestra esencia pasando de un estado a otro. Por consiguiente nuestros sentidos se engañan y mienten, tomando aquello que les aparece por lo que es en realidad a falta de bien conocer lo que realmente es. Todo lo cual considerado, ¿qué podremos decir que sea la verdad? Aquello que es eterno, es decir, lo que jamás tuvo nacimiento ni tendrá tampoco fin; aquello a que el tiempo no procura mutación ninguna, pues es el tiempo cosa movable y que aparece como en sombra con la materia que se agita y flota constantemente, sin permanecer nunca estable ni permanente, aquello a que pertenecen estas palabras: *antes* y *después*, *ha sido* y *será*; las cuales desde luego muestran evidentemente que no es nada que exista, pues sería solemne torpeza y falsedad palmaria decir que subsiste lo que aún está por nacer o que ya dejó de subsistir. Y en cuanto a estas palabras: *presente*, *instante*, *ahora*, por las cuales parece que sostenemos y fundamentamos la inteligencia del tiempo, al descubrirlo la razón destrúyelo instantáneamente, pues lo disuelve al momento, y el futuro y el pasado, como queriéndolos ver necesariamente divididos en dos. Lo propio acontece a la naturaleza, que es medida como al tiempo que la mide, pues nada hay tampoco en ella que permanezca ni subsista, sino que todas las cosas o son nacidas o nacies, o encuéntranse ya en el acabar. Por todo lo cual sería pecado decir de Dios, que es lo único que existe, que fue o que será<sup>2</sup>, pues estos términos son declinaciones, vicisitudes o transformaciones de aquello que no puede durar ni permanecer en su ser, por donde precisa concluir que Dios sólo existe, y no conforme a ninguna medida del tiempo, sino según una eternidad inmutable e inmóvil, no medida por tiempo ni sujeta a declinación al-

<sup>1</sup> Todo en el universo cambia en la sucesión del tiempo; todas las cosas deben pasar por estados diferentes; nada se conserva perpetuamente idéntico a sí mismo. Todo pasa, todo cambia de constitución, todo está sujeto a metamorfosis. LUCRECIO, V, 826.

<sup>2</sup> Aquí Plutarco no hace sino transcribir y desarrollar estas palabras del *Timeo*: "Nos engañamos al decir, hablando de la eterna esencia, Fue o Será; estas formas del tiempo no convienen a la eternidad. Es: he aquí su atributo. Nuestro pasado y nuestro porvenir son dos movimientos, y lo inmutable no puede ser de la víspera ni del día siguiente; no puede decirse que fue ni que será. Los accidentes de las criaturas sensibles no se hicieron para lo que no cambia, y los instantes que se calculan no son sino un vano simulacro de lo que es siempre." (J. V. L.)

guna; ante el cual nada existe, ni existirá después, ni será más nuevo o más reciente; sino que es un Ser naturalmente existente que por un solo *ahora* llena la eternidad, y nada hay que sea verdaderamente más que él solo, sin que pueda decirse ha sido o será; que no tiene principio ni tendrá fin".

A esta tan religiosa conclusión de un hombre pagano quiero añadir solamente las palabras siguientes de otro de igual condición<sup>1</sup>, para cerrar este largo y engorroso discurso, que me procuraría materia sin cuento: "Cosa abyecta y desdichada es el hombre, dice, si no eleva su espíritu por cima de la humanidad." Concepto hermoso y deseo laudable, mas tan absurdo como lo uno y lo otro; pues pretender hacer el puñado más grande que el puño, la brazada mayor que los brazos, y esperar dar una zancada mayor de lo que permite la longitud de nuestras piernas es imposible y monstruoso; y lo mismo que el hombre se coloque por cima de sí mismo y de la humanidad, pues no puede ver más que con sus ojos ni coger más que con sus manos. Elevaráse si milagrosamente Dios le tiende las suyas, renunciando y abandonando sus propios medios, dejándose alzar y realzar por los que son puramente celestes. Incumbe sólo a nuestra fe cristiana y no a nuestra resistencia estoica el aspirar a esa divina y milagrosa metamorfosis.

<sup>1</sup> De SENECA, *Natur. quæ.*, I, in *Proefatione*.

## INDICE DEL TOMO PRIMERO

PROLOGO, POR RICARDO SAENZ HAYES .....	7
ADVERTENCIA DEL EDITOR .....	73
EL AUTOR AL LECTOR .....	76

### LIBRO PRIMERO

I. Diversos caminos conducen al mismo fin .....	79
II. De la tristeza .....	82
III. Que lo venidero nos preocupa más que lo presente .....	85
IV. Como el alma descarga sus pasiones sobre objetos falsos cuando los verdaderos le faltan .....	90
V. Si el jefe de una plaza sitiada debe salir o no a parlamentar ...	92
VI. Hora peligrosa de los parlamentos .....	94
VII. Que la intención juzga nuestras acciones .....	96
VIII. De la ociosidad .....	98
IX. De los mentirosos .....	100
X. Del hablar pronto o tardío .....	104
XI. De los pronósticos .....	106
XII. De la constancia .....	110
XIII. Ceremonias de la entrevista de reyes .....	112
XIV. Del castigo por obstinarse sin fundamento en la defensa de una plaza .....	113
XV. Castigo de la cobardía .....	114
XVI. Un rasgo de algunos embajadores .....	116
XVII. Del miedo .....	119
XVIII. Que no debe juzgarse de nuestra dicha hasta después de la muerte	121
XIX. Que filosofar es prepararse a morir .....	123
XX. De la fuerza de la imaginación .....	136
XXI. El beneficio de unos es perjuicio de otros .....	144
XXII. De la costumbre, y de la dificultad de cambiar los usos recibidos	145
XXIII. Diversos acontecimientos del mismo orden .....	157
XXIV. Del pedantismo .....	164
XXV. De la educación de los hijos .....	173
XXVI. Locura de los que pretenden distinguir lo verdadero de lo falso mediante la aplicación de su exclusiva capacidad .....	197
XXVII. De la amistad .....	201
XXVIII. Veintinueve sonetos de Esteban de La Boëtie .....	210
XXIX. De la moderación .....	211
XXX. De los caníbales .....	215
XXXI. De la conveniencia de juzgar sobriamente de las cosas divinas ..	224
XXXII. De cómo algunos buscaron la muerte por huír los placeres de la vida .....	226
XXXIII. Coincidencias del acaso y la razón .....	228
XXXIV. De un vacío en nuestros usos públicos .....	231
XXXV. De la costumbre de vestirse .....	232
XXXVI. De Catón el joven .....	235



2903

536

## INDICE

XXXVII.	De cómo reímos y lloramos por la misma causa .....	238
XXXVIII.	De la soledad .....	241
XXXIX.	Consideración sobre Cicerón .....	250
XL.	Como el sentimiento de los bienes y los males depende en gran parte de la idea que de ellos nos formamos .....	254
XLI.	De la codicia de la gloria .....	268
XLII.	De la desigualdad que existe entre nosotros .....	270
XLIII.	De las leyes suntuarias .....	278
XLIV.	Del dormir .....	280
XLV.	De la batalla de Dreux .....	282
XLVI.	De los nombres .....	283
XLVII.	De la incertidumbre de nuestro juicio .....	287
XLVIII.	De los caballos de combate .....	292
XLIX.	De las costumbres antiguas .....	299
L.	De Demócrito y Heráclito .....	303
LI.	De la vanidad de las palabras .....	306
LII.	De la parsimonia de los antiguos .....	309
LIII.	De una sentencia de César .....	310
LIV.	De las vanas sutilidades .....	312
LV.	De los olores .....	315
LVI.	De las oraciones .....	317
LVII.	De la edad .....	324

## LIBRO SEGUNDO

I.	De la inconstancia de nuestras acciones .....	329
II.	De la embriaguez .....	334
III.	Costumbre de la isla de Cea .....	342
IV.	Mañana será otro día .....	352
V.	De la conciencia .....	354
VI.	De la ejercitación .....	357
VII.	De las recompensas del honor .....	365
VIII.	Del amor de los padres a los hijos .....	368
IX.	De las armas de los partos .....	381
X.	De los libros .....	384
XI.	De la crueldad .....	394
XII.	Apología de Raimundo Sabunde .....	405

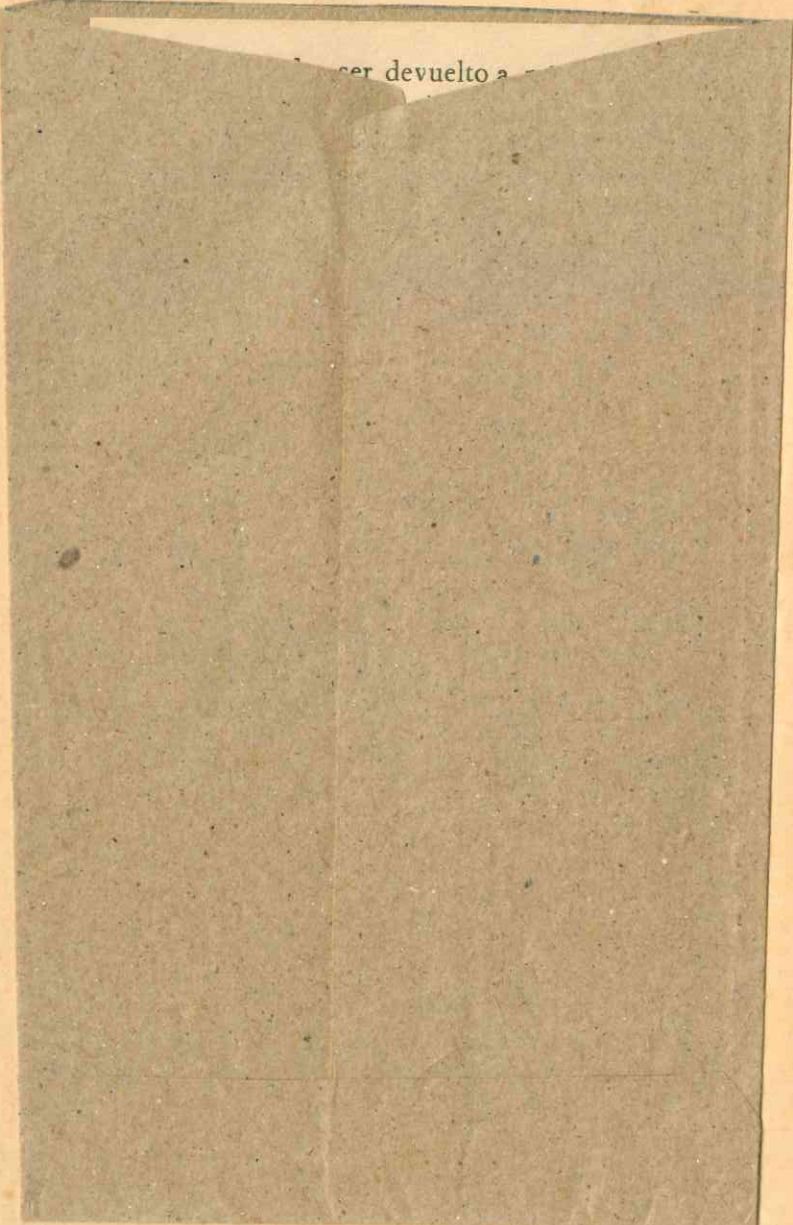
2902)

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EL DÍA  
VEINTE DE MARZO DEL AÑO MIL NO-  
VECIENTOS SESENTA Y DOS EN LOS  
TALLERES GRÁFICOS DE LA COMPAÑÍA  
IMPRESORA ARGENTINA S. A., CA-  
LLE ALSINA 2049 - BUENOS AIRES.

2902



per devuelto a



2902

